EL REINO DE HIERRO

Auge y caída de Prusia. 1600-1947

CHRISTOPHER CLARK

Autor de *Sonámbulos*

Lectulandia

Prusia comenzó siendo una región medieval que, con el paso del tiempo, se transformó en una de las mayores potencias europeas y en el motor de la creación del Imperio alemán hasta ser este abolido finalmente por los Aliados tras la Segunda Guerra Mundial. Christopher Clark describe en esta obra, con sumo talento y maestría, las grandes batallas de Prusia, sus matrimonios dinásticos, a sus brillantes y carismáticos dirigentes —desde Federico el Grande a Bismarck—, su imponente maquinaria militar y los valores progresistas e ilustrados sobre los que se cimentó el imperio. El Reino de Hierro es un relato convincente de un país que jugó un papel crucial en los destinos de Europa y que, en esencia, dio forma al mundo que conocemos hoy.

Christopher Clark

El reino de hierro

Auge y caída de Prusia. 1600-1947

ePub r1.0
Titivillus 16.02.2022

Título original: *Iron Kingdom*
Christopher Clark, 2021
Traducción: Carlo Caranci

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

El reino de hierro

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN

Mapas

1 LOS HOHENZOLLERN DE BRANDEMBURGO
- El núcleo
- Dinastía
- Reforma
- Grandes expectativas

2 DEVASTACIÓN
- En los frentes (1618-1640)
- Política
- Ruina generalizada

3 UNA EXTRAORDINARIA LUZ EN ALEMANIA
- Recuperación
- Expansión
- Alianzas
- Soberanía
- Corte y patria
- Legado

4 MAJESTAD
- Coronación
- Revolución cultural
- Administración
- El ejército
- Padres contra hijos
- Los límites del Estado

5 PROTESTANTES

Monarca calvinista, pueblo luterano
La tercera vía: el pietismo en Brandemburgo-Prusia
Piedad y política

6 PODERES DE LA TIERRA
Ciudades
La nobleza terrateniente
Terratenientes y campesinos
Género, autoridad y sociedad en las haciendas
«Industriosa» Prusia

7 LUCHA POR LA SUPREMACÍA
«Federico el Único»
Las tres guerras de Silesia
El legado de Hubertusburg
Patriotas
La Polonia prusiana
El rey y el Estado

8 ¡ATRÉVETE A SABER!
Conversación
La ilustración judía en Prusia
¿Contrailustración?
Un estado bicéfalo

9 HIBRIS Y NÉMESIS. 1789-1806
La política exterior prusiana en una época revolucionaria
Los peligros de la neutralidad
De la neutralidad a la derrota

10 EL MUNDO QUE CONSTRUYERON LOS BURÓCRATAS
La nueva monarquía
Burócratas y oficiales
Reforma agraria
Ciudadanía
Palabras

11 TIEMPOS DE HIERRO
Falso amanecer
Patriotas y libertadores
El giro
La «memoria» de la guerra
¿Prusianos o alemanes?

12 LA MARCHA DE DIOS A TRAVÉS DE LA HISTORIA
El nuevo dualismo
El giro conservador
Las políticas del cambio
Conflictos de fe
Estado misionero
Apoteosis del Estado

13 ESCALADA
Un romántico político
Política popular
La cuestión social
La bomba de tiempo de Hardenber
Prusia en vísperas de la revolución

14 ESPLENDOR Y MISERIA DE LA REVOLUCIÓN PRUSIANA
Barricadas en Berlín
La vuelta de las tornas
La llamada de Alemania
Las lecciones de un fracaso
La nueva síntesis

15 CUATRO GUERRAS
La guerra de Italia
Bismarck
La guerra danesa
La guerra de Prusia contra Alemania
La guerra contra Francia
Una nueva europa

16 FUSIÓN CON ALEMANIA
Prusia en la constitución alemana
Cambio político y cultural
Combate cultural
Polacos, judíos y otros prusianos
Rey de Prusia y kaiser de Alemania
Soldados y civiles
El ejército y el estado
Un rey se va, el Estado permanece

17 DESENLACES
Revolución en Prusia

La Prusia democrática
Disolución de Prusia
Prusia y el Tercer Reich
Los exorcistas
De nuevo Brandemburgo

Sobre el autor

Notas

Para Nina

AGRADECIMIENTOS

Entre marzo de 1985 y octubre de 1987 viví en Berlín Oeste, un lugar que ya no existe. Era una ciudad amurallada, una isla en la Alemania Oriental comunista, rodeada por una valla de planchas de cemento, «una jaula», como dijo un periodista italiano que la visitaba, «en la que uno se siente libre». Nadie de quienes vivían allí podrá olvidar la atmósfera única de esta aislada ciudadela occidental, un vibrante enclave multiétnico, un paraíso para jóvenes *refuseniks* que se zafaban del servicio militar en la Alemania Occidental, y un símbolo de la Guerra Fría, en la que la soberanía formal descansaba todavía en manos de las potencias victoriosas de 1945. Había muy poco, en el Berlín Occidental, que recordase el pasado prusiano, que parecía tan remoto como la antigüedad.

Solo cuando se cruzaba la frontera política en la estación de Friedrichstrasse, pasando por los torniquetes y corredores metálicos bajo la mirada de guardias que no sonreían, se encontraba uno en el corazón de la vieja ciudad prusiana de Berlín la larga fila de elegantes edificios de la Unter den Linden y las impresionantes simetrías del Forum Fredericianum, donde Federico el Grande hacía propaganda de las pretensiones culturales de su reino. Cruzar la frontera era viajar hacia atrás en el tiempo, un tiempo solo parcialmente oscurecido por las devastaciones del tiempo de guerra y decenios de abandono posbélico. Un árbol ha crecido en la cúpula rota de la iglesia francesa del siglo XVIII en el Gendarmenmarkt, sus raíces penetran profundamente en la sillería. La catedral de Berlín era todavía un casco ennegrecido desfigurado por la artillería y disparos de fusil de 1945. Para un australiano proveniente de la apacible ribera de la costa de Sidney, todos estos cruces tenían una infinita fascinación.

Los estudiantes del pasado prusiano pueden inspirarse en una de las más sofisticadas y variadas historiografías del mundo. El primer lugar lo ocupa la rica y todavía robusta tradición de los escritos anglohablantes transatlánticos sobre Prusia. Para quien lee alemán está el extraordinario canon nativo prusiano, que se remonta a los comienzos de la historia como disciplina académica moderna. Los artículos y monografías de la era clásica de la historiografía prusiana siguen siendo notables por la profundidad y ambición de sus estudiosos y por el vigor y elegancia de sus escritos. Los años transcurridos desde 1989 han presenciado una renovación del interés entre los jóvenes estudiosos alemanes, y significó un amplio reconocimiento para estos historiadores de la Alemania Oriental cuyos trabajos, pese al estrecho horizonte intelectual de la República Democrática Alemana, hicieron mucho para aclarar la evolución de la estructura de la sociedad prusiana. Uno de los principales placeres de trabajar en este libro ha sido la libertad de hojear libremente los escritos de los muchos colegas, vivos y muertos.

Pero hay también deudas más inmediatas. James Brophy, Karin Friedrich, Andreas Kossert, Benjamin Marschke, Jan Palmowski, Florian Schui y Gareth Stedman Jones compartieron conmigo versiones preimprenta de sus manuscritos. Marcus Clausius envió copias de sus transcripciones de los archivos de la Oficina Colonial alemana. Me fueron útiles los consejos y las conversaciones con Holger Afflerbach, Margaret Lavinia Anderson, David Barclay, Derek Beals, Stefan Berger, Tim Blanning, Richard Bosworth, Annabel Brett, Clarissa Campbell-Orr, Scott Dixon, Richard Drayton, Philip Dwyer, Richard Evans, Nial Ferguson, Bernhard Fulda, Wolfram Kaiser, Alan Kramer, Michael Ledger-Lomas, Julia Moses, Jonathan Parry, Wolfram Pyta, James Retallack, Torsten Riotte, Emma Rothschild, Ulinka Rublack, Martin Rühl, Hagen Schulze, Hamish Scott, James Sheehan, Brendan Simms, Jonathan Sperber, Thomas Stamm-Kuhlmann, Jonathan Steinberg, Adam Tooze, Maiken Unbach, Helmut Walser-Smith, Joachim Whaley, Peter Wilson, Emma Winter, y Wolfgang Mommsen, visitante asiduo de Cambridge, cuyo fallecimiento inesperado en agosto de 2004 conmocionó a sus amigos y colegas de aquí. Como muchos historiadores de Alemania que ahora trabajan en el Reino Unido, aprendí mucho al colaborar en «La lucha por la supremacía en Alemania», el Tema Específico de Cambridge, convocado por Tim Blanning y Jonathan Steinberg en los años ochenta y primeros noventa. Debo mucho a los veinticinco años de animadas conversaciones con mi suegro, Rainer Lübbren, perspicaz lector de Historia.

Doy las gracias especialmente a los amigos que han tenido la generosidad y aguante suficiente para leer y comentar partes o la totalidad del manuscrito: Chris Bayly, mi padre Peter Clark, James Mackenzie, Holger Nehring, Hamish Scott, James Simpson, Gareth Stedman Jones, y John A. Thompson. Patrick Higgins me dio sus imaginativos consejos y tachó los pasajes rimbombantes e irrelevantes. Trabajar con la gente de Penguin —Chloe Campbell, Richard Duguid y Rebecca Lee— ha sido otro de los placeres de este proyecto. Simon Winder es el ideal platónico de director, dotado de ese sexto sentido que le permite percibir más claramente que los propios autores el libro encerrado en el manuscrito. La correctora Bela Cunha fue una exigente vigilante contra las erratas, contradicciones y silogismos. Gracias asimismo a Cecilia Mackay por ayudar en la obtención de ilustraciones. Con todas estas útiles ayudas, el libro, en teoría, no debería contener errores (yo asumo toda responsabilidad en caso de que no sea así).

¿Cómo dar las gracias la persona más importante de todas? Joseph y Alexander crecieron durante la elaboración de este libro y me distrajeron de mil agradables maneras. Nina Lübbren soportó mi egoísta obsesión con humor y buen garbo y fue la primera lectora y crítica de cada párrafo. Y a ella le dedico este libro, con mucho cariño.

INTRODUCCIÓN

El 25 de febrero de 1947 representantes de las autoridades de ocupación aliadas en Berlín firmaban una ley por la que se abolía el estado de Prusia. De ahora en adelante, Prusia pertenecerá a la historia.

> El Estado Prusiano, que desde los primeros tiempos ha sido promotor del militarismo y de la reacción en Alemania, ha dejado de existir *de facto*.
>
> Guiado por su interés por preservar la paz y la seguridad de los pueblos, y con el deseo de garantizar una posterior reconstrucción de la vida política en Alemania sobre bases democráticas, el Consejo de Control decreta lo siguiente:
>
> ARTÍCULO I
>
> El Estado Prusiano junto con su gobierno central y todos sus organismos, queda abolido[1].

La Ley n.° 46 del Consejo de Control aliado era más que una decisión administrativa. Al borrar a Prusia del mapa de Europa, las autoridades aliadas emitían también un juicio sobre este país. Prusia no era precisamente un territorio alemán entre otros, a la par que Baden, Württemberg, Baviera o Sajonia, sino que era el verdadero origen del malestar alemán que había afligido a Europa. Era la razón por la que Alemania se había apartado del camino de la paz y de la modernidad política. «El corazón de Alemania es Prusia», había dicho Churchill ante el Parlamento británico el 21 de septiembre de 1943. «Es la fuente de la pestilencia recurrente[2]». La supresión de Prusia del mapa político de Europa era, así, una necesidad simbólica. Su historia se había convertido en una pesadilla que oprimía la mente de los vivos.

El peso de tan ignominioso final influye en el objeto de este libro. En el siglo XIX y comienzos del XX la historia de Prusia se ha pintado con tonos básicamente positivos. Los historiadores protestantes de la Escuela Prusiana

celebraban el Estado Prusiano como vehículo de una administración racional y del progreso y de la liberación de la Alemania protestante de las ataduras de la Austria de los Habsburgo y de la Francia bonapartista. Veían, en el estado-nación dominado por Prusia, fundado en 1870, el resultado natural, inevitable y mejor de la evolución histórica alemana desde la Reforma.

Esta visión color de rosa de la tradición prusiana se desvaneció después de 1945, cuando la criminalidad del régimen nazi proyectó su larga sombra sobre el pasado alemán. El nazismo, afirmaba un famoso historiador, no fue un accidente, sino más bien «un síntoma agudo de la crónica enfermedad [prusiana]»; el austríaco Adolf Hitler era «un prusiano por elección» debido a su mentalidad[3]. Ganó terreno la visión de que la historia alemana en la época moderna había fracasado en su intento de seguir el camino «normal» (por ejemplo: británico, estadounidense o europeo occidental) hacia una madurez política relativamente liberal y tranquila. Mientras que el poder de las élites e instituciones políticas tradicionales fue destruido en Francia, en Gran Bretaña y en los Países Bajos por las «revoluciones burguesas», así se explicaron las cosas, en Alemania, en cambio, esto no ocurrió nunca. Por el contrario, Alemania siguió una «vía especial» (*Sonderweg*) que culminó en doce años de dictadura nazi.

Prusia jugó un papel clave en este escenario de malformación política, pues fue aquí donde las manifestaciones clásicas de la vía especial parecieron más claramente evidentes. Sobre todo, entre estas se hallaba el poder intacto de los junkers, los nobles terratenientes de las regiones al este del río Elba cuya preponderancia en los gobiernos, en el elemento militar y en la sociedad rural sobrevivió a la época de las revoluciones europeas. Las consecuencias para Prusia y, por extensión, para Alemania, fueron, por lo que parece, desastrosas: una cultura política marcada por la intolerancia y la intransigencia, una inclinación a reverenciar el poder por encima de los derechos legalmente establecidos y una ininterrumpida tradición de militarismo. Punto central de casi todos los diagnósticos de esta especial vía fue la noción de un proceso de modernización torcido o «incompleto», en el que la evolución de la cultura política fracasó en mantener el paso con las innovaciones y el crecimiento de la esfera económica. De acuerdo con esta lectura, Prusia fue la perdición de la Alemania moderna y de la historia europea. Al imprimir su peculiar cultura política en el naciente estado-nación alemán, ahogó y marginalizó las culturas políticas más liberales del sur de Alemania, lo que estableció las bases del extremismo político y de la

dictadura. Sus hábitos de autoritarismo, servilismo y obediencia prepararon el terreno para el colapso de la democracia y el advenimiento de la dictadura[4].

Este cambio de paradigma en las percepciones históricas sufrió el enérgico contraataque de historiadores (la mayoría alemanes occidentales, y la mayoría con orientaciones políticas liberales o conservadoras) que buscaban rehabilitar la reputación del estado abolido. Estos destacaron los logros positivos —un funcionariado civil incorruptible, una actitud tolerante hacia las minorías religiosas, un código civil (desde 1794) admirado e imitado por los estados alemanes, una tasa de alfabetización (en el siglo XIX) sin igual en Europa, y una burocracia ejemplarmente eficaz—. Llamaron la atención sobre la vitalidad del iluminismo prusiano. Señalaban la capacidad del estado prusiano para transformarse y reconstituirse en tiempos de crisis. Como contrapartida del servilismo político destacado por el paradigma de la vía especial, ponían de relieve notables episodios de insubordinación, en particular el papel jugado por los oficiales prusianos en la conjura para asesinar a Hitler en julio de 1944. La Prusia que dibujaban no carecía de fallos, pero tenía poco en común con el estado racista creado por los nazis[5].

La culminación de esta labor de evocación histórica fue la masiva exposición de Prusia que se inauguró en Berlín en 1981, y que fue vista por medio millón de visitantes. Sala tras sala, llenas de objetos y paneles de texto elaborados por un equipo internacional de estudiosos, permitían al visitante cruzar por la historia de Prusia a través de una sucesión de escenas y momentos. Había parafernalia militar, árboles genealógicos de familias aristocráticas, imágenes de la vida en la corte y pinturas históricas de batallas, pero también salas organizadas alrededor de temas como la tolerancia, emancipación y revolución. La finalidad no era cubrir el pasado con un brillo nostálgico (aunque esto era sin duda demasiado positivo para muchos críticos de izquierdas), sino alternar luces y sombras, y así «establecer un balance» en la historia prusiana. Los comentarios sobre la exposición —tanto en los catálogos oficiales como en los medios de comunicación— se centraron sobre el significado de Prusia para los alemanes contemporáneos. Gran parte de la discusión se centró en la lección que se podría o no se podría extraer del agitado viaje de Prusia hacia la modernidad. Se habló de la necesidad de honrar las «virtudes» —un servicio público desinteresado y la tolerancia, por ejemplo—, pero disociándose de las características menos apetecibles de la tradición prusiana, tales como los hábitos autocráticos en política o la tendencia a glorificar lo logros militares[6].

Prusia, más de dos decenios después, sigue siendo una idea que tiene el poder de polarizar. La unificación de Alemania en 1989 y el traslado de la capital de Bonn, «occidental» y católica, a Berlín, «oriental» y protestante, dio lugar a algún recelo respecto al aún no dominado poder del pasado prusiano. ¿Se estaba despertando el espíritu de la vieja Prusia para atormentar a la República alemana? Prusia se había extinguido, pero «Prusia» resurgía como un recuerdo político simbólico. Lo que se había convertido en un eslogan para elementos de la derecha alemana, que veía en las «tradiciones» de la vieja Prusia un virtuoso contrapeso para la desorientación, la erosión de los valores, la corrupción política y el declive de las identidades colectivas en la Alemania contemporánea[7]. Con todo, para muchos alemanes, «Prusia» sigue siendo sinónimo de algo repelente en la historia alemana: militarismo, conquistas, arrogancia y cerrazón política. La controversia sobre Prusia ha tendido a volver a la vida en cuanto los atributos simbólicos del extinguido estado entran en juego. La nueva sepultura de los restos de Federico el Grande en su palacio de Sans Souci, en agosto de 1991, fue objeto de numerosas e irritadas discusiones y se produjeron fuertes disputas públicas sobre el plan de reconstruir el palacio urbano en la Schlossplatz en el corazón de Berlín[8].

En febrero de 2002 Alwin Ziel, que por otra parte era un desconocido ministro socialdemócrata en el gobierno del estado de Brandemburgo, consiguió una momentánea notoriedad cuando intervino en un debate sobre una propuesta de fusionar a la ciudad de Berlín con el estado federal de Brandemburgo. «Berlín-Brandemburgo», decía, era una palabra demasiado pesada; ¿por qué no llamar al nuevo territorio «Prusia»? La sugerencia ocasionó una nueva oleada de debates. Los escépticos avisaron sobre el resurgimiento de Prusia, el asunto se discutió en programas de la televisión en toda Alemania, y el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* publicó una serie de artículos bajo la rúbrica «¿Debería existir una Prusia?» (*Daf Preussen sein?*). Entre los participantes estaba el profesor Hans-Ulrich Wehler, un importante exponente de la vía especial alemana, cuyo artículo —un vociferante rechazo de la propuesta de Ziel— llevaba por título «Prusia nos envenena[9]».

Ningún intento de comprender la historia de Prusia puede zafarse del todo al asunto suscitado por estos debates. La cuestión es saber hasta qué punto exactamente Prusia estuvo involucrada en los desastres del siglo XX alemán debe ser una parte de toda valoración de la historia de este estado. Lo que no quiere decir que debamos leer la historia de Prusia (o, en realidad, de cualquier estado) solo desde la perspectiva de la toma del poder por Hitler. Y

tampoco nos obliga a situar la evolución de Prusia sobre categorías éticas binarias, aprobando debidamente las luces y deplorando las sombras. Los juicios polarizados que abundan en los debates contemporáneos (y en partes de la literatura histórica) son problemáticos, no solo porque empobrecen la complejidad de la experiencia prusiana, sino también porque comprimen su historia en una teleología nacional de la culpabilidad alemana. Con todo, la verdad es que Prusia era un estado europeo mucho antes de que se convirtiese en un estado alemán. Alemania no fue una realización de Prusia —aquí anticipo uno de los argumentos centrales del presente libro— sino su ruina.

Así, no he hecho ningún intento de separar la virtud y el vicio en la evolución de Prusia o de echarlos en la balanza. No pretendo extrapolar «lecciones» o dispensar consejos morales o políticos a las generaciones presentes o futuras. El lector de estas páginas no encontrará al estado-termitero triste y belicista de algunos tratados prusófobos, ni las confortables escenas de hogar de la tradición prusófila. Al ser yo un historiador australiano que escribe en el Cambridge del siglo XXI, me veo felizmente dispensado de la obligación (o tentación) de lamentar o de celebrar la evolución de Prusia. Por el contrario, este libro busca comprender las fuerzas que hicieron y deshicieron a Prusia.

Recientemente está de moda decir que las naciones y estados no son fenómenos naturales sino creaciones contingentes y artificiales. Se dice que son «edificios» que han de ser construidos o inventados, con identidades colectivas que se han «forjado» por actos de la voluntad[10]. Ningún estado moderno reivindica, más que Prusia, y de manera más llamativa esta perspectiva: se trató de un ensamblaje de fragmentos territoriales dispares, que carecían de fronteras naturales o de una cultura nacional, de un dialecto o de una cocina distintivas. Esta situación se vio amplificada por el hecho de que la intermitente expansión territorial de Prusia implicaba la incorporación periódica de nuevas poblaciones, cuya lealtad al estado prusiano debía ser adquirida, al menos en alguna medida, a través de arduos procesos de asimilación. Hacer «prusianos» era una empresa lenta y titubeante cuyo impulso había empezado a disminuir mucho antes de que la historia prusiana llegase a su terminación formal. El propio nombre de «Prusia» poseía una cualidad fabricada, pues no derivaba del corazón septentrional de la dinastía Hohenzollern (la Marca de Brandemburgo, en torno a la ciudad de Berlín), sino de un ducado báltico no adyacente que formaba el territorio más oriental del patrimonio Hohenzollern[*]. Fue, por decirlo así, el logo que los electores de Brandemburgo adoptaron tras su elevación al estatus de reyes en 1701. El

núcleo y la esencia de la tradición prusiana fue la ausencia de tradición. Cómo esta entidad política seca y abstracta adquirió carne y hueso, cómo evolucionó de una lista de molde de títulos principescos hacia algo coherente y vivo y cómo aprendió a hacerse con la lealtad voluntaria de sus súbditos (todas estas cuestiones componen la parte central de este libro).

La palabra «prusiano» sigue siendo, en el lenguaje corriente, un tipo particular de orden autoritario, y es demasiado fácil imaginar la historia de Prusia como la expansión de un plan ordenado por medio del cual los Hohenzollern fueron desplegando el poder del estado, integrando sus posesiones, extendiendo su patrimonio y haciendo retroceder a la nobleza provinciana. En este escenario, el estado surge de la confusión y oscuridad del pasado medieval, cortando sus nexos con la tradición, imponiendo un ordenamiento general y racional. El presente libro pretende desmontar estas afirmaciones. Pretende, en primer lugar, abrir la evolución de Prusia de tal modo que tanto el orden como el desorden tengan cabida. Las experiencias de guerra —el más terrible tipo de desorden— atraviesan la historia de Prusia, acelerando y retardando el proceso de construcción de un estado de formas complejas. En cuanto a la consolidación interna del estado, esto tiene que verse como un proceso fortuito e improvisado que se desplegó en el seno de un marco social dinámico y a veces inestable. La «administración» significó a veces un «mote» que significaba control de la agitación. Bien entrado el siglo XIX, había muchas zonas de las tierras prusianas en las que la presencia del estado se percibía en escasa medida. De todos modos, esto no quiere decir que vayamos a relegar «el estado» al margen de la historia de Prusia. Más bien, debemos comprenderlo como un artefacto de la cultura política, una forma reflexiva de conocimiento. Es uno de los aspectos notables de la formación intelectual de Prusia que la idea de una historia de Prusia diferenciada ha sido entremezclada siempre con reivindicaciones sobre la legitimidad y necesidad del estado. Por ejemplo, el Gran elector afirmaba, a mediados del siglo XVII, que la concentración de poder en las estructuras ejecutivas del estado monárquico era la garantía más fiable contra la agresión exterior. Pero este argumento —a veces repetido por los historiadores bajo la rúbrica de una «primacía objetiva de la política exterior»— era en sí mismo una parte de la historia de la evolución del estado; era uno de los instrumentos retóricos con los que el príncipe sostenía su reclamación de un poder soberano.

Pero consideremos el mismo punto de un modo diferente: la historia del estado prusiano es también la historia de la historia del estado prusiano, ya

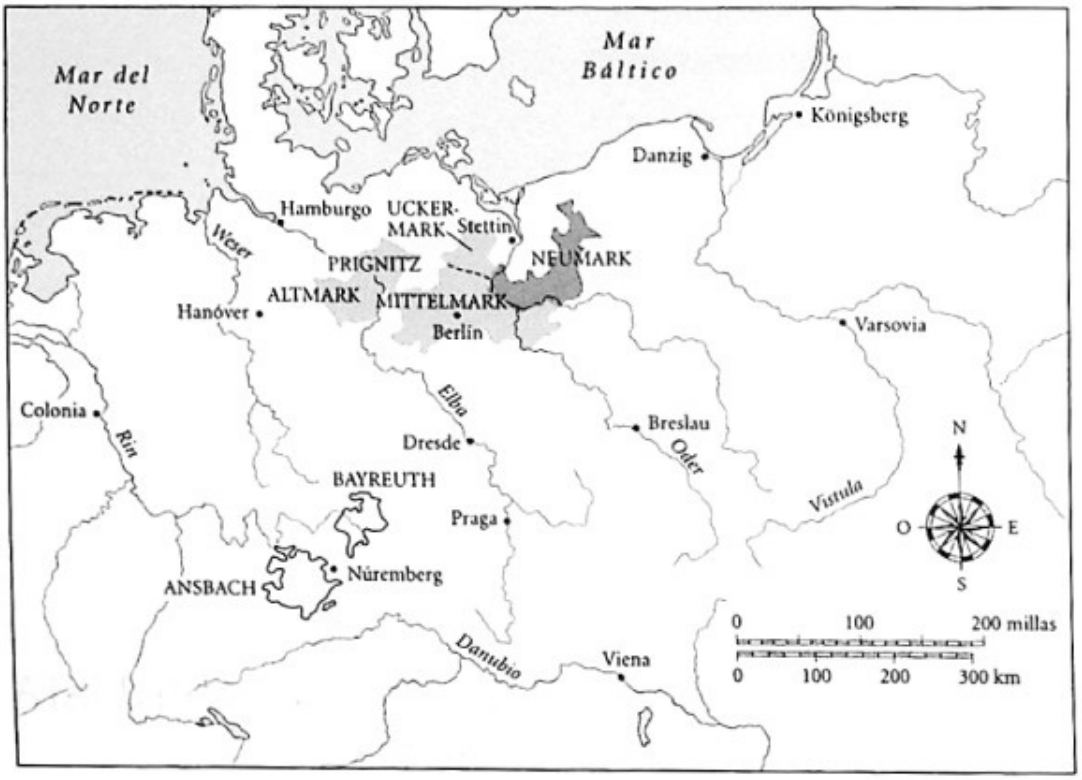
que el estado prusiano maquilló su historia a medida que pasaba, desarrollando una narración de su trayectoria pasada cada vez más elaborada y de sus metas en el presente. A comienzos del siglo XIX la necesidad de apuntalar la administración prusiana ante los desafíos revolucionarios provenientes de Francia produjo una escalada discursiva única. El estado prusiano se legitimó a sí mismo como portador de progreso histórico en términos tan exaltados que se convirtió en modelo de un tipo particular de modernidad. Con todo, la autoridad y sublimidad del estado en las mentes de sus contemporáneos instruidos tuvo escasa relación con su peso real en las vidas de la gran mayoría de los súbditos.

Hay un contraste curioso entre la modestia de la antigua fundación territorial de Prusia y la importancia de su lugar en la historia. Los visitantes de Brandemburgo, la provincia núcleo histórico del estado prusiano, se han asombrado siempre por la exigüidad de los recursos, el soñoliento provincialismo de sus ciudades. No había muchas cosas que sugiriesen, o al menos explicasen, la extraordinaria carrera histórica del estado prusiano. «Alguien debería escribir una pequeña pieza sobre lo que está ocurriendo ahora», escribía Voltaire al comienzo de la Guerra de los Siete Años (1756-1763), cuando su rey amigo Federico de Prusia luchaba para rechazar a las fuerzas combinadas de franceses, rusos y austríacos. «Tendría alguna utilidad explicar cómo el país arenoso que es Brandemburgo acabó teniendo tal poder habiéndose realizado contra él mayores esfuerzos de los que se habían hecho contra Luis XIV[11]». La aparente desproporción entre la fuerza manifestada por el estado prusiano y los recursos disponibles del país para sustentarla ayuda a explicar una de las más curiosas características de la historia de Prusia en cuanto potencia europea, en particular la alternancia de los momentos de fuerza precoz con momentos de peligrosa debilidad. Prusia queda ligada en la conciencia pública a la memoria de sus éxitos militares: Rossbach, Leuthen, Leipzig, Waterloo, Königgrätz, Sédan. Pero, a lo largo de su historia, Brandemburgo-Prusia estuvo repetidamente al borde de la extinción política: durante la Guerra de los Trece Años, de nuevo durante la Guerra de los Siete Años, y una vez más en 1806, cuando Napoleón aplastó al ejército prusiano y persiguió al rey por el norte de Europa hasta Memel, en el extremo más oriental de su reino. Los períodos de rearme y consolidación militar se vieron entreverados a largos períodos de contracción y declive. El lado oscuro de los inesperados éxitos de Prusia fue una perdurable sensación de vulnerabilidad que dejó una característica huella en la cultura política del estado.

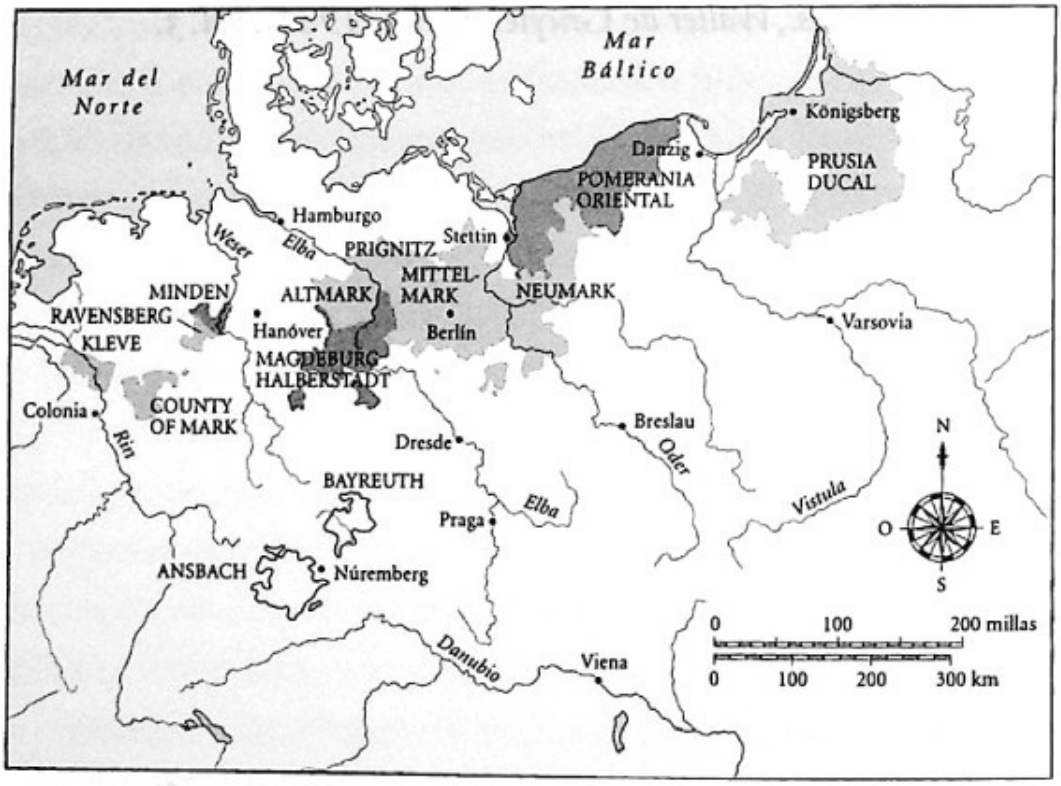
Este libro trata de cómo Prusia se hizo y se deshizo. Solo a través de una apreciación de ambos procesos podemos comprender cómo un estado que un tiempo había destacado notablemente en la conciencia de tantos, pudo, de manera tan abrupta y general, desparecer, sin que nadie lo llore, del escenario político.

HISTORIA DE BRANDEMBURGO-PRUSIA EN SEIS MAPAS

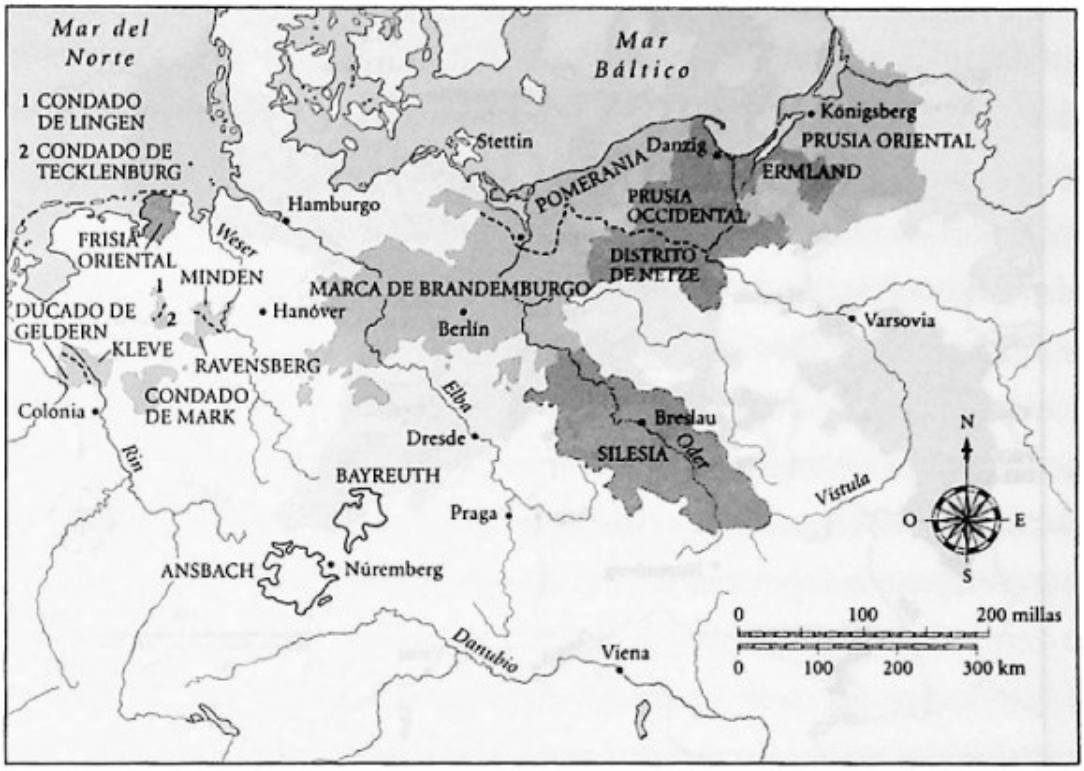
Fuente: Otto Busch y Wolfgang Neugebauer (coords.),
Moderne Preußische Geschichte 1648-1947. Eine Anthologie
(3 vols., Walter de Gruyter, Berlín, 1981), vol. 3.



Mapa 1. El Electorado de Brandemburgo a la llegada de los Hohenzollern en 1415.

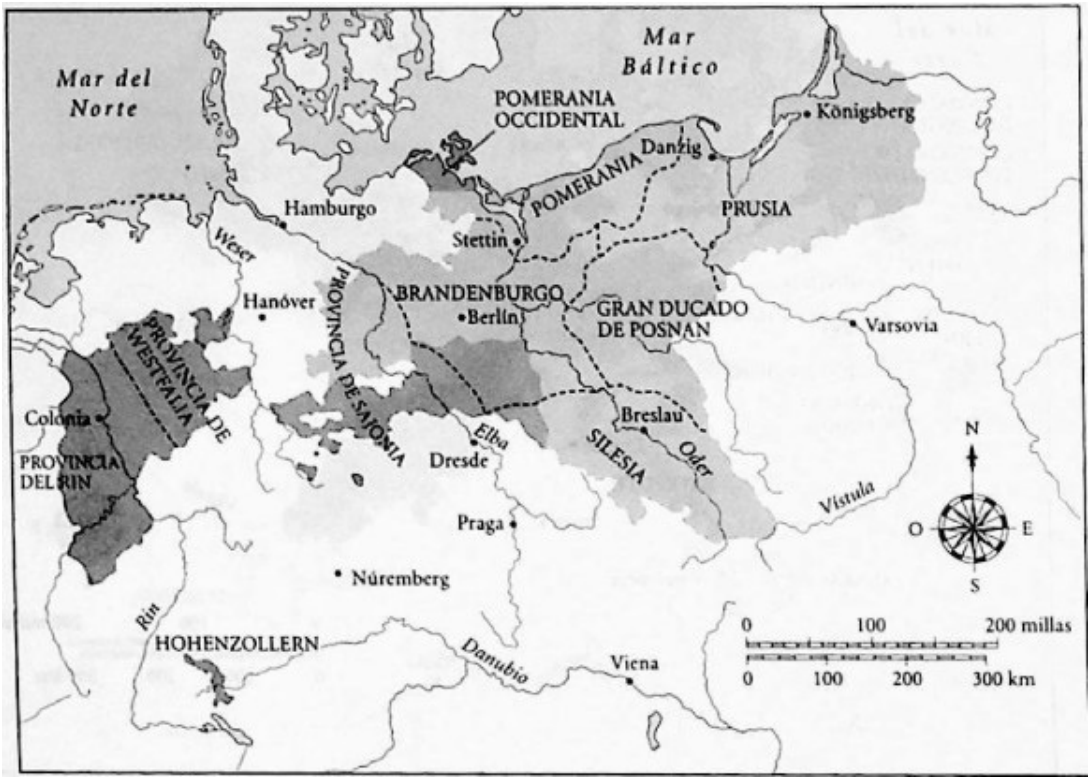


Mapa 2. Brandemburgo-Prusia en tiempos del Gran Elector (1640-1688).

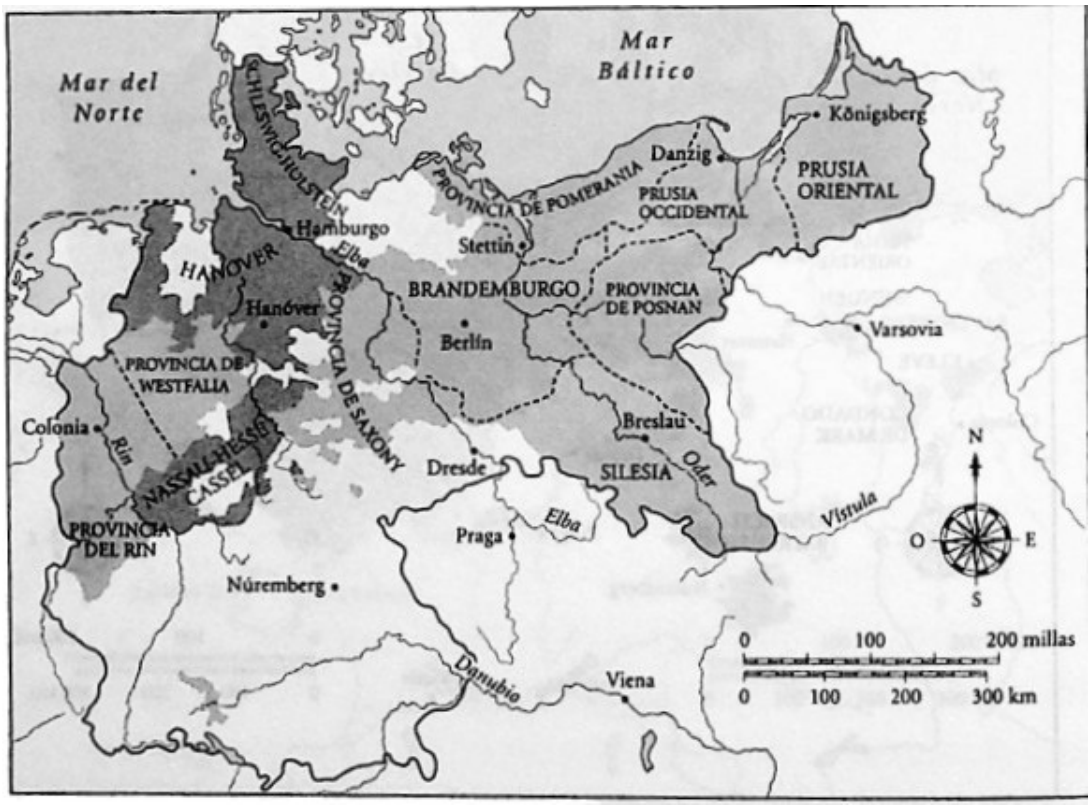


Mapa 3. El Reino de Prusia con Federico el Grande (1740-1786).

Mapa 4. Territorios incorporados a Prusia durante la segunda y tercera partición de Polonia bajo el reinado de Federico Guillermo II.



Mapa 5. Prusia tras el Congreso de Viena de 1815.



Mapa 6. Prusia en tiempos del Primer Reich (1871-1918).

1 LOS HOHENZOLLERN DE BRANDEMBURGO

El núcleo

En un principio existía solo Brandemburgo, territorio de unos 40 000 kilómetros cuadrados y centrado en la ciudad de Berlín. Este era el corazón del estado que sería conocido como Prusia. Situado en medio de una uniforme llanura que se extiende de los Países Bajos al norte de Polonia, el país brandemburgués ha atraído a muy pocos visitantes. No posee fronteras propias. Los ríos que lo cruzan son perezosas corrientes con meandros sin la grandeza del Rin o del Danubio. Monótonos bosques de abedules y abetos cubren la mayor parte de su superficie. El topógrafo Nicolaus Leuthinger, autor de una de las primeras descripciones de Brandemburgo, la describió en 1598 como «una tierra plana, boscosa y en su mayor parte pantanosa». «Zona arenosa», «llana», «cenagosa» y «sin cultivar» eran lugares comunes recurrentes en todas las descripciones antiguas, incluso en las más elogiosas[1].

Los suelos de gran parte de Brandemburgo eran de mala calidad. En algunas zonas, especialmente en torno a Berlín, el terreno era tan arenoso y ligero que los árboles no podían crecer en él. A este respecto, poco había cambiado hacia mediados del siglo XIX, cuando un viajero inglés que iba hacia Berlín desde el sur, en pleno verano, la describía como «una vasta región de arena desnuda y abrasadora; aldeas, pocas y alejadas entre sí, y bosques de abetos raquíticos, y el terreno bajo ellos está blanquecino debido a una espesa alfombra de musgo de reno[2]».

Es famosa la observación de Metternich de que Italia era una «expresión geográfica». No puede decirse lo mismo de Brandemburgo. Carecía de acceso al mar y de todo tipo de fronteras naturales defendibles. Era una entidad puramente política, formada con tierras tomadas a los paganos eslavos en la Edad Media y colonizadas por inmigrantes de Francia, Países Bajos, norte de Italia e Inglaterra, y también de las tierras germanas. El carácter eslavo de la población fue borrado gradualmente, aunque quedaron hasta bien entrado el siglo XX bolsas de eslavohablantes —conocidos por «wendos»— en las aldeas del Spreewald, cerca de Berlín. El carácter de frontera de la región, su identidad como el límite oriental de los asentamientos germanos cristianos, quedó conservado semánticamente en el término «Mark», o «marca fronteriza» (como en el caso de la Marca Galesa), usado para el Brandemburgo en conjunto y para cuatro de sus cinco provincias constitutivas: el Mittelmark, en torno a Berlín, el Altmark al oeste; el Uckermark al norte, y el Neumark al este (la quinta era Prignitz, al noroeste).

Los sistemas de transporte eran primitivos. Al carecer Brandemburgo de costa, no había puertos sobre el mar. Los ríos Elba y Oder fluían hacia el septentrión, hacia el mar del Norte y el Báltico a través de las laderas occidentales y orientales de la Marca, pero no había ninguna vía fluvial entre

ambos por lo que las ciudades de Berlín y Potsdam quedaban sin acceso directo a las arterias del transporte de la región. En 1548 comenzaron los trabajos de un canal que debía unir el Oder con el río Spree, que corría entre Berlín y su ciudad hermana de Cölln, pero el proyecto resultó demasiado caro y fue abandonado. Ya que en esta época el transporte era mucho más caro por rutas terrestres que por rutas fluviales, la escasez de vías acuáticas navegables entre el este y el oeste fue una seria desventaja estructural.

Brandemburgo quedaba fuera de las zonas manufactureras alemanas basadas en la agricultura especializada (vino, rubia, lino, fustán) y en la lana y la seda, pero no estaba bien dotado de recursos minerales clave (plata, cobre, hierro, zinc, y estaño)[3]. El más importante centro de actividad metalúrgica era la herrería instalada en la ciudad fortificada de Peitz en los años 1550. Una descripción de la época muestra notables edificios situados en rápidas corrientes de agua artificiales. Una gran rueda hidráulica hacía funcionar los pesados martillos que laminaban y daban forma al metal. Peitz tenía alguna importancia para el elector, cuyas guarniciones dependían de esta para el municionamiento; por otro lado, no tenía mucha importancia económica. El hierro producido aquí era propenso a hacerse pedazos cuando el tiempo era frío. Brandemburgo, pues, no estaba en situación de competir por los derechos aduaneros de la exportación en los mercados regionales y su naciente sector metalúrgico no habría podido sobrevivir sin los contratos del gobierno y las restricciones a la importación[4]. Nada de esto puede compararse con las florecientes fundiciones en el electorado de Sajonia, en el sudeste, rico en minas de hierro. Ni gozaba de la autosuficiencia en armamento que permitió a Suecia afirmarse como una potencia regional en los primeros años del siglo XVII.

Las primeras descripciones de la topografía agraria de Brandemburgo dan una impresión mixta. La pobre calidad del suelo en gran parte del territorio significa que en varias zonas el rendimiento era bajo. En ciertos lugares, los suelos se agotaban tan rápidamente que podían sembrarse solo cada seis, nueve o doce años, y esto sin mencionar las bastante grandes extensiones de «arena infecundas» o tierras inundadas, en las que no crecía nada en absoluto[5]. Por otro lado, había también zonas —en especial en el Altmark y en Uckermark, y el fértil Havelland, al oeste de Berlín— con extensiones suficientes de tierra arable para soportar cultivos intensivos de cereales, y aquí había signos, hacia 1600, de verdadera vitalidad económica. Bajo las favorables condiciones del prolongado ciclo de crecimiento europeo en el siglo XVI, los terratenientes de la nobleza de Brandemburgo amasaron

impresionantes fortunas con la producción de grano para la exportación. Muestras de esta riqueza pueden verse en las elegantes casas renacentistas —prácticamente ninguna ha sobrevivido— edificadas por las familias más ricas, una creciente posibilidad de enviar a los hijos fuera para estudios universitarios, y un neto crecimiento en el valor de las propiedades agrícolas. Las oleadas de inmigrantes alemanes del siglo XVI que llegaron a Brandemburgo de Franconia, de los estados sajones, de Silesia y de Renania para establecerse en las granjas no ocupadas fueron una señal más de la creciente prosperidad.

De todos modos, es fácil pensar que los beneficios obtenidos incluso por el más exitoso de los terratenientes no contribuían a ganancias de la productividad o a un crecimiento económico a largo plazo a una escala menos local[6]. El sistema señorial de Brandemburgo no dejaba excedentes de mano de obra ni generaba suficiente poder adquisitivo que pudiese estimular el tipo de desarrollo urbano que encontrábamos en la Europa occidental. Las ciudades del territorio se desarrollaron como centros administrativos adaptando las manufacturas y el comercio locales, pero siguieron teniendo una entidad modesta. La capital, un asentamiento compuesto conocido entonces por Berlín-Cölln, tenía solo 10 000 habitantes cuando estalló la Guerra de los Treinta Años en 1618 —el núcleo poblacional de la City de Londres en esos años era de unos 130 000 habitantes.

Dinastía

¿Cómo se convirtió este poco prometedor territorio en el corazón de un poderoso estado europeo? La clave reside en parte en la prudencia y ambición de la dinastía gobernante. Los Hohenzollern eran un clan en formación de magnates alemanes del sur. En 1417, Federico Hohenzollern, burgrave del pequeño pero rico territorio de Núremberg, compró Brandemburgo a su entonces soberano, el emperador Segismundo, por 400 000 florines de oro húngaros. La transacción acarreó prestigio y también tierras, pues Brandemburgo era uno de los siete electorados del Sacro Imperio Romano, un muestrario de estados y pequeños estados que se extendían a lo largo de la Europa germánica. Al adquirir el nuevo título, Federico I, elector de Brandemburgo, entraba en un universo político que desde entonces ha desaparecido completamente del mapa de Europa. El «Sacro Imperio Romano de Nación Germana» era, básicamente, un superviviente del mundo medieval

de la monarquía cristiana universal, mezclaba la soberanía y los privilegios corporativos. No era un «imperio» en el sentido que se le da en el mundo anglosajón a un sistema de gobierno implantado por un territorio sobre otros, sino con una estructura constitucional flexible centrado en la corte imperial y que abarca más de 300 entidades territoriales soberanas que variaban notablemente en tamaño y estatus legal[7]. Los sujetos del Imperio incluían no solo a alemanes, sino también a francohablantes, como los valones, flamencos en los Países Bajos, y daneses, checos, eslovacos, eslovenos, croatas e italianos en la periferia norte y este de la Europa germana. Su principal órgano político era la Dieta Imperial, asamblea de delegados que representaban a los principados territoriales, obispados soberanos, abadías, condados y ciudades libres imperiales (miniestados independientes como Hamburgo, y Augusta), que formaban las «posesiones» del Imperio.

Presidiendo este panorama político tan variado se hallaba el Sacro Emperador Romano. Se trataba de un cargo electivo —cada nuevo emperador debía ser elegido tras acuerdo entre los electores— de modo que, en teoría, el cargo podía recaer en un candidato de una dinastía adecuada—. Con todo, desde finales de la Edad Media hasta la abolición formal del Imperio en 1806, las opciones recayeron, en la práctica, en el miembro masculino de más edad de la familia de los Habsburgo[8]. En los años 1520, siguiendo un encadenamiento de matrimonios ventajosos y de sucesiones afortunadas (las más importantes de Bohemia y Hungría), los Habsburgo eran con mucho la dinastía alemana más rica y poderosa. Las tierras de la corona de Bohemia incluían el Ducado de Silesia, rico en minerales, y los margravatos de la Lusacia Superior e Inferior, centros manufactureros importantes. Así, la corte habsbúrgica controlaba un impresionante número de territorios que iban del extremo occidental de Hungría a las fronteras meridionales del Brandemburgo.

Cuando se convirtieron en electores de Brandemburgo, los Hohenzollern de Franconia se unieron a una exigua élite de príncipes alemanes —había siete en total— que tenían derecho a elegir al hombre que se convertiría en Sacro Emperador Romano de la Nación Germana. El título electoral era una baza de enorme significado. Confería una preeminencia simbólica a la que se daba una expresión visible no solo en las insignias y ritos políticos soberanos de la dinastía, sino también en los elaborados ceremoniales que acompañaban a todas las funciones oficiales del Imperio. Todo esto situó a los soberanos de Brandemburgo en una posición que periódicamente implicaba intercambios del voto electoral de los territorios por las concesiones políticas y donaciones

por parte del emperador. Tales oportunidades surgían no solo con ocasión de una elección imperial como tal, sino también en todas esas veces en que un emperador que aún reinaba trataba de asegurarse un apoyo previo para su sucesor.

Los Hohenzollern trabajaron duro para consolidar y expandir su patrimonio. Hubo pequeñas pero significativas adquisiciones territoriales casi en todos los reinos hasta mediados del siglo XVI. A diferencia de otras dinastías alemanas de la región, los Hohenzollern trataron también de evitar la partición de sus tierras. La ley de sucesión, conocida por *Dispositio Achillea* (1473) garantizó la unidad hereditaria de Brandemburgo. Joaquín I (reinado 1499-1535) se burló de esta ley al ordenar que sus tierras fuesen divididas a su muerte entre sus dos hijos, pero el hijo más joven murió sin progenie en 1571 y se restableció la unidad de la Marca. En su Testamento Político de 1596, el elector Juan Jorge (reinado 1571-1598) propuso de nuevo la partición de la Marca entre los hijos de sus matrimonios. Su sucesor, el elector Joaquín Federico, consiguió mantener unida la herencia de Brandemburgo, pero solo gracias a la extinción del linaje familiar meridional de Franconia, lo que le permitió compensar a sus hermanos menores con tierras exteriores al patrimonio de Brandemburgo. Como sugieren estos ejemplos, los Hohenzollern del siglo XVI seguían pensando y actuando como jefes ciánicos más que como gobernantes de un estado. Sin embargo, si bien la tentación de colocar en primer lugar a la familia continuó después de 1596, no llegó a ser nunca tan fuerte como para predominar sobre la integridad del territorio. Otros territorios dinásticos de este período fueron fracturándose a lo largo de las generaciones en estados aún más pequeños, pero Brandemburgo continuó intacto[9].

El emperador Habsburgo cobró gran importancia respecto al horizonte político del elector Hohenzollern de Berlín. Aquel no era exactamente un poderoso príncipe europeo, sino también el hito simbólico y el garante del propio Imperio, cuya antigua constitución era la base de toda soberanía en la Europa germana. El respeto por su poder se entremezclaba con un profundo apego al orden político que personificaba. Aunque nada de esto significaba que el emperador Habsburgo podía controlar o dirigir los asuntos del imperio por sí solo. No existía un gobierno central imperial, ni un derecho imperial para recaudar impuestos, ni un ejército o una fuerza policial imperial permanentes. Doblegar al Imperio a su voluntad era siempre un asunto de negociación, transacciones y maniobras. Debido a todas sus continuidades

con el pasado medieval, el Sacro Imperio Romano era un sistema fluido y dinámico caracterizado por un inestable equilibrio de poder.

Reforma

En el decenio de 1520, las energías liberadas por la Reforma alemana agitaron este complejo sistema, generando un proceso de polarización galopante. Un influyente grupo de príncipes territoriales adoptaron la confesión luterana, junto con aproximadamente dos quintos de las Ciudades Libres. El emperador Habsburgo, Carlos V, decidido a salvaguardar el carácter católico del Sacro Imperio Romano y a consolidar al mismo tiempo su propio dominio imperial, formó una alianza antiluterana. Sus fuerzas consiguieron algunas notables victorias en la Guerra de Esmalcalda de 1546-1547, pero la perspectiva de ulteriores avances de los Habsburgo fue suficiente para aglutinar a los opositores y rivales de la dinastía dentro y fuera del Imperio. A comienzos de los años 1550 Francia, siempre deseosa de bloquear las maquinaciones de Viena, había comenzado a dar apoyo militar a los territorios protestantes alemanes. Las consecuencias del punto muerto resultante fueron el compromiso de arreglo acordado en la Dieta de Augsburgo de 1555. La Paz de Augsburgo reconocía formalmente la existencia de territorios luteranos dentro del Imperio y concedía a los soberanos luteranos el derecho a imponer la conformidad confesional sobre sus propios súbditos.

A lo largo de este agitado período los Hohenzollern de Brandemburgo mantuvieron una política de neutralidad y circunspección. Deseando no enajenarse al emperador, tardaron en comprometerse formalmente con la fe luterana; una vez hecho esto, establecieron una reforma territorial tan cautelosa y tan gradual que necesitó la mayor parte del siglo XVI para llevarse a cabo. El elector Joaquín I de Brandemburgo (1499-1535) quiso que sus hijos permaneciesen en el seno de la Iglesia católica, pero en 1527 su mujer Isabel de Dinamarca tomó el asunto en sus manos y se convirtió al luteranismo antes de huir a Sajonia, donde se colocó bajo la protección del elector luterano Juan[10]. El nuevo elector era también un católico cuando accedió al trono de Brandemburgo con el nombre de Joaquín II (reinado 1535-1571), pero enseguida siguió el ejemplo de su madre y se convirtió a la fe luterana. Aquí, como en otras muchas ocasiones posteriores, las mujeres de la dinastía jugaron un papel crucial en el desarrollo de la política confesional de Brandemburgo.

Aun con su simpatía personal por la causa de la reforma religiosa, Joaquín II no se precipitó a incluir formalmente su territorio en la nueva fe. Todavía le gustaba la antigua liturgia y la pompa del ritual católico. Deseaba fuertemente, además, no dar ningún paso que pudiese dañar la posición de Brandemburgo dentro del entramado de un Imperio todavía predominantemente católico. El retrato pintado hacia 1551 por Lucas Cranach el Joven capta ambos lados del hombre. Vemos una figura imponente, de pie, con los puños apoyados sobre el vientre expuesto, cubierto por las enjoyadas vestiduras de la corte en esa época. Hay una actitud vigilante en sus rasgos. Unos ojos precavidos miran oblicuamente desde su cuadrado rostro.

1. Lucas Cranach, El elector Joaquín II *(1535-1571), c. 1551.*

Durante las grandes luchas políticas del Imperio, Brandemburgo aspiró a un papel de agente conciliador y honesto. Los enviados del elector se vieron implicados en varias intentonas fallidas de pergeñar un compromiso entre el campo protestante y el católico. Joaquín II se distanció de los príncipes protestantes más radicales e incluso envió un pequeño contingente de tropas a caballo para apoyar al emperador en la Guerra de Esmalcalda. No fue hasta 1563, durante la calma relativa que siguió a la Paz de Augsburgo, cuando Joaquín formalizó su adhesión personal a la nueva religión, por medio de una confesión de fe pública.

Solo en el reinado del elector Juan Jorge (1571-1598), hijo de Joaquín II, las tierras de Brandemburgo comenzaron a desarrollar un carácter más firmemente luterano. Fueron nombrados luteranos ortodoxos para cargos profesionales en la Universidad de Fráncfort del Oder, la reglamentación de la iglesia de 1540 fue revisada completamente para adaptarla más fielmente a los principios luteranos, y se llevaron a cabo dos inspecciones territoriales de iglesias (1573-1581 y 1594) para garantizar que la transición al luteranismo se cumplía a niveles provinciales y locales. Sin embargo, en la esfera de la política imperial, Juan Jorge siguió siendo un partidario leal de la corte de los Habsburgo. Incluso el elector Joaquín Federico (reinado 1598-1608), que de joven se había opuesto al bando católico con su apoyo abierto a la causa protestante, suavizó su postura cuando subió al trono, y se distanció de las distintas combinaciones protestantes, en un intento de obtener concesiones religiosas de la corte imperial[11].

Si bien los electores de Brandemburgo eran prudentes, no les faltaba ambición. Para un estado que carecía de fronteras defendibles o de recursos para alcanzar sus objetivos por medios coercitivos, el instrumento político preferido eran los matrimonios. Observando las alianzas matrimoniales de los Hohenzollern del siglo XVI, nos sorprende el punto de vista aleatorio: en 1502 y de nuevo en 1523, hubo matrimonios con la Casa de Dinamarca, por medio de los que el elector reinante esperaba (en vano) adquirir la posibilidad de reclamar partes de los ducados del Schleswig y del Holstein y un puerto en el mar Báltico. En 1530, su hija se casó con el duque Georg I de Pomerania, con la esperanza de que un día Brandemburgo heredaría el ducado y adquiriría una franja de costa báltica. El rey de Polonia era otro de los jugadores importantes en los cálculos brandemburgueses. Este era el señor feudal supremo del Ducado de Prusia, un principado báltico que había estado bajo el control de la Orden Teutónica hasta su secularización en 1525, y gobernado a partir de esa fecha por el duque Albrecht von Hohenzollern, primo del elector de Brandemburgo.

Esto se debió en parte a que quería poner sus manos sobre este apetecible territorio, por lo que el elector Joaquín II casó con la princesa Hedwig de Polonia en 1535. En 1564, cuando el hermano de su mujer se hallaba en el trono polaco, Joaquín obtuvo un éxito cuando sus dos hijos fueron nombrados herederos secundarios del ducado. Tras la muerte del duque Albrecht cuatro años más tarde, este estatus se vio confirmado por el Reichstag polaco de Lublin, abriendo así la perspectiva de la sucesión de Brandemburgo al ducado si el nuevo duque, Albrecht Friedrich, de dieciséis años de edad, moría sin

sucesor masculino. Acabó ocurriendo que la apuesta mereció la pena: Albrecht Friedrich vivió, con escasa salud mental, pero sí física, durante otros cincuenta años, hasta 1618, cuando murió, habiendo engendrado dos hijas, pero ningún hijo.

Entre tanto, los Hohenzollern no perdieron el tiempo, reforzando su reclamación sobre el Ducado de Prusia por todos los medios posibles. Los hijos tomaron el asunto donde los padres lo habían dejado. En 1603, el elector Joaquín Federico convenció al rey polaco para que le otorgase poderes de regente sobre el ducado (lo que era necesario debido a la enfermedad mental del duque reinante). Su hijo Juan Segismundo había consolidado su relación con la Prusia Ducal casándose con la hija mayor del duque Albrecht Friedrich, Ana de Prusia, en 1594, pasando por alto el cándido aviso de su madre de que «no era la más guapa[12]». Luego, con el fin, posiblemente, de prevenir que otra familia se metiese por la fuerza en la herencia, el padre, Joaquín Federico, cuya primera mujer había muerto, se casó con la hermana menor de la mujer de su hijo. El padre era ahora cuñado de su hijo, mientras que la hermana más joven de Ana se convertía también en su suegra.

De este modo, pareció segura una sucesión directa del Ducado de Prusia. Pero el matrimonio entre Juan Segismundo y Ana abrió la perspectiva de una nueva y rica herencia en el oeste. Ana no solo era hija del duque de Prusia, sino también sobrina de otro duque loco alemán, Juan Guillermo, de Jülich-Kleve, cuyos territorios abarcaban los ducados renanos de Jülich, Kleve (Cleves) y Berg, y los condados de Mark y Ravensberg. La madre de Ana, María Eleonora, era la hermana mayor de Juan Guillermo. El parentesco por el lado de su madre no contaba demasiado, a no ser por un pacto entre la Casa de Jülich-Kleve que permitía que las propiedades y títulos de la familia pudiesen pasar a la línea de sucesión femenina. El poco frecuente acuerdo resultaba en que Ana de Prusia fuese la heredera de su tío, lo que hacía que su marido, Juan Segismundo de Brandemburgo, pudiese reclamar las tierras de Jülich-Kleve[13]. Nada ilustra mejor la cualidad fortuita del mercado de matrimonios en los primeros tiempos de la Europa moderna, con sus brutales conspiraciones transgeneracionales, y su papel en la fase formativa de la historia de Brandemburgo.

La sucesión de Jülich-Kleve
N
O
E
S
Mar del Norte
Heligoland
Hamburgo
Bremen
Ems
Weser
PROVINCIAS UNIDAS DE LA REPÚBLICA HOLANDESA
OSNABRÜCK
MINDEN
OBISPADO DE MÜNSTER
Münster
RAVENSBERG
PRINCIPADO DE LIPPE
D. DE CLEVES
ARZOBISPADO DE PADERBORN
Gotinga
PAÍSES BAJOS ESPAÑOLES
CONDADO DE MARK
DUCADO DE WESTFALIA
D. DE BERG
ARZ. COLONIA
Colonia
AQUISGRÁN
Aquisgrán
Lieja
OBISPADO DE LIEJA
CONDADO DE WITTGENSTEIN
SAYN
NASSAU
DUCADO DE LUXEMBURGO
ARZOBISPADO DE TRIER
Rin
Mosa
Mosela
0 25 50 millas
0 40 80 km
Al elector de Brandemburgo
Al conde palatino de Neuburg
(Tratado de Xanten, 1614)

Grandes expectativas

A comienzos del siglo XVII los electores de Brandemburgo estaban cerca de unas posibilidades que eran estimulantes pero también problemáticas. Ni el Ducado de Prusia ni los dispersos ducados y condados de la herencia Jülich-Kleve eran colindantes con la Marca de Brandemburgo. Jülich-Kleve se situaba en el borde occidental del Sacro Imperio Romano, pegada a los Países Bajos españoles y a la República Holandesa. Era un conjunto de territorios mixtos en cuanto a su confesión, en una de las regiones más urbanizadas e industrializadas de la Europa germana. La Prusia Ducal luterana —tan extensa, más o menos, como el propio Brandemburgo— quedaba fuera del Sacro Imperio Romano, al este, en la costa báltica, rodeada de tierras de la Unión Polaco-Lituana. Se trataba de un lugar con playas y ensenadas barridas por el viento, llanuras cerealícolas, lagos apacibles, pantanos y bosques sombríos.

No era insólito en los comienzos de la Edad Moderna europea, para territorios geográficamente dispersos, acabar bajo la autoridad de un solo soberano, aunque las distancias existentes en este caso eran inusualmente grandes. Más de 700 kilómetros de carreteras y caminos —muchos de los cuales eran prácticamente intransitables en tiempo lluvioso— había entre Berlín y Königsberg.

Estaba claro que las reclamaciones de Brandemburgo encontrarían oposición. Un influyente partido, en la Dieta polaca, se oponía a la sucesión de Brandemburgo, y había al menos siete importantes rivales pretendientes de la herencia de Jülich-Kleve, de los cuales el más fuerte sobre el papel (después de Brandemburgo) era el duque de Pfalz-Neuburg, en el oeste de Alemania. Tanto la Prusia Ducal como Jülich-Kleve estaban situados, además, en zonas de elevada tensión internacional. Jülich-Cleve cayó en la órbita de la lucha de los holandeses por independizarse de España, que había estallado intermitentemente desde los años 1560; la Prusia Ducal estaba en una zona de conflicto entre la Suecia expansionista y la Unión Polaco-Lituana. La estructura militar del Electorado se basaba en un sistema arcaico de reclutamiento feudal, que se hallaba en rápido declive desde hacía más de un siglo en 1600. No había un ejército permanente, salvo unas cuantas compañías de guardias de corps y algunas insignificantes guarniciones de fortalezas. Aun suponiendo que Brandemburgo fuese capaz de hacerse con ellos en primer lugar, conservar los nuevos territorios habría requerido la utilización de considerables recursos.

Pero ¿de dónde podrían venir estos recursos? Todo intento de ampliar la base fiscal del elector con el fin de financiar la adquisición de nuevos territorios se encontraría, sin duda, con una rotunda oposición interna. Al igual que muchos príncipes europeos, los electores de Brandemburgo compartían el poder con una serie de élites regionales, organizadas en cuerpos representativos llamados estados. Los estados aprobaban (o no) los impuestos recaudados por el elector y (desde 1549) administraban sus recaudaciones. A cambio, poseían amplios poderes y privilegios. Por ejemplo, el elector tenía prohibido formar parte de alianzas sin primero obtener la aprobación de los estados[14]. En una declaración publicada en 1540, y reiterada en varias ocasiones hasta 1653, el elector llegó a prometer, incluso, que «no decidiría ni emprendería nada importante de lo que pudiera depender el florecimiento o el declinar del país, sin preaviso o consulta a todos nuestros estados[15]». Por ello sus manos estaban atadas. Las noblezas provinciales tenían la parte del león de la riqueza de la tierra del Electorado; y eran, asimismo, los más importantes acreedores del elector. Sin embargo, su visión de las cosas era vehementemente parroquial; no tenían ningún interés en ayudar al elector en la adquisición de territorios remotos sobre los que no sabían nada, y se oponían a toda acción que pudiese minar la seguridad de la Marca.

El elector Joaquín Federico era consciente de la escala del problema. El 13 de diciembre de 1604 anunciaba el establecimiento de un Consejo Privado (*Geheimer Rat*), cuerpo formado por nueve consejeros cuya tarea era supervisar «los altos e importantes asuntos que nos preocupan», en especial los relacionados con las reclamaciones respecto a Prusia y a Jülich[16]. El Consejo Privado se oponía a funcionar colegialmente, por lo que los asuntos debían ser sopesados desde toda una serie de ángulos con una gran solidez de puntos de vista. Nunca se convirtió en el núcleo de una burocracia estatal —el calendario de las reuniones regulares proyectado en el orden original, no se observó nunca y su función se redujo a ser meramente consultiva[17]—. Pero la amplitud y diversidad de sus responsabilidades marcó una nueva determinación dirigida a concentrar la toma de decisiones en el más alto nivel.

Hubo también una nueva política matrimonial orientada hacia Occidente. En febrero de 1605, el nieto del elector, que tenía diez años, Jorge Guillermo, fue prometido a la hija, de ocho años de edad, de Federico IV, el elector palatino. El Palatinado, un notable y rico territorio sobre el Rin, era el principal centro alemán del calvinismo, una forma rigurosa de protestantismo que había roto de manera más radical que los luteranos con el catolicismo. Durante la segunda mitad del siglo XVI la fe calvinista, o reformada, había

puesto pie en partes de Alemania Occidental y meridional. Heidelberg, capital del Palatinado, era el centro de una red de relaciones militares y políticas que abarcaba a muchas de las ciudades y principados calvinistas alemanes, pero que también se extendía a las potencias calvinistas extranjeras, sobre todo la República Holandesa. Federico IV poseía una de las fuerzas armadas más formidables de la Alemania Occidental, y el elector esperaba que unas relaciones más estrechas le aportarían apoyo estratégico para las reclamaciones de Brandemburgo en el oeste. Sintiéndose bastante seguro, en abril de 1605 se formalizó una alianza entre Brandemburgo, el Palatinado y la República Holandesa, por la que los holandeses, a cambio de subsidios militares, aceptaron mantener 5000 hombres dispuestos a ocupar Jülich para el elector.

Esto era una desviación. Al aliarse con los intereses militantes de los calvinistas, los Hohenzollern se habían situado al margen del acuerdo alcanzado en Augsburgo en 1555, que había reconocido el derecho de tolerancia para los luteranos, pero no para los calvinistas. Ahora Brandemburgo se ponía de acuerdo con algunos de los peores enemigos del emperador Habsburgo. Una separación se producía entre quienes tomaban las decisiones en Berlín. El elector y la mayoría de sus consejeros preferían una política de cautela y moderación. Pero un grupo de figuras influyentes en torno al hijo mayor del elector, el gran bebedor Juan Segismundo (reinado 1608-1619) optó por la línea dura. Uno de estos era el consejero del Consejo Privado Ottheinrich Bylandt zu Rheydt, él mismo nativo de Jülich. Otro era la mujer de Juan Segismundo, Ana de Prusia, la portadora de la reclamación sobre Jülich-Kleve. Apoyado por sus partidarios o quizá conducido por ellos Juan Segismundo presionó para que se diesen unas más estrechas relaciones con el Palatinado; e incluso afirmó que Brandemburgo debería tomar la delantera en cualquier disputa sobre la sucesión de Jülich-Kleve invadiéndola y ocupándola con anticipación[18]. No será la última vez que en la historia del estado de los Hohenzollern la élite política se polarice en torno a opciones opuestas de política internacional.

En 1609 el viejo y loco duque de Jülich-Kleve finalmente murió, activando la reclamación brandemburguesa sobre sus territorios. El momento no podía ser más propicio. El conflicto regional entre los Habsburgo de España y la República Holandesa todavía bullía, y la herencia se hallaba en el estratégico y vital corredor militar que llevaba a los Países Bajos. Para empeorar las cosas, se había producido una notable escalada en las tensiones confesionales a lo largo del imperio. Siguiendo una secuencia de encarnizadas

disputas religiosas, surgieron dos alianzas confesionales opuestas: la Unión Protestante en 1608, encabezada por el Palatinado calvinista, y la Liga Católica en 1609, dirigida por el duque Maximiliano de Baviera, bajo la protección del emperador. En tiempos menos agitados, el elector de Brandemburgo y el duque de Pfalz-Neuburg se habrían dirigido, sin duda, al Emperador para resolver la disputa sobre Jülich-Kleve. Pero en el clima partidista de 1609, podía no confiarse en la neutralidad del emperador. Por el contrario, el elector decidió rodear los mecanismos del arbitraje imperial y firmar un acuerdo separado con su rival: ambos príncipes ocuparían el territorio disputado conjuntamente, a la espera de una posterior resolución de sus reclamaciones.

Su acción provocó una crisis de envergadura. Se enviaron tropas imperiales desde los Países Bajos españoles para supervisar la defensa de Jülich. Juan Segismundo se unió a la Unión Protestante, que hizo público su apoyo a los dos demandantes y movilizó un ejército de 5000 hombres. Enrique IV de Francia se mostró interesado y decidió intervenir del lado de los protestantes. Solo el asesinato del rey francés en mayo de 1610 evitó el estallido de un conflicto mayor. Una fuerza compuesta por tropas holandesas, francesas, inglesas y de la Unión Protestante penetró en Jülich y asediaron a la guarnición católica. Mientras tanto, nuevos estados acabaron uniéndose a la Liga Católica y al emperador, en su furia hacia los demandantes, concedieron todo el complejo de Jülich-Kleve al elector de Sajonia, haciendo temer la inminencia de una invasión conjunta sajona-imperial de Brandemburgo. En 1614, tras nuevas disputas, el legado Jülich-Kleve fue dividido —a la espera de un arreglo final— entre los dos demandantes: el duque de Pfalz-Neuburg recibió Jülich y Berg, mientras Brandemburgo se hacía con Cleves, Mark, Ravensberg y Ravenstein (véase mapa anterior "La sucesión de Jülich-Kleve).

Se trataba de adquisiciones de considerable importancia. El Ducado de Cleves estaba a caballo del río Rin, asomándose al territorio de la República Holandesa. En la Baja Edad Media, la construcción de un sistema de diques había recuperado el fértil suelo de las tierras inundadas del Rin, transformando el territorio en la panera de los Países Bajos. El Condado de Mark era menos fértil y estaba menos poblado, pero había notables bolsas de actividad minera y metalúrgica. El pequeño Condado de Ravensberg dominaba estratégicamente la importante ruta comercial que unía la Renania con la Alemania del noreste, y poseía una floreciente industria del lino, concentrada principalmente en torno a Bielefeld, la capital. El exiguo Señorío

de Ravenstein, situado sobre el río Mosa, era un enclave dentro de la República Holandesa.

En un determinado momento, estuvo claro para el elector que se había extralimitado. Sus escasos ingresos le habían hecho jugar un pequeño papel de apoyo en el conflicto sobre la reclamación de la herencia[19]. Con todo, su territorio quedaba ahora más expuesto de lo que nunca había estado antes. En 1613 hubo una ulterior complicación, al anunciar Juan Segismundo su conversión al calvinismo, con lo que dejaba a su casa fuera del acuerdo religioso de 1555. El notable significado a largo plazo de este paso lo tratamos en el capítulo 5; a corto plazo, la conversión del elector se consideró un ultraje para la población luterana, sin que se constataran beneficios a corto plazo para la política exterior del territorio. En 1617, la Unión Protestante, cuyo compromiso con la causa de Brandemburgo había sido siempre frágil, retiró su apoyo inicial a las reclamaciones brandemburguesas[20]. Juan Segismundo respondió renunciando a la Unión. Como dijo uno de sus consejeros, aquel se había unido a esta solo con la esperanza de garantizar su herencia; su territorio estaba «tan alejado que [la Unión] no podía tener otra utilidad para él[21]». Y Brandemburgo se quedó solo.

Quizá una clara conciencia de esta situación apurada aceleró el declive personal del elector desde 1609. El hombre que había desplegado tanto vigor e iniciativa como príncipe heredero parecía agotado. Su afición a la bebida, que siempre había sido entusiasta, estaba ahora fuera de control. Según una anécdota, recordada por Schiller, Juan Segismundo arruinó la posibilidad de una alianza matrimonial entre su hija y el hijo del duque de Pfalz-Neuburg al pinchar a su futuro yerno en una oreja en plena intoxicación, pero puede muy bien ser apócrifa[22]. Pero es posible que historias semejantes sobre su comportamiento de borracho violento e irracional fuesen creídas en los años 1610. Juan Segismundo acabó siendo obeso y letárgico, e intermitentemente incapaz de llevar los asuntos de gobierno. En 1616, un ataque le afectó seriamente el habla. En el verano de 1618, cuando murió en Königsberg el duque de Prusia, activando otra reclamación de los Hohenzollern sobre otro remoto territorio, Juan Segismundo pareció, según un visitante, «*lebendigtot*», suspendido entre la vida y la muerte[23].

La cuidadosa labor de tres generaciones de electores Hohenzollern había modificado las perspectivas futuras de Brandemburgo. Por primera vez, podemos discernir el esbozo embrionario de la extendida estructura territorial con remotas dependencias al este y al oeste que darían forma al futuro de lo que un día sería conocido por Prusia. Pero siguió existiendo una gran

diferencia entre sus compromisos y sus recursos. ¿De qué modo la Casa de Brandemburgo iba a defender sus reclamaciones contra sus muchos rivales? ¿Cómo iba a garantizar el cumplimiento de sus obligaciones fiscales y políticas en los nuevos territorios? Eran preguntas difíciles de contestar, incluso en tiempos de paz. Pero hacia 1618, pese a los esfuerzos desde varios puntos para negociar un compromiso, el Sacro Imperio Romano iba a entrar en una era de encarnizadas guerras religiosas y dinásticas.

2
DEVASTACIÓN

Durante la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) las tierras alemanas se convirtieron en el teatro de una catástrofe europea. Una confrontación entre el emperador Habsburgo Fernando II (reinado 1619-1637) y las fuerzas protestantes en el seno del Sacro Imperio Romano, que se amplió hasta incluir a Dinamarca, Suecia, España, la República Holandesa y Francia. Conflictos que eran de alcance continental se dirimieron en los territorios de los estados alemanes: la lucha entre España y la disidente República de Holanda, una confrontación entre las potencias del norte por el control de Báltico y la tradicional rivalidad entre grandes potencias, la Francia de los Borbones y los Habsburgo[1]. Si bien hubo batallas, asedios y ocupaciones militares en todas partes, el grueso de los enfrentamientos se produjo en las tierras alemanas. Para Brandemburgo, poco protegido y sin salida al mar, la guerra fue un desastre que puso de manifiesto todas las debilidades del Estado electoral. En un momento crucial durante el conflicto, Brandemburgo se enfrentó a opciones imposibles. Su destino dependió completamente de la voluntad ajena. El elector fue incapaz de proteger sus fronteras, mandar o defender a sus súbditos o incluso garantizar la persistencia de su título. Mientras los ejércitos se movían a través de las provincias de la Marca, el imperio de la ley quedó suspendido, las economías locales acabaron arrasadas y la continuidad del trabajo, del domicilio, de la memoria se vio irreversiblemente quebrada. Las tierras del elector, escribió Federico el Grande un siglo y medio más tarde, «estaban asoladas por la Guerra de los Treinta Años, cuya marca mortal fue tan profunda que sus huellas pueden discernirse todavía cuando escribo[2]».

En los frentes (1618-1640)

Brandemburgo entró en este peligroso período sin apenas preparación para los retos a los que hubo de hacer frente. Dado que su potencial militar era poco importante, carecía de medios para negociar recompensas o concesiones de amigos o enemigos. Al sur, lindantes con las fronteras del Electorado, se hallaban Lusacia y Silesia, ambas tierras hereditarias de la corona bohemia de los Habsburgo (aunque Lusacia estaba arrendada a Sajonia). A occidente de ambas, fronterizo también con Brandemburgo, se encontraba la Sajonia electoral, cuya política, en los primeros años de la guerra, consistió en operar en estrecha armonía con el emperador. En el flanco norte de Brandemburgo, sus mal defendidas fronteras quedaban abiertas a las tropas de las potencias bálticas protestantes, Dinamarca y Suecia. Nada había entre Brandemburgo y el mar si exceptuamos al débil Ducado de Pomerania, gobernado por el anciano Boguslav XIV. Ni en el oeste ni en la remota Prusia Ducal el elector de Brandemburgo poseía los medios para defender de una invasión sus territorios de reciente adquisición. Así, pues, había todas las razones para ser cauto, preferencia subrayada por la todavía arraigada costumbre de delegar en el emperador.

El elector Jorge Guillermo (reinado 1619-1640), hombre tímido e indeciso, mal dotado para los problemas extremos de su época, transcurrió los primeros años de guerra evitando comprometerse con alianzas que pudiesen consumir sus escasos recursos o que expusiesen su territorio a represalias. Dio su apoyo moral a la insurgencia de los territorios bohemios protestantes contra el emperador Habsburgo, pero cuando su cuñado, el elector palatino, marchó hacia Bohemia para luchar por la causa, Jorge Guillermo se mantuvo fuera de conflicto. A mediados de los años 1620, cuando se estaba tramando una coalición antihabsbúrgica entre las cortes de Dinamarca, Suecia, Francia e Inglaterra, Brandemburgo maniobró con gran inquietud en los márgenes de la diplomacia de las grandes potencias. Se hicieron intentos para persuadir a Suecia, cuyo rey había contraído matrimonio con la hermana de Jorge Guillermo en 1620, para que organizase una campaña contra el emperador. En 1626, otra de las hermanas de Jorge Guillermo fue casada con el príncipe de Transilvania, un noble calvinista, cuyas continuas guerras contra los Habsburgo —con apoyo turco— habían hecho de él el más formidable de los enemigos del emperador. Sin embargo, al mismo tiempo, se daban vehementes garantías de lealtad al emperador católico, y Brandemburgo evitó

la alianza antiimperial de La Haya de 1624-1626 entre Inglaterra y Dinamarca.

2. Retrato de Jorge Guillermo (1619-1640), *xilograbado de Richard Brend'amour basado en un retrato contemporáneo.*

Nada de todo esto podía proteger al Electorado de las presiones e incursiones armadas de ambos bandos. Después de que los ejércitos de la Liga Católica mandada por el general Tilly derrotaran a las fuerzas protestantes en Stadlohn en 1623, los territorios westfalianos de Mark y Ravensburg se convirtieron en zonas de acuartelamiento para las tropas de la Liga. Jorge Guillermo comprendió que solo podrían quedar fuera de los problemas si su territorio estuviese capacitado para defenderse por sí mismo contra todos los que pudiesen venir. Pero faltaba dinero para una política efectiva de neutralidad armada. Los propietarios, predominantemente luteranos, sospechaban de sus lealtades calvinistas y se negaban a financiarlas. En 1618-1620, sus simpatías iban en gran medida hacia el emperador católico, y temían que su elector calvinista arrastrase a Brandemburgo hacia peligrosos compromisos internacionales. La mejor política, tal como ellos la veían, era esperar fuera de la tormenta y evitar atraer la atención hostil de cualquiera de los beligerantes.

En 1626, cuando Jorge Guillermo se esforzaba por sacar dinero de sus estamentos, el general palatino, conde Mansfeld, invadió Altmark y Prignitz, con sus aliados daneses que lo apoyaban de cerca. Estalló una carnicería. Las iglesias fueron destrozadas y saqueadas, la ciudad de Nauen fue arrasada hasta los cimientos, las aldeas fueron incendiadas cuando las tropas intentaron apropiarse del dinero y los bienes escondidos de los habitantes. Cuando fue reprendido por esto por un ministro decano de Brandemburgo, el enviado danés Mitzlaff respondió con sorprendente arrogancia: «Le guste o no al elector, el rey [danés] seguirá de todas maneras. ¡Quien no esté con él estará contra él!»[3]. De todos modos, apenas los daneses se habían sentido como en casa, en Mark, habían sido rechazados por sus enemigos. Al final del verano de 1626, tras la victoria imperial y liguista cerca de Lutter-am-Barenberg, en el Ducado de Brunswick (27 de agosto), las tropas imperiales ocuparon Altmark, mientras los daneses se retiraban al interior de Prignitz y del Uckermark, hacia el norte y noroeste de Berlín. Aproximadamente por las mismas fechas, el rey Gustavo Adolfo de Suecia desembarcó en la Prusia Ducal, donde estableció una base de operaciones contra Polonia, ignorando completamente las reclamaciones del elector. También el Neumark fue invadido y saqueado por mercenarios cosacos al servicio del emperador. La magnitud de la amenaza a la que se enfrentaba Brandemburgo quedó evidenciada por la suerte de los duques del vecino Mecklemburg. Como castigo por apoyar a los daneses, el emperador depuso a la familia ducal y otorgó Mecklemburg como botín a su poderoso comandante, el empresario militar conde de Wallenstein.

Parecía llegado el momento para cambiar hacia una más estrecha colaboración con el campo Habsburgo. «Si este negocio continúa», le dijo Jorge Guillermo a un confidente en un momento de desesperación, «me volvería loco, pues estoy muy afligido. […] Debería unirme al emperador, no tengo alternativa; solo tengo un hijo; si el emperador continúa, entonces supongo que mi hijo y yo podremos seguir siendo electores[4]». El 22 de mayo de 1626, pese a las protestas de sus consejeros y de los estamentos, que habrían preferido una rigurosa política de neutralidad, el elector firmó un tratado con el emperador. Según los términos del acuerdo, el Electorado quedaba abierto totalmente a las tropas imperiales. A esto siguieron malos tiempos, pues el comandante supremo imperial, conde de Wallenstein, tenía por costumbre hacerse con provisiones, alojamientos y pagos para sus tropas a costa de la población de la zona ocupada.

Así, Brandemburgo no obtuvo ningún beneficio de la alianza con el emperador. En realidad, a medida que este fue haciendo retroceder a sus enemigos y se aproximaba al apogeo de su poder a finales de los años 1620, el emperador Fernando II pareció ignorar totalmente a Jorge Guillermo. En el Edicto de Restitución de 1629, el emperador anunció que tenía intención de «reclamar», por la fuerza si fuese necesario, «todos los arzobispados, obispados, prelaturas, monasterios, hospitales y fundaciones» que los católicos habían poseído en el año 1552 —un programa con profundas implicaciones nocivas para Brandemburgo, donde numerosos establecimientos eclesiásticos habían sido colocados bajo administración protestante. El Edicto confirmaba el acuerdo de 1555, que excluía a los calvinistas de la paz religiosa en el imperio; solo la fe católica y la luterana gozaban de un estatus oficial—, «todas las demás doctrinas y sectas quedan prohibidas y no pueden ser toleradas[5]».

La abrupta irrupción de Suecia en la guerra alemana en 1630 alivió la situación de los estados protestantes, pero provocó un aumento de la presión política sobre Brandemburgo[6]. En 1620 la hermana de Jorge Guillermo, María Eleonora, había sido casada con el rey Gustavo Adolfo de Suecia, una extraordinaria figura cuyo apetito por la guerra y la conquista iba acompañado por un celo misionero por la causa protestante en Europa. A medida de que aumentaba su implicación en el conflicto alemán, el rey sueco, que no tenía ningún otro aliado alemán, decidió garantizar una alianza con su cuñado Jorge Guillermo. El elector se mostró reacio, y es fácil ver por qué. Gustavo Adolfo había empleado el último decenio y medio en llevar adelante una guerra de conquista en el Báltico oriental. Una serie de campañas contra Rusia había dejado a Suecia en posesión de una porción de territorio continua que iba de Finlandia a Estonia. En 1621 Gustavo Adolfo había reiniciado su guerra contra Polonia, ocupando la Prusia Ducal y conquistando Livonia (las modernas Letonia y Estonia). El rey sueco había empujado incluso al anciano duque de Mecklenburg a un acuerdo según el cual el ducado pasaría bajo Suecia cuando el duque muriese, un arreglo que socavaba el tratado de herencia de larga duración de Brandemburgo con su vecino del norte. Todo esto sugería que los suecos podían ser no menos peligrosos como amigos que como enemigos. Jorge Guillermo volvía a la idea de la neutralidad. Planeó colaborar con Sajonia y formar un bloque protestante que se opondría a la aplicación del Edicto de Restitución y que proporcionaría, al mismo tiempo, un elemento amortiguador entre el emperador y sus enemigos del norte, política que dio sus frutos en la Convención de Leipzig de febrero de 1631.

Sin embargo, esta maniobra hizo poco para alejar el peligro al que se enfrentaba Brandemburgo desde el norte y el sur. De Viena salieron furiosas advertencias y amenazas. Entre tanto, se producían enfrentamientos entre las tropas suecas y las imperiales en todo Neumark, durante los cuales los suecos expulsaron a los imperiales de la provincia y ocuparon las ciudades fortificadas de Fráncfort del Oder, Landsberg y Küstrin.

Envalentonado por el éxito de sus tropas en el campo de batalla, el rey de Suecia exigió una alianza plena con Brandemburgo. La protesta de Jorge Guillermo de que quería permanecer neutral cayó en saco roto. Como Gustavo Adolfo le explicaba a un enviado de Brandemburgo:

> No quiero saber ni oír nada sobre neutralidad. [El elector] ha de ser amigo o enemigo. Cuando yo llegue a sus fronteras, debe declararse frío o caliente. Esta es una lucha entre Dios y el demonio. Si mi primo quiere estar con Dios, entonces tiene que unirse a mí; si prefiere estar con el diablo, entonces realmente deberá combatirme; no hay tercera vía[7].

Mientras Jorge Guillermo se andaba con rodeos, el rey sueco se llegó cerca de Berlín, con sus tropas tras él. Presa del pánico, el elector mandó a las mujeres de su familia a parlamentar con el invasor en Köpenick, a unos kilómetros al suroeste de la capital. Se acabó llegando a un acuerdo según el cual el rey entraría en la ciudad con 1000 hombres para proseguir las negociaciones como huésped del elector. En los días siguientes, que fueron de agasajos, los suecos hablaron de forma seductora de que podrían ceder partes de Pomerania a Brandemburgo, insinuaron la posibilidad de un matrimonio entre la hija del rey y el hijo del elector, y presionaron para llegar a una alianza, y Jorge Guillermo decidió compartir la suerte con Suecia.

Las razones para este vuelco en su política residían en parte en el comportamiento intimidatorio de las tropas suecas que, en un determinado momento, se acercaron a las murallas de Berlín con sus cañones apuntados contra el palacio real con el fin de convencer al asediado elector. Pero un importante factor que lo predispuso a ello fue la toma, el 20 de mayo de 1631, de la ciudad protestante de Magdeburgo por las tropas imperiales de Tilly. A la conquista de Magdeburgo le siguió no solo el saqueo que solía darse en tales acontecimientos, sino también la matanza de los habitantes de la ciudad, lo que se convertiría en algo fijo en la memoria literaria alemana. En un pasaje retórico clásicamente medido, Federico II describía así la escena:

> Todo lo que a la licencia desencadenada del soldado puede ocurrírsele cuando nada contiene su furia, todo lo que la crueldad más feroz inspira a los hombres cuando la rabia ciega se apodera de sus sentidos, lo cometieron los imperiales en esta infeliz ciudad: las tropas corrían como jaurías, con las armas en la mano, por las calles, y masacraban indiscriminadamente a viejos,

> mujeres y niños, a aquellos que se defendían y a aquellos que no hacían ningún gesto de resistencia […]. No se veían más que cadáveres aun doblados, amontonados o estirados, desnudos; los gritos de aquellos a los que se cortaba la garganta se mezclaban con los furiosos gritos de sus asesinos[8]…

Incluso para sus contemporáneos, el aniquilamiento de Magdeburgo, una comunidad de unos 20 000 ciudadanos y una de las capitales del protestantismo alemán, representó un choque existencial. Panfletos y periódicos circulaban por Europa, con traducciones literales de las diversas atrocidades cometidas[9]. Nada pudo hacer más por dañar el prestigio del emperador Habsburgo en los territorios protestantes alemanes que las noticias del exterminio desenfrenado de sus súbditos protestantes. El impacto fue especialmente pronunciado para el elector de Brandemburgo, cuyo tío, el margrave Cristiano Guillermo, era el administrador episcopal de Magdeburgo. En junio de 1631, Jorge Guillermo firmó, a regañadientes, un pacto con Suecia, según el cual aceptó abrir a las tropas suecas las fortalezas de Spandau (justo al norte de Berlín) y de Küstrin, en el Neumark, y pagar a Suecia una contribución mensual de 10 000 táleros[10].

Pero el pacto con Suecia fue de breve duración, como la anterior alianza con el emperador. En 1631-1632 el equilibrio de poder volvía a ser favorable a las fuerzas protestantes, al penetrar profundamente los suecos y sus aliados sajones hacia el sur y oeste de Alemania, infligiendo graves derrotas a los imperiales. Pero el impulso de su ataque fue decreciendo tras la muerte de Gustavo Adolfo en un choque de caballerías en la batalla de Lützen, el 6 de noviembre de 1632. A finales de 1634, tras una grave derrota en Nordlingen, el predominio sueco se quebró. Exhausto por la guerra y sin esperanza de poder romper los lazos entre Suecia y los príncipes protestantes alemanes, el emperador Fernando II aprovechó el momento para proponer unos términos de paz moderados. La decisión funcionó: el elector luterano de Sajonia, que había unido sus fuerzas a las de Suecia en septiembre de 1631, ahora volvió al emperador. El elector de Brandemburgo se enfrentaba a una opción más difícil. El borrador de los artículos de la Paz de Praga ofrecía una amnistía y retiraba las exigencias más extremas del anterior Edicto de Restitución, pero seguía sin hacer referencia a la tolerancia del calvinismo. Los suecos, por su lado, seguían acosando a Brandemburgo para alcanzar un tratado, esta vez prometieron que Pomerania sería transferida completamente a Brandemburgo en cuanto acabasen las hostilidades en el imperio. Tras alguna atormentada tergiversación, Jorge Guillermo optó por buscar fortuna del lado del emperador. En mayo de 1635 Brandemburgo, junto a Sajonia, Baviera y

muchos otros territorios alemanes, firmó la Paz de Praga. A cambio, el emperador prometía tratar de que las reclamaciones de Brandemburgo sobre el Ducado de Pomerania fuesen satisfechas. Se envió un destacamento de los regimientos imperiales para ayudar en la protección de la Marca, y Jorge Guillermo fue honrado —algo incongruentemente, dada su notable falta de aptitudes militares— con el título de *Generalissimus* del ejército imperial. Por su parte, el elector emprendió el reclutamiento de 25 000 hombres para apoyar el esfuerzo de guerra imperial. Por desgracia para Brandemburgo, estos apaños entre dos aguas con el emperador Habsburgo coincidieron con otro cambio en el equilibrio de poder en la Alemania del norte. Tras su victoria sobre el ejército de Sajonia en Wittstock, el 4 de octubre de 1636, los suecos eran de nuevo «señores de la Marca[11]».

Jorge Guillermo empleó los últimos cuatro años de su reinado tratando de expulsar a los suecos de Brandemburgo y de hacerse con el control de Pomerania, cuyo duque murió en marzo de 1637. Sus intentos para reclutar un ejército de Brandemburgo contra Suecia dieron por resultado una pequeña y mal equipada fuerza, y el Electorado fue arrasado por los suecos y por los imperiales, y asimismo por las unidades menos disciplinadas de sus propias tropas. Tras la invasión sueca de la Marca, el elector se vio forzado a huir —y no sería la última vez en la historia de los Hohenzollern— a la relativa seguridad de la Prusia Ducal, donde murió en 1640.

Política

Con posterioridad, Federico el Grande describió al elector Jorge Guillermo como persona «incapaz de gobernar», y una historia de Prusia anotaba poco amablemente que el peor defecto de este elector no fue tanto «su mente indecisa» como la «ausencia de una mente capaz». Dos electores así, añadía, y Brandemburgo habría «cesado de proporcionar algo que no fuese historia parroquial». Las opiniones de este tipo abundan en la literatura secundaria[12]. Jorge Guillermo, sin duda, era una figura muy poco heroica, y él era consciente de ello. Había resultado herido gravemente de joven en un accidente de caza. Una profunda herida en un muslo se inflamaba de manera crónica, obligándolo a permanecer en una silla de manos y reduciendo su vitalidad. En una época en que los destinos de Alemania parecían descansar en las manos de señores de la guerra físicamente imponentes, el espectáculo del elector huyendo de aquí para allá en su silla de manos para evitar a las

distintas fuerzas armadas que recorrían a sus anchas el territorio inspiraba poca confianza. «Me duele profundamente», escribió en julio de 1626, «que mis tierras hayan sido devastadas de esta manera y que yo haya sido tan ignorado y burlado. El mundo entero me toma por un cobarde sin carácter…»[13].

Con todo, las dudas y vacilaciones de estos años tienen menos que ver con las características personales del gobernante que con las dificultades intrínsecas de las opciones a las que tuvo que enfrentarse. Había algo irreductible, algo estructural en su difícil situación. Merece la pena resaltar esto, pues llama nuestra atención sobre una de las continuidades de la historia de Brandemburgo (luego de Prusia). Una y otra vez, los que tomaban las decisiones en Berlín se hallarían divididos entre varios frentes, forzados a oscilar entre varias opciones. Y en cada una de estas ocasiones el monarca sería vulnerable ante la acusación de haber dudado, engañado, de haber fracasado a la hora de decidir. Esto no fue consecuencia de la «geografía» en ninguno de sus sentidos más simplistas, sino más bien del lugar de Brandemburgo en el mapa mental de las políticas de poder europeas. Si tenemos presentes las líneas maestras de los conflictos entre los bloques de poder continentales de comienzos del siglo XVII —Suecia-Dinamarca, Polonia-Lituania, Austria-España, y Francia—, entonces se ve claramente que Brandemburgo, con sus prácticamente indefensas dependencias del oeste y del este, se hallaba en la zona en la que esas líneas se cruzaban. El poder de Suecia declinará más tarde, seguido del de Polonia, pero el surgimiento de Rusia como gran potencia plantearía de nuevo el mismo problema, y los sucesivos gobiernos en Berlín deberían elegir entre concluir alianzas, una neutralidad armada y una actuación independiente.

A medida de que se agravaron los problemas militares y diplomáticos de Brandemburgo, surgieron en Berlín facciones competidoras con objetivos de política internacional opuestos. ¿Se atendría Brandemburgo a su tradicional fidelidad al emperador del Sacro Imperio Romano y buscaría su seguridad del lado de los Habsburgo? Este era el punto de vista adoptado por el conde Adam Schwarzenberg, católico, originario del Condado de Mark, que había apoyado las reclamaciones de Brandemburgo sobre Jülich-Berg. De mediados de los años 1620 en adelante Schwarzenberg era el líder de la facción habsbúrgica de Berlín. En cambio, dos de los más poderosos consejeros privados, Levin von Knesebeck y Samuel von Winterfeld, apoyaban rotundamente la causa protestante. Ambos campos lucharon duramente para controlar la política de Brandemburgo. En 1626, cuando el elector se vio

forzado a una colaboración más estrecha con el campo Habsburgo, Schwarzenberg consiguió llevar ajuicio a Winterfeld por traición y que fuese expulsado del país, pese a las protestas de los estados. En el otoño de 1630, por otro lado, cuando Suecia estaba en ascenso, apareció una facción prosueca, encabezada por el canciller calvinista Segismundo von Götzen, y Schwarzenberg tuvo que retirarse a Cleves, volviendo a Berlín solo tras una iniciativa aprobada por el campo imperial en 1634 y 1635.

También las mujeres de la corte poseían rotundas opiniones sobre la política exterior. La joven esposa del elector era hermana del gobernante calvinista del Palatinado, Federico V, cuyo país había sido invadido y devastado por las tropas españolas y de la Liga Católica. Lógicamente, aquella poseía un punto de vista antiimperial, lo mismo que su madre, que se había unido a ella en el exilio desde Heidelberg, y la tía del elector, que se había casado con el hermano de Federico V. La madre luterana del elector, Ana de Prusia, era otra de las conocidas opositoras a los Habsburgo. Fue ella la que arregló el matrimonio de su hija María Eleonora con el rey luterano de Suecia en 1620, ignorando las objeciones de su hijo, el elector Jorge Guillermo[14]. Su intención era apoyar la posición de Brandemburgo en la Prusia Ducal, pero se trataba de una acción muy provocadora en esos tiempos, pues Suecia estaba en guerra con Polonia, cuyo rey, al menos formalmente, era el soberano de la Prusia Ducal. Como sugieren estas iniciativas, las políticas dinásticas todavía funcionaban de un modo que daba notable voz a las consortes y a las parientes del monarca. Las mujeres de las familias dinásticas no eran precisamente garantías vivientes para las reclamaciones de herencias; también mantenían relaciones con cortes extranjeras, lo que podía ser de gran importancia, y no se sentían vinculadas necesariamente a la política del monarca.

En el estrecho círculo de la corte del elector se hallaban quienes poseían poder en la tierra, los estados provinciales, representantes de la nobleza luterana. Estos se mostraban profundamente escépticos respecto a las aventuras políticas exteriores de todo tipo, en especial cuando sospechaban que estaban motivadas por una adhesión a los intereses calvinistas. Ya en 1623, una delegación de representantes de los estados de los propietarios de la tierra avisaron al elector sobre el entusiasmo de «consejeros de cabeza caliente», y le recordaron que las obligaciones militares de estos cubrían solo «lo absolutamente necesario para la salvaguarda de la tierra en caso de emergencia». Incluso tras repetidas incursiones de tropas protestantes e imperiales, los estados permanecieron impasibles a pesar de las súplicas del

soberano[15]. En su opinión, su función era prevenir aventuras injustificadas y preservar la estructura de los privilegios provinciales contra las incursiones del centro[16].

Esta resistencia pasiva era difícil de combatir en tiempos de paz. Después de 1618, el problema empeoró por el hecho de que la guerra, en sus primeras fases, aumentó la dependencia del elector de las estructuras colectivas locales de su territorio. Jorge Guillermo no tenía una administración propia con la que recaudar las contribuciones militares, el grano u otras provisiones —todo esto debía llevarse a cabo por agentes de los Estados. Los órganos provinciales de la recaudación de impuestos permanecieron bajo control del estado en cuestión. Con sus conocimientos y autoridad locales, los estados jugaron asimismo un papel indispensable en la coordinación de los acantonamientos y alojamientos de etapas para las tropas[17]. En ocasiones, incluso negociaban de forma independiente con los comandantes invasores sobre el pago de contribuciones[18].

De todos modos, como la guerra se hacía interminable, los privilegios fiscales de la nobleza provincial comenzaron a parecer frágiles[19]. Los príncipes y generales extranjeros no se sentían compungidos por extorsionar contribuciones a las provincias de Brandemburgo; ¿por qué el elector no debía tener su parte? Esto implicaría reducir las antiguas «libertades» de los Estados. Para llevar a cabo esta tarea, el elector se dirigió a Schwarzenberg, católico y extranjero, sin nexos con la nobleza provincial. Disminuyó el poder de los estados de supervisar los gastos del Estado y suspendió el Consejo Privado, transfiriendo sus responsabilidades al Consejo de Guerra, cuyos miembros se elegían por su completa independencia respecto a los estados. Resumiendo, Schwarzenberg instituyó una autocracia fiscal que quebró decisivamente las tradiciones corporativas de la Marca[20]. En los últimos dos años del reinado de Jorge Guillermo, Schwarzenberg llevó prácticamente la guerra contra Suecia, reuniendo a los harapientos restos de los regimientos de Brandemburgo y lanzando una desesperada campaña de guerrillas contra las unidades del ejército sueco. Las peticiones de exención de impuestos por parte de las ciudades empobrecidas y dañadas por la guerra fueron rechazadas sin ceremonias, y aquellos que entraron en negociaciones con los invasores —sobre los acantonamientos, por ejemplo— fueron tachados de traidores[21].

Schwarzenberg fue una figura controvertida entre sus contemporáneos. Los Estados, en un primer momento, habían apoyado su cautelosa política exterior proimperial, aunque posteriormente comenzaron a aborrecerlo por su ataque contra sus libertades corporativas. Sus procesos e intrigas le valieron el

odio de sus opositores del Consejo Privado. Su fe católica fue un ulterior estímulo para su cólera. En 1638-1639, cuando el poder de Schwarzenberg estaba en su punto álgido, circulaban por Berlín panfletos que criticaban el «servilismo hispánico» de su gobierno[22]. Sin embargo, retrospectivamente, es evidente que este poderoso ministro estableció cierto número de importantes precedentes. Lo que sobrevivió de su dictadura militar fue la noción de que al Estado, en tiempos de necesidad, se le podía justificar suprimir la molesta maquinaria de los privilegios de los estados y de la corregencia fiscal colectiva. Desde esta perspectiva, los años de Schwarzenberg representaron un primer experimento, no decisivo, de «gobierno absolutista».

Ruina generalizada

Para la población de Brandemburgo la guerra significó desorden, miseria, pobreza, privaciones, incertidumbre, migraciones forzadas y muerte. La decisión del elector de no arriesgarse a un compromiso con los protestantes después de 1618 inicialmente mantuvo a Brandemburgo fuera de los conflictos. Las primeras incursiones de entidad llegaron en 1626, con la campaña danesa en la Alemania del norte. En los quince años que siguieron, tropas danesas, suecas, palatinas, imperiales y liguistas invadieron las provincias de Brandemburgo, en rápida sucesión.

Las ciudades que se hallaban en el camino de los ejércitos que avanzaban se enfrentaron a la opción entre rendirse y admitir al enemigo, o bien defender las murallas y sufrir las consecuencias si el enemigo conseguía abrirse paso, o abandonarlas completamente. La ciudad de Plaue, en el distrito de Havelland de Brandemburgo occidental, por ejemplo, se defendió exitosamente contra el ataque de una pequeña fuerza imperial, el 10 de abril de 1627, pero fue abandonada por su población al día siguiente, cuando el enemigo volvió en mayor número para reanudar el asalto. Apenas se habían instalado en la ciudad las tropas imperiales, cuando fue atacada, capturada y saqueada para las tropas danesas que avanzaban. En la ciudad de Brandemburgo el alcalde y la corporación de la Ciudad Vieja, en la orilla derecha del río Havel, acordaron abrir las murallas a los imperiales, pero los consejeros de la Ciudad Nueva, en la otra orilla, optaron por encerrarse quemando los puentes entre las dos zonas, atrancando sus puertas y disparando contra los invasores mientras se acercaban. Se produjo una feroz batalla, la artillería imperial abrió

una brecha en las defensas de la Ciudad Nueva, y las tropas asaltaron la ciudad saqueándola en todas direcciones[23].

Las provincias más dañadas tendieron a ser, como Havelland o el Prignitz, aquellas en que los pasos de los ríos en las principales rutas militares de tránsito cambiaron repetidamente de manos a lo largo de la guerra. En el verano de 1627, las fuerzas danesas jugaron al gato y el ratón con las fortalezas imperiales en el Havelland, saqueando y asolando una serie de aldeas de pintorescos nombres: Möthlow, Retzow, Selebelang, Gross Behnitz, Stolln, Wassersuppe[24]. La mayoría de los comandantes consideraban a sus ejércitos como una propiedad personal, por lo que se mostraban reacios enviar a los hombres al combate a menos que fuese absolutamente necesario. Por ello, las batallas campales eran relativamente raras y los ejércitos transcurrían la mayor parte de los años de guerra haciendo marchas, maniobras y tareas de ocupación. Era un arreglo que ahorraba soldados, pero que recaía gravemente sobre la población receptora[25].

La guerra provocó un drástico aumento de los impuestos y de otros pagos obligatorios. En primer lugar, estaba la «contribución», una combinación de tasa territorial y capitación, impuesta por el gobierno de Brandemburgo sobre su propia población para ayudar al ejército del elector. Luego existían las numerosas recaudaciones legales e ilegales impuestas por las tropas extranjeras y propias. Aquellas podían ser acordadas entre los comandantes de las fuerzas de ocupación y los funcionarios gubernamentales o los alcaldes o los consejeros de las ciudades y otras poblaciones[26]. Pero se daban también innumerables episodios de extorsión, sin más. En el invierno de 1629, por ejemplo, los oficiales que mandaban las tropas acuarteladas en la Ciudad Nueva de Brandemburgo exigieron que los burgueses cubriesen por adelantado los costes de manutención de los siguientes nueve meses. Cuando estos se negaron, se crearon acantonamientos de castigo en el interior de la ciudad. «Y todo lo que no se bebieron o gastaron ellos mismos, lo destrozaron; derramaron la cerveza, desfondaron los toneles, destrozaron las ventanas, puertas y hornos y lo destruyeron todo[27]». En Straussberg, inmediatamente al norte de Berlín, las tropas del Conde Mansfeld exigieron dos libras de pan, dos libras de carne y dos cuartos de cerveza por individuo y día; muchos soldados se negaron a quedar satisfechos con la parte que les correspondía y «se zamparon y tragaron todo lo que pudieron». El resultado fue el descenso de los estándares nutricionales de los habitantes, un grave aumento en la tasa de mortalidad, un pronunciado bajón de la fertilidad en las mujeres en edad de procrear e incluso casos ocasionales de canibalismo[28].

Muchos, simplemente, huyeron de la ciudad llevándose sus bienes caseros con ellos[29]. En la tensa intimidad de los largos acantonamientos, hubo infinitas oportunidades, como confirman muchos de los testigos presenciales, para irrepetibles actos de saqueo y robo.

Todo esto significaba que la población, en muchas partes de Brandemburgo, fue aplastada lentamente por sucesivos estratos de extorsión. Un informe elaborado en 1634 nos proporciona en algún sentido lo que esto representó para el distrito de Oberbarnim, al norte de Berlín, cuya población era de unos 13 000 habitantes en 1618, pero que descendió a menos de 9000 en 1631. Los habitantes de Oberbarnim habían pagado 185 000 táleros a los comandantes imperiales en 1627-1630, 26 000 táleros como contribución a las tropas suecas aliadas de Brandemburgo en 1631-1634, otros 50 000 táleros para los costes de los suecos en 1631-1634, 30 000 táleros para los costes de los regimientos de caballería sajones, 54 000 táleros a los distintos comandantes brandemburgueses, más otras varias tasas e impuestos excepcionales, sin contar otras muchas extorsiones informales, incautaciones y confiscaciones. Esto, en una época en que un caballo costaba 20 táleros y un *bushel*[*] de maíz, menos de un tálero, cuando un tercio de la tierra propiedad de los campesinos había sido abandonada o permanecía sin cultivar, cuando los trastornos de la guerra habían provocado la ruina de muchas ramas de la notable industria manufacturera, cuando el trigo que maduraba alrededor de la ciudad había sido pisoteado y aplastado por el paso de la caballería[30].

Las historias de atrocidades —relatos de extrema violencia y crueldad por parte de los hombres armados contra civiles— aparecían tantas veces en las descripciones literarias de la Guerra de los Treinta Años, que algunos historiadores se han visto tentados de descartarlas como componentes de un «mito de furia destructiva total», o una «fábula de ruina y miseria generalizadas[31]» No hay duda de que las historias de atrocidades se convirtieron en un género en sí mismo en los informes contemporáneos de esta guerra; un notable ejemplo es el libro de Philip Vincent, *The Lamentations of Germany* [Las lamentaciones de Alemania], que enumeraba los horrores padecidos por los inocentes, mostrando láminas gráficas tituladas «Los croatas comen niños», «Narices y orejas cortadas para hacer cintas de sombrero», y otras por el estilo[32]. El carácter sensacionalista de muchas historias de atrocidades no oscurecen el hecho de que estaban arraigadas, al menos indirectamente, en la experiencia vital de la gente real[33].

Los informes oficiales del Havelland recogen numerosos apaleamientos, incendios de viviendas, violaciones, una desenfrenada destrucción de la

propiedad. La población de las afueras de Plaue, a pocos kilómetros al este de la ciudad de Brandemburgo, describían la marcha a través del país de las tropas imperiales en su camino hacia Sajonia, el día de Año Nuevo de 1639 «muchos ancianos fueron torturados hasta morir, muertos a tiros, varias mujeres y muchachas violadas hasta morir, niños ahorcados, a veces incluso quemados, o atados desnudos, de modo que morían por el frío extremo[34]».

En una de las más evocadoras memorias que han sobrevivido de Brandemburgo, Peter Thiele, funcionario de aduanas y oficinista del municipio de la ciudad de Beelitz, cerca de Potsdam, describía la conducta del ejército imperial que cruzó por su ciudad en 1637. Para obligar a un tal Jürgen Weber, un panadero de la ciudad, a revelar dónde había escondido su dinero, los imperiales «introdujeron un trozo de madera de medio dedo de longitud, en su [pene], si me perdonan ustedes[35]». Thiele describía el «trago sueco», que se dice que fue inventado por los suecos, pero luego utilizado, por lo visto, por otros ejércitos y un tema fijo en las posteriores representaciones literarias de la guerra:

> Los ladrones y asesinos cogieron un trozo de madera y lo clavaron en la garganta de los pobres desgraciados, moviéndolo y vertiendo agua, añadiendo arena o incluso heces humanas, y torturaban lastimosamente a la gente por dinero, como sucedió con un ciudadano de Beelitz, llamado David Örttel, que murió por esta causa poco después[36].

Otro hombre, de nombre Krüger Möller, fue capturado por los soldados imperiales, atado de pies y manos y quemado en una hoguera hasta que reveló el escondite de su dinero. Pero, apenas sus atormentadores se habían apropiado del dinero y se habían ido, otra partida de saqueadores de los imperiales llegaba a la ciudad. Al oír que sus colegas habían sacado 100 táleros a Möller, lo volvieron a poner en la hoguera y lo mantuvieron allí con la cara entre las llamas, lo asaron «durante tanto tiempo que acabó muriendo e incluso su piel se desprendía como la de una oca degollada». El comerciante de ganado Jürgen Möller fue, del mismo modo, «asado hasta que murió» por su dinero[37].

En 1638, los ejércitos imperiales y sajones pasaron por la pequeña ciudad de Lenzen, en el Prignitz, al noroeste de Berlín, donde se llevaron toda la madera y material de las casas, antes de emplear la antorcha contra ellas. Cualquier cosa que los propietarios rescataban de las llamas, los soldados se lo arrebataban a la fuerza. Acababan de marcharse los imperiales, cuando atacaron los suecos y saquearon la ciudad, tratando a los «ciudadanos, mujeres y niños de manera tan espantosa, que cosas así nunca se dijeron de los turcos». Un informe oficial, elaborado por las autoridades de Lenzen en

enero de 1640 dibujó un terrible panorama: «Ellos ataron a nuestro honrado burgués Hans Betke a un poste de madera y lo asaron al fuego desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde, hasta que entregó su espíritu entre muchos gritos y dolores». Los suecos cortaron las pantorrillas a un viejo para evitar que anduviese, escaldaron a una matrona con agua hirviendo, hasta que murió, ahorcaron a niños desnudos en pleno frío y obligaron a personas a meterse en el agua helada. Unas cincuenta personas, «viejas y jóvenes, grandes y pequeñas, fueron martirizadas de esta manera[38]».

3. Atrocidades contra las mujeres en tierras alemanas durante la Guerra de los Treinta Años, *xilograbado de Philip Vincent*, The Lamentations of Germany, *[Las lamentaciones de Alemania]*

(Londres, 1638).

Los hombres reclutados por el propio elector no eran mucho mejores que los invasores. También estos iban mal vestidos, subalimentados y desmoralizados. Los oficiales maltrataban a sus hombres con un régimen de castigos draconianos. Los hombres del regimiento del coronel Von Rochow eran «golpeados y apuñalados con pretextos triviales, se los hacía correr baquetas, se los marcaba con un hierro candente», y en algunos casos se les cortaba la nariz o las orejas[39]. No sorprende, quizá, que las propias tropas se portasen sin piedad en sus relaciones con la población civil local, lo que los llevaba a duras protestas contra sus «frecuentes extorsiones, saqueos, asesinatos y robos». Tan frecuentes eran estas lamentaciones que el conde Schwarzenberg convocó una reunión especial con los comandantes, en 1640, y los reprendió por vejar a la población civil con actos de insolencia y violencia[40]. Pero el efecto de la admonición desapareció pronto: un informe presentado dos años después, del distrito de Teltow, cerca de Berlín, afirmaba que las tropas del comandante brandemburgués von Goldacker estaban saqueando la zona, moliendo el maíz que encontraban y tratando a la población local «de un modo tan inhumano, e incluso peor, de como podía hacerlo el enemigo[41]».

Es imposible establecer con precisión con qué frecuencia se produjeron las atrocidades. La regularidad con la que tales relaciones se fueron recogiendo de un amplio muestrario de fuentes contemporáneas, desde narrativas personales a informes de los gobiernos locales, demandas y descripciones literarias sugieren ciertamente que eran generalizadas. Lo que está fuera de duda es su significado en la percepción contemporánea[42]. Las atrocidades definen el sentido de esta guerra. Captan algo sobre ellas que ejerció una profunda impresión: la total suspensión del orden, la enorme vulnerabilidad de los hombres, mujeres y niños ante una violencia que hizo estragos sin freno, fuera de control.

Quizá el más elocuente testimonio de la dureza de las tribulaciones recogidas respecto a la población de Brandemburgo, entre 1618 y 1648, es, simplemente, el contenido en los registros demográficos. Enfermedades como el tifus, la peste bubónica, la disentería y la viruela hicieron estragos sin obstáculos en la población civil, cuya resistencia física se vio minada por años de precios elevados y mala alimentación[43]. En la Marca de Brandemburgo en conjunto, aproximadamente la mitad de la población murió. Las cifras varían de distrito a distrito; las zonas que estaban protegidas de la ocupación o

del paso de los militares por vías de agua o ciénagas se vieron, en general, afectadas menos gravemente. En las orillas pantanosas del río Oder, conocidas como el Oderbruch, por ejemplo, una investigación llevada a cabo en 1652 mostró que solo el 15 por ciento de las granjas activas al comienzo de la guerra estaban todavía desiertas. En el Havelland, por el contrario, que sufrió casi 15 años de destrucción prácticamente ininterrumpida, la cifra era del 52 por ciento. En el distrito de Barnim, en el que la población se vio gravemente sometida a las contribuciones y acantonamientos, 58,4 por ciento de las granjas estaban todavía vacías en 1652. En las tierras del distrito de Locknitz, en el Uckermark, en el límite norte de Brandemburgo, la cifra alcanzó el 85 por ciento. En el Altmark, a occidente de Berlín, la tasa de mortalidad creció de oeste a este. Entre el 50 y el 60 por ciento se calcula que perecieron en las comarcas cercanas al río Elba, en el este, que eran importantes zonas de tránsito militar; la tasa de mortalidad bajó del 25-30 por ciento en la porción media y el 15-20 por ciento en el oeste.

Muchas de las ciudades más importantes se vieron afectadas muy gravemente: Brandemburgo y Fráncfort del Oder, ambas en las áreas de tránsito claves, perdieron más de un tercio de su población. Potsdam y Spandau, ciudades satélites de Berlín-Cölln, perdieron más del 40 por ciento. En el Prignitz, otra zona de tránsito, solo diez de las cuarenta familias nobles que habían regido las mayores posesiones de la provincia seguían residiendo en ellas en 1641, y hubo algunas ciudades —Wittenberge, Putlitz, Meyenburg, Freyenstein— en las que no se habría podido encontrar nada[44].

Solo podemos imaginarnos el impacto de estos desastres sobre la cultura popular. Muchas de las familias que, después de la guerra, repoblaron los distritos más devastados eran inmigrantes de fuera de Brandemburgo: holandeses, frisones orientales o provenientes del Holstein. En ciertos lugares el *shock* fue suficiente para cortar la continuidad de la memoria colectiva. Se ha observado, para Alemania en conjunto, que la «gran guerra» de 1618-1648 obliteró la memoria popular de conflictos anteriores, de tal modo que los muros y terraplenes medievales, antiguos o prehistóricos perdieron sus primitivos nombres y se comenzó a conocerlos como «murallas suecas». En ciertas zonas parece ser que la guerra rompió la cadena de los recuerdos personales, que era esencial para la autoridad y continuidad del derecho consuetudinario de base aldeana y no quedó nadie de una edad que pudiese recordar cómo eran las cosas «antes de que llegasen los suecos[45]». Quizá sea esta una de las razones que explican la exigüidad de las tradiciones populares en la Marca de Brandemburgo. En los años 1840, cuando la pasión por

recopilar y publicar mitos y otros componentes del folklore estaba en su apogeo, los entusiastas inspirados por los hermanos Grimm obtuvieron una escasa cosecha en la Marca[46].

La gigantesca furia destructiva de la Guerra de los Treinta Años fue mítica, no porque no tuviese relación con la realidad, sino en el sentido de que quedó instalada en la memoria colectiva y se convirtió en una herramienta para reflexionar sobre el mundo. Fue la furia de la guerra civil religiosa —no solo en su nativa Inglaterra, sino también en el continente— lo que llevó a Thomas Hobbes a celebrar el estado del Leviatán, con su monopolio de la fuerza legítima, como redención de la sociedad. Sin duda era mejor, propuso, conceder autoridad al estado monárquico a cambio de la seguridad de las personas y de las propiedades, que ver el orden y la justicia hundirse en el conflicto civil.

Uno de los más brillantes lectores alemanes de Hobbes fue Samuel Pufendorf, jurista sajón, que basaba sus argumentos, asimismo, en la necesidad, para el Estado, de una visión distópica de un ambiente de violencia y desorden. La ley natural por sí sola no basta para preservar la vida social del hombre, argumenta Pufendorf en su *Elementos de jurisprudencia universal*. A menos que se estableciesen «soberanías», los hombres buscarían su bienestar solo por la fuerza; «en todos los lugares resonará la guerra entre quienes infligen y quienes tratan de repeler los daños[47]». De ahí la importancia suprema de los estados, cuya meta principal era «que los hombres, por medio de la cooperación y asistencia mutuas, se vean a salvo de perjuicios y daños que pueden y por lo general se infligen uno a otro[48]». El trauma de la Guerra de los Treinta Años resuena en estas frases.

El argumento de que la legitimidad del Estado deriva de la necesidad de poner coto al desorden por medio de la concentración de autoridad se empleó ampliamente en la Europa de principios de la Edad Moderna, pero tuvo una especial resonancia en Brandemburgo. Se daba aquí una elocuente respuesta filosófica a la resistencia que Jorge Guillermo había encontrado por parte de los estados provinciales. Ya que era imposible, en paz y en guerra, llevar los asuntos de un estado sin incurrir en gastos, Pufendorf escribió en 1672 que el soberano tenía el derecho a «obligar a los ciudadanos individuales a contribuir con una proporción de sus bienes como la aceptación de esos gastos considera exigir[49]».

Así, Pufendorf derivó de la memoria de la guerra civil un poderoso fundamento para la extensión de la autoridad del Estado. Contra la «libertas» de los estados, Pufendorf afirmó la «*necessitas*» del estado. Al final de su

vida, cuando tuvo un empleo como historiógrafo en la corte berlinesa, Pufendorf entreveró estas convicciones en una crónica de la historia reciente de Brandemburgo[50]. En el centro de su escrito estaba el surgimiento del ejecutivo monárquico: «la medida y el punto focal de todas sus reflexiones era el Estado, sobre el que convergen todas las iniciativas como líneas hacia un punto central[51]». A diferencia de las toscas crónicas sobre Brandemburgo que habían comenzado a aparecer a finales del siglo XVI, la historia de Pufendorf poseía el hilo conductor de una teoría del cambio histórico que se centraba en el poder creativo, transformador del Estado. De este modo, construyó una narración de gran poder y elegancia que —para bien o para mal — dio forma, desde entonces, a nuestra comprensión de la historia prusiana.

3
UNA EXTRAORDINARIA LUZ EN ALEMANIA

Recuperación

Visto en el contexto de la miseria y de la desesperación de 1640, resulta digno de mención el resurgimiento de Brandemburgo en la segunda mitad del siglo XVII. En el decenio de 1680 Brandemburgo poseía un ejército con reputación internacional cuyos componentes fluctuaban entre los 20 000 y los 30 000[1]. Se había hecho con una pequeña flota en el Báltico, e incluso con una modesta colonia en la costa occidental de África. Un corredor a lo largo de Pomerania oriental unía al Electorado con la costa báltica. Brandemburgo era una potencia regional de entidad semejante a Baviera y Sajonia, un aliado preferido y un elemento significativo de importantes acuerdos de paz.

El hombre que presidió la transformación fue Federico Guillermo, conocido como el «Gran Elector» (reinado 1640-1688). Federico Guillermo es el primer elector de Brandemburgo del que han llegado hasta nosotros numerosos retratos, la mayoría de ellos encargados por el propio modelo. Estos documentan la cambiante apariencia del hombre que estuvo durante cuarenta y ocho años —más que cualquier otro miembro de su dinastía— en su puesto de soberano. Las pinturas de los primeros años de su reinado muestran a una figura imponente, erguida, con un rostro largo enmarcado por el cabello oscuro suelto; en las últimas imágenes, el cuerpo ha engordado, el rostro se ha hinchado y el cabello ha sido sustituido por una cascada de rizos artificiales. Aun así, hay una cosa en común en todos los retratos pintados del natural: inteligente, ojos oscuros que fijan en el observador una aguda mirada[2].

4. Federico Guillermo, el Gran Elector como Escipión, *pintado hacia 1660, atribuido a Albert von der Eeckhout.*

Al suceder a su padre a los veinte años, Federico Guillermo carecía prácticamente de preparación o experiencia en el arte de gobernar. Había pasado la mayor parte de su infancia encerrado en la fortaleza de Küstrin, envuelta en sombríos bosques, donde estuvo a salvo de las tropas enemigas. Las lecciones de lenguas modernas y de maestrías técnicas tales como dibujo, geometría y la construcción de fortificaciones se mezclaban con la caza sistemática de ciervos, jabalíes y aves. A diferencia de su padre y de su

abuelo, Federico Guillermo estudió polaco desde la edad de siete años para disponer de una ayuda en sus relaciones con el rey polaco, señor feudal supremo de la Prusia Ducal. A los catorce años, cuando se agravó la crisis militar y una oleada de epidemias se difundió por la Marca, fue enviado a la relativa seguridad de la República Holandesa, donde pasaría los siguientes cuatro años de su vida.

El impacto en el príncipe de estos años adolescentes en la República no es fácil de determinar con exactitud, ya que no escribió diario alguno ni memorias personales de ningún tipo. La correspondencia con sus padres se limita a intercambios de cumplidos extremadamente distanciados y formales en su redacción[3]. Con todo, está claro que la educación holandesa del príncipe reforzó su sentido de lealtad a la causa calvinista. Federico Guillermo fue el primer elector de Brandemburgo nacido de ambos padres calvinistas, y el nombre compuesto Federico Guillermo fue una novedad en la historia de la casa de Hohenzollern, pensado precisamente para simbolizar el nexo entre Berlín (Guillermo era el segundo nombre de su padre) y el Palatinado calvinista de su tío, Federico V. Solamente con esta generación de la familia Hohenzollern la reorientación lanzada por la conversión de su abuelo Juan Segismundo en 1613 alcanzó su pleno funcionamiento. Federico Guillermo consolidó la relación en 1646, al casar con la calvinista holandesa Louise Henriette, de diecinueve años, hija del *stadtholder* Federico Enrique de Orange.

La prolongada estancia de Federico Guillermo en la República Holandesa tuvo su influencia en otros campos. El príncipe recibió instrucción de profesores de derecho, historia y política de la Universidad de Leiden, centro de renombre de la entonces de moda teoría del Estado neoestoica. Las clases del príncipe dieron especial importancia a la majestad del derecho, a la venerabilidad del Estado como garantía de orden y de centralidad del deber y las obligaciones respecto al oficio de soberano. Una preocupación básica de los neoestoicos era la necesidad de subordinar lo militar a la autoridad y disciplina del Estado[4]. Pero fue fuera de la clase, en las calles, en los muelles, en los mercados y en las esquinas de las ciudades holandesas, donde Federico Guillermo aprendió sus lecciones más importantes. A comienzos del siglo XVII la República estaba en la cima de su poder y prosperidad. Durante más de sesenta años, este pequeño país calvinista había luchado con éxito para afirmar su independencia contra el poder militar de la católica España y erigirse como el principal cuartel general europeo del comercio y de la colonización global. A lo largo de este proceso, había ido estableciendo un

robusto sistema fiscal y una original cultura militar de características claramente modernas: el adiestramiento regular y sistemático de las tropas en las maniobras, un elevado nivel de diferenciación funcional y un cuerpo de oficiales profesionales y disciplinados. Federico Guillermo tuvo amplias oportunidades para observar las proezas militares de la República al alcance de la mano —visitó a su anfitrión y pariente, el virrey príncipe Federico Enrique de Orange, en el campamento holandés de Breda, en 1637, donde los holandeses reconquistaron una fortaleza que habían perdido a manos de los españoles doce años antes.

Durante su reinado Federico Guillermo se esforzó por remodelar su patrimonio según lo que había observado en los Países Bajos. El régimen de adiestramiento adoptado para su ejército en 1654 se basó en el libro de instrucción del príncipe Mauricio de Orange[5]. Durante su reinado, Federico Guillermo estaba convencido de que «la navegación y el comercio son los pilares principales del Estado, a través de los cuales los súbditos, por mar y por las manufacturas por tierra, obtenían su alimento y subsistencia[6]». Estaba obsesionado por las ideas de que el nexo con el Báltico animaría y favorecería el comercio de Brandemburgo, trayendo la riqueza y el poder que se veían en tan gran cantidad en Ámsterdam. En los años 1650 y 1660 llegó a negociar tratados comerciales internacionales para garantizar términos privilegiados en pro de una marina mercante que todavía no poseía. A finales de los años 1670, ayudado por un comerciante holandés de nombre Benjamin Raule, adquirió una pequeña flota de barcos y se involucró en una serie de proyectos de corso y coloniales. En 1680, Raule consiguió para Brandemburgo una porción del comercio del oro, marfil y esclavos del África occidental, y estableció el pequeño fuerte colonial de Friedichsburg, en la costa de la actual Ghana[7].

Podría decirse que Federico Guillermo reinventó el cargo de elector. Mientras Juan Segismundo y Jorge Guillermo se habían dedicado solo esporádicamente a los asuntos de gobierno, Federico Guillermo trabajó «más que un secretario». Sus contemporáneos reconocieron en esto algo nuevo y digno de anotarse. Sus ministros se asombraban de su memoria para los detalles, su sobriedad y su capacidad para estar sentado un día entero en un consejo tratando de los asuntos del estado[8]. Incluso el embajador imperial, Lisola, que no dejaba de ser un observador crítico, se quedó impresionado por lo concienzudo que era el elector: «Admiro a este elector, al que le gustan los informes largos y extremadamente detallados y que se los pide expresamente a sus ministros; lo lee todo, resuelve y ordena todo […] y no se deja nada[9]».

«Debo llevar mi responsabilidad como príncipe», declaraba Federico Guillermo, «sabiendo que esto es el asunto del pueblo y no el mío personal[10]». Estas palabras eran las del emperador romano Adriano, pero en la boca del elector indicaban un nuevo modo de comprender el papel del soberano. Era algo más que un título prestigioso o un manojo de derechos y rentas; era una vocación que podía llegar a consumir sin más la personalidad del gobernante. Las primeras historias del reinado establecieron una imagen del elector como modelo de dedicación absoluta y pródiga a su cargo. Su ejemplo se convirtió en un poderoso icono en la tradición de los Hohenzollern, un modelo al que los reyes descendientes del elector emularían o al que serían comparados.

Expansión

En diciembre de 1640, cuando Federico Guillermo accedió al trono, Brandemburgo estaba todavía bajo ocupación extranjera. Se llegó a una tregua de dos años con los suecos en julio de 1641, pero los saqueos, los incendios y en general los comportamientos negativos continuaban[11]. En una carta de la primavera de 1641, el virrey del elector, margrave Ernesto, que tenía la responsabilidad de administrar la arruinada Marca, ofrecía una terrible sinopsis:

> El país se halla en una condición tan mísera y empobrecida que las simples palabras dan poca idea de la simpatía que uno tiene hacia los inocentes habitantes. En general, nosotros pensamos que al carro se lo ha conducido tan dentro del estiércol, como se dice, que no podrá salir sin la especial ayuda del Todopoderoso[12].

La tensión al comprobar la anarquía que se difundía en Brandemburgo acabó siendo demasiado para el margrave, que sucumbió a ataques de pánico, insomnio y frustración paranoica. En el otoño de 1642 empezó a pasearse por su palacio, murmurando consigo mismo, gritando y tirándose al suelo. Su muerte el 26 de septiembre se atribuyó a «melancolía[13]».

Solo en marzo de 1643 Federico Guillermo volvió de la relativa seguridad de Königsberg a la ciudad en ruinas que era Berlín, y que le costó reconocer. Aquí halló a una población agotada y desnutrida, y casas destruidas por el fuego o en un estado material alarmante[14]. Los problemas que habían obsesionado al reinado de su padre seguían sin solución: Brandemburgo carecía de unas fuerzas armadas con las que poder fundamentar su

independencia. El pequeño ejército creado por Schwarzenberg se estaba desintegrando y no había dinero para pagar otro que lo sustituyera. Johann Friedrich von Leuchtmar, consejero privado y antiguo tutor del elector, resumía los apuros de Brandemburgo en un informe de 1644: Polonia, predecía, se apoderaría de Prusia en cuanto fuese lo suficientemente fuerte; Pomerania estaba bajo ocupación sueca y con probabilidades de continuar así; Cleves, en el oeste, se hallaba bajo control de la República Holandesa. Brandemburgo se encontraba al borde del abismo[15].

Con el fin de recuperar la independencia de su territorio y llevar a buen fin sus reclamaciones, el elector necesitaba unas fuerzas armadas flexibles y disciplinadas. La creación de un instrumento así se convirtió en una de las preocupaciones acuciantes de su reinado. El ejército de campaña de Brandemburgo se incrementó notablemente, aunque de manera algo vacilante, de 3000 hombres en 1641-1642, a 8000 en 1643-1646, a 25 000 durante la Guerra del Norte de 1655-1660, a 38 000 durante las guerras de Holanda de los años 1670. En el decenio final del reinado del elector, su tamaño fluctuaba entre los 20 000 y los 30 000[16]. Los progresos en la instrucción táctica y en el armamento, sobre la mejor práctica de los modelos francés, holandés, sueco e imperial, colocaron al ejército de Brandemburgo próximo a lo más puntero de las innovaciones militares europeas. Las picas y los piqueros quedaron desfasados, y los voluminosos fusiles de mecha que portaba la infantería fueron sustituidos por los fusiles de chispa, más ligeros y de mayor cadencia de fuego. Se estandarizaron los calibres de la artillería con el fin de flexibilizar y hacer más eficaz la utilización de los cañones de campaña, a la manera de los suecos, que habían sido pioneros. La fundación de una escuela de cadetes para preparar oficiales introdujo un elemento de estandarización de la formación profesional. Unas mejores condiciones de empleo —que incluían presupuesto para oficiales mutilados o retirados— aumentaron la estabilidad de la estructura de mando. Estos cambios sucesivos regeneraron la cohesión y moral de los rangos de tropa, que se distinguían, en los años 1680, por su excelente disciplina y baja tasa de deserciones[17].

Las fuerzas improvisadas, reunidas para campañas concretas durante los primeros años del reinado, fueron evolucionando gradualmente hacia lo que se podría llamar un ejército permanente. En abril de 1655, se nombró un comisario general de Guerra (*Generalkriegskonimissar*) que debía supervisar la utilización de recursos financieros y otros para el ejército, sobre el modelo de la administración militar aprobada recientemente en Francia bajo Le Tellier y Louvois. Esta innovación se concibió en un primer momento como

una medida temporal en tiempo de guerra, y solo más tarde se instituyó como un aspecto permanente de la administración territorial. Desde 1679, bajo la dirección de un noble pomeranio, Joachim von Grumbkow, el comisario general para la Guerra amplió su radio de acción a todos los territorios, usurpando gradualmente la actividad de los funcionarios de los estados que, tradicionalmente, habían supervisado los impuestos y disciplina militares a nivel local. El comisario general de Guerra y la Oficina de Propiedad Territorial eran todavía instituciones relativamente exiguas en 1688 cuando murió el elector, pero bajo sus sucesores jugarían un papel fundamental en el endurecimiento de los medios de la autoridad central del Estado de Brandemburgo-Prusia. Esta sinergia entre la política militar y el desarrollo de órganos centrales de tipo estatal era algo nuevo; y fue posible solo cuando el aparato bélico fue separado de sus bases aristocrático-provinciales tradicionales.

La adquisición de un instrumento militar tan formidable fue importante, pues los decenios que siguieron al fin de la Guerra de los Treinta Años fueron un período de intensos conflictos en el norte de Europa. Dos titanes extranjeros hicieron sombra a la política exterior de Brandemburgo durante el reinado del elector. El primero fue el rey Carlos X de Suecia, personaje infatigable y obsesivo con sueños expansionistas que parecía inclinado a superar el récord de su ilustre predecesor Gustavo Adolfo. Fue la invasión de Polonia por Carlos X la que inició la Guerra del Norte de 1655-1660. Su plan era someter a los daneses y a los polacos, ocupar la Prusia Ducal y luego marchar hacia el sur a la cabeza de un gran ejército para saquear Roma al modo de los antiguos godos. En cambio, los suecos se atascaron en una lucha de cinco años para controlar el litoral báltico.

Tras la muerte de Carlos X en 1660 y el declive del poder sueco, fue Luis XIV de Francia quien dominó el horizonte político de Brandemburgo. Habiendo asumido en exclusiva la regencia tras la muerte del cardenal Mazarino en 1661, Luis incrementó su ejército de tiempo de guerra de 70 000 a 320 000 hombres (en 1693) y lanzó una serie de ataques para asegurarse su hegemonía en Europa occidental; hubo campañas contra los Países Bajos españoles en 1667-1668, las Provincias Unidas en 1672-1678 y el Palatinado en 1688.

En un entorno tan peligroso, el ejército, en constante aumento, del elector resultó ser una baza indispensable. En el verano de 1656, un contingente de 8500 soldados de Federico Guillermo unió sus fuerzas a las de Carlos X que derrotó a un muy numeroso ejército polaco-tártaro en la batalla de Varsovia

(28-30 de julio)[18]. En 1658 cambiaba de bando y combatió como aliado de Polonia y Austria contra los suecos. Una señal del creciente peso de Federico Guillermo en la política regional fue que se lo nombró comandante del ejército aliado brandemburgués-polaco-imperial reclutado para combatir a los suecos en 1658. Se produjo una cadena de ataques exitosos, primero en el Schleswig-Holstein y Jutlandia y, luego, en Pomerania.

El más notable hecho militar del reinado fue la victoria en solitario sobre los suecos en Fehrbellin en 1675. En el invierno de 1674-1675 el elector estaba guerreando junto al ejército austriaco en Renania, como parte de una coalición que se había formado para contener a Luis XIV durante las guerras holandesas. Con la esperanza de asegurarse los subsidios franceses, los suecos, aliados de los franceses, invadieron Brandemburgo con un ejército de 14 000 hombres mandado por el general Karl Gustav Wrangel. Se trataba de un escenario que evocaba los recuerdos de la Guerra de los Treinta Años: los suecos se abandonaron a las destrucciones habituales a costa de la desventurada población del Uckermark, al noreste de Berlín. Federico Guillermo reaccionó a las noticias de la invasión con rabia no disimulada. «Me han llevado a no tener otra salida», dijo el elector a Otto von Schwerin en febrero, «salvo la de vengarme yo mismo de los suecos». En una serie de furiosos despachos el elector, que estaba en cama con gota, urgió a sus súbditos, «tanto a los nobles como a los no nobles», a «destruir a todos los suecos en cuanto se les echen las manos encima y partirles el cuello […] y no dar cuartel[19]».

Federico Guillermo alcanzó a su ejército en Franconia a finales de mayo. Cubriendo más de cien kilómetros a la semana, sus fuerzas llegaron a Magdeburg el 22 de junio, a algo más de 90 kilómetros del cuartel general sueco en la ciudad de Havelberg. Desde aquí el mando brandemburgués pudo establecer, por medio de informadores locales, que los suecos estaban extendidos detrás y a lo largo del río Havel, con concentraciones en las ciudades fortificadas de Havelberg, Rathenow y Brandemburgo. Como los suecos no se habían dado cuenta de la llegada del ejército brandemburgués, el elector y su comandante, Georg Derflinger, tenían la ventaja de la sorpresa, por lo que resolvieron atacar el punto fuerte de los suecos de Rathenow con solo 7000 jinetes; otros 1000 mosqueteros fueron cargados en carros con el fin de que pudieran seguir el avance. Fuertes lluvias y el barro impidieron su progreso, pero también los ocultó a la vista de los confiados regimientos suecos de Rathenow. A primera hora de la mañana del 25 de junio, los

brandemburgueses atacaron y destruyeron la fuerza sueca con mínimas bajas propias.

El colapso del frente sueco en Rathenow preparó el escenario para la batalla de Fehrbellin, el combate más celebrado del reinado del elector. Con el fin de restablecer la cohesión de su posición, los regimientos suecos de la ciudad de Brandemburgo se retiraron muy al interior con la intención de dirigirse al noroeste para unirse a la fuerza principal de Havelberg. Pero esto resultó ser más difícil de lo esperado debido a las fuertes lluvias de primavera y verano que transformaron las marismas de la zona en una peligrosa zona pantanosa, rota solo por islas de hierba empapada y cruzada por estrechos caminos. Guiados por gente del lugar, las partidas que avanzaban del ejército electoral bloquearon las principales salidas de la zona, y obligaron a los suecos a retirarse a la pequeña ciudad de Fehrbellin, en el río Rin. Aquí, su comandante, el general Wrangel, desplegó a sus 11 000 hombres a la defensiva, colocando a los 7000 hombres de la infantería sueca en el centro y su caballería en las alas.

Contra los 11 000 suecos, el elector solo pudo oponer unos 6000 hombres (una porción importante de su ejército, incluyendo a la mayoría de su infantería, que todavía no había llegado a la zona). Los suecos disponían de al menos tres veces más cañones de campaña que los brandemburgueses. Pero la desventaja numérica de estos se vio compensada por una oportunidad táctica. Wrangel había descuidado ocupar una altura de arena, baja, que dominaba el flanco derecho. El elector no perdió tiempo en situar allí a sus trece cañones de campaña y abrir fuego sobre las líneas suecas. Percatándose de su error, Wrangel ordenó a la caballería de su ala derecha, apoyada por la infantería, que tomase la altura. Durante unas cuantas horas la batalla estuvo dominada por el avance y el reflujo de las cargas y contracargas de caballería, ya que los suecos trataban de capturar los cañones enemigos, pero eran rechazados por la caballería brandemburguesa. Una metafórica niebla de guerra envolvió tales encuentros; que se espesó en esta ocasión por una literal bruma de verano como la que suele darse en los pantanos del Havelland. Ambos bandos tenían dificultades para coordinar sus fuerzas, pero fue la caballería sueca la que cedió la primera, huyendo del campo de batalla y dejando a su infantería —la Guardia de Dalwig— expuesta a los sables de los jinetes brandemburgueses. De los 1200 guardias, veinte consiguieron huir y unos 70 fueron hechos prisioneros; el resto fue muerto[20]. Al día siguiente, la propia ciudad de Fehrbellin, defendida por una pequeña fuerza de ocupación sueca, fue tomada. Se producía ahora una gran huida de suecos a través de la Marca de

Brandemburgo. Un considerable número de estos, más quizá de los que habían caído en el campo de batalla, acabaron muertos en ataques oportunistas por parte de los campesinos, durante su marcha hacia el norte. Un informe contemporáneo constató que los campesinos de la zona en torno a la ciudad de Wittstock, no lejos de la frontera con Pomerania, habían masacrado a 300 suecos, incluyendo a cierto número de oficiales: «aunque algunos de estos últimos ofrecieron 2000 táleros por sus vidas, fueron decapitados por los vengativos campesinos[21]». El recuerdo del «terror sueco», todavía vivo en las generaciones de más edad, tuvo su papel en este caso. El 2 de julio, los últimos suecos que no habían sido capturados o muertos habían abandonado el territorio del Electorado.

Victorias como las conseguidas en Varsovia y Fehrbellin fueron de enorme importancia simbólica para el elector y su entorno. En una época en que se glorificaba a los señores de la guerra exitosos, las victorias del ejército de Brandemburgo magnificaron el prestigio y la reputación de su fundador. En Varsovia, Federico Guillermo, había resistido en el centro de la batalla, exponiéndose repetidamente al fuego enemigo. El mismo escribió un relato del hecho, que fue publicado en La Haya. Sus notas sobre la batalla formaron la base de los pasajes relevantes de la historia del reino escrita por Samuel Pufendorf, un trabajo amplio y elaborado que marcó un nuevo comienzo en la historiografía brandemburguesa[22]. Todo esto atestigua sobre una fortísima autoconciencia histórica, en el sentido de que Brandemburgo había empezado a hacer —y a narrar— su propia historia. En «memorias reales», texto pensado para su sucesor, Luis XIV observó que los reyes deben un relato de sus acciones «a todas las edades[23]». El Gran elector nunca llegará a desplegar un culto de su propia memoria historizada que rivalice con la de su contemporáneo francés, pero también él comenzó conscientemente a percibirse a sí mismo y a sus logros a través de los ojos de una posteridad imaginada.

En Varsovia, en 1656, los brandemburgueses habían mostrado su temple como compañeros de coalición; en Fehrbellin, diecinueve años después, el ejército del elector, aun superado en número y teniendo que avanzar a velocidad del rayo, sin ayuda derrotó a un enemigo que poseía una intimidatoria reputación europea. Aquí, el elector, a la sazón un robusto hombre de cincuenta y cinco años, permaneció en el centro de la acción. Se unió al asalto de sus hombres contra las líneas suecas hasta que fue rodeado por tropas enemigas y hubo de ser salvado por nueve de sus dragones. Fue después de la victoria de Fehrbellin cuando apareció impreso el apodo de

«Gran Elector». No había nada especialmente notable en esto, pues eran algo común en la Europa del siglo XVII los periódicos de gran formato que ensalzaban la grandeza de los gobernantes. Pero, a diferencia de otros muchos «grandes» de los primeros tiempos de la Edad Moderna (incluyendo al abortado «Luis el Grande», propagado por los panfletistas aduladores del rey-sol; «Leopoldo el Grande» de Austria; y «Maximiliano el Grande», cuyo uso ha quedado confinado hoy a los tozudos círculos monárquicos bávaros), aquel ha sobrevivido, convirtiendo al elector Federico Guillermo, sin ser rey, en el único soberano europeo de la edad moderna al que se le aplica este epíteto en gran medida.

Con Fehrbellin, además, se estableció un puente entre la historia y la leyenda. La batalla se convirtió en una fecha fija en la memoria. El dramaturgo Heinrich von Kleist la eligió para la trama de su obra *Der Prinz von Homburg*, una variación idealizada del hecho histórico, en la que un impulsivo jefe militar se enfrenta a una sentencia de muerte por haber dirigido una victoriosa carga contra los suecos, pese a la orden de contenerse, aunque es perdonado por el elector tras haber aceptado su culpabilidad. Para los brandemburgueses y prusianos de la posteridad, los antecesores de Federico Guillermo permanecen en la sombra, figuras antiguas aprisionadas en un remoto pasado. En cambio, el Gran Elector sería elevado a estatus de un padre fundador tridimensional, una personalidad trascendente que, a un tiempo, simbolizaba y daba sentido a la historia de un Estado.

Alianzas

«Las alianzas son, sin duda, buenas», escribía Federico Guillermo en 1667, «pero una fuerza propia, en la que uno puede basarse con seguridad, es mejor. Un gobernante no es tratado con respeto a menos que disponga de sus propias tropas y sus propios recursos. Es todo esto lo que, gracias a Dios, me ha hecho importante desde que los he conseguido[24]». Había mucho de verdad en estas reflexiones, elaboradas para edificación del hijo y sucesor del elector. A finales de la Segunda Guerra del Norte, Federico Guillermo era un hombre con el que había que contar. Era un socio atractivo, que podía controlar ayudas sustanciales. Participaba, asimismo, en calidad de figura principal, en tratados de paz regionales importantes —distinción que les había sido negada a sus antecesores.

Pero el ejército era uno de los factores de la recuperación y de la expansión de Brandemburgo desde 1640. Incluso antes de poseer unas fuerzas armadas capaces de tener mayor peso en los conflictos regionales, Federico fue capaz de asegurarse ganancias territoriales importantes simplemente por participar en el juego del sistema internacional. Fue también gracias al apoyo francés por lo que Brandemburgo pudo elevarse a una posición fuerte tras la Paz de Westfalia en 1648. Los franceses, que buscaban un estado alemán como cliente para que apoyase sus planes contra Austria, ayudaron a Federico Guillermo a discutir a fondo con Suecia hasta llegar a un acuerdo de compromiso con este país (aliado de Francia), por el cual Brandemburgo recibía la porción oriental de Pomerania (con exclusión del río Oder). A continuación, Francia y Suecia se unieron para presionar al emperador para que compensase a Brandemburgo por la parte todavía sueca de Pomerania, garantizándole territorios de los exobispados de Halberstadt, Minden y Magdeburgo. Estas fueron, con mucho, las adquisiciones más significativas del largo reinado de Federico Guillermo. En 1648, una estrecha franja de territorio Hohenzollern iba, con una amplia curva, desde la frontera occidental de Altmark hasta la zona oriental de la costa de Pomerania —el espacio entre la aglomeración central de territorios y la Prusia Ducal se estrechó hasta tener menos de 120 kilómetros—. Por primera vez en su historia, Brandemburgo era más extenso que la vecina Sajonia. Era ya el segundo mayor territorio alemán después de la monarquía habsbúrgica. Y todo esto se había conseguido sin descargar un solo mosquete, en una época en la que las exiguas fuerzas armadas de Brandemburgo contaban todavía muy poco.

Lo mismo puede decirse en relación con la adquisición de la soberanía total sobre la Prusia Ducal en 1657. Sin duda: el ejército del elector creció hasta los 25 000 hombres en el curso de la Guerra del Norte de 1655-1660. Combatiendo primero del lado sueco y luego del polaco-imperial, el elector fue capaz de evitar que las potencias involucradas en el conflicto lo dejaran fuera de su expuesto ducado oriental. Tras la victoria de Varsovia de 1656, Carlos X abandonaba sus planes de ocupar la Prusia Ducal como feudo sueco y se mostraba de acuerdo en conceder plena soberanía a Brandemburgo. Pero una vez que los suecos hubieron sido expulsados a Dinamarca, la promesa careció de sentido —ya no podían entregar la Prusia Ducal, pues ya no era de ellos—. El truco consistía ahora en hacer que los polacos siguiesen su ejemplo y concediesen a su vez plena soberanía. De nuevo, el elector fue el beneficiario de acontecimientos internacionales fuera de su control. Una crisis en las relaciones entre la corona polaca y el zar de Rusia significaba que las

tierras de la Unión quedaban expuestas a los ataques rusos. El rey de Polonia, Juan Casimiro, se mostró, así, deseoso de separar Brandemburgo de Suecia y neutralizarlo como amenaza militar.

Por una ulterior coincidencia, el emperador Fernando III moría en abril de 1657, lo que significaba que Federico Guillermo podía negociar su voto electoral a cambio de concesiones sobre la Prusia Ducal. Los Habsburgo presionaron al rey polaco para aceptar las demandas del elector para extender su soberanía sobre la Prusia Ducal, presiones que tuvieron un considerable peso, pues los polacos contaban con la ayuda austríaca en el caso de que se produjesen nuevos ataques suecos o rusos. En un tratado secreto firmado en Wehlau el 1 de septiembre de 1657, los polacos aceptaron ceder la Prusia Ducal al elector «con poder absoluto y sin imposiciones previas». A su vez, el elector prometió ayudar a Juan Casimiro contra Suecia[25]. Nada ilustra mejor la complejidad y el ámbito geográfico de los mecanismos que fueron proporcionando las oportunidades de Brandemburgo. El hecho de que Federico Guillermo hubiese, ahora, reunido suficientes tropas bajo su mando como para ser un útil aliado era un factor permisivo importante de este resultado, pero fue el sistema internacional, más que los esfuerzos del elector, lo que zanjó la cuestión de la soberanía en su favor.

Por el contrario, la aplicación unilateral de la potencia militar —aun cuando esta hubiese tenido éxito en términos militares— era de escasa ayuda en casos en los que los objetivos de Brandemburgo no estuviesen garantizados por la más amplia dinámica del sistema internacional. En 1658-1659, Federico Guillermo mandó una extraordinariamente exitosa campaña conjunta austro-polaco-brandemburguesa contra los suecos. Se produjo una larga serie de operaciones militares exitosas, primero en el Schleswig-Holstein y Jutlandia y luego en Pomerania. Para cuando la campaña de 1659 había terminado, las tropas de Brandemburgo controlaban virtualmente toda la Pomerania sueca, con la única exclusión de las ciudades costeras de Stralsund y Stettin. Pero tales éxitos no bastaron para garantizar al elector una posición permanente en la porción disputada de su herencia pomerania. Francia intervino a favor de los suecos, y la Paz de Oliva (3 de mayo de 1660) confirmaba ampliamente las concesiones acordadas en Wehlau tres años antes. Así, Brandemburgo no obtenía nada pese a la implicación del elector en la alianza contra Suecia, salvo un más amplio reconocimiento internacional de su estatus soberano en Prusia. Y hubo una lección ulterior, si es que hacía falta, de la primacía del sistema sobre las fuerzas a disposición de uno de sus miembros menores.

Exactamente la misma cosa ocurrió tras la victoria sobre los suecos en Fehrbellin en 1675. A lo largo de una agotadora campaña de cuatro años, el elector consiguió expulsar de Pomerania occidental hasta al último sueco. Pero tampoco fue suficiente para acabar consiguiendo sus reclamaciones, pues Luis XIV no tenía intención de dejar a su aliado sueco a merced de Brandemburgo. Francia, cuyo poder aumentaba, tras el final de las Guerras de Holanda, insistió en que los territorios pomeranios conquistados deberían ser restituidos totalmente a Suecia. Viena se mostró de acuerdo: el emperador Habsburgo no tenía intención de ver «surgir un nuevo rey de los vándalos en el Báltico»; prefería la existencia de una Suecia débil a la de un fuerte Brandemburgo[26]. En junio de 1679, tras grandes accesos de rabia impotente, el elector renunciaba, finalmente, a las reclamaciones por las que había luchado tan duramente y autorizaba a su enviado a firmar la Paz de Saint-Germain con Francia.

La desalentadora conclusión de una larga lucha fue, con todo, un recordatorio de que Brandemburgo era todavía, pese a todos sus esfuerzos y éxitos, un jugador pequeño en un mundo en el que los grandes jugadores decidían los resultados importantes. Federico Guillermo había podido, con algún éxito, explotar el inestable equilibrio de poder en un conflicto regional entre Polonia y Suecia, pero se sentía perdido en una lucha en que los intereses de las grandes potencias estaban involucrados más directamente.

Jugar dentro del sistema de una manera efectiva significaba hallarse en el lugar adecuado en el momento adecuado y esto, a su vez, implicaba estar dispuesto a cambiar lealtades, cuando un compromiso se hacía demasiado insoportable o inoportuno. Durante los últimos años 1660 y los primeros 1670, el elector osciló desesperado entre Francia y Austria. En enero de 1670, una serie de negociaciones y acuerdos durante tres años culminaron en un tratado de diez años con Francia. En el verano de 1672, sin embargo, cuando los franceses atacaron a la República Holandesa, invadiendo y saqueando Cleves en el proceso, el elector se volvió hacia el emperador Leopoldo, en Viena. Se firmó un tratado a fines de junio de 1672 por el que se acordaba que Brandemburgo y el emperador llevarían a cabo una campaña conjunta para salvaguardar la frontera occidental del Sacro Imperio Romano de la agresión francesa. Sin embargo, en el verano de 1673 el elector estaba de nuevo discutiendo una alianza con los franceses; en el otoño del mismo año ya estaba gravitando nuevamente en dirección a una nueva coalición antifrancesa centrada en una triple alianza entre el emperador Leopoldo, los holandeses y los españoles. El mismo modelo de rápida alternancia puede observarse en los

últimos años del reinado de Federico Guillermo. Hubo una sucesión de alianzas con Francia (octubre de 1679, enero de 1682, enero de 1684) pero, al mismo tiempo, un contingente de Brandemburgo era enviado en auxilio de Viena, asediada por los turcos, en 1683. Asimismo, en agosto de 1685, Federico Guillermo firmaba un tratado con la República Holandesa, cuyos términos iban dirigidos en gran parte contra Francia (al tiempo que daba garantías a los franceses de su lealtad, y los urgía a continuar con el pago de sus subsidios).

«[Forma parte] de la naturaleza de las alianzas», observaba sabiamente el conde Montecuccoli, estratega militar austríaco, «el que se disuelvan ante el menor inconveniente[27]». Pero incluso en una época que veía a las alianzas como situaciones a corto plazo, la «inconstancia febril» (*Wechselfieber*) del elector resultaba notable. De todos modos, había un método en la locura. Con el fin de poder pagar a su creciente, ejército, Federico Guillermo necesitaba subsidios exteriores. Los frecuentes cambios de alianza forzaban a los supuestos socios a someterse a una guerra de subastas aumentando por ello el precio de una alianza. La rápida alternancia de las alianzas reflejaba asimismo la complejidad de las exigencias de seguridad de Brandemburgo. La integridad de los territorios occidentales dependía de las buenas relaciones con Francia y con las Provincias Unidas. La integridad de la Prusia Ducal dependía de las buenas relaciones con Polonia. La seguridad de todo el litoral báltico de Brandemburgo dependía de mantener a raya a los suecos. La conservación del estatus de elector y la prosecución de sus reclamaciones hereditarias en el imperio dependían de unas buenas (o al menos funcionales) relaciones con el emperador. Todos estos hilos se entrecruzaban en diversos puntos para formar una red nerviosa que generaba resultados impredecibles y en rápido cambio.

Aunque este problema fue especialmente agudo en el reinado del Gran Elector, no desapareció tras su muerte. De nuevo, una y otra vez, los soberanos y estadistas de Prusia deberán hacer frente a opciones desesperadas entre compromisos de alianzas contrarios. Era una situación difícil que confería considerable tensión a las redes de toma de decisiones próximas al trono. Durante el invierno de 1655-1656, por ejemplo, mientras el elector sopesaba a qué bando apoyar en la próxima fase de la Guerra del Norte, se formaron unas facciones «sueca» y «polaca» entre los ministros y consejeros e incluso en la propia familia del elector. El ambiente de incertidumbre e indecisión resultantes inspiró a uno de los más poderosos consejeros del elector la observación de que este y sus consejeros «quieren lo que no querían

y hacen lo que no pensaban que harían[28]», acusación que podía encajar perfectamente también para Jorge Guillermo y que podría haberse lanzado contra otros varios soberanos brandemburgueses; La desintegración periódica de los dirigentes que decidían la política en facciones que apoyaban opciones rivales continuaría siendo una de las constantes estructurales de la política prusiana.

Así, al pasar de un socio a otro, el elector seguía el consejo del consejero privado calvinista pomeranio Paul von Fuchs, que lo presionaba para que no se comprometiera de manera permanente con ningún socio sino que siguiese una «política de péndulo» (*Schaukelpolitik*)[29]. Aquí, se producía un cambio importante respecto al anterior reinado: también Jorge Guillermo había alternado entre Viena y Estocolmo, pero solo bajo presión. En cambio, el término *Schaukelpolitik* significaba una política oscilatoria consciente. Lo que a su vez implicaba una atenuación del sentido de la obligación del elector respecto del emperador. Los sucesivos intentos para preparar una respuesta conjunta Brandemburgo-Habsburgo a la amenaza de Francia en los años 1670 había revelado que ambos poderes tenían intereses geopolíticos muy divergentes (este problema iba a seguir existiendo en las relaciones austro-prusianas hasta el siglo XIX). Y la corte austríaca de los Habsburgo mostrará en más de una ocasión su satisfacción al ver cómo se frustraba la ambición del elector. Federico Guillermo estaba furioso y resentido por estos desaires: «Usted sabe cómo el emperador y el imperio nos han tratado», le decía al ministro principal de su Consejo Privado, Otto von Schwerin, en agosto de 1679, cuando Viena apoyaba la devolución de la Pomerania Occidental a Suecia. «Y ya que ellos son los primeros en dejarnos indefensos ante nuestros enemigos, ya no seguiremos considerando sus intereses, a menos que coincidan con los nuestros[30]».

Aun así, es también sorprendente la desgana del elector en quemar los puentes con Viena. Continuó siendo un príncipe leal al imperio, apoyando al candidato de los Habsburgo, Leopoldo I, en la elección imperial de 1657 y en sus diversos preliminares[31]. El águila Hohenzollern que se muestra en las insignias del Brandemburgo del siglo XVII siempre lleva un escudo adornado orgullosamente con el cetro de oro del chambelán hereditario imperial, una marca de la importante ceremonia clásica en el Imperio. Federico Guillermo consideraba al imperio indispensable para el futuro bienestar de su país. Los intereses respecto al imperio no eran, naturalmente, idénticos a los del emperador Habsburgo, y el elector sabía perfectamente que, en ciertos momentos, se hacía necesario defender las instituciones del primero contra el

segundo. Pero el elector siguió siendo una estrella fija en el firmamento de Brandemburgo. Era esencial, le aconsejó el elector a su sucesor en la «Instrucción paterna» de 1667, «que tengas presente el respeto que debes tener por el emperador y el imperio[32]». Esta curiosa combinación de un resentimiento rebelde hacia el emperador con el inculcado respeto por las antiguas instituciones del imperio (o, en último extremo, una falta de ganas de suprimirlas) era otra característica de la política exterior prusiana, que iba a durar hasta el siglo XVIII.

Soberanía

El 18 de octubre de 1663, una abigarrada asamblea de representantes de los estados se reunió ante el castillo de Königsberg. Estaban allí para prestar un juramento de lealtad al elector de Brandemburgo. La ocasión era solemne. El elector se hallaba sobre una plataforma elevada, cubierta por una tela escarlata. Cerca de él estaban cuatro funcionarios superiores de la administración ducal, llevando cada uno de ellos la insignia de su cargo: la corona ducal, una espada, un cetro y un bastón de mariscal de campo. Después de la ceremonia, las puertas del patio del castillo se abrieron para la tradicional manifestación de largueza soberana. Cuando el pueblo de la ciudad penetró en él para unirse a las celebraciones, el chambelán lanzó al gentío medallas conmemorativas de oro y plata. Durante todo el día vino —tinto y blanco de dos pitorros diferentes— salió en abundancia de una fuente hecha en forma del águila de los Hohenzollern. En las salas de recepción, dotadas de veinte grandes mesas, se agasajó a los estados[33].

La coreografía, en esta ocasión, recordaba una tradición de gran antigüedad. El juramento de lealtad había sido un componente de la soberanía en la Europa occidental desde el siglo XII. Se trataba de un acto legal por el cual la relación entre soberano y súbdito «se actualizaba, se renovaba y perpetuaba[34]». De un modo consolidado por el tiempo, los representantes de los estados juraban que nunca «bajo cualquier circunstancia que el hombre pudiera imaginar» romperían el nexo con el nuevo soberano, todo el tiempo arrodillándose ante el elector con la mano izquierda sobre el pecho y la mano derecha levantada por encima de la cabeza con el pulgar y dos dedos extendidos. Se decía que el pulgar significaba Dios Padre, el índice, Dios Hijo y el dedo medio el Espíritu Santo; «de los otros dos dedos, doblados hacia la palma de la mano, el cuarto significaba la valiosa alma, que está oculta en el

género humano, mientras que el quinto significa el cuerpo, que es una cosa menor que el alma[35]». Así, un acto específico de subordinación política se fundía con la permanente sumisión del hombre a Dios.

Tales invocaciones de eternidad y tradición desmentían la fragilidad de la autoridad de los Hohenzollern en la Prusia Ducal. En 1663, cuando se celebró el juramento en Königsberg, la soberanía legal del elector en el Ducado de Prusia era cosecha reciente. Había sido confirmada formalmente en la Paz de Oliva, solo tres años antes, y desde entonces había sufrido la fuerte oposición de los habitantes. En la ciudad de Königsberg surgió un movimiento popular para resistirse a la actividad de la administración electoral para imponer su autoridad. Solo después de que un importante dirigente político de la ciudad hubo sido detenido y el cañón del elector hubo apuntado al corazón de la ciudad, pudo restaurarse la paz, abriendo el camino para el acuerdo que fue solemnizado en el patio del palacio el 18 de octubre de 1663. Y, de nuevo, al cabo de un decenio, las autoridades electorales hubieron de hacer frente una vez más a resistencia abierta y se vieron forzadas a asaltar la ciudad con las tropas. No solo en la Prusia Ducal, sino también en Cleves e incluso en el propio Brandemburgo, el decenio que siguió a la Guerra de los Treinta Años estuvo marcado por malestar entre las autoridades electorales y los guardianes de los privilegios locales.

No había nada inevitable en el conflicto entre los monarcas y los estados. La relación entre el soberano y la nobleza era esencialmente de interdependencia. La nobleza administraba las localidades y recaudaba los impuestos. Prestaban dinero al soberano —por ejemplo, en 1631 Jorge Guillermo debía al noble brandemburgués Johann von Arnim 50 000 táleros, por los que hubo de empeñarle dos tierras como garantía[36]—. La riqueza de la nobleza proporcionaba una garantía subsidiaria para los empréstitos de la corona y en tiempos de guerra se esperaba que los nobles proporcionasen al príncipe caballos y hombres de armas para la defensa del territorio. De todos modos, durante el siglo XVII la relación entre ambos alcanzó una creciente tensión. Podría parecer que los conflictos entre el soberano y los terratenientes se habían convertido en la norma más que en la excepción[37].

El asunto era, básicamente, una cuestión de perspectiva. Una y otra vez, Federico Guillermo hubo de llegar a la conclusión de que los estados y las regiones que representaban se veían a sí mismos como partes de un único conjunto y así obligados a colaborar en la conservación y defensa de todas las tierras del soberano y la búsqueda de sus legítimas exigencias territoriales[38]. Pero esta manera de ver las cosas era totalmente ajena a los Estados, que

consideraban sus respectivos territorios como parcelas constitucionales separadas, ligadas verticalmente a la persona del elector, pero no horizontalmente, unas a otras. Pues los estados de la Marca de Brandemburgo, Cleves y la Prusia Ducal eran «provincias extranjeras» que no podían reclamar nada de los recursos de Brandemburgo[39]. Las guerras de Federico Guillermo por Pomerania, por la misma razón, fueron «luchas» privadas del príncipe, por las que no tenía ningún derecho —según ellos— para confiscar la riqueza de sus laboriosos súbditos.

Los estados esperaban del elector la continuidad y solemne observancia de sus «especiales y particulares privilegios, libertades, tratados, exenciones del príncipe, acuerdos matrimoniales, contratos territoriales, antiguas tradiciones, leyes y justicia[40]». Estos habitaban en un mundo mental de soberanías mezcladas y solapadas. Los estados de Cleves tuvieron un representante diplomático en La Haya hasta 1660 y miraba hacia la República Holandesa, la Dieta Imperial, y, en ocasiones, incluso hacia Viena, en busca de apoyo contra las intervenciones ilícitas de Berlín[41]. Con frecuencia, consultaban con los estados de Mark, Jülich y Berg sobre cómo responder (y resistir) mejor a las exigencias del elector[42]. Los estados de la Prusia Ducal, por su lado, tendían a considerar a la vecina Polonia la garantía de sus antiguos privilegios. Como constataba irritado un alto funcionario superior electoral, los dirigentes de los estados prusianos eran «verdaderos vecinos de los polacos» y se mostraban «indiferentes ante la defensa del [su propio] país[43]».

Y no pasó mucho tiempo antes de que las metas cada vez más amplias en las ambiciones del elector lo llevase a colisionar con los estados. La introducción de extranjeros, la mayoría de confesión calvinista, en los más altos cargos administrativos de los territorios fue una afrenta para la nobleza, en su mayoría luterana. Esto contravenía el amado *Indigenat*, una larga tradición constitucional de todas las provincias, según la cual solo los «nativos» podían servir en la administración. Otro asunto sensible era el ejército permanente. Los estados le ponían objeciones no solo porque era caro, sino también porque desplazase al antiguo sistema de las milicias provinciales, que había estado bajo control de los estados. Esto adquirió especial importancia en la Prusia Ducal, donde el sistema de milicias era un estimado símbolo de las antiguas libertades del ducado. En 1655, cuando la administración electoral propuso la abolición de las milicias y su sustitución por una fuerza permanente que respondería directamente ante Berlín, los estados respondieron protestando agriamente, declarando que si los medios

tradicionales no eran suficientes para una defensa eficaz, el soberano debería ordenar días de «expiación y plegarias generales» y «buscar refugio en Dios[44]». Hay aquí interesantes paralelos con aquellos «*Country Whigs*» que se opusieron francamente a la ampliación del ejército permanente en Inglaterra, insistiendo en la conservación de las milicias locales bajo control de la pequeña nobleza, y argumentando que la política exterior de un país debería estar determinada por sus fuerzas armadas, no al revés[45]. En Inglaterra, como en la Prusia Ducal, la «ideología del país» de las élites rurales incluía una poderosa mezcla de patriotismo provincial, defensa de la «libertad» y resistencia a la expansión del poder del Estado[46]. Muchos nobles prusianos habrían estado entusiásticamente de acuerdo con los puntos de vista expresados en un panfleto contrario al ejército de 1675 en el que se decía que «el poder del *Peerage*» [dignidad de par] y un *Ejército permanente* eran como dos cangilones, cuando la proporción de uno baja, la del otro exactamente sube[47]…

El asunto más problemático era el de los impuestos. Los estados insistían en que las tasas monetarias y otras no podían recaudarse legalmente sin acuerdo previo de sus representantes. Con todo, la creciente y profunda implicación de Brandemburgo en la política de poder regional desde 1643 significó que las necesidades financieras de la administración no podían satisfacerse utilizando los mecanismos fiscales tradicionales[48]. Durante los años 1655-88, los gastos militares del Gran elector alcanzaron unos 54 millones de táleros. Una parte la cubrían los subsidios exteriores a través de una sucesión de convenios de alianza. Algunos derivaban de la explotación de las tierras del propio elector, o de otros ingresos soberanos, tales como servicios postales acuñación y aduanas. Pero todas esas fuentes juntas llegaban a no más de 10 millones de táleros. El resto debía ser recaudado en forma de impuestos sobre la población de los territorios del elector[49].

En Cleves, en la Prusia Ducal e incluso en Brandemburgo, centro del patrimonio Hohenzollern, los estados se resistieron a los esfuerzos del elector para asegurarse nuevos ingresos para el ejército. En 1649, los estados de Brandemburgo se negaron a aprobar fondos para una campaña contra los suecos en Pomerania, a pesar del sincero recordatorio de que todos sus territorios eran ahora «miembros de una cabeza» (*membra unius capitis*) y que Pomerania debía ser ayudada como si fuese «parte del Electorado[50]». En Cleves, donde el rico patriciado urbano todavía consideraba al elector como un intruso extranjero, los estados reactivaron la tradicional «alianza» con Mark, Jülich y Berg; los principales portavoces llegaron incluso a hacer

paralelos con los levantamientos contemporáneos en Inglaterra y amenazaron con tratar al elector como el partido parlamentario inglés trataba al rey Carlos. Las amenazas de Federico Guillermo respecto a aplicar «acciones militares ejecutivas» fueron en gran medida inútiles, ya que los estados tenían el apoyo de la guarnición holandesa que todavía ocupaba el ducado[51]. En la Prusia Ducal, asimismo, el elector encontró una firme resistencia. Aquí, los estados habían llevado, tradicionalmente, la voz cantante, reuniéndose regularmente en sesiones plenarias y manteniendo un estrecho control sobre el gobierno central y local, la milicia y las finanzas territoriales. El tradicional derecho prusiano de apelación a la corona polaca significaba que aquellos no podían ser forzados fácilmente a que cooperasen[52].

Fue el estallido de la Guerra del Norte de 1655-1660 la que llevó el enfrentamiento sobre los ingresos a un punto crítico. En primer lugar, se utilizó la coerción y la fuerza para romper las resistencias. Las recaudaciones anuales fueron incrementadas unilateralmente y obtenidas por medio de la «acción ejecutiva» militar —especialmente en Cleves, donde la contribución anual aumentó más drásticamente durante los años de guerra que en cualquier otro lugar de las tierras del Electorado. Los activistas más importantes de los estados fueron intimidados o detenidos[53]. Se ignoraron las protestas. En la lucha por los ingresos, el elector se benefició de los cambios en un entorno legal más amplio, que sirvió para minar las pretensiones de las élites provinciales. En 1654, bajo presión de los electores alemanes, la mayoría de los cuales se vieron encerrados en conflictos de un tipo o de otro con sus estados, el emperador se vio «obligado, obedientemente, a proporcionar la necesaria ayuda a sus príncipes […] para el apoyo y la ocupación de plazas y guarniciones fortificadas». Mientras es quizá una exageración describir este documento como la «Magna Carta del absolutismo», el decreto de 1654 fue un importante punto de partida. Marcó el advenimiento, en todo el Sacro Imperio Romano, de un clima desfavorable para el afianzamiento de los derechos colectivos[54].

De todos los conflictos relativos a los derechos de los estados, el más virulento fue el de la Prusia Ducal. Aquí, también, el estallido de la Guerra del Norte fue el catalizador de los enfrentamientos. El elector convocó a la Dieta prusiana en abril de 1655, pero ni siquiera en agosto, cuando la amenaza de los suecos era evidente, aceptaron prometer más de 70 000 táleros, una suma pequeña si tenemos en cuenta que el más pobre y menos poblado Brandemburgo proporcionaba, en estos años, una contribución militar anual de 360 000 táleros[55]. La situación cambió abruptamente en el

invierno de 1655, cuando Federico Guillermo y su ejército llegaron a Königsberg. Inmediatamente los pagos obligatorios se convirtieron en la regla y las contribuciones militares anuales aumentaron bruscamente a una media de 600 000 táleros en los años 1655-1659. Se aplicó una serie de reformas administrativas que permitieron al elector evitar a los estados. Lo más importante fue la fundación de una Comisaría de Guerra, con extensos poderes fiscales y confiscatorios, y la creación de un virrey electoral, el príncipe Boguslaw Radziwill, cuya tarea fue la de supervisar a los poderosos e independientes consejeros supremos (*Oberräte*) que, tradicionalmente, habían gobernado Prusia en nombre de los estados.

Con el asunto de su plena soberanía resuelto por el Tratado de Wehlau (1657) y la Paz de Oliva (1660), el elector estaba decidido a alcanzar un arreglo duradero con los estados prusianos. Pero los estados se opusieron a la validez de los tratados, argumentando que los cambios en la maquinaria constitucional de la provincia solo podían llevarse a cabo sobre la base de negociaciones trilaterales entre el elector, los estados de la Prusia Ducal y la corona polaca[56]. Durante la Gran Dieta reunida en Königsberg en mayo de 1661, que duró un año, los estados desplegaron un programa de peticiones de largo alcance que incluía un derecho permanente de apelación a la corona polaca, la supresión de todas las tropas electorales excepto en el caso de unas cuantas guarniciones costeras, la exclusión de los no prusianos de los cargos oficiales, dietas regulares, y la mediación polaca automática en todas las disputas entre los estados y el elector. Fue muy difícil llegar a un acuerdo sobre estos asuntos, y más aún en cuanto que el humor de los ciudadanos de Königsberg se manifestó con rapidez más agitado e intransigente. Con el fin de apartar las negociaciones de las turbulencias de la capital ducal, el ministro del elector, Otto von Schwerin, ordenó que la dieta fuese trasladada al sur, al ambiente más tranquilo de Bartenstein en octubre de 1661. Solo en marzo de 1662, cuando la misión a Varsovia no pudo garantizar una ayuda concreta de Polonia, el conjunto de la nobleza comenzó a ceder.

Entretanto, el humor de la ciudad se había radicalizado aún más, siguiendo unos patrones que pueden observarse también en otras partes de Europa. Cada día había mítines de protesta. Uno de los principales activistas de los derechos urbanos colectivos era Hieronymus Roth, comerciante y presidente de la comisión de concejales de Kneiphof, una de las tres «ciudades» del antiguo Königsberg. Esperando convencer a Roth para que adoptase una postura más moderada, Otto von Schwerin lo invitó a una reunión privada en el castillo ducal de Königsberg, el 26 de mayo de 1661.

Pero el encuentro resultó ser un terrible error. Según un informe de Schwerin, Roth adoptó un tono sedicioso y de enfrentamiento, declarando, entre otras cosas, que «cada príncipe, por muy pío que sea, oculta un tirano en su pecho» —palabras que luego serían citadas en la imputación del concejal—. Por su lado, Roth recordó que él había defendido las antiguas libertades de Königsberg de una manera correcta y razonable y que había sido Schwerin quien se había dejado llevar por la ira y le había amenazado con un levantamiento armado[57].

Pese a una continua campaña de acoso, Roth continuó la agitación contra la administración electoral, protegido por un gobierno ciudadano que se negó a detenerlo o a limitar sus actividades. Viajó a Varsovia, donde se encontró con el rey de Polonia, probablemente para discutir la posibilidad de un apoyo polaco a los estados. En la última semana de octubre de 1661, el elector perdió la paciencia y entró en Königsberg con 2000 soldados. Roth fue detenido, juzgado, acusado sumariamente por una Comisión Electoral y encarcelado en la fortaleza de Peitz, lejos, en Cottbus, enclave Hohenzollern en la Sajonia electoral. El régimen carcelario no fue especialmente duro en los primeros años; a Roth se le servían comidas de seis platos, se le había asignado una confortable habitación y se le permitía pasear por los muros más altos de la fortaleza.

5. Vista de la ciudad de Königsberg (hacia 1690).

Pero, en 1668, se le impusieron nuevas restricciones, al descubrirse que había estado manteniendo correspondencia con su hijastro en Königsberg, en la que denostaba al «arrogante calvinista» que ahora gobernaba su ciudad en

nombre del elector. El mensajero que había llevado las cartas, un soldado nacido en Königsberg que servía en la guarnición de la fortaleza, también fue castigado. Federico Guillermo había declarado, inicialmente, que habría liberado a Roth si este reconocía su «culpabilidad», mostraba verdadero arrepentimiento y mendigaba misericordia. Pero Roth se mantuvo en sus trece, objetando que no había actuado por mala fe sino por deber hacia su «madre patria». Tras el escándalo de las cartas interceptadas, el elector decidió que el díscolo concejal no sería liberado nunca. Solo unos años más tarde, a los setenta años de edad, Roth escribió a Federico Guillermo, implorando su liberación y encomendándose al elector como su «leal y obediente súbdito[58]». Pero no hubo perdón para él y el concejal murió en la fortaleza en el verano de 1678, tras diecisiete años de reclusión.

El encarcelamiento de Hieronymus Roth despejó el camino para un arreglo temporal con los estados prusianos. En los primeros años 1670 hubo otros conflictos sobre los impuestos, durante los cuales se empleó a la tropa para obligar a pagarlos. En enero de 1672 se produjo incluso una ejecución política en la Prusia Ducal —la única del reinado del elector[59]— Pero los prusianos acabaron aceptando la soberanía del elector y el régimen fiscal que esta trajo. En los años 1680, el dominio político de los estados prusianos terminó, dejando nada más que nostálgicos sueños de «todavía no olvidada felicidad, libertad y pacífica tranquilidad» de que habían gozado bajo la soberanía de los reyes de Polonia[60].

Corte y patria

La administración electoral fue ampliando gradualmente su independencia respecto a las élites provinciales. Ya que el elector poseía casi un tercio de Brandemburgo y aproximadamente la mitad de la Prusia Ducal, podía ampliar su base de ingresos simplemente mejorando la administración de las tierras de la corona. Durante la Segunda Guerra del Norte, la administración de estas propiedades fue organizada bajo la supervisión de la nueva Oficina de Tierras (*Amtskammer*). Otro importante paso fue el impuesto sobre el consumo, una tasa indirecta sobre bienes y servicios, introducida paulatinamente en las ciudades de Brandemburgo en los años 1660 y extendida posteriormente a Pomerania, Magdeburgo, Halberstadt y la Prusia Ducal. Tras varias disputas locales sobre la manera de recolectarla, la tasa indirecta fue puesta bajo el control de comisionados de impuestos dirigidos centralmente (*Steuerräte*),

que enseguida empezaron a acumular otras funciones administrativas. La tasa indirecta era una ventaja táctica importante ya que dividía los diferentes elementos corporativos de los estados unos contra otros, lo que los debilitaba ante la administración central. Ya que la tasa indirecta se aplicaba solo a las ciudades, confirió a las empresas rurales una ventaja competitiva respecto de sus rivales urbanos y permitía al elector exprimir la riqueza comercial de la región sin alienarse a las poderosas familias terratenientes.

Federico Guillermo reforzó también su autoridad nombrando a calvinistas para puestos administrativos clave. No se trataba precisamente de un asunto de preferencias religiosas —sino que era una política dirigida conscientemente contra las pretensiones de los estados luteranos—. Varios de los más importantes funcionarios de Federico Guillermo eran príncipes calvinistas extranjeros. El ya veterano virrey de Cleves, Juan Moritz von Nassau-Siegen, se incluía en esta categoría, lo mismo que el conde (luego príncipe) Jorge Federico von Waldeck, el extravagante gobernante de un principado menor de Westfalia, que había servido en el ejército holandés y que se había convertido en el más influyente ministro de la primera mitad del reinado. El otro era Juan Jorge II de Anhalt, comandante en la campaña de 1672 y un tiempo virrey de Brandemburgo. El príncipe polaco-lituano Boguslaw Radziwill, nombrado virrey de la Prusia Ducal durante la Segunda Guerra del Norte, era otro gran calvinista imperial. El ministro brandemburgués Otto von Schwerin, el principal funcionario de la corte berlinesa desde 1658, era un noble pomeranio que se había convertido al calvinismo, y cuyas actividades en nombre del elector incluían el acaparamiento de las tierras de los nobles y su incorporación a las propiedades de la corona. En conjunto, unos dos tercios de los funcionarios principales nombrados durante el reinado del Gran elector pertenecían a la fe reformada[61].

La utilización de funcionarios extranjeros fue otro cambio clave; en Brandemburgo, muy pocos de los ministros más importantes nombrados desde 1660 fueron realmente nativos del Electorado. El empleo de plebeyos competentes (en su mayoría abogados) en los escalones superiores de la administración civil y militar cubrieron el desfase entre los órganos del gobierno y las élites provinciales. Hacia finales del siglo XVII, la nobleza junker del interior de Brandemburgo tuvo una presencia marginal en la naciente burocracia de los Hohenzollern, tendencia acelerada por el deterioro de la situación financiera de una élite que se recuperaba lentamente de la desorganización ocasionada por la Guerra de los Treinta Años. De todos los

nombramientos para los cargos del tribunal superior, militares y diplomáticos entre el acceso al poder del elector Federico Guillermo en 1640 y el de su nieto Federico el Grande cien años después, solo el 10 por ciento recayeron en miembros de la clase noble terrateniente de Brandemburgo[62]. Lo que surgió a medida que estos cedían el terreno fue un nuevo tipo de funcionarios, menos ligados a la nobleza provincial y más al monarca y a su administración.

No se trató de una lucha dirigida a la rendición incondicional de uno de los partidos ante el otro. La autoridad central no buscaba el dominio directo sobre las élites provinciales como tales, sino el control sobre mecanismos concretos en las estructuras tradicionales de poder[63]. El elector nunca se planteó abolir los estados o someterlos completamente a su autoridad. Los objetivos de su administración fueron siempre limitados y pragmáticos. Los funcionarios más antiguos apremiaron a veces al gobierno para que fuese flexible e indulgente con los estados[64]. El príncipe Moritz von Nassau-Siegen, virrey de Cleves, era por temperamento un personaje conciliador que empleó gran parte de su tiempo en el cargo mediando entre el soberano y las élites locales[65]. Los representantes principales de Federico Guillermo en la Prusia Ducal, príncipe Radziwill y Otto von Schwerin, eran ambos personajes moderados que tenían considerable simpatía por la causa de los estados. Un cuidadoso examen de los protocolos del Consejo Privado revela un verdadero torrente de quejas y peticiones personales por parte de los distintos estados, la mayoría de las cuales eran aprobadas sobre la marcha por el soberano[66].

Los estados o, al menos, el colectivo de nobles, hallaron enseguida modos de reconciliar sus intereses con las pretensiones del elector. Aquellos actuaron tácticamente, rompiendo con sus colegas nobles cuando ello favorecía sus intereses. Su oposición a un ejército permanente quedó amortiguada al percatarse de que el servicio militar en un puesto de mando podía ofrecer una vía atractiva y honorable a un estatus y unos ingresos regulares[67]. En principio, no se opusieron al derecho del elector a formular una política exterior consultando con los consejeros. Lo que ellos pretendían era una relación complementaria entre los órganos de la autoridad central y los grandes de las provincias. Como explicaban los estados de Cleves en un memorándum de 1684, se suponía que el elector no debería conocer lo que sucedía en todas sus tierras y dependería así de sus funcionarios. Pero estos, al ser humanos, eran presa de las debilidades y tentaciones habituales. Así, el papel de los estados era, pues, proporcionar un correctivo y un equilibrio a los

órganos de gobernanza provincial[68]. Habían sucedido muchas cosas desde la confrontación de los años 1640.

La fuerza y la coerción jugaron un papel en garantizar la aquiescencia de las élites locales, pero mucho más importantes, aunque menos espectaculares, fueron las largas negociaciones, mediaciones y la convergencia de intereses[69]. La administración brandemburguesa emprendió un doble acercamiento, con el elector presionando fuertemente a intervalos para obtener concesiones clave, y sus funcionarios encargados de restaurar el consenso. También las ciudades pudieron beneficiarse por este pragmático punto de vista. A cambio de presentar una declaración formal de lealtad ante el elector en 1665, a la pequeña ciudad westfaliana de Soest, en el condado de Mark, se le permitió conservar su antigua «constitución», que incluía un sistema de autogobierno y de justicia municipal únicos, atendido por funcionarios electos reclutados en las élites corporativas[70].

Si sobrevolamos la situación a fines de siglo desde la perspectiva ventajosa de las localidades rurales, es evidente que la nobleza había conservado mucho de su autonomía jurisdiccional y de su poder socioeconómico, y siguió siendo la fuerza dominante en el país. Conservaron el derecho de reunirse cuando quisiesen para deliberar sobre los asuntos que afectaban al bienestar de sus regiones. Controlaban la recaudación y asignación de los impuestos en el medio rural. Lo que es más importante es que a nivel de los distritos (*Kreisstände*) conservaban el derecho de elección de los gobernadores de distrito (*Landrat*) garantizando que este personaje crucial de la administración continuase siendo —hasta fines del siglo XVIII— un intermediario que respondía no solo ante el soberano, sino también ante los intereses colectivos locales[71].

Sea como sea, si, por el contrario, observamos la estructura del poder político de los territorios de los Hohenzollern, resulta evidente que la administración central y los estados provinciales se habían transformado de manera irreversible. Las asambleas plenarias de los representantes corporativos de la nobleza provincial se hicieron cada vez menos frecuentes —la última asamblea de este tipo de las noblezas de Altmark y Mittelmark tuvo lugar en 1683—. De ahí que los asuntos de los estados y sus relaciones con el gobierno se realizaron a través de pequeñas delegaciones de delegados permanentes conocidos por «comités menores» (*engere Ausschüsse*). La nobleza corporativa se había retirado del amplio terreno del Estado, fijando su atención colectiva sobre las localidades, y abandonando sus ambiciones políticas territoriales. La corte y el país se desarrollaban por separado.

Legado

A finales del siglo XVII, Brandemburgo-Prusia era el más extenso principado alemán después de Austria. Su larga serie de territorios dispersos formaban una línea desigual de «escalones» que iban de Renania al Báltico oriental. Una gran parte de lo que se había prometido en los contratos matrimoniales y de herencias en el siglo XVI era ahora una realidad. Como el elector dijo a una llorosa concurrencia junto a su lecho, el 7 de mayo, dos días antes de su muerte, su reinado había sido, gracias a Dios, largo y feliz, aunque difícil y «lleno de guerras y problemas». «Todos conocen el triste desorden del país cuando yo empecé mi reinado; con la ayuda de Dios lo he mejorado, soy respetado por mis amigos y temido por mis enemigos[72]». Su celebrado biznieto, Federico el Grande, declararía más tarde que la historia del ascenso de Prusia comenzó con el reinado del Gran Elector, ya que fue él quien estableció «las sólidas bases» de su grandeza posterior. Ecos de este argumento resuenan en los grandes relatos del siglo XIX de la escuela prusiana.

Es cierto que los éxitos militares y de política internacional de su reinado definieron, en términos formales, un nuevo punto de partida para Brandemburgo. Desde 1660 Federico Guillermo fue el gobernante soberano de la Prusia Ducal, un territorio fuera del Sacro Imperio Romano. Había sustituido su condición política ancestral. Ya no era tan solo un potentado del imperio, sino un príncipe europeo. Es una señal de su apego a su nuevo estatus el hecho de que buscara, de la corte de Luis XIV, la denominación oficial «*Mon frère*» que generalmente se atribuía solo a los príncipes soberanos[73]. Durante el reinado de su sucesor, el elector Federico III, la soberanía de la Prusia Ducal sería utilizada para adquirir el título de rey para la Casa de los Hohenzollern. A su debido tiempo, incluso el antiguo y venerable nombre de Brandemburgo sería suplantado por el de «Reino de Prusia», nombre que se usará cada vez más en el siglo XVIII para la totalidad de las tierras norteñas de los Hohenzollern.

El propio elector estaba atento respecto del significado de los cambios que se habían labrado durante su reinado. En 1667 elaboró unas «Instrucciones paternas» para su heredero. El documento empezaba, al modo de los testamentos tradicionales del príncipe, con exhortaciones para llevar una vida pía y temerosa de Dios, aunque enseguida lo amplió convirtiéndolo en un panfleto político de un tipo sin precedentes en la historia de la dinastía Hohenzollern. Se establecieron netos contrastes entre el pasado y el presente:

el elector recordaba a su hijo cómo la adquisición de soberanía sobre la Prusia Ducal había suprimido la «intolerable condición» de vasallaje respecto a la corona de Polonia que había oprimido a sus antepasados. «Todo esto no puede ser descrito; el Archivo y los informes son testigos de ello[74]». Al futuro elector se le urgía a desarrollar una perspectiva histórica de los problemas que lo acosaban en el presente. Una atenta consulta de los archivos revelaría no solo la importancia de todo esto para mantener buenas relaciones con Francia, sino también cómo estas debían equilibrarse con «el respeto que tú, como elector, debes tener hacia el Reich y hacia el emperador». Había también un fuerte sentido del nuevo orden establecido por la Paz de Westfalia y la importancia de defenderla si era necesario contra toda potencia o potencias dispuestas a hacerlo caer[75]. Resumiendo, se trataba de un documento notablemente sensible hacia su propio lugar en la historia, cargado, además, con una conciencia de la tensión entre la continuidad histórica y la fuerza del cambio.

Pero el elector era consciente de la vulnerabilidad de sus logros: lo que se había hecho podía deshacerse. Los suecos podían estar esperando siempre la próxima oportunidad «por la astucia o por la fuerza» para arrebatar el control de la costa del mar Báltico a Brandemburgo. Los polacos, junto a los propios prusianos, podían aprovechar la primera oportunidad de restituir a la Prusia Ducal a su «condición anterior[76]». De ahí que la tarea de sus sucesores no tenía que ser ampliar la extensión del territorio de la Casa de Brandemburgo, sino salvaguardar lo que ya era de ella legítimamente:

> Procura estar seguro en todo tiempo que vives en lo posible en una situación de confianza, amistad y correspondencia mutua con todos los electores, príncipes y estados del imperio, y que no les das motivo alguno para la mala fe, y mantener una buena paz. Y ya que Dios ha bendecido nuestra Casa con muchas tierras, debes cuidar únicamente de conservarlas, y debes asegurarte de no provocar grandes envidias ni enemistades cuando pretendas nuevas tierras o no poner en riesgo lo que ya posees[77].

Merece la pena destacar esta nota de crispación, pues articula uno de los temas duraderos de la política exterior de Brandemburgo-Prusia. Subrayando la visión del mundo de Berlín, existía siempre un neto fondo de vulnerabilidad. El continuo activismo, que se convertiría en una marca de la política exterior prusiana, comenzó con el ya recordado trauma de la Guerra de los Treinta Años. Lo oímos resonar en las lastimeras frases de las «Instrucciones paternas»: «En primer lugar es realmente cierto, si tú simplemente no te mueves, en la creencia de que el fuego está siempre lejos de tus fronteras: aun así, tus tierras pueden convertirse en el teatro en el que

se represente la tragedia[78]». Volvemos a oír esto en las palabras que Federico Guillermo, en 1671, dirigió al ministro principal Otto von Schwerin: «He experimentado la neutralidad con anterioridad; incluso bajo las condiciones más favorables, te tratan mal. Me he prometido no ser neutral nunca más mientras viva[79]». Este es uno de los problemas centrales de la historia de Brandemburgo-Prusia, el que este sentimiento de vulnerabilidad se demostrase ineludible.

4
MAJESTAD

Coronación

El 18 de enero de 1701, el elector Federico III de Brandemburgo fue coronado rey de Prusia en la ciudad de Königsberg. El esplendor del acontecimiento no tuvo precedente en la historia de la Casa de Hohenzollern. Según un informe contemporáneo, se necesitaron 30 000 caballos para la familia del elector, sus dependientes y criados, y sus bagajes, todo ello transportado en 1800 carros, hacia el este, a lo largo de la carretera de Berlín al lugar de la coronación. Durante el trayecto cruzaron por aldeas llenas de adornos, con antorchas alineadas a lo largo de los principales caminos, o incluso cubiertos con ricas telas. La celebración comenzó el 25 de enero en Königsberg cuando heraldos vestidos con libreas de terciopelo azul, blasonados con las nuevas armas reales, cruzaron por la ciudad, proclamando que el Ducado de Prusia era un reino soberano.

La coronación propiamente comenzó por la mañana del 18 de enero, en el salón de audiencias del elector, donde se había levantado un trono especialmente para la ocasión. Vestido con un ropaje escarlata y oro con brillantes botones de diamantes y una capa carmesí con borde de armiño y atendido por un pequeño grupo de miembros masculinos de la familia, cortesanos y altos funcionarios locales, el elector se colocó la corona sobre la cabeza, tomó el cetro con la mano y recibió el homenaje de los presentes. A continuación pasó a las habitaciones de su mujer, a la que coronó como su reina en presencia de sus familiares. Después de que los representantes de los estados hubieron rendido homenaje, la pareja real se dirigió a la iglesia del

castillo para ser ungidos. Aquí, en la entrada, fueron recibidos por dos obispos, uno luterano y el otro reformista (calvinista), que habían sido asignados, ambos, a sus cargos específicamente para este fin, como deferencia al carácter biconfesional del Estado prusiano-brandemburgués. Tras algunos himnos y un discurso, una fanfarria real de tambores y trompetas anunciaba el punto culminante de la celebración: el rey se levantó del trono y se arrodilló ante el altar, mientras que el obispo calvinista Ursinus mojaba dos dedos de la mano derecha en el óleo y ungía la frente y la muñeca izquierda y derecha (por encima del pulso) del rey. Luego se llevó a cabo el mismo ritual para la reina. Con el acompañamiento de una aclamación musical, los clérigos que celebraban el servicio se reunieron ante el trono y rindieron homenaje. Tras nuevos himnos y plegarias, un funcionario superior de la corte se levantó para anunciar un perdón general para todos los delincuentes, con exclusión de los blasfemos, asesinos, deudores y los acusados de lesa majestad[1].

En cuanto a las proporciones de riqueza territorial empleada, la coronación de 1701 debió ser, sin duda, la celebración individual más cara en la historia de Brandemburgo-Prusia. Incluso para los estándares de una época que se deleitaba con los ceremoniales de corte como expresión de poder, la coronación prusiana fue inusualmente espléndida. El gobierno consignó un impuesto especial de la corona para cubrir los gastos, pero aquel no consiguió en total más que 500 000 táleros, de los que tres quintos se pagaron solo para la corona de la reina, y la corona real, confeccionada con metales preciosos y con toda su superficie cubierta de diamantes, costó el resto e incluso más. Es difícil reconstruir el monto total de las festividades, pues no ha quedado ninguna cuenta completa, pero se ha estimado que se gastaron unos seis millones de táleros, todos para la ceremonia y las festividades relacionadas, unas dos veces los ingresos anuales de la administración Hohenzollern.

La coronación resultó singular también en otro sentido. Todo fue hecho a la medida: invención pensada para servir a las finalidades de un momento histórico específico. El diseñador fue el propio Federico I, que fue responsable de cada detalle, no solo de las nuevas insignias reales, de los rituales seculares y de la liturgia de la iglesia del castillo, sino también del color y estilo de las ropas llevadas por los principales participantes. Había un personal experto para aconsejar sobre el ceremonial monárquico. En primer lugar, entre estos estaba el poeta Johann von Besser, que sirvió como maestro de ceremonias en la corte de Federico desde 1690 hasta el fin del reinado y poseía unos amplios conocimientos sobre las tradiciones de las cortes inglesa,

francesa, alemana, italiana y escandinava. Aunque las decisiones clave dependieron siempre del elector.

La ceremonia resultante fue una amalgama única y muy consciente de préstamos de las coronaciones históricas europeas, algunas recientes, otras de cosecha antigua. Federico concibió su coronación no solo teniendo en cuenta su impacto estético, sino también para poner de manifiesto lo que él consideraba las características definitorias de su estatus de rey. La forma de la corona, que no era una tira abierta, sino una estructura de metal en forma de cúpula cerrada por arriba, que simbolizaba el poder total de un monarca que en su persona abarcaba la soberanía secular y la espiritual. Además, el hecho de que el rey, en contra de la práctica predominante en Europa, se coronase a sí mismo en una ceremonia separada antes de ser ungido a manos de sus clérigos, indicaba el carácter autónomo de su cargo, su independencia de toda autoridad mundana o espiritual (salvo la del propio Dios). Una descripción de la coronación, realizada por Johann Christian Lünig, renombrado experto contemporáneo en la «ciencia de las ceremonias cortesanas», explicaba el significado de este paso.

> Los reyes que aceptan su reino y soberanía de los estados, por lo general solo toman la capa púrpura, la corona y el cetro y suben al trono después de haber sido ungidos: […] pero Su Majestad [Federico I] que no ha recibido el Reino con la ayuda de los estados o de otra [facción], no tiene ninguna necesidad de hacerlo así, sino más bien recibir la corona de la manera de los antiguos reyes desde su propia fundación[2].

Dada la reciente historia de Brandemburgo y de la Prusia Ducal, la importancia de tales gestos simbólicos es bastante obvia. La lucha del Gran elector con los estados prusianos y en particular la ciudad de Königsberg estaba todavía en la memoria, con el poder de perturbar —es un detalle revelador que los estados prusianos nunca fueron consultados sobre la coronación y que fueron informados de la inminente festividad solo en diciembre de 1700. Igualmente importante era la independencia del nuevo reino de todo tipo de reclamación polaca o imperial. Todos sabían, informaba en 1698 el enviado británico George Stepney a James Vernon, secretario de Estado del Departamento del Norte, que:

> El valor de este elector se opone a […] la absoluta soberanía que posee la Prusia Ducal, pues a este respecto excedió en poder a cualquier otro elector o príncipe del imperio, que no son tan independientes, sino que derivan su grandeza de la investidura del emperador, por cuyas razones, el elector afecta ser distinguido por algún título más extraordinario de lo que es común al resto de sus colegas[3].

Una de las razones por las que adoptó el título de rey de Prusia —título poco usual que causó cierta sorna en las cortes europeas— fue que así liberó la corona de toda reclamación polaca relativa a la Prusia «real», que estaba todavía en la Comunidad Polaca. En negociaciones con Viena, se tuvo especial cuidado en garantizar que el texto de todo acuerdo debía dejar claro que el emperador no estaba «creando» (*creieren*) el nuevo título real, sino simplemente «reconociéndolo» (*agnoszieren*). Un muy disputado pasaje del acuerdo final entre Berlín y Viena concedía de boquilla una primacía especial del emperador como monarca más importante de la Cristiandad, pero también dejaba claro que la corona prusiana era una creación completamente independiente, para lo que la aprobación del emperador era una cortesía, más que una obligación.

En 1701, como tantas veces antes, Berlín debió su buena suerte a los acontecimientos internacionales. Puede que el emperador no hubiera cooperado en la elevación del elector si no hubiese sido por el hecho de que necesitaba urgentemente la ayuda de Brandemburgo. Las memorables luchas entre los Habsburgo y los Borbones estaban a punto de entrar en una nueva y sangrienta fase, como una coalición de potencias europeas reunidas para oponerse a los designios franceses de colocar a un nieto de Luis XIV en el trono español vacante. Previendo una gran conflagración, el emperador vio que tenía que hacer concesiones para obtener la ayuda de Federico. Cortejado con atractivas ofertas de ambos bandos, el elector dudaba, pasando de una opción a la otra, pero acabó poniéndose de parte del emperador a cambio del Tratado de la Corona (*Kontraktat*) del 16 de noviembre de 1700. Según este acuerdo, Federico decidió ofrecer un contingente de 8000 hombres al emperador y dio varias garantías de apoyo más generales a la Casa de los Habsburgo. La corte vienesa aceptó, por su lado, no solo reconocer las bases del nuevo título, sino también tratar de que tuviese una aceptación general, tanto en el Sacro Imperio Romano como entre las potencias europeas.

6. Federico I, rey de Prusia *(elector en 1688-1701; rey en 1701-1713), pintado tras su coronación, atribuido a Samuel Theodor Gericke.*

La institución del título real dio lugar a una imponente expansión del personal de la corte y un gran despliegue de complejas ceremonias. Muchas de estas tenían una dimensión claramente histórica. Hubo espléndidas festividades en el aniversario de la coronación, en el cumpleaños de la reina, en el del rey, en la concesión de la Orden del Águila Negra, el descubrimiento de una estatua del Gran Elector. A este respecto, el reinado de Federico institucionalizó la elevada conciencia histórica, que había sido una característica del concepto que tenía su predecesor de su cargo y que había estado filtrándose en las cortes de Europa occidental desde finales del siglo XVI**[4]**. Fue Federico quien nombró a Samuel Pufendorf historiador de la corte en 1688. La notable historia del reinado del Gran elector de Pufendorf

fue la primera que hizo un uso sistemático de los papeles de los archivos del gobierno.

Mientras que en otras cortes estaban preocupados por las batallas y asedios de la guerra en curso por la sucesión española, un observador inglés contemporáneo notaba, con un toque de exasperación, que en Berlín la vida era una incesante serie de «espectáculos, bailes y otras diversiones parecidas[5]». Para los enviados extranjeros destinados a Berlín, este salto cuantitativo en el esplendor de la corte significaba que la vida se encarecía. En un informe archivado en el verano de 1703, el enviado extraordinario británico (luego embajador) lord Raby anotó que su «equipo, que en Londres estaba considerado muy bueno, no es nada comparado al que hay aquí». Los despachos británicos de este período están llenos de quejas por los desmesurados gastos para mantener las apariencias en lo que se había convertido de improviso en una de las cortes más espléndidas de Europa. Los apartamentos debían ser amueblados de nuevo, sirvientes, carrozas y caballos debían equiparse según estándares más exigentes y costosos. «Encuentro que no salgo ganando con mi embajada», comentaba lastimosamente Raby en una de sus muchas y veladas peticiones de una asignación más generosa[6].

Quizá la más llamativa expresión del nuevo gusto por las ceremonias elaboradas fue el régimen de luto que siguió a la muerte de la segunda mujer del rey, Sofía Carlota de Hanóver, en febrero de 1705. La reina había estado visitando a sus parientes en Hanóver en la época en que murió. Se ordenó a un alto funcionario de la corte que tomara dos batallones de soldados de Brandemburgo y los condujese a Hanóver para llevar el cadáver a Berlín, donde se expuso en una cama oficial durante seis meses. Se dieron órdenes estrictas de que se observase el «luto más completo posible» en todos los dominios del rey. A todos los que llegaron a la corte se les ordenó que se cubriesen con una larga capa negra, y todas las viviendas, coches y equipajes, incluyendo a los de los enviados exteriores, debían «observar un luto total».

> La corte se hallaba en el luto más completo que yo había visto en mi vida, pues las mujeres llevaban todas ellas tocados de cabeza negros y velos negros que las cubrían, de modo que no se veían los rostros. Los hombres todos con largas capas negras y las habitaciones adornadas con telas por arriba y por abajo, y excepto las velas de cada habitación, nadie podía distinguir bien al rey del resto, salvo por la parte de arriba de su capa, que sujetaba en alto un gentilhombre del dormitorio[7].

De acuerdo con la intensificación del esplendor de la corte y del ceremonial, se produjo un *boom* en inversión cultural que no tenía precedentes en la historia de la dinastía. Los últimos decenios del reinado del

Gran elector habían visto un gran crecimiento en edificios representativos en la capital, pero esto fue casi insignificante al lado de los proyectos lanzados por su sucesor. En Charlottenburg se construyó un gran palacio con un extenso parque, bajo la dirección del maestro de obras sueco Johann Friedrich Fosander, y hubo una proliferación de esculturas representativas por la ciudad, siendo su más notable ejemplo la estatua ecuestre del Gran Elector, diseñada por Andreas Schlüter. La vieja ciudad de Berlín, con sus cicatrices de las guerras pasadas, comenzó a desaparecer bajo anchas calles pavimentadas y majestuosos edificios, propios de una agradable ciudad residencial.

En julio de 1700, cuando su intento de conseguir un título real parecía aproximarse a un final exitoso, Federico fundó una Real Sociedad Científica, que más tarde se llamará Real Academia Prusiana de Ciencias, y así obtuvo uno de los atributos contemporáneos más valiosos de la distinción dinástica[8]. Un medallón, diseñado por el filósofo Leibniz para conmemorar la inauguración de la sociedad (que se creó oficialmente el 11 de julio, cumpleaños del soberano) mostraba, de un lado, un retrato del elector, y del otro, una imagen del águila de Brandemburgo volando hacia una constelación denominada Águila y que llevaba el lema: «Se esfuerza por alcanzar las estrellas que conoce[9]».

¿Merecía el título de rey de Prusia, con toda la pompa y circunstancias que lo acompañaron, el gasto de dinero y de esfuerzo en adquirirlo y vivir de acuerdo con él? La más famosa respuesta a esta pregunta era una mordaz negativa. Para el nieto de Federico, Federico II, todo el ejercicio valía poco más que una mera satisfacción de la vanidad del elector, como explicaba él mismo en un malévolo retrato del primer rey prusiano:

> Era bajo y deforme, su expresión era orgullosa, su fisonomía vulgar. Su alma era como un espejo, que devuelve cada objeto […]. Confundía las vanidades con verdadera grandeza. Le preocupaba más la apariencia que cosas útiles firmemente realizadas […]. Él solo deseaba la corona tan ardientemente porque necesitaba un pretexto superficial para justificar su debilidad por las ceremonias y su destructora extravagancia […]. En conjunto: era grande en las cosas pequeñas, y pequeño en las cosas grandes. Y su desgracia fue hallar un lugar en la historia entre un padre y un hijo cuyo talento superior lo confinaron a la sombra[10].

Es, sin duda, el caso de que el establecimiento de la corte de Federico cayó en gastos que serán insoportables a largo plazo, y es cierto que el primer rey mostraba fuerte gusto por los festejos y las ceremonias con elaboradas coreografías. Pero el énfasis en las manías personales es, en ciertos aspectos, inmerecido. Federico I no fue el único gobernante europeo en buscar alcanzar

un estatus de rey en esta época, ya que el Gran Duque de Toscana había adquirido el derecho a tener el tratamiento de «Alteza Real» en 1691; el mismo derecho fue adquirido en años posteriores por el duque de Saboya y Lorena. Y lo que era más importante desde la perspectiva de Berlín, cierto número de dinastías rivales alemanas iban a la caza de un título real en los años 1690. El elector de Sajonia se convirtió al catolicismo con el fin de ser elegido rey de Polonia en 1697, y comenzaron negociaciones en esa misma época sobre la posible sucesión de la Casa Electoral de Hanóver al trono real británico. Los bávaros y los Wittelsbach del Palatinado estaban involucrados igualmente en planes (al final inútiles) para hacerse con un título real, bien por elevación o, en último caso, buscándose una reclamación al «trono real de Armenia». En otras palabras, la coronación de 1701 no fue un capricho personal aislado, sino que formaba parte de una corriente de monarquización que discurría por los todavía numerosos territorios no reales del Sacro Imperio Romano y de los estados italianos a finales del siglo XVII. Los títulos reales eran importantes porque todavía suponían estatus de privilegio en la comunidad internacional. Ya que la precedencia atribuida a las cabezas coronadas todavía se observaba en los grandes tratados de paz de la época, era un asunto de importancia práctica potencialmente seria.

El reciente aumento del interés por las cortes europeas de comienzos de la Edad Moderna como instituciones políticas y culturales ha incrementado a su vez nuestros conocimientos sobre la funcionalidad de los rituales de corte. Las celebraciones de corte poseían una función de comunicación y legitimación crucial. Como observaba el filósofo Christian Wolff en 1721, el «hombre común», que depende de sus sentidos más que de su razón, era casi incapaz de captar «lo que es la majestad de un rey». De todos modos, era posible insuflarle el sentido del poder del monarca situándolo ante «cosas que captan sus ojos y agitar sus otros sentidos». Una corte y unas ceremonias de corte notables, concluía, no eran, pues, «en absoluto, superfluas o censurables[11]». Las cortes estaban también muy densamente interconectadas entre sí a través de relaciones familiares, diplomáticas y culturales; había no solo puntos coincidentes entre la vida de las élites políticas y sociales en cada respectivo territorio, sino también nudos en una red internacional de cortes. Las magníficas celebraciones del aniversario de la coronación, por ejemplo, fueron observadas por numerosos visitantes extranjeros, por no hablar de los distintos parientes y enviados dinásticos que podían encontrarse siempre en la corte durante la estación.

La resonancia internacional de tales eventos en el sistema de cortes europeo se veía amplificada ulteriormente por los informes oficiales o semioficiales, en los que se prestaba una escrupulosa atención a los detalles de precedencia, vestimenta, ceremonias y el esplendor del espectáculo. Y lo mismo se puede decir de las elaboradas y ritualizadas costumbres asociadas con el luto. Las órdenes impartidas tras la muerte de la reina Sofía Carlota no estaban pensadas en primer lugar para dar expresión al dolor privado de los desconsolados parientes, sino más bien para emitir señales sobre el peso e importancia de la corte en la que se había producido el fallecimiento. Señales dirigidas no solo a una audiencia interna de sus súbditos, sino también a otras cortes, de las que se esperaba que mostrasen su conocimiento del hecho entrando a formar parte de varios grados de duelo. Tales expectativas resultaban tan implícitas que Federico I enfureció cuando descubrió que Luis XIV había decidido no poner de luto la corte de Versalles por Sofía Carlota, posiblemente como un medio de manifestar su disgusto a Berlín por su política proaustriaca en la Guerra de Sucesión española[12]. Al igual que las demás ceremonias que marcaban la vida de la corte, el luto era parte de un sistema de comunicación política. Considerada en este contexto, la corte era un instrumento cuya finalidad consistía en documentar el rango del príncipe ante un «público de corte» internacional[13].

Quizá lo más notable del ritual de la coronación de 1701 sea el hecho de que no se convirtió en la piedra angular de una tradición de coronación sacra en Prusia. El inmediato sucesor de Federico, Federico Guillermo, había desarrollado, durante su juventud, una viva antipatía por los refinamientos y el tono alegre cultivado por su madre, y de adulto no mostró ninguna inclinación por el tipo de despliegues rituales que eran una característica definitoria del reinado de su padre. Tras su ascenso al trono, no solo prescindió totalmente de cualquier modalidad de ritual de coronación, sino que, básicamente, desmanteló la organización de la corte que su padre había creado. Federico II heredó la aversión paterna por la ostentación dinástica y no restauró la ceremonia. Como consecuencia, Brandemburgo-Prusia se convirtió en un reino sin coronaciones. El ritual definidor del acceso al trono siguió siendo, como en los primeros tiempos, el juramento de homenaje en Königsberg de los estados prusianos y en Berlín de los demás estados de los dominios de los Hohenzollern.

Con todo, es evidente, en retrospectiva, que la adquisición del título de rey inauguró una nueva fase en la historia política de Brandemburgo. En primer lugar, merece la pena constatar que los rituales relacionados con la

coronación permanecieron inactivos en la memoria colectiva de la dinastía. Por ejemplo, la Orden del Águila Negra, fundada por Federico I en vísperas de la coronación para premiar a los más distinguidos amigos y servidores del reino, fue apartada gradualmente de su función de corte, pero conoció un resurgimiento en los años 1840, durante el reinado de Federico Guillermo IV, cuando cierto número de ceremonias originales de otorgamiento fueron reconstruidas, gracias a los archivos, y reintroducidas. El rey Guillermo I optó, en el momento de su acceso al trono en 1861, por eximir el homenaje (que muchos consideraban obsoleto) pero, en cambio, reintroducir la práctica de la autocoronación en Königsberg[14]. Fue este mismo monarca que programó la proclamación del imperio alemán en 1871 en la Sala de los Espejos de Versalles para que cayera en 18 de enero, aniversario de la primera coronación. La repercusión cultural del ritual de la coronación en la vida de la dinastía fue así más duradera de lo que su súbito abandono en 1713 hacía suponer.

La coronación de 1701 marcó asimismo un sutil cambio en las relaciones entre el monarca y su esposa. De las esposas y madres, del siglo XVII, de los electores de Brandemburgo, varias habían sido poderosas figuras independientes de la corte. La más notable a este respecto había sido Ana de Prusia, mujer de Juan Segismundo, una mujer animosa, de voluntad de hierro, que reaccionaba a las intermitentes y violentas borracheras de su marido tirándole a la cabeza platos y vasos. Ana fue un importante personaje en la lábil política confesional de Brandemburgo después de la conversión de su marido al calvinismo; ella conservó sus propias redes diplomáticas y, en la práctica, llevó una política exterior aparte. Que continuó incluso tras la muerte de su marido y la subida al trono de su hijo Jorge Guillermo en 1619. En el verano de 1620 Ana inició conversaciones separadas con el rey de Suecia respecto al matrimonio de este con su hija María Eleonora sin consultar gran cosa con su hijo, que era el jefe del Estado. En 1631, cuando la mayor crisis bélica de Brandemburgo llegó a su fin, fueron la mujer del elector palatino, Elisabeth Charlotte, y su madre Louise Juliane, y no el propio Jorge Guillermo, quienes manejaron la delicada relación diplomática entre Brandemburgo y Suecia[15]. En otras palabras: las mujeres de la corte continuaron persiguiendo intereses inspirados por las redes de su propia familia, que eran bastante diferentes de los de sus maridos. Lo mismo puede decirse de Sofía Carlota, la inteligente princesa hanoveriana que se había casado con Federico III/I en 1684, pero que pasó largas temporadas en la corte de su madre, en Hanóver (aquí se encontraba cuando murió en 1705) y

que continuó siendo una defensora de la política hanoveriana[16]. Se opuso al proyecto de coronación, porque pensaba que era perjudicial para los intereses de Hanóver. (Se dice que le pareció tan tediosa la propia coronación que durante su desarrollo tomó pulgaradas de rapé, para proporcionarse «alguna placentera distracción»)[17].

Sobre estas bases, está claro que la coronación establecía las relaciones entre el elector y su esposa una nueva estructura. Era el elector el que coronaba a su mujer, tras haberse coronado a sí mismo anteriormente, por lo que esta se convertía en su reina. Naturalmente, se trataba de un detalle meramente simbólico sin consecuencias prácticas y, dado que no hubo más coronaciones durante el siglo XVIII, ya no se volvió a repetir. Con todo, la ceremonia señalaba el comienzo de un proceso por el que la identidad dinástica de la esposa quedaba parcialmente fundida con la del marido, la cabeza coronada de una casa real. La concomitante masculinización de la monarquía, a lo que se añadió el hecho de que ahora la Casa de Hohenzollern gozaba de una clara preeminencia entre las dinastías protestantes alemanas en las que se elegía a las esposas, limitó la libertad de movimiento disponible a las «primeras damas» de Brandemburgo-Prusia. Sus sucesores del siglo XVIII no carecían de dotes personales y de perspicacia política, pero no llegaron a desarrollar el tipo de peso autónomo en política, lo que había sido un aspecto llamativo del siglo anterior.

La soberanía independiente y extraimperial que se había asegurado el Gran elector había sido solemnizada en la forma más dramática posible. El especial relieve que Brandemburgo había adquirido entre las potencias europeas menores desde 1640 debido a sus proezas militares y a la determinación de sus dirigentes, se veía reflejado ahora en su posición formal en el orden internacional de precedencia[18]. La corte de Viena reconoció esto e inmediatamente hubo de lamentarse por el papel jugado al facilitar la elevación del elector de Brandemburgo. El nuevo título, además, tuvo un efecto psicológico integrador: el territorio báltico, que antes se conocía por Prusia Ducal, dejó de ser una simple posesión marginal del núcleo de Brandemburgo, para convertirse en elemento de una nueva amalgama real-electoral que sería conocida en un primer momento como Brandemburgo-Prusia y luego, simplemente, por Prusia. Las palabras «Reino de Prusia» fueron incorporadas a la denominación oficial de cada una de las provincias de los Hohenzollern. Puede haber sido cierto, como los opositores al proyecto de la coronación se apresuraron a señalar, que el soberano de Brandemburgo ya poseía la totalidad del poder real y que no necesitaba adornarse con nuevos

títulos. Pero aceptar este punto de vista sería pasar por alto que las cosas acaban siendo transformadas por los nombres que reciben.

Revolución cultural

Es difícil imaginar dos personajes tan contrastados como el primero y el segundo rey de Prusia. Federico era urbano, afable, cortés, de maneras suaves, y sociable. Hablaba varias lenguas modernas, incluidas francés y polaco, y había hecho mucho por cultivar las artes y la investigación en su corte. Era, según juicio del conde de Strafford, que había pasado muchos años (con su anterior título, lord Raby) de embajador en Berlín, «de buen natural, afable […], generoso y justo, […] espléndido y caritativo[19]». Por el contrario, Federico Guillermo I era brusco hasta llegar a la brutalidad, desconfiado en extremo y dado a violentas explosiones de rabia y a ataques de aguda melancolía. Aunque dotado de una rápida y poderosa inteligencia, apenas intentó escribir bien en alemán (es muy posible que fuera disléxico). Se mostraba profundamente escéptico respecto de todo tipo de esfuerzo cultural o intelectual que no presentase una utilidad práctica inmediata (utilidad que para él era sobre todo militar). El tono de sus palabras, a veces áspero, despectivo, lo hallamos en las siguientes notas al margen en papeles gubernamentales:

> 10 de noviembre de 1731: Ivatyhoff, el Agente brandemburgués en Copenhague, pide un aumento de sus emolumentos. [Federico Guillermo: «El bribón quiere un aumento —Lo contaré sobre su espalda»].
>
> 27 de enero de 1733: Carta en la que se propone que Von Holtzendorff sea enviado a Dinamarca. [Federico Guillermo: «Al patíbulo con Hotzedorff [sic], cómo osa sugerirme este granuja, pero como él es un chucho está bien para el patíbulo, id y decídselo»].
>
> 5 de noviembre de 1735: Informe de Kuhlwein. [Federico Guillermo: «Kuhlwein es un idiota, y me puede besar el culo»].
>
> 19 de noviembre de 1735: Orden a Kuhlwein. [Federico Guillermo: Tú, asqueroso, no interfieras en mi familia o te encontrarás con que hay una carretilla esperándote en la fortaleza de Spandau] [20].

A los pocos días de su llegada al trono, en febrero de 1713, Federico Guillermo dio un hachazo al árbol de la organización de la corte establecida por su padre. No hubo secuelas, como hemos visto, de la coronación de 1701. Tras haber examinado los informes financieros de la casa real, el nuevo rey se

embarcó en una campaña de drásticos recortes en los gastos. Dos tercios de los sirvientes empleados en la corte —incluidos el *chocolatier*, un par de cantantes *castrati*, los violoncelistas, compositores y fabricantes de órganos— fueron despedidos sin previo aviso; el resto hubo de aceptar una reducción de salarios de hasta el 75 por ciento. Una parte substancial de joyas, bandejas de oro y plata, buenos vinos, muebles y carrozas, acumulados durante el reinado de su padre, fue liquidada. Los leones de la casa de fieras real fueron regalados al rey de Polonia. La mayoría de los escultores contratados durante el reinado de Federico dejaron rápidamente Berlín cuando se enteraron de que habían revisado sus condiciones laborales. Un sentimiento de pánico sobrecogió a la corte. En un informe presentado el 28 de febrero de 1713, el enviado británico William Breton observaba que el rey «estaba muy ocupado recortando pensiones y llevando a cabo grandes reducciones en su escalafón civil, para gran disgusto de muchos elegantes caballeros». La casa de la reina viuda sufrió especialmente y «las pobres muchachas [se fueron] a sus casas con sus amigos con corazón triste[21]».

Las semanas que siguieron a la subida al trono debieron ser especialmente traumáticas para Johann von Besser, que había servido a Federico III como maestro de ceremonias desde 1690. Besser había contribuido a dar forma a la cultura ritual de la corte real y había sido el autor de un detallado informe oficial sobre la coronación. Cuando vio que la labor de su vida quedaba destruida, fue borrado de la lista del Estado sin ceremonias. Una carta enviada al nuevo rey pidiendo que considerase su petición para un nuevo cargo fue echada al fuego en cuanto la recibió. Besser huyó de Berlín y posteriormente encontró un empleo como consejero y maestro de ceremonias en la todavía suntuosa corte sajona de Dresde.

La corte establecida por Federico se agostó rápidamente. Lo que ocupó su lugar fue un escenario social más magro, barato, basto y más masculino. «Así como el anterior rey de Prusia fue escrupuloso en las ceremonias de mayor delicadeza, su presente majestad, por el contrario, apenas ha dejado sus últimos escalones», informaba el nuevo enviado británico Charles Whitworth en el verano de 1716[22]. En el centro de la vida social del monarca se hallaba el «*Tabakskollegium*» o «Ministerio del Tabaco», un grupo formado por entre ocho y doce consejeros, altos funcionarios, oficiales del ejército y un surtido de aventureros de visita, enviados de hombres de letras que se reunían por la tarde con el monarca para conversar de cosas generales mientras bebían fuerte y fumaban pipas de tabaco. El tono era informal, a veces tosco, sin jerarquías —una de las reglas del Ministerio del Tabaco era que no había que levantarse

cuando llegaba el rey—. Los temas de discusión iban de pasajes de la Biblia, informes de los periódicos, cotilleos políticos, anécdotas de caza, hasta asuntos más escabrosos, tales como los aromas naturales que desprendían las mujeres. Se esperaba que los participantes expresaran sus ideas, y a veces se escapaban argumentos de más peso; en realidad, estos parece que habían sido estimulados por el propio monarca. En el otoño de 1728, por ejemplo, una disputa teológica entre un tal Friedrich August Hackemann, profesor visitante de la Universidad de Helmstedt, y el popular escritor, residente en Berlín, David Fassmann, degeneró en una competición de calumnias que divirtió mucho a los demás invitados. Según un informe contemporáneo de un enviado que vivía en Berlín, Hackemann se vio obligado a llamar mentiroso a Fassmann, tras lo que este le espetó:

> Sobre la marcha respondió con la palma de la mano tan rápidamente y de tal manera que [Hackemann] casi cayó sobre el rey; en este punto él [Hackemann] preguntó a Su Majestad si no era […] esto la cosa más punible, el actuar de este modo y atacar a alguien así, en presencia de la más alta autoridad.

7. Retrato satírico de Jacob Paul von Gundling, *grabado anónimo de* El loco docto (Der gelehrte Narr) *por el torturador de Gundling David F. Fassmann, Berlín, 1729.*

Federico Guillermo, al que le producían placer, claramente, tales estridencias, comentó solamente que un sinvergüenza se merece el golpe que recibe[23].

Emblemático, por el tono y los valores que predominaban en el ambiente del monarca desde 1713, fue el destino de Jacob Paul von Gundling. Nacido cerca de Núremberg, y tras estudiar en las universidades de Altdorf, Halle y Helmstedt, Gundling fue uno de los muchos hombres con formación académica que habían sido atraídos por Berlín durante la expansión de la vida

intelectual que se dio en la ciudad bajo Federico I. Además de un puesto profesional de enseñante en una nueva escuela para hijos de la nobleza de Berlín, Gundling ocupó un cargo honorario en la corte como historiador oficial para la *Oberheroldsamt* (Oficina Principal del Heraldo), institución fundada en 1706 destinada a establecer las credenciales genealógicas para los nobles candidatos a ocupar cargos públicos. Pero en 1713 se produjo el desastre, cuando ambas instituciones acabaron barridas en las semanas que siguieron al ascenso al trono de Federico Guillermo. Gundling trató de asegurarse un puesto en el nuevo sistema adaptándose al punto de vista del rey y trabajando por libre durante varios años como consejero de política económica, papel por el que acabó siendo conocido como opositor a los privilegios fiscales y económicos de la nobleza. Fue recompensado por sus servicios con varios títulos honoríficos (incluyendo el de «consejero comercial» y la presidencia de la Academia de Ciencias), convirtiéndose en invitado frecuente al Ministerio del Tabaco. Realmente, Gundling siguió siendo cortesano para varias actividades, dependiente de la bolsa real, hasta su muerte en 1731.

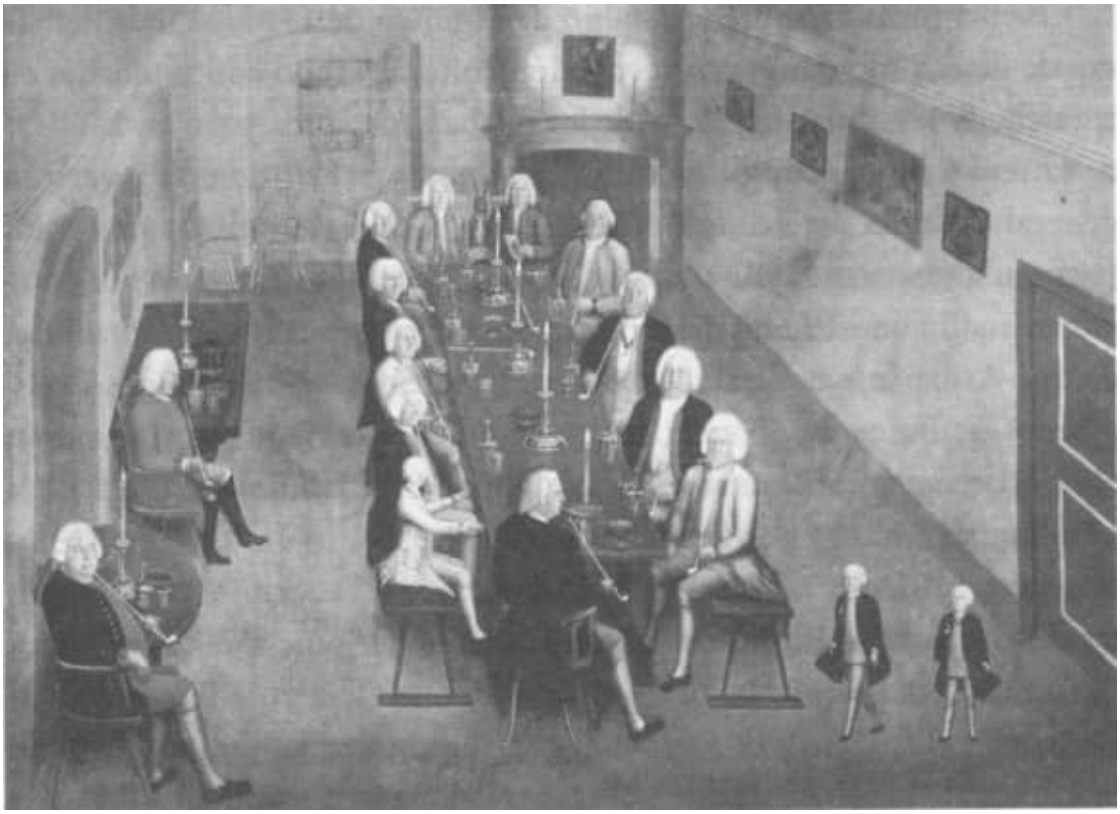
Pero ni su currículum de servicios como educador y cortesano, ni la presidencia de la academia, ni su lista, que aumentaba rápidamente, de trabajos académicos pudo salvar a Gundling de degenerar hasta convertirse en una figura ridícula en la corte de Federico Guillermo. En febrero de 1714, el rey pidió que diese una conferencia ante los invitados reunidos sobre la existencia (o no) de fantasmas mientras tomaba con regularidad sorbos de una fuerte bebida. Tras una explosión de estridente hilaridad, dos granaderos escoltaron al ya borracho consejero comercial de vuelta a su habitación, donde este chilló presa del terror cuando vio ante sí una figura cubierta con una sábana blanca que surgía de un rincón. Provocaciones de este tipo se convirtieron pronto en norma. Gundling fue confinado en una habitación en la que el rey tenía a cierto número de osos jóvenes mientras desde lo alto se lanzaban dentro de la habitación fuegos artificiales; fue obligado a llevar extraños atavíos confeccionados libremente a partir de la moda francesa, que incluían una alta peluca de estilo pasado de moda que había pertenecido al anterior rey; fue obligado a tomar laxantes y fue encerrado en una celda durante toda la noche; fue forzado a someterse a un duelo con pistola con uno de sus principales torturadores, y la broma consistía en que todos, menos Gundling, sabían que las armas no estaban cargadas con bala. Cuando Gundling se negó a coger o a disparar la pistola, su oponente descargó una lluvia de pólvora ardiente contra su rostro, prendiendo fuego a la peluca, en

medio de una gran hilaridad de todos los presentes. A causa de sus deudas, se le impidió salir de Berlín, y fue obligado, para placer del rey, su señor, a volver a diario a la escena de sus humillaciones, donde su honor y su reputación fueron martirizados para diversión de la corte real. Presionado de esta manera, la inclinación de Gundling por la bebida acabó desembocando rápidamente en pleno alcoholismo, debilidad que, a los ojos de sus detractores, apenas aumentó las oportunidades para el papel de tonto de la corte. Y, aun así, Gundling continuó produciendo un torrente de publicaciones eruditas sobre temas tales como la historia de Toscana, el derecho imperial y germano, y la topografía del Electorado de Brandemburgo.

Gundling incluso hubo de tolerar la presencia en su dormitorio de un ataúd en forma de barril de vino barnizado sobre el que se habían escrito unos versos de burla:

> Aquí yace en su piel
> de medio cerdo, medio hombre, una cosa maravillosa.
> Listo en su juventud, de viejo no tan brillante,
> lleno de saber por la mañana, lleno de bebida por la noche,
> que la voz de Baco cante:
> esto, muchacho, es Gundling.
> […]
> Lector, oye, ¿puedes adivinar
> si era hombre o cerdo[24]?

Tras su muerte en Potsdam el 11 de abril de 1731, el cadáver de Gundling fue mostrado públicamente apoyado en el barril en una estancia, con una fila de velas, tocado con una peluca que colgaba hasta los muslos, pantalones con brocados y calzas negras con rayas rojas —todo ello claras referencias a la cultura barroca de la corte de Federico I—. Entre aquellos que llegaron para darse el gusto de mirar el macabro espectáculo había viajantes de comercio que se dirigían a la gran feria de Leipzig. Gundling y el barril fueron enterrados enseguida bajo el altar de una iglesia de pueblo fuera de la ciudad. La alocución fúnebre fue obra del escritor (y a veces hostigador de Gundling) Fassmann, ya que el clero local, tanto el luterano como el reformado, se negó conscientemente a participar.



8. El Ministerio del Tabaco, *atribuido a George Lisiewski, c. 1737.*

El «martirio» de Gundling fue el reverso de la ruidosa camaradería masculina de la nueva monarquía. La masculinización, que ya se había tanteado en la ceremonia de la coronación, había transformado, ya, la vida social de la corte. Bajo Federico Guillermo I, las mujeres, que habían tenido un papel tan relevante en la corte de Federico I, fueron marginadas de la vida pública. Un visitante proveniente de Sajonia, que residió en Berlín durante varios meses en 1723, notó que las grandes festividades de las temporadas de la corte se celebraban «de acuerdo con el modo judío», separando a las mujeres de los hombres, y observaba sorprendido que había muchas comidas en la corte en las que no aparecía ninguna mujer en absoluto[25].

Reflexionando sobre el cambio de régimen de 1713, estamos tentados de describirlo como una revolución cultural. Hubo continuidades en la esfera de la administración y de las finanzas, sin duda, pero en la esfera de la representación y de la cultura podemos hablar de una inversión general de valores y estilos. Entre ellos, los dos primeros reyes prusianos trazaron los extremos entre los que y por los cuales sus sucesores se posicionarían. En un extremo del espectro tenemos al monarca Hohenzollern de tipo A: expansivo y gastador, ostentoso, separado del mecanismo normal del estado, centrado en la imagen; en el otro extremo, su antípoda es el tipo B: austero, ahorrativo,

adicto al trabajo[26]. El estilo «barroco» de la monarquía, iniciado por Federico I, mantuvo, como vimos, cierta resonancia en la memoria colectiva de la dinastía, y la trascendental alternancia de gustos y modas determinó que hubiese periódicos resurgimientos de largueza por parte de la corte —bajo Federico Guillermo II los gastos de la corte se dispararon una vez más hasta aproximadamente un millón de táleros al año, alrededor de un octavo del presupuesto total del Estado (la cifra, para su predecesor Federico el Grande había sido de 220 000 táleros)[27]. Los últimos decenios del siglo XIX serían testigos, tras un período de relativa austeridad, de un notable pero tardío florecimiento de la cultura de la corte alrededor de las personas del último káiser, Guillermo II. Pero la monarquía de tipo B de Federico Guillermo I tuvo también una vigorosa vida después de la muerte en la historia de la dinastía. Las ásperas notas al margen de Federico Guillermo I fueron imitadas (pero con mayor agudeza) por su ilustre hijo Federico II y (más largas y con menor agudeza) por su más distante descendiente el káiser Guillermo II. La costumbre de Federico Guillermo I de llevar uniformes militares en vez de ropa civil, más cara, fue adoptada por Federico II y siguió siendo una notable característica de la representación dinástica de los Hohenzollern hasta el fin de la monarquía prusiana a finales de la Primera Guerra Mundial. El poder histórico del modelo de tipo B descansaba no solo en su asociación con el posterior ascendente de Prusia en Alemania, sino también en su afinidad respecto a los valores y preferencias de un creciente público prusiano, para el cual la imagen de un monarca justo y ahorrativo dedicado al servicio del Estado acabó dando cuerpo a una visión específicamente prusiana de la realeza.

Administración

Se ha observado con frecuencia que los reinados de Federico Guillermo el Gran elector y su nieto el rey Federico Guillermo I se hallan en una relación complementaria entre ellos. El éxito del Gran elector se centró en la proyección exterior del poder. Federico Guillermo, por el contrario, ha sido llamado el más grande «rey interior» de Prusia, en honor a su papel como padre fundador del estado administrativo prusiano. Naturalmente, la oposición entre ambos puede haber sido exagerada. No se dio una ruptura tan decisiva en las prácticas administrativas como para desafiar la revolución en la corte. Quizá sea más apropiado hablar de un proceso de consolidación

administrativa a lo largo del siglo que corre entre 1650 y 1750. El proceso, en un comienzo, era más pronunciado en las esferas de la obtención de ingresos y administración militar. Fue el Gran elector quien comenzó a simplificar y centralizar los anteriormente casuales mecanismos existentes para la recaudación de la renta pública del Electorado —por ejemplo, los provenientes de las tierras de la corona, aduanas, minas (que eran propiedad de la corona) y los monopolios. Se dio un primer paso en esta dirección con la creación de una administración del Electorado para la recaudación de las rentas reales de Brandemburgo en los años 1650. Sin embargo, solo a partir de 1683 la oficina de recaudación central, dirigida por el enérgico noble del este de Prusia, Dodo von Knyphausen, tuvo éxito en hacerse con el control de los ingresos del Electorado de la totalidad de los territorios Hohenzollern. La labor de consolidación de Knyphausen prosiguió tras la muerte del Gran Elector: en 1689 supervisó la creación de una oficina de rentas central de Brandemburgo-Prusia con una estructura institucional estable. El resultado de esta innovación hizo posible elaborar para el año 1689-1690 el primer balance completo de entradas y gastos en la historia de Brandemburgo-Prusia[28]. Un ulterior e importante paso centralizador se dio en 1696, con la creación de una administración central unificada para la gestión de las tierras reales[29].

Un proceso paralelo de concentración se observa asimismo en esas áreas responsables del mantenimiento del ejército y de las medidas de guerra. Se creó un Comisariado General de Guerra (*Generalkriegskommissariat*) en abril de 1655, con el fin de organizar el ejército y su base financiera y logística. Gracias a una serie de administradores capaces se convirtió en uno de los organismos clave de la administración del Electorado, que controlaba todos los ingresos (tasas contributivas, impuestos indirectos y subsidios extranjeros) destinados a gastos militares, suprimiendo gradualmente el poder recaudador de los estados, constriñendo a los funcionarios locales a entrar en la esfera de su autoridad. En los años 1680 el Comisariado comenzó a arrogarse una responsabilidad más general respecto a la salud de la economía manufacturera interior, lanzando un programa destinado a hacer que Brandemburgo fuese autosuficiente en textiles de lana y que mediase en los conflictos locales entre los gremios de comerciantes y los nuevos empresarios. No era algo exclusivamente prusiano esta fusión de la administración financiera, económica y militar; se habían emprendido emulando al poderoso *contrôleur-général* de Luis XIV, Jean-Baptiste Colbert.

Con la subida al trono de Federico Guillermo I en 1713, el proceso de reforma adquirió nuevo impulso. Pese a su disfuncionalidad como ser

humano, Federico Guillermo fue un inspirado ideador de instituciones con una visión arquitectónica de la administración. Las raíces de esta pasión pueden remontarse a su formación global como príncipe que le proporcionó su padre. Cuando tenía solo nueve años, a Federico Guillermo se le encargó la gestión de su propia hacienda en Wusterhausen, al sureste de Berlín, tarea que llevó a cabo con prodigiosa energía y escrupulosidad. De este modo, adquirió una familiaridad de primera mano con las responsabilidades diarias de gestión de un estado —que seguía siendo la unidad operacional básica de la economía de Brandemburgo-Prusia—. Tenía solo trece años cuando comenzó a asistir a reuniones del Consejo Privado, en 1701; a esto siguió pronto su incorporación a otros departamentos de la administración.

Por ello, Federico Guillermo ya estaba familiarizado con las labores internas de la administración cuando se produjo el estallido de una peste y de una hambruna en Prusia Oriental que hundió a la monarquía en una crisis entre 1709 y 1710. La epidemia, que probablemente fue introducida en la región por los movimientos de las tropas sajonas, suecas y rusas durante la guerra del Norte de 1700-1721, mató a unas 250 000 personas, más de un tercio de la población de Prusia Oriental. En una crónica de la pequeña ciudad de Johannisburg, en el sur del reino, no lejos de la frontera polaca, un contemporáneo recordaba que la peste había perdonado a la ciudad en 1709, pero que había vuelto con la mayor ferocidad en 1710 llevando «a la tumba a los maestros y a la mayoría de los consejeros de la ciudad. Se quedó tan vacía de gente que la plaza del mercado fue invadida por la hierba, y solo 14 ciudadanos siguieron con vida[30]». Al impacto de la peste se añadió una hambruna que debilitó la resistencia y diezmó a comunidades de supervivientes. Miles de granjas y centenares de aldeas fueron abandonadas en algunas de las zonas más afectadas, la vida social y económica se detuvo completamente. Dado que las zonas de mayor mortandad se hallaban en el este de la Prusia Oriental, donde la corona era el mayor terrateniente, se produjo un instantáneo colapso en los ingresos de la corona. La administración central y la provincial se mostraron incapaces de hacer frente eficazmente al desastre a medida que se desarrolló; y cierto número de ministros principales reaccionaron tratando de ocultar al monarca la gravedad de la crisis.

El desastre de la Prusia Oriental puso en evidencia la ineficacia y la corrupción de los ministros y altos funcionarios, muchos de los cuales eran favoritos personales del rey. Un partido —que incluía a al príncipe heredero Federico Guillermo— formado en la corte para derribar al eminente ministro

Kolbe von Wartenberg y a sus compinches. Tras una investigación oficial que reveló malversación y desfalcos a una escala épica, Wartenberg fue obligado a jubilarse; su íntimo asociado, Wittgenstein, fue encarcelado en la fortaleza de Spandau, se le impuso una multa de 70 000 táleros y posteriormente fue desterrado. El episodio tuvo un carácter formativo para Federico Guillermo. Era la primera vez que se veía involucrado activamente en política. Y representó, asimismo, un giro en el reinado de su padre, que ahora empezó a permitir que el poder fuese pasando gradualmente a las manos de su hijo. Y lo que es más importante, el desastre de Prusia Oriental dejó en el príncipe heredero un ardiente celo por las reformas institucionales y un odio visceral por la corrupción, el despilfarro y la incompetencia[31].

A los pocos años de subir al trono, Federico Guillermo había transformado el paisaje administrativo de Brandemburgo-Prusia. La concentración organizativa que se había iniciado bajo el Gran elector se reanudaba y se intensificaba ahora. La gestión de los ingresos no derivados de los impuestos a lo largo del territorio de Brandemburgo-Prusia se centralizó; el 27 de marzo de 1713 el Directorio de Principal de Tierras (*Ober-Domänen-Direktorium*), que gestionaba las tierras de la corona, y la Oficina Central de Hacienda (*Hofkammer*) se fusionaron y formaron un nuevo Directorio General de Finanzas (*Generalfinanzdirektorium*). El control de las finanzas del territorio descansaba ahora en las manos de solo dos instituciones, el Directorio General de Finanzas, que se ocupaba sobre todo de los ingresos de los contratos de arrendamiento provenientes de las tierras reales, y el Comisariado General (*Generalkommissariat*), cuya tarea consistía en recaudar los impuestos indirectos percibidos en las ciudades y los impuestos de las contribuciones pagadas por la población del campo. Pero este estado de cosas provocó a su vez nuevas tensiones, pues ambas autoridades, cuyas responsabilidades se solapaban en varios puntos, se convirtieron pronto en grandes rivales. El Directorio General de Finanzas y sus oficinas provinciales subordinadas se lamentaban regularmente de que las exacciones del Comisariado impedían que los arrendatarios pudiesen seguir con sus rentas. Cuando el Directorio General de Finanzas, por su lado, intentó incrementar sus ingresos de rentas animando a sus arrendatarios a que creasen pequeños negocios rurales, tales como cerveceras y manufacturas, el Comisariado protestó aduciendo que tales empresas situaban a los pagadores de impuestos de las ciudades en desventaja competitiva, ya que estaban fuera de la ciudad y por lo tanto incapaces de imponer tasas. En 1723, tras muchas deliberaciones, Federico Guillermo decidió que la solución consistía en fusionar a ambos

rivales en un omnicompetente superministerio que llevaba el farragoso título de «Directorio General Principal de Finanzas, Guerra y Tierras», pero al que se conoció simplemente por Directorio General (*Generaldirektorium*). Al cabo de dos semanas la fusión se había extendido hasta abarcar a todas las oficinas provinciales y locales de ambos organismos[32].

En el momento culminante del Directorio General, Federico Guillermo estableció lo que se conocerá por estructura de toma de decisiones «colegial». Guando un asunto debía resolverse, se requería a todos los ministros para que se reuniesen alrededor de la mesa del departamento correspondiente. A un lado se sentaban los ministros, y frente a ellos, del otro lado, estaban los consejeros privados del departamento correspondiente. En uno de los extremos de la mesa había un sillón que se dejaba libre para el rey —una práctica proforma, pues el rey pocas veces estaba presente en las reuniones—. El sistema colegial tenia varias ventajas: abría el proceso de toma de decisiones, lo que evitaba (en teoría) el que un ministro, individualmente, se crease un imperio, lo que había sido una característica notable del anterior reinado; garantizaba que los intereses y parcialidades provinciales y personales se equilibraran entre sí; maximizaba la información relevante disponible para los que tomaban decisiones; y lo que es más importante, impulsaba a los funcionarios a dotarse de una visión global. Federico Guillermo trataba de reforzar esta tendencia urgiendo a los exempleados del Directorio General de Finanzas a no ser tímidos a la hora de aprender de sus colegas del Comisariado General, y viceversa. Llegó incluso a amenazar con utilizar exámenes internos para comprobar si se transfería eficazmente el conocimiento entre los funcionarios de las que anteriormente habían sido administraciones rivales. El último objetivo era forjar un cuerpo orgánico y panterritorial de expertos a partir de los conocimientos de especialistas separados[33].

Además, el Directorio General era, en muchos aspectos, bastante diferente de una burocracia ministerial moderna: los asuntos no se organizaban principalmente según sus esferas de actividad, pero, como sucedía en la mayoría de los órganos ejecutivos de gobierno en Europa en estos años, por medio de un sistema mixto en el que las carteras provinciales se complementaban con responsabilidades respecto a áreas de políticas específicas. El Departamento II del Directorio General, por ejemplo, se ocupaba del Kurmark, Magdeburgo y del aprovisionamiento y acuartelamiento de tropas; el Departamento III combinaba responsabilidades por Cleves, Mark y algunos otros enclaves con la gestión del monopolio de la

sal y de los servicios postales. Además, las líneas de demarcación que separaban las distintas esferas de competencia en la nueva organización no quedaron claras, de manera que los conflictos internos graves sobre jurisdicciones continuaron hasta entrados los años 1730 y las rivalidades institucionales que habían sido llevadas ante el Directorio General en un primer momento acabaron, así, interiorizadas en vez de resueltas, y se vieron atravesadas por nuevas tensiones estructurales entre los gobiernos locales, provinciales y central[34].

Por otro lado, las condiciones de empleo y el carácter distintivo del Directorio General son una nota familiar desde la perspectiva actual. Se esperaba que los ministros se reuniesen a las siete de la mañana en verano y a las ocho en invierno. Se esperaba que permaneciesen sentados a sus mesas hasta dar cuenta del trabajo diario. Se les exigía que fueran a la oficina el sábado, con el fin de controlar los informes de la semana. Si pasaban más de un cierto número de horas trabajando un día concreto, se les proporcionaba una comida caliente con gasto a la administración, pero eran servidos en dos tandas, de modo que la mitad de los ministros podía seguir trabajando mientras que sus colegas comían. Estos fueron los comienzos de ese mundo de supervisión, regulación y rutina que es común a todas las burocracias modernas. Por comparación con los cargos ministeriales en la época del Gran elector y de Federico I, el servicio en el Directorio General ofrecía escasas posibilidades para el autoenriquecimiento ilícito: un sistema de supervisión y de información ocultas que atraviesa todas las líneas de la organización garantizaba —en teoría al menos— que las irregularidades se notificaran inmediatamente al rey. Para los delitos graves los castigos iban del despido, multas e indemnizaciones a ejecuciones ejemplares en el lugar de trabajo. Un caso sonado fue el del consejero de Guerra y Tierras, de Prusia Oriental, Von Schlubhut, que fue ahorcado por malversación en la sala principal de reuniones de la Cámara de Königsberg.

Tras el desastre de 1709-1710, Federico Guillermo se preocupó especialmente de la situación de Prusia Oriental. La administración de su padre ya había conseguido ocupar algunas de las granjas vacías con colonos e inmigrantes provenientes de otras provincias de los Hohenzollern. En 1715 Federico Guillermo nombró a un noble de una de las principales familias de la provincia, Karl Heinrich Truchsess von Waldburg, para supervisar reformas de la administración provincial. Waldburg se centró especialmente en las iniquidades del actual sistema impositivo, que tendía a funcionar en perjuicio de los campesinos minifundistas. De acuerdo con el sistema tradicional de la

provincia, cada terrateniente pagaba una tasa uniforme por cada *Hufe* de tierra poseído (el *Hufe* era una unidad de tierra básica de la época; el equivalente inglés era el «*hide*»). Pero como las oficinas de recaudación de impuestos de la administración se hallaban todavía, en gran medida, en manos de la nobleza corporativa, las autoridades tendían a hacer la vista gorda cuando los terratenientes nobles estimaban por lo bajo las tasas de sus posesiones. En cambio, las declaraciones de los propietarios se sometían al escrutinio más minucioso, por lo que no se perdía ni un solo *Hufe*. Ulteriores iniquidades surgían del hecho de que no se elaboraba ningún informe sobre la calidad y rendimiento del terreno en cuestión, de modo que los pequeños propietarios, que solían ocupar en general las tierras menos fértiles, se veían sometidos a cargas proporcionalmente mayores que las de los terratenientes mayores. El problema, como lo veía Federico Guillermo, no era el hecho de la desigualdad en sí, que se aceptaba como inherente al orden social, sino de reducción de ingresos que se derivaba del funcionamiento de este particular sistema. Por debajo de esta preocupación subyacía la presunción, que el rey compartía con algunos de los más conocidos teóricos de la economía alemanes y austríacos de la época, de que los excesivos impuestos reducían la productividad y que la «conservación» de sus súbditos era una de las principales tareas del soberano[35]. El interés del rey por las posesiones de los campesinos en particular representaba un cambio respecto a la anterior generación de las teorías y prácticas mercantilistas (incorporadas en la carrera del ministro de Finanzas de Luis XIV, Jean-Baptiste Colbert), que habían tendido a centrarse en impulsar el comercio y la manufactura a expensas de los productores agrarios.

El programa de reformas de la Prusia Oriental comenzó con la compilación de un informe sobre la propiedad de la tierra. El proceso reveló que 35 000 *Hufen* de tierras a tasar, que no habían sido declaradas con anterioridad, sumaban una superficie de casi 6000 kilómetros cuadrados. Con el fin de corregir las variaciones de rendimiento, la administración de las posesiones provinciales redactó pues una clasificación global de todas las propiedades según la calidad del suelo. Una vez llevadas a la práctica tales medidas, una nueva tasa general de *Hufe*, graduada para la calidad del suelo, fue impuesta a toda la provincia. En conjunción con nuevos sistemas de arrendamiento, más transparentes y estandarizados, para las granjas de las tierras de la corona, las reformas de Waldburg en la Prusia Oriental produjeron un abrupto aumento de la productividad agraria y de los ingresos de la corona[36].

Mientras se estaban llevando a cabo todavía las medidas para establecer la tasa general del *Hufe*, Federico Guillermo lanzó el largo y difícil proceso conocido como «alodificación de los feudos» (*Allodifikation der Lehen*). La expresión se refería a la remoción de varios restos de papeleo que subsistían desde los tiempos feudales, cuando los nobles habían «poseído» sus tierras como «vasallos» del monarca, y la venta y traspaso de propiedades se veían perturbados por la necesidad de tener conocimiento de reclamaciones residuales atribuidas a los herederos y descendientes de los anteriores propietarios. La venta de tierras de la nobleza era, de ahora en adelante, definitiva, un estado de la situación económica que proporcionaba nuevos incentivos para la inversión y el desarrollo de la agricultura. A cambio de reclasificar sus tierras como «alodios» (es decir, de propiedad independiente y desligada de cualquier obligación feudal) los nobles debían aceptar una tasa permanente. La medida era legalmente compleja, pues la herencia del derecho y de las costumbres feudales era diferente según las provincias. Y era también muy impopular, debido a que el apego de la nobleza a su situación de exención de impuestos era mucho mayor que su resentimiento respecto a sus ahora ampliamente superadas y teóricas obligaciones feudales. Estos consideraban la «alodificación» —no injustificadamente— un astuto pretexto para minar sus antiguos privilegios fiscales. En muchas provincias, se necesitaron años de negociaciones antes de que las nuevas tasas pudieran ser adoptadas, en Cleves y en Mark no se alcanzó ningún acuerdo y la tasa hubo de ser de ser aplicada por medio de «ejecución forzosa». La oposición era igualmente fuerte en el Ducado de Magdeburgo, de reciente adquisición y todavía de mentalidad independiente; en 1718 y 1725, delegaciones de nobles de está provincia tuvieron éxito en conseguir opiniones de la corte imperial de Viena que apoyasen su caso[37].

Tales iniciativas fiscales fueron acompañadas por otras numerosas medidas recaudadoras. Las marismas de Havelland, en las que el ejército sueco se había empantanado en 1675, fueron drenadas tan rotundamente que se recuperaron 15 000 hectáreas de excelentes tierras arables y de pastos en diez años. Comenzaron los trabajos de drenaje de la región del delta alrededor de los ríos Oder, Warthe y Netze, épico proyecto que se completará solo en el reinado siguiente, cuando la Comisión del Río Oder, creada por el sucesor de Federico Guillermo, supervisó la roturación de unos 500 kilómetros cuadrados de marismas de las tierras inundadas del Oder. Reflejando la preocupación contemporánea de moda respecto al tamaño de la población como principal índice de prosperidad, Federico Guillermo lanzó programas de

reasentamiento con el fin de aumentar la productividad y estimular la manufactura en regiones concretas. Por ejemplo, inmigrantes protestantes de Salzburgo fueron reasentados en granjas situadas en el extremo este de Prusia Oriental, y fabricantes de textiles hugonotes se establecieron en la ciudad de Halle, con la esperanza de competir con el predominio de las importaciones sajonas que iban al ducado de los Hohenzollern de Magdeburgo[38]. Una serie de regulaciones aprobadas en los años 1720 y 1730 permitieron desmantelar muchos de los poderes y privilegios gremiales locales con el fin de crear un mercado de trabajo unificado en el sector manufacturero[39].

Un sector en el que se dio una actividad gubernamental particularmente sostenida fue la economía del grano. El grano era el más básico de todos los productos —tenía la parte del león de las transacciones económicas y la mayor proporción en lo que la mayoría de la población compraba y consumía en su vida diaria—. La política granera del rey se fundamentaba en dos objetivos. Lo primero era proteger a los productores y comerciantes de Brandemburgo-Prusia de las importaciones exteriores ya que la mayor preocupación aquí era la producción de grano de las tierras polaca, que era de excelente calidad y más barato[40]. Los medios empleados para conseguirlo fueron las altas tarifas y la prevención del contrabando. No es fácil decir qué éxito tuvieron las autoridades en detener el flujo de grano ilegal. Los documentos informan sobre numerosas acciones legales, algunas contra pequeños comerciantes, como grupos de campesinos polacos que intentaban hacerse pasar por súbditos del Mark y que llevaban algunos *bushels* de grano de contrabando; hasta intentos mucho más sofisticados, como el equipo de contrabandistas de Mecklemburgo, que, en 1740, trataron de meter furtivamente en Uckermark trece carros de grano[41].

Para prevenir cosechas pobres al aumentar los precios del grano hasta el punto de minar la viabilidad de las manufacturas y economías comerciales urbanas, Federico Guillermo amplió asimismo la red de almacenes de grano que el Gran elector había utilizado para aprovisionar al ejército permanente. Estos almacenes se conservaron también en el reinado de Federico I, pero fueron gestionados deficientemente y eran, además, demasiado pequeños para cubrir las necesidades de la economía civil, como puso de manifiesto el desastre de 1709-1710. Habiendo comenzado en los años 1720, Federico Guillermo decidió establecer un sistema de almacenes con doble finalidad (21 en total) que deberían servir para cubrir las necesidades de su ejército, pero también para desempeñar un importante papel en la creación de un mercado de grano nacional. A los comisariados y cámaras provinciales se les instó a

mantener constante, en lo posible, el precio del grano, por medio de la compra de *stocks* cuando los precios eran bajos y vendiéndolos en tiempos de escasez. El nuevo sistema puso a prueba su bondad en 1734-1737 y de nuevo en 1739, cuando el impacto social y económico de una sucesión de cosechas escasas se vio amortiguada por la venta de grano del gobierno a bajo precio. Una de las últimas órdenes dadas por el rey fue una instrucción al Directorio General, fechada el 31 de marzo de 1740, el día de su muerte, estipulando que los almacenes de grano de Berlín, Wesel, Stettin y Minden debían ser llenados de nuevo antes de la llegada del próximo invierno[42].

Sin embargo hubo límites a los éxitos económicos y puntos ciegos en su visión. Compartió la extendida preferencia mercantilista de la época por la regulación y el control. Lo que está en claro contraste con las políticas más orientadas hacia el comercio del Gran Elector, que había adquirido la colonia de Gross Friedrichsburg, en la actual costa de África occidental, con la esperanza de que esto abriría las puertas a una expansión del comercio colonial. Federico I había continuado con la achacosa colonia por razones sentimentales, pero Federico Guillermo se la vendió a los holandeses en 1721, diciendo que «siempre había considerado este sinsentido comercial como una quimera[43]». En el frente interno se produjo el mismo desinterés por la importancia del intercambio y de las infraestructuras. Federico Guillermo nunca abordó seriamente el problema de la integración del mercado con los territorios. Se aceleraron durante su reinado los trabajos para la construcción de un canal entre el Oder y el Elba, se adoptó un sistema de medidas para el grano más uniforme, y se dio cierta reducción de las aduanas internas —pese a las protestas locales—. Sin embargo, siguieron existiendo numerosos obstáculos que entorpecieron el movimiento de bienes a lo largo de las tierras de los Hohenzollern. Incluso dentro del propio Brandemburgo se siguieron exigiendo los impuestos de aduanas en las fronteras provinciales interiores. No se hicieron grandes esfuerzos para integrar a los territorios marginales del este y del oeste, que fueron tratados, en términos económicos, como si fueran principados extranjeros. Brandemburgo-Prusia estaba todavía demasiado lejos de constituir un mercado interior integrado cuando el rey moría en 1740[44].

Bajo Federico Guillermo, el enfrentamiento entre una monarquía cada vez más segura y los poseedores del poder tradicional entró en una fase administrativa. Al contrario que sus predecesores, Federico Guillermo se negó, en el momento de su ascenso al trono, a firmar las «concesiones» tradicionales a la nobleza provincial. No se produjeron luchas teatrales en las dietas (que, en todo caso, se hicieron mucho menos frecuentes en la mayoría

de los lugares durante su reinado). En cambio, los privilegios tradicionales de la nobleza fueron recortados por sucesivas medidas de incremento progresivo. Las exenciones de impuestos ya consagradas de la nobleza latifundista fueron reducidas, como hemos visto; órganos que anteriormente habían respondido a intereses locales acabaron subordinadas gradualmente a la autoridad de la administración central; la libertad de los nobles para viajar por placer o por estudios se vio disminuida de tal modo que las élites provinciales de Brandemburgo-Prusia fueron apartadas paulatinamente de las redes cosmopolitas del Sacro Imperio Romano.

Esto no fue solo un derivado del proceso de centralización; el rey se mostró bastante explícito respecto a la necesidad de disminuir la posición de la nobleza y se vio a sí mismo, claramente, como impulsor del proyecto histórico empezado por su abuelo, el Gran Elector. «En la medida en que concierne a la nobleza», observó en una ocasión refiriéndose a la Prusia Oriental, «esta en un principio tenía grandes privilegios, con los cuales el elector Federico Guillermo acabó por medio de su soberanía, y yo, ahora, los he sometido y subordinado totalmente [*Gehorsahm*] por medio del Impuesto General del *Hufe* de 1715[45]». La administración central que creó para alcanzar su objetivo se surtía deliberadamente con plebeyos (que generalmente eran ennoblecidos por los servicios prestados), por lo que nunca existiría una solidaridad corporativa con los intereses de los nobles[46]. Aun así, por extraño que parezca, Federico Guillermo siempre tuvo éxito en conseguir nobles de talento —como Truchsess von Waldburg—, deseosos de ayudarlo a aplicar sus políticas, incluso a costa de sus camaradas de la nobleza. No siempre están claras las motivaciones de tales colaboraciones; alguna fue simplemente por ponerse del lado de la visión administrativa del monarca, otras pueden haber sido motivadas por desafección respecto al medio corporativo provincial, o se unieron a la administración porque necesitaban el salario. La nobleza provincial estaba lejos de ser monolítica; las rivalidades de facciones y familias eran algo corriente y los conflictos de intereses locales a veces dejaban a un lado preocupaciones más generales. Al reconocer esto, Federico Guillermo evitaba juicios categóricos. «Usted debe ser complaciente y cortés con toda la nobleza de todas las provincias», aconsejaba a su sucesor en la Instrucciones de 1722, «y dar preferencia a los buenos sobre los malos y premiar a los leales[47]».

El ejército

> Su Excelencia sabrá ya […] sobre la Resolución que el nuevo rey ha tomado de aumentar su ejército hasta los 50 000 hombres […]. Cuando el estado de guerra [es decir, el presupuesto militar] le fue presentado, él escribió al margen estas palabras: aumentaré mis fuerzas hasta llegar a los 50 000 soldados que no deben alarmar a nadie sea quien sea, pues mi único placer es mi ejército[48].

Cuando Federico Guillermo subió al trono, el ejército prusiano se componía de 40 000 hombres. En 1740, cuando murió, había aumentado hasta los 80 000, por lo que Brandemburgo-Prusia se jactaba de una institución militar que pareció desproporcionada a sus contemporáneos respecto a su población y a sus posibilidades económicas. El rey justificó los inmensos gastos argumentando que solo una fuerza bien adiestrada y financiada de forma independiente le proporcionaría la autonomía en los asuntos internacionales que le había sido negada a su padre y a su abuelo.

9. Retrato del granadero James Kirkland, soldado de la Guardia Real del rey Federico Guillermo I, *pintado por Johann Christoph Merk, c. 1714.*

Con todo, se tiene también la sensación de que el ejército era un fin en sí mismo, intuición reforzada por el hecho de que Federico Guillermo fue reacio, durante todo su reinado, a desplegar su ejército para apoyar a cualquier objetivo político internacional. Federico Guillermo se sentía poderosamente atraído por el ordenancismo de lo militar; él mismo llevaba habitualmente uniforme de teniente o capitán prusiano desde mediados de los años 1720 en adelante, y no concebía nada más placentero para la vista que mirar a hombres uniformados con sus simetrías cambiantes a través del patio de instrucción (llegó a allanar cierto número de jardines reales con el objetivo de adaptarlos a esta finalidad), y trató, cuando fue posible, de trabajar en habitaciones desde las cuales podía presenciar los ejercicios de la instrucción.

Una de las pocas satisfacciones de dispendiosa ostentación que se permitió fue la creación, en Potsdam, de un regimiento de soldados excepcionalmente altos (llamados afectuosamente *lange Kerls* o «chicos altos»). Sumas inmensas se derrocharon para reclutar por toda Europa a estos hombres anormalmente altos, algunos de los cuales estaban parcialmente incapacitados por su condición y eran físicamente inadecuados para un verdadero servicio militar. Sus retratos fueron memorializados en cuadros al óleo de cuerpo entero encargados por el rey; ejecutados en un estilo realista primitivo, mostraban a hombres gigantescos con manos como platos, sobre zapatos de cuero negro grandes como rejas de arado. El ejército era, naturalmente, un instrumento de política, pero era asimismo la expresión humana e institucional de la visión del mundo de este monarca. Al ser un sistema ordenado, jerárquico y masculino, en el que los intereses e identidades individuales quedaban subordinados a lo colectivo, la autoridad del rey era absoluta, y las diferencias de rango eran funcionales más que corporativas o decorativas, se aproximaba a la realización de su visión de una sociedad ideal.

El interés de Federico Guillermo en la reforma militar fue anterior a su subida al trono. Vemos todo esto en un conjunto de principios que el príncipe heredero, de diecinueve años, propuso al Consejo de la Guerra en 1707. El calibre de todas las armas de fuego de la infantería debería ser el mismo, advertía, para que se pudieran usar cartuchos estándar para todos los tipos de armas; todas las unidades emplearían el mismo diseño de bayoneta; en cada regimiento, todos los hombres llevarían idénticos puñales, de un modelo que debía determinar el oficial al mando; incluso las cartucheras tendrían un mismo diseño, con idénticas correas[49]. Una de las primeras e importantes innovaciones en calidad de comandante militar fue la introducción en su propio regimiento de nuevas y rigurosas instrucciones para los desfiles para aumentar la maniobrabilidad de masas de soldados poco manejables por terrenos difíciles y garantizar que la potencia de fuego fuese consistente y de la mayor eficacia. Desde 1709, cuando Federico Guillermo observó a sus tropas en acción en la batalla de Malplaquet, durante la Guerra de Sucesión española, la nueva modalidad de instrucción se extendió gradualmente a las fuerzas de Brandemburgo-Prusia en conjunto[50].

La principal preocupación del rey en los primeros años de su reinado fue, simplemente, aumentar el número de soldados en servicio lo más rápidamente posible. En un primer momento, esto se llevó a cabo ampliamente a través del alistamiento forzado. La responsabilidad de reclutar tropas fue transferida de las autoridades civiles a los comandantes regimentales locales. Al operar

prácticamente sin restricciones, el oficial de reclutamiento se convirtió en un personaje temido y odiado, en especial entre la población rural y de las pequeñas ciudades, por donde rondaba en busca de campesinos de elevada estatura y de jornaleros fornidos. El reclutamiento forzado llegaba con frecuencia al derramamiento de sangre. En ciertos casos, los futuros reclutas incluso morían a manos de sus captores. Y las protestas llovían desde las localidades[51]. En efecto, tan dramática era la primera fase del reclutamiento forzado que provocaba oleadas de pánico. «[Su Majestad] utiliza tales medios tan precipitados en el reclutamiento de [sus tropas] como si se estuviera en un muy grande peligro», escribió William Breton, enviado británico, el 18 de marzo de 1713, apenas tres semanas después de la subida al trono del nuevo rey, «que los campesinos son forzados al servicio y los hijos de los comerciantes son sacados de sus tiendas con mucha frecuencia. Si este método sigue adelante, pronto ya no tendremos mercados aquí, y mucha gente se salvará saliendo de sus dominios…»[52].

Ante los desastres provocados por el reclutamiento forzado, el rey cambió de táctica y puso fin a esta práctica en sus territorios[53]. En su lugar estableció el complejo mecanismo de reclutamiento que será conocido por «sistema de cantones». Una orden de mayo de 1714 declaraba que la obligación del servicio militar en el ejército del rey abarcaba a todos los hombres en edad militar y que todo aquel que huyera del país para evitar su deber sería castigado como desertor. Ulteriores órdenes asignaban un distrito específico (cantón) para cada regimiento, en el que todos los jóvenes solteros en edad militar debían alistarse (*enrolliert*) de acuerdo con las Estas regimentales. El alistamiento voluntario a cada regimiento sería complementado con reclutas locales llamados a filas. Finalmente, se estableció un sistema de permisos que permitía a los reclutados volver a sus comunidades tras completar la instrucción básica. Así, continuaban hasta la edad de retiro como reservistas, obligados a completar un breve adiestramiento de recuerdo durante dos o tres meses al año, pero luego eran libres de volver a sus profesiones de tiempo de paz (excepto en tiempo de guerra). Con el fin de suavizar ulteriormente el impacto del reclutamiento sobre la economía, se eximía del reclutamiento a varias clases de individuos, incluyendo a los campesinos que poseían y llevaban sus propias granjas, artesanos y trabajadores de varios oficios e industrias a los que se consideraba valiosos para el Estado, empleados gubernamentales y varios otros[54].

El resultado acumulativo de tales innovaciones fue un sistema militar completamente nuevo que proporcionaría a la corona de Brandemburgo-

Prusia una grande y bien adiestrada fuerza territorial sin afectar gravemente a la economía civil. Esto significó que, en una época en que la mayoría de los ejércitos europeos se basaban todavía en gran medida en el reclutamiento de extranjeros y mercenarios, Brandemburgo-Prusia podía enrolar a los dos tercios de sus tropas entre sus súbditos territoriales. Este era el sistema que permitió al Estado disponer del cuarto ejército más grande de Europa, aun cuando en términos de territorio y población ocupaba el puesto décimo y decimotercero respectivamente. No es exagerado decir que los logros políticos y de poder de Federico el Grande habrían sido inconcebibles sin el instrumento militar modelado por su padre.

Si el sistema de cantones proporcionó al Estado un poder muy aumentado de capacidad ofensiva exterior, tuvo también consecuencias sociales y culturales a largo plazo. Ninguna otra organización hizo más por colocar a la nobleza en una posición subordinada que el reorganizado ejército de Brandemburgo-Prusia. En los primeros tiempos del reinado Federico Guillermo había prohibido que los miembros de la nobleza provincial entraran al servicio del extranjero, e incluso que abandonaran sus tierras sin permiso previo, y disponía de una lista de todos los hijos de familias nobles de edades comprendidas entre doce y dieciocho años. De esta lista se seleccionaba una cohorte de muchachos destinados a adiestramiento en la escuela de cadetes de reciente creación de Berlín (en el local de la academia donde tiempo atrás Gundling había trabajado como profesor). El rey insistió en su política de reclutamiento elitista pese a las fuertes protestas e intentos de evasión por parte de algunas familias nobles. No era algo desconocido el que jóvenes nobles de familias recalcitrantes fuesen detenidos y llevados a Berlín bajo guardia. En 1738, Federico Guillermo inauguraba una inspección anual de todos los jóvenes nobles que todavía no estaban a su servicio; al año siguiente instruyó a los comisionados de distrito para que inspeccionasen a los hijos nobles de su distrito, identificasen los que tenían «buena presencia, sanos, y brazos y piernas derechos», y enviasen un contingente anual apropiado para ser alistados en el cuerpo de cadetes de Berlín[55]. A mediados de los años 1720 no había prácticamente familias nobles en tierras de los Hohenzollern que no tuviesen al menos a un hijo en el cuerpo de oficiales[56].

No deberíamos considerar este proceso simplemente como algo que hubiese sido forzado unilateralmente a costa de la nobleza: la política tuvo éxito porque ofrecía algo de valor, la perspectiva de un salario que garantizaba un nivel de vida más elevado de lo que muchas casas nobles habrían podido permitirse, una íntima asociación entre la majestad y la

autoridad del trono, y el estatus correspondiente a una honorable vocación con connotaciones históricas aristocráticas. Con todo, no se puede negar que la instauración del sistema de cantones representó una cesura en las relaciones entre la corona y la nobleza. El potencial humano encerrado en las posesiones de la nobleza terrateniente se colocaba ahora, y de manera aún más segura, al alcance del Estado, y la nobleza comenzó su gradual transformación en una casta de servicio. Samuel Benedikt Carsted, pastor de Atzendorf en el ducado de Magdeburgo y un tiempo capellán del ejército de Brandemburgo-Prusia, tenía, pues, razón cuando observó que el sistema de cantones constituía «la prueba final de que el rey Federico Guillermo había adquirido la más completa soberanía[57]».

Un punto de vista influyente afirma que el régimen cantonal creó un sistema sociomilitar en el que las estructuras jerárquicas del ejército de reclutas y la de los estados de los nobles terratenientes se fusionaron sin costuras para convertirse en un todopoderoso instrumento de dominación. Según este punto de vista, el regimiento se convirtió en una especie de versión armada del Estado, en el que el señor noble servía como oficial con mando y sus súbditos campesinos como tropas. El resultado fue una militarización de largo alcance de la sociedad de Brandemburgo-Prusia, cuando las estructuras rurales tradicionales de dominio y disciplina social fueron impregnadas de valores militares[58].

Pero la realidad era más compleja. Los ejemplos de terratenientes nobles que fueran al mismo tiempo comandantes son muy raros; fueron la excepción más que la regla. El servicio militar no era popular entre las familias campesinas que acusaban la pérdida de brazos que se daba cuando los jóvenes eran requeridos para la instrucción básica[59]. Los registros locales de Prignitz (al noreste de Berlín) sugieren que evitar el servicio militar huyendo a través de la frontera de Brandemburgo al vecino Mecklenburg era algo corriente. Para rehuir el servicio militar, los hombres estaban dispuestos a recurrir a medidas desesperadas —aun manifestando su deseo de casarse con mujeres de sus aldeas con las que habían tenido hijos ilegítimos— y que a veces eran ayudados, en estas fatigas, por los nobles terratenientes. Además, lejos de mostrarse sumisos y obedientes a la comunidad de la hacienda, los soldados de servicio activos e inactivos eran con frecuencia un elemento perjudicial, dispuestos a explotar su exención militar de la jurisdicción local en contra de las autoridades de la aldea[60].

Las relaciones entre las comunidades locales y los militares estaban llenas de tensión. Hubo numerosas quejas sobre el comportamiento tiránico de los

oficiales de los regimientos: muchas veces se ignoraban las exenciones por parte de los oficiales que venían a «coleccionar» reclutas, a los reservistas se los reclamaba durante la época de la recolección pese a las regulaciones contrarias, y se extorsionaba dinero en sobornos de los campesinos que buscaban permisos matrimoniales por parte de su comandante local (en ciertas zonas este último problema estaba tan acentuado que se había producido un notable aumento de nacimientos ilegítimos)[61]. Hubo también quejas de los señores de las haciendas nobles, que, naturalmente, se resentían por cualquier intromisión injustificada en los asuntos de los campesinos que constituían su fuerza de trabajo.

A pesar de estos problemas, se dio una especie de simbiosis entre los regimientos y las comunidades. Si bien solo una fracción de la población masculina apta (aproximadamente un séptimo) era llamada realmente a filas, casi todos los hombres de las comunidades rurales estaban incluidos en las listas; en este sentido, el sistema cantonal se basaba en el principio (pero no en la práctica) del reclutamiento universal. Las exenciones entraban en juego solo cuando se había producido el alistamiento. Todos los reservistas debían llevar el uniforme completo en la iglesia y eran, pues, un recordatorio continuo de la proximidad de lo militar; y todos los hombres alistados sabían que tenían que reunirse voluntariamente en las plazas de las ciudades y aldeas con el fin de practicar la instrucción. El orgullo que muchos hombres sentían por su estatus militar pudo haberse agudizado por el hecho de que el sistema de exenciones tendía a concentrar el alistamiento entre los menos acomodados, por lo que había una tendencia, entre los hijos de los trabajadores rurales, a entrar en el ejército, mientras que para los de los campesinos prósperos no era así. De este modo, los soldados y los reservistas acabaron formando poco a poco un grupo social visible en el seno de la aldea, no solo por el uniforme y por cierto porte militar (afectado) que se hicieron fundamentales para su sentido de la importancia y valía personal, sino también porque el recluta tendía a ser elegido de entre los más altos de su grupo de edad. Los jóvenes por debajo de 1,69 m solían ser destinados a veces a los servicios de porteadores y para el bagaje, pero, para la mayoría, una estatura baja era un billete para evitar el servicio militar[62].

El sistema de cantones ¿aumentaba la moral y la cohesión en los regimientos en activo? Federico el Grande, que conocía al ejército prusiano como nadie, y que había observado el sistema en acción durante tres guerras exhaustivas, pensaba que sí. En su *Historia de mi tiempo,* que terminó en el verano de 1775, escribió que los cantonistas nativos prusianos que servían en

cada compañía del ejército «provenían de la misma región. En efecto, muchos se conocen o están relacionados entre sí […]. El cantón promueve la competencia y la valentía, y los parientes y amigos no están dispuestos a abandonarse unos a otros en el combate[63]».

Padres contra hijos

Si observamos la historia interna de la dinastía Hohenzollern después de la Guerra de los Treinta Años, llaman nuestra atención dos características contradictorias. La primera es la notable consistencia de la voluntad política de una generación a la otra. Entre 1640 y 1797, no hubo ningún reinado en el que no se hiciese realidad alguna ganancia territorial. Como muestran los testamentos políticos del Gran Elector, Federico I, Federico Guillermo I y Federico el Grande, estos monarcas se veían a sí mismos implicados en un proyecto histórico acumulativo, cada nuevo soberano aceptaba como suyo el objetivo incompleto de sus predecesores. De ahí la solidez de intención que puede observarse en los patrones de la expansión de Brandemburgo, y la larga memoria de su dinastía, su capacidad para rememorar y reactivar las antiguas reclamaciones en cuanto el momento parecía adecuado.

Con todo, esta continuidad aparentemente sin costuras entre generaciones es desmentida por una realidad de conflictos recurrentes entre padres e hijos. El problema surge en los años 1630 hacia finales del reinado del elector Jorge Guillermo, cuando el príncipe heredero, Federico Guillermo (el futuro Gran Elector), se negó a volver de la República Holandesa, por temor a que su padre estuviese planeando casarlo con una princesa austríaca. Incluso llegó a creer que el conde Schwarzenberg, el ministro más poderoso de Jorge Guillermo, estuviese conspirando contra su vida. El príncipe heredero acabó volviendo junto a su padre en Königsberg, en 1638, pero el daño hecho a su relación no podrá ser reparado nunca, y Jorge Guillermo no hizo el menor esfuerzo para hacer participar a su hijo en los asuntos del estado, tratándole, en cambio, como a un completo extraño. En su Testamento Político para su sucesor el Gran elector escribió más tarde que su gobierno «podría no haber sido tan difícil al principio», si no hubiese sido excluido de este camino por su padre[64].

Los conocimientos debidos a la experiencia no fueron suficientes para evitar tensiones de este tipo surgidas al final del reinado del Gran Elector. El Gran elector nunca estuvo demasiado impresionado por el príncipe heredero

Federico —su favorito era el hermano mayor Carlos Manuel, que murió de disentería durante la campaña francesa de 1674-1675. Mientras Carlos Manuel era una figura de talento y carismática, con aptitudes naturales para la vida militar, Federico era nervioso, sensible y estaba principalmente impedido por una lesión en la niñez. «Mi hijo no vale para nada», le dijo el elector a un enviado extranjero en 1681, cuando Federico era un hombre casado de veinticuatro años de edad[65].

La relación se complicó aún más por la frialdad y mutua desconfianza entre Federico y la segunda mujer del elector, Dorothea de Holstein. Federico había sido el hijo favorito de su madre, pero tras la muerte de esta, su madrastra había dado al elector otros siete hijos, y, naturalmente, tendió a favorecer a estos en vez de a los hijos del primer matrimonio. Debido a las presiones de Dorothea, el Gran elector aceptó, en beneficio de sus hijos más pequeños, la partición testamentaria de sus tierras, decisión que le fue ocultada a Federico y que este pudo anular exitosamente tras su subida al trono.

El último decenio de la vida del Gran elector se vio, así, amargado por una situación familiar de creciente tensión. El punto más bajo se alcanzó en 1687 cuando el hermano menor de Federico murió inesperadamente tras un ataque de escarlatina. Entonces las sospechas aumentaron hasta llegar a una plena paranoia: Federico creía que su hermano había sido envenenado como parte de un complot para facilitar el acceso al trono al hijo mayor del segundo matrimonio, y que él podría ser la siguiente víctima. Sufría frecuentes dolores de estómago en esta época, quizá debido a los dudosos polvos y pociones que tomaba para contrarrestar los efectos del veneno. Mientras la corte hervía de rumores y contrarrumores, huyó a casa de la familia de su mujer en Hanóver y se negó a volver a Berlín, diciendo que «no era seguro para él, ya que parecía claro que su hermano había sido envenenado». El Gran elector estaba furioso y anunció que impediría que el príncipe pudiese acceder a la sucesión. Solo cuando el emperador Leopoldo y Guillermo III de Inglaterra intervinieron pareció posible reconciliar a los dos hombres, aunque pocos meses antes de la muerte del padre[66]. No hace falta decir que resultaba casi imposible, en tales condiciones, introducir convenientemente al príncipe heredero en los asuntos de estado.

Federico III, luego coronado rey Federico I, estaba decidido a no repetir los errores de sus predecesores y se esmeró mucho en proporcionar a su heredero la mejor preparación posible para gobernar y una esfera de acción casi independiente con el fin de que desarrollase su capacidad. Siendo

adolescente, fue introducido en todas las principales ramas del gobierno. El joven Federico Guillermo era un muchacho difícil y revoltoso que llevaba a sus maestros a la confusión (se decía de su tutor, Jean-Philippe Rebeur, que lo había sufrido durante largo tiempo, que habría sido más feliz como esclavo de galeras que como tutor de Federico Guillermo), pero fue siempre muy exigente en el respeto hacia su padre. En este caso, fue la crisis de 1709-1710 la que hizo tensa su relación, al llevar al príncipe heredero a una oposición abierta hacia la ineptitud y mala gestión de los ministros favoritos de su padre. Federico, amable hasta el final, evitó una ruptura irreparable favoreciendo y permitiendo que el poder pasase a su hijo. En los últimos años de su reinado se puede hablar de corregencia entre padre e hijo. Sin embargo, este acercamiento conciliador no debilitó la decisión de Federico Guillermo tras su subida al trono de borrar los últimos restos de la exuberante cultura política barroca que había creado su padre. Muchas de las grandes medidas administrativas del reinado de Federico Guillermo —del restablecimiento de Prusia Oriental a las purgas de la corrupción y la expansión del sistema de almacenes— deben entenderse como respuesta a los defectos percibidos en el gobierno de su padre.

La guerra fría entre Federico Guillermo y su hijo adolescente, el futuro Federico el Grande, sitúan todos esos conflictos anteriores en segundo plano. Nunca la lucha entre padre e hijo se combatió con tal intensidad emocional y psicológica. Las raíces del conflicto deben situarse en parte en el temperamento profundamente autoritario de Federico Guillermo. Este había sido siempre escrupulosamente respetuoso en el trato con su padre, incluso cuando se vio forzado por las circunstancias a unirse al partido de la oposición, pero se mostró completamente incapaz de comprender cualquier forma de insubordinación de su heredero. A esto se añadía una incapacidad conceptual y emocional para separar su persona de los logros administrativos de su reinado, de modo que todo fallo de deferencia parecía poner en peligro sus logros históricos, y el propio estado. Le parecía que la labor que había llevado a cabo tan trabajosamente podría derrumbarse si su sucesor «no compartía sus creencias, su pensamiento, sus simpatías y antipatías, resumiendo, si no era su propia e idéntica imagen[67]». Se hizo pronto evidente en la vida de Federico que no podía cumplir planes tan perfectos. No demostró ser gran cosa en el campo de las aptitudes militares —se caía del caballo con frecuencia y le aterrorizaban los disparos—. Sus posturas y comportamiento eran lánguidos, sus cabellos desordenados, dormía hasta tarde, le gustaba estar solo y muchas veces lo encontraban leyendo novelas en

las habitaciones de su madre y hermana. Mientras que Federico Guillermo era una persona franca, incluso brutalmente honesto, ya de muchachito Federico era sesgado, irónico, como si hubiese aprendido a esconder su verdadera naturaleza de la hostil mirada de su padre. «Me habría gustado saber lo que había en su cabecita», comentaba el rey en 1724, cuando Federico tenía doce años. «Estoy más que seguro de que no piensa lo que pienso yo[68]».

La solución de Federico Guillermo fue aumentar la presión sobre el príncipe heredero, sometiéndolo a una penosa rutina de tareas diarias —revistas militares, giras de inspección, reuniones del consejo—, todo ello con horario minucioso hasta el último minuto. En una carta escrita cuando Federico tenía catorce años, el embajador imperial, conde Friedrich Heinrich von Seckendorff, observaba que «el príncipe heredero, pese a sus pocos años, parece mayor y firme, como si hubiera participado ya en muchas campañas[69]». Pero como incluso Seckendorff podría decir, estas medidas probablemente no surtieron el efecto deseado. Por el contrario, simplemente endurecieron y profundizaron la oposición de Federico. Se convirtió en un experto en resistirse a la voluntad de su padre por medio de una astuta cortesía. Cuando el rey le preguntó, en una revista de los regimientos de Magdeburgo en el verano de 1725, por qué llegaba tarde tan a menudo, Federico, que había estado durmiendo, respondió que necesitaba tiempo para rezar después de vestirse. El rey contestó que el príncipe podía decir sus plegarias matinales mientras se estaba arreglando, a lo que el joven contestó: «Su Majestad me concederá sin duda que uno no puede rezar adecuadamente si no está solo, y que uno puede destinar un tiempo específicamente para rezar. En estos asuntos, uno debe obedecer a Dios antes que a los hombres[70]».

Cuando tenía dieciséis años (1728), el príncipe llevaba una doble vida. Por fuera se adecuaba al duro régimen impuesto por su padre y cumplía con sus deberes, adoptando una actitud fría, impenetrable cuando no se hallaba entre sus íntimos. En secreto, comenzó a tocar la flauta, a componer versos y a acumular deudas. Gracias a los buenos oficios de su educador hugonote Duhan, se hizo con una biblioteca de trabajos en francés, mostrando un gusto literario filosófico, ilustrado, secular, que era la antípoda diametralmente opuesta al mundo de su padre. Percibiendo que su hijo se iba alejando de él, Federico Guillermo se fue mostrando cada vez más violento. Con frecuencia abofeteaba, pegaba y humillaba al príncipe en público; tras una paliza particularmente salvaje se dice que gritó al príncipe heredero que él se habría suicidado si su padre lo hubiese maltratado así[71].

A finales de los años 1720, la creciente antipatía entre padre e hijo adquirió una dimensión política. En 1725-1727, Federico Guillermo y su esposa hanoveriana, Dorothea, se hallaban en plenas negociaciones sobre el posible doble matrimonio de Federico y de su hermana Wilhelmina con la princesa inglesa Amalia y con el príncipe de Gales respectivamente. Temiendo que esta alianza pudiese formar un bloque occidental que amenazase los intereses de los Habsburgo, la corte imperial presionó sobre Berlín para que renunciase al doble matrimonio. Una facción imperial, formada en Berlín, centrada en el embajador imperial Secknedorff y el más fiel ministro del rey, el general Friedrich Wilhelm von Grumbkow, parece ser que recibió abundantes sobornos de Viena.

Opuesta a las maquinaciones de esta facción estaba la reina, Sofía Dorotea, que veía en el doble matrimonio una oportunidad de hacer el interés de sus hijos y de su propia dinastía, la Casa Welf de Hanóver y Gran Bretaña. La pasión, limitando con la desesperación, con la que persiguió este proyecto reflejaba, sin duda, años de frustración acumulada en una corte en la que el espacio para la acción política de las mujeres se había visto radicalmente reducido.

A medida que la red de intrigas tejida por la diplomacia inglesa, austríaca, prusiana y hanoveriana se fue espesando, la corte de Berlín se polarizó alrededor de ambas facciones. El rey, temiendo la ruptura con Viena, dejó de apoyar el matrimonio de su hijo y se puso al lado de Grumbkow y Seckendorff en contra de su propia esposa, mientras que el príncipe heredero fue arrastrado aún más profundamente hacia los designios de su madre y se convirtió en un partidario activo del matrimonio inglés. Como era de esperar, la que prevaleció fue la voluntad del rey y el doble matrimonio fue abandonado. Había un paralelismo, aquí, con los últimos años del elector Jorge Guillermo en la década de 1630, cuando el príncipe heredero (y futuro Gran Elector) se había negado a volver a Berlín por temor a que su padre y el ministro principal (conde Schwarzenberg) quisiesen casarlo con una princesa austríaca.

La contienda sobre el «matrimonio inglés» creó el contexto para el intento de huida de Federico de Brandemburgo-Prusia en agosto de 1730, uno de los episodios más dramáticos y memorables en la historia de la dinastía. El príncipe heredero no se sintió motivado por los ultrajes políticos o por decepciones personales ante la evaporación de su matrimonio con la princesa Amalia, a la que nunca había visto. Fue, más bien, que las luchas e intrigas de 1729-1730 llevaron a un punto de ebullición sus frustraciones y su

resentimiento respecto al trato que su padre le dio en años pasados. Federico planeó su huida durante la primavera y principios de verano de 1730. Su principal colaborador fue un oficial de veintiséis años, de nombre Hans Hermann von Katte, del Regimiento de Gendarmes Reales, hombre inteligente y cultivado, interesado por la pintura y por la música, y que se había convertido en el amigo más íntimo de Federico —una memoria contemporánea cuenta que «mantenían una relación» juntos «como un amante con su querida[72]»—. Fue Katte quien ayudó a Federico a hacer la mayoría de los preparativos prácticos para la partida. La huida, en sí misma, era imposible. Federico y Katte estaban intentado poner en práctica su asunto con tanto descuido que levantó sospechas. El rey alertó al tutor y a los sirvientes del príncipe y este fue vigilado día y noche. Katte había planeado utilizar un permiso de su regimiento para huir con el príncipe, pero el permiso había sido anulado en el último minuto, posiblemente porque el rey se había dado cuenta de su implicación. Federico, que acompañaba a su padre en un viaje por el sur de Alemania, optó en el último momento por seguir adelante con el plan, una decisión cuya temeridad deja patente la premura de su apuro. A altas horas de la noche, entre el 4 y 5 de agosto, se escabulló de su campamento próximo al pueblo de Steinsfurt. Un criado que lo había visto salir dio la alarma y fue capturado sin dificultad. Su padre fue informado a la mañana siguiente.

Federico Guillermo ordenó que le llevasen a la fortaleza de Küstrin, la plaza fuerte donde el Gran elector había transcurrido su niñez durante los tristes días de la Guerra de los Treinta Años. Aquí fue confinado en una mazmorra y obligado a llevar la vestimenta marrón de los convictos: a los guardianes destinados a su vigilancia se les prohibió que contestaran a cualquier pregunta del preso y a la escasa luz de una vela de sebo se le dio a leer su Biblia, luz que se apagaba todas las tardes a las siete[73]. Durante las indagaciones que siguieron el príncipe fue sometido a una minuciosa investigación. A Christian Otto Mylius, interventor general, y al funcionario al que se encomendó la conducción de los procedimientos se les proporcionó una lista de más de 180 preguntas a plantear al príncipe; en ella se incluían las siguientes:

> 179. ¿Qué castigo considera él adecuado a su acción?
> 180. ¿Qué merece una persona que se deshonra y planea desertar?
> 183. ¿Considera que todavía merece ser rey?
> 184. ¿Desea o no que se le perdone la vida?
> 185. Ya que, al salvar su vida podría perder *ipso facto* su honor, y, en realidad, ser descalificado para la sucesión [al trono], ¿se retiraría con el fin de salvar su vida, y renunciaría a su derecho al trono de tal modo que esto pueda ser confirmado por todo el Sacro Romano Imperio[74]?

El tono de arenga, angustioso, obsesivo de estas preguntas y las implícitas referencias a la pena de muerte dan una clara sensación del estado mental del rey. Para un hombre obsesionado por el control, la directa insubordinación le parecía la mayor abominación. No hay razones para dudar de que en varias ocasiones la ejecución de su hijo debió de parecerle al rey la única manera posible de actuar. Las respuestas de Federico a su inquisidor fueron características de él. A la pregunta 184 contestó solamente que se sometía a la voluntad y merced del rey. A la 185 contestó que «su vida no le era tan querida, pero que Su Alteza Real no sería seguramente tan duro en el trato hacia él[75]». Lo notable aquí es el nivel del dominio de sí mismo que el príncipe mostró en sus hábiles respuestas, pese al terror que debía estar sintiendo en esos días, cuando su futuro era todavía tan incierto.

En tanto que la suerte de Federico siguió indecisa, el rey desahogó su rabia contra los amigos y colaboradores del príncipe. Dos de sus más cercanos compañeros de armas, los alféreces Spaen y Ingersleben, acabaron en la cárcel. Doris Ritter, la hija, de dieciséis años, de un burgués de Potsdam, con la que Federico había tenido algún intento de flirteo adolescente, fue azotada en medio de las calles de Potsdam por el verdugo y recluida en el reformatorio de Spandau, donde permaneció hasta su liberación en 1733. Pero fue Hans Hermann von Katte quien se llevó la peor parte de la furia del rey. Su destino entró en el reino de la leyenda y acabó ocupando un lugar único en la imaginación histórica de Brandemburgo. El tribunal militar especial reunido para juzgar a los conspiradores tuvo dificultades para ponerse de acuerdo sobre una sentencia adecuada para Katte y acabó decidiendo, por un solo voto, imponerle cadena perpetua. Federico Guillermo dio la vuelta al veredicto y pidió la pena de muerte. Avanzó sus razones en una orden de noviembre de 1730. Consideraba que Katte, al planear desertar de un regimiento real de élite y al ayudar al heredero al trono en un acto de alta traición, había perpetrado el peor tipo posible de lesa majestad. Por lo tanto merecía la más cruel forma de ejecución, es decir, desgarrar sus miembros con hierros candentes y a continuación ahorcarlo. De todos modos, en consideración a la familia del reo, el rey decidió conmutar la pena por simple decapitación que debería ejecutarse el 6 de noviembre en la fortaleza de Küstrin, delante de la celda del príncipe heredero. Parece ser que Katte creyó que el rey acabaría mostrándose misericordioso. Redactó una carta para Federico Guillermo reconociendo sus faltas, prometiendo dedicarse el resto de su vida a servir lealmente, y pidiendo clemencia. La carta no obtuvo respuesta. El 3 de noviembre un destacamento de guardias, mandados por un

tal comandante Von Schack, trasladaron al delincuente, en postas de treinta kilómetros, a Küstrin. Durante el viaje, como recordó von Schack, Katte expresó el deseo de escribir a su padre (que también servía en el ejército del rey), «sobre el que había hecho caer tanta miseria». Se le permitió y Katte fue dejado solo para que empezase a escribir. Pero cuando Schack entró en la habitación poco después, halló al preso andando arriba y abajo lamentándose de que «era algo tan difícil y que no podía empezar por la tristeza». Tras algunas palabras tranquilizadoras del comandante, Katte redactó una carta que comenzaba con las siguientes palabras:

> Me deshago en lágrimas, padre mío, cuando pienso que esta carta os causará la mayor tristeza que el corazón de un padre puede sentir; pues tus esperanzas por mi bienestar en este mundo y en tu consuelo en la vejez se desvanecen para siempre, […] que debo caer en la primavera de mis años, sin haber obtenido los frutos de vuestros esfuerzos[76]…

Katte pasó la noche previa a la ejecución en la fortaleza de Küstrin, atendido por predicadores y amigos de entre sus colegas oficiales, cantando himnos y rezando. Su alegre conducta terminó hacia las tres, cuando un testigo informó que uno podía ver que «se estaba produciendo una dura lucha en la naturaleza humana». Pero tras dormir unas dos horas se despertó fresco y fortalecido. A las siete de la mañana del día 6 de noviembre fue conducido por un destacamento de guardias desde su estancia al lugar de la ejecución, donde se había dispuesto un pequeño montón de arena. Según el predicador de la guarnición, Besser, al que se había confiado asistir a Katte en su camino hacia la ejecución, hubo un intercambio de última hora entre el condenado y el príncipe, que pudo ser visto observando las maniobras desde el ventanuco de su celda:

> Al final, tras mucho buscar y mirar, logró poner la vista en su amado [compañero], Su Alteza Real y Príncipe Heredero, en la ventana del castillo, desde la cual se despidió con algunas palabras corteses y amistosas dichas en francés, sin la más mínima tristeza. [Tras escuchar la sentencia leída en voz alta y quitarse la chaqueta, la peluca y la corbata] se arrodilló en el montón de arena y gritó: «¡Jesús, acoge mi espíritu!». Y cuando encomendó su alma de esta manera en manos de su Padre, la redimida cabeza fue separada del cuerpo con un preciso mandoble por la mano y espada del ejecutor Coblentz […]. Ya no quedaba nada por ver salvo un estremecimiento causado por la sangre vertida y la vida en el cuerpo[77].

Al ejecutar a Katte, Federico Guillermo había dado también con un castigo exquisitamente poderoso para su hijo. Al conocer la inminente suerte de Katte, Federico pidió al rey que le permitiese renunciar al trono o incluso el de sustituir con su vida la del hombre condenado. El príncipe fue condenado a presenciar la ejecución desde el ventanuco de su celda; a sus

guardianes se les ordenó que sujetasen su cara contra los barrotes para que lo viese todo. El cuerpo de Katte, con la cabeza separada, que se dejó donde había caído hasta las dos de la tarde[78].

10. El príncipe heredero Federico saluda a Katte a través de la ventana de su celda, *grabado de Daniel Chodowiecki.*

La muerte de Katte representó un giro en el destino de Federico. La ira de su padre comenzó a enfriarse y sus preocupaciones se dirigieron hacia los asuntos relativos a la rehabilitación de su hijo. A lo largo de los meses y años que siguieron, las limitaciones a la libertad de Federico fueron suprimidas gradualmente, y se le permitió abandonar la fortaleza y fijar su residencia en la ciudad de Küstrin, donde asistió a reuniones de la Cámara de Guerras y Tierras de la ciudad, la oficina de la rama local, por así decir, del Directorio General. Para Federico empezaba ahora un período de reconciliación pública con el duro régimen de su padre. Tomó la actitud sumisa de un sincero penitente, soportó la monotonía de la vida en la guarnición de la ciudad de Küstrin sin lamentarse y cumplió sus deberes administrativos concienzudamente, adquiriendo útiles conocimientos en su actividad. Y lo que es más importante, aceptó con resignación el matrimonio que le propuso su padre con la princesa Elisabeth Christina de Brunswick-Bevern, sobrina de la emperatriz Habsburgo. La elección de su novia representó una clara victoria de los intereses imperiales sobre el partido que había favorecido el matrimonio inglés.

¿Fue este episodio de la vida de Federico el que transformó la personalidad del príncipe? Este se había desmayado en los brazos de sus guardianes antes del momento de la decapitación de Katte en Küstrin, y había permanecido en un estado de terror extremo y angustia mental durante varios días, en parte porque creyó en un primer momento que su propia ejecución era inminente. Los acontecimientos de 1730 ¿forjaron una personalidad nueva y artificial, agria y dura, alejada de los demás, encerrada en la concha de nautilus de una naturaleza retorcida? O bien, simplemente, ¿profundizaron y confirmaron una tendencia hacia la ocultación y el disimulo que ya estaba bien desarrollada en la adolescencia del príncipe? La pregunta, finalmente, no tiene contestación.

Lo que parece cierto es que la crisis tuvo importantes implicaciones para el desarrollo de la concepción del príncipe sobre política exterior. Los austríacos estaban muy comprometidos no solo por ser el cerebro del colapso del matrimonio inglés, sino también por la gestión de la crisis que estalló tras el intento de fuga de Federico. Una indicación de lo profundamente entremezcladas que estaban las políticas de las cortes imperial y de Brandemburgo durante el reinado de Federico Guillermo I es que el primer borrador del documento que establecía una «política» para disciplinar y rehabilitar al errante príncipe fue sometido al rey por el enviado imperial, conde Seckendorff. La mujer con la que al final Federico hubo de casarse por la fuerza era efectivamente la candidata de Austria. «Si me veo forzado al matrimonio con ella», advertía al ministro Friedrich Wilhelm von Grumbkow en 1732, «será rechazada [*elle sera répudiée*[79]]». Federico se atendría a esta decisión tras su subida al trono en 1740, confinando a Elisabeth Christina de Bruswick-Bevern a una existencia crepuscular, con una vida pública marginal.

Así, la tutela imperial sobre la corte de Brandemburgo-Prusia era, al mismo tiempo, una realidad política y personal para Federico. La crisis de 1730 y sus secuelas acrecentaron la desconfianza del príncipe hacia los austríacos y reforzaron su apego cultural y político hacia Francia, tradicional enemigo de Viena en Europa occidental. En realidad, fue la creciente frustración de Federico Guillermo respecto a la política austríaca en los años 1730 (sobre la que volveremos más adelante) la que abrió la puerta a una plena reconciliación entre padre e hijo[80].

Los límites del Estado

El historiador prusiano Otto Hintze observaba, en su clásica crónica de la dinastía de los Hohenzollern, que el reinado de Federico Guillermo marcó «la perfección del absolutismo[81]». Con ello quería decir que había sido Federico Guillermo quien había tenido éxito en la neutralización del poder de las élites provinciales y locales y en la soldadura de las distintas tierras del patrimonio de los Hohenzollern en el seno de las estructuras centralizadas de un solo conjunto territorial gobernado desde Berlín. Como hemos visto, hay algo que decir sobre este punto de vista. Federico Guillermo se esforzó en concentrar el poder en la administración central. Su meta era la subordinación de la nobleza por medio del servicio militar, la igualación de las cargas impositivas, la compra de tierras anteriormente de la nobleza y la imposición de nuevos cuerpos administrativos provinciales, que respondían ante los funcionarios de Berlín. Incrementó la capacidad de la administración para intervenir en las veleidades del mercado de grano.

De todos modos, es importante no atribuir un significado desproporcionado a estos hechos. El «Estado», tal como era, siguió siendo de pequeño tamaño. La administración central —incluyendo a los funcionarios reales de las provincias— se componía de unos pocos cientos de hombres[82]. Todavía era escasa la infraestructura gubernamental, que acababa de emerger. La comunicación entre el gobierno y muchas comunidades locales seguía siendo lenta e impredecible. Los documentos oficiales llegaban a su destino a través de las manos de pastores, sacristanes, posaderos, y escolares, al azar. Una investigación de 1760 en el Principado de Minden reveló que las circulares oficiales y otros importantes documentos tardaban diez días en cubrir los pocos kilómetros que había entre distritos próximos. Las comunicaciones del gobierno solían enviarse en primer lugar a las tabernas, donde eran abiertas, se las hacía circular y se leían ante un vaso de coñac, por lo que llegaban a su último destino «tan sucias de grasa, mantequilla o alquitrán que daba escalofríos tocarlas[83]». Todavía estaban lejos, en un futuro, los días en que un ejército de funcionarios postales y otros funcionarios locales expertos y disciplinados penetrarían en los distritos provinciales del territorio Hohenzollern.

Una cosa era promulgar un edicto desde Berlín y otra poder hacer que se cumpliese en las distintas localidades. Un caso instructivo es del Edicto de las Escuelas de 1717, decreto famoso debido a que con frecuencia se lo ha considerado la inauguración de un régimen de educación elemental universal en tierras de los Hohenzollern. El edicto no se publicó en Magdeburgo o Halberstadt, porque el gobierno acordó deferirlo a las regulaciones escolares

existentes en estos territorios. Ni fue plenamente efectivo en los territorios en los que se publicó. En un «edicto renovado» de 1736, Federico Guillermo I se lamentaba de que «nuestro benéfico [primer] edicto no ha sido observado», y una encuesta general de los registros relacionados sugiere que los edictos de 1717 y 1736 pudieron ser completamente desconocidos en muchas partes de las tierras de los Hohenzollern[84].

El «absolutismo» de Brandemburgo-Prusia resultó no ser una máquina bien aceitada capaz de permitir poner en marcha a la voluntad del monarca en cada escalón de la organización social. Tampoco habían desaparecido sin más en toda esa carpintería los instrumentos de la autoridad local manejados por las élites locales y provinciales. Un estudio sobre la Prusia Oriental, por ejemplo, ha mostrado que la nobleza local llevó a cabo una «guerra de guerrillas» contra la intrusión de la administración central[85]. La *Regierung* provincial de Königsberg continuó ejerciendo su autoridad independientemente en el territorio y permaneció bajo el control de la aristocracia local. Solo gradualmente el rey acabó teniendo un papel significativo en la creación de cargos locales clave, tales como las capitanías de distrito (*Amthauptleute*). El nepotismo y la venta de cargos —las dos prácticas que tendían a consolidar la influencia de las élites locales— continuaron siendo algo corriente[86]. Un estudio de los nombramientos locales en Prusia Oriental para los años 1713-1723 mostró que de aquellos puestos cuyo reclutamiento pudo ser reconstruido gracias a los registros, solo aproximadamente un quinto implicaron intervención por parte del rey; el resto fue reclutado directamente por la *Regierung*, aunque la proporción aumentó a casi un tercio en el decenio siguiente[87].

Tan invasivas eran las estructuras menos visibles e informales de influencia de la élite en Prusia Oriental que un estudioso ha escrito sobre la persistencia de una «latente forma de gobierno de los estados[88]». Así, pues, hay numerosas pruebas que sugieren que el poder de las élites locales sobre los cargos administrativos claves aumentó, en realidad, en ciertos territorios en los decenios de mediados del siglo XVIII. La nobleza de Brandemburgo pudo haber sido excluida en gran medida de tener un papel activo en la administración central durante el reinado de Federico Guillermo, pero, a largo plazo, se las apañó para recuperar el terreno perdido consolidando su control sobre el gobierno local. Continuaron conservando el poder, por ejemplo, para elegir al *Landrat* local o al comisario de distrito, puesto de gran importancia ya que era este quien negociaba los acuerdos de impuestos con las autoridades centrales y supervisaba la asignación local de las cargas impositivas. Mientras

Federico Guillermo I había rechazado con frecuencia al candidato presentado por la asamblea de distrito de la nobleza, Federico II les concedió el derecho de presentar listas de los candidatos preferidos, entre los cuales el rey podía elegir al que él apoyaba[89]. Los intentos de los funcionarios de Berlín para interferir en las elecciones o para manipular el comportamiento del candidato apoyado se hicieron cada vez menos frecuentes[90]. Así, el gobierno concedía una parte de control con el fin de asegurarse la cooperación de los mediadores locales que gozaban de la confianza y del apoyo de las élites locales.

La concentración de la autoridad provincial llegó a ser, a través de este proceso de negociación del reparto de poder, duradera precisamente porque estaba latente, era informal. La persistencia de poder y solidaridad provincial corporativos ayuda, a su vez, a explicar por qué tras un largo período de relativa inactividad, la nobleza provincial se hallaba en una posición tan fuerte como para desafiar y resistir a las iniciativas del gobierno durante la agitación de la era napoleónica. El núcleo de la burocracia que estaba surgiendo en las tierras de los Hohenzollern no desplazó ni neutralizó las estructuras de la autoridad local y provincial. Sino que, más bien, se llegó a una especie de cohabitación, que enfrentaba y disciplinaba a las instituciones locales cuando las prerrogativas fiscales y militares del estado estaban en juego, pero, en otros casos, dejándoles bastante libertad. Esto ayuda a explicar el hecho curioso y aparentemente paradójico de que lo que se llama a veces el «surgimiento del absolutismo» en Brandemburgo-Prusia se vio acompañado por la consolidación de la nobleza tradicional[91]. En el siglo XVIII, así como en la era del Gran Elector, el absolutismo no fue una lucha nula que opusiera el centro a la periferia, sino más bien la concentración gradual y complementaria de diferentes estructuras de poder.

5
PROTESTANTES

El día de Navidad de 1613 Juan Segismundo comulgó según el rito calvinista en la catedral de Berlín. Se habían suprimido las velas y los crucifijos que solían adornar el altar en el culto luterano. Nadie se puso de rodillas ni hizo genuflexiones ante la Eucaristía ni hubo hostias para la comunión, sino solo un trozo de pan, que fue troceado y repartido entre los fieles. Para el elector, la ocasión representó la culminación pública de un viaje privado. Sus dudas respecto al luteranismo se remontaban a sus años de adolescente, cuando fue influido por los calvinistas renanos que circulaban por la corte de su padre; se cree que abrazó la fe reformada en 1606, durante una visita a Heidelberg, capital del Palatinado, central, en los primeros años del siglo XVII, del calvinismo alemán.

La conversión de Juan Segismundo situó a la casa de los Hohenzollern en una nueva trayectoria. Reforzó la asociación de la dinastía con el combativo interés calvinista por las políticas imperiales de comienzos del siglo XVII. Aumentó el estatus de los funcionarios calvinistas que comenzaban a jugar un papel influyente en el gobierno central. Con todo, no hay razón para suponer que los cálculos políticos fuesen decisivos, pues la conversión trajo consigo más riesgos que beneficios. Colocó al elector en un campo religioso para el cual no se había tomado ninguna medida en la Paz de Augsburgo. No fue hasta la Paz de Westfalia de 1648 cuando el derecho de los calvinistas a la tolerancia en el seno del abigarrado panorama confesional del Sacro Imperio Romano fue incluido en un tratado vinculante. La conversión del monarca creó una trinchera confesional entre la dinastía y el pueblo. En la medida en que existía un sentimiento de «identidad» territorial en Brandemburgo, a fines

del siglo XVII, aquel estaba ligado íntimamente a la Iglesia luterana, cuyo clero abarcaba a lo largo y a lo ancho de la Marca. Y no es una coincidencia que las primeras crónicas históricas de Brandemburgo hayan sido obra de clérigos parroquiales luteranos. Andreas Engel, un pastor de Strausberg, en Mittelmark, comenzó sus *Anuales Marchiae Brandeburgicae* de 1598 con una larga disquisición sobre la virtud y naturalidad del amor por la propia tierra[1]. Desde 1613 la dinastía cesó de ser beneficiaria de este embrionario patriotismo territorial. La familia gobernante que había tenido éxito, en los decenios centrales del siglo XVI, en pastorear a sus súbditos con gran circunspección a través de la Reforma más gradual, moderada y pacífica de Europa, ahora se aislaba de golpe del grueso de la población, y esto en un momento de la historia europea en que las tensiones confesionales podían hacer estallar revoluciones y derribar tronos.

Monarca calvinista, pueblo luterano

Es bastante curioso que el elector y sus consejeros fuesen incapaces de prever las dificultades que su conversión podría provocar. Juan Segismundo creía que su conversión sería la señal para una «segunda Reforma» generalizada —y ampliamente voluntaria— en Brandemburgo. En febrero de 1614, los funcionarios y consejeros calvinistas del elector llegaron incluso a elaborar una propuesta que establecía los pasos a través de los cuales Brandemburgo podía ser transformado en un territorio calvinista. Las universidades debían ser dotadas de personal nombrado con el fin de que se convirtiesen en centros de calvinización del clero y del funcionariado. La liturgia y otros usos religiosos debían ser purgados de los oficios luteranos por medio de un proceso progresivo de reformas. Un Consejo de la Iglesia Calvinista supervisaría y coordinaría todas las medidas de reforma[2]. Un edicto emanado el mismo mes ordenaba que el clero de la Marca de Brandemburgo, de ahora en adelante, debería predicar la palabra de Dios «pura e impoluta, […] sin distorsión alguna y sin interpretaciones autoconcebidas y fórmulas doctrinales de ciertos teólogos perezosos, ingeniosos y presuntuosos». La lista de textos de autoridades que seguía omitía la Confesión de Augsburgo y la Fórmula de la Concordia, los dos documentos fundacionales del luteranismo brandemburgués. Los pastores que consideraron que no se podían cumplir tales requerimientos, declaraba el edicto, tenían libertad para abandonar el país. El elector y sus consejeros daban por sentado que la inherente y clara

superioridad de la doctrina calvinista, si se la presentaba de modo convincente y accesible, sería suficiente para recomendarla a la gran mayoría de los súbditos.

No podrían haber cometido un error mayor. La intromisión de los calvinistas en el ámbito de la Iglesia luterana tradicional de Brandemburgo provocó resistencias en todos los niveles de la sociedad. El más grave de los tumultos confesionales tuvo lugar en la ciudad residencial de Colín (ciudad hermana de Berlín al otro lado del río Spree) en abril de 1615. Resultó que el elector estaba en Königsberg presenciando las gestiones de entrega de la Prusia Ducal, y Cöll-Berlín se hallaba bajo la autoridad de su hermano calvinista, margrave Juan Jorge de Brandemburgo-Jägerndorf. Este era el margrave que inició el descontento cuando ordenó la eliminación de imágenes «idólatras» y la parafernalia litúrgica de la muy adornada y decorada catedral de Berlín. El 30 de marzo de 1615, los altares, la fuente bautismal, un gran crucifijo de madera y numerosos objetos artísticos, incluida una celebrada secuencia de paneles de la pasión de Cristo, cuyos dibujos básicos eran obra de Lucas Cranach el Joven, fueron sacados de la catedral. Para echar más leña al fuego, el predicador de la corte, el calvinista Martin Füssel, aprovechó la ocasión durante el sermón del Domingo de Ramos en la catedral, unos días más tarde, dio las gracias a Dios «por limpiar Su casa de culto de la suciedad de la idolatría papal».

Unas horas después de estas palabras (pronunciadas a las nueve de la mañana), el diácono de la cercana iglesia de San Pedro estaba lanzando un furioso contraataque desde el púlpito, en el que acusaba a «los calvinistas de llamar a nuestro lugar de culto una casa de prostitución […]; suprimen de nuestras iglesias las pinturas y ahora quieren también arrancar a Jesucristo Nuestro Señor de nosotros». Tan sensacional fue el efecto de tal oratoria que una asamblea de más de cien burgueses de Berlín se reunió esa misma tarde para prometer que «estrangularían a los curas reformados y a todos los demás calvinistas». Al día siguiente, lunes, estalló una revuelta a gran escala fuera de la ciudad, durante la cual hubo disparos y una multitud de más de 700 personas asaltaron el centro de la ciudad, saqueando las casas de dos prominentes predicadores calvinistas, incluido Füssel, que se vio obligado a huir trepando al tejado de un vecino en ropa interior[3]. En un determinado momento, el hermano del elector se vio envuelto en una pelea con el gentío y pudo escapar, sin heridas graves, por estrecho margen. Estalló asimismo una serie de conflictos semejantes (aunque, en general, menos espectaculares) en otras ciudades de la Marca. Tan seria era la sensación de estar en una

situación de emergencia, que cierto número de consejeros calvinistas de Berlín pensaron abandonar el territorio. A finales de año, cuando se retiró a sus posesiones en el campo en Jägerndorf (en Silesia), el margrave Juan Jorge aconsejó lúgubremente a su hermano el elector que aumentase el número de sus guardias de corps.

Además de la presión de la calle, Juan Segismundo hubo de hacer frente a la común resistencia de los estados. Dominados estos por la nobleza luterana provincial, explotaron su control sobre los impuestos para arrancar concesiones al muy endeudado elector. En enero de 1615, le informaron de que la aprobación de nuevos fondos dependería de la concesión de ciertas garantías religiosas. Debía confirmarse el estatus de la organización de la Iglesia luterana; los derechos de patronazgo de la iglesia que dejaba el poder de nombramiento de los clérigos en las manos de las élites locales, debían ser respetados, y el elector tenía que prometer no usar sus derechos de patronazgo para nombrar a enseñantes o clérigos que resultasen sospechosos para la masa luterana. Juan Segismundo respondió con rabiosas bravatas —prefería más bien derramar la última gota de su propia sangre, declaró, que someterse a tal chantaje—. Pero se echó para atrás. En edicto de febrero de 1615 concedía que a los súbditos que tuviesen apego por la doctrina de Lutero y por los textos principales de la tradición luterana se les permitía continuar así, y que, de ningún modo, se verían presionados o empujados a abandonarlos. «Pues Su Alteza Electoral», continuaba el edicto, «en ningún sentido se arroga el dominio sobre las conciencias, por lo que no quiere imponer ningún predicador sospechoso o no deseado sobre nadie, ni siquiera en los lugares en los que goza del derecho de patronazgo[4]». Era una derrota grave. En este punto, al final, el elector había caído en la cuenta de que la «segunda Reforma» debía ser pospuesta o incluso diferida indefinidamente.

¿Qué es lo que estaba en juego realmente en esta lucha? Claramente, se daba una dimensión política y de poder. Incluso antes de 1613, la utilización por el elector de funcionarios calvinistas «extranjeros» era algo controvertido, no exactamente sobre una base religiosa, sino también porque contradecía el «*ius indigenatus*», por medio del cual los nombramientos de funcionarios superiores quedaban reservados a las élites nativas. Existía también, como hemos visto, una resistencia generalizada a aceptar los costes de una política exterior calvinista. La gente de las ciudades soportaba mal, claramente, a los funcionarios y al clero calvinista, al considerarlos intrusos en un espacio urbano cuyos principales monumentos del culto eran asimismo focos de la identidad urbana. Aunque sería erróneo reducir las querellas calvinistas-

luteranas a una «política de intereses», en la que denuncias y quejas se ven como pujas codificadas para obtener ventajas[5]. Pues en ambos bandos enfrentados existían poderosas emociones. En el seno de las más comprometidas formas de calvinismo se daba un molesto estremecimiento de disgusto ante los restos de papismo que sobrevivían en el culto luterano.

Este fue, en parte, un asunto de estética: ante la colorida extravagancia del interior de una iglesia luterana, con sus cirios y sus imágenes grabadas y pintadas que brillaban por el reflejo del fuego, los calvinistas oponían el espacio blanco de una iglesia purificada, inundada de luz natural. Existía, asimismo, un temor auténtico a que el catolicismo siguiera siendo una fuerza latente *dentro* del luteranismo. Un especial foco de preocupación era el rito luterano de la comunión; el elector Juan Segismundo se oponía a la doctrina de Lutero de la presencia real en el Pan Eucarístico, calificándolo de «una enseñanza falsa, disgregadora y muy controvertida». En palabras del teólogo calvinista Simon Pistoris, autor de un controvertido panfleto publicado en Berlín en 1613, Lutero «derivaba sus puntos de vista de la oscuridad del papado, y así heredó los errores y falsas opiniones de la transubstanciación, de ahí, el pan se transforma en el cuerpo de Cristo». Como consecuencia, la fe luterana se ha convertido «en un pilar y un sostén del papado[6]». En otras palabras, la Reforma estaba incompleta. Si no se producía una total ruptura con la oscuridad del pasado católico, entonces surgía el peligro de una recatolización. Los calvinistas sentían implícitamente que el ulterior progreso del tiempo mismo estaba en juego: si los logros confesionales de los últimos años no se consolidaban y expandían, podrían ser revertidos y borrados de la historia.

Por su lado, los luteranos estaban motivados por un poderoso apego a sus ceremonias y parafernalia festiva, visual y litúrgica de su culto. Pero había una gran ironía histórica en esto. Era el logro de los electores brandemburgueses del siglo XVI el haber ralentizado y moderado la difusión de la Reforma en Brandemburgo, con el resultado de que la Reforma luterana del territorio era una de las más conservadoras del imperio. El luteranismo de Brandemburgo estaba marcado por la ortodoxia doctrinal y por un poderoso apego a las ceremonias tradicionales, tendencias que se veían reforzadas por la administración del Electorado a lo largo de los últimos decenios del siglo XVI. Un temor generalizado al calvinismo y los estallidos esporádicos de polémicas anticalvinistas, hacia finales del siglo, contribuyeron a centrar las lealtades luteranas en los documentos fundacionales de la Iglesia territorial, tales como la Confesión de Augsburgo de 1530 y la Fórmula de la Concordia

de 1577, que definían su contenido doctrinal. Podemos pensar, así, que la propia dinastía haya ayudado a crear una marca de luteranismo solamente para resistir a la llamada del calvinismo.

El poder de esta resistencia forzó al elector y a sus consejeros calvinistas a abandonar sus esperanzas de una Segunda Reforma de Brandemburgo. Así, pues, se contentaron con una «reforma de la corte» (*Hofreformation*), cuyas energías religiosas se agotaron en los límites de la élite política[7]. De todos modos, incluso dentro de la frontera de la sociedad de la corte, la hegemonía del calvinismo no quedó libre de oposición. La esposa de Juan Segismundo, la temible Ana de Prusia, sobre cuya línea de descendencia de sangre dependían las reclamaciones respecto a la Prusia Ducal y a la sucesión de Jülich, se mantuvo testarudamente luterana y continuó oponiéndose al nuevo orden. El hecho de que los servicios religiosos luteranos se celebrasen para ella en la capilla del palacio significó un espaldarazo y un punto de apoyo para la resistencia popular. Además, Ana mantenía estrechos contactos con la vecina Sajonia, el principal centro motor de la ortodoxia luterana y la fuente de interminables polémicas luteranas contra los descreídos calvinistas de Berlín. En 1619, cuando muere Juan Segismundo, Ana invitó a Berlín a un importante polemista luterano sajón, Balthasar Meisner, para que le proporcionase consuelo espiritual. Meisner, cuyos sermones en la capilla del palacio estaban abiertos al público, aprovechó la oportunidad para atizar las pasiones contra los calvinistas. El ambiente, en Berlín, se hizo tan tenso que el virrey de Brandemburgo envió una queja oficial a Ana, e insistió en que iba a dejar el país. Pero Meisner continuó con su actividad (como él mismo dijo) para «dispersar a las langostas calvinistas». En un gesto simbólico señalado, Ana enterró el cadáver de su marido al estilo luterano, con el crucifijo en una mano, detalle que previsiblemente confirió credibilidad al rumor de que el elector había repudiado el calvinismo y había llevado a cabo, en su lecho de muerte, su reconversión al luteranismo[8]. Solo tras la muerte de Ana en 1625 la familia del elector alcanzó alguna armonía confesional. Nacido en 1620, Federico Guillermo (el futuro Gran Elector) se convirtió en el primer príncipe Hohenzollern que creció en una familia nuclear enteramente calvinista.

Llevó largo tiempo borrar la emoción del enfrentamiento luterano-calvinista. Los niveles de tensión fluctuaron con los altibajos de la polémica confesional. En los años 1614-1617 la controversia sobre la conversión de Juan Segismundo dio lugar a no menos de 200 libros y panfletos que circulaban en Berlín, y la difusión de folletos luteranos que condenaban a los calvinistas siguió siendo un problema durante todo el siglo[9]. Hubieron de

tomarse precauciones para garantizar que las ceremonias dinásticas se diseñasen para que se atuviesen a las expectativas de ambas fes. En cuanto a las ceremonias y al simbolismo públicos, Brandemburgo-Prusia evolucionó hacia un estado biconfesional.

El nuevo punto de vista del elector sobre estos asuntos era equívoco. Por un lado, aseguró repetidamente a sus súbditos luteranos que él no tenía intención ninguna de forzar la conciencia de ningún súbdito[10]. Por el otro, parece ser que acarició la esperanza de que ambos campos habrían dejado a un lado sus diferencias una vez que hubiesen desarrollado una comprensión más completa y verdadera sobre las posturas de cada uno (con esto quería significar en realidad: que los luteranos pudiesen ser llevados a una comprensión más completa de la postura calvinista). Federico Guillermo esperaba que una conferencia biconfesional facilitaría «una discusión amistosa y pacífica». Los luteranos se mostraban escépticos. Pensaban que las discusiones de este tipo abrían la puerta a un sincretismo sin dios. «La guerra y el conflicto espiritual», observaba compungidamente el clero luterano de Königsberg en una carta conjunta de abril de 1642, «son preferibles a la unión de la verdadera doctrina con el error y la incredulidad[11]». Como era de esperarse celebró realmente una conferencia de teólogos luteranos y calvinistas en el palacio del elector en 1663, pero no hizo más que agudizar las diferencias entre ambos campos y condujo a una nueva oleada de denuncias mutuas.

A lo largo del todo el reinado, y especialmente desde los primeros años 1660, la administración del Electorado trató de mantener la paz prohibiendo las polémicas teológicas. Bajo un «edicto de tolerancia» promulgado en septiembre de 1664, se ordenó a los clérigos calvinistas y luteranos que se abstuviesen de sus desprecios mutuos; a todos los predicadores se les exigió que se pusiesen en sintonía con la aceptación de esta orden con su firma en una circular previa y que devolviesen su respuesta. En Berlín, a dos predicadores que se negaron a hacerlo les fueron suprimidos sumariamente sus beneficios eclesiásticos; por el contrario, un predicador que lo aceptó se halló con tal rencor por parte de sus parroquianos que a sus sermones no asistió nadie hasta su muerte, poco después. Entre aquellos que fueron suspendidos por negarse a firmar se encontraba Paul Gerhardt, el más grande de los compositores de himnos luteranos[12]. El incidente aislado más espectacular fue la detención y encarcelamiento de David Gigas, un predicador luterano de la iglesia de S. Nikolai, en Berlín. En un primer momento, Gigas firmó y devolvió el cuestionario del gobierno. Pero ante un

amotinamiento de sus parroquianos renegó de su aceptación y dio un conmovedor sermón el Día de Año Nuevo de 1667, en el que avisaba de que la coerción religiosa provocaba rebeliones y desgraciadas guerras. Gigas fue detenido y expedido a la fortaleza de Spandau[13].

Si la división confesional siguió siendo un asunto permanente en tierras de los Hohenzollern, esto se debió, en parte, a que quedó mezclado con las luchas políticas entre la administración central y los detentadores del poder provincial. En esta batalla contra los atrincherados privilegios locales, el soberano se halló cara a cara con las élites luteranas, celosas de sus derechos y hostiles a la cultura confesional, que no les era familiar, del gobierno central. En estas condiciones, el luteranismo, sustentado institucionalmente por la red del patronazgo de las iglesias locales, se convirtió en la ideología de la autonomía provincial y de la resistencia al poder central. Por su lado, el elector nunca dejó de reforzar la posición de la minoría calvinista de los territorios Hohenzollern —la gran mayoría de los aproximadamente 18 000 inmigrantes protestantes que entró en las tierras de los Hohenzollern desde Francia, el Palatinado y los cantones suizos eran adeptos de la fe reformada —. Su presencia contribuyó a difundir la influencia de la religión del elector más allá de los estrechos límites de la corte, pero provocó también protestas y quejas de las élites luteranas. El conflicto entre centro y periferia que solemos asociar a la «edad del absolutismo» adquirió así un sabor confesional distintivo en Brandemburgo-Prusia.

Se ha observado con frecuencia que la situación minoritaria de la dinastía y de sus agentes calvinistas forzaron a las autoridades del Electorado a adoptar una política de tolerancia en los asuntos religiosos. Por lo que la tolerancia fue construida «objetivamente» como un elemento de la práctica de gobierno[14]. Y fue impuesta también como principio de gobernanza, allí donde fue posible, a las autoridades provinciales. En 1668, por ejemplo, cinco años después de que los estados de la Prusia Ducal hubieran aceptado formalmente su soberanía en el territorio, Federico Guillermo acabó, por fin, teniendo éxito en su intento de obligar a las tres ciudades de Königsberg a que permitieran a los calvinistas que pudieran adquirir propiedades y convertirse en ciudadanos[15]. Esto era tolerancia en un sentido muy estrecho, naturalmente. Y era más un asunto de contingencia histórica y política práctica que de principio. Ya que todo esto no tenía nada que ver con la noción de los derechos de las minorías en el sentido que le damos hoy, no era necesariamente transferible a otras minorías. Federico Guillermo se oponía, por ejemplo, a tolerar a los católicos en los territorios nucleares de

Brandemburgo y de Pomerania Oriental, pero lo aceptó en la Prusia Ducal y en los territorios de los Hohenzollern de Renania, donde los católicos gozaban de la protección de tratados históricos. El famoso Edicto de Potsdam (1685), por el que Federico Guillermo abrió de par en par las puertas de sus tierras a los refugiados hugonotes (calvinistas) que huían de Francia, representó un golpe contra la persecución y a favor de la tolerancia. Pero el mismo edicto incluía también un artículo que prohibía a los católicos de Brandemburgo asistir a la misa en las capillas de las casas de los embajadores de Francia y del imperio. En 1641, cuando el margrave Ernesto, virrey de Brandemburgo, propuso a Federico Guillermo que considerase la readmisión de los judíos (expulsados del Electorado en 1571) como medio de aliviar las tensiones financieras derivadas de la guerra, este replicó que era mejor dejar el asunto —sus antepasados habían tenido «buenas e importantes razones para extirpar a los judíos del Electorado[16]»—.

Aun así, había señales de que la peculiar geografía confesional de estas tierras empujaba gradualmente al elector a un compromiso de principio con la tolerancia. Repetidamente renunció a toda intención de obligar a las conciencias de sus súbditos, y conminó a su sucesor, en el Testamento Político de 1667, a amar por igual a todos sus súbditos, sin tener en cuenta su religión. Apoyó la admisión en la Prusia Ducal de los protestantes no-conformistas cismáticos que huían de las persecuciones en la vecina Polonia católica, y estaba dispuesto a tolerar la práctica privada de su religión. E incluso, en los últimos años, impulsó la inmigración de judíos. Había una pequeña comunidad judía en los territorios de Cleves y Mark, pero a los judíos se les prohibió establecerse en Brandemburgo o en Prusia. En 1671, cuando el emperador Leopoldo expulsó a los judíos de la mayor parte de las tierras de los Habsburgo, Federico Guillermo ofreció a las cincuenta familias más ricas un domicilio en Brandemburgo. Y en los años siguientes, los apoyó en contra de las amargas quejas de los estados y de otros intereses locales.

Esta política, naturalmente, estaba motivada por el cálculo económico, pero la justificación del elector revela una llamativa falta de prejuicios. «Es conocido que el fraude en el comercio se da entre los cristianos tanto como entre los judíos y con mayor impunidad», le dijo a un grupo de delegados del distrito de Havelland que había pedido que los judíos fuesen expulsados[17]. En 1669, cuando una muchedumbre cristiana destruyó la sinagoga de Halberstadt, amonestó a los estados locales y ordenó a sus funcionarios que pagasen su reconstrucción[18]. Es difícil saber con precisión por qué el elector adoptó este punto de vista tan atípico, pero es plausible suponer que la

explicación se remonte a su educación en la República Holandesa, sede de una floreciente y respetada comunidad judía. Una carta cuyo borrador había entregado a su secretario en 1686 sugiere también que podía haber conectado, en su mente, el imperativo de tolerancia con el recuerdo de los sufrimientos de la Guerra de los Treinta Años. «Las diferencias entre las comunidades religiosas producen, sin duda, violentos odios», escribió. «Pero es más antigua y más santa la ley de la naturaleza, que obliga a los hombres a apoyarse, a tolerarse y a ayudarse unos a otros[19]».

La tercera vía: el pietismo en Brandemburgo-Prusia

El 21 de marzo de 1691, Philip Kakob Spener, capellán jefe luterano de la corte sajona de Dresde, asumió un cargo eclesiástico superior en Berlín. Era un nombramiento provocador, por no decir algo peor: Spener ya era bien conocido como una de las figuras principales de un muy controvertido movimiento de reforma religiosa. En 1675 había gozado de una fama momentánea por la publicación de un breve panfleto titulado *Pías esperanzas* que criticaba varios defectos en la vida religiosa luterana contemporánea. La institución eclesiástica ortodoxa, afirmaba, está tan absorbida por la defensa de la corrección doctrinal que está olvidando las necesidades pastorales de los cristianos corrientes. La vida religiosa de la parroquia luterana se ha secado y echado a perder. En un alemán expresivo y accesible, Spener proponía varios remedios. Los cristianos debían intentar revitalizar la vida espiritual de sus comunidades creando grupos de discusiones pías —Spener los llamó «colegios de piedad» (*collegia pietatis*). La intensidad espiritual de tales círculos íntimos, sugería, transformaría a los creyentes nominales en cristianos renacidos con un fuerte sentido de la acción de Dios en sus vidas. La idea resultó enormemente atractiva y los colegios de piedad comenzaron a aparecer en las parroquias de los estados luteranos. Las instituciones luteranas respondieron con alarma por lo que consideraban una campaña subversiva para diluir la autoridad espiritual de la cura de almas establecida.

Hacia 1690 las reformas de Spener —calificadas de «pietistas» por sus detractores— estaban siendo atacadas por las autoridades ortodoxas en las universidades luteranas. August Hermann Francke, un estudiante graduado en teología en la Universidad de Leipzig y seguidor de Spener, provocó gran agitación en 1689, cuando impulsó la formación de colegios de piedad bajo supervisión estudiantil, y denunció el plan de estudios teológico luterano

tradicional, llevando a algunos estudiantes a quemar sus libros de texto y sus apuntes de clase[20]. Enseguida las autoridades académicas se vieron enfrentadas a un formidable movimiento estudiantil, y el gobierno sajón intervino en marzo de 1690 para prohibir todos los «conventículos» (término ampliamente utilizado por los contemporáneos para las reuniones religiosas no oficiales), estipulando que los estudiantes «pietistas» —fue durante este conflicto cuando el término se hizo de uso general— serían excluidos de la admisión a cargos clericales. El propio Francke fue expulsado de la universidad y con posterioridad asumió un cargo eclesiástico menor en Erfurt. Allí donde aparecían grupos claramente pietistas se produjeron agudos conflictos —a veces violentos— con los luteranos[21].

El pietismo fue controvertido debido a que representaba una contracultura crítica en el seno del luteranismo alemán. Era uno, en esa gran paleta de los movimientos religiosos europeos del siglo XVII, que desafió a la autoridad de la institución eclesiástica con su llamamiento a un más intensa, comprometida y práctica forma de observancia cristiana de lo que era habitual en las estructuras eclesiásticas formales. El pietismo estaba próximo a vivir el pleno «sacerdocio de todos los creyentes» de Lutero; a los pietistas les gustaba la *experiencia* de fe; desarrollaron un refinado vocabulario para describir los estados psíquicos extremos que acompañaban la transición de una creencia meramente nominal a otra sentida con el corazón en la redención a través de la reconciliación con Dios. Quizá por estar vehiculado por tan explosivas emociones, el pietismo era también dinámico e inestable. Una vez que los elementos del movimiento comenzaron a distanciarse de las iglesias luteranas establecidas, fue difícil detener el proceso de desintegración. En muchos lugares, los recién formados conventículos acabaron fuera de control, cayendo bajo la influencia de radicales que terminaron por separarse totalmente de las iglesias establecidas[22]. El propio Spener nunca pretendió que los conventículos funcionasen como vehículos de separatismo[23]. Este era un devoto luterano que respetaba las estructuras institucionales de la iglesia oficial; insistía en que las reuniones religiosas se celebrasen bajo supervisión de los sacerdotes y que se disolviesen de buena gana cuando incurriesen en la desaprobación de las autoridades eclesiásticas[24].

El movimiento desarrolló un impulso propio. En Dresde, donde Spener había ocupado la posición de capellán superior de la corte desde 1686, la escalada del conflicto con los luteranos ortodoxos —exacerbada por la severa violencia del reformador contra la laxitud moral de la corte sajona— amargó las relaciones con su empleador, el elector Juan Jorge. En marzo de 1691 el

elector, cuya moral sexual personal resultaba un tanto relajada, perdió la paciencia y pidió a sus consejeros privados que «Spener abandonara su cargo sin más, ya que no queremos ver ni oír más a este hombre[25]». Al año siguiente, la facultad teológica luterana de la Universidad de Wittenberg confirmó oficialmente la heterodoxia de Spener, identificando nada menos que 284 «errores» doctrinales en sus escritos[26].

Pero la ayuda estaba cerca. Inmediatamente después de que Spener ya no fuera bien recibido en Dresde, Federico III de Brandemburgo le ofreció un alto cargo eclesiástico y pastoral en Berlín. Federico le permitió asimismo contratar a numerosos activistas pietistas perseguidos para puestos clericales y académicos en Brandemburgo-Prusia. Uno de estos fue Augustus Hermann Francke que, habiendo dejado Leipzig, había sido obligado, solo un año más tarde, a dejar su puesto de diácono en Erfürt. En 1692 Francke fue nombrado para un vicariato en Glaucha, una ciudad satélite de Halle, y profesor de lenguas orientales en la nueva Universidad de Halle. El teólogo Joachim Justus Breithaupt, que había perdido el favor en Erfurt por defender a Francke contra los ortodoxos, se convirtió en el primer profesor de teología de la Universidad en 1691. Otro veterano de las disputas de Leipzig, Paul Anton, fue nombrado también profesor. Al mismo tiempo, Spener reunió e instruyó a una nueva generación de dirigentes pietistas en un colegio de piedad que se reunía dos veces a la semana en Berlín[27]. El patrocinio estatal deliberado del movimiento se diferenciaba de las políticas adoptadas en la mayoría de los demás territorios, y representó un importante punto de partida, tanto en la historia del movimiento pietista como en la historia cultural del estado de Brandemburgo-Prusia.

La razón para la cooptación brandemburguesa del pietismo reposa en el peculiar apuro confesional de la casa gobernante calvinista. Los repetidos intentos de apagar las polémicas luteranas habían fallado estrepitosamente la perspectiva de una unión voluntaria de ambas confesiones seguía siendo algo tan remoto como nunca lo había sido. Las condenas públicas de Spener de las peleas interconfesionales eran, por ello, música para los oídos del elector y de su familia. La cuarta de las seis propuestas de las *Pías Esperanzas* era que las polémicas teológicas debían ser aminoradas: era «el santo amor de Dios», más que las disputas, argüía Spener, lo que anclaba la verdad en cada individuo; y el intercambio con aquellos cuyas creencias eran diferentes de las propias debía realizarse, por ello, con un espíritu pastoral, no polémico[28]. A través de los escritos pastorales y teológicos de Spener los asuntos dogmáticos fueron puestos al margen en beneficio de una predominante

preocupación por la dimensión práctica, experimental de la fe y la observancia. A los cristianos se les urgía a practicar «el sacerdocio espiritual» en sus propias vidas, tendiendo activamente al bienestar de su prójimo, observando, edificando y «convirtiéndolos[29]». «Si despertamos en nuestros cristianos un ardiente amor, de unos por otros en primer lugar, y luego por toda la humanidad […] entonces habremos conseguido virtualmente todo lo que deseamos[30]».

Spener fue siempre respetuoso con las iglesias protestantes establecidas y por sus tradiciones litúrgicas y doctrinales, y nunca fue partidario de los proyectos unionistas[31]. Con todo, era posible ver en sus escritos —como en la cultura devocional individualizada y guiada por la experiencia del movimiento pietista en conjunto— un esbozo de una cristiandad confesionalmente imparcial que transcendería los límites entre el protestantismo calvinista y luterano. Al disminuir el significado del dogma y de los sacramentos, y enfatizando la indivisibilidad de la verdadera iglesia apostólica, el pietismo prometía consolidar las «bases internas» para las reclamaciones de la monarquía prusiana del episcopado supremo sobre las dos confesiones protestantes[32].

Había asimismo buenas razones para que el elector hubiese optado por Halle como lugar en el que dotar al movimiento pietista de un punto fuerte en las provincias. Halle era una de las mayores ciudades del ducado de Magdeburgo. Brandemburgo había adquirido los derechos de herencia de Magdeburgo como parte del acuerdo de paz de 1648, pero el territorio cambió de manos solo en 1680. Magdeburgo era un bastión de la ortodoxia luterana, en la que el Estado luterano había gobernado tradicionalmente sin impedimentos por parte del soberano nominal, el arzobispo de Magdeburgo. Hasta 1680, a los calvinistas se les prohibió adquirir tierras en el ducado, y carecían de derechos civiles. La toma de posesión fue seguida por un período de tensa confrontación entre el gobierno de Berlín y los estados locales. En contra de los deseos de los luteranos, se instaló a un canciller calvinista como administrador del ducado.

En un contexto semejante, el significado del apoyo del estado al movimiento pietista quedó de manifiesto. Los pietistas debían funcionar como una especie de quinta columna, cuya tarea era apoyar la integración cultural de una provincia ultraluterana. A lo largo de los años 1690, el gobierno del Electorado intervino para proteger a los pietistas contra los ataques y obstrucciones por parte de los luteranos locales —autoridades municipales, gremios, y terratenientes locales[33]— La piedra angular de la política cultural

del gobierno en la región fue la fundación de la Universidad de Halle en 1691, como universidad principal de las tierras de los Hohenzollern. Con pietistas y distinguidos pensadores seculares en puestos administrativos y académicos clave, la Universidad de Halle suavizaría el combativo luteranismo de las provincias. Como instituto preparatorio de futuros pastores y funcionarios de la iglesia, ofrecería una apropiada alternativa a las combativas y anticalvinistas facultades teológicas de la vecina Sajonia, donde muchos de los pastores luteranos de Brandemburgo habían estudiado hasta este momento.

Los pietistas se involucraron en los servicios sociales. Hacía mucho tiempo que Spener pensaba que la pobreza y sus males derivados, pereza, mendicidad y delitos, podían y debían ser eliminados de la sociedad cristiana por medio de juiciosas reformas, que incluían la participación forzada o voluntaria de los indigentes en programas de trabajo[34]. A este respecto, al igual que en su visión confesional conciliadora, coincidía con las aspiraciones y políticas del estado brandemburgués. A petición del elector, Spener entregó un memorándum en el que recomendaba la supresión y vigilancia policial de la mendicidad de Berlín, y la centralización de las medidas caritativas para las personas que exigían cuidados temporales o permanentes. Los fondos necesarios, estimaba, podían obtenerse a través de una combinación de los cepillos de los pobres de las iglesias, donaciones y subsidios estatales. La consecuencia fue la prohibición general de la mendicidad, la creación de una Comisión de Pobreza permanente y la institución en Berlín del Hospital Federico para Enfermos, Ancianos y Huérfanos (1702)[35].

También en Halle los pietistas combatieron la pobreza y la indigencia. Alrededor de la carismática figura de August Hermann Francke se produjo un extraordinario florecimiento de voluntarismo. En 1695, Francke abrió una escuela para pobres financiada con donaciones pías. Fue tal el nivel de generosidad pública que pronto pudo ampliar la escuela para convertirla en un «orfanato» que ofrecía alojamiento y manutención y también educación elemental gratuita. La rutina diaria de esta institución se estructuró alrededor de tareas prácticas y útiles, y los «huérfanos» (muchos de los cuales eran, en realidad, hijos de familias pobres locales) eran conducidos regularmente a visitar los talleres de los artesanos, para que se hiciesen una idea clara de su futuro profesional. En los primeros años Francke experimentó planes de financiación de orfanatos por medio de la venta de objetos producidos utilizando fuerza de trabajo infantil, pero más tarde, incluso esta idea fue abandonada por impracticable; aun así, el buen trabajo manual artesano

continuó siendo un componente fundamental del programa pedagógico del orfanato[36]. Fue sobre todo esta llamativa combinación de educación, socialización por el trabajo y medidas caritativas la que despertó el interés y la admiración de los contemporáneos en Brandemburgo-Prusia y en otros lugares.

Con los ingresos producidos por la nueva escuela, Francke construyó el grande y elegante edificio de piedra que aún hoy domina la Franckeplatz, en el centro de Halle. Se fundaron otras escuelas gratuitas para alojar a los hijos de familias de ambientes sociales y ocupacionales específicos, por medio de un sistema de becas y «mesas gratuitas» para proteger a los estudiantes menos pudientes contra el impacto de las fluctuaciones económicas[37]. El Pedagogium, fundado en 1695, especializado en la educación de los hijos cuyos padres —muchos de los cuales eran de noble extracción— pudiesen hacer frente a la educación y a los cuidados más costosos. Uno de estos alumnos fue Hans Hermann von Katte, el amigo íntimo del príncipe heredero Federico que luego sería decapitado por su papel en el intento del príncipe de fugarse de Brandemburgo. La «Escuela Latina», fundada dos años más tarde, ofrecía instrucción en «los fundamentos del saber» (*fundamentis studiorum*); el programa incluía latín, griego, hebreo, historia, geografía, geometría, música y botánica, todo ello impartido por enseñantes especialistas, una novedad significativa respecto a la práctica educativa de la época. Entre sus distinguidos alumnos se hallaba el editor berlinés Friedrich Nicolai, una de las luminarias de la ilustración prusiana.

Los pietistas de Halle comprendieron la importancia de la publicidad. Francke apoyó a sus empresas con océanos de propaganda impresa en la que el sermoneo evangélico se mezclaba sin costuras con los llamamientos a la generosidad de los lectores. La publicación más ampliamente conocida e influyente que difundía las noticias de las iniciativas pietistas en Halle, era *Pasos del todavía viviente y reinante, benevolente y verdadero DIOS / para vergüenza del descreimiento y el reforzamiento de la fe*, publicado a partir de 1701 con numerosas nuevas ediciones y reimpresiones[38]. Con su exaltada retórica y su aire de inconmovible confianza en sí mismas, tales publicaciones, distribuidas a través de una red de simpatizantes pietistas extendidos por toda Europa, canalizaban el sentido de la imponente ambición de los institutos de Halle. Las publicaciones incluían informes sobre las buenas obras y la expansión de las fundaciones de la ciudad, con noticias del flujo de donaciones y material reciclado de la correspondencia. Despertaban un sentido de inmediatez y compromiso entre aquellos que apoyaban la labor

de las fundaciones de Halle. Y también, anticipaban en varios aspectos las campañas de recaudación de fondos de nuestros días. Creaban, además, un sentido de pertenencia que, al final, era parcialmente independiente del lugar. Las redes luteranas eran muy tupidas en ciertas localidades específicas; y las impulsaba un sentido de intimidad con un particular escenario. Por el contrario, los pietistas crearon una red epistolar descentralizada de agentes, ayudantes y amigos que podía ser extendida indefinidamente a través de Europa central hasta Rusia, y cruzando el Atlántico hasta las colonias norteamericanas, donde los pietistas de Halle contribuyeron en gran medida a la evolución del protestantismo del Nuevo Mundo[39].

La intención de Francke era que en última instancia todo el complejo de Halle pudiese ser autónomo y económicamente autosuficiente; sería una «Ciudad de Dios», un emblema microcósmico de la capacidad de la labor bien hecha para conseguir una transformación total de la sociedad[40]. Con el fin de alcanzar un nivel de autosuficiencia en la práctica, Francke impulsó operaciones económicas en el orfanato; las más importantes, financieramente, fueron la casa editora y la farmacia. En 1699 el orfanato comenzó a vender sus libros (impresos en su propia imprenta) en la feria de otoño de Leipzig. En 1702 se abrió en Berlín una tienda sucursal del orfanato, seguida de sucursales en Leipzig y Fráncfort del Meno. Al trabajar junto al personal de la facultad de la Universidad de Halle, la imprenta del orfanato garantizó un flujo ininterrumpido de manuscritos de fácil venta, incluyendo trabajos de interés religioso y tratados seculares de gran calidad. El catálogo de la casa de 1717 incluía 200 títulos debidos a setenta autores. Entre 1717 y 1723, el orfanato imprimió y vendió no menos de 35 000 folletos que contenían sermones de Francke.

Aún más lucrativa fue la venta por correo de productos farmacéuticos (desde 1702) para lo cual el orfanato utilizó un sofisticado sistema de agentes que se difundieron por la Europa central y del este. Solo con el crecimiento de sus negocios, se hizo evidente el valor comercial de las extensas redes del pietismo. Con sus ganancias anuales de 15 000 táleros en los años 1720, la *Medikamentenexpedition* iba a convertirse en el contribuyente individual más importante de los cofres del orfanato. Otros ingresos provenían de la elaboración de cerveza, de periódicos y de operaciones comerciales dirigidas desde el complejo de Halle. En 1710 el edificio originario del orfanato se había convertido en la pieza principal de un gran recinto autónomo formado por establecimientos comerciales y pedagógicos que se ampliaban hacia el sur, en tierras vacías lejos del centro de la ciudad.

11. El complejo del orfanato de Halle, *retrato de su fundador, August Hermann Francke, mantenido en el aire por un águila prusiana, con la asistencia de querubines.*

Éxitos a esta escala habrían sido impensables sin el apoyo concertado del gobierno de Berlín y de sus servidores en las provincias[41]. Francke tenía plena conciencia de la dependencia del movimiento del patronazgo de sus poderosos amigos, y fue tan asiduo como Spener en cultivar los contactos con la corte y el gobierno, tarea para la cual empleó todo su carisma e intensa sinceridad que había agitado a sus audiencias estudiantiles en la Universidad de Leipzig. Tras una reunión con Francke en 1711 Federico otorgó al orfanato un privilegio que lo situó directamente bajo la autoridad de la nueva corona prusiana. A este siguieron otros privilegios, garantizando ingresos de una variedad de fuentes oficiales.

La subida al trono de Federico Guillermo I, con quien Francke había tenido trato cuando era príncipe heredero, inauguró una era de aún mayor cooperación. El nuevo monarca tenía una personalidad inquieta, impulsiva e inestable, era propenso a brotes de extrema melancolía y angustia mental. A la edad de veinte años, tras la muerte de su primer hijo, había tenido una «conversión» que introdujo una intensa dimensión personal en su fe. Aquí se daba una afinidad con Francke, cuyo dinamismo se derivaba, en parte, de un sentimiento de la fragilidad existencial de la fe y por un deseo de huir de la desesperación y del temor de lo que no tenía sentido que lo había atormentado antes de su «conversión». En ambos hombres el conflicto interior se

vehiculaba hacia fuera con un «constante trabajo y un sacrificio sin límites», características que quedaban reflejadas en la extraordinaria energía colonizadora del pietismo de Halle y en el infatigable celo del «rey soldado[42]».

La colaboración entre la monarquía y el movimiento pietista se intensificó rápidamente[43]. El establecimiento de fundamentos educativos tipo Halle continuó. Federico Guillermo I empleó a los pietistas con experiencia en Halle para que dirigieran el nuevo orfanato militar de Potsdam y la nueva Escuela de Cadetes de Berlín. En 1717, cuando el rey promulgó las leyes de enseñanza obligatoria en Brandemburgo-Prusia, se planeó la construcción de 2000 escuelas (pero no todas se construyeron en realidad) según el modelo de Halle[44]. A finales de los años 1720, se convirtió en un prerrequisito para el servicio estatal de Brandemburgo-Prusia una instrucción de al menos dos semestres en la Universidad de Halle, dominada por los pietistas (cuatro semestres de 1729 en adelante)[45]. Los nombramientos de pietistas para la Universidad de Königsberg crearon una base de poder paralela en Prusia Oriental; aquí, como en Halle, la red de patronazgo pietistas garantizó que los estudiantes de la misma opinión pudiesen alcanzar cargos parroquiales y eclesiásticos[46]. Desde 1730, la preparación, no solo de funcionarios civiles y clérigos sino también de la mayor parte del cuerpo de oficiales prusiano, se dio en escuelas basadas en el modelo de Halle y dirigidas por pietistas[47].

Los capellanes militares fueron los más importantes propagadores de los valores pietistas entre los militares prusianos[48]. En 1718 el elector Federico Guillermo separó la administración del clero militar de la de iglesia civil, controlada según la ortodoxia, y nombró director a un graduado de Halle, Lampertus Gedike. Gedike adquirió nuevo poder sobre los nombramientos y la supervisión de los capellanes del ejército, y lo usó enérgicamente a favor de los candidatos de Halle. De todos los capellanes del ejército nombrados para cargos en la Prusia Ducal entre 1714 y 1736, por ejemplo, más de la mitad eran exestudiantes de teología de Halle[49]. La educación de los cadetes, huérfanos de guerra destinados al servicio en el ejército, y los hijos de los soldados en activo fue cayendo cada vez más en manos de los pietistas.

¿Cuáles fueron los efectos a largo plazo de estos logros impresionantes? No es fácil aislar el impacto de los pietistas en la estructura educativa y pastoral de los efectos de otros cambios en la organización y administración de los militares bajo Federico Guillermo I (tales como un mejor adiestramiento o la adopción del sistema cantonal de reclutamiento). No todos los capellanes militares consiguieron destacar en el rudo mundo del ejército

prusiano. Un capellán fue perseguido por sus oficiales porque había predicado contra el baile y por empolvarse el cabello; a otro lo echaron por tierra las burlas y los insultos de su regimiento. Los capellanes militares no se reclutaban según el sistema de cantones, y a veces les era difícil ganarse el respeto de los soldados, que los consideraban «extranjeros» porque provenían de una provincia diferente[50]. De todos modos, parece no haber grandes dudas respecto a que los ideales y actitudes propagadas por el movimiento contribuyeron a dar forma al carácter del ejército prusiano. Por lo menos es plausible que la relativamente baja proporción de deserciones —según los estándares de la Europa occidental— entre los soldados corrientes prusianos durante las tres guerras de Silesia de 1740-1742, 1744-1745 y 1756-1763 refleja la elevada disciplina y moral instiladas en generaciones de reclutas por los capellanes e instructores pietistas[51].

En el cuerpo de oficiales, en el que el movimiento pietista tenía cierto número de amigos influyentes, es probable que los pietistas, con su rigor moral y sacralizado sentido de vocación, contribuyeran a desacreditar la vieja imagen del oficial bravucón y jugador libertino y a situar en su lugar un código de conducta de oficial basado en la sobriedad, autodisciplina y serio sentido del deber, que acabó considerándose una característica «prusiana[52]». Con su concepto de vocación a la vez mundano y sagrado, el centrarse en las necesidades públicas y su énfasis en la abnegación, el pietismo franckeano puede haber contribuido asimismo al surgimiento de una nueva «ética de la profesión» que ayudó a formar la identidad distintiva y al carácter corporativo del funcionario prusiano[53].

Las innovaciones en la escuela introducidas por Francke y sus sucesores tuvieron también un impacto transformador sobre la práctica de la pedagogía en Prusia. La estrecha alianza entre los pietistas de Halle y el monarca contribuyó al surgimiento de la instrucción escolar como un «objeto separado de la acción del estado[54]». Fueron los pietistas quienes introdujeron la preparación profesional y una certificación estandarizada de los procedimientos para los enseñantes y textos elementales generales para los alumnos. Las escuelas de los orfanatos crearon también un nuevo tipo de entorno educativo caracterizado por una estrecha observación psicológica de los alumnos, una insistencia en la autodisciplina y una aguda conciencia del tiempo (Francke instaló relojes de arena en cada aula). El día quedó subdividido claramente en períodos de estudio coordinado de una serie de materias y períodos de tiempo libre; a este respecto, el régimen de Halle anticipó la polarización del trabajo y el tiempo libre característica de la

moderna sociedad industrial. En estas condiciones, el aula se convirtió en el espacio cerrado, dedicado a un objetivo concreto que hoy asociamos con la enseñanza moderna.

La transformación de la escuela en Prusia, según estas directrices, estaba incompleta, naturalmente, cuando Federico Guillermo murió en 1740 y el movimiento perdió a su poderoso patrocinador. Pero el modelo de Halle siguió siendo influyente; en los años 40 y 50 del siglo XVIII el educador Johann Hecker, que había sido enseñante en el Pedagogium que tuvo su antecedente en el Colegio de Enseñantes de Francke en Halle, fundó una red de «escuelas para pobres» en Berlín para los olvidados y potenciales delincuentes, los vástagos de los numerosos soldados de la ciudad. Con el fin de garantizar una adecuada provisión de enseñantes bien instruidos y motivados, Hecker creó un colegio de maestros basado en el modelo de Francke; él fue uno de los varios graduados del colegio de Halle que estableció este tipo de institutos en las ciudades prusianas. Estableció asimismo, en Berlín, una *Realschule*, la primera que ofreció educación a los hijos de la clase media y media-baja, en una serie de temas vocacionales, como alternativa a los programas humanistas basados en el latín de la escuela secundaria tradicional. Fue Hecker quien popularizó la práctica de dar clases colectivamente a los alumnos de capacidades semejantes, para maximizar la eficacia del proceso de enseñanza, lo que supuso una innovación fundamental y duradera.

Así como contribuyeron a la estandarización de la educación y de los servicios públicos, los pietistas dirigieron su atención a la educación de las minorías lituana y masuriana (protestantes de habla polaca)**[*]**. En 1717, cuando el pietista Heinrich Lysius fue nombrado inspector de escuelas e iglesias para Prusia Oriental, hizo un llamamiento a la preparación especializada de los clérigos para llevar a cabo su actividad misionera y educativa entre las comunidades de habla no alemana en las diócesis de Prusia Oriental. Su resultado fue, tras algunos desencuentros iniciales, que se crearon seminarios lituanos y polacos en la Universidad de Königsberg**[55]**. La meta era instruir a aspirantes pietistas para trabajar en las parroquias lituanas y masurianas. Los pietistas contribuyeron también a convertir a las lenguas minoritarias de la provincia en objeto de estudios serios. Se publicaron en Königsberg, en 1747, grandes diccionarios de la lengua lituana (Ruhig) y 1800 (Mielcke), ambos patrocinados por las autoridades prusianas**[56]**.

Los pietistas también proporcionaron ayuda a la integración de los aproximadamente 20 000 luteranos que entraron en Prusia como refugiados

desde los arzobispados de Salzburgo en 1731-1732, la mayoría de los cuales fueron enviados por Federico Guillermo I a vivir como campesinos en la despoblada región de la Lituania prusiana (véase más adelante). Los pietistas acompañaron a los salzburgueses en su viaje a través de Prusia, organizaron campañas de recogida de fondos y de ayudas financieras, dotando a los recién llegados de textos piadosos impresos en el orfanato, y proporcionaron pastores a sus comunidades del este[57].

Otra zona de actividad evangelizadora —con frecuencia ignorada— fue la misión pietista entre los judíos. Ya en 1728 existía un Instituto Judaico en la ciudad de Halle, gestionado por el teólogo pietista Johann Heinrich Callenberg, que dirigía una bien organizada misión —la primera de su tipo— entre los judíos de la Europa germanohablante. Los misioneros, que recibían preparación lingüística en Halle en el primer seminario académico de lengua yiddish de Europa, viajaron por todos los rincones de Brandemburgo-Prusia, enganchando a viajeros judíos y tratando, con poco éxito, de convencerlos de que Jesucristo era su mesías. Estrechamente interrelacionado con el complejo del orfanato, el instituto se sustentaba en la esperanza escatológica de una profetizada evangelización masiva de los judíos, articulada en los escritos de Philipp Jakob Spener. Pero, en la práctica, sus esfuerzos misioneros se centraron en gran medida en la conversión y reubicación ocupacional de los itinerantes empobrecidos, llamados «judíos mendigos» (*Betteljuden*) cuyo número estaba aumentado en Alemania a comienzos del siglo XVIII[58]. Así, pues, la misión entre los judíos incorporaba la característica mezcla pietista de conciencia social y celo evangelizados En sus esfuerzos misioneros, como en otras esferas de su actividad, los pietistas dispusieron de la aprobación oficial al contribuir a las tareas de la integración religiosa, social y cultural a la que se enfrentaba la administración del estado de Brandemburgo-Prusia, colaborando en llevar a cabo la «domesticación», como dijo un historiador, de los «elementos extraños[59]».

En los años 1720 y 1730, el pietismo se había hecho respetable. Como suele ocurrir en estos casos, había ido cambiando en el proceso. Había comenzado como un movimiento controvertido con una precaria base en las iglesias luteranas establecidas. A medida que el pietismo iba haciéndose con más adhesiones a lo largo de los años 1690 y en el nuevo siglo, continuó cargando con una reputación de excesivo celo[60]. En los años 1730, sin embargo, el ala moderada del movimiento gozó de un predominio indiscutible, gracias a la labor de base realizada por Spener y al infatigable trabajo de Francke y sus colaboradores de Halle en canalizar el superávit de

energías espirituales de los no-conformistas luteranos hacia una serie de proyectos institucionales. Continuaron floreciendo, en otros estados alemanes, variedades de pietismo radical, algunas de ellas claramente separatistas, pero la diversidad prusiana se liberó de sus molestas franjas extremistas, y se convirtió en una ortodoxia de pleno derecho. Llena de confianza, la segunda generación de pietistas utilizó su presencia en las instituciones clave para silenciar o apartar a sus oponentes, lo que también los luteranos ortodoxos habían hecho en sus primeros tiempos. El movimiento pietista se convirtió en una red de patronazgo de pleno derecho[61].

Pero esta posición dominante no podía mantenerse a largo plazo. A mediados de los años 1730, los más influyentes y talentosos miembros fundadores de la generación de teólogos de Halle habían muerto: Francke (1727), Paul Anton (1730) y Joachim Justus Breithaupt (1732); la siguiente generación no produjo teólogos de una calidad o de un perfil público comparables. El movimiento se debilitó ulteriormente en los años 1730 por la controversia sobre las campañas lanzadas por Federico Guillermo I para purgar de elementos «católicos» el ceremonial luterano. Algunos pietistas destacados apoyaron la iniciativa, pero la mayoría siguió mostrándose respetuosa con la tradición luterana y se opuso al intervencionismo litúrgico del rey. En esto, se hallaron de acuerdo con el liderazgo ortodoxo de la Iglesia luterana, un hecho que hizo mucho por reparar el daño ocasionado por decenios de enfrentamientos[62].

La lealtad al estado que había proporcionado al movimiento su preeminencia corría ahora el peligro de romperse. Había señales de que la tradicional tolerancia pietista respecto a las diferencias confesionales estaba siendo suplantada, desde el interior del propio movimiento, por un protoilustrado entusiasmo por la convergencia confesional. Luego estaba el problema relativo a que la política de favorecer a los pietistas para el servicio civil y los puestos pastorales animó a candidatos ambiciosos a adoptar una imitación adaptativa al servicio de sus carreras. Muchos sucumbieron a la tentación de confeccionar relatos de conversión a una fe más verdadera y sentida, e incluso falsificar el grave semblante y conducta (una fuente habla de poner los ojos en blanco de los pietistas) asociados con los más celosos miembros del movimiento. Este fenómeno —consecuencia del éxito del movimiento— iba a hacer que el término «pietista» quedase contaminado de forma duradera por la connotación de impostura religiosa[63].

Desde 1740 el pietismo decayó rápidamente en las facultades de teología de las universidades y en las redes clericales de Brandemburgo-Prusia. Esto

fue, en parte, resultado de la retirada del apoyo real. Federico el Grande no simpatizaba personalmente con los «jesuitas protestantes» que habían gozado de la protección de su padre, y favoreció siempre a los candidatos ilustrados para la administración de la iglesia, con la consecuencia de que Berlín se convirtió en un renombrado centro de ilustración protestante[64]. La Universidad de Halle, un tiempo bastión del movimiento, se convirtió en un centro principal de racionalismo, e iba a continuar siéndolo a lo largo del siglo siguiente. Se produjo un gradual declive en el número de personas que asistían al complejo del orfanato de Halle, y un declinar correspondiente en el círculo de donantes que deseaban apoyar sus actividades. Todo esto se reflejaba en la menguante suerte de la misión pietista entre los judíos de Halle, cuyo informe final anual, publicado en 1790, comenzaba con la observación de que «si comparamos los primeros días de nuestra institución con los presentes, pues bien, ambos son como el cuerpo y su sombra…»[65].

¿Qué alcance tuvo el impacto del movimiento pietista sobre la sociedad y las instituciones de Prusia? Los pietistas valoraban la moderación y los eufemismos y despreciaban el lujo y el dispendio de la corte. En la corte y en los órganos de la educación militar y civil ensalzaban sistemáticamente las virtudes de la modestia, de la austeridad y de la autodisciplina. En este sentido, amplificaban el impacto del cambio cultural forjado por Federico Guillermo I desde 1713, cuando las pelucas desmesuradas y las chaquetas ricamente bordadas se convirtieron en las despreciadas frivolidades de una era que ya había pasado. A través de su papel en las escuelas de cadetes, contribuyeron a dar forma a actitudes y comportamientos de la nobleza de las provincias, y cada vez más aquellos cuyos hijos estaban pasando a través del sistema de cadetes en los decenios centrales del siglo XVIII. Esto puede tener que ver con el escaso gusto por la ostentación que acabó siendo el sello de la casta prusiana de los junker. Si la legendaria modestia de los junker era, en muchos casos individuales, pura afectación y postura, esto simplemente indica el poder del tipo de individuo popularizado por el movimiento pietista.

Asimismo, el pietismo contribuyó a preparar el terreno de la Ilustración prusiana[66]. El optimismo del movimiento y su foco orientado hacia el futuro mostraban afinidades con la idea ilustrada del progreso, y precisamente por su preocupación por la educación como medio de formar la personalidad «surgió la pedagogización general de la existencia humana que fue una característica esencial de la Ilustración[67]». El desarrollo de las ciencias naturales en la Universidad de Halle pone de manifiesto cuán estrechamente están interrelacionados el pietismo y la Ilustración, pese a sus muchas diferencias;

el «campo de fuerza» entre estos dio forma a los supuestos que guían a la investigación científica[68]. La insistencia de los pietistas en la ética a expensas del dogma y su compromiso con la tolerancia al tratar las diferencias confesionales del mismo modo prefiguraron las modas del posterior siglo XVIII —testigos del concepto de Kant de la moralidad como la esfera superior de la verdad racionalmente accesible, y su tendencia a subordinarlas intuiciones religiosas y morales[69].

Algunos de los más influyentes exponentes prusianos de la filosofía de la Ilustración y de la romántica se criaron en un medio pietista. El culto de la introspección asociado al movimiento romántico tiene un antecedente en la «biografía espiritual» pietista, cuyo arquetipo fue el muy leído relato de Francke de su conversión. Su sucesor secular, la «autobiografía», surgió como un género literario influyente hacia mediados del siglo XVIII[70]. El filósofo romántico Johann Georg Hamann estudió en la Escuela Kneiphofde Königsberg, bastión del pietismo moderado, y posteriormente asistió a la universidad de la ciudad, donde fue influido por el filósofo de inspiración pietista, profesor Martin Knutzen; la cualidad introspectiva y ascética de la visión pietista puede encontrarse en sus escritos. Hamann, incluso, tuvo una especie de experiencia de conversión, causada por un período de intensa lectura de la Biblia y la autoobservancia penitencial[71]. El peso del pietismo de Württemberg puede comprobarse en los escritos de G. W. F. Hegel, que acabará ejerciendo una profunda influencia sobre el desarrollo de la filosofía y del pensamiento político en la Universidad de Berlín; el concepto de Hegel de la teleología como un proceso de autorrealización estaba sostenido por una teología cristiana de la historia con características pietistas reconocibles[72].

Y ¿qué sucedía con el estado de Brandemburgo-Prusia? Moldeado sobre el friso que domina la fachada del orfanato de Francke, en Halle hay dos águilas negras prusianas, con las alas extendidas, vivo recuerdo para todo el que pase por allí de la proximidad del movimiento al poder del estado. La positiva contribución efectuada por los pietistas a la consolidación de la autoridad dinástica de Brandemburgo-Prusia ofrece un llamativo contraste con la neutralidad política del contemporáneo movimiento pietista en Württemberg y el subversivo impacto del puritanismo en Inglaterra[73]. Como una quinta columna en el seno del luteranismo de Brandemburgo-Prusia, los pietistas resultaban ser un instrumento ideológico más efectivo que las prescripciones confesionales y medidas censoras de los calvinistas de lo que los electores y el rey habían sido nunca. Pero los pietistas hicieron más que asistir simplemente al soberano; alimentaron la energía en la empresa pública

de la nueva dinastía a partir de un movimiento de voluntarismo protestante de amplia base. Sobre todo, propagaron la idea de que los objetivos del estado podían ser también de los ciudadanos conscientes, en el sentido de que el servicio al estado podía ser motivado no solo por la obligación o el propio interés, sino también por un envolvente sentido de la responsabilidad ética. Surgió, así, una comunidad de solidaridad que se extendió más allá de las redes de relaciones patrono-cliente. El pietismo permitió dar los primeros pasos de una constitucionalidad activista de amplia base para el proyecto monárquico de Brandemburgo-Prusia.

Piedad y política

¿Tiene sentido hablar de las relaciones exteriores de Brandemburgo-Prusia en términos de «política extranjera protestante»? Los historiadores de la política del poder y de las relaciones internacionales se han mostrado escépticos, por lo general, respecto a tales afirmaciones. Incluso en la era de las «guerras de religión», apuntan, los imperativos de la seguridad territorial se superpusieron a las demandas de solidaridad confesional. La Francia católica apoyaba a la Unión Protestante contra la católica Austria; la Sajonia luterana se puso del lado de la católica Austria contra la Suecia luterana. Las lealtades confesionales solían ser muy pocas veces lo suficientemente fuertes para predominar sobre cualquier otra consideración y la disposición del calvinista Palatinado de Federico V a arriesgarlo todo a favor de los intereses protestantes en la guerra de 1618-1620 resultó rara, quizá, incluso, excepcional.

De todos modos, sería engañoso llegar a la conclusión de que la política exterior se formulaba sobre la base de cálculos de interés exclusivamente seculares o que la confesión religiosa fuese un factor sin importancia. Jugó un papel importante en la estructuración de las alianzas matrimoniales dinásticas, en primer lugar, y estas, a su vez, tuvieron importantes consecuencias para la política exterior, y no solo porque con frecuencia traían consigo nuevas reclamaciones territoriales. Está claro, además, que muchos dirigentes protestantes se consideraban miembros de una comunidad de estados protestante. Y esto fue especialmente cierto en el caso del Gran Elector, que aconsejaba a su sucesor en el Testamento Político de 1667 que trabajase en lo posible conjuntamente con otros territorios protestantes y que se mostrase vigilante para defender las libertades protestantes contra el emperador[74]. Los

factores confesionales tuvieron un papel notable en los debates políticos del ejecutivo. Argumentando contra una alianza con Francia en 1648, el consejero privado Sebastian Striepe comentó que el cardenal Mazarino era hostil a la fe reformada y era probable que desease seguir adelante con la catolización de Francia[75]. En los años 1660, ante la intensificación del maltrato que sufrían los calvinistas franceses, el elector escribió a Luis XIV para expresarle su preocupación[76]. En los años 1670 Federico Guillermo se pasó a la coalición antifrancesa para prevenir el sojuzgamiento de la República Holandesa, centro del calvinismo norteuropeo. La geopolítica y la promesa de subsidios le hicieron volver a Francia en los primeros años 1680, pero su vuelta a la alianza entre Brandemburgo y el imperio de 1686 se debió, en parte, a su inquietud por la brutal persecución de los hugonotes calvinistas en Francia[77].

Una manera de demostrar solidaridad confesional sin correr el riesgo de un conflicto armado fue ofrecer asilo y otras formas de asistencia a los correligionarios perseguidos en otro estado. El ejemplo más celebrado de este tipo de actuación política fue el Edicto de Potsdam de 1685, por el que el elector invitaba a los calvinistas franceses perseguidos a establecerse en las tierras de Brandemburgo-Prusia. Esta fue la respuesta de Federico Guillermo a la supresión por parte del rey francés de los derechos otorgados a los hugonotes por el Edicto de Nantes (1598). En total, unos 20 000 refugiados calvinistas franceses se asentaron en la tierra del elector. Solían provenir de los estratos más pobres de la población reformada —los más ricos, en general, habían optado por destinos económicamente más atractivos, tales como Inglaterra y Holanda—. El reasentamiento fue sufragado (en contraste con Holanda y Gran Bretaña) con ayudas otorgadas por el estado, viviendas asequibles, exenciones de impuestos, préstamos baratos, etc. Ya que Brandemburgo, cuya población no se había repuesto de la mortandad de la Guerra de los Treinta Años, tenía gran necesidad de inmigrantes hábiles e industriosos, se trató, así, de una decisión interesada pero muy efectiva. Lo que irritó profundamente a Luis XIV[78] (lo que, naturalmente, era parte de su intención) y mereció la aprobación de los protestantes de todas las tierras alemanas. Existía una extraña desproporción en esto: de los aproximadamente 200 000 hugonotes que huyeron de Francia ante las persecuciones, solo alrededor de un décimo se detuvo en tierras prusianas, aunque fue el elector, más que ningún otro soberano, quien tuvo éxito en captar el momento oportuno para su reputación. Situado en un registro moral de altura y universalizante, el edicto fue celebrado (de modo algo engañoso) desde

entonces como uno de los grandes monumentos de la tradición de tolerancia prusiana.

Tanto éxito tuvo la «política de derechos religiosos» inaugurada en Potsdam que se convirtió en una especie de elemento fijo en el arte de gobernar de los Hohenzollern. En una proclamación de abril de 1704, Federico I hizo pública en términos semejantes su determinación de ayudar a los calvinistas franceses perseguidos en el principado de Orange, un enclave territorial protestante del sur de Francia sobre el que los Hohenzollern tenían una fuerte reclamación de herencia[79].

> Mientras que el celo que reservamos para la gloria de Dios y para el bien de Su Iglesia nos ha hecho tomar a pecho el triste estado al que se han visto reducidos nuestros pobres hermanos de fe por las duras persecuciones que la providencia permitió que cayeran sobre Francia hace unos años, y nos ha llevado a recibirlos caritativamente con gran gasto en nuestros estados, por ello nos hallamos ante una obligación aún mayor de ejercer la misma caridad hacia nuestros propios súbditos, que se vieron forzados a abandonar nuestro Principado de Orange y todos los bienes que allí poseían […] de modo que puedan hallar refugio bajo nuestra protección[80]…

Había aquí una característica combinación entre una alta retórica y un frío interés propio. La oferta caritativa de la proclamación se unía a la reclamación de un territorio disputado. En una instrucción a los consejeros encargados de recibir a los refugiados, además, el rey requería que no se acomodaran en la pereza, sino que se hiciese lo más rápidamente posible una ocupación apropiada, «de modo que el Rey pueda sacar provecho de su establecimiento[81]».

Si la lógica de la solidaridad confesional pudo, ocasionalmente, proporcionar un útil instrumento diplomático en la escena europea, este fue mucho más poderoso en el contexto del Sacro Imperio Romano, pues aquí los efectos de las querellas confesionales se amplificaban debido a la estructura dualista de la Dieta Imperial. Los artículos de la Paz de Westfalia estipulaban que cuando se debatían asuntos confesionales en la dieta, estos debían ser discutidos en sesiones separadas por dos comités permanentes de representantes protestantes y católicos, el *corpus evangelicorum* y el *corpus catholicorum*. La finalidad de tal mecanismo, conocido por *itio in partes*, o «ir en partes», era garantizar que los asuntos confesionales potencialmente delicados fuesen debatidos en ambas sedes sin molestas interferencias de la otra parte. Pero su efecto práctico consistió en crear un foro público transterritorial para airear las quejas confesionales, especialmente para los protestantes, que tenían gran necesidad de movilizaciones corporativas, más que los estructuralmente dominantes católicos.

La espectacular intervención de Federico Guillermo I en un conflicto sobre la suerte de la minoría protestante de Salzburgo demostró lo útil que podía ser este mecanismo. En 1731, el descubrimiento de que había casi 20 000 personas que habitaban los escarpados valles de los distritos del Pinzgau y del Pongau, en Salzburgo, que se llamaban a sí mismos protestantes perturbó a las autoridades católicas y puso de manifiesto el profundo abismo cultural que separaba la ciudad de Salzburgo de su hinterland alpino. Cuando las expediciones misioneras fracasaron en su intento de apartar a los campesinos de su herejía, el arzobispo Anton Firmian resolvió forzar su expulsión. Este enfrentamiento entre una administración arzobispal rica y una población semianalfabeta de campesinos de las montañas, de robusto protestantismo, captó la imaginación del comité protestante de la Dieta Imperial. Aparecieron panfletos y folletos favorables a la causa de los campesinos. Las autoridades católicas de Salzburgo respondieron con vehementes contraataques. Ambos bandos publicaron documentación seleccionada relacionada con el caso y los salzburgueses se convirtieron en un *cause célebre* en las tierras protestantes alemanas.

Uno de los primeros que se dio cuenta del potencial que encerraba este conflicto fue el rey Federico Guillermo I de Prusia. Este necesitaba desesperadamente campesinos para los terrenos subexplotados de la Lituania prusiana, en las fronteras orientales de la Prusia Ducal —una zona que apenas había empezado a recuperarse de la hambruna y la peste de 1709-1710—. Al mismo tiempo, deseaba fuertemente hacer de Brandemburgo-Prusia un garante universal de los derechos de los protestantes, papel que, implícitamente, desafiaba a las aspiraciones del emperador Habsburgo a ser un mediador neutral en las disputas confesionales entre y en los estados miembros. Por eso Federico Guillermo ofreció reasentar a los protestantes de Salzburgo en sus tierras.

El plan del elector, en un primer momento, pareció que no iba a tener éxito. El arzobispo no tenía intención de dejar marchar a sus campesinos; tenía intención de aplastar con medios militares la agitación en los Alpes —e incluso ya había hecho un llamamiento a los bávaros y al emperador de que enviasen tropas para llevar a cabo la tarea—. Pero la maquinaria constitucional del imperio vino de nuevo en ayuda del elector y el emperador Carlos VI esperaba asegurarse el apoyo del Reichstag para una «sanción pragmática» que habría confirmado la sucesión de su hija María Teresa en el trono de los Habsburgo tras su muerte. Para ello necesitaba el voto del elector de Berlín. El escenario, así, estaba preparado para una transacción

mutuamente beneficiosa, a cambio del apoyo de Federico Guillermo a la Pragmática Sanción, el emperador aceptó presionar al arzobispo de Salzburgo para que permitiese el traslado masivo de sus súbditos protestantes al este de la Prusia Ducal.

Entre abril y julio de 1732, veintiséis columnas de familias salzburguesas —cada una de ellas compuesta por unas 800 personas— partieron para una larga marcha a través de Franconia y Sajonia hasta Prusia, cambiando las herbosas pendientes de su patria alpina por las llanuras de la Lituania prusiana. La emigración, en sí misma, produjo sensación. Las largas filas de salzburgueses avanzando trabajosa y constantemente hacia el norte cruzando ciudades y pueblos protestantes en sus extrañas vestimentas alpinas tuvieron un efecto electrizante sobre los espectadores. Los campesinos y los ciudadanos les llevaron alimentos, ropas o regalos para los niños, otros les lanzaban monedas desde las ventanas. A muchos les recordó a los hijos de Israel en su marcha de Egipto. Hubo gran cantidad de propaganda confesional; libros e impresos pintaron la expulsión, alabaron la firme fe de los emigrantes y alabaron al pío rey de Prusia, al convertir su país en una tierra prometida para los oprimidos. Se publicaron (sin contar los periódicos) más de 300 títulos en 67 ciudades alemanas diferentes solo entre los años 1732 y 1733.

12. El rey Federico Guillermo I de Prusia saluda a los protestantes exilados del arzobispado de Salzburgo, *ilustración de un panfleto contemporáneo.*

A lo largo de los siglos XVIII y XIX, la leyenda de la emigración fue reciclada interminablemente en sermones, panfletos, novelas y obras de teatro.

Así, la emigración fue un éxito propagandístico de incalculable valor para la dinastía de los Hohenzollern y el estado de Brandemburgo-Prusia. Marcó, asimismo, un importante punto de partida, pues los salzburgueses no eran calvinistas (como lo eran en cambio los refugiados hugonotes y los de Orange), sino luteranos. Las reivindicaciones a una autoridad protestante transconfesional, que los pietistas habían contribuido a hacer realidad en Brandemburgo-Prusia, se reflejaban ahora por el imperio.

6
PODERES DE LA TIERRA

Ciudades

No lejos de la Mühlentorstrasse, en la Ciudad Vieja de Brandemburgo, se halla el sombrío patio de la iglesia de San Gotardo. Como muchas iglesias medievales del Electorado de Brandemburgo, San Gotardo es un gran caserón de ladrillo rojo oscuro. Los contrafuertes que sustentan las altísimas bóvedas del interior están ocultas bajo un vasto techo de tejas ocre cuyos amenazadores aleros producen una sensación de inexpugnabilidad. En la entrada occidental, una graciosa torre barroca ha sido injertada en el tronco de su predecesora románica. En pleno verano, los árboles sombrean con sus ramas el patio de la iglesia. El lugar produce una atmósfera de ensueño propio de los barrios de las afueras, aunque se halla en el antiguo núcleo de la ciudad. Desde este punto, el asentamiento alemán medieval se expandió hacia el sur, a lo largo de tres calles, siguiendo la curva del río Havel.

El viajero que penetra en su paseo por el fresco ambiente de la iglesia de San Gotardo puede quedar sorprendido por la altura y anchura del interior. Los muros interiores están revestidos con memoriales esculpidos y adornados. Estos epitafios son algo grandioso, planchas de piedra esculpidas de más de dos metros y prolijamente grabadas. Una de ellas conmemora la vida y muerte de Thomas Matthias, un alcalde de Brandemburgo del siglo XVI y descendiente de una distinguida familia de fabricantes de paños, que alcanzó un alto cargo político bajo el elector Joaquín II, pero perdió rápidamente su favor cuando su sucesor Juan Jorge lo consideró responsable de las deudas acumuladas durante el anterior reinado, y murió de peste en su ciudad natal en

1576. El relieve del memorial representa a los hijos de Israel dirigiéndose a la lejana orilla del mar Rojo, mientras huían del cautiverio egipcio. En la parte izquierda podemos ver un agitado gentío formado por hombres y mujeres con vestimentas urbanas claramente reproducidas, que sujetan a sus hijos y pertenencias y que se vuelven solo para mirar atrás el desastre que se extiende detrás de ellos, donde hombres con armadura se desploman y son sumergidos en rizosas volutas de sólida agua gris. Otra inscripción memorial, de 1583, coronada por un bellamente grabado relieve en el que hay escenas de la pasión de Cristo entre las columnas de una fachada neoclásica de dos pisos. En el piso de arriba Cristo cuelga desnudo, con las manos atadas estrechamente a un dintel encima de su cabeza, su cuerpo curvado y retorcido bajo las patadas y golpes de tres hombres con mazas y látigos. Esta escultura sorprendentemente dinámica y naturalista conmemora a Joachim Damstorff, un alcalde de la ciudad de Brandemburgo, y a su mujer, Anna Durings; sus nombres y fechas se ven grabados en el friso escalonado en la base del epitafio. Retratos de Damstorff y su mujer, ambos vestidos con adornados atavíos propios de la oligarquía urbana, se asoman por nichos circulares en la parte baja de la escultura, a la derecha y a la izquierda, mirando casi como si quisieran captar mutuamente su mirada a través de la atestada escena.

Un ancho epitafio, coronado por un relieve alegórico finamente esculpido, que representa a Lázaro y al rico, conmemora dos generaciones de la familia Trebaw, otro linaje de alcaldes. Estas piedras memoriales escalonadas llegan claramente al siglo XVIII. Una excelsa lápida de dos metros a la derecha del altar elogia al «distinguido consejero y celebrado mercader y comerciante de la Ciudad Vieja de Brandemburgo», Christoph Strahle, que murió a la edad de ochenta y un años en 1738. Lo que llama la atención de estos objetos, aparte la virtuosidad del artista, es el poderoso sentido de identidad cívica que proyectan. No son simples memoriales de individuos, sino expresiones del orgullo y de la identidad corporativa de una oligarquía. Muchas de las lápidas recuerdan a varias generaciones de la misma familia y proporcionan información detallada sobre los hijos y el matrimonio. El monumento más impresionante de San Gotardo es el propio púlpito, una extraordinaria escultura compuesta de piedra arenisca en la que escenas del Antiguo y Nuevo Testamento siguen las escaleras de caracol hasta el presbiterio, y toda la estructura descansa sobre una grande y soberbiamente trabajada figura barbuda en piedra blanca, cuya cabeza está inclinada sobre un libro abierto. Este notable conjunto, ejecutado por Georg Zimmermann y con fecha de 1623, fue patrocinado por el Gremio de Paños de la Ciudad Vieja, y podemos

ver su lápida memorial fijada en la columna junto al púlpito. Además de diez retratos individuales de prominentes fabricantes de paños —todos ellos formidables figuras que llevan el austero traje marrón y las blancas golas de la burguesía de comienzos del siglo XVII, la lápida muestra las marcas de la casa y los nombres de unos cien maestros pañeros individuales. Es difícil imaginar unos anuncios más categóricos y rimbombantes de la importancia colectiva que se autoatribuía la burguesía.

13. Friso esculpido del epitafio del alcalde Thomas Matthias, 1549/1576, iglesia de San Gotardo, Brandemburgo.

Este no es, de ninguna manera, un fenómeno exclusivo de la iglesia de San Gotardo. Hallamos memoriales urbanos semejantes de los siglos XVII y XVIII en otras ciudades de Brandemburgo. La de San Lorenzo, en Havelberg, por ejemplo, recostada en el centro histórico en una isla en medio del río Havel, ofrece unas características semejantes con sus memoriales de piedra, aunque estos han sido ejecutados con un registro algo menos elevado. Aquí, también, están dedicados sobre todo a los negociantes —comerciantes, madereros, cerveceros— y también a prominentes familias de alcaldes. El memorial del «respetado comerciante y mercader» Joachim Friedrich Pein (muerto en 1744) es particularmente notable por su conmovedora sencillez:

Unter diesem Leichen-Stein	*Bajo la lápida mortuoria,*
Ruh ich Pein ohn, alle Pein	*yo, Pein [Payne], reposo libre de dolor*
Und envarte mit den meinen	*y quiero ante Dios aparecer*
Selig für Gott zu erscheinen	*salvado con mis seres próximos y queridos*

En Havelberg, al igual que en Brandemburgo, el significado de la iglesia de la ciudad como foro de la expresión colectiva de una feligresía urbana queda resaltado por el hecho de que ambas ciudades son sedes catedralicias. Hay

aquí una dicotomía implícita entre la iglesia urbana del núcleo medieval de la ciudad, cuya feligresía está dominada por los gremios y los funcionarios urbanos, y la catedral, cuyo capítulo se formaba tradicionalmente con miembros de la aristocracia imperial. Esto queda expresado muy claramente en la geografía de Havelberg, donde la catedral, de imponente estructura, que parece un castillo fortificado, baja desde las alturas de la orilla norte del río sobre la pequeña isla de la Ciudad Vieja, con sus tiendas y cuadras y estrechas calles. Ya en pleno siglo XIX, el carácter social de ambas feligresías se polarizó como era de esperar: San Lorenzo siguió siendo la iglesia del pueblo (incluidos los hombres alistados de la guarnición local), mientras que la nobleza patrocinaba la catedral, social y geográficamente más elevada.

Los memoriales de las iglesias de Havelberg y de Brandemburgo nos traen un mundo que suele ignorarse con frecuencia en los relatos de la historia de las tierras prusianas: es el mundo de las ciudades, un medio social dominado por redes de maestros artesanos y familias patricias, cuya identidad deriva de un exclusivo sentido de la autonomía y de los privilegios, tanto políticos como culturales, *vis-a-vis* del medio rural circundante. Si las ciudades habían ocupado, tradicionalmente, una posición marginal en la historia de Brandemburgo-Prusia, esto se debe, en parte, a que el sector urbano nunca fue especialmente fuerte en esta parte de la Europa germana —de las treinta ciudades alemanas con población de 10 000 o más habitantes en 1700, solo dos (Berlín y Königsberg) se hallaban en Brandemburgo-Prusia—. En todo caso, suele considerarse que las ciudades y, lo que es más importante, el espíritu de autoadministración, responsabilidad cívica y autonomía política que alimentaban, se encontraban entre las víctimas del absolutismo Hohenzollern. Así, un historiador ha escrito sobre la «destrucción» deliberada de la burguesía brandemburguesa por la centralización del estado monárquico[1]. La consecuencia fue una cultura política que era fuerte en el campo de la obediencia, pero débil en cuanto a la valentía civil y a la virtud cívica. Aquí, de nuevo, constatamos la poderosa atracción negativa del «camino especial».

14. *Catedral de Havelberg.*

Sin duda hay algo que decir sobre la idea de que los siglos XVII y XVIII fueron una época de declive urbano, en especial si, con esto, queremos indicar declive de la autonomía política urbana. Königsberg es, quizá, el ejemplo más notable de una ciudad que lucha sin éxito para conservar su independencia económica y política tradicional ante un poder monárquico agresivo. En 1640, cuando sube al trono el Gran Elector, Königsberg era todavía una rica ciudad comercial del Báltico con una representación colectiva en la dieta que la situaba a la par con la nobleza provincial. En 1688 la autonomía política de Königsberg, su influencia en la dieta y gran parte de su prosperidad se habían malogrado. Aquí, la lucha entre las autoridades urbanas y la administración de Berlín era especialmente dura. Königsberg era un caso especial, naturalmente, pero la evolución de otras ciudades a lo largo de las tierras prusianas siguió un curso muy parecido.

En muchas ciudades la reducción o supresión de los privilegios políticos coincidió con la imposición de un nuevo impuesto indirecto, una tasa sobre bienes y servicios introducida por etapas en los años 1660. Ya que se imponía directamente sobre bienes y servicios (por ejemplo en el punto de venta), el impuesto suprimía la necesidad de la negociación fiscal con los representantes

urbanos de los estados. Así, las ciudades desaparecieron como elementos colectivos tanto de las dietas provinciales como de los «comités» permanentes de los delegados principales de las provincias que, cada vez más, gestionaban las negociaciones entre los estados y la corona. Este proceso de gradual de supresión de franquicia se vio reforzado por la imposición, primero en Berlín en 1667, y luego en todas las ciudades, de comisarios de impuestos nombrados por el rey, que enseguida comenzaron a extender el alcance de su autoridad[2]. El ritmo de la centralización disminuyó durante el reinado de Federico I, pero aumentó de nuevo bajo su sucesor Federico Guillermo I, cuya Regulación del Consejo (*Rathausliches Reglement*) de 1714 transfirió la autoridad urbana de presupuestos a funcionarios reales y redujo el poder de los magistrados urbanos. Se aprobaron otras nuevas leyes durante el reinado de Federico II, que transfirió todos los poderes políticos que quedaban de los magistrados a los funcionarios reales, e impuso un sistema de autorizaciones estatales sobre todas las ventas de propiedades urbanas[3]. En las provincias occidentales, asimismo, la independencia comunal de las ciudades fue abolida en gran medida durante los reinados de Federico Guillermo I y de Federico II. Y fueron desmanteladas las únicas constituciones y privilegios de ciudades tales como Soest, en el condado de Mark, en Westfalia, o Emden, en Frisia Oriental[4].

Para la mayoría de las ciudades, el período entre finales del siglo XVII y comienzos del XVIII fue también de estancamiento o declive económico. En gran parte de Brandemburgo y Pomerania Oriental, la escasa calidad de los suelos y la debilidad del comercio regional significaron que las ciudades estaban poco dotadas para iniciar el despegue. El impacto en las ciudades de los impuestos indirectos es difícil de establecer. En un primer momento, a algunas ciudades les pareció bien la nueva tasa, ya que pensaron que era un modo de reequilibrar la carga fiscal en su favor (con anterioridad, las ciudades había pagado un índice más alto en impuestos contributivos que el medio rural); en algunos casos, incluso, las autoridades provinciales habían sido presionadas por los contribuyentes urbanos para que implorasen al gobierno que la introdujese. Hay algunos datos fragmentarios que sugieren que los impuestos indirectos tenían un efecto estimulante en las economías urbanas. En Berlín, por ejemplo, los primeros años de los impuestos indirectos conocieron un *boom* en la construcción que comenzó a reparar los tremendos daños causados durante la guerra, consecuencia del hecho de que los impuestos indirectos redistribuían la carga impositiva en las ciudades lejos de la tierra y la propiedad hacia actividades comerciales de todo tipo.

El único inconveniente de los impuestos indirectos era simplemente el hecho de que *solo* las ciudades los pagaban; las zonas rurales pagaban aún la antigua contribución. Y no era así como se habían planeado las cosas. El Gran elector había pensado en un primer momento recaudar los impuestos indirectos de las ciudades y del medio rural a la vez, pero la presión de la nobleza provincial lo convenció para que los limitase a las ciudades. Y ello significó que los manufactureros urbanos se enfrentaban ahora a la competencia de los productores rurales, cuyos productos estaban libres de impuestos siempre que no se vendieran en las ciudades donde había impuestos indirectos. Muchos nobles terratenientes explotaban este estado de cosas acarreando directamente sus mercancías a los más importantes mercados regionales, donde podían competir deslealmente con sus oponentes urbanos en su propia región. El problema aumentó en las zonas que dependían del comercio, por el hecho de que los impuestos indirectos minaron el derecho a la competencia de manufactureros y comerciantes que intentaban pasar los productos por la frontera. Esta queja se oyó con frecuencia en Cleves, por ejemplo, donde se resentían porque los impuestos indirectos sobre el consumo habían reducido el volumen y la rentabilidad del comercio por el Rin, y en Geldern, donde se consideraba que los impuestos indirectos habían deprimido la actividad comercial en el Mosa[5].

El impacto del cada vez más grande ejército prusiano —y en particular de las guarniciones— en las ciudades de Brandemburgo-Prusia fue ambivalente. Por un lado, los soldados y sus mujeres e hijos residentes en las ciudades con guarnición representaban consumidores y también una fuerza de trabajo suplementaria. Ya que el servicio militar no era una ocupación a tiempo completo, los soldados de las guarniciones aumentaban su exiguo salario militar trabajando para los habitantes de las ciudades. En una guarnición, como la de la ciudad de Prenzlau, en el Uckermark, al norte de Berlín, o en Wesel, el ducado renano de Cleves, muchos soldados optaron, cuando no estaban de servicio, por trabajar en los talleres y manufacturas de los dueños de las casas en las que se alojaban. De este modo, podían ganar varias veces su salario militar básico. Si estaban casados, sus mujeres podían encontrar empleo en las manufacturas textiles de la ciudad. La presencia de soldados contribuyó, así, a la consolidación del sector de las manufacturas de textiles que dependían, en parte, de los bajos salarios del trabajo no gremial. El servicio militar puede haber ayudado, asimismo, a estabilizar las estructuras sociales urbanas, al proporcionar a los estratos más vulnerables de la comunidad un ingreso ajustado pero aceptable[6]. Ya que los burgueses, más

ricos, preferían no alojar a los soldados, podían pagar en cambio a familias más pobres para que los alojase, el sistema de alojamientos tuvo un efecto redistributivo menor.

Pero había un aspecto negativo. Aunque el muy flexible sistema de alojamiento utilizado en las ciudades con guarnición funcionaba sorprendentemente bien, se producían también numerosos incidentes y tensiones entre los dueños de las casas y los soldados alojados. La presencia en la ciudad de un gran número de hombres que estaban sujetos a la autoridad de los tribunales militares generaba disputas jurisdiccionales. Los mandos militares sucumbían a veces a la tentación de burlarse de las autoridades municipales confiscando provisiones de los civiles u obligando a los burgueses locales a servir en las guardias. La mano de obra de bajo coste proporcionada por los soldados fuera de servicio competía deslealmente con los aprendices en los talleres en los que las tropas no eran empleadas, sembrando tensión en las filas de las profesiones constituidas de la ciudad[7]. En los malos tiempos, cuando era difícil conseguir trabajo adicional, los dependientes de los soldados de las guarniciones podían verse mendigando por las calles[8]. Los soldados que poseían conocimientos privilegiados de las fortificaciones que rodeaban la ciudad se veían involucrados, también, en el contrabando de productos a través de las fronteras impositivas[9]. Más inquietante es que un estudioso haya sugerido que la «militarización de la sociedad civil condujo a una dominación arbitraria y poco regulada de las ciudades con guarnición por parte del ejército, impulsando una atmósfera de pasividad en la población burguesa y la magistratura[10]».

Este argumento no debe ser llevado demasiado lejos. Sin duda, los soldados eran habituales en las calles de las ciudades-guarnición y un ingrediente crucial de la escena social en todos los niveles —desde las tabernas a los salones patricios—. Pero hay escasas pruebas de que esto implicase la impregnación de la sociedad civil urbana con los valores o con patrones de comportamiento militares. El sistema de reclutamiento establecido en Prusia permitía una amplia serie de excepciones que exentaba a los jóvenes de la clase burguesa de la obligación legal del servicio militar. Estas incluían no solo a los hijos de padres de la alta clase media, de quienes se esperaba que obtuviesen una graduación académica o que siguiesen una actividad comercial o en la gestión económica, sino también los maestros artesanos de varios oficios privilegiados, a los que se preparaba para trabajar en la actividad de su padre. Se ha estimado que a lo largo de las tierras de los Hohenzollern, 1 700 000 hombres se beneficiaron de tales exenciones[11].

Con todo, la institución militar de Brandemburgo-Prusia del siglo XVIII, en tiempos de paz, no era capaz de transformar la visión y la sensibilidad de sus reclutas a través de una socialización y un adoctrinamiento sistemáticos. Lo militar, en las ciudades del siglo XVIII, era un elemento poroso y vagamente organizado. La instrucción básica duraba menos de un año (la duración se determinaba localmente y variaba notablemente de un lugar a otro), e incluso durante esta fase los soldados no perdían del todo su estatus de civiles a través del aislamiento respectó a la sociedad que los rodeaba. Al contrario: si estaban casados, vivían en barracones con sus mujeres y otros dependientes —los militares no pertenecían todavía a un campo exclusivamente masculino, como lo sería más tarde—, y se estimulaba incluso el matrimonio para los reclutas extranjeros como una manera de unirlos más firmemente al servicio de Prusia[12]. Si no estaban casados, se esperaba de ellos que se buscasen alojamiento junto a burgueses. Para aquellos soldados que deseasen seguir en servicio tras la finalización de su instrucción básica, hemos visto que sus deberes militares ocupaban tan poco tiempo que podían complementar sus ingresos por medio de varias formas de trabajo ocasional. Algunos soldados conseguían un dinero extra haciendo las guardias en lugar de otros que estaban fuera trabajando por un salario. Está claro que se produjo una simbiosis entre el personal militar y la población de las ciudades[13], del mismo modo que un gran número de estudiantes huéspedes contribuyen notablemente a la mezcla social y a la economía local en las ciudades universitarias. Pero los soldados no «militarizaban» sus ciudades-guarnición al igual que los estudiantes no «academizaban» a las suyas. Naturalmente, se producían disputas entre el consejo ciudadano y las autoridades militares (como las había entre los burgueses y los estudiantes), pero estas demostraban sobre todo la disposición de las autoridades «civiles» a protestar cuando veían a los comandantes locales cruzando los límites de su autoridad.

No hay muchas razones para pensar que la penetración administrativa en las ciudades por parte de un funcionariado estatal rudimentario tuviese el efecto de suprimir el espíritu de la iniciativa local. Los funcionarios reales nombrados para puestos administrativos, en las mayores ciudades, no funcionaban como agentes imperiosos de la política central destinados a acabar con el poder de las élites urbanas. Por el contrario, muchos de ellos «se convertían en nativos», se socializaban, o incluso se casaban con miembros de la élite de la ciudad y se ponían al lado de las autoridades de la ciudad en las disputas con los mandos militares locales o con otros órganos del gobierno central. La continuada existencia de corrupción y nepotismo en muchos

gobiernos ciudadanos —señal segura de que las redes de patronazgo locales estaban vigentes y activas— sugiere que las oligarquías que tenían interés en controlar los asuntos de las ciudades no se veían desplazadas por la intromisión del estado. Las oligarquías, por su lado, cultivaban asiduamente a los funcionarios gubernamentales recién llegados y consiguieron, en muchos casos, sobornarlos en beneficio de los intereses locales[14].

15. Mujer de un soldado mendigando, *grabado de Daniel Chodowiecki, 1764*

Había, además, elementos dinámicos e innovadores en la burguesía urbana bastante antes de 1800. Durante el último tercio del siglo XVIII los cambios en la estructura de las manufacturas y del comercio basado en las ciudades produjo una nueva élite formada principalmente por comerciantes, empresarios y manufactureros (más que por los gremios que habían dominado el panorama tradicional)[15]. Miembros de esta élite se vieron involucrados de varias maneras —sobre una base voluntaria u honoraria— en la administración urbana local. Formaban parte de los cuerpos de gobierno municipales (*Magistratskollegien*), de los consejos y corporaciones gremiales, en las juntas administrativas de las escuelas, iglesias y organizaciones caritativas.

Esta tendencia era particularmente marcada en las ciudades pequeñas y medianas, ya que en ellas la administración local dependía totalmente de la ayuda de notables voluntarios. El fabricante de algodón Christian H. Böttcher, por ejemplo, era miembro del Senado de la ciudad de Osterwieck, en la provincia de Halberstadt, en Prenzlau (Uckermark), el comerciante Johann Granze era también juez ayudante en el tribunal de la ciudad. Los alcaldes de las ciudades de Burg y Aschersleben eran ambos hombres de negocios

locales[16]. Podrían enumerarse cien casos semejantes a lo largo del territorio prusiano. La gobernanza de las ciudades prusianas, en otras palabras, no descansaba exclusivamente en las manos de funcionarios estatales asalariados, sino que, más bien, dependía de una formidable reserva de voluntarismo local de los elementos más emprendedores e innovadores de la burguesía, lo que estaba en «declive» en las ciudades de las tierras prusianas —y también en gran parte de Europa occidental— eran los privilegios y las autonomías locales del sistema corporativo tradicional sustentado por las antiguas costumbres y códigos de honor de los artesanos especializados. Y lo que los estaba sustituyendo era una élite nueva y dinámica cuyas ambiciones se expresaban en la expansión y en la apropiación de un liderazgo informal en los asuntos urbanos.

Las sociedades voluntarias fundadas en algunas ciudades medianas en el último tercio del siglo XVIII son una ulterior indicación de la existencia de creciente vitalidad cívica y cultural en la clase burguesa. Existía una activa Sociedad Literaria en Halberstadt ya desde 1778, por ejemplo, que servía de lugar de encuentro de los burgueses instruidos de la ciudad y cuya considerable producción impresa refleja una mezcla de orgullo regional y patriotismo prusiano. En la ciudad de Soest, en Westfalia, un juez local fundó una Sociedad de Amigos Patriotas y Entusiastas de la Historia Regional, cuya finalidad era —anunciada en el periódico regional *Das Westphalische Magazin*— poner en orden la primera historia general, basada en el trabajo de archivo de la ciudad. En la universidad de la ciudad de Fráncfort del Oder, una Sociedad Alemana, fundada en los años 1740, se ocupaba de cultivar el lenguaje y la literatura; a esta se añadió luego una Sociedad Cultural y una logia masónica[17]. En estas ciudades, pero también en otras pequeñas poblaciones del país, la instrucción se estaba convirtiendo en un mercado fundamental de un nuevo estatus social. En particular desde aproximadamente mediados de siglo, la burguesía instruida (formada por abogados, enseñantes de las escuelas, pastores, jueces, médicos y otros) comenzó a alejarse de las élites artesanas tradicionales, creando sus propias redes dentro de las ciudades y entre estas[18].

Era frecuente que los dirigentes burgueses de una ciudad que hubiese realizado progresos en las escuelas locales, un ámbito en el que, por todos sus repetidos edictos, el estado había fracasado estrepitosamente en muchos lugares. Desde los años 1770, una oleada de escuelas nuevas o mejoradas es testigo de la creciente demanda, incluso en las más modestas ciudades, de medidas educativas mejores y más amplias[19]. En Neuruppin, idílicamente

situada a la orilla de un largo y estrecho lago al noroeste de Berlín, un grupo de pastores, funcionarios de la ciudad y enseñantes de las escuelas, todos ilustrados, formaron una asociación, en los años 1770, cuyo objetivo declarado era poner en marcha una reforma educativa de importancia para la ciudad, y mejorar su nivel económico[20]. Gracias a sus esfuerzos, junto con las donaciones del magistrado de la ciudad y de prominentes burgueses, un enseñante de Neuruppin llamado Philipp Julius Lieberkühn pudo desarrollar un programa pedagógico innovador y antiautoritario, que se convertiría en un modelo para los reformadores educativos de toda Alemania. «El enseñante se esfuerza», escribió Lieberkühn en un esquema general de su filosofía educativa, «para que las facultades y la fuerza naturales de sus alumnos se desarrollen libremente y con dominio, ya que esto es la ley fundamental de la educación racional[21]». Formulación esta que dio aliento no solo al espíritu de la Ilustración, sino también a un orgullo cívico burgués.

La nobleza terrateniente

La posesión y gestión de la tierra fue la experiencia colectiva definitiva de la nobleza de Brandemburgo-Prusia. Las extensiones de tierra en manos de los nobles variaban considerablemente de un territorio a otro, pero era alta para los estándares europeos. La media para Brandemburgo y Pomerania (según una cifra hacia 1800) era del 60 y 62 por ciento respectivamente, mientras que la cifra equivalente para Prusia Oriental (donde la corona era el terrateniente principal) era del 40 por ciento. En comparación, la nobleza francesa poseía solo alrededor de un 20 por ciento de las tierras cultivables en Francia, en tanto que la cifra para la nobleza de la Rusia europea era baja, un 14 por ciento. Por otro lado, Brandemburgo-Prusia parecía menos anómalo si lo comparamos con la Inglaterra de finales del siglo XVIII, donde la nobleza controlaba aproximadamente un 55 por ciento de la tierra[22].

La nobleza terrateniente de las regiones orientales del Elba, en Alemania, eran y son conocidas colectivamente por «junkers». El término deriva de «jung Herr», que en origen significaba «joven señor» y se refería a los nobles alemanes —frecuentemente a los segundones e hijos más jóvenes— que ayudaron a conquistar o a colonizar y defender las tierras arrebatadas a los eslavos durante las oleadas de la expansión y colonización alemana hacia el este en la Edad Media. A cambio de sus servicios militares se les concedieron tierras y exención de impuestos perpetua. Se daban importantes diferencias de

riqueza. En Prusia Oriental existía una pequeña minoría de familias de verdaderos magnates descendientes de los comandantes mercenarios que habían combatido a las órdenes de la Orden Teutónica en la Guerra de los Trece Años contra Polonia (1453-1466). En Brandemburgo, donde la mayoría de las familias nobles descendían de los colonos terratenientes, la extensión media de la propiedad era bastante modesta para los estándares europeos.

Puesto que fue en interés de los soberanos colonizadores de la Edad Media el asentar al mayor número posible de nobles guerreros en las zonas vulnerables a las represalias eslavas, las concesiones de tierras solían ser exiguas y próximas entre sí, de modo que una única aldea podía ser dividida entre varias familias. El grupo estadísticamente dominante, que componía aproximadamente la mitad de la nobleza, era el de las familias nobles cuyas posesiones abarcaban entre una o varias tierras y aldeas**[23]**. Pero incluso en este grupo había disparidades. Un abismo separaba familias como los Quitzow (más tarde los Kleist), por ejemplo, cuyo señorío de Stavenow, en el Prignitz, cubría 2400 acres de tierras arables [un acre, 4000 m^2], de la situación general de las familias junker en el distrito, que tuvieron que arreglárselas con menos de 500. En un panorama así, era natural que las familias nobles menores concediesen el liderazgo, en los asuntos locales y provinciales, a un pequeño círculo de familias ricas de la élite y muchas veces casadas entre sí. Y es de este «piso principal» de familias terratenientes de donde solían extraerse los mediadores clave en la negociaciones con la corona.

Las estructuras políticas locales del siglo XVII de los territorios de los Hohenzollern eran contrarias a una identidad política compartida centrada en Berlín. Los junkers —especialmente en Brandemburgo— habían sido excluidos en gran medida de los cargos importantes del estado en los últimos decenios del reinado del Gran elector y habían efectuado solo difíciles incursiones en este campo en el siglo XVIII. Su ambición política se centraba sobre todo en los cargos controlados por los estados a nivel de distrito y provincial, por lo que sus horizontes tendían a ser más bien estrechos, condición reforzada por el hecho de que muchas de las familias menos acomodadas no podían permitirse educar a sus hijos fuera de casa. Las especificaciones regionales de los distintos territorios de los Hohenzollern se reflejaban en patrones de parentesco y matrimoniales. En Pomerania y en Prusia Oriental existían fuertes lazos de parentesco con Suecia y Polonia, mientras que las casas de Brandemburgo se casaban frecuentemente con familias de las vecinas Sajonia y Magdeburgo.

Los monarcas Hohenzollern del siglo XVIII, por su lado, nunca hablaron de una nobleza «prusiana», sino siempre de una pluralidad de élites de provincias con diferentes personalidades. En sus instrucciones de 1722, Federico Guillermo I declaraba, respecto a la nobleza de Pomerania, que eran «tan leales como el oro»; aunque podían ser un poco discutidores, nunca se habrían opuesto a las órdenes del soberano. Lo mismo puede decirse de Neumark, del Uckermark y del Mittelmark. En cambio, los nobles del Altmark eran «gente mala, desobediente» e «impertinente en el trato con su soberano». Casi igual de malas eran las noblezas de Magdeburgo y de Halberstadt que, urgía el rey, deben ser mantenidos fuera de los cargos oficiales en su propia provincia o en las vecinas. En cuanto a los nobles de las provincias occidentales, Cleves, el condado de Mark y Lingen, eran «estúpidos y testarudos[24]».

Aproximadamente medio siglo después, en su Testamento Político de 1768, Federico el Grande escribió cosas parecidas sobre la nobleza territorial de su monarquía, declarando que los prusianos orientales eran animados y refinados, pero demasiado apegados todavía a sus tradiciones separatistas y por ello de dudosa lealtad hacia el estado, mientras que los pomeranios eran obstinados pero honrados y podían ser excelentes oficiales. En cuanto a los de la Alta Silesia, cuya tierra solo recientemente había sido conquistada y anexionada a las tierras de los Hohenzollern, eran vagos y poco instruidos y habían quedado apegados a sus anteriores amos Habsburgos[25].

Solo muy gradualmente surgió una élite prusiana más homogénea. Los matrimonios endogámicos jugaron un papel en este proceso. Mientras que, prácticamente, todas las familias brandemburguesas se casaban dentro de los límites de su élite provincial hasta finales del siglo XVII, las cosas habían cambiado en los decenios de 1750 y 1760, cuando hubo señales de una estructura de parentesco cada vez más mezclada. Casi la mitad de los matrimonios realizados por las familias principales de Brandemburgo, Pomerania y Prusia Oriental era con linajes basados en otros territorios de los Hohenzollern. El más importante vehículo institucional de la homogeneización fue el ejército prusiano. La rápida expansión del cuerpo de oficiales en el siglo XVIII obligó a la administración a reclutarlos decididamente en las élites provinciales. Las nuevas academias patrocinadas por el estado se crearon a comienzos del siglo XVIII en Berlín, Kolberg y Magdeburgo; poco después de subir al trono, Federico Guillermo I las integró en la Escuela Central del Cuerpo de Cadetes, en Berlín. Si bien, sin duda, se hicieron intentos de presionar a las familias nobles para que empujasen a sus

hijos al servicio militar, muchos no dejaron escapar las posibilidades creadas por el sistema de cadetes. Este era especialmente atractivo para esas familias numerosas que no habrían podido hacer estudiar a sus hijos en las academias privadas frecuentadas por la nobleza adinerada. Los ascensos a capitán o a un rango más alto trajeron consigo la oportunidad de obtener mejores ingresos de los que podrían haber proporcionado muchas de las haciendas menores[26]. Un ejemplo característico de esta nueva generación de oficiales de carrera fue Ernst von Barsewisch, hijo de un pequeño hacendado del Altmark, que fue enviado a la Escuela del Cuerpo de Cadetes de Berlín en 1750, porque su padre no podía enviarlo a la universidad para estudiar para el servicio estatal. En sus memorias Barsewisch recuerda que a los cadetes (de los que había 350 cuando él asistía a esta escuela) se les enseñaba escritura, francés, lógica, historia y geografía, ingeniería, baile, esgrima, y «dibujo militar» (*militärische Zeichenkunst*)[27].

La doble experiencia de la preparación militar y, lo que era más importante, del servicio militar activo favoreció, sin duda, un fuerte sentimiento de *esprit de corps*, aunque esta se conseguía con enormes costes. Algunas familias, en particular, se convirtieron en proveedoras especializadas de muchachos para el sacrificio en el campo de batalla, especialmente los Wedel, una familia de Pomerania que perdió 72 jóvenes durante las guerras de 1740-1763, al igual que los Kleist, que perdieron 53 en las mismas batallas. Otro ejemplo es la familia Belling, de Brandemburgo, que de los 23 varones que tenían, solo sobrevivieron tres a la Guerra de los Siete Años.

La asociación entre el estatus de noble y el rango de oficial se reforzó durante el reinado de Federico el Grande por la práctica de obstruir el ascenso de los no nobles. Aunque el rey hubo de admitir a plebeyos para rangos militares superiores durante la Guerra de los Siete Años, cuando los candidatos nobles estaban escaseando, muchos de ellos fueron purgados o marginados. En 1806, cuando el cuerpo de oficiales sumaba 7000 hombres, solo 695 no eran de familia noble y la mayoría de estos fueron concentrados en los servicios menos prestigiosos de la artillería y cuerpos técnicos[28].

De todos modos, esta creciente y estrecha identidad de intereses con la corona no endureció a la nobleza contra los efectos de los cambios sociales y económicos. Durante la segunda mitad del siglo XVIII la nobleza terrateniente entró en un período de crisis. Las guerras y los trastornos económicos de los años 1740 y 1750-1760 reforzaron la manipulación por parte del gobierno del mercado de grano a través del sistema de almacenes y agravaron la sobrepoblación por medio de la expansión natural de las familias hacendadas,

lo que sometió a la clase terrateniente a una creciente tensión. Se produjo un abrupto aumento del endeudamiento de las haciendas de los junkers, que en muchos casos llevó a la bancarrota o a malvender, a menudo a plebeyos con dinero contante. La cada vez mayor frecuencia con que las haciendas cambiaban de manos hizo dudar de la cohesión del entramado social rural tradicional[29].

Esto no fue algo que el rey se tomase a la ligera. Federico II era más conservador socialmente de lo que lo había sido su padre. La nobleza era la única colectividad (para Federico) capaz de servir como oficiales en las fuerzas armadas. De esto se derivó que la estabilidad y continuidad de la propiedad nobiliaria fuese fundamental para la viabilidad del estado militar de Federico II. Mientras Federico Guillermo había decidido diluir el predominio social de la nobleza, Federico adoptó una política conservadora. El objetivo crucial era impedir la transferencia de tierras de la nobleza a la propiedad no noble. Hubo generosas concesiones de impuestos, donaciones en dinero a las familias en apuros financieros, e intentos —en gran parte fútiles— para evitar que los terratenientes hipotecasen en exceso sus haciendas[30]. Cuando tales medidas fracasaron, la respuesta instintiva de Federico fue aumentar el control del estado sobre las ventas de tierras, pero esto resultó contraproducente. La transferencia de control implicó una agresiva reducción de la libertad de disponer de las propiedades. Así, la administración hubo de reconciliar diversas prioridades en conflicto. Deseaba restaurar y preservar la dignidad y la estabilidad económica de la casta nobiliaria, por lo que pensó conseguir esto recortando las libertades fundamentales de la clase propietaria de haciendas.

La petición de un método menos intervencionista y controvertido para apoyar los intereses nobiliarios acabó conduciendo a la creación de uniones de crédito agrícola de capital estatal (*Landschaften*) para uso exclusivo de familias junkers asentadas. Estas instituciones concedían hipotecas con plazos de interés subsidiados a familias de terratenientes en situación precaria o endeudadas. Se crearon uniones de crédito separadas para cada provincia (Kurmark y Neumark en 1777, Magdeburgo y Halberstadt en 1780, y Pomerania en 1781). Tiene su interés saber que la idea de utilizar tales instituciones para consolidar la propiedad de las tierras nobiliarias proviene de un plebeyo, el rico comerciante berlinés Büring, que presentó sus propuestas al rey durante una audiencia del 23 de febrero de 1767, aunque ya existían antiguas tradiciones de ayuda financiera corporativa en cierto número de provincias.

Las uniones de crédito tuvieron mucho éxito en un principio, si consideramos el rápido crecimiento del valor de sus cartas de crédito, que pronto se convirtieron en un importante medio de especulación financiera. Los préstamos de las uniones de crédito ayudaron, sin duda, a algunas haciendas en apuros a mejorar la productividad. Pero los requisitos legales de que los préstamos estuviesen condicionados por «útiles mejoras en la hacienda» fueron interpretados con frecuencia de forma muy laxa, de modo que el crédito subsidiado por el gobierno fue aprovechado para fines que hicieron poco por consolidar la propiedad de la tierra de los nobles. En ningún caso las uniones de crédito fueron suficientes para hacer frente al ya evidente problema del endeudamiento en todo el sector rural, ya que los terratenientes que se habían quedado sin créditos baratos con las *Landschaften* simplemente se dirigieron a otros prestamistas. En 1807, mientras el conjunto de las uniones de crédito tenían un total de 54 millones de táleros de deudas hipotecarias, los prestamistas burgueses disponían de otros 307 millones de táleros de deuda del estado[31].

Como sugieren estos hechos, las relaciones entre los junkers y la casa del soberano habían cerrado el círculo. En el siglo XVI los junkers habían mantenido a flote a los electores; en el último tercio del siglo XVIII la polaridad de su interdependencia se había invertido. Algunos historiadores han hablado de «compromiso de poder» (*Herrschaftskompromiss*) entre la corona y los junkers, cuyo efecto fue consolidar la dominación del estado y de las élites tradicionales a expensas de otras fuerzas de la sociedad. El problema de esta metáfora es, en primer lugar, que implica que en un determinado momento ambos «partidos» se pusieron de acuerdo sobre algún tipo de arreglo para un reparto de poder con el fin de estabilizar el estado. Pero la verdad resultó ser justamente lo contrario. La relación entre la corona —y sus ministros— y las diferentes noblezas provinciales consistió en fricciones, enfrentamientos y renegociaciones interminables. Otro problema respecto a la tesis del «compromiso de poder» es que exagera el poder estabilizador de la colaboración entre el estado y las élites tradicionales. La verdad es que, pese a los mayores esfuerzos, la corona y sus ministros se mostraron completamente incapaces de detener el proceso de cambio social y económico que estaba transformando el rostro de la sociedad rural de las tierras prusianas.

Terratenientes y campesinos

Trabajar la tierra era el destino de la mayoría de los habitantes de la Europa germana en el siglo XVIII. Las tierras cultivadas componían alrededor de un tercio de la superficie total de la tierra y aproximadamente cuatro quintos de la población dependían de la agricultura para sobrevivir[32]. Las relaciones de poder que gobernaban la propiedad y la explotación de la tierra eran, pues, cruciales, tanto por producir alimento y riqueza como por la cultura política del Estado y de la sociedad en general. El poder colectivo de la nobleza sobre la sociedad rural de Brandemburgo-Prusia se basaba solo en parte en el control del reparto de la riqueza de la tierra. Existía, además, una fundamental dimensión legal y política. Desde los decenios centrales del siglo XV, los junkers habían conseguido no solo reestructurar las tierras poseídas para que los mejores terrenos arables fuesen a parar a los señores, sino también complementar su ventaja económica con los poderes políticos que les permitían ejercer su autoridad directa sobre los campesinos de sus latifundios. Adquirieron, por ejemplo, el derecho a impedir que estos abandonasen sus granjas sin permiso previo, o el de traer de nuevo (por la fuerza si era necesario) a los que habían huido o habían establecido su domicilio en una ciudad o en otro estado. También exigieron, y lo consiguieron gradualmente, el derecho a imponer servicios de trabajo a sus «súbditos» campesinos.

Todavía no está claro del todo por qué se produjeron estos cambios, especialmente teniendo en cuenta que iban en contra de la evolución de la Europa occidental contemporánea, donde la tendencia se dirigía hacia la emancipación legal de los anteriormente sometidos campesinos y la transformación de prestaciones personales obligatorias en rentas monetarias. Las tierras al este del río Elba eran zonas de asentamiento alemán comparativamente reciente y tal vez debido a esto los derechos tradicionales del campesinado eran relativamente débiles. El declive demográfico y la deserción generalizada de las tierras cultivables durante la prolongada depresión agraria de fines de la Edad Media habían situado a los nobles terratenientes bajo presión para que maximizasen los ingresos y redujesen los costes en metálico. La contracción de la economía urbana minó una fuente potencial de resistencia, pues fueron las ciudades las que se opusieron con más energía al derecho de los terratenientes a recuperar a los campesinos huidos. Otro importante factor era la debilidad de la autoridad del estado. Muy endeudados y demasiado dependientes de la nobleza provincial, los electores de Brandemburgo de los siglos XV y XVI carecían del poder y de la inclinación necesarios para resistir la consolidación del poder legal y político local.

Sean cuales fueren las causas, el resultado fue el surgimiento de una nueva forma de posesión de la tierra. No era un sistema de «servidumbre», propiamente dicho, ya que los campesinos no eran propiedad de sus amos. Pero implicaba un grado de supeditación a la autoridad personal del señor. La hacienda nobiliaria se convirtió en un espacio legal y político integrado. El terrateniente no solo era el empleador de sus campesinos y el propietario de la tierra; gozaba también de jurisdicción sobre ellos a través de los tribunales señoriales, dotados de poder para decretar castigos que iban de pequeñas multas por delitos menores a castigos corporales, que incluían azotes y prisión.

Durante mucho tiempo los historiadores se han preocupado por los caracteres autoritarios del sistema agrario prusiano. El intelectual alemán emigrado Hans Rosenberg describió un régimen de autocracias en miniatura en las que:

> El dominio local era completo, pues, a lo largo del tiempo, el junker se había convertido no solo en un terrateniente duro, dueño hereditario de siervos, empresario vigoroso, constante gestor de la hacienda, y comerciante no profesional, sino también en el patrocinador de la iglesia, jefe de policía, fiscal, y juez […]. Muchos de estos expertos en tiranía local eran duchos en azotar las espaldas, golpear los rostros y partir los huesos a los siervos campesinos «irrespetuosos» y «desobedientes[33]».

Para el grueso de los súbditos prusianos las consecuencias de esta tiranía aristocrática fue «abyecta pobreza» y «apatía impotente», los campesinos, en especial, sufrían «una degradación legal y social, una castración política, lesiones morales, y destrucción de [sus] posibilidades de autodeterminación». Pero estaban, en palabras de otro estudio, «demasiado desmoralizados para rebelarse[34]». Esta visión tiene un amplio eco en la literatura sobre el camino especial alemán, donde se supone que el sistema agrario dominado por los junkers, al instilar hábitos de deferencia y obediencia, tuvo efectos deletéreos y duraderos sobre la cultura política prusiana —y, por extensión, alemana—. La leyenda negra historiográfica de la tiranía junker ha sido notablemente tenaz, en parte porque concuerda con la tradición cultural más amplia del sentimiento antijunker[35].

En los últimos años, ha aparecido un panorama más bien diferente. No todos los campesinos de las tierras al este del Elba estaban sometidos a los señores. Una porción sustancial eran labradores libres arrendatarios, o empleados no sometidos. En particular en Prusia Oriental, los campesinos libres —descendientes de colonos libres— poseían 16 000 de las 61 000 propiedades campesinas a lo largo de la provincia, a finales del siglo XVIII. En

muchas zonas el establecimiento de inmigrantes en tierras de la corona o de los nobles creó nuevas concentraciones de campesinos no sometidos[36]. Incluso los señores tradicionales del corazón de Brandemburgo incorporaron un contingente considerable de personas a quienes se pagaban salarios por su trabajo o bien operaban como subcontratadores especialistas que gestionaban recursos particulares, tales como ganado de leche, sobre bases empresariales. En otras palabras, las haciendas de los junkers no administraban perezosamente monocultivos de cereales, en los que la mano de obra era libre y no existían incentivos para la innovación. Había negocios complejos que implicaban notables costes de actividad y altos niveles de inversiones. El trabajo asalariado de distintos tipos jugaba un papel fundamental en sostener la economía señorial, tanto en los propios señoríos como en las filas de los súbditos, en mejor situación, de las aldeas, que, con frecuencia, empleaban a su vez mano de obra con el fin de maximizar la productividad de sus propias tierras.

Existía, sin duda, un régimen extensivo de prestaciones laborales obligatorias. En el Brandemburgo del siglo XVIII los servicios de trabajo solían quedar limitados a entre dos y cuatro días a la semana; eran más duros en el Neumark, donde los campesinos debían someterse al trabajo cuatro días a la semana en invierno y seis en verano y otoño[37]. Estas prestaciones variaban, además, según los distintos señores. En la hacienda de Stavenow, en el Prignitz, por ejemplo, a los habitantes de la aldea de Karstadt se les exigía que «se llegasen a la casa señorial a las seis de la mañana los lunes, miércoles y viernes con un tiro de caballos o, si no se necesitaban caballos, con otras personas a pie, y que estuviesen hasta que se les dijese que podían entrar desde los campos con el rebaño de vacas». Por el contrario, los pequeños propietarios de la pequeña aldea pesquera de Mesekow, en el mismo latifundio estaban sometidos a «servir con sus manos cada vez que se lo dijesen[38]».

Con todo, tales servidumbres se veían equilibradas hasta cierto punto por los fuertes derechos hereditarios de que gozaban muchos súbditos campesinos. A la luz de estos derechos, parecería plausible describir los servicios de trabajo no simplemente como imposiciones feudales, sino como arrendamientos. Mientras que a la mayoría de los campesinos de plena posesión les habría gustado realmente cambiar sus odiadas prestaciones personales por dinero, no parece que estas fuesen tan gravosas como para impedirles que viviesen razonablemente de sus terrenos, o que obstaculizasen que los campesinos colonos de otras partes de Alemania aceptasen un estatus

de sometimiento a cambio de títulos hereditarios de posesión de la tierra. Un estudio de la hacienda de Stavenow, en el Prignitz, sugiere que, lejos de ser condenados a la «abyecta pobreza», de media los campesinos de las aldeas de Brandemburgo pueden haber estado mejor que sus semejantes de la Europa meridional u occidental. En todo caso, las prestaciones de trabajo feudales no estaban grabadas en piedra; a veces podían ser o eran renegociadas. Esto ocurrió, por ejemplo, en los años que siguieron a la devastación de la Guerra de los Treinta Años, que dejó un gran número de granjas desiertas. Ante una terrible escasez de mano de obra, los señores de muchas haciendas cedieron a las demandas de los campesinos de reducir sus prestaciones. Realmente, muchos señores conspiraron para hacer que las rentas del trabajo cayesen al sobrepujar a sus vecinos para los nuevos colonos que trataban de establecerse en las fincas[39].

Además, las autoridades estatales intervenían para proteger a los campesinos contra la actuación despótica de los terratenientes. Las leyes y los edictos promulgados por los sucesivos soberanos desde 1648 fueron sometiendo gradualmente a los tribunales patrimoniales de los junkers a las normas del derecho territorial. Mientras la consulta a los abogados en los casos patrimoniales era más bien una rareza en el siglo XVI y comienzos del XVII, los señores tendían a, tras la Guerra de los Treinta Años, emplear legalmente administradores de tribunales cualificados. En 1717, Federico Guillermo I ordenó, bajo amenaza de severos castigos, que cada tribunal adquiriese una copia del nuevo Código Penal (*Criminalordnung*) y que actuase de conformidad con sus disposiciones en todos los casos penales. Asimismo, se exigía de los tribunales patrimoniales que entregasen un informe cuatrimestral completo sobre los juicios realizados. La tendencia continuó bajo Federico II.

De 1747-1808 en adelante, todos los tribunales patrimoniales fueron obligados a emplear juristas y jueces certificados por el gobierno, y que hubiesen estudiado en la universidad. La aplicación de la ley fue, así, desprivatizada y se la llevó a la esfera de la autoridad estatal. El resultado de esto fue la gradual estandarización de los procedimientos y de las prácticas en todas las diferentes jurisdicciones patrimoniales[40]. La tendencia se vio reforzada por el Tribunal de la Cámara de Berlín, el tribunal y corte de apelación brandemburgueses de más alto nivel. El papel del Tribunal de la Cámara en pronunciar sentencias en los conflictos entre aldeanos y señores en Brandemburgo durante un extenso período debe, con todo, ser analizado en conjunto. Pero entre los casos individuales que han recibido gran atención hay

muchos que demuestran la voluntad del tribunal de apoyar las quejas de los aldeanos o de obligar a contenerse a los demasiado entusiastas junkers[41]. Además, el acceso a este tribunal fue facilitado durante el reinado de Federico II, cuando las reformas iniciadas por el ministro de Justicia Samuel von Cocceji establecieron que las apelaciones serían más rápidas y baratas.

La historia de las disputas entre señores y súbditos sugieren una impresionante capacidad para las acciones colectivas, y al mismo tiempo, un fuerte sentido, entre los trabajadores agrarios con tierras y sin tierras a un tiempo, de sus títulos y de su dignidad consuetudinaria. Esto podemos verlo en la disputa sobre las prestaciones personales de trabajo que se hicieron cada vez más corrientes a finales del siglo XVII, a medida que la población fue recuperándose de la Guerra de los Treinta Años y el equilibrio del poder de negociación entre los súbditos rurales y los terratenientes comenzó a inclinarse del lado de estos últimos. Ante las exigencias de un incremento en las rentas del trabajo, los campesinos mostraron una memoria de elefante respecto a los límites consuetudinarios de sus obligaciones laborales y una determinación pétrea para no permitir la imposición de nuevos e «ilegítimos» servicios.

En 1656, por ejemplo, se informó de que los campesinos del Prignitz se negaban a pagar sus impuestos o a llevar a cabo sus prestaciones laborales. Los cabecillas que habían pasado notas de una aldea a otra, amenazando a todo aquel que se negase a unirse a la protesta con una multa de tres táleros[42]. En 1683, cuando estalló una disputa sobre las prestaciones de trabajo en una hacienda del distrito de Locknitz, en el Uckermark, al noreste de Berlín, doce comunas campesinas se unieron en una huelga laboral contra el señor e incluso formularon una petición conjunta al elector, quejándose de forma grandilocuente de los «procedimientos grandemente ilegítimos» (*grosser unverandtwordtlicher Proceduren*)[43]. En una carta en que se contaban estas quejas, el administrador informaba a las autoridades de que los campesinos de sus señoríos se habían negado a realizar sus servicios, se habían quedado fuera de la propiedad allí donde les había apetecido, no habían llegado hasta las 10.30 horas en invierno y traían consigo solo animales cansados y los carros de menor tamaño a la granja del señorío. Cuando los capataces los presionaron para que se pusiesen a trabajar, los campesinos les pegaron o amenazaron con matarlos, poniéndoles las hoces en el cuello. Como la disputa quedó sin solución, representaciones conjuntas de campesinos continuaron, en los años siguientes, apoyados, parece, por el pastor local. Los intentos de las autoridades de dividir la resistencia,

ofreciendo a cada comuna un trato diferente, fracasaron. Pese a la aparición de tropas y tras infligir castigos corporales a algunos de los cabecillas, el «movimiento» de resistencia siguió protestando durante un decenio al desbaratar los campesinos los intentos del señor de sacar más valor de sus súbditos aldeanos. No parece que haya señal, aquí, de los castrados siervos cuya voluntad hubiese sido suprimida por hábitos de deferencia y obediencia. Cuando un administrador de la misma hacienda trató de meter prisa a un campesino con su látigo durante la cosecha de 1697, otro trabajador cercano lo amenazó con la hoz, diciendo: «Amo, deja eso, que no es nada bueno y no te hará amigos, no podemos dejar que nos maltraten[44]».

No fue una resistencia aislada. En el Prignitz, al noroeste de Berlín, estalló otro movimiento de protesta regional entre los campesinos en 1700, impulsado de nuevo por las exigencias de un aumento de las rentas de trabajo. Los campesinos mostraron una impresionante capacidad de organización. En una carta de quejas de la nobleza local se observa «el campesinado común» se ha «unido de la forma más delictiva» con el fin de liberarse de sus deudas y servicios, y para ello ha recolectado dinero casa por casa en todos los pueblos [del Prignitz], Para disgusto de los nobles signatarios, el gobierno, en vez de detener y castigar simplemente a los cabecillas, envió las súplicas de los campesinos al Tribunal de la Cámara de Berlín para que las considerase. En el entretanto, no menos de 130 aldeas redactaron peticiones en las que se enumeraban sus quejas. Estos documentos se centraban en los intentos de los terratenientes junkers de reintroducir las prestaciones de trabajo ya difuntas e ilegítimas, como el acarreo de productos de las haciendas a Berlín, sin compensarlas con otras obligaciones; también hubo quejas por el aumento camuflado de las rentas del grano a través de la introducción de unidades de medida más grandes y el maltrato de algunos campesinos que habían sido esposados en la prisión recién construida del señorío[45].

Lo que resulta llamativo en estas y otras protestas semejantes (hubo conflictos más importantes por la misma época en el Mittelmark y partes del Uckermark)[46] es la capacidad para una acción conjunta y la confianza en una justicia superior, como demostraron muchas protestas campesinas. Los acontecimientos de este tipo eran organizados gracias a una memoria colectiva latente de las técnicas de protesta —los participantes «sabían» cómo actuar sin que se lo dijeran—. Los pocos estudios detallados que poseemos sobre este levantamiento muestran que los campesinos no tuvieron dificultades en asegurarse la ayuda y la dirección de personas ajenas a su estrecho medio social. En las protestas del distrito de Locknitz, el pastor local

ayudó en la formulación de las quejas de los aldeanos en un lenguaje que impresionase a las altas autoridades del señorío y a la corte de apelación. En el levantamiento de Prignitz, un administrador de la hacienda local, un hombre instruido, corrió un riesgo personal considerable al ayudar a redactar las súplicas y a escribir las cartas de los insurgentes[47].

Incluso en los casos en los que las protestas campesinas no alcanzaban su finalidad inmediata y se exigían nuevas prestaciones de trabajo en contra de su voluntad, había formas de evitar a los terratenientes con cautela. Lo más fácil era sabotear sin más el sistema llevando a cabo prestaciones laborales al nivel mínimo de competencia y esfuerzo. En una carta de enero de 1670, el administrador local, Friedrich Otto von der Groben, se lamentaba ante el elector de que los servicios laborales realizados en invierno por los campesinos de Babitz, en el distrito de Zechlin, eran de escasa calidad. La gente del lugar enviaba frecuentemente a sus hijos para que llevasen a cabo estos trabajos, o llegaban diez o doce personas para trabajar, por la mañana, y se iban a las dos, por lo que en toda una semana (tres días) de servicios apenas se alcanzaba a completar un solo día completo de trabajo[48]. En 1728, el alcalde von Kleist, cuya familia había comprado la hacienda de Stavenow en 1717, se quejaba de sus campesinos porque «se han observado muchos desórdenes en la ejecución de los servicios del señorío, pues algunas personas traen tales míseros tiros de caballos que no pueden terminar la tarea, mientras que otros trabajan con tan poca conciencia y desobedeciendo, que se acaba por no hacer nada». Un anuncio sobre esto fue leído en voz alta a los súbditos ante el tribunal del señorío, pero cierto número de estos no pudieron acudir y tuvo escaso efecto[49]. Los datos de que disponemos sugieren que se trataba de un problema muy extendido en las tierras al este del Elba. En las haciendas en las que los acuerdos de arrendamiento no se percibían como legítimos, las protestas abiertas eran tan solo picos de resistencia en el seno de un paisaje más amplio de inconformismo[50].

El impacto de tales resistencias sobre los terratenientes en cuanto élite económica es difícil de establecer con precisión. Parece ser, de todos modos, que la disposición de los campesinos a la protesta ante los aumentos unilaterales de las rentas del trabajo y a socavar su eficacia a largo plazo por medio de un menor rendimiento o de sabotajes, colocó a los terratenientes bajo coacción. Cuando uno de los von Arnim heredó parte de un complejo de haciendas en Böckenberg en el Uckermark, en 1752, se encontró con que los campos estaban llenos de espinos y que «habían sido reducidos a las peores condiciones por las prestaciones laborales de los campesinos». Así pues, Von

Arnim decidió construir viviendas con su propio capital y asentar en las tierras a familias de asalariados que trabajasen directamente para él[51]. Este es un claro ejemplo de cómo la obstinación de los campesinos redujo el valor de las prestaciones laborales, impulsó el trabajo asalariado y aceleró la transición a un sistema basado en el salario que gradualmente fue vaciando la constitución «feudal» de las haciendas al este del Elba.

Género, autoridad y sociedad en las haciendas

Un componente obvio y aun así bastante descuidado de la imagen del «junker prusiano» es su carácter categóricamente masculino. Uno de los puntos de cristalización de la ideología colectiva de la nobleza que surgió en las tierras de Prusia a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX fue el concepto de «casa integral» (*ganzes Haas*) bajo la autoridad de un benévolo *pater familias* o *Hausvater*, cuya administración se extendía más allá de su familia nuclear a los campesinos, aparceros, criados domésticos, y otros que habitaban en la hacienda. En los siglos XVII y XVIII un floreciente género de trabajos no literarios se centraron en la noción de hacienda ideal, bien ordenada y autosuficiente, mantenida en pie por lazos de dependencia y obligaciones mutuas y guiada por el liderazgo del cabeza de familia patriarcal[52].

Ecos distantes de este tipo ideal pueden ser entrevistos en la notable elegía de Theodor Fontane a la antigua nobleza, *Der Stechlin*, en la que las virtudes humanas de una élite social idealizada, cuyo tiempo está pasando, que forma cuerpo con el bronco pero adorable propietario del país, Dubslav von Stechlin. El arquetipo del paterfamilias se reconoce todavía en el viejo Stechlin, pero los mayores componentes, varón y hembra, de la casa familiar han quedado difuminados en un segundo plano; el jefe de la casa ha sido sacado de su contexto para que pueda representar las dificultades y la subjetividad de su clase en conjunto (Fontane lo posibilita al hacer que la mujer de Stechlin muera joven antes de que comience la acción de la novela). En este sentido, Fontane masculiniza el mundo de la hacienda de un modo que parece ajeno incluso al mundo patriarcal invocado por la *Hausvaterliteratur* del siglo anterior. Tan poderosa fue la evocación nostálgica de la casta junker que se convirtió en una especie de memoria virtual en las clases de literatura de fines del siglo XIX y comienzos del XX en Prusia. Es el mundo de Fontane el que invoca el historiador Veit Valentin cuando describía a los junkers prusianos como «hombres tranquilos y

flemáticos, arrogantes y amables, espléndidos e imposibles, que rechazaban todo lo que era diferente respecto a su índole, eran demasiado elevados para jactarse, llamaban a su sede del campo *casa* y a su parque *jardín*[53]».

La tendencia a considerar al junker un tipo exageradamente masculino se vio reforzada al asociarla al servicio militar, que dejó una huella indeleble en la imaginación visual de la clase junker, que todavía da forma a nuestra percepción de quiénes eran. Las caricaturas que proliferaban en los periódicos satíricos de los años 1890 y 1900 se centraban sobre todo en los oficiales de uniforme. En las páginas del diario muniqués *Simplicissimus*, el junker es un joven vano, irresponsable, abotonado en un ropaje militar grotescamente ceñido y dado a dilapidar su riqueza heredada en las mesas de juego, o un rudo mujeriego, inculto, que cree que «Charles Dickens» es el nombre de una raza de caballos y confunde «matrícula» con una fiesta judía. El tipo físico inmortalizado por Erich von Stroheim en la película de Jean Renoir, *La gran ilusión* de 1937 es totalmente reconocible todavía como uno de los tipos canónicos modernos europeos: un cuerpo delgado de fina cintura con un cabello cortado corto y tieso, un mostacho severo, una actitud artificial inexpresiva, y un reluciente monóculo (al que se deja caer de vez en cuando con efecto teatral)[54]. La idea de esta breve digresión no es censurar estas construcciones por falsas (pues estas captan sin duda importantes aspectos de lo que significó la «clase de los junker» para sus admiradores y detractores burgueses y, además, fueron interiorizados hasta cierto punto por los propios junkers). La idea es, más bien, que uno de sus efectos ha sido borrar la imagen de las mujeres que hacían que las haciendas funcionasen en el período clásico del memorialismo comercial, no solo sosteniendo las redes de sociabilidad y comunicación que hacían soportable la vida en las provincias prusianas, sino también por su contribución a la gestión financiera y de personal. Si volvemos a la hacienda de los Kleist en Stavenow, hallamos que, en los dos decenios transcurridos entre 1738 y 1758, la hacienda en su totalidad era gestionada por Maria Elisabeth von Kleist, viuda del coronel Andreas Joachim, que había muerto en 1738. *Frau* Von Kleist exigió importantes deudas con gran energía, bien a través del tribunal del señorío, bien, a través de pleitos presentados al Tribunal de la Cámara de Berlín; supervisó los trabajos de la justicia patrimonial de la hacienda, prestó una notable suma, con un interés del cinco por ciento, a un vecino, aceptó depósitos de pequeños ahorros de personas del lugar (incluido un farmacéutico, un pescador, el conductor de su propia carroza, un mesonero), invirtió en bonos de guerra, y en depósitos con intereses con el instituto de

crédito local del colectivo nobiliario, y, en general, supervisó y gestionó la hacienda familiar como si fuese un negocio[55].

16. El Junker, *caricatura de E. Feltner, de la revista satírica* Simplicissimus.

Otro caso notable es el de Helene Charlotte von Lestwitz que, en 1788, heredó el señorío de Alt-Friedland, a unos 70 kilómetros al este de Berlín, en el límite de las llanuras inundadas del Óder. Habiendo adquirido la hacienda, adoptó el nombre de «Von Friedland», seguramente con el fin de reforzar su identificación con la localidad y con su gente. A comienzos de los años 1790 se produjo una disputa sobre los derechos de utilización de un lago conocido como Kietzer See que se encontraba entre su hacienda y la vecina localidad de Alt-Quilitz. Los aldeanos del Alt-Quilitz reclamaban el derecho de cortar juncos y hierba en las orillas del lago a finales del otoño, cuando el forraje comenzaba a escasear y se necesitaban reservas para el ganado durante el invierno. Reclamaban, asimismo, el derecho a teñir el cáñamo y el lino en las playitas arenosas que salpicaban la orilla del lago del lado de Alt-Quilitz. Tales reclamaciones fueron disputadas enérgicamente por *Frau* Von Friedland, que exigía que el derecho a cortar juncos en todo el lago perteneciese su señorío, realizando incluso una inspección sobre sus súbditos

con la intención de establecer la historia oral, por decir así, de los derechos de uso del Kietzer See.

En enero de 1793, ante el hecho de que las repetidas quejas al señorío de Alt-Quilitz habían fracasado en darle satisfacción, *Frau* Von Friedland llevó a cabo una demanda de pleito ante el Tribunal de la Cámara de Berlín. Asimismo, autorizó a sus súbditos y administradores a armarse con mazas, a detener a los cortadores de juncos de Quilitz y a confiscar sus mal adquiridos juncos. Sus súbditos llevaron a cabo la tarea con entusiasmo y evidente disfrute. Cuando el Tribunal de la Cámara de Berlín concluyó finalmente sus deliberaciones, el resultado fue un compromiso que trató de salvar la cara a las dos partes, tratando de repartir entre ambos los derechos de uso del lago. Pero esto no fue suficiente para *Frau* Von Friedland, que rápidamente apeló contra el veredicto. Entonces trasladó el peso del argumento del escandaloso corte de juncos por sus vecinos a los efectos deletéreos del teñido del cáñamo sobre la población de peces del lago. Se situaron guardias en las orillas por parte del señorío de Friedland para evitar el teñido, pero estos fueron detenidos sumariamente y sacados de allí por una fuerza de ciudadanos de Quilitz. En una salida posterior, el cazador (*Jäger*) de la hacienda de Friedland se las arregló para expulsar a un grupo de tintoreros amenazándolos con su arma; sin embargo, en la confusión que siguió los de Quilitz pudieron apoderarse de la batea de un pescador de Friedland llamado Schmah, e irse con ella. Durante los dos años que continuó el caso, *Frau* Von Friedland estuvo encabezando a sus súbditos en su lucha por el control del lago y de sus recursos.

Si observamos este caso, nos sorprende no solo la notable solidaridad entre súbditos y señorío y la utilización del argumento ecológico, sino también la importancia de la enérgica y combativa *Frau* Von Friedland, que era claramente algo así como un titán local. Era asimismo una «terrateniente que hacía progresar», de un tipo que estaba empezando a estar de moda en Brandemburgo a finales del siglo XVIII. Fue pionera en el préstamo gratuito de ganado de sus establos a sus súbditos (para conservar el estiércol para abono), introdujo nuevas plantas y repobló los agotados bosques —sus pintorescos robles, tilos y hayas son todavía hoy uno de los aspectos más atractivos de la zona—. Realizó también progresos en la escolarización en las haciendas y preparó a los aldeanos a asumir cargos como administradores y productores de leche[56].

No es fácil determinar la frecuencia con la que tales matriarcas aparecen en los anales de la clase terrateniente y cómo cambiaron a lo largo del tiempo

las condiciones para el activismo de estas mujeres en el medio rural. Pero no hay nada en las fuentes del conflicto del Kietzer See que sugiera que los contemporáneos percibieran a *Frau* Von Friedland como una extraña anomalía. Además, existen otros casos dispersos en la bibliografía en donde hallamos mujeres entusiastas en su papel de propietarias y señoras de sus haciendas[57]. Tales ejemplos sugieren, como mínimo, que la imagen promovida en la literatura prescriptiva de buenas maneras del siglo XVIII de la «junkerin[*]» tejiendo, zurciendo, y cuidando del huerto y atendiendo a «todas las formas del trabajo femenino[58]» no se aplicaba a todas las casas, y que el poder normativo de esta deseada construcción de imagen puede haber sido menor de lo que suponemos. Sin duda hay bastantes cosas que sugieren que los papeles de hombre y mujer estaban menos polarizados en las mansiones de la nobleza rural del Antiguo Régimen de lo que luego serán en las familias burguesas de los siglos XIX y XX. La capacidad de las mujeres propietarias de haciendas del siglo XVIII para operar como agente autónomo se vio sostenida por los fuertes derechos de propiedad femeninos legales, disminuidos luego a lo largo del siguiente siglo[59].

Hasta cierto punto, estas observaciones sobre las casas nobles pueden extenderse al medio social de los campesinos, aldeanos y sirvientes, súbditos o libres, que vivían en las haciendas de los junkers. Aquí, asimismo, y aunque no puede haber dudas sobre las profundas desigualdades estructurales entre géneros, las mujeres se hallaban en una posición más fuerte de lo que se pueda suponer: estas cogestionaban su hogar (incluyendo, en muchos casos, el control y la gestión del dinero y la acumulación de los ahorros). Las mujeres que habían aportado al matrimonio dotes sustanciales podían ser copropietarias de los bienes de la familia. Las mujeres destacaban también como empresarias semiindependientes en la aldea, especialmente en el papel de dueñas de tabernas; no era inusual que los herreros u otros notables menores de la aldea alquilasen tabernas del señor y las llevasen por medio de la gestión de sus mujeres que, por ello, adquirían un cierto estatus e importancia social en el seno de la aldea. Con frecuencia, las mujeres llevaban a cabo las labores agrícolas, en especial cuando la mano de obra masculina escaseaba —la división sexual del trabajo era menos rígida en las comunidades rurales que en las ciudades, en las que los gremios, dominados por los hombres, dificultaban a las mujeres el acceso a la industria[60]—. Casarse y entrar en la familia del marido no implicaba romper los lazos de la mujer con su propia red de parentesco, por lo que las esposas enzarzadas en disputas con sus maridos podían contar, con frecuencia, con el apoyo de

miembros de su propio linaje. La importancia de tales nexos quedaba simbolizada en la conservación por parte de las esposas campesinas del apellido paterno (más que el del marido)[61].

Como factor que determinaba las relaciones de poder, el género interaccionaba con otras muchas gradaciones sociales que estructuraban la sociedad rural. Mientras que la esposa con dote de un campesino pleno propietario se encontraba en una posición relativamente fuerte para proteger su nivel de vida ante otros pretendientes a las rentas de su hogar, incluso después de la muerte o de la jubilación de su marido, una mujer que se encontrase en una situación peor, que se casase con un campesino ya jubilado, se hallaba en una posición mucho más vulnerable, pues no había modo de garantizar que el hogar de su marido continuase financiando su mantenimiento tras la muerte de este. El problema de los subsidios de jubilación de una mujer tras la muerte de su marido era tan inestable que a veces era objeto de estipulaciones especiales de las escrituras de propiedad de la granja que se firmaban cuando una mujer se unía por matrimonio a una nueva familia. En otros casos, los subsidios se establecían en el momento de la jubilación, cuando la generación anterior cedía la gestión de la propiedad a sus herederos. Si había buena voluntad, las viudas de más edad podían contar con ciertos supuestos consuetudinarios locales respecto a lo que era un nivel aceptable de provisiones; donde no había buena voluntad podían tratar de que sus derechos se hiciesen cumplir obligatoriamente ante el tribunal del señorío[62].

El estudio de las disputas surgidas a causa de nacimientos ilegítimos ha permitido aclarar, asimismo, cómo funcionaban los roles de género y cómo se definían en la sociedad rural. Algunas partes de Prusia, como Altmark, tenían un índice sorprendentemente elevado de nacimientos ilegítimos. Un recuento de casos en la parroquia de Stapen en el señorío de la familia Schulenburg revela que de 91 matrimonios celebrados en la parroquia en el período 1708-1800, hubo 28 nacimientos ilegítimos[63]. En tales casos, las autoridades del tribunal se preocupaban sobre todo de establecer la paternidad y determinar el derecho de la madre a reclamar la ayuda del varón. Los archivos de los tribunales revelan supuestos divergentes respecto a la sexualidad masculina y femenina; mientras que a las mujeres se las consideraba pasivas por naturaleza y a la defensiva en las transacciones sexuales, a los hombres se los veía impulsados por un inequívoco deseo de contactos sexuales. Esto significaba que el peso de la investigación sobre los nacimientos ilegítimos se basaba, por lo general, en establecer por qué la mujer se había prestado al

deseo sexual del hombre. Si se llegaba a la conclusión de que él la había convencido por medio de una promesa de matrimonio, su exigencia de ayuda para el hijo se reforzaba. Si, por el contrario, se demostraba que la mujer tenía fama de promiscua, esto debilitaba su posición. Sin embargo, la historia sexual del hombre en cuestión se estimaba irrelevante. Teniendo todo esto en cuenta, tales investigaciones se inclinaban a favor de los hombres. Con todo, los procedimientos jurídicos eran menos discriminatorios de lo que se pueda suponer. Se dedicaba un esfuerzo considerable para establecer las circunstancias concretas del embarazo con la mayor garantía posible, y aunque era infrecuente que los padres fuesen obligados a casarse, si se los identificaba claramente, solían verse forzados por lo general a repartirse los costes de la cría del hijo[64].

En todo caso, el género era solo una de las varias variables que podían influir en el resultado de los juicios. Las mujeres pertenecientes a familias campesinas de nivel alto estaban mejor situadas que las pobres. Más probablemente, a estas podía ayudarlas la élite de la aldea, que podía ser decisiva en establecer el veredicto. También era más probable que los hombres impugnados aceptasen casarse con ellas[65]. Las mujeres más pobres estaban peor situadas en estos dos casos, pero incluso para ellas había maneras de arreglárselas como madres solteras. Las mujeres en esta situación podían hacer equilibrios para vivir haciendo trabajos domésticos, tales como tejer y coser en otras casas campesinas. A veces podían casarse más tarde —el estigma asociado al nacimiento ilegítimo se diluía notablemente (incluso sin matrimonio) si un padre podía ser identificado y reconocía su responsabilidad—. Tenemos pruebas, incluso, para sugerir que las mujeres pobres que criaban hijos por su cuenta, asumiendo que cuidaban de su buena salud, se hallaban en una situación mejor para producir ingresos que las mujeres casadas del mismo estatus social que estaban ligadas a una casa concreta[66].

Una de las cosas más interesantes que emerge de los procedimientos judiciales de este tipo es el carácter autonormativo de la sociedad aldeana en las haciendas del este del Elba. Los campesinos y demás aldeanos no estaban inermes, no eran súbditos acobardados expuestos a los golpes arbitrarios de una justicia señorial ajena. El tribunal del señorío fue durante mucho tiempo el que hacía respetar las normas sociales y morales de la aldea. Esto es especialmente evidente en los casos en los que las disputas familiares amenazaban con dejar a los ancianos y a otras personas frágiles sin los medios necesarios; aquí, la función del tribunal señorial solía ser ocuparse de que la

economía moral de la aldea se viese obligada a favorecer a sus miembros más vulnerables[67]. En muchos casos que implicaban infracciones en el campo sexual, los procedimientos judiciales comenzaban con una investigación preliminar por parte de la propia aldea. Era la aldea la que informaba al tribunal de que existía un caso que había que defender. Además la aldea supervisaba el pago de las pensiones alimenticias que derivaba de demandas de paternidad exitosas. El tribunal señorial, así, operaba en simbiosis parcial con las estructuras de autogobierno de la aldea[68].

«Industriosa» Prusia

«El poder de Prusia», anotaba Federico II en su Testamento Político de 1752, «no se basa en ninguna riqueza intrínseca, sino únicamente en los esfuerzos de la industria» (*gewerblichen Fleiss*)[69]. Desde el reinado del Gran elector en adelante, el desarrollo de la industria nacional fue uno de los objetivos principales de las distintas administraciones de los Hohenzollern. Los sucesivos electores y reyes aspiraron a conseguirlo impulsando la inmigración para incrementar la fuerza de trabajo nativa y promoviendo la fundación y expansión de empresas nativas. Algunas industrias ya existentes fueron protegidas con limitaciones y tarifas sobre las importaciones. En ciertos casos, cuando el producto en cuestión se consideraba de importancia estratégica o prometía proporcionar sustanciosas ganancias, el propio gobierno manejaba un monopolio, nombrando directivos, invirtiendo fondos, controlando la calidad y recaudando los ingresos. Se hizo un intento para garantizar —de acuerdo con el principio mercantilista— que las materias primas no debían abandonar el territorio para ser procesadas en otro lugar. Una de las primeras decisiones de Federico II como rey fue fundar un nuevo órgano administrativo, el Quinto Departamento del Directorio General, cuya tarea era supervisar «el comercio y la manufactura». En una instrucción para su primer director, el rey declaraba que los objetivos del departamento eran mejorar las fábricas existentes, crear nuevas industrias manufactureras y atraer al mayor número posible de extranjeros para ser empleados en las empresas manufactureras.

Se abrieron agencias de colonización prusianas en Hamburgo, Fráncfort del Meno, Regensburg, Ámsterdam y Ginebra. Los tejedores de lana eran reclutados en la vecina Sajonia para proporcionar a los manufactureros de las tierras de Prusia la muy necesaria mano de obra. Los trabajadores

especializados llegaron de Lyon y Ginebra para trabajar en las fábricas de seda prusianas, aunque muchos de estos volvieron más tarde a su país de origen. Inmigrantes de los territorios alemanes del imperio fundaron fábricas que manufacturaban cuchillos y tijeras. Inmigrantes provenientes de Francia (incluidos católicos ahora, junto a protestantes de una generación anterior) colaboraron en la creación de industrias sombrereras y del cuero prusianas.

La «política económica» de Federico adquirió la forma de intervenciones únicas en sectores específicos que concebía especialmente importantes para el estado. Atención particular recibió la industria prusiana de la seda, en parte porque la seda era un producto cuya materia prima se producía, teóricamente, en tierras prusianas (siempre que se encontrase una forma de proteger a las plantaciones de moreras con árboles jóvenes contra las heladas del invierno), en parte porque los productos de lujo confeccionados con seda extranjera eran asociados a la elegancia y a un avanzado estado de civilización y conocimientos técnicos[70].

Los procedimientos adoptados para estimular la producción utilizaban una característica mezcla de incentivos y controles. Se ordenó que las ciudades con guarniciones plantasen moreras dentro de sus muros. Una real orden de 1742 declaraba que a cualquier persona que propusiese crear una plantación de moreras se le debía proporcionar la tierra necesaria. A los cultivadores que poseían plantaciones de 1000 árboles o más en sus propias tierras se le podía otorgar un subsidio estatal para cubrir el gasto del salario de un horticultor hasta que el negocio comenzase a dar beneficios. Una vez que los árboles hubiesen crecido lo suficiente, los cultivadores tenían derecho a subvenciones consistentes en huevos de gusanos de seda italianos, libres de costes, por parte del gobierno. Este, además, decidió comprar a sus propietarios toda la seda producida en tales plantaciones. La naciente industria de la seda se vio favorecida por especiales subsidios a la exportación, protección tarifaria y exenciones de tasas. Desde 1756 la importación de seda fue prohibida en todos los territorios prusianos al este del río Elba. Se ha estimado que, en conjunto, se invirtieron 1,6 millones de táleros provenientes del dinero del gobierno en la producción de seda, y la mayor parte entregada por un departamento gubernamental especial con responsabilidades únicamente respecto a la manufactura de seda. Este decidido fomento de una industria favorecida produjo, sin duda, un aumento general de su capacidad, pero hubo controversias, incluso entre los contemporáneos, sobre si este punto de vista tan fuertemente intervencionista era o no el mejor modo de estimular el aumento de la productividad en el sector manufacturero[71].

En el caso de la industria de la seda, el principal inversionista y empresario era el estado. La misma pauta puede observarse en una serie de otras industrias consideradas de importancia estratégica o fiscal. Por ejemplo, había un astillero real en Stettin, y monopolios estatales sobre el tabaco, la madera, el café y la sal, gestionado todo esto por hombres de negocios bajo la supervisión de funcionarios estatales. Había también cierto número de sociedades público-privadas, como la de Splitgerber y Daum, firma berlinesa especializada en industrias relacionadas con la guerra, incluida la compra y reventa de municiones en el extranjero, que operaba como empresa privada pero protegida por el estado para evitar la competencia, la cual se beneficiaba de un flujo regular de encargos gubernamentales. Un ejemplo, muy celebrado, de empresas impulsadas por el estado fue la consolidación de industria minera del hierro de la Alta Silesia. En 1753, la Malapane Hütte, de Silesia, se convirtió en la primera empresa de herrajes alemana que operaba con un moderno alto horno. El gobierno también apoyaba la expansión de la industria del lino, que atraía a nuevos trabajadores y técnicos por medio de un plan de asentamiento especial que ofrecía varios incentivos (telares gratuitos para los tejedores inmigrantes recién llegados)[72]. Todas estas empresas estaban amparadas por un régimen de tarifas proteccionistas y prohibiciones a la importación.

El intervencionismo, a este nivel de magnitud, involucraba al estado y también al propio soberano en los problemas sectoriales específicos en una microgestión que consumía mucho tiempo. Podemos ver esto en la gestión gubernamental de la poco sana industria de la sal en Halle, Stassfurt y Gross Salze hacia finales del reinado de Federico. Las fábricas de sal de estas ciudades habían perdido sus mercados tradicionales en la Sajonia electoral y habían pedido ayuda al rey repetidamente. En 1783 Federico confió a uno de sus ministros, Friedrich Anton von Heinitz, la tarea de comprobar «si era posible procesar algún otro producto de la salina, por ejemplo salitre o algún otro, de modo que esta gente pudiese ayudarse a sí misma hasta cierto punto y luego vender este producto[73]». Heinitz dio con la idea de manufacturar bloques de sal mineral y venderlos a la administración de las tierras en Silesia para salegar al ganado en los pastos. Convenció a la corporación local de salineros(*Pfannerschaft*) de Gross Salze de que llevasen a cabo los experimentos necesarios y les proporcionó subsidios reales de 2000 táleros para cubrir los gastos. El primer experimento falló, pues los hornos para la extracción de sal mineral no eran de la calidad adecuada y se estropearon cuando estaban encendidos. Se requirió un subsidio notablemente mayor de

los fondos discrecionales del ministerio para financiar la construcción de hornos de mejor calidad. Heinitz solicitó, asimismo, de Carl Georg Heinrich, conde Von Hoym, el ministro de Silesia y especial favorito del rey, que adquiriese 8000 quintales de su producto en el verano de 1786. Hoym accedió en un primer momento, pero se negó a renovar el pedido al año siguiente porque la sal de las nuevas salineras de Gross Salze era de mala calidad y demasiado cara. Aquí constatamos una disposición a improvisar e innovar combinada con una preferencia en última instancia contraproducente por las soluciones de iniciativa gubernamental (como opuestas al mercado)[74].

Como puso de manifiesto este punto de vista fuertemente intervencionista y controlador, Federico II había perdido el contacto con esas tendencias contemporáneas (sobre todo francesas y británicas) del pensamiento económico que habían comenzado a conceptualizar la economía como algo que operaba según sus propias leyes autónomas, y consideraba a la empresa individual y a las desregulaciones de la producción como la clave del crecimiento. Aumentaba la controversia —especialmente después de la Guerra de los Siete Años— a medida que los hombres de negocios comenzaron a irritarse por las restricciones económicas del gobierno. En los años 1760 los comerciantes y manufactureros independientes de las ciudades de Brandemburgo-Prusia protestaban contra las prácticas proteccionistas y discriminatorias del gobierno. Algún apoyo tuvieron de la propia burocracia del rey. En septiembre de 1766, Erhard Ursinus, secretario privado de Finanzas del Quinto Departamento, elaboró un memorándum en el que se criticaba la política del gobierno, centrándose en concreto en lo que consideraba excesivas subvenciones de las industrias del terciopelo y de la seda, pues ambas producían material de calidad inferior a precios mucho más altos que el de sus equivalentes importados del extranjero. La red de monopolios gubernamentales, continuaba diciendo Ursinus, creó un entorno hostil al florecimiento del comercio[75]. Ursinus no recibió ningún premio por su sinceridad. Tras algunas revelaciones según las cuales habría aceptado sobornos de poderosas personalidades de la comunidad empresarial, fue encarcelado durante un año en la fortaleza de Spandau.

17. Federico el Grande visita una fabrica,
grabado de Adolph Menzel, 1856.

Una crítica históricamente más influyente fue la de Honoré-Gabriel Riquetti, conde Mirabeau, autor de un tratado de ocho volúmenes, ampliamente discutido, sobre la organización agrícola, económica y militar de la monarquía prusiana. Ferviente partidario de la economía de libre comercio de los fisiócratas, Mirabeau halló pocas cosas recomendables en el elaborado sistema de controles económicos utilizados por la administración prusiana para sustentar la productividad nacional. Había, declaró, muchas «verdaderas y útiles maneras» para impulsar el crecimiento de la industria, pero estas no incluían a los monopolios, las restricciones a la importación, y las subvenciones estatales que eran la norma en el reino de Prusia[76]. En vez de permitir que las manufacturas «estableciesen por sí mismas sus propios acuerdos» sobre la base del capital acumulado de forma natural en la agricultura y el comercio, afirmaba Mirabeau, «el rey ha desperdiciado sus recursos en programas de inversiones poco acertados»:

> El rey de Prusia había dado recientemente 6000 escudos para la creación de una fabrica de relojes en Friedrichswalde. Este pequeño proyecto no era digno de este regalo. Es fácil prever que si a esta fábrica no se la alimenta con ulteriores beneficios, no podrá sostenerse. De todo equipo inútil, nada hay más inútil que un mal reloj[77].

El legado de casi medio siglo de gobierno federiciano, concluía Mirabeau, fue un terrible panorama de estancamiento económico, en el que, de manera crónica, la producción excedió a la demanda y el espíritu de empresa fue sofocado por la regulación y el monopolio[78].

Era una valoración demasiado negativa, cuya última finalidad era la polémica (el blanco real de Mirabeau era el Antiguo Régimen francés, que ayudará a derribar en junio de 1789). En defensa del experimento de Federico, podríamos señalar que cierto número de proyectos estatales lanzados en esta época echó las bases para un crecimiento a más largo plazo. La industria del hierro silesia, por ejemplo, continuó floreciendo después de la muerte de Federico, bajo la supervisión del conde von Reden, comisario industrial especial para Silesia. Entre 1780 y 1800, su mano de obra y su producción aumentaron un 500 por ciento. A mediados del siglo XIX, Silesia poseía una de las más eficientes industrias metalúrgicas de la Europa continental. Lo que era un ejemplo de crecimiento y desarrollo a largo plazo dirigido por el estado[79]. Lo mismo puede decirse respecto a la industria del algodón, patrocinada por el estado, establecida en el distrito de Luckenwalde, en Mittelmark, al sur de Berlín. Puede que el estado, en un primer momento, no haya creado un clima adecuado para la libre competencia y empresa, pero fue un sustituto exitoso de una ausente élite empresarial local. A ningún comerciante, aun rico y emprendedor, se le había ocurrido la idea de establecer a varios artesanos en una zona como Luckenwalde, donde hasta ese momento no había industrias dignas de mención. La fructífera actividad de los empresarios empezaría tan solo más adelante, cuando se hubo establecido una colonia, junto a la necesaria concentración de recursos y expertos locales, con el estímulo del estado. En otras palabras, el desarrollo inducido por el estado y la empresa no eran mutuamente excluyentes y podía haber estadios sucesivos en el proceso de crecimiento. Como dijo un historiador social y económico del siglo XIX, Gustav Schmoller: el régimen de proteccionismo y de crecimiento dirigido por el estado «debía caer para que las semillas que había sembrado pudiesen florecer bajo el sol del liberalismo industrial [del siglo XIX[80]]».

En todo caso, el Brandemburgo-Prusia de mediados del siglo XVIII no era un erial económico en el que el Estado fuese el único innovador y el único empresario. La importancia de la administración real como director de manufacturas a gran escala no debe exagerarse[81]. En el complejo de la ciudad residencial de Berlín-Potsdam, centro dominante del crecimiento económico en las provincias centrales de Prusia, solo una de cada cincuenta

fabricas (*Fabriquen*) pertenecía al estado o a corporaciones públicas. Sin duda, estas incluían alguna de las mayores empresas, como la Lagerhaus, fundada por Federico Guillermo I para aprovisionar al ejército, y manufacturas de porcelana, oro y plata. De todos modos, cierto número de estas empresas no estaban controladas directamente por el estado, sino arrendadas a hombres de negocios ricos. El papel del estado era menos relevante en las provincias occidentales, donde había más centros metalúrgicos independientes importantes (en tierras de Mark), manufacturas de la seda (en Krefeld y alrededores) y textiles (en torno a la ciudad de Bielefeld). En tales zonas, la fuerza dominante de la vida económica era una segura burguesía comerciante y manufacturera cuya riqueza derivaba no de los contratos del estado, sino del comercio regional, especialmente con los Países Bajos. En este sentido, los territorios occidentales eran una «lección práctica sobre los límites de la influencia del estado en el desarrollo económico[82]».

Incluso en las provincias centrales del conglomerado prusiano, el crecimiento en el sector estatal se vio superado notablemente por la expansión de la empresa del sector privado. En especial tras la Guerra de los Siete Años, el rápido crecimiento de empresas manufactureras medias de creación y gestión privada (que empleaban entre cincuenta y noventa y nueve trabajadores) fue testigo del declinar de la importancia de la producción impulsada por el gobierno. Especialmente llamativo fue el crecimiento del sector del algodón que, a diferencia de los de la lana y la seda, recibían escasa ayuda del gobierno. Aun cuando Berlín-Potsdam y Magdeburgo eran los dos únicos centros de producción de importancia suprarregional comparados con Hamburgo, Leipzig o Fráncfort del Meno, existían muchos centros de producción menores en las provincias centrales del reino. Incluso en ciudades bastante pequeñas, en las que la mayor fuente de ingresos era la agricultura, podía darse una no pequeña concentración local de actividad manufacturera gremial. Stendal, en el Altmark, al oeste de Berlín, por ejemplo, se jactaba de tener no menos de 109 maestros artesanos en el sector textil. En muchas de estas localidades, la segunda mitad del siglo XVIII presenció considerables cambios estructurales, a medida que los talleres individuales fueron integrándose gradualmente en manufacturas dispersas. Incluso pequeños centros artesanos podían ser importantes «islas de progreso» capaces de poner las bases de un posterior desarrollo industrial[83]. Observaba este crecimiento acelerado fuera del sector estatal una variada élite empresarial, cuya relación con las agencias económicas gubernamentales era más compleja de lo que

admite el modelo mercantilista. Los decenios desde 1763 presenciaron la rápida consolidación de una nueva élite económica de manufactureros, banqueros, mayoristas y subcontratistas. Aunque siguieron estrechamente ligados a las viejas oligarquías urbanas, sus actividades económicas fueron disolviendo gradualmente las estructuras del orden social corporativo tradicional. No eran «súbditos» timoratos, cuya mayor ambición fuese hacerse con algunas migajas de la mesa de las empresas estatales, sino empresarios independientes con un fuerte sentido de sus intereses individuales y colectivos. Con frecuencia, trataban de influir en el comportamiento del gobierno, a veces por medio de verdaderas algaradas (como durante la depresión de los años 1760, cuando se produjeron protestas colectivas contra las restricciones al comercio por parte del gobierno), pero más por medio de contactos personales. Esto se daba a muchos niveles, desde peticiones al propio monarca, a cartas a los burócratas importantes del gobierno central o de las provincias, a contactos con representantes del estado de la localidad, tales como comisarios de impuestos e inspectores de fábricas (*Gewerksassessoren*). La investigación sobre la presunta corrupción del consejero privado Ursinus, del Quinto Departamento, sacó a la luz abundantes pruebas de los contactos oficiales con los más respetados comerciantes y manufactureros de Berlín —Wegely, Lange, Schmitz, Schütze, Van Asten, Ephraim, Schickler—. Tales contactos entre hombres de negocios y funcionarios eran algo corriente. Hallamos pruebas de ellos, por ejemplo, en la correspondencia del consejero privado de Finanzas Johann Rudolf Fäsch, director del Quinto Departamento tras la salida de Marschall. En Fráncfort del Oder, los funcionarios locales y los hombres de negocios celebraban incluso conferencias regulares en las que se debatían las medidas gubernamentales de estímulo del comercio. En 1779, por ejemplo, un grupo de empresarios algodoneros —de Titre, Oehmigke, Ermelar, Sieburg, Wulff, Jüterbock, y Simon— marcharon hasta el Quinto Departamento para entregar una dura protesta contra recientes medidas del gobierno[84].

El estado, por su lado, se mostraba más abierto a la influencia de este colectivo de lo que el famoso desprecio de Federico hacia los comerciantes pudiera sugerir. El rey contaba al menos con una docena de empresarios y manufactureros de renombre entre sus consejeros personales más próximos. Por ejemplo, al empresario textil Johann Ernst Gotzkowsky, y al comerciante de Magdeburgo Christoph Gossler, se les pedían de vez en cuando informes oficiales sobre asuntos de la política estatal, lo mismo que a los poderosos manufactureros de Krefeld Johann y Friedrich von der Leyen, a los que se

otorgó el título de «consejeros comerciales reales» (*königlicher Kommerzienrat*) en 1755, por sus servicios al rey.

Si el propio monarca y los funcionarios de la burocracia central estaban abiertos a las influencias de la comunidad de los negocios, lo mismo se aplica, a un nivel aún mayor, a los representantes locales del Estado en las distintas ciudades. Muchos comisarios de impuestos se veían a sí mismos menos como ejecutores de la voluntad del estado en las localidades que como canales de información e influencia de la periferia hacia el centro. Acababan llevados con facilidad al servicio de los empresarios locales. En 1768, por ejemplo, encontramos al comisario de Impuestos Canitz, de Calbe, a orillas del Saale, que pedía que las restricciones al comercio con Sajonia fuesen suprimidas para que los algodoneros locales pudiesen vender sus mercancías en la feria de comercio de Leipzig. La sinceridad (incluso brusquedad) de los informes archivados por algunos funcionarios provinciales sugiere que consideraban su actividad, basada en la familiaridad con las condiciones locales, un correctivo fundamental de los errores de la burocracia central**[85]**.

7
LUCHA POR LA SUPREMACÍA

El 16 de diciembre de 1740, Federico II de Prusia conducía un ejército de 27 000 hombres de Brandemburgo a través de la escasamente defendida frontera de la Silesia Habsburgo. Pese a las condiciones invernales, los prusianos barrieron la provincia, encontrando solo una débil resistencia por parte de las fuerzas austríacas. A finales de enero, solo seis semanas más tarde, prácticamente toda Silesia, incluida la capital Breslau, estaba en manos de Federico. La invasión fue la acción política más importante en la vida de Federico. Se trató de una decisión tomada solamente por el rey, en contra de la opinión de sus diplomáticos decanos y de sus consejeros militares[1]. La adquisición de Silesia modificó de manera permanente el equilibrio político del Sacro Imperio Romano y lanzó a Prusia al peligroso y desconocido mundo de la política de las grandes potencias. Federico era plenamente consciente del efecto de choque que su ataque tendría en la opinión internacional, pero apenas podía prever las transformaciones que en Europa se desplegarían a partir de esa fácil campaña invernal.

«Federico el Único»

Es conveniente hacer una pausa para reflexionar sobre el hombre que sin ayuda lanzó las guerras de Silesia y permaneció como guardián de los territorios de los Hohenzollern durante cuarenta y seis años —casi tantos como su ilustre predecesor, el Gran Elector—. El personaje de este dotado y vigoroso monarca cautivó a sus contemporáneos y ha fascinado a los

historiadores hasta hoy. Sin embargo, tratar de captar quién fue el rey no es un asunto sencillo, pues Federico era enormemente locuaz (sus obras, publicadas póstumas, alcanzan los treinta volúmenes), pero pocas veces manifestó su personalidad. Sus escritos y su palabra reflejaban una depurada estima propia del siglo XVIII por el *esprit* —su estilo era aforístico, ligero y parco, el tono siempre desenvuelto: enciclopédico, divertido, irónico o incluso burlón—. Pero detrás de los forzados gags de los versos satíricos y de la fría y razonada prosa de sus memorias históricas y de sus memorandos políticos, el hombre, como tal, sigue siendo evasivo.

Sobre la superioridad de su intelecto no puede haber dudas. Durante toda su vida Federico devoró libros: Fénélon, Descartes, Molière, Bayle, Boileau, Bossuet, Corneille, Racine, Voltaire, Locke, Wolff, Leibniz, Cicerón, César, Luciano, Horacio, Gresset, Jean-Baptiste Rousseau, Montesquieu, Tácito, Livio, Plutarco, Salustio, Lucrecio, Cornelio Nepote y cientos más. Leía siempre nuevos libros, pero también, regularmente, releía los textos que le parecían más importantes. La literatura alemana era un punto ciego cultural. En una de sus efusiones de bilis literaria más divertidas, propias del siglo XVIII, Federico, el anciano malhumorado de sesenta y ocho años, denunciaba la lengua alemana calificándola de «semibárbara» en la que era «físicamente imposible», incluso para un autor genial, alcanzar efectos estéticos superiores. A los escritores alemanes, escribía el rey, «les produce placer un estilo difuso, apilan paréntesis sobre paréntesis, y con frecuencia uno no encuentra, hasta que no llega al final de la página, el verbo del que depende el significado de toda la frase[2]».

Tan visceralmente necesitaba Federico la compañía y estímulo de los libros que tenía una «biblioteca de campo» móvil que podía ser utilizada durante las campañas militares. Escribir (siempre en francés) era también importante, no solo como un medio de comunicar sus pensamientos a los demás, sino también como refugio psicológico. Se trataba siempre de su aspiración a combinar la osadía y la resistencia del hombre de acción con la exigente objetividad del *philosophe*. Su conexión con ambos aspectos, encapsulados en la juvenil descripción de sí mismo como «*roi philosophe*» significaba que ninguno de sus roles lo solicitaba de forma absoluta: pasaba por filósofo entre los reyes y por rey entre los filósofos. Sus cartas desde el campo de batalla en el momento más bajo de su fortuna militar fingen un verdadero fatalismo estoico y ser inmune a las preocupaciones. Los ensayos sobre asuntos prácticos y teóricos, por el contrario, respiran la confianza y la autoridad de alguien que maneja un verdadero poder.

18. Johann Gottlieb Glume, Federico el Grande antes de la Guerra de los Siete Años.

Federico era también un músico competente. Su preferencia por la flauta encajaba completamente con su carácter, ya que este instrumento, más que ningún otro, estaba relacionado con el prestigio cultural de Francia. Las flautas traveseras que tocaba Federico eran un invento reciente de los fabricantes franceses de instrumentos, que habían transformado la antigua flauta cilíndrica de seis agujeros en el sutil y cromáticamente versátil instrumento de forma cónica de la era barroca. Los más renombrados músicos de los primeros años del siglo XVIII fueron todos franceses. Los compositores franceses —Philidor, De la Barre, Dornel, Monteclaire— dominaban también el repertorio de flauta. Este instrumento, así, portaba una fuerte nota de esa superioridad cultural que Federico y muchos de sus contemporáneos alemanes relacionaban con Francia. El rey se tomó en serio el tocar la flauta. Su tutor, el virtuoso flautista y compositor Quantz, recibía un salario de 2000 táleros al añojo que lo situaba a la par con algunos de los funcionarios civiles de mayor rango del reino —en cambio, a Carl Philipp Emmanuel Bach, compositor de mucho mayor significado histórico, que trabajó para Federico como teclista, se le pagaba solo una fracción de esta suma**[3]**—. Federico practicaba y tocaba incesantemente la flauta, con un perfeccionismo que rozaba lo obsesivo. Incluso durante las campañas militares, sus melodiosos gorjeos podían ser escuchados, por las tardes, a través de los campamentos prusianos. Era también un compositor dotado, aunque su obra era competente y elegante más que brillante.

La relación entre los escritos políticos de Federico y la práctica como gobernante era sincera. En el centro de su pensamiento estaba la conservación y ampliación del poder del estado. A pesar de su título, más bien confuso, el más famoso ensayo de Federico, *El antimaquiavelo*, fijaba su postura con bastante claridad sobre la permisividad del ataque previo y de la «guerra de intereses», en el que los derechos se disputan, la causa del príncipe es justa y este se ve obligado a recurrir a la fuerza con el fin de perseguir los intereses de su pueblo[4]. No se puede pedir un programa más claro sobre la conquista de Silesia en 1740 y la invasión de Sajonia de 1756. Fue aun más franco en sus dos testamentos políticos (1752 y 1768) que elaboró para la edificación privada de su sucesor. En el segundo testamento escribía con notable *sang froid* sobre lo «útil» que sería absorber Sajonia y la Prusia polaca (el territorio que dividía a Prusia Oriental de Brandemburgo y de Pomerania oriental), con lo que se «redondearían» sus fronteras y permitirían hacer defendible la extremidad este del reino. No había ninguna referencia a la liberación de correligionarios o a la defensa del antiguo derecho, fantaseando sin inhibición sobre la expansión del estado[5]. Es aquí donde Federico se acerca más al «nihilismo de política exterior» del que lo ha acusado un historiador[6].

Federico fue, además, un magnífico y muy original historiador. Considerada en conjunto, la *Historia de la Casa de Brandemburgo* (terminada en febrero de 1748), la *Historia de mi tiempo* (finalizada en su primer borrador en 1746), la *Historia de la Guerra de los Siete Años* (que terminó en 1764) y sus memorias de los acontecimientos durante el decenio comprendido entre la Paz de Hubertusburg y la primera partición de Polonia (completadas en 1775) tienen el valor de ser la primera reflexión histórica omnicomprensiva sobre la evolución de las tierras prusianas, pese a su tendencia a hacer juicios superficiales[7]. Son tan atractivas y convincentes las notas históricas y memorias de Federico que han dado forma, desde entonces, a la percepción sobre su reinado —y el de sus predecesores—. La aguda comprensión de los cambios históricos que se constata en los testamentos políticos del Gran elector y de Federico Guillermo I se eleva en Federico II al nivel de autoconciencia. Quizá se deba esto a que la ausencia de la providencia divina en el universo de Federico hace imposible, para él, encajarse y encajar en un orden intemporal de verdad y profecía. Mientras su padre Federico Guillermo I finalizaba su Testamento Político de febrero de 1722 con el pío deseo de que su hijo y sus sucesores pudiesen prosperar hasta el «fin del mundo» con la «ayuda de Dios por mediación de Jesucristo», el pasaje inicial del testamento de Federico de 1752 comparaba el carácter

contingente y fugaz de todo logro histórico: «Sé que el momento de la muerte destruye a los hombres y a sus proyectos y que todo en el cosmos está sujeto a las leyes del cambio[8]».

A lo largo de su vida, Federico manifestó un notable desinterés por las piedades de su época. Era vehementemente irreligioso: en su Testamento Político de 1768 describía a la cristiandad como «una vieja ficción metafísica, repleta de milagros, contradicciones y absurdos depositada en la febril imaginación de los orientales y luego difundida por Europa, donde algunos fanáticos la hicieron suya, algunos intrigantes pretendieron estar convencidos por ella y unos cuantos imbéciles se lo creyeron de verdad[9]». Asimismo, era inusualmente muy laxo en cuestiones de moral sexual. Las memorias de Voltaire recuerdan el caso de un hombre que fue condenado a muerte por tener una relación sexual con una burra. La sentencia fue anulada personalmente por Federico sobre la base de que «en sus tierras se gozaba de libertad de conciencia y de pene[10]». Sea verdadera o no esta historia (y con Voltaire no siempre se puede confiar en tales asuntos), manifiesta un auténtico sentido del libertinaje que prevalecía en su ambiente. Jules Offray de la Mettrie fue una estrella a ratos de la corte de Federico y autor del tratado materialista *El hombre máquina (L'homme machine)*, donde exponía el punto de vista de que el hombre es meramente un tracto digestivo con un esfínter en cada extremo. Mettrie halló tiempo, durante su estancia en Berlín, para escribir dos ensayos sobre temas procaces: *El arte de gozar (Lart de jouir)* y *El hombrecito con una gran cola (Le petit homme à grande queue)*. Baculard d'Arnaud, otro de los huéspedes franceses de Federico, fue el autor de un estudio sobre *El arte de follar (L'art de foutre)*; se cree que el propio Federico escribió un verso (ahora, por desgracia, perdido) en el que exploraba los placeres del orgasmo.

¿Era homosexual Federico? Una *mémoire secrète* contemporánea, publicada con seudónimo en Londres, afirmaba que el rey prusiano presidía una corte de sodomitas, que tenía sexo con cortesanos, empleados de los establos y muchachos de paso, a intervalos regulares a lo largo del día. El desagradecido Voltaire —que una vez había profesado su amor por Federico en términos claramente eróticos— más tarde afirmó en sus memorias que el rey tenía la costumbre, después de su *lever*, de pasar un cuarto de hora de «diversiones de colegial» con algún lacayo escogido o un «joven cadete», aunque añadía maliciosamente que «las cosas no iban siempre bien» porque Federico nunca se había recobrado del maltrato infligido por su padre y era «incapaz de desempeñar el papel principal[11]». Los memorialistas alemanes

contestaron con adecuados contraataques recalcando la vigorosa heterosexualidad del joven rey. No es fácil decir cuáles de estas apreciaciones están más próximas a la verdad. Voltaire escribía tras su alejamiento del rey con un ojo en los lúbricos gustos del público lector parisino. Los relatos sobre tempranas «amantes» provenían todos de los rumores, los cotilleos y runrunes de la corte. Sin duda, Federico confesó a Grumbkow, uno de los más influyentes ministros de la corte de su padre, que se sentía tan poco atraído por el sexo femenino que no era capaz de imaginarse el matrimonio[12]. Es imposible —e innecesario— reconstruir la historia sexual del rey; es muy posible que se haya abstenido de cualquier acto sexual con cualquier persona tras su acceso al trono, y posiblemente incluso antes[13]. Pero si no lo hacía, sin duda hablaba de ello; las conversaciones en su propio círculo interno de la corte estaban sazonadas con bromas homoeróticas. El poema satírico de Federico *Le Palladion* (1749), que era leído con gran diversión en los *petits soupers* del rey, ofrecía reflexiones sobre los placeres del «sexo desde la izquierda» y describía una espeluznante escena en la que Darget, uno de sus favoritos de Potsdam, era sodomizado por una banda de lascivos jesuitas[14].

Se trataba de cosas solo para hombres, de vestuarios, y una de las características duraderas del estrecho ámbito social de Federico era su mordaz tono masculino. En este sentido, la corte federiciana fue una elaboración del Colegio del Tabaco que había contemplado con desagrado durante el reinado de su padre. La masculinización que había transformado la vida de la corte desde 1713 no se modificó, e incluso, en algunos aspectos, se vio reforzada. Solo durante los años de Rheinsberg, cuando Federico era todavía príncipe heredero, fueron integradas las mujeres en la vida social de su corte. Evidentemente, no había mucho espacio, en esta constelación, para que funcionase un matrimonio heterosexual. No está claro si la unión entre Federico y su esposa, Isabel de Brunswick-Bevern, llegó a consumarse. Lo que sí es cierto es que desde la época de su subida al trono, Federico cortó las relaciones sociales con su esposa, confinándola a una zona crepuscular en la que ella conservaba sus derechos y atributos formales como consorte, y ocupaba una modesta residencia propia (con un presupuesto muy limitado), pero no se la animaba a tomar contacto con el rey.

Se trató de una actuación inusual: Federico no tomó ninguna de las opciones más obvias de su tiempo —no se divorció de ella, no la desterró del país, ni la sustituyó con amantes—. Por el contrario, la condenó a una especie de respiración suspendida, en la que ella fue apenas poco más que un «autómata representativo[15]». Desde 1745 fue *persona non grata* en

Sanssouci; otras mujeres fueron invitadas al elegante refugio de verano del rey (la mayoría a la comida dominical), pero no su mujer. En los veintidós años que corren entre 1741 y 1762, Federico estuvo presente solo dos veces en la celebración del cumpleaños de ella. Pese a que ella continuaba presidiendo lo que quedaba de la corte de Berlín, gradualmente los horizontes de su vida se redujeron al perímetro de su residencia de las afueras de Schonhausen. En una carta escrita en 1747, cuando ella tenía treinta y un años, hablaba de que estaba «esperando la muerte pacíficamente, cuando a Dios le plazca llevarme de este mundo en el que ya no tengo nada que hacer […]»[16]. La correspondencia de Federico con ella se llevó a cabo, en su mayor parte, en un tono de helada formalidad y hubo ocasiones en que la trataba con una acusada falta de sensibilidad. La más conocida de estas cartas es aquella que contiene la inolvidable felicitación «La señora ha engordado», con la que saludaba a su esposa, tras años de separación, a su vuelta de la guerra en 1763[17].

Si todo esto permite avanzar o no en nuestra búsqueda del «Federico real» es una cuestión discutible. El personaje de Federico se ha moldeado en torno a un rechazo de la autenticidad como virtud por derecho propio. Al requerimiento de su brutal padre: «Sé una persona honrada, nada más que una persona honrada», el Federico adolescente había respondido con una urbanidad astuta y afectada, resaltando la pose del *outsider* retorcido, simulador, moralmente agnóstico. En una carta de 1734 a su extutor, el hugonote Duhan de Jandun, se comparaba a un espejo que, al estar obligado a reflejar lo que lo rodeaba, «no osa ser lo que la naturaleza hizo de él[18]». Una tendencia a eclipsarse como objeto, como individuo, aparece como un hilo rojo a través de sus escritos. Puede hallarse en el afectado estoicismo de su correspondencia de tiempos de guerra, en el sarcasmo y el pastiche con los que mantiene a distancia incluso a sus asociados más cercanos, y en su inclinación, en lo tocante a cuestiones de principios políticos, a sumergir a la persona del rey en la estructura abstracta del estado. Incluso el ansia de trabajo de Federico, que era inmensa e infinita, podía construirse como un vuelo desde la introversión que la pereza trae consigo. La pantalla protectora que Federico interpuso ante el cruel régimen instaurado por su padre nunca fue desmantelada. Federico siguió siendo el supuesto misántropo que se lamentaba de la bajeza de la humanidad y se desesperaba por alcanzar la alegría en su vida. Mientras tanto continuaba, con asombrosa energía, consolidando su capital cultural. Sin descanso, practicaba y tocaba la flauta hasta llegar a perder los dientes, dejando su boca hecha una ruina. Leía y

releía a los clásicos romanos (en francés), y afilaba sus habilidades con la prosa francesa, devorando las últimas publicaciones filosóficas y reclutando a nuevos compañeros de conversación para llenar los huecos dejados por los amigos que habían muerto o que lo habían traicionado tomando esposa.

Las tres guerras de Silesia

¿Por qué Federico invadió Silesia y por qué lo hizo en 1740? Una respuesta banal a esta pregunta podría ser porque pudo. La situación internacional era muy favorable. En Rusia, la muerte de la zarina Ana en octubre de 1740 había paralizado la política del gobierno, pues las facciones de la corte se peleaban entre sí para tratar de dominar la regencia del infante sucesor Iván VI. Gran Bretaña, aunque amiga de Austria, se hallaba en guerra con España desde 1739 y por lo tanto era improbable que interviniese. Había calculado también (correctamente) que los franceses lo apoyarían, en general. Federico poseía los medios para llevarlo a cabo. Su padre le había dejado un ejército de unos 80 000 hombres, rigurosamente entrenados y bien apoyados y equipados, pero sin experiencia de combate. Federico había heredado asimismo sustanciosos fondos de guerra, ocho millones de táleros en oro, metidos en sacos de arpillera y amontonados en los sótanos del palacio real de Berlín. Por el contrario, la monarquía de los Habsburgo, habiendo sufrido una serie de desastrosas derrotas en la Guerra de Sucesión Polaca (1733-1738) y en la Guerra Turca (1737-1739), se hallaba próxima al agotamiento.

La nueva reina Habsburgo, María Teresa, al ser mujer, planteaba un problema, pues las leyes de la herencia en la Casa de los Habsburgo no preveían la sucesión femenina. Al constatar esta dificultad, el emperador Carlos VI, padre de tres hijas, había invertido mucho esfuerzo y dinero en obtener la aprobación interna e internacional de la Pragmática Sanción, mecanismo técnico que habría permitido a la dinastía saltarse las normas. Para la fecha de su muerte, la mayoría de los estados clave (incluida Prusia) habían notificado su aceptación de la Pragmática Sanción. Pero no era seguro que se hiciese honor realmente a tales compromisos. Dos dinastías alemanas en particular, la sajona y la bávara, habían casado a sus hijos mayores con sobrinas del emperador en 1719 y 1721 respectivamente; estos argumentaron, posteriormente, que tales convenios les daban derecho, al no haber heredero masculino de los Habsburgo, a porciones de las tierras hereditarias de la monarquía. En los primeros años 1720, los sajones y los bávaros firmaron

varios tratados por los que prometían trabajar juntos para hacer valer estas dudosas reclamaciones. El elector de Baviera, incluso, llegó lejos al pergeñar un tratado matrimonial austro-bávaro del siglo XVI que, supuestamente, otorgaba la mayor parte de las tierras hereditarias austríacas en el caso de que no se diese una sucesión por línea directa masculina. Había claras indicaciones, incluso antes de 1740, de que habría problemas cuando el emperador muriese.

Prusia era uno de esos estados alemanes que había ratificado la Pragmática Sanción, en parte con el fin de acelerar las negociaciones sobre el traslado de los protestantes de Salzburgo a las fronteras orientales del Reino de Prusia en 1731-1732. Pero las relaciones entre Prusia y la Casa de Austria habían ido deteriorándose ya desde hacía tiempo. Los Habsburgo habían lamentado durante mucho tiempo su apoyo a la adquisición por parte de Prusia de la corona real en 1701, y desde aproximadamente 1705, cuando el emperador José I subió al trono, llevaron una política de contención que trataba de prevenir toda ulterior consolidación de la dinastía Hohenzollern en Alemania. Prusia y Austria luchaban del mismo lado, hablando en general, durante la Guerra de Sucesión Española, pero los informes de los enviados británicos en Berlín revelan frecuentes tensiones y resentimientos sobre asuntos que iban desde el reconocimiento de títulos al despliegue de tropas de la coalición y los retrasos en el pago de subvenciones[19]. Si bien Federico Guillermo I (que subió al trono en 1713) era una especie de patriota imperial que no tenía ningún deseo de disputarle la primacía al emperador, se daban periódicas fricciones sobre los derechos de los protestantes del imperio, y estallidos de furia en Berlín sobre la buena voluntad del emperador de airear las quejas de los Estados de las tierras de los Hohenzollern ante el Consejo Áulico Imperial de Viena, como si el rey de Prusia fuere sin más un potentado imperial menor, un «príncipe de Zipfel-Zerbst», como dijo el propio Federico Guillermo.

El punto de ruptura de Federico Guillermo I fue el fracaso del emperador, en 1738, en su intento de apoyar las reclamaciones todavía notables de Brandemburgo sobre el ducado renano de Berg. La política exterior de Federico Guillermo se concentraba casi exclusivamente en asegurarse el título de Berg, y el emperador había prometido, como quid pro quo por la aprobación por Berlín de la Pragmática Sanción, con el fin de apoyar a Brandemburgo contra otros pretendientes de la región. En 1738, con todo, Austria rompió su compromiso y apoyó las reclamaciones de un rival. Para Federico Guillermo esto fue un amargo golpe, que, al parecer, señalando a su

hijo, exclamó: «Ahí está el hombre que me vengará[20]». La rabia compartida por la «traición» de Austria hizo mucho para establecer un puente entre los antes divididos padre e hijo durante los últimos años del reinado, y un tratado secreto de abril de 1739, por el que Francia reconocía la «propiedad» brandemburguesa del Ducado de Berg, presagiaba una orientación alejada de Austria y dirigida hacia Francia que sería una característica de los primeros años del reinado de su hijo. En su «último mensaje» a su hijo, formulado cuando el viejo rey estaba agonizando el 28 de mayo de 1740, Federico Guillermo alertó al príncipe heredero de que la Casa de Austria no merecía confianza y que siempre se esforzaría por disminuir la posición de Brandemburgo-Prusia: «Viena no renunciará nunca a esta máxima invariable[21]».

¿Por qué Silesia? Había una reclamación territorial importante de los Hohenzollern sobre varias partes de esta provincia, basada en una apropiación anterior de los Habsburgo del feudo Hohenzollern de Jägerndorf (1621), y los territorios silesianos de los Piast de Liegnitz, Brieg y Wohlau (1675) sobre los que los Hohenzollern reclamaban el derecho de sucesión. El propio Federico hizo luz sobre estos títulos apolillados y los historiadores, en general, han aceptado su versión, al leer los sumarios legales elaborados en apoyo de la reclamación sobre Silesia como una simple hoja de parra para ocultar un acto de pura agresión. Si deben o no ser descartados totalmente es dudoso, dada la memoria de elefante de la dinastía Hohenzollern —y asimismo de las dinastías europeas modernas, en general— para las reclamaciones de herencias no satisfechas[22]. Pero una razón más urgente para la elección de Silesia consistía, simplemente, en que era la única provincia de los Habsburgo que compartía frontera con Brandemburgo. Se daba el caso, asimismo, de que disponía de escasas defensas —había solo 8000 soldados austríacos estacionados en la provincia en 1740—. Se trataba de un territorio largo, en forma de dedo pulgar, que se extendía hacia el noroeste desde las fronteras de la Bohemia Habsburgo hasta el borde meridional de Neumark. A lo largo del territorio fluía el río Óder, cuya corriente nace en las montañas de la Alta Silesia y, con sus meandros, se dirige hacia el noroeste, cortando por la mitad a Brandemburgo y desembocando en el mar en Stettin, en Pomerania. Silesia proporcionaba a Viena los mayores ingresos en impuestos que cualquier otra de las tierras hereditarias de Austria. Era una de las zonas más densamente industrializadas de la Europa germana en los primeros años de la época moderna, con un sector textil importante especializado en manufacturas de

lino, y su anexión proporcionaría a Prusia un elemento de intensidad productiva de la que había carecido hasta esa fecha.

Sin embargo, no hay muchas pruebas que sugieran que los factores económicos tuvieran gran peso en los cálculos de Federico —el hábito de fijar el valor de un territorio en términos de su potencial productivo todavía no se había establecido—. Eran más importantes las consideraciones estratégicas. De estas, la de mayor importancia era probablemente el temor de que los sajones, que también tenían reclamaciones que hacer a los austríacos, intentaron hacerse con la provincia, o parte de ella, si el rey de Prusia no se movía primero. Como Gran Bretaña y Hanóver por su lado, Sajonia y Polonia se hallaban, en esta época, en una situación de unión personal, el elector Federico Augusto II de Sajonia se duplicaba como Augusto III de Polonia. Así, los territorios de la dinastía sajona se hallaban a ambos lados de Silesia, y parecía muy probable que los sajones quisiesen cerrar el intervalo de alguna manera. Sin duda, cuando Carlos VI murió, los sajones ofrecieron su apoyo a María Teresa, a cambio de la cesión de un corredor a través de Silesia, entre Sajonia y Polonia. Si este proyecto se llevaba a cabo, la monarquía sajona habría controlado una franja de territorio contiguo que encerraría completamente a Brandemburgo por el sur y el este. Esto podría haber eclipsado a Prusia permanentemente, con consecuencias a largo plazo que eran difíciles de imaginar.

La actitud de Federico en tiempos del ataque a Silesia sugiere una espontaneidad que raya con la temeridad. El rey actuó con asombrosa rapidez. Parece ser que tomó la decisión de la invasión en pocos días —quizá en un solo día—, al recibir la noticia de la inesperada muerte de Carlos VI[23]. Sus declaraciones contemporáneas muestran un tono de machismo juvenil y sed de fama. «Marchad a vuestra cita con la gloria», proclamó ante los oficiales del regimiento de Berlín en el momento de dirigirse hacia Silesia. Referencias a su «cita con la fama» y su deseo de «ver su nombre en las gacetas» son frecuentes en su correspondencia[24]. A esto habría que añadir la animosidad personal que Federico había ido acumulando contra la Casa de Habsburgo desde su implicación en la crisis precipitada por su intento de fuga del verano de 1730. Federico había experimentado, de la manera más íntima, el significado de la posición subordinada de Brandemburgo-Prusia en el seno del imperio, y aunque soportaba sus tribulaciones mostrándose exteriormente ecuánime, un vehemente resentimiento lo hizo caer en un rechazo a reconciliarse con el matrimonio arreglado para él —con la aprobación de Austria— con Isabel de Brunswick-Bevern. El énfasis en una motivación

emocional iba a contrapelo de las posteriores crónicas históricas de Federico, en las que se presentaba a sí mismo como el superracional ejecutor de una razón de estado sin derramamiento de sangre, pero encaja plenamente con sus creencias más fundamentales sobre las fuerzas que motivan los cambios históricos. «Es propio de los asuntos humanos ser guiados por las pasiones de los hombres», escribía en su *Historia de la Casa de Brandemburgo*, «y las razones que eran originalmente infantiles pueden acabar dirigiendo grandes levantamientos[25]».

Prescindiendo de cuál fuese el peso relativo de los motivos de la invasión de Silesia, esta comprometió a Federico en una lucha larga y dura sobre la recién conquistada provincia. Los austríacos contraatacaron en la primavera de 1741, pero el ímpetu de su campaña se quebró el 10 de abril, por la victoria prusiana de Mollwitz, al sudeste de Breslau, que dio la señal para una guerra general de partición, conocida como Guerra de Sucesión Austríaca. A fines de mayo, Francia y España se habían comprometido con el Tratado de Nymphenburg a apoyar la candidatura del elector de Baviera, Carlos Alberto, al trono imperial y a su dudosa reclamación de la mayor parte de los territorios hereditarios de los Habsburgo (a Francia y a España se las premiaría con Bélgica y Lombardía por sus sufrimientos). La Liga de Nymphenburg, acabaría incluyendo no solo a Francia, España y Baviera, sino también a Sajonia, al Piamonte de los Saboya y a Prusia. Si estos planes incubados por esta coalición se hubiesen realizado, María Teresa se habría quedado tan solo con Hungría y Austria interior. Como hienas, los estados de Europa occidental se reunieron para matar, observándose cautelosamente entre sí.

Aun cuando el surgimiento de la coalición de Nymphenburg servía a los intereses de Federico en 1741, su compromiso con ella fue escasamente entusiasta. No quería ver desmembrarse a Austria y sin duda no deseaba ver a Sajonia o a Baviera crecer a expensas de Austria. Después de la campaña de primavera, se estaba quedando sin dinero rápidamente y no tenía intención de verse arrastrado a nuevas aventuras por una coalición cuyos objetivos no compartía. En el verano de 1742, Federico abandonaba a sus socios de coalición y firmaba una paz separada con Austria. Según los términos del Tratado de Breslau y de un acuerdo suplementario firmado en Berlín, Brandemburgo-Prusia se mostró de acuerdo con abstenerse de ulteriores campañas, a cambio de un reconocimiento formal de la posesión de Silesia.

Durante los siguientes 24 meses Federico se mantuvo sin combatir, controlando su evolución y llevando a cabo varias mejoras militares. En

agosto de 1744, cuando la balanza se inclinaba a favor de Austria y parecía probable una renovada contraofensiva contra Silesia, volvió a la palestra, consiguiendo dos nuevas e impresionantes victorias en Hohenfriedeberg (junio de 1745) y Soor (septiembre de 1745). En diciembre de 1745, tras otra nueva victoria prusiana en Kesselsdorf, Federico, una vez más, dejaba en la estacada a los aliados de Nymphenburg y firmaba una paz separada con Austria. De acuerdo con los términos de la Paz de Dresde, aceptó retirarse de nuevo de la guerra a cambio de una nueva ratificación de su posesión de Silesia. Al haber resultado vencedor en dos guerras de Silesia (1740-1742 y 1744-1745), Prusia permanecería como no-beligerante durante el resto de la Guerra de Sucesión Austríaca. La Paz de Aix-la-Chapelle, firmada en octubre de 1748, ponía fin formalmente a la guerra y confirmaba una vez más la posesión de Silesia para Prusia, con una garantía internacional firmada por Gran Bretaña y Francia.

Federico había obtenido resultados extraordinarios. Por primera vez, un principado alemán menor había desafiado exitosamente la primacía de los Habsburgo en el imperio, colocándose al mismo nivel que Viena. En todo esto, el ejército creado por el padre de Federico había jugado un papel fundamental. Las victorias prusianas en las dos primeras guerras de Silesia se debían, sobre todo, a la disciplina y al poder ofensivo de la infantería de Federico Guillermo. En la batalla de Mollwitz (10 de abril de 1741), en Silesia meridional, por ejemplo, los prusianos, en un primer momento, perdieron el control del campo de batalla tras una carga de caballería austríaca contra la derecha de la caballería prusiana. Tan grande fue el pánico y la confusión de los jinetes prusianos que Federico se dejó convencer por su experimentado comandante el general Kurt Christoph von Schwerin para huir del campo de batalla —incidente que sería narrado una y otra vez, y embellecido, por sus enemigos—. Sin embargo, la infantería, apiñada en sus líneas entre los dos flancos prusianos, desconociendo que el rey había abandonado el campo de batalla, avanzó en perfecto orden, «como muros móviles», según un observador austríaco, sirviéndose de su entrenamiento en el uso coordinado de las armas para concentrar su fuego contra la primera línea de la infantería austríaca, barriendo todo lo que había delante de ella. Por la tarde estaba claro que los prusianos, pese a las numerosas bajas, controlaban el campo de batalla.

No se puede decir que fuese el triunfo de un mando decidido, pero demostró la potencia del arma forjada por Federico Guillermo I. La batalla de Chotusitz, en la frontera entre Bohemia y Moravia (17 de mayo de 1742)

mostró algunas características análogas: en esta ocasión, la caballería prusiana fue superada por los jinetes austríacos en un primer momento de la acción; fue la infantería, desplegándose con rigor y flexibilidad sobre un terreno quebrado, la que rompió las líneas austríacas con un fuego de enfilada muy concentrado. La más bien inepta disposición de Federico en vísperas de la batalla había dado, hasta ese momento una escasa idea del talento estratégico por el que será celebrado más tarde. En Hohenfriedeberg, quizá la más decisiva de las batallas combatidas durante la Segunda Guerra de Silesia, Federico controló la situación de forma más segura y mostró una impresionante capacidad para adecuar sus planes a las condiciones cambiantes del campo de batalla. Asimismo, aquí, la infantería lanzó dos asaltos decisivos, avanzando en tres líneas sobre las líneas austríacas y sajonas, hombro con hombro, caladas las bayonetas, a una velocidad regulada de noventa pasos por minuto, bajando a setenta a medida que se acercaban al enemigo —de modo incesante, imparable[26].

Federico había iniciado las hostilidades en diciembre de 1740 con un ataque espontáneo, no provocado, y los historiadores del siglo XX, sopesando tales hechos a través de las lentes de las dos guerras mundiales, han visto, a veces, la invasión llevada a cabo por Federico como un acto sin precedentes de criminal agresión[27]. Con todo, no había nada excepcional en el contexto de las políticas de poder de la época en cuanto a un ataque de este tipo contra territorios ajenos —debemos indicar solo la larga serie de agresiones francesas en Bélgica y en las tierras alemanas occidentales, o la captura de Gibraltar por parte de una fuerza incursora anglo-holandesa en 1704, durante la Guerra de Sucesión Española o, más cerca del país, los audaces planes de partición de Sajonia y Baviera—. Una característica llamativa de los planes bélicos de Federico era su capacidad para centrarse en un objetivo específico y circunscrito (en este caso la adquisición de Silesia) y no dejarse seducir por los aliados o por la buena suerte arriesgándose con apuestas más altas. Esto ayuda a explicar por qué Prusia, en tiempos de Federico, empleó menos años en guerras que cualquier otra gran potencia europea[28].

Lo que sorprendió a los contemporáneos sobre la aventura silesiana de Federico fue la combinación de su velocidad y éxito con el aparente desencuentro entre los dos oponentes —Prusia, jugador de tercera fila dentro del sistema europeo, y Austria, la dinastía dirigente del Sacro Imperio Romano y miembro consolidado del club de las grandes potencias—. Los éxitos de Prusia parecieron aún más notables por el hecho de que contrastaban netamente, por la misma época, con la suerte de Sajonia o Baviera. Los

bávaros sufrieron una serie de derrotas, durante las cuales el elector Carlos Alberto se vio forzado a buscar refugio fuera de su país. A los sajones les fue algo mejor, al haber comprobado que no había nada que ganar con su colaboración con la Liga de Nymphenburg, por lo que cambiaron de bando para combatir con los austríacos en 1743 a tiempo para oponerse a Prusia del lado perdedor en Hohenfriedeberg. Estas actuaciones tan poco notables dieron mayor relieve a los éxitos de Prusia. En 1740 Prusia era solamente uno más —y, sin duda, no el más rico— entre los estados con el suficiente potencial para sobrepasar su estatus en el seno del Sacro Imperio Romano. Pero en 1748 Prusia destacaba, eclipsando a sus más próximos rivales alemanes.

Sin embargo, no estaba del todo claro que Federico fuese a tener éxito en conservar su botín. La conquista de Silesia había creado una situación nueva y potencialmente muy peligrosa. Los austríacos se negaron absolutamente a la reconciliación por la pérdida de la provincia más rica de la monarquía, y no quisieron firmar la Paz de Aix-la-Chapelle de 1748, pues habría formalizado la posesión por parte de Prusia de la provincia robada. La creación de una coalición antiprusiana capaz de arrancar Silesia de las manos de Federico y de hacer retroceder a Prusia al rango de uno de los territorios alemanes menores, se convertía ahora en el *leitmotiv* de la política de los Habsburgo. También Rusia podía contarse ya entre quienes se alarmaron por el inesperado éxito militar de Prusia, y la zarina Isabel y su primer ministro Alekséi P. Bestúzhev-Riúmin acabaron viendo a Brandemburgo-Prusia como rival por su influencia en el Báltico oriental y el potencial bloqueo de la expansión rusa hacia occidente. En 1746, los rusos firmaron una alianza con Viena; una de sus cláusulas secretas preveía la partición de la monarquía de los Hohenzollern[29].

Tan poderosa era la fijación de los Habsburgo con Silesia que trajo consigo una fundamental reorientación de la política exterior austríaca. En la primavera de 1749, María Teresa convocó una reunión de la Conferencia Privada (*Geheime Konferenz*) cuya finalidad era determinar las implicaciones del desastre de Silesia. En la reunión estaba presente un brillante y joven ministro, el conde Wenzel Anton von Kaunitz, de treinta y siete años de edad. Kaunitz propuso un cambio político fundamental. El aliado tradicional de la dinastía austríaca era Gran Bretaña y su enemigo tradicional era Francia. Pero una mirada objetiva a la historia de la alianza británica, afirmaba Kaunitz, mostraba que esta había proporcionado escasa utilidad a la monarquía Habsburgo. Sin ir más lejos, el año anterior los británicos habían jugado un papel ignominioso en las negociaciones de Aix-la-Chapelle, al presionar a

Austria para que aceptase la pérdida territorial como irreversible y dándose prisa por garantizar la posesión prusiana de Silesia. La raíz del problema, declaraba Kaunitz, estaba en el hecho de que los intereses geopolíticos de una potencia marítima como Gran Bretaña y los de una potencia continental como Austria eran objetivamente demasiado divergentes para sustentar una alianza. Así, los intereses de la monarquía exigían que Viena abandonase a su poco fiable aliado británico y buscase en cambio la amistad de Francia.

Se trataba de una postura radical en el escenario austríaco, no solo porque entrañaba una transformación de la tradicional estructura de alianzas, sino también porque se basaba en un nuevo tipo de razonamiento cuyo marco no era la autoridad y la tradición dinástica, sino los «intereses naturales» de un estado, definido por su posición geopolítica y las necesidades de seguridad inmediatas de su territorio[30]. Kaunitz fue el único participante en el debate de la Conferencia Privada de 1749 que tomó esta postura; los demás, todos los cuales eran más viejos que él, quedaron horrorizados por sus extremas conclusiones. Sin embargo, fue el punto de vista de Kaunitz por el que María Teresa optó, y aquel fue enviado como embajador en la corte de Versalles para trabajar en la consecución de una alianza con Francia. En 1753 fue nombrado canciller del Estado con la responsabilidad de la política exterior de la monarquía Habsburgo. El trauma de Silesia apartó así la política exterior de los Habsburgo de la red de supuestos en la que había descansado tradicionalmente.

La Guerra de los Siete Años (1756-1763) que siguió se debió a que estos cálculos de Austria y Rusia se vieron mezclados con la escalada del conflicto global entre Gran Bretaña y Francia. Durante 1755 se produjeron escaramuzas entre tropas británicas y francesas en las remotas tierras pantanosas del valle del río Ohio. Cuando Londres y París se vieron arrastradas a una guerra abierta, el rey Jorge II de Gran Bretaña quiso prevenir a Prusia, aliada de Francia, para que no tocase Hanóver, la tierra alemana de la que era originario el rey. Al igual que los franceses habían utilizado a los suecos para amenazar a los brandemburgueses en Pomerania, a comienzos de los años 1670, los británicos ahora ofrecían financiar las tropas y el despliegue naval ruso a lo largo de la frontera de Prusia Oriental. Los detalles se fijaron en la Convención de San Petersburgo, llegándose a un acuerdo en septiembre de 1755 (aunque no se ratificaron).

Federico II quedó muy alarmado por esta amenaza en sus fronteras orientales —tenía pleno conocimiento de los designios rusos sobre Prusia Oriental y tendió siempre a sobreestimar el poder ruso—. Desesperado por

aliviar la presión sobre la frontera oriental, entró en un acuerdo curiosamente abierto con Gran Bretaña, la Convención de Westminster del 16 de enero de 1756. Los británicos aceptaron retirar su oferta de subvenciones a los rusos y ambos estados decidieron emprender una acción defensiva conjunta en Alemania en caso de que Francia hubiese atacado Hanóver. Pero en un movimiento precipitado y poco razonado, Federico no se tomó la molestia de consultar a sus aliados franceses, aunque debería haber estimado que este imprevisto pacto con el enemigo tradicional de Francia enfurecería a la corte de Versalles y echaría a los franceses a los brazos de los Habsburgo. El reflejo de pánico de Federico de enero de 1756 puso de manifiesto la debilidad de un sistema de toma de decisiones que dependía exclusivamente del humor y las percepciones de un solo hombre.

Ahora, la posición de Prusia estaba desenmarañándose con peligrosa rapidez. Las noticias de la Convención de Westminster desataron la furia en la corte francesa, y Luis XV respondió aceptando la oferta austríaca de una alianza defensiva (el Primer Tratado de Versalles, 1 de mayo de 1756) según la cual cada una de las partes estaba obligada a proporcionar 24 000 soldados a la otra en caso de que fuese atacada. La retirada de la oferta británica de subvención irritó también a Isabel de Rusia quien, en abril de 1756, aceptó entrar en una coalición antiprusiana. Al cabo de pocos meses fueron los rusos la fuerza impulsora hacia la guerra; mientras María Teresa se cuidó de limitar sus preparativos a medidas de menor entidad, Rusia no hizo nada para ocultar la concentración de tropas. Federico se halló rodeado por una coalición de tres poderosos enemigos cuya ofensiva conjunta, creía, se lanzaría en la primavera de 1757. Cuando el rey pidió garantías categóricas a María Teresa de que no estaba maquinando contra él y que no tenía intención de iniciar una ofensiva, su respuesta fue inquietantemente equívoca. Así que Federico decidió golpear primero, en vez de esperar a que sus enemigos tomasen la iniciativa. El 29 de agosto de 1756 las fuerzas prusianas invadieron el Electorado de Sajonia.

Esta fue otra inesperada y muy sorprendente acción prusiana, y el rey estuvo solo a la hora de decidir sobre ello. Hasta cierto punto, la invasión se basó en una interpretación errónea de la política sajona. Federico creía (equivocadamente) que Sajonia se había unido a la coalición contra él y había hecho que sus oficiales buscasen papeles del estado sajón (en vano) que sirvieran de pruebas documentales. Pero esta decisión fue útil también para objetivos estratégicos más amplios. En *El antimaquiavelo,* publicado poco después de su subida al trono, Federico había delineado tres tipos de guerra éticamente permitida: la guerra defensiva, la guerra para perseguir derechos

justos y la «guerra preventiva», en la que un príncipe descubre que sus enemigos están preparando una acción militar y decide lanzar un ataque cautelar, para no desperdiciar las ventajas de iniciar las hostilidades en sus propios términos[31]. Evidentemente, la invasión de Sajonia entraba en la tercera categoría. Permitió a Federico comenzar la guerra antes de que su oponente hubiese reunido todo el potencial de sus fuerzas y hacerse con el control de una zona estratégicamente sensible que, de otro modo, casi con seguridad, habría sido utilizada como base avanzada —a solo 80 kilómetros de Berlín— para las ofensivas enemigas. Sajonia gozaba asimismo de un valor económico considerable; había sido exprimida brutalmente durante la guerra, suministrando más de un tercio de todo el gasto militar de Prusia, aunque es difícil calcular en qué medida el factor financiero y de recursos pesó en los cálculos de Federico.

La invasión de Sajonia podía defenderse en términos puramente estratégicos, pero su impacto político no fue sino un desastre. La coalición antiprusiana aprovechó farisaicamente el impulso proporcionado por el agravio. Rusia ya había propuesto una ofensiva a la alianza, pero Francia todavía no. Estos dos países muy bien podían haber permanecido neutrales si Federico hubiese esperado el momento oportuno y presentarse como víctima de un ataque no provocado por parte de los austríacos o de los rusos. En cambio, Francia y Austria se ponían de acuerdo en un nuevo Tratado de Versalles (1 de mayo de 1757), de carácter abiertamente ofensivo, por el que Francia prometía proporcionar 129 000 soldados y 12 millones de libras cada año hasta que se llevase a cabo la recuperación de Silesia (a Francia se la recompensaría con el control de la Bélgica austríaca). Los rusos se unieron a la alianza ofensiva con otros 80 000 hombres (tenían planeado anexionarse la Curlandia polaca y compensar a la Polonia controlada por Rusia con la Prusia Oriental); los territorios del Sacro Imperio Romano ofrecieron un ejército imperial de 40 000 hombres; incluso los suecos se unieron, con la esperanza de reapropiarse toda o una parte de Pomerania.

En otras palabras, no se trataba precisamente de una guerra para decidir la suerte de Silesia. Se trataba de una guerra de reparto, una guerra para decidir el futuro de Prusia. Si los aliados hubiesen tenido éxito en sus objetivos, el Reino de Prusia habría dejado de existir. Privado de Silesia, Pomerania y Prusia Oriental, junto con otros territorios menores reclamados por varios miembros del contingente imperial, el estado compuesto de los Hohenzollern habría vuelto a su condición primera: la de un Electorado alemán norteño sin salida al mar. Esto habría coincidido exactamente con los planes de los

políticos clave de Austria, cuyo objetivo era, como había dicho claramente Kaunitz, «*la reduction de la Maison de Brandebourg à son état primitif de petite puissance très secondaire*» [la reducción de la Casa de Brandemburgo a su estado primitivo de pequeña potencia muy secundaria][32].

El que Federico haya podido prevalecer contra una masiva preponderancia de fuerzas les pareció milagroso a los contemporáneos y todavía hoy sigue resultando algo notable para nosotros. ¿Cómo podemos explicarlo? Sin duda, los prusianos gozaron de ciertas ventajas geográficas. El control de Sajonia por Federico le dio una base territorial compacta (excluyendo Prusia Oriental y los principados de Westfalia, naturalmente) desde la que lanzar operaciones militares. Estaba protegido en el margen meridional de Silesia por los montes de los Sudetes del norte de Bohemia. Su flanco occidental estaba cubierto por el Ejército de Observación de Hanóver, financiado por los británicos; esto bastaba para mantener alejados a los franceses por un tiempo de este sector. Para los cuatro años 1758-1761, Prusia recibió una sustanciosa subvención anual de 670 000 libras inglesas (aproximadamente unos 3 350 000 táleros) del gobierno británico, una suma suficiente para cubrir alrededor de un quinto de los gastos de guerra de Prusia. Federico (que había decidido en un primer momento no defender la Prusia Oriental ni los territorios de Westfalia) gozaba también de la ventaja de poseer líneas defensivas internas, mientras que sus enemigos operaban (a excepción de Austria) a gran distancia de su propio país. Dispersos en torno a la periferia del principal teatro de operaciones, los aliados tenían dificultades para coordinar eficazmente sus movimientos.

Existía también, como sucede prácticamente siempre en todos los casos de guerras de coalición, un problema de motivación y confianza: la obsesión de María Teresa con la destrucción del «monstruo» prusiano no la compartían la mayoría de los demás aliados, que tenían objetivos más limitados. Las preocupaciones de Francia se centraban principalmente en el conflicto atlántico, y los intereses franceses en la lucha contra Prusia se habían reducido rápidamente tras la devastadora victoria prusiana de Rossbach (5 de noviembre de 1757). Por el nuevamente negociado Tercer Tratado de Versalles, firmado en marzo de 1759, los franceses cortaron su compromiso militar y financiero con la coalición. Por lo que respecta a los suecos y al surtido de territorios alemanes representados en el ejército imperial, se hallaban en la coalición con el fin de obtener botines fáciles y tenían escasa inclinación a perseverar en una agotadora guerra de desgaste. El nexo más fuerte en la coalición era la alianza austro-rusa, pero también aquí había problemas. Ni unos ni otros querían ver que el otro se beneficiase

desproporcionadamente gracias al conflicto y, al menos en una ocasión fundamental, esta desconfianza se tradujo en la desgana austríaca en comprometer fuerzas para consolidar una victoria rusa.

Aunque esto no debe significar que el éxito final de Prusia tuviese, en ningún sentido, una conclusión dada por descontada. La Tercera Guerra de Silesia se prolongó durante siete años, precisamente porque su final fue tan difícil de alcanzar militarmente. No se dio una serie ininterrumpida de victorias prusianas. Fue una dura lucha, en la que los éxitos, para Prusia, significaban sobrevivir para combatir un día más. Muchas de las victorias prusianas fueron obtenidas por escaso margen, muy costosas en bajas y no lo suficientemente decisivas para inclinar definitivamente la balanza de las fuerzas implicadas en el conflicto a favor de Prusia. En la batalla de Lobositz (1 de octubre de 1756), por ejemplo, los prusianos consiguieron obtener el control táctico del campo de batalla, con un elevado coste en hombres, pero esto no quebró el cuerpo principal del ejército austríaco. Otro tanto puede decirse de la batalla de Liegnitz (15 de agosto de 1760) contra los austríacos, en Silesia; aquí Federico evaluó cuidadosamente las posiciones enemigas y se movió rápidamente para golpear uno de los dos ejércitos austríacos separados y lo desbarató antes de que el otro pudiera reaccionar de forma efectiva. Esta iniciativa tuvo éxito pero dejó a las fuerzas austríacas en la zona en gran parte intactas.

Hubo cierto número de batallas en las que la inteligencia y originalidad de Federico como comandante en jefe quedaron de manifiesto brillantemente. Su victoria más impresionante se produjo en la batalla de Kossbach (5 de noviembre de 1757) contra los franceses. Aquí, 20 000 prusianos se vieron superados en número, en una proporción de dos a uno, por una fuerza combinada franco-imperial. Mientras que los franco-imperiales daban vueltas alrededor de las posiciones prusianas, tratando de desbordarlas por su izquierda, Federico redesplegó a sus tropas, con impresionante rapidez, lanzando a la caballería para barrer a los regimientos de jinetes en el frente del avance aliado, posicionando de nuevo a su infantería con una formación en tijera con la que pudo someter a las columnas francesas e imperiales a un fuego nutrido y a un fuerte ataque. Las bajas prusianas alcanzaron los 500 hombres por 10 000 del enemigo.

Una de las principales características de la capacidad militar de Federico era su preferencia por un orden de batalla oblicuo en vez de frontal. En vez de aproximarse en formación frontal paralela al enemigo, Federico trataba, si era posible, de girar sus líneas de ataque para que uno de sus extremos, que solía

reforzarse con caballería, penetrase en las posiciones enemigas antes que la otra. La idea era arrollar al enemigo a lo largo de sus propias líneas, en vez de asaltarlo directamente. Se trataba de un tipo de maniobra que exigía una acción de la infantería especialmente hábil y rápida, en particular cuando el terreno era quebrado. En cierto número de batallas, los asaltos prusianos desde el flanco, por medio de un complejo despliegue de la infantería, funcionaron de manera devastadora. En Praga (6 de mayo de 1757), por ejemplo, cuando el número de soldados prusianos y austríacos era más o menos igual, Federico fue capaz de arrollar a los austríacos por su ala derecha. Cuando estos se redesplegaron rápidamente para hacer frente a su avance, los comandantes prusianos de la zona observaron y explotaron un hueco en la «bisagra» entre las antiguas y las nuevas posiciones y atacaron a través de él, destrozando sin remisión a las fuerzas austríacas. El ejemplo clásico del orden de marcha oblicuo en acción fue la batalla de Leuthen (5 de diciembre de 1757), en la que los prusianos eran superados en número por los austríacos en una proporción de casi dos a uno; aquí, un ataque fingido prusiano dio la impresión de una aproximación frontal mientras que la masa de la infantería prusiana giró hacia el sur y bloqueó el ala izquierda austríaca. En esta extraordinaria ejecución, los «muros móviles» de la infantería prusiana eran flanqueados por fuego de artillería coordinado a medida que los cañones prusianos se trasladaban de una posición de fuego a otra a lo largo de la línea de ataque.

Con todo, estas mismas tácticas podían también fracasar si hallaban a un enemigo preparado, no estaban apoyadas por un suficiente número de soldados o se basaban en una errónea comprensión de la situación del campo de batalla. En Kolin (18 de junio de 1757), por ejemplo, Federico intentó, como era habitual, empujar el flanco derecho austríaco y arrollar al enemigo por el ala, pero se encontró con que los austríacos, anticipándose al movimiento, habían extendido sus líneas a través de su ruta de aproximación, obligándolo a un desastroso asalto frontal cuesta arriba contra posiciones fuertemente defendidas y numéricamente superiores —aquí fueron los austríacos quienes ganaron la batalla, a costa de 8000 hombres contra 14 000 de los prusianos[33]—.

En la batalla de Zorndorf (25 de agosto de 1758) contra los rusos, Federico no supo interpretar en absoluto el despliegue enemigo, y modificó su rumbo desde el norte para arrollar el ala izquierda rusa, pero se encontró con que el adversario estaba en realidad ante él; la lucha fue salvaje y las bajas muy elevadas —13 000 prusianos y 18 000 rusos—. Sigue sin estar claro si

hay que considerar Zorndorf como una victoria o una derrota prusiana, o simplemente un brutal empate. El siguiente gran enfrentamiento de Federico con los rusos presentó características similares. La batalla de Kunersdorf (12 de agosto de 1759) comenzó de manera prometedora gracias a un cuidadoso fuego de artillería e infantería por parte de los prusianos sobre el flanco derecho ruso, pero enseguida se produjo el desastre, cuando los rusos giraron para construir un sólido frente en la zona contra el avance enemigo, y la infantería prusiana se vio apiñada en una estrecha depresión en la que estaban expuestos a los cañones rusos. De nuevo aquí, Federico falló al no darse cuenta de cómo se estaba desarrollando la batalla; el terreno irregular dificultó el reconocimiento por parte de la caballería, y parece que no acertó en tomar una adecuada conciencia de la mala calidad de su servicio de información. El coste fue espeluznante: 19 000 bajas prusianas, de las que 6000 fueron muertos en el campo de batalla.

19. Batalla de Kunersdorf, 12 de agosto de 1759, *grabado contemporáneo.*

Así pues, Federico no era infalible como comandante militar. De las batallas que combatió durante la Guerra de los Siete Años, venció solo en ocho (incluso si le otorgamos el beneficio de la duda y contamos Zorndorf como una victoria)[34]. Con todo, es evidente que en muchos aspectos llevaba

ventaja sobre sus oponentes. Su aislamiento era también en cierto modo una ventaja —no tenia aliados a quienes consultar—. En comparación con Rusia, Francia y Austria, el proceso de toma de decisiones de los militares prusianos era increíblemente simple, pues el comandante en jefe en campaña era además el soberano y (de manera efectiva) el ministro de Asuntos Exteriores. No había ninguna necesidad de esas elaboradas discusiones que ralentizaban los reflejos de la monarquía de los Habsburgo. Esta ventaja se vio reforzada por la fuerza inagotable, el talento y la osadía del propio rey, y por su disposición a reconocer dónde se habían producido errores (incluidos los suyos). Si contemplamos el curso de la Tercera Guerra de Silesia en conjunto, nos sorprende la frecuencia con que Federico tuvo éxito en obligar a sus enemigos a una defensiva táctica, cuán reiteradamente fue él quien fijó los términos de incorporación a la batalla. Esto se debía, en parte, a la ahora ya ampliamente conocida superioridad del entrenamiento militar prusiano que permitía a los muros de uniformes azules girar a voluntad como si estuviesen sobre pivotes invisibles, y cambiar de frente el doble de rápido que la mayoría de los ejércitos europeos de su tiempo[35]. Con estas bazas Federico unía la habilidad de mantener la cabeza fría en tiempos de crisis. En ningún lugar fue esto más evidente que tras la catástrofe de Hochkirch (1758), donde el rey, empapado por la sangre de su caballo, que había sido alcanzado por una bala de mosquete cuando lo montaba, ordenó y supervisó una retirada tranquila y eficaz bajo el fuego desde el campo de batalla a una posición defensiva segura, evitando así que los austríacos se percataran de su ventaja.

La capacidad de Federico para recuperarse de las derrotas e infligir nuevos y dolorosos golpes a sus enemigos no bastaba para ganar la guerra, pero sí era suficiente para mantener Prusia a flote hasta que la coalición aliada se derrumbase. Una vez que fue claro que la zarina Isabel era una enferma terminal, los días de Rusia en la coalición estaban contados. La muerte de Isabel, en 1762, llevó a la sucesión por parte del Gran Duque Pedro, ardiente admirador de Federico, que no perdió tiempo en entablar negociaciones y firmar una alianza con él. Pero Pedro no sobrevivió mucho tiempo —fue apartado del trono por su mujer, Catalina II, y, poco después, asesinado por uno de los amantes de ella—. Catalina retiró el ofrecimiento de alianza, pero no se reanudó el tratado austro-ruso. Los suecos, que tenían pocas esperanzas de conseguir sus objetivos en Pomerania sin el apoyo de una gran potencia, se separaron también rápidamente. Tras una serie de duras derrotas en la India y Canadá, también los franceses perdieron interés en continuar una guerra cuyos objetivos parecían, ahora, extrañamente irrelevantes. La paz que

firmaron con Gran Bretaña, sancionada por el Tratado de París (10 de febrero de 1763), dejó plantados a los austríacos. Su tesorería estaba agotada. En la Paz de Hubertusburg (15 de febrero de 1763), tras siete años de lucha encarnizada e ingentes sacrificios en dinero y vidas, María Teresa confirmó el *statu quo ante bellum*. A cambio, Federico prometió que, en la próxima elección imperial, votaría por el hijo de la reina, el futuro José II.

20. Retrato de Federico el Grande,
por Johann Heinrich Christoph Franke (copia).

Existe una tendencia, cuando reflexionamos sobre las guerras europeas del siglo XVIII, a visualizarlas como diagramas con rectángulos y flechitas: en movimiento, o como compactas formaciones de soldados de colores brillantes sobre los tapetes verdes de las mesas de los juegos de guerra. Cuando nos centramos en los «muros móviles», en el «orden de marcha oblicuo» y en «arrollar» los flancos enemigos es fácil perder de vista el terror y la confusión que reinaba en los campos de batalla una vez que se había iniciado el combate en serio. Para las tropas expuestas al frente o en un flanco, avanzando bajo el fuego debiendo mantener la formación y la disciplina mientras los proyectiles, desde las balas de mosquete, los botes de metralla y balas de cañón segaban las muy apretadas filas de soldados de pie. Las oportunidades de desplegar empuje y valor individual eran limitadas —se trataba más bien de controlar el irresistible instinto de huir y ponerse a cubierto—. Los oficiales se hallaban en una posición especialmente expuesta, y se esperaba de ellos que mostrasen una calma absoluta ante sus hombres y entre ellos. Era cuestión no de bravatas personales, sino de un carácter, un *ethos* colectivo de una casta militar noble que estaba surgiendo.

Ernst von Barsewisch, hijo de un modesto terrateniente junker de Altmark, había estudiado en la Escuela de Cadetes de Berlín y luego había servido como oficial prusiano en muchas de las batallas de la Guerra de los Siete Años. Sus memorias, basadas en páginas de diario esbozadas mientras se hallaba en campaña, captan una mezcla de fatalismo samurái y camaradería de colegio, que de vez en cuando podía observarse entre los oficiales en acción. En la batalla de Hochkirch, sucedió que Barsewisch estaba situado cerca del rey, en una sección del ala que fue atacada por los austríacos. Hubo una espesa granizada de balas de mosquete, la mayoría de las cuales iban dirigidas al pecho y al rostro de los hombres que estaban de pie. Precisamente junto al rey, un comandante, von Haugwitz, fue herido en un brazo por un disparo, y poco después otra bala dio en el cuello del caballo del rey. No lejos de donde se hallaba de pie Barsewisch, el mariscal de campo Von Keith (un favorito del rey) fue arrancado del caballo por una granada y murió en el acto. El siguiente comandante que murió fue el príncipe Guillermo de Brunswick, general de brigada del regimiento de Barsewisch, al que atravesó una bala de mosquete y cayó al suelo muerto. Su aterrorizado caballo, un semental de un blanco inmaculado, galopó sin jinete de un lado a otro entre las líneas durante media hora. Para poder controlar sus nervios, Barsewisch y los jóvenes nobles en torno a él se pusieron a hacer bromas despreocupadamente:

> Al principio de la acción había tenido el honor de que una bala de mosquete atravesara la punta de mi cubrecabezas de frente justo por encima de mi cabeza; no mucho después, una segunda bala pasó a través del ancho borde levantado del lado izquierdo del cubrecabezas, por lo que se cayó de la cabeza. Les dije a los Von Hertzberg, que estaban parados no lejos de mí: «Caballeros, ¿puedo volver a ponerme el cubrecabezas, si los imperiales lo quieren así?». «Sí, claro —dijeron—, el cubrecabezas os hace honor». El mayor de los Hertzberg cogió mi caja de rapé en su mano y dijo: «Caballeros, ¡tomen una pizca de valor!». Yo me acerqué a él, tomé una pizca y dije: «Sí, valor es lo que necesitamos». Von Unruh me siguió y el hermano de von Hertzberg, el más joven, tomó la última pizca. En el momento en que el mayor de los Hertzberg tomaba su porción de rapé de la caja y se la estaba acercando a la nariz, llegó una bala de mosquete y le penetró en lo alto de su frente. Yo estaba de pie junto a él, lo miré —gritó: «¡Jesús mío!»—, se dio la vuelta y cayó al suelo, muerto[36].

Era a través de este sacrificio colectivo de sus jóvenes —¡nótese la presencia de tres hermanos Hertzberg en una misma sección de las líneas prusianas!— como la nobleza junker se ganó un lugar especial en el estado de Federico.

La gran mayoría de los relatos de combate en primera persona se debe a oficiales, en su mayor parte de la nobleza, pero no nos permite ignorar el enorme sacrificio en el campo de batalla de hombres humildes. Por cada oficial muerto en la batalla de Lobositz, cayeron más de 80 soldados. En una carta a su familia, el soldado de caballería Nikolaus Bum, de Erxleben, cerca de Osterburg, en el Altmark, informó sobre doce bajas mortales entre los hombres de su propio distrito, incluyendo a un Andreas Garlip y a un Nicolaus Garlip, que deben de haber sido hermanos o primos, y añadía, para resumir, «todos aquellos que no han sido mencionados como muertos se hallan en buena salud[37]» El 6 de octubre; cinco días después de la batalla, Franz Reiss, soldado del regimiento de Hülsen, describía su llegada al campo de batalla. Apenas él y sus camaradas se hubieron situado en posición, escribió, comenzaron a sufrir un denso fuego de cañón por parte de los austríacos:

> Así, la batalla comenzó a las seis de la mañana y se prolongó en medio del estruendo y del fuego hasta las cuatro de la tarde, y todo el tiempo estuve en peligro, que no puedo agradecérselo suficientemente a Dios por [preservar] mi salud. Justo en los primeros momentos del cañoneo, nuestro Krumpholtz recibió un proyectil de cañón en la cabezada mitad de la cual desapareció, él estaba de pie precisamente junto a mí, y el cerebro y el cráneo de Krumpholtz se derramaron por mi cara y el fusil sobre mi hombro quedó hecho pedazos, pero yo, gracias a Dios, resulté ileso. Ahora, querida esposa, no puedo describir, quizá, lo que ocurrió, pues el ruido de los disparos de ambos lados era tan fuerte que nadie oía una sola palabra de lo que se decía, y no podíamos ver ni oír mil balas, sino miles de balas. Pero cuando iba llegando la tarde, el enemigo empezó a huir y Dios nos dio la victoria. Y cuando avanzamos por el campo de batalla, vimos hombres que yacían, no uno, sino 3 o 4 yaciendo uno encima del otro, algunos muertos, sin cabeza, otros sin ambas piernas, o sin brazos, resumiendo, era un espectáculo tremendo. Ahora, querida niña, piensa en cómo nos debemos haber sentido, nosotros que habíamos ido mansamente al matadero sin la más pálida sospecha de lo que nos aguardaba[38].

Al día siguiente de una acción, el campo de batalla se hundía en el caos. Estar herido en él era una suerte miserable. En las noches que siguieron a las batallas de Zorndorf y de Kunersdorf, del campo de batalla surgían los alaridos de los heridos prusianos que eran muertos por los cosacos, las tropas ligeras del ejército ruso. Incluso cuando podían zafarse de esta brutalidad deliberada, los soldados heridos necesitaban determinación y buena suerte para poder sobrevivir. El ejército prusiano disponía de relativamente amplio y bien organizado servicio de apoyo quirúrgico para los estándares de la época, pero en el desorden que seguía a una acción (en especial a una derrota), las posibilidades de encontrar cuidados adecuados a tiempo eran muy escasas. La calidad de los tratamientos variaba enormemente de un cirujano a otro y los medios para tratar las heridas infectadas eran muy rudimentarios.

Tras Leuthen, donde una bala de mosquete le había atravesado el cuello y se había alojado en su hombro, en las paletillas, Ernst von Barsewisch había tenido la suerte de ir a dar con un soldado austríaco capturado que resultó ser un diplomado belga de la escuela quirúrgica de la Universidad de Lyon. Por desgracia, el belga ya no disponía de sus instrumentos quirúrgicos adecuados —su captor prusiano se los había arrebatado como botín—. Sin embargo, utilizando el «muy malo y mellado cuchillo» de un zapatero, fue capaz de sacar la bala de la espalda de Barsewisch con «diez o doce cortes». Menos afortunado fue el camarada de Barsewisch, el barón Gans Edler von Puttlitz, cuyo pie había sido destrozado por un bote de metralla y se le había infectado al haber yacido al frío sin ser atendido durante dos noches y un día. El cirujano prisionero le dijo que su única esperanza era una amputación de la pierna por debajo de la rodilla, pero Puttlitz estaba muy confundido o muy aterrorizado para dar su consentimiento. Gradualmente la infección se extendió y este moría unos días más tarde. Poco antes dijo a Barsewisch que era hijo único y le pidió encarecidamente que le prometiese que sus padres serían informados sobre el lugar de su tumba. «Esta muerte me afectó mucho —escribió Barsewisch— porque era un joven de unos diecisiete años, y por su herida había visto cómo la muerte se le iba aproximando, reptando lentamente, hora tras hora[39]».

La Guerra de los Siete Años, a diferencia de la Guerra de los Treinta Años del siglo anterior, fue una «guerra de gabinete» combatida por contingentes de tropas relativamente disciplinados equipados y aprovisionados por su propio gobierno a través de organizaciones logísticas relativamente complejas. Así, no se caracterizaba por el tipo de anarquía y violencia generalizadas que había traumatizado a las poblaciones de los territorios

alemanes en los años 1630 y 1640. Pero esto no significaba que los civiles de las zonas ocupadas o del teatro de operaciones no estuvieran sometidos a exacciones arbitrarias, represalias e incluso atrocidades. Por ejemplo, tras su invasión de Pomerania, los suecos exigieron del vecino Uckermark, en Brandemburgo septentrional, que contribuyese con 200 000 táleros, el doble que la contribución recaudada anualmente por el rey en esta provincia[40]. Las provincias Hohenzollern de Westfalia estuvieron bajo ocupación francesa y austríaca durante gran parte de la guerra; aquí, las autoridades militares impusieron un complicado sistema de contribuciones y extorsiones, apoyado con frecuencia en el secuestro de notables locales como rehenes[41]. Soldados franceses, tras su derrota de Rossbach, cometieron numerosos excesos mientras cruzaban Turingia y Hesse. «Si se quisiesen relatar todos estos desórdenes, no llegaría nunca al final», informaba un general francés. «En un radio de 40 leguas, la tierra era un hervidero de nuestros soldados: saqueaban, mataban, asolaban, se dedicaban al pillaje, y cometían todos los horrores posibles…»[42].

Especialmente problemáticas fueron las «tropas ligeras» empleadas por la mayoría de los ejércitos en esta época. Las unidades se reclutaban sobre una base voluntaria, operaban semiautónomamente respecto al ejército regular, no se les proporcionaba el apoyo logístico estándar, y se suponía que se mantenían con las exacciones y la obtención de botín. Los ejemplos mejor conocidos sobre tales tropas fueron los cosacos rusos y los «Panduren» austríacos, vestidos exóticamente[*], pero los franceses también utilizaron los servicios de tales unidades. Durante la primera fase de la ocupación rusa de Prusia Oriental, unos 12 000 componentes de las tropas ligeras formadas por cosacos y calmucos se abalanzaron sobre el país a sangre y a fuego: en palabras de un contemporáneo, «asesinaron y mutilaron a gente desarmada y sin defensa, los colgaron de los árboles o les cortaron la nariz o las orejas; otros fueron despedazados de la forma más cruel y repugnante…»[43]. En 1761, el Cuerpo Libre de Fischer, tropa ligera al servicio de Francia, invadió la Frisia oriental —pequeño territorio al noroeste de Alemania que había caído bajo Prusia en 1744— y aterrorizó a la población civil durante una semana, con violaciones, asesinatos y otras atrocidades. Los campesinos, basándose en una tradición local de protestas y resistencias colectivas, reaccionaron con un levantamiento que recordó a algunos contemporáneos la Guerra Campesina de 1525. Solo tras el despliegue de unidades del ejército regular francés estacionadas en las cercanías se pudo restablecer la paz en la zona[44].

Los conflictos de este nivel de intensidad fueron la excepción, no la regla, pero en todas las provincias tocadas por la guerra, hubo un aumento sustancial de la mortalidad, sobre todo a causa de las llamadas «epidemias de campamento» que se difundieron a partir de los atestados hospitales militares. En Cleves y en Mark la mortalidad debida a los años de guerra alcanzó el 15 por ciento de la población. En la ciudad de Emmerich, situada a orillas del Kin, en Cleves, el 10 por ciento de los habitantes murió solo en 1758, la mayor parte de enfermedades contagiadas por los soldados franceses que huían del noroeste de Alemania. La pérdida demográfica para casi todas las tierras prusianas fue sobrecogedora: 45 000 en Silesia, 70 000 en Pomerania, 114 000 en el Neumark y el Kurmark juntos, 90 000 en Prusia Oriental. En total, parece ser que la guerra acabó con las vidas de unos 400 000 prusianos, lo que representó aproximadamente un 10 por ciento de la población.

El legado de Hubertusburg

La reorientación diplomática de 1756, por la que austríacos y franceses habían abandonado su ancestral antipatía para formar una coalición, estaba tan alejada de la pauta tradicional de las alianzas interdinásticas que acabó siendo llamada la «revolución diplomática[45]». Y aun así, como hemos visto, los acontecimientos de ese año fueron, en gran medida, resultado de un proceso de cambio que había sido puesto en marcha en diciembre de 1740. La invasión prusiana de Silesia había sido la verdadera revolución. Sin este poderoso estímulo, los austríacos no habrían abandonado a sus aliados británicos para aceptar a sus enemigos franceses. De aquí se inició una secuencia de choques y nuevos alineamientos que corre como una larga mecha a lo largo de la historia de la Europa moderna.

En Francia, la alianza con Austria, y especialmente la miserable derrota de Rossbach, tuvo una influencia desastrosa para la opinión nacional, provocando dudas sobre la competencia del régimen de los Borbones, que proseguirá hasta la crisis revolucionaria de los años 1780. «Más que antes, incluso», observaba el ministro de Asuntos Exteriores francés, cardenal de Bernis, en la primavera de 1758, «nuestra nación se considera atropellada por la guerra. Nuestro enemigo, el rey de Prusia, es amado hasta el aturdimiento… pero la corte de Viena es odiada porque se la considera la chupadora de la sangre del estado[46]». Para los críticos franceses contemporáneos, los tratados de 1756 y 1757 con Austria fueron «la desgracia

de Luis XV», «monstruosos en principio y desastrosos para Francia en la práctica». La derrota en esta guerra, recordaba el conde de Ségur, «hirió y despertó la vez el orgullo nacional francés. De un extremo a otro del reino, oponerse a la corte se convirtió en un punto de honor». La primera partición de Polonia en 1772, en la que Prusia, Austria y Rusia se unieron para expoliar a uno de los tradicionales clientes de Francia, aumentó tales aprensiones al demostrar que el nuevo sistema de alianzas operaba en beneficio de Austria y en detrimento de Francia[47]. Para empeorar las cosas, la monarquía francesa optó por reforzar la alianza con Austria casando al futuro Luis XVI con la princesa habsburgo María Antonieta en 1771. Esta, más adelante, acabará personificando el malestar político por el absolutismo borbónico en su fase terminal[48]. Resumiendo, podemos remontarnos al menos a un cabo de la crisis que culminó con la caída de la monarquía francesa, las consecuencias de la invasión de Silesia por Federico.

También para Rusia, el fin de la Guerra de los Siete Años inauguraba una nueva era. Rusia no había alcanzado el objetivo territorial que Isabel se había impuesto, pero salió del conflicto con la reputación básicamente mejorada. Era la primera vez que Rusia había jugado un papel sostenido en un conflicto europeo importante. Su lugar entre las grandes potencias europeas se vio confirmado en 1772, cuando Rusia se unió a Austria y a Prusia en la anexión sincronizada de territorios en la periferia de la Unión Polaco-Lituana y, de nuevo, en 1779, cuando Rusia actuó como garante del Tratado de Teschen, firmado entre Prusia y Austria. Su largo viaje hacia la plena membrecía en el concierto de las potencias europeas, que había empezado ya con el reinado de Pedro el Grande, se había completado ahora[49].

La combinación de Rusia entre el expansionismo, el poder y la invulnerabilidad eclipsó la amenaza que una vez representaron suecos y turcos. De ahora en adelante Rusia jugaría un papel esencial en la lucha por el poder en la Europa alemana —en 1812-1813, 1848-1850, 1866, 1870-1871, 1914-1917, 1939-1945, 1945-1989 y en 1990. La intervención rusa determinó o ayudó a determinar las consecuencias de las políticas de poder en Alemania. De ahora en adelante, la historia de Prusia y la historia de Rusia quedarán entremezcladas. Federico no era clarividente, pero pudo percibir la llegada de Rusia y era consciente intuitivamente de su irreversibilidad. Tras las carnicerías de Zorndorf y Kunersdorf ya no pudo contemplar el espectáculo del poder ruso sin un estremecimiento de pavor. El imperio de Catalina II, le dijo a su hermano el príncipe Enrique en 1769, era una potencia terrible, que haría temblar a toda Europa[50].

En Austria, la prolongada lucha con Prusia impulsó, como hemos visto, un cambio radical de la política exterior. Kaunitz, cerebro del realineamiento de 1748-1756, siguió en el cargo hasta 1792, si bien su autoridad declinó tras la muerte de José II en 1790. El desafío prusiano tuvo también profundas implicaciones internas. El gran número de iniciativas lanzadas en 1749-1756 y conocidas por la Primera Reforma Teresiana se centró exclusivamente en hacer más rigurosa la administración de la monarquía Habsburgo en campos que le permitieran devolver el golpe eficazmente a Prusia. El ejecutivo central fue recompuesto básicamente para que centralizase y simplificase los más importantes órganos administrativos. Se adoptó un nuevo régimen de impuestos, inspirado indirectamente por la nueva administración prusiana de Silesia, que los austríacos habían observado atentamente. El arquitecto de tales cambios fue el conde Friedrich Wilhelm von Haugwitz, quien se había convertido al catolicismo, que había huido de su Silesia natal cuando los prusianos la habían invadido. Nadie estaba más dispuesto a aprender del ejemplo establecido por Federico II que el hijo mayor y sucesor de María Teresa, José II. En parte, de la observación de los logros de Federico, José derivó su opinión apasionada respecto a que la monarquía Habsburgo debía convertirse en un estado unitario si quería controlar los desafíos a los que se enfrentaba en un ambiente europeo tan competitivo. Sus intentos para llevar esto a cabo en los años 1780 conducirían a la monarquía de los Habsburgo al borde del colapso interno[51]. También Prusia mostraba las marcas de las tres guerras que había combatido por Silesia.

Las tierras prusianas habían sido devastadas extensivamente, y las tareas de reconstrucción consumieron la parte del león de la inversión interna en los dos decenios finales del reinado de Federico. El poblamiento de las zonas abandonadas y el drenaje de las tierras pantanosas para obtener nuevas tierras arables y pastos siguieron siendo la principal prioridad. En la Masuria, por ejemplo, en gran parte agraria y de habla polaca, se atrajo a colonos de Württemberg, del Palatinado y de Hesse-Nassau para vivir y trabajar en una multitud de nuevos asentamientos: Lipniak (1779), Czayken (1781), Powalczyn (1782), Wessolowen (1783), Ittowken (1785) y Schodmak (1786). Estos asentamientos avanzaron en paralelo con la construcción de una extensa red de canales pensada para drenar las tierras pantanosas de Masuria meridional, hasta este momento una de las regiones más aisladas y subdesarrolladas del reino. El exceso de agua se perdía drenado por los ríos Omulef y Waldpusch, y nuevas aldeas surgirán en lo que una vez habían sido pantanos intransitables[52].

Fue sobre todo después de 1763 cuando Federico comenzó a mostrar un mayor sentir hacia las obligaciones sociales del estado —en especial hacia aquellas personas que habían arriesgado la vida o partes del cuerpo sirviendo en sus ejércitos—. «Un soldado que sacrifica por el bien general sus miembros, su salud, su fuerza y su vida», declaraba Federico en 1768, «tiene derecho a reclamar beneficios de aquellos por los que lo arriesgó todo». Se creó un instituto en Berlín para albergar y cuidar a unos 600 inválidos de guerra y se destinó un fondo en la caja de guerra del que se hacían pagos a los soldados pobres que habían vuelto a sus casas rurales. Trabajos con salarios bajos junto a los impuestos indirectos, aduanas y el monopolio del tabaco y otros puestos menores pagados por el gobierno se reservaron a soldados a quienes habían correspondido malos tiempos[53]. Quizá la más dramática expresión de la elevada buena voluntad del rey para utilizar el aparato del estado con fines de ayuda social en el sentido más amplio de la palabra fue el uso intenso del impuesto indirecto sobre el grano y el sistema de almacenes para contrarrestar los efectos de la escasez de alimentos, la subida de los precios y las hambrunas. En 1766, por ejemplo, Federico suspendió el impuesto indirecto sobre el grano con el fin de facilitar el flujo de importaciones baratas en Prusia; tres años más tarde este impuesto fue reintroducido, pero solo para el trigo, por lo que el peso del impuesto sobre el pan recayó exclusivamente en los consumidores acomodados que optaban por comprar pan blanco. El punto culminante de la política prusiana de alimentos tras la guerra se situó en el invierno de 1771 y 1772, cuando la administración mantuvo alejada una hambruna a escala europea por medio de la entrega controlada de grandes cantidades de grano de los *stocks* almacenados. Se permitió que las necesidades de la población civil predominasen sobre los imperativos militares para los que, originariamente, se había creado el sistema de almacenes. Podemos, así, hablar de estas subvenciones masivas en especie como un ejercicio de una política de bienestar social[54].

Asimismo, la guerra ralentizó la integración administrativa. En los primeros años de su reinado, Federico había impulsado este proceso por medio de la creación de nuevos órganos administrativos tales como el Quinto Departamento, responsable de la política industrial en los territorios, o el Sexto Departamento de Asuntos Militares, otra autoridad con potestad sobre toda Prusia[55]. Sin embargo, este impulso integrador no duró después de 1763, sobre todo debido a que la experiencia de la guerra había enseñado a Federico que nunca sería capaz de defender las posesiones periféricas de los ataques —fue característico que permitiese que sus consideraciones

geoestratégicas determinasen sus prioridades económicas en tiempos de paz —. La Prusia Oriental, así, no fue integrada nunca plenamente en el sistema de almacenes de grano, y tras la Guerra de los Siete Años la transferencia de grano de Prusia Oriental a las provincias centrales se fue reduciendo para dar paso a las importaciones polacas[56]. Los intentos para integrar las provincias occidentales en la estructura fiscal de las provincias centrales fueron disminuyendo a partir de 1766, cuando el proyecto para unos impuestos indirectos unitarios fue abandonado y el control de Berlín sobre la administración local se aflojó tangiblemente con posterioridad[57]. Hay que destacar estos efectos retardadores, ya que suele asumirse que la guerra era el principal impulsor de la formación del estado en las tierras prusianas.

Federico había aumentado en gran medida el *standing* de su reino por medio de la adquisición de Silesia, sin embargo sería erróneo estimar que con esto quedó imbuido de confianza y de una sensación de fuerza. En realidad, era precisamente lo contrario. Federico fue claramente consciente de la fragilidad de sus logros. En el Testamento Político de 1768 observó que el «sistema» continental europeo incluía soló «cuatro grandes potencias», que eclipsaban a todas las demás; y Prusia no estaba entre ellas[58]. En 1776, tras un período de grave enfermedad, el rey se mostró preocupado por la idea de que el estado por el que se había esforzado tanto en consolidar se desintegraría tras su muerte[59]. Federico reconocía que había un desequilibrio fundamental entre la reputación internacional de Prusia y sus escasos recursos propios[60]. Así, en su opinión, no había excusa para la complacencia. Prusia necesitaba desesperadamente medidas que compensasen su debilidad como potencia política. Los años posteriores a 1763 fueron testigos, como vimos, de un programa de reconstrucción nacional intensa. En la esfera diplomática, la prioridad de Federico era neutralizar la amenaza del expansionismo ruso de Catalina la Grande. De acuerdo con su propia doctrina, según la cual un príncipe debería aliarse con la potencia mejor situada para atacarlo, Federico concentró su esfuerzo para asegurarse un pacto de no agresión con Rusia. El punto culminante de su diplomacia fue la alianza prusiano-rusa de 1764, que con un solo movimiento evitó la amenaza de Rusia y el peligro de una revancha austríaca[61].

Ya que las alianzas son cosas endebles cuya duración depende de la buena voluntad de individuos —por ejemplo, el tratado de 1764 se vino abajo en 1781 tras la caída del poder del ministro de Asuntos Exteriores ruso Nikita Pánin—, la última garantía de Federico seguía siendo el efecto disuasorio de su ejército. Prusia seguía siendo un país muy armado tras la Paz de

Hubertusburg. En 1786 era el decimotercer país europeo en población y el décimo en superficie, pero se jactaba de tener el tercer mayor ejército. Con una población de 5,8 millones de habitantes, Prusia disponía de un ejército de 195 000 hombres. En otras palabras, había un soldado por cada 29 súbditos. El tamaño del ejército, expresado como porcentaje de la población total, era, así, del 3,38 por ciento, cifra que puede compararse con los muy militarizados estados del bloque soviético durante la Guerra Fría (la cifra para la República Democrática Alemana en 1980 era, por ejemplo, del 3,9 por ciento). Fue el tamaño de estas fuerzas armadas lo que llevó a Georg Heinrich Berenhorst, uno de los ayudantes de Federico II durante la Guerra de los Siete Años, a hacer la memorable observación de que «la monarquía prusiana no es un país que tenga un ejército, sino un ejército que tiene un país, en el que —por así decir— este está estacionado[62]».

De todos modos, la cifra del porcentaje es algo engañosa, pues solo 81 000 de estos soldados eran nativos prusianos. Expresado en porcentaje respecto a la población total, da una cifra de solo el 1,42 por ciento, que puede compararse con los estados europeos occidentales de fines del siglo XX (la cifra para la República Federal Alemana en 1980, por ejemplo, era del 1,3 por ciento). Así pues, Prusia era un *estado* muy militarizado (es decir, un estado en el que lo militar consumía la parte del león de los recursos), pero no necesariamente una sociedad muy militarizada. No existía un servicio militar universal obligatorio. El entrenamiento en tiempos de paz era todavía breve y superficial para los estándares actuales, y la estructura social del ejército era todavía porosa. El alojamiento de los militares en barracones, en los que las tropas podían ser concentradas y adoctrinadas durante años de entrenamiento, pertenecía todavía a un distante futuro.

Y, ¿qué sucedió respecto al Sacro Imperio Romano de la nación alemana? Observando el desarrollo de la Guerra de los Siete Años, el ministro danés Johann Hartwig, conde de Bernstorff, constataba que el asunto que estuvo en juego en este gran conflicto no fue simplemente la posesión de una provincia aquí o allí, sino la cuestión de saber si el Sacro Imperio Romano debía tener una cabeza o dos[63]. Hemos visto que las relaciones entre Brandemburgo y Austria se vieron turbadas siempre por una tensión intermitente. En el momento en que Brandemburgo comenzó a operar con cierto grado de autonomía dentro de la política imperial, aumentó el potencial para un conflicto. Con todo, para una larga serie de electores sucesivos, la preponderancia del emperador y, por extensión, de la Casa de Habsburgo, estaba fuera de discusión. Pero con la invasión de 1740 todo esto cambió. La

anexión de Silesia proporcionó a Prusia no solo dinero, productos y súbditos, sino también un ancho corredor de territorio que se extendía del núcleo central de Brandemburgo directamente hasta las fronteras de la Bohemia, Moravia y las tierras hereditarias austríacas de los Habsburgo. Era una espada sobre la cabeza de la monarquía Habsburgo. (Esto será decisivo en la guerra austro-prusiana de 1866, cuando cuatro ejércitos prusianos penetraron en Bohemia desde los puntos de concentración de Silesia para aplastar al ejército austríaco en Königgrätz). «Austria nunca superará su dolor por la pérdida de Silesia», escribió Federico en su Testamento Político de 1752. «Nunca olvidará que ahora deberá compartir su autoridad en Alemania con nosotros[64]».

Por primera vez, la vida política del Imperio comenzó a orientarse en torno a un equilibrio de poder bipolar. Había empezado la era del «dualismo» austro-prusiano. De ahora en adelante, la política exterior prusiana se centraría primero y sobre todo en la salvaguardia de su puesto en el nuevo orden y en contener los intentos de Viena para restablecer el equilibrio en su favor. El más destacado ejemplo de este combate por la política de poder fue el conflicto que estalló por la sucesión bávara en 1778. En diciembre de 1777 el elector de Baviera, Maximiliano José III, moría, sin dejar herederos directos. Su sucesor, Carlos Teodoro, acordó con Viena intercambiar su futura herencia bávara por la Holanda austríaca (Bélgica), y un pequeño contingente de tropas austríacas entró en Baviera a mediados de enero de 1778. La primera reacción de Prusia fue exigir una compensación territorial —bajo forma de derechos de herencia para los ducados de Ansbach y Bayreuth, en Franconia— a cambio de la adquisición de Baviera por parte de Austria. Pero Kaunitz no quiso saber nada de todo esto y se negó, haciendo caso omiso de las amenazas de intervención armada de Berlín.

En el verano de 1778 Federico decidió ponerse en acción y penetró en Bohemia —tenía sesenta y seis años— a la cabeza de un ejército prusiano. Afirmaba ahora que actuaba en nombre de un heredero rival del Electorado de Baviera, el duque Carlos de Zweibrücken. Pero en el norte de Bohemia Federico vio cómo se le impedía seguir adelante, bloqueado por fuerzas austríacas notables y bien mandadas. Siguieron largos meses de maniobras sin enfrentamientos serios, en condiciones cada vez más frías y lluviosas. Federico acabó siendo obligado a hacer invernar a sus tropas en los montes de los Sudetes. Debilitadas por el frío, las partidas austríacas y prusianas en busca de forraje tuvieron escaramuzas por bancales de patatas heladas. Aun cuando la «guerra de la Patata» no condujera a ningún encuentro decisivo,

María Teresa deseaba ponerle fin rápidamente, aunque significase tener que hacer concesiones. Según los términos del Tratado de Teschen (13 de mayo de 1779), negociado gracias a la mediación de Rusia y Francia, la emperatriz no solo aceptó abandonar toda Baviera; sino aceptar, además, la eventual sucesión de Prusia de los ducados de Ansbach y Bayreuth. El episodio revela hasta qué punto los austriacos no querían enfrentarse solos a Federico, un síntoma del duradero trauma sufrido a causa de las guerras de Silesia y señal del respeto que se tenía ahora por sus fuerzas armadas. Igualmente significativa fue la respuesta de los demás estados alemanes. Muchos de estos se alinearon con Prusia, al ver en Federico al defensor de la integridad del imperio contra el poder predador jugado por la Casa de Habsburgo. En 1785, cuando José hizo un segundo intento para intercambiar la Holanda austríaca por Baviera, Federico se erigió una vez más en garante del imperio. En el verano de ese año, se unió con Sajonia y Hanóver y un puñado de territorios menores en una Liga de Príncipes (*Fürstenbund*) cuyo objetivo era la defensa del imperio contra los designios del emperador. En 18 meses la Liga contaba con 18 miembros, incluido el arzobispo católico de Mainz, vicecanciller del Sacro Imperio Romano y tradicionalmente leal a Viena**[65]**.

El cazador furtivo se había convertido en guardabosques. Era un papel que Federico aprendió a jugar con gran garbo. En ningún aspecto es esto más evidente que en su explotación de la compleja maquinaria confesional del imperio. El equilibrio entre los campos católico y protestante en el seno del imperio era un asunto vivo a mediados y a finales del siglo XVIII. En los reinados del Gran Elector, Federico I y Federico Guillermo I, Prusia había ido convirtiéndose gradualmente la campeona de la causa protestante en el Imperio. Si bien su interés personal en las disputas confesionales era mínima, Federico II fue astuto ejecutor de esta tradición, interviniendo con éxito, por ejemplo, para ayudar a los estados protestantes en territorios cuyas casas gobernantes se habían convertido al catolicismo (hubo 31 de tales conversiones entre 1648 y 1769); En Hesse-Kassel (1749), Württemberg (1752), Baden-Baden (1765) y Baden-Durlach (1765) Federico se convirtió en cofirmante y garante de los contratos que avalaban los derechos de los estados protestantes contra los monarcas convertidos al catolicismo. En tales casos, actuaba, con el apoyo entusiasta del comité protestante de la Dieta Imperial, como supuesto campeón y valedor de los derechos contemplados en Tratado de Westfalia.

¿Qué mejor camino para una potencia protestante como Prusia para utilizar las estructuras del imperio en su propio beneficio que definirse a sí

misma como protectora de todos los protestantes de los territorios alemanes? Tal actitud vindicaba la visión protestante del imperio, principalmente la que negaba que era una forma de monarquía universal cristiana, sino más bien un acuerdo de reparto de poder entre dos bandos confesionales separados, que se veían obligados a practicar la solidaridad y la ayuda mutua. Al mismo tiempo, minaba la posición del emperador Habsburgo, al que, en teoría, se suponía garante de los derechos de todos los súbditos imperiales miembros de una confesión tolerada. El emperador católico en Viena se enfrentaba ahora a un antiemperador protestante en Berlín[66].

La Guerra de los Siete Años es el punto culminante en la polarización confesional del imperio. Al aliarse con Francia y continuando con la discriminación de sus súbditos protestantes, María Teresa hinchó las velas de las pretensiones de Federico. Y esto hizo su marido, el emperador Francisco Esteban I que, sin saberlo, participó en el juego de Prusia, presionando repetidamente a los príncipes católicos para que actuasen unidos contra la «*ligue protestante*» [liga protestante] y por ello acelerando la bifurcación del imperio en dos bandos confesionales enfrentados. En ambas partes se hizo enorme uso de la propaganda impresa de tendencia confesional. La propaganda prusiana del tiempo de guerra se sirvió de modo consistente del elemento confesional en el conflicto, afirmando que la corte de los Habsburgo, al aliarse con la católica Francia, estaba intentando someter al Sacro Imperio Romano a una nueva guerra de religión. Ante esta amenaza, Prusia representaba la única esperanza de integridad del orden constitucional establecido en 1648, pues sus intereses eran idénticos a los de la propia «Alemania». Así, pues, la propaganda prusiana se sirvió de las bazas tradicionales de la política confesional de los Hohenzollern, llevando las reclamaciones prusianas a representar un «interés protestante» más vasto. Lo que quizá era menos familiar era la tendencia a equiparar esta comunidad de intereses con la patria alemana *tout court*, argumento que anticipaba en ciertos aspectos la idea de una «pequeña Alemania» dominada por los prusianos y los protestantes que comenzaría a ser conocida durante las luchas dualistas del siglo XIX[67]. Estos intentos dieron resultados. Un enviado francés observaba, al final de la Guerra de los Siete Años, que la Paz de Hubertusburg halló a los prusianos en una posición más fuerte en la Dieta Imperial de lo que había sido nunca antes, pues los prusianos habían tenido éxito en situarse, en la dieta, a la cabeza de un partido en gran medida protestante y antiimperial (léase antiaustriaco)[68].

Patriotas

El 11 de diciembre de 1757 Karl Wilhelm Ramler asistía a un servicio religioso de acción de gracias en la catedral de Berlín por la reciente victoria prusiana en Rossbach. De vuelta a sus apartamentos escribió unas líneas al poeta Johann Wilhelm Gleim:

> Querido amigo, […] acabo precisamente de escuchar el sermón de la victoria de nuestro incomparable [capellán de la corte] Sack. Casi todos los ojos lloraban de amor, de gratitud […]. Si a usted le gustase leer algunos de nuestros sermones de la victoria, yo podría enviárselos. El de la victoria de Praga y el que dio hoy, sin duda el mejor que el señor Sack ha pronunciado. Nuestros jóvenes no han dejado de descargar disparos de victoria y se oyen tiros a mi alrededor mientras escribo estas líneas. Nuestros comerciantes han producido todo tipo de cintas de seda en honor de ambas victorias y con ellas hemos festoneado nuestros trajes, sombreros y espadas[69].

El surgimiento del sentimiento patriótico en tierras prusianas durante la Guerra de los Siete Años es una de las características más notables del conflicto. Hoy nos parece natural dar por sentado que las guerras refuerzan las lealtades patrióticas, pero no ha sido siempre este el caso en Prusia. Los devastadores conflictos de la Guerra de los Treinta Años habían tenido más bien el efecto contrario. En los años 1630 los súbditos del elector en su mayor parte no se identificaban con él o con los diversos territorios sobre los que reinaba. Muchos tenían nexos de simpatía más fuertes con los suecos luteranos enemigos de Brandemburgo que con el elector calvinista de Berlín. El ejército de Brandemburgo, a fines de los años 1630, era tan odiado y temido al menos tan intensamente como las fuerzas de ocupación del enemigo. Incluso después de la notable victoria del elector contra los suecos en Fehrbellin en 1675, hubo pocas muestras de entusiasmo popular por la causa de Brandemburgo, o de identificación popular con las luchas de su jefe de estado. El exaltado sentido de la historia en potencia que acompañó al hecho de Fehrbellin quedó limitado en su mayor parte a una pequeña élite de la corte. Y tampoco hubo mucho interés popular en la contribución de Prusia en la Guerra de Sucesión Española (1701-1714); estas fueron complejas campañas de coalición combatidas por arcanos objetivos políticos en las que las tropas prusianas lucharon lejos de su país.

En cambio, las derrotas y victorias de los ejércitos prusianos en la Guerra de los Siete Años generaron un generalizado sentido de solidaridad con los objetivos y la persona del monarca. Johann Wilhelm Archenholtz, un oficial que sirvió en el ejército prusiano durante la mayor parte de la guerra, y luego escribió una narración épica de su curso, recuerda la oleada de entusiasmo

que había animado a sus compatriotas prusianos durante los peores días del conflicto. Los súbditos prusianos, escribía, «consideraron la ruina del rey como la suya propia» y «tomaron parte en la fama de estos grandes hechos». Los estados de Pomerania se habían unido por propio acuerdo para reclutar a 5000 hombres para servir al rey; su ejemplo fue imitado en Brandemburgo, Magdeburgo y Halberstadt. «Esta guerra», concluía Archenholtz, «provocó un amor a la patria que hasta ese momento era desconocido en las tierras alemanas[70]».

Las iglesias jugaron un papel fundamental en impulsar el entusiasmo público por las hazañas del tiempo de guerra del monarca, animando a los fieles a ver en Federico un instrumento de la providencia divina. Tras la victoria prusiana —en realidad más bien marginal— en la batalla de Praga en 1757, el capellán de la corte, Sack, lanzó un tonante sermón desde el púlpito de la catedral de Berlín:

> El rey ha obtenido una victoria ¡y vive! ¡Honor a nuestro Dios! […] ¿De qué servirían todas nuestras victorias y conquistas, si hubiésemos perdido ya a nuestro padre? Pero la providencia que nos protege ha sido una vez más su guardiana y un ángel de Dios lo cubrió con su escudo a la hora del mayor peligro contra todos los dardos que fueron lanzados contra él para matarlo[71].

Otro predicador que celebraba la victoria afirmó que el propio Dios había querido elegir a Prusia por encima de todas las demás tierras y elegir a los prusianos como «su particular pueblo», «de modo que podemos caminar ante él a la luz de su pueblo elegido[72]». El impacto de tales actuaciones se reflejó más allá de las congregaciones que las escucharon. Los sermones de Sack, en particular, aparecieron en varias ediciones impresas y fueron leídos y releídos ampliamente en reuniones privadas a lo largo de las provincias centrales del territorio prusiano[73].

Estos intentos de movilizar a la población desde el púlpito fueron complementados por la agitación de literatos patriotas prusianos. Se produjo aquí un sorprendente contraste: en 1742, la adquisición por Prusia de la mayor parte de Silesia en la Paz de Breslau fue bien recibida por la publicación de un pequeño número de textos panegíricos prusianos. Elaborados en latín y publicados en caros folios o en ediciones en cuarto, estaban destinadas evidentemente a unos lectores limitados y muy instruidos. En los años 1750, sin embargo, amanuenses propagandistas y patriotas independientes estaban produciendo profusamente gran número de textos en ediciones en octavo baratas y en lengua alemana[74]. Un ejemplo de los más influyentes fue el folleto *De la muerte por la Patria*, publicado en 1761, en el punto más bajo

de los destinos militares de Prusia, por Thomas Abbt, profesor de filosofía en la Universidad de Fráncfort del Oder. El brillante y accesible ensayo afirmaba que los valores clásicos de patriotismo, asociados convencionalmente a las antiguas repúblicas, se adaptaban ahora mejor a los estados monárquicos, en los que el monarca personificaba el poder abstracto del estado y proporcionaba un punto focal para la lealtad y el sacrificio de sus súbditos. En una monarquía «bien establecida», sugería Abbt, el apego del súbdito a su tierra natal se reforzaba con el amor por la persona del monarca, amor tan intenso que suprimía el temor y santificaba la muerte en la batalla.

> [Cuando percibo al rey rodeado por sus bravos soldados, vivos y muertos,] me asalta el pensamiento de que es noble morir luchando por la propia patria. Ahora, esta nueva belleza que intento alcanzar cae más bruscamente bajo el foco: me agrada; me apresuro a tomar posesión de ella, me arranca de todo lo que me devolvería a una afeminada tranquilidad; no oigo la llamada de mis parientes, sino solo de mi patria, ni tampoco el estrépito de las temibles armas, sino solo las gracias que la madre patria me envía. Yo me uno a los otros que forman un muro alrededor del indefenso [rey]. Quizá yo seré difamado, satisfecho de haber dado a otro la posibilidad de tomar mi puesto. Sigo el principio de que la parte, cuando es necesario, debe perderse para preservar el todo[75].

La muerte en la batalla era también otro importante tema para Christian Ewald von Kleist, poeta, dramaturgo y melancólico, que también sirvió como oficial en el ejército prusiano. En 1757 compuso un poema en forma de inscripción para la tumba del comandante von Blumenthal, amigo suyo, muerto durante una escaramuza con las tropas austríacas cerca de la ciudad de Ostritz, en la Alta Lusacia. Sus versos para el fallecido comandante adquirieron cierto patetismo retrospectivamente, pues pareció que predecía la muerte del propio Kleist solo 18 meses más tarde a causa de una herida recibida en la batalla de Kunersdorf:

> *¡La muerte por la patria es merecedora*
> *de eterna veneración!*
> *Y lo felizmente que yo moriré*
> *esta noble muerte*
> *cuando mi destino me llame*[76].

Así, pues, Kleist acabó convirtiéndose en uno de los primeros prototipos del poeta patriota caído —su poesía y su muerte se entreveran hasta convertirse en parte de sus mismas obras completas—. Los versos atribuían un sentido único a la muerte al transformarla en un acto voluntario y consciente, mientras que la muerte tejía un brillante halo de sacrificio alrededor de los escritos y la narrativa de su vida.

Entre los más vociferantes de los publicistas patriotas se hallaba el poeta y dramaturgo de Halberstadt Johann Wilhelm Ludwig Gleim. Gleim siguió las campañas de los ejércitos prusianos con apasionado interés, basándose en relatos que le enviaba desde el frente su viejo amigo Kleist. Antes del estallido de la guerra, Gleim era conocido más como autor de poemas esotéricos, de inspiración clásica, sobre temas de amor, de vino y de los placeres de la sociabilidad, pero desde 1756 se convirtió en baladista militar y animador de las tropas prusianas en el frente. Sus *Canciones de guerra prusianas en la campaña de 1756 y 1757 por un granadero*, publicadas en 1758 con un prólogo de apoyo del dramaturgo Gotthold Ephraim Lessing, representaron un innovador intento de conseguir inmediatez e impacto emocional adaptando el estilo y el tono de la canción de marcha. Gleim evocaba el movimiento y confusión de la batalla; su protagonista imaginario, el granadero prusiano, proporcionó un punto sobre el que hacer girar la perspectiva del relato de la batalla —el granadero mira a su comandante, luego a la bandera, luego al rey, después a sus camaradas, finalmente al enemigo—. El resultado es una sucesión de escenas expresadas con una desorientadora inmediatez, como seguidas por una cámara portátil. Esta técnica nos parece trillada a nosotros, pero para los contemporáneos era nueva y llamativa. Transportaba al lector al escenario de la batalla de un modo que era nuevo para el público lector prusiano.

El impacto de este tipo de producción literaria patriótica fue más profundo de lo que se puede imaginar. *De la muerte por la Patria*, de Abbt, pronto agotó su primera edición y parece haber tenido un poderoso efecto movilizador sobre los lectores. Johann Georg Scheffner, un exvoluntario que sirvió en los años 1761-1763, recordaba más tarde que cuando era joven, él y sus amigos, en su ciudad natal de Königsberg, habían ido con copias del folleto de Abbt en los bolsillos al departamento de reclutamiento del ejército prusiano[77]. En una novela publicada más de un decenio después de la guerra, el publicista berlinés Friedrich Nicolai describe a la mujer de un pastor —la principal protagonista— que ha sido seducida por las retóricas palabras de Abbt y pide que su marido predique desde el púlpito el evangelio del sacrificio patriótico[78]. Las canciones del granadero de Gleim se agotaron en las ediciones individuales, y más tarde fueron reimpresas en antología.

Por primera vez se daba un interés generalizado en batallas específicas, y no solo entre los hombres de letras instruidos, sino también en las clases artesanas de las ciudades. El maestro panadero de Berlín, Johann Friedrich Heyde, es un caso notable: su diario entremezclaba notas sobre el precio del

centeno y otros cereales (asunto de interés vital para un maestro panadero) con, a menudo, detalladas descripciones de los movimientos del ejército prusiano y su despliegue en batallas clave. La implicación de Heyde en estos acontecimientos muchas veces lejanos es un testimonio no solo de la expansión del compromiso patriótico, sino también de la rápida popularización de los conocimientos militares. En el caso de Heyde existía, asimismo, una dimensión personal; como muchos súbditos prusianos, tenía hijos en el campo de batalla. La relación simbiótica entre las guarniciones prusianas y las localidades en las que estaban estacionadas y las profundas raíces que había establecido el sistema de cantones en las aldeas garantizaba una forma de implicación sentimental con la empresa militar prusiana que nunca se había visto con anterioridad en las tierras de los Hohenzollern[79].

En las provincias occidentales, asimismo, se dieron expresiones de apego sentimental hacia Prusia o, al menos, hacia su dinastía reinante. En Cleves y Mark, por ejemplo, hubo muchas personas que provocaron a las autoridades austríacas de ocupación mostrándose con ropa negra con ocasión de la muerte del hermano de Federico, Augusto Guillermo, heredero del trono prusiano, en 1758. En 1761 hubo informes periodísticos sobre la «*soirée* patriótica» en el día del santo del rey, pero los austríacos nunca tuvieron éxito en descubrir dónde se había celebrado. Tales manifestaciones de solidaridad hacia la dinastía quedaron limitadas a una élite formada por funcionarios, académicos y clero protestante, pero las imágenes y mensajes patrióticos se transmitieron asimismo a través de medios más populares. El ejemplo más notable es el de las famosas latas de tabaco fabricadas para un consumo masivo en Iserlohn (Cleves) durante la guerra. Estas cajas esmaltadas, decoradas con imágenes que representaban las victorias de los ejércitos prusianos y aliados, o bien retratos idealizados del rey Hohenzollern y de sus generales, eran enormemente populares, no solo en los territorios de los Hohenzollern, sino también en la Alemania noroccidental y en los Países Bajos protestantes. En Krefeld, productora de seda, las manufacturas producían gran cantidad de fajitas de seda que llevaban escrito «viva el rey» (*Vivatbänder*) con eslóganes y emblemas patrióticos[80]. El patriotismo era un buen negocio.

El patriotismo prusiano era un fenómeno complejo, polivalente que expresaba mucho más que un sincero amor por la patria. Reflejaba la estima contemporánea por los estados afectivos extremos —era esta, a fin de cuentas, una época sentimental, en la que la capacidad para una respuesta emocional empática se consideraba una señal de carácter superior—. Ligada a la ola patriótica estaba también la idea de que el amor por la patria constituía la base

de un nuevo tipo de comunidad política. Como afirmaba Thomas Abbt en su folleto sobre la muerte por la patria, el patriotismo era una fuerza que borraría las fronteras entre las diferentes clases de la sociedad. «Vista en perspectiva, la diferencia entre los campesinos, burgueses, soldados y nobles desaparece. Pues cada burgués es un soldado, cada soldado un burgués y cada noble un burgués y un soldado…»[81]. En este sentido, el patriotismo expresaba un anhelo por esa «sociedad universal de burgueses» que se convertiría en el ideal político de generaciones de liberales del siglo XIX. Existía también gran entusiasmo por la idea de que el lazo al que hacían honor los patriotas se basaba no en la coacción ni en la obligación, sino en una lealtad totalmente voluntaria. Leyendo los párrafos de Abbt, la mujer del pastor de la novela de Nicolai experimentaba el «éxtasis al pensar que incluso el súbdito de una monarquía no era una mera máquina, sino que más bien tenía su particular valor como persona, que el amor por la patria, por la nación podía ofrecer una forma de pensar grande y nueva…»[82].

En otras palabras, el patriotismo se hacía oír porque unía en sí mismo varias preocupaciones de la época. No todos los ingredientes de la mezcla eran positivos o emancipadores. El reverso de una elevada lealtad a la acosada política prusiana fue una burla intensificada o incluso un odio por sus enemigos. En particular los rusos (y en especial los cosacos) figuraban en la mayoría de los relatos patrióticos como bestiales, crueles, brutales, sedientos de sangre, malvados, etc. Esta estilización se debía hasta cierto punto al comportamiento real de las tropas ligeras cosacas, pero derivaba también de un viejo conjunto de estereotipos sobre los «asiáticos» y «bárbaros» rusos que resonaban en la cultura prusiana y alemana en los dos últimos siglos. A los franceses se los ridiculizaba por cobardes y fanfarrones que hablaban con petulancia pero que ponían pies en polvorosa cuando la cosa se ponía fea. Incluso los territorios alemanes que luchaban en alianza con Austria también recibían lo suyo. El himno de la victoria de Gleim, tras la batalla de Rossbach, incluye una larga lista de estrofas que satirizaban a los contingentes alemanes; describía (entre otros) a un soldado de caballería del Palatinado que estaba quejándose en el campo de batalla porque se había quemado un dedo; un soldado de Tréveris que se cae mientras está huyendo y confunde la sangre de su nariz con una herida de guerra; uno de Franconia que chilla como un gato atrapado; un soldado de Bruchsal que intenta evitar la captura poniéndose un bonete de mujer; otro de Paderborn que muere de puro miedo cuando ve a los prusianos, y muchos más[83].

Quizá la característica más notable de esta oleada patriótica de los años 1750 fue su fijación con Federico II. Para Abbt, se trataba sobre todo de la naturaleza humana del monarca —más que del orden político que representaba, del carácter de la patria— lo que determinaba el amor del patriota[84]. A lo largo de los años de guerra hubo toda una profusión de poemas, grabados, biografías, panfletos y libros que celebraban los logros del rey prusiano, «Federico el Grande», o, según otro epíteto muy utilizado, «Federico el Único». Las victorias de los ejércitos prusianos eran celebradas universalmente —lo que era bastante razonable— como victorias del rey. Los cumpleaños del rey —anteriormente, acontecimientos más bien melancólicos — eran la ocasión de celebraciones demostrativas durante las cuales se disparaban fusiles y se ponían varios recuerdos realistas. En muchas representaciones el rey aparecía como una figura sobresaliente, incluso sobrenatural, como en el pasaje ensoñado, casi cinemático, de la obra de Gleim *Oda a la Musa de la Guerra*, escrita después de la carnicería de Zorndorf:

> *De un torrente de sangre del negro asesino*
> *subí pisando con tímido pie una colina*
> *de cadáveres, miré alrededor de mí, lejos,*
> *por si quedaba alguien por matar, de pie,*
> *y miré, y busqué estirando el cuello*
> *a través de nubes como el carbón por el humo de la batalla,*
> *por el Ungido, fijos sobre él*
> *y el enviado de Dios, su guardia,*
> *mis ojos y pensamientos…*

La referencia a Federico como «el Ungido» (*Der Gesalbte*) es digna de mención —Federico I había sido ungido como parte de la ceremonia de su coronación, pero como no había habido otras coronaciones, el ritual no se había repetido para sus sucesores—. Aquí podemos discernir ecos amortiguados del exaltado concepto de monarquía inaugurado por el primer rey[85]. Además, Federico solía ser apostrofado con la forma familiar «*du*» [tú], uso que sugería una utópica intimidad con la persona del monarca al tiempo que se aludía a una asociación con el lenguaje de las plegarias y de la liturgia. En un verso compuesto para la ocasión del retorno de Federico de la Guerra de los Siete Años, la célebre poeta Anna Louise Karsch mezcló el panegírico con la intensidad privada de la plegaria, invocando la manera íntima de suplicar no menos de 25 veces en 44 líneas[86]. En otros contextos, el rey aparecía lastimero, sufriente, abnegado, cubierto el rostro de sudor y polvo, temblando por sus hombres, anegado en lágrimas por la matanza, un

hombre angustiado en busca de consuelo y protección. Este era uno de los temas centrales del folleto de Abbt: que el amor del súbdito por su rey surge no del temor de su poder, sino del deseo de defenderlo de la potencia abrumadora de sus enemigos.

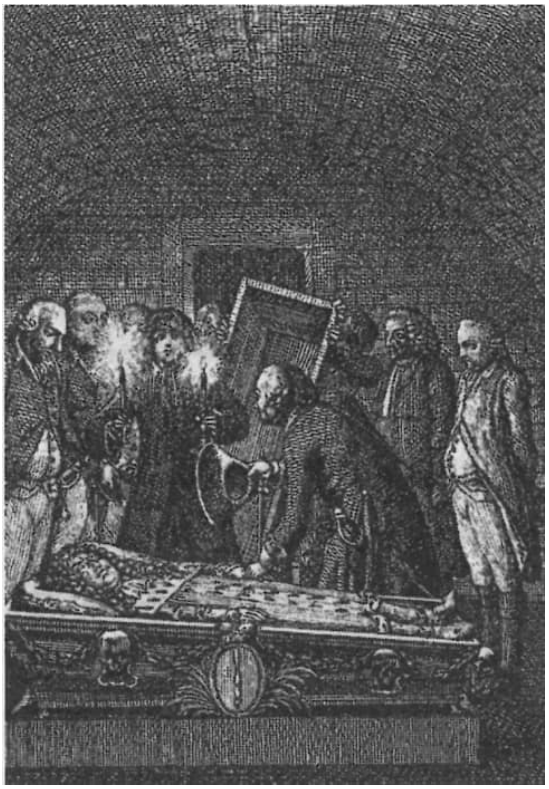
Aquí se daba una notable ironía, pues el rey, si bien sensible a la opinión pública en general y consciente de la necesidad de impresionar (especialmente cuando esto se dirigía hacia los potentados y enviados extranjeros), parece ser que consideró esta adulación muy desagradable. Por ejemplo, se negó a tomar parte de ninguna manera en las celebraciones organizadas por la ciudad de Berlín por su vuelta a la capital al final de la Guerra de los Siete Años. El 30 de marzo de 1763, una delegación de notables se reunieron en la Puerta de Fráncfort y los guardias de honor de burgueses montados y portadores de antorchas en librea formaron para acompañar a la carroza real al entrar de nuevo en la ciudad y de camino al palacio. Horrorizado por la perspectiva de este recibimiento, Federico aplazó su llegada hasta que oscureció, se zafó de quienes lo recibían y se metió, sin ser acompañado, en el palacio por un camino alternativo[87].

Esta épica manifestación de desconfianza estableció el tono para el resto de su reinado. Federico había estado gran parte del tiempo fuera de la corte de Berlín desde finales de los años 1740, pero en 1763 se retiró casi del todo de la capital, permaneciendo en el complejo residencial de Potsdam, transcurriendo los inviernos en el palacio urbano de Potsdam y los veranos en Sans Souci[88]. El rey se sentía satisfecho por el hecho de proyectar la majestad del estado por medio de edificios representativos, tales como el Neues Palais (que se construyó con grandes gastos tras la Guerra de los Siete Años, pero se reservó solo para eventos oficiales), pero se mostraba hostil ante los intentos de centrar la adulación sobre su propia persona[89]. Federico, por ejemplo, se negaba a posar para los retratos oficiales tras su acceso al trono. Cuando el renombrado grabador Daniel Chodowiecki creó una elaborada imagen en la que se mostraba al rey que volvía triunfante de la Guerra de los Siete Años, Federico la rechazó por demasiado teatral.

Con la excepción de monedas tales como el Friedrich-d'or y varios medallones en los que figuraba el rey coronado por los laureles de la victoria[90], la única imagen de él que Federico difundió deliberadamente fue un retrato de 1764 realizado por el pintor Johann Heinrich Christoph Franke. En esta pintura, el rey está representado como un viejo de labios hundidos, rostro caído y espalda encorvada. Se lo presenta en una pose informal, como si lo hubiesen captado sin darse cuenta, levantando su sombrero de tres picos

de marca y volviéndose a mirar al observador mientras pasa por una peana de piedra detrás de él. No se sabe si la pintura de Franke fue un encargo o no, pero, en todo caso, no fue pintada del natural. A Federico le gustó, y envió versiones en grabados como señal de su buena voluntad hacia sus súbditos favorecidos. Lo que le pareció bien de la pintura no se sabe. La modestia de la pose y la imprecisión de la ejecución pueden haberle atraído. Y también puede haber visto en el cansado anciano pintado por Franke una fiel reflexión de su propia imagen[91].

La concentración del interés en la persona de Federico demostró ser el más duradero legado de la oleada de patriotismo en Prusia. Desde 1786, cuando muere el rey, el culto federiciano volvió a la vida con redoblada intensidad. Se produjo una masiva proliferación de objetos que celebraban al rey fallecido, desde jarras labradas, latas de tabaco, cintas, bandas y calendarios, hasta collares, periódicos y libros[92]. Hubo una oleada de nuevas publicaciones que homenajeaban a Federico. De estas la más famosa y exitosa fue un compendio en dos volúmenes elaborado por Friedrich Nicolai, el editor más importante de la ilustración berlinesa. Nicolai era uno más de la gran mayoría de súbditos prusianos vivos a finales de los años 1780 que tenían la sensación de que Federico había estado siempre en el trono. Como observó Nicolai, su recopilación de la vida y hechos del rey estaba entremezclada con memorias de «los felices años de mi juventud y el florecimiento de mi madurez como hombre». Había sido un «testigo visual» del «indescriptible entusiasmo» que se había apoderado de sus propios súbditos durante la Guerra de los Siete Años, y el extraordinario esfuerzo que el rey había invertido en la reconstrucción de una Prusia devastada por la guerra desde 1763. La recopilación de anécdotas (que Nicolai tardó cuatro años en completar) era, así, un proyecto que conectaba las pasiones de una identidad privada con la labor pública de memoria patriótica. Contemplar al rey, afirmaba Nicolai, era «estudiar el verdadero carácter de la propia patria[93]».



21. Federico el Grande abre el sarcófago del Gran Elector *diciendo:«Messieurs, ¡este hombre hizo muchas cosas!». Grabado de 1789 de Daniel Chodowiecki. Durante el reinado de Federico la monarquía prusiana estuvo marcada por una intensa conciencia de su legado histórico.*

El de Nicolai era solo uno —aunque quizá el más autorizado— de los numerosos volúmenes de anécdotas. Las anécdotas se convirtieron en el más importante vehículo del recuerdo y de la mitologización del rey fallecido. En estos dispersos jirones de memoria, el rey aparecía cayéndose del caballo, respondiendo a las impertinencias con gracia indulgente, olvidando el nombre de alguien, predominando sobre la adversidad con verdadero ánimo**[94]**. A veces él es el héroe, pero la mayor parte de las anécdotas acentúan su presencia física, su mortalidad, su modestia, los adornos corrientes de un individuo extraordinario. Se nos hace el presente de un rey que merece nuestro respeto precisamente porque él se niega a adoptar aires reales.

Al ser compactas y fáciles de recordar, las anécdotas circulaban tan rápidamente, en la cultura oral y en la literaria, como sucede hoy con los chistes. Al igual que las revistas de celebridades de hoy en día, alimentaban un apetito de vistazos íntimos sobre las personalidades veneradas. Llenas de la humanidad del rey, aparecían desprovistas de la política. Su cualidad aparentemente casual ocultaba la artificialidad de la imagen que se ofrecía al consumo. Las anécdotas podían tomar también forma pictórica. El proveedor de las más elaboradas anécdotas visuales era el grabador berlinés Daniel Chodowiecki, que proveyó de ilustraciones a alguna recopilación de anécdotas, pero cuyas imágenes circulaban también de forma independiente.

Algunas de ellas representaban emocionantes momentos no preparados de la vida del rey, que creaban una enérgica tensión entre la modestia de su persona y la singularidad de su estatus. Como las anécdotas verbales, las imágenes de Chodowiecki eran lo bastante concisas para ser recordadas totalmente, y estaban suficientemente concentradas como para reproducirse en la mente del observador. La notable serie de pinturas históricas de Adolph Menzel, de mediados del siglo XIX, que estableció la imagen del rey para generaciones de prusianos modernos, conservó también la cualidad caleidoscópica de la tradición anecdótica, del mismo modo que hicieron los relatos cinemáticos de su vida producidos por los estudios cinematográficos de la República de Weimar y del Tercer Reich.

No todos se sintieron inundados por la oleada patriótica. Hubo mucho menos entusiasmo por la causa prusiana en las zonas católicas que en las protestantes en las provincias occidentales durante la Guerra de los Siete Años[95]. No sería descabellado pensar que el patriotismo prusiano fue un fenómeno, sobre todo, del corazón de las zonas protestantes (incluyendo la Prusia Oriental), en buena medida como era en Gran Bretaña a fines del siglo XVIII[96]. Podemos hablar aquí de un proceso según el cual los súbditos prusianos instruidos «se descubrieron» a sí mismos como miembros de un estado común. El prusianismo adquirió la «masa critica» requerida para sustentar una identidad colectiva estable[97]. En los últimos decenios del siglo, la expresión compuesta «Brandemburgo-Prusia» se escuchaba poco. Federico ya no era (hasta 1772) rey *en*, sino rey de Prusia[98]. Los contemporáneos hablaban de «las tierras prusianas» o simplemente de «Prusia» (aunque esta última denominación fue adoptada solo en 1807 como término colectivo para los territorios de los Hohenzollern).

Así, podemos hablar de un espesamiento de la lealtad colectiva en la Prusia de los últimos años del siglo XVIII. Era el rostro visible de una formación sedimentaria cuyos estratos más profundos recordaban las primeras fases de la movilización —la solidaridad confesional al comienzo de la época moderna, la ética del servicio, que era a un tiempo sumisión e igualdad, del pietismo, el recuerdo del trauma de la guerra y la invasión—. Con todo, había algo frágil en el férvido patriotismo de los prusianos. Mientras que los patriotas británicos, los franceses y los norteamericanos morían —en teoría por lo menos— por su país o por la nación, los discursos patrióticos prusianos se centraban sobre todo en la persona de Federico el Grande. Cuando Thomas Abbt hablaba de morir por la patria, es difícil zafarse de la impresión de que, en realidad, lo que quería decir era morir por el rey. Los muy estructurados

estereotipos de la autoidentificación nacional que vimos ir emergiendo en la cultura literaria e impresa de la Gran Bretaña de fines del siglo XVIII no tenían su contrapartida en Prusia. El patriotismo prusiano era intenso, pero más bien de miras estrechas. Con la muerte de «Federico el Único» el patriotismo prusiano adquirió un gusto de retrospección y nostalgia del que nunca se libraría.

La Polonia prusiana

A lo largo del último tercio del siglo XVIII, la Unión Polaco-Lituana, un país más vasto que Francia, desapareció del mapa político de Europa. En la primera partición de 1772, Prusia, Austria y Rusia se unieron para cortar y anexionarse grandes trozos del territorio polaco de la periferia occidental, meridional y oriental de la Unión. La segunda partición de Polonia, formalizada por el Tratado de San Petersburgo, en enero de 1793, vio cómo Prusia y Rusia se llevaban nuevos despojos, dejando a los polacos unos restos de territorio grotescamente reducidos que iban de la Galitzia septentrional hasta una estrecha porción de la costa báltica. En la tercera partición, dos años más tarde, las tres potencias se unían para engullir lo que quedaba de la antaño poderosa Unión.

Las raíces de esta cancelación sin precedentes de un grande y antiguo estado se basaban, en parte, en el deterioro de la situación de la Unión. La monarquía polaca era electiva, hecho que abría el sistema a crónicas manipulaciones internacionales cuando las potencias rivales competían para instalar a sus clientes en el trono. Las extravagancias de la constitución polaca paralizaban el sistema y obstruían los intentos de reforma y consolidación del estado. Especialmente problemático era el «*liberum veto*» [libre veto], según el cual cada miembro individual de la dieta polaca, o Sejm, tenía derecho a obstruir la voluntad de la mayoría, y el derecho de formar «confederaciones» —asociaciones armadas de nobles que unían sus propias dietas— para apoyar u oponerse a la corona. Recurrir a esta forma de «guerra civil legalizada» era particularmente común en el siglo XVIII, cuando importantes confederaciones se formaron en 1704, 1715, 1733, 1767, 1768, y 1792, más frecuentemente, en realidad, que las dietas de la propia Unión**[99]**.

La agitación interna de Polonia se veía exacerbada por la intervención de sus vecinos, y en particular de Rusia y Prusia. Los responsables de la política de San Petersburgo consideraban a Polonia un protectorado ruso y un saliente

hacia occidente desde el cual proyectar la influencia rusa sobre Europa central. Prusia tenía antiguos designios sobre el territorio polaco entre Prusia Oriental y Brandemburgo. Ninguno de los dos estados estaba interesado en que la Unión se reformase hasta el punto de recuperar su autonomía y la influencia de que había gozado antaño en los asuntos europeos. En 1764 Prusia y Rusia colaboraron en excluir al candidato sajón, Wettin, de la elección polaca e instalaron al cliente ruso Stanislaw-August Poniatowski en el trono de Varsovia. Cuando, para sorpresa de todos, Poniatowski resultó ser un reformador y patriota polaco, Prusia y Rusia intervinieron para frustrar sus planes. Sus intentos de unificar la zona aduanera polaca se encontraron con represalias prusianas. Entre tanto, los rusos intervinieron con fuerzas militares, extendiendo su red de patronazgo y apoyando a los contrarios a la reforma. En 1767, la Unión se había polarizado en dos campos armados enfrentados.

Fue en este contexto de cada vez mayor caos en Polonia cuando Federico II pergeñó su propuesta de la primera partición de Polonia en septiembre de 1768. La adquisición de un trozo de Polonia era uno de los sueños que Federico acariciaba desde hacía tiempo —ya había pensado sobre este tema en el Testamento Político de 1752: donde daba su famosa descripción de Polonia como una «alcachofa, dispuesta para ser consumida hoja a hoja»— y periódicamente volvió sobre ello en sus últimos años[100]. Especialmente interesante para él era la zona conocida como «Prusia Real», que había estado sometida a la autoridad de la corona polaca desde 1454. La Prusia Real era la mitad occidental del antiguo Principado de Prusia, cuyo nombre habían adoptado para sí mismos en 1701 el elector y rey de Brandemburgo. Una pequeña porción de la Prusia Real se hallaba ya bajo administración prusiana, gracias a un complejo sistema de arrendamientos que se remontaba a comienzos del siglo XVIII[101]. Sin embargo, sería exagerado considerar a Federico el único o el principal arquitecto de la partición[102]. Fueron los austríacos quienes dieron un primer pequeño mordisco a la tarta polaca, al invadir y ocupar en primer lugar Spisz, un archipiélago de enclaves polacos en el norte de Hungría y, luego, los territorios contiguos de Nowy Targy Nowy Sacz en 1769-1770. Y fue Rusia la que, con su cada vez más agresiva implicación en los asuntos polacos había hecho más para minar la autonomía y la paz de la Unión. Esto, a su vez, provocó legítimas preocupaciones por la expansión hacia occidente del poder ruso y alimentó el temor de que el desorden polaco arrastrase a las tres principales potencias regionales a un conflicto de mayor envergadura[103].

Al extenderse la agitación en el reino de Polonia en 1771, Rusia y Prusia acordaron una partición principio; y Austria se les unió al año en siguiente. La Convención de Partición del 5 de agosto de 1772 justificaba este acto de fría rapiña por medio de un preámbulo cómicamente cínico:

> ¡En Nombre de la Muy Santa Trinidad! El espíritu faccioso, los desórdenes por la guerra intestina que había sacudido el Reino de Polonia durante tantos años, y por la Anarquía que adquiere nuevas fuerzas cada día que pasa […] proporciona una base justa para esperar con aprehensión la total descomposición del estado[104].

La tajada más pequeña fue a parar a Prusia, que se hizo con el cinco por ciento del territorio de la Unión (los rusos se quedaron con el 12,7 por ciento y los austríacos con el 11,8 por ciento). Además de la propia Prusia Real, los prusianos se anexionaron dos territorios adyacentes, concretamente el distrito de Netze, un largo valle fluvial contiguo a la frontera meridional de Prusia Occidental, y el obispado de Ermland, hacia el este. Esta aglomeración regional cubría el territorio que todavía dividía la Prusia Oriental de las provincias centrales de la monarquía de los Hohenzollern; su adquisición poseía, pues, un inmenso valor estratégico. La zona tenía, además, una considerable importancia económica para la región, pues quien la controlase podía ejercer un completo dominio sobre las rutas comerciales polacas vía Danzig y Thorn (ambas siguieron siendo polacas), en el Báltico.

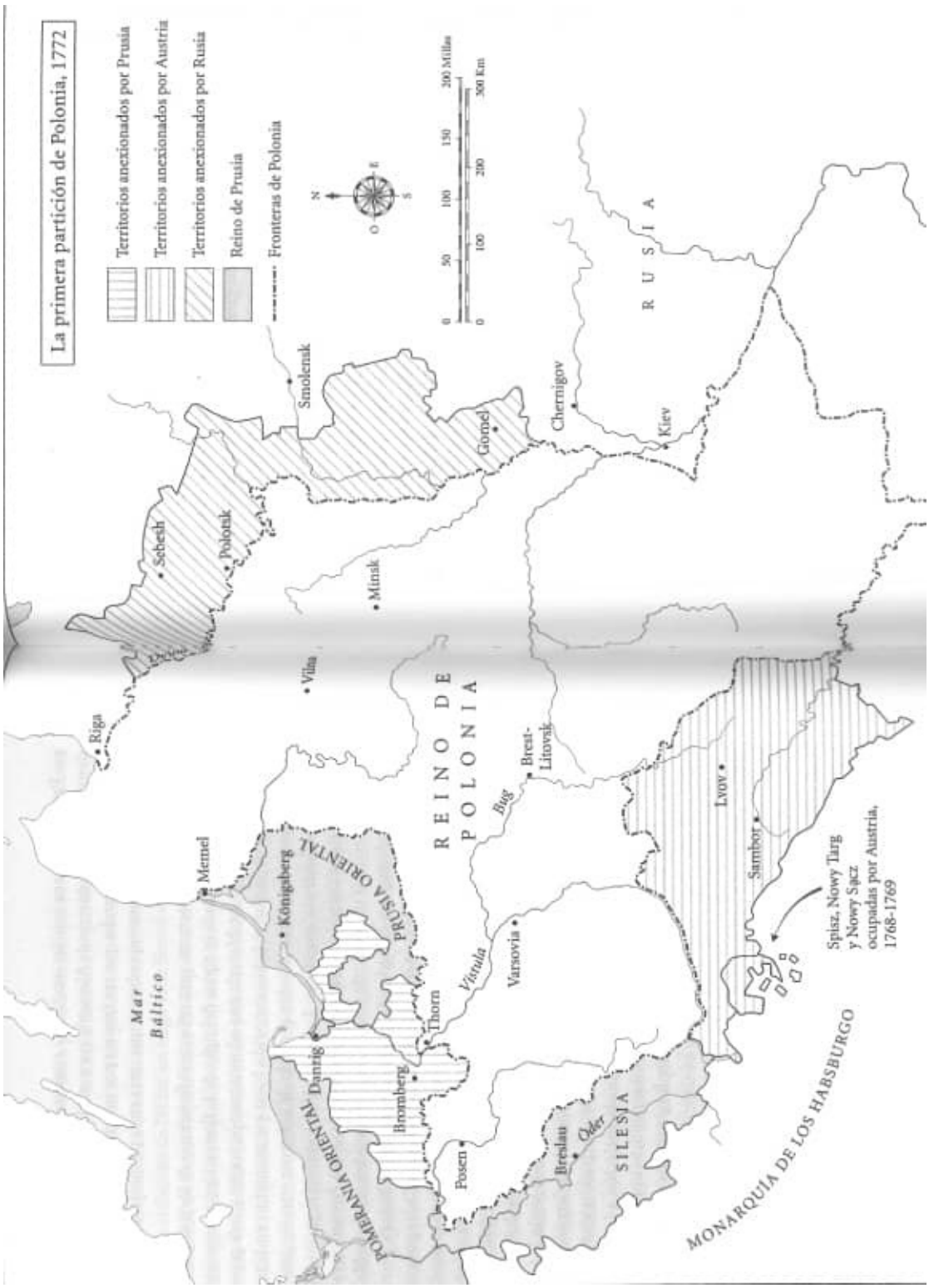
La justificación legal para la invasión de Silesia había sido bastante pobre; en el caso de la Prusia Real no había sido cuestión de ninguna auténtica base racional para la anexión más allá de los intereses de seguridad del estado prusiano. Los prusianos aportaron varias reclamaciones fantasiosas según líneas de acción fundamentadas en derechos de herencia de Brandemburgo sobre los territorios anexionados que habían sido usurpados en tiempos pretéritos por los Caballeros Teutónicos y la Unión polaca, y que, así, reclamaban simplemente una herencia perdida de antiguo[105]. Tales reclamaciones fueron solemnemente reiteradas en varios documentos oficiales, pero es difícil creer que alguien de la administración prusiana se las tomase en serio. Hay que destacar, asimismo, que Federico no utilizó —ni siquiera en comunicaciones internas— argumentos étnicos al presentar su reclamación sobre la Prusia Real. Esto puede parecer sorprendente retrospectivamente, ya que los territorios anexionados incluían extensas zonas de colonización predominantemente alemana (es decir, de protestantes germanohablantes). Los protestantes de habla alemana ascendían a los tres cuartos de la población urbana de la Prusia Real y del distrito de Netze juntos, y a un 54 por ciento de la población total. A fines del siglo XIX y en el XX, los

historiadores nacionalistas alemanes mencionan esta presencia étnica alemana en Prusia Real como fundamento de sus lícitas anexiones[106]. Sin embargo, esta es una visión profundamente anacrónica. La noción de que Brandemburgo-Prusia tenía una misión «nacional» consistente en unir a la nación alemana bajo el gobierno de Alemania era notablemente ajena al francófono Federico el Grande, que era famoso por su actitud despectiva hacia la cultura alemana contemporánea y que creía en la primacía del estado, no en la de la nación.

Mucho más importante, para reforzar el fariseísmo de los usurpadores fue una generalizada (y típica del siglo de la Ilustración) presunción de que su gobierno establecería una administración mejor y más próspera y eficaz de la que se había conocido hasta ese momento en la región. Las opiniones prusianas sobre el modo de gobernar eran, en general, extremadamente negativas. La proverbial expresión «*polnische Wirtschaft*» («gestión polaca») se usaba —y todavía se usa en ciertos casos— para describir un estado de cosas caótico o desordenado. La nobleza polaca (*szlachta*) era considerada, generalmente, derrochadora, perezosa y negligente en la conservación de la tierra. Las ciudades polacas eran denunciadas por ser dilapidadoras. El campesinado polaco se sumía en la mayor servidumbre y miseria bajo el yugo de una despótica *szlachta*. Así, el régimen prusiano significaría la abolición de la servidumbre personal y la liberación de la «esclavitud polaca[107]». Había, no hace falta decirlo, justificaciones tendenciosas e interesadas. La noción según la cual un historial de negligencia en cuanto a la protección de la tierra reduciría los derechos de propiedad, y que los actos de usurpación y anexión podían legitimarse por medio de una iluminada apelación a la idea de «mejora» era ya un lugar común en las culturas políticas imperialistas de Francia y Gran Bretaña, y fue muy útil para los prusianos en sus nuevas tierras polacas.

Federico bautizó a su nueva provincia «Prusia Occidental» y a lo largo de los últimos catorce años de su reinado intervino de forma más intensa en sus asuntos internos que en los de cualquier otra provincia de su reino. Era un reflejo de su escasa consideración por la administración local polaca el que adoptase un punto de vista relativamente centralizado, dejando a un lado a los órganos locales de gobierno tradicionales, e imponiendo una cohorte de funcionarios extranjeros traídos sobre todo de las burocracias de Berlín y de Prusia Oriental. De todos los comisarios de distrito nombrados para los cargos de Prusia Occidental tras la anexión, solo uno provenía de la provincia

misma; la mayoría de los restantes eran prusianos orientales. Se daba aquí un claro contraste con la gestión del asunto de Silesia treinta años antes.



En Silesia, asimismo, se realizó una importante reestructuración administrativa, pero se llevó a cabo un intento, donde fue posible, de

preservar la continuidad a nivel de las élites locales; el poder judicial, en particular, se sirvió casi totalmente de personal nativo silesiano[108]. El cargo de ministro provincial silesiano garantizaba asimismo a Silesia un lugar destacado en el sistema de gobierno cuasifederal de Berlín. El ministro provincial, una especie de virrey con amplios poderes, que informaba solamente al rey, se hallaba en una posición que le permitía resolver los conflictos de interés principales de un modo que tomaba en cuenta las especiales sensibilidades de la provincia. Por el contrario, no había ningún centro autorizado en la Prusia Occidental capaz de garantizar al menos un grado mínimo de autonomía. El más antiguo funcionario de Prusia Occidental desde 1772 fue el presidente de la Cámara Johann Friedrich Domhardt, aunque no ejercía control sobre la administración fiscal de la provincia, y el poder judicial y militar se despachaban directamente con Berlín[109].

A la Iglesia católica se la manejó con especial cautela. Durante las negociaciones preliminares de la primera partición, Federico había mostrado su preocupación por el hecho de que la noticia de una inminente anexión prusiana de las zonas exclusivamente católicas tales como el obispado de Ermland en la periferia oriental de la Prusia Real pudiese provocar agravio público. Desde 1772, como en Silesia treinta años antes, los prusianos tuvieron grandes dificultades para preservar la apariencia de una continuidad institucional católica en las zonas anexionadas. Así, pues, no hubo sin más expropiación de las propiedades episcopales. Por el contrario, las propiedades eclesiásticas se colocaron bajo el control de las administraciones de la cámara de Prusia Occidental y Oriental. De este modo, siguieron siendo propiedades de la iglesia en un sentido formal; pero gracias a los elevados impuestos y otros costes, solo un 38 por ciento de los ingresos totales de las posesiones volvía realmente a las arcas del clero[110]. El clero de Prusia Occidental estaba aún peor; parece ser que el Estado restituía solo alrededor de un quinto de los ingresos eclesiásticos estatales a la iglesia. Se puede hablar de un proceso de secularización a hurtadillas. Aquí, de nuevo, hubo contrastes con el acuerdo más bien generoso alcanzado con el clero de Silesia desde 1740.

La nobleza, principalmente polaca, de Prusia Occidental, en términos generales, no ofreció resistencia a la anexión prusiana. En ciertas zonas, como en el distrito de Netze, las familias terratenientes locales boicotearon las ceremonias de homenaje para el nuevo monarca, pero no se dieron prácticamente actos de total oposición[111]. Con todo, esto no fue suficiente para que los nobles polacos tomaran afecto por Federico, que habló de ellos con desprecio en numerosos documentos internos del gobierno. Se los gravó

con los máximos impuestos, mayores que a sus colegas protestantes (alemanes); se les prohibió reunirse en las dietas municipales; y no se les permitió formar una sociedad de crédito provincial[112]. Las políticas adoptadas por el rey en sus otros territorios para consolidar la propiedad nobiliaria de la tierra quedaron invertidas en la nueva provincia. Federico impulsó activamente que los nobles polacos vendiesen sus tierras y presionaron a las administraciones provinciales para que encontrasen compradores protestantes, fuesen de origen noble o no. El resultado fue que la cantidad de tierras nobiliarias en manos burguesas alcanzó en la Prusia Occidental casi el doble de la cifra media de las tierras de los Hohenzollern[113]. La razón de tales medidas, declaró Federico, era que los magnates polacos estaban sacando la riqueza del país drenando los ingresos de sus posesiones de la Prusia Occidental y gastándoselos en Varsovia. En junio de 1777 lanzó un ultimátum exigiendo que los terratenientes con propiedades en ambos lados de la frontera polaca residiesen en la Prusia Occidental o, en caso contrario, perderían sus posesiones allí.

Es difícil establecer con precisión el impacto de estas políticas. Con frecuencia, en las órdenes de Federico había más ladridos que mordiscos; parece ser que no se hizo mucho, por ejemplo, para ejecutar las medidas del ultimátum de 1777. La política antinobiliaria del rey se dirigía principalmente, en todo caso, a la pequeña élite de los verdaderos nobles magnates, como los Czapski, Potocki, Skorzowski, Prebendow y Dabski, que permanecieron apegados a la corte y escenario social de Varsovia; Federico era mucho menos hostil a la nobleza menor polaca de Prusia Occidental, y realmente tomó medidas para garantizar su conservación[114].

Prusia Occidental se convirtió en un foco de enérgica intervención administrativa: se asignó dinero para la mejora de las ciudades, en especial en Bromberg y Kulm; se drenaron las tierras pantanosas; se talaron los bosques para obtener nuevas tierras arables y pastos; se construyó un nuevo canal que unía al río Netze al Brahe, lo que permitió que pudiesen pasar barcos del Oder al Vístula. Federico se metió en innumerables cuestiones de detalle, ordenando, por ejemplo, que se plantasen árboles frutales, que se construyeran escuelas, que se introdujese la patata, se construyeron presas y se proporcionó semillas de trigo baratas a los campesinos[115]. El impacto del nuevo régimen sobre el campesinado, que formaba el grueso de la población de las zonas anexionadas, fue variado. La afirmación de que se los «liberaba» de su anterior «servidumbre polaca» era en gran parte propaganda, ya que los campesinos de la Prusia Real polaca gozaban ya de amplia libertad de

movimiento. Por otro lado, el establecimiento de órganos judiciales independientes en la administración de las tierras proporcionó a los campesinos una mayor protección legal contra los caprichos de los terratenientes[116]. Cuando se impuso el riguroso régimen fiscal del estado de Brandemburgo-Prusia, los impuestos aumentaron de forma natural para todos, como había ocurrido en Silesia, solo que ahora eran más transparentes y estaban distribuidos más igualitariamente. A mediados de los años 1770 la nueva provincia contribuye en un 10 por ciento a los ingresos del estado de Brandemburgo-Prusia, porcentaje que era plenamente proporcional a su tamaño y población. Así, la mayor parte de las inversiones de capital realizadas en la provincia pudieron llevarse a cabo sin tener que recurrir a rentas externas.

Es difícil establecer cómo fue el impacto de la anexión sobre la economía regional, al carecer de estadísticas fiables. El aumento de la población en el sector urbano fue muy lento; esto sugeriría que los fuertes impuestos se llevaron dinero de las inversiones locales. El esfuerzo para mantener un fondo de guerra importante significaba que una buena parte de la riqueza local se hallaba permanentemente fuera de circulación. La aprobación de tarifas en la frontera polaca causó inevitablemente una fuerte alteración, al bloquear las rutas comerciales norte-sur que tradicionalmente habían sido el sustento de las ciudades. Por otra parte, el sector agrario se benefició del auge debido a la apertura de los mercados reales de las haciendas y por el enorme apetito británico por el grano importado, estado de cosas que se reflejó en el rápido aumento del valor efectivo de las haciendas de los terratenientes.

El éxito de la administración real al ganarse la confianza y lealtad de los nuevos súbditos varió de una región a otra. Los protestantes étnicamente alemanes que formaban la mayoría de las ciudades fueron asimilados rápidamente por el nuevo sistema, pese a las lamentaciones y protestas del primer momento. Los sentimientos de los católicos fueron menos favorables, pese a la promesa, repetida, de Federico de que respetaría la libertad de culto de todos los católicos tal como estaban acostumbrados. En la nobleza polaca hubo, y con buenas razones, un sentimiento generalizado de desconfianza hacia los nuevos amos. «Desde que el soberano se convirtió en prusiano», anotaba un observador de las condiciones del distrito de Netze en 1793, «la nobleza polaca ya no era lo que había sido; en su carácter se introdujo un elemento de amargura y de desconfianza hacia los alemanes que durará mucho tiempo[117]». Con todo, dependía mucho de la ubicación concreta de una persona en la estructura social de la provincia: la nueva Escuela de

Cadetes de Kulm, por ejemplo, era popular para las familias de la pequeña nobleza polaca y, al empezar el siglo siguiente, encontramos ya apellidos dobles que al nombre polaco añaden los equivalentes alemanes —Rosenberg-Gruczyński, Hoike-Truszczyński, y así de seguido[118]—. Entre los campesinos kashubios y los terratenientes que trabajaban las pobres tierras arenosas del norte de la provincia, hay incluso alguna prueba indirecta —bajo forma de recopilaciones de anécdotas en lengua polaca— sobre la participación en el culto de moda de Federico el Grande.

Quizá la gente más completamente convencida de las promesas y propaganda del nuevo régimen fueran los propios administradores prusianos. Una y otra vez, en los documentos relativos a la administración de la Prusia Occidental, hallamos referencias a la necesidad de establecer la vida económica e institucional en «términos prusianos[119]». El término «prusiano» se considera un antónimo de los presuntos vicios polacos de servidumbre, desorden, laxitud. La idea de que la «prusianidad» implicaba ciertas virtudes abstractas adquirió un enfoque más agudo en el prolongado encuentro con súbditos de fuera del ámbito del Sacro Imperio Romano. Se ha observado con frecuencia que la experiencia de un gobierno colonial en la India y en otras partes dio lugar a una representación ritualizada de «britanidad» que halló su plena articulación solo como parte de un discurso de superioridad cultura y moral. En el mismo sentido, una percepción abrumadoramente negativa de las tradiciones nativas polacas mezclada con el optimista «mejorismo» de la Ilustración para ensalzar la confianza en los méritos distintivos del «modo de vida prusiano».

El rey y el Estado

¿Qué tipo de estado legó Federico II a sus sucesores? «El estado» fue uno de los temas centrales de los escritos políticos de Federico. Su padre Federico Guillermo I tendió a legitimar, como vimos en el capítulo 5, su política en términos de la necesidad de consolidar su «soberanía». Por el contrario, Federico insistió en la primacía del estado como estructura abstracta más bien separada de su propia persona. «He considerado que era mi deber», escribía en su Testamento Político de 1752, «trabajar por el bien del estado, y hacerlo en todos los campos[120]». «He dedicado mi vida al estado», le decía a su hermano Enrique en febrero de 1776. El estado representa, en un sentido subjetivo, una forma vicaria de la inmortalidad: mientras la muerte del rey

extinguiría su conciencia, haciendo que sus esperanzas para el futuro careciesen de significado, el estado perdurará. «Solo pienso en el estado», escribía Federico, «pues sé solo y demasiado bien que todo —incluso si el cielo se derrumbase sobre la tierra— será cuestión de absoluta indiferencia para mí desde el momento de mi muerte[121]». Teniendo en cuenta su conclusión lógica, la primacía del estado implicaba una relativización, una degradación del estatus del gobernante. En ningún otro lugar esto se expresa con mayor intención que en el Testamento Político de 1752, en el que Federico observaba que «el gobernante es el primer servidor del estado. Se le paga bien con el fin de que mantenga la dignidad de su cargo. Pero a cambio se le exige que trabaje eficazmente por el bienestar del estado[122]».

Esta idea no era nueva —la del soberano como «*premier domestique*» [primer servidor] del estado se encuentra en los escritos de Fénélon, Bossuet, y Bayle[123]—. Samuel Pufendorf, biógrafo del Gran elector y el más influyente de los estudiosos alemanes de Hobbes, definió al soberano en términos funcionales como garante del interés colectivo del estado. La misma línea argumental encontramos en los trabajos del exprofesor de filosofía en Halle, Christian Wolff, cuyos trabajos leyó Federico con admiración cuando era príncipe heredero. Wolff celebraba el ascendiente de un estado legal y burocrático abstracto con amplias responsabilidades en salud, educación, protección del trabajo y seguridad[124]. Pero ningún dinasta prusiano había considerado este concepto tan básico para la comprensión de su cargo de soberano. Lo que explica (o al menos racionaliza) su desagrado por el culto a la personalidad de Federico y su renuncia a los adornos convencionales de la realeza dinástica. Su insistencia en vestir un raído abrigo militar azul sucio por delante de largas rayas de rapé español, quería significar la subordinación del monarca al orden político y social que él representaba.

Federico personificaba tan plenamente la idea del estado, que importantes funcionarios acabaron viendo que servir al monarca y servir al estado era la misma cosa. En su mensaje inaugural de la nueva cámara en Glogau (Silesia), el presidente provincial, Ludwig Wilhelm, conde Von Münchow, declaraba que la meta más importante de la administración prusiana debía ser «servir los mejores intereses del rey y del país sin ningún otro motivo»; «ningún día —y, si era posible, ni siquiera una hora— debería pasar sin que hayamos hecho algún servicio al rey[125]». Así, el rey era más que un empleador; era un modelo cuyos valores y modo de vida eran internalizados por los funcionarios públicos importantes. Podemos hacernos una idea de lo que esto podía significar para un funcionario individual por el diario de servicio de Friedrich

Anton von Heinitz jefe del Departamento de Minas y Fundiciones del Directorio General. Heinitz no era prusiano, sino sajón, y había entrado al servicio de Federico en 1776 a los cincuenta y dos años de edad. En una anotación de su diario fechada en junio de 1782, Heinitz expresaba que se podría ver trabajo duro en pro de la causa pública como un acto de adoración divina. «El ejemplo puede ser el rey; ¿quién puede igualarlo? Es industrioso, coloca la obligación antes que la diversión, ve lo primero sus negocios […]. No hay otro monarca como él, ninguno tan abstemio, tan firme, ninguno que sea tan experto al repartir su tiempo[126]».

Asimismo, Federico proyectó la autoridad abstracta del estado a través de la arquitectura. En ningún sitio se realizó esta idea de forma más elocuente que en el conjunto de edificios públicos que bordeaban el Forum Fridericianum (hoy es la Bebelplatz) al comienzo de Unter den Linden, en el centro de Berlín. Uno de los primeros actos de Federico como rey fue ordenar al arquitecto de corte Georg Wenceslaus von Knobelsdorff la construcción de una ópera en el lado este de la plaza. El resultado fue un teatro, uno de los más grandes de Europa, con capacidad para 2000 personas. Flanqueando la ópera por el sur estaba la catedral de Santa Eduvigis, construida en honor de los súbditos católicos del rey, un notable monumento a la tolerancia interconfesional en el corazón de una ciudad luterana. Para meter el mensaje a fondo, el pórtico de la iglesia se realizó sobre el sincrético panteón de la antigua Roma. En los años 1770 se abrió una nueva y amplia biblioteca real en el lado oeste de la plaza.

Sin duda, había elementos de la tradicional autorrepresentación monárquica en tales proyectos. Pero el Forum era también una articulación altamente consciente de las metas culturales del estado[127]. Los planes y el alzado de nuevos edificios y de la plaza como conjunto circularon ampliamente; fueron objeto de discusiones a veces muy controvertidas en los periódicos y salones berlineses. Tanto la ópera como la biblioteca, tras haber sido completadas, se abrieron para el público en general[128]. Quizá, la característica más relevante de todo el conjunto era la ausencia de un palacio real. En origen Federico había pensado en incluir uno, pero perdió interés por la idea tras la Segunda Guerra de Silesia. La ópera fue, así, el primer edificio en su género al norte de los Alpes que no se hallaba físicamente unido a un palacio real. También la biblioteca era una estructura aislada, lo que era muy poco frecuente en la época. En otras palabras, el Forum fue una *Residenzplatz* sin *Residenz* (palacio), y los visitantes se dieron cuenta de que se daba un contraste con prácticamente todas las plazas europeas[129]. En la arquitectura,

como en la persona del rey, la representación del estado prusiano no iba pareja con la de la dinastía prusiana.

Si el estado iba a quedar apartado de la necesidad de una constante intervención dictatorial por parte del soberano, necesitaba disponer de un tejido jurídico coherente; aquí también Federico practicó lo que predicaba, racionalizando el sistema de corte y estableciendo que los principales juristas del día se pusiesen a trabajar en la tarea de construir un código de leyes general para las tierras prusianas. Aunque inacabado a causa de su muerte, el Código de Derecho General prusiano (1794) servirá posteriormente como una especie de constitución del Reino de Prusia[130]. En su labor de reconstrucción posbélica de Prusia, Federico fue un servidor concienzudo del interés general; las aldeas devastadas durante la guerra fueron reconstruidas según el principio que luego se incluirá en el Código General, de que el estado está obligado a «compensar» a aquellos que fueron «obligados a sacrificar sus derechos y ventajas especiales por el bienestar de la generalidad[131]». Por la misma razón, como hemos visto, Federico aceptó que el estado tuviese obligaciones hacia los huérfanos e inválidos de guerra, y se hicieron extensivos cuidados institucionales para estos grupos durante su reinado.

La doctrina de la primacía del estado estructuró asimismo la actitud de Federico en el contexto internacional. En primer lugar, una honrada y caballerosa actitud respecto a los tratados y otras obligaciones semejantes, pues estos podían, en cualquier momento, ser dejados a un lado si ya no servían a los intereses del estado. Federico aplicó en la práctica esta idea cuando abandonó la coalición de Nymphenburg en 1742 y 1745, dejando a sus aliados en la estacada al acordar una paz separada con los austriacos. También se puso en marcha durante la invasión de Silesia, que produjo agujeros en el orden legal internacional del Sacro Imperio Romano. Pero esto no preocupó a Federico quien, a diferencia de su padre, sentía desprecio por el imperio. Su manera de gobernar, observó en el Testamento Político de 1752, era «estrafalaria y anticuada[132]». Desde la perspectiva de Federico (y de la de Pufendorf y muchos otros críticos alemanes del Reich en el siglo XVIII), el Sacro Imperio Romano, con sus jurisdicciones que se solapaban y sus múltiples estratos de soberanía que se interpenetraban, representaba la antítesis del principio del estado. Existían también amargos recuerdos de 1718 y 1725, cuando delegaciones de nobles de la provincia de Magdeburgo habían conseguido ganar una apelación contra el nuevo impuesto prusiano ante el tribunal imperial de Viena. Uno de los pasos importantes por medio del cual Federico consolidó la autonomía constitucional de su reino fue el acuerdo de

1746, por el que el emperador de los Habsburgo renunciaba formalmente a la jurisdicción imperial sobre los territorios de Prusia. Federico podía dar instrucciones a Samuel von Cocceji, brillante jurista que ya había servido a su padre, de que redactase un código de leyes general basado «solamente en la razón y en las prácticas legales de los territorios [prusianos]». Era un momento importante, pues señalaba el comienzo del fin del viejo sistema imperial. La lucha entre Prusia y Austria significaba, en este sentido, un conflicto entre el «principio del estado», basado en la primacía del estado sobre todas las autoridades internas y supraterritoriales, y «el principio imperial» de autoridad difusa y soberanía mixta que había sido un elemento definitorio del Sacro Imperio Romano desde la Edad Media.

De todos modos, pese a la sinceridad del compromiso de Federico con la autoridad abstracta del estado, había algunas discrepancias evidentes entre la teoría y la práctica. Aunque Federico, en principio, era consciente de la inviolabilidad de las leyes y de los reglamentos internos ya promulgados, estuvo preparado, cuando lo consideró necesario, para pasar por encima de las autoridades judiciales del reino. El ejemplo más famoso de esta intervención unilateral fue el «Asunto del Molinero Arnold» de 1779-1780. Un molinero llamado Christian Arnold se había negado a pagar el arrendamiento a su señor, conde Schmettau, porque el comisario local del distrito, barón Von Gersdorff, había construido un vivero para carpas que había cortado la corriente de un arroyo que llegaba a su molino de grano privándole así de su medio de vida. Condenado a ser desahuciado por el tribunal local, Arnold y su mujer buscaron la ayuda del propio rey. Pese a una irritada orden ministerial por parte del rey para que el juicio contra Arnold fuese suspendido, el Departamento de Justicia de Küstrin confirmó el veredicto original. Furioso por lo que consideraba una manipulación por parte de la oligarquía provincial, Federico ordenó que el caso fuese trasladado al Tribunal de la Cámara de Berlín. Cuando, a su vez, el Tribunal de la Cámara confirmó el veredicto contra Arnold, Federico ordenó que tres de los jueces responsables fuesen detenidos y encerrados en una fortaleza durante un año. El vivero de carpas del comisario fue demolido, y restablecido el curso de agua al caz de molino de Arnold, y sus costes y pérdidas fueron cubiertos. El caso escandalizó a la administración superior, pero causó también sensación pública. En una orden ministerial publicada en periódicos y gacetas en todo el reino, el rey justificaba su acción, declarando que su intención era garantizar que «cada hombre, ya sea de alta o baja condición, rico o pobre» recibiese una «justicia rápida» gracias a unas «leyes imparciales». Resumiendo, se justificaba así una

grave violación del procedimiento legal de acuerdo con un principio ético más elevado[133].

Asimismo, el concepto de estado de Federico era menos incluyente en un sentido territorial que el de su padre. Le preocupó mucho menos la integración de los territorios periféricos. Muchas de las normas económicas mercantilistas aplicadas al núcleo central de Brandemburgo no se extendieron a las provincias occidentales, cuyos productos eran tratados desde el punto de vista de las tasas como mercancías extranjeras. Los intentos del gobierno de integrar a Prusia Oriental en la economía cerealista de todo el reino a través del sistema de almacenamiento se redujeron durante el reinado de Federico. El sistema de cantones no fue extendido a las provincias occidentales. Los tres regimientos de la ciudad de Wesel, anotaba en 1768, carece de cantones, «porque la población de estas provincias no sirve para el servicio militar; es blanda y débil, y cuando el hombre de Cleves es llevado lejos de su casa, sufre de nostalgia, como los suizos[134]». Se realizaron escasos intentos de integrar a los pequeños principados periféricos de Neuenburg-Neuchatel, un cantón francohablante de Suiza adquirido por unión personal por Federico I en 1707; el gobernador prusiano estuvo ausente durante largos períodos del reinado de Federico el Grande, por lo que la influencia de Berlín fue escasa[135].

Federico atribuyó una clara prioridad a las provincias centrales del reino. En un pasaje revelador del Testamento Político de 1768, declaraba incluso que solo Brandemburgo, Magdeburgo, Halberstadt y Silesia «constituían el cuerpo real del estado». Esto era así, en parte, por un asunto de lógica militar. Lo que diferenciaba a los territorios centrales era el hecho de que «podían defenderse por sí mismos, mientras toda Europa no se una contra su soberano[136]». En cambio, la Prusia Oriental y las posesiones occidentales podían ser abandonadas en cuanto comenzasen las hostilidades. Quizá esto ayude a explicar por qué Federico suspendió el transcendental programa de reconstrucción de Prusia Oriental iniciado por su padre[137]. También el comportamiento de sus súbditos bajo la ocupación extranjera durante la Guerra de los Siete Años parece haberle decidido a hacer una pausa. Se mostraba particularmente ofendido por el hecho de que los estados de Prusia Oriental hubiesen hecho un juramento de lealtad a su némesis la zarina Isabel en 1758. A partir de 1763 Federico, el incansable inspector de su reino, no hizo una sola visita a Prusia Oriental. Ordenó, simplemente, a los presidentes de las cámaras prusianas orientales que lo informasen en Potsdam o que acudiesen a sus cuarteles durante las maniobras anuales en Prusia

Occidental[138]. Lo que reflejaba una significativa degradación de la importancia de esta provincia, que había sido algo así como un fetiche para Federico Guillermo I y para su abuelo el Gran Elector.

Si los leemos literalmente, los comentarios de Federico sobre el estado parecen implicar, a veces, que las funciones del soberano habían sido absorbidas parcialmente por las estructuras colectivas impersonales de una administración que trabajaba de acuerdo con normas y reglamentos transparentes. Sin embargo, difícilmente la realidad podría haber sido más diferente, pues la gobernanza de Prusia durante el reinado de Federico fue realmente un intenso asunto personal, en ciertos aspectos el proceso político estuvo aún más concentrado en la persona del rey de lo que lo había estado con su padre Federico Guillermo I. Su padre había creado un sistema colegiado de gobierno ministerial en el que el monarca hacía caso con frecuencia de las recomendaciones de un poderoso consejo de ministros. Pero este sistema cayó en desuso tras la subida de Federico al trono. Los contactos personales con sus ministros se hicieron cada vez menos frecuentes desde 1763, al verse duplicadas sus funciones y en parte desplazadas por la utilización creciente por el rey de los secretarios del gabinete asignados directamente a su persona.

Así, el proceso político acabó centrándose cada vez más en torno a un pequeño equipo de secretarios que controlaban el acceso al rey, supervisaban su correspondencia, lo mantenían al día sobre lo que ocurría y lo aconsejaban sobre los temas de política. Mientras los secretarios viajaban con el monarca, los ministros, por lo general, permanecían en Berlín. Y si los ministros solían ser grandes de la aristocracia, como Karl Abraham Freiherr von Zedlitz (el ministro encargado de los asuntos educativos), los secretarios, en su mayor parte, eran plebeyos. Un ejemplo característico fue el solitario pero enormemente influyente August Friedrich Eichel, hijo de un sargento prusiano del ejército, que solía comenzar a trabajar a las cuatro de la mañana. Bajo Federico Guillermo I la responsabilidad y la influencia estuvo ligada a la función del individuo dentro del sistema administrativo; con Federico, por el contrario, el determinante decisivo del poder y de la influencia fue la proximidad respecto al soberano.

Paradójicamente, tal concentración de poder y responsabilidad en el rey dio la vuelta al ímpetu centralizador de las reformas introducido por Federico Guillermo I. Al comunicarse directamente con los funcionarios de las cámaras de las provincias, Federico destruyó la autoridad del Directorio General, cuya meta era actuar de autoridad supervisora controlando los varios

funcionariados provinciales. En numerosas ocasiones, Federico llegó incluso a emanar órdenes a las cámaras provinciales sin informar a la administración central, incrementando de este modo la autoridad de las administraciones provinciales, reduciendo el poder del centro y liberando los recursos de la estructura estatal territorial[139].

Federico no vio razón alguna para dudar de la eficacia de este sistema tan personalizado. Como señaló en su Testamento Político de 1752, se hacía necesario «en un estado como este, que el príncipe llevase él mismo los asuntos porque si es hábil debe perseguir meramente el interés del estado, mientras que un ministro persigue siempre ulteriores motivos que atañen a sus propios intereses…»[140]. En otras palabras, los intereses del estado y los del monarca eran simplemente idénticos de un modo que no se aplicaba a ninguna otra persona viva. La dificultad de este arreglo descansaba en la cláusula condicional «si es hábil». El sistema federiciano funcionaba bien con el infatigable y perspicaz Federico al timón, aplicando su rápido y capaz intelecto, por no mencionar su valentía y decisión, para los problemas que le llegaban a su mesa. Pero ¿qué ocurriría si el rey no fuese un estadista genial? ¿O si le resultaba difícil resolver los dilemas? ¿Qué sucedería si fuese dubitativo y excesivamente prudente? O, resumiendo, ¿qué pasaría si era un hombre normal? Con un monarca como este en el puesto de conductor, ¿cómo funcionaría el sistema en caso de estar bajo presión? Federico, debemos recordarlo, fue el último de una extraña serie de gobernantes Hohenzollern anormalmente dotados. Ya no se verían individuos iguales a ellos en la historia de la dinastía de los Hohenzollern. Careciendo de la disciplina y de la presencia de una personalidad poderosa en el centro, existía el peligro de que el sistema federiciano se subdividiese en facciones enfrentadas, si los ministros y secretarios ministeriales llegasen a competir por el control de sus parcialmente coincidentes jurisdicciones.

8
¡ATRÉVETE A SABER!

Conversación

La Ilustración prusiana giraba alrededor de la conversación. Alrededor del diálogo crítico, respetuoso, abierto entre sujetos libres y autónomos. La conversación era importante porque permitía agudizar y refinar el juicio. En un famoso ensayo sobre la naturaleza de la Ilustración, Immanuel Kant, el filósofo de Königsberg, afirmaba que:

> La ilustración es la liberación del hombre de su culpable incapacidad. La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía de otro. Esta incapacidad es culpable porque su causa no reside en la falta de inteligencia sino de decisión y valor […]. ¡Atrévete a saber! [*Sapere aude*!]. ¡Ten el valor de servirte de tu propia razón! He aquí el lema de la ilustración[1].

Si se lee aisladamente, este pasaje hace que la Ilustración parezca un asunto solitario, encapsulado en la lucha de una conciencia individual por hallar un sentido al mundo. Pero en un punto posterior del mismo ensayo, Kant observa que este proceso de autoliberación a través de la razón posee una imparable dinámica social.

> Pero ya es más fácil que el público se ilustre por sí mismo y hasta, si se le deja en libertad, casi inevitable. Porque siempre se encontrarán algunos que piensen por propia cuenta, hasta entre los establecidos tutores del gran montón, quienes, después de haber arrojado de sí el yugo de la tutela difundirán el espíritu de una estimación racional del propio valer de cada hombre y de su vocación a pensar por sí mismo[2].

En la infiltración en la sociedad de este espíritu de independencia crítica y segura, la conversación jugaba un papel indispensable. Esta florecía en los clubs y sociedades que proliferaban en las tierras de Prusia —y de manera más amplia en los estados alemanes— en la segunda mitad del siglo XVIII. Los estatutos de las «sociedades alemanas», una empresa supra-territorial cuya red incluía una sociedad fundada en Königsberg en 1741, definía explícitamente las condiciones formales para una conversación fructífera entre sus miembros. Durante la discusión que siguió a las lecturas o conferencias, los miembros debían evitar comentarios arbitrarios o apresurados. Las críticas debían realizarse de manera estructurada según el estilo, método y contenido de la conferencia. Debían emplear, en palabras de Kant, «el cauto lenguaje de la razón». Las digresiones e interrupciones estaban estrictamente prohibidas. A todos los miembros se les garantizaba en última instancia el derecho a decir lo que desearan, aunque debían esperar su turno y hacer sus comentarios lo más concisos posible. Las observaciones satíricas o burlescas o los juegos de palabras insinuantes se consideraban inaceptables[3].

Hallamos la misma preocupación por la urbanidad entre los masones, cuyo movimiento había crecido hasta abarcar entre 250 y 300 logias alemanas, con 1 518 000 miembros a finales del siglo XVIII. Aquí también se conminaba a la gente para que evitasen hablar de manera desmedida, frívola o con comentarios vulgares y la discusión de tópicos (tales como los religiosos) que pudiesen provocar tensiones y discordias entre los hermanos[4]. Todo esto puede sonar ridículamente remilgado desde una perspectiva actual, pero la finalidad de estas reglas y normas era bastante seria. Estaban pensadas para que cualquier asunto que se discutiese no fuese algo individual, sino que las pasiones de las relaciones personales y de la política local se dejasen a un lado cuando los miembros se reunían. El arte del debate político público era algo que todavía no se había aprendido; estos estatutos eran el anteproyecto de una nueva tecnología de la comunicación.

La urbanidad era importante, asimismo, pues ayudaba a suprimir las asimetrías del estatus social que, en caso contrario, amenazaba con obstaculizar la discusión. La masonería no fue, como ha afirmado un historiador del movimiento, una «organización de la emergente clase media alemana[5]». Atrajo a una élite mixta que incluía a miembros de la nobleza y plebeyos instruidos o propietarios casi en la misma medida. Aunque algunas logias alemanas comenzaron su actividad abriendo sus puertas a unos o a otros de estos dos grupos, la mayoría de ellas pronto se fundieron. En una sociedad mixta de este tipo, la observancia de reglas de afiliación

transparentes e igualitarias era esencial si no se quería que las diferencias de estatus estropeasen el debate desde un principio.

La conversación que impulsó a la Ilustración prusiana tuvo lugar también en la imprenta. Uno de los aspectos distintivos de los escritos periódicos de esta época era su carácter discursivo, dialogante. Muchos de los artículos publicados en el *Mensual de Berlín (Berlinische Monatsschrift)*, por ejemplo, que era el más notable órgano de prensa de la última Ilustración alemana, eran de hecho cartas al editor de parte del público. Los lectores eran invitados a participar también en extensas reseñas de publicaciones recientes, y a veces incluso se daban largas respuestas por parte de los autores que querían ajustarles las cuentas a sus comentaristas. Ocasionalmente, el periódico podía pedir opiniones sobre un asunto específico —este fue el caso, por ejemplo, de la famosa discusión sobre el tema «¿Qué es la Ilustración?», que comenzaba con una pregunta planteada por el teólogo Johann Friedrich Zöllner en las páginas del *Mensual de Berlín* en diciembre de 1783[6]—. No existía un personal fijo de periodistas, y la mayoría de los artículos de cada número no los pedía directamente el periódico. Como los directores Gedike y Biester dejaron claro en el prólogo de la primera edición, dependían de los intereses de los miembros del público para «enriquecer el periódico con colaboraciones no solicitadas[7]». El *Mensual de Berlín* era, pues, sobre todo, un foro impreso que operaba según el mismo esquema de las redes de asociaciones de las ciudades y otras localidades. No se concebía como forraje para un conjunto esencialmente pasivo de consumidores culturales. Su meta era proporcionar al público los medios para que reflexionase sobre sí y sus principales preocupaciones.

La resonancia del *Mensual de Berlín* y de otros periódicos como este se vio muy aumentada por la proliferación, en el norte de Alemania, de sociedades de lectura[8]. La finalidad de tales grupos era obtener dinero para la adquisición de suscripciones y libros en una sociedad en la que las bibliotecas públicas eran todavía algo desconocido. En algunos casos se trataba de reuniones informales sin sede permanente en las que se congregaban en la casa de uno de los miembros más acomodados. Otros eran círculos de lectura especializados en la difusión de periódicos específicos. En ciertas ciudades, libreros locales gestionaban un servicio de biblioteca que permitía a los lectores poder acceder temporalmente a publicaciones sin pagar el precio completo. Las asociaciones de este tipo se multiplicaron con una notable rapidez en los últimos decenios del siglo XVIII. Si hacia 1780 había solo unas 50, en los siguientes diez años su número aumentó hasta

aproximadamente 200. Cada vez más tenderán a reunirse en locales alquilados o comprados para su propio uso, que proporcionaban un ambiente apropiado para la discusión y el debate. Los estatutos garantizaban que cada miembro se uniese a las reuniones en igualdad de condiciones y que se observasen los imperativos de educación y respeto mutuo. Los juegos de sociedad y de mesa estaban prohibidos. En conjunto, las sociedades de lectura alemanas abarcaban a unos 15 000-20 000 miembros.

La librería era otro de los lugares importantes para la sociabilidad de la Ilustración. La habitación principal de la librería de Johann Jakob Kanter, en Königsberg, fundada en 1764, era un espacio amplio, atractivo y brillante que servía como «bolsa intelectual» de la ciudad. Era un *café littéraire* [café literario] en el que hombres y mujeres Jóvenes y viejos, profesores y estudiantes podían hojear catálogos, leer periódicos y comprar, encargar o tomar prestados libros. (Dado que Kant poseía solo 450 libros cuando murió en 1804, es probable que, como otros intelectuales de la ciudad, tomase prestados muchos libros de Kanter). Aquí, asimismo, se esperaba que los patrocinadores cultivasen un tono respetuoso y cortés en su trato entre ellos. Kanter no solo vendía libros, también publicaba un catálogo con compendios de publicaciones (que tenía 488 páginas en 1771), un periódico bisemanal y varios folletos políticos —incluido un mordaz ensayo en el que el joven filósofo de Königsberg, Johann Georg Hamann atacaba a Federico el Grande[9].

Más allá de las sociedades de lectura, las logias y las asociaciones patrióticas existía una red de otro tipo de reuniones: las agrupaciones literarias y filosóficas y los grupos de intelectuales especializados en ciencias naturales, medicina o lenguas. Había también más círculos informales, tales como el grupo de escritores y poetas aspirantes en torno a la Escuela de Cadetes de Berlín Maestro Karl Wilhelm Ramler, cuyos íntimos asociados incluían al editor Friedrich Nicolai, al dramaturgo Gotthold Ephraim Lessing, al poeta patriota Johann Wilhelm Ludwig Gleim, al estudioso de la Biblia Moses Mendelssohn, al jurista Johann Georg Sulzer y a otras muchas figuras conspicuas de la Ilustración berlinesa. Ramler pertenecía al menos a una de las muchas logias masónicas de Berlín, y era miembro de varios clubs; y era además un poeta de pleno derecho —aunque sus versos eran de tercera fila—. Lo que a los contemporáneos les gustaba de él eran sobre todo sus dotes para la amistad y su sociabilidad viva y cortés. Tras su muerte en abril de 1798, un obituario recordaba a Ramler, que murió soltero, que había vivido «solo para su arte y sus amigos, a quienes quería de verdad sin hacer demostración de

ello. Tuvo muchos [amigos] en todos los momentos de su vida, en especial entre los intelectuales y los hombres de negocios[10]».

Otra figura análoga fue el activista patriota Johann Wilhelm Ludwig Gleim. Este también estaba soltero, manifestaba aspiraciones literarias y utilizó su situación financieramente segura de funcionario eclesiástico en la ciudad de Halberstadt para patrocinar un círculo de jóvenes aspirantes a escritor y poeta. Al igual que Ramler, Gleim mantuvo una extensa correspondencia con muchas de las lumbreras de las letras prusianas contemporáneas. La conversación sociable que la Ilustración introdujo en Prusia no se apoyaba solo en estatutos y suscripciones; sino que debió gran parte de su intensidad e inclusividad a hombres como Ramler y Gleim para quienes el cultivo sin egoísmo de un amplio círculo de amigos era la labor de una vida. Escritores, poetas, redactores, clubes, miembros de la sociedad y de las logias, lectores y suscriptores, todos ellos eran los «que practicaban la vida social», cuyo compromiso con las grandes cuestiones del día, literarias, científicas y políticas ayudaba a crear una esfera pública viva y variada en tierras prusianas[11].

Sería un error considerar a esta esfera pública emergente como una masa de burgueses apolíticos y supinamente pasivos, o bien una inquieta fuerza de oposición y de rebelión latente. Una de las cosas más notables respecto a las redes sociales que sustentaban a la Ilustración prusiana era su proximidad, y parcial identidad con el estado. Esto se debía en parte a la tradición intelectual fuera de la cual había crecido la Ilustración prusiana. Los nexos con el cameralismo, la «ciencia» de la administración del estado establecida en las universidades prusianas durante el reinado de Federico III/I, consolidada ulteriormente bajo Federico Guillermo I, se fueron cortando solo gradualmente. Luego estaba también la localización social de la *intelligentsia* prusiana. Mientras hombres independientes o escritores *free-lance* jugaron un importante papel en las letras francesas contemporáneas, el grupo dominante en la Ilustración prusiana era el de los funcionarios estatales. Un estudio del *Mensual de Berlín* ha mostrado que de todos los colaboradores del periódico, a lo largo de los trece años de existencia (1783-1796), el 15 por ciento eran nobles, el 27 por ciento eran profesores y maestros de escuela, el 20 por ciento eran altos funcionarios, el 17 por ciento eran clérigos y un 3,3 por ciento, oficiales del ejército. En otras palabras, más de la mitad de los colaboradores eran pagados por el estado[12].

Un notable ejemplo de la convergencia entre el estado y elementos de la sociedad civil fue el Club del Miércoles de Berlín, una «sociedad privada de

amigos del saber» que se reunieron regularmente durante los años 1783 a 1797 (prácticamente, los mismos años en que existió el *Mensual de Berlín*). Los miembros de este grupo, que en un primer momento se compuso de doce y luego de 24 participantes, incluían funcionarios superiores tales como el ministro de estado Johann Friedrich, conde Von Struensee, y los funcionarios jurídicos Carl Gottlieb Svarez y Ernst Klein; entre otros miembros, estaba Johann Biester, que era director del *Mensual de Berlín* y secretario del Club del Miércoles, y el editor y a veces activista patriótico Friedrich Nicolai. El viejo amigo de Nicolai, Moses Mendelssohn, que entonces era ya un renombrado intelectual y filósofo judío, era un miembro honorario. Las reuniones se llevaban a cabo en la casa de uno del grupo. Si bien las discusiones se centraban a veces en lugares comunes científicos de interés general, la mayoría de las reuniones se ocupaban de temas políticos contemporáneos. Muchas veces los debates eran acalorados, pero se hacían esfuerzos para conservar las formas de una discusión civilizada, en especial respeto mutuo y reciprocidad, imparcialidad y un compromiso para evitar las opiniones y las generalizaciones vacuas a favor de interpretaciones basadas en hechos. La preparación de una reunión comenzaba con la circulación previa de un tratado sobre algún asunto de la administración del gobierno, las finanzas o las leyes. Esto era la base del debate. Los comentarios podían ser dados por escrito. Los ensayos que había debatido la sociedad aparecían a veces, más tarde, en el *Mensual de Berlín*.

No es fácil imaginar una mejor ilustración del carácter fundamentalmente familiar de la cultura literaria de la Ilustración. El Club del Miércoles no podría ser descrito como una institución de la «esfera pública», ya que sus reuniones estaban rodeadas del más estricto secreto —una medida fundamental, dado que varias personas de los grupos eran ministros en activo —. Con todo, esto demuestra el tipo de sinergias que se iban haciendo posibles entre las redes informales de la sociedad civil y el estado en los últimos años del reinado de Federico II.

• • •

Era fácil, para los intelectuales, escritores y pensadores progresistas ver al estado como un socio en el proyecto ilustrado, pues el propio soberano era un renombrado campeón de sus valores. La sugerencia de Kant respecto a que las frases «edad de la Ilustración» y «edad de Federico» eran sinónimas no era un

tópico bondadoso[13]. De todos los monarcas de la Europa del siglo XVIII, Federico se acercaba a la personificación de los valores y visiones de la Ilustración. Entró a formar parte de una logia masónica en 1738, cuando era todavía príncipe heredero. Fue, como hemos visto, un escéptico en cuestiones religiosas y un exponente de la tolerancia religiosa. Cuando en junio de 1740 se le preguntó si se le permitiría a un súbdito católico gozar de los derechos cívicos en la ciudad de Fráncfort del Oder, contestó que «toda religión es tan buena como cualquier otra, mientras el pueblo que la practica sea honrado, e incluso si los turcos y los paganos viniesen y quisiesen poblar el país, pues entonces construiríamos mezquitas y templos para ellos[14]». El rey reunió a su alrededor a algunas de las más importantes figuras de la Ilustración francesa. Voltaire en particular, con quien Federico mantuvo conversaciones largas e intermitentemente malhumoradas, fue durante muchos años la principal estrella literaria de la Ilustración y su estrecha asociación con el rey prusiano fue famosa en todo el continente. Los escritos del propio Federico fueron elaborados a imitación del brillante pero frío y despegado tono de los maestros franceses contemporáneos. Luego estaban los primeros actos soberanos por medio de los que Federico reveló su disposición a llevar a la práctica ideas y convicciones. Al acceder al trono ordenó que el periódico *Die berlinischen Nachrichten* ya no estuviese sometido a censura, y que el filósofo racionalista Christian Wolff, que había sido expulsado de la Universidad de Halle por los pietistas en los años 1720, fuese readmitido en el acto[15]. Más notable fue su decisión, en contra del consejo del principal jurista prusiano de la época, Samuel von Cocceji, de suspender el uso de la tortura judicial en sus tierras. La tortura se usaba todavía ampliamente en los sistemas jurídicos europeos para obtener confesiones de los sospechosos. En 1745 el *Universallexikon* de Zedler, una de las enciclopedias canónicas de la Ilustración alemana, defendía el uso de la tortura como instrumento de la investigación, y su práctica se conservaba en la *Theresiana*, el gran códice de leyes austríaco publicado en 1768[16].

Pero el 3 de junio de 1740, solo tres días después de la muerte de su padre, Federico ordenaba que ya no se emplease más la tortura, excepto en el pequeño número de casos extremos que se refería a delitos contra el rey o el país, o en ejemplos de asesinato múltiple en los que se necesitaba un interrogatorio duro para descubrir la identidad de cómplices desconocidos. En una ulterior orden de 1754 extendió estas medidas de interdicción a una prohibición general, sobre la base de que la tortura era no solo «cruel» (*grausam*), sino también poco fiable como medio de conocer la verdad, ya

que existía siempre el peligro de que los sospechosos se acusasen a sí mismos con el fin de evitar nuevas torturas[17]. Una medida tan radical dejó a muchos jueces y funcionarios judiciales quejosos de que entonces no habría medios para extraer confesiones —la reina de las pruebas en todo el sistema legal del Antiguo Régimen— de un delincuente recalcitrante. Hubo de improvisarse, pues, una nueva doctrina para cubrir los casos en los que se daba una gran abundancia de pruebas, pero sin confesión.

Asimismo, Federico redujo el número de delitos punibles con la muerte y llevó a cabo un pequeño pero significativo cambio en los preparativos de la ejecución por la rueda: esta cruel práctica implicaba fracturar el cuerpo del reo en el cadalso por medio de golpes con una rueda de carro y expresaba una comprensión característica de comienzos de la modernidad respecto a la ejecución como ritual semirreligioso centrado en el tormento del malhechor en la preparación de su partida a la otra vida. Federico ordenó que en futuras ejecuciones de este tipo, el delincuente debía ser estrangulado por el verdugo fuera de la vista del gentío *antes* de que se le aplicase la rueda. Su intención era conservar el efecto disuasorio del castigo mientras se suprimía causar un sufrimiento innecesario[18]. Aquí, como en el caso de la tortura, a una valoración racional de la utilidad de la práctica se unía una aversión propia de la Ilustración por los actos de crueldad (pues, si se suprime la dimensión religiosa de los tormentos aplicados al delincuente, no queda más que la crueldad). Este logro no debería ser minimizado —en 1766 todavía era posible en Francia que a un joven acusado de blasfemia y de profanación de los altares de los caminos se le cortase la mano derecha y se le arrancase la lengua antes de ser quemado atado a un poste[19].

Federico, incluso, llegó a dar refugio en Berlín al spinozista radical Johann Christian Edelmann. Edelmann era autor de varios folletos en los que discutía, entre otras cosas, que solo un deísmo purgado de toda idolatría podía redimir y unir a la humanidad, que no había necesidad de la institución del sacramento del matrimonio, que la libertad sexual era legítima, y que Cristo era un hombre como otro cualquiera. Edelmann había sido expulsado de algunos de los más tolerantes estados de las tierras alemanas por la hostilidad de las instituciones luteranas y calvinistas. Durante una breve visita de Edelmann a Berlín en 1747, los cleros calvinista y luterano locales lo atacaron acusándolo de ser un sectario peligroso y ofensivo. E incluso atrajo la atención hostil de Federico por su oposición de principio al absolutismo real y sus observaciones despectivas (impresas) sobre el elogio de Voltaire para celebrar la entronización del rey. Aun así se le permitió residir en Berlín —

aunque sus trabajos estaban siendo condenados furiosamente a lo largo y ancho de los territorios alemanes— con la condición de que dejase de publicar. En mayo de 1750, mientras Edelmann pasaba su tiempo en Berlín (bajo un falso nombre para protegerlo de las represalias de los fanáticos cristianos), se llevó a cabo una quema masiva de sus libros en la ciudad de Fráncfort del Meno, bajo los auspicios de la Comisión Imperial del Libro. Mientras toda la magistratura y el gobierno municipal estaba presente y 70 guardias mantenían atrás al gentío, unas 1000 copias de los libros de Edelmann fueron lanzados a una torre llameante de madera de abedul. El contraste en tono y política con Berlín difícilmente podía ser más conspicuo. Federico no hizo objeciones al escepticismo religioso de Edelmann, a su deísmo o a su libertinaje moral. La capital prusiana, observaba este con sus característicos y ambiguos sarcasmos, ya contenía a muchísimos locos y, sin duda, podía acomodar a uno más[20].

Así, Federico era —a diferencia de su colega francés Luis XVI— un socio plausible en el proyecto de llevar la Ilustración a las tierras prusianas. En realidad, para muchos de la élite literaria y política la legítima exigencia *personal* del monarca a la Ilustración confería un único significado a la relación entre la sociedad civil y el estado en Prusia. Vimos en el capítulo 7 cómo la reputación personal del rey impregnaba los discursos políticos en Prusia durante y después de la Guerra de los Siete Años. Por esas fechas, los publicistas patriotas afirmaban que el afecto por el rey podía transformar a meros súbditos en participantes activos de la vida pública de la patria.

En su muy notable ensayo de 1784, Immanuel Kant afirmaba que la convergencia de autoridad e Ilustración en la misma persona soberana transformó totalmente la relación entre libertades políticas y civiles, ya que, allí donde el monarca era ilustrado, su poder constituía una ventaja más que una amenaza para los intereses de la sociedad civil. El resultado, afirmaba, era una paradoja: bajo un soberano realmente ilustrado las constricciones moderadas sobre el grado de libertad política podían crear, realmente, «un espacio en el que el pueblo podía expandir plenamente su poder». La famosa fórmula que Kant puso en boca de Federico, es decir, «Discute lo que quieras sobre lo que quieras, pero ¡obedece!» no se presentaba como el eslogan de un déspota. Más bien encapsulaba el potencial autotransformador de una monarquía ilustrada. En un estado así, las razones y las críticas públicas —resumiendo, una conversación entre la sociedad civil y el estado— garantizaban que los valores y los objetivos del propio estado acabarían

fundiéndose armoniosamente con los del pueblo, de modo que el deber de obediencia dejaba de ser una carga para el súbdito.

> Por una vez […] la inclinación y el compromiso hacia el pensamiento libre ha germinado y ha echado raíces, esto ejerce su influencia gradualmente sobre el punto de vista del pueblo (reforzando firmemente su libertad de acción) y, en última instancia, sobre los principios del propio gobierno[21]…

Esta visión de una transmisión política virtuosa, en la que las ideas de los ilustrados conspicuos primero harían fermentar la masa de la sociedad civil antes de comunicarse ellos mismos con los órganos de gobierno, no se alejaba demasiado de la realidad. En Prusia, el gobierno era, en general, era mucho más consultivo de lo que estamos acostumbrados a creer. De forma virtual, todas las iniciativas legislativas importantes eran resultado de extensas negociaciones o discusiones con los intereses locales. A veces esto se llevaba a cabo por medio de los estados, como en el caso de las prolongadas consultas sobre las restricciones a la venta de bienes raíces propiedad de la nobleza, a veces a través de funcionarios locales de las ciudades o de distrito que consultaban ellos mismos con una gran variedad de vecinos, y a veces a través de redes informales de expertos, tales como juristas, por ejemplo, u hombres de negocios. Ninguno de estos estaba especialmente «ilustrado»; era una parte esencial, aunque poco subrayada, del acopio de opiniones e información que hacía posible el gobierno. Lo que cambió a finales del siglo XVIII fue el surgimiento de una red de activistas ilustrados que reclamaban ser fideicomisarios del interés público, y también socios y críticos del poder del soberano[22]. Esta fue una exigencia que el gobierno acabó aceptando ampliamente. En 1784, cuando Federico II se embarcó en una reforma legal completa que culminaría en un código legal nuevo y total para las tierras prusianas, optó por someter los primeros borradores del nuevo código al juicio de la opinión pública. Inicialmente, esto significó un círculo bastante estrecho de eminentes juristas y abogados constitucionales, así como varios «hombres de sabiduría práctica». Pero más tarde la red se amplió mucho a través de la institución de una competición pública de ensayos, una técnica que el gobierno copió de la más antigua generación de sociedades patriótico-benéficas voluntarias[23]. Este importante paso reveló una sorprendente confianza en la virtud de la competición intelectual y puso de manifiesto el reconocimiento tácito del rey de que la opinión pública era ya, como dijo más tarde uno de sus funcionarios superiores, «un poderoso tribunal» que juzgaba cada acto del gobierno[24].

Puede que no haya habido libertad de prensa en Prusia —en el sentido de un derecho legal generalizado de expresión pública de las opiniones— pero la censura era lo suficientemente suave para permitir un debate político vivo y robusto, tanto en escritos como en la palabra. El escritor de viajes escocés John Moore, que visitó Berlín en 1775, reunió luego sus impresiones de la capital de Prusia:

> Nada me sorprendió tanto, cuando llegué por primera vez a Berlín, como la libertad con la que hablaba mucha gente sobre las medidas del gobierno, y de la conducta del Rey. He oído asuntos políticos, y otros que podría pensar que son aún más delicados, que se discuten aquí con tan poca ceremonia como en un café londinense. La misma libertad se constata en las librerías, donde se venden abiertamente producciones literarias de todo tipo. El panfleto recientemente publicado sobre la división de Polonia, donde al Rey se lo trata muy duramente, se puede tener sin dificultad, lo mismo que otras realizaciones, que atacan a algunos de los más conspicuos personajes con toda la agresividad de la sátira[25].

La ilustración judía en Prusia

En los años 1770, la comunidad judía de Berlín era la más rica y más aculturada de los estados alemanes. Su núcleo estaba formado por una élite de contratistas militares, banqueros, comerciantes y manufactureros. Las casas de las familias más ricas estaban ubicadas en las zonas más elegantes de la ciudad —Berlín era la única corte de los territorios alemanes en la que los residentes judíos no estaban confinados en un gueto—. En 1762 el banquero Daniel Itzig compró un pequeño palacio en la Burgstrasse, justo a la orilla del río Spree, y lo convirtió en una elegante residencia de dos alas. Aquí reunió magníficas colecciones de tesoros artísticos, que incluían el *Ganímedes* de Rubens, trabajos de Terborch, Watteau, Joseph Roos y Antoine Pesne, y una «gran vista con muchas figuras de Canaletto[26]». Cerca, en la esquina de la Poststrasse con Mühlendamm, estaba el palacio de tres pisos del joyero y acuñador de la corte Veitel Heine Ephraim. Diseñado por el maestro constructor Friedrich Wilhelm Diterichs, y decorado en estilo rococó con columnas, pilares y elegantes balcones con barandillas doradas, el Ephraimpalast es todavía hoy un punto importante en el Berlín actual.

Itzig y Ephraim, como otros muchos miembros de la élite financiera judía, eran individuos que habían hecho su fortuna gracias a la colaboración con el estado prusiano. Ambos eran miembros de la sociedad de los negocios en que había confiado Federico II al gestionar el aprovisionamiento de moneda a Prusia durante la Guerra de los Siete Años. Cuando estalló la guerra en 1756 el rey decidió financiar sus campañas por medio de una inflación monetaria.

Prusia carecía de plata suficiente para ser tenida en cuenta, por lo que debía importar todos los lingotes para fabricar moneda —negocio que tradicionalmente había estado en manos de agentes judíos—. Reduciendo la proporción de plata en las acuñaciones prusianas, podría extraer una «carga de acuñación» bajo forma de la plata no utilizada. Federico siempre había hecho uso más intensivo de los empresarios financieros judíos que sus predecesores y obligó a un consorcio de banqueros y comerciantes en lingotes judíos —incluidos Ephraim e Itzig— a aceptar la responsabilidad de acuñar monedas devaluadas. Las ganancias generadas por esta empresa —que alcanzaba aproximadamente los 29 millones de táleros— contribuyeron de forma significativa a los costes de guerra del rey[27]. Al final de las hostilidades los directivos judíos de la casa de la moneda, junto a otro grupo de hombres de negocios judíos especializados en proporcionar provisiones de guerra, estaban entre los hombres más ricos de Prusia.

Estos eran los más destacados miembros de la minoría judía de Prusia, pero no eran realmente típicos. La vida de los judíos en Prusia era un caso de contrastes. Mientras que una pequeña minoría gozaba de grandes riquezas y privilegios legales, la mayoría se sentía abrumada por onerosas restricciones. En 1730 Federico Guillermo I promulgó una Regulación General de los Judíos que restringió el comercio judío, prohibió que los judíos ejerciesen las actividades controladas por los gremios o vendiesen mercancías puerta a puerta en las ciudades, y les prohibió adquirir casas. La tendencia hacia una más estrecha regulación continuó durante el reinado de Federico II. El elaborado Código General Revisado de 1750 dividía a los judíos de Prusia en seis clases separadas. En la parte alta estaba una exigua minoría de judíos «generalmente privilegiados» que podían comprar casas y tierras y operar en el comercio en igualdad de condiciones que sus colegas cristianos. En casos especiales, a los miembros de esta clase se les garantizaban incluso derechos de ciudadanía hereditarios. Los «judíos protegidos privilegiados» de la siguiente clase, sin embargo, no podían elegir el lugar de residencia y podían pasar su estatus a uno solo de sus hijos. La tercera clase de «judíos protegidos no privilegiados» comprendía a quienes practicaba profesiones específicas —ópticos, grabadores, pintores, médicos— considerados suficientemente útiles para justificar permisos de residencia condicionales. La cuarta clase incluía empleados de la comunidad, tales como rabinos, chantres y matarifes *kosher*, y carecían de derechos hereditarios. La quinta clase era la de los «judíos tolerados», que gozaban del patronazgo de un judío de las primeras tres clases, así como los hijos que no heredaban de los judíos de la segunda y

tercera clases. La sexta clase, la última de todas, abarcaba a los empleados privados de las empresas y hogares judíos; en esta clase, los permisos de residencia dependían de contratos de empleo.

En el caso de los judíos, el famoso iluminismo del rey se reducía a una razón puramente instrumental. Federico estaba decidido a utilizarlos como generadores de ingresos y, para ello, estaba preparado para otorgarles libertades extremadamente amplias al más útil de sus súbditos judíos. En realidad, presionó a los judíos hacia esos sectores de la economía en los que las aventuras empresariales eran más necesarias —el comercio de lingotes, fundiciones de hierro, operaciones comerciales transfronterizas en las regiones periféricas, y varios sectores manufactureros—. Impuso además impuestos y tasas especiales a los súbditos judíos y les exigió que comprasen figurillas excedentes de las Manufacturas Reales de Porcelanas —este producto, aceptado con desgana en los años 1770, se convirtió en la herencia preferida de las generaciones posteriores.

Por debajo de las medidas utilitarias superficiales del estado se daban tensiones sociales y una notable veta de prejuicios. Una parte de la presión para la adopción de normas estatales provino de las oligarquías corporativas cristianas de las ciudades prusianas, que acribillaron a las administraciones central y provinciales con inacabables quejas y peticiones contra las actividades comerciales de los judíos[28]. En Prusia los judíos, como en otros territorios alemanes, se vieron sometidos al fuego cruzado entre el estado y las comunidades locales. Al tratar de establecer nuevos residentes judíos o de proteger sus empresas, el estado sufrió las resistencias conjuntas de los gremios y tenderos de las ciudades que temían la competencia judía y se mostraban hostiles a las innovaciones económicas de las que eran pioneros los recién llegados. Aquí, como en otras esferas de actividad, las autoridades hubieron de pisar una cuidadosa línea establecida entre la opinión popular y los grandes intereses del estado.

Todo esto no quiere decir que el rey estuviese libre de prejuicios. Por el contrario, Federico era casi tan hostil hacia los judíos como lo había sido su padre —que los describía como «langostas[29]»—. En su Testamento Poético de 1752 los acusaba de ser la más peligrosa de todas las sectas, afirmando que perjudicaban el comercio cristiano, y opinando, algo hipócritamente, que el estado no debería utilizar sus servicios. Tales puntos de vista fueron reiterados en su Testamento Político de 1768, a pesar de la estrecha y productiva colaboración de los años de guerra[30]. Consecuentemente, las regulaciones respecto de los judíos llevaban una carga discriminatoria

simbólica. Los judíos eran gravados por una «tasa del cuerpo» que solía imponerse al ganado; se veían obligados a entrar o salir de la capital por una de las dos puertas. A diferencia de cualquier otro grupo minoritario de Prusia, podían ser castigados sobre la base de la responsabilidad colectiva. Una orden ministerial de 1747 determinaba que el más anciano de cada comunidad judía era responsable de cualquier robo en el que se viese involucrado uno de sus miembros; lo mismo se aplicaba a las pérdidas causadas por bancarrotas y multas impuestas por aceptar u ocultar mercancías robadas[31].

Aunque los ricos empresarios judíos habían tendido a dominar el registro histórico, la gran mayoría de los judíos de las tierras prusianas eran individuos muy modestos. El comercio a gran escala realizado por Ephraim e Itzig era dominio de una exigua élite. El pequeño comerciante judío o *Hausierer* que trabajaba yendo de casa en casa era un personaje mucho más frecuente y familiar. Aquellos judíos que no poseían cartas de protección que les facultaban para comerciar abriendo una tienda o un puesto se veían constreñidos al comercio itinerante de bienes de segunda mano. El porcentaje de judíos prusianos en esta situación aumentó rápidamente cuando las sucesivas restricciones al comercio de comienzos y mediados del siglo XVIII empujaron a muchos comerciantes anteriormente prósperos hacia sectores marginales de la economía[32]. Sus filas se vieron incrementadas continuamente por la inmigración ilegal de judíos provenientes de Polonia, muchos de los cuales eran pobres y obligados a vivir de formas muy marginales de empleo itinerante. Los intentos de cerrar las fronteras orientales a estos refugiados económicos fracasaron al no tener un efecto apreciable. Las repetidas ordenanzas contra los «judíos mendigos», promulgadas en 1780, 1785, 1788 y 1791, indican que esta inmigración, agravada sin duda por las particiones de Polonia, permaneció sin control al final de siglo[33]. Los agentes misioneros pietistas que trabajaban para el Institutum Judaicum de Halle, de 1730 en adelante, era frecuente que encontraran cuadrillas de «judíos pobres de viaje» que no podían pagar el impuesto de puerta y se reunían delante de las murallas, comerciando con pequeños artículos fáciles de transportar, tales como libros de plegarias o calendarios[34].

Hacia mediados del siglo XVIII se estaba produciendo un proceso de cambio cultural entre los judíos de Prusia y que acabaría transformando el judaísmo. La Ilustración judía, o Haskalá (del hebreo *le-haskil*, ilustrar, aclarar con ayuda del intelecto) arraigó en primer lugar en Berlín. Uno de sus primeros y más emblemáticos exponentes fue el filósofo Moses Mendelssohn, que vivió y trabajó en la ciudad desde 1743 hasta su muerte en 1786.

Mendelssohn provenía de una humilde familia de la ciudad sajona de Dessau. Su padre luchó para sustentar a su familia trabajando de *Schulklopfer*, llamador de la sinagoga, cuya tarea era la de instruir a los hijos jóvenes en la Tora, e ir de casa en casa animando a la congregación a la plegaria por las mañanas. A los seis años Moses comenzó a estudiar con el rabino David Frankel, distinguido intelectual del Talmud y sus comentarios. Cuando Frankel se trasladó a Berlín para ocupar el puesto de rabino jefe en 1743, su alumno, entonces de catorce años, lo siguió. Mendelssohn, que no tenía un céntimo, habría sido rechazado a la entrada de la puerta de Rosenthal, si su mentor no le hubiese encontrado un sitio en el hogar de uno de los «judíos protegidos» de Berlín. Fue el comienzo de una brillante carrera. Una serie de publicaciones pronto dio reputación a Mendelssohn como comentarista de temas extraídos de Platón, Spinoza, Locke, Leibniz, Shaftesbury, Pope y Wolff. Mendelssohn escribía en un alemán vivo y elegante, pero también mantuvo una corriente de publicaciones en hebreo. Lanzó el primero de todos los periódicos hebreos, *Kohelet Musar (El moralista)*, en 1755. A imitación de los «semanarios morales» de la Inglaterra de comienzos del siglo XVIII, *Kohelet Musar* tenía como meta difundir las ideas de la Ilustración en el estrato instruido de la Judería. En 1784 Mendelssohn se incorporó al debate sobre el significado de «ilustración» en las páginas del *Mensual de Berlín*. Aquí afirmó que la Ilustración denotaba no un estado de cosas, sino un proceso de maduración en el que los individuos aprendían gradualmente a aplicar su «razón» a los problemas que se les planteaban.

Era una voz totalmente nueva y diferente. Aquí estaba un intelectual judío que, mientras seguía mostrando su apego a la tradición judía, llegaba a unos lectores mixtos judíos y cristianos, hablando de la razón, del sentimiento y de la belleza en una lengua cautivadora y antidogmática. Al usar el hebreo para *Kohelet Musar*, Mendelssohn sacó el lenguaje sagrado de la sinagoga al aire libre para una esfera de público ilustrado. Para algunos de sus lectores judíos, se dio un mareante sentido de desplazamiento y liberación. Jóvenes judíos de todas las tierras prusianas y de más allá vinieron a reunirse en su casa, donde se mantenían vivos debates sobre asuntos de la Ilustración. Fue aquí donde comenzó a tomar forma una Ilustración específicamente judía. Las luminarias de esta primera Haskalá berlinesa —Naphtali Herz Wessely, Herz Homberg, Solomon Maimon, Isaac Euchel y otros— se formaron todos en este ambiente apasionante. En 1778 David Friedlander, discípulo de Mendelssohn e hijo de un banquero de Königsberg, se unió a Isaac Daniel Itzig (hijo de Daniel) para fundar la Escuela Libre Judía de Berlín —Mendelssohn tuvo algo que ver en

la preparación del programa de estudios—. En los primeros años 1780, Mendelssohn había erigido una red literaria genuinamente prusiana; una lista de los 515 suscriptores de su traducción alemana del Pentateuco (1781-1783) incluye nombres de todo el reino, con una concentración mayor en Breslau, Königsberg y Berlín[35].

22. Moses Mendelssohn es examinado en la Puerta de Berlín, en Potsdam, *grabado de Johann Michael Siegfried Löwe basado en una pintura de Daniel Chodowiecki, Physiognomischer Almanach (Berlín, 1792).*

También para los lectores cristianos ilustrados, Mendelssohn fue objeto de fascinación, un moderno sabio judío, un «Sócrates alemán», un hombre que simbolizaba el fermento y el potencial de la Ilustración. Más que cualquier otro individuo, ejemplificaba el tipo de judío sabio que proliferaba en la ficción y el drama alemán en la segunda mitad del siglo XVIII[36]. El eminente dramaturgo Gotthold Ephraim Lessing, amigo íntimo y colaborador suyo, erigió un monumento literario a su amigo en *Nathan el Sabio* (1779), una obra cuyo héroe era un bondadoso y virtuoso comerciante judío. Mendelssohn se convirtió en un icono cultural, un talismán para conjurar la oscuridad de la intolerancia y el prejuicio. Su casa se convirtió en un lugar donde paraban quienes visitaban Berlín con pretensiones literarias[37].

Hay muchos retratos de Mendelssohn de la época, pero uno de ellos, el más memorable, es un grabado basado en un dibujo de Daniel Chodowiecki, que lo muestra presentando papeles para la inspección en la Puerta de Berlín de la ciudad de Potsdam en 1771. Mendelssohn está en el centro de la escena, con su figura breve y encorvada, con un modesto traje oscuro, flanqueado por dos gigantescos guardias prusianos, uno de los cuales se quita el sombrero al reconocerlo. El grabado se refiere a una anécdota contemporánea en la que a

Mendelssohn se le pide que muestre una carta de recomendación del rey y es interrogado sobre su contenido. El tono emocional de la imagen es difícil de describir —¿es la forzada expresión inclinada y con la mirada vuelta hacia arriba de Mendelssohn que trata de lanzar una mirada irónica sobre su rutinario encuentro entre el oficial prusiano y el más famoso judío de Prusia?

La Haskalá que fluía a raudales de Mendelssohn y su círculo no había caído del cielo. Sus raíces descansaban sobre un vasto proceso de cambio social. La primera Ilustración judía debe mucho a la generación de los padres, que había comenzado a sentir interés por las lenguas, la filosofía y las ciencias modernas. La presión del estado intervencionista prusiano había destruido (sin quererlo) la autoridad del rabinato tradicional; abriendo un espacio para una contraélite intelectual. Más importante aún fue el ámbito aculturado de las familias del gran Berlín. El patronazgo de la élite comercial proporcionó a los *maskilim* (exponentes de la Haskalá), una parte de los cuales eran intelectuales itinerantes empobrecidos de muy lejos con trabajo como preceptores del hogar y oportunidades para probar las nuevas teorías sobre sus jóvenes cargos. Mendelssohn nunca habría podido continuar su carrera de pensador y escritor sin la estabilidad financiera que le proporcionaban sus relaciones con el rico fabricante de seda Isaac Bernhard, para el que trabajó en un primer momento como preceptor privado, luego como bibliotecario y, finalmente, como socio comercial. Las casas de los banqueros ricos —especialmente la de Damel Itzig— eran lugares de encuentro y abrevaderos para las jóvenes generaciones de intelectuales. Fue aquí donde Mendelssohn recibió sus primeros conocimientos de filosofía, al poco de llegar a la ciudad.

Pero la Haskalá era también parte de un momento característico de la historia de Alemania y de las relaciones sociales entre judíos y alemanes. A mediados de 1750, Moses Mendelssohn escribió al dramaturgo Gotthold Ephraim Lessing que informase sobre su cada vez mayor amistad con el editor berlinés Friedrich Nicolai:

> Yo visito a menudo a *Herr* Nicolai en su jardín. (¡Realmente le tengo afecto, mi querido amigo! Y creo que nuestra amistad solo puede ganar por ello pues me gusta de él también vuestra verdadera amistad). Leemos poesía, *Herr* Nicolai recita también sus propias composiciones, y yo me siento en mi banco, como un crítico juez, felicitando, riendo, aprobando, buscando errores, hasta que llega la tarde[38].

La conversación de Mendelssohn con Nicolai era un asunto espontáneo, no preparado, aunque acarreaba un peso simbólico. Aquí estaban un judío y un cristiano en un jardín, viéndose en igualdad de condiciones, pasándolo

bien el uno en compañía del otro y olvidándose del paso de las horas —¿por cuánto tiempo podía concebirse un encuentro así?—. A finales de los años 1750 Mendelssohn frecuentaba la Cafetería Erudita, una sociedad dedicada a la difusión de la Ilustración, en la que los miembros —eran aproximadamente unos cien en total— presentaban y discutían escritos sobre temas tópicos.

Esta esfera intersticial de convivencia transconfesional ilustrada se expandió rápidamente en los últimos decenios del siglo XVIII. Alcanzó su momento culminante en los salones literarios frecuentados por la élite cultural berlinesa en los últimos años 1780 y 1790. Estos consistían en reuniones de organización laxa en las que personas de toda condición social y todo credo religioso se encontraban para conversar e intercambiar ideas. Hombres y mujeres, judíos y cristianos, nobles y plebeyos, profesores, poetas, científicos y comerciantes se mezclaban en casas privadas para discutir de arte, política, literatura, y ciencias, y también para cultivar amistades y asuntos amorosos. Las mujeres judías fueron fundamentales para la creación de este nuevo ambiente ya que, al ser miembros de un grupo socialmente marginal, eran, en cierto sentido, equidistantes respecto a todos los estratos sociales en el seno del grueso de la sociedad —sus casas proporcionaban un espacio ideal para la suspensión de las fronteras convencionales—. Las mujeres de familias judías ricas disponían también de considerables medios, exigidos para alimentar a los hambrientos y sedientos intelectuales berlineses —unas cuantas *salonnières* llegaron al borde de la bancarrota por los gastos acarreados para mantener las casas abiertas.

Las dos más celebradas anfitrionas de Berlín fueron Henriette Herz, hija del primer médico judío que practicó en Berlín, y Rahel Levin, cuyo padre fue un rico comerciante de joyas. Ambas mujeres eran producto de la élite asimilada de Berlín —no les preocupaba el aparecer en público con la cabeza descubierta, y Rahel era conocida por no cumplir el descanso del sábado judío porque salía de paseo en una carroza descubierta los sábados por la mañana —. El salón de Henriette, que prosperó en los años 1790, fue durante un tiempo el epicentro de la cultura literaria y científica de Berlín —entre sus invitados se incluía el celebrado teólogo Friedrich Schleiermacher, Alexander y Wilhelm von Humboldt, y el dramaturgo Heinrich von Kleist—. Rahel Levin fue, al principio, una asistente regular del salón de Henriette, pero luego formará su propio círculo literario. El salón de Levin puso en contacto a estrellas literarias y académicas con miembros de las antiguas élites prusianas. Rahel conservó numerosas amistades entre las nobles que había conocido durante su permanencia en los balnearios de Bohemia. Retoños de las

antiguas familias junker —los Schalabrendorff, Fickenstein e incluso miembros de la familia real— compartieron sofás y mesas con científicos, escritores, críticos y promesas literarias. Friedrich Schlegel, Jean Paul y Johann Gottlob Fichte estaban entre las celebridades intelectuales que pasaron por el salón de la Levin. De los asistentes habituales, sea cual fuere su estatus social, se esperaba que se dirigiesen unos a otros con el familiar *du*[39].

¿En qué términos tenía lugar este exuberante trato? En la mente de la mayoría de los más instruidos cristianos contemporáneos existía todavía la presunción de que la aculturación culminaría finalmente con la conversión. El teólogo de Zúrich Johann Caspar Lavater, que frecuentaba la élite ilustrada y era visitante habitual de la casa de Mendelssohn en 1763-1764, sorprendió a su anterior anfitrión, en 1769, con una carta abierta en la que pedía a Mendelssohn que se convirtiese al cristianismo o que justificase su apego continuado a la fe judía. El impertinente desafío de Lavater y el educado rechazo de Mendelssonh se convirtieron en sensación literaria. El episodio fue un indicio de los límites de la tolerancia, incluso en el seno de la república de las letras.

El funcionario civil prusiano ilustrado, Christian Wilhelm Dohm fue otro caso de este tipo. Dohm era amigo íntimo de Mendelssohn y un invitado frecuente en casa de Marcus Herz (marido de Heriette). Era, asimismo, uno de los primeros grandes campeones de la emancipación legal judía. En 1782 publicó un ensayo, que fue un hito, titulado *Sobre el progreso cívico de los judíos*, en el que atacaba al prejuicio cristiano y exigía la supresión de su tradicional incapacidad legal. Los judíos, escribía, «han sido dotados de la misma capacidad para ser más felices, mejor personas, miembros más útiles de la sociedad»; era solamente la opresión, «tan indigna en nuestra época», la que los corrompía. Esto era congruente con «la política de humanidad, la justicia e ilustración de suprimir esta opresión y mejorar la condición de los judíos[40]». Pero incluso Dohm asumía que el proceso de emancipación debía conducir a una dilución de largo alcance de la identidad judía, si no a su conversión. Una vez que la presión de la discriminación legal fuese suprimida, pensaba, sería posible hacer que los judíos se alejasen de los «sofismas de [sus] rabinos», y se despojasen de sus «opiniones religiosas ciánicas», inspirándoles en cambio «patriotismo y amor por el estado[41]».

Pero ¿qué sucedería si los judíos no cumplían con su parte en este trato unilateral? ¿Y si, pese a su aculturación exterior en las formas de la corriente principal cristiana, seguían siendo de alguna manera judíos y diferentes? El escepticismo sobre este punto continuó persiguiendo la empresa de la

asimilación de los judíos en la sociedad. En 1803, el abogado berlinés Karl Wilhelm Grattenauer publicó un mordaz panfleto en el que organizaba un ataque directo contra los judíos de la élite que frecuentaba los salones. Titulado *Contra los judíos*, el texto concentraba su veneno específicamente sobre las muchachas judías que

> leen muchos libros, hablan muchas lenguas, tocan muchos instrumentos, dibujan en varios estilos, pintan en todos los colores, bailan a plena moda, bordan con todos los patrones y poseen cada cosa que les puede dar encanto, excepto el arte de unir cada cosa particular en una hermosa feminidad[42].

Esto era un misil lanzado contra el corazón de ese ambiente social que había hecho más que cualquier otro para abrir canales de comunicación entre las élites judías y cristianas. *Contra los judíos* fue ampliamente leído y discutido en Berlín y en toda Prusia, pese a los recelos iniciales, «con excepcional placer[43]».

Uno de los más agrios frutos de la nueva crítica de la aculturación judía fue la farsa satírica *La compañía que tenemos (Unser Verkehr)*, por el doctor de Breslau Karl Borromäus Sessa. Escrito en 1813, la obra de Sessa no despertó mucho interés en Breslau, pero fue un éxito instantáneo en Berlín, cuando se estrenó en la Ópera el 2 de septiembre de 1815. Los espectadores fueron invitados a reírse ante una grotesca galería de estereotipos sobre los judíos. Abraham, que representaba a la vieja generación de los judíos *shtetl*[*] comercia con mercancías de segunda mano, y se expresa en una jerga yiddish divertidamente deformada. Pero su hijo Jacob tiene metas más altas; quiere bailar, hablar francés, aprender por sí solo estética y escribir crítica teatral. Sin embargo, le es difícil sacudirse sus yiddishismos cuando habla: «Kyero quitarme lo ke tengo di jodíu en mi; soy ilustrado, ¿no? No tener nada jodíu en mi». El personaje más asimilado de todos es el de una afectada Lydia, que habla bien, que es una caricatura inconfundible de la ingeniosa *salonnière* de la época de Herz-Levin, que fracasa pese a sus grandes esfuerzos para borrar su esencial judeidad[44]. No hay nada amable o afectuoso en la parodia de Sessa. Es un ataque rotundo contra la idea de que la aculturación podría ser o sería suficiente para cerrar el abismo social y político entre los judíos y sus compatriotas prusianos.

Mientras tanto, la Haskalá y el intenso contacto con el entorno social cristiano habían comenzado a producir cambios culturales profundos en la judería prusiana. Podemos discernir una clara ruptura entre la primera generación de ilustrados, personificados en la figura de Mendelssohn, que, elocuentemente, escribió en hebreo y conservó un profundo arraigo en la

tradición judía, y los reformadores más radicales posteriores del período revolucionario, que escribían en alemán y que, al mismo tiempo, esperaban romper el molde de la observancia tradicional. El viaje desde la tradición judía hacia la periferia de la comunidad y hacia su mundo de observancia condujo a una variedad de destinos: algunos pensaron reconstruir el judaísmo según las líneas de la religión natural; otros esperaban —como el quijotesco discípulo de Mendelssohn, David Friedlander— fusionar una fe judía nacionalizada con un cristianismo purgado de sus elementos trinitarios; y para cierto número, que incluía a muchas de las jóvenes judías de buena familia de los salones y cuatro de los seis hijos de Moses Mendelssohn, el viaje terminó en la más radical asimilación de las conversiones totales al cristianismo[45]. La Haskalá berlinesa no llevó a la disolución del judaísmo tradicional —la cultura comunal pragmática y flexible del judaísmo ashkenazi occidental se mostraba demasiado resistente a ello— pero produjo una transformación duradera. Lo que hizo posible, en primer lugar, el surgimiento de una *intelligentsia* judía laica que pudo avanzar por medio de la vieja élite de rabinos y eruditos del Talmud. Al hacer esto, creaban las bases de una esfera pública judía crítica capaz de comprometerse por una vía de final abierto con sus propias tradiciones. La religión fue privatizada, relegada a la sinagoga, mientras que la vida diaria se veía liberada —aunque solo gradualmente— de los adornos de la autoridad religiosa. En un primer momento se trató de un fenómeno propio de las élites urbanas y sus satélites locales, pero las ondas de choque generadas por la Haskalá penetraron gradualmente en la estructura del judaísmo tradicional, ampliando los horizontes intelectuales del rabinato e impulsando al fiel a buscar una educación laica (en especial en la medicina) en las universidades alemanas. Todo esto acabó creciendo hasta ser un movimiento de reforma que modernizó la liturgia y la observancia religiosa de las sinagogas en el siglo XIX. Pero también estimuló un cambio de gran alcance en el mundo del judaísmo rabínico tradicional. Esto fue debido, en gran parte, al reto vigorizador planteado por Mendelssohn y sus sucesores, por lo que el judaísmo del siglo XIX —reformista, conservador, ortodoxo— tuvo éxito al captar y nutrir los compromisos espirituales e intelectuales de las nuevas generaciones.

¿Contrailustración?

«Todo se ha hundido en la insignificancia», escribió el conde de Mirabeau, reflexionando sobre la muerte de Federico el Grande en 1786, «tal como antes todo se expandió en la grandeza[46]». Sin duda, la transición de Federico II a su sucesor y sobrino Federico Guillermo II[47], fue acompañada por los contrastes habituales en la familia Hohenzollern. Si el tío fue misántropo, distante y absolutamente carente de interés por las mujeres, el sobrino era simpático, sociable, y temerariamente heterosexual. Su primer matrimonio con Isabel de Brunswick-Wolfenbüttel se disolvió debido a las infidelidades por ambas partes; el segundo matrimonio, con Frederike Luise de Hessen-Darmstadt, tuvo siete hijos; otros siete retoños le nacieron de su relación de toda una vida con su amante Wilhelmine Encke (más tarde ascendida a la dignidad de princesa de Liegnitz) y otros dos matrimonios (bígamos) «fuera de la iglesia». El tío había permanecido fiel a los valores de una alta ilustración, haciendo suyo un racionalismo rigurosamente escéptico que parecía pasado de moda en los años 1780. El sobrino era un hombre de su época que se interesó por el espiritismo, la clarividencia, la astrología y otras aficiones que habrían horrorizado a su antecesor. El tío había demostrado su apego personal a los ideales de la Ilustración al unirse a los masones cuando era todavía heredero de la corona. El sobrino, por el contrario, se unió a los rosacruces, rama esotérica y secreta de los masones dedicada a fines místicos y ocultos. Federico el Grande había tratado, a través de rigurosas economías en todos los campos de la actividad estatal, legar un tesoro de 51 millones de táleros; esta asombrosa suma fue despilfarrada por su sucesor en solo once años[48]. Y hubo además grandes diferencias en estilos de gestión. Mientras el tío había controlado y dirigido constantemente el ejecutivo central, imponiendo su voluntad a los secretarios y ministros, el sobrino era un personaje impulsivo, dubitativo que fue dirigido fácilmente por sus consejeros.

En cierto sentido, Prusia había vuelto a la norma dinástica europea. Federico Guillermo no era un hombre especialmente estúpido, y sin duda era una persona de intereses culturales profundos y amplios —su importancia como mecenas de las artes y de la arquitectura no se discute[49]—. Sin embargo, era incapaz de dotar al sistema de gobierno prusiano con un centro de mando fuerte. Una consecuencia de este debilitamiento del control del soberano sobre la política significó el resurgimiento de la «antesala del poder», el espacio en el que los consejeros, ministros y presuntos amigos del rey competían para influir en el monarca. Entre los consejeros de Federico Guillermo había uno en particular sin rival en su influencia en los asuntos

internos: Johann Christoph Wöllner era un plebeyo inteligente y ambicioso que se había abierto camino a partir de humildes orígenes, primero como pastor, y luego, gracias a un muy ventajoso matrimonio con la hija de su patrón, dueño de una hacienda. Wöllner consiguió una posición muy favorable en el círculo íntimo de la orden Rosacruz en Berlín, y estableció contacto con Federico Guillermo cuando todavía era heredero de la corona. A Federico el Grande no le impresionaba esta relación, y describió al compañero, en pleno ascenso, del príncipe heredero como un «sacerdote intrigante y estafador». Pero tras la subida al trono de Federico Guillermo II llegó la hora de Wöllner. En 1788 fue nombrado ministro de cultura en el puesto del barón von Zedlitz, una de las figuras más distinguidas y progresistas de la administración federiciana. En este puesto, Wöllner llevó a cabo una política cultural autoritaria, cuyo objetivo era poner freno a los efectos supuestamente corrosivos del escepticismo en la estructura moral de la escuela, de la iglesia y de la universidad. La pieza principal de la campaña de Wöllner para estabilizar de nuevo la sustancia ideológica de la vida pública en el reino fue el famoso Edicto sobre la Religión, del 9 de agosto de 1788, una ley pensada para detener y revertir los corrosivos efectos de la especulación racionalista sobre la integridad de la doctrina cristiana.

No fue un accidente que las críticas de Wöllner se dirigiesen específicamente contra la especulación religiosa, pues era en la esfera de la religión (y especialmente en la religión protestante) donde el debate sobre las implicaciones del racionalismo filosófico había hecho más para desmontar las certezas convencionales. El impacto de la Ilustración sobre el clero prusiano en particular se había visto reforzado por la práctica de Federico II de favorecer a los candidatos racionalistas en los nombramientos de los cargos clericales. El preámbulo del edicto declaraba claramente que «la ilustración» —la palabra había sido impresa en negrita en un renglón propio— había ido demasiado lejos. La integridad y coherencia de la Iglesia cristiana estaba en peligro. La fe estaba siendo sacrificada en el altar de la moda.

El edicto establecía un nuevo mecanismo de censura para imponer la conformidad doctrinal en todos los textos usados en las escuelas y en los estudios universitarios. Los poderes disciplinarios de los consistorios luteranos y calvinistas —los órganos administrativos confesionales superiores — fueron reforzados. Se introdujeron procedimientos de control para garantizar que los candidatos nombrados para los puestos clericales suscribiesen realmente los artículos de fe de sus respectivas confesiones. A estas siguieron otras medidas. En diciembre de 1788 se emanó un edicto de

censura con la intención de detener el flujo de panfletos y artículos que criticaban las nuevas medidas. Se creó una Comisión Real de Examen para barrer a los racionalistas de los cargos de la iglesia y de la enseñanza. Entre los que se vieron sometidos a investigación estaba el pastor Johannes Heinrich Schulz, de Gelsdorff, que era conocido por predicar que Jesús era un hombre como todos los demás, que nunca resucitó, que la doctrina de una resurrección general era un sinsentido y que el infierno no existía[50]. Otro que acabó llamando la atención de las autoridades fue el propio Immanuel Kant: en el otoño de 1794 recibió un duro aviso en forma de orden real que declaraba que la colección de ensayos publicada con el título *La religión dentro los límites de la mera* razón, «denigraba […] a la filosofía con el propósito de distorsionar y menospreciar algunas doctrinas principales y fundamentales de las Sagradas Escrituras[51]».

El edicto de Wöllner se ha considerado con frecuencia un ataque reaccionario contra la Ilustración prusiana[52]. Así es, ciertamente, como lo vieron algunos de sus críticos contemporáneos. Con todo, en muchos aspectos, la política religiosa de Wöllner hundía sus raíces profundamente en las tradiciones de la Ilustración prusiana. Wöllner había sido masón antes de unirse a los rosacruces (que, en todo caso, eran un retoño del movimiento masónico), había estudiado en la racionalista Universidad de Halle y era autor de varios folletos ilustrados que propugnaban la mejora de la agricultura, la reforma de la propiedad de la tierra y la abolición de la servidumbre[53]. La meta fundamental del edicto no era —como afirman algunos de sus más polémicos críticos contemporáneos— imponer una nueva «ortodoxia» religiosa, sino más bien consolidar las ya existentes estructuras confesionales, salvaguardando así el compromiso pluralista que se había alcanzado en la Paz de Westfalia de 1648. En este sentido, encajaba con la tradición prusiana de coexistencia religiosa multiconfesional. Así, el edicto no solo prohibió la difusión pública de los puntos de vista racionalistas heterodoxos, sino también el proselitismo por parte de los católicos entre los miembros de los dos credos protestantes. E incluso extendía la vigilancia por parte del estado (en el Artículo 2) a varias «sectas antes toleradas públicamente en nuestros estados», incluyendo a los judíos, a los Hermanos Herrnhut, a los menonitas y a los Hermanos Bohemios[54].

El edicto fue notable también por su visión básicamente instrumental de la religión. Sosteniendo todo esto estaba la creencia —característica de la Ilustración— de que la religión tiene un papel importante que jugar para garantizar el orden público. Lo que importaba no era la existencia de la

especulación teológica como tal, sino el hecho de que las «masas pobres de la población» estaban siendo desviadas de su fe habitual en la autoridad de las Escrituras, del clero y —por extensión— del soberano[55]. La necesidad de medidas estabilizadoras parecía ser de lo más urgente porque la absorción de amplias franjas de territorio polaco (véase capítulo 10 más adelante) había aumentado en gran medida el número de súbditos prusianos católicos y planteaba interrogantes sobre el equilibrio de poder confesional en el seno del reino. Por esta y otras razones, muchos de los más importantes teólogos ilustrados se sentían satisfechos al apoyar el edicto como una medida política para mantener la paz religiosa[56].

Así, no tiene mucho sentido ver la controversia que estalló por el edicto como un conflicto entre el «iluminismo» y la «reacción» política que quería retrasar el reloj. La verdadera lucha se daba entre diferentes visiones de la Ilustración. Por un lado, estaban los defensores ilustrados del edicto que veían en él un ejercicio racional de autoridad estatal a favor de la paz religiosa y de la libertad de los individuos a quienes «había que dejar que eligiesen públicamente su confesión sin ser molestados[57]». Por el otro, estaban esos críticos radicales que opinaban que el edicto oprimía las conciencias individuales; uno de estos, un profesor de Derecho, el kantiano Gottfried Hufeland, llegó a decir que las instituciones públicas deberían reflejar las convicciones racionales de los individuos que las formaban, aunque esto implicara que «debiera haber tantas iglesias como convicciones personales hubiera[58]». Desde una cierta perspectiva, las identidades confesionales legadas por la historia al presente eran parcelas de la libertad de religión que había que salvaguardar contra el individualismo anárquico de los críticos radicales; desde otra, eran un oneroso legado del pasado cuya existencia continuada era un peso sobre las conciencias individuales. El verdadero asunto dependía de la posición de la acción racional. Si esta residía en el estado, como había propuesto Pufendorf, o debía situarse en el despliegue de la búsqueda razonada de los individuos, como parece que sugerían los discípulos más radicales de Kant. ¿Estaba el estado mejor situado para mantener un orden público racional basado en los principios del derecho natural, o había que dejarlo a las cada vez más dinámicas fuerzas políticas en la naciente sociedad civil?

El entusiasmo público provocado por el edicto y las medidas que lo acompañaban reveló la dimensión en que el debate crítico ilustrado ya había politizado al público prusiano. En los comentarios impresos se constató una nueva agudeza que llevó al rey a observar alarmado, en septiembre de 1788,

que la «libertad de prensa» (*Presse-Freyheit*) se había transformado en «insolencia de prensa» (*Presse-Frechheit*)[59]. Se produjeron asimismo fricciones institucionales entre los órganos provisionales establecidos por Wöllner para vigilar el edicto por medio de la censura y los cuerpos de autogobierno eclesiástico existentes, muchos de los cuales estaban dominados por teólogos liberales. Los procedimientos disciplinarios contra un heterodoxo flagrante, el pastor Schulz, fracasaron cuando los funcionarios judiciales superiores y los consistoriales nombrados para investigar su actuación llegaron a la conclusión de que, ya que era cristiano (pero no luterano como tal), se le podía permitir permanecer en el cargo[60]. Como revelaron este y otros muchos casos, había ahora una red de funcionarios en la cúspide del sistema administrativo que había pasado por el crisol de la Ilustración berlinesa y estaban preparados para defender sus puntos de vista sobre un orden político ilustrado contra las prescripciones autoritarias de Wöllner y Federico Guillermo II[61]. Seguramente no hubo coincidencia en el hecho de que Johann Friedrich Zöllner, el funcionario consistorial que había aceptado el folleto para su publicación, Johann Georg Gebhard, el autor calvinista de folletos, y Ernst Ferdinand Klein, el juez al que se le había confiado llegar a un veredicto para el Tribunal Supremo, fuesen todos ellos, en algún momento, miembros del Club del Miércoles berlinés.

Enfrentado a esta resistencia, los intentos de Wöllner de silenciar el debate y de purgar las estructuras administrativas de los críticos racionalistas estaban abocados a gozar de un éxito limitado. En la primavera de 1794, Hermann Daniel Hermes y Gottlob Friedrich Hillmer, miembros de la Comisión Examinadora Real, viajaron a Halle para llevar a cabo una inspección en la universidad y el instituto de segunda enseñanza de la ciudad. La Universidad de Halle había sido, antaño, el cuartel general del pietismo, pero ahora era un bastión de la teología radical cuya corporación de gobierno había protestado formalmente contra las medidas de censura. Cuando Hermes y Hillmer llegaron a la ciudad en la tarde del 29 de mayo y se dirigieron a sus residencias en el hotel León de Oro, fueron asediados por una multitud de estudiantes enmascarados que permaneció ante sus ventanas hasta el amanecer gritando eslóganes racionalistas. A la noche siguiente, una multitud aún más numerosa y más ruidosa de estudiantes se reunieron para escuchar a uno de ellos lanzar un discurso, para los oídos de un testigo presencial no simpatizante, cargado de «blasfemias y expresiones irreligiosas», antes de bombardear las ventanas de las habitaciones de los examinadores con tejas, ladrillos y adoquines.

Para empeorar las cosas, las autoridades académicas de la universidad se negaron a aplicar la política de Wöllner en las facultades —en parte porque eran hostiles al espíritu del edicto, y en parte porque consideraban la imposición de tales medidas desde arriba eran incompatibles con la libertad académica y la autonomía de su institución—. «¿Cuál es nuestro poder?», exclamó Hermes desesperado durante una difícil reunión con altos funcionarios de la universidad. «Todavía no hemos tenido éxito en desalojar a un solo predicador neológico. Todo el mundo está contra nosotros[62]».

En 1795, ante el fracaso de la aplicación de las nuevas medidas en la más importante universidad de Prusia, quedaba confirmado que el proyecto autoritario de Wöllner se había quedado sin combustible. Se produjo, claro está, un incremento de la censura, en especial cuando el desarrollo de la Revolución Francesa puso de manifiesto la escala de la amenaza contra la autoridad tradicional por parte del radicalismo político. Un importante testigo contemporáneo de estos acontecimientos fue el editor y patriota Friedrich Nicolai, que trasladó su periódico, *Allgemeine Deutsche Bibliothek* a Altona (una ciudad cercana a Hamburgo pero bajo soberanía danesa) en 1792, para obviar el examen de los censores prusianos. En una carta a Federico Guillermo II, de 1794, Nicolai protestaba contra las medidas recientes, y observaba que el número de imprentas independientes activas en Berlín había disminuido de 181 a 61, como consecuencia del régimen impuesto a partir de 1788, y sugería maliciosamente que esto estaba dañando los ingresos reales debidos a los impuestos[63]. Es dudoso que esta contracción fuese exclusivamente resultado de la censura (como opuesta a las fuerzas del mercado). Con todo, fue claramente una gran impaciencia hacia la censura del gobierno de los miembros de la *intelligentsia* prusiana. Esto fue en parte función de las constricciones reales, pero puso en relieve, asimismo, el aumento de las expectativas que se produjo durante el fermento intelectual y político de los años 1780. La «libertad de expresión» se manifestó en términos mucho más radicales hacia mediados de los años 1790, en Prusia, de lo que había sido en el decenio anterior, y el calor con el que el carisma de «Federico el Único» había engrasado las ruedas de la máquina del estado comenzó a desvanecerse a partir de 1786.

Pese a un humor público más agrio, es importante no sobreestimar la opresión de la administración posterior a Federico. Un reciente estudio sobre la prensa de Berlín durante la Revolución Francesa ha mostrado que los súbditos prusianos tuvieron acceso a una extremadamente detallada y fiable cobertura de prensa de los acontecimientos contemporáneos de Francia, no

solo durante la revolución liberal de 1789-1792, sino también durante el Terror jacobino y después. Los informes de la prensa berlinesa incluían comentarios políticos muy elaborados, que no siempre eran, en absoluto, hostiles a la causa de los revolucionarios. En especial la *Haudesche und Spenersche Zeitung* fue notable por la simpatía con la cual se exponían y explicaban las posturas y las políticas de las distintas facciones (incluyendo incluso a Robespierre y a los jacobinos). En ningún momento el gobierno prusiano intentó prevenir seriamente la propagación de la información sobre los hechos de Francia, ni siquiera en el momento del procesamiento y ejecución del rey en 1792-93, ni para hacer que los regicidas y sus aliados fuesen juzgados de un modo especialmente hostil. Tampoco trataron las autoridades de evitar la difusión de la utilización de este reportaje contemporáneo con fines educativos, no solo en los *Gymnasien* (escuela primaria), sino también en las escuelas rurales y elementales. En ninguno de los estados alemanes, con la posible excepción de Hamburgo, encontramos una cobertura de prensa de una calidad e imparcialidad comparable. A pesar del extendido temor a la revolución y de todos los inconvenientes de la censura, Axel Schumann escribe,

> el hecho es que entre 1789 y 1806 aparecieron en la capital y ciudad residencial de Berlín cuatro periódicos bajo la censura prusiana, en los que la Revolución francesa se celebró como una necesidad histórica y como la victoria de la razón sobre la arrogancia aristocrática y la mala administración de la monarquía[64].

Un estado bicéfalo

En el verano de 1796, multitudes de berlineses se reunieron para ver la última sensación teatral organizada por el famoso ilusionista suabo Karl Enslen. La representación se abría con trío de bien construidos autómatas: un español con una flauta, una mujer que tocaba una armónica de cristal, y un trompetista que también podía hablar. Siguió una «caza aérea» que incluía figuras de animales que flotaban llenas de gas, y un androide gimnasta cuyos movimientos eran tan naturales que se lo podía tomar por un hombre, si no hubiese sido por el sordo crujido de la juntura del cuello. Hacia el final de la representación, se apagaron las luces y unos aplausos como truenos anunciaron una serie de apariciones fantasmales, que culminaron en un espectacular *trompe-l'oeil*.

> Luego se vio lejos en la distancia una brillante estrella; la estrella creció; y de ella salió una forma como Federico el Segundo, con sus ropas y su postura habituales […]. La imagen se hizo

> cada vez más grande, se acercaba cada vez más, hasta que pareció que se quedaba ante la orquestra de tamaño natural. El efecto de esta aparición sobre el piso y en los *boxes* fue notable. Los aplausos y la alegría eran infinitos. Cuando Federico estaba a punto de retirarse a su estrella, muchos gritaron: «¡Oh, quédate con nosotros!». Él volvió a su estrella, pero ante los ensordecedores gritos de *encore* [bis] hubo de volver dos veces más[65].

Aquí existía un teatro de tipo moderno, en el que la oscuridad se utilizaba para aumentar el impacto de la ilusión (una innovación reciente), en el que los billetes y los asientos eran de diferentes precios para todos los bolsillos. En el público se mezclaban hombres y mujeres, pequeños funcionarios, artesanos y oficinistas, pero gente de noble cuna también se hallaba allí, e incluso miembros de la familia real —aunque solo como clientes de pago—. Y estaba la resurgida figura del rey traída a la vida de nuevo para satisfacer a un gentío hambriento de entretenimiento y preparado a pagar por él. Los de la familia real que presenciaban esta notable proyección, ¿sentían ante él cierto malestar por el espectáculo del rey ya fallecido, ovacionado por su pueblo, pero también a disposición de este? No es fácil pensar en una escena que mejor ejemplifique la ambivalencia y modernidad de la nostalgia.

En 1800, Berlín era —en cuanto a su vida intelectual y social— la más vibrante ciudad de la Europa alemana. Su población se acercaba a los 200 000 habitantes. Existía una densa red de clubs y sociedades, de las cuales conocemos a 38 por su nombre, y 16 logias masónicas[66]. Más allá de los círculos de las organizaciones mejor conocidas, había una serie de clubs hoy olvidados que atendían a los estratos sociales inferiores. El territorio de los clubes de Berlín no era precisamente vasto, estaba también muy estructurado y era muy variado. El Club del Lunes, la Sociedad del Miércoles y el Círculo del Jueves eran pequeños y exclusivos lugares que servían a las necesidades de sus miembros intelectuales e ilustrados de la alta burguesía. La ciudad ofrecía asimismo una amplia gama de sociedades centradas en intereses específicos: la Sociedad de los Amigos Naturalistas, por ejemplo, o la Sociedad Pedagógica, que se reunía el primer lunes de cada mes en una cámara de un ayuntamiento de las afueras en Werder, o la Sociedad Económica de Calefacción, donde se discutía el modo de reducir el consumo de madera, artículo escaso y caro en esta época. La Sociedad Filomática, con 35 miembros, servía a gente con interés por las ciencias, que incluía al filósofo judío kantiano Lazarus Bendavid, al escultor Johann Gottfried Schadow y a un alto funcionario, Ernst Ferdinand Klein. Luego estaba el Club Médico —pionero de otras organizaciones profesionales posteriores— y la Sociedad Farmacéutica, que mantenía un herbario y una pequeña biblioteca para uso de sus miembros. La Sociedad Militar, cuya preocupación era la

reforma militar, tenía unos 200 miembros —se trataba de un primer punto focal para las energías reformadoras de esos activistas que saldrán a un primer plano desde 1806—. Para aquellos que deseaban estar al tanto de los últimos cambios en política, ciencias y cultura, existía un amplio muestrario de sociedades de lectura y otras posibilidades, como bibliotecas de préstamo. De diarios y revistas se podía disponer en los cafés; y las logias solían contener notables bibliotecas.

A medida que el número de clubes iba en aumento, sus funciones se fueron especializando y diversificando cada vez más. Una nueva forma popular de actividades sociales organizadas, en Berlín, fueron las sociedades teatrales *amateur*. Las sociedades teatrales proliferaron rápidamente en los años 1780 y 1790, atendiendo a una gran variedad de sectores sociales. Mientras la Urania (fundada en 1792) estaba compuesta por miembros de la élite social ilustrada, la Polimnia (fundada en 1800) incluía a fontaneros, zapateros y fabricantes de instrumentos y de cepillos. Este club de teatro admitía a hombres y mujeres, aunque la selección de trabajos para las representaciones se reservaba en general solo a los hombres. Era solo cuestión de tiempo el que los clubes pasasen a combinar los locales privados para los miembros y sus invitados con una serie de actividades de entretenimiento. Los «Recursos» (*Ressourcen*), como se los llamaba, eran clubes que alquilaban locales en los que se ofrecía una amplia variedad de servicios, desde comidas a billares, salas de lectura, conciertos, bailes, representaciones teatrales, e incluso, en un caso, fuegos artificiales. Eran empresas grandes, que a veces tenían mas de 200 miembros, y, en su clientela y tono, reflejaban la diversidad social de la capital.

La topografía de las organizaciones voluntarias, densamente estructurada y en rápido cambio, nos dice algo sobre las fuerzas que operaban en la sociedad prusiana a finales del siglo XVIII. Berlín era el centro de la autoridad real y gubernamental, pero era, asimismo, el teatro de la acción social autónoma, donde los ciudadanos podían deliberar sobre los importantes asuntos del estado, adquirir conocimientos científicos y otros esotéricos, gozar del placer de las relaciones sociales que no era privado ni del todo público, consumir cultura y encontrarse a gusto en ambientes agradables. Nada de esto era, en un sentido, rebelde o revolucionario, aunque reflejaba el movimiento sísmico en el equilibrio del poder en el seno de la sociedad. Cristianos y judíos, hombres y mujeres, nobles, burgueses y artesanos se codeaban en este sociable medio urbano. Era un mundo que se había formado a sí mismo con los talentos, con la energía comunicativa y el metálico

disponible de la población de la ciudad. Era cortés, más que cortesano. Controlarlo, censurarlo, e incluso vigilarlo, eran tareas que superaban a los modestos órganos policiales y censores de Berlín. Su mera existencia planteaba un sutil desafío a las estructuras y hábitos de la autoridad tradicional.

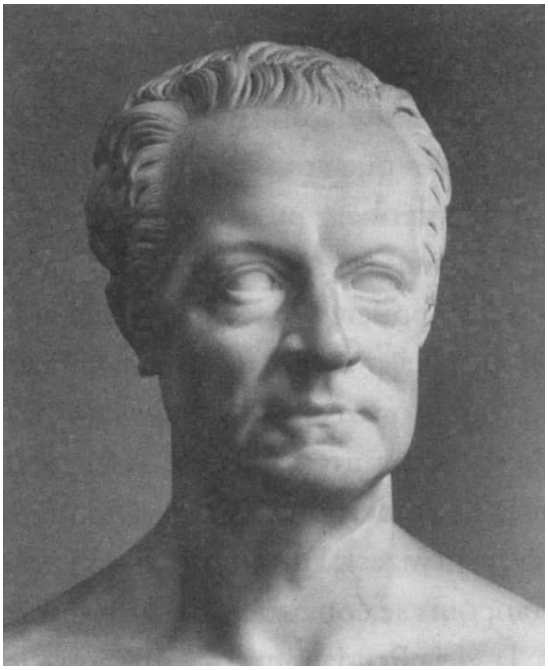
23. El barón Karl von und zum Stein.

En las filas de la administración, asimismo, había señales de un cambio de paradigma. Una nueva generación de funcionarios civiles comenzó a orientar las prácticas administrativas prusianas hacia nuevos objetivos. En 1780, un joven noble, de la ciudad de Nassau, sobre el río Lahn, entró en la administración pública prusiana. El *Reichsfreiherr* Karl vom und zum Stein provenía de una antigua familia imperial y era, como muchos alemanes de su generación, admirador de Federico II. Como funcionario de la Cámara de Guerra y Dominios, Stein era responsable de la mejora de la eficacia y productividad del sector minero en los territorios de Westfalia. Las lucrativas minas del país de Mark se hallaban en esta época, en gran parte bajo el control de los *Gewerke*, cuerpos de carácter corporativo semejantes a un sindicato que manejaban el mercado de trabajo local. A iniciativa de Stein, los poderes de estos sindicatos se vieron recortados para dejar sitio a un nuevo sistema unificado de regulación salarial y a un régimen ampliado de inspección estatal. Con todo, al mismo tiempo, Stein, que aprobó las organizaciones corporativas mientras siguiesen siendo eficaces, alcanzó la reconciliación con los sindicatos mineros al concederles un notable

autogobierno, que incluyó el nombramiento por medio de elecciones de sus propios funcionarios[67].

La originalidad y brillantez de Stein fueron reconocidas rápidamente y en 1788 ocupó dos altos puestos en la administración de la cámara en Cleves y en el condado de Mark. Suprimió las normas y privilegios superados del sistema fiscal; suspendió asimismo los controles de los gremios en el medio rural, con el fin de estimular sus manufacturas y eliminar el contrabando. La panoplia de aduanas interiores gestionadas por personas privadas o por corporaciones fue barrida y sustituida por una tarifa de frontera de nivel moderado administrada por el estado[68]. En calidad de ministro provincial de Minden-Ravensberg desde 1796, Stein, de nuevo, tuvo como blanco las exacciones y privilegios tradicionales que modificaron la vitalidad de la economía local. Trató incluso (sin éxito) de enfrentarse al problema del estatus servil del campesinado en las tierras de Westfalia (y en especial en Minden-Ravensberg, donde muchos campesinos todavía no eran libres individualmente). Al ser miembro de la antigua nobleza corporativa imperial, Stein se mostraba reticente a pisotear la tradición local y optó por una política de negociaciones con los estados provinciales. La meta era aprobar un paquete de compensaciones con el fin de reconciliar a las familias terratenientes con el recorte de sus derechos señoriales. Estas últimas iniciativas hallaron una dura resistencia por parte de la nobleza, pero marcaron el advenimiento de un nuevo y vigoroso estilo en la administración prusiana[69].

Otro funcionario en alza con ideas reformistas fue Karl August von Hardenberg, que entró en la administración prusiana en 1790. Al igual que Stein, Hardenberg era un «extranjero», gran admirador de Federico II. Hardenberg había nacido en la hacienda de su abuelo materno en Essenrode en 1750, y provenía de una familia de Hanóver con fama de progresista[70]. Como funcionario en su Hanóver natal, el joven Hardenberg se hizo famoso por ser un destacado reformista —en un memorando elaborado por él en 1780 pedía la abolición de arrendamiento de tierras servil, la desregulación de la economía y la creación de un ejecutivo más moderno basado en ministros temáticos y líneas de mando y responsabilidad claras[71]—. Tras su traslado a Prusia, a Hardenberg se le confió, en enero de 1792, la integración administrativa de los territorios recién adquiridos de Franconia, es decir de Ansbach y Bayreuth[72]. Era una tarea de gran complejidad, pues había enclaves entrecruzados, enclaves exteriores y soberanías solapadas.



24. Karl August, príncipe Von Hardenberg, *busto de mármol por Christian Rauch, 1816.*

Hardenberg atacó el problema con extraordinaria determinación y rudeza. Los nobles imperiales fueron despojados de sus privilegios y derechos constitucionales barrocos, con claro incumplimiento del derecho imperial. Se establecieron acuerdos de intercambio y pactos jurisdiccionales para eliminar los enclaves y fijar los límites como fronteras impermeables de una soberanía política prusiana homogénea. Quedó abolido el derecho de los súbditos a llevar contenciosos ante los tribunales imperiales, evitando así que la nobleza de las provincias, colectivamente, presentase sus quejas ante el emperador. Cuando hubo casos de resistencia a sus órdenes, Hardenberg estuvo dispuesto enseguida a enviar tropas y obligar así a cumplirlas. Tales medidas se vieron apoyadas por una perspectiva innovadora respecto a la opinión pública — Hardenberg mantenía contacto con varias importantes publicaciones de la región y cultivaba discretamente a escritores amistosos que pudieran publicar artículos y editoriales que apoyasen su política**[73]**.

Hardenberg puso una condición al aceptar el cargo: que despacharía directamente con el rey. Fue, así, una especie de virrey en Ansbach y Bayreuth, con poderes de los que carecían sus colegas de la capital. Esto le posibilitó el llevar a cabo reformas avanzadas sin temor a que fueran saboteadas por superiores celosos. La nueva administración de Franconia que estableció se estructuró (a diferencia del gobierno central de Berlín) según presupuestos modernos: había cuatro ministros temáticos (justicia, interior, guerra y finanzas). Durante el mandato de Hardenberg los principados de Franconia se convirtieron en los invernaderos de la reforma administrativa en

la vieja Prusia. Entre los funcionarios que se trasladaron del núcleo central de la administración a ocupar cargos vacantes en Ansbach y Bayreuth, encontramos muchos de los nombres que luego aparecerán en la cúspide del estado prusiano: Schuckmann, Koch, Kircheisen, Humboldt, Bülow. Alrededor del propio Hardenberg se reunió un dinámico grupo de jóvenes y ambiciosos burócratas de la región. Los hombres de la «camarilla de Franconia» acabarán ocupando los cargos administrativos superiores, no solo en Prusia, sino también en Baviera, que luego alcanzaron los principados como resultado de las guerras napoleónicas[74].

Incluso el ya veterano sistema de gestión de los cereales fue presionado cada vez más para que fuese modificado. Los primeros cuatro años del reinado de Federico Guillermo II (reinado 1786-1797) conocieron una neta liberalización del comercio del grano. Se trató de un experimento de breve duración —gradualmente se establecieron de nuevo controles a partir de 1788—, con gran frustración de los liberales situados en la administración[75]. Pero una serie de disturbios por el nivel de vida en 1800-1805 convenció a varios altos funcionarios de que la productividad podría aumentar y la distribución realizarse más eficazmente si el estado abandonaba sus controles y permitía que los mercados del grano funcionasen sin interferencias del estado. Un influyente partidario de este punto de vista fue el noble prusiano oriental: Friedrich Leopold Freiherr von Schroetter, ministro de Estado para la Prusia Oriental y Occidental y vicepresidente del Directorio General. Schroetter había sido en algún momento compañero de colegio y amigo de la familia de Immanuel Kant y decidido exponente del liberalismo agrario que estaba de moda entre los miembros de la élite prusiana oriental a caballo entre los dos siglos. El 11 de julio de 1805, expuso sus puntos de vista en un memorando al rey. Si eran posibles los disturbios por el nivel de vida en tiempos de paz debido a fallos y a la escasa eficacia del sistema estatal, afirmaba Schroetter, entonces ¿qué se podía esperar si estallaba una guerra, y los carros del estado utilizados para el transporte de grano se necesitasen para el ejército? En lugar de las normas existentes Schroetter proponía una radical desregulación de la economía de los cereales. Nadie, sugería, debía ser obligado a vender grano en contra de su voluntad o a un precio impuesto por el gobierno; en vez de proteger el aprovisionamiento de grano por parte de los comerciantes, el estado protegería a los comerciantes y apoyaría su derecho a disponer libremente de su propiedad. El Directorio General rechazó las propuestas de Schroetter en agosto de 1805. Pero se trataba de un fracaso temporal. En un

plazo no demasiado largo, será el liberalismo de Schroetter —no el proteccionismo del Directorio— el que acabará ganando la partida[76].

Podemos hablar, así, de un proceso de cambio que se difundió hacia adentro desde varios puntos de la periferia prusiana[77]. En los años 1790, el decenio de la revolución en Europa, parecía que Prusia se hallaba entre dos mundos. La expansión de textos impresos críticos que había tenido lugar durante el último tercio del siglo presentaba a la administración como un fenómeno que no podía reprimir ni aceptar plenamente. El florecimiento del patriotismo monárquico prusiano expresaba la ambición de la emergente *intelligentsia* urbana por participar en los grandes asuntos del estado para lo cual no había salida por el momento en el sistema de gobierno prusiano. El debate y la discusión crítica dentro y fuera de la administración habían planteado interrogantes sobre prácticamente cada ámbito del sistema político —desde las estructuras de poder de la sociedad agraria a la organización y tácticas militares, o a la gestión de la economía por parte del estado.

Ningún otro texto documenta mejor la situación de transición de Prusia a fines del siglo XVIII que el Código Legal General publicado en 1794. Con sus casi 20 000 párrafos que parecen espiar la base misma de cada una de las transacciones concebibles entre un prusiano y otro, el Código General fue el mayor logro civil de la Ilustración federiciana. Elaborado por un equipo de brillantes juristas, tras un largo proceso de debate y de consultas públicas, no tenía paralelo en la época de su promulgación; solo en 1804 y en 1811 Francia y Austria tuvieron códigos semejantes aunque menos omnicomprensivos. Era también ejemplar por su claridad y elegancia de lenguaje, con axiomas clave articulados con tanta lucidez y precisión que muchos fragmentos retóricos del código prusiano sobreviven en el código civil de la Alemania actual[78].

Lo fascinante del Código General reside en el curiosamente no resuelto retrato que nos ofrece de la sociedad prusiana a fines del siglo XVIII. Observando con atención a Prusia a través de sus párrafos es como si mirásemos con binoculares con diferentes longitudes focales. Por un lado, hay destellos de un orden sociolegal igualitario. El primer párrafo anuncia que «el Código Legal General contiene las reglas por las que los derechos y obligaciones de los residentes del estado […] deben valorarse[79]». El lector se siente inmediatamente impresionado por la elección del término, de igualitarismo latente, de «residentes» (*Einwohner*) en lugar del más tradicional «súbditos» (*Untertaneri*), sensación que se ve reforzada por el párrafo 22, que declara que «por ello las leyes del estado unen a todos los

miembros, sin tener en cuenta su estamento, rango o género[80]». Aquí, la noción de «membrecía» respecto al estado sustituye a la de súbdito, y la intención igualitaria se hace más explícita. Sin embargo, en el párrafo 82 de la Introducción, se nos dice que «los derechos individuales están en función, manteniendo todo lo demás igual, de su nacimiento [y] de su estamento»; en una sección posterior que trata de las «obligaciones y derechos del estamento nobiliario», el código declara crudamente que «la nobleza es el Primer Estado» cuya vocación y tarea fundamental es, por ello, la defensa. Ulteriores párrafos de la misma sección estipulan que los miembros del estamento nobiliario solo pueden ser juzgados por los más altos tribunales del país, que los nobles gozan de un acceso privilegiado (siempre que se den las cualificaciones adecuadas) a «los puestos de honor del Estado» y que «solo la nobleza puede ser titular de posesiones de haciendas[81]».

Tales discrepancias resultaban menos misteriosas para los contemporáneos de lo que nos parecen hoy. Para Federico II, que ordenó comenzar esta gran labor de codificación, la primacía de la nobleza era un axioma del orden social y ordenó a sus juristas que tuviesen en cuenta no solo el «bien general», sino también la titularidad específica de los Estados —este elemento se vio reforzado posteriormente, tras su muerte[82]—. Se puede discernir la ambivalencia resultante en los párrafos que cubren los derechos y obligaciones de los súbditos campesinos sobre las tierras de la nobleza terrateniente. Sorprendentemente, la ley caracteriza a estas personas como «ciudadanos libres del Estado» (*freye Bürger des Staates*) —en realidad, los súbditos campesinos fueron el único grupo que gozó de esta distinción—. Con todo, el grueso de los párrafos de este argumento refuerza las estructuras existentes del dominio corporativo y de la desigualdad en el medio rural. Los súbditos debían obtener el permiso del señor antes de casarse (aunque, por otro lado, no se podía negar sin una buena razón legal); sus hijos debían proporcionar servicio doméstico; podían sufrir castigos (moderados) por sus infracciones; debían ofrecer sus servicios tal como decía la ley, y así de seguido[83]. El sistema corporativo de la sociedad prusiana se consideraba tan fundamental para el orden social que estructuraba el derecho, más que ser definida por este; había «fuentes de derecho», como decía uno de los títulos del preámbulo del Código[84].

Lo realmente interesante de este Código General no es que perspectivas diferentes convivan en él, sino que no parece que unas puedan comprender a las otras. El código mira atrás hacia un mundo que ya es del pasado, un mundo en que cada orden tiene su lugar en relación al estado, un mundo que

parece tener sus raíces en la Edad Media, pero que, en realidad, fue inventado por Federico el Grande y que ya estaba en disolución cuando el trabajo de codificación se terminaba. Pero también anticipaba un mundo en el que todos los ciudadanos son «libres», el estado es soberano, y los reyes y gobiernos están sometidos a la ley; algunos historiadores han considerado el código como una especie de protoconstución que garantiza el imperio de la ley[85]. El historiador del siglo XIX Heinrich Treitschke destacó estas tensiones internas cuando observaba que el código captaba las «caras de Jano» del estado federiciano[86]. Este tomó la idea de *Madame* de Staël, que observaba que «la imagen de Prusia ofrece un doble rostro, como la de Jano, uno de las cuales es el militar, el otro filosófico[87]». La metáfora de los dos rostros del dios romano del umbral se hizo popular, se metastatizó desordenadamente a través de la historiografía de Prusia hasta el punto de que (en los años 1970 y 1980), pareció imposible escribir algo sobre Prusia sin ofrecer una libación a Jano. Fue como si la mirada dividida del dios de las dos caras captase algo fundamental de la experiencia prusiana, una polaridad entre tradición e innovación que definió la trayectoria histórica del estado de los Hohenzollern.

9
HIBRIS Y NÉMESIS.
1789-1806

Los años que transcurren entre la Revolución Francesa de 1789 y la derrota de Prusia por Napoleón en 1806 forman la época más llena de acontecimientos y menos impresionante en la historia de la monarquía prusiana. Enfrentada a una desconcertante profusión de amenazas y oportunidades, la política exterior prusiana se embarcó en una carrera de febriles oscilaciones: la tradicional rivalidad dual con Austria, la consolidación de la preponderancia de Prusia en la Alemania del norte, y la seductora perspectiva de vastas anexiones territoriales en Polonia, todo ello compitió por atraer la atención de los políticos de Berlín. Una astuta e hipócrita diplomacia, una temerosa oscilación y arrebatos de rapacidad se alternaron en rápida sucesión. El ascenso de Napoleón Bonaparte trajo consigo una amenaza nueva y existencial. Su incapacidad para tolerar cualquier límite a la expansión de la hegemonía francesa en el continente y su supremo desprecio por los tratados y acuerdos internacionales pusieron a prueba al ejecutivo prusiano casi hasta el límite. En 1806, tras numerosas provocaciones, Prusia cometió el transcendental error de dar batalla a Napoleón sin antes asegurarse el apoyo militar de una potencia mayor. El resultado fue una catástrofe que desafió la legitimidad del orden monárquico tradicional.

La política exterior prusiana en una época revolucionaria

El gobierno prusiano observó con favorable interés los acontecimientos de París en 1789. Lejos de evitar a los rebeldes, el enviado prusiano en París empleó el otoño e invierno de 1789-1790 para establecer contactos amistosos con las distintas facciones. La idea —tan familiar a las generaciones posteriores— de que la Revolución dependió de una opción fundamental entre la obediencia y la rebelión, entre la «providencia de Dios» y la «voluntad del hombre», no había jugado ningún papel hasta ese momento en la interpretación berlinesa de los acontecimientos.

Había, básicamente, dos razones para esta indulgente respuesta a la rebelión de los franceses. La primera era, simplemente, que desde la perspectiva de Berlín, la Revolución representaba una oportunidad, no una amenaza. A los prusianos les preocupaba, sobre todo, la reducción del poder y la influencia austríacos en Alemania. La tensión entre ambos rivales alemanes había aumentado rápidamente en los años 1780. En 1785 Federico II se había hecho cargo de una coalición de príncipes alemanes opuesta a la anexión de Baviera por el emperador Habsburgo José II. En 1788 el emperador había ido a la guerra contra los turcos, provocando el temor de que las masivas adquisiciones de los Habsburgo en los Balcanes pudiesen dar a Austria el predominio sobre el rival prusiano. Pero en el verano y otoño de 1789, cuando los ejércitos austríacos rechazaron a las fuerzas del sultán Selim III, se produjo una cadena de revueltas a lo largo de los territorios periféricos de la corona Habsburgo —Bélgica, Tirol, Galitzia, Lombardía y Hungría—. Federico Guillermo II, hombre vano e impulsivo, que estaba decidido a vivir de la reputación de su ilustre tío, hizo todo lo que pudo para explotar la situación apurada en que se hallaron los austríacos. Los belgas se vieron animados a separarse de los Habsburgo y los disidentes húngaros fueron urgidos a levantarse contra Viena —se habló incluso de una monarquía húngara independiente, que tendría un gobernante prusiano[1].

Vista en este contexto, la revolución en Francia fue bienvenida, pues había buenas razones para esperar que una nueva administración francesa «revolucionaria» pondría fin a la alianza franco-austriaca. Como los prusianos sabían bien, la alianza —junto a su personificación dinástica, la reina María Antonieta— era muy impopular entre los patriotas austrofóbicos del movimiento revolucionario. Por ello Berlín cortejaba a los distintos partidos revolucionarios con la esperanza de crear un «partido» antiHabsburgo en París. La meta era dar un giro al realineamiento diplomático de 1756, aislar a Austria, y terminar con los planes expansionistas de José II. Cuando una verdadera revolución estalló en el obispado-principado de Lieja, una franja de

territorio justo en medio de Bélgica, los prusianos apoyaron a los rebeldes también aquí, con la esperanza de que el levantamiento se expandiese a las zonas adyacentes controladas por Austria.

Se daba, asimismo, una dimensión ideológica en este intento de apoyar el levantamiento revolucionario. En 1789, cierto número de políticos prusianos prominentes —incluido el ministro responsable de los asuntos exteriores, el conde Hertzberg— simpatizaban, personalmente, con las aspiraciones de los revolucionarios. Hertzberg era un hombre de la Ilustración que deploraba el despotismo incompetente de los Borbones de Francia. Consideraba el apoyo a la insurrección de Lieja plenamente coincidente con los «principios liberales» del reino. El enviado al que se había confiado la gestión de los asuntos de Prusia en el obispado-principado, Christian Wilhelm von Dohm, era un funcionario e intelectual ilustrado (sin mencionar que era autor del famoso folleto en apoyo de la emancipación de los judíos); era crítico respecto al régimen episcopal de Lieja y era partidario de una solución progresista, constitucional de la disputa entre el príncipe-obispo y los insurrectos del Tercer Estado[2].

Será, sobre todo, la amenaza de una revolución en Hungría, apoyada por Prusia lo que convencerá al sucesor de José, Leopoldo II, para alcanzar un acuerdo con los prusianos[3]. Leopoldo, personaje sensato y tranquilo, supo ver la locura que representaba continuar con las conquistas a costa de los Balcanes otomanos mientras que sus posesiones hereditarias se desintegraban a su espalda. En marzo de 1790 envió una carta amistosa a Berlín, abriendo la puerta para entablar negociaciones, que culminaron en la Convención de Reichenbach del 27 de julio de 1790. Ambas potencias alemanas se pusieron de acuerdo —tras tensas discusiones para no llegar al borde de la guerra y tratar de obviar sus diferencias. Los austríacos se comprometieron a poner fin a la costosa guerra con Turquía sobre bases moderadas (es decir, sin anexiones) y los prusianos prometieron desistir de fomentar rebeliones en el seno de la monarquía Habsburgo.

La Convención parecía inofensiva, pero fue mucho más significativa de lo que parecía[4]. Se había puesto fin, ahora, al menos por un tiempo, al período del agudo antagonismo austro-prusiano que había estructurado los asuntos políticos del Sacro Imperio Romano desde la invasión de Silesia en 1740, y las dos potencias alemanas podían perseguir sus intereses de concierto, en vez de hacerlo la una a costa de la otra. Siguiendo un patrón oscilante, que recordaba los días del Gran Elector, Federico Guillermo II abandonó sus intentos secretos para garantizarse una alianza con París, pasando a una

política de guerra contra la Francia revolucionaria. El ministro de Asuntos Exteriores Hertzberg y sus ideas liberales cayeron en desgracia, y más tarde fue destituido. En esta nueva diplomacia, el cargo recayó en el fiable y confidente consejero de Federico Guillermo, Johann Rudolf von Bischoffwerder, partidario de hacer la guerra a la Revolución, que fue enviado a Viena en febrero y en junio-julio de 1791. El resultado fue la Convención de Viena de 25 de julio de 1792, que sentó las bases de una alianza austro-prusiana.

El primer fruto del acercamiento fue una notable pieza de política de gestos. La Declaración de Pillnitz, proclamada conjuntamente por el emperador austríaco y el rey prusiano el 27 de agosto de 1791, no era un plan de acción como tal, sino más bien un manifiesto de principios opuestos a la Revolución. Comenzaba proclamando que los soberanos de Prusia y Austria consideraban el destino de su «hermano» el rey de Francia como «objeto del común interés para todos los soberanos de Europa», y pedía que el rey francés fuese situado lo antes posible en «disposición de consolidar, con la más perfecta libertad, las bases de un gobierno monárquico». Y finalizaba con la promesa de que Austria y Prusia «actuarían inmediatamente» con las «fuerzas necesarias» para alcanzar «la meta establecida y común[5]». Aun con lo borroso de su formulación, se trataba de una inequívoca declaración de solidaridad monárquica contrarrevolucionaria. Con todo, los artículos secretos adicionales incluidos en el documento revelaron que las oscuras aguas de la política de poder seguían corriendo de la manera acostumbrada. El artículo 2 declaraba que las partes contratantes reservaban para sí el poder de «intercambiar en su beneficio varias de sus presentes y futuras adquisiciones», siempre tras mutua consulta, y el artículo 6 prometía que el emperador «emplearía de buena gana sus buenos oficios con la corte de Petersburgo y la corte de Polonia con el fin de obtener las ciudades de Thorn y Danzig [para Prusia]…»[6].

La declaración agitó las llamas del extremismo político de la Asamblea francesa, reforzando a la facción de Brissotin, que prefería la guerra como medio para restaurar la suerte de los franceses e impulsar la revolución. Entre finales de 1791 y comienzos de 1792, aumentaron en París las presiones a favor de la guerra[7]. Mientras tanto, prusianos y austríacos definían y establecían sus objetivos. El plan —según los términos de una alianza firmada el 7 de febrero de 1792— consistía en lanzar una serie de transferencias territoriales forzadas en la periferia occidental del Sacro Imperio Romano. Los aliados conquistarían primero Alsacia, transfiriendo una parte de esta a

Austria y la otra al elector palatino, que, a su vez, se vería obligado a ceder Jülich y Berg a Prusia.

No está claro si, y en qué momento concreto, los aliados pensaron seriamente en invadir Francia, pero se hizo inevitable el conflicto bélico el 20 de abril de 1792, cuando el gobierno francés declaró la guerra oficialmente al emperador austríaco. Mientras se preparaban para una invasión, los prusianos y austríacos asumieron el hecho de la contrarrevolución ideológica. El 25 de julio, el comandante prusiano y comandante adjunto de las fuerzas aliadas, Carlos Guillermo Fernando duque de Brunswick-Lüneburg, hizo pública una declaración que será conocida como el Manifiesto de Brunswick. El incendiario documento, basado en un borrador elaborado por vengativos emigrados franceses, afirmaba (de manera algo mendaz) que las dos cortes aliadas «no albergaban intención ninguna de enriquecerse por medio de conquistas», prometía que todos aquellos que se pusieran bajo la autoridad del rey francés serían protegidos, y amenazaba a los guardias revolucionarios capturados con castigos draconianos. La declaración finalizaba con una nota de amenaza que radicalizó ulteriormente las actitudes en París:

> Las dichas Majestades declaran, sobre su palabra de honor como emperador y rey, que si el Château de las Tuileries [donde estaban encerrados el rey cautivo y su familia] es asaltado por la fuerza o atacado, si la más mínima violencia se ejerce sobre su Majestad el rey, la reina y la familia real, y si su seguridad y su libertad no quedan garantizadas inmediatamente, se infligirá una memorable venganza cayendo sobre la ciudad de París una acción militar y una completa destrucción, y sobre los rebeldes culpables de dicho ultraje, el castigo que merecen[8].

Acompañando a una fuerza austro-prusiana que penetraba pesadamente en Francia al final del verano de 1792 se hallaba un pequeño ejército de emigrados dirigido por el hermano de Luis XVI, el conde de Artois. Este resultó ser más problemático de lo que merecía: era profundamente impopular entre la población francesa e ineficaz como fuerza de combate. Su principal función fue la de reforzar las credenciales contrarrevolucionarias de los invasores. Los campesinos y ciudadanos a los que se confiscaron alimentos y ganado recibieron notas con promesas en nombre de Luis XVI junto a arrogantes garantías de que el rey, una vez restaurado en el trono, «se los pagaría» cuando terminase la guerra.

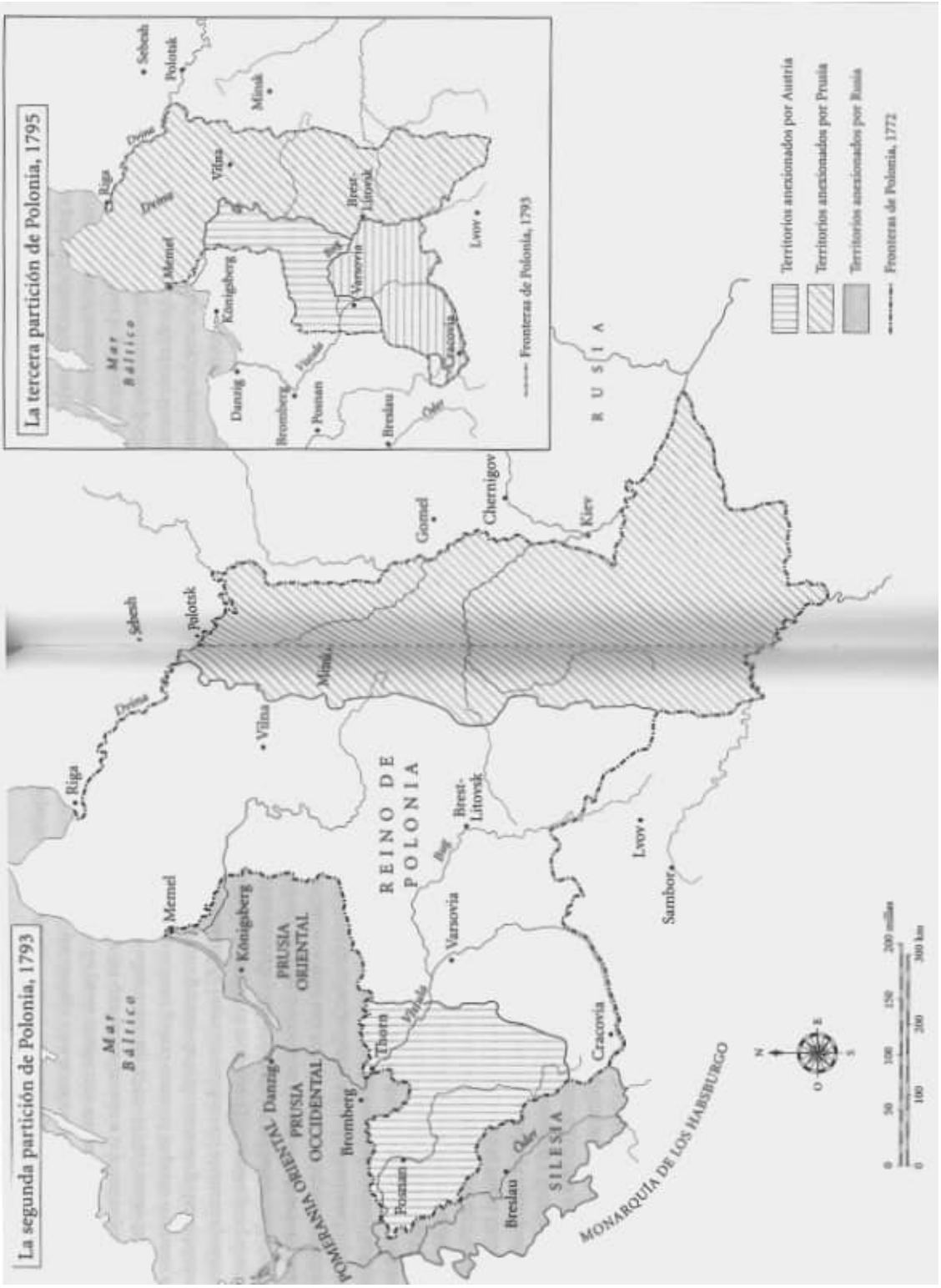
Mientras tanto, la campaña aliada resultó ser un fracaso. Prusianos y austríacos habían tenido siempre grandes dificultades para coordinar sus fuerzas en la periferia occidental del imperio; y la campaña de 1792 no fue una excepción. La confusión y la conflictividad por las prioridades persiguieron la planificación desde un principio y el avance aliado fue

detenido en seco en la batalla de Valmy, el 20 de septiembre. Aquí las tropas invasoras se vieron enfrentadas a unas posiciones enemigas inexpugnables, desplegadas sobre un amplio arco en un terreno elevado. Ambos bandos emplearon sus artillerías, pero fueron los franceses quienes llevaron las de ganar, bombardeando una y otra vez las lineas aliadas, hasta que unos 1200 soldados quedaron segados por los proyectiles de cañón sin que sus unidades hubiesen podido llevar a cabo ningún asalto sobre las posiciones enemigas. Era la primera vez que un ejército de la Revolución se había mantenido firme ante sus enemigos. Desanimadas por este despliegue de decisión, las fuerzas aliadas se retiraron de sus expuestas posiciones, dejando a los franceses el control del campo de batalla.

Los prusianos continuaron siendo miembros formalmente de la coalición tras Valmy, e incluso combatieron con cierto éxito contra los franceses en Alsacia y el Sarre. Pero nunca llegaron a comprometer más que una pequeña fracción de sus recursos en esta campaña, pues su atención estaba en otro lugar. Lo que distrajo a los hombres de Berlín era la perspectiva abierta en Polonia. La pauta consistente en turbulencias internas y externas y en la obstrucción que había llevado a la primera partición continuó a lo largo de los años 1780. En 1788-1791, cuando Rusia se encontraba atascada en una costosa guerra contra el Imperio otomano, el rey Estanislao Augusto y una partida de reformadores polacos habían aprovechado la oportunidad de impulsar cambios en el sistema político. La nueva constitución polaca de 3 de mayo de 1791 creaba, por primera vez, una monarquía hereditaria y un esbozo de un gobierno central operativo. «Nuestro país está salvado», anunciaron sus autores. «Nuestras libertades quedan garantizadas; somos una nación libre e independiente; hemos destruido las ataduras de la esclavitud y del mal gobierno[9]».

Pero ni los prusianos ni los rusos dieron la bienvenida a estos cambios. La creación de una Polonia independiente iba a contrapelo de casi un siglo de política exterior rusa. Oficialmente, Federico Guillermo II felicitó a los polacos por su nueva constitución, pero entre bastidores se produjo una alarma y la perspectiva de un resurgimiento de Polonia. «Preveo que tarde o temprano Polonia nos arrebatará la Prusia Occidental…», dijo Hertzberg a un alto diplomático prusiano. «¿Cómo podemos defender nuestro estado contra una nación numerosa y bien gobernada?»[10]. El 18 de mayo de 1792 Catalina II lanzó a 100 000 rusos contra este reino. Habiendo jugado con la idea de apoyar a los polacos contra la invasión (con la esperanza de evitar o limitar las anexiones rusas), los prusianos aceptaron en cambio una oferta de

partición por parte de San Petersburgo. Según los términos del Tratado de San Petersburgo del 23 de enero de 1793, los prusianos recibían las importantes ciudades comerciales de Danzig y de Thorn y un sustancial triángulo de territorio que taponaba la grieta entre Silesia y Prusia Oriental y además abarcaba las zonas más ricas del estado polaco. Los rusos se sirvieron una enorme porción que comprendía casi la mitad de lo que quedaba de la superficie polaca. El acuerdo era claramente desigual (en el sentido de que la porción rusa era cuatro veces la de Prusia), pero otorgaba a los prusianos más de lo que habían deseado tradicionalmente y liberaba a Berlín de toda obligación de compensar a Austria en el oeste[11].



En marzo de 1794, el levantamiento contra las potencias de la partición iniciado por el patriota polaco Tadeusz Kosciuszko sentó las bases de una ulterior y última partición. Aunque el levantamiento estuvo dirigido en primer lugar contra Rusia, fue Prusia la primera que trató de sacar ventaja. Pensaban que, suprimiendo el levantamiento, podían optar por reclamar más territorio polaco en pie de igualdad con Rusia. Pero al tener desplegadas todavía

numerosas tropas en el oeste, los prusianos estaban ya demasiado presionados y tras algunos primeros éxitos contra el levantamiento, se vieron obligados a retirarse y pedir ayuda a los rusos. Viendo posibilidades, los austríacos también se unieron a la refriega. Tras una desesperada campaña de reclutamiento masivo, Kosciuszko pudo hacer frente a los ejércitos de Rusia, Prusia y Austria durante casi ocho meses, pero el 10 de octubre de 1794 la victoria rusa de Maciejowice, al sureste de Varsovia, puso fin al levantamiento. Ahora se abría el camino para una tercera y última partición de Polonia. Tras fuertes querellas entre los tres aliados, se acordó una división tripartita el 24 de octubre de 1795, por la cual los prusianos obtuvieron un nuevo territorio que cubría unos 55 000 kilómetros cuadrados de Polonia central, que incluía la antigua capital, Varsovia, y aproximadamente un millón de habitantes. Polonia había dejado de existir.

Los peligros de la neutralidad

Algo extraordinario había ocurrido en el curso de la segunda y tercera particiones de Polonia, Federico Guillermo II, quizá la figura menos notable en el trono prusiano en el último siglo y medio, se hizo con más territorio para su reino que ningún otro soberano de la historia de la dinastía. Prusia aumentó su superficie en aproximadamente un tercio, llegando a más de 300 000 kilómetros cuadrados; su población pasó de 5,5 millones a unos 8,7. Con sus objetivos en el este más que conseguidos, Prusia no perdió tiempo en salir de la coalición antifrancesa en el oeste, firmando una paz separada con Francia en Basilea, el 5 de abril de 1795.

Una vez más, los prusianos habían dejado en la estacada a sus aliados. Escribanos y panfleteros se emplearon a fondo para producir propaganda austríaca que lanzó sus truenos, como tenía que ser, contra esta asquerosa retirada de una causa común contra Francia. Con frecuencia, los historiadores siguen la misma línea, denunciando la paz separada y la neutralidad que siguió como algo despreciable, «cobarde», «suicida» y «pernicioso[12]». El problema respecto a estas opiniones es que se basan en la presunción anacrónica de que la Prusia de finales del siglo XVIII tenía una misión «nacional» alemana que cumplir que en 1795 había estado a punto de realizarse. Pero si fijamos firmemente nuestra atención en el estado prusiano y sus intereses, entonces la paz separada parece la mejor opción. Prusia estaba exhausta financieramente, su administración interna luchaba por asimilar una

larga hilera de territorios polacos recientemente adquiridos y no podía permitirse continuar la campaña bélica en occidente. En la corte berlinesa apareció un «partido de la paz» que propugnaba, con poderosos argumentos económicos, la retirada de la coalición antifrancesa[13].

Los términos del Tratado de Basilea, en todo caso, eran —al menos sobre el papel— muy ventajosos para Prusia. Entre ellos, se hallaba un acuerdo por el que Francia y Prusia hacían suyo el mantenimiento de la neutralidad de Alemania del norte. La zona neutral proporcionaba a Berlín la oportunidad de extender su influencia sobre los estados alemanes menores de la zona. El ministro de Asuntos Exteriores Haugwitz se apresuró a capitalizar todo esto persuadiendo a una serie de territorios de Alemania del norte (incluido Hanóver) de que se uniesen al sistema de neutralidad prusiano y zafarse así de las obligaciones defensivas del Sacro Imperio Romano[14]. Finalmente, la zona de neutralidad dejó a Prusia las manos libres en el este y garantizó que la agresión francesa se centraría contra los austríacos —lo que, en este sentido, coincidía con la tradicional política dualista—. Pero había más, en otras palabras, respecto a la neutralidad que la mera evitación de la guerra con Francia. Firmada la paz, y con Prusia a salvo detrás de «línea de demarcación» nortealemana, el rey pudo permitirse echar una mirada sobre lo que se había realizado con cierta satisfacción.

De todos modos, sus logros eran menos sólidos de lo que parecían. Ahora Prusia estaba aislada. En los últimos seis años se había aliado —y luego había abandonado— a prácticamente todas las potencias europeas. La conocida predilección del rey por la diplomacia secreta y su caótica duplicidad hizo de él una solitaria y poco fiable figura de la escena diplomática. La experiencia mostraría pronto que a menos que Prusia pudiese contar con el apoyo de una gran potencia para defender la línea de demarcación alemana, la zona de neutralidad sería indefendible y por tanto, en gran medida, sin sentido. Un asunto de significado a más largo plazo fue la desaparición de Polonia del mapa de Europa. Aunque dejemos a un lado el atentado moral cometido contra Polonia por las potencias particionistas, queda el hecho de que una Polonia independiente había jugado un papel crucial como territorio cojinete e intermediario entre las tres potencias orientales[15]. Ahora que Polonia ya no existía, Prusia compartía, por primera vez en su historia, una larga e indefendible frontera con Rusia[16]. De ahora en adelante, la suerte de Prusia sería inseparable de la de su vasto y cada vez más poderoso vecino oriental.

Al refugiarse en la zona de neutralidad del norte de Alemania establecida con Francia en Basilea en 1795, Berlín marcaba también su total indiferencia

por el futuro del Sacro Imperio Romano: la línea de demarcación dividía a Alemania por la mitad, abandonando el sur a Francia y a la frágil merced de los austríacos. Además, un acuerdo secreto adjuntado al Tratado de Basilea de 1795 declaraba que si Francia acababa conservando los territorios prusianos que había ocupado en Renania, los prusianos deberían ser recompensados con indemnizaciones territoriales al este del Rin —siniestra anticipación de la carrera por las anexiones que consumirá a Alemania a finales del decenio—. Asimismo, los austríacos abandonaban toda pretensión de acomodar las susceptibilidades de los estados menores y mínimos. Las fuerzas austríacas comprometidas en la guerra con Francia se comportaron más como una fuerza de ocupación que como una fuerza aliada en los estados del sur de Alemania, y el barón Johann von Thugut, el inteligente y poco escrupuloso ministro nombrado en marzo de 1793 para ocuparse de la política exterior austríaca, centró sus planes para Alemania en una renovada versión del antiguo proyecto de intercambio bávaro. En octubre de 1797 Viena llegaba a un acuerdo con Napoleón Bonaparte para intercambiar los Países Bajos austríacos por Venecia y Salzburgo, uno de los más importantes principados eclesiásticos del antiguo imperio[17]. Parecía que la suerte de Polonia estaba a punto de visitar también al Sacro Imperio Romano. Hans Christoph von Gagern, ministro principal del pequeño condado de Nassau, convirtió esta conexión en realidad cuando observaba, en 1797: «Los príncipes alemanes, hasta ahora, se han hallado en la doble mala suerte de querer un acercamiento entre Prusia y Austria cuando piensan en Francia y de temerlo cuando piensan en Polonia[18]».

El objetivo primero de la política francesa *vis-a-vis* de Alemania en estos años era la «restauración» de las «fronteras naturales» de Francia, un concepto totalmente fantasioso inventado por la Asamblea y atribuido a Luis XIV. En la práctica, significaba la anexión total de los territorios alemanes a lo largo de la orilla izquierda del río Rin. La zona era un denso mosaico de principados imperiales, que abarcaban territorios pertenecientes al rey Hohenzollern de Prusia, a los electorados de Colonia, Tréveris y Maguncia, al elector palatino, al duque de Pfalz-Zweibrücken, varias ciudades imperiales y otras numerosas soberanías. Su absorción por parte del estado unitario francés estaba destinada a tener un impacto catastrófico sobre el imperio. Con todo, los territorios alemanes no estaban en posición de disputar las adquisiciones de Francia en el oeste. Los estados mayores —Baden, Württemberg y Baviera— ya habían sido eliminados de la guerra y trataban de establecer puentes con Francia. En la Paz de Campo Formio, firmada en

octubre de 1797 tras la victoriosa campaña de Bonaparte contra los austríacos en el norte de Italia, Viena extendió su reconocimiento formal a las conquistas francesas en la Renania alemana. Se acordó, asimismo, que las consecuencias, para el imperio en conjunto, de la anexión francesa se decidirían por trato directo entre Francia y los representantes de los territorios imperiales. Así se preparaba la escena para las prolongadas negociaciones que culminarían en el reparto de la Europa alemana. Estas comenzaron en noviembre de 1797 en la pintoresca ciudad de Rastatt, en Baden, y terminaron, tras varias interrupciones y reanudaciones, con el Informe de la Delegación Imperial (conocido en alemán con el desmesurado término de *Reichsdeputationshauptschluss*), publicado en Regensburg el 27 de abril de 1803.

El informe anunciaba una revolución geopolítica. Menos seis, eran barridas todas las ciudades imperiales; de la panoplia de principados eclesiásticos, desde Colonia y Tréveris a las abadías imperiales de Corvey, Ellwangen y Guttenzell, solo tres siguieron estando en el mapa. Los principales ganadores fueron los principados grandes y medios. Los franceses, siguiendo su veterana política de crear estados clientes alemanes, fueron especialmente generosos hacia Baden, Württemberg y Baviera, cuya posición geográfica entre Francia y Austria los convertía en útiles aliados. Baden era el principal vencedor proporcionalmente: había perdido 440 kilómetros cuadrados por las anexiones francesas pero se compensó con más de 3237 kilómetros cuadrados de territorio arrebatado a los obispados de Speyer, Strassburg, Constanza y Basilea. Otro vencedor fue Prusia, que recibió el obispado de Jildesheim, Paderborn, la mayor parte de Münster, Erfurt y el Eichsfeld, las abadías de Essen, Werden y Quedlingburg, la ciudad imperial de Nordhausen, Mühlhausen y Goslar. Prusia había perdido unos 2642 kilómetros cuadrados de tierras renanas con 127 000 habitantes, pero había ganado casi 13 000 kilómetros cuadrados de territorio con una población de alrededor de medio millón.

El Sacro Imperio Romano estaba en las últimas. Perdidos los principados eclesiásticos, las mayorías católicas en la dieta ya no lo eran y la catolicidad del imperio era algo del pasado. Su *raison-d'étre* como incubadora protectora de la diversidad política y constitucional de la Europa central tradicional se había agotado. La antigua asociación entre la corona imperial y la Casa de Habsburgo parecía ahora ya no tener sentido, incluso para el sucesor de Leopoldo II, Francisco II, que lógicamente se declaró emperador hereditario de Austria en 1804, con el fin de garantizar una base independiente para su

título imperial. El fin formal del imperio, anunciado por el heraldo imperial tras la habitual fanfarria de trompetas en Viena, el 6 de agosto de 1806, pareció una mera formalidad y no provocó demasiados comentarios notables en época.

Habría más reorganizaciones territoriales antes de que terminasen las guerras napoleónicas, pero el esquema básico de una Alemania simplificada para el siglo XIX ya era visible. Los nuevos territorios de Prusia reforzaron su predominio en el norte. La consolidación de Baden, Württemberg y Baviera en el sur formó el núcleo de un bloque compacto de estados intermedios que se enfrentaría a las ambiciones hegemónicas de Austria y de Prusia en la era posbélica. La desaparición de los estados eclesiásticos provocó, asimismo, que millones de católicos alemanes se encontraran viviendo en comunidades diaspóricas en el seno de entidades políticas protestantes, situación con implicaciones a largo plazo para la vida política y religiosa de la moderna Alemania. En medio de las ruinas del pasado imperial, estaba tomando forma el futuro alemán.

De la neutralidad a la derrota

El 14 de octubre de 1806 el teniente Johann von Borcke, de veintiséis años, está destacado en un cuerpo de ejército de 22 000 hombres bajo el mando del general Ernst Wilhelm Friedrich von Rüchel al oeste de la ciudad de Jena. Todavía estaba oscuro cuando llegaron noticias de que las tropas de Napoleón habían atacado al grueso del ejército prusiano en una meseta cercana a la ciudad. El rumor de los cañonazos se podía oír ya en el este. Los hombres tenían frío y estaban anquilosados tras una noche transcurrida apiñados sobre un terreno mojado, pero la moral aumentó cuando el sol naciente comenzó a dispersar la niebla y a calentar espaldas y extremidades. «Las dificultades y el hambre se olvidaron», recordaba Borcke. «La “Canción del jinete” de Schiller resuena en miles de gargantas». Hacia las diez, Borcke y sus hombres comenzaron a marchar hacia Jena. Mientras marchaban hacia el este por la carretera principal, vieron a muchos heridos que volvían del campo de batalla. «Cada cosa llevaba el sello de la disolución y del combate brutal». Sin embargo, hacia mediodía, llegó galopando a lo largo de la columna un ayudante con una nota del príncipe de Hohenlohe, que mandaba la principal fuerza prusiana que luchaba contra los franceses cerca de Jena: «Deprisa, general Rüchel, para compartir conmigo esta victoria a medias; estoy

derrotando a los franceses en todas partes». Se dieron órdenes para que este mensaje fuese difundido por toda la columna y unos estentóreos vítores se elevaron de las filas de soldados.

Al acercarse al campo de batalla el cuerpo atravesó el pequeño pueblo de Kapellendorf; a medida que se avanzaba se veían las calles atascadas por cañones, carros, heridos y caballos muertos. Al salir del pueblo, el cuerpo llegó a una fila de colinas bajas, donde los hombres tuvieron su primera visión del campo de batalla. Horrorizados, solo podían verse «débiles líneas y restos del cuerpo» de Hohenlohe que resistían el ataque francés. Adelantándose para preparar un ataque los hombres de Borcke se vieron saludados por las balas disparadas por los francotiradores franceses que estaban tan bien posicionados y ocultos tan hábilmente que los disparos parecían llegar de ningún sitio. «Ser tiroteado de esta manera», recordaba Borcke más tarde, «sin ver al enemigo, ejercía una terrible impresión en nuestros soldados, pues no estaban acostumbrados a este tipo de lucha, perdían la fe en sus armas e inmediatamente percibían la superioridad del enemigo».

Nerviosos por la ferocidad del fuego, tanto el comandante como las tropas se sintieron deseosos de llegar a una resolución. Se lanzó un ataque contra las unidades francesas detenidas cerca del pueblo de Vierzehnheiligen. Pero ante el avance de los prusianos, el fuego de la artillería y de los fusiles enemigos se hizo cada vez más intenso. Contra este el cuerpo solo disponía de unos cuantos cañones regimentales, que enseguida se averiaron y hubieron de ser abandonados. La orden: «¡Sobre el hombro, adelante!» se lanzó a toda la línea y las columnas prusianas que avanzaban viraron hacia la derecha, torciendo el ángulo de ataque. En este proceso los batallones de la izquierda comenzaron a distanciarse y los franceses, trayendo más cañones, abrieron espacios cada vez más amplios en las columnas que avanzaban. Borcke y sus colegas oficiales galoparon adelante y atrás, tratando de reconstituir las líneas quebradas. Pero había muy poco que hacer para reducir la confusión del ala izquierda, ya que el comandante, el mayor Von Pannwitz, había sido herido y ya no estaba sobre su caballo, y el ayudante, teniente Von Jagow, había muerto. El coronel del regimiento, Von Walter, fue el siguiente mando que cayó, seguido por el propio general Rüchel y varios oficiales de Estado Mayor.

Sin esperar órdenes, los hombres del cuerpo de Borcke comenzaron a disparar a discreción en dirección a los franceses. Algunos, habiendo consumido sus municiones, corrieron, con las bayonetas caladas, contra las

posiciones enemigas, solo para ser alcanzados por fuego de bala o «fuego amigo». El terror y el caos se apoderaron de ellos, aumentados por la llegada de la caballería francesa, que penetró en la agitada masa de prusianos, golpeando con los sables cada cabeza y cada brazo que se puso a su alcance. Borcke se vio arrastrado irresistiblemente por las masas que huían del campo de batalla hacia el oeste a lo largo de la carretera de Weimar. «No pude salvar nada», escribió Borcke, «excepto mi despreciable vida. Mi angustia mental era extrema; físicamente me hallaba en un estado de completo agotamiento y me veía arrastrado entre cientos de hombres en medio del más horroroso caos…»[19].

La batalla de Jena había terminado. Los prusianos habían sido derrotados por una fuerza mejor mandada de entidad más o menos igual (habían sido desplegados 53 000 prusianos y 54 000 franceses). Aún peores eran las noticias de Auerstedt, a pocos kilómetros al norte, donde, el mismo día, un ejército prusiano de unos 50 000 hombres, al mando del duque de Brunswick, fue derrotado por una fuerza francesa, la mitad de numerosa, mandada por el mariscal Davout. En los siguientes quince días, los franceses vencieron a un contingente prusiano menor cerca de Halle y ocuparon las ciudades de Halberstadt y Berlín. A estas siguieron otras victorias y capitulaciones. El ejército prusiano no solo había sido derrotado; había sido arrasado. En palabras de un oficial que estuvo en Jena; «La estructura militar tan cuidadosamente movilizada y aparentemente inquebrantable se vio sacudida hasta los cimientos[20]». Este era precisamente el desastre que el pacto de neutralidad prusiano de 1795 pretendía evitar. ¿Cómo había sucedido esto? ¿Por qué los prusianos abandonaron la relativa seguridad del pacto de neutralidad para hacer la guerra contra el emperador de Francia, que estaba en la cúspide de su poder?

Después de 1797, con la subida al trono de Federico Guillermo III, individuo dubitativo, cauto, la neutralidad adoptada como expediente por su predecesor se asentó en un tipo de sistema, en el sentido de que los prusianos se agarraron a él, incluso cuando había una presión considerable —como en 1799 durante la preparación de la segunda coalición contra Francia— para unirse a uno de los bandos en guerra. Hasta cierto punto, esto reflejaba las preferencias del monarca. A diferencia de su padre, Federico Guillermo III no tenía interés en llegar a ser reconocido: «Todo el mundo sabe», le dijo a su tío en octubre de 1798, «que aborrezco la guerra y sé que no hay nada más grande sobre la tierra que la conservación de la paz y la tranquilidad como el único sistema adecuado para la felicidad del género humano…»[21]. Pero la

política de neutralidad prevaleció, asimismo, porque se aportaron muchos buenos argumentos en su apoyo. Como el propio rey, más de forma casuística, apuntaba, permanecer neutral dejaba abierta la posibilidad de guerra más adelante y era esta la opción más flexible. Su mujer, Luise de Mecklenburg-Strelitz, figura enérgica con múltiples contactos entre los ministros más importantes, avisó de que la guerra junto a las potencias de la coalición acabaría llevando a la dependencia de Rusia. Este argumento se basaba en el punto de vista correcto de que Prusia sería, con considerable margen, la menor de las grandes potencias. Como tal, carecía de los medios para garantizar que se cuidaran sus intereses por medio de la alianza con una u otra de las potencias en guerra. El tesoro estatal, además, seguía teniendo un gran déficit; sin la cobertura de la neutralidad, resultaba imposible restablecer las finanzas del reino y prepararlas para un conflicto futuro. Finalmente, la neutralidad era atractiva al ofrecer perspectivas de expansión territorial en la Alemania del norte. Esta promesa se hizo en parte en la convención secreta firmada por Prusia y Francia el 23 de mayo de 1802, cuando se prometió a Prusia una larga serie de antiguas ciudades imperiales y principados eclesiásticos secularizados por el derecho de prioridad del Informe Final de la Diputación Imperial publicado al año siguiente. Tan convincentes parecieron los beneficios de la neutralidad a los ministros y secretarios ministeriales prusianos encargados de aconsejar al rey en política que no hubo prácticamente una oposición seria hasta 1805[22].

El problema fundamental para Prusia durante los años de neutralidad fue simplemente la exposición del reino, entre Francia y Rusia, que amenazaba con convertir en un sinsentido la zona de neutralidad y el lugar supuestamente dominante de Prusia en ella. Aquí se daba un inconveniente geopolítico que había preocupado a los Hohenzollern ya desde los días del Gran Elector[23]. Sin embargo, ahora la amenaza era incluso más pronunciada, debido a las anexiones francesas en Alemania y la supresión de la zona cojinete polaca que antaño había separado a Prusia de Rusia[24]. Viene al caso la breve ocupación prusiana de Hanóver, en marzo-octubre de 1801. Anexionada a la corona británica por unión personal, Hanóver era el segundo territorio más extenso en la zona de neutralidad y blanco obvio de todo estado que quisiese presionar diplomáticamente a Gran Bretaña. En el invierno y primavera de 1800-1801, el zar Pablo I maquinó un acercamiento a Francia con la esperanza de debilitar la supremacía marítima británica en el Báltico y en el mar del Norte y presionó a Berlín para que ocupase el Electorado de Hanóver, en la creencia de que esto convencería a Gran Bretaña de que se echase atrás.

El rey prusiano dudaba, pero acabó aceptando cuando se hizo evidente que Francia ocuparía Hanóver si Prusia no lo hacía —acción que habría demolido los últimos fragmentos de credibilidad sobre el papel de Prusia como garante de la zona de neutralidad—. Los prusianos se retiraron de nuevo a la primera oportunidad, pero el episodio ilustra el escaso espacio del que gozaban para maniobras autónomas, incluso en la zona de neutralidad que ellos habían construido en la Paz de Basilea. Esto, además, agrió las relaciones entre Berlín y Londres, donde había muchos que pensaban que el fin último de los prusianos era «poseer los dominios electorales del rey [británico[25]]».

La vaciedad de la exigencia hegemónica de Berlín en la zona de neutralidad quedó expuesta ulteriormente por la compensación de los pequeños y medianos estados alemanes con territorios perdidos para Francia; en vez de mirar hacia Berlín, estos estados negociaron directamente con París, evitando sin más a los prusianos[26]. En julio de 1803 Napoleón puso de manifiesto su total desprecio hacia las susceptibilidades de Prusia ordenando la ocupación de Hanóver por Francia. Otro golpe al prestigio prusiano se dio en el otoño de 1804, cuando las tropas francesas penetraron en Hamburgo y secuestraron al enviado británico en la ciudad, *sir* George Rumhold. En Berlín, el secuestro se consideró un atropello: Rumhold había sido acreditado ante la corte de Federico Guillermo para llevar a cabo sus obligaciones, como así fue, bajo la protección del de Prusia. Además, la acción había implicado una flagrante brecha en el pacto de neutralidad y del derecho internacional. Federico Guillermo envió una dura protesta a Napoleón, y se evitó una crisis con Francia solo cuando Napoleón, inesperadamente, echó marcha atrás y liberó a Rumhold[27].

Otra ruptura se produjo en octubre de 1805, cuando las tropas francesas cruzaron por los enclaves de los Hohenzollern de Ansbach y Bayreuth, en su camino hacia el sur para enfrentarse al ejército austro-ruso en Austerlitz. Ante tales provocaciones, los argumentos de la neutralidad prusiana parecían cada vez más pobres. No se sabe si Federico Guillermo III meditó sobre la agitada experiencia del Gran elector con la neutralidad, o si recordó el comentario de Leibniz, hecho en el momento culminante de la Guerra del Norte: «Ser neutral es más bien como uno que vive en medio de una casa y se lo ahúma desde abajo y resulta calado con orina desde arriba[28]».

La dificultad reside en determinar cuál era la mejor alternativa a la neutralidad. Prusia, ¿debía ponerse del lado de Francia o de Rusia y de las potencias de la coalición? Las opiniones estaban divididas. La controversia creció en la antecámara del poder cuando los ministros, secretarios

ministeriales y consejeros varios compitieron por la influencia sobre el monarca. Esta lucha se vio sancionada por el rey, que pretendía no caer bajo el control de ningún grupo de intereses por lo que continuó consultando a los ministros de estado, al consejo de ministros, a los secretarios ministeriales, a su mujer y a varios amigos sobre asuntos clave. Las personalidades importantes de la lucha para controlar la política exterior eran el recientemente jubilado ministro de Asuntos Exteriores, conde Christian von Haugwitz, y Karl August von Hardenberg, anteriormente de Ansbach-Bayreuth, que fue el sucesor de Haugwitz tras la jubilación de este a causa de su mala salud, en 1804.

Durante la crisis de Rumhold, Hardenberg comenzó a presionar para llegar a una alianza con Rusia, y a un alejamiento respecto a Francia, en parte con la esperanza de explotar la debacle de la política de neutralidad de Haugwitz para avanzar en su carrera. Haugwitz, que estaba jubilado, fue reclamado de nuevo para asesorar al monarca, aconsejó precaución, mientras, al mismo tiempo, maniobraba para dejar a un lado a Hardenberg y recuperar el control de la política exterior. Hardenberg defendió su posición con su energía y rudeza habituales, cuidando de buscar favores del monarca, del que todo dependía[29]. Como muestra su enfrentamiento, las divergencias de opinión fueron amplificadas por las relaciones enfrentadas en el seno de la élite política. Esto fue posible, precisamente, debido a que los problemas de seguridad de Prusia en 1805-1806 fueron tales que no admitían resoluciones simples. Ambas opciones, alianza con Francia o alianza con las potencias de la coalición, parecían igualmente plausibles —e igualmente desalentadoras.

Los acontecimientos internacionales inclinaron la balanza de la política prusiana primero hacia un lado y luego hacia el otro. En octubre de 1805, tras la ruptura de la neutralidad de Francia en Ansbach y Bayreuth, se intensificaba el interés por una alianza con Rusia. A fines de noviembre, Haugwitz fue enviado a entregar un intransigente ultimátum a los franceses. Pero acababa de ponerse en camino cuando los acontecimientos inclinaron de nuevo la balanza hacia Francia. Al llegar al cuartel general de Napoleón, Haugwitz se enteró de la terrible derrota que los ejércitos del emperador acababan de infligir a las fuerzas combinadas austro-rusas en Austerlitz (2 de diciembre de 1805). Dándose cuenta de que su ultimátum ya no era oportuno, el emisario prusiano, en cambio, ofreció a Napoleón una alianza. El Tratado de Schonbrunn (15 de diciembre de 1805) Junto a otros acuerdos complementarios impuestos por Francia, comprometía a Prusia no solo a una alianza general con Napoleón, sino también a la anexión de Hanóver y el

cierre de los puertos del norte a los barcos británicos. Federico Guillermo estimó que esto significaba una guerra con Gran Bretaña, pero consideró este resultado como un mal menor comparado con ser destruido por Francia. Parecía realmente como si Haugwitz hubiese salido victorioso sobre su rival; en marzo de 1806 tuvo éxito al forzar la dimisión de Hardenberg. «Francia es todopoderosa y Napoleón el hombre del siglo», escribió Haugwitz al enviado prusiano Lucchesini en el verano de 1806. «¿Qué hay que temer si nos unimos a él?»[30].

Deseoso de evitar un conflicto con Rusia y decidido a mantener abiertas sus opciones, Federico Guillermo continuó desarrollando una política secreta encaminada a llegar a un acercamiento con San Petersburgo. Esto representó un respiro grato para Hardenberg, que ahora se había convertido en agente de una elaborada diplomacia encubierta: como parecía que se suprimía una fuerte cólera de la vida pública en marzo, se le confió la responsabilidad de entablar una relación secreta con Rusia, que a su vez hizo perder su sentido a la ostentosa política de Haugwitz de colaboración con Francia[31]. Nunca habían producido en Berlín tales extravagantes contorsiones las irresolubles complejidades de un dilema bifronte.

Surgía ahora una decidida oposición política en los escalones más elevados de la burocracia. Entre los más influyentes disidentes se hallaba el temperamental Freiherr vom Stein, un ministro de Berlín. Stein nunca había aprobado la neutralidad post 1795, al estimar que esta era (como era de esperar de un noble renano y patriota imperial) como un reprensible abandono de Alemania. En el invierno 1805-1806, al comprometer el conde Haugwitz a Prusia en una alianza con Napoleón, la anexión de Hanóver y la guerra con Gran Bretaña, el anglófilo Stein se consideró incapaz de apoyar el curso del gobierno. Acabó creyendo que solo una total reforma estructural del ejecutivo supremo permitiría al estado formular una política exterior más eficaz. En un acto que superaba radicalmente los límites de sus responsabilidades oficiales, elaboró un memorando con fecha 27 de abril de 1806 cuyo solo título era un manifiesto: «Presentación de la errónea organización del consejo de ministros y de la necesidad de celebrar una conferencia ministerial». El documento de Stein era notable por la fuerza de su lenguaje: en él los hombres del gabinete del rey eran acusados de «arrogancia, dogmatismo, ignorancia, debilidad física y moral, superficialidad, brutal sensualidad, traidores engaños, vergonzosas mentiras, estrechez de miras y nocivos cotilleos[32]». La respuesta a los apuros corrientes de la monarquía, afirmaba Stein, no reside solo en el despido de los réprobos, sino también en el establecimiento de

directrices de responsabilidad más claras. Según la situación actual, decía, los consejeros personales del rey poseen «todo el poder, mientras que los verdaderos ministros tienen toda la responsabilidad». Por lo que era necesario sustituir el arbitrario gobierno de los amigotes y favoritos por un sistema de gobierno ministerial responsable.

> Si Su Majestad no está de acuerdo con los cambios sugeridos, si persiste en gobernar bajo la influencia de un Consejo de ministros deficiente en su organización y censurable en su personal, hay que esperar que el estado deba ser disuelto o perder su independencia, y el amor y el respeto de sus súbditos se frustraría completamente […]. Nada le quedaría al funcionario decente sino abandonarlo, cubierto de inmerecida vergüenza, sin ser capaz de ayudar o de tomar partido contra la maldad que se derivaría[33].

Pocos documentos ilustrarían de forma más dramática cómo se había formado una atmósfera de rebelión en los escalones más altos de la administración prusiana. Por suerte, quizá, para Stein, su notable y rotunda carta nunca fue mostrada al rey. Stein se la entregó al general Rüchel (que pronto asumiría su desafortunado mando en Jena), pidiendo que le fuese enviada al monarca, pero el anciano general se mostró reticente. En mayo Stein se lo presentó a la reina Luise, que expresó su aprobación de la intención, pero estimó que era demasiado «violento y apasionado» para someterlo a su marido. Con todo, la carta hizo su tarea; circuló entre las principales personalidades de la administración, sirviendo para agudizar su oposición. En octubre de 1806, Stein era ya uno de los líderes de la oposición burocrática.

Mientras tanto, el dilema de la política exterior de Prusia siguió sin resolverse. «Su Majestad», avisaba Hardenberg en un memorando de junio de 1806, «ha sido colocado en una singular posición, la de ser aliado simultáneamente de Rusia y de Francia […]. Esta situación no puede durar[34]». En julio y agosto se lanzaron los tentáculos sobre otros estados del norte de Alemania con vistas a establecer una unión interterritorial; el fruto más importante de tales esfuerzos fue la alianza con Sajonia. Pero las negociaciones con Rusia avanzaron más lentamente, en parte debido al efecto calmante del todavía reciente desastre de Austerlitz y en parte porque empleó tiempo para aclarar la confusión generada por los meses de diplomacia secreta. Así, se había hecho muy poco para construir una coalición sólida cuando llegaron a Berlín noticias de una nueva provocación francesa. En agosto de 1806, se interceptaron mensajes que revelaron que Napoleón estaba negociando una alianza con Gran Bretaña, y que había ofrecido unilateralmente la restitución de Hanóver como incentivo para Londres. Era

un ultraje que iba demasiado lejos. Nada había demostrado mejor el desprecio de Napoleón por la zona de neutralidad de la Alemania del norte y por el lugar de Prusia en ella.

En este punto, Federico Guillermo III se hallaba sometido a una inmensa presión por elementos de su propio entorno para que optase por la guerra contra Francia. El 2 de septiembre se entregó al rey un memorando en el que se criticaba su política de presión a favor de la guerra. Entre los firmantes se hallaba el príncipe Luis Fernando, popular comandante militar y sobrino de Federico el Grande, dos de los hermanos del rey, el príncipe Enrique y el príncipe Guillermo, un primo y el príncipe de Orange. Elaborado para los firmantes por el historiógrafo de la corte Johannes von Müller, el memorando se mostraba moderado. En él, el rey era acusado de haber abandonado el Sacro Imperio Romano y de sacrificar a sus súbditos y la credibilidad de su palabra de honor en aras de la política de un mal concebido interés propio perseguido por el partido profrancés entre los ministros. Estaba poniendo en peligro el honor de su reino y de su casa al negarse a adoptar una postura. El rey veía en este documento un desafío calculado a su autoridad y respondió con rabia y alarma. En un gesto que evocaba una época anterior, cuando los hermanos luchaban por el trono, se ordenó a los príncipes que abandonaran la capital y volviesen a sus regimientos. Como reveló este episodio, la guerra de facciones respecto a la política exterior había empezado a estar fuera de control. Había surgido una dura «guerra de partidos» que incluía a miembros de la familia del rey, pero se centraba en los dos ministros, Karl August von Hardenberg y Karl von Stein. Su objetivo era poner fin a las tonterías y compromisos de la política de neutralidad. Pero sus medios implicaban la exigencia de un proceso de toma de decisiones sobre una base más amplia que ligaría al rey a algún tipo de mecanismo deliberativo colegiado[35].

Aunque el rey se mostró muy resentido por la impertinencia del memorando del 2 de septiembre, la acusación de prevaricación lo trastornó profundamente, barriendo su instintiva preferencia por la cautela y el aplazamiento. Y así fue como quienes tomaban decisiones en Berlín permitieron ser aguijoneados hacia una acción precipitada, aunque la inclinación hacia una coalición con Rusia y Austria apenas acababa de adquirir una forma concreta. El 26 de septiembre Federico Guillermo III dirigió una carta llena de amargas recriminaciones el emperador francés, insistiendo en que había que hacer honor al pacto de neutralidad, pidiendo la restitución de varios territorios prusianos del Bajo Rin, y concluía con estas palabras: «Quiera el cielo que podamos llegar a un entendimiento sobre la

base de dejaros en plena posesión de vuestra reputación, pero también dejar abierta la posibilidad de hacer honor a otros pueblos, [comprensión] que pondrá fin a esta fiebre de temor y esperanza, con lo que nadie puede contar en el futuro[36]». La respuesta de Napoleón, firmada en su cuartel general imperial de Gera, el 12 de octubre, sonaba a una impresionante mezcla de arrogancia, agresividad, sarcasmo y falsa preocupación:

> El 7 de octubre recibí la carta de Su Majestad. Siento muchísimo que se os haya hecho firmar un panfleto así. Os escribo solo para garantizaros que nunca atribuiré el insulto contenido en él a vos personalmente, pues son contrarios a vuestro carácter y simplemente nos deshonra a los dos. Yo desprecio y compadezco a la vez a los que han hecho tal trabajo. Poco después yo recibí una nota de su ministro pidiéndome fijar una cita. Bien, como un caballero, yo he cumplido con mi cita y ahora estoy esperando en el corazón de Sajonia. ¡Creedme, tengo unas fuerzas tan poderosas que todas las que vos tenéis no serían suficientes para negarme una victoria por mucho tiempo! Pero ¿por qué derramar tanta sangre? ¿Con qué finalidad? Yo le hablo a Su Majestad como le hablé al emperador Alejandro poco después de la batalla de Austerlitz […]. Señor, ¡Su Majestad será derrotado! ¡Despilfarraréis vos la paz de vuestra vejez, la vida de vuestros súbditos, sin ser capaz de aportar la más mínima excusa para mitigar todo esto! Hoy estáis vos con vuestra reputación sin tacha, y podéis negociar conmigo de un modo que vuestro rango merece, ¡pero antes de que pase un mes vuestra reputación puede ser diferente[37]!

Así habló el «hombre del siglo», «el alma del mundo a caballo» al rey de Prusia en el otoño de 1806. La suerte estaba echada para la prueba de las armas en Jena y Auerstedt.

Para Prusia, la oportunidad no podía ser peor. Ya que los contingentes del ejército prometidos por el zar Alejandro todavía no se habían materializado, la coalición con Rusia existía en gran parte solo en teoría. Prusia se enfrentó sola al poder de los ejércitos franceses, salvo por su aliado sajón. Irónicamente, la habitual dilación que el partido de la guerra deploraba en el rey, era ahora la única cosa que podía salvar a Prusia. Los comandantes prusiano y sajón habían deseado dar la batalla contra Napoleón en algún lugar del oeste de los bosques de Turingia, pero este avanzó más rápidamente de lo que se esperaba. El 10 de octubre de 1806 la vanguardia prusiana tomó contacto con las fuerzas francesas y fue derrotada en Saalfeld. Los franceses superaron el flanco de los ejércitos prusianos y, dándoles la espalda, sus formaciones se dirigieron a Berlín y al Oder, cortando el acceso de los prusianos a sus líneas de aprovisionamiento y a las rutas de retirada. Esta es una razón por la cual la posterior ruptura del orden en el campo de batalla resultó irreversible.

Las hazañas, relativas, del ejército prusiano habían declinado desde el fin de la Guerra de los Siete Años. Uno de los motivos era la excesiva importancia conferida a las formas cada vez más elaboradas de la instrucción

de parada. Estas no eran fruto de complacencias cosméticas —se debían a una razón genuinamente militar, en particular a la integración de cada soldado en una máquina de combate con una voluntad única y capaz de mantener la cohesión en condiciones de extrema tensión—. Aunque este punto de vista tenía sus bondades (entre otras, aumentaba el efecto disuasorio sobre el visitante extranjero que presenciaba los desfiles y maniobras anuales en Berlín), no se desenvolvía especialmente bien contra las flexibles y rápidas fuerzas desplegadas por los franceses bajo el mando de Napoleón. Otro problema era la dependencia del ejército prusiano de un gran número de tropas extranjeras —en 1786, cuando murió Federico, 110 000 de los 195 000 hombres en servicio en Prusia eran extranjeros—. Había muy buenas razones para conservar a las tropas extranjeras; sus muertes durante el servicio eran mucho más soportables y reducían el trastorno causado por el servicio militar a las economías domésticas. De todos modos, su presencia en tan gran número también traía problemas. Tendían a ser menos disciplinadas, menos motivadas y más inclinadas a desertar.

Sin duda, los decenios transcurridos entre la Guerra de Sucesión Bávara (1778-1779) y la campaña de 1806 conocieron importantes mejoras[38]. Se aumentó el número de unidades ligeras móviles y de los contingentes de fusileros (*Jager*) y el sistema de requisas de campaña fue simplificado y revisado. Nada de esto fue suficiente por sí solo para llenar el vacío que se abrió enseguida entre el ejército prusiano y las fuerzas armadas de la Francia revolucionaria y de Napoleón. En parte, esto fue simplemente cuestión de números —en cuanto la República francesa empezó a extraer de la clase trabajadora francesa a los reclutas nacionales bajo los auspicios de la *levée en masse* [reclutamiento masivo], no había ya ninguna posibilidad para los prusianos de poder seguir por ese camino—. La clave de la política prusiana debería haber sido, así, evitar todos los costes derivados de combatir a Francia sin la ayuda de aliados.

Desde el comienzo de las guerras revolucionarias, además, los franceses habían integrado a la infantería, caballería y artillería en divisiones permanentes apoyadas por servicios logísticos independientes y capaces de llevar a cabo operaciones mixtas autónomas. Bajo Napoleón, estas unidades fueron agrupadas en cuerpos de ejército de una flexibilidad y una capacidad ofensiva sin parangón. Por el contrario el ejército prusiano acababa apenas de comenzar a explorar la posibilidad de adoptar divisiones combinadas en la época que se enfrentaban a los franceses en Jena y Auerstedt. Los prusianos estaban muy por detrás de los franceses en la utilización de francotiradores.

Aunque, como hemos visto, se hicieron intentos de difundir este elemento en las fuerzas armadas, su número total siguió siendo bajo, el armamento no era de la mejor calidad y se dedicó tiempo insuficiente para estudiar cómo podía integrarse a los fusileros en un despliegue de grandes masas de soldados. El teniente Johann Borcke y sus compañeros de la infantería pagaron cara esta laguna en la flexibilidad táctica y en la capacidad ofensiva cuando se tropezaron con el mortal campo de batalla de Jena.

En un primer momento, Federico Guillermo III decidió iniciar negociaciones de paz con Napoleón tras Jena y Auerstedt, pero su acercamiento fue rechazado. Berlín fue ocupada el 24 de octubre y tres días más tarde Bonaparte entraba en la capital. Durante una breve estancia en la cercana Potsdam, realizó una famosa visita a la tumba de Federico el Grande, y se dice que permaneció de pie, muy pensativo, junto al ataúd. Según un relato, se volvió hacia los generales que estaban con él y puntualizó: «Señores, si este hombre viviese todavía, yo no estaría aquí». Esto era en parte *kitsch* imperial y en parte un tributo genuino a la extraordinaria reputación de la que gozaba Federico entre los franceses, especialmente entre las redes patrióticas que había ayudado a revitalizar la política exterior francesa y habían considerado siempre la alianza con Austria el mayor error del antiguo régimen francés. Desde hacía mucho tiempo Napoleón había admirado al rey prusiano: había estudiado atentamente las campañas de Federico y tenía una estatuilla de él en su despacho personal. El joven Alfred de Vigny afirmaba, algo divertido, haber observado a Napoleón remedando posturas de Federico, tomando rapé ostentosamente haciendo floreos con el sombrero «y otros gestos semejantes» —un elocuente testimonio de la continua resonancia del culto—. En los días en que el emperador francés estuvo en Berlín mostrando su respeto al fallecido Federico, su aún vivo sucesor había huido al rincón más extremo de su reino, suscitando paralelismos con los negros días de los años 1630 y 1640. Asimismo, el tesoro estatal había sido salvado oportunamente y transportado al este[39].

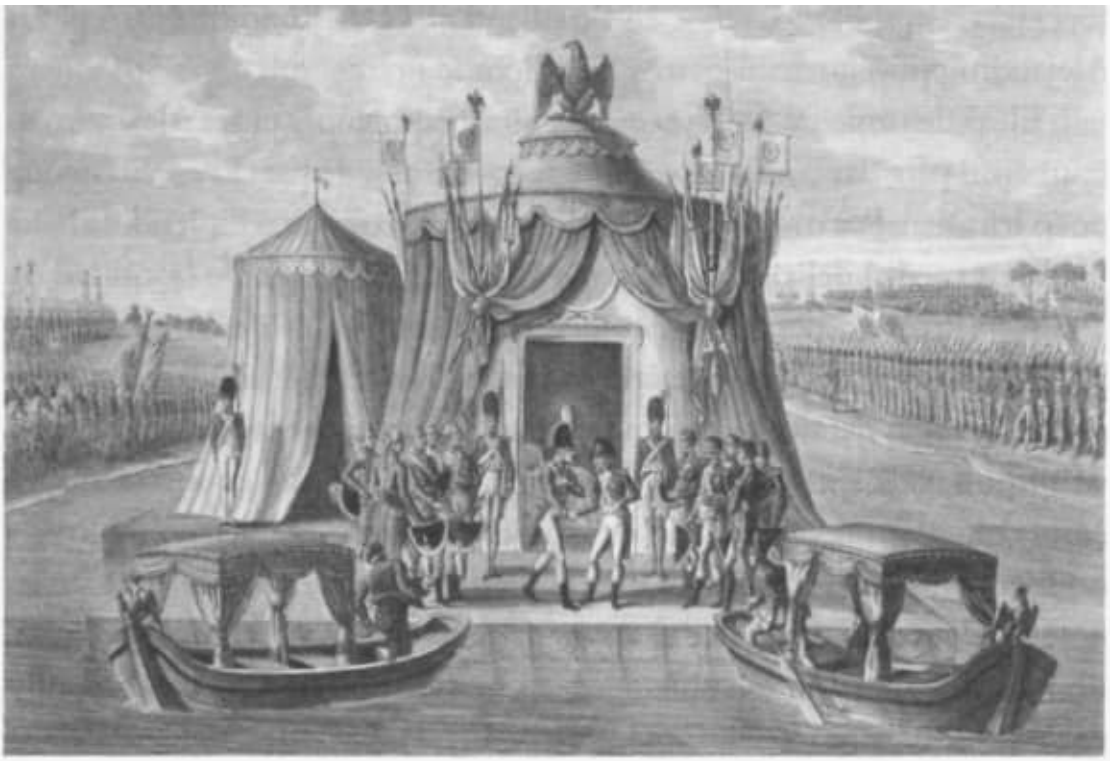
Ahora Napoleón estaba dispuesto a ofrecer un plan de paz. Exigió que Prusia renunciase a todos sus territorios al oeste del río Elba. Tras agónicas vacilaciones Federico Guillermo III firmaba un acuerdo al respecto en el palacio de Charlottenburg el 30 de octubre, tras lo cual Napoleón cambiaba de idea e insistía en que accedería a un armisticio solo si Prusia consentía en convertirse en la base de operaciones para un ataque francés contra Rusia. Aun cuando la mayoría de sus ministros apoyaba esta opción, Federico Guillermo se inclinó hacia la minoría que prefería continuar la guerra al lado

de Rusia. Todo dependía ahora de que los rusos frieran capaces de llevar suficientes fuerzas al campo de batalla para detener el impulso del avance francés.

En los meses que transcurrieron entre octubre de 1806 y enero de 1807, las fuerzas francesas habían avanzado rápidamente a través del territorio prusiano, forzando o aceptando la capitulación de fortalezas clave. El 7 y 8 de febrero de 1807, sin embargo, eran rechazados en Preussisch-Eylau por una fuerza rusa que incluía un pequeño contingente prusiano. Calmado por esta experiencia, Napoleón volvió a la oferta de armisticio de octubre de 1806, según la cual Prusia debería ceder tan solo sus territorios al occidente del Elba. Ahora era el turno de Federico Guillermo, que la rechazó, con la esperanza de que nuevos ataques rusos pudiesen inclinar la balanza ulteriormente con ventaja para Prusia. Pero estos no llegaron. Los rusos fracasaron en su intento de capitalizar la ventaja obtenida en Preussisch-Eylau, y los franceses continuaron en enero y febrero tomando las fortalezas prusianas de Silesia. En el entretanto, Hardenberg, que todavía estaba propugnando la política prorrusa con la que había triunfado en 1806, negociaba una alianza con San Petersburgo, firmada el 26 de abril de 1807. La nueva alianza duró poco; tras una victoria francesa sobre los rusos en Friedland el 14 de junio de 1807, el zar Alejandro pidió un armisticio a Napoleón.

El 25 de junio de 1807, el emperador Napoleón y el zar Alejandro se reunieron para dar comienzo a las conversaciones de paz. El escenario era poco habitual. Por orden de Napoleón se construyó una espléndida balsa fijada en medio del río Niemen, en Piktupönen, cerca de la ciudad de Tilsit, en Prusia Oriental. Puesto que el Niemen era la demarcación oficial del cese del fuego y los ejércitos ruso y francés fueron situados en las orillas opuestas del río, la balsa fue una solución ingeniosa por la necesidad de disponer de un territorio neutral donde pudieran reunirse ambos emperadores en igualdad de condiciones. Federico Guillermo de Prusia no fue invitado y se mantuvo miserablemente en la orilla durante varias horas, rodeado de oficiales del zar y envuelto en un capote ruso. Esto era, sin más, una de las muchas maneras en que Napoleón avisaba al mundo del estatus inferior del derrotado rey de Prusia. Las balsas del Memel estaban adornadas con guirlandas y coronas que llevaban las letras «A» y «N» —las letras FG no se veían por ninguna parte, aunque toda la ceremonia se desarrolló en territorio prusiano—. Mientras las banderas francesa y rusa se veían flotar por todas partes por la suave brisa, la bandera prusiana estaba llamativamente ausente. Incluso cuando al día

siguiente Napoleón invitó a Federico Guillermo a la balsa, en su presencia, la conversación que siguió tuvo el sabor de una audiencia más que el de un encuentro entre dos monarcas. A Federico Guillermo se le hizo esperar en una antecámara mientras el emperador revisaba algunos papeles atrasados. Napoleón se negó a informar al rey de sus planes para Prusia y lo intimidó con los muchos errores militares y administrativos que había cometido durante la guerra.



25. Napoleón y el zar Alejandro se reúnen sobre una balsa en el río Niemen, en Tilsit, *aguafuerte contemporáneo de Le Bean, a partir de Nadet.*

Por presiones del zar, Napoleón aceptó que Prusia continuara existiendo como estado. Pero por los términos de la Paz de Tilsit (9 de julio de 1807) este era despojado de todo: Brandemburgo, Pomerania (excluida la parte sueca), Silesia y Prusia Oriental, más el corredor de territorio adquirido por Federico el Grande durante la primera partición de Polonia. Las provincias polacas adquiridas en la segunda y tercera particiones le fueron arrebatadas para formar un estado satélite franco-polaco en el este; los territorios de occidente, algunos de los cuales se remontaban a comienzos del siglo XVII, le fueron arrebatados para ser anexionados a Francia o incorporados a la serie de entidades clientelares de Napoleón. Federico Guillermo trató de enviar a su esposa Luise a mendigar al emperador un arreglo más generoso —evocando,

inconscientemente, un paralelismo con los años 1630, cuando el desafortunado elector Jorge Guillermo había enviado a las mujeres de su entorno fuera de Berlín para parlamentar con Gustavo Adolfo, que estaba aproximándose a la ciudad—. Napoleón quedó impresionado por la determinación y gracia de la reina prusiana, pero no hizo concesiones.

El sueño de un papel de guardián de Prusia en el norte de Alemania —mantenido brevemente por la zona de neutralidad— parecía haberse desvanecido sin dejar rastro. También había desaparecido la visión de Prusia como gran potencia oriental, que trataba de igual a igual con Rusia y con Austria. Se exigió una fuerte indemnización, cuyo monto concreto sería anunciado a su debido tiempo. La ocupación francesa continuaría hasta que esto estuviera zanjado. Un pequeño pero amargo detalle: habiendo firmado una paz separada con los franceses en Posen, en diciembre de 1806, y habiéndose unido a la Confederación del Rin, que era una asociación de estados satélites de Francia en Alemania, el elector de Sajonia aceptó la corona real de las manos de Napoleón, convirtiéndose en rey Federico Augusto I de Sajonia. Al año siguiente, los sajones fueron recompensados con Cottbus, antigua posesión prusiana. Parecía en gran medida que la fortuna de Sajonia iba a volver hasta el punto de que Dresde podría, una vez más, competir con Berlín, para el liderazgo en Alemania del norte. Napoleón espoleó estas esperanzas. En un mensaje a los oficiales del derrotado ejército sajón en el castillo de Jena el día después de la batalla, el emperador se presentó como liberador e incluso reivindicó que había llevado la guerra a Prusia solo para mantener en pie la independencia de Sajonia[40]. Este era un nuevo giro en la larga historia de rivalidades entre Prusia y Sajonia, en la que la alianza de 1806 había sido solo una momentánea interrupción.

Todos los regímenes pierden su brillo con las derrotas —esta es una de las pocas reglas de la historia—. Había habido numerosas derrotas peores que los desastres de Prusia de 1806-1807, pero para una cultura política tan centrada en las proezas militares, las derrotas de Jena y de Auerstedt y la rendición que siguió fueron definitivas. Representaron un fracaso en el núcleo del sistema. El propio rey era un oficial con mando (aunque no especialmente dotado) que había servido en regimientos desde la infancia y se había propuesto que lo vieran cabalgando de uniforme por delante de los regimientos que avanzaban. Los príncipes adultos de la familia real eran, todos ellos, comandantes bien conocidos. El cuerpo de oficiales era la clase dominante agraria de uniforme. Ahora había un interrogante respecto al orden político de la vieja Prusia.

10
EL MUNDO QUE CONSTRUYERON LOS BURÓCRATAS

La nueva monarquía

En diciembre de 1806, cuando Federico Guillermo III y Luise de Prusia huían hacia el este ante el avance de los ejércitos franceses, se detuvieron una noche en la pequeña localidad de Ortelsburg, en Prusia Oriental. No había comida ni agua limpia disponible. El rey y su mujer se vieron forzados a dormir en el mismo cuarto en «una de esas miserables cuadras que ellos llaman casas», según el enviado británico George Jackson, que viajaba con ellos[1]. Aquí, Federico Guillermo tuvo tiempo para reflexionar largamente sobre el significado de la derrota prusiana. Al día siguiente de los desastres de Jena y Auerstedt, numerosas fortalezas prusianas habían caído en circunstancias en que deberían haber sido capaces de resistir. Stettin, por ejemplo, que tenía una guarnición de unos 5000 hombres y disponía de plenos aprovisionamientos, se había rendido a un regimiento reducido de húsares enemigos, que solo eran 800. La fortaleza de Küstrin —santuario de la memoria prusiana— había capitulado pocos días después de que el propio rey la hubiese abandonado para ir al este. El colapso de Prusia, al parecer, se debía tanto a una cuestión de voluntad y motivación política como de inferioridad técnica.

La rabia del rey ante la serie de derrotas halló expresión en la Declaración de Ortelsburg, documento redactado por Federico Guillermo el 12 de diciembre de 1806 y escrito de su puño y letra. Era todavía muy pronto, observaba, para sacar conclusiones sobre quién o qué fue responsable de la

«casi total disolución» de las fuerzas prusianas en el campo de batalla, pero la capitulación de las fortalezas era un escándalo «sin precedentes» en la historia del ejército prusiano. En el futuro, escribía, cada gobernador o comandante que entregue las fortalezas «simplemente por temor a los bombardeos» o «sin ninguna otra razón de peso, sea cual sea» será «fusilado sin piedad». Todo soldado que «se deshaga de su arma por miedo» se enfrentará igualmente al pelotón de fusilamiento. Los súbditos prusianos que se pongan al servicio del enemigo y sean hallados con un arma en la mano «serán fusilados sin piedad[2]». Gran parte del documento se lee como una catártica explosión de rabia, pero escondido en el final había un pasaje que anunciaba una revolución. En un futuro, escribía Federico Guillermo, cada combatiente que se porte con distinción será ascendido a oficial, sin tener en cuenta que sea recluta, suboficial o príncipe[3]. En medio del caos de la derrota y de la huida, había comenzado un proceso de reforma y autorrenovación.

Al día siguiente de las derrotas y humillaciones de 1806-1807, un nuevo cuadro dirigente de ministros y funcionarios lanzaron una salva de edictos gubernamentales que transformaron la estructura del ejecutivo político prusiano, desregularon la economía, rediseñaron las reglas básicas de la sociedad rural y reformularon las relaciones entre el estado y la sociedad civil. Fue la magnitud de la derrota la que abrió las puertas a la reforma. La destrucción de la confianza en la estructura tradicional y los procedimientos crearon oportunidades para aquellos que durante mucho tiempo habían estado esforzándose por mejorar el sistema desde dentro, y silenció a sus opositores anteriores. La guerra impuso asimismo gravámenes fiscales que no tenían solución dentro de los parámetros de la práctica establecida. Había que pagar importantes indemnizaciones (120 millones de francos), pero el coste real de la ocupación francesa, que se prolongó desde agosto de 1807 a diciembre de 1808, fue estimada por un contemporáneo en unos 216,9 millones de táleros —una enorme suma si tenemos en cuenta que en 1816 los ingresos totales del gobierno eran de algo más de 31 millones de táleros[4]—. El sentimiento de emergencia resultante favoreció a aquellos que poseían programas de acción rotundos y coherentes y la capacidad de comunicarlos de forma convincente. En todas estas cuestiones, el choque exógeno de la victoria de Napoleón centró y amplificó la acción de fuerzas ya activas en el estado prusiano[5].

En el centro del proceso de reforma que comenzó en 1807 (aun cuando su papel, a veces, ha sido menospreciado) estaba el rey de Prusia, Federico Guillermo III. Por muy importantes que fueran los burócratas reformistas, no habrían podido llevar adelante sus planes sin el apoyo del monarca. Fue

Federico Guillermo III quien nombró a Karl von Stein su consejero principal en octubre de 1807, hasta que fue obligado por Napoleón a destituirlo (alegando que Stein conspiraba contra los franceses). Tras el nombramiento como cominístros principales de Alejandro conde de Dohna, y de Karl von Altenstein (un joven de la «camarilla de Franconia»), el rey llamó a Hardenberg para los ministerios de finanzas e interior en junio de 1810, otorgándole el nuevo título de *Staatskanzler*, siendo el primero en convertirse en primer ministro de Prusia.

Aun así, Federico Guillermo III ha pasado a la posteridad como una figura oscura. J. R. Seeley, autor de un retrato de Stein en tres volúmenes, escrito en el siglo XIX, describió al rey como «el hombre más respetable y el más corriente que había reinado en Prusia[6]». En un tiempo en que la vida cultural y política de Prusia estaba dominada por brillantes personalidades —Schleiermacher, Hegel, Stein, Hardenberg, los hermanos Humboldt— el monarca era un pelmazo pedante y de miras estrechas. Su conversación era pobre y áspera. Napoleón, que cenó con él con frecuencia durante los días de verano pasados en Tilsit, recordaba más tarde que era difícil hacer que hablase de algo excepto de «tocados militares, botones y morrales de cuero[7]». Aunque no era frecuente que se alejase del centro de la alta política prusiana en los años de crisis anteriores a la derrota, se nos aparece como una nulidad, tratando de quedarse en último plano, rehuyendo el momento de la decisión e inclinándose hacia los consejos de los que estaban más cerca de él. En calidad de príncipe heredero, a Federico Guillermo se le había negado la posibilidad de aprender los asuntos de gobierno desde dentro. (Por el contrario, iba a ofrecer a su hijo, el futuro Federico Guillermo IV, un papel clave en los asuntos internos de Prusia —otro ejemplo más de la alternancia dialéctica de regímenes paternales tan característicos de la dinastía Hohenzollern—). A lo largo de su vida, el rey combinó una aguda pero reticente inteligencia con una profunda falta de confianza en sus propias capacidades. Lejos de aprovechar las oportunidades del trono, Federico Guillermo consideraba la corona como un «peso» que había que sobrellevar, un peso que estimaba que muchos otros estaban mejor cualificados que él para llevar.

La subida al trono de Federico Guillermo en 1797 fue acompañada por los habituales contrastes de los Hohenzollern. El padre había perseguido premios territoriales en cada oportunidad concebible; el hijo era un hombre de paz que evitaba la búsqueda de gloria y reputación. El reino del padre presenció la última y exuberante boqueada de la monarquía barroca, con su despliegue de

dispendioso esplendor y montones de amantes; el hijo era austero en sus gustos y permaneció fiel a su esposa. Federico Guillermo III consideró que el palacio de Berlín era demasiado imponente y prefirió estar en la pequeña residencia que había ocupado cuando era príncipe heredero. El domicilio favorito entre todos era una pequeña posesión rústica que había comprado en Paretz, cerca de Potsdam. Aquí podía vivir en el seno de una tranquilidad doméstica y pretendía ser un caballero rural corriente. Federico Guillermo hacía una clara distinción, a diferencia de sus antecesores, entre su vida privada y sus funciones públicas. Era penosamente tímido y no le gustaban las elaboradas ocasiones públicas de la corte. Quedó impresionado al leer, en 1813, que sus hijos tenían el hábito de referirse a él, en su ausencia, como «el rey» en vez de «papá». Se divertía presenciando comedias ligeras en el teatro, en parte porque saboreaba la oportunidad de estar en compañía sin ser el centro de la atención.

Estas podrían parecer observaciones triviales, si no fuese por el hecho de que los observadores contemporáneos les atribuían un gran significado. A lo largo de los primeros años de su reinado, sus contemporáneos llamaron la atención repetidamente sobre el hecho de que Federico Guillermo tenía un comportamiento sin pretensiones, burgués (*bürgerlich*). En 1798, poco después de su acceso al trono, el poeta teatral berlinés Karl Alexander von Herklot, aclamaba al rey en verso:

> *El no se ocupa de la dorada corona*
> *ni por ropajes teñidos de púrpura.*
> *Es un burgués en el trono.*
> *Es el orgullo de un hombre*[8].

26. El rey Federico Guillermo y la reina Luise con la familia en los jardines del palacio de Charlottenburg, hacia 1805, *grabado de Friedrich Meyer sobre el de Heínrich Anton Dähling.*

La visión del rey como un hombre corriente (de familia de clase media) es tema de muchos comentarios que rodean los primeros años de reinado. Encontramos esto en los siguientes versos dirigidos a la pareja real en el momento de subir al trono:

> *No seáis dioses para nosotros, vosotros, reyes,*
> *ni diosas vosotras, esposas de reyes;*
> *no, más bien sed lo que sois,*
> *sed dignos seres humanos.*
> *Mostradnos el modelo más noble,*
> *cómo reconciliar las cosas pequeñas con las grandes:*
> *una confortable vida en el hogar*
> *y elevados asuntos de estado*[9].

Quizá la característica más notable del discurso monárquico a partir de 1797 fuese la importancia y resonancia pública de la reina de Prusia. Por primera vez en la historia de la dinastía, el rey era percibido y celebrado no solo como monarca, sino como marido. Los retratos barrocos como jefes militares del reinado de su padre con sus brillantes armaduras y vueltas de armiño dieron lugar a contenidas escenas familiares, en las que el rey aparecía tranquilamente con su mujer y sus hijos. La reina aparecía —por primera vez

— como una personalidad pública celebrada por propio derecho. En 1793, cuando Luise abandonó su Mecklenburg natal para prometerse a su futuro marido, su llegada a Berlín causó sensación. Cuando fue recibida en Unter den Linden por una jovencita que recitaba un verso, rompió el protocolo tomando a la niña en brazos y dándole un beso. «Todos los corazones», escribió el poeta De la Motte-Fouqué, «volaron hacia ella y su gracia y dulzura no dejaron a nadie insensible[10]».

Luise fue famosa no solo por sus acciones caritativas, sino también por su belleza física (existe una soberbia estatua doble de tamaño natural, de 1795-1797, por Johann Gottfried Schadow, en la que vemos a una adolescente Luise que está de pie cogida del brazo de su hermana Frederike con un vestido de verano prácticamente transparente, que estuvo oculta a la vista del público porque se la consideró claramente erótica). Luise fue una figura sin precedente en la historia de la dinastía, una celebridad femenina que en la mente del público combinó virtud, modestia y gracia soberana con amabilidad y atractivo sexual, y cuya temprana muerte en 1810, a la edad de treinta y cuatro años, preservó su juventud en la memoria de la posteridad[11].

27. Las princesas Luise y Frederike de Prusia, Die Prinzessinnengruppe, *por Johann Gottfried Schadow, 1795-1797.*

Como reina, Luise ocupó un lugar mucho más prominente y visible en la vida del reino que sus antecesoras del siglo XVIII. En una notable ruptura con la tradición, se unió al rey en su viaje inaugural por tierras prusianas para recibir el juramento de lealtad de los estados provinciales. Durante las interminables reuniones con los notables locales, se dice que la nueva reina impresionó a todo el mundo con su calor y encanto. Se convirtió incluso en un icono de moda. El pañuelo que llevaba al cuello para mantener alejados a los

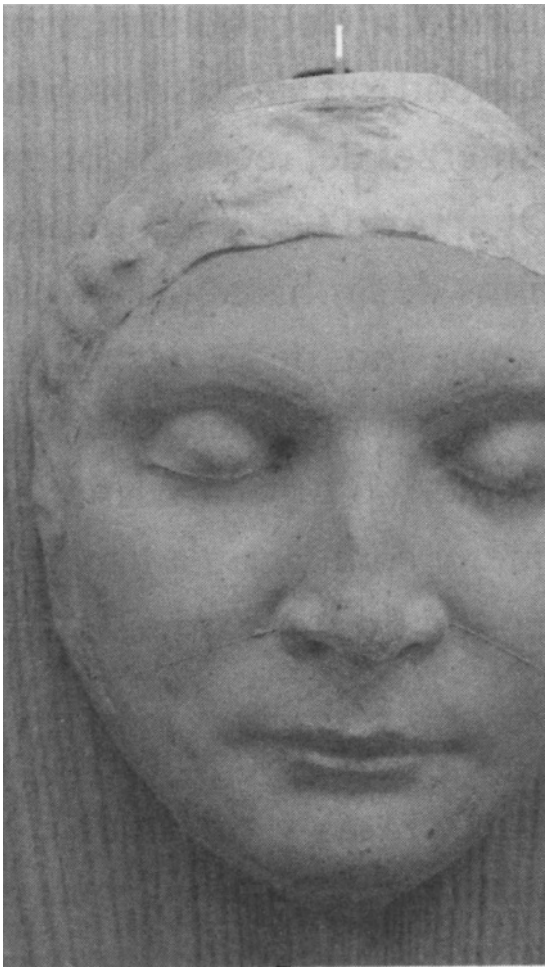
resfriados fue ampliamente imitado enseguida por las mujeres de toda Prusia y más allá. Era también una importante compañera de Federico Guillermo en su actividad oficial. Desde los primeros momentos, se le consultaba regularmente respecto a los asuntos de estado. Cultivaba a los más importantes ministros y consideraba su obligación estar informada sobre lo que ocurría en la corte. Es curioso que Stein estimase apropiado acudir a la reina con su radical propuesta de reforma durante la crisis de 1806, y es igualmente significativo que ella prefiriese no pasarle el documento a su marido, sobre la base de solo serviría para disgustarlo en un momento de extrema tensión. Luise proporcionó apoyo psicológico a su dubitativo marido. «Lo único que necesitas es más confianza en ti mismo», le escribía en octubre de 1806. «Una vez que lo consigas, serás capaz de tomar decisiones mucho más rápidamente[12]».

En un sentido, la importancia de la reina anunciaba una refeminización de la realeza prusiana tras casi un siglo en el que las mujeres habían sido colocadas al margen de la representación monárquica. De todos modos, la reintroducción de lo femenino en la vida pública de la monarquía se dio dentro de los parámetros de una comprensión crecientemente polarizada de ambos géneros y de su llamamiento social. El papel público de Luise no era el de un miembro femenino de la dinastía con su propia corte, sus prioridades y política exterior, sino el de una esposa y colaboradora. Su formidable habilidad e inteligencia se pusieron al servicio del marido. Esta interpretación de la subordinación fue crucial para la imagen pública de la pareja real y explica por qué los atributos femeninos de Luise —su belleza, su naturaleza suave, sus maneras maternales y su virtud de casada— eran aspectos predominantes en el culto que surgió alrededor de ella. Luise hizo legible la creciente retirada de la «esfera pública» de la familia real a su cada vez más amplio público de clase media. Al abrir nuevos canales de identificación emocional, su celebridad redujo la distancia afectiva entre la casa real y la masa de los súbditos prusianos[13].

Luise fue, como hemos visto, partidaria del grupo de oposición que surgió para criticar la política y procedimientos del gobierno en 1806 y presionó al rey para que los hiciese volver a ocupar cargos tras la Paz de Tilsit. «¿Dónde está el barón Von Stein?» preguntó ella una vez conocidas las noticias de Tilsit. «Es mi última esperanza. Un gran corazón, una mente amplia, quizá conoce remedios que se nos escapan. ¡Si quisiese venir!»[14]. El rey necesitó cierta persuasión para volver a nombrar a Stein en el verano de 1807 —lo había destituido por arrogancia e insubordinación solo pocos meses antes—.

Luise también fue admiradora de Karl August von Hardenberg y lo apoyó; en efecto, según un informe, su nombre fue una de las últimas palabras que murmuró mientras agonizaba en 1810[15].

Además, Federico Guillermo aceptó que la situación de emergencia creada tras la derrota prusiana exigiese una rectificación radical —él mismo había demostrado interés por las reformas mucho antes de 1806—. En 1798 había creado una Comisión Real de Reforma Financiera para que propusiese cambios en las normas de la administración de las aduanas y peajes e ingresos de los impuestos del consumo en el territorio prusiano, pero los miembros de la comisión no consiguieron armonizar sus posturas, y Karl August von Struensee, el ministro encargado de los impuestos al consumo, aduanas y fabricas, fue incapaz de proporcionar un resumen coherente de sus resultados. Al año siguiente, Federico Guillermo ordenó a sus funcionarios que elaborasen un plan para la reforma del sistema carcelario prusiano. Como respuesta, el gran canciller Von Goldbeck propuso un sistema gradual de recompensas y castigos —que era la quintaesencia de la Ilustración— con el fin de impulsar la mejora personal y la rehabilitación de los presos. Las recomendaciones de Goldbeck serán incorporadas posteriormente a un plan general de reforma de las prisiones prusianas, puesto en vigor en 1804-1805[16].



28. *Mascarilla de la reina Luise, 1810.*

Al rey, sin duda, le habría gustado hacer más, si no hubiese sido por la resistencia a la reforma en muchos sectores, incluyendo la propia burocracia. En una orden ministerial de octubre de 1798, el rey dio instrucciones para que la Comisión de Reforma Financiera estudiase la posibilidad de que se incrementase la tasa básica de propiedades pagada por la nobleza. Sin embargo, incluso antes de que la comisión se hubiese reunido para discutir la propuesta, un alto funcionario filtró la orden al *Neue Zeitung*, de Hamburgo, y su publicación provocó protestas de los estados provinciales prusianos.

También en la esfera de la reforma agraria había un extenso registro de iniciativas monárquicas. Asombrado por «el increíblemente grande número de quejas que había recibido de los campesinos», Federico Guillermo se decidió a suprimir las tierras con campesinos serviles de las haciendas reales y se promulgó una orden con este fin en 1799, pero los esfuerzos del rey se encontraron con una resuelta resistencia de dentro del Directorio General, que afirmó que meterse con el estatus de los campesinos de las haciendas podía provocar aspiraciones semejantes entre los campesinos de las tierras de la nobleza y dar lugar a un «levantamiento de la clase más numerosa de la

población[17]». Solo desde 1803 pudo Federico Guillermo superar tales reservas e instruir a los ministros provinciales para que se comenzase a hacer desaparecer todo lo que quedaba de los servicios de trabajo campesino en las tierras reales[18].

Burócratas y oficiales

Stein y Hardenberg, los dos más influyentes reformadores en la administración prusiana a partir de 1806, son representantes de dos diferentes tradiciones progresistas alemanas. El origen familiar de Stein dejó en él una huella de profundo respeto por las instituciones representativas colectivas. En la Universidad de Gotinga se embebió de un *whiggerismo* aristocrático de estilo británico que lo inclinó hacia la devolución de responsabilidades gubernamentales a las instituciones locales. Sus experiencias como alto funcionario prusiano en el sector del carbón de Westfalia lo habían convencido de que la clave para una administración eficaz descansaba en el diálogo y en la colaboración con las élites locales y provinciales[19]. Por el contrario, Hardenberg era un hombre de la Ilustración alemana y un tiempo miembro de los *Illuminaten* [Iluminados], rama radical de la masonería. Aun cuando respetaba el papel histórico de la nobleza en el orden social, Hardenberg mantenía una concepción mucho menos exaltada de su casta que Stein. Su visión reformadora se fijó sobre todo en la concentración del poder y la autoridad legítima del estado. Ambos hombres eran muy diferentes también por temperamento. Stein era difícil, impulsivo y altanero. Hardenberg era astuto, ágil, calculador y diplomático.

De todos modos, tenían bastante en común para poder colaborar de manera fructífera. Ambos poseían una fuerte conciencia del poder y de la importancia de la opinión pública —en este sentido los dos llevaban la marca de la Ilustración europea—. Creían con pasión en la necesidad de reformas estructurales a nivel del ejecutivo supremo —habían coordinado sus posturas sobre este asunto durante la dura lucha de facciones de 1806—. Además, no estuvieron solos durante su rápido ascenso en la administración prusiana a lo largo de más de dos decenios, ya que un notable grupo de jóvenes se había ido congregando alrededor de ellos. Unos eran *protégés* o amigos, otros se habían curtido como funcionarios de las administraciones de Franconia o Westfalia, y algunos eran simplemente colegas que compartían la opinión de los reformadores surgidos de la crisis.

La primera tarea y en cierto modo la más urgente a la que se enfrentaban los reformadores era la reconstitución de Prusia como potencia capaz de funcionar autónomamente en el escenario europeo. Al comenzar a tratar este problema, los reformadores se centraron en dos áreas: la del ejecutivo central de toma de decisiones y la militar. Como hemos visto hay una concordancia generalizada entre los altos funcionarios sobre el hecho de que Prusia requería una estructura ministerial modernizada. Una preocupación especial fue el llamado «sistema de gabinete», en el que uno o más «ministros de asuntos exteriores» competían con los secretarios ministeriales y otros consejeros. Esto, se afirmó, fue la causa del malestar que había llevado a Prusia a los problemas de 1806. Por ello, desde su nombramiento en octubre de 1807, Stein halló muchas dificultades para convencer al rey de que disolviese su gabinete de consejeros personales y estableciese (en noviembre de 1808) un ejecutivo central consistente en cinco ministerios definidos funcionalmente, cada uno de ellos dirigido por un ministro responsable con acceso directo al rey. Combinadas entre sí, ambas medidas impedirían la duplicación de funciones de consejería entre las secretarías y ministerios, y el nombramiento de múltiples «ministros de asuntos exteriores» en tándem. Y forzaría al rey —en teoría— a canalizar sus consultas oficiales a través de un responsable oficial, evitando que utilizase la rivalidad existente entre los ministros y consejeros.

Stein, Hardenberg y sus colaboradores, naturalmente, argumentaron que tales medidas serían esenciales si Prusia iba a volver a unas condiciones en las que se pudiese revertir el veredicto de 1807. Basaban su deseo en la presunción de que el desastre de 1806-1807 había sido *causado* por las tensiones opuestas en el seno del ejecutivo, lo que podría haber sido evitado con una mejor estructura de toma de decisiones que hubiese podido llevar al monarca hacia las decisiones requeridas. Subyacente a estos argumentos estaba lo que Carl Schmitt llamó, en una ocasión, el «culto de las decisiones»: todo dependía de encontrar un sistema que fuese lo suficientemente flexible y transparente como para dar lugar a decisiones rápidas, racionales y bien informadas como respuesta a las condiciones cambiantes. Era difícil estar en contra de este argumento en el ambiente emocionalmente cargado de la Prusia post-Tilsit.

Con todo, el caso del «decisionismo» de los reformadores era menos apremiante de lo que parecía. Después de todo, el problema de la política exterior de Prusia en los años 1804-1806 no reside en el hecho de que el rey hubiese insistido en hacerse con un amplio espectro de puntos de vista, sino

en las dificultades intrínsecas de las situaciones a las que se había enfrentado Prusia. Es muy fácil olvidar que nunca había habido una figura como Napoleón ya que los intentos de «reunión» lanzados por Luis XIV en la periferia del Sacro Imperio Romano durante el reinado del Gran elector empalidecían si los comparamos a la escala y a la ambición del proyecto imperial de Bonaparte. No había reglas para tratar con un antagonista de este tipo, y no había precedentes para predecir cómo actuaría la próxima vez. Como se había segado la hierba bajo los pies de la política de neutralidad, fue excepcionalmente difícil juzgar por qué camino acabaría lanzándose Prusia, y más aún cuando el equilibrio de poder internacional y las señales que llegaban sobre potenciales aliados cambiaban constantemente. El Gran elector había pasado por largos períodos de dudas agónicas entre distintas opciones durante la Guerra del Norte y las varias guerras francesas de Luis XIV, no porque fuese por naturaleza indeciso o temeroso, o porque careciese de un ejecutivo adecuadamente moderno, sino porque los problemas a los que se enfrentaba exigían sopesarlos cuidadosamente y no eran susceptibles de soluciones obvias. Aunque los juicios que Federico Guillermo III se vio obligado a hacer eran excelentes, implicaban más variables, y fueron fletados con grandes riesgos. No hay razón para pensar que el sistema propugnado por los reformadores, si se llevaba a la práctica, en 1804, habría generado mejores ventajas que el sistema de gabinete al que atacaban con tanta furia. Después de todo, la desgraciada decisión del rey de ir a la guerra fue apoyada en su tiempo por aquellos que se oponían al viejo sistema[20].

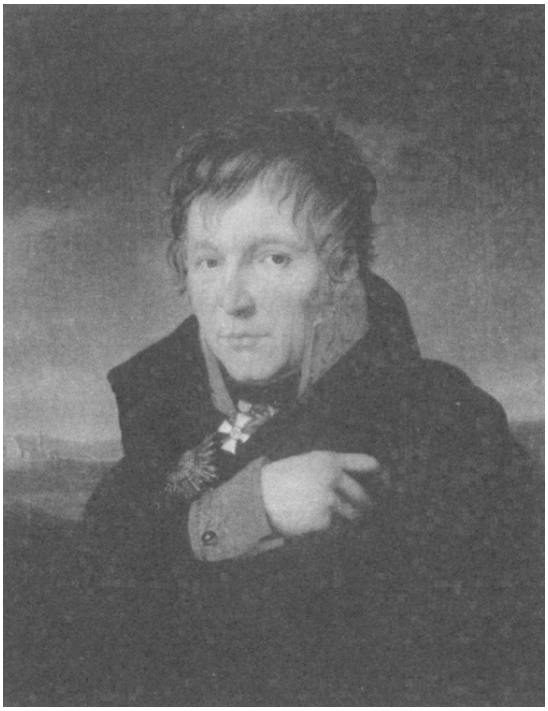
Si aun así los reformadores presionaban para obtener una modernización del ejecutivo en la esfera de la política extranjera, se debía, en parte, a que a la concentración del ejecutivo se le garantizaba consolidar el poder de los funcionarios más elevados. En vez de conspirar para hacerse con influencias, como había sido el caso en la antecámara del poder antes de 1806, el nuevo sistema prometía a los cinco ministros un asiento estable en la mesa de las decisiones políticas. Bajo el antiguo sistema, la influencia de un consejero individual se reducía y se hacía impredecible cuando el oído del rey se volvía hacia otras direcciones. Toda una labor de discusión y persuasión de un día podía ser barrida al siguiente. Sin embargo, con las nuevas medidas era posible trabajar *con* los demás ministros para *manejar* al rey, y es interesante, aunque no muy sorprendente, constatar que casi cada uno de los altos funcionarios convocado para un mayor rendimiento ejecutivo durante el período 1805-1808 pensaba que uno de los funcionarios clave caería por sí mismo[21].

Los reformadores insistieron siempre —y habría sido extremadamente descortés no hacerlo así— en que su objetivo era aumentar el foco y el alcance de la autoridad del monarca situándolo bajo control de un instrumento de toma de decisiones mejor. En realidad estaban limitando su libertad de movimiento al colocarlos ante un exclusivo tribunal de consejeros. Deseaban burocratizar la monarquía, encajándola en las más amplias estructuras de responsabilidad y transparencia del estado[22]. El rey vio esto con suficiente claridad, y por ello dijo no cuando Stein propuso que, en el futuro, los decretos emanados del rey serían válidos solamente si llevaban las firmas de cinco ministros[23].

El ejército prusiano fue, comprensiblemente, el foco de un intenso interés tras Jena y Auerstedt, pero el debate sobre la reforma militar no era nada nuevo. Unos cuantos años después de la muerte de Federico el Grande había habido voces, civiles y militares, exigiendo una revisión crítica del sistema federiciano. El debate continuó después de 1800 cuando los intelectuales militares más receptivos habían asimilado las lecciones de las campañas revolucionarias y de los primeros años de Napoleón. El ayudante y teórico militar coronel Christian von Massenbach, un alemán del sur que había entrado al servicio de Prusia en 1782 (a la edad de veinticuatro años) y que era próximo a Federico Guillermo III, afirmaba que la nueva práctica de la «guerra total», ejemplificada por las campañas de Napoleón, hacía necesaria la profesionalización de la planificación y dirección militar. La suerte de Prusia no debería depender solo del hecho de que el propio monarca fuese un dotado estratega. Había que crear estructuras duraderas para garantizar que toda la información disponible fuera verificada y sopesada antes y durante toda campaña. La función del mando debería ser concentrada en un solo órgano decisorio[24]. Hay un claro paralelismo entre estos primeros esbozos de un sistema de Estado Mayor General y el debate contemporáneo sobre la reforma ejecutiva, de cuya modernización Massenbach fue también partidario[25].

El más importante foro de debate sobre el ejército fue la Sociedad Militar, creada en 1802, donde los oficiales se leían trabajos unos a otros y discutían las implicaciones para Prusia de la situación militar presente en Europa. La figura dominante de la sociedad era Gerhard Johann David vom Scharnhorst, hombre de origen campesino, que había ascendido rápidamente los grados militares en su Hanóver natal y había entrado al servicio de Prusia en 1801 a los cuarenta y seis años. Scharnhorst pedía que se introdujese en Prusia el sistema divisional napoleónico, y la creación de una milicia territorial como

fuerza de reserva. Otros, como Karl Friedrich von dem Knesebeck (súbdito prusiano de nacimiento), elaboró un ambicioso plan que preludiaba la creación de una fuerza prusiana genuinamente «nacional[26]». Como demostró esta iniciativa, los militares prusianos no quedaron al margen del proceso de crítica y autoexamen que había empezado a transformar las relaciones entre el estado y la sociedad civil en los años 1780 y 1790.



29. Gerhard Johann von Scharnhorst, *antes de 1813, por Friedrich Bury.*

Se hizo poco antes de 1806 para poner en práctica estas ideas. Todas las reformas importantes amenazaban intereses creados, y los intentos de tanteo para crear al menos un vestigio de organización de un Estado Mayor General en 1803 fueron recibidos con abierta hostilidad por los funcionarios de la administración tradicional. Hubo fuertes resistencias a las innovaciones entre los oficiales superiores con servicio prolongado, algunos de los cuales, como el mariscal de campo Möllendorf, debían su reputación a servicios distinguidos durante la Guerra de los Siete Años. De Möllendorf, un patriotero que tenía ochenta y dos años cuando caminó tranquilamente en medio del fuego francés en Jena, se dice que había respondido a todas las propuestas de reforma con las siguientes palabras: «Esto me supera completamente». Pero tales personajes gozaban de enorme respeto en el antiguo ejército prusiano y era difícil, psicológicamente, para cualquiera, incluso para el propio rey, que había crecido a la sombra de su famoso tío, el resistírseles. En una conversación reveladora de 1810, Federico Guillermo

recordaba que él había querido una reforma general de lo militar ya desde mucho antes de la guerra de 1806-1807:

> … pero con mi juventud e inexperiencia, no tuve valor, y en cambio confié en esos dos veteranos [Möllendorf y el duque de Brunswick] que habían encanecido bajo sus laureles y que seguramente comprendían todo esto mejor que yo […]. Si yo, como reformador, me hubiese intentado oponer a sus opiniones y hubiese salido mal, todo el mundo habría dicho: «¡El joven caballero no tiene experiencia!»[27].

Las derrotas de Jena y Auerstedt modificaron esta situación en gran medida y el monarca fue rápido en tomar la iniciativa. En julio de 1807, cuando el trauma de Tilsit todavía estaba fresco, el rey creó una Comisión para la Reorganización Militar, cuya tarea era llevar a cabo todas las reformas necesarias. Era como si la Sociedad Militar de los años de preguerra se hubiese reencarnado en un órgano de gobierno. El alma que presidía las reformas era Scharnhorst, ayudado por un cuarteto de discípulos dotados —August Wilhelm Neidhardt von Gneisenau, Hermann von Boyen, Karl Wilhelm Georg von Grolman y Karl von Clausewitz—. Gneisenau era hijo de un oficial de artillería sajón, que no era noble y que había ingresado en el ejército prusiano como miembro del cortejo real (antecesor del Estado Mayor General) en 1786. Ascendido a comandante tras las batallas de octubre de 1806, Gneisenau estuvo al mando de la fortaleza de Kolberg en la costa báltica de Pomerania, donde consiguió, con la ayuda de algunos ciudadanos patriotas, conservarla ante las fuerzas francesas hasta el 2 de julio de 1807.

Boyen era hijo de un oficial prusiano oriental que había asistido a las lecciones de Immanuel Kant en la Universidad de Königsberg y sido miembro de la Sociedad Militar desde 1803. Grolman había servido como ayudante bajo Hohenlohe, en Jena, antes de huir a Prusia Oriental, donde se unió al personal del Cuerpo de L'Estocq, el contingente prusiano que combatió a los franceses junto a los rusos en Preussich-Eylau. Como Gneisenau, Grolman tuvo la suerte de verse asociado a la continuación de la resistencia prusiana en 1807, más que con la derrota del otoño anterior. Clausewitz, el más joven del grupo (tenía veintiséis años en 1806), había entrado en el ejército como cadete, a los doce años, y fue admitido en 1801 en el Instituto de Oficiales Jóvenes, de Berlín, un centro de preparación de la élite, del que acababa de ser nombrado director Scharnhorst.

Estos hombres trataron de forjar un nuevo tipo de entidad militar aparte de la desvencijada carraca del ejército prusiano. Se produjeron importantes mejoras estructurales y técnicas. El ejecutivo militar fue obligado a aceptar la línea propuesta por Stein. Lo que implicaba, entre otras cosas, la creación de

un ministerio de la guerra, en el cual comenzaron a fusionarse los rudimentos de la organización de un Estado Mayor General. Se dio una gran importancia al despliegue de unidades flexibles de fusileros que operarían según un orden de batalla abierto. Scharnhorst supervisó mejoras básicas en el adiestramiento, tácticas y armamento. De ahora en adelante los ascensos se harían según méritos. En palabras (escritas por Grolman) de una orden del 6 de agosto de 1808: «Toda preferencia social que haya existido hasta la fecha de ahora en adelante y por la presente ha terminado en el ámbito militar, y cada uno, sea cual sea su origen, tiene las mismas obligaciones y los mismos derechos[28]». El impacto psicológico de estas y otras innovaciones se vio incrementado por el hecho de que coincidió con una purga sin precedentes de mandos militares prusianos. En total, 208 oficiales fueron apartados del servicio activo tras análisis médicos de la derrota llevados a cabo por un comité de la Comisión de Reorganización Militar. De 142 generales, 17 fueron destituidos sin más y otros 86 recibieron honorables licencias absolutas; poco más de la cuarta parte de los oficiales prusianos sobrevivió a la purga.

El objetivo inmediato de la orden del 6 de agosto de 1808 era garantizar un cuadro de mandos mejor para el futuro. Pero los reformadores tenían objetivos más amplios. Querían acabar con la exclusividad de clase del cuerpo de oficiales. El ejército debía convertirse en el depositario de un patriotismo virtuoso y, a la vez, adquirir el *élan* [ímpetu] y el compromiso que de modo tan manifiesto faltaron en 1806. El objetivo era, en palabras de Scharnhorst, «elevar e inspirar el espíritu del ejército, para llevar al ejército y a la nación a una unión más íntima[29]». Para efectuar la consumación omnicomprensiva de esta nueva relación entre el ejército y la «nación» prusiana, propusieron un servicio militar universal; aquellos que no fueran reclutados por el ejército directamente, estarían obligados a servir en la milicia territorial. Las exenciones que habían dejado a partes sustanciales de la sociedad prusiana (especialmente en las ciudades) fuera del ejército, ahora serían suprimidas. En cuanto a las órdenes que se impartiesen, estas irían reduciendo los más draconianos castigos corporales en caso de infracción disciplinaria, en particular el infame «correr baquetas», pues se consideraba que era incompatible con la dignidad de un recluta burgués. La tarea de un oficial no era pegar o insultar a los individuos a su cargo, sino «educarlos». Era la culminación de un largo proceso de cambio; los castigos militares habían sido sometidos a revisiones intermitentes desde el reinado de Federico Guillermo II[30].

La expresión más influyente de este cambio radical de los valores fue *De la guerra*, de Clausewitz, un tratado filosófico general sobre los conflictos militares, que quedó sin terminar al morir el autor de cólera en 1831. En la tipología de combates ofrecida por Clausewitz los soldados no son ganado al que hay que conducir al campo de batalla, sino hombres sujetos a las vicisitudes de la disposición de ánimo, moral, hambre, frío, fatiga y temor. Un ejército no puede ser conceptualizado como una máquina, sino como un organismo consciente y dispuesto con su «genio» colectivo. De esto derivaba que la teoría militar era una ciencia flexible cuyas variables eran parcialmente subjetivas. La flexibilidad y autoconfianza, en especial entre los oficiales más jóvenes, eran vitales. Unida a esta idea estaba la insistencia en la primacía de la política. Nunca debe permitirse que los combates, afirmaba Clausewitz, se conviertan en un fin en sí mismos —crítica implícita al continuo guerrear de Napoleón—, sino que deben servir a un objetivo político claramente definido. *De la guerra* representaba, así, un primer intento de comprender y teorizar sobre las nuevas e imprevisibles fuerzas desatadas por la «guerra total» napoleónica, y, al mismo tiempo, unirlas para que sirviesen a fines esencialmente civiles[31].

Reforma agraria

«La abolición de la servidumbre ha sido siempre mi meta desde comienzos de mi reinado», dijo Federico Guillermo III a dos de sus funcionarios poco después de la Paz de Tilsit. «Deseaba llegar a ello gradualmente, pero la infeliz condición de nuestro país justifica y en realidad exige una acción más rápida[32]». Aquí, de nuevo, el choque con Napoleón fue el catalizador, no la causa. El sistema «feudal» de la posesión de la tierra había sufrido, desde hacía largo tiempo, crecientes presiones. Una parte de esto era ideológica, y también el resultado de la infiltración de las ideas liberales de los fisiócratas y de los seguidores de Adam Smith en la administración prusiana. Pero el fundamento económico del sistema antiguo también se estaba reduciendo. La cada vez mayor utilización de empleados asalariados, que eran muchos y baratos en una época de crecimiento demográfico, emancipó a numerosos hacendados de la dependencia respecto a los servicios laborales de sus vasallos campesinos[33]. Además, el *boom* de los precios del grano en el siglo XVIII provocó nuevos desequilibrios del sistema. Los campesinos más acomodados llevaron sus superávits de grano al mercado y cruzaron el *boom*,

mientras pagaban a sus asalariados para que llevasen a cabo sus servicios «feudales» para ellos. En estas condiciones, la existencia de un gran campesinado vasallo cuyos seguros arrendamientos se pagaban con rentas de trabajo acabó siendo económicamente contraproducente. Los derechos laborales, que un tiempo eran valiosos atributos del gobierno de las casas señoriales de los junkers, funcionaban ahora como rentas fijas dentro de un sistema que beneficiaba a los campesinos más dotados como «arrendatarios protegidos[34]».

A dos asociados de Stein, Theodor von Schön y Friedrich von Schroetter, se les confió la tarea de preparar un borrador de ley que bosqueja reformas en el sistema agrario. Su resultado fue el edicto del 9 de octubre de 1807, a veces llamado el Edicto de Octubre, el primero y el más famoso de los legados legislativos de la época de la reforma. Como muchos de los decretos de reforma, era más una declaración de intenciones que una ley como tal. El edicto anunciaba cambios fundamentales en la constitución de la sociedad rural prusiana, pero se daba una ampulosa vaguedad en muchas de sus formulaciones. Básicamente, aspiraba a alcanzar dos objetivos. El primero era la liberación de energías económicas latentes —el preámbulo declaraba que cada individuo tenía libertad para alcanzar «tanta prosperidad como le permitiese su capacidad»—. El segundo era la creación de una sociedad en la que todos los prusianos fuesen «ciudadanos del estado», iguales ante la ley. Tales objetivos deberían alcanzarse con tres medidas específicas. La primera, se suprimían todas las restricciones sobre la compra de tierras de la nobleza. Finalmente, el estado abandonaba su inútil lucha para mantener el monopolio nobiliario en las tierras privilegiadas y creaba, por primera vez, algo que se aproximaba a un mercado libre de la tierra. Segundo, todas las ocupaciones quedaban abiertas desde ahora a personas de todas las clases sociales. Por primera vez, habría un mercado libre de trabajo, sin límites por las restricciones ocupacionales de los gremios y corporaciones. Asimismo, esta era una medida con una larga historia: ya desde los primeros años 1790, la abolición de los controles gremiales había sido tema de repetidos debates entre el Directorio General y el Departamento de Fábricas de Berlín[35]. En tercer lugar, se abolía totalmente la servidumbre hereditaria —con una formulación muy sugestiva pero de atormentada imprecisión, el edicto anunciaba que «desde el Día de San Martín [11 de noviembre] de 1810 no habría más que un pueblo libre» en el Reino de Prusia.

Esta última estipulación fue como un choque eléctrico que cruzó por las comunidades rurales del reino. Pero dejaba también muchas cuestiones sin

resolver. Los campesinos iban a ser «libres» oficialmente —¿quería decir esto que ya no estaban obligados a realizar sus servicios laborales?—. La pregunta era menos obvia de lo que podría parecer, puesto que la mayoría de estos servicios laborales no eran atributos de servidumbre personal sino formas de pago de rentas por los arrendamientos. Con todo, los propietarios de las tierras, en muchos distritos en los que el edicto era conocido normalmente, consideraron que era virtualmente imposible convencer a los campesinos de que llevasen a cabo sus servicios. Los intentos de las autoridades de Silesia para evitar que las noticias llegasen hasta las aldeas fracasaron, y en el verano de 1808 estalló una rebelión entre los campesinos que pensaban que iban a ser sometidos ilegalmente[36].

Otro asunto fastidioso era la propiedad última de la tierra de los campesinos. Debido a que el edicto no hacía referencia al principio de protección de los campesinos, que había formado parte tradicionalmente de la política agraria prusiana, algunos terratenientes de la nobleza lo consideraron una carta blanca para apoderarse de —o reclamar, como decían ellos— tierras cultivadas por los campesinos, y hubo una serie de apropiaciones brutales. Un cierto grado de claridad se alcanzó con la Ordenanza del 14 de febrero de 1808, que declaraba que la propiedad de la tierra dependía de la situación anterior de arrendamiento. Los campesinos con fuertes derechos de propiedad estaban seguros frente a las apropiaciones unilaterales. Los que tenían contratos de arrendamiento temporales de varios tipos se hallaban en una posición más débil; sus tierras podrían ser objeto de apropiación, aunque solo con el permiso de las autoridades. Aunque muchos detalles de interpretación todavía se discutían y solo en 1816 quedaron resueltos los problemas de la posesión de la tierra y de la compensación a los terratenientes por sus servicios y por las tierras que habían perdido.

La situación final, tal como la resolvieron el Edicto de Regulación de 1811 y la Declaración de 1816, determinaba una serie de arrendamientos organizados jerárquicamente de propiedades campesinas y les asignaba, correspondientemente, derechos diferenciados. En términos generales, había dos opciones. La tierra podía ser dividida, en cuyo caso los campesinos con arrendamientos hereditarios conservaban el usufructo sobre dos tercios de la tierra que habían trabajado tradicionalmente (una mitad en el caso de arrendamientos no hereditarios), o bien los campesinos podían comprarla toda, en cuyo caso la porción señorial debía ser reembolsada. El pago de compensaciones por parte de los campesinos por la tierra, los servicios y alquileres naturales se arrastraron, en muchos casos, a lo largo de medio siglo.

Los campesinos del extremo más bajo de la cadena no estaban facultados para convertir la tierra que trabajaban en títulos de propiedad absoluta y sus tierras eran vulnerables, pues podían ser cercadas[37]. Tales medidas estaban de acuerdo con la doctrina fisiocrática de moda en los últimos años de la Ilustración que, liberando a los campesinos de las obligaciones laborales y otros deberes «feudales», podía hacer que fuesen más productivos. Y los escritos de Adam Smith, cuyas obras gozaban de gran estima entre las cohortes más jóvenes de la burocracia prusiana (incluyendo a Schroetter y Schön), sugerían que podía ser mejor que el más desvalido de los campesinos perdiese sus tierras, ya que, en todo caso, no habría tenido viabilidad como agricultor independiente[38].

Algunos nobles se sintieron muy ofendidos por la desnaturalización de la constitución agraria de la vieja Prusia. Para los conservadores neo-pietistas del entorno de los hermanos Gerlach, en Berlín, los años de reforma les hicieron percatarse de que el estado monárquico planteaba una amenaza tan poderosa para la vida tradicional como la propia revolución. Las crecientes pretensiones de la burocracia central, creía Leopold von Gerlach, suplían el poder personal del monarca con un nuevo «despotismo administrativo que se lo comía todo como los bichos[39]». El más mordaz y famoso portavoz de este punto de vista fue Friedrich August Ludwig von der Marwitz, terrateniente de Friedersdorf, cerca de Küstrin, junto a las marismas del Oder, que denunció las reformas por ser un asalto contra la estructura patriarcal tradicional del campo. El sometimiento hereditario, pensaba, no era un residuo de la esclavitud, sino de la expresión de los nexos familiares que unían a los campesinos con los nobles. Disolver esta unión significaría minar la cohesión de la sociedad en su conjunto. Marwitz tenía un carácter melancólico, cuya nostalgia era algo natural; articulaba sus reaccionarios puntos de vista con gran inteligencia y habilidad retórica, pero fue una figura aislada. La mayoría de los nobles veían las ventajas de la nueva distribución, que daba relativamente poco a la mayoría de los campesinos y permitía al terrateniente intensificar el proceso de producción agraria utilizando trabajo asalariado barato sin las trabas de la posesión hereditaria[40].

Ciudadanía

Rastreando los residuos legales del «feudalismo» de las haciendas nobiliarias, el Edicto de Octubre aspiraba a facilitar el surgimiento en Prusia de una

sociedad más cohesionada políticamente. Los «súbditos» debían ser remodelados como «ciudadanos del estado». Sin embargo, los reformadores comprendían que se necesitarían más medidas positivas para movilizar el compromiso patriótico de la población. «Todos nuestros esfuerzos serán en vano», escribía Karl von Altenstein a Hardenberg en 1807, «si el sistema educativo está contra nosotros, si envía funcionarios poco entusiastas al servicio del estado y produce ciudadanos letárgicos[41]». Las innovaciones administrativas y legales, por sí solas, eran insuficientes; deberían apoyarse en un amplio programa de reforma educativa con vistas a vigorizar a la ciudadanía emancipada de Prusia para las tareas por venir. El hombre en el que se confió para la renovación del sistema educativo del reino fue Wilhelm von Humboldt, descendiente de una familia de militares de Pomerania, que había crecido en el Berlín ilustrado de los años 1770 y 1780. Entre sus tutores se hallaban el abolicionista Christian Wilhelm von Dohm y el jurista progresista Ernst Ferdinand Klein. Propugnado por Stein, Humboldt fue nombrado director de la Sección para Instrucción Religiosa y Pública en el Ministerio del Interior, el 20 de febrero de 1809. Este era una especie de bicho raro entre los reformadores. No era un político por naturaleza, sino un intelectual de temperamento cosmopolita que había empleado una gran parte de su vida adulta en el extranjero. En 1806 Humboldt estaba viviendo con su familia en Roma y trabajaba en una traducción del *Agamenón* de Esquilo. Solo tras el derrumbe de Prusia y el saqueo por parte de las tropas francesas de la residencia familiar de Humboldt en Tegel, al norte de Berlín, decidió volver a su asediado país. Y con muchas reticencias aceptó un puesto en la nueva administración[42].

Sin embargo, una vez instalado, Humboldt desplegó un programa de reformas profundamente liberal que transformó la educación en Prusia. Por primera vez, el reino se dotó de un único sistema de instrucción pública estandarizado de acuerdo con las últimas corrientes de la pedagogía progresista europea. La educación, como tal, afirmaba Humboldt, debía, de ahora en adelante, ser separada de la idea de la preparación técnica o vocacional. Su finalidad no era convertir a los hijos de los zapateros en zapateros, sino convertir a los «niños en gente». Las escuelas reformadas no estaban destinadas únicamente a llevar a los alumnos a estudiar una asignatura específica, sino instilarles la capacidad de pensar y aprender por sí mismos. «El alumno está maduro», escribió, «cuando ha aprendido lo suficiente de otros para situarse en la posición de aprender por sí mismo[43]». Con el fin de asegurarse de que este punto de vista se filtrase en el sistema,

Humboldt creó nuevos colegios de enseñantes para preparar candidatos para las caóticas escuelas primarias del reino. Impuso un régimen estándar de exámenes estatales y de inspecciones y creó un departamento especial en el propio ministerio para supervisar el modelo de programas, libros de texto y ayudas al aprendizaje.

La pieza fundamental —y el monumento más duradero— de las reformas de Humboldt fue la Friedrich-Wilhelms-Universität, en Berlín, en 1810, y la instaló en el palacio vacío del príncipe Enrique, hermano menor de Federico el Grande, en Unter den Linden. Aquí, asimismo, Humboldt se esforzó en realizar su visión kantiana de la educación como proceso de autoemancipación por parte de individuos autónomos y racionales.

30. Wilhelm von Humboldt, dibujo de Louise Henry, 1826.

> Precisamente como la instrucción primaria hace posible al maestro, del mismo modo se hace prescindible a lo largo de la escolarización en el nivel secundario. Así, el enseñante universitario deja de ser un enseñante y el estudiante deja de ser alumno. En cambio, el estudiante hace investigaciones en su beneficio y el enseñante supervisa su investigación y lo apoya en ella. Ya que aprender a nivel universitario sitúa al estudiante en una posición que le permite aprehender la unidad de la investigación académica por lo que reclama sus poderes creativos[44].

De esto se derivó que la investigación académica era una actividad sin final predeterminado, sin un objetivo que pudiese ser definido en términos puramente utilitarios. Se trataba de un proceso cuyo despliegue estaba

conducido por una dinámica inmanente. Tenía que ver menos con el conocimiento en el sentido de acumulación de hechos que con la reflexión y con los argumentos razonados. Era un homenaje al escepticismo pluralista de la crítica de Kant a la razón humana, y asimismo una vuelta a esa visión de una conversación global que había animado la Ilustración prusiana. Era esencial para el éxito de la empresa que estuviese libre de interferencias políticas. El estado debería abstenerse de intervenir en la vida intelectual de la universidad, excepto como «garante de la libertad», en los casos en los que una camarilla dominante de enseñantes amenazase con suprimir el pluralismo académico en sus propias filas**[45]**.

La Friedrich-Wilhelms-Universität (cuyo nombre fue cambiado por el de Humboldt-Universität en 1949) pronto se hizo con la preeminencia entre las universidades de los estados protestantes alemanes. Como la Universidad de Halle en tiempos del Gran Elector, la nueva institución sirvió para difundir la autoridad cultural del estado prusiano. Y, ciertamente, su fundación fue motivada, en parte, por la necesidad de reemplazar a Halle, que la corona prusiana había perdido en las modificaciones territoriales impuestas por Napoleón. En este sentido, la nueva universidad ayudó, como el propio Federico Guillermo III dijo, a «sustituir por medios intelectuales lo que el estado había perdido en fuerza física». Pero también proporcionó expresión institucional —y de aquí deriva su verdadero significado— a una nueva comprensión de la finalidad de una educación más elevada.

De los ciudadanos emancipados que surgieron de todos los niveles del sistema educativo de Humboldt se esperaba que tomasen parte activa en la vida política del estado prusiano. Stein esperaba llegar a esto por medio de la creación de órganos electos de autonomía municipal que impulsaran una más activa participación en los asuntos de interés público. Poco antes del abandono del cargo, el ministro promulgó la Ordenanza Municipal (*Stadteordnung*) de noviembre de 1808. La categoría de «ciudadano» (*Bürger*), antaño limitada prácticamente a los miembros privilegiados de las corporaciones tales como los gremios, fue ampliada para incluir a toda persona poseedora de una casa (también mujeres solas) o que practicase una «actividad municipal» dentro de los límites de la ciudad. Todo ciudadano varón que satisficiese los requisitos de una modesta propiedad estaba facultado para votar en las elecciones de la ciudad y para ocupar un cargo municipal. La equivalencia establecida aquí entre propiedad (*Teilhabe*) y participación (*Teilnahme*) acabaría componiendo un tema de larga duración en la historia del liberalismo del siglo XIX.

El mismo proyecto —la implicación de los ciudadanos como participantes activos en los asuntos públicos— fue extendido al reino en conjunto durante el período en que Hardenberg estuvo en el cargo. Los antecedentes de este notable experimento de participación popular, que fue más allá de los programas concebidos por la mayoría de los reformadores ilustrados anteriores a 1808, fue una importante crisis fiscal. En 1810 Napoleón renovó su petición de pago de la indemnización de guerra y ofreció al ministerio Dohna-Altenstein elegir entre pagar o ceder un trozo de Silesia. Cuando los ministros consideraron tomar el segundo camino, Federico Guillermo los relevó de sus responsabilidades y nombró a Hardenberg, que prometió hacer frente a la factura francesa por medio de una reforma fiscal radical. La deuda del estado se incrementó rápidamente, de 35 millones de táleros en 1806 a 66 millones en 1810, y la alteración de la moneda, la emisión de nuevo papel moneda y el aumento de los préstamos a altas tasas de interés alimentaba una espiral inflacionaria.

Con el fin de prevenir un ulterior deterioro, Hardenberg lanzó una salva de edictos que anunciaban reformas fiscales y económicas importantes. Las cargas impositivas hubieron de ser igualadas a través de la imposición de una «tasa de consumo territorial», y la libertad de empresa proclamada en el Edicto de Octubre y en la Ordenanza Municipal fue llevada a la práctica en todo el reino, las propiedades de la iglesia y del estado serían vendidas y el sistema tarifario y aduanero sería revisado y racionalizado totalmente. Para mitigar la existencia de propuestas tan controvertidas dentro del sistema, en febrero de 1811 el canciller convocó una Asamblea de Notables, que comprendía sesenta personas, nombradas por varias élites regionales y locales, y se les informó de que debían considerarse a sí mismos «representantes de toda la nación», cuya ayuda se necesitaría para el establecimiento de una sociedad prusiana libre e igual[46]. La meta, como había dicho Hardenberg en un memorando de marzo de 1809, era hallar una forma de extraer los fondos requeridos sin dañar «el vínculo de amor y confianza entre el gobierno y el pueblo». Al imponer nuevos impuestos, como así fue, sobre sí mismos, la asamblea quería «ahorrar al monarca el dolor de exigir un penoso sacrificio, reduciendo la mala opinión entre los ciudadanos del estado, proporcionar a estos un grado de control sobre los detalles de la realización, probar su patriotismo y animar el necesario compromiso con el bien común[47]».

Entre tanto, la asamblea —como tantas asambleas históricas reunidas con el mismo fin— fue una desilusión. Hardenberg había esperado que los

miembros de la reunión, dotados de espíritu público, ofrecieran consejos constructivos sobre cómo llevar a cabo los cambios necesarios y desarrollar ulteriores innovaciones, antes de hacer la maleta y volver a sus provincias como propagandistas del gobierno. En cambio, los representantes vocearon sus objeciones a los planes de Hardenberg, y la asamblea se convirtió en un foro de opiniones antirreformadoras. Y fue disuelta rápidamente. El mismo problema persiguió a las «representaciones nacionales provisionales», elegidas por las asambleas de gobierno local y convocadas por el canciller en 1812 y 1814. Retrospectivamente, parece improbable que Hardenberg hubiese podido nunca tener éxito respecto a estas asambleas seudodemocráticas. No tenía intención, de entrada, de permitirles asumir el poder en un parlamento con todas las de la ley; su función era consultiva. Debía haber canales de entendimiento entre el gobierno y la nación. Aquí estaba el sueño de la Ilustración de una «conversación» razonada entre el estado y la sociedad civil a escala mayor.

De todos modos, como revelaron la asamblea y las representaciones provisionales, esta visión agradable no proporcionó mecanismos adecuados para la conciliación pública de los intereses sociales y económicos opuestos en un período de fuertes conflictos y crisis. Los experimentos de Hardenberg con la representación ilustraban un problema en el propio corazón del proyecto de reforma, en concreto que donde la acción del gobierno era controvertida, los rituales de participación tendían a centrarse y reforzar a la oposición más que a crear un consenso. El mismo problema podía observarse en las ciudades, donde las asambleas creadas por Stein surgían con frecuencia como opuestas a las medidas de reforma[48].

Entre las que se beneficiaron con los intentos de crear una sociedad de ciudadanos más libre, igualitaria y políticamente coherente, estaban los judíos de las tierras prusianas. Pese a una parcial relajación de los controles para los estratos más privilegiados bajo Federico Guillermo II, los judíos prusianos seguían sujetos a numerosas restricciones especiales y sus asuntos eran administrados según una jurisdicción particular. Las primeras señales de una reforma más general llegaron con la ordenanza de 1808, que permitió a los «judíos propietarios protegidos» votar y ocupar cargos municipales como miembros de los consejos de pueblos y ciudades. Fue gracias a estas medidas liberalizadoras como David Friedlander, discípulo de Mendelssohn, acabó siendo el primer judío en ocupar un puesto en el ayuntamiento de Berlín. Con todo, la idea de una emancipación total quedó controvertida en el seno de la administración[49]. En 1809 la tarea de redactar una propuesta sobre el estatus

futuro de los judíos le fue confiada a Friedrich von Schroetter. Schoroetter sugirió un plan gradual, comenzando por una supresión poco sistemática de las restricciones, procediendo por lentas etapas a la concesión de plenos derechos de ciudadanía. El borrador circuló por varios departamentos gubernamentales para que fuese sometido a discusión.

Las respuestas desde la administración fueron variadas. Los conservadores, que controlaban el ministerio de finanzas, insistían en que la emancipación debería tener como condición el abandono de toda observancia ritual y el cese de toda la actividad comercial judía. Mucho más liberal fue la respuesta de Wilhelm von Humboldt. Este propugnaba la neta separación de la iglesia y el estado; en un estado organizado secularmente, afirmaba, la religión del ciudadano individual debía ser un asunto puramente privado, sin consecuencia alguna para el ejercicio de los derechos ciudadanos. Sin embargo, incluso Humboldt adoptó el punto de vista de que la emancipación acabaría produciendo una autodisolución voluntaria del judaísmo. «Ya que se ven llevados por una necesidad humana innata a una fe más elevada», decía, los judíos «volverán por su libre voluntad a la [religión] cristiana[50]». Ambos puntos de vista daban por sentado —en gran medida como lo había hecho Dohm durante los anteriores veinte años— que la emancipación traería consigo la «educación» de los judíos fuera de su fe y costumbres en aras de un orden social y religioso más elevado. La diferencia residía en que Humboldt imaginaba que este proceso sería una consecuencia voluntaria de la emancipación, mientras que los funcionarios del ministerio de finanzas lo veían como un requisito previo impuesto por el estado.

Las propuestas de emancipación podían haberse reducido a polvo en los archivos hasta después de las guerras napoleónicas si Hardenberg no hubiese tomado el asunto en sus manos tras su nombramiento como canciller el 6 de julio de 1810. En principio, Hardenberg era favorable a una emancipación general, pero existía también una dimensión personal en su recomendación. Había sido invitado frecuentemente a los salones judíos en los años 1790 y primeros años 1800 y contaba con muchos judíos entre sus amigos y asociados. Cuando Hardenberg se endeudó en la época de su primer divorcio, fue el banquero de la corte de Westfalia, Israel Jacobson —apasionado abogado de la reforma religiosa judía y de la emancipación— quien lo sacó del apuro con un préstamo de bajo interés. A David Friedlander, que se había movido en los mismos círculos que Hardenberg, se le pidió que elaborase un memorando que expusiese el caso de la emancipación de la comunidad —era la primera vez que un judío se veía involucrado en consultas oficiales sobre

asuntos de estado en Prusia—. El resultado de los tanteos y deliberaciones de Hardenberg fue el Edicto Sobre la Condición Civil de los Judíos en el Estado Prusiano, del 11 de marzo de 1812, que declaraba que todos los judíos residentes en Prusia y poseedores de privilegios generales, certificados de naturalización, cartas de protección o concesiones especiales serían considerados, de ahora en adelante, «nativos» (*Einländer*) y «ciudadanos» (*Staatsbürger*) del estado de Prusia. El edicto levantaba todas las restricciones anteriores sobre las actividades comerciales y ocupacionales de los judíos, acababa con las tasas e impuestos especiales, y establecía que los judíos serían libres de residir donde deseasen y casarse con quien eligieran (aunque los matrimonios mixtos entre judíos y cristianos siguieron siendo inadmisibles).

Todas estas normas supusieron, sin duda, una importante mejora, y fueron celebradas debidamente por un periódico judío ilustrado de Berlín como la inauguración de una «nueva y feliz era[51]». Los ancianos judíos de Berlín agradecieron a Hardenberg su buen trabajo, expresando su «más profunda gratitud» por su «inconmensurable acto de caridad[52]». De todos modos, la emancipación hecha posible por el edicto tenía limitaciones en varios aspectos fundamentales. El más importante era que posponía la sentencia sobre la cuestión de si los cargos del servicio estatal serían asequibles a los solicitantes judíos. Esta medida se había quedado corta básicamente en la emancipación francesa de 1791, que había encajado los títulos judíos en la aprobación universal de la ciudadanía y de los derechos políticos. En cambio, el lenguaje del edicto prusiano, que avisaba sobre el hecho de que «la continuación de sus títulos asignados de habitantes y ciudadanos del estado» dependería del cumplimiento de ciertas obligaciones previas, dejando claro que el edicto vertía sobre la concesión de estatus más que sobre el reconocimiento de derechos[53]. A este respecto, era un eco de la ambivalencia del famoso folleto de Dohm sobre el «progreso civil» de los judíos. La mayoría de los reformadores compartían el punto de vista de Dohm según el cual pasaría tiempo antes de que los efectos negativos de la discriminación desapareciesen y de que los judíos estuviesen preparados para ocupar su lugar como participantes igualitarios en la vida pública de la nación. Como dijo un funcionario prusiano: «la represión ha hecho falsos a los judíos» y la «repentina concesión de libertad» no sería suficiente para «reconstituir de una vez en ellos su nobleza humana natural[54]». Así, el edicto hizo desaparecer gran parte de las leyes discriminatorias anteriores sin

completar la labor de emancipación política, que se consideró un proceso que tardaría una generación aproximadamente en ser llevado a cabo.

Palabras

A lo largo del siglo XIX, un aura mítica rodeó la era de la reforma prusiana situando a Stein, Hardenberg, Scharnhorst y a sus colegas como los autores de una transcendental revolución desde arriba. Pero si observamos más de cerca lo que se realizó realmente, los logros de los reformadores parecen más bien modestos. Restemos el propagandístico sonido y furia de los edictos y estaremos observando simplemente un enérgico episodio de *longue durée* [larga duración] de un cambio administrativo prusiano entre los años 1790 y 1840[55].

Las reformas no estaban dirigidas hacia un único objetivo acordado, y muchas de las más importantes propuestas fueron modificadas, suspendidas o bloqueadas en general por una fuerte controversia de los propios reformadores[56]. Tomemos, por ejemplo, el plan para abolir los poderes patrimoniales en las haciendas señoriales. Stein y sus ministros estaban dispuestos, ya desde un principio, a acabar con estas jurisdicciones, sobre la base de que «desentonaban con las condiciones culturales de la nación» y esto minó el apego popular al «estado en el que vivimos[57]». Por el contrario, Hardenberg y su socio Altenstein opinaban que el gobierno debía tomar en consideración los intereses de los latifundistas. Y así el tema siguió siendo controvertido, perdiendo gran parte de su urgencia después de que Napoleón hubiese forzado la dimisión de Stein en 1808. La decidida oposición de la nobleza, especialmente en Prusia Oriental, donde las identidades colectivas seguían siendo poderosas, contribuyó a ralentizar el proceso ulteriormente, como lo hizo también el malestar campesino, un serio recordatorio de la necesidad de unos órganos judiciales flexibles y con autoridad respecto a la tierra[58]. Luego se produjo la crisis fiscal de 1810; la desesperada falta de dinero líquido fue, aun así, una nueva razón para evitar una costosa «revisión total» de la justicia rural —ejemplo de cómo los males de la guerra y de la ocupación podían interrumpir y al tiempo motivar la labor de reforma[59]—. Tales factores combinados fueron suficientes para llevar a cabo la supresión de los tribunales patrimoniales de la agenda gubernamental.

La misma suerte le tocó al Edicto de la Gendarmería del 30 de julio de 1812, que preveía la imposición de un sistema burocrático de gobierno rural

según el modelo francés y la creación de una policía estatal paramilitar en las zonas rurales. El plan había sido esbozado por primera vez durante el período en que Stein ocupó su cargo. Urgido a actuar por el director del Departamento General de Policía de Berlín, Hardenberg confió el borrador de la ley a su antiguo protegido de Franconia, Christian Friedrich Scharnweber. Este incluyó la formación de una nueva fuerza policial estatal dentro de una transformación general de la administración prusiana. De acuerdo con los términos del edicto, toda la superficie prusiana (si exceptuamos las siete ciudades más grandes) sería dividida en distritos (*Kreise*) de tamaño adecuado, con una administración uniforme que incorporaría un elemento de representación local[60]. El Edicto de Gendarmería fue una de las más intransigentes declaraciones reformistas de la era Hardenberg; si hubiera tenido éxito, habría acabado con gran parte de la estructura amazacotada, celular y del antiguo régimen que existía en la gobernanza rural del reino.

De hecho, sin embargo, el edicto fue objeto de una tempestad de protestas y desobediencia civil generalizada por parte de la nobleza rural (especialmente en Prusia Oriental) y por parte de los miembros conservadores de la administración. El encuentro de Berlín, de 1812, de representantes nacionales provisionales, dominado por la nobleza consideró el Edicto de Gendarmería como un nuevo intento de arrebatar a la nobleza terrateniente sus derechos tradicionales y aprobó una moción que rechazaba cualquier suspensión de las jurisdicciones patrimoniales —ejemplo clásico de cómo la participación y las reformas no siempre eran compatibles[61]—. Dos años más tarde, tras nuevos argumentos desde la administración, el Edicto de Gendarmería fue suspendido. Otros intentos de subordinar toda forma de gobierno local rural a la autoridad estatal central, en los últimos años de la administración Hardenberg, se derrumbaron, con el resultado de que, hasta los primeros años de la República de Weimar, los planes prusianos de una administración rural fueron de los más anticuados de Alemania[62].

El temor a una reacción de la nobleza también desanimó a los reformistas en su intento de llevar a cabo una revisión más radical del sistema impositivo. Hardenberg había prometido igualar el impuesto de la tierra y suprimir las numerosas exenciones que todavía beneficiaban a la nobleza rural. Este había hablado, asimismo, de introducir un impuesto permanente sobre los ingresos. Pero se renunció a estos planes ante las protestas corporativas de los nobles. En cambio, a los prusianos se les cargó con toda una colección de impuestos al consumo que recayó con más peso sobre los estratos más pobres. El gobierno volvió sobre la cuestión de la reforma impositiva de la tierra en

1817, y de nuevo en 1820, pero las prometidas reformas nunca se materializaron[63].

Quizá la mayor frustración fuese el fracaso de los reformadores en su intento de establecer un órgano de representación para el reino de toda Prusia. El Edicto Financiero de Hardenberg de 27 de octubre de 1810 anunciaba que el rey pretendía establecer «una representación constituida adecuadamente tanto en las provincias como en todo [el reino], cuyos consejos utilizaremos con gusto[64]». Presionado por sus ministros, el rey renovó esta promesa en la Ordenanza Relativa a la Futura Representación del Pueblo, publicada el 22 de mayo de 1815. La ordenanza reiteraba que el gobierno deseaba establecer «haciendas provinciales» (*Prouinzialstände*) y formar con ellas una «Representación Territorial» *(Landes-Representation),* cuya sede estaría en Berlín. Sin embargo, no habría ningún parlamento nacional en el futuro. En cambio, los prusianos tenían que arreglárselas con las dietas provinciales creadas tras la muerte de Hardenberg, de acuerdo con la Ley General publicada el 5 de junio de 1823. Estas no eran los robustos cuerpos representativos modernos que el más radical de los reformadores habría deseado. Eran elegidos y organizados según mecanismos corporativos y sus áreas de competencia quedaban definidas muy estrictamente.

Una forma de observar la especificidad de los progresos prusianos con un mayor relieve es situarlos en el más amplio contexto de la actividad reformadora de los estados alemanes durante el período napoleónico. Baden, Württemberg y Baviera, todos ellos, pasaron a través de reformas burocráticas intensificadas en estos años, pero el resultado fue una medida notablemente mayor de reformas constitucionales: a los tres estados se les otorgaron constituciones, elecciones territoriales y parlamentos cuyo asentimiento se requería para que se aprobasen las leyes. Vistas en este contexto, las dietas provinciales neocorporativas creadas en Prusia a partir de 1823 parecían claramente poco impresionantes. Por otro lado, los prusianos eran bastante más radicales y sólidos en su modernización de la economía. Mientras que los reformadores en Múnich y en Stuttgart permanecieron aferrados a los mecanismos proteccionistas del mercantilismo del Antiguo Régimen, los prusianos buscaban una desregulación —del comercio, de las manufacturas, del mercado de trabajo, del comercio interior— testimonio elocuente de los efectos culturales y geoeconómicos de la relativa proximidad de Prusia de los mercados de la Gran Bretaña industrial. Baden, Württemberg y Baviera lanzaron reformas con metas comparables solo en 1862, 1862 y 1868 respectivamente. El ímpetu de la reforma económica prusiana prosiguió largo

tiempo después de 1815, hasta la gran unión aduanera de la época posbélica. Así, Prusia surge de la era napoleónica con un sistema constitucional menos «moderno» que los tres estados sureños, pero con una economía política más «moderna[65]».

Cómo juzguemos los logros de los reformadores depende de si enfatizamos lo que se realizó, o bien, en cambio, nos centramos en el legado todavía incontrolable del pasado. Se puede destacar las formas en que los hacendados se beneficiaron de los arreglos compensatorios impuestos por las varias revisiones de Hardenberg al Edicto de Emancipación de Stein. De manera alternativa, podemos señalar el tamaño y la prosperidad de la clase de campesinos de pequeños y medios propietarios que surgió de la partición de las grandes haciendas[66]. La pedagogía liberal humboldtiana de las escuelas primarias prusianas se vio suavizada desde 1819, aunque el sistema escolar prusiano era admirado internacionalmente por la humanidad de sus características y la calidad de sus resultados. La Friedrich-Wilhelms-Universität, con su poderoso compromiso institucional con la libertad de investigación, se convirtió en un modelo admirado en toda Europa y ampliamente emulado en los Estados Unidos, donde las prescripciones de Humboldt contribuyeron a establecer la idea de una academia moderna[67]. Es perfectamente legitimo subrayar los límites de lo que estaba en oferta en el Edicto de Emancipación de los Judíos de 1812, pero es importante, asimismo, tener en cuenta su lugar central en la historia de la emancipación judía en la Alemania del siglo XIX[68]. Podríamos lamentar el fracaso de los reformadores para acabar con las jurisdicciones patrimoniales en el medio rural, o bien podemos fijarnos en las fuerzas sociales que transformaron las cortes patrimoniales en instrumentos legales del estado en el decenio que siguió a 1815[69].

Por otro lado, además, los reformadores avalaron y reforzaron una situación favorable al cambio que sería irreversible desde 1815. El Consejo de Estado (*Staatsrat*) creado en 1817 puede que no haya dispuesto de todo el poder que tiempo atrás Stein había previsto para aquel, pero vino a jugar un importante papel en la formulación de leyes. La ministerialización del gobierno resultante tendió, en la práctica si no en teoría, a limitar la independencia del monarca y a reforzar el poder de la burocracia ministerial[70]. A partir de 1815 los ministros serán figuras mucho más perentorias de lo que habían sido en los años 1780 y 1790. Las dietas provinciales, pese a sus limitaciones, acabarán siendo una importante plataforma de oposición política.

Ningún edicto ilustra mejor el impacto a largo plazo de las reformas que la Ley de Endeudamiento del Estado del 17 de enero de 1820, uno de los últimos y más importantes logros legislativos de Hardenberg. El texto de la ley comenzaba declarando que la deuda estatal general de Prusia (de algo más de 180 millones de táleros) debía ser considerada «[una cuenta] cerrada para siempre» y seguía anunciando que si el estado, en un futuro, se veía obligado a emitir un nuevo empréstito, esto ocurriría solamente si se daba «una implicación y una cogarantía de la futura asamblea nacional». Por medio de esta ley, Hardenberg colocaba una bomba de tiempo en la estructura del estado prusiano. Y transcurriría tranquilamente hasta 1847, cuando las imprevistas exigencias de comienzos de la era del ferrocarril forzarán al gobierno a convocar una Dieta Unida en Berlín, abriendo la puerta a la revolución.

Las reformas fueron, sobre todo, actos de comunicación. El tono propagandístico y exaltado de los edictos era algo nuevo; el Edicto de Octubre en particular era una pieza notable de retórica plebiscitaria. Los gobiernos prusianos nunca habían hablado antes al público de esta manera. El personaje más innovador en este campo fue Hardenberg, que adoptó una actitud pragmática pero respetuosa hacia la opinión pública como un factor del éxito de las iniciativas del gobierno. Durante su ministerio en Ansbach y Bayreuth hizo todo lo posible para hacer frente a las necesidades de seguridad sin minar «la libertad para pensar y expresar la propia opinión públicamente». Su famoso Memorando de Riga de 1807 acentuó el valor de unas relaciones de cooperación, más que de antagonismo, entre el estado y la opinión pública, y afirmó que los gobiernos no deberían temer el «ganarse la opinión pública» por medio de la utilización de «buenos escritores». Fue el canciller Hardenberg, en 1810-1811, el pionero en la publicación regular y anotada de nuevas leyes, afirmando que alejarse de las prácticas secretas de los anteriores gobiernos reforzaría la confianza en la administración. Especialmente novedosa era la contratación de escritores y redactores autónomos como propagandistas al servicio del estado[71].

Una iniciativa poco conocida pero muy significativa en la que se implicó Hardenberg fue la reforma del viejo estilo de la cancillería en las comunicaciones oficiales. Este asunto salió a la luz por primera vez en marzo de 1800, cuando se propuso que el demasiado largo comienzo del *nomine regis* con las palabras «Nos, Federico Guillermo III» y la lista de todos los títulos del rey en orden de importancia descendiente, se omitiera en los encabezamientos de los documentos gubernamentales. Cuando el asunto se

discutió en el ministerio de estado el 7 de abril de 1800, prácticamente todos los ministros se opusieron, argumentando que la supresión de todos los títulos disminuiría la autoridad de las declaraciones derivadas del gobierno. Pero, al día siguiente, Hardenberg sometió un juicio separado en el que expresaba su apoyo de una reforma mucho más radical del lenguaje en las comunicaciones públicas y oficiales. El estilo de la cancillería que se utilizaba corrientemente, escribió, era el de una «época pasada»; pero, mientras la época había cambiado, «[el estilo] había permanecido». Por lo que no había razón alguna para que la autoridad del estado mantuviese el «estilo de escritura bárbaro propio de una época sin educación». Poco quedó de esta vigorosa intervención en 1800, pero diez años más tarde, el *nomine regis* fue abolido por la ley del 27 de octubre de 1810, que llevaba las firmas de Hardenberg y del rey[72].

Esta innovación aparentemente sin importancia nos lleva al meollo de lo que fue el proyecto de reforma de Hardenberg. Lo que le preocupaba ante todo —y lo mismo puede decirse de muchos antiguos reformadores— era la transparencia y la comunicación. En este sentido Hardenberg no era liberal, sino un hombre de la Ilustración. No reconocía la opinión pública como fuerza *autónoma* cuyo papel era vigilar u oponerse al estado. Ni tenía (tampoco Stein, en este asunto) intención alguna de consolidar la «esfera pública liberal» como un ámbito de discurso crítico[73]. Quería que esta oposición fuese innecesaria e impensable abriendo los canales de la comprensión, aceptando al público instruido en una conversación armoniosa sobre el bien general. Esta era la lógica detrás de la Asamblea de Notables y de las representaciones nacionales provisionales, el lenguaje exaltado, cautivador de los decretos y de las infinitas publicaciones del gobierno. Todo esto explica, asimismo, su voluntad de emplear la censura cuando lo consideró necesario[74].

Lo que Hardenberg pasaba por alto era que las palabras tienen vida propia. Cuando él decía «representación», en su cabeza pensaba en complacientes y virtuosos cuerpos de notables que transportaban sus informaciones e ideas entre las provincias y las metrópolis, pero otros pensaban, en cambio, que se hablaba de intereses corporativos, o de los parlamentos y de la monarquía constitucional. Cuando él decía «participación», quería decir cooptación y consulta, pero para otros significaba codeterminación y el poder de controlar al gobierno. Cuando decía «nación», quería decir el pueblo políticamente consciente de Prusia, pero otros estaban pensando en una nación alemana más grande, cuyos intereses y

suerte no eran necesariamente idénticos a los de Prusia. Esta es una de las razones por las que la época de las reformas parece a la vez tan rica en promesas y tan pobre en logros. Hay un paralelismo con otra criticada figura histórica, Mijaíl Gorbachov, que era un hombre de reformas y transparencia (*glásnost*) no de transformaciones revolucionarias. Su meta, y la de Hardenberg, era adaptar el sistema estatal a las necesidades del presente. Pero sería mezquino negar a estos hombres su parte en los cambios que tenían ante sí.

11
TIEMPOS DE HIERRO

Falso amanecer

En la primavera de 1809 parecía que, por fin, las tornas estaban cambiando contra Napoleón. Las noticias de que bandas de guerrilleros estaban acosando a los ejércitos franceses en la península Ibérica provocaron gran excitación en toda Prusia. En la segunda semana de abril llegaron noticias de que el emperador Francisco I de Austria, empujado a la acción por la instalación de José Bonaparte en el trono de los Borbones de España, había ido a la guerra contra Napoleón. El primer ministro del emperador, el conde Stadion, esperaba hacerse con el entusiasmo popular alemán, y la campaña de propaganda austríaca se dirigía precisamente a exhortar a los alemanes de todos los estados a levantarse contra los franceses. El 11 de abril, un levantamiento general en el Tirol, bajo el liderazgo de un comerciante de vino, Andreas Hofer, consiguió expulsar a los bávaros, aliados de los franceses, que les habían donado el Tirol exaustriaco solo cuatro años antes.

Para muchos prusianos parecía llegado el momento para Prusia, también, de levantarse contra el invasor. «El sentimiento general», informaba desde Berlín el presidente provincial Johann August Sack, «es que ahora o nunca es el momento en que es posible la salvación de la dependencia y del sometimiento[1]». Una vez más, el rey se vio ante opciones imposibles. Viena presionaba para obtener la ayuda prusiana, instando a que ambos estados coordinasen sus planes militares y atacasen juntos a Francia. Entre tanto, los franceses recordaron a Federico Guillermo que, según los términos del tratado franco-prusiano del 8 de septiembre de 1808, Prusia estaba obligada a apoyar

a Francia con un contingente auxiliar de 12 000 hombres. Los rusos no se comprometían: no parecían entusiastas con la campaña austríaca y no deseaban dar seguridades. Enseguida, el rey gravitó hacia su postura de incomparecencia: incluso antes de que estallasen las hostilidades, llegó a la conclusión de que era mejor para Prusia «quedarse con los brazos cruzados en un primer momento[2]».

Como en 1805-1806, el dilema en política exterior al que se enfrentaba el estado polarizó la actitud de las personalidades más influyentes en torno al monarca. Unos afirmaban que sería suicida para Prusia tomar cualquier iniciativa contra Francia sin apoyo ruso. Otros, incluyendo a los principales reformadores militares, el ministro de Asuntos Exteriores August Friedrich Ferdinand von Goltz y el ministro de Justicia Karl Friedrich Beyme, presionaron para llegar a una alianza con Austria[3]. Pero el rey se inclinaba testarudamente por una política de inacción. Su estrategia era evitar todo movimiento que pudiese provocar la completa extinción de su estado. La reputación y el honor eran lujos que no se podía permitir, la supervivencia lo era todo. «Una existencia política de algún tipo, por muy exigua que sea, es mejor que nada, y así, pues […], al menos hay alguna esperanza de futuro, pero nada quedaría si Prusia desaparece del todo de la comunidad de estados, que será el caso probablemente si mostramos nuestras cartas antes de tiempo[4]».

Retrospectivamente, la de Federico Guillermo parece la dirección más sensata. Los opuestos a la guerra tenían razón, sin duda, cuando observaban que era esencial un pleno apoyo ruso para cualquier estrategia exitosa contra Napoleón. Parecía poco probable que Prusia y Austria, si hubiesen unido sus fuerzas en la primavera de 1809, pudieran haber vencido a Napoleón. Sin embargo, para muchos contemporáneos, la cauta postura de espera de la corte de Königsberg resultaba innoble y culpable. En la corte circulaban rumores de que existía un plan en marcha para deponer a Federico Guillermo y sustituirlo con su hermano pequeño, Guillermo, supuestamente más enérgico. Informes de la policía y otros oficiales hablaban de una frustración y una agitación muy extendida en el cuerpo de oficiales. Una descabellada insurrección de oficiales de Pomerania fue desbaratada en sus comienzos en abril; en la frontera occidental del Altmark, el exteniente prusiano von Katte (posiblemente un lejano pariente del compañero de Federico el Grande) encabezó una banda armada que penetró en el vecino reino de Westfalia, se hizo con el control de la ciudad exprusiana de Stendal y confiscó los cofres del dinero[5]. Parecía que la mayoría de los oficiales prusianos eran favorables

a una guerra del lado de Austria. El 18 de abril, Friedrich Ludwig von Vincke, presidente del gobierno regional de Kurmark, informó desde Berlín sobre esta opinión existente en el ejército que era muy crítica con la política del gobierno real y que si el rey no tomaba la iniciativa, todos los oficiales jóvenes estaban dispuestos a marcharse «y habría sido bastante difícil mantener el orden». Vincke terminaba avisando de que si el rey no iba inmediatamente a Berlín, el resultado sería una disolución general, «y si [la disolución] provenía del ejército, ¿quién podría resistirla?». El teniente general Tauentzien, persona estrechamente ligada a Scharnhorst, declaró que no podría garantizar la lealtad de sus tropas si Prusia iba a permanecer neutral, y el primo del rey, el príncipe Augusto, puso sobre aviso a Federico Guillermo respecto a que la «nación» actuaría sin él si era necesario[6].

Hubo nueva inquietud a finales de abril cuando se supo que un oficial prusiano había sacado a su regimiento de Berlín con la intención de encabezar una insurrección patriótica contra los franceses. El comandante Ferdinand von Schill era famoso como veterano de la guerra de guerrillas contra los franceses[7]. En 1806 había mandado un cuerpo de voluntarios y había llevado a cabo incursiones contra las líneas de abastecimiento francesas en la zona en torno a la fortaleza de Kolberg. Tuvo tanto éxito como incursor que en enero de 1807 fue ascendido a capitán por Federico Guillermo III, y se le confió la formación de un cuerpo franco. Como tal, Schill organizó varias acciones exitosas contra las fuerzas francesas durante la primavera y comienzos del verano de 1807. Tras la Paz de Tilsit el 9 de julio, el Cuerpo Franco de Schill fue disuelto. El propio Schill fue ascendido a comandante y se le concedió la medalla «*Pour le Mérite*», la más importante condecoración prusiana al valor. Se convirtió pronto en una figura celebrada. En el verano de 1808 el semanario patriótico de Königsberg *Der Volksfreund* publicó un texto biográfico subrayando sus hazañas y considerándolo el patriota prusiano ideal. Un retrato del héroe, publicado en un suplemento del *Volksfreund* lo pintaba como de pelo oscuro, libertino, de mostacho negro y caído y con un chacó de húsar inclinado con desenvoltura hacia un lado.

En el otoño de 1808 el regimiento de Schill fue la primera unidad del ejército prusiano que entró en Berlín tras la derrota de 1806. «El júbilo», recordaba más adelante su ayudante, «fue indescriptible. Coronas de laurel y ramos de flores llovían sobre nosotros; de cada ventana, mujeres y muchachas graciosamente ataviadas nos daban la bienvenida. En cuanto veían a Schill, un gentío jubiloso lo rodeaba[8]». Quizá la excitación acabó subiéndosele a la cabeza. Schill comenzó a creer que Alemania estaba madura para una

insurrección masiva contra los franceses, y que él era el hombre que la encabezaría. El engaño se vio alimentado por sus contactos con las varias redes clandestinas de patriotas que habían ido surgiendo en toda Prusia —la Liga de la Virtud, basada en Königsberg, en la que el 80 por ciento de sus miembros eran militares de todos los grados, y la Sociedad de la Patria, basada en Pomerania—, cuyos agentes lo presionaban para que aceptase la dirección del movimiento patriótico. En enero y febrero de 1809 hubo incluso mensajes secretos de círculos patrióticos del reino de Westfalia que le suplicaban que tomase el mando de una insurrección en Alemania occidental. La red clandestina de los patriotas alemanes puede haber sido exigua numéricamente, pero era entusiasta, bien conectada y emocionalmente intensa. Una vez en ella, era fácil perder el contacto con la realidad, y creer que el pueblo estaba contigo, que la victoria estaba asegurada y que la liberación era inminente. En abril de 1809, Schill aceptó encabezar los planes insurreccionales de Westfalia. Se redactó una proclama que fue enviada a Westfalia, en la que se animaba a todos los patriotas a levantarse contra la ocupación, pero fue interceptada por los franceses. El 27 de abril Schill supo que su detención era inminente y decidió, sin consultar a sus superiores, sacar a sus hombres de Berlín al día siguiente y lanzar una campaña insurreccional.

31. El mayor Von Schill, *anónimo.*

Las noticias sobre su partida causaron una inmensa sensación. En un informe del 1 de mayo al ministro del interior, conde Dohna, el presidente

provincial de Brandemburgo, Johann August Sack, observaba que la agitación en la capital apenas podía describirse; en la ciudad no se hablaba de otra cosa excepto de Schill; y la declaración de guerra contra Napoleón parecía inminente. Con el fin de evitar la impresión de que el rey ya no tenía el control del país, las autoridades de la ciudad decidieron, de momento, fomentar la idea de que Schill estaba actuando con el asentimiento oficial[9]. El 7 de mayo, se presentó al rey en Königsberg un informe del presidente de la Policía de Berlín, Justus Gruner, avisándole de que podía recuperar su autoridad en el reino solo entrando inmediatamente en una alianza con Austria o viniendo a Berlín y responsabilizándose personalmente de una política de paz al lado de Francia.

> Pues el ejército vacila —¿y qué valor tiene la autoridad de la administración entonces?— […]. Todo el incansable celo de los individuos (en nombre del rey) quedará sumergido en un mar de agitadas e infatigables pasiones, a menos que el propio venerable piloto coja el timón para calmar a las masas. El trono de los Hohenzollern está en juego[10].

Gruner exageraba. La aventura de Schill acabó en un miserable fracaso. El 31 de mayo de 1809, fue acuchillado por un danés y muerto de un tiro por un holandés, que luchaban, ambos, junto a Francia, en la ciudad de Stralsund. El holandés, según un relato, le cortó la cabeza, la conservó en «espíritu de vino» y la expuso en la biblioteca pública de Leyden, donde permaneció hasta 1837, cuando fue enterrada en Brunswick. Veintiocho oficiales y soldados que sobrevivieron fueron fusilados más tarde por un piquete de ejecución por orden de Napoleón por su papel en el levantamiento[11]. Aunque había muchos oficiales prusianos que simpatizaban con Schill y las redes patrióticas, eran pocos los que querían romper el juramento de obediencia al rey. La gran mayoría de simples súbditos de Prusia —y del resto de Alemania — se contentaron con ser observadores pasivos de las hazañas de los patriotas. La experiencia de Schill, como la fallida y casi simultánea revuelta del coronel Ferdinand Wilhelm Caspar Freiherr von Dornberg contra el rey Jerónimo de Westfalia, reveló que el entusiasmo patriótico de las masas alemanas, tal como era, no iba a convertirse en acción política.

Con todo, este momento de pánico de las autoridades prusianas es, no obstante, revelador. Demostraba lo mucho que habían cambiado las relaciones entre la monarquía y su público desde el reinado de Federico el Grande. Lo que resultaba notable de los informes deTauentzien, Gruner, Sack y Vincke era su lógica plebiscitaria. Por primera vez en la historia de la dinastía, vemos a altos funcionarios y a oficiales de alta graduación prusianos invocando la opinión pública con el fin de forzar la mano del monarca. Flemático como

nunca lo había sido, Federico Guillermo mantuvo la cabeza fría, insistiendo en que las cosas no se presentaban tan mal como los alarmistas creían. «No temo disturbios ilegales por parte de mi pueblo», le dijo al ministro de Asuntos Exteriores Von der Goltz el 9 de mayo, añadiendo, ilógicamente, que no tenía intención de ir a Berlín, donde «explosiones anárquicas» podían distraerle de dedicar su tiempo y energías a cuestiones más importantes[12].

Pero el propio Federico Guillermo parece, en ciertos momentos, haber interiorizado los argumentos de sus funcionarios. En una extraordinaria nota, sin fecha, escrita a mano, redactada en algún momento durante la crisis de 1809, reflexiona sobre la posibilidad de una abdicación forzada, observando, taciturno, que si llegara a ser depuesto a favor de otro individuo «más favorecido por la opinión», entonces no protestaría, y cedería las riendas del gobierno a aquel a quien la nación considerase más merecedor[13]». Esto se debía en parte a un enfado, pero también implica un fugaz sentido de cómo los trastornos del período revolucionario iban transformando la propia comprensión de la monarquía tradicional.

Patriotas y libertadores

Lo que estuvo en juego en la crisis de 1809 no era simplemente la cuestión de si había que atacar a los franceses, y cuándo, sino además, en última instancia, la naturaleza de la guerra que Prusia combatiría contra Napoleón. Federico Guillermo y las personalidades más conservadoras de los mandos del ejército continuaban pensando en los términos de una *Kabinettskrieg* [guerra de gabinete] tradicional, en la que las armas principales fuesen la diplomacia dinástica y un ejército regular bien preparado. En cambio, los reformadores pensaban en un nuevo tipo de guerra insurreccional que incluyese grandes masas armadas de ciudadanos-soldados inflamados de amor por su patria. «¿Por qué deberíamos sentirnos inferiores a los españoles y a los tiroleses?», preguntó a Federico Guillermo, en octubre de 1809, el general Gebhardt Leberecht von Blücher, cuando lo presionaba para que afrontase el riesgo de una guerra del lado de Austria. «Estamos mejor equipados que ellos[14]».

El asunto perdió algo de su urgencia una vez que la crisis bélica hubo pasado, pero volvió a aparecer en 1811, cuando parecía que habría una guerra de envergadura entre Francia y Rusia. En un memorando sometido al rey el 8 de agosto de 1811, Gneisenau elaboró un detallado plan para una guerra partisana popular, como los españoles, que se habría desencadenado contra el

ejército francés detrás del frente. Este levantamiento de masas (*Aufstand in Masse*) habría acosado a las unidades francesas, roto las líneas de suministro y destruido los recursos que, en caso contrario, habrían caído en manos enemigas. Gneisenau había observado la debacle de quien, tiempo atrás, había sido subordinado suyo, Schill, y era consciente de que los prusianos corrientes podrían necesitar cierto estímulo adicional antes de tener que arriesgar su vida y sus extremidades contra los franceses. Para asegurarse de que no iba a faltar el necesario compromiso patriótico, Gneisenau sugirió que el estado debería emplear a los curas para movilizar a las comunidades locales[15]. Stein (ahora exiliado en Praga) y Clausewitz llegaron a propuestas similares, aunque estos pusieron más énfasis en la necesidad de un mando claro del ejecutivo monárquico.

El concepto de una guerra insurreccional contra los franceses nunca gozó de amplios apoyos en el cuerpo de oficiales. Solo una minoría de oficiales se sentía inclinada a un concepto de la guerra que arriesgaba emplear fuerzas fuera del control del ejército regular. Pero más allá del propio ejército, en los círculos instruidos de la *intelligentsia* patriótica prusiana, había muchos que encontraban la idea estimulante. En un poema, escrito en 1809 e inspirado por la campaña austríaca contra Napoleón, el un tiempo guardia Heinrich von Kleist imaginó a alemanes de todos los rincones del antiguo Reich levantándose contra los franceses, y evocó, con un lenguaje de notable inflexibilidad, la brutalidad de una guerra sin concesiones:

¡Blanqueado con sus huesos esparcidos
cada agujero, cada colina;
de lo que se dejó a los zorros y a los cuervos
el hambriento pez se hartará de comer;
bloqueará el Rin con sus cadáveres;
hasta que, atascado por tanta carne,
sobrepasa las orillas y corre hacia el oeste
para trazar nuestra frontera de nuevo[16]*!*

Quizá la expresión más rara de la idea insurreccional fuese la *Tumbewegung*, o movimiento gimnástico, fundado por Ludwig Friedrich Jahn en 1812 en el parque de Hasenheide, en lo que es hoy un barrio periférico de Berlín, Neukölln. La intención del movimiento era adiestrar a jóvenes para una próxima guerra contra los franceses. El objetivo no era preparar paramilitares, sino desarrollar formas específicamente civiles de habilidad y compromiso patriótico como preparación para una lucha en la que el pueblo en su conjunto pudiera medirse con el enemigo. Los gimnastas no eran «soldados», término que Jahn despreciaba por su asociación con lo

mercenario (*Sold* es la palabra alemana para salario), sino ciudadanos combatientes cuya participación en la lucha era totalmente voluntaria, pues estaba motivada por el amor a la patria. Los gimnastas «no marchaban», señalaba Jahn en *El arte de la gimnasia alemana*, el catecismo oficial de los primeros tiempos del movimiento, pues marchar significaba matar la voluntad autónoma y se suponía que degradaba al individuo hasta convertirlo en un mero instrumento de una autoridad más alta. En cambio, ellos «caminaban», agitando las piernas en un movimiento fluido, natural, como correspondía a hombres libres. El arte del gimnasta, escribía Jahn, «es un lugar permanente [*eine bleibende Statte*] para la construcción de nuevas virtudes de sociabilidad […], de un sentido de la decencia y legalidad y [de un sentimiento de] alegre obediencia sin perjuicio de la libertad de movimientos y de elevada independencia[17]».

Con el fin de facilitar esta libertad de movimiento, Jahn creó una ropa especial, cuya amplia chaqueta y holgados pantalones de lino gris descolorido estaban diseñados para acomodar y estimular las formas libres de los movimientos corporales tan apreciados por los gimnastas. De nuevo, aquí, se daba una dimensión antimilitarista. «La ropa ligera y austera, sin pretensiones y totalmente funcional de los gimnastas», escribía Jahn, «no es apta para […] llevar galones, cordones, brazaletes, espadas de gala, guantes, en los que dirigen una procesión, etc. El espíritu sincero del combatiente (*Wehrmannsemst*) se transforma, así, en juegos de ocio[18]». Paralelamente a esta hostilidad al orden jerárquico de los militares tradicionales se daba un igualitarismo implícito. A los seguidores de Jahn se los animaba a dirigirse unos a otros llamándose de «*du*» [tú], y esta costumbre diferenciadora contribuyó a derribar barreras de clase, al suprimir los signos exteriores de la diferenciación social[19]. A los gimnastas se los conocía incluso por cantar canciones que proclamaban que todos los miembros eran «iguales en estado y rango» (*An Rang und Stand sind alie gleich*)[20]. Las exhibiciones de Jahn al aire libre, en las que los jóvenes se balanceaban, daban vueltas y se retorcían sobre barras elevadas que fueron el prototipo del equipo gimnástico actual, atraían un gran gentío. Era una clara demostración de cómo el patriotismo podía proporcionar la llave para una reconceptualización de la cultura política basada en lealtades voluntarias en vez de en estructuras de autoridad jerárquicas.

Fue precisamente el potencial subversivo de los discursos patrióticos lo que alejó al monarca de las prescripciones más radicales de los reformadores militares. El 28 de diciembre de 1809 Federico Guillermo, finalmente, volvía

a Berlín, donde fue recibido jubilosamente por la multitud, en toda la ciudad. Sin embargo, siguió oponiéndose a los experimentos patrióticos de cualquier tipo. Ahora que había vuelto a la capital, estaría más que nunca bajo completa vigilancia de las autoridades francesas —y Napoleón había pedido que abandonase Königsberg precisamente por esta razón—. Además, desde 1809, la situación de los franceses parecía totalmente inexpugnable. En 1810, casi todos los territorios alemanes dejados fuera tras la disolución del Sacro Imperio Romano se habían unido en una Confederación Renana, asociación de estados cuyos miembros estaban obligados a proporcionar contingentes militares en apoyo de la política exterior de Napoleón. Ante la existencia de esta potencia la resistencia parecía imposible.

Las reticencias de Federico Guillermo a arriesgarse a una acción militar precipitada se vieron reforzadas ulteriormente por una tragedia personal. El 19 de julio de 1810, la inesperada muerte de su esposa Luise, a la edad de solo treinta y cuatro años, lo hundió en una prolongada depresión en la que su único consuelo fue encerrarse y rezar. No tenía fe en la idea de una guerra insurreccional; a los reformadores se les permitió seguir adelante con varias mejoras en la administración y en la preparación militar, pero Federico Guillermo bloqueará sus intentos de movilizar a un «ejército popular» (*Volksarmee*) a través de la aprobación del reclutamiento universal. La propuesta de Gneisenau de utilizar a los curas para que animasen a la gente a rebelarse contra quienes los habían conquistado mereció una lacónica nota al margen del rey: «Un solo predicador ejecutado y todo esto se acabará». Respecto a las propuestas de Gneisenau sobre un sistema de milicias ciudadanas, comentó, simplemente: «Bueno, como la poesía[21]». De todos modos, el rey aprobó una importante concesión al partido belicista. Durante el verano de 1811 ratificó los planes para una ampliación del ejército prusiano y el reforzamiento de fortalezas clave. Y se tendieron discretos puentes en dirección a Rusia y a Inglaterra.

Por suerte para Federico Guillermo, muchos de sus altos consejeros (incluido Hardenberg) apoyaron su política contemporizadora. Así, el rey no tuvo grandes dificultades para resistir los ruegos del «partido belicista». Pero al enfriarse las relaciones entre Francia y Rusia a partir de 1810, las presiones externas aumentaron gradualmente sobre quienes tomaban las iniciativas en Berlín. Siempre había sido difícil imaginar un futuro de Europa en el que Napoleón y Alejandro I pudiesen marchar juntos como hermanos. Se habían ido acumulando las tensiones entre ambos durante algún tiempo, pero la ruptura llegó en diciembre de 1810, cuando Napoleón se anexionó el ducado

de Oldenburg, en el noroeste de Alemania, cuya integridad había sido garantizada por la Paz de Tilsit, y cuyo soberano era tío del zar Alejandro. El zar respondió con el *ukáz* [ucase][*] del 31 de diciembre, por el que cerraba los mercados y puertos rusos a los productos franceses (excepto vinos y seda). Durante la primavera y el verano de 1811 ambas potencias se separaron, pero sin que ni una ni otra se comprometiesen a ir a la guerra. En el invierno de 1811-1812, sin embargo, quedó claro que era inminente una gran ofensiva francesa. Napoleón reforzaba sus ejércitos de la Alemania oriental y central, ocupaba la Pomerania sueca y trasladaba ahí a 36 batallones desde España[22].

Una vez más, los prusianos se encontraron con el peligro de que su tierra se viese hollada por la política de las grandes potencias. Federico Guillermo y sus consejeros —el primero de todos Hardenberg— manifestaron la timidez y la cautela habituales. El proceso de rearme que se había iniciado a comienzos del verano era imposible ocultárselo a los franceses. En agosto de 1811 Napoleón pidió explicaciones. Al no quedar satisfecho con la respuesta de Hardenberg, lanzó un ultimátum advirtiendo que si no cesaba la actividad de rearme inmediatamente, sería retirado el embajador francés en Berlín y sustituido por el mariscal Davout a la cabeza de su ejército. El anuncio fue recibido con consternación en Berlín. Gneisenau objetó que cumplir con esta radical intimidación podía significar el suicidio político, pero Federico Guillermo rechazó la objeción y dio orden de que la movilización y los trabajos de fortificación se suspendiesen. Se produjeron fuertes protestas del oficial al mando de la fortaleza de Kolberg, general Blücher, que más tarde jugaría un papel clave en las campañas contra Francia. Cuando Blücher trató de que el rey se resistiese a las órdenes francesas y se mudase de Berlín, fue destituido y reemplazado por Tauentzien, general que resultaba aceptable para Napoleón.

La humillación final llegó bajo forma de un tratado de alianza ofensiva impuesto por Napoleón el 24 de febrero de 1812. Los prusianos hubieron de acuartelar y abastecer a la Grande Armée cuando esta se dirigió pesadamente hacia el este a través de Prusia en su camino para invadir Rusia, abrir todos sus almacenes de municiones y fortalezas al mando francés y proporcionar a Napoleón un cuerpo auxiliar de 12 000 hombres. Este «acuerdo» le fue extorsionado a Berlín de un modo que recordaba las negociaciones de la Guerra de los Treinta Años. Napoleón empezó por ofrecer a Krusemarck, embajador prusiano en el cuartel general imperial, la opción de permitir que la Grande Armée entrase en Prusia como amiga o como enemiga. Desesperado, el embajador aceptó provisionalmente todas las condiciones y envió el

documento a Berlín para que fuese ratificado. Pero los franceses retrasaron la partida del correo que portaba el texto, de modo que para cuando llegó a Federico Guillermo, un cuerpo de ejército francés se estaba acercando ya a la capital prusiana.

Prusia era, ahora, un mero instrumento de la estrategia militar de Napoleón, lo mismo que los estados satélites alemanes de la Confederación Renana. Para esos patriotas reformadores que habían trabajado tan duramente para que Prusia estuviese preparada para la lucha que se avecinaba contra Napoleón esta fue la última frustración. Un grupo de prominentes altos oficiales dimitieron indignados de sus cargos. Entre estos se hallaba el un tiempo jefe de la policía de Berlín, Justus Gruner, que se marchó a Praga, donde se unió a una red de patriotas que aspiraba a derrotar a los franceses por medio de una insurrección y sabotajes (fue detenido por el gobierno austríaco —aliado también de Francia— en agosto). Scharnhorst, el motor de las reformas militares, se encerró en un «exilio interior», desapareciendo totalmente de la vida pública. Tres de los innovadores militares con más talento, Boyen, Gneisenau y Clausewitz, rompieron filas con sus colegas y entraron al servicio del zar, con la creencia de que, ahora, solo Rusia poseía el potencial para acabar con el poder de Napoleón. Aquí fueron capaces de volver a conectarse a Stein que, tras pasar un período en el exilio austríaco, se unía al cuartel general imperial ruso en junio de 1812, por expresa invitación del zar Alejandro.

Desde marzo en adelante, los hombres de la Grande Armée se movieron lentamente a través de Neumark, Pomerania, Prusia Occidental y Oriental, en su marcha hacia el este hasta sus puntos de formación. En junio de 1812, unos 300 000 hombres —franceses, alemanes, italianos, holandeses, valones y otros— se concentraron en Prusia Oriental. Pronto quedó claro que la administración provincial no estaba en posición de coordinar el abastecimiento de la vasta masa de tropas. El año anterior las cosechas habían sido pobres y el aprovisionamiento de grano se agotó pronto. Hans Jakob von Auerswald, presidente provincial de Prusia Occidental y Oriental, en abril informaba de que los animales de granja en Prusia Occidental se morían de hambre, los caminos estaban salpicados de caballos muertos, y que ya no quedaba trigo de siembra. El aparato de aprovisionamiento del gobierno provincial se colapso enseguida bajo la presión, y los comandantes simplemente ordenaron a sus tropas que llevasen a cabo confiscaciones por su cuenta. Parece ser que los que todavía tenían animales de tiro araban y sembraban por la noche, para que no se llevaran su último caballo o buey.

Otros ocultaron sus caballos en los bosques, aunque los franceses se percataron de esta práctica y comenzaron a peinar las zonas arboladas en busca de animales ocultos. En tales condiciones, la disciplina se degradó rápidamente y hubo muchos informes sobre excesos por parte de las tropas, en especial extorsiones, saqueos y palizas. Un informe de un alto funcionario hablaba de devastación «aún mayor que en la Guerra de los Treinta Años». Cuando ya no pudieron obtenerse caballos, los comandantes franceses obligaron a los aldeanos a sustituirlos. Al campesino medio de Prusia Oriental, informaba Auerswald en agosto, le parecía imposible comprender cómo podía ser tan maltratado por los aliados de su propio rey; efectivamente, se decía que los franceses se portaban peor como «amigos» en 1812 de lo que lo habían sido como enemigos en 1807. En las regiones lituanas de las fronteras orientales de la provincia, el verano trajo hambre y el inevitable aumento de defunciones entre los niños[23]. En unas memorables palabras del diplomático hanoveriano Ludwig Ompreda, los franceses habían dejado a los habitantes de Prusia con «nada más que sus ojos para llorar por su miseria[24]».

Por todas las tierras de Prusia el humor fue pasando gradualmente del resentimiento a un creciente odio contra las fuerzas de Napoleón. Los primeros y vagos rumores de reveses franceses en Rusia fueron recibidos con emoción y sincera *schadenfreude*. Los primeros informes fragmentarios del incendio de Moscú (llevado a cabo por los propios rusos para que Napoleón no pudiera utilizarla como cuarteles de invierno) llegaron a las provincias orientales de Prusia a comienzos de octubre. Hubo un especial interés por los informes referentes a los espantosos daños causados a la Grande Armée por las fuerzas irregulares de cosacos y las guerrillas de campesinos armados. El 12 de noviembre, cuando los periódicos informaron sobre la retirada de la Grande Armée de Moscú, los rumores dejaron paso a una semicertidumbre. El diplomático francés Lecaro, de estancia en Berlin, se sintió sorprendido por la intensidad de la emoción pública: en sus tres años y medio de residencia en la ciudad, escribía, nunca había visto a los habitantes manifestar «abiertamente un odio y una rabia tan intensos». Envalentonados por las últimas noticias, el pueblo prusiano «no ocultó ya más su deseo de unirse a los rusos para exterminar todo lo que tenía que ver con el sistema francés[25]». El 14 de diciembre el 29.° Boletín de la Grande Armée acabó con ulteriores dudas sobre el resultado de la campaña de Rusia. Publicado en nombre del emperador, el boletín culpaba de la catástrofe al mal tiempo y a la incompetencia y engaño de los demás, anunciaba que Napoleón había dejado

a sus hombres en Rusia y se apresuraba a volver hacia occidente, a París, y concluía con una notable y brutal expresión de centralismo imperial: «La salud del emperador nunca ha sido mejor». En Prusia, estas noticias provocaron incidentes causados por el malestar. En Neustadt, Prusia Occidental, los habitantes del lugar se enfrentaron a las tropas napolitanas de Napoleón que vigilaban una masa de prisioneros de guerra rusos. Hubo ataques espontáneos contra el personal militar francés, especialmente en las tabernas, donde las pasiones patrióticas se vieron inflamadas por el consumo de alcohol.

Pero ningún rumor ni informe impreso podía traer de vuelta el significado de la catástrofe napoleónica de manera tan contundente como la visión de los restos de la un tiempo invencible Grande Armée abriéndose camino penosamente hacia occidente desde Rusia.

> Las más nobles figuras han sido encorvadas y encogidas por el hielo y el hambre, se han cubierto de heridas azuladas y blancas llagas. Los miembros estaban congelados y podridos (…) y tenían un olor pestilente […]. Sus ropas consistían en harapos, esteras de paja, viejos vestidos de mujer, pieles de oveja, o cualquier cosa que pudiera caer en sus manos. Nadie llevaba el cubrecabezas adecuado, sino que se enrollaban en la cabeza viejas ropas o jirones de camisas; en vez de calzado o polainas, llevaban los pies envueltos en paja, pieles o harapos[26].

El rencor, que había ido cocinándose a fuego lento, estallaba ahora en actos de venganza cuando la población rural tomó el asunto en sus manos. «Las clases más bajas del pueblo», informaba el presidente del distrito Theodor von Schön desde Gumbinnen, «y especialmente los campesinos, se permiten, en su fanatismo, los más horribles malos tratos contra estos infelices desgraciados […] en las aldeas y en los caminos rurales, descargan toda su rabia contra ellos […]. Toda obediencia a los funcionarios ha desaparecido[27]». Había informes sobre ataques contra los rezagados por parte de grupos armados de campesinos.

Durante el mes de diciembre de 1812, el gobierno prusiano, así como el de otros estados clientelares alemanes, siguieron comprometidos a favor de la alianza con Francia. El 15 de diciembre, cuando los franceses exigieron que Prusia aumentase su contingente militar, el gobierno de Berlín accedió dócilmente. Sin embargo, cuando el año tocaba a su fin, Federico Guillermo se vio sometido a una creciente presión para que renegase de la alianza del 24 de febrero y se uniese a la lucha de Rusia contra Napoleón. De los tres memorandos que le fueron sometidos por los funcionarios superiores el día de Navidad de 1812, dos (de Knesebeck y Scholer) lo instaron a aprovechar la oportunidad proporcionada por el colapso francés en la campaña de Rusia y a

que se volviese contra Francia. El tercero, del consejero privado Albrecht, era más circunspecto y advirtió al rey de que no subestimase el potencial que le quedaba a Napoleón[28]. Solo cuando el poder de Austria se viese plenamente involucrado en la causa común, entonces podría Prusia arriesgarse a una agresión abierta contra las fuerzas francesas.

Imperturbable, pesimista y cauteloso como nunca, el rey fue llevado hacia la tercera opción. En un memorando escrito tres días después, Federico Guillermo estableció sus propios puntos de vista sobre la política exterior prusiana para los siguientes meses. Su tema principal era «vive y deja vivir»; a Austria se le confiaría la mediación para una paz europea general. Napoleón debía ser obligado a llegar a un entendimiento con el zar Alejandro sobre la base del respeto mutuo, tras lo cual se le permitiría retirarse a Francia sin ser molestado y conservar sus territorios alemanes anexionados de la orilla izquierda del Rin. Solo si no se mostrase de acuerdo con este arreglo Prusia iría a la guerra, y en este caso, solo del lado de Austria. El rey imaginaba que esto, si por fin ocurría, sería en abril del año siguiente[29].

El giro

Por la época en que Federico Guillermo escribía estas líneas, los acontecimientos ya se le estaban adelantando. El 20 de diciembre de 1812, las primeras partidas avanzadas de tropas rusas cruzaban la frontera y penetraban en Prusia Oriental. Según los términos de la alianza con Francia, le correspondía al general prusiano Yorck, que se las había arreglado para sacar a 14 000 de sus hombres vivos de la campaña rusa, bloquear el ulterior avance de los rusos y así cubrir la retirada de lo que quedaba de la Grande Armée. Yorck fue bombardeado con mensajes tanto de los mandos franceses como de los rusos. El mariscal Alexander Macdonald ordenó que dejase expedito el camino para su retirada y vigilase el flanco francés ante un ataque ruso. Por el lado del comandante ruso, general Diebitsch, se rogó que se abandonase a Macdonald y que se dejase pasar a los rusos sin ponerles trabas. El 25 de diciembre Yorck y Diebitsch se reunieron y se llegó a un acuerdo, según el cual a uno de los enlaces prusianos ante el cuartel general ruso se le otorgarían plenos poderes para posteriores negociaciones. El hombre al que se le confió la tarea no era otro que el teórico militar, reformador y patriota Carl von Clausewitz, que había abandonado el servicio con los prusianos a comienzos del año en curso.

32. Johann David Ludwig, conde Yorck, *anónimo.*

Durante una difícil discusión en la tarde del 29 de diciembre, Clausewitz explicó a Yorck que los rusos estaban muy cerca y en un muy gran número. Todo intento de reunirse con Macdonald, cuyo exiguo cuerpo se había separado del contingente prusiano, carecería de sentido. Impresionado por lo bien fundado del argumento de Clausewitz y la sinceridad de sus convicciones, Yorck, finalmente, aceptó: «Sí. Me ha convencido. Dígale al general Diebitsch que debemos hablar mañana por la mañana en el molino de Poscherun [cerca de la localidad lituana de Tauroggen, a cuarenta kilómetros al este de la frontera prusiana] y que he decidido ya, firmemente, separarme de los franceses y de su causa**[30]**». La reunión quedó fijada para la mañana siguiente (30 de diciembre) a las ocho. Según los términos del acuerdo alcanzado, conocido como Convención de Tauroggen, Yorck neutralizaría su contingente por un período de dos meses y permitiría a los rusos penetrar en territorio prusiano sin ser molestados.

Fue una decisión transcendental. Yorck no tenía autorización alguna para contradecir la política de su gobierno de esta manera**[31]**. Su defección no era mera desobediencia; era traición. Esto resultó muy costoso a un hombre que por su origen y naturaleza era monárquico y conservador. Yorck trató de justificar su decisión en una notable carta que escribió a Federico Guillermo el 3 de enero de 1813:

> Su Majestad me conoce y sabe que soy un hombre tranquilo y de cabeza fría que no se mete en política. Mientras todo fue marchando de la manera acostumbrada, el leal servidor estuvo obligado a seguir las circunstancias —lo que era su deber—. Pero, ahora, las circunstancias han hecho aparecer una situación nueva, y el deber, asimismo, exige que esta situación, que no se

> dará nunca más, sea aprovechada. Estoy pronunciando aquí las palabras de un viejo y leal servidor, tales palabras son, casi universalmente, las palabras de la nación; una declaración de Su Majestad devolverá vida y entusiasmo a todas las cosas y lucharemos como verdaderos viejos prusianos y el trono de Su Majestad se mantendrá sólido como una roca e inconmovible en el futuro […]. Ahora espero con ansiedad un consejo de Su Majestad respecto a si debo avanzar contra el verdadero enemigo, o si las condiciones políticas exigen que Su Majestad me condene. Yo espero ambas decisiones con un espíritu de leal dedicación y juro a Su Majestad que recibiré con la misma tranquilidad las balas del lugar de la ejecución como las del campo de batalla[32].

Quizá lo más notable de esta carta sea el hecho de que —dejando a un lado la retórica superficial sobre la lealtad personal— hacía muy pocas concesiones al punto de vista del monarca. Por el contrario, Yorck ofrecía a Federico Guillermo la opción de confirmar su acción o de condenarlo a muerte por su desobediencia. Además, la referencia al «verdadero enemigo», como opuesto al enemigo planeado por la política exterior de Berlín, dejaba claro que Yorck se había arrogado uno de los atributos constitutivos de la soberanía, es decir, el derecho a determinar quién es amigo y quién es enemigo. Para empeorar las cosas, Yorck justificaba su acto de usurpación con un llamamiento implícito a la autoridad final de la acosada «nación» prusiana.

Estas eran palabras sorprendentemente radicales por parte de un hombre que, al principio, había tomado sus distancias de los reformadores militares. En 1808-1809, Yorck había sido un duro opositor de la insurrección armada, sobre la base de que representaba una amenaza demasiado grave para el orden político y social. Pero, a medida que fue aumentando la presión para emprender una acción, había empezado a mostrarse menos frío hacia los designios populistas de los patriotas. Cada vez que pensaba en la idea de un levantamiento popular, había dicho a Scharnhorst en el verano de 1811, más le parecía esta «absolutamente necesaria». En un memorando sometido al rey a finales de enero de 1812, estableció un plan para utilizar insurrecciones muy controladas en Prusia Occidental para mantener ocupadas las divisiones francesas y cortar el impulso del avance principal[33]. Es difícil imaginar una ilustración mejor del poder de las ideas que animaban a los reformadores que esta tardía conversión de un duro conservador a la causa de la nación.

Hacia finales de la primera semana de febrero de 1813 toda la provincia de Prusia Oriental se había puesto bajo el control directo del gobierno de Berlín. Stein, que había entrado en la provincia como funcionario de la administración rusa, se consideró facultado para ejercer la autoridad directa en las zonas liberadas, y lo hizo con su acostumbrada falta de tacto. Sin consultarlo localmente, fueron suprimidas varias restricciones al comercio asociadas al sistema napoleónico de tarifas continentales, y la administración

financiera prusiana fue obligada, pese a sonadas protestas, a aceptar el papel moneda ruso a una tasa de cambio fija. Haciendo ostentación de su estatus soberano como «plenipotenciario del emperador de Rusia», Stein reunió incluso a los estados de Prusia Oriental para deliberar sobre las disposiciones de la futura guerra contra Francia. «Inteligencia, honor, amor a la patria y venganza», le decía a Yorck en una carta de comienzos de febrero, «exigen que no perdamos tiempo, que hagamos un llamamiento a una guerra popular […] para romper las cadenas del insolente opresor y lavar el deshonor que hemos padecido con la sangre de sus malvadas bandas[34]». Stein quiso que Yorck inaugurase la primera reunión de los estados con un discurso vigorizante, pero Yorck no se sentía a gusto con papeles que le hiciesen parecer un agente de los intereses rusos. De todos modos, aceptó asistir a la sesión si los propios estados lo invitaban formalmente.

El 5 de febrero los «representantes de la nación», como se los llamó en general en la época, se reunieron en el salón de recepciones de la Casa de los Estados Provinciales, en Königsberg. A su cabeza se sentaba el presidente, a su derecha, siete miembros del Comité de los Estados, flanqueados por los representantes de la nobleza provincial, los campesinos libres, y las ciudades. Casi inmediatamente se llegó a un acuerdo según el cual se enviaría una delegación para invitar a Yorck a que presentase sus propuestas a la asamblea. Los representantes sin duda eran conscientes de la audacia de su paso: a comienzos de febrero todo el mundo sabía que Yorck había sido destituido de su cargo, que su detención ya había sido ordenada y que había perdido el favor del rey. El alcance de la insurrección, que se extendía a Prusia Oriental, se ampliaba ahora hasta el punto de abarcar a la clase política de la provincia.

Yorck apareció solo brevemente ante la asamblea, urgiendo a que se constituyera un comité para supervisar nuevos preparativos de guerra y cerró con una declaración característica y concisa: «Espero combatir a los franceses allí donde se encuentren. Cuento con la ayuda de todos; si su fuerza supera la nuestra, sabremos cómo morir con honor». Tales palabras fueron recibidas con atronadores vivas y aplausos, pero Yorck levantó una mano para que se hiciese silencio en la sala, y dijo: «¡No hay llamamiento para esto en un campo de batalla!». Luego se dio la vuelta y se marchó. Esa misma tarde, un comité se reunió en casa de Yorck acordando reclutar una milicia provincial (*Landwehr*) de 20 000 hombres con 10 000 reservas. Las exenciones permitidas bajo el antiguo sistema cantonal fueron abolidas; todos los hombres adultos por debajo de los cuarenta y cinco años, excluyendo solo a los enseñantes y curas, fueron declarados aptos para ser llamados a filas, sin

tener en cuenta su estatus social o su religión —esto último implicaba que los judíos, por primera vez, se consideraban idóneos para el reclutamiento—. La meta era completar las cuotas de soldados con voluntarios en un primer momento, y solo si esto resultaba poco adecuado, se procedería a la llamada a filas por sorteo. El ideal de la nación en armas levantándose contra sus enemigos era, por fin, una realidad. En este proceso, la autoridad del estado monárquico se vio desplazada casi del todo por los estados, que ahora reactivaban sus llamamientos tradicionales como órganos de gobernanza provincial[35].

En Berlín, el gobierno comenzó, a lo largo de enero, a distanciarse de la alianza francesa. El 21 de enero, tras unos rumores sobre que los franceses estaban planeando tomarlo prisionero, Federico Guillermo dejó Potsdam y se trasladó con Hardenberg y su séquito de unas setenta personas a Breslau, en Silesia, donde llegó cuatro días más tarde. Durante la primera semana de febrero, cuando los estados se preparaban para reunirse en Königsberg, el rey y su círculo de consejeros permanecieron en un estado de incertidumbre e indecisión. Quedarse del lado de Francia parecía imposible a la vista de los acontecimientos en curso en el este, pero la perspectiva de una ruptura total con Francia acarreaba a su vez la amenaza de una total dependencia respecto a Rusia. El problema de la situación de Prusia, expuesta entre las potencias del este y del oeste, nunca había sido expresado de forma tan dramática. Las provincias del oeste eran vulnerables a las represalias francesas; Prusia Occidental y Oriental se hallaban ya en lo que prácticamente era una ocupación rusa. Ante este dilema fundamental, la corte de Breslau parecía paralizada; el rey, observó Hardenberg en una nota privada del 4 de febrero, parecía «no saber lo que quería realmente[36]».

Sin embargo, más o menos por la misma época, el rey comenzó a aprobar decisiones que apuntaban en la dirección de una política más enérgica. Se llamó a Scharnhorst de su retiro, y el 8 de febrero se llevó a cabo un llamamiento para reclutar voluntarios con el fin de formar cuerpos francos de fusileros. Al día siguiente fueron suspendidas las exenciones del servicio del sistema cantonal, estableciendo, al menos temporalmente, la aptitud masculina universal para el servicio militar. Era como si el gobierno tuviese prisa para mantenerse informado de la evolución de los acontecimientos en las provincias orientales. Pero estas medidas no bastaban, a corto plazo, para detener el hundimiento de la fe pública en el monarca y sus consejeros. A mediados de febrero el espíritu de la insurrección había cruzado el río Óder hasta Neumark y aquí se hablaba de revolución si el rey no daba muestras

inmediatamente de su solidaridad con Rusia. Incluso el predicador hugonote Ancillon, uno de los consejeros del rey más cautos y que le eran más simpáticos, le advirtió, en un memorando, del 22 de febrero, de que era «la voluntad general de la nación» que el rey dirigiese a su pueblo en una guerra contra Francia. Si no lo hacía, avisaba Ancillon, sería barrido por los acontecimientos[37].

Solo en los últimos días de febrero decidió el rey, finalmente, compartir la suerte con Rusia y romper claramente con Napoleón. Fue firmado un tratado con los rusos en Kalisch y en Breslau el 27-28 de febrero, por el que estos aceptaban restablecer las fronteras aproximadas de Prusia de 1806. Según los términos de este tratado, Prusia debería ceder a Rusia la mayor parte de los territorios polacos adquiridos por la segunda y tercera partición de Polonia, pero conservó un corredor (unido a Prusia Occidental) entre Silesia y Prusia Oriental. Por su lado, los rusos aceptaron que Prusia fuese recompensada por la cesión de tierras polacas con la anexión de territorios de las conquistas conjuntas de los aliados en Alemania —en discusiones informales se apuntaba a Sajonia, cuyo rey seguía siendo aliado de Napoleón, como la víctima más probable.

Scharnhorst fue enviado al cuartel general del zar Alejandro para iniciar las discusiones sobre un plan de guerra conjunto. El 17 de marzo se hizo un anuncio formal de la ruptura con Francia, y el 25 de marzo los mandos ruso y prusiano publicaron conjuntamente la Proclamación de Kalisch, por la que el zar ruso y el rey prusiano trataron de aprovechar el entusiasmo nacional prometiendo su apoyo a una Alemania unida. Se creó un comité, bajo la presidencia de Stein, para el reclutamiento de tropas en todos los territorios alemanes y para planear la futura organización política de la Alemania meridional y occidental. Ahora, el gobierno prusiano hizo vigorosos intentos para reclamar las tierras que se habían perdido en manos de las fuerzas insurrectas. El 17 de marzo el rey hizo pública su famosa alocución: «A mi pueblo», en la que justificaba la cauta política del gobierno hasta ese momento y hacía un llamamiento a su pueblo para que se levantase, provincia por provincia, contra los franceses. Redactada por Theodor Gottfried Hippel, nacido en Königsberg, que se había unido a la cancillería a las órdenes de Hardenberg en 1811, «A mi pueblo» se hallaba cuidadosamente a medio camino entre la retórica insurreccional de los patriotas radicales y el orden jerárquico del absolutismo tradicional. Hubo comparaciones entre los levantamientos conservadores de la Vandea (1793), España (1808) y Tirol (1808), pero, intencionadamente, no con la *levée en masse* francesa de 1793,

y se intentó englobar los acontecimientos actuales en la tradición del liderazgo de la dinastía de los Hohenzollern[38]. El edicto del 21 de abril de 1813, que creaba la *Landsturm* (ejército territorial) fue, quizá, la expresión más radical de estas semanas —declaraba que los oficiales del ejército territorial debían ser elegidos, aunque la posibilidad de ascender al rango de oficial quedaba restringida a ciertos grupos sociales y profesionales[39].

A comienzos de marzo Breslau se había convertido en el centro de operaciones no solo para los mandos prusiano y ruso, sino también para el movimiento de voluntarios que estaba desarrollándose. Mientras Federico Guillermo III, Scharnhorst, Gneisenau y Blücher se reunían con sus colegas rusos en el palacio real para coordinar la próxima campaña, una multitud de voluntarios convergieron en el hotel Szepter, a poca distancia, para la firma de su servicio a las órdenes de comandante Ludwig Adolf Wilhelm von Lützow, un oficial prusiano de Berlín que había servido en el regimiento de húsares de Schill y había sido autorizado por el rey, en 1813, para crear tres cuerpos de fusileros voluntarios. Los fusileros de Lützow, conocidos también como la «Banda Negra», por sus uniformes sombríos, muy holgados, acabarían siendo unos 3000 hombres. Entre los más activamente implicados en el reclutamiento de voluntarios estaba Friedrich Ludwig Jahn, que había llegado a Breslau con un grupo de gimnastas, y que era ya algo así como un personaje de culto. «Estos lo miraban con ojos desorbitados, como si fuera una especie de mesías», constató un joven soldado del ejército regular, evidentemente con sentimientos encontrados[40]. El joven noble Leopold von Gerlach, que llegó a Breslau hacia finales de febrero, se quedó asombrado por la energía y entusiasmo de la ciudad. Una tarde, en el teatro, escribió Gerlach, el canciller Hardenberg podía ser visto todavía charlando amigablemente con el embajador francés para mantener las apariencias. Pero las calles se mostraban ansiosas con los preparativos de la guerra. Podían verse soldados ejercitándose en las murallas, en la carretera circular y ante las puertas de la ciudad, los paseos estaban abarrotados de caballos para la venta y la compra, en las calles había filas de judíos que vendían mosquetes, pistolas y sables; «prácticamente todo el mundo, desde los sastres, los espaderos, los zapateros a los guarnicioneros, sombrereros y talabarteros, trabaja para la guerra[41]».

Mientras los comandantes aliados hacían sus planes en Breslau, también Napoleón se preparaba para la guerra en Alemania, formando un nuevo ejército con veteranos y nuevos reclutas bisoños provenientes de los estados clientelares de la Confederación del Rin. La historia de Napoleón, su carisma y reputación eran todavía suficientes para disuadir a la mayoría de los

soberanos alemanes de que desertasen; el temor de estos a su poder se veía reforzado por la preocupación por la perspectiva de un levantamiento nacional contra Francia que habría acabado con los tronos alemanes al mismo tiempo que con las guarniciones francesas. Incluso el acosado rey de Sajonia, que durante un tiempo había dudado, había vuelto al corral francés, en parte porque reconocía que los aliados (y en especial Prusia) representaban un gran peligro para la integridad de su reino, mayor que el de Napoleón. Así, los aliados se enfrentaban a una lucha larga e incierta contra un enemigo que controlaba todavía los recursos y los hombres de gran parte de la Europa alemana. Las guerras de liberación, como acabaron siendo conocidas, comenzaron mal para los aliados. Se había acordado que el ejército prusiano operaría bajo el mando supremo ruso —clara indicación del estatus subalterno de Prusia en la coalición— pero surgieron dificultades en un primer momento para coordinar a las dos estructuras de mando. Tras penetrar en Sajonia a finales de marzo, los aliados fueron derrotados en la batalla de Lützen, el 2 de mayo. Pero la victoria de Napoleón había sido muy costosa: mientras los prusianos habían perdido 8000 hombres y los rusos 3000 entre muertos y heridos, la cifra, para los franceses y sus estados clientelares llegó a los 22 000. Este patrón se repitió en la batalla de Bautzen, el 20-21 de mayo, donde Napoleón obligó a los aliados a retirarse, pero perdió otros 22 000, el doble que las fuerzas ruso-prusianas. Los aliados tuvieron que retirarse de Sajonia a Silesia, pero sus ejércitos estaban intactos.

No era un comienzo prometedor. Con todo, la ferocidad de la resistencia aliada proporcionó una pausa a Napoleón. El 4 de junio este aceptó un armisticio temporal con el zar Alejandro y con Federico Guillermo III. Posteriormente Napoleón considerará el alto el fuego del 4 de junio el error que arruinó su dominio en Alemania. Decir esto era exagerado, pero sí fue ciertamente un serio fallo de juicio. Los aliados utilizaron el respiro que esto les proporcionó no solo para aumentar y reequipar a sus fuerzas, sino también para dirigir su esfuerzo de guerra hacia una base financiera más sólida mediante una alianza y tratados de ayuda económica acordados con Gran Bretaña en Reichenbach el 14-15 de junio. Además de subsidios directos por un total de dos millones de libras, un tercio de las cuales (alrededor de 3,3 millones de táleros) irían a Prusia, Gran Bretaña aceptó proporcionar cinco millones de libras en «papel federal», una moneda especial, suscrita por Londres, que podía ser empleada por los gobiernos aliados para los costes relacionados con la contienda y amortizada conjuntamente por los tres socios del tratado una vez finalizada la guerra[42]. En un conflicto que ya había

hundido a Gran Bretaña en una deuda pública sin precedentes en su historia, esto suponía, aun así, la mayor transacción jamás realizada.

Los objetivos más urgentes de la política aliada después del 4 de junio era convencer a Austria de que se uniese a la coalición. Clemens Wenzel von Metternich, el ministro austríaco responsable de la política exterior, había tomado distancias de la coalición ruso-prusiana en los primeros meses de 1813. El gobierno austríaco seguía considerando que Rusia era una amenaza en los Balcanes y no deseaba ver el control de Napoleón sobre Alemania sustituido por la hegemonía de Rusia. Pero tras la firma del Tratado de Reichenbach, seguido de una alianza con Suecia el 22 de julio, quedó claro que el futuro de Europa estaba en juego y Viena no podía continuar manteniéndose al margen. En el verano, Metternich intentó mediar para conseguir una paz europea que fuese aceptable para Napoleón mientras, al mismo tiempo (en Reichenbach, el 27 de junio), acordaba condiciones para una acción conjunta con los aliados en el caso de que fracasase su mediación. Cuando los intentos de Metternich de negociar una paz se hundieron ante la intransigencia de Napoleón, Austria, finalmente, resolvió incorporarse a la coalición aliada. Se dejó pasar el alto el fuego del 4 de junio, que expiraba el 10 de agosto de 1813; al día siguiente Austria entraba formalmente en la coalición y declaraba la guerra a Francia.

Ahora el equilibrio de poder se inclinaba bruscamente en contra de Francia. Los austríacos proporcionaron al esfuerzo de guerra de la coalición 127 000 hombres. Los rusos contaban con un ejército de 110 000 hombres para la campaña de primavera y su número aumentó rápidamente a medida que fueron llegando nuevas oleadas de reclutas. Suecia contribuyó asimismo con un contingente de 30 000 soldados al mando del exmariscal francés, ahora príncipe heredero de Suecia, Jean-Baptiste-Jules Bernadotte. Debido a sus nuevas leyes de reclutamiento, los prusianos pudieron aportar un gran contingente de 228 000 soldados de infantería, 31 000 de caballería y 13 000 de artillería. En el momento culminante de la lucha aproximadamente un seis por ciento de la población prusiana estaba en el servicio activo. Contra esta imponente fuerza multinacional, Napoleón podía reunir 442 000 soldados preparados para el combate, muchos de los cuales eran nuevos reclutas mal adiestrados y escasamente motivados.

Napoleón concentró a sus fuerzas en torno a Dresde, en el territorio de su leal aliado el rey de Sajonia, con la esperanza de que surgiese la oportunidad de propinar un golpe devastador contra uno u otro de los ejércitos aliados. Estos, por su lado, adoptaron una estrategia concéntrica: un Ejército del Norte

sueco-prusiano al mando de Bernadotte se dirigió hacia el sur desde Brandemburgo, tras recuperar Berlín, mientras que Blücher mandaba un Ejército de Silesia, al este de las tropas napoleónicas. Avanzaba desde el sur un Ejército de Bohemia, mandado por Schwarzenberg. Aproximarse a Napoleón no era tarea fácil, pese a la superioridad numérica de los aliados. Este operaba por líneas internas y era capaz de organizar ataques rápidos y destructivos. Los aliados sufrían los problemas habituales de los ejércitos coaligados —las relaciones entre los mandos prusiano, sueco y austríaco, e internamente en cada ejército, no eran armoniosas y estas fuerzas, muy dispersadas, se enfrentaban al problema de cerrar el círculo alrededor de Napoleón sin exponerse a un ataque francés potencialmente devastador—. La tercera semana de agosto trajo consigo tres victorias y una derrota. El Ejército de Berbn, fuerza compuesta en su mayor parte por sajones, francones y otros contingentes alemanes y mandados todos ellos por el general francés Oudinot, fue derrotado el 23 de agosto en una batalla cerca de Grossbeeren al acercarse a la capital prusiana. Un cuerpo francés de 10 000 hombres que se dirigía hacia Brandemburgo para apoyar a Oudinot fue atacado posteriormente y destruido cerca de Hagelberg. En ambos enfrentamientos, los hombres de la Landwehr prusiana jugaron un papel fundamental. El 26 de agosto el Ejército de Silesia de Blücher infligió fuertes pérdidas a un ejército de 67 000 hombres franceses y de la Confederación Renana, dirigidos por Macdonald; casi la mitad de las tropas de Macdonald perecieron o cayeron prisioneros. Pero estos éxitos se vieron compensados hasta cierto punto por un duro combate en las afueras de Dresde el 26-27 de agosto, en el que el Ejército de Bohemia de Schwarzenberg fue obligado a retirarse por Napoleón, que le causó más de 35 000 bajas.

Animado por su éxito en Dresde, en un primer momento Napoleón se centró en encontrar y destruir uno de los ejércitos aliados en su marcha de aproximación, confiando en que su ventaja de operar por líneas internas le permitiría concentrar fuerzas superiores contra cada uno de sus adversarios. Condujo a sus hombres a una porción de territorio entre los ríos Saale y Elba en busca del Ejército del Norte de Bernadotte o del de Silesia de Blücher, que sabía que estaban en la zona. Pero ambos se le escaparon, dirigiéndose hacia el oeste, a través del Saale.

Llegado a este punto, Napoleón comenzó a ver disminuir sus opciones. No podía retirarse del teatro de operaciones sin exponerse a destructivos ataques por parte de irregulares y cosacos, sin hablar de los ejércitos adversarios, todos los cuales estaban todavía intactos y dispuestos a la lucha.

La opinión interna, en Francia, iba cambiando abruptamente y haciéndose contraria a una prolongación de la guerra, y los recursos de Napoleón estaban reduciéndose. Urgido por el tiempo, decidió concentrar sus fuerzas entorno a la ciudad sajona de Leipzig, esperar la llegada de los enemigos y aceptar batalla. La ciudad, así, se convirtió en el escenario del enfrentamiento militar de mayor envergadura hasta la fecha en la historia de la Europa continental y, probablemente, de todas las guerras de la humanidad. La batalla de Leipzig ha sido llamada justamente la «Batalla de las Naciones» (*Volkerschlacht*), pues los 500 000 hombres que tomaron parte en ella incluían a franceses, alemanes (en ambos bandos), rusos, polacos, suecos, casi todas las nacionalidades que componían el imperio austríaco e incluso una brigada de tropas especiales de cohetería que se había formado el año anterior y que iba a participar por primera vez en una acción en Leipzig.

En la noche del 14 de octubre, Napoleón había concentrado 177 000 hombres en la ciudad y alrededor de ella. A primeras horas del día siguiente, el ejército de Schwarzenberg, un descomunal cuerpo de más de 200 000 hombres, tomó contacto al sur de la ciudad con las fuerzas francesas mandadas por Murat. La mayor parte del 15 de octubre se empleó en patrullas y escaramuzas cuando ambos ejércitos sondearon mutuamente sus posiciones. Entre tanto, el Ejército de Silesia de Blücher, cuya posición exacta le era desconocida a Napoleón, avanzó desde el noroeste a lo largo de los ríos Saale y Elster. El día siguiente, 16 de octubre, se vio dominado por feroces combates en una vasta extensión de tierra alrededor de la ciudad cuando Schwarzenberg atacó desde el sur, Blücher desde el norte y un pequeño cuerpo aliado de 19 000 ejerció presión a través de las zonas boscosas al oeste de la ciudad. Al terminar el día Napoleón todavía conservaba una gran parte del frente en el sur, pero había sido obligado a retirarse en el noroeste, donde sus posiciones en torno a Mockern habían sucumbido tras violentos combates con los prusianos del I Cuerpo del Ejército de Silesia, mandado por el general Yorck, a quien se le había restituido el cargo, pero no el favor real.

Al llegar la noche, el resultado final todavía pendía de un hilo. Las bajas eran extraordinarias: los franceses habían perdido casi 25 000 hombres y los aliados 30 000. Con todo, la cosa se presentaba bien para los aliados, pues mientras Napoleón solo podía desplegar 200 000 hombres en total, incluidas las reservas que le quedaban, la llegada del Ejército del Norte y del ejército polaco mandado por Bennigsen llevó a las fuerzas aliadas concentradas alrededor de Leipzig a los 300 000 hombres. Además, el control de Napoleón sobre sus aliados alemanes se estaba debilitando. El 16 de octubre tuvo

noticia de que un ejército de 30 000 bávaros se había unido a los austríacos y tenía intención de interceptar las líneas de comunicación de Napoleón con Francia[43].

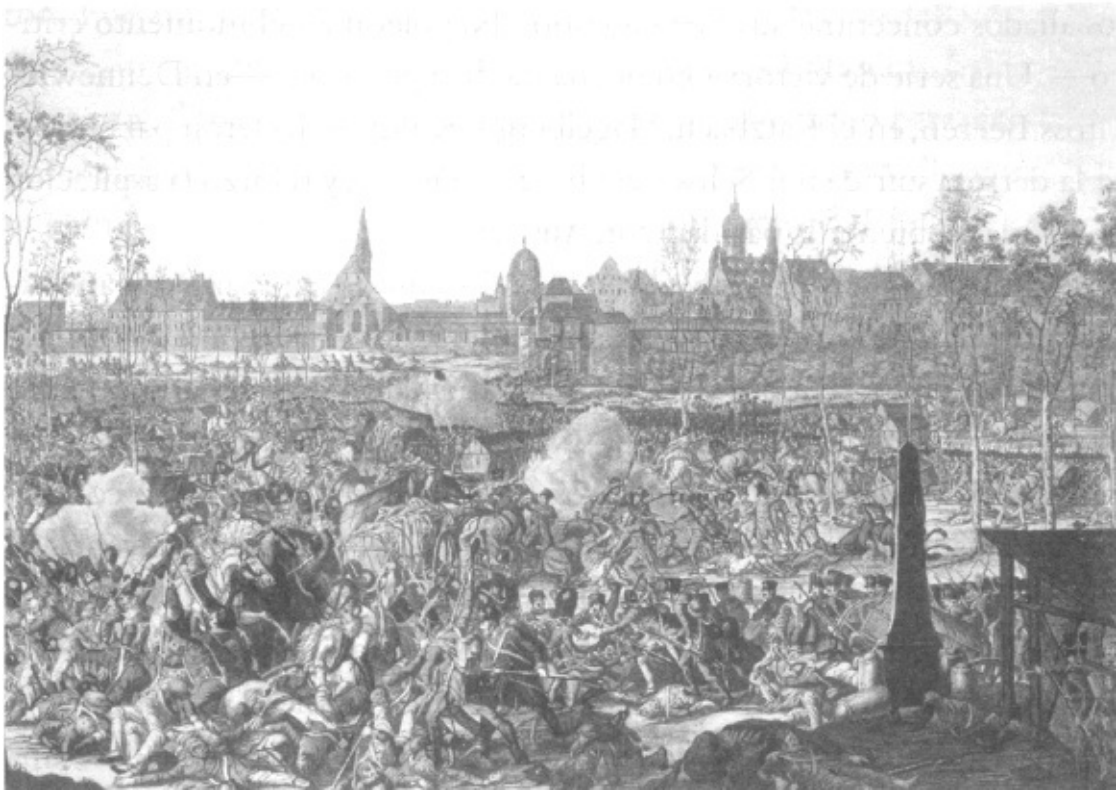
El emperador francés consideró la posibilidad de una retirada, pero finalmente acabó decidiendo aplazarla hasta el 18, con la esperanza de que algún fatal error de los aliados le proporcionase la oportunidad de dar la vuelta a la situación. Intentó, asimismo, como era su costumbre, dividir a sus enemigos ofreciendo una paz separada a Austria, pero esta iniciativa tuvo solo el efecto de convencer a los adversarios de que estaba al límite de sus recursos. El día siguiente (17 de octubre) fue tranquilo; excepto por unas cuantas escaramuzas, todos los ejércitos descansaron, preparándose para el combate decisivo, y se cerraron todos los huecos entre las fuerzas atacantes. Entre tanto, las calles de Leipzig se llenaban con los heridos de ambos bandos. «Desde anoche», anotó en su diario el 17 de octubre el compositor de Leipzig Friedrich Rochlitz, «hemos trabajado sin pausa para vendar y alojar a los heridos, y todavía sigue habiendo muchos que yacen sin ser atendidos en la plaza del mercado y en las calles cercanas, de manera que en bastantes sitios uno camina, literalmente, sobre sangre[44]».

El 18 de octubre los aliados avanzaron hacia las afueras de Leipzig estrechando el círculo alrededor de las fuerzas francesas. Un papel importan te, en esta fase de la batalla, recayó en el general prusiano Bülow, cuyo cuerpo formaba parte del Ejército del Norte mandado por Bernadotte. Bülow encabezó el avance desde el este a través del río Parthe y soportó el peso de los combates por los aproches orientales de la ciudad. Una vez más, las bajas por ambas partes fueron severas. Los aliados perdieron 20 000 hombres más; los franceses habían permanecido mayoritariamente a la defensiva y perdieron quizá la mitad de esa cifra. Se produjeron ulteriores defecciones, en especial los 4000 sajones unidos al cuerpo de Reynier, que, sin más, marcharon hacia los aliados en filas cerradas. Entre los que observaban este notable acto de deserción se hallaba el mariscal Macdonald, que vio con su catalejo cómo los sajones, tras dirigir un exitoso avance contra los aliados, se daban la vuelta, sin más, y dirigían sus armas contra los franceses que los seguían: «De la forma más abominable y fría», recordaba después, «dispararon contra sus compañeros, que no se lo esperaban, a los que, anteriormente, habían servido con leal camaradería de armas[45]». Los desesperados intentos del mariscal Ney para cerrar las filas y lanzar un contraataque fueron rechazados por la brigada cohetera británica, cuyos cohetes Congreve sembraron el terror en la columna que avanzaba.

Y aquí se decidió el resultado. Percatándose de que no tenía esperanza ninguna de evitar el desastre, Napoleón ordenó que la retirada de sus fuerzas se iniciase con la oscuridad, en las primeras horas de la madrugada. A las once de la mañana del 19 de octubre, el propio emperador francés había dejado la ciudad y volvía sus pasos hacia el Rin. Una retaguardia de 30 000 hombres quedaba atrás para conservar la ciudad y cubrir la retirada. Sin embargo, la batalla estaba lejos de haber finalizado, pues los defensores no tenían intención de ceder sin combatir. Los aliados presionaron a lo largo de un amplio arco de frente desde el noroeste en dirección al sur de la ciudad. Cuando Bülow y su cuerpo de ejército se aproximaban a las defensas orientales vieron que las posiciones avanzadas habían sido abandonadas y que centenares de carros volcados impedían su avance. Se produjo una pausa, al tiempo que se abría un pasaje usando un intenso fuego de artillería. Al entrar en la zona construida cayeron en medio de por parte de los tiradores franceses situados en los tejados y en los pisos altos de los edificios de ambos lados de la estrecha calle. Mil de sus prusianos se perdieron en los primeros minutos de lucha. La artillería era prácticamente inútil, pues los hombres se enzarzaron en un combate cuerpo a cuerpo con los defensores al ir abriéndose camino combatiendo de esquina en esquina. Al cargar en una calle lateral, un batallón de 400 prusianos orientales de la Landwehr se vieron acorralados y vapuleados por los defensores; solo la mitad de ellos pudieron huir con vida. Los combates fueron especialmente desesperados en la Puerta de Grimma, donde los defensores franceses que se retiraban se vieron copados fuera de la ciudad —las tropas de Baden que protegían la puerta desde dentro habían recibido instrucciones para no permitir el paso a nadie—. Los franceses, desamparados, fueron masacrados por los prusianos que iban aproximándose, muchos de los cuales eran hombres de la Landwehr unidos a la vanguardia de Bülow.

Por la tarde, se habían abierto brechas en la ciudad por el este y por el norte y estaba a punto de derrumbarse. Para los defensores no quedaba otra opción que huir hacia el oeste a través del puente del Elster, siguiendo los pasos de la Grande Armée. Napoleón había dado órdenes de que el puente fuese minado, conservado durante la retirada y luego derruido después de que los últimos defensores hubiesen abandonado la ciudad. Pero el desventurado cabo al que se le había encargado que hiciese explosionar la mina fue presa del pánico cuando vio a los cosacos que se aproximaban e hizo detonar la carga cuando el puente estaba todavía abarrotado de soldados y caballos franceses que huían de los aliados que los seguían de cerca. Una atronadora

explosión sacudió a toda la ciudad, destruyendo la única vía de retirada y provocando una macabra lluvia de restos humanos y equinos que cayeron en las aguas de la rápida corriente del río y sobre las calles y tejados del perímetro occidental. Atrapados, los restantes defensores se ahogaron tratando de cruzar el río, fueron arrinconados y muertos, o se entregaron como prisioneros.



33. Johann Lorenz Jugendas, La batalla de Leipzig, 16-19 de octubre de 1813*, combates ante la Puerta de Grimma.*

La batalla de Leipzig había concluido. A Napoleón le había costado 73 000 hombres, de los que 30 000 habían sido hechos prisioneros y 5000 habían desertado. Los aliados habían perdido 54 000 hombres, de los que 16 033 eran prusianos. En tres días de combates, cada día habían muerto o habían sido heridos, de media, más de 30 000 hombres. Los épicos combates para controlar la ciudad no pusieron fin a la guerra *contra Napoleón, pero sí trajeron el fin de su dominio sobre Alemania. El camino de Berlín y hacia la misma Francia quedaba ahora abierto.*

No se exagera si se da importancia al significado de tales acontecimientos para el resurgimiento de Prusia de la humillación impuesta en Tilsit en 1807. Los prusianos jugaron un papel fundamental en la campaña de 1813. Sin duda habían sido claramente el elemento más activo y agresivo del mando

compuesto aliado. Aun cuando Bülow, como comandante de un cuerpo del Ejército del Norte, estaba subordinado al cauto Bernadotte, no acató las órdenes de su superior en varios puntos clave durante la campaña, buscando el combate con las fuerzas francesas. La exitosa defensa que hizo Bülow de Berlín, que cambió el curso de la guerra, se llevó a cabo sin el apoyo de Bernadotte. Cuando el Ejército del Norte se aproximaba a Leipzig, fue Bülow quien abrió el camino. El impulsivo Blücher también desobedeció una orden del mando conjunto aliado para que se retirase a Bohemia en septiembre, prefiriendo marchar Elba abajo —si hubiese obedecido a la orden, habría sido imposible para los aliados concentrar sus fuerzas contra Napoleón en el momento crítico—. Una serie de victorias en buena medida prusianas —en Dennewitz, Gross Beeren, en el Katzbach, Hagelberg y Kulm— sirvieron para revertir la derrota sufrida por Schwarzenberg en Dresde, y reforzó la aspiración de Prusia a obtener la paridad con Austria[46].

El mismo patrón pudo observarse durante la campaña del año siguiente. En febrero de 1814, al aproximarse los aliados a las fronteras francesas, Schwarzenberg y Metternich afirmaron que era el momento de buscar la paz con un debilitado Napoleón, que podía permanecer en el trono de manera segura. De nuevo, fue Blücher quien insistió con urgencia para que se continuase la guerra, mientras Grolman convencía al rey prusiano y al zar ruso de que permitiesen a Blücher y a Bülow consolidar sus fuerzas y lanzasen una ofensiva independiente[47]. Mientras que el mando austríaco consideraba la lucha contra Napoleón con el espíritu de una guerra de gabinete del siglo XVIII, en la que la finalidad de una victoria militar era garantizar términos de paz aceptables, los belicistas prusianos tendían a un objetivo más ambicioso: la destrucción de las fuerzas de Napoleón y de su capacidad para hacer la guerra. Este era el punto de vista que luego se verá destilado en *De la guerra*, de Clausewitz.

En las decisivas batallas flamencas de 1815, asimismo, la contribución prusiana será crucial. El 16 de junio, cuando los franceses lanzaron su primer gran ataque de 1815 en la campaña de verano, en Ligny, fueron los prusianos los que llevaron el peso de los combates y encajaron las más severas bajas. Tras soportar un cañoneo en Ligny, donde Wellington no fue capaz, por razones que todavía son objeto de polémica, de reforzar una posición prusiana expuesta, los prusianos se reagruparon con sorprendente rapidez y se concentraron alrededor de Wavre. Desde aquí, a primeras horas del 18 de junio, decidieron conectar con las fuerzas de Wellington en Waterloo. Marchando a través de un terreno desigual, todavía encharcado por las

recientes lluvias, las unidades de avance del 4.º ejército prusiano, al mando del conde Bülow, llegaron al campo de batalla a media tarde e inmediatamente cargaron contra el flanco derecho francés en Plancenoit, desarrollándose un duro combate por el control de la aldea. Unas horas después, hacia las siete de la tarde, el 1er. Cuerpo de Ejército del general Zieten llegaba para reforzar el flanco izquierdo de Wellington. Fue un momento crucial por el resultado de la batalla. La Haye Sainte, una granja fortificada, próxima a las líneas británicas, había caído en manos francesas una hora antes, abriendo el camino para un ataque potencialmente decisivo contra el vapuleado centro de Wellington. Napoleón parecía estar a punto de conseguir una victoria. Fue la llegada del cuerpo de Zieten lo que permitió que Wellington trasladase estas fuerzas, que tan desesperadamente necesitaba, a las partes más vulnerables de sus líneas. Por el contrario, Napoleón se había visto obligado a desplegar hombres de su propio centro para recuperar Plancenoit, donde los prusianos amenazaban con abrir una brecha en la retaguardia francesa. La Vieja Guardia tuvo un éxito efímero al reconquistar Plancenoit, pero entre las ocho y las ocho y media de la tarde, tras desesperados combates casa por casa, volvió a caer en manos de los prusianos, que ahora controlaban el acceso a la retaguardia francesa. Constatando la atropellada huida de las tropas francesas de Plancenoit, Wellington aprovechó el momento y ordenó un avance general. Al final, las fuerzas francesas cedieron y huyeron[48].

En el breve lapso de tiempo a su disposición, los reformadores militares habían hecho mucho por mejorar las prestaciones del ejército prusiano, que había fracasado tan claramente en 1806. Especialmente notable era la mejora en la calidad del mando. Esto se debió, en parte, a la excelencia de un grupo de notables generales —Blücher, Yorck, Kleist, Bülow— surgidos de la debacle de 1806-1807 con su reputación indemne. El sistema de mando reformado era lo suficientemente flexible como para permitir a los comandantes de los cuerpos disponer de un grado de autonomía en el campo de batalla. El teniente general Zieten, por ejemplo, había recibido la orden del cuartel general de Blücher de reforzar el 4º Cuerpo de ejército prusiano en Plancenoit; solo en el último momento resolvió no obedecer la orden y apoyar el flanco izquierdo de Wellington, acto de insubordinación que podía haber salvado la batalla a favor de los aliados[49]. Más significativa aún fue la integración de los oficiales de Estado Mayor en la estructura de mando. Por primera vez en la historia del ejército prusiano, oficiales de Estado Mayor responsables hicieron sombra a los altos mandos. Gneisenau fue asignado a

Blücher y ambos formaron un inspirado equipo, en el que cada uno de ellos reconocía los talentos propios del otro. Cuando a Blücher se le concedió un doctorado honorario por la Universidad de Oxford después de la guerra, comentó, con su desconfianza característica: «Bueno, si he de convertirme en doctor deberán ustedes, por lo menos, convertir a Gneisenau en farmacéutico, pues nosotros dos nos pertenecemos siempre el uno al otro[50]». No todas las asociaciones fueron tan armoniosas como esta, pero en las fuerzas armadas prusianas estos nuevos arreglos crearon una fuerza de combate más sensible y cohesionada.

Pero sería erróneo inferir que el ejército prusiano de 1813-1815 fuese un instrumento bélico radicalmente nuevo. El impacto de las reformas posteriores a 1807 quedó diluido rápidamente en 1813 y 1814 por las bajas entre los veteranos y la llegada masiva de reclutas no instruidos en los nuevos métodos. Poco se hizo para aumentar la potencia de fuego por medio de la mejora tecnológica del armamento, en parte debido a que los reformadores —como habríamos podido esperar— tendieron a centrarse sobre todo en los hombres, en la comunicación y en la motivación. La nueva Landwehr había sido pensada para dotar al ejército regular de una fuerza auxiliar muy motivada. De todos modos, aunque algunas unidades individuales de la Landwehr jugaron un importante papel de apoyo en cierto número de enfrentamientos, su currículum de combate fue irregular y la Landwehr no consiguió cubrir las altas expectativas de sus creadores. Los planes de entrenamiento eran todavía rudimentarios, de modo que muchos soldados carecían de la más básica instrucción cuando tuvieron que ir a la guerra. La gran mayoría ignoraban las nuevas normas de 1812 que, según el espíritu de las reformas militares, hacía predominar las escaramuzas y las habilidades de los tiradores[51]. La infraestructura militar prusiana se mostró incapaz de hacer frente a la rápida proliferación de unidades de la Landwehr. Todavía en el verano de 1815, muchos hombres carecían de capotes, calzado e incluso de pantalones[52]. Los uniformes y el equipo eran financiados localmente, y a veces eran de calidad inferior. Por lo mismo, había grandes variaciones en la calidad de las prestaciones bélicas. Mientras la Landwehr del Ejército del Norte combatió de manera tan eficaz como las unidades del ejército regular que estaba a su lado, las asignadas al Ejército de Silesia de Blücher se mostraron poco fiables bajo fuego enemigo[53].

Los reformadores militares pretendían sobre todo dotar al esfuerzo de guerra con el entusiasmo patriótico de la población prusiana. En esto, asimismo, tuvieron un éxito solo parcial. No todos los súbditos de la corona

prusiana se sentían impulsados del mismo modo por los llamamientos patrióticos. En partes de Silesia y de Prusia Occidental, el reclutamiento de regimientos de la Landwehr provocó que muchos huyeran a través de la frontera a la Polonia controlada por Rusia. Muchos comerciantes, terratenientes y posaderos se aferraban al viejo sistema de exenciones y pidieron a las autoridades que ignorasen a sus hijos, o bien presentaron certificados médicos de dudosa autenticidad que indicaban que estaban demasiado enfermos para el servicio militar. El patriotismo no era desigual solo regionalmente, sino también socialmente. Los varones instruidos —alumnos de bachiller, estudiantes universitarios y hombres con cualificaciones académicas— eran la gran mayoría en los contingentes de voluntarios. Constituían el dos por ciento de la población, pero eran el 12 por ciento de los voluntarios. Más notables todavía son las cifras para los artesanos, que formaban el siete por ciento de la población total pero el 41 por ciento de los voluntarios. Por el contrario, los campesinos, que representaban casi los tres cuartos de la población del reino proporcionaban solamente el 18 por ciento de los voluntarios, y la mayoría de estos eran braceros sin tierras o campesinos libres de fuera del corazón agrario del estado prusiano, en el este del Elba. La constitución social del activismo patriótico se había expandido mucho desde los días de la Guerra de los Siete Años, pero seguía siendo un fenómeno predominantemente urbano[54]. Aun con estas limitaciones, el público prusiano respondió a una escala sin precedentes a los llamamientos del gobierno para recabar ayuda. La campaña «oro por hierro» de recogida de fondos obtuvo 6,5 millones de táleros en donaciones y hubo un flujo de voluntarios prusianos para las unidades de la Landwehr y de los cuerpos francos de fusileros voluntarios. Por primera vez, numerosos jóvenes de las comunidades judías, que ya podían acceder legalmente al servicio militar, deseosos de demostrar su gratitud patriótica por la emancipación, acudieron para unirse a la bandera, en los cuerpos francos o en las unidades de la Landwehr. Hubo una campaña judía de recogida de fondos, durante la cual los rabinos donaron copas del Kaddish y adornos de los rollos de la Tora para el esfuerzo de guerra[55]. Hay una señal de modernidad e inclusión en esta guerra, en la que las mujeres jugaron un papel prominente al apoyar al estado a través de la actividad caritativa organizada. Por primera vez en su historia, la dinastía, de manera expresa, obtuvo el apoyo de sus súbditas: el Llamamiento a las Mujeres del Estado Prusiano, firmado por doce mujeres de la familia real prusiana y publicado en marzo de 1813, anunciaba la fundación de una Asociación de Mujeres por el Bien de la Patria y animaba a «las

mujeres e hijas de noble pensamiento de todas las clases sociales a apoyar el esfuerzo de guerra donando joyas, dinero, materias primas y trabajo». Entre 1813 y 1815, se crearon unas 600 asociaciones femeninas con esta finalidad. De nuevo aquí, las mujeres judías representaron un conspicuo subgrupo. Rahel Levin organizó un círculo de amigas ricas para coordinar una ambiciosa campaña de recaudación y viajó a Praga en el verano de 1813 para supervisar la creación de una misión médica dedicada al cuidado de los heridos prusianos. «Estoy en contacto con nuestro comisariado y nuestro cuerpo de cirujanos», escribía a su amigo y futuro marido Karl Varnhagen. «Tengo gran cantidad de hilos, vendas, trapos, calcetines, camisas; preparo comidas en varios distritos de la ciudad; atiendo personalmente a treinta o cuarenta fusileros y soldados cada día; lo discuto y lo inspecciono todo[56]».

Nada mejor para captar la cualidad popular de la movilización prusiana del tiempo de guerra que las nuevas condecoraciones creadas para premiar servicios distinguidos a la patria. La Cruz de Hierro, diseñada y adoptada por iniciativa del monarca, fue la primera condecoración prusiana que se confería a todos los rangos. «El soldado [debería estar] en igualdad de condiciones con el general, ya que el pueblo sabrá, cuando vea a un general y a un soldado con la misma condecoración, que el general la ha merecido por los méritos de sus capacidades, mientras que el soldado solo la habrá merecido en su propia y estrecha esfera». Aquí, por primera vez, se daba un reconocimiento de que el valor y la iniciativa eran virtudes que podían hallarse por igual en todas las clases del pueblo —el rey personalmente echó abajo una propuesta de su Estado Mayor que limitaba el uso de la condecoración al rango de sargento mayor para abajo—. La nueva medalla, adoptada formalmente el 10 de marzo de 1813, era un objeto austero —una pequeña cruz de Malta fundida en hierro colado y decorada solo con un ramito de hojas de roble, las iniciales del rey con una corona encima y el año de la campaña. Se eligió el hierro por razones prácticas y simbólicas. Había escasa provisión de metales preciosos y resultó que en Berlín había excelentes fundiciones locales especializadas en el uso decorativo de hierro fundido. Igualmente importante era la significación metafórica del hierro: como observó el rey en un notable memorando de febrero de 1813, este era un «tiempo de hierro» para el estado prusiano, en el que «solo hierro y determinación» podrían traer la redención. En un gesto extraordinario, el rey ordenó que todas las demás condecoraciones se suspendieran durante el resto de la guerra y así se transformara la Cruz de Hierro en un memorial de campaña. Una vez que los aliados alcanzaron París, el rey ordenó que la Cruz de Hierro fuese incorporada a todas las banderas e

insignias prusianas que habían permanecido en servicio a lo largo de la guerra. Desde el primer momento, la Cruz de Hierro quedó establecida como un *lieu de mémoire* [lugar de la memoria] prusiano[57].

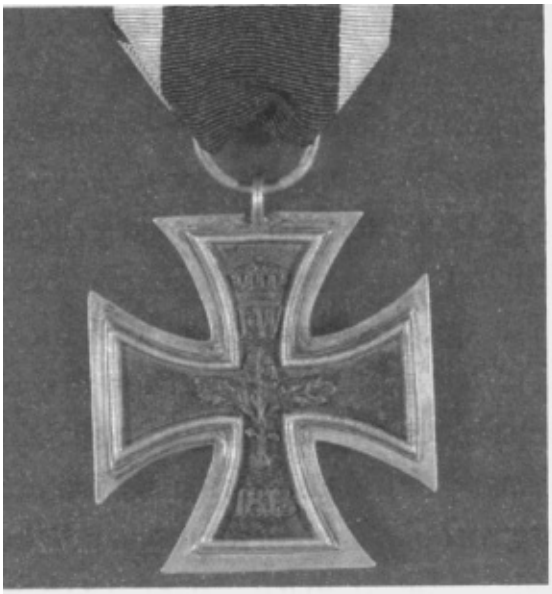
El 3 de agosto de 1814 se aprobó una condecoración complementaria para las mujeres que hubiesen hecho una contribución distinguida al esfuerzo de guerra. El espíritu que presidía todo ello era el de la reina fallecida, Luise, que iba en camino de ser canonizada secularmente y convertirse en una *madonna* prusiana. La Orden de Luise se parecía por su forma a la Cruz de Hierro, pero estaba esmaltada en azul de Prusia y llevaba montado en el centro un medallón con la inicial «L». Podían recibir esta condecoración todas las mujeres prusianas, de nacimiento o naturalizadas, de todos los estratos sociales, casadas o solteras. Entre las que la obtuvieron por su labor caritativa y por conseguir fondos estaba Amalia Beer, madre del compositor Giacomo Meyerbeer, que era una de las mujeres más ricas de la élite judía de Berlín: el rey consideró que la medalla, habitualmente fundida en forma de cruz, fuese modificada para no ofender su sensibilidad religiosa[58].

La creación de la *Luisenorden* reflejaba la existencia de una comprensión más amplia por parte del público de las fuerzas movilizadas en la guerra de lo que era posible en el siglo XVIII. Por primera vez, las iniciativas voluntarias de la sociedad civil —y en particular de sus miembros femeninos— se celebraban como parte integrante de los éxitos militares del estado. Una consecuencia de esto fue el nuevo énfasis en el activismo de las mujeres. Pero esta inclusión se vio acompañada por un elevado énfasis en la diferencia de género. En el documento que fundaba la Orden de Luisa, Federico Guillermo III resaltaba el carácter específicamente femenino y funcionalmente subordinado de la contribución de las mujeres:

> Cuando los hombres de nuestro bravo ejército sangraban por su Patria, encontraron reparo y descanso en los cuidados reconfortantes de las mujeres. Las madres e hijas de esta tierra temían por sus seres queridos que luchaban contra el enemigo y lloraban por los caídos, pero la fe y la esperanza les daban la fuerza para hallar la paz en el trabajo incansable por la causa de la Patria… Es imposible honrar a todos los que decoraron sus vidas con tales hechos de servicio silencioso, pero nosotros pensamos que es hermoso honrar a quienes de entre aquellos cuyos méritos son reconocidos como especialmente grandes[59].

Lo que contaba respecto al nuevo discurso del género no era el énfasis sobre la diferencia, sino la tendencia a verlo en un principio que estructuraba la sociedad civil. Cuando el servicio de las armas se expandió para abarcar (en teoría) a todos los hombres en edad militar, se hizo posible imaginar a la nación prusiana en términos cada vez más masculinos y patriarcales. Si, como

reflejaba la Ley de Defensa de Prusia de 1814, el ejército era «la principal escuela para preparar a toda la nación para la guerra», de esto derivaba que la nación estaba compuesta solo de hombres. Las mujeres, por implicación, se veían confinadas a una esfera privada secundaria por su especial capacidad para la empatia y el sacrificio.



34. *La Cruz de Hierro.*

35. *La Orden de Luise.*

Sería un error considerar esto solo como consecuencia de las campañas contra Napoleón. El filósofo patriota Fichte ya había tratado, desde fines de los años 1790, que la ciudadanía activa, la libertad cívica e incluso los derechos de propiedad se les habían negado a las mujeres, cuya vocación era la de someterse totalmente a la autoridad de sus padres y maridos. El movimiento gimnástico fundado por Jahn en 1811 se centraba en la estima de una forma supuestamente masculina de proezas físicas, como era el patriotismo agresivo del poeta y publicista nacionalista Ernst Moritz Arndt[60]. En ese mismo año, se reunió en Berlín un círculo de patriotas para fundar una Sociedad de Cenas Cristiano-Alemana, cuyos estatutos, explícitamente, excluían a las mujeres (e igualmente a los judíos y a los judeoconversos). Entre los primeros hechos culturales de la sociedad estaba una lectura de Fichte sobre el «casi ilimitado sometimiento de la esposa al marido». Pero las guerras agudizaron tales distinciones y las grabaron más profundamente en la conciencia pública. La equivalencia establecida aquí entre masculmidad, servicio militar y ciudadanía activa se haría mucho más pronunciada a medida que el siglo fuese avanzando[61].

La «memoria» de la guerra

El 18 de octubre de 1817, unos 500 estudiantes de al menos once universidades alemanas se concentraron en el Wartburg, un castillo de las colinas de Turingia donde Lutero había pasado algún tiempo estudiando tras su excomunión por el papa León X. Se habían reunido para celebrar el 300 aniversario de la Reforma y el cuarto aniversario de la batalla de Leipzig. Ambos aniversarios recordaban momentos legendarios de la liberación de la historia de la nación alemana; el primero, del «despotismo papal», el segundo del yugo de la tiranía francesa. Además de cantar canciones patrióticas, los jóvenes del Wartburg quemaron solemnemente las publicaciones de cierto número de autores reaccionarios. Entre las obras echadas a las llamas estaba el panfleto publicado al terminar las guerras de liberación por Theodor Anton Heinrich Schmalz, rector de la Universidad de Berlín. En el panfleto Schmalz atacaba a las sociedades secretas patrióticas que se habían formado en Prusia durante la ocupación y rechazaba contundentemente la idea de que la guerra contra los franceses había sido impulsada por una oleada de entusiasmo popular en Prusia. Aquellos prusianos que se habían incorporado a las tropas, afirmaba Schmalz, no lo habían hecho por entusiasmo por la causa, sino más bien por sentido del deber, «exactamente como una persona corre a la casa de un vecino que está ardiendo[62]». En la época de su aparición, en 1815, el panfleto provocó una tormenta de airadas protestas por parte de los publicistas patriotas. El propio Schmalz quedó sorprendido y afectado ante la vehemencia de la respuesta del público[63]. Dos años más tarde su descripción de un pueblo que seguía a su rey cansadamente a la guerra seguía ofendiendo a los estudiantes del Wartburg, muchos de los cuales eran exvoluntarios, que habían programado la convocatoria para que cayese en el cuarto aniversario de la más grande y decisiva confrontación de las guerras de liberación.

El auto de fe simbólico del Wartburg nos recuerda la controversia y la emoción que acompañó la memoria de las guerras de liberación en los años de la inmediata posguerra. Los estudiantes del Wartburg habían adoptado como bandera los colores negro, rojo y oro del cuerpo de voluntarios de Lützow. No estaban conmemorando una «guerra de liberación», sino una «guerra de libertad»; no una guerra entre ejércitos regulares, sino una guerra de voluntarios; «no una guerra», como dijo el fusilero voluntario y poeta caído Theodor Körner, «para que las coronas sepan de ella», sino más bien «una cruzada, una guerra santa[64]». Concebían la guerra contra los franceses como «una insurrección del pueblo[65]». Tales preocupaciones contrastaban

burdamente con la memoria conservadora de los años de guerra. Fueron «la princesa y sus ministros», escribía el publicista Friedrich von Gentz en los días siguientes al festival de Wartburg, quienes «realizaron las mayores [hazañas] en la guerra contra Napoleón».

> Todos los demagogos y panfletistas del mundo y de la posteridad no pueden arrebatárselo […]. Ellos prepararon la guerra, la fundaron, la crearon. E hicieron incluso más: la dirigieron, la alimentaron, la avivaron […]. Aquellos que hoy, en su juvenil audacia, suponen que ellos derribaron al tirano [Gentz se refiere a los estudiantes del Wartburg], no habrían podido ni siquiera echarlo de Alemania[66].

En parte, tales divergencias en la memoria se basaban en el carácter híbrido de la lucha. Las guerras de liberación fueron guerras de gobiernos y monarcas, de alianzas dinásticas, derechos y reclamaciones, en las que la principal preocupación era restablecer el equilibrio de poder en Europa. Pero también se habían involucrado —en una medida sin precedentes en la historia de Prusia— milicias y voluntarios motivados políticamente. De los casi 290 000 oficiales y soldados movilizados en Prusia, 120 656 sirvieron en unidades de la Landwehr. Además de los regimientos de la Landwehr, que generalmente estaban mandados por oficiales del ejército prusiano, había una variedad de cuerpos francos, unidades de fusileros voluntarios reclutados en Prusia y otros estados alemanes. A diferencia de sus colegas del ejército regular, juraban lealtad no al rey de Prusia, sino a la patria alemana. Al terminar las hostilidades, los cuerpos francos, como el famoso de los Cazadores de Lützow, formaban el 12,5 por ciento de las fuerzas armadas prusianas, unos 30 000 soldados en total[67]. El intenso patriotismo de muchos voluntarios estaba ligado a potenciales visiones subversivas de un orden político ideal alemán o prusiano.

Con todo, sería erróneo sugerir que la divergencia entre la memoria de la dinastía y la de los voluntarios sobre las campañas derivaba solo o incluso en primer lugar de los modos diferentes de alistamiento y de experiencias de combate. No todos los patriotas posbélicos sirvieron en cuerpos de voluntarios; muchos habían servido en la milicia de la Landwehr y en regimientos de línea, o no habían servido en absoluto. Tampoco eran inmunes al fermento patriótico de los años de guerra los oficiales y soldados del ejército regular. En enero de 1816, según informes del enviado británico en Berlín, había oficiales que habían sido «infectados» por «impulsos revolucionarios» en casi todos los regimientos del ejército regular[68]. Los Cazadores Voluntarios (*freiwillige Jager*), por otro lado, incluían nobles (tales como Wilhelm von Gerlach y el hijo del conde Friedrich Leopold Stolberg)

cuya orientación política en el período posbélico era conservadora o aristocrático-corporativa más que liberal o democrática[69]. Las controversias del período posbélico fueron impulsadas no solo por las distintas memorias de las experiencias del tiempo de guerra como tales, sino también por la instrumentalización de la memoria con fines políticos.

Prusia encontró varias maneras de conmemorar las guerras de liberación en los años que siguieron a 1815. Los archivos provinciales —en particular los boletines de noticias (*Zeitungsberichte*) archivados cada mes por los gobiernos provinciales— describen los tañidos de las campanas de las iglesias, los torneos de tiro al blanco, las procesiones con los hombres en uniformes de la milicia y los acontecimientos teatrales locales para conmemorar la batalla de Leipzig y Waterloo[70]. Se fundaron «clubs de voluntarios» y «asociaciones funerarias» en las ciudades prusianas en los años 1830 y 1840 para recaudar fondos para los entierros ceremoniales de los voluntarios veteranos fallecidos. Estos grupos no solo pagaban los gastos del entierro, sino que proporcionaban también hombres de uniforme para la procesión funeraria, recordando así a la comunidad el estatus especial de aquellos —sin importar cuán humilde fuera su estatus social— que habían servido a su rey y a su patria en las guerras contra los franceses[71]. En los años 1840, según un informe aparecido en el periódico berlinés *Vössische Zeitung*, los veteranos se reunían casi cada año en varias localidades para renovar los contactos y recordar a los camaradas caídos. En junio de 1845, en el trigésimo aniversario de la batalla de Waterloo, hubo numerosas reuniones de veteranos que habían servido en los regimientos de la Landwehr y del ejército regular, y también encuentros de los voluntarios de Lützow que aún vivían, que se reunían alrededor del roble junto al cual había sido enterrado el poeta y fusilero voluntario Theodor Korner[72].

Durante los decenios posbélicos los voluntarios, o *Freiwilliger*, continuaron gozando de un estatus especial; por ejemplo, en las memorias de infancia de Theodor Fontane hallamos una descripción de una ejecución pública que había tenido lugar en 1826, cuando su familia vivía en Swinemünde. Al ser uno «de los de 1813» Fontane padre fue seleccionado para marchar a la cabeza de la procesión municipal hasta la plaza de la ejecución para vigilar el gentío que se hallaba en torno al cadalso. Por su lado el condenado, un asesino, continuó creyendo hasta el último aliento que sería perdonado gracias a una carta de recomendación que había recibido del rey tras la batalla de Jena[73]. El general Yorck, asimismo, estuvo bajo el hechizo de la guerra contra Francia. Su culto privado de la memoria se centraba en la

Convención de Tauroggen y en su pérdida del favor real. La convención nunca fue reconocida oficialmente como acto del estado por la corona prusiana; quedó confinada, pues, al menos a corto plazo, a la esfera de la memoria privada. Aun cuando Yorck fue exonerado de toda ofensa por una comisión de investigación en marzo de 1813, siguió convencido de que se le habían denegado los honores que merecía por su labor durante la fase inicial de la guerra contra Napoleón. El documento original con el texto de la convención no fue devuelto para su depósito entre los papeles del estado, sino que permaneció como reverenciada reliquia en el archivo familiar de los Yorck. La estatua de tamaño natural, aislada, que adorna la tumba del general en la hacienda familiar fue encargada por el propio Yorck; y lo muestra con un rollo de piedra que lleva grabadas las palabras «Convención de Tauroggen[74]».

Los diferentes casos revelan una memoria de las guerras de liberación anclada en contextos sociales específicos[75]. Podemos hablar, por ejemplo, de una memoria judía diferenciada de las guerras de liberación, en la que la historia de los reclutamientos de voluntarios estaba entrelazada estrechamente con la narrativa de la emancipación. Sin duda, cuando los rabinos de Breslau bendijeron las armas de los voluntarios judíos el 11 de marzo de 1813, dispensándolos al mismo tiempo de las más estrictas formas de observancia religiosa por la duración de la campaña, no olvidaron puntualizar que la ceremonia marcaba el primer aniversario del Edicto de Emancipación prusiano[76]. La participación judía en la campaña sería invocada, y así fue, como un argumento contra la legislación discriminatoria[77]. En 1843, cuando el *Militdrwochenblatt* incluyó estadísticas de las guerras de liberación, quitando importancia básicamente al número de voluntarios judíos, hubo indignadas protestas y correcciones por parte de periódicos judíos tales como *Der Orient* y *Allgemeine Zeitung des Judentums*[78]. Esta memoria de las guerras de liberación encontró expresión pictórica en las pinturas de Moritz Daniel Oppenheimer, el «primer artista judío moderno[79]», conocido por sus retratos de judíos convertidos y asimilados. En un cuadro de 1833-1834, titulado *Retorno del voluntario judío de las guerras de liberación con su familia, que aún vive según la Antigua Costumbre*, Oppenheimer pintó a un joven de uniforme militar rodeado por su familia en una habitación llena de símbolos caseros y de culto judío. La luz penetra por la ventana de la estancia, iluminando el galón en su chaqueta. No puede haber mejor ilustración de la relación entre el prolongado proceso de asimilación y emancipación y la «memoria de 1813[80]».

La guerra fue conmemorada también a través de la erección de monumentos. Karl Friedrich Schinkel, el más grande de los arquitectos prusianos, diseñó un espléndido monumento conmemorativo que fue colocado en la cumbre del Tempelhofer Berg, luego conocido como Kreuzberg, en 1821. Erigido en el punto más alto del por otra parte plano paisaje de Berlín, y que parece una torre de iglesia gótica en miniatura, estaba bien situado para convertirse en altar de la sacralizada memoria de la guerra. Pero el monumento de Schinkel llevaba una inscripción que dejaba claro que hablaba por una memoria en particular: la memoria dinástica de la guerra, que situaba al rey a la cabeza de su pueblo. «Del rey a su pueblo que, a su llamamiento, sacrificó noblemente su sangre y sus bienes por la patria». El mensaje estaba reforzado por las doce figuras colocadas en nichos alrededor del monumento. Concebidos en un principio como «genios» que representaban a las grandes batallas de las guerras de liberación, fueron alterados para convertirse en retratos de generales y miembros de las casas reinantes prusiana y rusa[81]. Asimismo, lápidas conmemorativas en las iglesias de Prusia llevaban la inscripción: «Por el rey y por la patria[82]». Los monumentos a los caídos prusianos en los campos de batalla de Gross-Gorschen, Haynau, en el Katzbach, Dennewitz y Waterloo llevaban la leyenda: «El rey y la patria honran a sus héroes caídos. Descansen en paz[83]».

36. Retorno del voluntario judío de las guerras de liberación con su familia, que aún vive según la Antigua Costumbre, *óleo de Moritz Daniel Oppenheimer, 1833-1834.*

Por el contrario, parecía que la memoria de la guerra de los patriotas voluntarios iba a quedar sin ser recordada en piedra. Entre aquellos que sintieron este problema más profundamente estaban el pintor Caspar David Friedrich, patriota y político radical que había crecido en Greifswald (Mecklenburg), pero que ahora vivía en la ciudad sajona de Dresde, y Ernst Moritz Arndt, que provenía de la isla de Rügen, en la porción del viejo ducado de Pomerania que había pasado de Suecia a Prusia en 1815. Arndt y Friedrich colaboraron en una estatua de Scharnhorst pero no recibieron ningún apoyo oficial para el proyecto. Ambos hombres vieron la guerra prusiana contra Napoleón como una empresa «nacional» alemana y, para ambos, la memoria del conflicto estaba relacionada íntimamente con las políticas radicales. «No estoy sorprendido en absoluto», escribía Friedrich a Arndt en marzo de 1814, «de que no se erijan monumentos conmemorativos para marcar la gran causa del *Volk*, ni para marcar los magnánimos hechos de los hombres de la gran Alemania. Mientras sigamos siendo siervos de los príncipes, nada de todo esto ocurrirá[84]». La ausencia de un monumento adecuado a las guerras «populares» de liberación fue un tema al que Friedrich

volvía repetidamente en las pinturas que produjo en los años posteriores a 1815. No solo los patriotas voluntarios, sino también los reformadores de las instituciones militares y burocráticas eran sensibles a la manera en que las remembranzas públicas de las guerras de liberación habían sido redirigidas a favor de la tradición dinástico-militar. En 1822, cuando Theodor von Schön, el presidente provincial liberal de Prusia Occidental y anteriormente estrecho asociado de Stein, oyó que había planes para erigir un monumento al general conservador Von Bülow, propuso, en cambio, que se levantase una estatua al miliciano que, al parecer, gritó «chúpame el culo» cuando Bülow lanzó una orden de retirada durante su avance sobre Leipzig[85].

¿Cómo se podía conmemorar públicamente una guerra sin monumentos? Este era uno de los problemas planteados por Friedrich Ludwig Jahn y sus gimnastas. A unos cuantos años de su fundación en el parque de Hasenheide, en los alrededores de Berlín, el movimiento se había extendido más allá de las fronteras del reino, atrayendo a nuevos miembros a lo largo de la Alemania central y septentrional protestante. En 1818 Jahn estimaba que había 150 clubs gimnásticos en total, que comprendían unos 12 000 miembros[86]. Mientras que las representaciones públicas del pasado en piedra, desde 1815, siguieron sujetas, como de costumbre, a un monopolio dinástico, los gimnastas desarrollaron nuevas vías para perpetuar un recuerdo de la guerra modulado según su propio nacionalismo voluntarista. Realizaban peregrinaciones a los campos de batalla de las guerras de liberación. Concebían y celebraban días de fiesta por la memoria, el más importante de los cuales era el aniversario de la batalla de Leipzig. El primero de tales acontecimientos memoriales tuvo lugar en el Hasenheide el 18 de octubre de 1814 y atrajo unos 10 000 espectadores. Con su sinfonía de cuerpos en disciplinado movimiento, sus canciones, sus luces llameantes y sus procesiones con antorchas, sentaron las bases para posteriores aniversarios, hasta la supresión del movimiento gimnástico en 1819.

El festival gimnástico fue una gran fiesta en el año gimnástico, y su función como memoria populista de las guerras de liberación no dejaba de ser contemplado por sus contemporáneos. Pero el propio arte gimnástico era una especia de puesta en escena de la memoria. Era algo más que un programa de salud; era el mantenimiento disciplinado de una disposición inmediata para la lucha y el conflicto. En los primeros años posbélicos esta situación de disponibilidad seguía evocando los años de la ocupación francesa. No era, como hemos visto, la postura del soldado, sino la del voluntario civil. El uniforme que llevaban los gimnastas, que estaba diseñado por el propio Jahn,

reforzó ulteriormente tales asociaciones conmemorativas. El uniforme de gimnasta pertenecía a un código sartorial propio de los primeros años del siglo XIX, que unía al patriótico «traje alemán antiguo» (*altdeutscheTracht*) popularizado por Jahn en el cambio de siglo con las chaquetas amplias de los fusileros voluntarios, y las dos indumentarias estaban relacionadas con los vestidos de los estudiantes de las *Burschenschaften* (hermandades de estudiantes nacionalistas), en cuya historia primera Jahn había jugado también un papel.

Los estudiantes de la hermandad, cuya membrecía se solapaba con la del movimiento gimnástico, eran un culto rememorativo, preocupado por las grandes hazañas del pasado reciente. A través de sus redes, las guerras prusianas contra Napoleón estaban entreveradas por el entramado de una memoria alemana más amplia. Cuando en diciembre de 1817, los *Burschen* de Jena decidieron expresar por escrito el significado de su movimiento, recordaron a su público las experiencias rememoradas que todavía los mantenían unidos. «Porque todos hemos visto el gran año 1813», escribían, volviendo sobre las heridas sufridas y los amigos perdidos en el campo de batalla. «¿Y no seríamos despreciables ante Dios y ante el mundo si no nos hubiésemos ocupado de y sostenido tales pensamientos y sentimientos? Nos hemos ocupado de ellos y los hemos sostenido y volvemos a insistir en ellos una y otra vez y nunca los olvidaremos[87]».

Envuelta en este culto de la memoria estaba la posibilidad de una nueva forma de política. El énfasis de los patriotas posbélicos en la experiencia vivida como fuerza capaz de unir a los seres humanos puede resultar evidente y nada notable para nosotros; sin embargo, fue un invento del período y contenía todas las señales del romanticismo de los primeros tiempos del siglo XIX[88]. El festival del Wartburg fue una «nueva forma de acción política[89]», y no solo porque representase la búsqueda de un «yo burgués» introvertido, imaginado por el lenguaje y el pensamiento del romanticismo para un nuevo tipo de comunidad política, soldada por un compromiso emocional compartido. Recordar era forjar lazos con los propios compañeros; el olvido significaba traición. El llamamiento a un pasado conservado en común no excluía a aquellos que nunca habían sido voluntarios, ya que la verdadera finalidad de los festivales y de los rituales era hacer que la gente «recordase» los acontecimientos, aunque nunca hubiesen participado en ellos. El resultado fue una forma de espectáculo público que podía generar poderosas emociones tanto en los espectadores como en los participantes.

Estas políticas no eran racionales ni discutibles, sino simbólicas, cúlticas y emocionales[90].

¿Prusianos o alemanes?

Desde sus comienzos como fenómeno ampliamente literario en el seno de la clase media instruida, durante la Guerra de los Siete Años, el patriotismo prusiano ha significado siempre más que una mera voluntad de defender la madre patria. Ha mezclado compromisos emocionales con aspiraciones políticas. Todo esto era mucho más amenazador en la época napoleónica de lo que lo había sido durante la Guerra de los Siete Años, en parte porque los elementos sociales capaces de apoyar el entusiasmo patriótico eran mucho más amplios, y en parte porque el ambiente retórico en el que se había articulado se había radicalizado a causa de la Revolución francesa y las controversias sobre las reformas. «Una cosa está clara ahora», escribía el joven Leopold von. Gerlach al observar los frenéticos preparativos de guerra en Breslau en febrero de 1813. «El punto de vista predominante entre los individuos más independientes es extremadamente jacobino y revolucionario. Todo aquel que habla de la necesidad de un futuro construido sobre bases históricas, todo aquel que busca injertar los brotes de lo nuevo en los tallos todavía sanos [del pasado], es ridiculizado, de modo que yo mismo me veo dudar de mis convicciones[91]».

El problema no era simplemente que el patriotismo a veces coincidía con la política radical, sino que también podía derivar sin que se notase en un compromiso nacionalista que amenazaba con subvertir la legitimidad de las distintas dinastías alemanas. La palabra «nación» se utilizaba para referirse tanto a Prusia como a Alemania. Hardenberg y Yorck podían estar en extremos opuestos del espectro político, pero ambos eran leales prusianos (aun cuando Yorck hallaba difícil, en ocasiones, reconciliar su lealtad a Prusia con su obediencia al monarca reinante). Por el contrario, Fichte, Boyen, Grolman y Stein eran nacionalistas alemanes sin ambigüedades. Para Stein el nacionalismo venía a implicar el completo abandono de cualquier compromiso con algún interés específicamente prusiano: «Solo tengo una Patria, que se llama Alemania, y estoy dedicado con todo mi corazón solo a ella y no a una parte concreta de ella», declaraba en una carta de noviembre de 1812. «Para mí, en este gran momento de transición, las dinastías me son completamente indiferentes […]. Pon lo que quieras en el lugar de Prusia,

disuélvela, refuerza a Austria con Silesia y el Mark electoral y el norte de Alemania, excluyendo a los príncipes desterrados[92]».

La tensión íntima entre el patriotismo prusiano y el nacionalismo alemán contenía una amenaza y una promesa. La amenaza era que la agitación nacionalista podía convertirse en una fuerza capaz de desafiar a la autoridad dinástica en todos los estados alemanes, que podía sustituir con una nueva cultura horizontal de lealtades y afinidades el orden jerárquico del Antiguo Régimen y por ello barrer la herencia particularista que había dotado a Prusia con una historia y un significado diferenciados. La promesa era que Prusia podía hallar un camino para aprovechar el entusiasmo nacional en su propio interés, cabalgar la ola nacionalista sin desprenderse de su identidad y sus instituciones particularistas. A corto plazo, la amenaza eclipsó la promesa, cuando Federico Guillermo III se unió a otros soberanos en la supresión de la «demagogia» nacionalista y en el silenciamiento de la memoria pública de la guerra de los voluntarios. Pero a largo plazo, como veremos, los líderes políticos prusianos se hicieron expertos en discernir y explotar las sinergias entre las aspiraciones nacionalistas y los intereses territoriales. A lo largo de este proceso, la memoria dividida de los años posbélicos dio lugar a una pacífica síntesis en la que los elementos populares y dinásticos se yuxtaponían y se veían como complementarios. Purgada de sus ambigüedades políticas, la guerra de Prusia contra Napoleón acabaría siendo remodelada —aunque incongruentemente— como una guerra mítica de liberación nacional alemana. Los gimnásticos, la Cruz de Hierro, el culto de la reina Luise, incluso la batalla de Jena, todo ello acabará convirtiéndose con el tiempo en símbolos nacionales alemanes, legitimando las ambiciones prusianas a un liderazgo político sobre la comunidad de estados alemanes[93].

12
LA MARCHA DE DIOS A TRAVÉS DE LA HISTORIA

Los arreglos territoriales acordados en el Congreso de Paz de Viena de 1814-1815 crearon una nueva Europa. En el noroeste apareció un estado compuesto holandés-belga, el Reino Unido de los Países Bajos. Noruega fue transferida de Dinamarca a Suecia. Austria penetró profundamente en Italia con la adquisición del Lombardo-Véneto y con la instalación de dinastías de los Habsburgo en los tronos de Toscana, Módena y Parma. Las fronteras del imperio ruso fueron rediseñadas con el fin de abarcar el grueso de la Polonia oriental y central, extendiéndose hacia el oeste como nunca lo había hecho antes en la historia de Europa.

El nuevo dualismo

Para Prusia, además, se trató de un nuevo comienzo. No había vuelta atrás en cuanto a las fronteras anteriores a 1806. Una gran parte del territorio polaco adquirido en los años 1790 (exceptuado el Gran Ducado de Posen) pasó al control de Rusia, y la Frisia Oriental (prusiana desde 1744) fue cedida al Reino de Hanóver. A cambio, los prusianos adquirieron la mitad septentrional del Reino de Sajonia, la porción sueca de Pomerania occidental y un extenso trozo del territorio renano y de Westfalia desde Hanóver en el este a los Países Bajos y a Francia en el oeste[1]. No fue ningún triunfo de la voluntad de Prusia. Berlín fracasó en conseguir lo que quería y obtuvo lo que no quería. Habría querido la totalidad de Sajonia, pero Austria bloqueó la

iniciativa y las potencias occidentales y los prusianos hubieron de arreglárselas con la partición de Sajonia del 8 de febrero de 1815. Gracias a este arreglo, Prusia adquiría aproximadamente dos quintos de este reino, que incluían la ciudad fortificada de Torgau y la ciudad de Wittenberg, desde donde Lutero había lanzado la Reforma en 1517, clavando sus tesis en la puerta de la catedral. La creación de una extensa cuña de territorio prusiano en occidente a lo largo del Rin no había sido una idea de los prusianos, sino de los políticos británicos, quienes ya desde hacía tiempo estaban preocupados por el vacío de poder creado por la retirada de los Habsburgo de Bélgica y querían que Prusia sustituyese a Austria como «centinela» alemán que vigilase la frontera oriental de Francia[2]. Esto convino a los austríacos; estaban satisfechos por verse libres de los molestos belgas, que ahora iniciaban un breve e infeliz período de gobierno holandés.

Los prusianos fracasaron también en hacer oír su punto de vista en las complejas negociaciones sobre la futura organización de los estados alemanes. Lo que querían los prusianos (cuya delegación estaba encabezada por Hardenberg y Humboldt) era una Alemania con órganos ejecutivos centrales fuertes a través de los cuales Prusia y Austria se repartirían el control sobre los estados menores —resumiendo, una «solución hegemónica dualista fuerte[3]»—. Por el contrario, los austríacos buscaban una laxa asociación de estados independientes con un mínimo de instituciones centrales. El Tratado Confederal Alemán, firmado el 5 de junio de 1815 (revisado en el Acta Final del Tratado de 1820) representó una victoria de la concepción austríaca sobre la prusiana. La nueva Confederación Germánica, que se componía de 38 (luego 39) estados, disponía de un solo cuerpo central normativo, la Dieta Federal (*Bundesversammlung*), que se reunía en Fráncfort y era, en realidad, un congreso permanente de representantes diplomáticos. Tales acuerdos fueron una derrota para esos políticos prusianos que deseaban una organización más cohesiva de los territorios alemanes.

Nada de esto disminuye el significado de los arreglos posnapoleónicos para el futuro del estado prusiano. El paquete de compensaciones en occidente creaba un bloque de territorios renanos de Prusia tan extensos como Baden y Württemberg juntos. Enclavados en los nuevos territorios, más por accidente que deliberadamente, estaban esas niñas de los ojos del Gran Elector, los ducados de Jülich y Berg. Ahora el reino de los Hohenzollern era un coloso que se extendía por todo el norte de Alemania, roto solo por un

intervalo de 40 kilómetros de ancho en su parte más estrecha, donde los territorios de Hanóver, Brunswick y Hesse-Kassel separaban a la «Provincia de Sajonia» prusiana de la «Provincia de Westfalia», también prusiana. Las consecuencias para el desarrollo político y económico de la Prusia (y de la Alemania) del siglo XIX fueron transcendentales.

Renania estaba destinada a convertirse en uno de los motores de la industrialización y del crecimiento europeo, un desarrollo no previsto en absoluto por los negociadores de Viena, que atribuyeron escaso peso a los factores económicos cuando rediseñaron el mapa de Alemania. Los arreglos de 1815 tendrán asimismo implicaciones geopolíticas a largo plazo. Al abandonar sus reclamaciones sobre gran parte del territorio polaco adquirido en los años 1790, y al aceptar compensaciones en el centro y en el oeste, Prusia reforzaba su presencia en la Europa alemana. Al mismo tiempo, Austria abandonaba para siempre su lugar en el noroeste (Bélgica) y aceptaba extensos nuevos territorios en el norte de Italia. Por primera vez en su historia, Prusia abarcaba más territorios alemanes que Austria.

La Confederación no proporcionó a Berlín instituciones fuertemente ejecutivas como las que habría necesitado con el fin de ejercer un dominio formal sobre el norte de Alemania, pero el asunto quedó lo suficientemente abierto como para permitir que Prusia tendiera a una hegemonía informal y limitada sin poner en riesgo al sistema como conjunto. Precisamente porque la Confederación fracasó en su intento de crear instituciones transterritoriales propias, la puerta quedó abierta para que Prusia tomase la iniciativa. Dos áreas, en particular, requirieron la atención de la administración prusiana desde 1815: la armonización de las aduanas y una política de seguridad federal. Estos eran los ámbitos en los que Prusia desarrolló lo que podemos describir como «política alemana» en los decenios anteriores a las revoluciones de 1848.

Los ministros de Berlín no se dieron prisa en adoptar una política aduanera expansionista. Cuando el gobierno de Hesse-Darmstadt se acercó a Berlín en junio de 1825 con vistas a negociar un acuerdo aduanero, no fueron admitidos, sobre la base de que la ventaja financiera potencial era muy exigua. El peligro de que, en cambio, los de Hesse pudiesen optar por unirse a la recién fundada unión aduanera entre Baviera y Württemberg no tuvo

ningún peso en absoluto respecto a los prusianos. Solo a partir aproximadamente de 1826 la administración de Berlín comenzó a pensar en términos estratégicos más amplios. Esto era, en parte, una función de la salud financiera del estado, que mejoraba, que suprimió la necesidad de priorizar lo financiero sobre otras consideraciones. Aproximadamente por la misma época, el ministerio de asuntos exteriores comenzó a insistir en que las negociaciones aduaneras deberían ser vistas como un arma de la política exterior de Prusia. En 1827, cuando Hesse-Darmstadt volvió a hacer un llamamiento para establecer una unión con Berlín, fue recibido con los brazos abiertos.

Los austríacos reaccionaron alarmados ante la noticia del nuevo acuerdo aduanero. El tratado hesse-prusiano, observaba Metternich en una carta al embajador austríaco en Berlín, «engendra la más angustiosa y sin duda justificada preocupación de todos los gobiernos alemanes. De ahí que todos los intentos prusianos deben ser vistos como destinados a enredar a los demás estados en sus redes…»[4]. El canciller austríaco hizo lo que pudo para disuadir a las demás cortes alemanas de que se uniesen a los prusianos; impulsó incluso la formación de una asociación aduanera competidora, la Unión Comercial de la Alemania Central, cuyos miembros incluían a Sajonia, Hanóver, el Hesse electoral y Nassau, y cuyo territorio se hallaba entre los dos bloques territoriales separados del estado prusiano posnapoleónico. Pero hubo algunos triunfos temporales. Berlín se mostró experta en combinar llamamientos amistosos a un iluminado interés propio con presiones y puro chantaje. Los pequeños estados adyacentes que se negaban a entrar en la unión hesse-prusiana se veían sometidos a muy duras contramedidas, que incluían «guerras de carreteras», en las que se utilizaban nuevas rutas de transporte para absorber el flujo comercial de los territorios señalados. Finalmente, el 29 de mayo de 1829, la firma de un acuerdo con Baviera y Württemberg permitió a Prusia y a sus asociados rodear a algunos de los estados menores de la Unión de Alemania Central. Quedaba abierto el camino para la amalgama de ambas zonas aduaneras.

La Unión Aduanera Alemana (*Zollverein*), que entró en vigor el 1 de enero de 1834, incorporaba a la mayoría de los alemanes, exceptuada Austria. Baden, Nassau y Fráncfort se unieron al año siguiente, seguidos, en 1841, por Brunswick y Lüneburg. Casi un 90 por ciento de la población alemana vivía ahora en los estados miembros de la *Zollverein*[5]. Nadie que observe un mapa de los estados de la *Zollverein* en 1841 dejará de quedar impresionado por el gran parecido con el estado alemán dominado por Prusia que surge de las

guerras de 1864-1871. Con todo, este resultado estaba lejos de los horizontes mentales de quienes hacían la política en Berlín. Lo que querían sobre todo era extender la influencia prusiana sobre una asociación más cohesionada de estados alemanes. La armonización aduanera se convirtió en un nuevo escenario de la vieja competencia entre Prusia y Austria por la influencia y el prestigio entre los territorios alemanes.

Retrospectivamente parece claro que ambos bandos sobrestimaban el significado del éxito prusiano. La Unión Aduanera no fue nunca un instrumento eficaz de la influencia política prusiana sobre los estados menores. Y pudo tener, en pequeña medida, un efecto contrario, ya que proporcionaba ingresos anuales ampliados a los gobiernos locales conservadores, celosos de su autonomía[6]. Para los estados menores, la pertenencia a la Unión Aduanera era un asunto de conveniencia fiscal; no significaba —como demostrarán los acontecimientos de 1866— lealtad política hacia Berlín[7]. Ni siquiera parece haber sentado las bases para una primacía económica prusiana en Alemania, como se dice frecuentemente en los viejos escritos sobre la historia económica anterior a la unificación alemana[8]. No hay pruebas que sugieran que la Unión Aduanera acelerase decisivamente las inversiones industriales prusianas, o que hiciese mucho para alterar la preponderancia total de la agricultura en la economía del reino[9]. La contribución de la *Zollverein* al surgimiento posterior de un imperio alemán dominado por Prusia fue menos evidente de lo que se ha afirmado.

La política aduanera era importante, pero por razones diferentes: durante un tiempo, fue el campo predominante de la «política alemana» de Berlín. Fue en esto en lo que los ministros y funcionarios aprendieron a pensar de un modo auténticamente alemán, y a combinar los beneficios propiamente prusianos con la construcción de un consenso y la mediación de los intereses entre los demás estados alemanes. El largo y fatigoso trabajo a favor de una Unión Aduanera alemana reforzó la autoridad moral de Berlín; todo esto demostraba a la opinión liberal y progresista de los estados alemanes menores que Prusia, con todos sus fallos, podía representar un orden de cosas más moderno y racional. El ministro de Finanzas Friedrich von Motz y el ministro de Asuntos Exteriores, Christian, conde von Bernstorff, los dos estadistas más estrechamente relacionados con la política aduanera prusiana en los años 1820 y 1830, comprendieron esto y trabajaron sistemáticamente para consolidar la reputación de Prusia como una fuerza progresista en los asuntos alemanes[10].

La coordinación de los acuerdos de seguridad alemanes proporcionó otra salida a las presiones competitivas en el seno del sistema confederal. Desde un primer momento, existía ya un ámbito en el que los intereses de Prusia y Austria iban a chocar. Las negociaciones de Prusia de 1818-1819, que intentaron establecer una fuerza militar federal más cohesionada y «nacional» (bajo el liderazgo de Berlín), pero un *lobby* de estados menores, apoyado por Austria, se negaron a sostener cualquier acuerdo que pudiese comprometer la autonomía militar de las potencias alemanas menores. Tales estados lo consiguieron por el momento, con el resultado de que Alemania quedó sin aparato militar federal. Lo que convenía a los austríacos, que pensaron que una estructura federal fuerte jugaría a favor de los prusianos.

La primera oportunidad de tantear la política militar confederal llegó con la Revolución de Julio de 1830 en Francia[11]. La memoria de las invasiones del tiempo de la Revolución de 1789 y de Napoleón estaba todavía viva y muchos contemporáneos, especialmente en el sur, temieron que al levantamiento del verano de 1830 lo siguiera (como en los años 1790) una invasión del oeste de Alemania. Los políticos prusianos se dieron cuenta enseguida de qué modo el temor a la guerra con Francia podía ser explotado en beneficio de Prusia. En una carta al rey del 8 de octubre de 1830, Bernstorff insistió en que se llevasen a cabo consultas militares con las cortes del sur, con vistas a formular una política de seguridad conjunta. Esto, afirmaba Bernstorff, no solo coincidiría con las necesidades de seguridad inmediatas de Prusia, sino que, asimismo, «daría lugar a una confianza general hacia Prusia, de modo que se dependería de sus consejos, sus sugerencias y su benéfica influencia[12]».

Su política, a corto plazo, fue un éxito. En la primavera de 1831 el general prusiano August Rühle von Lilienstern fue enviado en misión al sur de Alemania. Hubo cordiales conversaciones con el rey de Baviera, Luis I, que expresó dudas respecto a la idea de un mando supremo prusiano de las fuerzas federales conjuntas, pero se mostró entusiasta de una estrecha colaboración. «Yo no sé de una Alemania del norte y otra del sur, sino solo de una Alemania», escribía el monarca bávaro a Federico Guillermo III el 17 de marzo de 1831. Baviera, como Prusia, en 1815 había adquirido una porción del territorio renano que quedaba expuesta (el Palatinado, frente a Baden, en la orilla oeste del Rin) y esto necesitaba mucho de una política de defensa coordinada. «La seguridad», como decía el propio rey, «podría hallarse solo en una firme conexión con Prusia[13]». Rühle von Lilienstern tenía razón, en parte, cuando informaba sobre la «actitud segura, sabia, magnánima y

prudente» de Prusia y del impacto beneficioso de su política aduanera, que había merecido el «respeto, la confianza y la simpatía» de los círculos políticos bávaros[14]. Menos calurosa fue la recepción en Stuttgart (Württemberg) y Karlsruhe (Baden), pero aquí también se dio un acuerdo general sobre la necesidad de una reestructuración militar federal y de una estrecha colaboración con Prusia. En este caso fue fácil para los austríacos bloquear las iniciativas prusianas. Después de todo, los estados meridionales, aunque desconfiaban de Austria y confiaban muy poco en el compromiso de Viena en la defensa de la Alemania occidental, y se mostraban cautelosos ante un ulterior reforzamiento del predominio de Berlín. Cuando la amenaza directa de Francia desapareció, la disposición a cambiar independencia por seguridad declinó. La más importante ventaja de Austria fue, simplemente, la fisura en la estructura de la élite política prusiana. Clam-Martinitz, el tortuoso enviado austríaco para ajustarle las cuentas a Berlín en septiembre de 1831, se percató enseguida de que el motor de la nueva política militar federal era la facción políticamente progresista prusiana en torno a Bernstorff, Eichhorn y Rühle von Lilienstern. Opuesta a esta estaba la «facción prusiana independiente» conservadora que giraba en torno al duque Carlos de Mecklenburg, al príncipe Wilhelm Ludwig Sayn-Wittgenstein y el predicador y hombre de confianza del rey, el hugonote Ancillon (que intrigaba con Clam aunque, como burócrata de la oficina del exterior, era subordinado de Bernstorff). A Clam, así, le resultó bastante fácil apartar a la estructura decisoria prusiana jugando con diferentes intereses, enfrentando a unos con otros. Una vez que se hubo asegurado el apoyo de la facción anti Bernstorff y obtenido el acceso directo al rey, pudo socavar la posición del ministro de exteriores y excluirlo de las últimas negociaciones austro-prusianas[15].

El tema de la seguridad federal resurgió en 1840-1841 ante el temor a una invasión francesa. Tras las tensiones internacionales por la Cuestión de Oriente, el primer ministro Adolphe Thiers, en París, habló vagamente de un ataque francés en el Rin. En Alemania, la «Crisis del Rin» desencadenó una oleada de nacionalismo ultrajado. Una vez más, un grupo dentro de la administración prusiana trató de explotar la ocasión. Se despachó a un alto emisario prusiano a las cortes suralemanas para discutir una cooperación militar más estrecha. Y de nuevo la acogida fue calurosa, al menos en un primer momento. El enviado austríaco en Berlín estuvo listo para captar la alarma, informando de que el gabinete prusiano trabajaba para fundar «si no de nombre, al menos *de facto*, una Alemania prusiana[16]». Los estados alemanes del sur jugaron a dos bandas, confesando a los prusianos que no se

fiaban de los austríacos y a los austríacos que temían a los prusianos. Un enviado austríaco siguió la pista de la misión prusiana, tratando de persuadir a las cortes suralemanas para reducir el daño. De nuevo, fueron los austríacos los que acabaron venciendo en la batalla diplomática, obligando a Prusia a renunciar a toda iniciativa unilateral y a trabajar en concierto con Viena para conseguir un arreglo negociado.

Así, los prusianos obtuvieron escasas ganancias pese a sus esfuerzos. Una de las razones de esto fue simplemente que los estados sureños veían todas estas iniciativas con profunda desconfianza, especialmente si se debían a Prusia. Los austríacos, que en un comienzo se habían erigido en garantía de la autonomía de los pequeños estados alemanes, supieron jugar con estos temores con gran eficacia. Luego estaba el hecho de que Berlín no disponía todavía de un aparato gubernamental unitario de decisión política. Los ministros y otros personajes políticos importantes no tenían todavía una responsabilidad colectiva —los reformadores se habían dado cuenta de este problema, pero no habían sido capaces de imponer un remedio duradero—. En cambio, los ministros, los consejeros reales, los cortesanos e incluso los funcionarios subordinados trataban de hacerse con influencias en sus luchas entre ellos, creando brechas que los austríacos consideraron fáciles de explotar. Proseguía la lógica de la «antecámara del poder», desbaratando la alta política prusiana. Hasta los años 1850 y 1860 este problema no pudo ser eliminado por medio de una gradual concentración de autoridad en manos del primer ministro.

Los hombres de Berlín, por su lado, no tenían intención ninguna de correr el riesgo de una clara ruptura con Viena. Pero era necesario todavía la solidaridad austro-prusiana ante los desórdenes y la subversión interna. Así, la perspectiva de un levantamiento político era todavía suficientemente temible para llevar a los dirigentes conservadores de Berlín y Viena a volver a colaborar periódicamente. Esto es lo que pasó en la primavera de 1852 cuando, tras la crisis militar federal, estalló una oleada de agitación radical en el sudoeste de Alemania. Rápidamente, Berlín y Viena volvieron a tomar una actitud cooperadora, trabajando juntos con representantes de otros estados alemanes para reforzar la Confederación por medio de nuevas medidas de censura, vigilancia y represión. Solo con la marginación de las políticas radicales tras las revoluciones de 1848-1849 tales manifestaciones acabaron derrotadas.

En todo caso, los hombres de Berlín basaban todavía sus planes en los horizontes mentales de una Alemania políticamente dividida bajo la capitanía

del trono imperial austríaco. Cuando al enviado diplomático austríaco, el general Heinrich von Hess, se le concedió una audiencia con Federico Guillermo IV en Berlín, en el momento culminante del temor a una guerra con Francia, en 1840, quedó sorprendido y ligeramente desconcertado por la fuerza del apego sentimental del nuevo monarca a Austria. «¡Oh, cómo amo Viena!», le dijo el rey. «¡Lo que yo daría por vivir allí durante un tiempo como una persona privada! La corte imperial es tan grata y una humanidad única brilla en cada uno de sus miembros[17]». Los consejeros del rey seguían viendo (según el enviado austríaco) «la salvación de Alemania no en un prusianismo unilateral, sino en una estrecha unión con Austria[18]». Los designios unitarios del nacionalismo radical no resultaban atractivos para los estadistas prusianos, o para la dinastía Hohenzollern en su trono. Así, Prusia continuó operando —como dijo el enviado británico a Berlín en 1839— «en ese tímido y pasivo sistema que marca su curso político[19]». Austria continuó estando —a pesar de la Unión Aduanera de 1834— en una posición de frágil hegemonía. Todavía podía jugar con contundencia sobre los complicados registros de la Confederación Germánica.

En grado sorprendente, pues, Prusia siguió siendo un objeto, más que un sujeto, del sistema internacional desde 1815. Era, con cierto margen, la menor de las grandes potencias europeas. Incluso, dado el muy limitado espacio para una iniciativa autónoma prusiana, incluso en Alemania, hay base para suponer que Prusia ocupaba una categoría menor en algún lugar en el concierto de las verdaderas grandes potencias y los estados continentales menores. Los dirigentes prusianos aceptaban este estado de cosas, y el reino entró en otra de sus largas fases de pasividad política exterior. A lo largo de los cuarenta años de paz europea entre el Congreso de Viena y la Guerra de Crimea, Berlín luchó para situarse en los mejores términos con todas las potencias. Donde fue posible, buscó el consenso. Evitó irritar a los británicos manteniéndose al margen de todas las mayores crisis internacionales. Se mantuvo alejada del conflicto directo con Austria. La política adoptada por Berlín, informaba el enviado británico en 1837, «trataba de satisfacer a todas las partes por medio de la conciliación y así preservar la paz en Europa[20]».

Sobre todo, Prusia trató de apaciguar y ganarse a Rusia. Durante las guerras napoleónicas Rusia había movilizado un ejército de más de un millón de hombres, convirtiéndose en la potencia hegemónica del este del continente europeo. Los acuerdos territoriales polacos de 1815 empujaron profundamente al saliente occidental del imperio ruso en la Europa central. En los años posteriores a las guerras la aceptación sin problemas de la

hegemonía se convirtió en un axioma de la política exterior prusiana. La memoria de 1807 y de 1812-1813, cuando el futuro de Prusia había descansado en manos rusas, era aún muy viva. Las relaciones entre Prusia y su vecino oriental se estrecharon en 1817 por el matrimonio de la hija de Federico Guillermo III, la princesa Charlotte con el gran duque Nicolás, heredero del trono de los Románov. Tras su subida al trono en 1825, el zar Nicolás I ejerció una profunda influencia sobre sus parientes prusianos. Se vio implicado en el intento de bloquear las reformas constitucionales y ligar a la dinastía de los Hohenzollern a un sistema absolutista[21]. El menor gesto de disgusto era suficiente para que los prusianos no emprendieran ninguna acción que llevase a un conflicto con los intereses rusos[22].

El giro conservador

A las cinco de la tarde del 23 de marzo de 1819, Karl Sand, de veinticuatro años, hijo de un funcionario del antiguo principado prusiano de Bayreuth y que había sido estudiante de teología, hizo sonar la campanilla de la puerta del dramaturgo August von Kotzebue, en Mannheim[23]. *Frau* Kotzebue estaba recibiendo a algunos huéspedes femeninos, de modo que Sand esperó junto a las escaleras hasta ser invitado por el dramaturgo a entrar en el salón de estar, que lo saludó cordialmente. Ambos comenzaron a conversar. De repente, Sand sacó una daga de la manga de la chaqueta y declaró: «No me siento en absoluto orgulloso de usted. ¡Aquí, traidor a la patria!». Y la clavó dos veces en el pecho de su huésped, de cincuenta y siete años de edad, y luego le cruzó la cara. Kotzebue cayó al suelo y murió minutos después. Mientras la casa quedaba conmocionada, Sand retrocedió tambaleándose a los escalones de delante, sacó una segunda daga de la chaqueta y se la clavó a sí mismo dos veces en el abdomen, exclamando: «¡Gracias, Señor, por la victoria!», antes de caer a su vez.

El asesinato de Kotzebue por parte de Sand fue el acontecimiento político alemán más sensacional en los decenios posteriores a las guerras. Esto fue exactamente lo que quiso Sand. Este había planeado largamente el asesinato y se esmeró en dotarlo de la máxima carga simbólica. Sand llegó a la puerta de Kotzebue vestido de una manera exótica con el «traje antiguo alemán» diseñado y popularizado por Friedrich Ludwig Jahn, y asociado desde 1815 con las aspiraciones del movimiento nacionalista radical. Un grabado contemporáneo lo muestra despidiéndose de su montañosa patria francona,

con actitud de seráfica tranquilidad, con un largo cabello rubio que cae desordenadamente de debajo de su «gorra alemana» y la empuñadura de una daga sobresaliendo siniestramente de la solapa de su chaqueta. Sand se había hecho el arma del asesinato a partir de un cuchillo de caza francés recogido en el campo de batalla de Leipzig. También su víctima fue escogida cuidadosamente: Kotzebue era una figura odiada desde hacía tiempo por parte de los fieros jóvenes del movimiento patriótico. Sus populares melodramas sentimentales pintaban mujeres en papeles importantes, atraían a numerosas espectadoras y a veces jugaba en broma con las ambigüedades del código predominante de la moralidad sexual burguesa. Los nacionalistas consideraban estas obras afeminadas e inmorales, y lo denunciaban como «seductor de la juventud alemana». Kotzebue, por su lado, era crítico con el chovinismo y la tosquedad de los jóvenes patriotas. En un artículo publicado en marzo de 1819 —una de las últimas cosas que escribió— ridiculizaba el filisteísmo y la indocilidad del movimiento de la hermandad estudiantil, a cuya ala radical estaba estrechamente unido.

37. Retrato idealizado de Karl Sand dirigiéndose a Mannheim para asesinar a Kotzebue.

Gracias a estas marcadas polaridades simbólicas, la brutalidad del asesinato se vio eclipsada en la conciencia de muchos contemporáneos por una profunda excitación por el radicalismo de la acción de Sand y la pureza de su motivación. Una vez recuperado de las heridas que se había autoinfligido, Sand pasó la convalecencia en la cárcel, donde, se dice, los demás presos levantaban sus cadenas cuando pasaban ante su celda, para no despertar al héroe durmiente. En la época de su ejecución por decapitación, a las cinco de la mañana del 20 de mayo, Sand era una celebridad. La multitud se alineaba en las calles mientras lo conducían al patíbulo. Tras su decapitación, los espectadores se lanzaron a empapar sus pañuelos en su sangre, un giro patriótico más en la práctica tradicional de recoger la sangre del condenado con fines medicinales y mágicos. Circularon reliquias, que incluían mechones de su famoso cabello rubio, por las redes nacionalistas. Se dijo, incluso, que el verdugo, tras desmantelar el patíbulo manchado de sangre, utilizó la madera para construir un pequeño cobertizo en su viña, donde luego recibía a peregrinos que llegaban para honrar la memoria del patriota muerto.

Tras el asesinato, una oleada de paranoia invadió a las autoridades políticas prusianas. Parecía que el acto de Sand había puesto al descubierto el núcleo implacable del emergente movimiento nacionalista. Aún más alarmante fue la negativa de muchos contemporáneos que simpatizaban con la causa de los patriotas a expresar denuncias clamorosas del asesinato. El más famoso caso de un equívoco de este tipo fue el del profesor de teología de la Universidad de Berlín, Wilhelm de Wette. Una semana después del asesinato, escribió una carta de pésame a la madre del asesino, de la que imprimieron gran número de copias en el movimiento de la hermandad. De Wette tenía claro que Sand había cometido un acto criminal que «debía ser castigado por cualquier magistrado de este mundo», pero afirmaba que esa no era la vara de medir según la cual había que juzgar el hecho:

> Se excusa el error por la firmeza y sinceridad de las convicciones, la pasión queda santificada por el buen curso del que fluye. Estoy firmemente convencido de que ambas cosas tienen que ver con el caso de su pío y virtuoso hijo. El estaba convencido de la causa en la que creía, pensaba que tenía razón en hacer lo que hizo, y por lo tanto tenía razón.

En un paso muy citado, el profesor finalizaba diciendo que el acto de Sand era «un bello signo de los tiempos[24]». Por desgracia para De Wette, una copia de la carta acabó en las manos del príncipe Wilhelm Ludwig Georg von Wittgenstein, jefe de la policía prusiana. El 30 de septiembre de 1819, De Wette fue destituido de su puesto de profesor. Se produjo a continuación una

oleada de detenciones, cuando los sospechosos acabaron víctimas de la acción policial conocida como «persecución de los demagogos» (*Demagogenverfolgung*). Se aprobaron nuevas medidas de censura y vigilancia más duras por los Decretos de Carlsbad, redactados por Metternich con ayuda prusiana y ratificados por toda la Confederación el 20 de septiembre, en Fráncfort.

Entre las víctimas del giro conservador se hallaba Ernst Moritz Arndt, ahora profesor de historia en la Universidad de Bonn. Durante una incursión muy de mañana en la casa de Arndt, una multitud de estudiantes de la hermandad se reunió allí lanzando silbidos y abucheos contra la policía cuando esta abandonaba la casa del patriota con las manos llenas de papeles confiscados. Pese a las objeciones del gobernador provincial Solms-Laubach, Arndt fue suspendido de su cargo en noviembre de 1820[25]. Friedrich Ludwig Jahn era otro de los sospechosos. Sus sociedades gimnásticas fueron clausuradas, y el elaborado estadio creado en la Hasenheide fue desmantelado, y los desgastados uniformes de los gimnastas y el «antiguo traje alemán» fueron ilegalizados. El propio Jahn acabará siendo encerrado en la fortaleza de Kolberg.

Una víctima menos importante de estas duras medidas fue el impresionable joven noble Hans Rudolf von Plehwe, teniente de la Guardia y apasionado discípulo de Jahn. Plehwe había asistido a las celebraciones en el Wartburg en 1817 y se lo veía con frecuencia por las calles de Berlín luciendo su antiguo traje alemán. Era conocido entre sus contemporáneos por el rigor y regularidad de sus ejercicios —pionero *del jogging*, tenía la costumbre de correr desde el centro de Berlín hasta Potsdam y vuelta; cuando esto se volvió demasiado fácil, decidió correr la misma distancia con adoquines en los bolsillos de su chaqueta de gimnasia—. Tras participar en una carrera en apoyo de Jahn, fue detenido y trasladado al servicio en la guarnición de Glogovia, en Silesia[26].

La introducción de las duras medidas en 1819 fue tarea de una camarilla conservadora que se había consolidado en torno al monarca durante la ocupación francesa. Tras la muerte de la reina Luise en 1810, Federico Guillermo III había caído bajo la influencia de «una familia sustituta» de cortesanos. Entre sus miembros se hallaba el predicador hugonote Ancillon, que se convirtió en uno de los primeros consejeros que proporcionará al monarca argumentos sólidos contra los designios constitucionales de los reformadores. Cualquier forma de representación nacional, avisaba Ancillon, habría disminuido inevitablemente los poderes del monarca. Y los peligros

implícitos en tal esquema fueron ilustrados por el curso de la Revolución francesa, que había comenzado con una asamblea nacional, y había seguido con la abolición de la monarquía y la dictadura de un usurpador ilegítimo. Otra figura que cobra mucha importancia tras la muerte de Luise fue la condesa de Voss, una amable anciana de ideas conservadoras cuya compañía fue importante para el rey durante los duros primeros meses de duelo. Fue la condesa de Voss la que llevó a su amigo de familia, príncipe Wittgenstein, hasta el círculo íntimo del rey[27].

Este curioso trío, una condesa de ochenta y un años, un aristócrata y un predicador, ambos de unos cuarenta años, formaron el núcleo de una influyente facción de la corte. Eran indispensables para el rey, y por tanto tenían cierto poder, derivado del hecho de que le proporcionaron un contrapeso para el creciente poder de Hardenberg. El rey se había hecho muy dependiente de su canciller, y trató, a su manera característica, de compensar esto buscando el equilibrio entre Hardenberg y su propia camarilla de consejeros. Cuando Hardenberg le sometía propuestas penosamente elaboradas por sus subordinados de la cancillería, se pasaban al círculo íntimo para ser debatidas. Era una vuelta, en efecto, al «gobierno de gabinete» que los reformadores habían deseado abolir en 1806.

Las personas de la camarilla trabajaban a numerosos niveles para garantizar su influencia política y neutralizar a sus oponentes. El príncipe Wittgenstein, Ancillon, y el consejero del gabinete Daniel Ludwig Albrecht actuaban como intermediarios informales entre Metternich y Federico Guillermo III, metiendo una cuña entre el rey y Hardenberg, y explotando el creciente clima internacional conservador para sus propios fines. Incluso lanzaron una campaña de denuncias, *sotto voce* [en voz baja], en la administración prusiana, por la que altas personalidades políticamente moderadas fueron acusadas de haber protegido, simpatizado, o incluso impulsado la subversión política. Entre los seleccionados como sospechosos por Wittgenstein y su enérgico diputado Karl Albert von Kamptz, estaban Justus Gruner, ahora alto funcionario de la Renania prusiana, el reformador militar general Neidhardt von Gneisenau y el presidente provincial de Jülich-Cleves-Berg, conde Friedrich zu Solms-Laubach, un antiguo amigo de Stein.

En la extremada atmósfera que predominaba ahora en Berlín, todo aquel que no siguiese con entusiasmo la nueva línea era sospechoso. En la primera semana de octubre de 1819, cuando el ministro de estado se reunió para discutir las consecuencias de los decretos de Carlsbad, Wilhelm von Humboldt, una de las figuras más progresistas de la era de las reformas,

presentó a sus colegas un borrador de resolución que ponía objeciones a los decretos. Humboldt consideraba que al atribuir nuevos poderes represivos a la Confederación, los decretos comprometían la soberanía de la monarquía prusiana. Que este ministro de mentalidad liberal hubiese elegido argumentar el caso de este modo muestra lo difícil que se había vuelto invocar principios de gobierno progresistas en el nuevo clima político. Humboldt no pudo disponer de una mayoría en el ministerio, pero lo apoyaban dos figuras de peso, el ministro de justicia Karl Friedrich von Beyme y el ministro de la guerra Hermann von Boyen. Los tres hombres estaban muy involucrados en las reformas llevadas a cabo desde 1806. Humboldt y Beyme fueron destituidos el último día de 1819, aunque el rey estipuló que conservarían sus salarios de ministro de 6000 táleros (Humboldt rechazó, molesto, el ofrecimiento). También Hermann von Boyen fue destituido tras una fuerte polémica sobre el estatuto en declive de ese fetiche de los reformadores militares, la Landwehr prusiana. Entre los que también perdieron sus cargos por esta causa se hallaban los reformadores Grolman y Gneisenau.

El propio Hardenberg no puede ser absuelto del todo de su corresponsabilidad por el giro conservador. Su obsesiva preocupación por la consolidación de su propio poder como canciller y ministro más antiguo le alienó colegas y subordinados, llevándolos a la oposición reforzando de esta manera la mano de los conservadores. La salida de Humboldt en 1819, por ejemplo, fue en buena medida obra de Hardenberg, que lo consideraba un rival y opositor, como lo fue de la facción conservadora. Al luchar de manera tan cruda por el poder y al intentar suprimir la independencia de quienes lo rodeaban, Hardenberg no hizo sino amplificar la tensión ideológica con ásperas rivalidades personales. Tácticamente, además, Hardenberg le hacía el juego a la camarilla, al apoyar las medidas de censura y control ordenadas por Wittgenstein. Aquel había sido siempre un exponente del iluminismo autoritario más que de un «liberal» en el sentido actual, lo que favorecía la utilización de medios no liberales para alcanzar metas progresistas. Además, estaba realmente alarmado por la difusión de la subversión en Prusia[28]. Podía haber calculado que la represión produciría un clima político más estable y que este, a su vez, favorecería que alcanzase su objetivo más deseado, la creación de una representación «nacional» del pueblo prusiano.

Si esta era la esperanza de los conservadores, se vieron decepcionados. Estos últimos habían estado haciendo advertencias desde hacía tiempo en contra de la concesión de una representación «nacional» de cualquier tipo. Según su idea, toda forma de representación factible debía ser elaborada de

acuerdo con los intereses y privilegios de los cuerpos corporativos, dotados de fundamento histórico, existentes en la sociedad. Por el contrario, una constitución que aspirase a representar a la nación prusiana en su conjunto indiferenciado era garantía de insurrecciones y desórdenes. Por ello, Metternich advertía a Wittgenstein, en noviembre de 1818, que el rey de Prusia «no debería nunca ir más allá del establecimiento de dietas provinciales[29]». Impulsado por la camarilla y por sus propios temores y dudas, el rey se distanció del acosado Hardenberg. Un comité creado en diciembre de 1820 para resolver la cuestión constitucional se llenó de conservadores y el canciller fue enviado a una misión en el extranjero a comienzos de 1821 para garantizar que este no interfiriese en el trabajo de aquel. Moría el 26 de noviembre de 1822, tras haber vivido lo suficiente para presenciar la ruina de su proyecto. Por la Ley General de 5 de junio de 1823 el gobierno anunció al público su intención. Prusia no recibiría una constitución escrita ni un parlamento nacional. En cambio, los súbditos del rey deberían arreglárselas con las dietas provinciales.

Las dietas reunidas bajo la Ley General eran elegidas y organizadas según un esquema corporativo, con la nobleza, las ciudades y el campesinado representados separadamente, medida destinada a sugerir la continuidad con las representaciones de las haciendas tradicionales del viejo régimen. Las cuotas corporativas garantizaban que la nobleza gozase de preponderancia numérica, aunque las cifras concretas variaban de provincia a provincia. Juntos, los diputados nobles podían vetar toda propuesta de la asamblea. Con el fin de asegurar que no pudiesen plantear un desafío a la administración central, las responsabilidades de las dietas quedaban definidas de manera muy limitada. Se las convocaba solo una vez cada tres años y no se les garantizaban poderes legislativos ni podían aprobar las rentas. Las deliberaciones eran secretas con el fin de prevenir que pudiesen convertirse en puntos focales de agitación política, y era ilegal publicar sus actas. Resumiendo, no estaban pensadas para funcionar como órganos representativos en el sentido que le damos ahora, sino más bien como cuerpos consultivos que podían también ocuparse de varias tareas administrativas, tales como supervisar las principales instituciones creadas con fondos públicos de las regiones[30].

Incluso para un observador moderadamente progresista, las dietas resultarían extravagantemente retrógradas. No podían, entre otras cosas, reflejar las relaciones estructurales y de poder de las sociedades provinciales. Este era, en especial, el caso de Renania: la nobleza, que había tenido

tradicionalmente un papel marginal en la mayor parte de la región, estaba burdamente sobrerrepresentada, hecho que chirriaba en una sociedad en la que los valores burgueses y las preferencias culturales eran dominantes. Resultaba que los diputados de las mayores ciudades industriales y comerciales representaban a 120 veces más votantes y obtenían 34 veces más ingresos por impuestos que sus colegas del estamento nobiliario. Todo el proceso se veía agravado ulteriormente por la elección indirecta de los diputados para el Tercer y Cuarto Estado. Se exigía a los votantes de los respectivos grupos sociales que nombraran electores, que, a su vez, elegían a los electores de distrito, los cuales, a su vez, elegían a los diputados que se sentaban en la dieta. Era un sistema diseñado para proteger a la asamblea, en lo posible, de las corrientes y conflictos de la sociedad provincial[31]. Se intentó evitar, además, que las dietas se convirtieran en un foro de politización: los diputados eran asignados a los escaños por lotes, de modo que las facciones con las mismas ideas no podían formar bloques partidistas en la asamblea[32]. Al contrario que Baden, Württemberg y Baviera, Prusia seguía siendo un estado preparlamentario.

Los conservadores habían vencido. Pero su victoria era menos fundamental, menos decisiva de lo que parecía. Estaba en camino un proceso de cambio político que ya no podía dar marcha atrás[33]. La adquisición de Renania en 1815 alteró irreversiblemente la química política del reino. Con su amplia y sólida clase media urbana, Renania introdujo un elemento de disensión y turbulencia que dio vigor a la política prusiana para los siguientes decenios posbélicos. Las élites renanas eran escépticas respecto a la administración «lituana» de Berlín y se resistieron tenazmente a integrarse del todo en el reino. Los católicos renanos miraban con sospecha a la nueva administración protestante y los protestantes renanos combatían desde hacía veinte años con Berlín en defensa de su (relativamente democrática) constitución sinodal[34]. Se trataba, asimismo, de una lucha sobre el sistema legal napoleónico, cuyos presupuestos sociales igualitarios y su poderoso apoyo a los derechos de propiedad privados eran mucho más apropiados a las condiciones de Renania que a las del Código General prusiano. Los intentos de los conservadores para imponer el derecho prusiano en el oeste encontraron una oposición local determinada y la idea acabó siendo abandonada. Así, Renania siguió siendo un país extranjero en términos legales, con normas, instituciones —incluyendo, por ejemplo, el servicio del jurado— y disposiciones propias para la preparación judicial. En realidad, a medida que el sistema napoleónico renano iba ganando adhesiones entre los

juristas de las provincias al este del Elba, se convirtió en una importante fuerza de cambio. El nuevo código legal aprobado en el reino de Prusia en 1848 estaba basado en el sistema renano, más que en viejo código federiciano[35].

El mismo ímpetu progresista puede observarse en el campo de las reformas aduaneras. El proceso de desregulación económica y la armonización de las aduanas prosiguió a partir de 1815 con la ley de aduanas del 26 de mayo de 1818, que establecía el primer régimen de aduanas territorial homogéneo (las provincias orientales y occidentales tuvieron, al principio, programas diferentes, pero acabaron unificados en 1821). Desde fines de los años 1820, el mismo proceso de armonización aduanera fue proyectado más allá de las fronteras del reino, cuando los ministros y funcionarios trabajaron para crear una unión aduanera alemana bajo los auspicios de Prusia. Este era un campo político que interesó a algunos de los más capaces individuos de la alta administración.

La educación fue otro campo en el que las mejoras y la modernización continuaron desde 1815. La expansión y profesionalización de la preparación de los enseñantes se desarrolló rápidamente y en los años 1840, más del 80 por ciento de los niños prusianos de entre seis y catorce años asistían a la escuela primaria, cifra sin parangón en el mundo de entonces si exceptuamos a Sajonia y a Nueva Inglaterra. Y la tasa de alfabetismo era, como correspondía, igualmente alta[36]. La educación que se impartía en Prusia era considerada y admirada en el extranjero, no solo por su eficacia y acceso casi universal, sino también por el tono liberal de sus instituciones. El nombramiento en 1821 de Ludolf von Beckedorff como director del sistema escolar público prusiano pareció, en un principio, el anuncio de un giro reaccionario en la política de educación prusiana, ya que este se oponía a la pedagogía liberal de Pestalozzi que había inspirado a los reformadores. Pero no pudo parar el proceso de reforma burocrática, porque el ministro responsable, Karl von Altenstein, apoyaba todavía a los progresistas en el seno del sistema educativo. En todo caso, Beckedorff fue, como muchos conservadores de la época, una personalidad esencialmente pragmática, preparada para trabajar en y expandir las estructuras que había heredado de sus predecesores. En los años 1840, cuando el reformador educativo estadounidense Horace Mann visitó Berlín, quedó sorprendido al observar que a los niños de las escuelas de Prusia se les enseñaba a ejercitar sus facultades mentales por sí mismos, por parte de profesores cuyas técnicas eran todo menos autoritarias. «Si bien vi centenares de escuelas y […]

decenas de miles de alumnos», escribió Mann, «nunca vi que se castigase a un niño por mala conducta. Nunca vi llorar a un niño por haber sido castigado, o por miedo a serlo[37]». Los visitantes liberales británicos solían expresar su sorpresa por el hecho de que una organización política «despótica» hubiese producido un sistema educativo progresista y abierto[38].

Como sugiere el caso de Beckedorff, el conservadurismo no implica la oposición implacable a todo lo que había cambiado desde la crisis de 1806. Resultaba demasiado fluido, descentrado y abierto intentar una restauración comprehensiva del *statu quo* anterior a las reformas, o incluso tratar de detener la reforma del estado en su camino hacia delante. Además, los propios conservadores adoptaron gradualmente e interiorizaron muchas de las ideas principales del proyecto de reforma, tales como la noción de que la nación prusiana constituía una entidad coherente (más que una asamblea de órdenes diversos y privilegiados)[39]. Había, en todo caso, varios centros de poder significativos en la administración, no solo en los departamentos de finanzas y asuntos exteriores, sino también en los ministerios de educación, salud y asuntos religiosos, que eran producto de la era de las reformas. El ministro que los presidía era, en 1815, el racionalista ilustrado Karl von Altenstein, amigo, colaborador y a veces protegido de Hardenberg. El rey —también, en muchos aspectos, hijo de la Ilustración— nunca fue especialmente sólido en su política de nombramientos y no se hizo ningún esfuerzo por imponer un punto de vista ideológico uniforme sobre las varias ramas del gobierno.

Las políticas del cambio

Las dietas provinciales creadas en 1823 pueden no haber sido los robustos órganos de representación que habrían deseado los radicales, pero a medida que aumentaba su papel se convirtieron en focos importantes de cambio político. Aun cuando parecían cuerpos tradicionales de los Estados, eran, de hecho, instituciones representativas de un nuevo tipo. Su legitimidad derivaba de un acto legislativo del estado, no de la autoridad de una tradición corporativa extragubernamental. Los diputados votaban por cabeza, no por estado, y las deliberaciones se tenían en las sesiones plenarias, no en comités separados como en las asambleas corporativas del antiguo régimen. Lo más importante de todo era que el «estamento noble» (*Ritterschaft*) ya no se definía por el nacimiento (con excepción del pequeño contingente de nobles «inmediatos» de Renania), sino por la propiedad. Era la posesión de «tierra

privilegiada» lo que contaba, no el nacimiento en un estatus privilegiado[40]. Los compradores burgueses de haciendas cuyas adquisiciones habían ido transformando el paisaje social de las tierras prusianas desde mediados del siglo XVIII eran admitidos ahora en el palco de la nación política (siempre que no fuesen judíos, en cuyo caso debían delegar en un mandatario que los representase).

Este era el punto en el que se entrecruzaban las fuerzas del cambio social y político, pues la transferencia de las anteriores haciendas nobles a las manos de la clase media continuó a un ritmo cada vez mayor después de que los reformadores desregularan el mercado de las tierras rurales. En 1806, el 75,6 por ciento de las haciendas nobiliarias en el interior rural de Königsberg estaban todavía en manos de los nobles. En 1829 la cifra había bajado al 48,3 por ciento. El declive fue aún más extremo en el distrito prusiano oriental (*Departement*) de Mohrungen, donde la proporción se hundió del 74,8 por ciento hasta un 40,6 por ciento. Prusia Oriental era un caso relativamente extremo, a causa del devastador impacto de la crisis de 1806-1807 y el bloqueo por parte de Napoleón de la economía del grano en la provincia, pero las cifras para Prusia en conjunto reflejaban la tendencia general: en 1856 solo el 57,6 por ciento de las tierras nobiliarias seguían en las manos de terratenientes nobles. Así pues, las dietas eran más plutocráticas de lo que parecían. Sus elaborados adornos de hacendados ocultaban los comienzos de un derecho de voto basado en la propiedad.

Desde un comienzo, provisionalmente al principio, luego de manera más categórica, las dietas buscaban expandir el papel que se les había asignado. Los borradores de resoluciones presentados por los diputados solían ser abiertamente políticos por su carácter y trataban de comprobar los límites que el estado había establecido para el trabajo de la dieta. Hubo llamamientos para que circulasen transcripciones impresas de las actas de las dietas —medida prohibida por las normas gubernamentales sobre censura— pidiendo que la jurisdicción de la dieta fuese ampliada con el fin de abarcar una «serie más diversa y comprehensiva de asuntos», y peticiones para establecer una asamblea general (es decir, panprusiana)[41]. Otro tema recurrente era la libertad de prensa, que solía sacarse a colación en las dietas. Comenzaron, en otras palabras, a canalizar las presiones políticas liberales en las provincias. Llevaron a cabo esta tarea no solo para los propios diputados, sino también para un público políticamente culto más amplio. Desde fines de los años 1820, hubo numerosas peticiones a la dieta por parte de las ciudades de Prusia Oriental. Un documento por parte de firmantes de la ciudad de Mohrungen,

en el sudoeste de la provincia, sometido en enero de 1829, criticaba a la administración de Berlín por ignorar los problemas económicos de la región, protestaba por la impotencia de la dieta, y proponía que los estados pidiesen al monarca que hiciese honor a la promesa de otorgar una constitución. Otra, de la pequeña localidad dormida de Stallupönen, al este de Königsberg y no lejos de la frontera polaca, reiteraba la petición de una constitución y de una asamblea nacional, y apoyaba su súplica con una referencia a la contribución de la provincia a la guerra de liberación contra Napoleón[42].

Lo chocante de tales peticiones, que aumentaron en muy gran número en los años 1830 y 1840, no es simplemente que surgieran de toda la provincia, incluyendo a la zona de Oberland en el oeste, conservadora y dominada por la nobleza, sino también que representaban una jurisdicción social relativamente amplia. Los firmantes de un documento presentado en 1843 por Insterburg, ciudad administrativa en el centro de la provincia, incluían no solo a comerciantes y a funcionarios del ayuntamiento, sino a un contingente muy notable de artesanos: carpinteros, canteros, cerrajeros, panaderos, guarnicioneros, un peletero, un soplador de vidrio, un encuadernador, un carnicero, un jabonero y otros. Este grupo tan diverso pedía, además de una asamblea nacional y actas públicas, una «forma distinta de representación», que diese menos peso a los terratenientes[43]. En otras palabras, los intentos del gobierno de desconectar a las dietas de su entorno social y político no tuvieron éxito. Un gran número de conexiones informales entre los diputados y los medios políticos de las sociedades urbanas y de las pequeñas ciudades garantizaba que las deliberaciones de la dieta resonasen por toda la provincia. Tales redes tenían el apoyo de una prensa provincial modesta pero en auge.

Las dietas se convirtieron también en foco de las aspiraciones políticas y de la disidencia en el Gran Ducado de Poznan, el segmento de Polonia transferido a Berlín después de 1815. En esta región, los asuntos constitucionales se vieron eclipsados por la cuestión de la política prusiana frente a la nacionalidad polaca. En una proclamación publicada el 13 de mayo de 1815 y frecuentemente citada desde entonces, Federico Guillermo III garantizó a sus súbditos polacos que ellos también tenía una patria, y que serían incorporados a la monarquía prusiana sin tener que abandonar su nacionalidad. Y su lengua, junto a la alemana, se utilizaría en las actividades públicas[44].

En los primeros años de la posguerra se intentó aplacar a la élite polaca de la región. Se nombró a un virrey (*Statthalter*) para que mediase entre el ejecutivo central y la pequeña nobleza local (un arreglo único para el Gran

Ducado), y se fundó una sociedad de crédito en 1821 para aliviar el peso de las deudas de la pequeña nobleza. El polaco siguió siendo la lengua oficial de comunicación con la burocracia y en las actas de la corte, y el polaco sería la lengua de la instrucción en las escuelas elementales y secundarias, excepto en los años finales del Gymnasium, cuando se introducía el alemán para preparar a los estudiantes para la universidad. La meta no era «germanizar» a los polacos, sino garantizar que se convirtiesen en leales súbditos prusianos[45]. Sin embargo, hacia finales de los años 1820 se había ido acumulando la frustración respecto a los acontecimientos en el Gran Ducado. Había descontento sobre el fracaso del gobierno en su intento de formar una división polaca separada en el ejército prusiano —plan calurosamente apoyado por la pequeña nobleza de Posen—. En la primera sesión de la dieta, en 1827, se presentaron varias peticiones en las que se protestaba contra el uso del alemán en los cursos superiores de la escuela secundaria, molestos, además, por el hecho de que muchos funcionarios prusianos de la región no hablaban ni entendían polaco. Tan fuertes eran las emociones suscitadas por estos asuntos que los que apoyaban una petición desafiaban a duelo a los diputados opuestos.

La situación se deterioró considerablemente a partir de 1830. El levantamiento polaco de este año se concentró en la zona rusa de Polonia, no en la prusiana, pero despertó el entusiasmo de los liberales en todo el reino. El profesor de Königsberg, Burlach, recordaba más tarde cómo, secretamente, cruzó la frontera con el fin de «soñar con la liberación [de Polonia], y llevar de nuevo las flores de la libertad a nuestro país[46]». El levantamiento polaco tuvo también un efecto perturbador predecible sobre la política del Gran Ducado, cuando miles de polacos cruzaron la frontera para combatir en apoyo de la causa nacional, incluyendo a más de mil fugitivos del servicio militar prusiano. Alarmado ante la perspectiva de una movilización nacional, el gobierno de Berlín abandonó la política de conciliación. El Gran Ducado fue degradado a mera «provincia» de Poznan. El virrey polaco, cuyo cargo significaba el especial estatus de Poznan en el estado compuesto prusiano, fue destituido sin ser remplazado. Eduard Heinrich Flottwell, el nuevo presidente provincial, nombrado en diciembre de 1830, era un duro que veía poco sentido en calmar a la pequeña nobleza polaca. «La mayoría de los jóvenes de esta nobleza», afirmaba, «han sido engañados por el timo académico de la patria y la libertad, que se han unido en la ilógica cabeza de un polaco con la soberbia insolencia de un magnate sármata de la forma más maravillosa».

La idea de que Poznan formaba parte de la patria polaca y los polacos una nacionalidad propia se dejó a un lado en aras de una política de asimilación sin más. Los habitantes eslavos de la provincia no eran «polacos», decía Flottwell, sino «prusianos». Toda pretensión de neutralidad fue olvidada cuando Flottwell lanzó su política consistente en impulsar el asentamiento de campesinos alemanes, reforzó los órganos autonómicos urbanos con el fin de proporcionar una voz fuerte a las básicamente alemanas élites burguesas y extendió el uso del alemán en la instrucción escolar. Las haciendas polacas en bancarrota fueron compradas y vendidas a los compradores alemanes. Tales cambios precipitaron una neta radicalización de la opinión polaca de la provincia. En las dietas de 1834 y 1837 se produjeron fuertes protestas contra el creciente uso del alemán. Los polacos dimitieron en manadas de los puestos del servicio civil. A mediados de los años 1830, los activistas patrióticos de la pequeña nobleza polaca se vieron involucrados en el Movimiento del Trabajo Orgánico, una red de clubes nobiliarios que trataban de realzar la vida cultural y social polaca de la provincia a través de una mejora gradual de los métodos agrícolas y la creación de infraestructuras culturales polacas[47].

En la Renania, asimismo, las dietas provinciales se convirtieron en importantes focos de movilización liberal (y conservadora). Los activistas en la parte occidental se inspiraban en la memoria viva de la codeterminación corporativa que se remontaba hasta el siglo XVIII[48]. Aquí, también, las dietas se utilizaban desde 1830 para enfrentar al gobierno con la exigencia de una asamblea general de los estados y el cumplimiento de las promesas constitucionales[49]. Y en la Renania, al igual que en el este, la dieta fue el foco de numerosas peticiones. Aquí, como en la Prusia Oriental, la aceleración de las expectativas políticas en la sociedad provincial otorgó un estatus elevado a la dieta y a sus miembros: en diciembre de 1833, el exclusivo Casino Club de Tréveris llegó a preparar un banquete para dar la bienvenida a los diputados de la ciudad que volvían[50]. Despacio, pero de forma segura, este comercio vigorizante en torno a las dietas estaba destinado a expandir sus pretensiones. Como dijo un historiador liberal del siglo XIX, Heinrich von Treitschke: «Las dietas que se abandonaron al juicio de la opinión pública no podrán contentarse durante mucho tiempo con someter recomendaciones desconectadas; tenían que exigir que se les confiriese algún poder de decisión[51]».

Conflictos de fe

En la religión como en la política esta era una era de diferenciación, fragmentación y conflicto. Movimientos revivalistas movilizaban a los creyentes de formas que desestabilizaban el equilibrio de las comunidades religiosas. El estado intervino de manera más agresiva en la vida de las confesiones del reino que en ningún otro momento desde el reinado del Gran Elector, por lo que los límites entre el no conformismo religioso y la disidencia política se confundían. Las redes confesionales se convirtieron en incubadoras de afiliaciones políticas partidistas. La religión fue algo más que un depósito de lenguaje y argumentos para el discurso político; fue una poderosa motivación para la acción por derecho propio. Su dinamismo como fuerza social era mayor en esta época que en cualquier otro momento desde el siglo XVII.

En diciembre de 1827, un inglés volvía a Londres desde Berlín con «agradables testimonios del aumento de la religión entre personas influyentes en los dominios de Prusia». Este viajero, que era evangélico, contó a una importante sociedad misionera de Londres sobre una reunión para la plegaria en la que encontró a «30 personas de primer rango». Informó que el rey y sus ministros estaban comprometidos en perseguir proyectos píos y habló de numerosos mítines con oficiales del ejército de «espíritu realmente cristiano[52]». El viajero inglés había sido testigo en Berlín de uno de los centros del Despertar, un movimiento, socialmente variado, de revitalización religiosa que se extendió por el norte protestante de Alemania en los primeros decenios del siglo XIX. Los «cristianos despertados» enfatizaban el carácter emocional y penitencial de su fe. Muchos de ellos experimentaban una transición del agnosticismo o de un compromiso cristiano meramente nominal a la plenitud de una conciencia religiosa renovada como un momento traumático de «renacimiento». Un participante en unas plegarias nocturnas que tuvieron lugar en Berlín en 1817 recordaba que al dar las campanadas de medianoche «el Señor apareció, vivo y en persona, como nunca antes o desde ese momento, ante mi alma. Con una fuerte impresión interior y un caliente derramar de lágrimas, reconocí mi estado de pecador, que estaba ante mis ojos como una montaña[53]».

Este tipo de compromiso religioso era personal y basado en la experiencia práctica, más que eclesiástico; y se expresó en una asombrosa serie de iniciativas sociales: surgieron sociedades cristianas voluntarias dedicadas a obras caritativas, al alojamiento y a «mejorar la situación» de «mujeres caídas» la ayuda a los presos, el cuidado de huérfanos, a la impresión y distribución de biblias, el ofrecimiento de trabajos de subsistencia para pobres

y vagabundos, la conversión de los judíos y los paganos. El noble silesio Hans Ernst von Kottwitz, por ejemplo, figura central en los primeros tiempos del Despertar, creó un «instituto de hilado» para los desempleados de la ciudad; se fundó en Berlín una nueva misión para los judíos, en 1822, patrocinada por personalidades clave de la élite, incluyendo a personas estrechamente asociadas al propio rey.

Hacia el oeste, en la Westfalia prusiana, el pío conde Adalbert von der Recke fundaba el Instituto de Salvación Düsselthal en 1817 para proporcionar refugio a los niños huérfanos y abandonados, cuyo número había crecido desde las guerras napoleónicas; más tarde añadió un taller para los judíos que buscaban convertirse al cristianismo. Como muchos cristianos del «despertar» el conde era impulsado en parte por unas expectativas milenaristas —creía que trabajaba para establecer el reino de Dios en la tierra—. Al pecado y al vicio no se les daba cuartel. En una entrada del diario del orfanato de Recke, con fecha de enero de 1822, se relata que una joven llamada Mathilde debía ser «abofeteada unas cuarenta veces» antes de que quisiese acompañar a Recke en una plegaria[54]. Dos semanas más tarde un muchacho sordomudo que había sido aprendiz de un maestro herrero hubo de ser objeto de una «gran paliza» por haberse defendido mientras estaba siendo golpeado por su patrón[55]. En un soleado domingo de marzo, los muchachos de Düsselthal fueron invitados a presenciar los azotes públicos de Jakob, que había hecho un agujero en un barril de *brandy* que se destilaba en los locales con el fin de beber el contenido. Entre un golpe y otro se lo conminaba a arrepentirse de sus fechorías, pero él permaneció «sin convertirse» y hubo de ser encarcelado durante una semana, con las piernas sujetas dentro de un par de «botas de madera». Las comidas, las clases y la hora de dormir se señalaban con toques de trompeta y a los internados se los hacía marchar en orden militar hacia sus respectivas tareas. El Instituto de Salvación era un lugar lúgubre para aquellos que consideraban terrible su disciplina dickensiana pero, al igual que muchas fundaciones voluntarias, proporcionaba un suplemento indispensable al mínimo aprovisionamiento social de las autoridades estatales. Hacia 1823 se había convertido en una casa de acogida oficial para niños abandonados en la zona en torno a la ciudad de Düsseldorf.

Las misiones, institutos y sociedades pías protestantes de los años de posguerra representaron un sector social diverso. Los individuos ricos de la élite social (y con frecuencia de la política) cobraron importancia entre los padres fundadores, sobre todo porque solo ellos tenían el capital suficiente para adquirir locales y equipamiento y la influencia para obtener privilegios

de las autoridades. Existía también una extensa red de seguidores en las ciudades menores y en los pueblos de las provincias prusianas, en las que los artesanos eran una aplastante mayoría. Se organizaban en sociedades auxiliares que se reunían para rezar, leer la Biblia, discutir y recolectar donaciones para fines cristianos. El predominio de asociaciones voluntarias (*Vereine*) en el panorama del protestantismo evangélico del siglo XIX era algo nuevo y significativo. Puede no haber sido la «esfera pública» escéptica, crítica, belicosa y burguesa idealizada por Jürgen Habermas, sino que más bien representa un impresionante impulso autoorganizado capaz de alimentar redes y afiliaciones protopolíticas. Esto era parte de un amplio despliegue de energías voluntarias que transformaron la clase media y la clase media baja de la sociedad.

El renacimiento protestante en Prusia tendía a expresarse fuera de los confines de la iglesia institucional. El servicio de la iglesia se estimaba como posible ruta hacia la edificación, pero los partidarios del Despertar cristiano preferían, en palabras de uno de sus miembros, «el encuentro devocional privado, el sermón en casa, en el granero o en el campo, el conventículo[56]». Algunos protestantes del Despertar denigraron abiertamente las estructuras confesionales oficiales, rechazando los edificios de las iglesias por ser «casas de piedra», y a los pastores de las iglesias por ser «hombres con faldas negras[57]». En algunas zonas rurales de Prusia, la población local se negó a patrocinar los servicios del clero oficial, prefiriendo congregarse en reuniones de plegaria. En la hacienda nobiliaria de Reddenthin, en Pomerania, las reuniones de plegaria de este tipo comenzaron en 1819, propugnadas por los terratenientes, Carl y Gustav von Below. Entre los participantes se hallaba un pastor de ovejas llamado Dubbach, que se hizo famoso por sus sermones improvisados. Se dice que Dubbach se había hecho con la audiencia tras un sermón y, con el pie, había golpeado a los fieles arrodillados —incluido al señor de la hacienda— en la nuca, mientras gritaba «¡Hundios aún más en la humildad!»[58]. Tales ocasiones carismáticas estaban pensadas no solamente como complemento, sino como sustitución de los servicios religiosos que daba la iglesia oficial; a los del Despertar cristiano de la hacienda se les presionaba para que no asistieran a los sermones del cura local y no buscaran su consejo pastoral. De esta manera más radical, en otras palabras, el renacido protestantismo evangélico era impulsado por una abierta hostilidad por las estructuras de la religión oficial. Los «separatistas» eran aquellos que querían escindirse totalmente de cuerpo de la iglesia oficial y se negaron a permitir

que esta tuviese alguna implicación en sus vidas, incluso en campos como el bautismo de los niños, donde los oficios clericales eran obligatorios por ley.

Había aquí abundante potencial para un conflicto con las autoridades seculares. Desde 1815 el estado prusiano comenzó a intervenir de forma más agresiva en la vida religiosa del reino. El 27 de septiembre de 1817, Federico Guillermo III anunció su intención de fusionar las confesiones luterana y calvinista en una única «iglesia cristiano-evangélica», más tarde conocida como Iglesia de la Unión prusiana. El propio rey fue el arquitecto principal de esta nueva entidad cristiana. Fue él quien diseñó la nueva liturgia unida, pegando entre sí textos los libros de oraciones alemanes, suecos, anglicanos y hugonotes. Estableció normas para la decoración de los altares, el uso de cirios, vestimentas y crucifijos. La finalidad era crear un ente compuesto que coincidiese con las sensibilidades religiosas de calvinistas y luteranos. Se trataba de un nuevo capítulo, el último, de una larga historia de intentos por parte de la dinastía de los Hohenzollern para cerrar la brecha confesional entre la monarquía y el pueblo. El rey invirtió una inmensa energía y esperanza en la Unión. Esto fue debido en parte a motivaciones privadas: la división confesional había impedido que el rey comulgase junto a su última esposa, la luterana Luise. Federico Guillermo creía, asimismo, que la Unión estabilizaría el edificio eclesiástico del protestantismo ante la minoría católica, que había crecido mucho en el estado prusiano de posguerra[59].

El motivo predominante era el deseo de instaurar el orden y la homogeneidad en la vida religiosa del reino y parar los efectos potencialmente anárquicos del despertar religioso. Federico Guillermo III tenía una aversión instintivamente neoabsolutista por las sectas. A lo largo de los años 1820 Altenstein, cabeza del nuevo *Kultusministerium* (ministerio de la religión, salud y educación fundado el mismo año que la Unión de la Iglesia), observó muy de cerca el desarrollo de las sectas tanto dentro como más allá de las fronteras del reino. De particular interés fueron las sectas de los valles suizos de Hasli, Grindelwald y Lauterbrunn, de cuyos miembros se decía que rezaban desnudos en la creencia de que la ropa era una señal de pecado y vergüenza. El ministerio recopiló listas de publicaciones sectarias, financió la distribución de textos antisectarios y vigiló estrechamente a los grupos y asociaciones religiosos de todo tipo[60]. Federico Guillermo esperaba que los rituales y la cultura simbólica edificante y accesible de la Unión prusiana detuviesen la tendencia centrífuga de las formaciones sectarias, como Napoleón había esperado que la Iglesia del Concordato Francés

fundada en 1801 cerrara las brechas que se habían abierto entre los católicos franceses desde la Revolución[61].

Podemos ver, en el corazón del proyecto unionista, una obsesiva preocupación por la uniformidad, que es claramente posnapoleónica: la simplificación y homogeneización de la vestimenta, tanto en el altar como en el campo de batalla, una conformidad litúrgica en lugar de la pluralidad de prácticas locales, lo que había sido la norma en el siglo anterior, incluso las *Normkirchen* (iglesias estandarizadas) modulares, diseñadas para ser montadas con partes prefabricadas y disponible en diferentes tamaños para adaptarse a pueblos y ciudades[62]. Parece ser que el rey consideraba la restauración de la vida religiosa del reino inextricablemente conectada con la eliminación del pluralismo eclesiástico: «Si cada estúpido cura quiere venir al mercado con sus sucias ideas…», dijo a su confidente y colaborador el obispo Eylert, «¿qué será —o podrá ser— de todo esto?»[63].

En un primer momento, la consolidación de la Iglesia de la Unión procedió de manera bastante armoniosa, pero en los años 1830 la oposición aumentó abruptamente. Esto se debió, en parte, al hecho de que la administración prusiana fuese extendiendo gradualmente los fines de la Unión hasta el punto en que sus normas litúrgicas acabaron siendo vinculantes para todo el culto público protestante del reino. Muchos protestantes pusieron objeciones a este elemento obligatorio. Un factor aún más importante fue el carácter cambiante del renacimiento protestante. Habiendo comenzado como un movimiento ecuménico, el renacimiento protestante tendió, hacia 1830, a desarrollar un perfil más decididamente confesional. El luteranismo, en particular, experimentó un mayor florecimiento, impulsado, en parte, por las celebraciones del 300 aniversario de la Confesión de Augsburgo de 1530, el texto doctrinal clave del luteranismo. Bajo la presión de esta revitalización confesional luterana, se formó un Movimiento Antiguo Luterano que exigía el derecho a separarse de la Iglesia de la Unión Prusiana.

El núcleo emocional del movimiento era un profundo apego a la liturgia luterana tradicional, que había sido modificada bajo los auspicios de la Unión prusiana. En el momento culminante de la agitación de los antiguos luteranos en el reino de Prusia, unos 10 000 separatistas activos eran conocidos por las autoridades policiales, la mayor parte concentrados en Silesia, donde la influencia de la vecina Sajonia, corazón del luteranismo, era especialmente fuerte. El rey estaba irritado y realmente desconcertado por esta resistencia: había concebido su Iglesia de la Unión como una amplia institución en la que todos los cristianos protestantes pudieran encontrar un hogar confortable;

¿quién pondría objeciones a esto? Presionadas por su monarca, las autoridades cometieron todos los errores habituales. Estimaron, sobre todo, que los antiguos luteranos no eran más que unos desventurados engañados por malvados agitadores. Un informe de junio de 1836 describía a los 600 separatistas del distrito de Züllichau como personas «de capacidad mental limitada» que no tenían «nada que perder por el lado de los bienes materiales», por lo que eran vulnerables a los «intentos de un predicador fanático[64]».

Las autoridades prusianas, convencidas de que el movimiento de los antiguos luteranos se hundiría una vez neutralizados los cabecillas, se abatieron violentamente sobre los predicadores separatistas, imponiendo multas draconianas y condenas de prisión, y acuartelando tropas en las zonas en las que las congregaciones se negaban a aceptar el parecer del gobierno. Pero tales medidas eran previsiblemente inútiles. El separatismo silesio era un movimiento con profundas raíces en la religiosidad del vulgo. Las peticiones efectuadas a comienzos y a mediados de los años 1830 por grupos de luteranos, registradas con las burdas firmas de colonos y jornaleros, revelaron un profundo apego a las palabras y al espíritu de la tradición luterana local: «lo que buscamos no es nada nuevo; nos atenemos constantemente a las enseñanzas de nuestros padres[65]». La represión simplemente estimuló la simpatía por los acosados luteranos, de modo que el movimiento se difundió rápidamente, a lo largo de los años 1830, desde Silesia a las vecinas provincias de Poznan, Sajonia y Brandemburgo. A medida que crecía la presión, los antiguos luteranos pasaron a la clandestinidad, reuniendo sínodos secretos en los que se elaboraban normas y procedimientos para una administración ilegal de la iglesia. En 1838, el destituido pastor separatista Senkel viajaba todavía por toda Silesia, con gran variedad de disfraces, celebrando actos sacramentales ilegales para sus seguidores. El *Neue Würzburger Zeitung*, en junio de 1838, informaba que Senkel había estado recientemente en Ratibor, disfrazado de mujer, con el fin de administrar la comunión a algunos luteranos en un sótano[66].

Además de las dificultades de aplicación de la ley, el gobierno se enfrentaba a una obstrucción aún más importante: la duda respecto a las bases legales de las medidas antiseparatistas. A finales del siglo XVIII la administración prusiana se había preocupado por mantener la autonomía de las comunidades confesionales existentes. El Edicto sobre Religión de Wöllner, de 9 de julio de 1788, confirmaba el derecho de «las tres principales confesiones de la religión cristiana» a ser protegidas por el monarca. Según el

Código General de 1794, no había ninguna disposición para una iniciativa del estado respecto a los asuntos religiosos. La inviolabilidad de conciencia y la libertad de credo se definían como derechos fundamentales e inalienables; el estado renunciaba a tener papel alguno en cuanto a influir en las convicciones religiosas de los individuos. Los tolerados «partidos religiosos», como se los llamaba en el Código General, estaban en igualdad de condiciones bajo la protección de un estado que era, al menos en teoría, imparcial desde el punto de vista confesional. De esto derivaba que el estado no tenía ningún derecho a «imponer libros simbólicos como doctrina vinculante» o a tomar la iniciativa en la destitución de predicadores sobre la base de falta de solidez doctrinal. Como había explicado el jurista Carl Gottlieb Svarez al futuro Federico Guillermo III en 1792, la autoridad para una acción así descansaba no en el estado, sino en las comunidades religiosas individuales. Así, el derecho prusiano codificado no ofrecía ninguna base para la acción emprendida por el estado prusiano contra los separatistas de los años 1830.

Según la ley prusiana, la fundación de *nuevas* sectas exigía permiso oficial, pero los luteranos difícilmente podían ser acusados de fundar una nueva secta. Desde el punto de vista de los separatistas, era el estado, no los disidentes luteranos, el que había creado una nueva confesión en Prusia. El luteranismo había sido una confesión reconocida y tolerada públicamente en los estados alemanes desde la Paz de Augsburgo. El derecho de los luteranos a gozar de tolerancia en la provincia de Silesia había sido garantizado por Federico el Grande en 1740 y confirmado por Federico Guillermo III en 1798. Los separatistas sabían muy bien que la legalidad de la represión gubernamental era cuestionable. Las peticiones separatistas solían citar pasajes clave del Código General en los que se definían los derechos y autonomía legal de las organizaciones religiosas toleradas públicamente. Presentaban su postura de oposición como basada en los dictados de la conciencia (*Gewissen*), reclamando por ello las garantías fundamentales otorgadas por el código.

Por todas estas razones, los intentos del ministro del Interior Von Rochow y sus colegas para poner fin al movimiento de los antiguos luteranos fueron un fracaso, aunque provocaron que algunos miles de separatistas buscasen un futuro en Norteamérica y en Australia. Así pues, a los prusianos que vivían a orillas del río Oder se les ofreció una visión sorprendente: barcazas llenas de luteranos respetuosos de la ley, cantando himnos mientras iban a Hamburgo para luego trasladarse a Londres y de aquí a Australia del Sur, que huían de las persecuciones religiosas de las autoridades prusianas. Era como si el gran

drama de los protestantes de Salzburgo (también luteranos) se repitiese al revés. El éxodo gozó de amplio espacio en la prensa alemana. Todo esto fue profundamente desconcertante. El conflicto solo se desactivó en 1845, con Federico Guillermo IV, que ofreció una amnistía general y otorgó a los luteranos el derecho a establecerse en Prusia como una asociación de iglesia autónoma.

La agudización de las identidades religiosas también alteró las relaciones entre el estado y los súbditos católicos, cuyo número había aumentado en gran medida debido a los arreglos territoriales de 1815. El catolicismo, como el protestantismo, fue transformado por su revitalización. El racionalismo de la Ilustración dio paso a un fuerte énfasis en la emoción, en el misterio y la revelación. Se produjo un aumento de peregrinaciones populares, siendo la más famosa la que se dio en 1844 cuando medio millón de católicos convergió en la ciudad de Tréveris, en Renania, para ver una prenda que, se creía, había llevado Cristo en su camino hacia la crucifixión. Estrechamente relacionado con el despertar católico estaba el surgimiento del «ultramontanismo», término referido a la posición de Roma, *ultra montes*, es decir, más allá de los Alpes. Los ultramontanos percibían la Iglesia como un cuerpo estrictamente centralizado y transnacional, centrado firmemente en la autoridad de Roma. Consideraban que la estricta subordinación de la Iglesia a la autoridad papal era el camino más seguro para protegerla de la interferencia del estado. Esto era una novedad en Renania, cuyos obispados habían estado orgullosos siempre de su independencia y eran escépticos respecto a las exigencias de Roma. Los ultramontanos trataban de conducir a las distintas culturas devocionales de la religión católica a una conformidad más acorde con las normas de Roma. Así, las antiguas liturgias de las ciudades episcopales renanas, como Tréveris, con sus pasajes en el dialecto local, fueron siendo sustituidas poco a poco por sus equivalentes en latín.

38. Antiguo asentamiento luterano de Klemzig, Australia del Sur, *por George French Angas, 1845.*

El potencial conflictivo de este nuevo catolicismo «romanizado» se hizo evidente en 1837, cuando se produjo en Renania un serio enfrentamiento sobre la educación de los niños en los matrimonios mixtos entre católicos y protestantes. Según la doctrina católica, el sacerdote que oficiaba el matrimonio de una pareja mixta podía verse obligado a obtener una aceptación firmada por la parte protestante para que el niño friese educado en el catolicismo antes de poder administrar el sacramento del matrimonio. Esta práctica era diferente en la ley prusiana, que estipulaba (en un espíritu de paridad interconfesional) que en tales matrimonios los hijos debían ser educados en la religión del padre. En los primeros años de la posguerra las autoridades estatales y el clero renano acordaron llegar a un compromiso: el clérigo oficiante podía simplemente forzar al cónyuge protestante a que educase al futuro hijo como católico sin que fuese necesario un contrato firmado. En 1835, sin embargo, el nombramiento de un ultramontano duro para el arzobispado de Colonia hizo imposible todo futuro compromiso. Apoyado por el papa Gregorio XVI, el nuevo arzobispo, Clemens August conde de Droste-Vischering, reintrodujo unilateralmente el contrato de

educación obligatoria para los cónyuges no católicos en los matrimonios mixtos.

Federico Guillermo III, como cabeza y «supremo obispo» de la Iglesia de la Unión prusiana, interpretó esté cambio de política como un desafío directo a su autoridad. Tras varios intentos —fracasados todos ellos— de negociación de un acuerdo, el monarca ordenó la detención de Droste-Vischering, en noviembre de 1837. Se trataba, como dijo su ministro, de «demostrar la plenitud del poder real frente al poder de la Iglesia católica[67]». Se llevaron nueva tropas a Colonia, secretamente, para controlar cualquier disturbio local y el arzobispo fue escoltado desde su palacio a un apartamento situado dentro de las murallas de la fortaleza de Minden, donde permaneció en arresto domiciliario, prohibiéndosele las visitas de personalidades oficiales o discutir sobre temas eclesiásticos. Tras la promulgación de los decretos reales que criminalizaban la práctica de exigir el contrato, la jerarquía prusiana endureció su postura. En la periferia oriental de los dominios prusianos, donde había también una numerosa población católica (que incluía a muchos polacos), el arzobispo de Gnesen y Poznan, Martin von Dunin, restableció formalmente el contrato de educación marital; y también este fue detenido y encarcelado en la fortaleza de Kolberg.

A lo largo de tales dramáticas intervenciones se produjeron manifestaciones en las calles de las más importantes ciudades católicas y choques entre tropas prusianas y súbditos católicos. Tras la publicación de una declaración papal oficial que condenaba al gobierno prusiano, la resistencia a las nuevas medidas se extendió rápidamente a Paderborn y a Münster, cuyos obispos, asimismo, anunciaron que volverían a exigir el contrato marital. En los primeros meses de 1838, había estallado ya una notable controversia sobre este asunto. La prensa lo cubrió extensamente en todos los estados alemanes (y en Europa) y se dio una gran abundancia de panfletos, de los que el más conocido y más ampliamente leído fue el polémico *Athanasius*, una dura denuncia del gobierno de Prusia por el en algún momento radical renano y ultramontano católico Joseph Goerres. En las provincias occidentales los acontecimientos de 1837-1838 produjeron una duradera radicalización de la opinión católica. Un protestante contemporáneo, que observaba la contienda con confusa fascinación e indignación, fue Otto von Bismarck, el futuro estadista prusiano, que entonces tenía poco más de veinte años.

Las iglesias oficiales y los distintos movimientos sectarios o separatistas no monopolizaron completamente la vida espiritual de Prusia. Al margen de

las iglesias, y en numerosos intersticios de las creencias y prácticas religiosas floreció una rica diversidad de extrañas variaciones de la norma, en que los principios de los dogmas autorizados se mezclaban sin problema con las creencias populares, con la filosofía natural especulativa y la seudociencia. Estas eran las malas hierbas que nacían sin cesar entre los adoquines de la religión oficial. Se alimentaron hasta cierto punto de las energías liberadas por el despertar religioso. En las comunidades católicas rurales o de las pequeñas localidades, el giro posbélico hacia el misterio y los milagros podía caer en la credulidad y en la superstición. A finales del verano de 1822 hubo informes sobre una «luz llameante milagrosa» posada sobre una imagen de la virgen María en la pequeña iglesia católica de Zons, localidad a orillas del Rin, entre Colonia y Düsseldorf. Cuando los peregrinos comenzaron a bajar hacia el pueblo, las autoridades eclesiásticas de Colonia y de Aquisgrán iniciaron una investigación que determinó que la luz se debía a la refracción de los rayos del sol a través de una ventana, y se intentó disuadir a otros peregrinos de que se congregasen en la iglesia. Estos entusiasmos locales desenfrenados requerían una vigilancia constante por parte de las autoridades eclesiásticas[68].

Las autoridades eclesiásticas católicas y las seculares protestantes se pusieron de acuerdo fácilmente en el caso de la «luz llameante» de Zons; otras formas de creencias milagrosas fueron más problemáticas, pues se situaban en la zona gris entre la magia y la piedad popular. La práctica —bien establecida en la Renania prusiana— de «sanar» a personas enfermas de rabia colocando un hilo del altar de San Huberto en una incisión en la frente no era del agrado de las autoridades estatales pero era tolerada por (la mayoría de) los dirigentes religiosos locales. Una característica del renacido catolicismo renano de los años 1820 y 1830 fue la aspiración de establecer puentes entre la teología y las más extravagantes variedades de las ciencias especulativas y de la filosofía natural contemporáneas, incluyendo el mesmerismo y el magnetismo animal[69].

Del lado protestante, además, la creencia religiosa interactuaba con la magia popular que las autoridades consideraban algo inquietante. En 1824 se supo que el exmozo de cuadra Johann Gottlieb Grabe, de Torgau (en la Sajonia prusiana), «sanaba» a más de 100 pacientes al día por medio de una combinación de plegarias, encantamientos, movimientos mágicos y magnetismo animal. Una investigación gubernamental en el hospital de la Charité de Berlín refutó los supuestos poderes sanadores de Grabe, pero esto no consiguió disminuir su carisma como sanador. Se dijo, incluso, que un

comerciante de Torgau había comprado los pantalones de cuero de Grabe, con el fin de reforzarse con el magnetismo residual que todavía poseían[70]. En 1842 se produjo una intensa controversia pública en torno al pastor de ganado renano, católico, Heinrich Mohr, de Neurath, cuya actividad sanadora atrajo nada menos que a unas 1000 personas al día, muchos de los cuales cruzaron la región para ser vistos por él. Personajes como Mohr cumplieron una necesidad que no satisfacía la práctica médica de la época, que se sentía impotente ante la mayoría de las enfermedades crónicas. Pero era su «bendición», sobre todo, lo que los pacientes buscaban, detalle que alarmó de manera particular a las autoridades eclesiásticas católicas, ya que implicaba la usurpación de uno de los poderes definitivos de los clérigos ordenados[71].

Más difícil de situar fue la «secta» aparecida en Königsberg en torno a los predicadores disidentes Johann Wilhelm Ebel y Heinrich Diestel, a fines de los años 1830. Ambos proporcionaban lo que hoy llamaríamos consejos matrimoniales basados en teología ecléctica práctica, en la que ideas tomadas de la filosofía natural precristiana se entreveraban con expectativas quiliásticas, teoría humoral y otras preocupaciones sobre el matrimonio y la sexualidad propias de mediados del siglo XIX Recurriendo a las enseñanzas del místico milenarista prusiano oriental Johann Friedrich Schoenherr, Ebel y Diestel postulaban que el acto del coito entre un hombre y una mujer era básicamente una repetición del momento de la creación, cuando dos grandes bolas, una de fuego y otra de agua, colisionaron y formaron el universo[72]. El acto sexual entre un hombre (fuego) y una mujer (agua) tenía, así, un significado y un valor intrínsecamente cósmico y debía ser aceptado y cultivado como un rasgo esencial de toda relación matrimonial armoniosa. A los hombres que participaban en el círculo se les aconsejaba hacer el amor con sus mujeres con la lámpara encendida, en vez de a oscuras, para que las fantasías eróticas fueran apartadas y el «deseo ciego» fuese sustituido por un «afecto consciente por el cónyuge[73]». A los miembros del círculo —incluidas las mujeres— se les animaba a sentir un placer positivo con el acto sexual. Ambos clérigos atrajeron a un círculo de habitantes de Königsberg de alto estatus, incluyendo hombres y mujeres de alguna de las familias más ilustres de la ciudad.

Sea como sea lo de la colisión entre fuego y agua, el estado de ánimo se fue calentado en el círculo, se produjeron embarazos inesperados y se extendieron los rumores de que los predicadores fomentaban la licenciosidad y el sexo extramatrimonial. Se afirmaba —de forma fantasiosa— que hombres y mujeres asistían a los «conventículos» de la secta totalmente

desnudos, que los iniciados recibían algo llamado el «beso seráfico», con lo cual estaban relacionados los más «abominables excesos», y que «dos muchachas habían muerto a consecuencia de una excesiva excitación libidinosa[74]». Muy desconcertado, Theodor von Schön, que conoció a muchos de los participantes personalmente, se vio obligado a iniciar una investigación. El juicio que siguió, conocido en la Alemania protestante como «*Muckerprozess*» (proceso de los fanáticos) fue objeto por parte de la prensa de una atención intensa y controvertida[75]. Estamos acostumbrados a considerar la religión como una fuerza de orden, pero la frontera entre la identidad canonizada colectiva, externa de los partidos confesionales oficiales, y el desordenado paquete de las necesidades e inclinaciones humanas privadas que llamamos «religiosidad» se hizo muy inestable en los decenios entre las revoluciones.

Estado misionero

La estrecha identificación entre la autoridad secular y la vida y práctica religiosas de la mayoría protestante tuvo consecuencias de largo alcance para los judíos prusianos. En el debate lanzado por el famoso ensayo emancipador *Sobre la mejora cívica de los judíos*, de Dohm (1781), la mayoría de los comentaristas habían hecho suyas las concepciones seculares del autor sobre las tareas y responsabilidades del estado; ninguno estaba preparado para afirmar que la religión proporcionaba una base adecuada para la discriminación cívica contra los judíos, y nadie consideraba las conversiones como el único o el medio necesario para resolver el problema del estatus de los judíos. El Edicto de Emancipación de Hardenberg había sido concebido, asimismo, con un espíritu secular. Lo que los reformadores buscaban en 1812 no era la conversión de los judíos (al cristianismo), sino una conversión secular para ser, sin condiciones, un miembro de la «nación» prusiana. Pero luego las cosas cambiaron. Gracias al edicto, los judíos de las provincias nucleares ya no eran «extranjeros» que vivían en suelo prusiano gracias a la tolerancia de Su Majestad, sino «ciudadanos del estado», lo mismo que sus conciudadanos de fe cristiana. La cuestión, ahora, era: ¿deberían los judíos, que ya habían sido aceptados para participar en pie de igualdad como ciudadanos privados en la esfera de la economía y de la sociedad, ser autorizados a participar en la vida pública del estado? Contestar a estas

preguntas implicaba tener exigencias sobre la finalidad por la que existían el estado y sus órganos.

El aspecto más notable de la política judía de Prusia después de 1815 —que establece la actuación prusiana como algo aparte respecto a la de la mayoría de los estados alemanes— fue el nuevo énfasis sobre la religión como clave de la cuestión del estatus de los judíos. En el curso del debate sobre estos temas en el Consejo de Ministros de 1816, el Ministerio de Finanzas presentó un largo memorando que comenzaba con algunas reflexiones generales sobre el papel de la religión como la única base verdadera de un estado seguro e independiente: «Un pueblo cohesionado, independiente», afirmaba, debería estar formado por miembros que compartan las mismas «ideas básicas que les son más queridas»; la religión es el único nexo lo suficientemente poderoso para transformar a un pueblo en un «conjunto unánime» capaz de acciones unitarias y determinadas en «épocas de amenaza exterior». El informe continuaba recomendando que «la conversión de los judíos al cristianismo haría más fácil y traería consigo la concesión de todos los derechos civiles», pero que «mientras un judío [siguiera siendo] judío, no se le debería permitir adquirir posición alguna en el estado[76]». El mismo asunto se trató en las provincias: en un informe de 1819, el gobierno del distrito de Arnsberg, en Renania, afirmaba que la religión era el principal impedimento para la emancipación y proponía que el estado aprobara medidas para impulsar las conversiones de los judíos. Un informe de 1820 de los magistrados de distrito de Münster recomendaba una educación cristiana para adultos obligatoria para los judíos y beneficios especiales para los convertidos al cristianismo[77].

Federico Guillermo III hizo suyos estos puntos de vista. Cuando el matemático judío David Unger, ciudadano prusiano, solicitó un cargo en la enseñanza en la Bauakademie de Berlín (cargo pagado por el estado prusiano) el monarca le aseguró personalmente que su petición sería reconsiderada tras su conversión a la Iglesia evangélica (es decir, la Unión prusiana). Un caso semejante fue el del teniente judío Meno Burg, que se había unido a los guardias granaderos en 1812 como fusilero voluntario y se había portado de forma distinguida desde entonces. En 1830, cuando a Burg le tocó ser ascendido a capitán, el rey emanó una orden ministerial en la que expresaba su convicción de que, teniendo en cuenta su educación y su experiencia entre los oficiales prusianos, Burg tendría la sensatez de reconocer la verdad y el poder redentor de la fe cristiana, y que así «despejaría cualquier obstáculo en el camino de su ascenso[78]». Además de tales intervenciones *ad hoc*,

Federico Guillermo III impulsó activamente las conversiones, aprobando un subsidio real en beneficio de los judíos conversos que consignaran el nombre del soberano en las listas bautismales de la iglesia como su «padrino» nominal. Las autoridades estatales realizaron asimismo un intento de evitar que las mujeres que deseaban casarse con judíos se convirtiesen al judaísmo, aunque las bases legales para una acción así eran muy frágiles, dado que el Código General prusiano permitía las conversiones de o a una «religión» tolerada una vez cumplidos catorce años[79].

Otras iniciativas similares incluían una orden que prohibía que el clero cristiano asistiese a las festividades judías (tales como bodas y *bar mitzvá*) y se hicieron repetidos intentos (en 1816, 1836 y 1839) para impedir que los judíos adoptasen nombres cristianos, con el fin de no confundir los límites socio-legales entre ambas comunidades. Finalmente, el rey apoyó la actividad de la Sociedad Berlinesa para la Propagación de la Cristiandad entre los Judíos, sus sociedades filiales de Königsberg, Breslau, Poznan, Stettin y Fráncfort del Oder y la red de grupos auxiliares en localidades menores. Las escuelas libres misioneras de Poznan —la zona con más asentamientos judíos — explotaban las nuevas leyes sobre educación elemental como señuelo para que los niños judíos asistiesen a las clases de los misioneros. El estado prusiano se había convertido en una institución misionera[80].

La tendencia de su política a partir de 1815 sugiere que Federico Guillermo III fue apartándose gradualmente del concepto funcional de religión que había asimilado de sus tutores ilustrados en su juventud para ir hacia una concepción según la cual el estado existía para perseguir fines definidos por la religión. «Por muy fuerte que sea la exigencia de tolerancia», observaba en 1821, «debe establecerse una línea divisoria siempre que aquella implique un paso atrás en el camino de la redención del género humano[81]». En los años 1840 la expresión «estado cristiano» se usaba extensamente; en 1847, tras un debate en la Dieta Unida sobre la admisión de los judíos al funcionariado del estado, Friedrich Julius Stahl, un profesor de derecho, conservador, de la Universidad de Berlín y convertido del judaísmo, trató de dotar a la idea con algo de coherencia teórica. En su libro, *El estado cristiano*, decía que, ya que el estado era «una revelación del espíritu ético de la nación», debía expresar el «espíritu del pueblo cristiano». Era impensable, pues, que los judíos (y otros no creyentes) ocupasen cargos estatales[82].

Bastante comprensiblemente, los periodistas judíos denunciaban «el fantasma del estado cristiano como un mero y último pretexto para negarnos nuestros derechos[83]». Sin embargo, había más cosas respecto a esto. El

estatismo cristiano del período de posguerra arraigó porque proporcionaba una salida para la corriente activista, utópica, evangelizadora del protestantismo de la época. Además, generaba un relato, aun limitado, de la última finalidad moral del estado. Invocaba una identidad entre el estado y la sociedad que era religiosa más que étnica, lo que ofrecía una alternativa al nacionalismo, cuyos argumentos resultaban tan amenazadores para la soberanía territorial de los príncipes alemanes después de 1815. Al perseguir tales escurridizos beneficios, la monarquía prusiana hubo de pagar un alto precio. El agresivo estatismo confesional de los años de posguerra difuminó los límites entre la disensión religiosa y la política. Los debates y afiliaciones teológicos fueron politizados. La divergencia política asumió un regusto teológico —y se hicieron, ambos, más absolutos y más difusos.

Apoteosis del Estado

En 1831 había 13 151 883 súbditos en el Reino de Prusia. De estos, unos 5 430 000 (o aproximadamente un 41 por ciento) vivían en las provincias de Sajonia, Renania y Westfalia, regiones que eran prusianas solo desde 1815. Si añadimos los habitantes del Gran Ducado de Poznan, anexionado por Prusia tras la segunda partición de Polonia de 1793, incorporado al Ducado de Varsovia de Napoleón tras la Paz de Tilsit de 1807 y «restituido» a Prusia solo en 1815, entonces el porcentaje de nuevos prusianos sube a casi el 50 por ciento. La tarea de hacer prusianos debía comenzar de nuevo. El problema no era solo de Prusia —Baden, Württemberg y Baviera habían saldado también las perturbaciones de la era napoleónica con nuevos y extensos territorios—. En estos estados, sin embargo, la integración de los nuevos súbditos se vio facilitada por la creación de parlamentos territoriales y la imposición de una estructura administrativa y jurídica unitaria. Prusia, en cambio, no se dotó de un parlamento «nacional» ni de una constitución «nacional».

El reino permaneció también fragmentado en un sentido administrativo. Todavía no existía una estructura legal unitaria. La administración de Berlín intentó homogeneizar el sistema por partes en los años 1820, pero el derecho renano (es decir, napoleónico) siguió en vigor en las provincias occidentales, con el resultado de que los candidatos de lo judicial hubieron de ser preparados en Renania o en Westfalia. A lo largo de la primera mitad del siglo XIX hubo, además del *Geheime Obertribunal* de Berlín, otros cuatro tribunales supremos, incluido uno para Renania, uno para Poznan y uno en

Greifswald para la Pomerania exsueca[84]. La porción exsueca de Pomerania mantuvo su código legal tradicional, sus propias instituciones de autogobierno comunal y urbano, y sus constituciones municipales distintivas[85]. Renania, asimismo, conservó su relativamente liberal sistema de gobierno local introducido por los franceses[86]. La utilización del Código General prusiano en la mayoría de las demás provincias ocultaba la gran variedad de leyes y normas locales. El Edicto de Emancipación del 11 de marzo de 1812 no se extendió a las provincias anexionadas en 1815, por lo que los judíos del reino vivían bajo nada menos que 33 códigos legales diferentes. Una autoridad de distrito dijo que el estado había capitulado —en su ámbito al menos— ante las provincias y las localidades[87].

Por esta razón Prusia era jurídicamente menos homogénea en 1840 de lo que lo había sido en 1813. Merece la pena dar gran importancia a esta fragmentación, porque en muchas ocasiones Prusia ha sido considerada un modelo ideal de estado centralizado. Con todo, el empuje dado por las reformas municipales de Stein había querido, precisamente, hacer recaer el poder a lo que se había convertido un muy admirado sistema de autonomía urbana. Incluso la más conservadora Ley Municipal Revisada aprobada en Westfalia en 1831 dio a las ciudades más autonomía de la que habían gozado bajo el sistema napoleónico[88]. Durante el período posbélico los órganos del estado central adoptaron una actitud deferente hacia los notables de las provincias prusianas y las élites provinciales siguieron teniendo una fuerte conciencia de sus identidades distintivas, en especial en las zonas periféricas del este y del oeste. Esta tendencia se vio amplificada por el hecho de que mientras cada provincia poseía su propia dieta, el reino, como tal, no poseía ninguna. Un efecto del acuerdo constitucional de 1823 fue, así, el de magnificar el significado de las provincias a expensas del estado prusiano. Prusia Oriental no era «meramente una provincia», le dijeron a una persona que visitaba Königsberg en 1851, sino un *Land* por derecho propio. Prusia era, en este sentido, un sistema cuasifederal[89].

Un acercamiento delegado, pragmático al gobierno vino de la mano de una aceptación implícita de la diversidad cultural. La Prusia de los primeros años del siglo XIX era un mosaico lingüístico y cultural. Los polacos de Prusia Occidental, Poznan y Silesia eran la minoría lingüística más numerosa; en los distritos meridionales de Prusia Oriental, los masurios hablaban varios dialectos rurales del polaco; los kashubos del hinterland de Danzig hablaban otro. Hasta mediados del siglo XIX, se usaba todavía ampliamente la lengua holandesa en las escuelas del exducado de Cleves. En los distritos valones de

Eupen-Malmédy —un pequeño territorio del este de Bélgica transferido a Prusia en 1815— el francés siguió siendo la lengua de la escuela, de los tribunales y de la administración hasta 1876[90]. Los «philipponen», comunidades de Antiguos Creyentes que se habían establecido en Masuria y que eran refugiados provenientes de Rusia en 1828-1832, hablaban ruso —restos de sus características iglesias de madera pueden verse todavía hoy en la zona—. Había comunidades de checos en la Alta Silesia, de serbios en el distrito de Cottbus, y de los que hablan el antiguo dialecto eslavo de los vendos, que estaban dispersos en varias aldeas del Spreewald, cerca de Berlín. Ganándose la vida en el largo banco de arena conocido por Kurische Nehrung estaban los kuren, habitantes de uno de los paisajes más desnudos y melancólicos del norte de Europa; estos robustos pescadores hablaban un dialecto del lituano y se los conocía por completar su monótona dieta con la carne de los cuervos que capturaban y mataban con un mordisco en la cabeza. Ciertas zonas, como el distrito de Gumbinnen, en Prusia Oriental, eran trilingües, con una numerosa comunidad de masurios, lituanos y alemanes que vivían en estrecha vecindad[91].

La política prusiana en las provincias orientales ha sido, tradicionalmente, la de tratar a estos asentamientos como «colonias» con sus propias culturas diferenciadas; así, la administración prusiana contribuyó a consolidar las lenguas vernáculas provinciales, apoyándolas como vehículos de la instrucción religiosa y de la educación elemental. También fueron importantes las redes clericales protestantes. Estas difundían libros de himnos, biblias y folletos en una serie de lenguas locales y ofrecían servicios religiosos bilingües en las zonas con lenguas minoritarias. El primer periódico en lengua lituana del reino, *Nusidavimai*, fue un periódico misionero publicado por un pastor de lengua alemana que trabajaba entre los lituanos[92]. Los prusianos de lengua alemana, como el estadista y estudioso Wilhelm von Humboldt y el profesor de teología de Königsberg Martin Ludwig Rhesa, jugaron un papel crucial al establecer el lituano y su herencia popular como objeto de un amplio interés cultural[93]. Pero no fue hasta 1876 cuando una ley general definía al alemán como la lengua de todas las regiones de Prusia.

Así, Prusia, en palabras de un viajero escocés que viajó por las provincias de los Hohenzollern en los años 1840, era un «reino de fragmentos y parches». Prusia, observaba Samuel Laing, «tiene solo, en lenguaje corriente, un significado geográfico o político, que caracteriza así al gobierno prusiano, o a las provincias que gobierna —no un significado moral o social—. La nación prusiana es una combinación de palabras que se oyen poco, de ideas

nunca expresadas […]»[94]. El comentario de Laing, aunque hostil, era perspicaz. ¿Qué significaba exactamente ser «prusiano»? La Prusia de la época de la restauración no era una «nación» en el sentido de un pueblo definido y unido por una etnicidad común. No existía, y nunca había existido, una cocina prusiana. Ni existía un folklore, dialecto, música o forma de vestir (dejando a un lado el uniforme de los militares). Prusia no era una nación en el sentido de una comunidad que compartiese una historia común. Además, la «prusianidad» debía definirse en cierto modo sobre la base que todavía no había sido ocupada por la poderosa y competidora ideología del nacionalismo alemán. El resultado fue un sentido identitario curiosamente abstracto y fragmentado.

Para algunos, Prusia significaba el estado de derecho, de ahí la confianza con la que los antiguos luteranos separatistas en Silesia citaban el Código General prusiano en su defensa contra la acción arbitraria de las autoridades estatales[95]. Para estos humildes súbditos de la corona prusiana el código era la salvaguardia de su libertad de conciencia, una «constitución» que disminuía el derecho del estado a intervenir en la vida de sus súbditos. La ley que garantizaba ciertas Ebertades individuales mantenía en pie la promesa de un orden público, otro de los aspectos de la gobernanza prusiana. En una canción protestante que circulaba durante los «acontecimientos de Colonia» a finales de los años 1830, el anónimo autor comparaba la arrogancia y el despotismo del clero católico con el ordenado tipo de vida prusiano:

> *Para nosotros que vinimos en las tierras de Prusia*
> *el rey es siempre el señor;*
> *vivimos en la ley y en los vínculos del orden,*
> *no como una horda de pendencieros*[96].

La «prusianidad» acabó implicando compromiso con un cierto orden de cosas. Las «virtudes secundarias» del cliché prusófilo —puntualidad, lealtad, honradez, perfeccionismo, precisión— eran todos atributos del servicio a un ideal más alto.

Pero ¿a qué ideal exactamente? Había pasado la época de un tipo de culto del rey que se había ido desarrollando desde el reinado de Federico el Grande. El gobierno hizo lo que pudo para propagar un patriotismo monárquico en los años 1830, aunque con éxito limitado. La «Canción de Prusia», adoptada por el gobierno como una especie de himno territorial a finales de los años 1830, articulaba una versión permitida oficialmente del sentimiento patriótico prusiano. Escrita por Bernhard Thiersch, enseñante en el instituto de Halberstadt, y con música, en tono de garbosa marcha, de Heinrich August

Neithard, director musical del II Regimiento de Guardias Granaderos, la canción comenzaba con fuerza con las palabras «Soy prusiano, ¿conoces mis colores?», pero enseguida se perdía en serviles efusiones monárquicas. Un prusiano imaginario —estoico, reservado y masculino— se acerca al trono «con amor y lealtad» y escucha de este las dulces voces de un padre. Jura devoción filial; siente la llamada del rey que vibra en su corazón; observa que un pueblo puede florecer realmente solo mientras sigan intactos los nexos de amor y lealtad entre el rey y sus súbditos, etc., etc. La «Preussenlied» era una buena cancioncilla de marcha, pero nunca llegó a ser popular, y no es difícil ver por qué[97]. Su campo de referencia era demasiado estrechamente militar, el monarca en su centro era demasiado incorpóreo, el tono, demasiado rastrero para capturar las elevadas aspiraciones expresadas en el patriotismo popular.

La única institución que los prusianos tenían en común era el estado. No es una coincidencia que este período fuese testigo de una escalada discursiva sin precedentes respecto a la idea de estado. Su Majestad resonaba más apremiante que nunca, al menos en los medios académicos y el funcionariado superior. Nadie hizo más para hacer pública la dignidad del estado prusiano desde 1815 que Georg Wilhelm Friedrich Hegel, el filósofo suabo que ocupó el sillón vacante de Fichte en la nueva Universidad de Berlín en 1818. El estado, afirmaba Hegel, era un organismo que poseía su propia voluntad, su racionalidad y finalidad. Su destino —como el de cada ser viviente— consistía en cambiar, crecer y desarrollarse progresivamente. El estado era «el poder de la razón que se hace realidad como voluntad[98]». Era un ámbito transcendente en el que los «intereses particulares» alienados y competitivos de la sociedad civil se fundían en la coherencia y la identidad. Existía un núcleo teológico en las reflexiones de Hegel sobre el estado: el estado tiene una finalidad cuasidivina; era la «marcha de Dios a través del mundo»; en las manos de Hegel aquel se convirtió en un aparato cuasidivino por el cual la multitud de los súbditos que constituían la sociedad civil era redimida en la universalidad.

Al adoptar este punto de vista, Hegel rompió con la opinión predominante entre los teóricos políticos prusianos desde Pufendorf y Wolff según la cual el estado no era más que una máquina pensada para hacer frente a las necesidades de seguridad externas e internas de la sociedad que lo formaba[99]. Hegel rechazó con vehemencia el metafórico estado-máquina que deseaban los teóricos de la alta Ilustración, sobre la base de que «trataba con seres humanos» como si fueran meros dientes en el mecanismo. El estado

hegeliano no era una construcción impuesta, sino la más elevada expresión de la substancia ética de un pueblo, el despliegue de un orden transcendente y racional, «la realización de la libertad». De aquí seguía que la relación entre la sociedad civil y el estado no era de antagonismo, sino de reciprocidad. Era el estado el que permitía que la sociedad civil se diese un orden racional, y la vitalidad del estado dependía a su vez de los intereses particulares que constituían la sociedad civil siendo «activo en su función particular —dotándose para su esfera particular y de ahí promoviendo lo universal[100]».

La de Hegel no era una visión liberal —no era un campeón de las leyes nacionales unitarias, habiendo visto de lo que fueron capaces en la Francia jacobina—. Aunque la orientación progresista de su visión era indiscutible. Pese a todos sus recelos sobre la experiencia jacobina, Hegel celebró la Revolución francesa calificándola de «espléndido amanecer», que había sido recibido con alegría «por toda la gente que pensaba». A los estudiantes de Hegel, en Berlín, se les decía que la Revolución representaba «un logro irreversible del espíritu humano», cuyas consecuencias todavía estaban por desplegarse del todo[101]. La posición central de la razón y un sentimiento de impulso hacia delante permeaban sus reflexiones sobre el estado en todos sus aspectos. En la idea política de Hegel no había lugar para castas privilegiadas ni jurisdicciones privadas. Y, al elevar al estado por encima de las luchas partidistas, Hegel puso de manifiesto la estimulante posibilidad de que el progreso —en el sentido de una beneficiosa racionalización del orden político y social— podía, simplemente, ser una propiedad del despliegue de la historia, materializado en el estado prusiano[102].

Es difícil, desde un punto de vista actual, apreciar el efecto intoxicante del pensamiento de Hegel sobre una generación de prusianos cultos. No era una cuestión debida al carisma pedagógico de Hegel —era famoso por estar encorvado sobre el atril, leyendo su texto con un murmullo vacilante y escasamente audible—. Según un relato de su alumno Hotho, que asistía a las clases de Hegel en la Universidad de Berlín, «su semblante colgaba pálido y flojo como si ya estuviera muerto… Se sentaba allí con aire taciturno con la cabeza inclinada ante él, hojeando constantemente atrás y adelante sus concisas notas, aun cuando continuaba hablando». Otro estudiante, el futuro biógrafo de Hegel, Karl Rosenkranz, recuerda laboriosos párrafos interrumpidos por tos y tomas de rapé constantes[103].

Fueron las propias ideas y el peculiar lenguaje que Hegel inventó para articularlas lo que colonizó las mentes de los discípulos en todo el reino. Una parte de las explicaciones se fundamenta en el contexto. El nombramiento de

Hegel se debió al que había sido protegido de Hardenberg, el reformador ilustrado y ministro de Educación Karl von Altenstein. Los escritos del filósofo proporcionaron una exaltada legitimación de la burocracia prusiana, cuyo poder expansivo en el seno del ejecutivo durante la era de reformas exigía justificación. Hegel estableció un camino entre el liberalismo doctrinario y el conservadurismo restauracionista —en una época de incertidumbre política cada vez mayor, muchos encontraron enormemente atractiva esta *vía media*—. Sus escritos equilibraban puntos de vista opuestos, a menudo con deslumbrante virtuosismo. Su magia dialéctica, combinada con una manera oscura y a veces ofuscada de expresarla, abrió su trabajo a diversas interpretaciones, permitiendo que el lenguaje y las ideas hegelianas fluyeran sin costuras en las ideologías políticas de la derecha y de la izquierda**[104]**. Finalmente, Hegel parece ofrecer medios para reconciliar el hecho de los conflictos sociales y políticos con la esperanza en una armonía definitiva de intereses y finalidades.

39. Hegel en el atril, rodeado de estudiantes,
litografía de 1828 por Franz Kugler.

El «hegelianismo» no fue el material con el que se hicieron las identidades populares. Los trabajos del maestro eran especialmente difíciles de leer, y más aún de entender. Richard Wagner y Otto von Bismarck están entre aquellos que intentaron, sin éxito, comprenderlos. Además, su atractivo

estaba teñido de confesionalidad: Hegel provenía de un medio protestante pietista, cuya huella puede discernirse en su intento de asimilar lo terrenal al orden divino. Los estudiantes católicos respondieron de forma ambivalente a sus enseñanzas. En 1826 un grupo de estudiantes católicos de la Universidad de Berlín presentaron incluso una queja formal ante el Ministerio de Educación: parece ser que Hegel no se había tomado en serio la doctrina católica, al observar que si un ratón mordisquease una hostia tras su consagración, entonces, por virtud del milagro sacramental de la transubstanciación, «Dios existiría en el ratón e incluso en sus excrementos[105]». Interpelado por el ministerio para que se explicase, Hegel invocó el principio de libertad académica, añadiendo que los católicos eran libres de mantenerse apartados de sus clases si así lo deseaban. Incluso sin estas irritantes cuestiones estaba claro que Hegel, con su sacralización del estado, fue un atractivo más inmediato para los fieles protestantes de la iglesia estatal prusiana que para los católicos, cuyas relaciones con la autoridad secular protestante eran más problemáticas.

De todos modos, en la corriente principal protestante (sin mencionar a los círculos judíos asimilados), la influencia de Hegel fue profunda y duradera. Sus argumentos se difundieron rápidamente en la cultura, en parte a través de los estudiantes que llenaban sus clases y en parte a través del patrocinio del ministro de Cultura Altenstein y su consejero privado Johannes Schulze, que había sido alumno de Hegel, que apoyó la candidatura de hegelianos para puestos académicos clave, especialmente en las universidades de Berlín y Halle. El hegelianismo —como el posmodernismo— se convirtió en ambiente, infiltrándose en el lenguaje y en el pensamiento incluso de aquellos que nunca había leído o entendido los trabajos del maestro.

La influencia de Hegel ayudó a establecer el estado moderno como objeto privilegiado de investigación y reflexión. Nada mejor ejemplifica la escalada discursiva que se produjo en torno al concepto de estado en los años de realineación que siguieron a la Revolución francesa. El estado ya no era solo el lugar de la soberanía y del poder, sino el mecanismo que hace la historia, o incluso la personificación de la propia historia. Esta intimidad claramente prusiana entre la idea del estado y la idea de la historia dejó duraderas huellas en las disciplinas culturales que estaban surgiendo en las universidades, sobre todo en la historia como tal. Leopold von Ranke, fundador de la historia como disciplina académica moderna, no era un entusiasta de Hegel, a cuyo sistema filosófico acusó de ahistórico. Mundos enteros yacen entre la comprensión metafísica de Hegel de la «historia de la conciencia y del espíritu humanos» y

la búsqueda obsesiva de las fuentes auténticas y de la insistencia en una minuciosa descripción que era el sello de la escuela histórica prusiana en ciernes. Con todo, el joven Ranke, un sajón que había ido a Prusia en 1818 a la edad de veintitrés años y fue nombrado para un puesto académico en la Universidad de Berlín en 1825, no pudo zafarse del todo del contagio del idealismo estatista prusiano. En ensayos publicados en 1833 y 1836, Ranke declaraba que el estado era «un bien moral» y «una idea de Dios», un ser orgánico con su «propia vida original», que penetra en todo su entorno, «idéntico solo a sí mismo». En todo el siglo XIX y hasta bien entrado el XX, la «escuela prusiana» de historia se centrará de forma casi absoluta en el estado como vehículo y agente del cambio histórico[106].

Tras la muerte del filósofo durante la epidemia de cólera de 1831, el hegelianismo se desintegró y se formaron varias escuelas enemigas y conoció rápidas mutaciones ideológicas. Entre los estridentes jóvenes hegelianos que convergieron en Berlín en los últimos años 1830 se hallaba Karl Marx, un nuevo prusiano llegado de Renania e hijo de un judío convertido el cristianismo, que se había trasladado a Berlín en 1836 para continuar sus estudios de jurisprudencia y economía política. Para Marx, el primer encuentro con el pensamiento de Hegel fue un *shock* revelador parecido a una conversión religiosa. «Durante unos días», le dijo a su padre en noviembre de 1837, su excitación lo dejó casi «incapacitado para pensar»; y «corrió arriba y abajo por el jardín por la sucia agua del Spree», incluso se unió a su casero en una excursión de caza, y se encontró abrumado por el deseo de abrazar a cualquier holgazán de cada esquina de Berlín[107]. Más tarde, Marx rechazaría la idea de Hegel de entender la burocracia del estado como el «estado en general», aunque continuó próximo a él. Pues ¿qué otra cosa es la idealización de Marx del proletariado como «pura personificación del interés general» que la otra cara materialista del concepto de Hegel? El marxismo, también, se gestó en Prusia.

13
ESCALADA

En los años 1840 la disidencia política en el continente europeo estaba mejor organizada, era más sólida y socialmente más diversa. Las culturas populares adquirieron un nivel crítico más duro. La intensificación de las crisis sociales generó conflictos y violencias, planteando a las instituciones administrativas y políticas problemas que parecían ser incapaces de resolver. Fue esta la fase más turbulenta de la «edad del flujo y del hiato[1]» posnapoleónica. En Prusia, tales corrientes se vieron amplificadas por el cambio de régimen. La muerte de Federico Guillermo III el 7 de julio de 1840 dejó una opresiva sensación de trabajo inacabado. Los problemas políticos del reinado anterior no se habían resuelto. Sobre todo, la «solemne y famosa promesa» de Federico Guillermo III de otorgar una constitución quedó, a su muerte, como un «compromiso no cumplido[2]». Las esperanzas y expectativas de los liberales y radicales del reino se centraron en su sucesor.

Un romántico político

El nuevo rey, Federico Guillermo IV, tenía ya cuarenta y cinco años cuando subió al trono. Era algo así como un enigma, incluso para quienes lo conocían bien. Sus predecesores, Federico Guillermo III, Federico Guillermo II y Federico el Grande, habían sido educados, todos ellos, en el espíritu y los valores de la Ilustración. El nuevo rey, por el contrario, era un producto de la época romántica. Había crecido con una dieta de novelas históricas románticas —uno de sus favoritos era el escritor prusiano Friedrich de la

Motte Fouqué, descendiente de los colonos hugonotes de Brandemburgo cuyas historias románticas incluían nobles caballeros, damiselas afligidas, riscos barridos por el viento, antiguos castillos y tenebrosos bosques—. Federico Guillermo era un romántico no solo por sus gustos, sino también por su vida personal. Lloraba con frecuencia. Sus cartas a sus íntimos y hermanos eran desahogos copiosamente salpicados con tandas de más de siete exclamaciones[3].

Federico Guillermo IV fue el último monarca prusiano —quizá el último europeo— que situó a la religión en el centro de su idea de la realeza. Era un «teólogo laico en el trono», para quien la religión y la política eran inseparables[4]. En tiempos muy tensos y dramáticos, se volvió instintivamente hacia un lenguaje y unos precedentes bíblicos. Pero su cristianismo no fue solo un asunto de imagen y formulaciones; dio forma a su política y afectó la elección de consejeros[5]. Mucho antes de la muerte de su padre en 1840, el príncipe heredero se rodeó de amigos cristianos con su misma mentalidad. Para su escéptico hermano menor, el príncipe Guillermo, que escribía en 1838, estaba claro que el heredero del trono había caído en manos de una «secta de entusiastas». El príncipe Guillermo se quejaba de que estos «fanáticos» habían conseguido «tener un completo control de toda su persona y de su lábil imaginación». El carácter de un cristianismo renovado y consciente se consolidó tan fuertemente en los partidarios del príncipe heredero, afirmaba el príncipe Guillermo, que los cortesanos ambiciosos, con un ojo en el futuro soberano, tuvieron que controlar los reflejos comportamentales de la devoción pietista con el fin de garantizar sus progresos. La subida al trono llevó a muchos de los amigos cristianos del príncipe heredero —Leopold von Gerlach, Ludwig Gustav von Thile (conocido por sus detractores por «Thile el de la Biblia»), el conde Anton von Stolberg-Wernigerode, y el conde Karl von der Groeben— a posiciones políticas influyentes. Todos ellos eran hombres que habían estado involucrados en el Despertar protestante de los años 1810; algunos de ellos tenían lazos estrechos con los movimientos separatistas pietista y luterano, en los márgenes de la iglesia estatal prusiana.

Para Federico Guillermo IV, como para su padre, el estado prusiano era una institución cristiana. Sin embargo, mientras Federico Guillermo III había decidido imponer su propia marca ecléctica de calvino-luteranismo en las congregaciones protestantes de Prusia y se opuso a los católicos prusianos en la confrontación sobre el tema de los matrimonios mixtos, el cristianismo de su hijo era más amplio y más ecuménico. Para consternación de su padre,

Federico Guillermo IV optó por casarse con una princesa católica, Isabel de Baviera, e insistió en que se le permitiese convertirse a su debido tiempo (como, en efecto, hizo). El proclamado apoyo del rey para la restauración y conclusión de la gran catedral de Colonia reflejó no solo un gusto típicamente romántico por el estilo gótico, sino también su determinación de reconocer al catolicismo como una religión con reivindicaciones históricas y culturales en igualdad en el estado prusiano.

El obispado anglo-prusiano de Jerusalén, fundado en 1841 con la intención de evangelizar a los judíos de Tierra Santa y establecer contactos con los cristianos orientales, fue una institución ecuménica única, ocupada alternativamente por clérigos de la Iglesia de Inglaterra y de la Unión prusiana. Su principal arquitecto fue un amigo cercano al rey, Cari Josias Bunsen, experto en historia litúrgica que compartía el entusiasmo de Federico Guillermo por la Iglesia cristiana primitiva[6]. Ya cuando era príncipe heredero, Federico Guillermo se había mostrado crítico con las duras medidas tomadas por la administración de su padre contra los disidentes luteranos en Silesia y Pomerania. Una de sus primeras actuaciones como rey fue ordenar la liberación de esos clérigos antiguos luteranos que habían sido encarcelados durante las confrontaciones de finales de los años 1830. Los obstáculos para la creación de una iglesia luterana territorial separada fueron suprimidos gradualmente y el flujo de emigrantes luteranos a Norteamérica y a Australia acabó cesando.

Federico Guillermo no era un liberal. Pero tampoco era, por otro lado, un estadista autoritario y conservador según el molde de Kamptz-Ruchow-Wittgenstein. El conservadurismo gubernamental de la era de la Restauración se basaba en la corriente autoritaria de la Ilustración prusiana. Por el contrario, Federico Guillermo estaba impregnado de la ideología corporatista de la antiilustración romántica. No se oponía a los cuerpos representativos como tales, pero debían ser «naturales», «orgánicos», «adultos»; en otras palabras, debían corresponder a la jerarquía natural y dada por Dios del estatus y del talento humanos, como quedaba ejemplificado en la «sociedad de órdenes» medieval. Subrayaba su visión de la política y de la historia un énfasis sobre la continuidad y tradición —en respuesta, quizá, al trauma que experimentó en 1806 cuando huyó al este con su madre ante el avance de los franceses, y por la muerte súbita de su madre en 1810, durante la «época de hierro» de Prusia—. La actitud de Federico Guillermo ante el estado burocrático prusiano moderno era ambivalente. El estado no debía, en su visión, personificar las fuerzas vivas de la continuidad histórica; pues era algo

artificial, cuya exigencia de autoridad universal violaba la más antigua y más sagrada autoridad del lugar, la congregación, la corporación. El rey era, así, más que un supremo administrador y, sin duda, más que el primer servidor del estado. Era un padre sagrado, ligado a su pueblo por una unión mística y dotado por Dios con una comprensión única de las necesidades de sus súbditos[7].

El rey articulaba tales compromisos en un lenguaje que podía parecer casi liberal. Era una característica del lenguaje del romanticismo político el que tendiese, al menos superficialmente, a difuminar las diferencias entre las posturas progresistas y conservadoras. Federico Guillermo hablaba admirativamente de Gran Bretaña y de su «antigua constitución». Se mostraba abierto —como su colega romántico Luis I de Baviera— al atractivo del nacionalismo cultural alemán. Invocaba las expresiones de moda «renovación», «revitalización» y «desarrollo» y denunció los males de la «burocracia» y «despotismo» de una manera que parecía hablar a las aspiraciones liberales. Uno de los más íntimos amigos del rey reconocía que exponía una difusa combinación de «pietismo», «medievalismo» y «aristocraticismo» con «patriotismo», «liberalismo» y «anglomanía[8]».

Todo esto hizo de Federico Guillermo un hombre difícil de seguir. Las hiperbólicas expectativas de cambio político solían acompañar un cambio de régimen. Se veían animados, en este caso, por las primeras señales de un recorrido más liberal. El nuevo monarca, inmediatamente, anunció que todas las dietas provinciales de Prusia debían reunirse a comienzos de 1841 y, de ahora en adelante, debían hacerlo cada dos años (bajo su padre debían reunirse cada tres años); y habló, asimismo, de la «revigorización» de la política representativa[9]. En septiembre de 1840, cuando la Dieta de Königsberg presentó un memorando en el que se pedía al monarca que otorgase una «representación de toda la región y del pueblo», Federico Guillermo contestó que trataba de «continuar cultivando este noble trabajo» y supervisar su ulterior «desarrollo[10]». Lo que el rey quiso decir exactamente con estas palabras no está claro, pero provocó una gran excitación. Los condenados políticos fueron liberados de su confinamiento, y a Ernst Moritz Arndt se le permitió volver a su puesto de enseñante en la Universidad de Bonn. Se relajaron las restricciones de la censura. Y hubo también concesiones a los polacos en la provincia de Poznan. El 19 de agosto de 1840 se proclamó una amnistía general para los polacos que hubiesen tomado parte en el levantamiento de noviembre de 1830. El provocador Eduard Flottwell fue destituido en 1841, a los emigrados políticos de la Polonia rusa se les

permitió residir en la provincia, se abandonó la política de asentamientos alemanes y un nuevo ordenamiento de las lenguas en la escuela aceptó las peticiones básicas de los activistas polacos[11].

El nuevo ministro de Educación, Salud y Asuntos Religiosos, Johann Albrecht Friedrich Eichhorn, que ocupó su cargo en octubre de 1840, era un excolaborador de Stein y uno de los arquitectos de la Unión Aduanera; su entrada en el Ministerio de Estado dio esperanzas a los liberales[12]. Otra señal esperanzadora fue la rehabilitación política de Hermann Boyen, el veterano campeón de la reforma militar y política, que había sido apartado de la vida pública por los ministros conservadores en 1819. Con setenta y un años de edad, Boyen fue llamado de nuevo a Berlín y nombrado ministro de la Guerra. El nuevo rey recibió con los brazos abiertos al viejo guerrero, asignándole el primer puesto en el Ministerio de Estado (sobre la base de su antigüedad) y nombrándolo para el mando del I Regimiento de infantería. En la ceremonia de inauguración del monumento a Gneisenau, Federico Guillermo confería a Boyen la Orden del Águila Negra —elocuente demostración de la determinación del rey de cerrar la brecha entre las memorias patriótica y dinástica de la guerra contra Napoleón—. La teatral rehabilitación de Boyen envió claras señales políticas —el anciano acababa de ofender recientemente a la opinión conservadora con una polémica y partidaria biografía del gran patriota y reformador militar Scharnhorst.

La subida al trono del nuevo monarca puso fin, asimismo, a la carrera del jefe de Policía Karl Christoph Albert Heinrich von Kamptz, ese entusiasta cazador de demagogos que había trabajado con Wittengestein para acallar la disensión política de los años de posguerra. En los años 1830 Kamptz se había convertido en una figura odiada, cuyo nombre aparecía en canciones y poemas de la oposición radical. Quedó indignado al recibir, mientras tomaba las aguas en Gastein en el verano de 1841, una nota de Berlín informándole de que «la vitalidad y energía espiritual» de Su Majestad reclamaba servidores más jóvenes y vigorosos[13]. El impacto de estas notables intervenciones se vio incrementado por el vibrante estilo personal del nuevo monarca. Federico Guillermo IV recibió el homenaje de los estados prusianos en Königsberg y Berlín, al igual que sus predecesores, pero fue el primero de su dinastía que siguió la parte formal de los procedimientos, con un mensaje público improvisado al gentío reunido delante del palacio. Estos dos discursos, pronunciados en un lenguaje apasionado, evangélico, plebiscitario, tuvieron un efecto electrizante sobre los espectadores y sobre la opinión pública[14].

Pero la emoción y el optimismo generados por las ceremonias inaugurales y por los discursos del rey pronto se disiparon. Alarmado por la intensidad de las especulaciones liberales, el rey tomó medidas para reprimir las discusiones en la prensa sobre sus planes constitucionales. En una orden ministerial del 4 de octubre, el ministro del Interior, Gustav von Rochow, recibió la orden de anunciar que el rey lamentaba todos los malentendidos que pudieran haber derivado de su contestación a la dieta de Königsberg, y quiso que se supiese que no tenía ninguna intención de hacer una petición para una asamblea nacional. Tal anuncio provocó frustración y amargura, agravado esto por el hecho de que las malas noticias vinieron del despacho de Rochow, un duro del anterior reinado, que era aborrecido por los liberales de todo el reino[15].

Entre los que se creyeron estar a mal con el nuevo régimen, estaba el presidente provincial de Königsberg, que había servido largo tiempo, Theodor von Schön. Schön era una figura emblemática, incluso para sus contemporáneos. Había realizado repetidos viajes a Inglaterra en su juventud, y durante toda su vida siguió siendo un liberal de la escuela económica de Adam Smith y un admirador del sistema parlamentario británico. Había sido un estrecho colaborador de Stein, e incluso había redactado el Testamento Político de Stein de 1808, que pedía una «representación nacional general». Solo a través de la «participación del pueblo en las operaciones del estado», había escrito Schön, podía el «espíritu nacional ser impulsado y animado positivamente[16]». En los primeros años de la posguerra trabajó con considerable éxito para desarrollar las bases de una interacción constructiva entre el gobierno regional y las asambleas corporativas de Prusia Occidental. Como muchos reformadores moderados, era consciente de las limitaciones de las dietas provinciales creadas en 1823, pero les dio la bienvenida, aunque no fuese más que como plataformas de futuros desarrollos constitucionales[17]. Como presidente provincial de Prusia (la Prusia Oriental y la Occidental habían sido fusionadas con este nombre en 1829), era un poderoso jefe local que ocupó uno de los puestos básicos en el estado prusiano posnapoleónico. También estuvo a la cabeza de un influyente partido de nobles liberales prusianos orientales, en cuyas filas estaba el alcalde mayor de Königsberg, Rudolf von Auerswald.

Durante el debate de prensa que siguió al homenaje de los estados en septiembre de 1840, Schön elaboró el ensayo *¿Hacia dónde vamos?*, en el que celebraba la era de las reformas, lamentaba la «reacción […] burocrática» que siguió y que exigió la creación de una asamblea general de los estados: «Solo con instituciones representativas nacionales», afirmaba, «puede la vida

pública comenzar y desarrollarse en nuestro estado». Publicado en una edición limitada de solo 32 copias, *¿Hacia dónde vamos?* circuló privadamente entre los amigos íntimos y asociados de los presidentes provinciales. Schön presentó también una copia al rey, probablemente en la creencia de que él y el nuevo monarca, al que conocía bien, estaban básicamente de acuerdo sobre la cuestión constitucional. La respuesta de Federico Guillermo al folleto de Schön fue rápida e inequívoca. Nunca dejaría que un «trozo de papel» (la constitución) se interpusiese entre él y sus súbditos. Era su deber sagrado, decía, continuar gobernando Prusia de manera «patriarcal»; los órganos representativos «artificiales» eran innecesarios[18].

Las relaciones entre Berlín y Königsberg se enfriaron rápidamente, y los conservadores de Berlín aprovecharon la oportunidad para reafirmar su control sobre la política del gobierno[19]. El ministro del Interior, Gustav von Rochow, aumentó la apuesta al enviar a Schön el texto de una canción extremista que había llegado a la policía de Berlín, en la que el presidente provincial de Prusia Oriental era elogiado como «maestro de libertad». Schön respondía a esta provocación con desdén manifiesto, reprendiendo al ministro y denunciándolo como un peligro para el estado al que servía. Estalló una fuerte polémica en la prensa; los amigos de Schön lanzaron andanadas contra el ministro del Interior en los diarios liberales de Prusia Oriental, mientras que Rochow ordenaba a sus subordinados del ministerio colocar sueltos injuriosos anónimos no solo en los periódicos prusianos, sino también en los *Allgemeine Zeitungen* de Leipzig y Augsburgo —tal era la importancia que los funcionarios prusianos atribuían al estado de la opinión pública en los demás territorios alemanes—. El choque llegó a su punto culminante en mayo de 1842, cuando *¿Hacia dónde vamos?* fue publicado en Estrasburgo, de nuevo, por un extremista, sin permiso de Schön. La nueva edición incluía un epílogo en el que se atacaba al rey. El 3 de junio se anunciaba la destitución de Schön, seguida por la de Rochow diez días más tarde; Federico Guillermo IV quería impedir la aparición de un partidismo que pudiese surgir por la destitución de solo uno de los antagonistas.

Los que era significativo en la confrontación entre Schön y Rochow no era la enemistad entre dos poderosos servidores de la corona prusiana, pues esto no era nada nuevo, sino la extraordinaria resonancia pública del enfrentamiento. En octubre de 1841, cuando volvió a Königsberg de una sesión en el Ministerio de Estado de Berlín, Schön fue recibido como un héroe: barcas enarbolando festivos gallardetes zarparon para recibirlo al entrar en el puerto, mientras que las ventanas de sus muchos partidarios de

Königsberg estaban iluminadas esa tarde. El 8 de junio de 1843, un año después de su destitución del cargo, los liberales de Königsberg orquestaron festejos para celebrar el quincuagésimo aniversario de la entrada del expresidente al servicio del estado. Se organizó una colecta, y tan extendida estaba la fama de Schön por toda Alemania que las aportaciones llegaron de simpatizantes liberales desde lugares tan lejanos como Baden y Württemberg. La cantidad recaudada fue suficiente para liquidar las últimas deudas de la hacienda de la familia Schön en Arnau, y sobró lo necesario para financiar la erección de un obelisco memorial en la ciudad. Por primera vez en la historia de Prusia, un alto funcionario del estado había permitido que se lo celebrase como cabeza de un movimiento político disidente.

Las frustraciones políticas que acompañaron el acceso al trono de Federico Guillermo IV no fueron una tormenta pasajera, sino que marcaron una irreversible elevación de la temperatura política. Se produjo una fuerte agudización y refinamiento de la política crítica. El físico radical judío Johann Jakoby era miembro de un grupo de amigos de la misma opinión que se reunían para discutir de política en el Café de Siegel, en Königsberg. Su panfleto, *Cuatro preguntas, contestadas por un prusiano oriental*, publicado en 1841, pedía «una participación legítima en los asuntos del estado», no como una concesión o un favor, sino como un «derecho inalienable». Jakoby fue acusado de traición, pero fue declarado inocente tras una serie de juicios por una corte de apelación; durante el proceso se convirtió en una de las figuras más celebradas del movimiento opositor prusiano. Al contrario que el gentil Theodor von Schön y su círculo de nobles, Jakoby representaba al activismo más impaciente de las clases profesionales urbanas. Los intelectuales radicalizados de las élites urbanas hallaron un foro en las nuevas asociaciones políticas que proliferaron en las más importantes ciudades prusianas, como por ejemplo la Ressource en Breslau, el Club de Ciudadanos en Magdeburgo y la Sociedad del Jueves en Königsberg, que era una versión constituida más formalmente del grupo del Café de Siegel[20]. Pero la participación política se desplegó también en otros muchos contextos, como en la Sociedad de Construcción de la catedral de Colonia por ejemplo, que se convirtió en un importante lugar de encuentro para liberales y radicales, o en las clases impartidas por conferenciantes visitantes en los merenderos de la ciudad de Halle[21].

En las dietas provinciales, asimismo, se produjo un inequívoco cambio de tono. Las peticiones articuladas aquí y allí por las asambleas individuales en los años 1830, se fusionaban ahora en un conjunto panprusiano. En 1841 y

1843, virtualmente todas las dietas aprobaron resoluciones que exigían libertad de prensa. En 1843, la dieta renana —apoyada por una ancha franja de opinión de clase inedia— rechazó un nuevo y en varios aspectos progresista código penal prusiano al romper el principio de igualdad ante la ley al incorporar penas que variaban de acuerdo con el estado corporativo de la persona[22]. Las campaña en apoyo de las peticiones a la dieta aumentó abruptamente en tamaño y resonancia pública[23]. El movimiento nacional polaco en la provincia de Poznan dudó en un primer momento en apoyar las exigencias liberales de un parlamento nacional, sobre la base de que esto integraría aún más a la provincia en la estructura del reino. Pero en 1845, los patriotas polacos y los liberales alemanes que eran diputados en la dieta estaban dispuestos a unir sus fuerzas para pedir una amplia variedad de medidas liberales[24].

Si los liberales habían comenzado a coincidir en un «partido de movimiento» en los años 1840, no se puede decir lo mismo de los conservadores. El conservadurismo (término de aplicado retrospectivamente, pues no se usaba todavía) siguió siendo un fenómeno difuso y fragmentado, cuyos distintos hilos no habían sido tejidos en una estructura coherente. El nostálgico paternalismo rural, tan elocuentemente expresado por el hacendado Friedrich August Ludwig von der Marwitz, siguió siendo minoritario, incluso en la nobleza terrateniente. La «escuela histórica», formada por los oponentes de la filosofía hegeliana en la Universidad de Berlín, abarcaba demasiadas perspectivas conflictivas, ninguna de las cuales eran tan «conservadora» en un sentido pleno, como para proporcionar las bases para una coalición duradera. A aquellos conservadores cuya visión se asentaba en un compromiso neopietista del Despertar les fue difícil ver las cosas con los mismos ojos de quienes se inspiraban en el estatalismo autoritario secular de finales del siglo XVIII. La ambivalente actitud de muchos conservadores hacia el estado burocrático hizo, asimismo, que la colaboración con las autoridades fuese difícil. El *Berliner Politische Wochenblatt*, fundado por ultraconservadores en 1831, se consideraba a sí mismo un órgano lealista dirigido contra las fuerzas desencadenadas tras la Revolución de Julio en Francia, pero su periódico pronto chocó con la censura de las autoridades prusianas, cuyos funcionarios, según el disgustado patrocinador de la publicación, eran hombres con un temperamento «de tendencia liberal». Tras luchar por hacerse con unos lectores seguros, el periódico se hundió en 1841[25].

Así, los conservadores no estaban en situación de coordinar una respuesta contra la expansión de la disensión liberal. La mayoría trataron de pescar un

compromiso o se acomodaron a una resignada conciencia de la inevitabilidad del cambio. Incluso en el seno del consejo de ministros no había muchas señales de un bloque conservador unificado. Las discusiones políticas entre los ministros eran sorprendentemente especulativas, conflictivas e inconcluyentes, característica que se vio favorecida —o al menos tolerada— por el propio rey[26]. En octubre de 1843, Leopold von Gerlach, comandante de la I Landwehrbrigade de la Guardia en Spandau, en las afueras de Berlín, y gran amigo personal del rey, reflejó la situación política en Prusia: lo que le preocupaba no era exactamente la creciente presión por las peticiones de reforma constitucional, sino el fracaso de los conservadores —incluso en el gobierno— para que se formase un frente unido en contra. Varios de los ministros —incluyendo la supuestamente ultraconservadora «Biblia de Thile»— habían comenzado a hablar «bastante desinhibidamente» sobre otorgar una Cámara de Diputados. La nave del estado, observaba Gerlach, estaba navegando en dirección al jacobinismo, conducido por el «el viento, que siempre sopla fresco, del Zeitgeist». Enumeró varios pasos que permitirían detener el proceso de liberalización, pero no tenía ilusión ninguna sobre la perspectiva de éxito. Y concluía: «¿Qué pueden obtener estas pequeñas maniobras, posiblemente, sobre el Zeitgeist que nos acosa que, con habilidad satánica, lleva adelante una guerra incesante y sistemática contra la autoridad establecida por Dios?»[27].

En tales circunstancias era inconcebible que el rey fuese capaz de reconstruir la sociedad a imagen de su ideología neocorporativa. Hizo un intento, sin éxito, en este sentido en 1841, cuando declaró en una orden ministerial que los judíos de Prusia deberían ser organizados, con fines administrativos, como *Judenschaften* (juderías), cuyos diputados electos representarían los intereses de las comunidades judías ante las autoridades locales. Asimismo, la orden declaraba que los judíos estarían exentos del servicio militar. Ninguna de estas medidas fue aplicada. Los propios ministros del rey se opusieron a ellas —el ministro del Interior, Rochow, y el nuevo ministro de Asuntos Religiosos y Educativos, Johann Albrecht Friedrich Eichhorn, objetaron que estas propuestas iban en contra de los cambios recientes de la sociedad prusiana. Un informe de los gobiernos de distrito reveló que también estos se oponían al plan del rey. Las administraciones locales estaban preparadas para conceder estatus legales corporativos a las instituciones religiosas judías, pero se oponían frontalmente a la imposición de estatus corporativos en un sentido más político como el apoyado por Federico Guillermo, al que veían como un obstáculo respecto a todo proceso

importante de asimilación social. En efecto, la vehemencia y la franqueza con la que rechazaron este caballo de batalla real son notables. El gobierno del distrito de Colonia pidió incluso con insistencia una plena e incondicional emancipación de la minoría judía, indicando el éxito de una política tal en Francia, Holanda, Bélgica e Inglaterra. Los funcionarios de los años 1840 no eran serviles *Untertanen* (súbditos) destinados a «trabajar por» su rey, sino que se veían a sí mismos como participantes autónomos en el proceso decisorio político[28].

Tal como sugiere la iniciativa judía, la visión neocorporativa de Federico Guillermo estaba desfasada, no solo respecto a la opinión pública en el más amplio sentido, sino incluso con el carácter de la propia administración, que consideraba que era cada vez más difícil alcanzar un consenso sobre las grandes cuestiones políticas del día. Para los liberales y radicales, y también para algunos conservadores, la política del nuevo reinado parecía básicamente incoherente, «una molesta mezcla de los extremos de nuestro tiempo[29]». Nadie captó el sentido de desconexión resultante mejor que el teólogo radical David Friedrich Strauss, cuyo panfleto *Un romántico en el trono de los Césares* se publicó en Mannheim en 1847. El folleto de Strauss dejaba suponer que trataba del emperador conocido como Juliano el Apóstata, pero, en realidad, era una caricatura del rey prusiano, que era caracterizado como un soñador ingenuo, un hombre que había convertido la nostalgia de los antiguos en un modo de vida y cuyos ojos permanecían cerrados a las necesidades urgentes del presente[30].

Política popular

La expansión del activismo político en torno a las dietas se produjo sobre la base de un más amplio proceso de politización que penetró profundamente en el corazón de las provincias prusianas. En Renania, en particular, los años 1840 presenciaron un fuerte crecimiento en el consumo popular de periódicos. Los índices de alfabetismo eran muy altos en Prusia, para los estándares europeos, e incluso aquellos que no podían leer por sí mismos escuchaban las lecturas de los periódicos en voz alta en las tabernas. Más allá de los diarios, y mucho más populares entre el público, estaban los «calendarios del pueblo» *(Volkskalender)* un formato impreso tradicional, barato, distribuido masivamente que ofrecía una mezcla de noticias, ficción, anécdotas y consejos prácticos. En los años 1840 los calendarios constituían un mercado

propio que abastecía a toda una gama de preferencias políticas[31]. Incluso el comercio tradicional de profecías populares impresas asumió un carácter político neto en los años 1840. Especialmente inquietante para las autoridades prusianas fue la «Profecía de Lehnin», texto de oscuro origen que parecía adivinar el futuro de la Casa de los Hohenzollern. La «Profecía de Lehnin», que circuló ampliamente en Renania, había previsto tradicionalmente la inminente conversión de la casa real al catolicismo —razón suficiente, en sí misma, para atraer sobre sí la atención hostil de las autoridades—, pero los primeros años 1840 vieron la aparición de una versión más radical que predecía que el «infame rey» sería castigado con la muerte por su papel en una «atrocidad[32]».

Esta progresiva politización de la cultura popular no quedó limitada a los medios impresos. Las canciones eran un medio aún más ubicuo de articulación de la disensión política. En Renania, donde el recuerdo de la Revolución francesa era especialmente vivo, los registros de la policía local están llenos de referencias al canto de las prohibidas «canciones de la libertad», incluidas infinitas variaciones de la «Marsellesa» y del «Ça ira». Las canciones de la libertad rememoraban la vida y hechos del asesino de Kotzebue, Karl Sand, celebraban las virtuosas luchas de los griegos y de los polacos contra las tiranías otomana y rusa, y conmemoraban episodios de insurrección pública contra la autoridad ilegítima. Además, ninguna feria o festividad pública estaba completa sin los cantores de baladas itinerantes (*Bänkelsänger*), cuyas canciones solían ser irreverentemente políticas en su contenido. Incluso los «hombres del espectáculo erótico», artistas que exhibían escenas de *tromp-l'oeil* [trampantojo], eran expertos en entremezclar críticas políticas en sus comentarios, de modo que incluso inofensivas vistas de paisajes fueron pretextos para la sátira[33].

A partir de los años 1830, los carnavales y otras festividades populares tradicionales como las ceremonias de Mayo y las cencerradas tendieron cada vez más a contener mensajes políticos (disidentes)[34]. En los años 1840 los carnavales de la Renania —especialmente la compleja procesión orquestada el lunes anterior al Miércoles de Ceniza— se convirtieron en un punto de tensión política entre los locales y las autoridades prusianas. Con esta atmósfera anárquica, de noche de reyes, en la que las relaciones sociales y políticas convencionales se invertían o satirizaban, el carnaval resultó adecuado para convertirse en un medio elocuente de protesta política. Fue precisamente para disciplinar las energías sin reglas de este festejo callejero por lo que se fundaron en Renania las sociedades del carnaval en los años

1820 y 1830. En los primeros años 1840, sin embargo, también aquellas fueron infiltradas por el espíritu de la disensión. En 1842, la sociedad del carnaval de Colonia se escindió cuando sus miembros extremistas declararon que «la constitución republicana del carnaval» era la única «bajo la que podía florecer la verdadera locura». Querían entronizar a un «rey carnaval» cuya autoridad debía ser defendida por un «ejército permanente de locos». La usualmente poco radical sociedad del carnaval de Düsseldorf era conocida también por sus ásperas sátiras contra el monarca[35].

Ridiculizar al rey fue una característica cada vez más importante de las expresiones de disidencia en Prusia en los años 1830 y 1840. Aunque solo 575 casos de lesa majestad fueron realmente investigados en el decenio 1837-1847, los registros sugieren que un gran número de otras faltas semejantes no fueron perseguidas, y podemos suponer que muchísimos más no acabaron atrayendo en absoluto la atención de la policía. Con todo, tales casos, cuando llegaron ante los jueces, fueron tratados, por lo general, seriamente. Cuando el sastre Joseph Jurowski, de Warmbrunn, en Silesia, declaró, en plena borrachera, «nuestro Fede es un sinvergüenza; el rey es un sinvergüenza y un estafador», recibió una notablemente dura condena de 18 meses de cárcel. El funcionario judicial Balthasar Martin, de cerca de la ciudad de Halberstadt, fue sentenciado a seis meses de cárcel por afirmar, sentado en una taberna, que el rey «bebía cinco o seis botellas de champán al día». «¿Cómo puede el rey ocuparse de nosotros?», preguntó Martin a quienes lo escuchaban, que quizá no sabía que un informador de la policía estaba sentado entre ellos. «Es un borracho, el borracho de los borrachos, solo bebe material realmente potente[36]».

Tales calumnias se referían a una imagen del rey que, para mediados de los años 1840, había arraigado irremisiblemente en la imaginación popular. Federico Guillermo IV, hombre regordete, sencillo, nada militar, conocido por sus hermanos y amigos íntimos por «lenguado gordo», fue el individuo menos carismático físicamente de los que ocuparon el trono de los Hohenzollern desde el reinado del primer rey. Fue también el primer rey prusiano en ser satirizado en numerosas imágenes. Quizá la más famosa caricatura, de 1844, representa al monarca como un gordo y borracho gato con botas sosteniendo una botella en su zarpa izquierda y un vaso lleno de espuma en la derecha, intentando patéticamente imitar a Federico el Grande sobre un fondo del complejo palaciego de Sans Souci. Habiendo relajado la censura literaria poco después de su acceso al trono, Federico Guillermo la reintrodujo sobre las imágenes, aunque fue imposible evitar que se

difundiesen ampliamente por el reino grotescas sátiras visuales del monarca[37].

Quizá la más extrema expresión de desconsideración por la persona del soberano fue la «Tschechlied», una canción que rememoraba el intento de asesinato del rey por el exalcalde de un pueblo, mentalmente enajenado, Heinrich Ludwig Tschech. Este no había obtenido apoyo oficial para una cruzada contra la corrupción local en su Storkow natal, y quedó frustrado porque el monarca lo consideró culpable de su desgracia. El 26 de julio de 1844, habiendo sido fotografiado en una postura teatral por un daguerrotipista de Berlín, Tschech se subió al carruaje real e hizo dos disparos a corta distancia, fallando ambos. Inicialmente, el público respondió con una oleada de simpatía por el rey, aunque muchos esperaban que a Tschech se le perdonase la pena de muerte dada su condición mentalmente anormal. Federico Guillermo, en un primer momento, se inclinó por la clemencia, pero sus ministros insistieron en que había que dar un ejemplo. Cuando se supo, en diciembre, que Tschech había sido ejecutado en secreto el sentir público se volvió contra el rey[38]. En los años siguientes toda una serie de canciones de Tschech circularon por Berlín y los estados alemanes. Su irreverencia queda patente en las siguientes estrofas:

Una mala suerte sin comparación
aconteció al pobre Tschech, alcalde del pueblo,
que él, al disparar de cerca,
¡no pudo acertar al hombre gordo[39]*!*

40. Federico Guillermo IV como un gato con botas achispado que trata en vano de seguir los pasos de Federico el Grande. Litografía anónima.

La cuestión social

En el verano de 1844 el distrito textil de Silesia en torno a Peterswaldau y Langenbielau se convirtió en escenario del más sangriento levantamiento ocurrido en Prusia antes de la revolución de 1848. Los disturbios comenzaron el 4 de junio, cuando el gentío atacó la sede principal de Hermanos Zwanziger, una gran firma textil de Peterswaldau. A la empresa se la consideraba en la localidad como una empleadora desconsiderada que había

explotado el excedente laboral de la región para reducir salarios y degradar las condiciones de trabajo. Una popular canción afirmaba que «Los Hermanos Zwanziger son verdugos».

> *Sus servidores son los bellacos,*
> *en vez de proteger a sus trabajadores*
> *nos machacan como esclavos*[40].

Tras entrar por la fuerza en la residencia principal, los tejedores destrozaron todo lo que estuvo al alcance de sus manos, desde hornos, tejados y espejos dorados a candelabros y porcelana cara. Hicieron tiras de todos los libros, títulos, pagarés, registros y papeles que encontraron, y luego entraron violentamente en el complejo contiguo de almacenes, prensas de laminación, salas de empaquetado, naves y almacenes, rompiendo todo lo que salía al paso. La labor destructiva continuó hasta que se hizo de noche, y aparecieron en escena bandas de tejedores de las aldeas vecinas. A la mañana siguiente los tejedores volvieron para demoler las pocas estructuras que permanecían intactas, incluidos los tejados. Todo el complejo habría sido probablemente incendiado, pero alguien indicó que esto haría que los propietarios pudiesen ser compensados por su seguro de incendios.

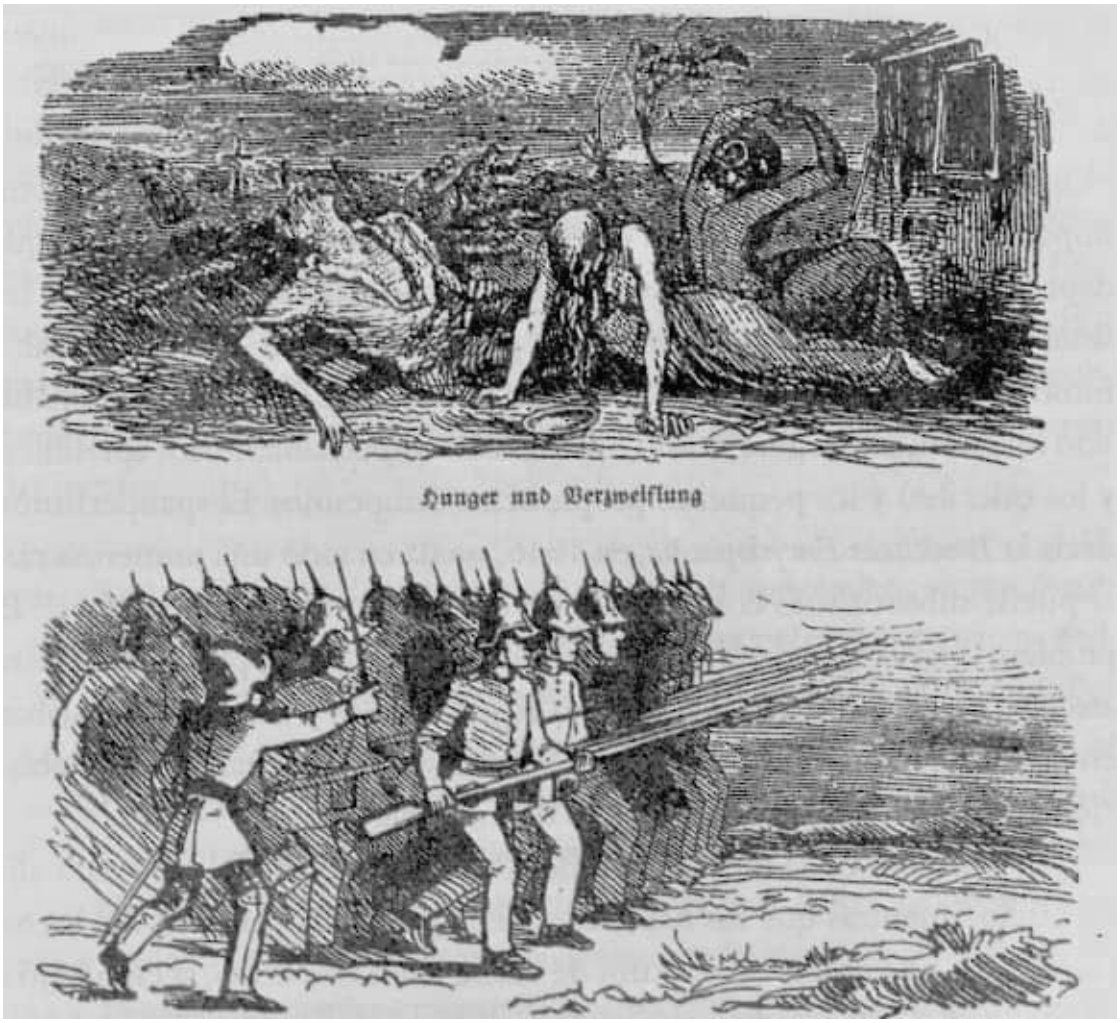
Armados con hachas, horcas y piedras, los tejedores, que ya eran unos 3000, salieron de Peterswaldau y se dirigieron a la casa de la familia Dierig, en Langenbielau. Aquí, unos aterrorizados empleados de la compañía les dijeron que se había prometido un pago en dinero contante (cinco groschen de plata) a cada tejedor que aceptase no atacar los edificios de la empresa. Entre tanto, dos compañías de infantería al mando del comandante Rosenberger habían llegado de Schweidnitz para restaurar el orden; formaron en la plaza ante la casa de los Dierig. Todos los ingredientes para el desastre que siguió estaban presentes. Temiendo que la casa de los Dierig estuviese a punto de ser atacada, Rosenberg dio la orden de hacer fuego. Después de tres salvas, once personas yacían muertas en el suelo; entre ellas una mujer y un niño que estaban entre la multitud, pero también varios espectadores, incluida una muchacha joven que iba de camino a su clase de costura y una mujer que miraba desde la puerta de su casa a 200 pasos de distancia. Un testigo ocular informó que la cabeza de un hombre había quedado aplastada por el disparo; un trozo de su cráneo salpicado de sangre fue lanzado a varios metros de su cuerpo. Ahora la desconfianza y la rabia de la multitud no conocieron límites. Las tropas fueron apartadas por una carga desesperada de los tejedores y por

la noche estos se lanzaron con furia contra la casa de los Dierig y edificios anejos, destruyendo 8000 táleros de bienes, mobiliario, libros y papeles.

Lo peor había pasado. A primera hora de la mañana siguiente llegaron a Langenbielau tropas de refuerzo, completadas con piezas de artillería, y el gentío que permanecía en el lugar o en los alrededores de los edificios de los Dierig acabó siendo dispersado rápidamente. Se produjeron algunos ulteriores disturbios en la vecina Friedrichsgrund, y también en Breslau, donde una multitud de artesanos atacaron las casas de los judíos, pero las tropas estacionadas en la localidad pudieron evitar cualquier nuevo tumulto. Fueron detenidas unas 50 personas relacionadas con los disturbios; de estos, 18 fueron condenados a diversas penas de prisión con trabajos forzados y castigos corporales (24 latigazos)[41].

Estallaron muchos tumultos y disturbios de hambre en las tierras prusianas en los años 1840, pero ninguno tuvo tanta repercusión en la conciencia pública como el de los tejedores de Silesia. Pese a los esfuerzos de los censores, la noticia de la revuelta y de su represión se difundió por el reino en unos días. De Königsberg y Berlín a Bielefeld, Tréveris, Aquisgrán, Colonia, Elberfeld y Düsseldorf, hubo extensos comentarios de prensa y discusiones públicas. Hubo una floración de poemas radicales de tejedores, entre ellos el apocalíptico conjuro de Heinrich Heine de 1844, «Los pobres tejedores», en el que el poeta invoca la miseria y la inútil rabia de una vida de interminable trabajo por un salario de hambre:

La lanzadera vuela, el telar cruje:
días y noches sin cesar tejemos.
Vieja Alemania, tu sudario helado
ya tejen[…].
¡Tejemos y tejemos!



41. Cómo sufren los tejedores y cómo responde el estado. Este xilograbado publicado en el periódico radical Fliegende Blatter, *en 1844, se refiere a la rebelión de Silesia de ese año y llena el pie «Hambre y desesperación».*

Y numerosos ensayos aparecieron en los meses siguientes, que analizaban el levantamiento desde todos los ángulos posibles.

Los acontecimientos de Silesia causaron sensación porque visibilizaban la obsesión de moda en la época, que ya se estaba conociendo como «la Cuestión Social» —hay paralelos con el debate inglés, casi contemporáneo, que recibió el ensayo de Carlyle cuando apareció en 1839, sobre la «Condición de Inglaterra»—. La Cuestión Social abarcaba un conjunto de temas: las condiciones de trabajo en las fabricas, el problema de la vivienda en zonas densamente pobladas, la disolución de las entidades corporativas (por ejemplo, los gremios, los estamentos), las vicisitudes de una economía capitalista basada en la competencia, el declinar de la religión y de la moral por la emergencia del «proletariado». Sin embargo, el tema central y dominante era la «pauperización», el progresivo empobrecimiento de los

estratos sociales inferiores. El «pauperismo» de la época anterior a marzo se diferenciaba de las formas tradicionales de pobreza en cierto número de aspectos importantes: era un fenómeno de masas, colectivo y estructural, más que dependiente de contingencias individuales, tales como enfermedades, lesiones o destrucción de cosechas; era permanente más que estacional; y mostró signos de sumergir grupos sociales cuya condición anterior había sido relativamente segura, como los artesanos (especialmente los aprendices y los oficiales) y los pequeños propietarios campesinos. El «pauperismo», decía la *Brockhaus Encyclopaedia*, en 1846, «se da cuando una numerosa clase puede subsistir solo como resultado del trabajo más intensivo…»[42]. El problema clave era el declive del valor del trabajo y de sus productos. Y esto afectaba no solo a los trabajadores no especializados y a los que trabajaban en gremios, sino también a un sector amplio y cada vez mayor de la población rural que vivía de varias formas de industria casera.

El aumento de la miseria se reflejó en los patrones del consumo alimenticio: mientras que los habitantes de la provincia prusiana del Reino consumían una media de 41 kilos de carne al año en 1838, la cifra bajó a 31 en 1848[43]. Un estudio estadístico para 1846 sugiere que entre el 50 y el 60 por ciento de la población de Prusia vivía con el mínimo y cerca del mínimo de subsistencia. En los primeros años 1840, el aumento de la pobreza en el reino estimuló un pánico moral entre las clases instruidas prusianas. *Este libro pertenece al Rey*, de Bettina von Arnim, publicado en Berlín en 1843, comenzaba con una secuencia de imaginativos diálogos literarios cuyo tema común era la crisis social en el reino[44]. Incluido en el texto había un detallado apéndice que registraba las observaciones de Heinrich Grunholzer, estudiante suizo de veintitrés años, en los barrios bajos de Berlín. En los tres decenios entre 1816 y 1846 la población de la capital se había incrementado de 197 000 a 397 000 habitantes. Muchos de los inmigrantes más pobres —asalariados y artesanos en su mayor parte— estaban asentados en las zonas pobres más densamente pobladas de las afueras del norte de la ciudad, conocidas por «Vogtland», debido a que muchos de los primeros llegados provenían de Vogtland, en Sajonia. Fue aquí donde Grunholzer recogió sus observaciones para el libro de Arnim.

En nuestra época, tan acostumbrada al efecto de autenticidad de los documentales, no es fácil recuperar la fascinación que provocaba la cruda descripción de Grunholzer de la vida en el punto más desolado de la capital. Pasó cuatro semanas rebuscando en unas cuantas casas de vecindad seleccionadas y entrevistando a sus ocupantes. Registró sus impresiones con

una prosa asequible, con frases breves, informales, e integró las brutales estadísticas que gobernaban las vidas de las familias más pobres de la ciudad. Intercalados con la narración había pasajes dialogados, y se usaba frecuentemente el tiempo presente, que sugería que eran notas garabateadas *in situ*.

> En la habitación del sótano n.° 3 encontré a un leñador con una pierna enferma. Cuando entré, la esposa quitó las peladuras de patata de la mesa y una hija de dieciséis años se retiró violenta a un rincón de la habitación mientras su padre empezaba a contarme su historia. Se había quedado sin posibilidades de empleo cuando participaba en la construcción de la nueva Escuela de Ingeniería. Su petición de asistencia había sido ignorada durante largo tiempo. Solo cuando se quedó totalmente arruinado económicamente se le otorgó una asignación de 15 groschen de plata mensuales [medio tálero]. Había tenido que volver a la vivienda de su familia, pues ya no podía hacer frente a un apartamento en la ciudad. Ahora recibe dos táleros al mes de la Oficina de los Pobres. Cuando la enfermedad incurable de su pierna lo permite, puede ganar un tálero al mes; su mujer gana el doble, su hija trae un tálero y medio más. Pero su alojamiento cuesta dos táleros al mes, una «comida de patatas», un groschen de plata y nueve peniques; dos de estas comidas al día son al mes tres táleros y medio para el alimento básico. Así queda un tálero para la compra de madera y para todo lo demás que una familia necesita, además de las patatas, con el fin de sobrevivir[45].

Otro trabajo del mismo tipo fue el artículo de Friedrich Wilhelm Wolff, muy leído, sobre los «sótanos de Breslau», una zona de chabolas formada por barracones y almacenes militares en las afueras de la capital silesia, que apareció en el *Breslauer Zeitung* en noviembre de 1843. Wolff, hijo de un campesino silesiano pobre, que se convirtió en un renombrado periodista radical, aspiraba a describir un mundo que era a la vez cerrado y remoto, un mundo que es, decía, como un «libro abierto» ante las murallas de la ciudad pero que era invisible a la mayoría de los habitantes acomodados. Existía, sin duda, un elemento de placer voyeurístico en el consumo de estos textos por parte de los lectores burgueses. Una importante influencia sobre esta literatura emergente de espesa descripción social era la de Eugène Sue, con su exitazo, una novela en diez volúmenes sobre los bajos fondos de París, *Les mystéres de Paris*, que apareció en fascículos en 1842-1843, y que fue muy imitada en toda Europa. Si los lectores estaban preparados para perderse en el colorista *demimonde* de Sue, afirmaba Wolff, entonces deberían tener aun más interés en los reales «mystéres de Breslau» justo delante de su casa[46]. Con un lenguaje casi idéntico, August Brass, autor de los *Misterios de Berlín* (1844), insistía en que todos podían observar la miseria del mundo del hampa de la capital si simplemente se «tomaban la molestia de quitarse el velo de conveniencia del bienestar egoísta y dirigían su mirada fuera de su “círculo habitual[47]”».

En los primeros meses de 1844 todas las miradas estaban fijas en los montañosos distritos textiles de Silesia, donde años de caída de precios y de reducción de la demanda habían forzado a comunidades enteras de tejedores a una opresiva pobreza. Hubo colectas para los silesianos en las ciudades textiles de Renania. En marzo, el poeta e intelectual literario radical Karl Grün viajó de una ciudad a otra realizando lecturas populares de Shakespeare, cuyos ingresos eran enviados a través del gobierno provincial para ayudar a los tejedores del distrito de Liegnitz. En ese mismo mes se fundaba en Breslau la Asociación para Paliar la Necesidad de los Tejedores e Hilanderos de Silesia. En mayo, en vísperas del levantamiento, Alexander Schneer, funcionario de la administración provincial y miembro de la asociación de Breslau, fue de casa en casa en algunas de las zonas más afectadas, documentando minuciosamente la situación de las familias de los tejedores a la manera que ya inició Grunholzer[48]. En un entorno tan sensible no es extraño que los contemporáneos considerasen el levantamiento de junio de 1844 no como un tumulto inadmisible, sino como resultado inevitable del malestar social subyacente.

La evidente correlación entre el aumento de la población y la pobreza masiva nos lleva a sospechar que la crisis social de esta época era resultado de la «trampa malthusiana», según la cual las necesidades de la población excedían el suministro asequible de alimentos[49]. Pero el punto de vista es engañoso, al menos para Prusia. Durante los decenios de la posguerra, los adelantos tecnológicos (fertilizantes artificiales, cría modernizada de animales y el sistema de rotación de tres campos) y un aumento de la tierra cultivada doblaron la productividad de la agricultura. Como resultado, la cantidad de alimentos incrementó en dos veces la tasa del crecimiento demográfico. Así, el problema no era la subproducción crónica. Sin embargo, los grandes excedentes podían tener un efecto nocivo sobre las manufacturas, al forzar la bajada de precios de los productos agrícolas. El colapso resultante en los ingresos agrarios trajo consigo un declive correspondiente de la demanda de bienes por parte del saturado sector manufacturero.

Más importante es que el suministro de alimentos continuó siendo vulnerable pese al impresionante aumento de la producción agrícola total, porque las catástrofes naturales —malas cosechas, epizootias, enfermedades de los cultivos— podían transformar los superávits en drásticas carestías. La crisis que se inició en el verano de 1846, cuando las malas cosechas elevaron los precios de los alimentos el doble e incluso el triple de la media normal, fue un caso ejemplar. La crisis de 1846-1847 fue provocada por una bajada en

el ciclo de negocios y por una enfermedad de los cultivos que barrió las cosechas de patatas de las que los pobres, en muchas zonas, se habían hecho dependientes (Grunholzer, por ejemplo, había hallado, en 1842, que las patatas eran el principal alimento —de hecho prácticamente el único— consumido por las familias más pobres de las que visitó en el barrio de Vogtland, en Berlín).

La presión ejercida por las crisis de subsistencia produjo oleadas de descontento. En Prusia estallaron 158 disturbios por la falta de alimentos solo entre abril y mayo de 1847 —con protestas en mercados, asaltos a almacenes y tiendas, y bloqueo al transporte—, cuando los precios de los alimentos estaban en su punto más alto. El 21-22 de abril la población de Berlín asaltó y saqueó los puestos del mercado y las tiendas y atacó a los comerciantes de patatas[50]. Es bastante interesante constatar que la geografía de los disturbios por los alimentos no coincide con la de la más aguda carestía. Fue más probable que los tumultos se dieran en zonas que producían alimentos para la exportación, o en zonas de tránsito con altos niveles de transporte de alimentos. Los territorios prusianos que bordeaban el Reino de Sajonia fueron, así, particularmente propensos a los disturbios, debido a que la demanda generada por la relativamente industrializada economía sajona garantizaba que la exportación de grano pasara por estas zonas.

Lejos de ser políticamente subversivas, tales protestas fueron en general intentos pragmáticos de controlar el suministro de alimentos, o de recordar a las autoridades su obligación tradicional de ayudar a los súbditos en apuros, según las normas de la «economía moral», cuya famosa teorización se debió a E. P. Thompson en su estudio sobre las masas inglesas del siglo XVIII[51]. Los revoltosos no actuaban como miembros de una clase, sino como representantes de comunidades locales cuyos derechos a la justicia se les habían negado. Los blancos humanos de su rabia eran probablemente personas independientes o al margen: comerciantes que trataban con mercados distantes, funcionarios de aduanas, forasteros, o judíos. Así, pues, no hubo un nexo necesario y automático entre los disturbios de subsistencia de 1846-1847 y el activismo revolucionario de 1848. Muchas de las zonas más revoltosas de 1846-1847 permanecieron tranquilas durante las revoluciones y el grupo político más activo de Silesia durante la revolución de 1848 no fue el de los tejedores silesianos que se habían levantado en 1844, sino los campesinos más acomodados. Este grupo fue el más enérgico y dinámico, e incluso formó asociaciones y cooperó con la *intelligentsia* de la clase media urbana democrática.

Aun cuando fueron con frecuencia espontáneos o apolíticos en sus motivaciones, los disturbios de subsistencia fueron sin duda muy políticos por sus efectos. De hecho, aceleraron procesos de politización que se extendieron bastante más allá del medio en que se movían los participantes. Los conservadores y los proteccionistas se quejaron de la subida de precios y del empobrecimiento de las masas por la inacción del gobierno o por las reformas desreguladoras aprobadas por los burócratas liberales. Algunos conservadores criticaron el «sistema de fábricas». Por otro lado, los liberales pensaban que la industrialización y la mecanización eran la cura adecuada, no la causa, de la crisis social, y pedían la supresión de las normas gubernamentales que ponían trabas a las inversiones y obstruían el crecimiento económico. Alarmados por la emergencia social de 1844-1847, los conservadores experimentaron con prescripciones que anticipaban el estado de bienestar alemán de finales del siglo XIX[52]. Para los radicales, en particular, los disturbios por la subsistencia proporcionaban la oportunidad de centrar y afinar su retórica y su teoría. Algunos hegelianos que quedaban afirmaban, como los «conservadores sociales», que la responsabilidad de detener la polarización de la sociedad residía en el estado como guardián del interés general. Los hechos de Silesia de 1844 llevaron al escritor Friedrich Wilhelm Wolff a elaborar y refinar su análisis socialista de la crisis. Mientras que su informe sobre los barrios desheredados de Breslau, de 1843, se estructura sobre una laxa oposición binaria como «ricos» y «pobres», «esta gente» y «el rico», o «un jornalero» y «la burguesía independiente», su detallado artículo sobre el levantamiento silesiano, escrito siete meses más tarde, fue teóricamente mucho más ambicioso. Aquí, el «proletariado» se opone al «monopolio del capital», «los que producen» a «aquellos que consumen» y «las clases laboriosas del pueblo» al dominio de los «propietarios privados[53]».

La polémica entre Arnold Ruge y Karl Marx sobre el significado de la revuelta silesiana nos ofrece una ulterior ilustración del mismo proceso. En un pesaroso escrito en *Vorwärts!* (Adelante), el periódico de los emigrados alemanes radicales en París, Ruge afirmaba que la revuelta de los tejedores había sido simplemente un levantamiento provocado por el hambre que no había amenazados seriamente a las autoridades políticas de Prusia. Karl Marx respondía a las reflexiones de su antiguo amigo con dos extensos artículos en los que exponía lo contrario, argumentando, con algo que suena a cierto orgullo prusiano, que ni los «levantamientos de los trabajadores» ingleses ni los de los franceses habían sido «en teoría y con carácter consciente» como la revuelta silesiana. Solo «los prusianos», declaraba Marx, habían adoptado «el

punto de vista correcto». Al quemar los libros de la empresa de los Zwanziger y los Dierig, sugería, los tejedores habían dirigido su cólera contra los «títulos de propiedad» y por lo tanto habían dado un golpe no solo a la industria en sí misma, sino al sistema del capital financiero que lo sostenía[54]. La disputa, que acabó incidiendo sobre las condiciones bajo las que la población oprimida podía ser revolucionada exitosamente, marcó un alejamiento irrevocable de los puntos de vista de ambos hombres. El duro conflicto social sobre los recursos emitió una energía negativa que impulsó el movimiento hacia la diferenciación política en Prusia.

La bomba de tiempo de Hardenber

En los años 1840 el sistema político prusiano vivía de prestado. Y esto no fue precisamente un asunto de crecientes expectativas políticas populares, sino de necesidades financieras. Según los términos de la Ley de Endeudamiento del Estado del 17 de enero de 1820, el gobierno prusiano no podía incrementar los préstamos a menos que fuesen aprobados por una «asamblea nacional de los Estados». De este modo, los reformadores (el autor del borrador fue Christian Rother, jefe del directorio central del ministerio de Finanzas y estrecho colaborador de Hardenberg) ataron las manos al gobierno hasta el momento en que se considerase oportuno conceder nuevas reformas constitucionales. Esta era la bomba de tiempo que Hardenberg colocó en el corazón del estado prusiano. Esto pasó tranquilamente durante los años 1820 y 1830, mientras sucesivos ministros se centraban en el aumento de los préstamos indirectamente a través del nominalmente independiente Seehandlung y manteniendo al mínimo los préstamos totales. El resultado fue que Prusia tomó prestado menos en los años 1820 y 1830 que cualquier otro gobierno alemán[55].

Esto no podía continuar para siempre, como Federico Guillermo IV sabía bien. El rey era un apasionado entusiasta de los ferrocarriles, en una época en que era cada vez más evidente la importancia de la revolución tecnológica para la economía, lo militar y la estrategia[56]. «Cada nuevo desarrollo en ferrocarriles es una ventaja militar», observaba el joven Helmut von Moltke en 1843, «y para la defensa nacional, unos pocos millones gastados en completar nuestra red de ferrocarriles son mucho más provechosos que emplearlos en nuestras fortalezas[57]». Ya que este era un sector demasiado importante para ser dejado en manos privadas, estaba claro que el estado

prusiano pronto haría frente a gastos de infraestructura que no podrían ser cubiertos con un aumento substancial de los préstamos.

Con todo, el rey tardó en aceptar la inevitabilidad de una dieta nacional. Existía el peligro, como observó uno de sus más estrechos colaboradores, de que una asamblea nacional «no se limitase a las consultas sobre el préstamo estatal, sino que actuase sobre cualquier otra cosa que considerase urgente[58]». En 1842 el rey formó un Comité Unido compuesto por doce delegados de cada una de las dietas provinciales, con la esperanza de que este cuerpo se comprometiese a consultas sobre asuntos tales como la necesidad de financiar el ferrocarril estatal sin tratar de expandir su papel constitucional. Se prohibieron las peticiones al Comité Unido, a los asuntos a tratar se les confirieron unos límites muy estrechos y las normas de discusión garantizaron que no era cuestión de un debate genuino —a los delegados se los llamó para hablar en orden alfabético y solo una vez para cada asunto—. Estas modestas reuniones no podían realizar nada sustancioso; más importante era que, como un delegado renano tuvo la temeridad de apuntar durante un debate sobre la financiación de los ferrocarriles, carecían de la autoridad necesaria para aprobar un préstamo estatal[59]. A finales de 1844 Federico Guillermo se resignó a convocar una reunión nacional de las dietas provinciales en los tres próximos años.

A mediados de los años 1840 el asunto de los ferrocarriles estaba llegando a un punto decisivo. La red ferroviaria prusiana había crecido de manera impresionante en los últimos años, de 185 kilómetros en 1840 a 1106 kilómetros en 1845[60]. Pero este crecimiento se había concentrado en zonas en las que los inversores privados pensaban obtener beneficios; los emprendedores, comprensiblemente, tenían poco interés por los proyectos menos rentables pensados para las necesidades macroeconómicas y militares. En el otoño de 1845, sin embargo, llegaron a Berlín noticias de que el gobierno francés se había embarcado en la construcción de una red ferroviaria estratégica, cuyas terminales orientales creaban una amenaza potencial para la seguridad de la Confederación Germánica. Fueron vanos los llamamientos de Berlín para coordinar una política de líneas férreas estratégicas: la Confederación fracasó en conseguir un consenso entre los estados miembros, incluso en la cuestión de medidas apropiadas para una red integrada. Estaba claro que Prusia debería atender a sus propias necesidades[61]. En el centro del programa que cristalizó a lo largo de 1846 se hallaba la *Ostbahn*, arteria ferroviaria que uniría Renania y la frontera francesa con Brandemburgo y Prusia Oriental.

La bomba de tiempo de Hardenberg estaba ya preparada para explotar. La Patente del rey del 3 de febrero de 1847, que anunciaba la convocación de una Dieta Unida, afirmaba claramente que este era el organismo previsto en la Ley de Endeudamiento del Estado de 1820. No se trataba de un nuevo instrumento constitucional, sino, simplemente, de la combinación de todas las dietas provinciales en un único cuerpo. Heredaba, así, la poco agraciada identidad híbrida de sus predecesores. Los delegados se sentaban por provincias y estamentos, pero se votaba por cabeza, y la asamblea operaba como un cuerpo único, como un parlamento nacional, para la mayoría de sus asuntos. Había una cámara alta, compuesta por príncipes, condes, nobles mediatizados y miembros de la familia real. El resto de los delegados, que representaba a la nobleza terrateniente, a las ciudades y a los campesinos se sentaba en la Curia de los Tres Estados. Complejos arreglos en las votaciones garantizaban que las provincias, individualmente, pudiesen conservar el poder de veto para las propuestas que dañasen sus intereses. A este respecto la dieta reflejaba la estructura «federal» del estado prusiano desde 1815. El texto de la Patente dejaba claro que el primer asunto de la dieta sería la introducción de nuevos impuestos y la aprobación de un préstamo estatal destinado a construcciones ferroviarias[62].

La Dieta Unida era algo controvertido incluso antes de que se reuniese. Había un pequeño coro de entusiastas conservadores moderados, pero fueron acallados por los rugidos de la crítica liberal. La mayoría de los liberales manifestaron que los arreglos esbozados en la Patente no llegaban, con mucho, a cubrir sus legítimas expectativas. «Os pedimos pan y nos disteis una piedra», voceó el liberal silesiano Heinrich Simon en un polémico ensayo publicado —para zafarse de los censores prusianos— en la Leipzig sajona. Theodor von Schön pensó que los delegados utilizarían la sesión de apertura para declararse incompetentes para actuar como una dieta general y pedir una nueva elección. Si la Patente ofendía a los liberales, también alarmaba a los conservadores de la línea dura, que pensaban que todo esto era abrir la puerta a un arreglo constitucional con todas las de la ley. Muchos de los nobles terratenientes menores —incluso los conservadores— quedaron hastiados por el estatus especial acordado a la nobleza más alta; la preponderancia de apellidos silesianos y westfalianos en la cámara alta también irritó a los diputados provinciales de las antiguas provincias[63]. Y aun así, al mismo tiempo, el anuncio de la Dieta Unida favoreció una ulterior expansión de las expectativas políticas.

El domingo 11 de abril de 1847 —un día frío, gris y lluvioso en Berlín— una multitud de más de 600 delegados provinciales se reunió en el Salón Blanco del palacio real para la ceremonia inaugural de la Dieta Unida. El discurso de apertura del rey, pronunciado sin notas, durante más de media hora, fue un cañonazo de aviso. Enfurecido por la recepción de su Patente, el rey no se mostró dispuesto en ningún modo a un compromiso. «No hay poder en la Tierra», anunció, «que pueda tener éxito en hacerme transformar la relación natural entre príncipe y pueblo […] en una relación constitucional convencional, y nunca permitiré un solo papel escrito que se interponga entre Dios Nuestro Señor en el Cielo y esta tierra». El discurso terminó con un recordatorio de que la dieta no era un parlamento legislativo. Había sido convocada con una finalidad específica, concretamente para aprobar nuevos impuestos y un préstamo estatal, pero su futuro dependía de la voluntad y juicio del rey. Su tarea no era, muy claramente, «representar opiniones». El rey podía convocar de nuevo la dieta, les dijo a los diputados, solo si lo consideraba «bueno y útil, y si esta Dieta me ofrece pruebas de que puedo hacerlo sin acarrear daño a los derechos de la corona[64]».

Mientras tanto, las deliberaciones de la dieta iban a poner a prueba la línea dura de los conservadores más derechistas. Por primera vez, los liberales prusianos de cada tipo se vieron actuando juntos en el mismo escenario. Montaron una campaña para transformar la dieta en una legislatura adecuada, garantizando el derecho a reunirse de nuevo a intervalos regulares, exigiendo el poder de aprobar todas las leyes, protegiendo todo esto de la acción arbitraria por parte de las autoridades del estado, barriendo lo que quedaba de la discriminación corporativa. A menos que estas peticiones fuesen satisfechas, insistían, la dieta no podría aprobar los planes de gasto del gobierno. Para los políticos liberales de las regiones, era una estimulante oportunidad para socializar e intercambiar ideas con colegas afines de todo el reino. Comenzaba a surgir una cultura partidista liberal.

El industrial y empresario de ferrocarriles renano David Hansemann había sido diputado de la dieta provincial renana desde 1843 y era una personalidad notable de los círculos liberales renanos. Procuró hacerse con un amplio apartamento cerca del palacio real, donde tenía encuentros con delegaciones liberales de otras provincias. Grupos de liberales se congregaban también en el hotel Russischer Hof para discutir de política, debatir y, en general, reunirse amigablemente. A los diputados liberales se les exigía que llegasen a la capital al menos ocho días antes de la primera sesión, para que hubiese tiempo para reuniones preliminares. Esta experiencia en un estado en el que la

prensa y las redes políticas todavía se mostraban fragmentadas por regiones tiene su importancia. Esto infundía en los liberales una sensación de confianza y de objetivos comunes; y les enseñó una primera e intensa lección sobre las virtudes de la cooperación y del compromiso político. Como observaba tristemente un conservador, los liberales trabajaban regularmente «tarde, por la noche», coordinando su estrategia con vistas a los debates políticos clave[65]. De esta menara tuvieron éxito en hacerse con la iniciativa en muchos debates de la cámara.

Por el contrario, los conservadores estaban en plena confusión. A lo largo de gran parte de los procedimientos parecían a la defensiva, reduciéndose a reaccionar a las propuestas y provocaciones liberales. Como campeones de la diversidad provincial y de la autonomía local, les era difícil trabajar juntos en un plano panprusiano. Para muchos nobles conservadores, su política estaba ligada inextricablemente con el estatus corporativo —esto hacía difícil establecer una plataforma común con potenciales aliados de posición más humilde—. Mientras que los liberales estaban de acuerdo sobre ciertos principios generales (constitucionalismo, libertad de prensa), los conservadores estaban a una distancia abismal de una plataforma unitaria claramente definida, más allá de una vaga intuición de que una evolución gradual de las bases de la tradición era preferible a un cambio radical[66]. Los conservadores carecían de liderazgo y eran muy lentos en formar facciones partidistas. «Una derrota seguía a la otra», observó Leopold von Gerlach el 7 de mayo, tras cuatro semanas de sesiones[67].

En términos puramente constitucionales, la dieta fue un fiasco. No se permitió que se transformara en una legislatura parlamentaria. Antes de que fuera suspendida el 26 de junio de 1847, rechazó la petición del gobierno de un préstamo estatal para financiar el ferrocarril del este, afirmando que solo cooperaría cuando el rey le garantizase el derecho a reunirse a intervalos regulares. «En asuntos de dinero», decía sarcásticamente, como es bien sabido, el empresario liberal y diputado David Hansemann, «la genialidad tiene sus límites». Con todo, en términos de cultura política, la Dieta Unida tuvo una enorme importancia. A diferencia de sus antecesores provinciales, era un cuerpo público cuyas actas se registraban y publicaban, por lo que los debates de la cámara repercutían en todo el paisaje político del reino. La dieta demostraba del modo más concluyente el agotamiento de la estrategia de compromiso del monarca. Y marcó también la inminencia —la inevitabilidad — de un cambio constitucional real. No obstante, no quedó claro cómo podía hacerse realidad ese cambio.

Prusia en vísperas de la revolución

En su sátira en verso *Alemania: un cuento de invierno*, el poeta, ensayista, ingenioso y satírico radical Heinrich Heine describía su vuelta a Prusia tras 13 años de exilio parisino. Heine provenía de una familia judía de modestos comerciantes de Düsseldorf, asistió a lecciones de Hegel en Berlín y se convirtió al cristianismo cuando ya era un adulto joven con el fin de apartar todos los obstáculos para su carrera en la burocracia, lo que remitía a las presiones asimilatorias ejercidas sobre los súbditos judíos por el «estado cristiano» de Prusia. En 1831, tras abandonar su deseo de convertirse en empleado del estado, y habiendo adquirido una considerable reputación como poeta y escritor, abandonó Prusia para trabajar como periodista en París. En 1835, a causa de sus conocidos comentarios críticos sobre la política contemporánea alemana, la Dieta Confederal publicó una prohibición, en todo el país, sobre la publicación y circulación de sus libros. Así, una carrera literaria en la Confederación estaba fuera de discusión. *Alemania: un cuento de invierno* se publicó en 1844 tras una breve e infeliz visita a su nativa Renania. Entre los primeros prusianos que le dieron la bienvenida a su país estaban, naturalmente, los funcionarios de aduanas, que llevaron a cabo un registro completo de su equipaje. En una secuencia de brillantes cuartetos, Heine evoca su experiencia en la frontera prusiana:

> *Respirando ruidosamente, rebuscaron entre pantalones y camisas*
> *y pañuelos —no se dejaron nada;*
> *buscaban plumillas y chucherías y joyas*
> *y libros en la lista de contrabando.*
>
> *¡Estúpidos! ¡Si pensáis que vais a encontrar algo aquí*
> *os veréis tristemente desilusionados!*
> *El contrabando que viaja conmigo*
> *está almacenado aquí arriba, ¡en mi cabeza!*
> *[…].*
>
> *Tantos libros están guardados en mi cabeza,*
> *¡un número incontable!*
> *Mi cabeza es como un nido de pájaros gorjeantes,*
> *¡todos sujetos a ser confiscados!*

Sería absurdo negar que estos versos captan algo real respecto al estado prusiano. La censura de las autoridades prusianas, opresiva, sin humor, quisquillosa, hacia los que disentían políticamente provocaba el lamento general de los librepensadores en todo el reino. En el diario del liberal berlinés Karl Varnhagen von Ense, los inconvenientes de la censura son un

tema constante. Escribe sobre la «miseria de la vigilancia de cortos alcances, nociva, obstructiva», la inventiva de los censores para imaginar «aún más provocaciones», la frustración que representa dirigir un periódico literario crítico bajo el dominio arbitrario de la oficina de censura[68].

Por otro lado, de lo que incluso Varnhagen era consciente, la censura prusiana era ridículamente ineficaz. Su verdadera finalidad, observaba en agosto de 1837, no era vigilar los hábitos de lectura populares, sino justificarse a sí misma ante el resto de la administración real. «El pueblo puede leer lo que desee, sin tener en cuenta el contenido, pero todo lo que pueda comparecer ante el rey se investiga cuidadosamente[69]». De todos modos, era prácticamente imposible controlar el tráfico de textos de contrabando. La fragmentación política de la Europa alemana era una desventaja desde el punto de vista de la censura, pues significaba que trabajos prohibidos en un estado podían fácilmente ser impresos en otro y pasados a través de las poco vigiladas fronteras. El vendedor de tarjetas de Württemberg, Thomas Beck, solía cruzar la frontera de la Renania prusiana con fajos de sus publicaciones prohibidas escondidos en el sombrero[70]. «Yo soy ahora un importador a gran escala, en Prusia, de libros prohibidos», escribía Friedrich Engels, el hijo radical de un pío manufacturero textil de Barmen, a su amigo Wilhelm Graeber, de Bremen, en noviembre de 1839. «El *Francófobo*, de Borne, en cuatro copias, las *Cartas de París*, por el mismo, seis volúmenes, *Prusia y el prusianismo*, de Venedey, más severamente prohibido, en cinco copias, están preparados para enviarlos a Barmen[71]». Las prohibiciones confederales de libros tales como *Prusia y el prusianismo* de Jakob Venedey, un agrio folleto contra la administración prusiana por parte de un liberal renano, resultaron ineficaces dado que los libreros alemanes ocultaban a las autoridades, de manera rutinaria, sus *stocks* de contrabando[72]. Las canciones eran incluso más difíciles de localizar, pues ocupaban muy poco papel y podían circular sin texto impreso. La politización de la cultura popular enfrentó al gobierno con un tipo de disensión que nunca podría ser controlada eficazmente, al ser informal, proteica, omnipresente.

La figura del soldado prusiano, con su pose arrogante, afectada, altanera, simbolizaba para muchos, en especial en medios radicales, las peores características del gobierno. Fue en la ciudad de Aquisgrán, antaño antigua capital de Carlomagno, ahora un soñoliento centro textil de Renania donde Heinrich Heine, al volver a Alemania, tuvo el primer vislumbre de los militares prusianos:

Yo deambulé por este monótono nidito

Alrededor de una hora o más
Vi militares prusianos una vez más
Se parecían mucho a como eran antes.
[…]

Todavía el mismo porte leñoso, pedante,
los mismos pasos rectangulares
y la misma y habitual helada máscara de desdén
impresa en cada una de sus rostros.

Todavía se pavonean tan tiesos por las calles
tan acicalados y con sus mostachos tan estrictamente cortados,
como si de alguna manera se hubieran tragado el palo
con el que suelen ser apaleados.

La antipatía popular hacia los militares variaba en intensidad a lo largo del reino. Era mayor en Renania, donde se alimentaba del resentimiento patriótico local hacia el Berlín protestante. En muchas localidades renanas la tensión entre militares y civiles —en particular jóvenes civiles de las clases artesana y trabajadora— era parte de la vida diaria. Los soldados de guardia ante los edificios públicos eran blancos fáciles para los jóvenes en una noche de juerga; algunos choques violentos casuales entre soldados y civiles se produjeron en tabernas o cerca de ellas[73]. Las tropas eran odiadas también por su papel en la aplicación de la ley. Las ciudades prusianas estaban muy poco vigiladas por exiguos contingentes de policías cuyas obligaciones oficiales abarcaban una amplia serie de tareas, tales como el deshacerse ordenadamente de «material bruto y de basura», la limpieza de «calles y desagües», eliminar obstáculos, estiércol, la entrega de convocatorias, la «notificación de anuncios oficiales por medio de una campanilla», y otras actividades[74]. La debilidad de la actividad policial civil significaba que las autoridades prusianas se veían forzadas, con frecuencia, a recurrir a los militares con el fin de restaurar el orden. En casos de tumultos serios los gendarmes locales solían ser pocos y esperaban que los militares los ayudasen, mientras la multitud, con conciencia de su poder, tomaba la iniciativa, como ocurrió en Peterswaldau y en Langenbielau en 1844. Careciendo de técnicas sofisticadas para el control de las multitudes, los mandos militares pasaban abruptamente de los avisos verbales a las cargas con golpes de sable e incluso empleando armas de fuego. Pero este no era un problema específicamente prusiano. En Inglaterra y Francia la norma era emplear unidades militares para restaurar el orden. Y tampoco la violencia extrema desencadenada en Langenbielau en 1844 era más típica de las

condiciones de Prusia de lo que la masacre de Peterloo de 1819 lo era de los métodos policiales de Gran Bretaña.

Gran Bretaña era, naturalmente —como los viajeros británicos estaban siempre señalando—, un estado incomparablemente más liberal, pero no era necesariamente más humano. Los británicos toleraban niveles de violencia estatal que habrían sido impensables en Prusia. El número de condenas a muerte en Prusia entre 1818 y 1847 osciló entre 21 y 33 al año. Y el número de ejecuciones realmente llevadas a cabo era mucho más bajo —variando entre cinco y siete— gracias al uso intensivo del perdón real, lo que se convirtió en una importante señal de soberanía en este período. En cambio, 1137 sentencias de muerte se anunciaron de media cada año en el período comprendido entre 1816 y 1835 en Inglaterra y Gales, para una población de unos 16 millones de individuos que era comparable a la de Prusia. Sin duda relativamente pocas (menos del 10 por ciento) de estas sentencias se llevaron a cabo en realidad, pero el número de personas ejecutadas superaba aun así a la cifra de Prusia en una proporción de dieciséis a uno. Mientras que la gran mayoría de las sentencias capitales se debían a delitos contra la propiedad (incluyendo los delitos menores), la mayoría de las ejecuciones en Prusia eran por homicidios. La única ejecución «política» del período prerrevolucionario fue la del alcalde de un pueblo, Tschech, que fue hallado culpable de alta traición por haber intentado asesinar al rey[75]. Resumiendo: no había paralelismo entre Prusia y las condenas a muerte perpetradas en las prisiones inglesas debido al «código de sangre».

Por muy terribles que fueran los extremos de pobreza en el «hambriento decenio de 1840», aquellos palidecen si los comparamos con la catástrofe del hambre que arrasó Irlanda bajo administración británica. Hoy criticamos este desastre atribuyéndolo a una combinación de errores administrativos y a la propia dinámica de la libertad de mercados. Si se hubiera producido la hambruna masiva entre los polacos de Prusia, ahora estaríamos viendo, quizá, en ello los antecedentes del régimen nazi desde 1939. Merece la pena recordar tan solo que los prusianos sufrían presiones en Polonia que no tenían parecido con las de Irlanda. Polonia era la inquieta frontera entre Prusia y el Imperio ruso, y la política prusiana en la región debía tener en cuenta los intereses rusos. Naturalmente, la corona prusiana no aceptaba la legitimidad de los intentos de los nacionalistas polacos. Con todo, Prusia acomodó las aspiraciones de sus súbditos polacos al desarrollo de su identidad nacional diferenciada. Realmente, el impulso dado por el gobierno a la escolarización elemental y secundaria en lengua polaca condujo a un notable aumento de la

tasa de alfabetización en la zona ocupada por Prusia de la antigua Comunidad Polaca. Hubo, sin duda, un período de diez años en el que el gobernador provincial Flottwell optó por una política de asimilación a través de la «germanización» —un mal preludio de acontecimientos posteriores—. Pero la germanización se llevó a cabo de manera inconsistente y llegó a su fin con el acceso al trono del romántico polonófilo Federico Guillermo IV, y, en todo caso, fue una respuesta a la revolución polaca de 1830, que había hecho surgir serias dudas sobre la lealtad política de la provincia.

En los primeros años 1840, cuando Heine vivía su exilio literario en París, la Polonia prusiana siguió siendo un atrayente refugio para los exilados políticos polacos a oriente de la frontera de Poznan. Asimismo, los disidentes rusos buscaban irse a Prusia. El crítico literario radical Visarión Grigórievich Belínskii vivía en Salzbrunn (Silesia) en 1847 cuando escribió su famosa *Carta a Gógol*, en la que denunciaba el atraso político y social de su país, crimen por el que fue condenado a muerte *in absentia* por un tribunal ruso. Tan clamoroso fue este grito de protesta en los círculos disidentes rusos que Turguéniev, que visitó a Belínskii en Silesia, optó por firmar «Administrador», el brutal retrato de un terrateniente tiránico, en *Relatos de un cazador*, y «Salzbrunn, 1847», indicación codificada de su apoyo a la crítica de Belínskii. Ese mismo año, otro exilado, el radical ruso Aleksándr Hértsen, cruzó la frontera de Prusia desde el este. Al llegar a Königsberg manifestó un profundo sentimiento de alivio: «La desagradable impresión de temor [y] la opresiva sensación de sospecha se disiparon**[76]**».

14
ESPLENDOR Y MISERIA DE LA REVOLUCIÓN PRUSIANA

Barricadas en Berlín

A finales de febrero de 1848, la población de Berlín se iba acostumbrando a las noticias sobre la revolución. En el invierno de 1847 los liberales protestantes de Suiza habían combatido —y ganado— una guerra civil contra los cantones conservadores católicos. El resultado fue un nuevo estado federal suizo dotado de una constitución liberal. Luego, el 12 de enero de 1848, se supo de disturbios en la península italiana y llegaron noticias de que los insurgentes habían tomado el poder en Palermo (Sicilia). Dos semanas más tarde se confirmó el éxito de la revolución palermitana cuando el rey de Nápoles fue el primer monarca italiano que otorgó la constitución a su pueblo.

Pero fueron, sobre todo, las noticias de Francia las que electrizaron a la ciudad. En febrero, una campaña de protestas liberales cogió impulso en la capital francesa, que culminó en choques sangrientos entre las tropas y los manifestantes. El 28 de febrero, una edición extra de la *Vössische Zeitung* destacaba un «despacho telegráfico» en el que se informaba de que el rey Louis-Philippe había abdicado. A la vista de «el estado actual de Francia y de Europa», los directores declaraban «esta serie de acontecimientos —tan improvisos, tan violentos y totalmente inesperados— parece más extraordinaria, quizá más trascendente por sus consecuencias incluso que la Revolución de Julio [de 1830[1]]». Cuando las noticias de París se difundieron por la capital prusiana, los berlineses se lanzaron a las calles en busca de

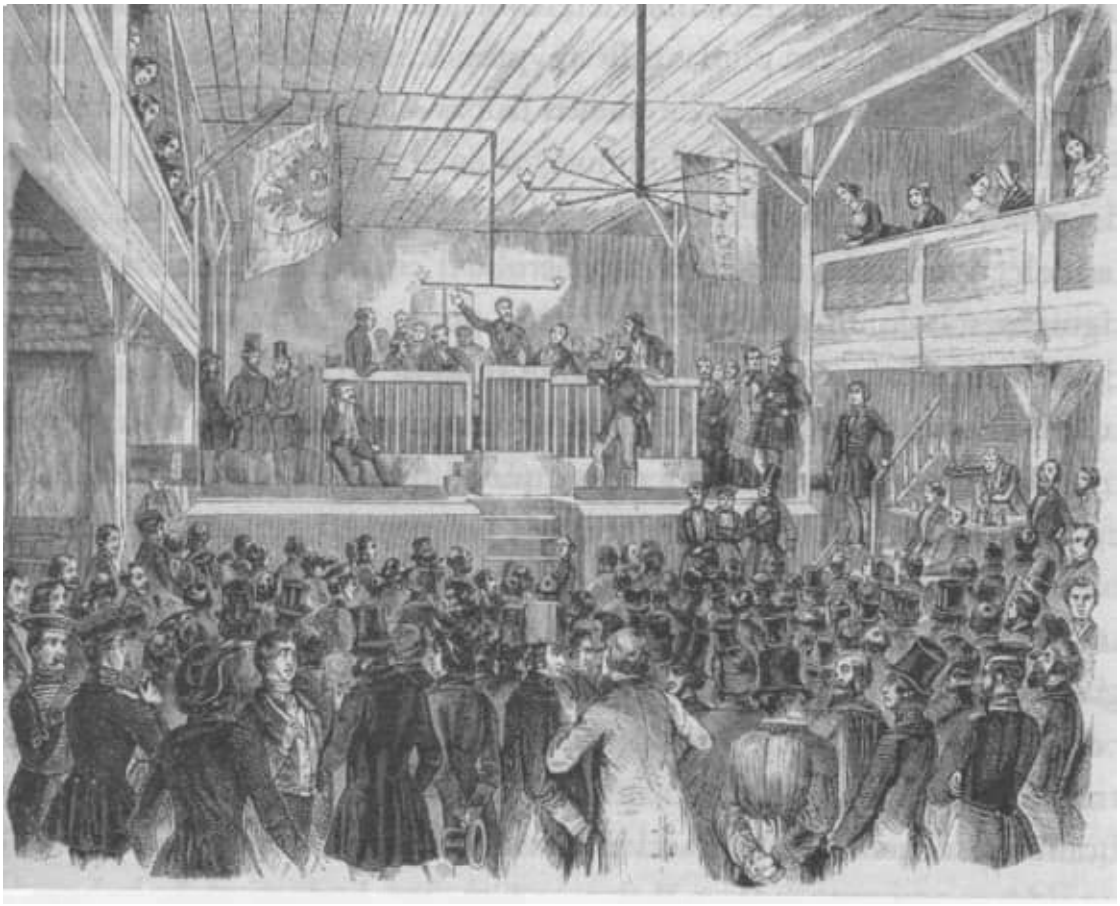
información y para discutir sobre el hecho. El tiempo ayudaba —eran los días más suaves y radiantes del comienzo de la primavera que se podían recordar —. Los clubes de lectura, los cafés y los establecimientos públicos de todo tipo estaban abarrotados a reventar. «Quienquiera que pudiese hacerse con nuevo periódico debía subirse a una silla y leer el contenido en voz alta[2]». La excitación aumentó cuando se supo de acontecimientos más próximos, como las grandes manifestaciones en Mannheim, Heidelberg, Colonia y otras ciudades alemanas, la concesión de reformas políticas y libertades civiles por parte del rey Luis I de Baviera, la destitución de ministros conservadores en Sajonia, Baden, Württemberg, Hanóver y Hesse.

Uno de los puntos centrales de debate y protesta era la Asamblea Municipal, donde los miembros electos de la élite burguesa solían reunirse para tratar los asuntos de la ciudad. Después del 9 de marzo, cuando la multitud se abrió paso hasta el Ayuntamiento, la más bien, generalmente, estólida asamblea comenzó a cambiar y a convertirse en una reunión de protesta. Había asimismo mítines políticos diarios en las «Carpas», una zona del Tiergarten inmediatamente fuera de la Puerta de Brandemburgo reservada para refrigerios y entretenimientos al aire libre. Aquellos habían comenzado como reuniones informales, pero enseguida adquirieron el aspecto de parlamentos improvisados, con procedimientos de votación, resoluciones y delegaciones electas, ejemplo clásico de la «democracia asamblearia pública» que se desplegó en las ciudades alemanas en 1848[3]. No pasó mucho tiempo hasta que la Asamblea Municipal y las Carpas empezaran a trabajar juntas; el 11 de marzo la asamblea debatió un borrador de petición de las Carpas pidiendo una larga lista de reformas políticas, legales y constitucionales. El 13 de marzo en la reunión en las Carpas, cuyos asistentes eran más de 20 000, se escucharon discursos de obreros y artesanos cuya preocupación principal no era la reforma legal y constitucional, sino las necesidades de la población trabajadora. Un grupo de obreros formó una asamblea separada en una esquina y redactó una petición propia urgiendo la aprobación de nuevas leyes que protegiesen el trabajo contra los «capitalistas y usureros» y pidiendo al rey que crease un ministerio de trabajo. Diferentes intereses políticos y sociales estaban cristalizando ya entre la multitud movilizada de la ciudad.

Alarmado por la creciente «determinación e insolencia» de las multitudes que circulaban por las calles, el presidente de la Policía, Julius von Minutoli, ordenó el envío de nuevas tropas a la ciudad el 13 de marzo. Esa noche varios civiles fueron muertos en choques en torno al recinto del palacio. Ahora la multitud y los soldados se convertían en antagonistas colectivos en la lucha

por el control del espacio urbano. En los días siguientes, las multitudes se esparcieron por la ciudad a primeras horas de la tarde. Eran, según el memorable símil de Manzoni, como «nubes todavía dispersas y corriendo por un cielo claro, haciendo que todo el mundo mirase hacia arriba y dijese que el tiempo todavía no se había calmado[4]». La muchedumbre temía a las tropas, pero aun así corrían hacia ellas. Las atraía, las persuadía, se mofaba de ellas. Las tropas poseían unos elaborados rituales propios. Cuando se enfrentaban a súbditos ingobernables, se les exigía que leyesen la Ley de Disturbios de 1835 tres veces antes de las tres señales de aviso con los tambores o las trompetas, tras lo cual se podía dar la orden de ataque. Dado que muchos de los hombres del gentío habían servido en el ejército, tales señales eran reconocidas y comprendidas casi universalmente. La lectura de la Ley de Disturbios solía ser recibida con silbidos y abucheos. Los redobles de tambor, que indicaban un avance o una carga inminente, poseían un fuerte efecto disuasorio, pero solía ser temporal. En algunas ocasiones, durante los enfrentamientos en Berlín, los tumultos forzaron a las tropas de guardia a ir más allá de sus rutinas de advertencia una y otra vez, provocándolas, dispersándose cuando los tambores sonaban, para luego reaparecer para empezar de nuevo el juego[5].

Tan envenenada estaba la situación en la ciudad que los hombres de uniforme que iban solos o en pequeños grupos corrían un serio peligro. El escritor y cronista liberal Karl August Varnhagen von Ense observaba, con sentimientos encontrados, desde la ventana de su casa del primer piso, el 15 de marzo, cómo tres oficiales caminaban lentamente por la acera de una calle cercana a su casa seguidos por una multitud vociferante de unos 200 niños y jóvenes. «Yo veía cómo los golpeaban las piedras, cómo un bastón caía sobre la espalda de uno de los hombres, pero estos no se inmutaban, no se volvían, caminando hasta la esquina, giraban por la Wallstrasse y se refugiaban en un edificio administrativo, cuyos guardias armados lograron atemorizar a los torturadores y alejarlos». Más tarde los tres hombres eran rescatados por un destacamento de soldados y escoltados sanos y salvos hasta el arsenal de la ciudad[6].



42. De la vida en los clubes de Berlín en 1848, *grabado contemporáneo.*

Los militares y los dirigentes políticos tenían difícil ponerse de acuerdo para proceder. El bondadoso e inteligente general Von Pfuel, gobernador de Berlín, responsable de todas las tropas estacionadas en la capital y sus alrededores, favorecía una mezcla de tacto y concesiones políticas. En cambio, el hermano menor del rey, el príncipe Guillermo, presionó al monarca para que ordenase un ataque general contra los insurgentes. El general Von Prittwitz, comandante de la Guardia de Corps del Rey, de la línea dura, partidario del príncipe Guillermo, recordaba más tarde la caótica atmósfera que reinaba en la corte. El rey, afirmaba Prittwitz, se veía zarandeado entre los consejos conflictivos de una caterva de consejeros y sinceros amigos. El momento culminante llegó con las noticias (conocidas en Berlín el 13 de marzo) de que el canciller Metternich había caído, tras dos días de un levantamiento revolucionario de Viena. Deferentes como nunca con Austria, los ministros y consejeros que rodeaban al rey interpretaron esto como un presagio y resolvieron otorgar nuevas concesiones políticas. El 17 de marzo, el rey aceptó publicar patentes reales por las que se anunciaba la

abolición de la censura y la aprobación de un sistema constitucional en el reino de Prusia.

Sin embargo, para esta fecha, se habían hecho planes para una concentración que debería celebrarse la tarde del día siguiente, 18 de marzo, en la plaza del palacio. Esa mañana, el gobierno hizo públicas las noticias sobre sus concesiones por toda la ciudad. Los diputados municipales fueron vistos mientras bailaban en las calles con elementos del público. El gobierno de la ciudad dio órdenes de que esa tarde se iluminase la ciudad como muestra de su gratitud[7]. Pero era demasiado tarde para detener la manifestación convocada: hacia mediodía, oleadas de personas comenzaron a converger en la plaza del palacio, incluyendo a prósperos burgueses y «oficiales de protección» (oficiales desarmados reclutados entre la clase media y nombrados para mediar entre las tropas y la multitud), pero también muchos artesanos de las zonas pobres fuera de los límites de la ciudad. Cuando fueron circulando las noticias de las decisiones del gobierno, la actitud se convirtió en festiva, eufórica. El aire se había llenado de sonoros vivas. La multitud, congregada más densamente aún en la cálida plaza iluminada por el sol, quiso ver al rey.

El estado de ánimo en palacio era de alegría. Cuando el jefe de la Policía, Minutoli, llegó hacia la una de la tarde para avisar al rey de que creía que un levantamiento de importancia era inminente, fue recibido con sonrisas de indulgencia. El rey le agradeció su labor y añadió: «Hay una cosa que querría decir, mi querido Minutoli, y es que ¡usted siempre ve las cosas demasiado negativamente!». Al escuchar los aplausos y los vivas de la plaza, el rey y su séquito se dirigieron hacia la gente. «Salimos a recoger nuestros vítores», lanzó irónicamente el general von Pfuel[8]. Finalmente, el monarca se asomó a un balcón de piedra que daba sobre la plaza, donde fue saludado con frenéticas ovaciones. Luego, el primer ministro Von Bodelschwingh se adelantó para anunciar: «¡El rey quiere que prevalezca la libertad de prensa! ¡El rey desea que se convoque inmediatamente a la Dieta Unida! ¡El rey desea que una constitución sobre las bases más liberales posibles abarque a todas las tierras alemanas! ¡El rey quiere que haya una bandera nacional alemana! ¡El rey quiere que todas las barreras aduaneras sean derribadas! ¡El rey quiere que Prusia se coloque a la cabeza del movimiento!». La mayoría de la gente no pudo oír al rey ni a sus ministros, pero fueron distribuidas entre la multitud copias impresas de las patentes recientes y enseguida se oyeron ruidosas ovaciones en torno al balcón que se difundieron por la plaza en oleadas de júbilo.

Había una única nube en el horizonte de la multitud: bajo las arcadas de las puertas del palacio y en los patios detrás de estas, pudieron verse filas de soldados. Al ver a este enemigo tan familiar, el humor comenzó a agriarse. Se produjo algo de pánico en los bordes, cuando la gente temió verse empujada contra los soldados. Se comenzó a cantar «¡Soldados fuera! ¡Soldados fuera!». Parecía que la situación en la plaza estaba a punto de descontrolarse. En este momento —eran alrededor de las dos de la tarde— el rey transfirió el mando de las tropas de la capital de Pfuel al más duro Prittwitz y ordenó que los soldados desalojasen la plaza inmediatamente y «se pusiese fin a la escandalosa situación que se daba en ella». Debía evitarse derramamiento de sangre: la caballería debía avanzar a paso de marcha sin desenvainar los sables[9]. A esto siguió una escena de gran confusión. Un escuadrón de dragones fue avanzando lentamente hacia la muchedumbre, pero no pudo dispersarla. Era difícil controlar a los hombres, pues el ruido era tan intenso que no se podían oír las órdenes. Algunos caballos se asustaron y comenzaron a recular. Dos hombres cayeron cuando sus monturas perdieron pie sobre los adoquines. Solo cuando los dragones levantaron los sables y amagaron una carga la multitud huyó del centro de la plaza.

Dado que todavía quedaba un buen número de manifestantes concentrados en el borde este del recinto del palacio entre el Langenbrücke y la Breitenstrasse, se envió a un pequeño contingente de granaderos para que lo despejase. Fue durante esta acción cuando dos armas de fuego se dispararon accidentalmente. El mosquete del granadero Kühn se disparó cuando se enredó en la empuñadura de su sable; y el arma del suboficial Hettgen hizo otro tanto cuando un manifestante golpeó el martillo con un palo. Ninguno de los dos disparos causó heridos, pero la multitud, creyendo lo que le decían sus oídos, se convenció de que las tropas habían comenzado a tirotear a los civiles. La noticia de esta agresión se difundió rápidamente por la ciudad. El intento, algo surrealista, de palacio para corregir la información equivocada empleando a dos civiles para que recorriesen las calles con un enorme cartelón de tela con las palabras «¡Un malentendido! ¡El rey tiene las mejores intenciones!» fue, como era de prever, inútil.

Las barricadas se multiplicaron por toda Berlín, improvisadas con materiales a mano. Las barreras, aún provisionales, se convirtieron en los focos de la mayor parte de la lucha, que siguió una pauta similar por toda la ciudad: la infantería que avanzaba contra una barricada era objeto del fuego desde las ventanas de los edificios de las proximidades. Tejas y piedras llovían sobre los soldados desde los tejados. Las tropas entraban en las casas

y las desalojaban. Se demolían las barricadas con artillería o las desmantelaban los soldados con la ayuda de prisioneros tomados durante la lucha. Varnhagen von Ense describió cómo los defensores de una barricada cerca de su vivienda respondían al ruido de las tropas que se acercaban: «Los combatientes se aprestaron instantáneamente. Se los podía oír susurrar, y tras la orden dada por una sonora voz juvenil: "¡Señores, a los tejados!", cada uno ocupó su sitio[10]». El soldado raso Schadewinkel, que tomó parte en el asalto contra una barricada en la Breitenstrasse, recordaba más tarde su papel en la acción. Después de que el hombre que estaba a su lado hubiese muerto de un tiro en la cabeza, Schadewinkel se unió a un grupo de soldados que irrumpieron en un edificio en el que se habían visto manifestantes. Recibidos por un rabioso fuego mortífero, los hombres cargaron escaleras arriba y en los apartamentos, «haciendo pedazos a todo aquel que se resistía». «No soy capaz de hacer un relato exacto de lo que ocurrió dentro de la casa», declaró Schadewinkel. «Estaba en un estado de agitación como nunca había estado antes[11]». Aquí, como en otras muchas partes de Berlín, espectadores inocentes y quienes participaban a medias fueron muertos junto a los combatientes.

Mucho más difícil de lo que habían imaginado los comandantes militares fue tomar el control de la ciudad. Sobre la medianoche del 18 de marzo, el general Prittwitz, el nuevo comandante en jefe de las fuerzas contrainsurgentes, informó a Federico Guillermo IV, en el palacio, de que mientras sus tropas controlaban la zona entre el río Spree, la Neue Friedrichstrasse y el Spittelmarkt, un ulterior avance era por el momento imposible. Prittwitz propuso que la ciudad fuese evacuada, rodeada y bombardeada hasta que se sometiera. El rey contestó a estas malas noticias con una calma casi de otro mundo. Tras dar las gracias a su general, volvió a la mesa de su despacho, donde Prittwitz observó «la muy elaboradamente confortable manera en que Su Majestad se ponía un calientapiés forrado a sus pies tras quitarse las botas y los calcetines, con el fin de, al parecer, disponerse a escribir otro largo documento[12]». El documento en cuestión fue el mensaje «Para mis queridos berlineses», publicado en las primeras horas del siguiente día, en el que el rey apelaba a los residentes de la ciudad para que volviesen al orden: «Volved a la paz, despejad las barricadas que aún subsisten […] y os doy mi real palabra de que las plazas y calles quedarán libres de tropas, y la ocupación militar será reducida a unos pocos edificios necesarios[13]». La orden de llevar a las tropas fuera de la ciudad se dio al día

siguiente, poco después de mediodía. El rey se había echado por sí mismo en manos de la revolución.

Fue una decisión transcendental, pero controvertida. La retirada forzada de Berlín fue el más humillante desafío sufrido por el ejército prusiano desde 1806. ¿Acaso el rey había perdido los nervios? Esta era la opinión de los halcones militares[14]. El príncipe Guillermo de Prusia, cuyas preferencias por las medidas radicales le habían hecho merecedor del apodo de «príncipe *shrapnel*[*]» era el halcón más furibundo de todos. Al tener conocimiento de las noticias de la retirada, se llegó hasta su hermano mayor y le lanzó estas palabras: «¡Siempre he sabido que tú eras un charlatán, pero no que eras un cobarde! Nadie te podrá servir ya con honor sin arrojar su espada a los pies del rey». Con lágrimas de rabia en sus ojos, el rey, parece ser, respondió: «¡Esto está muy mal! ¡No puedes estar aquí! ¡Tendrás que irte!». Guillermo, que era ya el personaje más odiado de la ciudad, acabó siendo persuadido para abandonar Berlín bajo un disfraz y fue a tranquilizarse a Londres[15].

43. Barricada en el Krone y Friedrichstrasse, 18 de marzo de 1848, vista por un testigo ocular, *litografía de F. G. Nordmann, 1848.*

Retrospectivamente, hay mucho que decir de la decisión del rey. La temprana retirada de las tropas evitó un ulterior derramamiento de sangre. Esta era una consideración importante, dada la ferocidad de la lucha durante la noche del 18 al 19 de marzo. Con un número de muertos de más de 300 entre los manifestantes y de unos cien entre los soldados y oficiales, Berlín presenció una parte de los sangrientos combates urbanos de la revolución alemana de marzo. Por el contrario, la tasa de muertos de estos días de marzo en Viena fue de unos 50[16]. La decisión de Federico Guillermo evitó asimismo el bombardeo de Berlín por la artillería, suerte que le tocó a varias ciudades europeas ese año. Y todo esto permitió que el rey surgiese como una figura pública con su reputación inmaculada por los violentos enfrentamientos de la capital, un elemento de cierto peso si lo que pretendía era aprovechar la oportunidad ofrecida por la revolución para reafirmar el liderazgo prusiano entre los estados alemanes.

La vuelta de las tornas

El impacto de los acontecimientos de Berlín se vio reforzado por las noticias de la agitación y de la rebelión en todo el reino. Desde comienzos de marzo se había producido un *crescendo* de reuniones y mítines ilegales, disturbios, violencias y destrucción de máquinas. Algunas protestas (especialmente en las ciudades) se centraron en la articulación de las exigencias políticas liberales tales como la petición de una constitución, libertades civiles y reformas legales. Otras protestas se dirigían contra las fábricas, almacenes o máquinas porque se consideraba que socavaban el bienestar de los distritos que sufrían un elevado desempleo. En torno a la ciudad westfaliana de Solingen, por ejemplo, los obreros de las empresas de cuchillería atacaron y demolieron las fundiciones y las fábricas el 16 y 17 de marzo[17]. En Warendorf, una ciudad textil, los tejedores y tintoreros desempleados protestaron contra las fabricas que utilizaban métodos de producción mecanizados[18]. En las ciudades a lo largo del Rin se produjeron altercados por el uso de vapores que hacían superfluos los pequeños puertos fluviales y los servicios que proporcionaban; en ciertos lugares los manifestantes llegaron incluso a utilizar armas de fuego e incluso pequeños cañones al paso de los barcos[19].

A veces los liberales y los radicales competían por el control del proceso de movilización. Por ejemplo en Colonia, el 3 de marzo, una reunión de

diputados de la ciudad que se habían congregado para discutir una demanda liberal al monarca fue desbaratada por una gran multitud que exigía sufragio universal masculino y la abolición del ejército permanente. Los diputados huyeron de la cámara y uno de ellos se rompió una pierna en el intento de saltar desde una ventana. En Silesia, donde se había conseguido menos en el camino hacia la emancipación agraria que en otras provincias, fueron los campesinos quienes se hicieron con la dirección, marchando en masa a las oficinas administrativas, pidiendo la total abolición del sistema «feudal[20]». Las ciudades eran centros de las lábiles políticas de la calle propias de la revolución. Solo en Berlín hubo 125 episodios de malestar público; en Colonia se registraron 46, 45 en Breslau y 21 en la liberal Königsberg. También ciudades menores —especialmente Renania y Westfalia— fueron testigos de graves tumultos y conflictos[21]. La fuerza de esta oleada de protestas simultáneas, no solo en el reino de Prusia, sino también en los estados alemanes y en el continente europeo, fue abrumadora.

En Berlín, el rey estaba ahora a la merced de los ciudadanos. El significado de esto alcanzó su residencia la tarde del 19 de marzo, cuando él y su esposa aceptaron permanecer en el balcón del palacio mientras los cadáveres de los insurgentes muertos durante los combates de la noche eran sacados de la plaza acarreados sobre puertas o tablones de madera, decorados con hojas, con su ropa retirada para poner de manifiesto las heridas causadas por los disparos, los *shrapnels* y las bayonetas. Resultó que el rey estaba tocado con su gorra militar; «¡Fuera la gorra!», gritó un hombre mayor que estaba frente a la multitud. El monarca se quitó la gorra e inclinó la cabeza. «Lo único que falta hoy es la guillotina», murmuró la reina Isabel, pálida por el horror. Se trató de una traumática humillación ritual[22].

Y aun así, el rey, a los pocos días, comenzó a instalarse en su nuevo papel con cierto entusiasmo. En la mañana del 21 de marzo, después de que en la ciudad hubieran aparecido pancartas pidiéndole que hiciese suya la causa del movimiento nacional alemán, Federico Guillermo anunciaba que había decidido apoyar la formación de un parlamento panalemán. Y luego emprendió un espectacular ejercicio de relaciones públicas. Montado en su caballo, en el patio del palacio, cabalgó por la ciudad detrás de un guardia civil que llevaba el tricolor alemán, con gran sorpresa y espanto de sus cortesanos. La pequeña procesión avanzó lentamente ante una densa y vitoreante multitud, deteniéndose aquí y allí, de modo que el monarca pudiese celebrar breves discursos improvisados en los que expresaba su apoyo a la causa nacional alemana[23].

Cuatro días más tarde, el rey viajó fuera de Potsdam para visitar a los comandantes del ejército, todavía furiosos por su alejamiento de Berlín. «He venido a hablaros», les dijo a los oficiales reunidos, «con el fin de probar a los berlineses que no necesitan esperar ningún golpe por parte de Potsdam». El momento culminante legó con la extraordinaria declaración del rey de que «nunca se había sentido más libre o más seguro que bajo la protección de sus ciudadanos[24]». Según un testigo presencial, Otto von Bismarck, tales palabras fueron recibidas con «un murmullo y sables entrechocados, tales que ningún rey de Prusia, en medio de sus oficiales, había oído nunca y que sería deseable que nunca volviera a oír[25]». Pocos episodios muestran de manera más sucinta que este la complejidad de la postura del rey en los primeros días de la revolución. Sospechaba —acertadamente, como se vio— que las conspiraciones reaccionarias estaban empezando a circular entre sus distanciados mandos y deseaba cortarlas de raíz, asegurándose una renovada garantía respecto a su lealtad hacia su persona[26]. Pero el mitin tuvo también una función pública más amplia: se publicaron textos de los mensajes del rey casi inmediatamente después en el *Vossische* y en el *Allgemeine Preussische Zeitung* de Berlín, con el fin de asegurarle a la ciudad que el rey se había separado (al menos por el momento) de los militares, que su compromiso con la revolución era genuino.

Pocas semanas más tarde comenzó a desplegarse un nuevo orden político en Prusia. El 29 de marzo, el distinguido hombre de negocios renano Ludolf Camphausen, prominente liberal en la Dieta Unida de 1847, fue nombrado primer ministro. El nuevo consejo de ministros incluía como ministro de Finanzas al empresario renano liberal y delegado provincial David Hansemann. A los pocos días tras su sesión de apertura, a comienzos de abril, la Segunda Dieta Unida aprobó una ley que permitía la elección de una Asamblea Nacional prusiana constituyente. El permiso era indirecto y los votantes elegían un colegio de electores, que, a su vez, votaban a los diputados. Sea como sea, se trataba de un acuerdo notablemente progresista: todos los hombres adultos podían ser elegidos para votar, siempre que hubiesen residido en el mismo lugar durante, por lo menos, seis meses y no estuviesen recibiendo subsidio de pobreza. Las elecciones de mayo reflejaron una asamblea predominantemente liberal y liberal-izquierdista. Aproximadamente un sexto de los diputados eran artesanos y campesinos —una cifra más elevada de la que podía encontrarse en las asambleas revolucionarias de Fráncfort o Viena—. Los conservadores eran pocos y muy separados; solo el 7 por ciento de los diputados de la nueva Asamblea

Nacional eran terratenientes[27]. La asamblea era, pues, lógicamente robusta a la hora de manejar los temas simbólicos clave. Durante el verano y el otoño de 1848 aprobó resoluciones para estrechar los límites del poder del ejecutivo monárquico, exigió la subordinación del ejército a la autoridad de la constitución y pidió la abolición de los derechos de caza señoriales sin compensación —la política cinegética era una poderosa arma en la lucha de clases.

El gobierno Camphausen hizo grandes esfuerzos para garantizar que la nueva Prusia fuese gobernada según principios liberales. Se produjeron fuertes enfrentamientos con el rey y sus consejeros conservadores respecto a la política a adoptar vis a vis con los polacos. El ministro de Asuntos Exteriores de Camphausen, el barón Heinrich Alexander von Arnim-Suckow, un liberal que había sido embajador prusiano en París hasta marzo de 1848, prefería hacer concesiones al movimiento nacional polaco, mientras que el rey y sus consejeros se mostraban reticentes a enajenarse a Rusia si parecía que se favorecía a los polacos. Como era de esperar, el ministro de Asuntos Exteriores se vio forzado a ceder en esta cuestión y, en mayo, se envió al ejército prusiano a Poznan a poner fin al malestar. Hubo asimismo confrontaciones respecto sobre el sensible asunto de la corresponsabilidad ministerial en la conducción de los asuntos militares. Federico Guillermo, como sus predecesores, consideraba el mando personal del monarca prusiano sobre el ejército, el llamado *Komandogewalt*, como un atributo esencial de su soberanía y no deseaba hacer ninguna concesión en este ámbito; hacer esto, informó al consejo de ministros en sus característicos términos extravagantes, sería algo «incompatible con mi honor de ser humano, de prusiano y de rey, y me conduciría directamente a la abdicación[28]». Así, de nuevo fue el ministerio el que se echó para atrás.

No es de extrañar, pues, que también hubiera mucha contención sobre el borrador de la nueva constitución, preparado con gran apresuramiento por el gobierno Camphausen con la esperanza de que estuviese a tiempo para presentarlo en la Asamblea Nacional en su sesión de apertura del 22 de mayo. Federico Guillermo no estaba satisfecho con diversos aspectos del documento y más tarde describía sus discusiones constitucionales con los ministros como «las más terribles horas de mi vida». El borrador modificado incluía debidamente las revisiones que confirmaban que el monarca era rey «por la gracia de Dios», que él ejercía el control exclusivo sobre el ejército y que la constitución debía ser entendida como un «acuerdo» (*Vereinbarung*) entre él

y su pueblo (en oposición, esto, a una ley básica impuesta al soberano por la voluntad popular)[29].

Cuando este documento tan discutido llegó a la Asamblea Nacional, en junio, el estado de ánimo en la ciudad y en la propia asamblea había comenzado a empeorar. En Berlín, como en muchas partes de Prusia y de Alemania, la izquierda radical crecía en número y en confianza. Surgieron organizaciones y periódicos para articular las aspiraciones de aquellos que rechazaban el elitismo del programa liberal. Asimismo, en las calles, había señales de que el gobierno liberal estaba perdiendo su control sobre la opinión popular. Se dieron graves desacuerdos sobre esta cuestión en la Asamblea Nacional de Berlín. Cuando la mayoría de los diputados se negaron a aceptar la legalidad del levantamiento, el diputado radical Julius Berends lanzó una atronadora oración en la que recordaba a los diputados que la asamblea debía su existencia real a los combatientes de las barricadas del 18-19 de marzo. Más o menos por la misma época, el diario demócrata *Die Lokomotive* acusó a la Asamblea Nacional de renegar de sus orígenes «como un muchacho malcriado que no respeta a su padre[30]». Una procesión en honor de los «caídos de marzo» atrajo a más de 100 000 personas, pero estas eran prácticamente todos trabajadores, trabajadoras y obreros especializados o, para ser más exactos, gente del mismo estatus social de los propios combatientes muertos en las barricadas. Los burgueses de la clase media del tipo que había predominado en la Asamblea Nacional destacaban por su escasez.

En este clima de creciente agitación, era mínima la posibilidad de garantizar una mayoría en la Asamblea Nacional para el compromiso cuidadosamente defendido por el primer borrador de la constitución. Cuando fracasó en el intento de que así se hiciera, Camphausen dimitió, el 20 de junio, y a Hansemann se le pidió que formase un nuevo gobierno. El primer ministro del nuevo gabinete fue el noble liberal prusiano oriental Rudolf von Auerswald (Hansemann permaneció como ministro de finanzas). Al mes siguiente, el comité constitucional de la asamblea, presidido por el distinguido demócrata Benedikt Waldeck, presentó una contrapropuesta a la consideración de la asamblea. El nuevo borrador de la constitución limitaba la facultad del monarca de bloquear la legislación, preveía la formación de una milicia nacional popular (un paso atrás del programa de los reformadores militares radicales), propuso la adopción del matrimonio civil y suprimió los últimos restos del privilegio patrimonial en las zonas rurales[31]. Este borrador era tan conflictivo como el anterior. El debate que se produjo polarizó aún

más la asamblea, y no se llegó a ningún acuerdo. La constitución siguió en el limbo.

Fue la cuestión de las relaciones entre las autoridades civiles y militares —un problema que sería recurrente en Prusia en las siguientes generaciones — la que más hizo para minar el frágil compromiso político de Berlín. El 31 de julio, un violento enfrentamiento causado por las órdenes arbitrarias de un mando local del ejército en la ciudad silesiana de Schweidnitz provocó la muerte de catorce civiles. Estalló una oleada de disturbios, en el curso de los cuales el diputado de Breslau Julius Stein presentó una moción a la Asamblea Nacional proponiendo medidas para garantizar que los soldados y oficiales actuasen de acuerdo con los valores constitucionales. Con ello, quería que todo el personal militar «se distanciase de las tendencias reaccionarias» y fraternizase con los civiles como prueba de su compromiso con el nuevo orden político.

Stein podría ser criticado retrospectivamente por sus vagas formulaciones, pero expresaba la creciente alarma de la nueva élite política respecto al intacto poder de los militares. Si el ejército era el dócil instrumento de los intereses opuestos al nuevo orden, debe decirse que los liberales y sus instituciones vivían del sufrimiento, que sus debates y legisladores eran poco más que una comedia. La moción de Stein se sirvió de una profunda veta de nerviosismo de la Asamblea y fue aprobada por una notable mayoría. Notando que el rey no cedería a las presiones sobre el tema militar, el gobierno Auerswald/Hansemann hizo todo lo que pudo para evitar tomar una iniciativa que precipitara un enfrentamiento. Pero la asamblea pronto perdió la paciencia y el 7 de septiembre aprobó una resolución exigiendo que el gobierno llevase a cabo las propuestas de Stein. Federico Guillermo estaba furioso y habló de restaurar el orden en su «desleal e incompetente capital por la fuerza». Mientras tanto, la controversia respecto a las propuestas de Stein forzó al gobierno a dimitir.

El siguiente primer ministro fue el general Ernst von Pfuel, el mismo hombre que había mandado las fuerzas en Berlín y alrededores en vísperas del 18 de marzo. Pfuel era una buena opción —no era un conservador de la línea dura, sino un hombre formado en los entusiasmos y el fermento político de la era revolucionaria—. Su juventud había transcurrido en una intensa relación de amistad homoerótica con el dramaturgo romántico Heinrich von Kleist. Pfuel era de aquellos que habían emigrado, con un espíritu de patriotismo vejado, durante la ocupación francesa. Era una figura popular en los salones judíos y amigo de Wilhelm von Humboldt, y era muy admirado por sus

contemporáneos liberales por su tolerancia y erudición. Pero ni siquiera Pfuel, con sus maneras suaves, pudo mediar exitosamente entre un rey recalcitrante y una asamblea ruidosa, y el 1 de noviembre también él dimitió.

El anuncio de que su sucesor sería el conde Friedrich Wilhelm von Brandenburg fue recibido con desaliento por las filas liberales. Brandenburg era tío del rey y excomandante del VI Ejército de Breslau. Era el candidato favorito del círculo conservador que rodeaba al rey y la finalidad de este nombramiento estaba clara. Su tarea, según Leopold von Gerlach, uno de los más influyentes consejeros del rey, sería «mostrar de todas las maneras posibles que el rey seguía gobernando el país, no la asamblea[32]». La asamblea envió una delegación a Federico Guillermo el 2 de noviembre para protestar por el nuevo nombramiento, pero fue despedida bruscamente. Una semana más tarde, en la neblinosa mañana del 9 de noviembre, Brandenburg se presentó ante la asamblea en su sede temporal del Gendarmenmarkt y anunció que se aplazaba hasta el 27 de noviembre, cuando se reuniría en la ciudad de Brandemburgo. Unas horas después, el nuevo comandante en jefe del ejército, general Wrangel, entraba en la capital a la cabeza de 13 000 soldados y cabalgaba hasta la Gendarmenmarkt para informar personalmente a los diputados de la asamblea que debían dispersarse. La asamblea respondió haciendo un llamamiento a la «resistencia pasiva» y anunciando una huelga de impuestos[33]. El 11 de noviembre se declaró la ley marcial, los guardias civiles fueron disueltos (y desarmados), los clubes políticos fueron clausurados y se prohibieron los más importantes periódicos radicales. Muchos de los diputados trataron de congregarse en Brandemburgo el 27 de noviembre, pero fueron dispersados inmediatamente y la asamblea fue disuelta formalmente el 5 de diciembre. El mismo día, con un astuto movimiento político, el gobierno de Brandemburgo anunciaba la promulgación de una nueva constitución.

La revolución había terminado en la capital, pero seguía viva en Renania, donde unas redes políticas de los radicales excepcionalmente bien organizadas tuvieron éxito en movilizar una masiva oposición a las medidas contrarrevolucionarias del gobierno de Berlín. Hubo fuertes apoyos en toda la provincia del Rin al boicot de los impuestos anunciado por la Asamblea Nacional en sus horas finales. Todos los días, durante un mes, la *Neue Rheinische Zeitung*, órgano de la izquierda socialista, lanzaba las palabras: «¡No más impuestos!» en su cabecera. Los «comités populares» y los «comités ciudadanos» surgieron para apoyar el boicot en Colonia, Coblenza, Tréveris y otras ciudades. El atropello de la disolución de la asamblea se

mezcló con la hostilidad de las provincias hacia Prusia, el malestar confesional (en especial entre los católicos) y el descontento relacionado con los patrones de tensión y carestía económica en la región. En Bonn, multitudes furiosas insultaron y maltrataron a los funcionarios de impuestos y estropearon o arrancaron el águila prusiana de los edificios públicos. El 20 de noviembre, en Düsseldorf se celebró un desfile de la Guardia Civil (ahora ilegalizada) que culminó en un juramento para luchar hasta el final por la Asamblea Nacional y los derechos populares. La campaña de boicot a los impuestos puso de manifiesto la fuerza y el arraigo social del movimiento democrático en Renania, y esto, ciertamente, alarmó a las autoridades prusianas de la zona. Pero la disolución de la asamblea de Brandemburgo el 5 de diciembre privó a los demócratas de un centro político. La llegada de tropas de refuerzo, junto a la imposición de la ley marcial en ciertos puntos críticos y el desarme de las milicias izquierdistas improvisadas fue suficiente para restaurar la autoridad del estado[34].

¿Cómo había ocurrido todo esto? ¿Por qué la revolución, que se había desarrollado con tal fuerza en marzo, había sido controlada tan fácilmente en noviembre? Se ha hecho notar varias veces que los combatientes, en su mayoría proletarios, que habían muerto en las barricadas de Berlín y los ricos hombres de negocios liberales que ocuparon los cargos ministeriales en el «ministerio de marzo» representan mundos sociales muy diferentes con sus correspondientes expectativas políticas opuestas. La separación resultante derivaba directamente de la propia historia de la revolución. La incapacidad de los liberales y radicales para llegar a un acuerdo sobre candidatos comunes para las elecciones a la Asamblea Nacional de mayo, por ejemplo, significó que, en cambio, ganaran los candidatos conservadores y los liberales de derechas[35]. En la Asamblea Nacional de Berlín los liberales marginaron y estigmatizaron rotundamente los asuntos sociales en el centro del programa radical. Con respecto a la izquierda democrática, tuvo éxito en movilizar el apoyo de la masa, especialmente en Renania —proceso facilitado por la politización de la cultura popular en los años 1840—. Pero también la izquierda estaba dividida. En mayo de 1849, cuando se organizó un levantamiento democrático en Renania para apoyar la constitución imperial redactada por el parlamento de Fráncfort, el movimiento se dividió entre «demócratas constitucionales» y «marxistas» o comunistas, que se abstuvieron sobre la base de que el futuro de una constitución «burguesa» debía ser un asunto indiferente para la clase trabajadora[36].

Lo que realmente tuvo mayor peso en Prusia fue la fuerza subyacente de la autoridad tradicional. En este asunto merece la pena destacar que Federico Guillermo IV, el «romántico en el trono», actuó con más inteligencia y flexibilidad durante la crisis de lo que a menudo se le ha atribuido. Realmente, llevó a cabo su nuevo papel con sorprendente sangre fría. Al permanecer en la capital tras la salida de las tropas y consintiendo en principio la constitucionalización de la monarquía, encerró a los liberales en un arduo proceso de negociación mientras controlaba su tiempo y buscaba una oportunidad para recuperar su libertad de maniobra. Entre bastidores, reunió a su alrededor las maquinaciones de los conservadores, decididos a poner fin a la revolución a la primera oportunidad. Al asociarse con los objetivos unionistas del movimiento nacional alemán, se hizo incluso con cierto grado de legitimación popular. En agosto de 1848, cuando visitó la Renania, el entusiasmo popular fue de tal intensidad que la *Neue Rheinische Zeitung* de Karl Marx hubo de cancelar un número después de que los trabajadores de los talleres se tomaran el día para ir a recibir al rey. Federico Guillermo IV puede haber sufrido un temor «psicopático» ante un levantamiento revolucionario, pero su actuación durante los meses de disturbios puso de manifiesto un notable instinto táctico[37].

Luego se dio el hecho de que la revolución quedó confinada a zonas concretas del reino. Fue, sobre todo, un acontecimiento urbano. Hubo, sin duda, una protesta rural generalizada, pero con la excepción de partes de Renania, los desórdenes rurales tendieron a estar muy localizados; a los políticos urbanos les fue difícil obtener el interés y el apoyo de la población del campo, y los manifestantes pocas veces significaron un desafío de principios a la autoridad del rey o del estado y sus órganos. En su mayor parte, el medio rural, especialmente en las provincias del este del Elba, continuó apoyando a la corona. Fue aquí donde la oposición conservadora a la revolución comenzó a organizarse como un movimiento de masas. En el verano de 1848, una serie de asociaciones conservadoras —sociedades de veteranos, ligas patrióticas, ligas prusianas y agrupaciones de campesinos— proliferaron en el Brandemburgo y Pomerania, las antiguas provincias centrales en las que el apego a la monarquía de los Hohenzollern era más fuerte. En mayo de 1849, organizaciones de este tipo reunían más de 60 000 miembros. Era un movimiento de artesanos, campesinos y tenderos —el pueblo que había apoyado tradicionalmente el voluntarismo evangélico de las sociedades misioneras[38].

Otra señal de la vitalidad del conservadurismo popular fue la proliferación de «clubes militares» para los veteranos patriotas. Grupos de este tipo existían ya desde los años 1820, pero generalmente se abastecían específicamente de veteranos de las guerras de liberación y no había muchos de estos. Su número se multiplicó a partir del verano de 1848, y se fundaron 64 inmediatamente después de la revolución. En total, se estima que unos 50 000 hombres en Brandemburgo, Pomerania y Silesia se hicieron miembros de tales asociaciones en los años 1848 y 1849[39]. En este sentido habría que decir que la revolución de 1848 representa la mayoría de edad del conservadurismo prusiano, que comenzó a enfilar su camino hacia una articulación partidaria práctica de los intereses del conservadurismo, así como el modo de incorporar las voces y aspiraciones de la gente corriente.

Lo más importante de todo fue la continua lealtad y eficacia del ejército prusiano. No hace falta decir que el ejército jugó un papel crucial en la supresión de la revolución. Marchó sobre Poznan en mayo de 1848 para poner fin al levantamiento polaco, expulsó a la Asamblea Nacional de sus locales de Berlín en noviembre y clausuró su sucesora en Brandemburgo unas semanas más tarde, fue utilizado para enfrentarse con los innumerables tumultos locales por todo el país. Con todo, la lealtad del ejército era un fenómeno menos rotundo de lo que podríamos imaginar. En definitiva, era un ejército formado por ciudadanos prusianos. La mayoría de los soldados provenía de los estratos sociales que habían apoyado a la revolución. Además, muchos de ellos fueron llamados a filas poco después de licenciarse durante el verano, lo que significaba que venían directamente de participar en la revolución ayudando a su represión[40].

Así, tiene sentido preguntarse por qué no desertaron o se negaron a servir más soldados rasos, o formaron células revolucionarias en el seno de las fuerzas armadas. Naturalmente, algunos lo hicieron. Los radicales, en particular, hicieron enormes esfuerzos para atraerse a los soldados para que cruzasen la línea de piquete, y a veces tuvieron éxito. Algunas unidades de Landwehr locales se dividieron en dos facciones, democráticos contrarios y lealistas. En Breslau por ejemplo, un Club de Landwehr radical tuvo éxito en su intento de atraer a más de 2000 miembros[41]. Sin embargo, a pesar de los peores temores de los mandos militares, la gran mayoría de las tropas permaneció leal al rey y a los mandos. Esto fue así no solo en el caso de las tropas del este del Elba (aunque fue especialmente cierto en su caso), sino también en la mayoría de los que provenían de lugares convulsos como Westfalia y Renania. Los motivos de su aquiescencia variaron, obviamente,

de acuerdo con las condiciones locales y las circunstancias individuales. Pero hay un factor que destaca. Es la creencia generalizada entre los soldados utilizados en la represión de los levantamientos locales de que no estaban suprimiendo, sino, por el contrario, *protegiendo* la revolución, salvaguardando el orden constitucional contra la anarquía y el desorden de los radicales. En conjunto, los soldados no se veían a sí mismos como las tropas de choque de la contrarrevolución, sino como los preservadores de los «logros de marzo» contra la amenaza de los tumultos radicales. Ciertamente, tan fuerte fue la identificación de algunas unidades con la lucha del estado prusiano por restaurar el orden que pudieron suprimir temporalmente los particularismos de las identidades locales y regionales. Así fue como la campaña de boicot a los impuestos apoyada por los radicales en Düsseldorf fue reprimida, en noviembre de 1848, por dos compañías del XVI Regimiento de Infantería de Westfalia, que penetró en la ciudad cantando la «Canción de Prusia»: «Soy prusiano, ¿no conoces mis colores?»[42].

La perspectiva adquirió cierta plausibilidad por el hecho de que el punto focal de la iniciativa en el seno de la revolución pasó rápidamente a la izquierda radical. Desde mediados de abril hasta julio de 1849, los estados alemanes se vieron sacudidos, una vez más, por una oleada de insurrecciones que se extendieron de Sajonia a la Renania prusiana y a Baden, Württemberg y el Palatinado bávaro. Aunque los insurgentes involucrados en esta segunda revolución decían haberse levantado en apoyo del parlamento de Fráncfort y su constitución nacional, eran básicamente revolucionarios sociales cuyo programa recordaba la política del radicalismo jacobino. La situación era especialmente crítica en Baden, donde el colapso de la moral en el ejército abrió el camino al establecimiento de un Comité de Salvación Pública y de un gobierno revolucionario provisional. Las tropas prusianas, junto a contingentes de Württemberg, Nassau y Hesse, jugaron un papel crucial en la represión de los últimos espasmos radicales de la revolución: ayudaron al ejército sajón a acabar con la insurrección en la ciudad de Dresde (en la que Richard Wagner y el anarquista Mijaíl Bakúnin participaron) y luego marcharon hacia el sur para retomar el Palatinado. El 21 de junio, las fuerzas confederales derrotaron a un ejército insurgente en Waghausel y pusieron fin a la revolución en el Gran Ducado de Baden. Se produjeron duros y mortíferos enfrentamientos armados: a diferencia de 1848, los revolucionarios de la segunda fase crearon un ejército de unos 45 000 hombres y combatieron reñidas batallas con el enemigo, en las que se defendieron con valentía y desesperación.

La campaña en el sur terminó solo con la capitulación los restos hambrientos y desmoralizados del ejército revolucionario en la fortaleza de Rastatt, el 23 de julio de 1849. Bajo la administración de los ocupantes prusianos, se crearon tres tribunales especiales en Freiburg, Mannheim y Rastatt para juzgar a los líderes insurrectos. Con personal jurídico de Baden y funcionarios prusianos, y operando de acuerdo con el derecho de Baden, estos tribunales pronunciaron veredictos contra 64 civiles y 51 militares. Hubo 31 sentencias de muerte, de las que 27 acabaron llevándose a cabo —ejecutadas por tropas prusianas—. Según un testigo presencial, que vio al pelotón de fusilamiento en acción dentro de los muros de la fortaleza de Rastatt, los prusianos obedecieron las órdenes impartidas por un hombre, aunque volvieron del lugar de la ejecución con rostros «tan blancos como el yeso[43]».

La llamada de Alemania

El año 1848 fue de los nacionalistas. En toda Europa, los levantamientos políticos y sociales de la revolución se entremezclaron con las aspiraciones nacionales. El nacionalismo era contagioso. Los nacionalistas alemanes e italianos se inspiraban en el ejemplo de los liberales suizos, cuya victoria sobre la conservadora Sonderbund en 1847 inició el camino a la creación del primer estado federal suizo. En los estados meridionales alemanes los nacionalistas republicanos formaron incluso brigadas de voluntarios para luchar junto a los cantones suizos protestantes. A su vez, el nacionalismo revolucionario italiano espoleó las ambiciones de los croatas, cuyo principal órgano nacionalista, al no existir un idioma literario croata consensuado, fue *L'avventura* [La aventura] de Dubrovnik, en lengua italiana. El nacionalismo alemán estimuló al movimiento patriótico checo. Tan poderoso era el llamamiento lanzado por la idea nacional que los europeos se emocionaban tanto por las causas nacionales propias como por las de los demás. Los liberales de Alemania, Francia y Gran Bretaña se entusiasmaron con la libertad polaca, griega e italiana. El nacionalismo fue una fuerza potencialmente radical por dos razones. Primero, los nacionalistas, como los liberales y radicales, decían hablar por «el pueblo», más que por la corona. Para los liberales, «el pueblo» era una comunidad política formada por ciudadanos instruidos, que pagaban sus impuestos; para los nacionalistas significaba etnicidad, caracterizada por una lengua y una cultura comunes. En este sentido, el liberalismo y el nacionalismo eran primos ideológicos. En

realidad, el nacionalismo era más incluyente que el liberalismo, cuyos horizontes quedaban limitados a una élite acomodada, instruida y básicamente urbana. Por el contrario, el nacionalismo, al menos en teoría, abarcaba hasta el último miembro de una comunidad étnica. Había una clara afinidad en esto con la orientación democrática del radicalismo de mediados de siglo; no es una coincidencia que muchos radicales alemanes se convirtieran en nacionalistas intransigentes. En segundo lugar, el nacionalismo era subversivo, pues en numerosas partes de Europa la realización de la visión nacional implicaba la transformación total del mapa político. Los nacionalistas húngaros aspiraban a separarse del conglomerado de pueblos bajo dominio de los Habsburgo; los patriotas lombardos y venecianos se mostraban inquietos bajo los Habsburgo; los polacos soñaban con una Polonia reconstituida dentro de las fronteras de 1772 —algunos nacionalistas polacos exigían incluso la devolución de Pomerania—. Los nacionalistas griegos, rumanos y búlgaros soñaban con deshacerse del yugo del imperio otomano.

Si el nacionalismo implicaba la desintegración política de la monarquía Habsburgo, en Alemania su empuje era integrador, pues aspiraba a soldar en un conjunto las diferentes partes de una supuesta patria alemana. Lo que debía ser exactamente en la práctica la nueva Alemania no estaba claro. ¿Cómo podría reconciliarse la unidad de la nueva nación con los derechos y poderes de las monarquías tradicionales? ¿Cuánto poder podría concentrarse en la autoridad central? Y la nueva unión alemana, ¿sería liderada por Austria o por Prusia? ¿Y dónde estarían las fronteras? Todas estas eran cuestiones que desataron controversias y debates sin fin a medida que la revolución se desarrollaba. La cuestión nacional se discutió en todas las cancillerías y legislaturas de los estados alemanes, pero el escenario primero del debate público fue el parlamento nacional que se inauguró el 18 de abril de 1848 en la iglesia de San Pablo de Fráncfort del Meno. La asamblea, que incluía a diputados de todos los estados alemanes elegidos por medio de un derecho a voto nacional, se adosó la tarea de elaborar la constitución de una nueva Alemania unida. El interior del parlamento, una elegante rotonda elíptica, fue adornado con los colores nacionales y estaba dominado por una enorme pintura del artista Philip Veit que representaba a *Germania*. La monumental obra alegórica de Veit, que fue pintada sobre lienzo y colgada frente a la galería del órgano en la cámara principal, mostraba una figura femenina de pie coronada de hojas de roble, unas esposas abiertas a sus pies; detrás de ella el sol naciente lanzaba dardos de luz sobre la tela tricolor de la bandera nacional.

La actitud de las autoridades prusianas hacia el proyecto nacional era necesariamente ambivalente. Ya que los nacionalistas planteaban un problema de principios a la autoridad de las coronas territoriales alemanas, se los consideraba una fuerza subversiva y peligrosa. Esta era la lógica detrás de la campaña lanzada contra los «demagogos» en los años posbélicos. Por otro lado, el gobierno prusiano no ponía objeciones a la creación de una organización política más estrecha y más cohesionada de los estados alemanes, mientras este proceso continuase sirviendo a Berlín y sus intereses políticos como potencia. Esta era la lógica con que se actuaba en el patrocinio de Prusia de la Unión Aduanera y su apoyo para alcanzar acuerdos de seguridad más fuertes para la Confederación. En los años 1840 esta sistemática e interesada persecución de una cohesión territorial mayor implicó una respuesta más matizada al nacionalismo de lo que habría sido posible en los años de la inmediata posguerra: si el sentimiento nacional debía ser gestionado, si debía ser incluido en algún tipo de asociación con el estado prusiano, entonces el entusiasmo nacional era una fuerza que debía ser cultivada y explotada. Naturalmente, esta política daría sus frutos solo si los nacionalistas en cuestión podían ser convencidos de que los intereses de Prusia y los de Alemania en conjunto eran los mismos.

En los años 1840, la idea de una alianza entre Prusia y los nacionalistas liberales comenzó a considerarse cada vez más plausible. Tras el temor a la guerra de 1840-1841 y la crisis de 1846 que afectó a los ducados étnicamente mezclados del Schleswig y el Holstein, en la frontera con Dinamarca, los liberales moderados de Alemania miraron cada vez más hacia Prusia en sustitución del poco desarrollado acuerdo de seguridad de la Confederación. «Prusia debe situarse a la cabeza de Alemania», dijo a Friedrich Engels el profesor de Heidelberg Georg Gottfried Gervinus en 1843, aunque añadió que, antes, Berlín debería promulgar la reforma constitucional. El *Deutsche Zeitung*, periódico liberal fundado en mayo de 1847, abogaba explícitamente por alcanzar la unidad alemana a través de una activa política exterior, que se conseguiría con una alianza entre el estado prusiano y los movimientos nacionales[44].

La llamada a las aspiraciones nacionales influyó notablemente en las primeras reacciones del rey prusiano al levantamiento revolucionario de marzo de 1848. En la mañana del 21 de marzo, dos días después del levantamiento y de la salida del ejército de la capital, un cartel autorizado por el rey hacía el siguiente profético anuncio:

> ¡Una nueva y gloriosa historia comienza para vosotros hoy! ¡Vosotros sois de nuevo, de ahora en adelante, una única gran nación, fuerte, libre y poderosa en el corazón de Europa! Confiando en vuestro heroico apoyo y vuestro renacimiento espiritual, Federico Guillermo IV de Prusia se ha colocado a la cabeza del movimiento para la redención de Alemania. Lo veréis a caballo hoy entre vosotros con los venerables colores de la nación alemana[45].

Bastante seguro de sí, el rey de Prusia apareció a mediodía, mostrando un brazalete tricolor (algunas informaciones hablan de un fajín con los colores nacionales), con la bandera detrás de él, portada en alto por un miembro del club de tiro de Berlín. A lo largo de este curioso paseo real por la capital, lo que se habló fue sobre la nación. Los estudiantes saludaban al rey al pasar como el nuevo emperador de Alemania, y Federico Guillermo se detenía a intervalos para dirigirse a los espectadores sobre la gran importancia de los acontecimientos actuales para el futuro de la nación alemana. Para que el mensaje llegara bien, la bandera roja, negra y oro fue instalada esa tarde en la cúpula del palacio real. Una orden ministerial, dirigida al Ministerio de la Guerra, anunció que ya que el rey, de ahora en adelante, se dedicaría completamente a la «cuestión alemana» y esperaba que Prusia jugase un papel en la resolución de esta, quería que las tropas de su ejército llevasen «la escarapela alemana junto a la prusiana[46]».

Lo más sorprendente de todo fue la declaración hecha pública la tarde del 21 de marzo con el título «A mi pueblo y a la nación alemana». El mensaje comenzaba recordando los peligrosos días de 1813, cuando el rey Federico Guillermo III «rescató a Prusia y a Alemania de la vergüenza y la humillación» y llegó a afirmar que en la actual crisis la colaboración de los príncipes alemanes bajo un liderazgo unificado era esencial:

> Yo asumo hoy este liderazgo […]. Mi pueblo, que no debe temer ningún peligro, no me abandonará, y Alemania se unirá a mí con espíritu confiado. Hoy he aceptado los antiguos colores alemanes y me he colocado y he colocado a mi pueblo bajo la venerable bandera del Reich alemán. Desde este momento, Prusia se ha fusionado con Alemania[47].

Sería un error ver estos extravagantes gestos simplemente como un intento oportunista de hacerse con el apoyo de las masas para una monarquía asediada. El entusiasmo de Federico Guillermo por «Alemania» era totalmente auténtico y precedió con mucha antelación al estallido de la revolución de 1848. Hay algo que decir respecto a la idea de que él fue el primer monarca con mentalidad alemana que ocupó el trono de los Hohenzollern. Federico Guillermo estaba tan comprometido con el proyecto como para reanudar la construcción de la catedral de Colonia, una imponente estructura gótica comenzada en 1248 pero no terminada, pues los trabajos se

abandonaron en 1560. Había habido conversaciones con el fin de terminar la catedral ya desde comienzos de siglo y Federico Guillermo se convirtió en un entusiasta abogado y patrocinador de la idea. En 1842, dos años después de su subida al trono, el rey viajó a Renania para participar en las celebraciones de inauguración de los trabajos del edificio. Asistió a los servicios religiosos protestantes y católicos y presidió la ceremonia de la piedra angular en la que, para asombro y diversión de los presentes, lanzó un brillante discurso improvisado alabando el «espíritu de la unidad y la fuerza alemana», personificado por el proyecto de la catedral[48]. Más o menos por la misma época, escribía a Metternich que había decidido dedicarse a «garantizar la grandeza, poder y honor de Alemania[49]».

Cuando Federico Guillermo hablaba de «unidad» alemana no se refería a la unidad política de un estado-nación, sino a una unidad difusa, cultural, sacra del Reich alemán de la Edad Media. Por ello, sus especulaciones no implicaban necesariamente un desafío al liderazgo tradicional de Austria en el seno de la comunidad de estados alemanes. Incluso durante la crisis bélica de 1840-1841, cuando Federico Guillermo apoyó los intentos de extender la influencia de Prusia sobre los acuerdos de seguridad de los estados meridionales alemanes, se mostró reticente a contemplar un enfrentamiento directo con Viena. En los meses de la primavera de 1848, la visión del rey de Prusia del futuro alemán seguía siendo, esencialmente, una visión del pasado. El 24 de abril, Federico Guillermo le dijo al liberal y diputado por Fráncfort Friedrich Christoph Dahlmann que su visión de Alemania era una especie de revigorizado Sacro Imperio Romano, en el que «un rey de los alemanes» (un prusiano, quizá) sería elegido por un colegio de electores revisado y ejercería el poder ejecutivo bajo la capitanía de un «emperador romano» Habsburgo[50]. Al ser un legitimista monárquico romántico, deploraba la idea de una puja unilateral por el poder que dañaría los derechos históricos de las demás coronas alemanas. Así, afirmó haberse horrorizado cuando su nuevo ministro de Asuntos Exteriores, un liberal (Heinrich Alexander von Arnim-Suckow, nombrado el 21 de marzo), propuso que debía aceptar la corona de un nuevo «Imperio alemán». «En contra de mi voluntad declarada y bien motivada», se quejaba con un asociado conservador cercano, «[Arnim-Suckow] quiere ¡presentarme a mí! con el título imperial… Yo no aceptaré la corona[51]».

Con todo, las objeciones del rey a un título imperial prusiano no eran en ningún caso categóricas. Otra cosa completamente diferente sería si los demás príncipes alemanes, voluntariamente, lo eligiesen para una posición de

preeminencia y si los austríacos estaban dispuestos a renunciar a su antigua exigencia de liderazgo en la comunidad alemana. Bajo estas circunstancias, le dijo al rey de Sajonia Federico Augusto II, en la primera semana de mayo, que deseaba considerar la aceptación de la corona de un Reich alemán[52]. En ese momento se trataba de reflexiones muy especulativas, pero a medida que los acontecimientos fueron desarrollándose en el verano y otoño de 1848, iban siendo cada vez más plausibles.

Al mes del estallido de la revolución, Prusia tuvo una oportunidad de demostrar su voluntad de manifestar su capacidad de liderazgo en defensa de los intereses nacionales alemanes. Una crisis se cernía sobre el futuro de los ducados del Schleswig y del Holstein, principados eminentemente agrarios a caballo de la frontera entre poblaciones de habla alemana y danesa, en el norte de Europa. El complejo estatus legal y constitucional de ambos ducados quedaba definido por tres hechos problemáticos: primero, una ley que databa del siglo XV prohibía la separación de los dos principados; segundo, el Holstein era miembro de la Confederación Germánica, pero el Schleswig, en el norte, no lo era; en tercer lugar, los ducados operaban con leyes de sucesión diferentes de la del reino de Dinamarca —la sucesión a través del linaje femenino era posible en este reino, pero no en los ducados, en los que predominaba la Ley Sálica—. El asunto de la herencia comenzó a causar consternación a comienzos de la década de 1840, cuando se hizo evidente que el príncipe heredero danés, Federico VII, estaba a punto de morir sin descendencia. Para el gobierno de Copenhague la perspectiva que se dibujaba era que el Schleswig, con sus numerosos hablantes de danés, podía ser separado para siempre del estado danés. Con el fin de guardarse de esta eventualidad, el padre de Federico, Cristiano VIII, publicó la llamada Carta Abierta de 1846, en la que anunciaba la aplicación de la ley de herencia danesa al Schleswig. Esto permitiría a la corona danesa conservar sus derechos en el principado a través de la línea femenina, en caso de que el futuro rey muriese sin descendencia. La crisis desencadenada en los estados alemanes por la Carta Abierta trajo consigo una fuerte intensificación del sentimiento nacionalista, como hemos visto, y llevó a muchos liberales moderados a mirar hacia Prusia en busca de un liderazgo ante la amenaza contra los intereses alemanes (especialmente la minoría alemana del Schleswig) por parte del gobierno danés.

Poco después de su ascensión al trono danés, el 20 de enero de 1848, Federico VII llevó el asunto a un punto decisivo al anunciar la inminente publicación de una constitución nacional danesa y declarar que el rey

pretendía integrar el Schleswig en el estado unitario danés. Se estaba produciendo un proceso de escalada por parte de los dos lados de la frontera: en Copenhague, Federico VII se vio presionado por el movimiento nacionalista Eiderdane; en Berlín, Arnim-Suckow, beneficiario del levantamiento de marzo, urgió a Federico Guillermo IV a que respondiera. El 21 de marzo, el nuevo gobierno danés se anexionó el Schleswig. Los alemanes del sur del Schleswig contestaron formando un gobierno revolucionario provisional. Ultrajados por la anexión danesa, las autoridades confederales votaron para hacer del Schleswig un miembro de la Confederación Germánica. Actuando con el aval oficial de la Confederación, los prusianos reunieron un contingente militar, reforzado por pequeñas unidades de varios estados alemanes del norte, y penetraron en el Schleswig el 23 de abril. Las tropas alemanas acabaron rápidamente con las posiciones danesas y se marcharon hacia el norte, hacia la Jutlandia danesa, aunque les fue imposible derrotar a la superioridad de las fuerzas danesas en el mar.

Hubo escenas de júbilo entre los nacionalistas, en especial en el Parlamento de Fráncfort, donde varios de los más notables diputados liberales —incluyendo a Georg Beseler, Friedrich Christoph Dahlmann y el historiador Johann Gustav Droysen— tenían relaciones personales con los ducados. Lo que los nacionalistas no supieron apreciar adecuadamente fue el hecho de que la cuestión del Schleswig-Holstein se fue convirtiendo rápidamente en un asunto internacional. En San Petersburgo, el zar Nicolás estaba furioso porque su cuñado, tal como comprobó, estaba colaborando con los nacionalistas revolucionarios. Amenazó con enviar tropas rusas contra Prusia si no se retiraba de los ducados. Esta enérgica iniciativa rusa acabó inquietando al gobierno inglés, que temía que la cuestión del Schleswig-Holstein pudiera servir de pretexto para la creación de un protectorado ruso sobre Dinamarca. Ya que los daneses controlaban los accesos al mar Báltico (los estrechos daneses de Sund y Kattegat eran conocidos como «el Bósforo del Norte»), este fue un asunto de gran preocupación estratégica para Londres. Las presiones para que los prusianos se retirasen comenzaron a aumentar. Suecia se unió enseguida a la refriega, junto con Francia, y Prusia se vio forzada a acordar una evacuación de tropas mutua según los términos del Armisticio de Malmö, firmado el 26 de agosto de 1848[53].

El armisticio causó un tremendo *shock* a los diputados de Fráncfort. Los prusianos lo habían firmado unilateralmente, sin la más mínima referencia al Parlamento de Fráncfort. Nada podía demostrar mejor la impotencia de esta asamblea, encabezada por un «gobierno imperial provisional», pero carecía de

una fuerza armada propia y de medios para obligar a los gobiernos territoriales a cumplir con su voluntad. Era un serio golpe a la legitimidad del parlamento, que había comenzado ya a perder su control sobre la opinión pública de los estados alemanes. En el primer momento del mal humor por el ultraje sufrido con el que se recibieron las noticias del armisticio, una mayoría de diputados votaron, el 5 de septiembre, para bloquear su puesta en práctica. Pero se trataba de una mera postura, ya que el ejecutivo de Fráncfort no tenía medios para controlar la situación del norte. El 16 de septiembre, sus miembros votaron de nuevo; esta vez capitularon ante las realidades de la política de poder y aceptaron el armisticio. Durante los disturbios que siguieron en las calles de Fráncfort, fueron asesinados dos diputados conservadores por la multitud enfurecida. Así, Prusia derribaba las esperanzas de los nacionalistas alemanes. Pero, aun así, este revés ayudó, paradójicamente, a reforzar la prusofilia de muchos liberales nacionalistas moderados, pues confirmaba la centralidad de Prusia para cualquier otra futura resolución política de la cuestión alemana.

Mientras tanto, el Parlamento de Fráncfort se esforzaba por resolver el asunto de las relaciones entre la monarquía de los Habsburgo y el resto de Alemania. Hacia finales de octubre de 1848, los diputados votaron la adopción de una solución «granalemana» (*grossdeutsch*) para la cuestión nacional: las tierras alemanas (y checas) de los Habsburgo serían incluidas en el nuevo Reich alemán; los no alemanes de las tierras de los Habsburgo deberían formar una entidad constitucional separada, gobernada desde Viena en régimen de unión personal. El problema era que los austríacos no tenían intención alguna de aceptar este arreglo. Austria estaba, en este momento, recuperándose del trauma de la revolución. En una cruzada de venganza que costó 2000 vidas, Viena había sido recuperada por las tropas gubernamentales a finales de octubre. El 27 de noviembre, el príncipe Felix zu Schwarzenberg, primer ministro del nuevo gobierno conservador de Viena, reventó la opción granalemana anunciando que consideraba que la monarquía de los Habsburgo debía continuar siendo una entidad política unitaria. El consenso, pues, en Fráncfort, se trasladó a la solución «pequeñoalemana» (*kleindeutsch*), favorecida por la facción de los diputados nacionalistas liberales protestantes moderados. Según los términos de la opción alemana menor, Austria sería excluida de la nueva entidad política nacional, por lo que la preeminencia en ella pasaría (por defecto si no deliberadamente) al reino de Prusia.

Las especulaciones de Federico Guillermo sobre una corona imperial prusiana iban derivando del sueño a la realidad. A finales de noviembre de

1848, Heinrich von Gagern, el nuevo ministro-presidente (primer ministro) del gobierno provisional del Reich en Fráncfort, viajó a Berlín para intentar convencer a Federico Guillermo de que aceptase —en principio una corona imperial alemana. En un primer momento, Federico Guillermo rechazó la propuesta, observando, como todo el mundo sabe, que el título imperial en oferta era «una corona inventada de arcilla», pero también dejó abierta una opción de aceptación, siempre que los austríacos y demás príncipes alemanes estuviesen de acuerdo. Las señales lanzadas por el gobierno de Berlín fueron lo suficientemente alentadoras para mantener a flote la opción de la pequeña Alemania todavía durante algunos meses. El 27 de marzo de 1849, la asamblea de Fráncfort aprobó en votación (por un estrecho margen) una constitución monárquica para la nueva Alemania y, al día siguiente, la mayoría votó a favor de que Federico Guillermo IV se convirtiese en emperador de Alemania. En uno de los famosos fragmentos de la historia alemana, una delegación de la asamblea, encabezada por el liberal prusiano Eduard von Simson, viajó a Berlín para hacer una oferta formal. El rey la recibió el 3 de abril, les agradeció fervorosamente por la confianza que, en nombre del pueblo alemán, habían depositado en su persona, pero rechazó la corona sobre la base de que Prusia aceptaría semejante honor solo según los términos acordados con los demás príncipes legítimos de los estados alemanes. En una carta dirigida a su hermana Charlotte —oficialmente conocida por la zarina Alejandra Fiódorovna— pero pensada para que la viera su marido, habló un lenguaje diferente: «Tú has leído mi respuesta a la delegación de hombres-monos-perros-cerdos y gatos de Fráncfort. Significa, en alemán llano: "¡Señores! Ustedes no tienen absolutamente ningún derecho a ofrecerme nada. Preguntar, sí, pueden preguntar, pero dar No, pues para dar, primero deberían estar en posesión de algo que dar, y ¡este *no es el caso*"!»[54].

Con el rechazo a la corona de Federico Guillermo, la suerte del gran experimento parlamentario de Fráncfort estaba sellada. Con todo, la idea de una unión alemana encabezada por Prusia no había muerto todavía. A lo largo de abril, el gobierno de Berlín dejó claro con una secuencia de mensajes que Federico Guillermo IV todavía deseaba liderar un estado federal alemán de algún tipo. El 22 de abril, el viejo amigo del rey, Joseph Maria von Radowitz, que había sido diputado en el Parlamento de Fráncfort, fue reclamado por Berlín para coordinar la política de la unión alemana. Radowitz deseaba desarmar las objeciones de Viena proponiendo un sistema de dos uniones concéntricas.

44. Federico Guillermo IV recibe a una delegación del Parlamento de Fráncfort, *dibujo anónimo. Se dirige al rey el diputado Eduard von Simson. De pie junto a los monarcas se halla el conde de Brandemburgo.*

Prusia encabezaría una «unión más próxima» relativamente cohesionada que, a su vez, quedaría ligada laxamente a Austria a través de una unión más amplia. En mayo de 1849 hubo arduas negociaciones con los representantes de los reinos menores alemanes, Baviera, Württemberg, Hanóver y Sajonia. Al mismo tiempo, se reconocía que la nueva entidad no tendría éxito si no poseía algún grado de legitimidad en la opinión pública. Con este fin, Radowitz congregó a los propugnadores liberales y conservadores de la idea pequeñoalemana en una reunión ampliamente publicitada en la ciudad de Gotha. Sorprendentemente los austríacos parecían querer considerar el plan de Radowitz; el enviado austríaco en Berlín, conde Prokesch von Osten, era mucho menos hostil de lo que podía haberse esperado.

Pese a estas señales positivas, el proyecto de unión pronto se encontró con serios problemas. Resultó extraordinariamente difícil alcanzar un compromiso aceptable para todos los jugadores. 26 territorios menores expresaron su

voluntad de unirse, pero Baviera y Württemberg, como siempre, se mostraron sospechosos respecto a las intenciones de Prusia y permanecieron fuera. Pero en el invierno de 1849 Sajonia y Hanóver también se habían echado para atrás, seguidos por Baden. Los austríacos por su lado, se mostraron decididamente contrarios a la idea, y comenzaron a insistir primero (desde fines de febrero de 1850) sobre la inclusión, en toda proposición de unión de toda la monarquía Habsburgo y luego (desde comienzos de mayo) sobre el restablecimiento de la antigua Confederación Germánica. En esto tenían el apoyo de los rusos, que desaprobaban firmemente a Radowitz y su programa y tenían intención de apoyar a Austria en caso de cualquier atentado contra su posición en Alemania.

La tensión acumulada entre Berlín y Viena llegó a su punto culminante en septiembre de 1850. El punto de inflamación fue un conflicto político en el Electorado de Hesse-Kassel, un pequeño territorio a caballo de la red de rutas militares prusianas que unían la Renania y Westfalia con las provincias centrales del este del Elba. El elector de Hesse-Kassel —conocido personaje reaccionario— había intentado llevar a cabo medidas contrarrevolucionarias contra la voluntad de la dieta territorial, o *Landtag*. Cuando elementos influyentes del ejército y de la burocracia se negaron a cumplir las órdenes, pidió ayuda a la reconstituida Confederación (había sido restaurada la dieta en Fráncfort, aunque sin delegados de los territorios de la unión, el 2 de septiembre). Schwarzenberg vio inmediatamente su oportunidad: el despliegue de tropas confederales en Hesse-Kassel forzaría a los prusianos a retirarse de sus planes unionistas y a aceptar la resurgida Diera Confederal, con su presidencia austríaca, como la organización política legítima de los estados alemanes. Impulsada por Austria, la dieta votó lógicamente para restaurar la autoridad del elector en Hesse-Kassel por medio de una «ejecución federal». Rabioso ante esta provocación, Federico Guillermo IV nombró ministro de Asuntos Exteriores a Radowitz, con el fin de dejar claro que Prusia no tenía intención de echarse atrás.

Parecía inminente una guerra civil alemana. El 26 de octubre la dieta de Fráncfort autorizaba a las fuerzas de Hanóver y de Baviera a intervenir en Hesse-Kassel. Los prusianos desplegaron sus propias fuerzas en la frontera de Hesse, dispuestas a resistir a la incursión confederal. Siguió una serie de tanteos. El 1 de noviembre llegaron noticias a Berlín respecto a que la ejecución federal había empezado —las tropas bávaras habían cruzado la frontera de Hesse—. El consejo de ministros prusiano se inclinó, en un primer momento, por no lanzar una movilización total y trató de negociar un arreglo,

pero esto cambió cuatro días después cuando Schwarzenberg pedía insistentemente una humillación inmediata, exigió a Berlín que retirase el pequeño contingente de tropas que guardaban las rutas militares clave a través de Hesse-Kassel. Federico Guillermo y sus ministros resolvieron, ahora reticentemente, ordenar una movilización total. El 24 de noviembre Schwarzenberg, apoyado por Rusia, lanzó un ultimátum a Berlín, exigiendo una retirada total de los prusianos de Hesse-Kassel en un plazo de 48 horas. A medida que pasaba el tiempo, Prusia aceptó entablar ulteriores conversaciones y todos se retiraron de la posibilidad de guerra. En una conferencia en Olmütz (Bohemia), el 28-29 de noviembre, los prusianos se retiraron. Según los términos del acuerdo, conocido como el Punteado (Punctation) de Olmütz, Berlín decidió participar en una intervención federal conjunta contra Hesse-Kassel y desmovilizar al ejército prusiano. Prusia y Austria aceptaron asimismo trabajar juntas como iguales y negociar el establecimiento de una confederación reformada y reestructurada. Tales negociaciones tuvieron lugar, como era de esperar, pero la promesa de reforma no llegó a completarse; se restauró la antigua confederación, con algunas modificaciones menores, en 1851.

Las lecciones de un fracaso

Durante los gritos y disparos de los días de marzo, Federico Guillermo IV había escuchado música alemana. Entre los numerosos soberanos alemanes que temieron por sus tronos en este ajetreado año, aquel fue el único que se envolvió en los colores de la nación. Mientras la monarquía de los Habsburgo se introvirtió para hacer frente a sus múltiples revoluciones interiores, Prusia comenzaba a jugar un papel dirigente en los asuntos alemanes, enfrentándose a los daneses sobre el asunto del Schlerwig y liderando el intento de reprimir la segunda revolución de 1849 en los estados meridionales. Con cierto éxito, Berlín cultivó la facción proprusiana que surgía en el movimiento liberal alemán, creando un grado de legitimidad pública para sus designios hegemónicos. Prusia perseguía el proyecto de unión con un espíritu de flexibilidad y compromiso, esperando, así, formar una entidad alemana que sería popular (en el sentido elitista, liberal de la palabra) y monárquica sin enajenarse a Viena. Pero el proyecto unionista fracasaba y, con él, las esperanzas del rey de situar a Prusia a la cabeza de una Alemania unida. ¿Qué

luz arroja este fracaso sobre las condiciones de Prusia y su lugar en la comunidad de estados alemanes tras la revolución de 1848?

Los acontecimientos de 1848-1850 revelaron, entre otras cosas, lo poco cohesionado que seguía siendo el ejecutivo prusiano. Dado que el monarca —más que el consejo de ministros o ministerio de estado— continuaba situado en el centro de los procesos decisorios, el sectarismo y las rivalidades de la antecámara del poder siguieron siendo un problema serio. Realmente, en varios aspectos, esta tendencia se vio reforzada por las revoluciones, que habían obligado al rey a echarse en brazos de los círculos conservadores de la corte. Esto fue fuente de infinitos problemas para Radowitz, que era aborrecido por la camarilla de la corte y vivía con constante temor de conspiraciones contra él. Y significaba, asimismo, que el apoyo de Berlín a las iniciativas unionistas en ciertos momentos parecía poco entusiasta, porque los poderosos ministros y consejeros próximos al rey hicieron saber a los compatriotas y a los enviados extranjeros que ellos no apoyaban la política de Radowitz. Incluso el propio Federico Guillermo IV, al que le gustaba mirar las cuestiones desde todos los ángulos posibles, en ocasiones daba muestras de vacilación en el apoyo dado a su querido favorito. Esta irresolución sistemática de Berlín, a su vez, reforzó la determinación de Schwarzenberg de presionar a los prusianos respecto de Hesse-Kassel. Su finalidad última no era llevar la guerra contra Prusia, sino «liberarse de su liderazgo radical» y «llegar a un acuerdo con los conservadores, con los cuales uno podía compartir el poder con seguridad en Alemania[55]». En otras palabras, los austríacos explotarían las divisiones en el ejecutivo prusiano, tal como habían hecho en los años 1830 y 1840. Aquí había un problema que debería ser resuelto solo cuando un poderoso primer ministro tuviese éxito en suprimir las antecámaras y en imponer su autoridad sobre el gobierno.

El particularismo de los estados menores era un ulterior obstáculo. Baviera se negó a unirse a la unión prusiana; Baden y Sajonia se negaron a estar en ella. Era un pobre premio por el tremendo trabajo que los prusianos había hecho en restaurar la autoridad monárquica en los tres estados. En Baden, el Gran Duque debía su mera existencia de soberano a la intervención de los prusianos, cuya ocupación se prolongó hasta 1852. Era como si el tesoro de méritos que los prusianos habían conseguido acumular tan arduamente por medio de la Unión Aduanera, la política de seguridad alemana y la supresión de la revolución no tuviesen ningún valor. La ironía no se les escapó a los dos agudos prusianos contemporáneos, Karl Marx y Friedrich Engels, que escribían desde Londres en octubre de 1850:

> Prusia ha restaurado el dominio de las fuerzas de la reacción en todas partes, y a medida que estas fuerzas se restauraban, los pequeños príncipes más desertaban de Prusia para echarse en brazos de Austria. Ahora que vuelven a gobernar como lo habían hecho antes de marzo [de 1848], la Austria absolutista está más próxima a ellos que un poder cuya capacidad para ser absolutista no era mayor que la de su deseo de ser liberal[56].

La debacle de 1850 se adecuaba, así, a una pauta ya veterana. Los Habsburgo nunca serían capaces de tocar la reluciente trompeta de la unidad alemana, pero podían todavía actuar formidablemente sobre el zumbido del órgano de la Confederación. En los oídos de las dinastías alemanas menores, esta era todavía la música que más les gustaba.

El éxito de Schwarzenberg en hacer frente a los prusianos en el asunto de Hesse-Kassel habría sido impensable sin las ventajas de una situación internacional que favorecía a Viena en contra de Berlín. Aquí había una lección que los soberanos prusianos habían tenido que aprender de vez en cuando a lo largo de la historia del reino. En última instancia, la cuestión alemana era una cuestión europea. No podía ser encarada (y menos aún resuelta) aisladamente. Rusia, Francia, Gran Bretaña y Suecia se unieron para obligar a Berlín a retirarse de la guerra con Dinamarca en el verano de 1848, y la ayuda rusa fue esencial para restaurar a Viena en una posición desde la que pudiera responder rotundamente al desafío de Berlín. Y fueron los rusos los que inclinaron la balanza en la lucha entre las fuerzas de los Habsburgo y la revolución húngara, la más grande y mejor organizada y más decidida insurrección de 1848 de toda Europa. Detrás de Schwarzenberg, en Olmütz, se hallaba el incalculable poder del zar ruso. «A una orden del zar», predijeron Marx y Engels en octubre de 1850, «la rebelde Prusia habría acabado cediendo sin que se derramara una sola gota de sangre[57]» Desde la perspectiva de noviembre de 1850, era evidente que un progreso exitoso en la unidad alemana por parte de Prusia requeriría un cambio fundamental en la constelación de la política de poder en Europa. De qué modo esta transformación podría producirse y qué consecuencias podría traer eran asuntos que iban más allá del horizonte incluso del más imaginativo de los contemporáneos.

Para los entusiastas del proyecto unionista, el Punteado parecía una dura derrota, una humillación, una mancha en el honor del reino que exigía venganza. El historiador nacionalista liberal Heinrich von Sybel, que había estudiado con Leopold Ranke en Berlín, recordaba más tarde un estado de ánimo de frustración. Los prusianos, escribía, han aceptado a su rey cuando este hacía suya la causa nacional contra los daneses y defendía al digno pueblo de Hesse-Kassel contra su tiránico elector. «Pero ahora se había

producido un cambio: la daga se había deslizado de su puño tembloroso, y a más de un valeroso guerrero le resbalaron amargas lágrimas por la barba […]. De un millar de gargantas se escapó un único grito de dolor: por segunda vez, la labor de Federico el Grande había sido aniquilada[58]». Sybel exageraba. Fueron muchos los que dieron la bienvenida a las noticias de Olmütz, incluyendo, naturalmente, a los enemigos conservadores de Radowitz. Uno de estos era Otto von Manteuffel, que durante largo tiempo había insistido en que se llegase a un acuerdo negociado con Austria, y había sido nombrado ministro-presidente y ministro de Asuntos Exteriores el 5 de diciembre de 1850 —y permanecería en ambos cargos durante la mayor parte del siguiente decenio. Otro era el diputado conservador Otto von Bismarck. En un famoso discurso ante el parlamento prusiano el 3 de diciembre de 1850, Bismarck aludió al acuerdo de Olmütz, añadiendo que no pensaba que sirviese a los intereses de Prusia «para hacer de don Quijote por toda Alemania en beneficio de las irritadas celebridades parlamentarias [*gekränkte Kamnierzelebritäten*[59]]».

E incluso aquellos liberales protestantes de mentalidad nacionalista que habían apoyado el proyecto unionista concedieron que Olmütz fue también un momento de serenidad y clarificación tras los excesos retóricos de la revolución. «Las realidades», escribía el nacionalista pequeño-alemán e historiador Johann Gustav Droysen en 1851, «comienzan a triunfar sobre los ideales, los intereses sobre las abstracciones […]. No a través de la "libertad", no a través de las soluciones nacionales podía hacerse la unidad de Alemania. Lo que se reclamaba era un poder contra los demás poderes[60]». Lejos de destruir la fe de Droysen en la vocación alemana de Prusia, los fracasos de 1848-1850 en realidad la reforzaron. En un ensayo publicado en 1854, en vísperas de la Guerra de Crimea, expresaba la esperanza de que una Prusia decidida podría surgir, un día, para reafirmar su liderazgo sobre los demás estados alemanes y así fundar una nación alemana unificada y protestante. «Después de 1806 vino 1813, tras Ligny, Waterloo. La verdad es que solo precisamos del grito de "¡Adelante!" y todo se pondrá en movimiento[61]».

La nueva síntesis

Los escritos históricos sobre las revoluciones de 1848 en toda Europa suelen terminar por lo general con reflexiones elegiacas sobre el fracaso de la revolución, el triunfo de la reacción, la ejecución, encarcelamiento,

persecución o exilio de los activistas radicales y los intentos concertados de las administraciones posteriores de borrar por la fuerza la memoria de la insurrección. Es un lugar común el que la restauración del orden en 1848-1849 desembocó en un período de reacción en Prusia. Hubo un intento concertado de borrar la memoria de la insurrección de la conciencia pública. Fueron estrictamente prohibidas las ceremonias en honor de los «caídos de marzo» y las procesiones hasta sus tumbas en el cementerio de Friedrichshain. Las fuerzas de policía fueron consolidadas, ampliadas y se extendió su esfera de responsabilidades.

El sufragio democrático otorgado por las autoridades prusianas en la constitución de diciembre de 1848 quedó rescindido en abril de 1849. Por las nuevas concesiones políticas, casi todos los habitantes masculinos del reino fueron facultados para votar, pero sus votos eran de valor diferente, al ser divididos en tres «clases» de acuerdo con la renta imponible. Cada clase votaba por un tercio de los electores que, a su vez, elegían a los diputados para el parlamento. En 1849, las exageradas diferencias en los ingresos de la población del reino significaban que la primera clase, que representaba al 5 por ciento más rico del electorado, votaba por tantos electores como la segunda (el 12,6 por ciento) y la tercera (82,7 por ciento)[62]. El parlamento, en 1855, recibió la carga de una nueva cámara alta, la *Herrenhaus*, vagamente modelada sobre la Cámara de los Lores británica, y que no incluía a ni un solo miembro electo. La resucitada Confederación Germánica volvía a su veterano papel de órgano de represión interna en todos los estados alemanes y emanó la Ley Confederal de julio de 1854, que, junto a una legislación de apoyo en cada estado individual, aprobó una serie de instrumentos para evitar la circulación de publicaciones subversivas. Más significativa fue la Ley Confederal de Asociaciones, aprobada justo una semana más tarde, que sometía a todas las asociaciones políticas a ser supervisadas y se les prohibía mantener relaciones unas con otras[63].

Con todo, no podía volverse a las condiciones de la época anterior a los hechos de marzo. Ni debemos pensar que la revolución fue un fracaso. Los levantamientos de 1848 en Prusia no fueron, por tomar prestada la frase de A J. P. Taylor, «un momento crucial» en el que Prusia «no fue capaz de participar». Se produjo un giro entre un mundo antiguo y uno nuevo. El decenio que comenzó en marzo de 1848 fue testigo de una profunda transformación en las prácticas políticas y administrativas, una «revolución en el gobierno[64]». La propia insurrección había terminado en fracaso, en la marginación y el exilio, y en el encarcelamiento de algunos de sus

protagonistas, pero su impulso alcanzó como una onda sísmica el entramado de la administración prusiana (y no solo prusiana), cambiando las estructuras e ideas, introduciendo nuevas prioridades en el gobierno o reorganizando las antiguas, reformulando el debate político.

Prusia, ahora —por primera vez en su historia—, era un estado constitucional con un parlamento electo. Este hecho, en sí mismo, creaba un punto de partida totalmente nuevo para el desarrollo político del reino[65]. La constitución prusiana de 1848 fue promulgada por la corona, en vez de ser elaborada por una asamblea elegida. Sin embargo, fue popular entre la gran mayoría de los liberales y de los conservadores moderados[66]. Los principales periódicos liberales dieron la bienvenida a la constitución e incluso la defendieron contra sus detractores de la izquierda, sobre la base de que aquella incorporaba la mayoría de lo que los liberales habían exigido y era, así, «la labor del pueblo». El hecho de que el gobierno hubiese ignorado el principio liberal al proclamarla sin la sanción parlamentaria, fue pasado por alto en gran medida[67]. En los años siguientes la constitución se convirtió en «parte de la vida pública prusiana[68]». Además, la reticencia de los liberales moderados a una vuelta a los enfrentamientos directos y a la revolución por un lado, y, por el otro, la disposición del gobierno a perseverar en una política de reformas proporcionó las bases para una coalición de gobierno de varias facciones que, por lo general, presentaban una mayoría en la cámara baja[69].

En contraste con los antiguos estados provinciales del período anterior a marzo, dominados por la nobleza, el nuevo sistema representativo, centrado en el Landtag de Berlín, tuvo el efecto de ir recortando gradualmente el predominio político, en las zonas rurales, de la antigua clase terrateniente y alterando, así, de forma duradera, el equilibrio de poder en la sociedad prusiana[70]. El efecto fue amplificado por la Ley de Conmutación de 1850, que completaba el trabajo realizado por los reformadores agrarios del período napoleónico y eliminaba finalmente la jurisdicción patrimonial en el medio rural[71]. Otto von Manteuffel, ministro-presidente de Prusia desde 1850 hasta 1858, no estaba equivocado, pues, al verse a sí mismo como supervisor del advenimiento de una nueva época para Prusia. La base de lo que luego se llamaría la «nueva era» del resurgir liberal desde 1858 puede constatarse ya en el sistema constitucional forjado por la revolución.

La tendencia quedó establecida después de 1848 por una laxa coalición posrevolucionaria que respondía a las aspiraciones tanto de los más estatalistas y moderados elementos del liberalismo, como de los elementos más innovadores y emprendedores de las antiguas élites conservadoras. No en

vano había paralelismos con el «matrimonio» (*connubio*) entre los intereses de los liberales de derechas y los conservadores reformistas que dominaban el nuevo parlamento en el Piamonte posrevolucionario, y con la coalición transpartidaria de la Regeneração en Portugal y la Unión Liberal en España[72]. Esta coalición informal no se limitó al parlamento y a la burocracia, sino que abarcó también a partes de la sociedad civil. Se abrieron nuevos canales de comunicación entre la administración y los poderosos grupos de presión de los empresarios liberales, que hallaron maneras de hacerse oír y de influir en la formulación de la política. El resultado fue una amalgama de las viejas y nuevas élites basada no en una identidad de intereses, sino en un «arreglo negociado», del que ambas partes podían extraer beneficios[73].

Tan eficaz fue esta nueva élite que marginó con éxito a la izquierda democrática y a la vieja derecha. Los «viejos conservadores» se pusieron a la defensiva, incluso en la corte, donde fueron desbaratados por esos conservadores menos doctrinarios que deseaban trabajar en la nueva constelación política y orientarse pragmáticamente hacia el estado. Es de destacar lo rápido que el propio rey y muchos de los conservadores a su alrededor acabaron aceptando el nuevo orden constitucional. El monarca, que una vez había lanzado en público que él nunca habría permitido que «un trozo de papel escrito» se interpusiese entre Dios nuestro Señor en el cielo y su país, enseguida hizo las paces con el nuevo régimen, si bien continuó buscando fórmulas para apuntalar su propia autoridad en él. Un personaje importante en el proceso de adaptación conservadora fue el nuevo ministro-presidente, Otto von Manteuffel, enérgico y tranquilo burócrata de carrera que tenía la idea de que la finalidad del gobierno era mediar entre los intereses enfrentados de las distintas entidades que constituían la sociedad civil[74]. El profesor de universidad conservador Friedrich Julius Stahl fue otro importante modernizador; dirigió la conciliación de los objetivos conservadores hacia las nuevas políticas representativas.

Incluso el príncipe Guillermo de Prusia, en un primer momento una vehemente figura conservadora como Stahl nunca había sido, estuvo dispuesto a adaptarse rápidamente a las exigencias de la nueva situación. «Ha pasado lo que ha pasado», escribía en una notable carta al gobierno de Camphausen solo tres semanas después de los hechos de marzo. «Nada puede volver atrás; ¡todo intento de hacerlo debería ser abandonado!». Ahora era «el deber de todo patriota» «ayudar a construir la nueva Prusia[75]». El exprínce *shrapnel* volvía de Gran Bretaña en el verano de 1848 dispuesto a trabajar en

el nuevo orden posrevolucionario. La política del conservadurismo tradicional, con su pío legitimismo y su apego a las estructuras corporativas, resultaba ahora demasiado estrecha, egoísta y retrógrada. Era impensable, señalaba el ministro-presidente prusiano Otto von Manteuffel a sus opositores conservadores rurales respecto a la reforma fiscal, que el estado prusiano continuase siendo gobernado «como la hacienda de un noble[76]». En su negativa a aceptar el nuevo orden, los exponentes de un conservadurismo pre-marzo no reconstruido corrían el riesgo de teñirse de oposición, o incluso de traición.

Asimismo, la revolución situó al estado prusiano en una nueva situación fiscal. Entre otras cosas, permitió a la administración zafarse de las trabas de la Ley de Endeudamiento del Estado de Hardenberg, que había limitado el gasto público en la era de la Restauración. Como declaró un diputado del parlamento prusiano en marzo de 1849 la anterior administración había «rechazado mezquinamente» proporcionar las sumas necesarias para el desarrollo del país. «De todos modos», añadió, «nosotros ahora estamos del lado del gobierno y aprobaremos siempre los fondos requeridos para la promoción de un transporte mejorado y para apoyar el comercio, la industria y la agricultura…»[77]. Tampoco el nuevo impuesto sobre la renta aprobado en 1851 (cuya legitimidad se consideraba derivada del sufragio) ni la largamente esperada reforma del viejo impuesto sobre la tierra en 1861 habrían sido posibles antes de la revolución[78]. Rebosante de nueva liquidez, la administración prusiana de los años 1850 pudo disponer de un sustancial aumento del gasto público en proyectos comerciales y de infraestructura, no solo en términos absolutos, sino también en el gasto de defensa, que tradicionalmente había absorbido la parte del león de los presupuestos del gobierno prusiano[79]. El problema de obtener un crédito para el ferrocarril del este, que había obligado al gobierno a convocar la Dieta Unida en 1847, se resolvió por medio de la nueva constitución; 33 millones de táleros fueron aprobados solo para este fin y para dos otras arterias sin terminar[80].

Esta desacostumbrada liberalidad fue suscrita por un nuevo énfasis respecto al derecho y obligación del estado de desplegar fondos públicos destinados a la modernización[81]. Tales argumentos se beneficiaron del apropiado clima de la teoría económica alemana contemporánea, que sufrió una reorientación en los decenios centrales del siglo XIX por la posición estrictamente antiestatalista de la «escuela de libre comercio» alemana respecto de la idea de que el estado tenía ciertos objetivos macro-económicos que cumplir que no podían ser realizados por los individuos o grupos en el

seno de la sociedad[82]. Estrechamente relacionada con esta visión holística de la competencia económica del estado estaba la insistencia sobre la necesidad de desarrollar medidas administrativas de acuerdo con el plan global preconcebido. Durante la crisis de negocios de 1846-1848, algunos notables liberales prusianos recurrieron al estado para ocuparse de la administración de los ferrocarriles del reino y unirlos todos en «un conjunto orgánico[83]». Pero solo en los años 1850 el ministro de Finanzas, August von der Heydt, que era un banquero comercial y liberal de Elberfeld, dirigió una gradual «nacionalización» de los ferrocarriles prusianos, motivada por la convicción de que solo el estado tenía la capacidad de garantizar que el sistema resultante fuese racional en términos del estado como conjunto —los intereses privados, por sí solos, no bastaban—. Y en esto se vio apoyado plenamente por la cámara baja del nuevo parlamento. Una comisión parlamentaria para los ferrocarriles destinada a aconsejar al gobierno expresó la opinión de que «la transferencia de todos los ferrocarriles a la propiedad del estado debía seguir siendo la meta del gobierno» y de que las autoridades debían «esforzarse por alcanzarla utilizando todos los medios disponibles[84]».

Por otro lado, los términos implícitos de los arreglos posrevolucionarios exigían, asimismo, que el estado, de vez en cuando, se retirase e hiciese honor a la autonomía del sector de negocios. Esto es lo que ocurrió en 1856 cuando los conservadores del consejo de ministros trataron de poner fin a la proliferación de bancos «comanditarios» en el reino de Prusia. Tales bancos eran básicamente vehículos de inversiones privadas utilizados por la comunidad de negocios para evitar las continuas reticencias del gobierno a permitir sociedades anónimas bancarias. Los conservadores (incluyendo al propio rey) veían estas instituciones como dudosas innovaciones francesas que impulsarían especulaciones de alto riesgo y desestabilizarían el orden social. En 1856, por ello, el consejo de ministros elaboró un borrador de decreto prohibiendo la formación de bancos comanditarios. Manteuffel, a quien habían acudido los principales hombres de negocios, pudo bloquear la iniciativa y el gobierno, gradualmente, renunció a su facultad de controlar el flujo de créditos a las instituciones financieras. Incluso en las industrias del carbón y del hierro, que tradicionalmente habían sido objeto de estrecha supervisión gubernamental, los empresarios tuvieron éxito en negociar controles estatales laxos[85].

Desde 1848, además, se tomaron medidas para garantizar la unidad y la coherencia de la administración central. En 1852 el ministro-presidente Otto von Manteuffel obtuvo del rey una orden ministerial que establecía que el

ministro-presidente era el único conducto para las comunicaciones formales entre el ministerio y el monarca. Este importante documento significó un intento de llevar a cabo, finalmente, la unidad de la administración por la que había luchado Hardenberg en los años 1810, pero era asimismo una respuesta a los problemas planteados por la revolución que había echado al rey en brazos de su camarilla y, por tanto, había destruido la coherencia del supremo ejecutivo. A corto plazo, la orden ministerial no fue suficiente para eliminar la influencia de los cortesanos, intrigantes y favoritos. Manteuffel sufría, como habían sufrido todos sus predecesores, por las incesantes conspiraciones de los ultraconservadores reunidos alrededor del rey. Las intrigas llegaron a su clímax en 1855, cuando el estallido de la Guerra de Crimea dividió a la élite política en las habituales facciones del oeste y del este. Los ultras, que propugnaban una alianza con la Rusia autocrática contra el oeste, hicieron todo lo que pudieron para apartar al rey de sus compromisos de neutralidad.

Molesto por estas maquinaciones y dudando de la confianza del rey en él, Manteuffel se mantuvo informado sobre la situación con el empleo de un espía que extraía copias de los papeles confidenciales de las viviendas de los principales ultras, incluyendo al venerable Leopold von Gerlach, que seguía sirviendo fielmente a su rey en calidad de ayudante general. Se produjo considerable desconcierto cuando el espía en cuestión, un exteniente llamado Cari Techen, fue detenido por la policía e interrogado, y confesó que los documentos eran para el ministro-presidente. El desconcierto aumentó incluso cuando una de las cartas robadas revelaron que Gerlach había utilizado a su vez a un espía para vigilar al hermano del rey, príncipe Guillermo, al que se consideraba un poderoso opositor a la alianza con Rusia. Este «Watergate prusiano[86]» reveló que el problema de la antecámara del poder no había sido resuelto. El ejecutivo central prusiano seguía siendo un laxo conjunto de *lobbies* reunidos alrededor del rey. La orden ministerial de 1852 era, sin duda, un importante comienzo. En los últimos años de primer ministro del mucho más duro y ambicioso Otto von Bismarck, se crearía un mecanismo para una concentración del poder suficiente para asegurar un nivel de unidad del consejo de ministros y la administración.

Los años que siguieron a las revoluciones de 1848 presenciaron también una renegociación de la relación entre el gobierno y el público. Las revoluciones de 1848 impulsaron la transición hacia un manejo de la prensa más organizado, pragmático y flexible de lo que había sido la norma en la época de la Restauración. Un elemento central de esta transición fue el abandono de la censura. La censura —en el sentido de prohibir que se

publique material impreso por su contenido político— había sido un importante instrumento de poder gubernamental en la época de la Restauración y la exigencia de que fuera abolida era uno de los temas centrales de la disensión liberal y radical antes de 1848. Durante las revoluciones, fueron desmantelados los regímenes de censura en toda Alemania y la libertad de prensa quedó incluida en leyes y constituciones. Es cierto que muchas de las leyes de prensa permisivas promulgadas en 1848 no sobrevivieron al retorno del orden. Por otro lado, esto no implicó —en la mayoría de los estados— una vuelta a las condiciones anteriores a marzo. En Prusia, como en cierto número de estados alemanes, el foco de la política de prensa cambió de la fastidiosa censura previa del material impreso, a la vigilancia de aquellos grupos políticos que lo elaboraban. Un importante componente del programa liberal sobrevivió, así, a la debacle de la revolución[87].

Fue un cambio importante, pues el paso de una política preventiva a una represiva sacó a la luz las medidas gubernamentales. Periódicos y revistas solo podían ser penalizados una vez que comenzaban a circular, es decir, después de que el «daño», por así decir, se hubiese perpetrado. De este modo, la administración se encontró bajo una creciente presión, buscando otros medios menos directos de incluir a la prensa. Al mismo tiempo, las diferencias entre las autoridades policiales, las judiciarias y los ministros responsables respecto a qué constituía una expresión impresa ilegal significaron que los esfuerzos de las primeras se veían frustrados con frecuencia. Este problema resultó particularmente acentuado bajo el ministro-presidente Von Manteuffel, que no estaba de acuerdo con el extremadamente conservador ministro del Interior, Ferdinand von Westphalen, sobre lo que era permisible o no en la prensa[88]. El hecho de que todos los ciudadanos gozaran ahora del derecho, al menos en teoría, de expresar sus opiniones en la prensa estableció las bases para que todos aquellos implicados en la producción de material de lectura político —libreros y vendedores de periódicos, editores y directores— asediaran a las autoridades con peticiones, objeciones constitucionales y procedimientos de apelación. En tales casos, los gobiernos se vieron enfrentados a no solo a periodistas o editores aislados, sino a todo el conjunto de aquellos que sostenían un periódico específico[89].

En Prusia, como en la mayoría de los estados europeos, la expansión de la prensa política y del público lector politizado que se había fraguado durante la revolución resultó ser irreversible. El gobierno debía tratar este problema adoptando un punto de vista más flexible y coordinado respecto a la actividad

de modelar las actitudes públicas. Aquí, como en otros muchos ámbitos de la innovación administrativa, fue la experiencia de la revolución la que proporcionó el estímulo para las reformas. En el verano de 1848, bajo el gobierno liberal del ministro-presidente Auerswald, la administración prusiana creó un gabinete literario con el fin de coordinar la respuesta oficial a las críticas políticas de los liberales y a la más fundamental oposición anticonstitucional de los viejos conservadores y de su órgano, el *Nene Preussische Zeitung*[90]. El primer gabinete literario se hundió en noviembre de 1848 tras el cambio de gobierno, pero fue reconstituido con Otto von Manteuffel al mes siguiente, y sus actividades fueron ampliándose gradualmente hasta abarcar la colocación estratégica de artículos favorables al gobierno en periódicos clave y también la compra de un diario semioficial, el *Deutsche Reform*, que apoyaría la línea del gabinete, pero manteniendo la apariencia y credibilidad de una publicación independiente. El 23 de diciembre de 1850, la coordinación de la política de prensa fue dotada, finalmente, de una base institucional segura con la Agencia Central de Asuntos de Prensa (*Zentralstelle für Pressangclegenheiten*). Sus responsabilidades incluían la administración de fondos destinados a proporcionar subsidios a la prensa, la supervisión de publicaciones subsidiadas y cultivar las «relaciones» con los periódicos del país y extranjeros[91]. La *Zentralstelle* publicaba también su propio periódico, *Die Zeit*, que era conocido por sus mordaces ataques contra los portavoces principales del campo conservador, incluido Otto von Bismarck, el pietista Hans Hugo von Kleist-Retzow e incluso el mismo ministro del Interior, Westphalen[92].

Manteuffel creía que era tiempo ya de ir más allá de la tradicional relación de enfrentamiento entre la prensa y el gobierno que había sido la norma antes de 1848. La administración no entraría directamente en el debate político, pero, gracias a su agencia de prensa, inauguraría «un intercambio orgánico [*Wechselwirkung*] entre todos los componentes del estado y de la prensa», actuaría de manera proactiva para establecer de forma previa la actitud adecuada a la actividad del gobierno. El gobierno recurriría a fuentes privilegiadas de los distintos ministerios para publicar noticias relativas a la vida del estado y a acontecimientos importantes del extranjero[93]. En los primeros años 1850 la Agencia Central consiguió crear una red de contactos de prensa que penetró profundamente en la prensa provincial. A los directores de cooperativas se les proporcionó información privilegiada o fondos, y muchos diarios locales se hicieron dependientes financieramente de varias

gratificaciones que llegaron al unirse al sistema: cantidades para anuncios oficiales, subsidios, bloques ministeriales de suscripciones, etc.

Así, las innovaciones de Manteuffel anunciaron la transición de un sistema basado en el filtrado de material de prensa a través de un irritante aparato de censura, a un método más matizado de la gestión de noticias e informaciones. Todo esto era una demostración irreversible de los cambios forjados por 1848. «Cada siglo ha visto nuevos poderes culturales penetrar en la esfera de la vida tradicional, poderes que no debían ser destruidos sino incorporados [*verarbeitet*]», escribía Manteuffel en julio de 1851. «Nuestra generación reconoce a la prensa como ese poder. Su significado ha crecido con una mayor participación del pueblo en los asuntos públicos, participación que en parte es expresada, en parte alimentada y dirigida por la prensa**[94]**». Entre aquellos merecedores de que Manteuffel desembolsase dinero a periodistas y directores de periódico amigables estaba nada menos que Otto von Bismarck, que había ocupado su escaño como representante de Prusia en la Dieta Confederal en 1851.

15
CUATRO GUERRAS

Durante casi medio siglo después de 1815, Prusia permaneció al margen de la política de poder europea, navegando a sotavento de las grandes potencias, evitando compromisos y huyendo de los conflictos. Esto evitó la competencia con sus poderosos vecinos. Y se aceptó la tutela de Rusia sobre su política exterior. Prusia fue la única de las principales potencias europeas que permaneció neutral durante la Guerra de Crimea (1854-56).A algunos les pareció incluso que el estatus de Prusia como miembro del concierto de las grandes potencias europeas había caducado. Prusia, como se observaba en un editorial del *Times* en 1860,

> dependiendo siempre de alguien, siempre pidiendo que alguien la ayudase, negándose siempre a ayudarse a sí misma […], presente en congresos, pero ausente en las batallas […], dispuesta a ofrecer cualquier cantidad de ideales o sentimientos, pero tímida hacia todo lo que sepa a realidad. Posee un gran ejército, pero es sabido que no se halla en condiciones de combatir […]. Nadie cuenta con ella como amiga; nadie la teme como enemiga. Cómo se convirtió en una gran potencia, la historia nos lo cuenta; por qué sigue siéndolo, nadie podría decirlo[1].

Y aun así, a los once años de esta mordaz valoración, el Reino de Prusia habrá reforzado sus fuerzas armadas, habrá expulsado a Austria de Alemania, habrá destruido el poder militar de Francia, habrá construido un nuevo estado-nación y transformado el equilibrio de poder en Europa en una explosión de energía política y militar que asombrará al mundo.

La guerra de Italia

No fue coincidencia que las unificaciones de Italia y de Alemania se realizaran con un decenio de diferencia entre una y otra. La historia cultural del estado-nación alemán se remonta al siglo XVIII y más allá, pero la cadena de acontecimientos que convirtió su fundación en una posibilidad *política* fue la segunda guerra de unificación italiana. El 26 de abril de 1859 el imperio austríaco declaró la guerra al reino del Piamonte, en el norte de Italia. Era un conflicto que había sido planificado con antelación. Durante el verano de 1858, el primer ministro piamontés, Camillo Benso di Cavour había negociado una alianza defensiva con el emperador Napoleón III de Francia. En la primavera de 1859, Cavour provocaba a Viena amasando tropas piamontesas en la frontera de la Lombardía austríaca. La posterior declaración de guerra austríaca activó las obligaciones de Francia de acuerdo con el tratado secreto. Las tropas francesas se precipitaron hacia el sur a través de los Alpes en la primera movilización importante por ferrocarril. Entre finales de abril y comienzos de julio, las fuerzas conjuntas franco-piamontesas ocuparon Lombardía, obteniendo dos victorias principales contra los austríacos en Magenta (4 de junio) y Solferino (24 de junio). Piamonte se anexionaba el ducado de Lombardía, los ducados de Parma, Módena y Toscana y el territorio papal de la Romaña fue «persuadido» a unirse a Turín. El Piamonte controlaba ahora el norte de la península italiana, y las cosas podían haberse quedado ahí, si no hubiese sido por la invasión del sur de la península por un grupo de voluntarios mandados por Giuseppe Garibaldi. El reino de Nápoles se hundió con rapidez, abriendo el camino a la unificación de la mayor parte de la península bajo el dominio de la monarquía piamontesa. En marzo de 1861 se proclamaba el Reino de Italia.

El monarca prusiano, Guillermo I, y su ministro de asuntos exteriores, Alexander von Schleinitz, respondieron a estos acontecimientos con la habitual circunspección prusiana. Cuando se perfilaba el conflicto franco-austriaco, Prusia se mantuvo equidistante, sin adoptar la opción «conservadora» de una alianza con Viena, ni la «liberal» de asociarse con Francia contra Austria. Se dieron los acostumbrados intentos de obtener nuevas ganancias en Alemania a costa de Austria. Berlín, por ejemplo, prometió apoyar a Austria contra Francia, pero solo con la condición de que a Prusia se le diese el mando de todos los contingentes confederales no austríacos. La propuesta, que recordaba las iniciativas de seguridad de Bernstorffy Radowitz durante los temores de guerra de 1830-1832 y 1840-1841, fue rechazada por razones de prestigio por el emperador austríaco. Más o menos por la misma época, Berlín desplegó grandes

concentraciones de tropas en Renania para disuadir a Napoleón III de extender la esfera de sus operaciones a la Alemania occidental. No había nada especialmente notable o inesperado en estas medidas. Respondiendo así a la crisis italiana (y al paralelo temor de una guerra con Alemania), el gobierno de Prusia trabajó dentro de los gastados surcos de una rivalidad dualista de tanteo que buscaba evitar el enfrentamiento directo mientras se contemplaba la oportunidad de extender la influencia prusiana a expensas de Austria.

Sin embargo, retrospectivamente, está claro que la guerra de Italia situó la política nacional de Prusia sobre una nueva base. Era obvio para los contemporáneos que había un paralelo entre la difícil situación italiana y la alemana. En ambos casos (en la élite instruida) un fuerte sentimiento histórico y cultural de nación coexistía con el hecho de la división dinástica y política (aunque Italia estaba dividida solo en siete estados, y Alemania tenía 39). En ambos casos, era Austria el impedimento en el camino de la consolidación nacional. Había también claros paralelos entre el Piamonte y Prusia. Ambos estados eran conocidos por sus estables burocracias y sus reformas modernizadoras, y ambas eran monarquías constitucionales (desde 1848). Ambos habían tratado de suprimir el nacionalismo popular y, al mismo tiempo, maniobrar para extender su propia influencia en nombre de la nación sobre los estados menores de sus esferas de interés. Así, pues, fue fácil para los entusiastas pequeñoalemanes de una unión encabezada por Prusia proyectar los hechos de Italia de 1859-1860 sobre el mapa político alemán[2].

La guerra de Italia demostraba, asimismo, que se habían abierto nuevas puertas en el sistema político europeo. Lo más importante de esto era el alejamiento entre Austria y Rusia. En 1848 los rusos habían salvado al imperio austríaco de la partición a manos del movimiento nacional húngaro. Durante la Guerra de Crimea de 1854-1856, sin embargo, los austríacos habían tomado la fatídica decisión de unirse a la coalición antirrusa, medida que fue considerada en San Petersburgo un sucio engaño. Así, Viena irreparablemente hubo de pagar prenda por el apoyo de Rusia, que tiempo atrás había sido la piedra angular de su política exterior[3]. Cavour fue el primer político europeo que mostró cómo este realineamiento podía ser explotado en beneficio de su estado.

Los acontecimientos de 1859 fueron instructivos también en otros sentidos. Bajo Napoleón III, Francia surgía como una potencia dispuesta a desafiar por la fuerza el orden europeo instaurado en Viena en 1815. Ahora los prusianos sentían más vivamente que nunca la tradicional amenaza que venía de occidente. El efecto de *shock* de la intervención francesa en Italia se

veía incrementado por los recuerdos del primer Napoleón, cuyo ascendiente había comenzado con el sometimiento de la península italiana y había continuado con la invasión de Renania. La movilización prusiana de 1859 puede no haber sido el desastre que algunos historiadores han descrito, pero no hizo nada por aliviar la sensación de vulnerabilidad por una Francia bonapartista que resurgía[4]. Por lo que respecta a los austríacos, habían luchado duramente por conservar sus posesiones en Italia, causando 18 000 bajas a los franco-piamonteses en Magenta y Solferino. ¿No combatirían también para defender su predominio político en una dividida Alemania? La situación de Prusia era, bajo ciertos aspectos, peor que la del Píamente, ya que parecía claro que los estados medianos de la «tercera Alemania» (a diferencia de las entidades menores del norte de Italia) apoyarían a Austria en una guerra declarada entre las dos potenciales hegemonías alemanas. «Casi toda Alemania, en los últimos cuarenta años ha […] cultivado un espíritu hostil contra Prusia», escribía Guillermo a Schleinitz el 26 de marzo de 1860, «y durante un año esto ha ido aumentando decididamente[5]».

La guerra de Italia fue, así, un recordatorio de la importancia fundamental del empleo de fuerzas armadas en la resolución de los conflictos de política de poder enquistados, y este punto de vista se fundamentó aún más en los dirigentes militares que creían que Prusia debería reformar y fortalecer su ejército si quería hacer frente a los problemas en un próximo futuro. Este no era un problema nuevo: ya desde los años 1810 las estrecheces financieras habían hecho que el tamaño del ejército no fuera al paso del crecimiento de la población de Prusia. En los años 1850, solo la mitad aproximadamente de los jóvenes en edad militar había sido llamada a filas. Existía preocupación también por la calidad de las milicias de la Landwehr creadas para combatir a Napoleón por los reformadores militares Scharnhorst y Boyen, al recibir sus oficiales un entrenamiento con estándares mucho menos exigentes.

Quien dirigía la campaña de reformas militares era el nuevo regente, el príncipe Guillermo de Prusia. Ya tenía sesenta y un años y era un hombre con unos impresionantes mostachos, cuando comenzó, en 1858, a sustituir a su hermano mayor, que estaba incapacitado por una serie de ataques. El apego emocional de Guillermo al ejército prusiano estuvo muy arraigado en su vida. Había llevado uniforme desde los seis años. El 1 de enero de 1807, a los nueve años, recibió las insignias de su cometido (junto con el ascenso a teniente de regalo de Navidad). Sus primeras experiencias militares están relacionadas con el recuerdo de la invasión y de la huida de la familia real a Prusia Oriental. A diferencia de su hermano mayor, de mente más ágil,

Guillermo no gustaba de las lecciones y nunca fue feliz salvo en compañía de sus compañeros cadetes y tutores militares[6]. Es fácil imaginar lo importantes que llegaron a ser las sociables rutinas del servicio militar tras el trauma de la muerte de su madre en 1810. La devoción de Guillermo se centró en el ejército regular activo, no en las milicias auxiliares de la Landwehr. A Guillermo le repelía la mentalidad civil de la Landwehr, a la que consideraba poco eficaz militarmente y poco fiable políticamente. Boyen y Scharnhorst habían decidido forjar una institución militar dotada del entusiasmo y el compromiso patriótico del pueblo; Guillermo y sus consejeros militares querían unas fuerzas armadas que respondiesen tan solo a la voluntad del soberano.

Sería ir demasiado lejos sugerir que Guillermo ya tenía en mente la unificación de Alemania por medio de las fuerzas armadas prusianas —su idea de la cuestión alemana era mucho más abierta que todo eso—. Con todo, no hay duda ninguna de que era gran entusiasta de alcanzar algún tipo de unión alemana más estrecha, y que había concebido que esto ocurriría bajo el mando de Prusia. Guillermo había compartido el entusiasmo de su hermano por la malograda Unión de Erfurt, se sentía frustrado por la retirada prusiana de Olmütz. «Quien quiera gobernar Alemania primero deberá conquistarla», había escrito ya en 1849. «Si ya ha llegado o no el tiempo de la unificación, solo Dios lo sabe; pero que Prusia está destinada a situarse en la cumbre de Alemania es un hecho que subyace en nuestra historia. Pero ¿cuándo y cómo? Esta es la cuestión». Durante su estancia en Renania como gobernador militar en 1849, Guillermo cultivó contactos con liberales pequeñoalemanes partidarios de que Prusia liderase la unión. «El desarrollo histórico de Prusia muestra que está destinada a dirigir Alemania», escribía en abril de 1851[7].

Con el fin de hacer frente a los problemas de una política alemana más agresiva, Prusia necesitaba un instrumento militar más flexible y muy eficaz. Guillermo y sus consejeros militares aspiraban a doblar el tamaño del ejército prusiano, aumentando el número de reclutas en cada leva anual, extendiendo el período de entrenamiento básico de seis meses a tres años y prolongando el período de servicio en la reserva del ejército regular de dos a cinco años. El regente propuso asimismo trazar una línea clara entre el ejército regular y la Landwehr; esta debía ser separada de las unidades del ejército de línea y de la reserva regular y relegada a una posición subordinada en la retaguardia.

Las exigencias del gobierno para una reforma militar no eran en sí mismas especialmente conflictivas. El gasto militar había ido declinando relativamente desde 1848 y se daba un apoyo amplio por parte de la mayoría

liberal del parlamento a la idea de que Prusia necesitaba un ejército más fuerte si quería seguir siendo capaz de una actuación independiente. Los acontecimientos de 1859, además, produjeron una notable movilización de la opinión nacionalista liberal en el norte de Alemania, culminando en la fundación de la Sociedad Nacional (*Nationalverein*) en septiembre de 1859. Dirigido por el noble hanoveriano Rudolf von Bennigsen, se trataba de un grupo elitista de varios miles de diputados parlamentarios, profesores universitarios, abogados y periodistas, cuya finalidad era crear un *lobby* en el gobierno prusiano que propugnaría la causa de la pequeña Alemania.

El verdadero problema residía en el asunto de la relación política entre el ejército y el parlamento. Había tres aspectos del programa de reformas del regente que se oponían en especial a los liberales. El primero era suprimir lo que quedaba de la independencia de la Landwehr; los jefes militares consideraban a la Landwehr como los restos difuntos de una era superada, pero para muchos liberales seguía representando la personificación del ideal de un ejército popular. La segunda manzana de la discordia era la insistencia del regente sobre el período de instrucción de tres años para los soldados de línea. Los liberales lo rechazaban, en parte debido a los costes, y en parte porque creían —bastante justamente— que el período de tres años estaba concebido menos como una medida militar que como una política, para asegurarse de que los soldados acabasen imbuidos de valores conservadores y militares, al igual que entrenados para la guerra. Por debajo de estos asuntos se hallaba la cuestión central del poder de mando único y extraconstitucional del monarca —el *Kommandogewalt*[8].

El conflicto sobre los asuntos militares ya estaba presente en el sistema político prusiano posterior a 1848. Esta cuestión presentaba una dimensión constitucional y otra, más vasta, cultural. El problema constitucional era simplemente que el monarca y el parlamento gozaban de derechos potencialmente conflictivos respecto al ejército. El monarca era responsable de las funciones de mando y, en general, de la composición y funcionalidad de la estructura militar; pero era el parlamento el que controlaba los fondos. Desde el punto de vista de la corona, el ejército era una organización ligada por lealtad personal al monarca y bastante independiente del parlamento. Los parlamentarios liberales, por el contrario, tenían la idea de que sus poderes presupuestarios implicaban un derecho limitado para codeterminar el carácter del ejército. Esto no solo implicaba gastos de gestión, también garantizaba que el ejército reflejara los valores de una cultura política más amplia —este último asunto era la trampa que había precipitado la crisis del parlamento de

Berlín en 1848—. En ambos bandos, los asuntos involucrados eran de importancia básica. Guillermo insistía en que el *Kommandogewalt* era un atributo inalienable a su soberanía, mientras que los liberales veían en esto un recorte de sus poderes presupuestarios o la creación de una guardia pretoriana reaccionaria «aguzada» para la represión interna que podrían convertir en un sinsentido los poderes otorgados al parlamento de acuerdo con la nueva constitución.

El conflicto militar-constitucional resultante fue llevando gradualmente al sistema constitucional prusiano creado en 1848 a un punto muerto. A comienzos de 1860 el gobierno presentó dos proyectos de ley al parlamento, uno esbozaba reformas y el otro era para la aprobación de fondos. Guillermo consideró tales proyectos de ley diferentes en su estatus constitucional; era permisible que el parlamento tuviese algo que decir en las cuestiones financieras, ya que el poder presupuestario era atributo esencial de la asamblea. Por otro lado, no reconocía el derecho de los diputados a entrometerse en los detalles de la propia reforma propuesta, que caía, según él, en la esfera de su poder de mando. El parlamento respondió a esta estratagema haciendo solo un préstamo provisional de fondos extra —tácticamente un paso poco sensato, como luego se vio, ya que permitió al gobierno seguir adelante con la primera fase de las reformas, aun cuando la aprobación final no había sido dada todavía.

Y entre los liberales se produjo un proceso de radicalización política; en enero, un grupo de 17 diputados rompió con el grueso principal de la facción liberal y se convirtió en el núcleo del nuevo Partido Progresista (*Fortschrittspartei*). Pensando que un parlamento más conservador haría la administración más fácil, Guillermo disolvió el parlamento y convocó nuevas elecciones. La nueva cámara formada a finales de 1861 fue aún más resueltamente liberal que la antigua, con más de 100 miembros del Partido Progresista. La facción conservadora, que había llevado la voz cantante en los años 1850, se había visto reducida a unos restos de no más de 15 miembros. Como sus predecesores, tampoco la nueva cámara deseaba aprobar las reformas militares; en la primavera de 1862 también esta cámara fue disuelta. Las nuevas elecciones de mayo de 1862 no hicieron más que confirmar el enquistamiento de la situación. Más de 230 de los 325 diputados pertenecían a facciones liberales.

Entre los hombres que dirigían la estructura militar de Prusia había algunos que ahora favorecían una ruptura total con el sistema constitucional. De estos, el más influyente era el encargado del ministerio militar, Edwin von

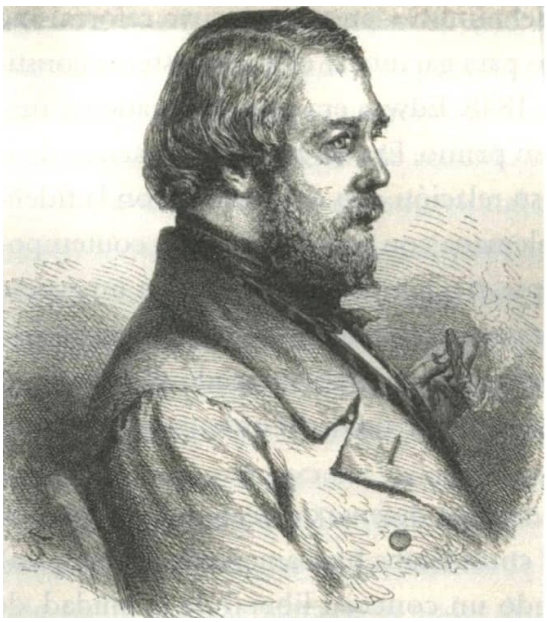
Manteuffel, primo del ministro-presidente, cuyo reformismo conservador había hecho mucho para garantizar el nuevo sistema constitucional tras las revoluciones de 1848. Edwin era más carismático y menos flexible políticamente que su primo. Era un hombre de armas de la vieja escuela que compaginaba su relación con el monarca con la fidelidad de un miembro de la tribu alemana con su jefe. Estampas contemporáneas muestran una figura de pie, tiesa, hipermasculina con un espeso cabello rizoso, la parte baja del rostro oculta detrás de una espesa barba[9]. Como miembro del gabinete militar, un cuerpo agregado directamente a la persona del rey, estuvo completamente fuera del orden constitucional parlamentario.

Manteuffel podía ser despiadado en defensa de su «honor» y del ejército prusiano (que, parece ser, él consideraba básicamente la misma cosa). En la primavera de 1861, cuando un concejal liberal de la ciudad, de nombre Karl Twesten, publicó un artículo en el que criticaba las reformas militares propuestas y atacaba a Manteuffel personalmente por intentar enajenar al ejército del pueblo, el general ofreció al concejal que optase entre una retractación pública completa o un duelo. No deseando someterse a la humillación de una retractación, Twesten eligió el duelo, pese a no ser buen tirador. La bala del concejal se perdió en el aire, mientras que la del general le agujereó un brazo a su contrario. El episodio puso de relieve no precisamente la polarización creada por la cuestión militar, sino el creciente estilo duro de la vida pública en la Prusia post-1848.

Hubo un momento de paranoia colectiva en los primeros meses de 1862, cuando las opiniones extremas de Manteuffel gozaron de cierta resonancia entre los conservadores próximos al monarca, pero el consenso posrevolucionario se mantuvo firme y la «gran hora» del general nunca llegó[10].

Ni el rey Guillermo (Federico Guillermo IV había muerto en enero de 1861) ni la mayoría de sus consejeros políticos y militares contemplaban seriamente una ruptura total con la constitución. El ministro de la Guerra, Albrecht von Roon, el principal arquitecto de las propuestas de reforma, prefería llegar a un compromiso que habría ahorrado el sistema al tiempo que se preservaba el espíritu del programa de reformas[11]. Incluso al rey Guillermo le parecía más fácil imaginar su salida del cargo voluntaria que contemplar una vuelta al absolutismo. En septiembre de 1862 parecía estar a punto de abdicar a favor de su hijo, el príncipe heredero Federico Guillermo, que era conocido por simpatizar con la postura liberal. Fue Albrecht von Roon quien convenció al rey de que lo reconsiderase y adoptase como último

recurso una medida: la de nombrar a Otto von Bismarck como ministro-presidente de Prusia.



45. Otto von Bismarck a los treinta y dos años, *xilograbado a partir de un dibujo anónimo de 1847.*

Bismarck

¿Quién era Otto von Bismarck? Permítasenos comenzar con una carta que escribió en la primavera de 1834, cuando tenía diecinueve años. Su certificado de estudios se había retrasado; así, surgieron dudas sobre si podría o no matricularse en la Universidad de Berlín. En este momento de transición, forzado a la ociosidad y lleno de incertidumbre sobre lo que le esperaría en el futuro, el joven Bismarck se puso a reflexionar sobre qué sería de él si no podía conseguir el ingreso en la universidad. Desde la hacienda familiar de Kniephof redactó las siguientes líneas a su compañero de colegio Scharlach:

> Me divertiré durante unos cuantos años agitando una espada sobre los nuevos reclutas, luego tomaré esposa, tendré hijos, cuidaré del terreno y destruiré la moral de mis campesinos por una desordenada destilación de espíritus. Así, si en diez años te vuelvo a ver por el vecindario, te invitaré a cometer adulterio con una joven fácil y llena de curvas de mi hacienda, o a beber todo lo que te apetezca de *brandy* de patata y romperte el cuello cazando todas las veces que sientas con ganas. Tú encontrarás aquí a un corpulento oficial de la guardia nacional con unos mostachos que maldice y jura hasta hacer temblar a la tierra, cultiva una justa repugnancia hacia los judíos y franceses, da palizas a sus perros y criados, con egregia brutalidad cuando le intimide su mujer. Me pondré pantalones de cuero, haré el ridículo en el mercado de algodón de Stettin y cuando la gente se dirija a mí como barón me retorceré los mostachos bondadosamente y rebajaré un poco el precio; me mofaré del cumpleaños del rey y lo felicitaré a voces y el resto del tiempo me quejaré regularmente y cada una de mis otras palabras será: «¡Caray, qué espléndido caballo!»[12].

Esta carta merece ser citada en gran parte pues demuestra cuánto irónico distanciamiento había en la percepción del joven Bismarck de su propio medio social —el medio de los junkers del este del Elba—. Con frecuencia a Bismarck le gustaba jugar el papel de *Krautjunker* pueblerino de lo más paleto de Prusia, pero, en realidad, era más bien un ejemplo atípico de esto. Su padre era lo importante; era descendiente de nobles terratenientes del este del Elba con cinco siglos de antigüedad. Pero la familia de su madre traía la marca de una tradición diferente: la madre de Bismarck, Wilhelmine Mencken, descendía de una familia universitaria de Leipzig, en Sajonia. Su abuelo había sido profesor de derecho, que entró al servicio del estado prusiano en cualidad de secretario del consejo de ministros en tiempos de Federico el Grande**[13]**.

Fue Wilhelmina la que tomó las decisiones claves en la educación de sus hijos; así, Bismarck recibió una enseñanza poco común para un miembro de su clase: comenzó no en la Escuela de Cadetes, sino con una educación burguesa clásica, como interno en el Instituto Plammann de Berlín —una escuela para los hijos de los altos funcionarios—. De aquí pasó al Instituto Friedrich Wilhelm, y luego a las universidades de Gotinga (1832-33) y Berlín (1834-35). Tras esto, siguió un período de preparación para el funcionariado en Aquisgrán y Potsdam. Aburrido por la monotonía y la falta de autonomía personal, que eran los signos de la preparación de los funcionarios, el joven Otto se retiró, ante el asombro y el disgusto de su familia, para trabajar en su propia hacienda de Kniephof, y jugar a ser un junker con un estilo heroico; fueron años de grandes comilonas y alcohol, con épicos desayunos de carne y cerveza. Sin embargo, un examen más próximo de su vida en la casa de Otto von Bismarck revela unas ocupaciones nada propias de un junker, tales como numerosas lecturas de Hegel, Spinoza, Bauer, Feuerbach y Strauss.

Estas observaciones sugieren temas que son importantes para la comprensión de la vida política de Bismarck. Sus antecedentes y actitudes ayudan a comprender la entrecortada relación entre Bismarck y los conservadores, que eran —en su opinión al menos— los representantes naturales de la aristocracia terrateniente. Bismarck nunca fue, en realidad uno de ellos, y ellos, dándose cuenta de esto, nunca confiaron plenamente en él. Nunca compartió el corporativismo de los viejos conservadores; nunca se sintió atraído a una visión del mundo que colocaba los intereses de los junkers como contrarios, por su solidaridad corporativa, al estado. Tenía escaso interés en defender los derechos de la localidad y de la provincia contra las reclamaciones de la autoridad central; no veía a la revolución y las reformas

del estado como dos caras de la misma conspiración satánica contra el orden histórico natural. Por el contrario, las observaciones de Bismarck sobre la política y la historia se caracterizaban por un profundo respeto —incluso a veces una neta glorificación— del estado absolutista, y, sobre todo, de su capacidad de acción autónoma. «Cuando Prusia era recordada en sus discursos, se trataba de la Prusia del Gran elector y de Federico, nunca la atrasada utopía del estado corporativo que ponía freno al absolutismo[14]».

Al igual que sus antepasados físicos, Bismarck tratará de alcanzar su realización como adulto al servicio del estado. Pero quería servir al estado sin convertirse en sirviente. Su nexo con su estado originario no era en sí mismo un destino —era algo demasiado estrecho y aburrido—, pero representaba una garantía de independencia. El nexo con ese estado, con el sentimiento de dominio y de separación que implicaba, era un puntal fundamental en el concepto de autonomía personal —como explicaba en una carta a su primo cuando tenía veintitrés años, un hombre que aspiraba a jugar un papel en la vida pública debía «llevar a la esfera pública la autonomía de la vida privada»—[15]. Su concepto de esa autonomía de la vida privada era claramente no burgués; derivaba del mundo social de la hacienda, cuyo señor no es responsable ante nadie salvo ante él mismo.

Las consecuencias de esta manera de entender su lugar en el mundo pueden observarse en su comportamiento como figura pública, y en particular en su tendencia a la insubordinación. Bismarck nunca se comportó como si tuviera un jefe. Y esto resultaba del todo evidente en su relación con Guillermo I. En su cualidad de canciller, Bismarck llevó adelante su política en contra de la voluntad del monarca; cuando el rey ponía dificultades, a Bismarck le daba una rabieta y ataques de lloro, apoyados por amenazas —a veces calladas y otras veces explícitas— de dimitir y de volver al confort y paz de su hacienda. Cuando Bismarck quiso consolidar su relación con el monarca lo hizo por lo general indirectamente, no haciéndose simpático al soberano, sino pergeñando crisis que ensalzasen su indispensabilidad, como un timonel que se mete en la tempestad para demostrar su control del barco.

Parecía que Bismarck quedaba fuera de las prescripciones ideológicas de cualquier interés. No era un aristócrata corporativista; ni, por otro lado, era o podía ser un liberal. Tampoco, por toda su experiencia como funcionario civil, se identificó con el Cuarto Estado de los burócratas (a lo largo de toda su vida consideró a los «chupatintas» (*Federfuchser*) de la burocracia administrativa con cierto desprecio). El resultado fue la libertad respecto a las constricciones ideológicas que hacía impredecible su comportamiento —se

podrá llamar a esto realismo, pragmatismo u oportunismo—, que a fin de cuentas era la capacidad de saltar de un campo a otro, haciendo tropezar a sus oponentes o explotando las diferencias entre ellos. Bismarck no rendía cuentas a nadie. Podía colaborar con las fuerzas del liberalismo contra los conservadores (y viceversa), podía enarbolar derechos democráticos como arma contra el liberalismo elitista, podía reventar las pretensiones de los nacionalistas fingiendo que hacía suya la causa nacional.

Bismarck era perfectamente consciente de todo esto. Despreciaba las teorías y los principios como criterios para la vida política. «La política no es ciencia, es un arte, y quien no tenga facilidad para ella es mejor que lo deje[16]». «Si debo avanzar por la vida basándome en principios, es como si tuviese que caminar por un estrecho camino en el bosque y tuviese que sujetar un largo palo en mi boca». La capacidad de Bismarck para deshacerse del palo cuando se hacía molesto sorprendió a los amigos que creían que eran sus camaradas ideológicos. Uno de estos era el noble conservador Ludwig von Gerlach (hermano de Leopold) que conversó con Bismarck en 1857 sobre si Napoleón III debía ser tratado como un monarca legítimo a pesar del hecho de que había sido llevado al trono por una revolución. Así, Bismarck no era hombre de principios; puede ser descrito mejor como un hombre alejado de los principios, el hombre que se desconectaba del apego romántico a una generación anterior para practicar un nuevo tipo de política, flexible, pragmática, emancipada de compromisos ideológicos fijos. Las emociones públicas y la opinión pública no eran autoridades a las que complacer o seguir, sino fuerzas para ser manipuladas o dirigidas.

La política posromántica de Bismarck era asimismo parte de una más amplia transformación forjada por la revolución de 1848. En este sentido, Bismarck pertenece a la misma compañía que Cavour, el mariscal de campo Saldanha, Pío IX, y Napoleón III. A veces se ha dicho que Bismarck aprendió mucho del autoritarismo populista del emperador francés, y que su gobierno de Alemania como canciller desde 1871 sería una versión alemana tardía del «bonapartismo[17]». Aunque no debe exagerarse la importancia del modelo francés. La propia Prusia, como hemos visto, emprendió transformaciones en las prácticas de gobierno a partir de 1848. Como Otto von Manteuffel y el propio nuevo rey, Bismarck fue un «hombre de 1848», preparado para mezclar la política en nuevas combinaciones. Al igual que Manteuffel, consideraba que el estado monárquico era el principal actor de la vida política. Fue durante el tiempo de Manteuffel en el cargo cuando Bismarck adquirió su hábil «respeto» por la opinión pública, no como árbitro del futuro

sino como socio subordinado para ser engatusado y manipulado para que coopere. A Bismarck, como representante de Prusia en el cuartel general de la Confederación Germánica en Fráncfort, se le confió la canalización encubierta de fondos gubernamentales para los directores y periodistas de periódicos favorables. La manipulación de la prensa por parte del gobierno fue un instrumento que Bismarck convertiría más tarde en un verdadero arte.

En el otoño de 1862 Bismarck fue nombrado, en Berlín, ministro-presidente. Su objetivo, como explicaba en una carta al príncipe heredero, era llegar a «un entendimiento con la mayoría de los diputados», pero salvaguardando, al mismo tiempo, los poderes de la corona y la capacidad del ejército[18]. Bismarck inició el juego urdiendo un programa modificado de reformas militares que habría ampliado el ejército y asegurado el control del gobierno en ámbitos claves, al tiempo que accedía a la petición de los liberales de un servicio militar de dos años. Esta estratagema se atascó por la resistencia de Edwin von Manteuffel, que consiguió convencer al rey de que le quitara su apoyo. Era el eterno problema de la antecámara del poder. Inmediatamente, Bismarck comprendió que la clave de su permanencia en el puesto residía en la neutralización de todos los rivales que se interponían a la confianza del rey, y modificó su política de acuerdo con ello. El intento de compromiso fue abandonado y Bismarck pasó a una política de enfrentamiento abierto con el fin de asegurar al rey su absoluta dedicación a la corona y a sus intereses. Las reformas militares se pusieron en marcha y los impuestos se recaudaron sin la aprobación del parlamento. Los funcionarios civiles fueron informados de que la desobediencia y la implicación política con la oposición sería castigada con la destitución inmediata, y el parlamento fue hostigado hasta obligarlo a ineficaces y autolesivas expresiones de agravio. Todo esto bastó para convencer al rey de la habilidad y fiabilidad de Bismarck y comenzó inmediatamente a eclipsar a los demás competidores en cuanto a la influencia sobre el monarca.

En otros aspectos, sin embargo, la situación de Bismarck siguió siendo extremadamente frágil. Unas nuevas elecciones en octubre de 1863 permitieron formar una cámara con solo 38 diputados progubernamentales. Evidentemente, la batalla por la opinión pública se había perdido. El rey estaba tan deprimido por los resultados de las elecciones que, se dice, cayó en el desaliento y comentó, mientras miraba por la ventana que daba sobre la plaza del palacio: «Ahí abajo es donde pondrán la guillotina para mí[19]». Parece ser, asimismo, que la parálisis política en Berlín estaba destruyendo la capacidad de Prusia de tener alguna iniciativa en la cuestión alemana. En

1863, mientras Bismarck se enfrentaba a la cámara, los austríacos estaban ocupados elaborando y proponiendo reformas que habrían dado nuevo aliento a la Confederación Germánica.

Berlín parecía ir a la deriva. Los logros del ministro-presidente prusiano en el ámbito de la política exterior resultaban modestos, como poco: en 1863 consiguió bloquear el proyecto de reforma austríaco y continuó evitando los intentos de Viena para sumarse a la Unión Aduanera alemana. Más importante fue el acercamiento de Bismarck a Rusia, formalizado por la Convención de Alvensleben (8 de febrero de 1863). Este acuerdo, por el que Rusia y Prusia colaborarían en la supresión del nacionalismo polaco, aseguró la buena voluntad de San Petersburgo, pero fue profundamente impopular entre los liberales polonófilos y contribuyó a hacer de Bismarck un personaje muy odiado. Tras solo 18 meses en el cargo, el nuevo ministro-presidente había conseguido una marca como un táctico político enérgico, rudo e imaginativo. Pero desde una perspectiva contemporánea seguía siendo fácil pensar que iba a tener que luchar todavía un año o dos antes de ser destituido para dar paso a un compromiso con la cámara baja del parlamento. Fue la Guerra Danesa de 1864 la que transformó la suerte de Bismarck.

La guerra danesa

En el invierno de 1863 el Schleswig-Holstein era de nuevo noticia. Federico VII de Dinamarca había muerto el 15 de noviembre de 1863, provocando una crisis sucesoria. Al no haber heredero varón directo (la corona danesa pasó, en cambio, por línea materna, a Cristiano de Glücksburg) surgió una disputa respecto a quién tenía derecho legítimo a reclamar la herencia para gobernar en los dos ducados. Los detalles de la controversia por el Schleswig-Holstein son difíciles de seguir —sobre todo porque casi cada uno de los involucrados en ella se llama Federico o Cristiano— y por eso a continuación haremos un breve bosquejo de los puntos destacados. Una serie de tratados internacionales había establecido, en los primeros años 1850, que la sucesión del nuevo rey de Dinamarca, Cristiano de Glucksburg, se haría según los mismos términos que la de su predecesor, Federico VII[20]. Sin embargo, en 1863 las aguas se enturbiaron por la aparición de un pretendiente rival, el príncipe Federico de Augustenburg. Hacía ya mucho tiempo que los Augustenburg reclamaban los ducados, pero el padre del príncipe Federico, Cristiano de Augustenburg, había aceptado renunciar al trono por el Tratado

de Londres de 1852. En 1863, sin embargo, Federico de Augustenburg se declaró desligado del tratado de 1852 y, desafiante, adoptó el título de «duque del Schleswig-Holstein». La reclamación fue apoyada con entusiasmo por el movimiento nacionalista alemán.

Merece la pena reflexionar un momento sobre la cualidad distintiva de la crisis del Schleswig-Holstein: en ella se mezclaban temas premodernos y modernos. Por un lado, era una crisis dinástica a la vieja usanza, impulsada, como muchas de las crisis de los siglos XVII y XVIII, por la muerte del rey sin tener descendencia. En este sentido, debemos llamar al conflicto de 1864 «la Guerra de Sucesión Danesa». Pero, por el otro lado, el Schleswig-Holstein se convirtió en el punto crítico de una guerra importante solo debido al papel jugado por el nacionalismo como movimiento de masas. El efecto galvanizador del asunto Schleswig-Holstein sobre el movimiento nacional alemán ya se había tratado en el parlamento de Fráncfort de 1848; en 1863-1864, la opinión nacionalista alemana exigió que los dos ducados se convirtieran, conjuntamente, en un nuevo estado federal alemán bajo la égida de la dinastía de los Augustenburg. Pero el nacionalismo era crucial también por el lado danés: el movimiento nacionalista danés exigía que Dinamarca defendiera su reclamación del Schleswig, apoyado en esto por la corriente principal de la opinión liberal danesa. El inexperto y poco eficaz nuevo rey, Cristiano IX, se enfrentaba así a una situación interna explosiva cuando accedió al trono. En un determinado momento las manifestaciones que tuvieron lugar frente al palacio real de Copenhague fueron tan turbulentas que el jefe de policía de la ciudad avisó del inminente colapso de la ley y del orden de la capital. Existía gran preocupación respecto a la perspectiva de un levantamiento político que forzase la mano al nuevo rey. Al firmar la Constitución de noviembre de 1863, Cristiano IX anunciaba su intención de absorber el ducado de Schleswig en el estado unitario danés, gesto denunciado por los nacionalistas alemanes como una provocación imperdonable.

Se daban ahora tres posturas en conflicto respecto a los ducados. Los daneses insistieron en la incorporación del Schleswig como se había acordado en la Constitución de noviembre de 1863. El movimiento nacionalista alemán y la mayoría de los estados de la Confederación fueron favorables a la pretensión de Augustenburg y estaban preparados para apoyar una intervención armada. Prusianos y austríacos se opusieron a la reclamación de los Augustenburg e insistieron en que los daneses (y los Augustenburg) acatasen las promesas hechas en los tratados internacionales de 1850 y 1852.

Tras mucho chalaneo en la Dieta Confederal en diciembre, se aprobó una resolución (por un solo voto) que decía que era procedente una intervención sobre la base de los Tratados de Londres. El 23 de diciembre, un pequeño destacamento operativo cruzó la frontera danesa y marchó hacia el norte sin resistencia, ocupando la mayor parte del Holstein al sur del río Eider. Pronto comenzaron a manifestarse las tensiones en el seno de la Confederación. El destacamento operativo (de solo 12 000 hombres) fue suficiente para tomar el indefenso Holstein, pero el Schleswig era otro asunto. Se suponía que los daneses iban a hacer una vigorosa defensa, por lo que se necesitaba una fuerza más numerosa para garantizar el éxito. Trabajando todavía conjuntamente, Prusia y Austria declararon que estaban preparadas para invadir el Schleswig, pero solo por ser potencias europeas y solo sobre la base de los tratados de 1851 y 1852, no como representantes de la Confederación Germánica, y no para apoyar las pretensiones de Augustenburg. En enero de 1864 ambas potencias presentaron un ultimátum conjunto, pero separadamente, a Dinamarca (sin consultar a los demás estados confederados) y cuando los daneses se negaron a aceptarlo, lanzaron a su fuerza combinada a través del río Eider y penetraron en el Schleswig.

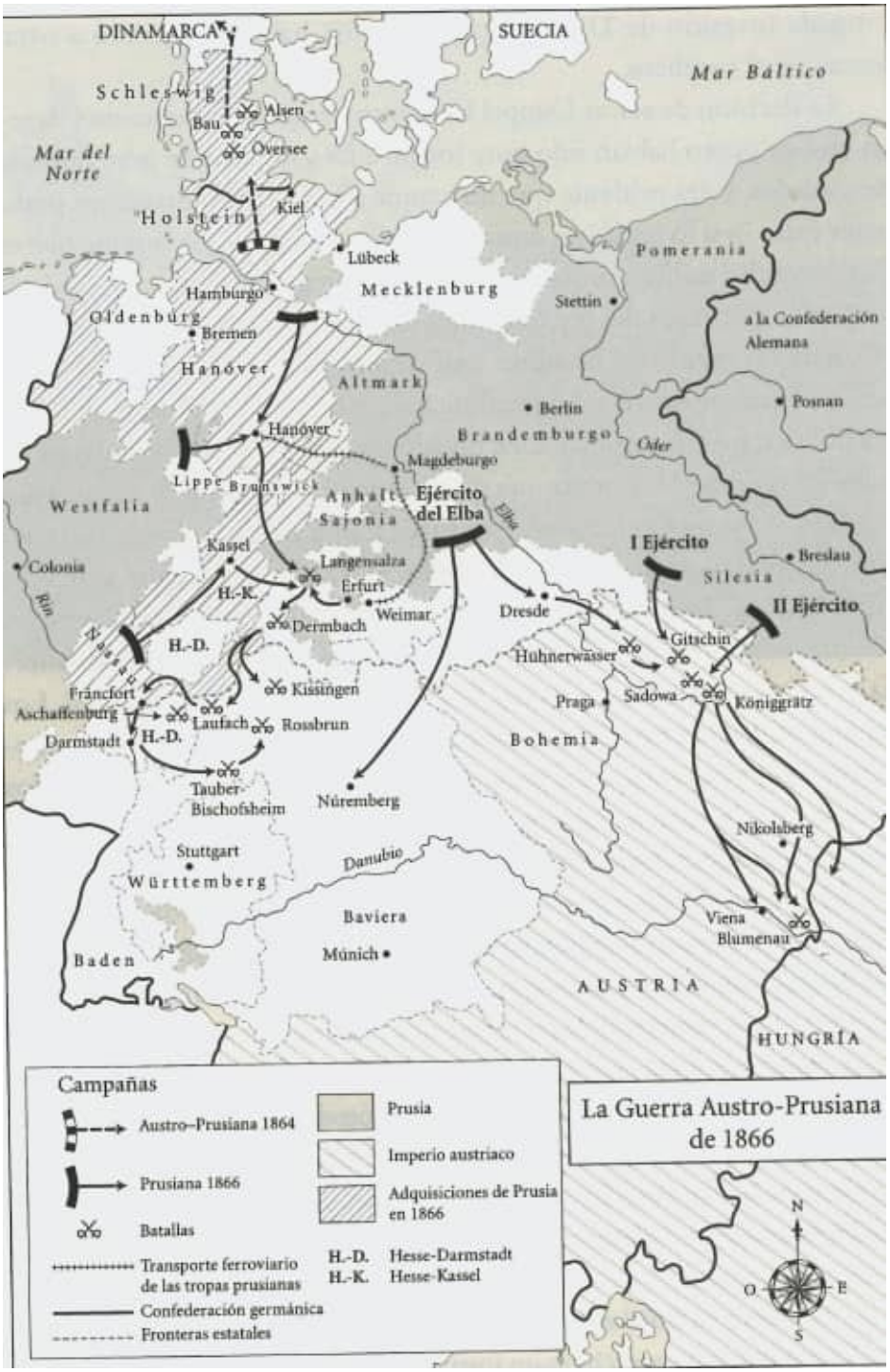
Se trataba de un importante giro: la rivalidad austro-prusiana de los años 1850 y los primeros 1860 parecía haber cedido el paso a una dulce armonía y cooperación. Pero la aparente unidad de metas escondía un pandemonio de expectativas opuestas. Para el canciller austríaco, conde Johann Bernhard Rechberg, la campaña conjunta era una oportunidad para desacreditar al movimiento nacionalista alemán mientras fundaba un condominio sobre Alemania y revigorizaba las instituciones transterritoriales de la Confederación Germánica. Era también una manera de evitar que Berlín se hiciese con nuevos territorios importantes unilateralmente (tales como la anexión del Schleswig) a expensas de Dinamarca (y de Austria). Pero la trastienda de la mente de Rechberg albergaba otra perspectiva de amenaza: Napoleón III, que había comenzado a aceptar su papel de creador de conflictos en Europa, había sugerido a los prusianos que Francia habría apoyado una clara anexión del Schleswig-Holstein, y también de los estados menores de la Alemania del norte, a Prusia. Daba la impresión de que París estuviese preparando otra guerra contra Austria, con Prusia en el papel de Piamonte. Rechberg, que estaba siendo informado pormenorizadamente por Bismarck de tales iniciativas, supo que esta era una guerra que al imperio austríaco no le merecía la pena combatir.

La agenda de Bismarck no podía ser más diferente. La Confederación, como tal, no jugaba ningún papel en sus planes. Su objetivo último era anexionar a Prusia los ducados. El jefe del Estado Mayor prusiano, Helmut von Moltke puede haber sido la influencia decisiva en este asunto. Moltke se oponía firmemente a convertir a los ducados en un estado independiente, sobre la base de que una nueva entidad se convertiría en satélite de los Habsburgo y abriría un agujero en el flanco marítimo norte de Prusia. Como sabía Bismarck, con todo, una anexión unilateral habría expuesto a Prusia a la amenaza de represalias combinadas por parte de Austria, el resto de los estados de la Confederación y, posiblemente, una o más potencias europeas. Las tropas extras podrían también ser útiles, especialmente si, como temía Moltke, los daneses conseguían explotar su superioridad naval para evacuar a su contingente de la parte continental. El acuerdo para colaborar con Austria era, así, un instrumento temporal para limitar los riesgos y asegurar que todas las opciones permanecían abiertas[21].

La Guerra Danesa llegó a su fin el 1 de agosto de 1864, cuando los daneses fueron forzados a pedir la paz. Merecen destacarse tres aspectos del conflicto: el primero que los prusianos no habían superado a los austríacos militarmente. Un error inicial había sido nombrar al mariscal de campo prusiano, conde Friedrich Heinrich Ernst von Wrangel, comandante en jefe de las fuerzas aliadas. Wrangel, que tenía ochenta años de edad, era viejo por sus años y, aunque popular entre los conservadores de la corte, era, en el mejor de los casos, un mediocre general. Toda su experiencia de combate la había adquirido contra insurgentes civiles en la revolución de 1848. Mientras Wrangel iba dando bandazos de error en error en Dinamarca, las unidades austríacas se comportaron con valor y habilidad. El 2 de febrero de 1864, una brigada austríaca atacó y ocupó la posición danesa de Ober-Selk con tal clarividencia que el anciano Wrangel corrió a abrazar y besar en las mejillas a su comandante, ante el desconcierto de sus colegas prusianos. Cuatro días más tarde, la brigada austríaca Nostitz penetró en las fortificaciones de Oeversee, fuertemente defendidas, mientras que la división de guardias prusiana miraba desde su flanco casi inerte. Eran reveses frustrantes para un ejército que no había participado en una guerra en medio siglo y que necesitaba desesperadamente demostrar su ánimo, tanto ante la comunidad internacional como ante su propia población, que había seguido las luchas políticas sobre las reformas militares[22].

El segundo aspecto sorprendente del conflicto fue la primacía de la dirección política sobre la militar. La Guerra Danesa fue el primer conflicto

armado de Prusia en el que un político civil ejerció su control. A lo largo de toda la guerra Bismarck aseguró que la evolución del conflicto servía a los objetivos de su diplomacia. Evitó que las fuerzas prusianas persiguieran al ejército danés hasta Jutlandia en las primeras semanas de la guerra, con el fin de garantizar a las grandes potencias que la campaña conjunta no quería alterar la integridad territorial del reino de Dinamarca. Claro está que hubo meteduras de pata —a mediados de febrero Wrangel envió un destacamento de marcha de guardias al norte, al otro lado de la frontera con Jutlandia, pese a las instrucciones en contra. Pero Bismarck convenció al ministro de la guerra de que enviase una fuerte reprimenda al anciano general, y Wrangel fue relevado del mando a mediados de mayo tras la insistencia de Bismarck —. Fue Bismarck quien controló las comunicaciones con Viena, garantizando que los términos de la alianza se iban desarrollando en beneficio de Prusia. Y en abril fue Bismarck quien insistió para que las fuerzas prusianas atacasen las fortificaciones danesas de Düppel, en el Schleswig, en vez de organizar una prolongada invasión de Dinamarca que podía haber arrastrado a otras potencias al conflicto.



La decisión de atacar Düppel fue controvertida. Las posiciones danesas en este punto habían sido muy fortificadas y dotadas de gran número de soldados, y era evidente que un ataque frontal de los prusianos podía tener éxito —si lo tenía— a costa de numerosas bajas. «¿Se supone que es una necesidad política tomar los baluartes?» preguntó el príncipe Federico Carlos, hermano del rey, que había sido colocado al frente del asedio. «Costará un montó de hombres y de dinero. No veo la necesidad militar[23]». El caso de organizar un enfrentamiento de envergadura en Düppel era político más que

militar. Una invasión de Dinamarca con todas las de la ley no era deseable por razones diplomáticas y los prusianos necesitaban urgentemente una espectacular victoria. Hubo muchas quejas entre los comandantes, pero acabó prevaleciendo Bismarck y el ataque se llevó a cabo. El 2 de abril los prusianos iniciaron un fuerte bombardeo de las defensas, utilizando sus nuevos cañones rayados. El 18 de abril la infantería atacó al mando de Federico Carlos. No fue un combate fácil. Los daneses ofrecieron una fiera resistencia desde sus batidas defensas y sometieron a los prusianos a un poderoso fuego mientras trepaban por los terraplenes delante de las trincheras. Más de 1000 prusianos fueron muertos o heridos; los daneses sufrieron 1700 bajas.

El control de Bismarck durante todo el conflicto provocó considerable tensión y malestar. Cuando los comandantes protestaron, Bismarck les recordó inmediatamente que el ejército no tenía ningún derecho a interferir en la conducción de la política —se trataba de una extraordinaria declaración de cuál era el escenario de Prusia, que revela lo que habían cambiado las cosas desde la revolución de 1848—. De todos modos, el ejército no tenía intención de aceptar este veredicto, como el ministro de la Guerra Albrecht von Roon dejó claro en un memorando del 29 de mayo de 1864:

> «Ha sido y es difícil encontrar un ejército que se considere y que se conceptúe a sí mismo como un instrumento *puramente* político, un bisturí para un cirujano diplomático […]. Cuando un gobierno depende —y esta es nuestra situación— especialmente de la porción armada de la población […], los puntos de vista del ejército sobre lo que hace o no hace el gobierno no son indudablemente un asunto indiferente[24]».

46. Tropas prusianas asaltan las trincheras danesas en Düppel, 18 de abril de 1864, *grabado contemporáneo.*

En el júbilo por la victoria tales altercados fueron olvidados rápidamente, pero las implicaciones subyacentes saldrían a la superficie más tarde y de una manera más agria y amenazadora. La afirmación de Bismarck respecto al control sobre prácticamente todos los ámbitos del ejecutivo ocultó el asunto, pero no resolvió el problema estructural de las relaciones entre civiles y militares en la cumbre del estado prusiano. La revolución de 1848 había parlamentarizado a la monarquía sin desmilitarizarla. En el núcleo de los acuerdos posrevolucionarios existía una decisión evitada que obsesionaría a la política prusiana (y alemana) hasta el colapso de la monarquía de los Hohenzollern en 1918.

Las victorias prusianas en Dinamarca —a Düppel le siguió a finales de junio un exitoso asalto anfibio contra la isla de Alsen— transformaron asimismo el paisaje político interno. La oleada de entusiasmo que siguió abrió divisiones latentes en el movimiento liberal prusiano. La petición de Arnim-Boitzenburg de mayo de 1864, que reclamaba la anexión de los ducados, atrajo a 70 000 firmas, y no solo por parte de los conservadores sino también de muchos liberales. Los éxitos militares de Prusia tuvieron también, de manera más general, un efecto perturbador, ya que parecían demostrar la

eficacia del programa de reformas al que se habían opuesto tan decididamente los liberales. Era cada vez mayor el deseo de llegar a un acuerdo con el gobierno, reforzado por el temor de que, si el conflicto se prolongaba, el movimiento liberal podría perder su influencia sobre la opinión pública.

En 1864 y 1865, Bismarck y «sus» ministros jugaron hábilmente con el parlamento, enfrentándolo a propuestas de ley que dividieron a la mayoría liberal y la forzaron a tomar una postura impopular. En la propuesta de ley de construcciones navales de 1865, por ejemplo, el gobierno preguntó al parlamento sobre la aprobación de la construcción de dos fragatas armadas y de una base naval en Kiel, con un coste de apenas 20 millones de táleros. La creación de una marina alemana era un fetiche del movimiento nacionalista liberal, en especial tras la guerra con Dinamarca, en la que las operaciones navales habían jugado un papel notable. Casi todos los diputados apoyaron fuertemente los gastos propuestos, aunque se vieron obligados a rechazar el proyecto de ley sobre la base de que, al no haber un presupuesto legal, el parlamento no podía aprobar nuevos fondos. Bismarck aprovechó la oportunidad para lanzar una andanada contra la actitud «impotentemente negativa» de la cámara[25].

El ministro-presidente pudo permitirse arriesgar en este sentido pues las arcas del gobierno prusiano estaban llenas a rebosar. Durante los años 1850 y 1860, la economía prusiana experimentó los efectos transformadores del primer *boom* mundial. El rápido crecimiento en la red ferroviaria y en las empresas asociadas, como la de las fundiciones de acero y fabricación de maquinaria, se vio sustentada por una fenomenal expansión de la extracción de combustibles fósiles. En los años 1860 las minas de carbón del distrito del Ruhr en la Renania prusiana crecieron a una media del 170 por cien al año, llevando el cambio económico y social por un camino nunca visto en la historia de la región. El crecimiento se basó en la convergencia del cambio a numerosos y diferentes niveles: mejora de la calidad en varios estadios de la producción, ahorros por medio de la mejora en la infraestructura de los transportes, un amplio mercado de capitales líquidos (sustentado en las carreras por el oro de Australia y California), una balanza comercial favorable y, como hemos visto, la retirada del gobierno prusiano de varios tipos de regulaciones que anteriormente obstruían el crecimiento.

Si bien el *boom* se ralentizó algo durante el «primer desplome mundial» de 1857-1858, los años 1860 presenciaron una vuelta a una robusta expansión, aunque sobre una base sectorial más amplia de lo que había sido el caso en el decenio anterior. Al contrario que en los años 1850, cuando el

crecimiento surgió en gran medida del sector de la industria pesada, los años 1860 presenciaron una expansión más coordinada en la industria pesada, textiles y agricultura. Y todo esto se vio apoyado por unas inversiones que crecieron rápidamente por medio de los bancos y de las sociedades anónimas que obtuvieron cada vez más altas tasas de interés[26].

La combinación entre este prolongado *boom* y las mejoras fiscales y financieras de los años 1850 y la expansión de la producción en las minas de propiedad estatal tuvo un efecto predecible en los ingresos del gobierno. En marzo de 1865 Bismarck se jactaba ante un confidente de que la guerra contra los daneses había sido financiada en buena medida con los superávits presupuestarios de los dos años anteriores; solo 2 millones de táleros habían sido sacados del tesoro estatal. Y no parecía tampoco que el dinero fuese a agotarse en el próximo futuro. Empresarios serviciales, como el banquero de Colonia Abraham Oppenheimer y su colega berlinés Gerson Bleichröder, asediaron al ministro-presidente con lucrativas ofertas de privatizar empresas gubernamentales o comprar las acciones del estado de las compañías semipúblicas. «Los financieros nos presionan para obtener préstamos sin la aprobación del parlamento», declaraba Bismarck, «pero podríamos financiar dos veces la Guerra Danesa sin necesitar ninguno[27]».

La guerra de Prusia contra Alemania

El 1 de agosto de 1864 el rey Cristiano de Dinamarca cedió todos sus derechos sobre los ducados a Prusia y a Austria, y pasaron bajo ocupación militar conjunta austro-prusiana, mientras se esperaba una decisión de la Confederación Germánica sobre su futuro. Todo esto pareció más bien la inauguración de una era de armoniosa hegemonía dual basada en la cooperación entre las dos mayores potencias alemanas. Esto es ciertamente lo que buscaban los austríacos y Bismarck hizo lo que pudo para alentar estas esperanzas. En unas instrucciones de agosto de 1864 al embajador prusiano en Viena, ofrecía la zalamera observación de que «una verdadera política alemana es posible solo si Austria y Prusia están unidas y toman el mando. Desde este elevado punto de vista, una alianza íntima de las dos potencias ha sido nuestra meta desde el principio […]. Si Prusia y Austria no están unidas, Alemania no existe políticamente[28]». Esto no fue más que música celestial. El objetivo de Bismarck seguía siendo anexionar ambos ducados a Prusia y neutralizar la influencia política de Austria en Alemania. Y su plan era

conseguirlo, si fuese necesario, por la guerra. Ya en 1863 había sugerido a Rusia que Prusia podía llevar a cabo enseguida un ataque por sorpresa contra el imperio austríaco «como en tiempos de Federico II en 1756[29]». Su táctica era dejar abiertas todas las opciones prolongando la ocupación conjunta y, al mismo tiempo, provocando a los austríacos en todas las oportunidades posibles.

En la lucha diplomática que siguió sobre el futuro del Schleswig-Holstein los austríacos se hallaban en una situación de desventaja geopolítica. Los ducados eran extremadamente remotos respecto a Viena, y el interés austríaco en mantener una presencia militar era lógicamente tibio. En el otoño de 1864 los austríacos ofrecieron a Berlín que eligiese entre dos tipos de acción: los prusianos podían a) reconocer a los ducados como un estado separado bajo la dinastía de los Augustenburg, o b) anexionarlos a Prusia y compensar a Austria con territorio a lo largo de la frontera silesiana. Bismarck rechazó ambas opciones, declarando que Silesia no era negociable, y añadiendo más bien misteriosamente que Berlín tenía derechos especiales en ambos ducados. A esto siguió, en febrero de 1865, una provocadora declaración consistente en que Prusia entendía considerar toda forma de «independencia» para el Schleswig-Holstein en forma de satélite prusiano. Entre tanto, los prusianos seguían ampliando su control en los ducados, desencadenando furiosas quejas de los austríacos, que respondieron llevando el asunto ante la Dieta Confederal y volviendo a poner sobre la mesa la sucesión de los Augustenburg, En el verano parecía como si la guerra fuese inminente. La crisis quedó aplazada cuando Francisco José envió un embajador a negociar un nuevo acuerdo con el rey Guillermo.

El resultado fue la Convención de Gastein, firmada el 14 de agosto de 1865: basada en una propuesta de Bismarck, la convención conservaba la soberanía conjunta austro-prusiana sobre los ducados, pero colocando al Schleswig bajo control prusiano y el Holstein bajo el austríaco. Pero Gastein no fue más que un arreglo temporal concebido por Bismarck con el fin de ganar tiempo. Las provocaciones prusianas en el Holstein continuaron y en enero de 1866 aprovechó un mitin nacionalista en favor de Augustenburg en el Holstein para acusar directamente a Viena de haber roto con los términos del tratado. El 18 de febrero un consejo de la corona en Berlín resolvió que la guerra entre las dos potencias alemanas era inevitable. Los generales, ministros y altos diplomáticos aceptaron que Austria no había cumplido con la Convención de Gastein y que continuaba tratando a Prusia como rival y enemigo. Todos estuvieron de acuerdo con Bismarck cuando este señaló que

la misión de Prusia era dirigir a Alemania, y que esta muy «natural y justificada» ambición había sido bloqueada injustamente por Austria. El príncipe heredero se quedó solo proponiendo una solución no militar[30].

El siguiente paso de Bismarck fue tratar de llegar a una alianza con Italia. Las negociaciones comenzaron inmediatamente después del consejo de la corona y se firmó un tratado contra Austria el 8 de abril de 1866. Los dos estados estaban comprometidos, ahora, a ayudarse mutuamente en caso de que estallase una guerra con Austria en los siguientes tres meses. (Bismarck resucitó también la veterana tradición prusiana de la quinta columna húngara, empleada por Federico el Grande en la Guerra de los Siete Años y de nuevo en los años 1790 por Federico Guillermo II, pero sus contactos con el movimiento revolucionario húngaro no produjeron ninguna consecuencia). En el consejo de la corona del 28 de febrero, Bismarck había anunciado asimismo que pretendía obtener «garantías más definitivas» de Francia, y se lanzaron debidamente varias sondas en París que proporcionaron una serie de vagas propuestas y contrapropuestas. Se ha discutido mucho sobre qué garantías le dio Bismarck a Napoleón exactamente, pero parece probable que se comprara la neutralidad francesa con promesas de compensaciones en Bélgica, Luxemburgo y posiblemente en la región entre el Rin y el Mosela (abarcando al Sarre prusiano y al Palatinado bávaro). Dado que los austríacos habían comprado la neutralidad francesa con acuerdos muy parecidos (¡incluyendo un estado satélite francés en Renania!), Napoleón III tenía todas las razones para confiar en que Francia acabaría siendo beneficiaria del conflicto prusiano-austriaco, fuese quien fuese el vencedor[31].

La tercera potencia cuya actitud fue crucial para el éxito de los designios prusianos era Rusia, que había bloqueado los planes unionistas de Federico Guillermo IV y Radowitz en 1848-1850, mientras ayudaba a restaurar la suerte de Austria. En 1866, sin embargo, las cosas habían cambiado: Rusia estaba sumergida en un proceso de reformas políticas internas fundamentales. Las relaciones con Austria seguían siendo frías (los planes estratégicos de Rusia preveían que Austria y Gran Bretaña —no Prusia— fuesen los oponentes más probables en una futura guerra). Las desavenencias posteriores a la Guerra de Crimea entre los dos imperios orientales ya habían producido dividendos para Cavour en 1859. La lección no se había perdido para Bismarck, que acababa de dejar su puesto de Fráncfort y sucedió que fue enviado a la embajada prusiana en San Petersburgo, cuando estalló la crisis italiana. Bismarck había cultivado relaciones con Rusia con gran cuidado

desde que fue nombrado ministro-presidente y parecía haber pocas razones para temer una intervención por ese lado[32].

Estos preparativos diplomáticos fueron acompañados por otras medidas destinadas a desorientar al campo liberal alemán y perturbar la confianza pública en la Confederación Germánica. El 9 de abril, Bismarck lanzó una propuesta ante la dieta pidiendo la creación de un parlamento nacional alemán que sería elegido por sufragio universal masculino directo. Los representantes confederales estaban todavía reflexionando sobre esta inesperada iniciativa cuando llegaron noticias de movimientos de tropas en Italia, lo que provocó una movilización parcial austríaca el 21 de abril, dando comienzo una serie de despliegues de tropas y contramedidas que culminaron en una movilización general por ambos bandos.

Mientras las dos grandes potencias alemanas se preparaban para la guerra, estuvo claro que la mayoría de los estados alemanes menores de la Confederación apoyaría a Austria. El 9 de mayo, una mayoría de representantes de la dieta votaba a favor de una resolución que pedía a Prusia que explicase las razones de la movilización. A finales de mes los austríacos, formalmente, cedieron la responsabilidad de los ducados a la Confederación. En la primera semana de junio las tropas prusianas penetraron en el Holstein, sin encontrar resistencia por parte de los austríacos, que se retiraron a Hanóver. El 11 de junio el embajador austríaco en la dieta denunciaba la ocupación prusiana del Holstein como ilegal y contraria a los términos de la Convención de Gastein, y propuso una resolución llamando a la movilización de la Confederación contra Prusia. El 14 de junio, en la última reunión plenaria de la dieta en Fráncfort, la resolución fue aprobada por una mayoría de votos y el embajador prusiano salió, declarando que su gobierno consideraba disuelta la Confederación. Cinco días más tarde, los italianos declaraban la guerra a Austria[33].

Con la neutralidad de Francia y de Rusia prácticamente asegurada, los prusianos se lanzaron a la guerra contra Austria en el verano de 1866, bajo unos auspicios favorables de una constelación como gran potencia. Con todo, el resultado no estaba de ninguna manera previsto de antemano. La mayoría de los mejor informados contemporáneos —incluyendo al emperador Napoleón III, que había combatido realmente contra los austríacos en 1859— predijeron una victoria austriaca[34]. Y la actuación en combate de los dos ejércitos en la Guerra Danesa no había hecho nada para modificar esta opinión. Es cierto que los prusianos se habían embarcado en un programa de reformas militares desde 1859, pero estas no habían sido tan revolucionarias

como se ha afirmado con frecuencia[35]. En todo caso, también Austria había respondido al desastre de 1859 con su propio programa de reformas: su artillería se había perfeccionado y se desplegaba bien gracias a un personal de las baterías muy entrenado. Era verdad que Prusia gozaba de una ligera superioridad numérica en el teatro de operaciones de Bohemia, donde se decidiría la guerra: 254 000 prusianos se enfrentaban a 245 000 hombres del Ejército Austríaco del Norte. La situación habría sido bastante diferente, naturalmente, si los italianos no hubiesen empleado más de 200 000 hombres en su ofensiva sobre Venecia, obligando a los austríacos a desviar a 100 000 soldados extra para el frente sudoeste.

Austria gozaba asimismo de una ventaja estratégica importante en el contexto diplomático de 1866, ya que la mayoría de los estados alemanes medios optaron por ponerse del lado de Viena contra Berlín. Los prusianos se vieron obligados, así, a movilizar tropas no solo contra Austria, sino también contra otros estados alemanes que intervenían en la guerra incluyendo, lo que era lo más importante, a Hanóver y a Sajonia. En total, los ejércitos confederales de 1866 aportaron 150 000 hombres, dispersos en varios ejércitos separados. Lo que significaba, a su vez, que el jefe del Estado Mayor prusiano, Helmut von Moltke, debía dividir al ejército prusiano en cuatro bloques lo suficientemente pequeños para ser transportados rápidamente por las vías férreas, muy separadas entre sí, de Prusia a las fronteras de Austria, Sajonia y Hanóver. Por el contrario, Austria podía operar sobre un territorio mucho más concentrado y tenía la ventaja de moverse por líneas interiores.

¿Por qué, entonces, ganaron los prusianos? La famosa invocación de Bismarck a la «sangre y hierro» se ha interpretado, por lo general, como una referencia al papel de la industria en la consolidación del poder prusiano. Prusia o, al menos, una parte de Prusia, había experimentado sin duda un gran crecimiento de su capacidad industrial en los últimos años 1850 y primeros años 1860. Pero esto jugó un papel menor en la victoria prusiana sobre los austríacos de lo que se puede pensar[36]. No disponemos de las cifras necesarias para efectuar comparaciones directas, pero sí podemos indicar que una brecha cualitativa separaba las economías de ambos antagonistas en 1866. Ciertamente, en algunos aspectos, la economía prusiana resultó ser más atrasada que la austríaca —un mayor porcentaje de prusianos que de austríacos se dedicaba a la agricultura, por ejemplo—. De las distintas armas que tuvieron un papel en 1866, las únicas que requerían los procesos de manufactura más elaborados eran los cañones de la artillería de campaña, y aquí eran los austríacos, con sus perfeccionados cañones rayados, quienes

claramente llevaban ventaja, Sea como sea, no fue una guerra que opuso una economía industrial a la otra. Se trató de un enfrentamiento breve, violento, en el que ambos bandos hubieron de arreglárselas con el armamento y las municiones previamente acumulados. Es cierto que Moltke dio gran importancia al uso del ferrocarril, pero en este caso su elaborada planificación estuvo a punto de llevar al desastre a los prusianos, cuyos trenes de aprovisionamiento alcanzaron a sus propias tropas solo cuando la batalla de Königgrätz ya había sido ganada. Mientras tanto, los ejércitos prusianos vivían del territorio o pagaban sus gastos, en buena medida como habían hecho los ejércitos de Federico el Grande. Así, el poder industrial tuvo menos protagonismo que la cultura política y militar.

Aunque el ejército de la Confederación Germánica disponía de unos 150 000 hombres, difícilmente era una fuerza combatiente formidable. En realidad, no constituía un ejército, pues nunca se habían entrenado juntos y carecían de una estructura de mando unificada —era una consecuencia de medio siglo de particularismo en el seno de la Confederación—. Además, los ejércitos de los estados medios eran reticentes a tomar la iniciativa contra Prusia. Ateniéndose a las estipulaciones de la constitución confederal, que prohibía a los estados alemanes dirimir sus diferencias por la fuerza, prefirieron esperar hasta que Prusia hubiese violado claramente la paz. Baviera, por ejemplo, que poseía el contingente más grande —los 65 000 hombres del VII Cuerpo de Ejército Federal— informó a Viena ya en junio de 1866 de que Austria podía contar con el apoyo bávaro solo si Prusia invadía realmente un estado alemán aliado. Así, no deseaba contemplar cualquier acción previa.

Muchos de los demás cuerpos federales se vieron incapacitados por las divisiones políticas internas, lo que hizo que las acciones rápidas y concertadas fueran prácticamente imposibles. En el caso del VIII Cuerpo de Ejército confederal, por ejemplo, que incluía tropas de Württemberg, Baden y Hesse-Darmstadt, su comandante, el príncipe Alejandro de Hesse, era un austrófilo que prefería la intervención a favor de Austria, pero el jefe de Estado Mayor era un württembergués más cauteloso. Las órdenes recibidas de su soberano eran ralentizar el despliegue del príncipe con una marcha lenta y hacer lo que pudiese para evitar movimientos hacia el este, para que las tropas estuviesen disponibles en caso de necesidad para defender las fronteras del propio Württemberg. Ante la ofensiva prusiana, el ejército hanoveriano se retiró al sur con la esperanza desesperada de que los bávaros o los austríacos pudiesen marchar hacia el norte para unirse a ellos. Tras una pequeña victoria

contra una fuerza numéricamente inferior en Langelsalza, fueron desalojados de sus posiciones defensivas por la llegada de refuerzos prusianos, y obligados a rendirse el 29 de junio, y se les proporcionaron billetes de tren gratuitos para que volviesen a casa. Las noticias de la derrota hanoveriana reforzaron ulteriormente la determinación de los estados alemanes meridionales de cruzarse de brazos y limitarse a guardar sus fronteras. La única contribución verdadera fue la de los sajones, que abandonaron su territorio para luchar junto a los austríacos del Ejército del Norte en Bohemia.

El autor real de la victoria prusiana de 1866 fue el jefe del Estado Mayor, Helmut von Moltke. En Bohemia, en mucha mayor medida que en Dinamarca, Moltke pudo desplegar una concepción estratégica innovadora: su modo de abordar la guerra austríaca fue dividir las fuerzas prusianas en agrupaciones suficientemente pequeñas que pudieran dirigirse a la máxima velocidad posible hasta el punto del ataque. El objetivo era engranar las unidades convergentes yuxtaponiéndolas solo en el último minuto, con el fin de dar el golpe decisivo. La ventaja de la innovación era que reducía la presión logística sobre las estrechas carreteras rurales y ferrocarriles de vía única y así se evitaban embotellamientos y atascos en el tráfico. El aumento de la rapidez y de la maniobrabilidad de las fuerzas en el campo de batalla incrementó las probabilidades de que fuesen los prusianos más que sus enemigos quienes determinasen los tiempos y el escenario de los enfrentamientos decisivos. Esta concepción de la movilización requería una utilización compleja de los recursos infraestructurales más modernos: ferrocarriles y carreteras en particular, y el telégrafo, pues así los distintos ejércitos separados podían ponerse en contacto inmediatamente entre sí y se hacía necesaria una rigurosa coordinación por parte del cuartel general. El principal inconveniente potencial de esta concepción era que, como hemos visto, podía conducir a error con facilidad: si los ejércitos se veían forzados a desviarse o no podían mantener el paso unos con otros, existía el riesgo de que el enemigo pudiese atacarlos individualmente con fuerzas superiores.

Como complemento de esta agresiva concepción estratégica existía una serie de medidas que hacían de la infantería prusiana la mejor de Europa. A mediados de los años 1860 Prusia era la única gran potencia europea que armaba a sus soldados con un fusil de cerrojo, el Dreyse Zündgewehr, o fusil de aguja: este era, básicamente, un fúsil de tipo moderno, cuyo cartucho consistía en una bala montada sobre una cápsula cilíndrica que contenía una carga explosiva que se introducía en una cámara metálica y se detonaba por medio de un percutor (conocido como «de aguja» por su forma alargada). El

fusil de aguja poseía una ventaja fundamental sobre las armas que se cargaban por la boca, usadas todavía por la mayoría de los ejércitos europeos. Podía ser recargado y disparado de tres a cinco veces más rápido que las armas de pistón o percusión. Un hombre tendido tras una mata de hierba, o de pie detrás de un árbol podía recargar, apuntar y disparar su fusil de aguja sin salir de su escondite, no había necesidad de echar la pólvora por la boca del cañón, meter el taco y disparar el arma. Lo que permitía una aplicación más flexible y más letal del fuego de infantería en combate cercano de lo que había sido posible con anterioridad.

No había nada especialmente misterioso en el fúsil de aguja: la tecnología era muy conocida. Con todo, la estructura militar no optó por adoptarlo como arma general de la infantería. Había buenas razones para ello: los primeros prototipos del arma de aguja resultaron claramente poco fiables; la obturación por el gas era a veces defectuosa, por lo que la recámara explotaba o emitía una rociada de pólvora ardiendo —lo que no era una característica que inspirase entusiasmo en un fusilero medio—. Muchos soldados, entrenados con fusiles de aguja de la primera generación, vieron que el cerrojo era propenso a agarrotarse y a veces debía golpearse con una piedra; tendía asimismo a encasquillarse tras un fuego continuado. Otro problema era que los hombres dotados de este complejo instrumento podían disparar demasiado deprisa, malgastando la costosa munición para acabar tirando el arma ya inútil y abandonando el combate. Por el contrario, se dice, los antiguos fusiles de avancarga, con su reducida cadencia de fuego, imponían cierto grado de disciplina en las filas de la infantería. Quizá la más importante razón por la que se rechazó el fúsil de aguja fue simplemente la preferencia generalizada de la época por lo que se conocía como «tácticas de choque». Estas se basaban en la noción —un tipo de ortodoxia entre los pensadores militares europeos de mediados de siglo— de que la potencia de fuego de la infantería era, en última instancia, de importancia secundaria en todo enfrentamiento militar serio. Era la artillería la que podía basarse en una alta precisión, y un fuego de elevado impacto. Lo que contaba en el frente de combate era la posibilidad de sacar al enemigo de una posición protegida, y esto se conseguía mejor con rápidas descargas de masas de infantería con la bayoneta calada.

Los prusianos resolvieron la mayoría de las objeciones prácticas a la nueva arma probando rigurosamente y modificando el prototipo de Dreyse, con el resultado de que sus especificaciones mejoraron pronto en sucesivas tandas, mientras que el coste de la producción y de las municiones bajaba. Al mismo tiempo, se establecieron políticas para mejorar la maestría técnica y la

disciplina de fuego de los hombres que usaban el arma. Entre 1862 y 1864, mientras que los austríacos recortaban su gasto anual en prácticas de tiro, basándose en cambio en tácticas de choque, los prusianos introducían un régimen extenso de puntería: los infantes eran entrenados para usar sus fusiles en toda ocasión de tiro, e instruidos sobre cómo utilizar sus puntos de mira para compensar la parábola de la bala, y se exigía que se llevase un registro de sus aciertos y fallos en un «cuaderno de tiro». Aquí, el mando militar podía cosechar el premio del ejemplar sistema educativo prusiano. Sin las excepcionalmente altas tasas de alfabetización y números del reino, un régimen de este tipo no habría sido posible. Todo esto implicaba la concesión de un mucho mayor nivel de autonomía y capacidad propia al soldado raso de lo que era la norma en los ejércitos europeos de mediados de siglo. El nuevo infante prusiano era profesional —al menos en teoría—, no ganado a conducir por sus oficiales en dirección del enemigo. La capacidad del ejército prusiano para hacerse con innovaciones técnicas en una serie de campos separados pero interdependientes se debe en gran medida al Estado Mayor General, que se especializó en integrar la investigación armamentística y la evolución de las doctrinas estratégicas y tácticas.

El resultado de estos cambios fue una creciente complementariedad entre las practicas de campaña prusianas y austríacas. Mientras los austríacos se centraron en refinar sus tácticas de choque —especialmente tras los desastres de 1859— los prusianos lo hicieron en las «tácticas de fuego» basadas en el fusil de aguja. Moltke supo combinar flexibilidad y rapidez en el despliegue estratégico ofensivo de grandes unidades con el despliegue táctico controlado y defensivo de las unidades de infantería en el campo de batalla. Por el contrario, los austríacos tendían a mantenerse estratégicamente a la defensiva y tácticamente a la ofensiva. Pero nada de esto hacía inevitable una victoria prusiana. Había pocas razones para, sin visión retrospectiva, suponer que el fuego fuese a llevarse la palma respecto al choque. Los austríacos utilizaron las tácticas de choque contra los italianos en Custoza el 24 de junio de 1866, y los propios prusianos las habían utilizado eficazmente contra los daneses atrincherados en Düppel. También se comprendió, desde el punto de vista austríaco, que había que adoptar una política estratégica defensiva asumiendo que los ataques de los prusianos, con sus ejércitos separados y sus líneas de aprovisionamiento demasiado extendidas, acabarían exponiéndose a un paralizante golpe austriaco. Y tampoco fue obvio que el fusil de aguja fuese una ventaja decisiva —después de todo, el fusil de avancarga modelo 1854

utilizado por la mayoría de la infantería austríaca era una arma más precisa y de mayor alcance.

Mientras tanto, sin embargo, la guerra en Bohemia demostraba que las ventajas de la rapidez predominaron sobre las del alcance y que las oleadas de soldados de infantería cargando a la bayoneta tenían pocas posibilidades contra el fuego graneado de una infantería bien posicionada armada con fusiles de cerrojo. El 28 de junio los austríacos fueron sometidos ya a una primera y penosa demostración de la potencia de las tácticas de fuego cuando el general Clam-Gallas, que mandaba el I Cuerpo de Ejército austríaco, se enfrentó a dos compañías de fusileros prusianos en un puente sobre el río Iser, cerca de la pequeña localidad de Podol. Los hombres del I Cuerpo de Ejército despejaron la localidad con poco esfuerzo; cuando los refuerzos prusianos avanzaron, los austríacos lanzaron una carga a la bayoneta para rechazarlos. Pero en vez de echar a correr, los prusianos detuvieron su marcha, desplegaron sus pelotones de vanguardia y comenzaron a disparar rápidamente contra la masa de austríacos que avanzaban. El fuego continuó durante treinta minutos. Una vez detenido el ímpetu del ataque austríaco, los prusianos peinaron la localidad calle por calle, «manteniéndose en contacto por los destellos de sus fusiles a medida que iba cayendo la noche[37]». De los 3000 austríacos empleados en la batalla por Podol, casi 500 fueron bajas; las bajas prusianas fueron unas 130. Hacia las dos de la mañana los austríacos habían recibido suficiente y se retiraron.

El día anterior, en un encuentro entre el II Ejército prusiano y el VI Cuerpo de Ejército austríaco, en la meseta de Nachod, en Bohemia, se dieron unas cifras también desequilibradas de bajas —1200 prusianos contra 5700 austríacos—. En este sangriento combate, más de un quinto de los austríacos empleados fueron muertos o heridos. Incluso en los casos en que prevalecieron los austríacos, como en Trautenau, donde los prusianos fueron cogidos en desventaja y obligados a retirarse fuera de Bohemia, a las montañas, el terrible fuego de los fusiles de aguja produjo 4800 bajas austríacas contra 2300 prusianas[38].

Naturalmente, la victoria de los ejércitos prusianos no debe ser atribuida solamente al fusil de aguja. Aunque es difícil establecer exactamente el impacto de tales factores, es evidente que los austríacos mostraron una moral más baja en comparación con sus adversarios prusianos. Polacos, ucranianos, rumanos y venecianos figuran en primer lugar entre los que desertaron o fueron capturados ilesos por los prusianos, lo que sugería que la motivación entre las tropas no germanas (aunque no los húngaros) era menor que en los

austríacos. Los súbditos italianos de la corona de los Habsburgo, obviamente, tenían pocas razones para que les gustase una guerra que estaba siendo combatida contra sus compatriotas. Un oficial prusiano que participaba en una escaramuza en Hühnerwasser el 26 de junio de 1866 quedó sorprendido al ver a tres venecianos de infantería sentados lejos de donde se combatía, entre las altas plantas de maíz en torno a la aldea; al ver que se acercaban los prusianos, parece ser que tiraron sus fusiles, cubrieron de besos sus manos y pidieron merced. También había problemas de comunicación en muchas unidades austríacas, pues los oficiales y los hombres hablaban lenguas diferentes. Recordando la batalla de Münchengratz, el jefe del Estado Mayor del I Cuerpo de Ejército austríaco informaba que en el XXX Regimiento mixto polaco-ucraniano, que había combatido bravamente hasta el anochecer, cuando los hombres ya no pudieron ver a sus oficiales dando ejemplo de lo que había que hacer[39]. Por el contrario, los reclutas polacos del ejército prusiano demostraron ser soldados voluntariosos y fiables.

La cultura de mando austríaca fue un ulterior factor que contribuyó a la derrota. Mientras hubo ciertamente malentendidos, fallos de comunicación y episodios de desobediencia por parte de los mandos subordinados prusianos, los austríacos sufrieron por el sistemático cruce de las líneas de mando, por lo que el movimiento de los ejércitos se vio constantemente perturbado por órdenes inconsistentes o contradictorias; había una tendencia a perder tiempo debatiendo los méritos de las instrucciones desde arriba, y los oficiales carecían de un sentido claro de los objetivos a plazo inmediato o largo de un combate dado. Los trenes de suministros no llegaban, de modo que las tropas terminaban acciones prolongadas sin alimentos ni bebida. Los austríacos tampoco dispusieron de una organización del Estado Mayor con la misma capacidad y cohesión que el Estado Mayor General prusiano. A comienzos de julio, el Estado Mayor del Ejército del Norte en Bohemia había acabado degenerando en una laxa aglomeración de correos y portadores de órdenes. Finalmente, el comandante en jefe austríaco, general Ludwig Benedek, cometió una serie de errores graves, el más desastroso de los cuales fue el despliegue de tropas austríacas, a comienzos de julio, en torno a la fortaleza de Königgrätz —en una posición en la que podía ser acosado por los prusianos teniendo el río Elba detrás de ellos cortándoles la retirada.

Fue aquí donde tuvo lugar la batalla decisiva el 3 de julio de 1866. Durante diecisiete horas, medio millón de hombres armados se disputaron un frente entre la fortaleza del río de Königgrätz y la ciudad bohemia de Sadowa[*]. El ingente enfrentamiento no fue el triunfo de la planificación

militar. Benedek, en un primer momento, no había tenido intención de dar batalla en Königgrätz; se había visto atrapado allí en su camino hacia Olmütz, e inicialmente había esperado que el emperador lo liberase de quedar enganchado comenzando conversaciones de paz con los prusianos. En cuanto a los prusianos ya a fines de junio sus dos ejércitos principales separados seguían teniendo dificultades para seguir en contacto y había cierta confusión entre los comandantes prusianos sobre la exacta localización del Ejército del Norte austríaco. Cuando empezó la batalla el 3 de julio, lo fue en parte por accidente. El príncipe Federico Carlos, comandante del 1 Ejército prusiano, había encontrado una fuerza austríaca la tarde anterior, y ello lo convenció de que Benedek había decidido detenerse y combatir, y lanzó un ataque en las primeras horas de la mañana sin consultar a su comandante en jefe. La ventaja estaba todavía de parte de los austríacos, que controlaban la parte alta del terreno, donde se habían atrincherado bien y gozaban de una ventaja decisiva en artillería pesada. Sin embargo, fueron los prusianos los que se hicieron con la victoria. Una vez que el I Ejército prusiano hubo atacado a los austríacos durante la mayor parte de la mañana, el II Ejército bajo el mando del príncipe heredero Federico avanzó para atacar a los austríacos por el flanco. A medida que se estrechaba el nudo alrededor de la posición austríaca, Benedek no pudo gozar de plena ventaja de las brechas en las líneas enemigas. Cometió también el error de lanzar a 43 batallones a un combate desesperado en el Swiepwald, una mancha boscosa compacta en el flanco izquierdo prusiano, donde la infantería utilizaba fusiles de aguja, con los que segaba oleada tras oleada de soldados austríacos. A finales de la tarde, los austríacos se habían visto forzados a retirarse. La victoria prusiana fue total: más de 40 000 hombres del Ejército del Norte habían muerto o habían sido heridos. A los austríacos no les quedaba ni siquiera una sola brigada de infantería eficaz sobre el campo.

El 22 de julio de 1866, el emperador Francisco José capitulaba ante los prusianos. La guerra austro-prusiana había terminado, exactamente siete semanas después de haber empezado. Al emperador austríaco no se le exigió perder territorios, pero tuvo que aceptar la disolución de la Confederación Germánica y la creación de una Confederación Alemana del Norte dominada por Prusia al norte del río Meno. Prusia se aseguró carta blanca para hacer las anexiones que quisiese en el norte, con la excepción del fiel aliado de Austria, el reino de Sajonia. El Schleswig y el Holstein fueron anexionados, junto con partes de Hesse-Darmstadt y todo Hanóver, Hesse-Kassel, Nassau y la ciudad de Fráncfort. Los desafortunados burgueses de Fráncfort, escenario de la

humillación diplomática prusiana en vísperas de la guerra con Austria, fueron sometidos a pagar una indemnización punitiva de 25 millones de florines.

Bismarck había triunfado sobre sus enemigos alemanes. Y prevaleció también sobre sus enemigos prusianos. A finales de febrero de 1866, los liberales prusianos habían formado un sólido bloque de oposición, que se mantenía unido por el comportamiento tiránico y provocador de la administración de Bismarck. A diferencia de Austria, donde había un considerable entusiasmo por la guerra, la opinión pública prusiana era mayoritariamente hostil. Una reunión contraria a la guerra, en la ciudad industrial de Solingen, en Renania, el 25 de marzo, inauguró una oleada de concentraciones de la oposición en toda la monarquía. Hubo peticiones y manifiestos antibélicos a raudales. Parecía, en buena medida, como si los liberales hubiesen tenido éxito en movilizar un genuino movimiento de masas.

Las noticias sobre la movilización de Prusia y la victoria transformaron completamente la situación. La ocupación prusiana de Hanóver, Dresde y Kassel fue recibida con una oleada de júbilo. Multitudes alborozadas rodeaban a Bismarck en cuanto aparecía en público. Las consecuencias políticas se sintieron en la primera vuelta de las elecciones al Landtag del 25 de junio, cuando los votos para el colegio electoral revelaron un brusco giro hacia los conservadores. El 3 de julio, cuando las tropas prusianas atacaban las posiciones austríacas en Könnigrätz, la segunda vuelta de las elecciones dio una cámara con 142 escaños conservadores (a diferencia de los 28 de la cámara anterior). Bismarck había previsto esto: «En el momento de la decisión», le dijo al conde Von der Goltz, embajador de Prusia en París, «las masas estarán con la monarquía[40]».

La noticia de la victoria en Könnigrätz y la posterior capitulación dejó al antiguo bloque parlamentario liberal en una situación imposible. Ya no volverán más a la larga disputa sobre la legitimidad de las reformas militares. Una indemnización austríaca de 40 millones de florines recompuso la liquidez del gobierno y acentuó la independencia respecto al parlamento. Además, a muchos de los personajes notables del campo liberal los movía fuertemente la posibilidad de éxito de Prusia. Un ejemplo típico fue Gustav Mevissen, el exministro revolucionario de 1848, que presenció el desfile de la victoria por Unter den Linden en un estado próximo a la intoxicación:

> No puedo sacudirme de encima la impresión de esta hora. No soy un devoto de Marte; tengo más afinidad con la diosa de la belleza y la madre de las gracias que con el poderoso dios de la guerra, pero los trofeos de guerra ejercitan un encanto máximo sobre el hijo de la paz. Los ojos

de uno se ven captados […], las infinitas filas de hombres que aclaman al dios del momento —el éxito.

Otro caso semejante fue el del industrial Werner Siemens, para el cual la victoria sobre Austria fue un momento de transformación: en el espacio de pocos meses rompió con sus amigos liberales de izquierda e hizo campaña por la reconciliación con Bismarck, antes de retirarse totalmente de la política para centrarse en construir su empresa[41].

A muchos liberales les parecía obvio que los acontecimientos de 1866 habían creado un firme punto de partida. La derrota de la neoabsolutista Austria (y la derrota implícita del catolicismo como una fuerza en los asuntos alemanes) resultaba, en opinión de muchos, un logro intrínsecamente liberal. La promesa de Bismarck de una más estrecha unión nacional sobre una base constitucional hablaba de arraigadas aspiraciones liberales. Los liberales consideraban la unidad nacional según los términos propuestos por Bismarck como las bases de un orden político más racional que habría abierto la puerta a un ulterior progreso político y constitucional. Subyaciendo a esta optimista visión había una creencia en el carácter esencialmente progresista del estado prusiano, que, a su vez, legitimaría el papel dominante de Prusia en la nueva Alemania. Había aquí una base común con elementos del liderazgo militar. También Moltke, que en su día había sido estudiante de Hegel, veía a Prusia como modelo de un estado racional progresista y libre de prejuicios ante cuyo liderazgo político había que someterse necesariamente ya que se hallaba en la vanguardia de desarrollo histórico[42]. El consenso sobre la cualidad fundamentalmente progresista y virtuosa del estado —fuesen cuáles fuesen los planes del gobierno del momento— jugó un papel en salvar la brecha creada por la crisis constitucional.

Bismarck reconocía que había llegado el momento de volver a tejer el sistema político prusiano unido. El liberalismo era una fuerza política demasiado importante y potencialmente fructífera para ser marginada para siempre —al conceder esto Bismarck se revelaba como un verdadero ejecutor de los acuerdos posrevolucionarios de los años 1850—. No había ningún golpe contra la constitución —con gran disgusto de los toscos conservadores que aclamaban gustosamente a Bismarck como uno a de los suyos—. Al parlamento se le ofreció una propuesta de ley de compensación; esta consistía en un reconocimiento pleno de que el gobierno había actuado ilegalmente durante los años de crisis; y proporcionó también un medio de reafirmar la autoridad del parlamento y conseguir que la barca de la constitución volviese a equilibrarse[43]. Estas y otras concesiones hábilmente ideadas fueron

suficientes para disolver la ya frágil unidad de la oposición liberal. Se produjo una creciente oleada de defecciones en las filas de los progresistas parlamentarios que se mantenían todavía en contra de Bismarck. Desertores como Karl Twesten (aquel que había sido herido en un brazo solo cuatro años antes por el jefe del gabinete militar) fueron calurosamente recibidos por Bismarck, que acabó con las últimas dudas residuales, al llevarlos respetuosamente a las consultas sobre ulteriores concesiones de interés para los liberales[44].

Bajo la presión de estos arreglos entre Bismarck y la oposición moderada, el frente liberal que se había formado durante la crisis constitucional quedó deshecho. Se abrió la brecha entre aquellos liberales que veían en la unidad nacional la promesa de un orden político más racional y aquellos progresistas que se centraban más bien en los asuntos relacionados con la libertad y los poderes parlamentarios que habían estado en el centro del conflicto constitucional. Es bastante interesante el que los «nuevos prusianos» acabaran dominando enseguida el naciente movimiento Liberal Nacional —sus dos líderes más conspicuos, Rudolf von Bennigsen y Johannes Miquel, eran ambos hanoverianos elegidos tras la anexión de 1866 (muchos de los viejos liberales prusianos consideraron difícil sacudirse la antipatía de los años de crisis).

Una brecha complementaria acabó abriéndose en el seno de las filas conservadoras. Muchos conservadores habían esperado que la victoria sobre Austria anunciara un ajuste de cuentas final con el sistema parlamentario-constitucional, y estaban desilusionados con la decisión de Bismarck de proponer una ley de compensación. El resultado fue un cisma entre los «conservadores libres» que deseaban apoyar al arriesgado ministro-presidente y los viejos conservadores a quienes ofendía todo intento de reconciliarse con los liberales por medio de concesiones políticas. En el centro del espectro político emergía ahora un bloque híbrido de liberales moderados y flexibles conservadores bismarckianos que jugarían un papel crucial al proporcionar una plataforma de gobierno estable en el parlamento prusiano y el nuevo Reichstag de la Confederación Alemana del Norte. Esto no era precisamente una consecuencia de la habilidad política de Bismarck, sino que era una vuelta a los acuerdos políticos posrevolucionarios de los años 1850. Fue la crisis constitucional la que llevó a los liberales a formar un solo bloque; cuando la presión decreció, derivaron a facciones fundamentalistas y realistas. Del lado conservador, asimismo, el cisma de 1866-1867 abrió una bien establecida brecha entre aquellos que habían aceptado el orden constitucional

de 1848-1849 y los que no lo habían aceptado. Esto se vio alterado después de Königgrätz por la división entre aquellos (incluyendo un notable contingente de latifundistas pietistas del este del Elba) que habían seguido apegados a una identidad estatal específicamente prusiana y aquellos que querían abrazar la más amplia causa de la nación alemana.

Con la victoria de 1866 la larga historia del enfrentamiento de Prusia con Austria por la hegemonía sobre los estados alemanes llegó a su fin. Ahora, existía un compacto bloque de territorio prusiano que iba de Francia y Bélgica en el oeste hasta las llanuras de la Lituania rusa en el este. Prusia poseía más de los cuatro quintos de la población de la nueva Confederación Alemana del Norte, entidad federal que abarcaba los 23 estados septentrionales cuyo centro era Berlín. Los estados meridionales de Hesse-Darmstadt, Baden, Württemberg y Baviera evitaron la anexión, pero se consiguió que firmaran alianzas que los colocaron en la esfera de influencia de Prusia.

La Confederación Alemana del Norte podía parecer un poco una continuación del antiguo Deutscher Bund (cuya dieta había votado complacientemente su propia disolución el 28 de julio en el comedor del hotel Tres Moros, de Augsburgo), pero, en realidad, la denominación no era más que una hoja de parra que ocultaba el dominio prusiano. Prusia ejercía un control exclusivo sobre los asuntos militares y exteriores; en este sentido, la Confederación Alemana del Norte era, como dijo el propio rey Guillermo, «el brazo alargado de Prusia». Al mismo tiempo, sin embargo, la nueva Confederación ofrecía cierta legitimación democrática de los acuerdos sobre la política de poder de 1866. En términos constitucionales, se trataba de una entidad experimental sin precedentes en la historia de Prusia o de Alemania. Poseía un parlamento que representaba a la población (masculina) de todos los estados miembros, cuyos diputados eran elegidos sobre la base de la ley electoral del Reich redactada por los revolucionarios en 1849. No hubo intentos de imponer el derecho de voto de las tres clases prusiano; en cambio, todos los hombres de veinticinco años de edad o más adquirían el derecho a voto libre, igual y secreto. Así, la Confederación Alemana del Norte fue uno de los últimos frutos de la síntesis posrevolucionaria. Se mezclaron elementos de la vieja política de los gabinetes principescos con la nueva e impredecible lógica de la representación parlamentaria nacional[45].

La guerra contra Francia

Ya en agosto de 1866 Bismarck confiaba a un estrecho colaborador del gran duque de Baden que pensaba que la unión entre el norte y el sur de Alemania era «solo una cuestión de tiempo[46]». Con todo, en muchos aspectos, las condiciones para tal unión seguían siendo poco propicias tras la guerra con Austria. Francia, que era la que más podía perder por una ulterior extensión de la influencia prusiana, obviamente era contraria a esa unión. Los austríacos esperaban todavía dar la vuelta al veredicto de 1866. El nuevo ministro de asuntos exteriores austríaco, Friedrich Ferdinand von Beust, era un sajón prusófobo que esperaba que los estados meridionales de Alemania pudiesen servir —en colusión, quizá, con Francia— de palanca para desequilibrar la hegemonía prusiana. En los estados alemanes del sur, y especialmente en Württemberg y Baviera, la opinión pública seguía oponiéndose vehementemente a una estrecha unión. Se consideró un ultraje, en marzo de 1867, la revelación de que los gobiernos de la Alemania del sur habían cedido parte de su autonomía tras la guerra de Austria en tratados «eternos» de carácter ofensivo-defensivo con la Confederación Alemana del Norte. En Baviera y Württemberg las elecciones parlamentarias de 1869 dieron lugar a mayorías antiliberales opuestas a una pequeña unión alemana. En Baviera en particular, el clero católico promovió la agitación, desde el púlpito, contra una unión más estrecha con la Confederación Alemana del Norte dominada por Prusia, y circularon peticiones que obtuvieron centenares de miles de firmas. Comenzaba a cristalizar un frente antiprusiano, formado por patriotas particularistas, católicos proaustríacos y demócratas de la Alemania del sur. Surge un catolicismo político como un formidable obstáculo interno para los objetivos de los unionistas. La oposición antiunionista describía a Prusia como anticatólica, autoritaria, represiva, militarista y como una amenaza contra los intereses económicos del sur.

Bismarck, como siempre, se mostró flexible sobre la cuestión de cómo y cuándo se realizaría la unificación de Alemania. Pronto abandonó su esperanza primera de que se produjera a través de un proceso pacífico de convergencia. Durante un tiempo se interesó por los planes para crear una «confederación del Sur» (*Südbund*) que uniría a Baden, Württemberg y Baviera, pero la desconfianza mutua entre los estados del sur (en especial de Baviera) hizo imposible el acuerdo. Luego hubo planes para integrar a los estados del sur, gradualmente, con la creación de un «parlamento aduanero» *(Zollparlanient)*, que los miembros de la *Zollverein* no integrados en la Confederación Alemana del Norte estaban facultados para enviar diputados.

Pero las elecciones del sur de Alemania para este cuerpo en marzo de 1868 revelaron nada más que la oposición a una unión más estrecha era profunda.

La noción de que la unificación podía verse acelerada por la amenaza a la seguridad por parte de Francia fue otro tema del pensamiento de Bismarck: en el verano de 1866 había observado que «en caso de una guerra con Francia, la barrera del río Meno será superada y toda Alemania será arrastrada a la guerra[47]». El comentario se refería específicamente a la aprensión de que Francia pudiese decidir usar la fuerza para revertir las ganancias prusianas tras Königgrätz, pero coincidía también con la política prusiana desde los años 1820, que había tendido siempre a ver que las amenazas francesas a la seguridad habían facilitado los designios prusianos. Abundaba, ciertamente, el material para potenciales fricciones entre los dos poderosos vecinos. El emperador Napoleón III estaba sorprendido por la escala de los éxitos prusianos de 1866, y estaba convencido de que esto significaba una amenaza para los intereses franceses. Y acusaba también el hecho de que Francia no había recibido ninguna «compensación» a la manera tradicional, pese a las generosas pero vagas promesas ofrecidas por Bismarck antes de la guerra. En la primavera de 1867, Bismarck explotó tales tensiones en el escenario denominado crisis de Luxemburgo. Tras haber animado a Napoleón III encubiertamente a satisfacer tales expectativas por medio de la anexión de Luxemburgo, Bismarck primero filtró noticias sobre los planes del emperador a la prensa alemana, sabiendo que iban a desencadenar una oleada de nacionalismo ultrajado, y luego tomó públicamente la postura del estadista alemán obligado por el honor y la convicción a ejecutar la voluntad del pueblo. La crisis se resolvió en una conferencia internacional que garantizaba el estatus de Luxemburgo como estado independiente, pero esto podía haber llevado fácilmente a una declaración de guerra francesa, como sabía el propio Bismarck[48]. De nuevo, Bismarck demostró ser el maestro de la confusión, que podía mezclar maniobras encubiertas y posturas públicas, alta diplomacia y política popular, con consumada habilidad.

Una oportunidad más de explotar las fricciones con Francia surgió con ocasión de la candidatura de los Hohenzollern al trono español. Tras la deposición de la reina Isabel II por la revolución española de 1868, el nuevo gobierno de Madrid consideró que la persona apropiada para ocupar su puesto era el príncipe Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen, un pariente católico de Alemania meridional de la familia reinante prusiana, casado con una portuguesa. Bismarck reconoció que este asunto podía ser utilizado para causar fricciones con Francia y se convirtió en ardiente partidario de que el

príncipe Leopoldo fuese el sucesor. Presionando en el caso del príncipe se desarrollaba una ardua batalla, pues tanto Guillermo I como el padre de Leopoldo se mostraron opuestos en un primer momento. Sin embargo, en el verano de 1870, Bismarck había conseguido, persuadiendo e intrigando pacientemente, asegurarse el consentimiento de ambos hombres. En julio, ante las noticias de que la candidatura se había formalizado, surgió una oleada de nacionalismo ultrajado en Francia; en un belicoso discurso en el parlamento francés, el poco experimentado nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Antoine Agénor, duque de Gramont, prometió a la nación francesa que no se permitiría nunca a Leopoldo acceder al «trono de Carlos V» —en referencia al siglo XVI, cuando la dinastía alemana de los Habsburgo había amenazado con envolver a Francia—. El embajador francés en Berlín, Vincent de Benedetti, fue enviado a Bad Ems, donde Guillermo I pasaba sus vacaciones tomando baños, para intentar arreglar el asunto con el rey de Prusia.

Dado que Guillermo I respondió de modo conciliador a la petición de Benedetti y acabó aceptando que Leopoldo renunciase a su reclamación sobre el trono de España, la cosa pareció terminar ahí, con la victoria diplomática de París. Pero Gramont cometió un grave error táctico. Benedetti fue enviado ante el emperador para pedir una garantía ulterior y de mayor alcance respecto a que el rey prusiano nunca más apoyaría la candidatura. Exigir que el monarca prusiano se atara las manos a perpetuidad era ir demasiado lejos y Guillermo respondió con un educado rechazo. Cuando Bismarck recibió el telegrama del rey (inmortalizado como «Telegrama de Ems») resumiendo lo fundamental de la reunión con Benedetti, vio inmediatamente que acababa de surgir una oportunidad para dar una bofetada a los franceses sin rendirse en el aspecto moral. El 13 de julio publicó una versión dulcificada del texto (se suprimieron algunas palabras, pero no se añadió ninguna otra), en el que el rechazo pareció una brusca negativa y el embajador un peticionario impertinente. La traducción francesa de la edición publicada fue filtrada también a la prensa. El gobierno francés, irritado, y anticipándose a una explosión de rabia nacional, respondió con órdenes de movilización el día siguiente.

Aquí, como en 1864 y 1867, había una crisis política hecha a la medida de Bismarck, que comprendió, mejor que cualquiera, cómo explotar las inestables relaciones entre el mecanismo dinástico y las fuerzas del nacionalismo de masas. Sin embargo, la habilidad y astucia de Bismarck, por muy notables que fuesen, podían también decepcionar: no controló los

acontecimientos; no había planificado la candidatura de los Hohenzollern, y pese a que insistió fuertemente sobre ella en la primavera y verano de 1870, se hallaba preparado, asimismo, para echarse a un lado cuando pareciese que el rey prusiano aceptaba la retirada y deseaba aceptar una victoria diplomática de Francia. Aun diciendo que Francia le hizo el juego en parte esto no describe adecuadamente la situación, pues la disposición de Francia para correr el riesgo de una guerra no se debió a la acción de Bismarck, sino que expresó una negativa de principio a aprobar toda disminución de su lugar privilegiado en el sistema internacional europeo. Los franceses fueron a la guerra en 1870 porque creían —bastante razonablemente que podían ganar. Así, sería una exageración decir que Bismarck había «planeado» la guerra con Francia. Bismarck no era un exponente de la guerra preventiva. Era, como él mismo observó una vez, como si uno se pegaba un tiro en la cabeza porque tenía miedo de morir[49]. Por otro lado, la guerra con Francia estaba incluida, sin duda, en su menú de las opciones políticas, siempre que Francia tomase la iniciativa y actuase primero. Durante las crisis de Luxemburgo y de España, Bismarck operaba una política abierta que incorporaba la *posibilidad* de una guerra pero que también servía a otros objetivos, como el de acelerar la integración de los estados del sur de Alemania y desafiar las pretensiones francesas[50]. Aunque el episodio de Ems hubiese generado solo fricciones y amenazas de París, también esto le habría servido a Bismarck para sus objetivos al recordar a los alemanes del sur que seguirían siendo vulnerables hasta que no entrasen en una unión con el norte.

Las noticias de la movilización y de la consiguiente declaración de guerra por parte de Francia produjeron una oleada de excitación patriótica en Prusia y en los demás estados alemanes. A su vuelta de Bad Ems en tren, Guillermo I fue aclamado en cada estación por multitudes que lo ovacionaban. Incluso los suralemanes se mostraban ofendidos por la belicosidad y arrogancia del discurso de Gramont en el parlamento francés e indignados por el trato insolente al rey de Prusia. El ambiente en el Ministerio de Exteriores y en el Ministerio de la Guerra era de confianza, y con razón: los planes ya estaban preparados para la coordinación de las operaciones militares con los estados del sur de Alemania, según los términos fijados en sus alianzas con la Confederación Alemana del Norte. La situación diplomática era también favorable: Viena luchaba todavía con las consecuencias de las reformas internas de largo alcance y se mostraba reticente para arriesgarse en una acción conjunta; el borrador del tratado de 1869 había quedado sin firmar. Por lo que respecta a los italianos, era

improbable que ayudasen a París mientras tropas francesas continuaran de guarnición en lo que quedaba de los Estados Papales (esto, con el fin de evitar que Roma y su hinterland fuesen absorbidos por el Reino de Italia). Gran Bretaña ya había hecho las paces con la idea de una Alemania unificada dominada por Prusia, y los rusos habían sido engatusados por Bismarck con la promesa de que Prusia habría apoyado a San Petersburgo en la revisión de las estipulaciones más duras del acuerdo de paz de Crimea. Había, pues, pocas razones para temer que Rusia pudiese intervenir en favor de Francia[51]. Seguía abierta la ventana de oportunidades creada por el conflicto de Crimea.

En términos militares los prusianos estaban bien situados —mejor de lo que muchos contemporáneos creían— para vencer. Poseían —en total— un ejército más grande, adecuado y más disciplinado que los franceses. Además superaban a estos en la táctica y en la infraestructura. Como ocurrió en la guerra con Austria, la superioridad de la organización militar prusiana era fundamental. Al contrario del Estado Mayor General prusiano-alemán, que trataba directamente con el rey, el Estado Mayor francés era un mero departamento del Ministerio de la Guerra; en materia de estrategia, táctica y disciplina se veía sujeto siempre a las presiones políticas de una Asamblea Nacional inclinada a la izquierda. El Estado Mayor prusiano, con su reputación confirmada por la victoria de 1866, había seguido, tras la guerra de Bohemia, incorporando mejoras en el transporte y el aprovisionamiento, con el resultado de que Prusia se movilizaba con mucha mayor rapidez que su adversario, transportando más de medio millón de hombres a la frontera con Francia, mientras que el ejército francés del Rin seguía disponiendo de solo 250 000 hombres. Los antiguos cañones de ánima lisa que habían actuado tan lamentablemente contra la artillería austríaca en 1866 se habían quedado obsoletos y habían sido sustituidos por cañones de ánima rayada, que disponían de la más reciente tecnología. Se habían hecho grandes esfuerzos en mejorar el despliegue táctico de la artillería como apoyo de la infantería, un campo en el que los prusianos habían fallado en 1866.

Pero nada de esto garantizaba una victoria prusiana. Gracias al esfuerzo del Estado Mayor General, el armamento de ambos bandos era mucho más parecido en 1870 que en los conflictos anteriores. La decisiva ventaja aportada por el fusil de aguja respecto a Austria desapareció en 1870 gracias al excelente fusil de infantería de los franceses (conocido por *chassepot*), por no mencionar a la *mitrailleuse*, una de las primeras ametralladoras que causaba estragos allí donde entraba en acción contra las tropas prusianas. A los prusianos les perseguían los habituales malentendidos y pasos en falso. El

general Steinmetz, una vez más, destacó por su alegre despreocupación por las instrucciones provenientes del Estado Mayor General, y los choques de agosto en Spicheren, Wissembourg y Froeschwiller fueron casi casuales, más que planeados. Incluso Moltke cometió algunos errores graves, el más notable de los cuales fue, al comienzo de la campaña, hacer marchar a más de 200 000 soldados a través del frente francés, exponiendo sus fuerzas a un ataque por el flanco que podía haber sido devastador; afortunadamente para los prusianos, el comandante francés, general Bazaine, no fue capaz de aprovechar la oportunidad.

Los prusianos explotaron también su superioridad marginal en artillería con creciente habilidad, utilizando sus cañones de campaña para alejar el fuego francés de la infantería prusiana que avanzaba. Pero lo que es más importante es que, quizá, los prusianos cometieron menos errores que sus enemigos. En Mars-la-Tour, Bazaine, comandante de las fuerzas francesas del Rin, no pudo organizar una ofensiva, transformando una potencial victoria francesa en un desastre que dejó expuesto el punto fuerte estratégico de Verdún al avance alemán. A comienzos de septiembre de 1870, a apenas seis semanas del comienzo de la guerra, los franceses habían perdido una serie de batallas decisivas y, en ellas, unas irremplazables reservas de armamento, de oficiales y de personal experimentado. Tras la aplastante derrota y capitulación de las fuerzas francesas del general Patrice de MacMahon el 1 y 2 de septiembre en Sedán, el propio Napoleón III fue hecho prisionero junto a 104 000 hombres. La guerra se prolongó todavía unas semanas más cuando los alemanes tomaron Estrasburgo y comenzaron un largo asedio de París, mientras que los francotiradores se hacían cada vez con más bajas tras las líneas alemanas. Tras arduas negociaciones con el nuevo ministro republicano, Adolphe Thiers (la persona que con su lenguaje desatado sobre las anexiones francesas de 1840 había provocado la crisis del Rin), se firmó una paz provisional a finales de febrero. Pero no fue hasta el 10 de mayo de 1871 cuando, después de que las fuerzas del gobierno francés hubiesen aplastado el levantamiento de la Comuna de París, se llegó a un tratado final en Fráncfort. Mientras tanto, Bismarck había superado las objeciones de los estados sureños y se había asegurado su aprobación respecto a la unión. El 18 de enero de 1871 se proclamaba un nuevo imperio alemán en el Salón de los Espejos del palacio de Versalles. Exactamente a los 170 años del día siguiente en que se coronó rey a Federico I de Prusia, el rey Guillermo I aceptaba el título de emperador de Alemania.

Una nueva europa

Durante siglos, el centro germano de Europa había estado políticamente fragmentado y había sido débil. El continente había estado dominado por estados de su periferia, cuyos intereses eran mantener el vacío de poder en el centro. Sin embargo, por primera vez, el centro estaba unido y era fuerte. Así, de ahora en adelante, los estados europeos serían conducidos por una dinámica nueva y desconocida. Benjamin Disraeli, jefe de la oposición conservadora en la Cámara de los Comunes británica, vio esto más claramente que la mayoría. «Esta guerra representa la revolución alemana, un acontecimiento político más grande que el francés», declaró en la Cámara. «No hay una sola tradición diplomática que no haya sido barrida[52]». Cuán verdaderas fueron estas observaciones se irá comprobando solo gradualmente.

La era del dualismo austro-prusiano —tiempo atrás un principio estructurador de la vida política entre los estados alemanes— había terminado. Ya en mayo de 1871, el ministro de Asuntos Exteriores austríaco, conde Friedrich Ferdinand von Beust, reconoció la inutilidad de una política de contención y aconsejó al emperador Francisco José que Viena debía, a partir de ahora, tratar de «llegar a un acuerdo entre Austria-Hungría y Prusia-Alemania sobre los distintos asuntos[53]». El propio Beust no sobrevivió para controlar la nueva orientación —fue destituido en noviembre de 1871—, pero su sucesor, el conde Gyula Andrássy, se mantuvo en general en la misma línea. El primer fruto fue la Liga de los Tres Emperadores de octubre de 1873, entre Austria-Hungría, Rusia y Alemania; seis años más tarde Bismarck negociaba la más amplia Dúplice Alianza de 1879 que convertía a Austria-Hungría en el aliado más reciente de Alemania. De ahora en adelante la política austríaca trataría de implicar lo más posible a Berlín en los intereses de seguridad de Austria-Hungría, aunque esto significase aceptar un estatus subordinado en el seno de la relación. Ambos estados quedarán ligados el uno al otro hasta 1918.

47. 18 de enero de 1871: El rey Guillermo I de Prusia es proclamado emperador de Alemania en la Sala de los Espejos *del Palacio de Versalles, grabado a partir de un dibujo de Anton von Werner*.

La guerra de 1870, además, situó las relaciones con Francia sobre una base totalmente nueva. La anexión de Alsacia-Lorena —por la que había abogado vigorosamente Bismarck— traumatizó a la élite política francesa y echó una carga duradera sobre las relaciones franco-alemanas[54]. Alsacia-Lorena se convirtió en el santo grial del culto francés de la *revanche* [revancha, *N. del T.*], proporcionando el núcleo de sucesivas oleadas de agitación chovinista. Para hacer más grave todo esto puede muy bien haber influido uno de los «peores errores» de la carrera política de Bismarck[55]. Con todo, incluso sin las anexiones, la mera existencia del nuevo imperio alemán pudo haber transformado las relaciones con Francia. La debilidad de Alemania había sido uno de los pilares tradicionales de la política de seguridad francesa. «Es fácil ver», escribía le ministro de Asuntos Exteriores francés Charles Gravier, conde de Vergennes, en 1779, «qué ventaja [Alemania] podría tener sobre nosotros si este formidable poder no se viera limitado por la forma de su constitución […]. Así, nosotros debemos nuestra superioridad y nuestra seguridad a las fuerzas de la desunión [alemana[56]]». Después de 1871, Francia estuvo comprometida en buscar toda posible oportunidad para contener la nueva potencia en sus fronteras orientales. Esta

duradera enemistad entre Francia y Alemania —a pesar de intentos intermitentes por ambos lados para conseguir un acercamiento— estaba, en cierta medida, preprogramada en el sistema internacional europeo tras la guerra de unificación.

Si consideramos ambos factores —el fuerte nexo con Austria-Hungría y la larga enemistad con Francia— como elementos fijos de la escena europea en los decenios postunificación, entonces es más fácil ver por qué a Prusia-Alemania le fue tan difícil evitar caer en el aislamiento que fue una característica notable de los decenios anteriores a 1914. Desde la perspectiva de París, el principal objetivo debía ser contener a Alemania formando una alianza antialemana. El candidato más atractivo para una asociación así era Rusia. Berlín podía evitar esto solo uniendo a Rusia a un sistema de alianzas propio. Pero todo sistema de alianzas que incorporase a Rusia y a Austria-Hungría no podía ser sino inestable: habiendo sido excluida de Alemania y de Italia, la política exterior austro-húngara se centraba cada vez más en los Balcanes, una región en la que los intereses de Viena entraban en conflicto directamente con los de Rusia[57].

Fue la tensión en los Balcanes la que rompió la Liga de los Tres Emperadores en 1885. Bismarck trató de parchear las relaciones alemanas con Rusia negociando un Tratado de Reaseguro en 1887, pero en 1889 se había hecho cada vez más difícil reconciliar los compromisos de Berlín con Austria-Hungría respecto a sus obligaciones con Rusia. En 1890, el sucesor de Bismarck, Leo von Caprivi, permitió que el Tratado de Reaseguro cayese en el olvido. Enseguida Francia se hizo presente, ofreciendo a San Petersburgo generosos préstamos y subsidios para armamento. El resultado fue la convención militar franco-rusa del 17 de agosto de 1892 y la alianza plena de 1894, ambas claramente dirigidas contra Alemania como futuro enemigo. Para compensar este hecho adverso, Alemania a su vez se volvió hacia Turquía en los años 1890, liberando a Gran Bretaña de su tradicional papel de guardián de los estrechos de los Dardanelos y del Bósforo y permitiendo (desde 1905) hacer una política de apaciguamiento con Rusia[58]. La Europa bipolar que iría a la guerra en 1914 ya estaba ahí. Esto no quiere decir que los estadistas de la Alemania unida estén libres de crítica por los patinazos y omisiones épicos que tanto hicieron para minar la situación internacional de Alemania en el último decenio y medio anterior a 1914. Pero sugiere que el transcendental paso hacia el aislamiento se puede explicar solo en parte en términos de provocación y respuesta política. Representa, a un nivel más

profundo, el desarrollo de la transformación estructural forjada por la «Revolución alemana» de Prusia de 1866-1871.

16
FUSIÓN CON ALEMANIA

En la primavera de 1848, cuando la multitud atestaba las calles en el Berlín revolucionario, el rey Federico Guillermo IV declaraba que Prusia, «de ahora en adelante, se fusionaría con Alemania» *(Preussen geht fortan in Deutschland auf)*. Eran palabras prematuras, pero, de todos modos, proféticas. Aludían al ambivalente presagio de la unificación nacional para el estado prusiano. Alemania se había unificado bajo el liderazgo prusiano, pero su tan ansiada realización inauguraba a su vez un proceso de disolución. Con la formación de un estado nacional alemán, Prusia, cuya historia hemos trazado en este libro, llegaba a su fin. Prusia ya no era un actor autónomo en el escenario internacional. Debía aprender a habitar en el extenso y poderoso cuerpo de la nueva Alemania. Las exigencias de la nación alemana complicaban la vida interna del estado prusiano, amplificando sus disonancias, perturbando su equilibrio político, relajando ciertos nexos y reforzando otros, trayendo, al mismo tiempo, una difusión y una reducción de identidades.

Prusia en la constitución alemana

En términos formales, el lugar de Prusia en la nueva Alemania quedó definido en la constitución imperial del 16 de abril de 1871. Este notable documento era fruto de un complejo compromiso histórico: debía establecerse un equilibrio entre las ambiciones de las entidades soberanas que se habían unido para formar el Reich alemán. El propio Bismarck se había comprometido

especialmente a consolidar y extender el poder de Prusia, pero este era un programa que no tenía mucho atractivo para los gobiernos de Baden, Württemberg o Baviera. La constitución resultante perdió drásticamente su carácter. Realmente, no era en gran medida una constitución en el sentido tradicional de un *tratado* entre territorios soberanos que habían aceptado formar el imperio alemán[1]. Esto quedaba rotundamente claro en el preámbulo, que comenzaba con las palabras:

> Su Majestad el rey de Prusia en el nombre de la Confederación Alemana del Norte, Su Majestad el rey de Baviera, Su Majestad el rey de Württemberg, y Su Alteza Real el gran duque de Baden, Su Alteza Real el Gran Duque de Hesse […] para aquellas partes del ducado de Hesse que se hallan al sur del río Meno, concluyen una federación perpetua [*Bund*] para la protección del territorio de la federación y de los derechos de la misma —y también para salvaguardar el bienestar del pueblo alemán.

De acuerdo con la noción de que el nuevo imperio era una confederación de principados soberanos (*Fürstenbund*), los estados miembros continuaban operando con sus propias legislaturas y constituciones parlamentarias. El poder de imponer y recaudar impuestos directos quedaba exclusivamente en las manos de los estados miembros, no en las del Reich, cuyos ingresos derivaban fundamentalmente de los impuestos indirectos. Seguía existiendo una pluralidad de coronas y cortes alemanas, cada una de las cuales gozaba de varios privilegios y dignidades tradicionales. Los estados alemanes más grandes continuaron incluso intercambiando embajadores entre sí, como había hecho en la antigua Confederación Germánica. Con la misma lógica, los países extranjeros enviaban diplomáticos no solo a Berlín, sino también a Dresde y a Múnich. No había ninguna referencia a la nación alemana, y hasta este momento no existía una nacionalidad alemana, si bien la constitución obligaba asimismo a los estados federados a conceder iguales derechos de ciudadanía a todos los miembros del nuevo imperio[2].

Quizá el aspecto más llamativo del nuevo orden político —tal como la constitución lo definía— fue la debilidad de la autoridad central. Este aspecto se pone aún más de relieve si lo comparamos con la nueva constitución imperial abortada elaborada por los abogados liberales del parlamento de Fráncfort de 1848-1849. Mientras que la constitución de Fráncfort estableció unos principios políticos uniformes para los gobiernos de todos los estados individuales, el documento posterior no lo hacía así. Donde la constitución de Fráncfort preveía la formación de una «Autoridad del Reich» diferente de las de los estados miembros, la constitución del 16 de abril de 1871 declaraba que la autoridad alemana soberana era el Consejo Federal, formado por

«representantes de los miembros de la federación[3]». El consejo determinaba qué proyectos de ley podían presentarse ante el Reichstag, y su asentimiento se requería antes de que los proyectos se convirtieran en leyes, y era responsable de supervisar la ejecución de la legislación del Reich. Cada miembro de la federación gozaba del derecho de proponer leyes y que estas fueran debatidas en el consejo. E incluso la constitución de 1871 anunciaba (Art. 8) que el Consejo Federal debería formar con sus propios miembros una serie de «comités permanentes» con responsabilidades en una variedad de esferas, incluida la de los asuntos exteriores, el ejército y las fortalezas, y los asuntos navales. A un lector no iniciado de la constitución se le podía perdonar, así, que llegase a la conclusión de que el Consejo Federal era la verdadera sede no solo de la soberanía, sino del poder político en el imperio alemán. Este quisquilloso encaje de los derechos federales parecía dejar poco espacio para el ejercicio de la hegemonía prusiana.

Pero las constituciones son, con frecuencia, guías poco fiables de la realidad política —uno piensa en las «constituciones» de los estados del bloque soviético desde 1945 con sus pías alusiones a la libertad de prensa y opinión—. La *Reichsverfassung* de 1871 no era una excepción. La evolución práctica de la política alemana en los decenios posteriores fue minando la autoridad atribuida al Consejo Federal. Aun cuando el canciller Bismarck insistió siempre en que Alemania era y seguiría siendo una «confederación de principados» *(Fürstenbund)*, la promesa constitucional del consejo nunca se cumplió. La causa más importante de esto fue simplemente la primacía de Prusia en términos militares y territoriales. En la federación, el estado prusiano, con su 65 por ciento de la extensión y el 62 por ciento de la población, ejercía la hegemonía de hecho. El ejército prusiano hacía pequeñas a las organizaciones militares suralemanas. El rey de Prusia, asimismo, era, como emperador de Alemania según el artículo 63 de la constitución, el comandante supremo de las fuerzas armadas imperiales, y el artículo 61 estipulaba que «el código militar general prusiano debía ser adoptado para todo el Reich sin dilación».

Esto dejó sin sentido a toda pretensión federal de regular los asuntos militares a través de un «comité permanente». El predominio de Prusia se hizo sentir también en el Consejo Federal: con la excepción de las ciudades-estado hanseáticas de Hamburgo, Lübeck y Bremen, los principados menores de la Alemania central y septentrional formaron una clientela respecto a Prusia sobre la cual siempre podría ejercerse presión cuando fuese necesario. Prusia disponía solo como propios de 17 de los 58 votos del consejo, una

pequeña porción de acuerdo con su tamaño, pero como solo se necesitaban 14 votos para vetar borradores de ley, Prusia se hallaba en una situación que le permitía bloquear las iniciativas que no le gustaran de otros estados. Como ministro-presidente de Prusia y como ministro de Asuntos Exteriores y canciller imperial prusiano, Bismarck se aseguró de que el Comité Federal de Asuntos Exteriores quedase en letra muerta, pese a lo que dijese la constitución en su artículo 8. El resultado fue que el ministro de asuntos exteriores prusiano se convirtió, de hecho, en el ministro de exteriores del imperio alemán. En la esfera de la política interior, el Consejo Federal carecía de la maquinaria burocrática necesaria para elaborar leyes; esto lo hizo depender de la extensa y experimentada burocracia prusiana, lo que dio lugar a que el consejo funcionase cada vez más como cuerpo de revisión de proyectos de ley que habían sido formulados y debatidos por el ministerio de estado prusiano. El papel subordinado del Consejo Federal se reflejaba incluso en la arquitectura política de Berlín; a falta de un edificio propio, se había instalado en la cancillería imperial.

El predominio de Prusia se consolidó ulteriormente debido a la debilidad relativa de las instituciones administrativas imperiales. Así, surgió una administración del Reich de distintos tipos durante los años 1870 cuando se crearon nuevos departamentos para hacer frente a la creciente presión de las tareas del Reich, pero siguió dependiendo de la estructura administrativa prusiana. Los departamentos del Reich (asuntos exteriores, interior, justicia, correos, ferrocarriles, tesoro) no eran ministerios propiamente dichos, sino secretarías de estado de rango subordinado que despachaban directamente con el canciller imperial. La burocracia prusiana era más extensa que la del Reich y siguió siéndolo hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. La mayoría de los funcionarios empleados en la administración imperial eran prusianos, pero este no era un proceso de sentido único en el que los prusianos pululaban por las alturas de mando del nuevo estado alemán. Podría decirse que las instituciones nacionales prusianas y alemanas crecieron juntas, entrelazando sus distintas ramas. Por ejemplo, se hizo cada vez más frecuente que los no prusianos ocupasen cargos de funcionarios imperiales e incluso de ministros. El personal de los ministerios prusianos y de las secretarías imperiales aumentó, cada vez más mezclado[4]. En 1914 un 25 por ciento de los oficiales del ejército «prusiano» no tenían la ciudadanía prusiana[5].

Sin embargo, incluso cuando las membranas entre Prusia y los demás estados alemanes se hicieron más permeables, el federalismo residual del sistema alemán garantizó que Prusia conservase sus instituciones políticas

distintivas. De estas, la más importante en términos constitucionales era el poder legislativo bicameral. El Reichstag alemán era elegido sobre la base del sufragio universal masculino. Por el contrario, la cámara baja del Landtag de Prusia, como hemos visto, cargaba con un sistema de votación de tres clases cuyo poderoso sesgo intrínseco a favor de los propietarios garantizaba el predominio de las fuerzas conservadoras y liberales de derechas. Mientras que las elecciones al parlamento nacional se basaban en un voto directo y secreto, el Landtag prusiano se había constituido utilizando un sistema de votación pública y un derecho a voto indirecto (los votantes elegían un colegio de representantes que, a su vez, elegía a los diputados).

Este sistema se ha considerado una respuesta bastante razonable a los problemas a que se enfrentó la administración tras las revoluciones de 1848 y no evitó que los liberales montasen una formidable campaña contra Bismarck durante la crisis constitucional de los primeros años 1860, pero en los decenios posteriores a la unificación comenzó a parecer cada vez más problemático. El sistema de las tres clases era, sobre todo, claramente propenso a las manipulaciones, pues los colegios de representantes, con sus votaciones públicas, eran mucho más transparentes y manejables que el público en general[6]. En los años 1870, los notables liberales de las provincias explotaron este sistema con gran éxito, utilizando su control del patronazgo local para garantizar que los distritos rurales volviesen a tener diputados liberales. Pero las cosas cambiaron a fines de los años 1870, cuando la administración de Bismarck comenzó a manipular sistemáticamente el proceso electoral a favor de los candidatos conservadores: se purgaron las burocracias locales de elementos políticamente poco fiables y se abrieron a los aspirantes conservadores, a los que se animó a jugar un papel activo en la agitación progubernamental; las fronteras electorales fueron alteradas para salvaguardar las mayorías conservadoras; los colegios electorales fueron trasladados a zonas conservadoras en los inestables distritos rurales, por lo que los votantes de los baluartes de la oposición debían caminar kilómetros campo a través para depositar sus papeletas.

Los conservadores también se beneficiaron del cambio radical en las actitudes políticas, cuando los votantes del medio rural, desconcertados ante el desplome económico de mediados de los años 1870, abandonaron el liberalismo para adoptar políticas sectoriales proteccionistas proagrarias. En las zonas rurales el resultado fue una casi solución de continuidad entre las élites terratenientes conservadoras, el funcionariado prusiano y el contingente conservador en el Landtag. La cohesión de esta red se vio reforzada

ulteriormente por la cámara alta prusiana, un cuerpo aún más conservador que el Landtag, en la que los pares hereditarios y los representantes de los intereses de los terratenientes se sentaban junto a delegados de oficio de las ciudades, el clero y las universidades. Creada en 1854 por Federico Guillermo IV (sobre el modelo de la Cámara de los Lores británica), con vistas a reforzar el elemento corporativo en la nueva constitución, la cámara alta había contribuido a bloquear las propuestas de ley liberales durante la «Nueva Era» y continuó desde entonces —hasta su disolución en 1918— un siendo un oneroso «lastre» conservador dentro del sistema[7].

Los efectos de esta parcial fusión de los intereses conservadores rurales con los órganos de gobierno y representación fueron prolongados. El sistema electoral prusiano favoreció la consolidación de un fuerte *lobby* agrario. Esto, a su vez, significó que una parte conspicua de la población rural, que poseía la gran mayoría de los mandatos, acabó considerando el sistema de las tres clases como el mejor garante de los intereses agrarios. Es razonable aceptar que la introducción del derecho al voto directo, secreto e igual en Prusia deteriorase a las facciones conservadora y liberal-nacional, y por tanto pusiese en riesgo los privilegios fiscales del sector agrario, que gozaba de tasas impositivas preferenciales y tarifas proteccionistas sobre productos alimenticios importados. Desde 1890, cuando surgen los socialdemócratas como el partido más votado en las elecciones nacionales alemanas (al Reichstag), fue posible afirmar que el sistema de tres clases era el único baluarte que protegía a Prusia, sus instituciones y tradiciones, contra el socialismo revolucionario. Este fue un argumento que no solo los conservadores, sino también muchos liberales de derechas y algunos católicos rurales consideraron convincente[8]. La habilitación para votar según el sistema de las tres clases tuvo, así, el pernicioso efecto de reforzar la influencia de los intereses rurales conservadores hasta el punto de que las reformas avanzadas del sistema se hicieron imposibles. Los cancilleres —o incluso un káiser— que intentasen forzar los títulos especiales del sector rural corrían el riesgo de chocar contra una vociferante y bien coordinada oposición por parte de la fronda agraria. Aprender esta lección les costó el puesto a dos cancilleres (Caprivi y Bülow)[9].

Así, el sistema prusiano se inmovilizó a sí mismo; se convirtió, en términos constitucionales, en el ancla conservadora del sistema alemán, tal como Bismarck lo había entendido[10]. No había nada especialmente inicuo en la egoísta política sectorial de los agrarios, y los liberales de izquierda eran igualmente francos respecto a su política pro-empresas y una política de bajos

impuestos. Los socialdemócratas deseaban hablar solo para el «proletariado» alemán, cuya futura «dictadura» —en la cruda retórica marxista que todavía defendía este partido— estaba asegurada. Pero fueron los agrarios y sus aliados conservadores quienes tuvieron éxito en imprimir sus intereses y, hasta cierto punto, su cultura política, en el propio sistema, reclamando en el proceso la propiedad de la idea de una Prusia única e independiente. Entre 1899 y 1911, cuando prácticamente otros territorios alemanes (exceptuando el Mecklenburgo y el pequeño principado de Waldeck) emprendieron notables reformas electorales, Prusia quedó entrampada en sus cada vez más numerosos y anómalos arreglos electorales[11]. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, a los ciudadanos prusianos se les denegaban todavía los derechos de voto igual, directo y secreto. Solo en el verano de 1917, bajo la presión de la guerra y de la creciente oposición interna, la administración prusiana renunciaba a su compromiso con el antiguo derecho a voto. Pero antes de que se diese una oportunidad de descubrir cómo el sistema monárquico se desenvolvería bajo acuerdos electorales más progresistas, se vio tragada por la derrota y la revolución de 1918.

Cambio político y cultural

Aunque la constitución prusiana quedó congelada en el tiempo, no le ocurrió lo mismo a la cultura política. La hegemonía de los conservadores era impresionante, pero estaba limitada también en varios importantes sentidos. Existía una muy cargada polaridad entre la Prusia cuyos diputados —muchos de los cuales eran socialistas y liberales de izquierda— se sentaban en el Reichstag y la Prusia rural cuyos representantes dominaban el Landtag. Las elecciones al Reichstag gozaban de unos notablemente altos índices de participación electoral —desde un 67,7 por ciento en 1898 a un sorprendente 84,5 por ciento en 1912, que fueron las últimas elecciones antes del final de la guerra, cuando los socialdemócratas obtuvieron más de un tercio de todos los votantes alemanes—. Por el contrario, los votantes prusianos de la categoría de ingresos más pobre mostraron su desprecio por el sistema de las tres clases, simplemente alejándose de las votaciones durante las elecciones estatales prusianas —en las elecciones de 1893, solo el 15,2 por ciento de la tercera clase de votantes (que abarcaba la aplastante mayoría de la población) se tomó la molestia de depositar sus votos.

La extrema diversidad regional de las tierras prusianas también limitaba el alcance de la política conservadora. En vísperas de la Primera Guerra Mundial el conservadurismo prusiano era un fenómeno casi exclusivamente propio del este del Elba. De los 147 diputados conservadores del Landtag prusiano en 1913, 124 provenían de la antigua provincia de Prusia; solo uno de los diputados conservadores provenía de la Renania prusiana[12]. En este sentido, el sistema de las tres clases acentuaba la división entre el este y el oeste, agrandando la distancia emocional entre el occidente políticamente progresista, industrial, comercial, urbano y básicamente católico y la «estepa asiática» de la Elbia Oriental prusiana[13]. Y esta separación sociogeográfica, a su vez, entorpeció el surgimiento del tipo de «élite compuesta» burguesa-nobiliaria que daba el tono en los estados del sur de Alemania, garantizando que la política del medio junker adquiriese un toque de intransigencia y extremismo que lo situó aparte[14].

Sin embargo, fuera de los territorios centrales conservadores, y en especial en las provincias occidentales y en las mayores ciudades, florecía una cultura robusta y básicamente de clase media. En muchas grandes ciudades, las oligarquías liberales, sustentadas en el derecho a voto urbano limitado, controlaron programas progresistas de racionalización infraestructuras y suministros sociales[15]. Especialmente en los años posteriores a 1890, la formidable difusión de periódicos en todas las ciudades prusianas desencadenó intensas energías críticas, comparando las sucesivas administraciones con un problema de imagen que les era imposible resolver. Fue, como observó una importante figura política en 1893, «una época de publicidad ilimitada donde muchos hilos corrían por aquí y por allí y no podía tocarse ninguna campana sin que todo el mundo formulase un juicio sobre su tono[16]».

Los años 1890 representaron un giro también para los socialistas, cuyos baluartes más fuertes se encontraban en las regiones industriales alrededor de Berlín y en las crecientes conurbaciones de la zona del Ruhr. En las elecciones de 1890 los socialistas emergieron de un período de draconiana represión como el partido alemán más votado. Se desarrolló una subcultura socialista, con clubes y locales especializados que proveyeron un creciente electorado de trabajadores de la industria, campesinos, comerciantes y pequeños empleados. Al comienzo del nuevo siglo, Prusia era el lugar de elección del más grande y mejor organizado movimiento socialista de Europa, un apropiado tributo a sus dos abuelos prusianos, Karl Marx y Friedrich Engels.

El conflicto y la polarización, tan característicos de la vida cultural europea en el *fin de siècle*, también dejaron su marca en Prusia. Aquí otro mundo más que se zafaba rápidamente del control de las élites conservadoras. La mayor sensación teatral de los primeros años 1890 en Berlín fue la obra *Die Weber* de Gerhard Hauptmann, una compasiva dramatización de la revuelta de los tejedores de Silesia de 1844. Los conservadores denunciaron la obra por razones políticas, por ser un manifiesto socialista, pero también quedaron anonadados por el duro naturalismo del lenguaje, que se consideró que negaba los valores esenciales del teatro. El ministro del Interior impuso la prohibición de representaciones públicas de la obra, pero no pudo evitar que apareciese ante públicos entusiastas en grandes locales privados, como la Freie Bühne y la Nene Freie Volksbühne, un teatro con nexos con los socialdemócratas. Ulteriores prohibiciones en las provincias de Prusia no pudieron evitar que *Die Weber* se convirtiese en un enorme éxito de masas. Aún peor, desde el punto de vista del gobierno, fue el hecho de que un debate sobre las prohibiciones en la cámara baja del Landtag de Prusia reveló profundas divisiones sobre la cuestión de si la tradición de la censura estatal del teatro seguía siendo legítima en una época de «libertad artística». Incluso en el propio ministerio hubo dudas respecto a la sensatez del ministro del Interior en emplear mano dura**[17]**.

Se creó una brecha entre la cultura oficial de la corte y la experimentación y el antitradicionalismo de una esfera cultural cada vez más fragmentada. Puede verse esto, por ejemplo, en las divergencias entre la cultura de la danza de la corte y la popular. Al comienzo del siglo nuevos pasos norteamericanos y argentinos invadieron los locales de baile de las grandes ciudades. La vida útil de los estilos individuales de moda fue menguando cada vez más a medida que la *jeunesse dorée* [juventud dorada] daba la bienvenida al *cakewalk, two-step*, al *bunny hug* [o baile del Abrazo del Conejo], al *Judy walk*, el *turkey* [baile del pavo] y al *grizzly bear*. Pero mientras un público cada vez mayor consumía estas importaciones transatlánticas, la corte de Guillermo II presenció un resurgir de la pompa y del ceremonial del viejo mundo. Todos los bailes de corte fueron organizados de modo que no molestasen a los miembros de la familia real: «si una princesa está participando en un baile», anotaba el periódico *Der Bazar* en 1900, «solo otras dos parejas además de la pareja en la que se encuentra la propia princesa pueden bailar al mismo tiempo». Guillermo II prohibió explícitamente a los miembros de las fuerzas armadas ejecutar los nuevos pasos en público. «A los caballeros del Ejército y de la Marina se les ruega que a partir de ahora no

deberán bailar el tango ni el *one-step* ni el *two-step* de uniforme, y evitarán a las familias en las que se ejecutan tales bailes[18]».

Una brecha cultural igualmente amplia puede verse en la arquitectura y en las artes plásticas. Veamos, por ejemplo, el contraste entre la megalomanía pesada y neobarroca de la nueva catedral de Berlín, completada en 1905 tras diez años de trabajos de construcción, y el protomodernismo airoso, austero de los nuevos arquitectos —tales como Alfred Messel, Hans Poelzig y Peter Behrens, entre otros— cuyos trabajos entre 1896 y 1912 fueron un enfático rechazo del ecléctico «estilo histórico» apoyado por la Prusia oficial[19]. Los árbitros del gusto público —desde el emperador Guillermo II a los rectores y profesores de las academias fundadas por el estado— sostenían que el arte debe edificarse tomando sus temas de las leyendas, mitologías y conmovedores episodios históricos medievales, mientras siguen fieles a los cánones eternos de los antiguos. Pero en 1892 se produjo una agria controversia en Berlín sobre una exposición de once artistas que querían liberarse de las críticas del salón oficial. El «desolado y brutal naturalismo» (palabras de un crítico ofendido) de Max Liebermann, Walter Leistikow y otros colegas iba directamente a contrapelo de la práctica artística sancionada oficialmente. En 1898 la rebelión se había ampliado y diversificado en la «Secesión Berlinesa», cuya primera exposición, inaugurada en 1898, mostró los numerosos estilos y perspectivas que fueron adquiriendo forma en el mundo del arte no oficial y supuso un enorme éxito público.

Lo interesante de los secesionistas no era simplemente su relación de oposición a las autoridades culturales predominantes, sino el contenido específicamente prusiano y local de gran parte de sus trabajos. Walter Leistikow, originario de Bromberg, en Prusia Occidental, era muy conocido por sus opresivas imágenes de la Marca de Brandemburgo; árboles entre sombras melancólicas cerca de lagos, un paisaje plano salpicado de tranquilas y luminosas aguas. Su pintura *Der Grunetvaldsee*, una vista de un lago oscura y atmosférica en las frondosas afueras del sudoeste de Berlín, fue rechazada para la exposición por el Salón Oficial de Berlín de 1898 —la controversia sobre esta decisión provocó el que los secesionistas crearan su propio foro al año siguiente—. Las pinturas y grabados de Leistikow molestaban a las sensibilidades contemporáneas en parte porque se apoderaban del paisaje de Brandemburgo en nombre de una sensibilidad nueva y potencialmente subversiva. Guillermo II, que aborrecía los trabajos de Leistikow, mostró este distanciamiento cuando se quejó de que el artista había «arruinado todo Grunewald» para él («*er hat mir den ganzen Grunewald versant*»)[20]. Käthe

Kollwitz habla de una tradición específicamente prusiana en un sentido diferente: en una serie de grabados muy apreciados, inspirados por la obra de Hauptmann, se rememoraba la revuelta de los tejedores silesianos de 1844. Eran escenas de duro enfrentamiento y sufrimiento en las que el cañamazo épico de la pintura histórica era subvertido en aras de una visión socialista del pasado. Incluso los arquitectos protomodernistas Messel, Poelzig y Behrens entraron en un diálogo respecto a la especificidad del escenario prusiano: sus ligeros y técnicamente innovadores diseños arquitectónicos respondían, en muchos niveles, al sobrio neoclasicismo del estilo prusiano asociado a Gilly y Schinkel[21].

Los últimos decenios anteriores a la guerra mundial presenciaron una notable proliferación de monumentos y estatuas públicas. En Prusia, lo mismo que en gran parte de Europa, la estatuaria pública de esta época tendió hacia la pesadez y grandilocuencia. Los temas patrióticos adquirieron mucha importancia. Un estudio publicado en 1904 afirmaba que, en los últimos años, se habían erigido 372 monumentos solo al emperador Guillermo I, la mayoría de ellos en las provincias prusianas. Algunos de estos se financiaron con fondos del estado, pero los «comités de monumentos» locales jugaron también un papel en muchas zonas, dotándose de los necesarios permisos y recaudando donaciones. A comienzos de siglo, sin embargo, la repercusión pública de tales objetos era ambivalente. Un momento importante fue la apertura, en 1901, de la *Siegesallee* (Avenida de la Victoria), una serie de estatuas monumentales que se extendía a lo largo de 750 metros siguiendo las calles axiales de la capital. Se trataba de una larga secuencia de espaciosos nichos bordeados de balaustradas de piedra, donde figuras aisladas sobre altos pedestales representaban a figuras de la casa de Brandemburgo, flanqueados por bustos de generales y altos funcionarios del reino. Ya en tiempos de su inauguración este proyecto desorbitado parecía haber perdido el contacto con los tiempos. En su prisa por completar la avenida programada, el emperador Guillermo II había contratado a escultores de varios tipos para que ejecutasen las estatuas —todos eran convencionales y ampulosos, muchos eran, asimismo, bastos y sin vida—. El resultado fue un caro ejercicio de pomposidad y monotonía. Con su habitual irreverencia, los berlineses apodaron a la avenida *Puppenallee*, o «avenida de los muñecos», y muchas sátiras visuales contemporáneas calificaron el proyecto de locura megalómana del emperador. El golpe de gracia llegó en 1903, cuando un famoso anuncio de una marca de líquido de enjuagues copió la Avenida de la Victoria alineando gigantescas botellas de Odol.

48. La Avenida de la Victoria (Siegesallee), Berlín.

La creciente relación polarizada entre las culturas políticas oficial y disidente fue —incluso en el contexto alemán— un fenómeno específicamente prusiano. Esto era menos marcado en los estados meridionales de Alemania, donde coaliciones progresistas pudieron llevar adelante programas de reformas constitucionales. Las relaciones entre los partidos «gubernamentales» y los socialdemócratas estaban también menos cargadas en el sur, en parte debido a que los grupos partidistas instituidos estaban más dispuestos a colaborar con la izquierda, y en parte porque los socialistas del sur de Alemania eran más moderados y menos agresivos que sus colegas prusianos. Además, en términos culturales elevados la polarización era menos pronunciada. Al contrario que el káiser Guillermo II, que denunciaba públicamente todo tipo de modernismo cultural, el gran duque Ernst Ludwig de Hesse-Darmstadt era un buen *connoisseur* [experto] y patrocinador de arte y escultura modernos. En su pequeño estado federal, la corte seguía siendo un importante centro de innovación cultural.

49. Anuncio del líquido para enjuagues Odol.

Combate cultural

A finales de 1878 más de la mitad de los obispos católicos de Prusia estaban exilados o en la cárcel. Más de 1800 sacerdotes habían sido encarcelados o exiliados y se había confiscado propiedad eclesiástica por un valor de 16 millones de marcos. En los primeros cuatro meses de 1875 solamente, 241 curas, 136 directores de periódicos católicos y 210 abogados católicos habían sido multados o encarcelados, 20 periódicos fueron confiscados, se habían registrado 74 casas católicas, 103 activistas políticos católicos eran expulsados o internados, y 55 asociaciones o clubes católicos fueron clausurados. Todavía en 1881, una cuarta parte de todas las parroquias seguían sin curas. Esto era Prusia en el momento culminante del *Kulturkampf*, una «lucha de culturas» que daría forma a la política y a la vida pública alemanas durante generaciones[22].

Prusia no era el único estado europeo que padecía tensiones sobre cuestiones confesionales en esta época. En los años 1870 y 1880 se produjo un creciente conflicto entre los católicos y los movimientos liberales seculares en todo el continente europeo. Pero el caso prusiano destaca: en ningún otro lugar el estado llevó a cabo una política sistemática contra las instituciones y el personal católicos. Los dos principales instrumentos para la discriminación fueron la reforma administrativa y la ley. En 1871 el gobierno abolía la «sección católica» del ministerio prusiano de asuntos de la iglesia, privando así a los católicos de una representación separada en los escalones más altos de la burocracia. El código penal fue enmendado para permitir que las autoridades pudiesen perseguir legalmente a los curas que utilizaban el púlpito «con fines políticos». En 1872, ulteriores medidas estatales

eliminaban la influencia del personal eclesiástico en la planificación y aplicación de los programas de estudio y en la supervisión de las escuelas. A los miembros de las órdenes religiosas se les prohibió enseñar en las escuelas estatales y los jesuitas fueron expulsados del imperio alemán. Según las Leyes de Mayo de 1873, la preparación y nombramientos del clero en Prusia quedaban bajo la supervisión del estado. En 1874, el gobierno prusiano adoptó el matrimonio civil obligatorio, un paso que se extendió a todo el imperio alemán un año después. Nuevas leyes en 1875 abolieron algunas órdenes religiosas presuntamente sospechosas, cortaron los subsidios estatales a la iglesia, y suprimieron las garantías religiosas en la constitución prusiana. Cuando el personal religioso católico fue expulsado, encarcelado o forzado a ocultarse, las autoridades impusieron estatus que permitían a agentes autorizados por el estado a encargarse de los obispados vacantes.

Bismarck fue la fuerza impulsora de esta campaña sin precedentes. ¿Por qué la emprendió? La respuesta reside en parte en una muy confesionalizada comprensión de la cuestión nacional alemana. En los años 1850, durante su destino en la autoridad confederal alemana de Fráncfort, había acabado pensando que el catolicismo político era el principal «enemigo de Prusia» en la Alemania del sur. El espectáculo de la piedad católica, con sus manifestaciones de peregrinaje y festividades públicas, lo llenaban de indignación, como lo hacía la creciente orientación del catolicismo de mediados de siglo hacia Roma. A veces dudaba si este «hipócrita e idólatra papismo lleno de odio y astucia», cuyo «presunto dogma falsificaba la revelación de Dios y alimentaba la idolatría como base para la dominación mundial» era una religión de verdad[23]. Aquí se habían juntado una variedad de temas: un irritante desprecio protestante (acentuado por la espiritualidad pietista de Bismarck) por las manifestaciones exteriores tan características del resurgir católico, mezclado con una tendencia idealista alemana semisumergida y una percepción política (que rayaba con la paranoia) sobre la capacidad de la iglesia de manipular las mentes y movilizar a las masas.

Tales antipatías se incrementaron durante el conflicto que trajo consigo la unificación de Alemania. Los católicos alemanes, tradicionalmente, habían mirado hacia Austria en busca de liderazgo en los asuntos alemanes y no tenían ningún entusiasmo por la perspectiva de una «pequeña Alemania» dominada por Prusia que excluía a seis millones (la mayoría católicos) de austroalemanes. En 1866, las noticias de la victoria prusiana provocaron disturbios por parte de los católicos en el sur, mientras que el comité católico en el Landtag prusiano se oponía al gobierno en cierto número de iniciativas

simbólicas claves, incluyendo la propuesta de ley de indemnizaciones, el programa de anexiones prusiano y la proposición de premiar financieramente a Bismarck y a los generales prusianos por la reciente victoria. En 1867-1868, el ministro-presidente prusiano —en este momento canciller de la Confederación Alemana del Norte— se mostraba enfurecido por la fuerza de la resistencia católica en el sur a una unión más estrecha con el norte. Especialmente alarmante fue la campaña bávara de 1869 contra la política proprusiana de los gobiernos liberales de Múnich. El clero jugó un papel crucial en la movilización de apoyos para el programa particularista católico de la oposición, que incluía agitación desde el púlpito y recogía peticiones con centenares de miles de firmas[24]. Desde 1871 se reforzaron ulteriormente las dudas sobre la fiabilidad política de los católicos por el hecho de que, de las tres minorías étnicas principales (polacos, alsacianos y daneses), cuyos representantes formaban partidos de oposición en el Reichstag, dos eran categóricamente católicos. Bismarck estaba convencido rotundamente de la «deslealtad» política de los 2,5 millones de polacos católicos del este de Prusia, y sospechaba que la iglesia y sus redes estaban profundamente implicadas en el movimiento nacionalista polaco.

Tales preocupaciones sonaron de forma más destructiva en el nuevo estado-nación de lo que habían sido con anterioridad. El nuevo Reich bismarckiano no era en absoluto una entidad «orgánica» o desarrollada históricamente —era el muy artificial producto de cuatro años de diplomacia y de guerra[25]—. En los años 1870, como sucedió con frecuencia en la historia del estado prusiano, los éxitos de la monarquía parecían tan frágiles como impresionantes. Existía una inquietante sensación respecto a que lo que se había juntado tan deprisa podía también deshacerse, que el imperio nunca podría adquirir la cohesión política o cultural para defenderse en contra la desintegración desde dentro. Tales angustias pueden parecemos absurdas hoy, pero resultaban reales para muchos contemporáneos. En este clima de incertidumbre, era plausible considerar a los católicos el más formidable obstáculo interno para la consolidación nacional.

Al atacar tan violentamente a los católicos, Bismarck sabía que contaba con el apoyo entusiasta de los liberalnacionales, cuya fuerte situación en el nuevo Reichstag y en la cámara de diputados prusiana los convertía en aliados políticos indispensables. En Prusia, como en la mayor parte de Alemania (y de Europa), el catolicismo era una de las facetas definitorias del liberalismo de fines del siglo XIX. Los liberales consideraban el catolicismo como lo más diametralmente opuesto a su propia visión del mundo. Denunciaban el

«absolutismo» y la «esclavitud» de la doctrina de la infalibilidad papal adoptada por el Concilio Vaticano de 1870 (según la cual la autoridad del papa no debía ser desafiada cuando hablaba *ex cathedra* sobre asuntos de fe o de moral). El periodismo liberal pintaba a los fieles católicos como una masa servil y manipulada (en contraste implícito con el universo social liberal centrado en respetables personas de sexo masculino que pagaban sus impuestos y con la conciencia libre). Así, surgió todo un bestiario de estereotipos anticlericales: sátiras en periódicos liberales llenas de astutos y flacos jesuitas y lascivos y gordos curas —dóciles súbditos porque la pluma del dibujante podía hacer este ingenioso juego con el negro profundo de sus vestimentas—. Al ridiculizar al cura párroco en su papel confesional o impugnando las convenciones sexuales de las monjas, articulaban a través de una doble negativa la fe liberal en la santidad de la familia nuclear patriarcal. Con su nerviosismo respecto a la posición notable de las mujeres en muchas de las nuevas órdenes católicas y su lasciva fascinación por el celibato (o no) de los curas, los liberales ponían de manifiesto su arraigada preocupación por la «masculinidad» que era fundamental (aunque no siempre explícita) para la autoconciencia del movimiento[26]. Por ello, para los liberales, la campaña contra la iglesia era nada menos que una «guerra de culturas» —la expresión fue acuñada por el patólogo protestante liberal Rudolf Virchow, en un discurso en febrero de 1872 ante la Cámara de Diputados prusiana[27].

50. Estereotipos anticlericales, chiste de Ludwig Stutz de la publicación satírica Kladderadatsch, Berlín, diciembre de 1900.

La campaña de Bismarck contra los católicos de Prusia fue un fracaso: había esperado que una cruzada anticatólica contribuyera a crear un amplio *lobby* protestante liberal conservador que lo habría ayudado a aprobar leyes

que consolidarían el nuevo imperio. Sin embargo, el efecto integrador de la campaña fue mucho más fugaz y frágil de lo que había calculado. El anticatolicismo no podía sustentar una plataforma duradera para la actividad del gobierno, en Prusia o en el imperio. Había muchas facetas en este problema. El propio Bismarck era menos extremista que muchos de aquellos cuyas pasiones había provocado esta política. Era un hombre religioso que buscaba la guía de Dios en su administración de los asuntos del estado (y lo habitual era que, como había observado sardónicamente el liberal de izquierdas Ludwig Bamberger, la deidad estuviera de acuerdo con él)[28]. Su religión era —según la tradición pietista— no sectaria y ecuménica; se oponía a la completa separación entre iglesia y estado que pretendían los liberales, y no pensaba que la religión fuese un asunto exclusivamente privado. Bismarck no compartía la esperanza liberal de que la religión acabara consumiéndose como fuerza social. Estaba desanimado por las energías anticlericales y secularizadoras desencadenadas por el *Kulturkampf*.

La campaña anticatólica fracasó también porque la separación confesional se vio atravesada por la otra falla del paisaje político prusiano. A medida que se desarrollaba la *Kulturkampf*, la división entre los liberales de izquierda y los de derechas demostró ser, en varios aspectos, aún más profunda que entre los liberales y los católicos. A mediados de los años 1870 los liberales de izquierda habían comenzado a oponerse a la campaña, sobre la base de que infringía derechos fundamentales. El creciente radicalismo de las medidas contrarias a la iglesia provocó recelos en muchos protestantes del ala «clerical» del conservadurismo alemán. Este punto de vista ganó terreno respecto a que la verdadera víctima del *Kulturkampf* no era la iglesia católica o la política católica como tales, sino la religión. Los más destacados ejemplos de estos escrúpulos conservadores eran Ernst Ludwig von Gerlach y Hans von Kleist, ambos hombres formados en el ambiente pietista de la vieja Prusia.

Aunque el apoyo a la política de Bismarck hubiese sido más sólido, es muy dudoso que hubiese podido tener éxito en neutralizar a los disidentes católicos utilizando todos los medios disponibles en un estado constitucional y respetuoso con la ley. El propio Bismarck lo había sido a los veintitantos años cuando estalló en Renania, en 1837, la lucha sobre los matrimonios mixtos, que había movilizado a la población católica de la provincia y había aumentado la autoridad moral del obispado. Debía haber recordado también los vanos esfuerzos del gobierno prusiano para imponer la Unión prusiana a los antiguos luteranos de Silesia —aquí, de nuevo, se daba una clara

ilustración de la futilidad de aplicar coerciones legales a una minoría confesional—. Y aun así, Bismarck y sus partidarios cometieron el viejo error de sobrestimar el poder del estado y subvalorar la determinación de sus opositores. En muchas zonas el personal clerical católico simplemente no respondió de ninguna manera a las nuevas leyes[29]. Los nuevos «exámenes culturales» para los curas jóvenes ya próximos a la ordenación no tuvieron asistentes; y no se buscó la aprobación estatal requerida para los nuevos nombramientos eclesiásticos.

Las autoridades prusianas, que habían hecho estas leyes precipitadamente y que no habían reflexionado demasiado sobre cómo hacer que se obedeciesen, respondieron a esta desobediencia civil (como habían hecho sus antecesores en los años 1830) imponiendo sanciones improvisadas que iban de multas de severidad variada a períodos de cárcel y exilio. Pero tales medidas no tuvieron prácticamente ningún efecto detectable. La iglesia continuó realizando nombramientos «ilegales» y las multas impuestas por las autoridades gubernamentales siguieron acumulándose. A comienzos de 1874, solo el arzobispo de Gnesen-Poznan había incurrido en multas que totalizaban 29 700 táleros, más del doble de su sueldo anual; y para su colega de Colonia el monto fue de 29 500. Cuando no se pagaban las multas, las autoridades locales confiscaban las propiedades de los obispos y las destinaban a la subasta pública. Pero esto también fue contraproducente, pues los católicos leales se unían para manejar la subasta de tal modo que asegurasen que los bienes fueran vendidos al precio más bajo y retornasen al expropiado clérigo.

También la cárcel resultó inútil. Pues los dignatarios eclesiásticos superiores, obispos y arzobispos, eran tratados con tal indulgencia durante su encarcelamiento que podían haber estado en sus casas: se les permitía ocupar *suites* proporcionadas por el palacio episcopal y comían los alimentos preparados en las cocinas de sus palacios. En el caso de Johannes von der Marwitz, el anciano obispo de Kulm (Prusia Occidental), la opción del encarcelamiento fue incluso vetada por la justicia local sobre la base de que las escaleras de la penitenciaría local eran demasiado empinadas para que pudiese subirlas. Las autoridades trataron a los curas párrocos corrientes mucho más duramente, pero también esto fue muy poco eficaz, pues no hizo sino intensificar la solidaridad de los fieles con sus acosados curas y endureció la determinación de estos para resistir. Incluso tras breves estancias en la cárcel, los curas volvían a sus parroquias como héroes.

El gobierno trató de resolver el problema en mayo de 1874, adoptando una nueva hornada de normas conocidas conjuntamente como Ley de

Expulsión, que preveía el exilio de los obispos y clérigos rebeldes a lugares remotos —un lugar favorito era la isla báltica de Rügen—. Varios cientos de curas fueron detenidos y exilados de acuerdo con estas normas en los cuatro años que corrieron entre 1875 y 1879. Pero la medida creó más problemas de los que resolvió. ¿Quién se encargaría de hacer cumplir las órdenes de expulsión? En teoría, esta responsabilidad recayó en los comisarios de distrito (*Landrate*), pero del funcionario que supervisaba una población de 50 000 habitantes dispersa sobre 200 kilómetros cuadrados no era fácil esperar que se mantuviese informado de los acontecimientos de cada parroquia. No era raro que algunos curas volviesen sin ser detectados, sin más, tras ser expulsados, y que reanudasen sus deberes clericales. En uno de estos casos, uno de los sacerdotes expulsados ejerció su actividad en su parroquia durante dos años antes de que las autoridades se dieran cuenta de ello; para esta fecha, la orden de expulsión contra él había prescrito[30]. También fue extremadamente difícil sustituir a los curas apartados con sucesores políticamente fiables. Los individuos nombrados por el estado para reemplazar a los clérigos destituidos resultaron ser un mísero fracaso, ya que eran despreciados y denigrados por la población católica. En cierto número de casos, las autoridades locales constataron que la única manera de garantizar la aceptación era organizar desfiles de la iglesia obligatorios en campamentos del ejército.

Así, pues, lejos de neutralizar al catolicismo como fuerza política y social, la campaña de Bismarck lo fortaleció. Bismarck había calculado que el campo católico, sometido a la presión de las nuevas leyes, se dividiría, marginando a los ultramontanos (exponentes de la autoridad papal) y transformando al resto de la iglesia en un socio complaciente del estado. Pero, en realidad, se había producido lo contrario: el efecto de la acción del estado fue hacer retroceder y marginar el elemento liberal y estatal en el seno del catolicismo. Las controversias provocadas en muchas comunidades católicas por la declaración de la infalibilidad del papa en 1870 fueron dejadas a un lado cuando los críticos de la doctrina se dieron cuenta de que el absolutismo papal era un mal menor que la secularización del estado. Un pequeño grupo de liberales antiinfalibilidad, la mayoría de ellos académicos, rompieron con Roma para formar las congregaciones «Católicas Antiguas» —un eco lejano de los «germanocatólicos» radicales que se había reunido bajo el eslogan «lejos de Roma» en los años 1840— pero nunca se hicieron con una base social significativa.

Quizá la prueba más conspicua del fracaso de Bismarck es, simplemente, el crecimiento espectacular del Partido del Centro, el partido de los prusianos

—y numerosos alemanes— católicos. Si bien Bismarck había conseguido aislar al Partido del Centro en el parlamento prusiano —al menos durante un tiempo—, no hizo nada para evitar que aumentase su porcentaje de votos alemanes en las elecciones nacionales. Mientras que solo un 23 por ciento de los católicos prusianos habían votado al Centro en 1871, en 1874 lo hizo el 45 por ciento. Gracias en gran parte a los destrozos de la *Kulturkampf* bismarckiana, el Partido del Centro «subió alto pronto», colonizando con eficacia su medio social, movilizando a los católicos, que hasta este momento habían permanecido políticamente inactivos, expandiendo las fronteras de la política partidista[31]. Los demás partidos irían siguiendo el ejemplo, gradualmente, de movilizar a sus propios nuevos votantes de las partes no católicas de la población, pero no fue hasta 1912 cuando el gran salto hacia adelante del Partido del Centro quedó nivelado por la mejora de los resultados de los otros partidos. Incluso entonces, el Centro siguió siendo el partido más fuerte del Reichstag después de los socialdemócratas. Ya que la mayoría de los liberales y de los conservadores se mostraban cautelosos en el trato con los socialistas, esto convirtió al Centro en el jugador más poderoso en el escenario parlamentario —que difícilmente era el resultado que Bismarck tenía en mente cuando comenzó las hostilidades en 1871.

Prusia no era ajena a las tensiones confesionales, pero la meta y la brutalidad de la campaña anticatólica de Bismarck no tenía precedentes en la historia del estado. La controversia sobre los matrimonios mixtos en los últimos años 1830 había sido agria, en parte debido al carácter emotivo del tema, pero fue, esencialmente, un conflicto institucional entre la iglesia y el estado, en el que el objetivo era delimitar la frontera de la autoridad dentro de una zona gris administrativa. Por el contrario, la *Kulturkampf* fue una «guerra cultural», una lucha en la que parecía que estaba en juego la verdadera identidad de la nueva nación. El que el conflicto entre el estado y la iglesia se hubiese extendido de esta manera, abarcando la totalidad de la vida pública, fue una consecuencia de la inestable interacción entre las tensiones confesionales en Prusia, la brutalidad de Bismarck y los problemas planteados por el hecho de la nación alemana. Al tratar de sacar a los católicos alemanes de la política, Bismarck había utilizado instrumentos prusianos para alcanzar objetivos alemanes. «Quizá ustedes puedan probar que yo me equivoqué», dijo ante el Reichstag en un discurso de 1881, «pero nunca podrán decir que perdí de vista ni un momento la meta nacional[32]». Pocos conflictos políticos ilustran más claramente que la *Kulturkampf* el efecto volatilizante de la unificación alemana sobre la política prusiana.

Polacos, judíos y otros prusianos

«Durante los debates en esta Casa», dijo un diputado polaco ante el Reichstag de la Confederación Alemana del Norte en febrero de 1870,

> «nos encontramos en una situación curiosa cuando suenan en nuestros oídos palabras sobre el pasado alemán, sobre las costumbres y hábitos alemanes, sobre el bienestar del pueblo alemán. No es que regateemos al pueblo alemán su bienestar o que queramos impedir su futuro. Pero lo que puede ser para vosotros un nexo común —este pasado, estas costumbres y hábitos, este futuro— es para nosotros más un elemento de separación respecto a vosotros[33]».

Los polacos del este de Prusia respondieron a la unificación política de los estados alemanes con un sentimiento de mal presagio. Ser súbdito polaco en la corona de Prusia podía ser un asunto difícil, pero ser un alemán polaco era una contradicción en términos. La cualidad de súbdito y la nacionalidad eran conceptos complementarios; los polacos debían aprender a vivir —al menos exteriormente— en paz con el estado prusiano. E incluso podían acabar valorando sus virtudes. Pero ¿cómo podían subsistir —como polacos— en una nación alemana? La importancia de la nación como punto focal de la identidad y fundamento para la acción política estaba destinado a tener consecuencias transcendentales para los polacos de los territorios prusianos.

De los 18,5 millones de habitantes de Prusia en 1861, 2,25 millones eran polacos, concentrados principalmente en las provincias de Poznan y de Prusia Occidental (55 y 32 por ciento de polacos, respectivamente) y en los distritos sudorientales de Silesia. La política prusiana hacia esta minoría, la más numerosa en tierras de los Hohenzollern, había sido siempre ambivalente, oscilando entre tolerancia y represión. En 1815 el gobierno aceptó la existencia de una nacionalidad y una patria polaca diferenciada bajo el cetro de los Hohenzollern, aunque solo con la condición, naturalmente, de que los polacos fuesen leales súbditos prusianos. Cuando la rebelión polaca de 1830 provocó inquietud respecto a los peligros planteados por el nacionalismo polaco, la administración pasó a la represión cultural centrada en la imposición del alemán como lengua de la instrucción y de la comunicación pública, pero esta política fue abandonada en 1840 tras la subida al trono de Federico Guillermo IV. El viento cambió de nuevo en 1846, tras la abortada insurrección polaca en el gran ducado de Poznan. El grupo que estuvo detrás de la insurrección era la «Unión de las Clases Trabajadoras» con base en la ciudad de Poznan, cuyo objetivo era acabar a la vez con el poder de la administración prusiana y de la nobleza terrateniente polaca. Sin embargo, antes de que la insurrección fuese a más, sus eventuales jefes fueron

traicionados y denunciados a la policía por los atemorizados nobles polacos. A esto siguieron medidas enérgicas, durante las cuales 254 polacos fueron procesados en Berlín por estar involucrados en la conspiración, las ciudades provinciales fueron peinadas por unidades de la policía y los órganos de prensa sospechosos fueron amordazados o cerrados.

Este recorrido zigzagueante era básicamente pragmático y reactivo. La finalidad era garantizar la estabilidad política en las zonas polacas. El desarrollo de un medio cultural polaco diferenciado era aceptable, siempre que no desembocase en aspiraciones nacionalistas o secesionistas. Con todo, la situación cambió en alguna medida después de la revolución de 1848. Esta, en un primer momento, pareció traer buenas nuevas para los polacos; la opinión liberal en Prusia era mayoritariamente propolaca. En marzo de 1848 los radicales encarcelados por la insurrección de 1846 eran liberados y desfilaron por las calles de Berlín entre ruidosas ovaciones. El nuevo ministro de «marzo» favorecía la reconstitución de Polonia como estado cojinete contra una potencial agresión rusa, y el 2 de abril, al reanudarse las sesiones de la Dieta Unida prusiana, se aprobó una moción a favor de la reconstitución de Polonia. Y pareció, no por primera vez, ni por última, que la hora de la libertad de Polonia estaba al alcance de la mano. Ludwik Mieroslawski, estratega militar y uno de los dirigentes de la insurrección de 1846, urgió a Poznan a que reuniese un ejército polaco[34]. En las principales zonas de mayoría polaca del ducado, la autoridad de la administración prusiana desapareció cuando la nobleza local tomó el asunto en sus manos, reclutando a combatientes y recaudando fondos para Mieroslawski. Esto era una alarmante demostración de la fragilidad de la autoridad prusiana en los márgenes orientales del reino.

Al mismo tiempo, sin embargo, la revolución impulsó un proceso de polarización étnica en el Gran Ducado de Poznan. Cuando el Comité Nacional Polaco de Poznan se negó a admitir a miembros alemanes, estos formaron su propio comité alemán, que enseguida cayó bajo la influencia de los nacionalistas. Muchos alemanes de las zonas de mayoría polaca huyeron a los distritos más alemanes, donde la administración local prusiana todavía funcionaba. El 9 de abril, activistas de Bromberg fundaban el Comité de Ciudadanos del Distrito Central de Netze para la Promoción de los Intereses Prusianos y Alemanes en el Gran Ducado de Poznan —la yuxtaposición de los términos «prusiano» y «alemán» es significativa, por no decir algo peor[35] —. En mayo, tras el fracaso de varios intentos de compromiso, el ejército prusiano entró en el ducado y aplastó al ejército de Mieroslawski en una serie

de sangrientos choques militares. Los funcionarios prusianos volvieron a sus puestos. La Asamblea Revolucionaria de Berlín continuó insistiendo en una política de igualdad nacional con los polacos bajo gobierno prusiano, pero todo esto quedó disuelto con el golpe de estado de noviembre de 1848.

La nueva constitución prusiana de 1848-1850 no contenía ninguna idea sobre los derechos de la minoría polaca, ni indicaba que Poznan o cualquier otro distrito polaco pudiese gozar de un estatus especial. Para los administradores veteranos la idea de que la corona de Prusia pudiese garantizar la lealtad de los polacos con una política de indulgencia había quedado superada. Los polacos, se dijo, no hacían caso a tales llamamientos: «No podemos ganárnoslos con ninguna concesión», observaba un informe del Ministerio del Interior en noviembre de 1849[36]. Ya que la conciliación con el movimiento nacional polaco de Poznan era imposible, al gobierno prusiano no se le dejaba otra opción que «confinarlo enérgicamente en la posición subordinada que merece[37]». El término «germanización» (*Germanisierung*) comenzó a aparecer cada vez con más frecuencia en los documentos oficiales.

Con todo, el gobierno prusiano mostró poco interés en adoptar la idea de la «germanización» como base de unas medidas políticas concretas. Se dejó sin respuesta a los llamamientos de los alemanes de Poznan para pedir ayuda para la minoría alemana —el ministro-presidente, Otto von Manteuffel llegó a pensar que si el elemento alemán era incapaz de subsistir sin intervención del estado, entonces no tenía futuro. Las autoridades vigilaban de cerca las actividades de los nacionalistas, pero los polacos continuaron gozando de las libertades civiles otorgados de acuerdo con la constitución prusiana, incluido el derecho a organizar campañas electorales en nombre de los diputados polacos del Landtag. Además, la justicia prusiana de Poznan se mostraba escrupulosa a la hora de defender el estatus del polaco como lengua vehicular de la administración interna y de la escuela elemental[38].

En los años 1860 se hicieron llamamientos periódicos para que el gobierno tomase medidas de germanización, pero este se mostró reticente a actuar en consecuencia, en parte porque creía que las fuerzas del mercado acabarían favoreciendo a los colonos alemanes, y en parte —en los años 1866-1869— porque Bismarck deseaba apaciguar al clero polaco con el fin de no enajenarse a los católicos de los estados meridionales de Alemania y poner en peligro la unificación. Tan decidido estaba Bismarck a mantener buenas relaciones con la jerarquía polaca en estos años que despidió al presidente provincial, Carl von Horn, en 1869, tras una disputa entre este y el arzobispo Ledóchowski de Poznan-Gnesen[39].

La realización de la unificación política alemana llevó a un cambio de paradigma en el trato por parte del gobierno de la cuestión polaca. Las autoridades prusianas del este estaban muy alarmadas en el verano de 1870 por la oleada de manifiesto partidismo profrancés. A los reclutas polacos se los instó a desertar de su regimiento prusiano (un llamamiento que prácticamente nadie obedeció) y hubo furiosas manifestaciones ante las noticias de las victorias germano-prusianas. La situación en Poznan parecía tan volátil, durante las hostilidades con Francia, que fueron acuartelados en la provincia contingentes militares de la reserva para el mantenimiento del orden[40]. Esta actitud rebelde provocó una explosión de furia vengativa en Bismarck. «Desde la frontera rusa hasta el mar Adriático», dijo en una reunión del consejo de ministros prusiano en el otoño de 1871, «nos enfrentamos a la propaganda combinada de los eslavos, ultramontanos y reaccionarios, y es necesario defender abiertamente nuestros intereses nacionales y nuestra lengua contra tales actividades hostiles[41]». Hiperbólico hasta la paranoia, este escenario imaginario de un cerco eslavo-romano revelaba la profundidad de la ansiedad de Bismarck por el nuevo estado-nación prusiano-alemán. De nuevo, aquí, era el paradójico sentido de fragilidad y acoso que perseguía al estado prusiano en cada fase de su engrandecimiento.

El primer blanco de Bismarck fue el clero polaco, cuyos intereses había defendido asiduamente con anterioridad. El principal objetivo de la Ley de Inspección Escolar del 11 de marzo de 1872 era sustituir a los dignatarios eclesiásticos que, tradicionalmente, habían controlado la inspección de 2480 escuelas católicas de la provincia por inspectores profesionales de plena dedicación pagados por el estado. Así, Polonia se convirtió en la plataforma de lanzamiento de la *Kulturkampf* prusiana contra la iglesia católica, y se dejó a un lado la vieja política prusiana de colaboración pragmática con la jerarquía. El efecto, bastante predecible, fue que reforzó el liderazgo del clero en la lucha nacional polaca. En muchas zonas los intentos de las autoridades prusianas para imponer la legislación del *Kulturkampf* contra el clero polaco local acabaron en acción directa. Las comunidades se unieron para defender físicamente a su clero de las detenciones. Los «curas del estado» enviados a sustituir a los clérigos encarcelados o deportados eran evitados o incluso golpeados en sus congregaciones. El padre Moerke, un sacerdote alemán a quien las autoridades habían asignado a la parroquia de Powidz en 1877, halló su iglesia silenciosa y vacía —sus parroquianos preferían asistir a las misas de un cura polaco en la aldea vecina—. Ni siquiera la muerte de Moerke en 1882

alejó el estigma —los aldeanos sacaron su ataúd de la tierra y lo hundieron en un lago[42].

En 1872-1873 una andanada de instrucciones reales, emanadas de Berlín, restringía el uso de toda lengua que no fuese el alemán en las escuelas de las provincias orientales. Entre las víctimas colaterales de esta política estaban los lituanos de Prusia, que nunca habían causado ningún problema, y los masurios de habla polaca de Prusia Oriental, que no eran católicos ni entusiastas de la restauración de Polonia[43]. Un estatuto de 1876 establecía que el alemán era la única lengua de los asuntos oficiales para todos los departamentos gubernamentales y cuerpos políticos prusianos; otras lenguas vernáculas podían utilizarse todavía en una serie de instituciones parroquiales, pero esto acabaría suprimido en un máximo de veinte años. A lo largo de las zonas polacas el bajo clero jugó un papel fundamental en coordinar las protestas contra la nueva política lingüística. Los curas párrocos ayudaban a echar al correo y a recolectar las peticiones algunas llevaban nada menos que 300 000 firmas— en que se denunciaba a las autoridades prusianas[44].

A partir de este momento en adelante, la germanización sería el principal puntal de la retórica y de gran parte de la actuación de las sucesivas administraciones prusianas de las zonas polacas. En una de las más notorias manifestaciones de la nueva perspectiva de dureza, el gobierno prusiano expulsó de Berlín y de las provincias orientales en 1885 a 32 000 polacos y judíos no naturalizados, pese a que estos no habían hecho nada que infringiera las leyes alemanas o prusianas. En 1886, alarmada por la creciente emigración de alemanes desde el deprimido este agrario a las regiones en rápido crecimiento industrial del oeste, la mayoría liberal nacional-conservadora del Landtag de Prusia aprobó la creación de una Comisión Real Prusiana de Colonización. Con su cuartel general en la ciudad de Poznan y un capital de 100 millones de marcos, la finalidad de la comisión era adquirir haciendas polacas en bancarrota, subdividirlas y pasárselas a los campesinos alemanes que iban llegando. Bismarck —junto con muchos de los conservadores— se había opuesto, en un primer momento, a la subdivisión, pues la consideraba contraria a los intereses de la clase de los junkers, pero el programa de colonización tendría éxito tan solo con el apoyo de los liberalnacionales, que insistían en la parcelación.

Cuando se reveló el compromiso de Bismarck sobre la política de colonización, la política prusiana en las regiones polacas a finales de los años 1880 hubo de tomar en cuenta un amplio espectro de presiones políticas internas. Esta tendencia creció en los años 1890, cuando surge cierto número

de poderosos grupos de *lobbies* con especiales intereses en la cuestión polaca. De estos, el más importante fue la Liga Pangermana (*Alldeutscher Verband*), creada en 1891 cuando las voces de la opinión ultranacionalista alemana y de la Sociedad para el Apoyo a los Alemanes en las Fronteras del Este (conocida desde 1899 por *Ostmarkenverein*), cuyo nombre era ya toda una declaración sobre su misión. Estas organizaciones manifestaron pronto su presencia en la esfera de la política hacia los polacos. Los pangermanistas sacaron los dientes en 1894 con una atronadora campaña pública contra el sucesor de Bismarck, el canciller Leo von Caprivi, criticado por reducir la marcha hacia la germanización de las zonas polacas. La Sociedad de las Marcas Orientales hizo una enérgica propaganda, asimismo, desde su periódico, *Die Ostmark*, organizando mítines públicos y presionando a parlamentarios amigables. Esta organización ocupó un curioso lugar entre el estado y la sociedad civil. Eran, en cierto sentido, entidades independientes basadas en donaciones, cuotas de los miembros y venta de publicaciones. Pero eran, asimismo, nexos con organismos gubernamentales. El fundador de los pangermanistas, Alfred Hugenberg, había llegado a Poznan en cualidad de funcionario local con la Comisión Real de Colonización. Los miembros de la Sociedad de las Marcas Orientales, que eran unos 20 000 hacia 1900, incluían a un número substancial de funcionarios menores del estado y enseñantes de las escuelas. Estas personas habrían abandonado toda organización cuyos objetivos contrariasen los intereses del estado, pero se puso fin a toda duda respecto a este resultado en 1895 cuando el ministro del interior prusiano asumió públicamente la labor «defensiva» de la Sociedad de las Marcas Orientales durante el debate político en el Landtag.

Pese a las diferencias en el medio agrario-conservador-nacionalista respecto a los asuntos individuales (el creciente uso del trabajo estacional polaco en las grandes haciendas), la germanización siguió siendo el principio operativo de la política del gobierno. En 1900 se adoptaron nuevas medidas bajo el canciller Bernhard von Bülow para reducir aún más el uso del polaco. La instrucción religiosa, el tradicional puerto de salvación para la escolarización en lengua polaca, se administraría a partir de ahora en alemán en todos los niveles por encima de la escuela elemental. En 1904, el Landtag de Prusia aprobó una ley que permitía a los funcionarios de distrito retener los permisos de construcción en situaciones en las que conceder permisos habría obstruido al programa de colonización —la idea consistía en evitar que los polacos comprasen y dividiesen las granjas alemanas y se las vendiesen a pequeños propietarios polacos—. Hubo también ayuda financiera estatal para

la Mittelstandskasse, un banco especializado en quitar el peso de la deuda a los campesinos alemanes. Tales acciones iban acompañadas de prácticas de contratación discriminatorias en la administración local y provincial —de 3995 nuevos trabajadores de la autoridad postal y de ferrocarriles de Poznan en los años 1907-1909, solo 795 fueron polacos, el resto fueron alemanes—. Los nombres de lugares en polaco comenzaron a ser borrados de los mapas (aunque permanecieron vivos en la memoria popular polaca)[45]. El punto álgido (o punto bajo) del programa de germanización fue la ley de expropiación antipolaca de marzo de 1908, que permitía la expulsión forzada de los terratenientes polacos (con compensación financiera) en beneficio de la colonización alemana. Los conservadores sufrían con las expropiaciones, y es fácil saber por qué, pero al final las apoyaron, tras decidir que la lucha étnica entre alemanes y eslavos iba más allá de la santidad del título de propiedad legítimo.

El programa de germanización era un ejercicio inútil. No pudo evitar que la población polaca creciese en las zonas orientales, superando a la alemana. La parcelación de las granjas alemanas continuó, financiada en parte por activos bancos polacos que explotaban hábilmente las lagunas de las regulaciones prusianas. El intento de hacer de la escuela algo exclusivamente alemán hubo de ser abandonado tras repetidas huelgas escolares y una sostenida desobediencia civil. La ley de expropiación nunca llegó a completar su temida promesa. Esto fue convertido rápidamente en ley, pero sus dientes fueron limados por directrices que eximían a vastas superficies de tierras polacas —por razones pragmáticas y políticas— de ser expropiadas. Solo en octubre de 1912 el gobierno prusiano anunciaba su intención de ejecutar una verdadera expropiación. Pero incluso entonces, la extensión implicada fue exigua (solo 1700 hectáreas que comprendían cuatro propiedades económicamente insignificantes) y la reacción pública en las zonas polacas fue tan intensa que la administración resolvió evitar toda expropiación ulterior[46].

Así, el significado real del programa de germanización consiste menos en su escaso impacto sobre las fronteras étnicas en Elbia Oriental que en lo que nos dice sobre el cambio del clima político en Prusia. El punto de vista tradicional de la monarquía prusiana había consistido en que los polacos eran —como los germanohablantes brandemburgueses y pomeranios y los lituanos de Prusia Oriental— súbditos cristianos de la corona prusiana. Pero de 1870 en adelante, la administración prusiana se alejó de esta concepción. Al hacer esto, siguieron las incitaciones de organizaciones situadas fuera del estado

cuyos argumentos y propaganda estaban saturados de la retórica del ultranacionalismo alemán. En esta relación se daba una circularidad negativa: siempre dudoso de la magnitud de su apoyo público, el estado se endosaba el trabajo de los *lobbies* nacionalistas que, a su vez, derivaban gran parte de su autoridad de este endosamiento al estado —implícito o explícito.

En el proceso, el estado ponía en peligro el principio de su propia existencia, en particular la presunción de que la identidad de Prusia provenía del dominio de una dinastía cuyo sol brillaba (aunque con calor variado) sobre todos los súbditos. Entre comienzos y mediados del siglo XIX, la administración prusiana había reconocido en el nacionalismo alemán un poderoso disolvente del principio dinástico. Sin embargo, con el cambio de siglo, el ascendiente del paradigma nacional era indiscutible. Los historiadores nacionalistas se dedicaron a reescribir la historia de Prusia como la expansión oriental de la dominación germánica, y el canciller Bernhard von Bülow (que no era prusiano de nacimiento, sino mecklenburgués) no tuvo escrúpulos de justificar, ante el Landtag prusiano, las medidas antipolacas sobre la base de que Prusia era y siempre sería un «estado nacional» alemán[47].

Los judíos prusianos también sintieron el impacto de tales acontecimientos. No era cuestión, naturalmente, en el caso judío, de forzar el ritmo de la asimilación cultural (una meta que la gran mayoría de los judíos prusianos ya habían abrazado con entusiasmo) o de reprimir algún tipo de ambición secesionista o de independencia política. Lo que más les importaba a las comunidades judías de la Alemania del siglo XIX era la supresión de sus antiguas desventajas legales. Esto ya se había conseguido en vísperas de la unificación política: la Ley Confederal (vigente en la Confederación Alemana del Norte) de 3 de julio de 1869 declaraba explícitamente que todo recorte de derechos civiles y ciudadanos derivados de diferencias de credo quedaría abolido a partir de este momento. Parecía como si el largo camino hacia la emancipación legal que había comenzado con el edicto de Hardenberg de marzo de 1812 se hubiese completado por fin.

Pero quedaba una duda importante. El gobierno prusiano seguía discriminando a los judíos que aspiraban a cargos públicos. Los judíos tenían enormes dificultades para conseguir ascensos a los niveles superiores de la judicatura, por ejemplo, pese a la desproporcionada presencia de judíos entre los abogados, empleados de los juzgados y jueces auxiliares y a la muy exitosa actuación de los opositores judíos en las oposiciones estatales clave. Y lo mismo puede aplicarse a la mayoría de los ramos del alto funcionariado, así

como de otras importantes instituciones basadas en el estado de significado cultural, tales como las escuelas primarias, los institutos de enseñanza secundaria o Gymnasien y las universidades. Entre 1885 y el estallido de la Primera Guerra Mundial, además, ningún judío fue ascendido a oficial de la reserva en Prusia, ni en los demás estados alemanes en los que sus contingentes militares estaban subordinados al ejército prusiano (Baviera conservó cierta autonomía militar y desarrolló una política de ascensos más abierta)[48].

Esta discriminación por parte de las autoridades del estado era más rotunda aún por el hecho de que representaba algo así como una anomalía en el panorama político prusiano. Los judíos no tenían ninguna dificultad para ser elegidos para puestos políticos y administrativos importantes en muchas de las grandes ciudades prusianas donde, dado que pagaban altos impuestos, se beneficiaban de derechos de voto restrictivos. Los judíos disponían de una notable proporción (la cuarta parte) de los escaños del consejo en la ciudad de Breslau y podían ocupar cualquier cargo en la administración de la ciudad excepto el de alcalde y diputado, que estaban en manos de las autoridades centrales del estado en Berlín[49]. En Königsberg los residentes judíos florecieron en un entorno urbano marcado por relaciones intercomunitarias fáciles y «pluralismo cultural». En muchas de las mayores ciudades prusianas, los judíos se convirtieron en un componente central de la *Bürgertum* urbana, que participaba plenamente en su vida política y cultural[50].

La desigual gestión de los nombramientos en el sector estatal generó, en Prusia, un profundo sentimiento de injusticia entre los judíos políticamente conscientes y activos[51]. El proceso de emancipación siempre había estado íntimamente ligado al estado. Estar emancipado significaba «entrar en la vida del estado», como había expresado Christian Wilhelm von Dohm en su influyente folleto de 1781. Además, la situación constitucional era clara: el derecho imperial estipulaba que toda discriminación basada en la fe era ilegal. La constitución prusiana declaraba (Art. 12) que todos los prusianos eran iguales ante la ley (Art.14) y que los cargos públicos eran igualmente accesibles para todas las personas que tuviesen la misma cualificación. Solo en los casos de cargos públicos relativos a la observancia religiosa era admisible favorecer a los candidatos cristianos. El camino más seguro para la minoría judía de salvaguardar sus derechos era, pues, tomar al pie de la letra a la autoridad del estado y al espíritu de su ley[52].

Presionados por los diputados parlamentarios liberales de izquierda para que diesen cuenta de su actuación, los ministros prusianos negaron que tal

discriminación existiese, o trataron de justificarla. Por ejemplo, argumentaron que el gobierno debería tener en cuenta el humor de la población al hacer nombramientos públicos sensibles. En un debate del Landtag sobre nombramientos judiciales en 1901, el ministro prusiano de Justicia, Karl Heinrich von Schonstedt, declaraba que no podría «al nombrar notarios, tratar simplemente a los abogados judíos con el mismo criterio que a los cristianos, ya que los estratos más extensos de la población no desean que sus asuntos los manejen notarios judíos[53]». El ministro prusiano de la Guerra, von Heeringen, hizo un velado llamamiento a la misma lógica, cuando replicó, en una encuesta parlamentaria de febrero de 1910 referente a la exclusión de voluntarios judíos de los ascensos de oficiales de la reserva. Al nombrar a un oficial con mando, declaraba, el ejército ha de considerar más que la simple «capacidad, conocimientos y carácter». Y otros factores imponderables entraban también en juego:

> Toda la personalidad del hombre en cuestión, la manera de estar al frente de sus tropas, debe inspirar respeto. Ahora bien, lejos de mí el afirmar […] que todo esto falta en nuestros conciudadanos judíos. Pero, por el otro lado, no podemos negar que prevalece una opinión diferente en las clases sociales inferiores[54].

La rapidez en acomodar la «opinión pública» dejó también su marca en otros ámbitos. En los primeros años 1880 el ministro del Interior prusiano intervino en apoyo de asociaciones de estudiantes antisemitas, socavando así las distintas administraciones universitarias predominantemente liberales que estaban intentando prohibirlas[55]. Aproximadamente por la misma época, la administración prusiana comenzó, asimismo, a endurecer su política respecto a la naturalización de judíos extranjeros: esta fue la base para la extraordinaria expulsión de más de 30 000 polacos y judíos no naturalizados en 1885.

Bajo presión de la agitación y exigencias antisemitas, el gobierno prusiano comenzó incluso, en los años 1890, a prohibir a los ciudadanos judíos que adoptasen apellidos cristianos. Los antisemitas objetaban, sobre bases racistas, que el cambio de apellido de los judíos creaba confusión respecto a quién era judío y a quién no lo era. Las autoridades del estado prusiano (especialmente el ministro del Interior, el conservador Botho von Eulenburg) hicieron suyos los puntos de vista antisemitas, alejándose de la política establecida de discriminar específicamente a los candidatos judíos[56]. La misma lógica se daba en la «Cuenta [o Recuento] Judía» (*Judenzählung*) ordenada por el ministro prusiano de la Guerra en octubre de 1916 con vistas a establecer cuántos judíos estaban en servicio activo en el frente[57]. Las

organizaciones antisemitas nacionales, tales como el *Reichshammerbund* (fundado en 1912), habían ido difundiendo desde hacía mucho tiempo que los judíos alemanes eran ventajistas de guerra que no ponían nada de su parte en la defensa de la patria. Desde el comienzo de la guerra y, en particular, desde finales de 1915, bombardearon al ministro de la Guerra prusiano con denuncias y quejas anónimas.

Durante un tiempo el ministro prusiano de la guerra, Wild von Hohenhorn, no había tenido en cuenta estas protestas, pero luego decidió llevar a cabo un recuento estadístico de los judíos en las fuerzas armadas. En un decreto del 11 de octubre de 1916, en que se anunciaba el recuento estadístico, el ministro se refería a alegaciones respecto a que la mayoría de los judíos de las fuerzas armadas habían conseguido evitar ir al combate asegurándose puestos bien lejos del frente. Pese a que los resultados de la encuesta confirmaron que los judíos estaban, en realidad, perfectamente representados en las unidades de primera línea, el decreto desanimó a los contemporáneos judíos, especialmente a aquellos cuyos parientes o camaradas estaban en ese momento combatiendo en las trincheras alemanas. Fue, como un escritor judío recordaba al final de la guerra, «el insulto indeleblemente más vergonzoso que había deshonrado a nuestra comunidad desde la emancipación[58]».

Hubo, naturalmente, límites en la tolerancia del estado hacia el antisemitismo. En 1900 estallaron disturbios antijudíos en la ciudad de Konitz, en Prusia Occidental, tras el descubrimiento de un cuerpo macabramente desmembrado cerca de la casa de un carnicero judío. Los periodistas antisemitas (muchos de Berlín) no perdieron tiempo en lanzar acusaciones de «asesinato ritual» contra el carnicero, seguidas en esto por cierto número de gentes crédulas de la ciudad, la mayoría polacos. De todos modos, ninguno de los jueces o investigadores de la policía prusianos implicados en el caso dieron nunca ningún crédito a las alegaciones y las autoridades no perdieron tiempo en suprimir los disturbios y castigar a los principales infractores[59]. La emancipación fue considerada como un hecho cumplido por parte de la Prusia oficial y no se prestó una atención seria a la idea —pese a la gran presión de los antisemitas— de volver a la época de la discriminación legal. Los judíos continuaron desempeñando un papel prominente en la vida pública prusiana, como parlamentarios, periodistas, empresarios, directores de teatro, funcionarios municipales, como colaboradores personales del emperador e incluso como ministros y miembros de la cámara alta del Landtag prusiano.

Con todo, los judíos tenían razón, probablemente, al considerar alarmados la reticencia del estado para obligar con más energía a atenerse a la letra de la constitución. Había algo, para la oligarquía agraria protestante tradicional, que les permitía agarrarse a su porción habitual de patrocinio gubernamental (que, naturalmente, ellos ejercían); y había otro principio algo más inquietante en cuanto a las autoridades estatales que invocaban el «humor de la población» como base para alejarse de la práctica constitucional o el principio de administración equitativa. Al hacer esto, permitían a los antisemitas establecer los términos del debate. Había en esto una ironía, porque mientras los judíos eran los mayores amigos del estado, los antisemitas estaban, sin duda, entre sus más implacables enemigos. Para ellos el mero término «estado» tenía connotaciones de artificialidad y de impersonalidad, como una máquina, en contraste con los atributos orgánicos y naturales asociados al *Volk*. La única forma de organización estatal aceptable era aquella que reducía el aparato del estado a un instrumento para el autoempoderamiento del *Volk* —que es una entidad étnica, no política**[60]**—. En esto reside el paralelo con la política hacia los polacos. Polacos y judíos eran grupos sociales básicamente diferentes en prácticamente todos los aspectos que se puedan imaginar, pero ambos presentaban a las élites conservadoras que gobernaban Prusia unos ámbitos políticos en los que la lógica política del estado moderno, concebido como una zona de autoridad legal indiferenciada, entraba en conflicto con la lógica étnica de la nación. En ambos casos, fue la idea del estado (prusiano) la que abrió el camino y la ideología de la nación (alemana) la que prevaleció.

Rey de Prusia y kaiser de Alemania

La creación del imperio alemán enfrentó a la dinastía de los Hohenzollern con una compleja tarea de ajuste. El rey de Prusia era ahora también kaiser de Alemania. Lo que esto quería decir, en la práctica, no estuvo muy claro en los primeros años después de la unificación. La nueva constitución alemana tenía poco que decir respecto al papel del káiser. La constitución liberal nacionalista de Fráncfort de 1848 había incluido una sección titulada «La jefatura del Reich», que trataba en exclusiva del cargo imperial. No existía esta sección en la constitución alemana de 1871. Los poderes del emperador quedaban establecidos en la Sección IV bajo la modesta rúbrica «La Presidencia del Consejo Federal». Este y otros pasajes del documento dejaban

claro que el káiser no era más que un príncipe alemán entre otros, un *primus inter pares*, cuyos poderes derivaban del lugar especial ocupado en el cuerpo federal más que de cualquier exigencia de dominio directo sobre el territorio del Reich. De ahí que su denominación oficial no fuera «emperador de Alemania», como el káiser Guillermo I habría preferido personalmente, sino «emperador alemán». Había aquí lejanos ecos de la soberanía limitada implícita en el título del siglo XVIII «rey *en* Prusia»; entonces como ahora, había que tener en cuenta a los demás soberanos cuya esfera de influencia se solapaba con la del nuevo cargo.

En la relación entre el canciller y el rey-emperador, solía ser Bismarck quien llevaba la voz cantante. Guillermo I se imponía a veces: no era una «figura decorativa» y podía ser presionado, intimidado, chantajeado o engatusado hasta llegar a un acuerdo con Bismarck sobre asuntos de importancia. Guillermo I no había querido ir a la guerra contra Austria y desaprobó la campaña política del canciller contra los católicos. Cuando había desacuerdos, Bismarck desencadenaba toda la fuerza de su personalidad, insistiendo en sus argumentos hasta obtener lo que quería con lágrimas, rabietas y amenazas de dimisión. Estas escenas, que el kaiser consideraba casi intolerables, lo llevaron a hacer la célebre observación: «Es difícil ser emperador con Bismarck». No había falsa modestia en la observación del emperador; en otra ocasión, admitió: «es más importante que yo**[61]**».

El efecto del dominio de Bismarck, como gestor político o como mascarón de proa nacional, fue el de retrasar la expansión del trono hacia su papel imperial. Guillermo I era un hombre muy respetable y ampliamente reverenciado, un personaje con la seriedad y la barba de un patriarca bíblico. Pero ya había entrado en los setenta cuando se proclamó el Reich y siguió siendo básicamente un rey prusiano hasta su muerte en 1888 a la edad de noventa años. Solía hablar poco en público y pocas veces salió fuera del territorio de su reino. Conservó las costumbres ahorradoras de un junker del este del Elba: se resistió a la instalación de baños de agua caliente en el palacio de Berlín debido a su coste, por ejemplo, prefiriendo bañarse una vez a la semana en un saco de cuero hermético colgado de una estructura que debía ser transportada de un hotel cercano. Marcaba las etiquetas de las botellas de licor para evitar que empinasen el codo furtivamente los criados de la corte. Los viejos uniformes debían durar mucho tiempo. Tras firmar los papeles del estado, Guillermo solía limpiar la plumilla mojada de su pluma sobre la manga de su chaqueta azul oscuro. Y llegó hasta el punto de evitar los carruajes con ruedas de goma alegando que eran un lujo innecesario.

Había un elemento de tímida representación en todo esto —el rey aspiraba a ser la personificación de la sencillez, autodisciplina y ahorratividad prusianas —. Todos los días aparecía en la ventana de su estudio para supervisar el cambio de la guardia —esta reinvención de una vieja tradición prusiana se convirtió en una gran atracción turística de Berlín[62].

El hijo y sucesor de Guillermo I, Federico III, era un hombre carismático con fuertes nexos con el movimiento liberal alemán. Era respetado también por el importante papel de mando llevado a cabo en las guerras de unificación. Si hubiese tenido la oportunidad, habría podido convertirse muy bien un monarca genuinamente nacional-imperial. Pero para la época en que subió al trono, en 1888, ya estaba a punto de morir de un cáncer de garganta y le quedaban tan solo tres meses de vida. Quedó postrado en cama durante gran parte de su reinado, reducido, debido a su situación, a comunicarse con su familia y con el personal por medio de notas garabateadas.

Así, pues, en 1888, cuando Guillermo II subió al trono, el cargo de emperador era como una casa en la que la mayoría de las habitaciones no hubiesen sido ocupadas nunca. Su ascenso al trono inauguró una revolución en el estilo en la gestión de la monarquía imperial alemana. Ya desde los primeros pasos, Guillermo II se consideró una figura pública. Estaba atento quisquillosamente a su apariencia exterior, alternando con rapidez uniformes y equipo para cada ocasión concreta, domando sus famosos mostachos hasta alcanzar una temblequeante rigidez por medio de una cera especial patentada y mostrando una grave actitud oficial durante las ceremonias públicas. Su obsesión por su presencia exterior se extendió a una estrecha vigilancia de la emperatriz, la exprincesa Auguste-Viktoria de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Augustenburg. Guillermo no solo proporcionó diseños para su vestimenta, sus joyas particulares y sus extravagantes sombreros, sino que incluso la obligó a conservar su cintura de avispa por medio de dietas, pócimas y corsetería[63]. Era el primer monarca alemán que vivía y trabajaba en estrecha cercanía —podríamos incluso decir en simbiosis— con fotógrafos y cámaras. Los filmaban durante sus apariciones públicas y en las ocasiones familiares, también en las maniobras y cabalgando, de caza; incluso lo seguían a bordo del yate real. Películas contemporáneas de este kaiser, de las que hay muchas, lo muestran siempre rodeado por las manivelas de las cámaras de cine.

51. Vestido con el relativamente austero uniforme del II Regimiento de la Guardia, el káiser Guillermo II pasea con su familia por los jardines de Sans Souci en esta pintura de Wilhelm Friedrich Georg Pape, 1891.

Guillermo II fue, en otras palabras, un monarca mediático, quizá el primer monarca europeo que realmente merece este epíteto. Captó el interés del público más que cualquiera de sus predecesores o, en realidad, que cualquier otro monarca de la época. Su finalidad no era simplemente atraer la atención sobre sí mismo, aunque no hay duda alguna de que este emperador fue un individuo profundamente narcisista, sino también para cumplir la promesa nacional e imperial de su cargo. Desarrolló la marina alemana, que era la genuina alternativa nacional a un ejército dominado por los prusianos, apoyando las campañas de obtención de fondos y presidiendo las imponentes revistas navales que se celebraban anualmente en Kiel. Aunque con resultados medianos, trató de instaurar un culto nacional en torno a la figura de su abuelo Guillermo el Grande, el fundador del imperio. Viajó a través del imperio, inaugurando hospitales, bautizando barcos, visitando fábricas y presenciando desfiles. Y, sobre todo, dando discursos.

Ningún monarca Hohenzollern habló nunca con tanta frecuencia ni tan directamente a tan grandes multitudes de sus súbditos como Guillermo II. Tomó a los alemanes como un flujo virtualmente ininterrumpido de locuciones públicas. Durante el período de seis años que va de enero de 1897 a diciembre de 1902, por ejemplo, hizo 233 visitas a por lo menos 123 ciudades y otras localidades alemanas, en la mayoría de las cuales pronunció

discursos que luego eran publicados y discutidos en la prensa regional y nacional. Los discursos de Guillermo, al menos hasta 1908, no fueron piezas preparadas para él por redactores profesionales. El personal del gabinete civil se afanaba documentando y escribiendo textos para lugares y ocasiones especiales, a veces pasando la versión final impresa a un atril de madera que se entregaba al emperador cuando llegaba el momento, pero su trabajo era en gran parte inútil —Guillermo prefería hablar sin ayuda—. A diferencia de su padre que, como príncipe heredero, siempre había escrito sus textos de antemano y luego «los modificaba una y otra vez», Guillermo pocas veces preparaba sus discursos con antelación[64]. Eran actos de comunicación llevados a cabo con consciente improvisación y sin mediación.

Las actuaciones más llamativas del kaiser eran como las pinturas de historia del siglo XIX —llenas de una rotunda imaginería simbólica, en la que las tempestades se alternaban con rayos de luz redentora donde todo lo que rodeaba era oscuridad, y figuras sublimes (con frecuencia miembros de su propia dinastía) flotaban sobre los insignificantes conflictos del día—. La meta era dotar de carisma a la monarquía e invocar la clase de situación de ventaja transcendente y soberana desde la cual el emperador reinaba sobre su pueblo. Un tema central era la continuidad histórica de la dinastía Hohenzollern y su misión pruso-alemana[65]. Se enfatizaba la monarquía imperial como garante última de la unidad del imperio, el punto en el que «pueden reconciliarse las oposiciones históricas, confesionales y económicas[66]». Finalmente, la dimensión providencial de la monarquía era un *leitmotiv* que recorría todos los discursos de su reinado. Dios lo había instalado en este elevado puesto con el fin de realizar el plan divino respecto a la nación alemana. Durante un muy característico mensaje pronunciado en la Rathaus de Memel, en septiembre de 1907, animó a la audiencia a recordar que «la mano de la divina providencia» estaba en acción en los grandes logros históricos del pueblo alemán: «y si Dios Nuestro Señor no hubiese reservado para nosotros algún gran destino en el mundo, entonces no habría concedido tan magníficos rasgos y capacidades a nuestro pueblo[67]».

El impacto público de los discursos de Guillermo era variado. Una dificultad fundamental era que el pueblo que escuchaba sus palabras y quienes las leían no eran las mismas personas. Las audiencias en vivo impresionaban fácilmente. Pero las palabras que parecían apropiadas, o incluso conmovedoras, ante una reunión rústica de junkers de Brandemburgo, podían serlo menos cuando aparecían en los periódicos de Múnich o de Stuttgart. A comienzos de 1891 Guillermo decía, en una reunión de

industriales renanos en Düsseldorf que «el Reich tenía únicamente un dirigente, y ese soy yo». La observación se entendió como una puñalada a Bismarck, que, desde su jubilación, se había dedicado a tirar contra el kaiser en la prensa y se sabía que era popular en los círculos industriales de Renania, pero también significó una ofensa inesperada para aquellos de la Alemania no prusiana que lo consideraron un desprecio hacia los príncipes federales. Después de todo, también ellos eran «gobernantes del Reich[68]».

El hecho es que el cargo público de Guillermo II era una incómoda mezcla de distintas identidades. Cuando hablaba cada año en el banquete anual de la Dieta de Brandemburgo, una ocasión que apreciaba en especial, tenía la costumbre de definirse a sí mismo como «margrave», con el fin de invocar el único nexo histórico entre su dinastía y su provincia originaria[69]. Se trataba de un gesto inofensivo aunque algo autodramatizante que fue bien aceptado por los conservadores patanes de la Dieta de Brandemburgo, pero era muy difícil de tragar para los alemanes del sur, que se lanzaban a estudiar los textos publicados de tales discursos, al día siguiente, en la prensa diaria. El amigo íntimo y consejero del emperador Philipp zu Eulenburg, que ocupaba el cargo de enviado prusiano a Múnich, explicaba el problema en una carta de marzo de 1892:

> La gran elocuencia y las maneras y estilo de Su Majestad ejercen una cautivadora influencia sobre quienes escuchan y sobre la audiencia —como lo ha demostrado una vez más el humor de los brandemburgueses tras el discurso de Su Majestad—. Pero en manos del profesor alemán, una fría valoración del contenido ofrece un panorama diferente… Aquí, en Baviera, la gente está *fuera de sí* cuando Su Majestad habla como «margrave», y las palabras del margrave están impresas en el *Reichsanzeiger [Gaceta Imperial* —como palabras, por decirlo así, del *emperador*—. En la *Gaceta Imperial*, miembros del imperio esperan oír *palabras imperiales* — no se ocupan de Federico el Grande (que se refería a Baviera, como solo ellos saben bien, como «un paraíso habitado por animales» y así sucesivamente); y no se ocupan de Rossbach y de Leuten[70].

Las relaciones entre la corona imperial y el estado bávaro fueron una continua fuente de tensiones. En noviembre de 1891, con ocasión de una visita a Múnich, a Guillermo II se le pidió que hiciese una anotación en el libro oficial de visitas de la ciudad. Por razones que no están claras, optó por escribir el texto «*suprema lex regis voluntas*» (la ley suprema es la voluntad del rey). La elección de la cita pudo estar relacionada con una conversación que el kaiser estaba teniendo en el momento en que se le pidió que firmara en el libro, pero enseguida adquirió una inesperada notoriedad. Una vez más, fue Eulenburg quien señaló la pifia:

> No me corresponde preguntar por qué Su Majestad escribió esas palabras, pero yo estaría cometiendo un acto de cobarde injusticia si no escribiese sobre los efectos negativos que este texto tuvo en la Alemania del sur donde Su Majestad me ha situado para vigilar […]. Aquí la gente ve en ella [la afirmación de] un tipo de voluntad imperial personal por encima de la voluntad de los bávaros. Todo el mundo, sin excepción, se ofendió con las palabras de Su Majestad, y la observación pareció perfectamente diseñada para ser explotada contra Su Majestad de la manera menos afortunada[71].

Cuando los caricaturistas suralemanes trataban de denigrar las pretensiones imperiales del káiser, casi siempre, invariablemente, lo hacían dibujándole como una figura enfática e incorregiblemente prusiana. Un admirable dibujo para *Simplicissimus* de 1909 del caricaturista residente en Múnich, Olaf Gulbransson, muestra a Guillermo II conversando con el regente de Baviera en las maniobras imperiales anuales. Ya el escenario estaba cargado de significado, pues la relación entre los ejércitos imperial y bávaro era un tema muy sensible en Múnich. El texto dice «Su Majestad explica las posiciones enemigas al príncipe Ludwig de Baviera». Los contrastes estereotipados entre prusianos y bávaros se han captado de manera exquisita en las posturas y vestimenta de ambas figuras. Mientras que Guillermo está tieso como un huso con su uniforme inmaculado y su casco puntiagudo, con botas de caballería que brillan como columnas de pulido ébano, el príncipe Ludwig se parece a un saco de alubias humano: pantalones demasiado anchos que caen sin forma a lo largo de las piernas, y un rostro barbudo mira perplejo desde detrás de unos quevedos. Todo lo que está erecto y es dominante en el prusiano, es cómodamente fláccido en el bávaro[72].

Guillermo II, hemos de decirlo, era singularmente poco adecuado para las tareas comunicativas de su cargo. Le era imposible expresarse en el estilo sobrio y mesurado que el público políticamente informado esperaba sin más de él. Los textos de los discursos eran fáciles blancos para el ridículo. Resultaban excesivos, pomposos, megalómanos; se «pasaban de la raya», como observó un alto personaje del gobierno[73]. Las imágenes y las frases de sus discursos solían ser recogidas y vueltas contra él en la prensa satírica. Ni Guillermo I ni Bismarck fueron ridiculizados nunca con tal intensidad (aunque puede encontrarse un estrecho paralelo en dibujos clandestinos de Federico Guillermo IV en tiempos de las revoluciones de 1848). Se aplicaban extensivamente sanciones legales contra la lesa majestad, tales como la confiscación de números de periódico o el juicio y prisión de los autores y directores de prensa, pero aquellas eran contraproducentes, pues solían tener el efecto de aumentar las ventas de los periódicos y de transformar a los periodistas perseguidos en celebridades nacionales[74]. Los intentos de

controlar la forma en la que las observaciones del emperador alcanzasen al gran público resultaron inútiles[75]. Guillermo II viajó tan a menudo y habló en una variedad tan grande de lugares y contextos que resultó casi imposible controlar la difusión de la información sobre sus elocuciones. El desgraciado «Discurso de los hunos» del káiser, en Bremerhaven, el 27 de jubo de 1900 fue un caso pertinente. En esta ocasión, trozos malsonantes de un discurso improvisado, sin tacto, ante las tropas que se preparaban para embarcar hacia China llegaron a las imprentas pese a los grandes esfuerzos de los funcionarios presentes, organizando un alboroto en la prensa y en el parlamento[76]. El káiser —como más de una celebridad— había aprendido a cortejar, pero no a controlar, a los medios de comunicación.

52. Maniobras imperiales, *caricatura de Olaf Gulbransson, de* Simplicissimus, *20 de septiembre de 1909.*

El cargo imperial carecía, como hemos visto, de un fundamento seguro en la constitución alemana. Y además carecía de una tradición política. Y no había, lo que es lo más sorprendente, coronación imperial. Guillermo II era consciente de estas carencias. Veía, más claramente que sus antecesores, el fracaso completo de la corona prusiana en instituirse como punto de referencia en la vida pública del imperio alemán. Llegó al trono decidido a colmar plenamente la dimensión imperial de su cargo. Viajó constantemente por los estados alemanes; glorificaba a su abuelo como el santo-guerrero que había construido una morada para el pueblo alemán, y propugnó nuevos días festivos y prácticas memoriales públicas para vestir, como así fue, la

desnudez constitucional y cultural del trono prusiano, con el manto de la historia nacional. Se proyectó hacia el público alemán como la personificación de la «idea imperial». En este incesante esfuerzo para hacer de la corona imperial una realidad política y simbólica en la mente de los alemanes, los discursos jugaron un papel crucial. Fueron instrumentos de «movilización retórica» que garantizaba al káiser-rey una preeminencia única en la vida pública alemana[77]. Para Guillermo, personalmente, ofrecían una compensación por la situación de coacción política y desautorización en la que tan frecuentemente llegó a encontrarse. Hay que decir que los discursos eran, como Walther Rathenau —autor de una de las más incisivas reflexiones sobre el monarca— observaba en 1919, el único instrumento realmente efectivo de su imperial soberanía[78].

Si Guillermo tuvo éxito en alcanzar este objetivo es otra cuestión. Por un lado, las mayores indiscreciones provocaban oleadas de escritos con comentarios hostiles. Al ser la más visible (o audible) manifestación de la independencia del soberano, se convirtieron en el principal foco de la crítica política del «gobierno personal[79]». A largo plazo, su efecto representó una gradual erosión del estatus político de las declaraciones desde el trono. Se convertirá cada vez más en algo corriente para el gobierno, sobre todo desde 1908, disociarse completamente de los discursos no bienvenidos, sobre la base de que estos no eran manifestaciones programáticas vinculantes, sino meras expresiones de opinión personales por parte del monarca, rectificación que implicaba que las opiniones políticas del emperador carecían de consecuencias políticas amplias[80]. Como observó el corresponsal vienés del *Frankfurter Zeitung* en 1910, una comparación entre Guillermo II y el emperador Francisco José de Austria-Hungría revelaba lo contraproducente que era el uso exagerado por parte de Guillermo de la palabra en público: el monarca Habsburgo, se destacaba, era un «emperador silencioso» que distinguía siempre entre su persona privada y el cargo público, y nunca utilizaba el foro público para hacer declaraciones personales de cualquier tipo, y aun así, «cualquiera que en Austria se atreva a hablar sobre su emperador como oímos que se discute [el nuestro] en cada mesa de Alemania, estaría enfrentándose inmediatamente a serios problemas[81]».

Por otro lado, es notoriamente difícil medir la opinión pública, y deberíamos ser cautelosos respecto a toda opinión basada exclusivamente en comentarios de los periódicos —«opiniones publicadas» y «opinión pública» no son la misma cosa—. El emperador puede haber perdido «el aura del soberano que está por encima de las críticas», escribió un observador

extranjero en el otoño de 1908, cuando Guillermo II se hallaba engolfado en un escándalo por declaraciones sin tacto publicadas en el *Daily Telegraph*, de Londres. «Pero por el magnetismo personal que posee, siempre retendrá un inmenso ascendiente a los ojos de la masa de sus súbditos[82]». Las invocaciones de Guillermo a la divina providencia eran el surtido jocoso de los periódicos de mayor calidad, pero tenían un toque de simpatía hacia los gustos teológicos plebeyos de muchos alemanes humildes. Por la misma razón sus conocidas denuncias del arte de vanguardia resultaban grotescas y retrógradas para la *intelligentsia* cultural, pero tenían un sentido para los más numerosos consumidores culturales que pensaban que el arte debía proporcionar evasión y edificación[83]. En Baviera, las ceremonias del «culto imperial» (desfiles, inauguraciones y celebraciones del aniversario de 1913) atrajeron una asistencia masiva no solo de las clases medias, sino también de los campesinos y comerciantes[84]. Incluso en medios socialdemócratas de las regiones industriales parecía existir un abismo entre la perspectiva crítica de la élite del SPD y la masa de partidarios socialdemócratas, entre los cuales el emperador era percibido como la personificación de un «principio patriarcal-providencial[85]». Las conversaciones registradas por los informadores de la policía en los distritos de la clase trabajadora en las tabernas de Hamburgo registraron algunos comentarios despectivos, pero también muchos favorables e incluso afectuosos sobre «nuestro Guillermo[86]». En la sociedad alemana se acumulaban importantes (aunque no precisamente cuantificables) reservas de capital imperial-real. Harían falta las transformaciones sociales y las perturbaciones políticas de una guerra mundial para agotarlas.

Soldados y civiles

El 16 de octubre de 1906 un mísero vagabundo llamado Friedrich Wilhelm Voigt llevó a cabo un extraordinario golpe en Berlín. Voigt había pasado gran parte de su vida en la cárcel. Había dejado la escuela a los catorce años tras ser acusado de robo, había estado de aprendiz con su un zapatero de Tilsit, en el extremo este del estado prusiano. Entre 1864 y 1891, fue condenado en seis ocasiones por robo, atraco y falsificación, por lo que pasó un total de 29 años tras los barrotes. En febrero de 1906, tras pasar 15 años en la cárcel por atraco, era de nuevo un hombre libre. Habiéndole sido negado un permiso de residencia por las autoridades policiales de Berlín, se instaló ilegalmente en una vivienda cerca de la estación de ferrocarril de Schlesischer Bahnhof,

donde encontró un lugar como «inquilino de noche», durmiendo en una cama que era ocupada durante el día por un obrero de una fabrica que hacía el turno nocturno.

En la segunda semana de octubre de 1906, Voigt se hizo con un uniforme del I Regimiento de Guardias a Pie juntando prendas y equipo comprado en tiendas de segunda mano en Potsdam y Berlín. La mañana del 16 de octubre recogió su uniforme de donde lo había depositado en una consigna en la estación de Beusselstrasse y se dirigió al parque de Jungfernheide para cambiarse de ropa. Vestido de capitán prusiano, fue hacia el centro por el S-Bahn. A mediodía, cuando se estaba haciendo el cambio de la guardia en la ciudad, Voigt detuvo a un destacamento de cuatro soldados y un suboficial que volvían a sus barracones tras estar de guardia en las piscinas militares de Plötzensee. El suboficial ordenó a sus hombres que se pusiesen firmes mientras Voigt les informaba de que había tomado el mando por la autoridad de una orden ministerial del rey. Tras despedir al suboficial, Voigt reunió a otros seis guardias que volvían del servicio en un cercano campo de tiro y condujo a «sus» tropas a la estación de Putlitzstrasse, donde todos ellos embarcaron para Köpenick. Durante el trayecto los invitó a unas cervezas en un kiosko de la estación.

Al llegar al edificio del ayuntamiento Voigt colocó a los guardias en las principales entradas y se dirigió con algunos de ellos a una sala de oficinas administrativas donde ordenó la detención del secretario superior de la ciudad, Rosenkranz, y del alcalde, doctor Georg Langerhans, que resultó ser teniente de la reserva, se irguió sobre sus pies al ver las charreteras de Voigt y no hizo ningún intento de resistirse cuando se le dijo que los guardias lo escoltarían hasta Berlín. Al inspector de policía del ayuntamiento se le encontró roncando en su despacho —era una tarde de otoño templada en este tranquilo distrito suburbano— y Voigt le endilgó una severa reprimenda. Al cajero municipal, Von Wildberg, se le ordenó que abriese la caja fuerte y que trasfiriese todo su contenido —4000 marcos y 70 pfennig— a Voigt, que le enseñó un recibo por la cantidad confiscada. Voigt ordenó a un destacamento de sus guardias que escoltasen a los funcionarios detenidos por ferrocarril y que se presentasen para informar a la Neue Wache en Unter den Linden. Minutos después, fue visto abandonando el edificio en dirección a la estación de Köpenick, donde desapareció de la vista. Más tarde reveló que había empleado la siguiente hora para volver a Berlín, deshaciéndose de sus ropas militares y acomodándose en un café de la ciudad con vistas a la Neu Wache. Desde aquí pudo ver la confusión que se generó cuando los guardias llegaron

con sus desconcertados prisioneros. El 1 de diciembre de 1906, tras pasar seis semanas en libertad, fue detenido y condenado a cuatro años de cárcel.

La hazaña de Voigt despertó un enorme interés en su momento. En unos días el hecho ya estaba siendo satirizado en el escenario del teatro Metropol, y la prensa internacional lo cubrió ampliamente. La historia del estafador en uniforme de capitán que se paseó con la caja del dinero del ayuntamiento de Köpenick bajo el brazo enseguida se convirtió en una de las más preferidas y duraderas fábulas de la Prusia moderna. Fue escenificado para el teatro en numerosas versiones, siendo la más famosa la estupenda de Carl Zuckmayr, *Hauptmann von Köpenick*, de 1931, más tarde adaptada para el cine en una película chispeante, con una peculiar atmósfera, protagonizada por el afable Heinz Rühmann en el papel epónimo. Entre aquellos que sacaron provecho de la popularidad de la historia se hallaba el propio autor de los hechos: Voigt fue puesto en libertad de la prisión de Tegel tras permanecer allí menos de la mitad de su condena, gracias a un perdón real de Guillermo II. A los cuatro días de su liberación ya estaba haciendo apariciones públicas en el Passagenpanoptikum, un centro de ocio urbano en la esquina de Friedrichstrasse y Behrensstrasse, en el centro de Berlín. Habiéndosele prohibido por parte de las autoridades prusianas que hiciese nuevas apariciones de este tipo, montó una muy exitosa gira por Dresde, Viena y Budapest, donde ya era una celebridad. Durante los siguientes dos años, Voigt apareció en *nightclubs* y restaurantes, y en ferias, donde repetía su historia y firmaba postales con su foto de capitán de Köpenick. En 1910 realizó otras giras por Alemania, Gran Bretaña, Estados Unidos y Canadá. Fue tanta su fama que fue modelado en cera para la galería de *Madame* Tussaud, en Londres. Por la venta de sus memorias, *Cómo me convertí en el capitán de Köpenick*, publicadas en Leipzig en 1909, Voigt se hizo con suficiente capital para comprar una casa en Luxemburgo, donde se estableció de forma permanente en 1910. Se quedó en Luxemburgo durante la Primera Guerra Mundial, muriendo en 1922**[87]**.

En un nivel, este hecho es una parábola sobre el poder de un uniforme prusiano. El propio Voigt no tenía una figura demasiado impresionante, pues su apariencia llevaba todas las señales de una vida de pobreza y cárcel —un informe de la policía basado en palabras de testigos describía al timador como «delgado», «pálido», «avejentado», «encorvado», «inclinado hacia un lado», y «patizambo»—. Era, como observó un periodista, el uniforme, más que su deteriorado habitante, quien cometió el delito. Visto así, la historia de Voigt evoca un medio social marcado por un respeto servil a la autoridad militar.

Este mensaje no desapareció en los contemporáneos: periodistas franceses vieron en el episodio una prueba más de la obediencia ciega y mecánica por la que los prusianos eran famosos; *The Times* comentó con suficiencia que este era el tipo de cosas que podían pasar solo en Alemania[88]. Según estas afirmaciones, la historia del capitán era una exposición concentrada del militarismo prusiano.

Pero la fascinación del episodio reside, seguramente, en su ambivalencia. La hazaña de Voigt empieza con obediencia, pero termina con risa[89]. Apenas se hubo largado con la caja, su delito se convirtió en un acontecimiento mediático. Los periódicos de Berlín y alrededores lo describieron como una «inaudita hazaña de un estafador», «el cuento de un ladrón tan aventurero y romántico como el de cualquier novela» y concedía que era imposible reflexionar sobre ello sin sonreír; Voigt fue tildado de «jeta», «desvergonzado», «hábil» e «ingenioso». El diario socialdemócrata *Vorwärts!* informó de que la «acción del héroe» era objeto de las habladurías de la ciudad; en los restaurantes, en los tranvías, en los trenes se discutía la «heroica hazaña»: «No es que uno exprese indignación por el robo del tesoro municipal de Köpenick —más bien, el tono es burlesco, sarcástico—; por todas partes se adivinaba cierto regocijo ante la ingeniosa travesura de Köpenick[90]». Empresarios avispados publicaron «postales de simpatía» en masa con representaciones de antes y después de Voigt como zapatero y como capitán. A los compradores se les informó de que una porción de los ingresos que se generasen por la venta estaba destinada a una sociedad local para la atención a los presos o incluso al propio Voigt[91]. Era precisamente el elemento cómico, subversivo de la historia lo que Voigt supo explotar tan hábilmente en sus memorias y en las representaciones teatrales. Como acontecimiento mediático, la hazaña del capitán tuvo algo de desastre para los militares prusianos. Fue, como el periodista e historiador socialista Franz Mehring dijo, «una segunda Jena[92]».

El origen de las risas no es difícil de discernir. El blanco de la broma era el «militarismo» prusiano. Pero ¿qué significaba exactamente este término? La palabra comenzó a circular por primera vez como eslogan liberal antiabsolutista durante las luchas constitucionales de los primeros años 1860 y nunca perderá esta connotación liberal. En los estados del sur de Alemania, el término «militarismo» se usó ampliamente a finales de los años 1860, casi siempre con una carga antiprusiana[93]. «Militarismo» se refería al sistema de servicio militar universal (opuesto al todavía operativo en el sur, donde los súbditos ricos podían comprar la exención del servicio militar), o al pago de

contribuciones para los gastos de mantenimiento del ejército nacional, o a la afirmación, más en general, de la hegemonía prusiana sobre los estados meridionales. Para los liberales de izquierda, el militarismo significaba altos impuestos y, potencialmente, gastos estatales sin control. Para algunos nacional-liberales, el antimilitarismo recogía ecos del romanticismo de milicia que habían impulsado las reformas de la época napoleónica. Para el análisis marxista del movimiento socialdemócrata, el militarismo era expresión de la violencia y represión latente en el capitalismo. Precisamente porque canalizaba y enfocaba múltiples preocupaciones de acuerdo con combinaciones cambiantes, el término «militarismo» se convirtió en uno de los principales «puntos de reunión semánticos» en la cultura política alemana moderna[94]. En cualquiera de los sentidos en que se usase, centraba la atención sobre las conexiones estructurales entre lo militar y el más vasto sistema social y político en el que se hallaba enmarcado.

El ejército fue, sin ninguna duda, una de las instituciones centrales de la vida prusiana desde 1871. Su presencia se notaba en la vida diaria hasta un extremo que sería inimaginable hoy en día. El ejército, cuyo arraigo público había sido bajo durante mucho tiempo en el siglo XIX, surge de las guerras de unificación en un nimbo de gloria. Su papel en la fundación de la nueva Alemania se conmemoró a lo largo de la época imperial en los festejos anuales del Día de Sedan, que rememoraba la victoria sobre Francia. La institución militar adquirió un nuevo tipo de resonancia pública. Su prestigio tuvo expresión en los imponentes edificios que aparecieron en las ciudades con guarniciones para acomodar a las tropas de servicio y a las administraciones regimentales. Se dio una elaborada cultura de las manifestaciones militares en forma de desfiles, bandas de música y maniobras. Los militares se sintieron orgullosos del lugar ocupado en prácticamente toda festividad pública oficial[95]. Y la proliferación de la imaginería y símbolos militares se infiltró en la esfera de la vida privada: las fotografías de uniforme se convirtieron en una posesión valiosa, en especial para los reclutas de familias rurales pobres para las que las fotografías eran todavía una costosa rareza; el uniforme se llevaba con orgullo incluso en los días festivos; se atesoraban las insignias y las medallas militares como recordatorio de parientes masculinos fallecidos. Las comisiones prusianas de oficiales de la Reserva —había unas 120 000 en 1914— eran codiciadas ardientemente como símbolo de estatus en la sociedad burguesa (de ahí los intentos de los primeros voluntarios judíos para asegurarse el acceso al cuerpo). Los escolares de las ciudades con guarniciones cantaban canciones

marciales y marchaban por el patio del recreo. Numerosísimos exsoldados se unieron a las asociaciones de veteranos y los clubes militares, que aumentaban rápidamente; en 1913 la Liga Kyffhäuser, la más importante organización de veteranos de Alemania, contaba con unos 2,9 millones de miembros[96].

En otras palabras, los militares se entreveraron más profundamente en la estructura de la vida diaria desde 1871. Evaluar el significado exacto de este hecho está lejos de ser una tarea fácil. Según un punto de vista influyente, la militarización de la sociedad imperial-prusiana ensanchó la brecha entre Alemania y los estados europeos occidentales, sofocando las energías críticas y liberales de la sociedad civil, perpetuando una consideración jerárquica de las relaciones sociales e inculcando a millones de alemanes ideas que eran reaccionarias, chovinistas y ultranacionalistas[97]. Pero, la experiencia prusiana ¿era realmente tan inusual? Prusia no estaba sola en considerar la expansión de la cultura militar durante los últimos cuatro decenios anteriores a la Primera Guerra Mundial. También en Francia los veteranos y los militares en servicio iban en tropel a los clubes y asociaciones militares. Una comparación entre la militarización de las conmemoraciones nacionales en Francia y en Prusia-Alemania desde 1871 revela un estrecho paralelo[98].

Incluso en Gran Bretaña, que era una potencia predominantemente naval, que se sentía orgullosa categóricamente de la cualidad civil de su cultura política, la Liga del Servicio Nacional había atraído a unos 100 000 hombres, incluyendo a 177 miembros de la Cámara de los Comunes. La propaganda de la Liga combinaba una perspectiva paranoica sobre cuestiones de seguridad nacional con presunciones racistas sobre la superioridad de la raza británica[99]. En Gran Bretaña, como en Alemania, los últimos años de la era victoriana presenciaron un gigantesco despliegue de ceremoniales imperiales. Lo «civil» y el antimilitarismo en la sociedad británica eran quizá más un asunto de autopercepción que de una fiel representación de la realidad[100]. Merece la pena destacar, además, que el movimiento por la paz alemán se desarrolló a una escala sin paralelo en otros lugares. El domingo 10 de agosto de 1911, se congregaron 100 000 personas en Berlín para protestar contra la arriesgada política de las grandes potencias durante la Crisis de Marruecos. Hubo una oleada de protestas semejantes en Halle, Elberfeld, Barmen, Jena, Essen y en otras ciudades alemanas a finales del verano, culminando en una ingente manifestación por la paz en Berlín el 3 de septiembre, cuando 250 000 personas atestaron el Parque de Treptow. El movimiento se apaciguó algo en 1912-1913, pero a fines de julio de 1914, cuando la guerra ya era claramente

inminente, se produjeron de nuevo grandes concentraciones por la paz en Düsseldorf y en Berlín. La respuesta del público alemán a las noticias de la guerra no fue, en contra de lo que suele decirse, de entusiasmo universal. Por el contrario, el humor en los primeros días de agosto de 1914 era apagado, ambivalente y, en ciertos lugares, temeroso[101].

El «militarismo» era, además, un fenómeno difuso e internamente fisurado. Había que hacer una distinción entre la mentalidad básicamente aristocrática y conservadora del cuerpo de oficiales prusiano y las muy diferentes identidades y nexos implicados en el «militarismo de la gente del pueblo». La legendaria arrogancia corporativa de la casta de oficiales prusiana y su desprecio por los valores y normas civiles era básicamente un destilado del antiguo espíritu exclusivista y corporativo de la nobleza social este-elbiana, mezclada con la actitud defensiva y la paranoia de un grupo decidido a no perder su predominio tradicional. En cambio, el carácter de muchos clubes de veteranos era plebeyo e igualitario. Un estudio sobre los soldados de la provincia de Hesse-Nassau, anexionada por Prusia, que ingresaron en los clubes militares en el período 1871-1914, muestra que muchos de estos eran braceros rurales sin tierras, artesanos y pequeños terratenientes pobres. No ingresaban por ser entusiastas de la vida militar, sino porque la membrecía proporcionaba una vía para afirmar su valía, estatus y títulos frente a los campesinos autosuficientes propietarios de tierras más extensas que dominaban las comunidades. Ser miembros de los clubes de veteranos era, pues, un «vehículo de participación». Visto «desde abajo», lo que importaba de lo militar no era la imposición de deferencia *entre* los rangos, sino la igualdad entre los hombres que habían servido juntos[102].

Sea como sea, era más bien la marina alemana, más que el ejército prusiano, la que atraía el entusiasmo popular por el engrandecimiento nacional alemán. Por medio de la promoción de un programa masivo de construcciones navales desde fines de los años 1890, el káiser Guillermo II intentó erigirse en el genuino gobernante nacional e imperial alemán. El programa naval alemán atrajo enseguida un enorme apoyo popular. En 1914 la Asociación de la Flota Alemana (*Deutscher Flottenverein*) contaba con más de un millón de miembros, la gran mayoría de clase media o media baja. La marina se consideraba un servicio militar genuinamente nacional, Ubre de nexos territoriales particularistas, con una visión relativamente meritocrática en el reclutamiento y en los ascensos. También la serie de innovaciones tecnológicas que transformaron la construcción de la flota a caballo entre los dos siglos fue objeto de interés; las naves eran algo emocionante, pues se

situaban en el filo de lo que la ciencia y la industria alemana podían conseguir. La flota era asimismo una garantía de una política global alemana más expansiva bajo la bandera de la *Weltpolitik*.

Por el contrario, el ejército llevaba la carga de su asociación con la particularista estructura de poder de Prusia. La organización militarista popular más radical de los años de preguerra, el Club de Defensa (*Wehrverein*), que tenía unos 100 000 miembros en el verano de 1914, era en realidad muy crítica del militarismo «conservador» de la élite prusiana, que consideraba reaccionaria, letárgica, de miras estrechas y disminuida por ociosas distinciones de clase. Tenían razón: hasta 1913 partes del mando militar prusiano se opusieron a la expansión, alegando que esta diluiría el aristocrático espíritu de cuerpo de la casta de oficiales inundando los rangos superiores con aspirantes de la clase media[103].

El ejército y el estado

El fracaso en integrar en un todo la autoridad sobre los asuntos civiles y militares había sido uno de los fallos definitorios de la constitución prusiana de 1848-1850. Las revoluciones de 1848, como vimos, constitucionalizaron la política prusiana sin desmilitarizar la monarquía prusiana. Era un fallo que el nuevo imperio alemán heredó del antiguo estado prusiano. El problema del control del gasto militar quedó sin solución. La constitución de 1871 estipuló, por un lado (Art. 63), que «el emperador determina la fuerza efectiva, la división y las disposiciones de los contingentes del ejército del Reich» y, por el otro, que «la fuerza efectiva del ejército sería determinada por la legislación del Reichstag[104]». La indeterminación de tales disposiciones dio lugar a conflictos periódicos entre el ejecutivo y el legislativo. En las cuatro disoluciones del Reichstag decretadas durante la vigencia del imperio (1878, 1887, 1893, 1907), tres se llevaron a cabo por razones relacionadas con el control de los gastos militares[105].

El ejército prusiano siguió siendo una guardia pretoriana bajo el mando personal del rey, muy protegido respecto al escrutinio del parlamento. A su vez, los órganos ejecutivos de la estructura militar alemana quedaron encajados en las instituciones soberanas del antiguo estado prusiano. No hubo, por ejemplo, un ministro imperial de la Guerra, sino uno prusiano con responsabilidades respecto a los asuntos militares imperiales. El ministro prusiano de la Guerra era nombrado por el emperador (en su facultad de rey

de Prusia) y juraba lealtad a la constitución prusiana, no a la imperial. Era responsable ante el káiser en muchos aspectos, pero responsable en asuntos de presupuesto ante el Reichstag. Con todo, aparecía ante este cuerpo no como ministro prusiano de la Guerra (pues este cargo estaba claramente desconectado de la legislatura imperial) sino en su papel complementario como plenipotenciario de Prusia en el Consejo Federal.

En cuanto a los órganos que administraban el ejército en tiempo de paz y de guerra, eran completamente independientes de la estructura de la autoridad civil. El ministerio militar, el cuerpo responsable de las decisiones relativas al personal (nombramientos y ascensos), fue separado formalmente del ministro prusiano de la Guerra en 1883, como lo estaba el Estado Mayor General, al que se confiaba, en caso de guerra, el control total de las operaciones del ejército en campaña[106]. Ambos, por ello, informaban directamente al propio monarca. En vez de crear órganos dotados de autoridad para la gestión militar central, Guillermo II fragmentó aún más la estructura de mando al crear, pocas semanas después de su subida al trono, una nueva institución militar conocida por el rimbombante nombre de «Cuartel General de Su Majestad el Káiser y Rey[107]». E incluso aumentó el número de puestos de mando militares y navales que despachaban directamente con el emperador[108]. Todo esto era parte de una estrategia consciente para crear un entorno que permitiese un ejercicio ilimitado de las funciones de mando del monarca[109]. El sistema militar prusiano-alemán siguió siendo, así, un cuerpo extranjero en el seno de la constitución alemana, aislándolo, institucionalmente, de los órganos de gobierno civiles y responsables últimos solo ante el propio emperador, que acabó siendo llamado a partir de 1900 aproximadamente en el lenguaje corriente el «supremo señor de la guerra[110]». El resultado fue una perpetua incertidumbre respecto a la demarcación entre la autoridad civil y militar. Este file el legado más fatal para la nueva Alemania.

En ningún lugar antes de 1914 las potencialidades de esta «decisión eludida» en el corazón de la estructura política del imperio se revelaron más perturbadoramente que en la guerra de 1904-1907 en el sudoeste africano alemán (la actual Namibia), donde estalló una insurrección en enero de 1904. A mediados de mes, contingentes armados de herero habían rodeado Okahandja, una ciudad en el centro-oeste de la colonia, saqueando granjas y puestos de policía, matando a cierto número de colonos alemanes y cortando las conexiones telegráficas y ferroviarias con Windhoek, la capital administrativa. El hombre encargado de mantener el orden era el gobernador Theodor Gotthilf von Leutwein, nativo de Strümpfelbronn, en el Gran

Ducado de Baden, que servía en la colonia desde 1893 y ocupaba el puesto de gobernador desde 1898. Al estimarse incapaz de contener la rebelión con la exigua milicia local (había menos de 800 soldados en una colonia una vez y media más extensa que el imperio alemán), Leutwein pidió que se le enviasen urgentemente refuerzos de Berlín y también un comandante experimentado para tomar el control de las operaciones militares[111]. El káiser respondió enviando al teniente general Lothar von Trotha, descendiente de una familia prusiana de Magdeburgo que ya había ocupado varios puestos en ultramar.

Aunque ambos hombres eran oficiales de carrera, ocupaban puestos diferentes en la estructura política prusiano-alemana. Al ser gobernador, Leutwein era la autoridad civil más alta de la colonia e informaba directamente al Departamento de Colonias del Ministerio de Asuntos Exteriores prusiano que, a su vez, informaba al canciller imperial y al ministro-presidente prusiano, Bernhard von Bülow. Trotha llegó a la colonia con una responsabilidad puramente militar y no era responsable directo ante las autoridades políticas, sino solo ante el Estado Mayor; que se relacionaba directamente con el káiser. En otras palabras, Leutwein y Trotha estaban encerrados en dos cadenas de mando separadas. Ambos hombres personificaban la línea de falla civil-militar que cruzaba la constitución prusiana.

El gobernador y el general enseguida estuvieron a matar respecto a cómo manejar la insurgencia. La intención de Leutwein había sido siempre tratar de maniobrar con el pueblo herero con medios militares hasta llevarlos a una situación en la que habría sido posible negociar una rendición. Sus esfuerzos y los de sus subordinados se centraron en debilitar la rebelión aislando a los elementos más decididos y negociando arreglos por separado con otros grupos herero. Pero el general Trotha buscaba una salida diferente. Habiendo intentado, sin éxito, rodear y destruir una gran masa de herero en una furiosa batalla en Waterberg el 11-12 de agosto de 1904, cambió a una política de genocidio. El 2 de octubre, el general lanzó una proclama en toda la colonia, que leyó a las tropas bajo mando alemán. Redactada en el rimbombante alemán tipo Salvaje Oeste de las novelas de Karl May, concluía con una inequívoca amenaza:

> El pueblo de los herero debe abandonar el país. Si el pueblo no lo hace, lo obligaré con la Gran Pipa [la artillería]. Dentro de las fronteras alemanas, todo hombre herero al que se encuentre con o sin armas, con o sin ganado, será muerto. Ya no tomaré prisioneros a más niños o mujeres. Sino que los conduciré de nuevo junto a su gente u ordenaré que se dispare contra ellos. Estas son mis palabras al pueblo de los herero. [Firmado:] El gran general del poderoso káiser alemán[112].

Todo esto no era precisamente un ejercicio de guerra psicológica. En una carta escrita dos días más tarde a sus superiores en el Estado Mayor prusiano, Trotha explicaba su actuación. La «nación de los herero», declaraba, sería «aniquilada como tal» o, cuando esto no fuese así, «expulsada del territorio». Ya que la victoria por medio de combates directos parecía imposible, Trotha propuso, en cambio, ejecutar a todos los herero de sexo masculino capturados y conducir a las mujeres y a los niños a las zonas desérticas de la colonia, donde su muerte a causa de la sed, desnutrición o enfermedades era una certeza real. No había razones, afirmaba, para hacer excepciones con las mujeres y niños herero, ya que estos solo infectarían a las tropas alemanas con sus enfermedades y aumentarían el gasto de los suministros de agua y comida. Esta insurrección, concluía diciendo Trotha, «es y seguirá siendo el comienzo de una lucha racial…»[113].

En una carta dirigida al Departamento de Colonias del Ministerio de Asuntos Exteriores prusiano a finales de octubre —en otras palabras, a la autoridad colonial *civil* en Berlín—, el gobernador Leutwein defendía su muy diferente visión de la situación: tal como él la veía, Trotha había empeorado el conflicto de la colonia al destruir los intentos de los subordinados de Leutwein de negociar el fin de la lucha. Si se hubiesen seguido estas iniciativas, afirmaba Leutwein, la rebelión podía haber sido resuelta ya. En el centro de la crisis había un problema de delimitación. Al adoptar una política deliberada de asesinatos y desplazamientos indiscriminados, Trotha se había excedido en cuanto a su competencia como comandante militar.

> Soy de la opinión de que mis derechos como gobernador se han visto comprometidos. Sobre la cuestión de si un pueblo debe ser destruido o cazado a través de las fronteras, no es una cuestión militar, sino política y económica[114].

En un desesperado telegrama del 23 de octubre de 1904 Leutwein pedía «aclaraciones sobre cuánto poder político y cuánta responsabilidad quedaba todavía en manos del gobernador[115]».

El canciller y ministro-presidente prusiano, Bernhard von Bülow, compartía los recelos de Leutwein respecto al extremismo de Trotha. La «total y planificada extirpación» de los herero, informaba Bülow al emperador alemán, podía ser contraria a los principios cristianos y humanitarios, y devastar económicamente y dañar la reputación internacional de Alemania. Con todo, aunque era la figura política más antigua en Prusia y en el imperio, carecía de autoridad sobre el general Trotha o sobre su superior en el Estado Mayor General prusiano, y por lo tanto no tenía los medios

necesarios para resolver la crisis de la colonia con una intervención directa. Las cadenas de mando civil y militar convergían solamente en la persona del kaiser. Con el fin de alcanzar sus objetivos, Bülow tenía, pues, que maniobrar ante el emperador para anular las órdenes de matar de Trotha del 2 de octubre. Así se hizo, tras un enfrentamiento con el Estado Mayor General sobre varios detalles técnicos, y acabó enviándose a la colonia, el 8 de diciembre, una nueva orden imperial; sin embargo, para los herero era demasiado tarde. Cuando llegó la orden de detener la matanza y las expulsiones forzadas, una buena parte de la población indígena ya había perecido, la mayoría en las áridas zonas del Omaheke, en el este de la colonia[116].

El abismo constitucional entre las estructuras de la autoridad civil y militar (prusiana) permaneció abierto durante toda la vida del imperio alemán. Esto exacerbó la situación en Alsacia-Lorena, donde los administradores civiles y los comandantes de cuerpos chocaron por varios asuntos, el más famoso de los cuales fue el incidente de Zabern, en octubre de 1913, cuando unas observaciones insultantes por parte de un joven oficial provocaron una serie de choques con la población local, que culminaron en la detención ilegal de unos veinte ciudadanos. Los militares habían sobrepasado claramente los límites de su competencia y se produjeron fuertes protestas por parte de las autoridades civiles. Y hubo alboroto nacional a causa de este asunto. Solo con grandes dificultades consiguió el canciller convencer al emperador de que tomase medidas disciplinarias contra los principales responsables[117].

¿Se dio una dimensión específicamente prusiana en la guerra que estalló en agosto de 1914? Una guerra en dos frentes, cercada por una coalición de potencias europeas —esto había sido una pesadilla para los prusianos, más que para los sajones, los badeneses o los bávaros. De todos los estados alemanes del siglo XIX, solo Prusia debía temer una agresión debido a que sus fronteras estaban expuestas al limitar con territorios de grandes potencias en el este y en el oeste. En este sentido, el Plan Schlieffen con sus puntas de lanza hacia el oeste y el este, cuidadosamente sopesadas, era un mecanismo intrínsecamente prusiano. Además, para muchos contemporáneos, pareció obvio que la movilización de 1914 caía dentro de una secuencia de anteriores «citas con el destino» prusianas: 1870, 1813, 1756. Referencias a estos precedentes surgieron por todas partes en las discusiones públicas que versaban sobre las noticias de la guerra en 1914. Tales invocaciones a la continuidad ocultaban, naturalmente, el hecho de que la constelación de 1914 había nacido de los cambios fundamentales provocados por la unificación alemana. Se trataba de una guerra del imperio alemán, no del estado prusiano.

Cuando los contemporáneos invocaban la «memoria» de las anteriores guerras prusianas, estaban, de hecho, proyectando sus preocupaciones nacionalistas de 1914 sobre el pasado prusiano: 1813 era recordado (falsamente) como un levantamiento nacional alemán contra los franceses; el ataque preventivo de Federico el Grande en 1756 fue reconvertido en un hecho de armas «alemán o incluso panalemán[118]».

No había nada especialmente novedoso en la combinación del pasado prusiano con el alemán —el siglo desde las guerras napoleónicas había presenciado la gradual nacionalización de los más prestigiosos símbolos territoriales, desde la Cruz de Hierro hasta Federico el Grande y la reina Luise —. Vista desde esta perspectiva, la historia de Brandemburgo-Prusia no era sino un episodio de una historia alemana mayor, cuyos primeros capítulos recordaban las antiguas cadencias de la «Canción de los Nibelungos» y de los retorcidos robles del bosque de Teotoburgo, donde Hermann el Querusco había derrotado en su momento a los ejércitos romanos. Es un detalle significativo que la primera victoria alemana en el este, el cerco y destrucción del II Ejército ruso entre el 26 y el 31 de agosto, no se denominase con el nombre de alguna de las oscuras localidades prusianas orientales — Grünfliess, Omulefofen, Kurken— en torno a las cuales tuvo lugar realmente el choque, sino con el de Tannenberg, a unos 30 kilómetros más al oeste: el nombre fue elegido deliberadamente para rememorar la batalla como respuesta de Alemania a la derrota infligida por los polacos y lituanos a los caballeros de la Orden Teutónica en la «primera» batalla de Tannenberg en 1410, acontecimiento antecesor del reino de Prusia y que rememoraba la época de la colonización alemana en el este.

Lejos de consolidar una identidad estatal prusiana diferenciada, la experiencia de la guerra tuvo un efecto corrosivo, acentuando la primacía de la lucha nacional alemana pero, al mismo tiempo, exacerbando el sentimiento antiprusiano en las provincias anexionadas más recientemente. La guerra tensó los nervios del ejecutivo imperial, creando nuevas y poderosas autoridades transregionales y acelerando la integración económica. Incrementó, asimismo, la conciencia de la nación como una comunidad de solidaridad al crear nuevas relaciones de interdependencia: los daños y trastornos que cayeron sobre la Prusia Oriental, por ejemplo, durante la breve ocupación rusa provocaron una masiva oleada de donaciones caritativas en todo el imperio. El acantonamiento, el servicio militar y el aumento de las formas de ayuda y suministros sociales organizados a escala nacional, todo ello había contribuido a profundizar la identificación con la comunidad

imaginada de todos los alemanes. Incluso en Masuria, donde el apego al estado de los Hohenzollern había sido fuerte tradicionalmente, «las últimas huellas de la identidad prusiana prenacional fueron presas de un patriotismo pangermano[119]».

Por otro lado, la guerra estimuló el resentimiento regionalista, incluso entre las tropas en servicio. El control de las cartas de los soldados que estaban en el frente reveló que la denigración de «los prusianos» era algo corriente entre las tropas renanas, hanoverianas e incluso entre las silesianas. Lo mismo puede decirse, incluso en mayor grado, de las tropas bávaras —su desesperación debido a la duración y desarrollo de la guerra se expresó en frecuentes explosiones de rabia contra los prusianos, cuya arrogancia y «megalomanía» se suponía que estaban prolongando la guerra—. Un bávaro, observador de la policía, resumía la actitud de los soldados bávaros que volvían del frente de permiso: «Tras la guerra, hablaremos francés, pero mejor francés que prusiano, estamos hartos y cansados de esto…». Otros informes de 1917 avisaba sobre la intensificación del «odio hacia Prusia» entre la población civil del sur[120].

El más importante legado prusiano a la Alemania del tiempo de guerra era de carácter constitucional. El problema de la constitución militar alemana se hizo aun más agudo tras el estallido de la guerra. El día de la movilización, la Ley de Sitio alemana del 4 de junio de 1851 entró en vigor en todo el imperio. De acuerdo con este antiguo estatuto, los 24 distritos de los cuerpos de ejército fueron puestos bajo la autoridad de sus respectivos comandantes generales, que fueron investidos con poderes cuasidictatoriales. El paralelismo de las cadenas de mando civil y militar que habían creado tensión en Alsacia-Lorena antes de 1914 y la pesadilla del África del Sudoeste, se extendía ahora al imperio en conjunto. El resultado fue ineficacia, dispendio y desorden cuando los «veintipico gobiernos en la sombra» lucharon contra la administración civil en toda Alemania (excepto en Baviera, donde el comandante de distrito estaba sujeto a la autoridad del ministro de la Guerra bávaro)[121].

En la cúspide del estado alemán, asimismo, los dirigentes militares explotaron los defectos prusianos en el sistema para usurpar los poderes de la administración civil. Los personajes clave detrás del enfrentamiento eran dos productos arquetípicos de la institución militar prusiana: Paul von Hindenburg und Beneckendorf (nacido en 1847), proveniente de una familia de junkers de la provincia de Poznan, que había estudiado en la escuela de cadetes de Wahlstatt y Berlín; y Erich Ludendorff (nacido en 1865), hijo de un

terrateniente de la misma provincia, que había ido a la *Cadetten-Haus* Real Prusiana de Plön, Holstein, y a la escuela de cadetes de Gross-Lichterfelde, cerca de Berlín. Ludendorff era un adicto al trabajo, asustadizo y nervioso, dado a violentos cambios de humor. Hindenburg, por el contrario, era una figura dominante, carismática con unos bigotes erizados y una cabeza casi rectangular; infundía calma y confianza en todo momento. Ludendorff era el táctico y estratega más brillante, pero Hindenburg era un comunicador más dotado. Se trataba de una asociación altamente eficaz para el tiempo de guerra[122]. Hindenburg había dejado el ejército a la edad de 64 años en 1911, pero se le volvió a llamar al estallar la guerra y fue enviado a Prusia Oriental para mandar el VIII Ejército alemán contra los rusos. Ludendorff, tras un breve período de servicio en Bélgica, fue enviado a Prusia Oriental para colaborar con Hindenburg como su jefe de Estado Mayor. Tras dos importantes victorias contra los ejércitos rusos II y I en la batalla de Tannenberg y de los Lagos Masurianos (26-30 de agosto y 6-15 de septiembre de 1914), Hindenburg fue nombrado comandante supremo de las tropas alemanas en el frente del este.

En el invierno de 1914 se había abierto una brecha en el mando militar alemán. Erich von Falkenhayn, jefe del Estado Mayor General y favorito del emperador, afirmó que la clave del éxito final residía en el frente occidental y estaba decidido a emplear el grueso de los recursos alemanes en ese sector. En cambio, Hindenburg y Ludendorff, crecidos por la escala de sus éxitos ante los rusos, pensaban que la clave de la victoria alemana estaba en la completa destrucción de las fuerzas rusas en el este. El 11 de enero de 1915 Hindenburg —con una iniciativa sin precedentes en la historia del ejército prusiano amenazó con dimitir a menos que Falkenhayn fuera destituido. La destitución fue rechazada y Falkenhayn siguió en su puesto, pero los dos comandantes del este fueron minando gradualmente su autoridad, presionando a Guillermo II para que permitiese la reestructuración del mando del este para reducir sustancialmente la posición del jefe de Estado Mayor. En el verano de 1916 Guillermo, finalmente, se plegó ante lo inevitable, destituyó a Falkenhayn y nombró a Hindenburg jefe del Estado Mayor General, con Ludendorff como intendente general.

Había una dimensión popular en este ascendiente de la dirección militar. Un culto desarrollado alrededor del rechoncho general; su aspecto, con su inconfundible cabeza rectangular, reproducida y exhibida infinitamente en los espacios públicos. Las «estatuas de Hindenburg», colosos de madera erigidos en las plazas de las localidades, tachonadas con alfileres devocionales

comprados con donaciones a la Cruz Roja, fueron surgiendo por toda Alemania. Hindenburg parecía responder al anhelo existente en varios cuarteles, durante la guerra, de un Führer cuya autoridad y poder sobre amigos y enemigos a la vez fuesen absolutos y sólidos. En palabras de un prominente industrial, lo que necesitaba Alemania en sus horas más tenebrosas era «un hombre fuerte, que, solo, pueda salvarnos del abismo[123]». No hacía falta decir que ni Guillermo II ni el canciller Bethmann Hollweg estaban cualificados para este papel.

Habiéndose hecho con el cargo militar más poderoso del imperio por medio de anónimos e insubordinación, Hindenburg y Ludendorff se dedicaron ahora a minar la autoridad del liderazgo civil. De uno en uno, forzaron al káiser a destituir a ministros y a altos funcionarios que parecían contrarios a sus objetivos. A comienzos de julio de 1917, cuando supieron que el canciller estaba preparando una reforma del derecho de voto en Prusia, ambos hombres viajaron en tren hasta Berlín para exigir la dimisión de Bethmann Holweg. En un primer momento el emperador se mantuvo firme: Bethmann siguió en su puesto y las reformas respecto al derecho al voto fueron anunciadas sin más el 11 de julio. Al día siguiente, en un nuevo espasmo de insubordinación, Hindenburg y Ludendorff telefoneaban a Berlín para anunciar que dimitían, insistiendo en que ya no colaborarían más con el canciller. Para salvar al káiser de un continuado tormento, Bethmann dimitió dos días más tarde. Su salida significó una brecha fundamental en la historia política del imperio. De ahora en adelante el emperador estará en gran medida a la merced de los «hermanos siameses». El mando militar intervendrá ampliamente en la vida civil, adoptando nuevas normas laborales y movilizando la economía para la guerra total. Alemania cayó bajo lo que fue, en realidad, una dictadura militar hasta el último día de la guerra.

Un rey se va, el Estado permanece

Los últimos días de la monarquía prusiana fueron acompañados por el ridículo más que por la tragedia. Guillermo II había quedado blindado por su entorno para evitarle las peores noticias sobre el colapso de la ofensiva alemana de 1918. Sufrió un verdadero choque cuando supo por el propio Ludendorff, el 29 de septiembre, que la derrota era inevitable e inminente. El futuro de Guillermo como soberano estaba ahora en cuestión. Durante la última semana de la guerra, se discutía este asunto cada vez más y más

ampliamente, en especial después de que las normas de censura se relajaran a mediados de octubre. Esto adquirió una mayor urgencia por las palabras del 14 de octubre, con las que el presidente estadounidense Wilson se refirió a «la destrucción de todo poder arbitrario en cualquier lugar donde pueda […] perturbar la paz mundial», y añadió amenazadoramente que «el poder que hasta ahora ha controlado a la nación alemana es del tipo aquí descrito. Y está en manos de la nación alemana alterar esto[124]». Muchos alemanes infirieron de estos comunicados que solo una supresión total de la monarquía prusiano-alemana dejaría satisfechos a los estadounidenses. Cada vez era mayor el coro de quienes pedían la abdicación del emperador, y se planteó si el monarca podía estar a salvo en la ciudad de Berlín. El 29 de octubre Guillermo dejaba la capital para dirigirse al cuartel general de Spa. Había gente cercana a él que pensaba que esta era la única salida para evitar la abdicación, e incluso que su presencia en el cuartel general daría nuevo vigor a la moral alemana en el frente y esto daría la vuelta a la fortuna alemana[125]. Sin embargo, en realidad, como la fatídica huida a Varennes del cautivo rey Luis XVI, el traslado a Spa propinó un drástico golpe al prestigio de Guillermo y sus colaboradores.

53. «¡Comprad bonos de guerra! Los tiempos son duros, pero la victoria es segura», póster diseñado por Bruno Paul, 1917.

Durante la última semana de su reinado, una atmósfera de irrealidad penetró en el séquito real imperial. Planes inverosímiles fueron objeto de gran

atención, incluida una propuesta sobre que Guillermo podría redimir la dignidad del trono sacrificándose en un ataque suicida contra las líneas enemigas. El rey habló de marchar de nuevo a Berlín a la cabeza de «su ejército». Pero los militares le informaron de que el ejército ya no lo tenía a él al mando. Luego él jugó con varias posibilidades de abdicación —¿quizá podría abdicar como kaiser, pero permanecer como rey de Prusia?—. Pero con la revolución extendiéndose por las ciudades de Alemania no había credibilidad en este quijotesco intento de desenredar los dos cargos que habían quedado atrapados sin salida desde la proclamación del imperio. Los acontecimientos políticos dejaron atrás y cubrieron las angustiosas deliberaciones de Spa. A las dos de la tarde del 9 de noviembre, precisamente cuando estaba a punto de firmar una declaración de abdicación del trono imperial, pero no del prusiano, llegaron noticias al cuartel general de que el nuevo canciller imperial, Max von Baden, ya había anunciado la abdicación del emperador respecto a ambos tronos una hora antes, y que el gobierno estaba ahora en manos del socialdemócrata Philipp Scheidemann. Tras algunas horas empleadas en asimilar el impacto de estas importantes noticias, Guillermo subió al tren real hacia Alemania sin haber firmado ningún instrumento de abdicación (acabaría firmándolo respecto a ambos tronos el 28 de noviembre). Cuando quedó claro que una vuelta a Alemania estaba fuera de lugar, el tren real cambió de dirección, dirigiéndose a Holanda. Después de oír que partes del ferrocarril en dirección a la frontera habían caído bajo el control de los «revolucionarios», la partida real se trasladó a un pequeño convoy de automóviles. A primeras horas del 10 de noviembre de 1918, Guillermo cruzaba la frontera holandesa y dejaba su país para siempre.

Hay algo conmovedor —si lo vemos con perspectiva— en este sobrio final holandés de la historia de la monarquía de los Hohenzollern. La conversión al calvinismo del elector Juan Segismundo en 1613 había sido un homenaje a la robusta cultura política y militar de la República Holandesa. Fue aquí donde el joven Federico Guillermo halló un refugio seguro durante los tenebrosos días de la Guerra de los Treinta Años, y fue en la Casa de Orange, calvinista, que entonces gobernaba, donde escogió a su esposa. En años posteriores, el Gran elector trató de remodelar su patrimonio a imagen de la República. El nexo dinástico entre ambas casas se renovó periódicamente, sobre todo en 1767 cuando Guillermo V de Orange casó con la princesa Wilhelmina de Prusia, sobrina de Federico el Grande y hermana de Federico Guillermo II. La estrecha relación familiar sirvió de pretexto para la intervención de Prusia en Holanda en 1787, cuando Federico Guillermo II

encabezó una pequeña fuerza que invadió los Países Bajos para consolidar la autoridad de la Casa de Orange contra las maquinaciones del «Partido Patriótico» apoyado por Francia. En 1830-1831, los prusianos apoyaron al rey holandés (sin éxito) en su intento de impedir la secesión de Bélgica de los Países Bajos Unidos. Y, finalmente, al final de la Primera Guerra Mundial, el último de los reyes prusianos pidió y obtuvo asilo en los Países Bajos.

Para el káiser-rey era un asunto de vida o muerte, pues era ahora el hombre más buscado de Europa. Pero la reina Wilhelmina de los Países Bajos se negó enérgicamente a acceder a las exigencias aliadas de que el kaiser fuese extraditado para ser sometido ajuicio como criminal de guerra (procedimiento que podía muy bien acabar con la ejecución del monarca por ahorcamiento). Tras un breve ínterin como huéspedes de un noble holandés, Guillermo y su mujer y lo que quedaba de su séquito, se establecieron en Doorn, en una agradable residencia campestre. «Huis Doorn» fue nacionalizada por el gobierno holandés al terminar la Primera Guerra Mundial, y hoy puede ser visitada. Todavía sugiere la intensa e irreal atmósfera de un reino liliputiense en el que los títulos y rituales de la extinta monarquía prusiano-alemana se seguía observando puntillosamente en las estancias abarrotadas de recuerdos regioimperiales, muebles salvados, retratos de familia y tarjetas de buenos deseos. Aquí Guillermo II pasó lo que le quedaba de vida (murió el 4 de junio de 1941) mientras aserraba madera con su brazo bueno, leyendo, escribiendo, charlando y bebiendo té.

«Como prusiano, ¡me siento traicionado y vendido!», declaraba el dirigente conservador Ernst von Heydebrand und der Lasa ante la cámara baja del Landtag de Prusia en diciembre de 1917. Se refería al hecho de que el recién nombrado canciller y ministro-presidente de Prusia, el conde Georg von Herding, era bávaro, mientras que su delegado, Friedrich Payer, era un liberal de izquierdas de Württemberg. Las secretarías de estado imperiales, que ahora asistían rutinariamente a las reuniones del Ministerio de Estado prusiano eran un ulterior signo de la menguante autonomía de Prusia dentro del sistema alemán. «¿En qué ha acabado esta nuestra Prusia?»**[126]**. Estas fueron las palabras de un hombre que supo que su época estaba llegando a su fin. El sistema de votación de las tres clases, soporte vital de la máquina de la hegemonía conservadora, ya estaba puesto sobre aviso. Los otros puntales del sistema conservador —la Cámara de los Lores, la corte regia y el sistema de patronazgo que iba con ella— fueron todos ellos barridos por la derrota y la revolución de 1918-1919. La clase dirigente conservadora-agraria, red que

conectaba el mundo de las propiedades rurales con el comedor de oficiales y los pasillos ministeriales, perdió su anclaje formal en la estructura del estado.

Algo estaba llegando a su fin. No era el mundo, naturalmente, ni Prusia; era un mundo prusiano particular, o mejor dicho el mundo del particularismo prusiano. La «Vieja Prusia» había estado largo tiempo a la defensiva. Ante la amenaza del cambio, sus campeones habían insistido siempre en la unicidad de su carácter distintivo y de sus instituciones. Pero su defensa de Prusia siempre había sido parcial: ellos hablaban de la Prusia protestante de las propiedades rurales, no de la Prusia católica y socialista de las ciudades industriales. Veían la quintaesencia de la identidad prusiana en el carácter colectivo de una clase específica y de las solidaridades deferentes de una Elbia Oriental idealizada.

Pero los conservadores no monopolizaron la lealtad a Prusia, aunque, a veces, habían pensado que lo hacían. Siempre había existido una tradición alternativa —no particularista sino universalista por temperamento— apegada no a la personalidad única de una comunidad «adulta» históricamente específica, sino al estado como instrumento de cambio impersonal, transhistórico. Esta era la Prusia celebrada en el primer gran florecimiento de la «escuela prusiana» cuyas historias proliferaron tras la unificación. En los grandes textos de los historiadores «borusios», el estado manifestaba orgullo del lugar. Era la compacta respuesta protestante a las difusas estructuras del Sacro Imperio Romano. Pero era también un antídoto a la bruma y estrechez de la provincia y un contrapeso de la autoridad de quienes llevaban aquí la voz cantante. Mientras la narración histórica en la Gran Bretaña victoriana mostraba la huella de la teleología whig, según la cual toda la historia era el ascenso a la sociedad civil como portadora de libertad ante el estado monárquico, en Prusia los polos de los argumentos se invertían. Aquí era el estado el que surgía, desplegando gradualmente su orden racional en lugar de los regímenes arbitrariamente personalizados de los viejos nobles.

Esta celebración del estado como portador de progreso no fue una invención del siglo XIX ya que puede remontarse, por ejemplo, a los tratados y textos del teórico político y a veces historiador de la corte de Brandemburgo, Samuel Pufendorf. Sin embargo la idea del estado adquirió un carisma intenso en tiempos de las reformas de Stein-Hardenberg, cuando fue posible hablar de fusionar la vida del estado con la del pueblo, de desarrollar el estado como instrumento de la emancipación, ilustración y ciudadanía. Y nadie, como hemos visto, cantó la canción del estado más dulcemente que Hegel, el filósofo suabo que vivió y enseñó en Berlín desde octubre de 1818 hasta su

muerte en 1831, y que una vez había comentado que las arenas sin forma de Brandemburgo eran un escenario más idóneo para las especulaciones filosóficas que el atestado paisaje romántico de su tierra natal. En los años 1820, Hegel, que ya era algo así como una celebridad académica, enseñaba a generaciones de estudiantes en Berlín que la reconciliación de lo particular y de lo universal —ese Santo Grial de la cultura política alemana— se había conseguido en el estado prusiano reformado de su tiempo[127].

La influencia de esta exaltada concepción del estado fue sentida tan ampliamente que dotó de un regusto distintivo al pensamiento político y social prusiano. En su *El proletariado y la sociedad* (1848), Lorenz Stein, uno de los alumnos más aventajados de Hegel, observaba que Prusia, a diferencia de Francia o Gran Bretaña, poseía un estado que era suficientemente independiente y con autoridad para intervenir en los conflictos de intereses de la sociedad civil, evitando así la revolución y salvaguardando a todos los miembros de la sociedad de la «dictadura» del interés particular. Así, pues, dependía de Prusia el cumplimiento de su misión como «monarquía de la reforma social». Una postura muy semejante fue la del influyente «socialista de estado» conservador Cari Rodbertus que, en los años 1830 y 1840, afirmaba que una sociedad basada únicamente en el principio de propiedad excluiría siempre a quienes careciesen de propiedades de una verdadera membrecía —solo un estado autoritario y colectivista podía soldar a los miembros de la sociedad en un conjunto incluyente y significativo[128]—. Los argumentos de Rodbertus influyeron, a su vez, en el pensamiento de Hermann Wagener, director del ultraconservador *Neue Preussische Zeitung* (conocido por *Kreuzzeitung*, debido a que mostraba una gran cruz de hierro en su cabecera). Incluso el más romántico de los conservadores, Ludwig von Gerlach, veía en el estado la única institución capaz de proporcionar un sentimiento de finalidad e identidad a las masas de la población[129].

Para muchos protagonistas de esta tradición resultaba evidente por sí mismo que el estado debía tener una mayor o menor responsabilidad limitada en beneficio del bienestar material de los gobernados. Entre los más influyentes lectores de Lorenz Stein a finales del siglo XIX estaba el historiador Gustav Schmoller, que acuñó el término «política social» (*Sozialpolitik*) para dirigir el derecho y la obligación del estado a intervenir en apoyo de los miembros de la sociedad más vulnerables; dejar que la sociedad regule sus propios asuntos, afirmaba Schmoller, es invitar al caos[130]. Schmoller estaba estrechamente relacionado con el economista y «socialista del estado» Adolph Wagner, que obtuvo una cátedra en la Universidad de

Berlín en 1870. Wagner, entusiasta estudiante de los escritos de Rodbertus, estaba entre los miembros fundadores de la Asociación para la Política Social, fundada en 1872, uno de los primeros foros de debate importantes sobre las obligaciones sociales del estado. Wagner y Schmoller ejemplificaban el punto de vista de la «escuela histórica joven» que floreció en el terreno de la tradición hegeliano-prusiana[131]. Su creencia en la misión social redentora del estado tenía una gran repercusión en un entorno político afectado por los daños de la recesión que se instala desde 1873 y que buscaba alternativas a la doctrina liberal del *laissez-faire* que parecía haber agotado su credibilidad. Tan fuerte era el tirón intelectual de la política social que atrajo a elementos muy diversos, incluidos los nacional-liberales, a los dirigentes del Partido del Centro, a los socialistas del estado y a figuras conservadoras como Bismarck, incluyendo al director del *Kreuzzeitung* Hermann Wagener, que era consejero de Bismarck en asuntos sociales en los años 1860 y 1870[132].

Así, pues, el escenario ya estaba dispuesto desde hacía mucho tiempo para la pionera legislación social bismarckiana de los años 1880. La Ley de Seguro Médico de 15 de junio de 1883 creó una red de proveedores de seguros locales que dispensaban fondos provenientes de los ingresos generados por una combinación de las contribuciones de los trabajadores y empleadores. La Ley de Seguro de Accidentes de 1884 estableció acuerdos para conceder cobertura en casos de enfermedad y de heridas relacionadas con el trabajo. El último de los pilares fundacionales de la legislación social alemana llegó en 1889, con la Ley de Seguro de Edad e Invalidez. Los presupuestos eran cuantitativamente exiguos para los estándares actuales, y los pagos eran muy modestos, y el alcance de las nuevas medidas estaba lejos de ser total —por ejemplo, la ley de 1883 no se aplicaba a los trabajadores rurales—. Sin embargo, en ningún momento la legislación social del imperio estuvo cerca de invertir la tendencia hacia una creciente desigualdad económica de la sociedad prusiana o alemana. Está claro, además, que los motivos de Bismarck fueron estrechamente manipuladores y pragmáticos; su principal preocupación era ganar a las clases trabajadoras para la «monarquía social prusiano-alemana y así paralizar al creciente movimiento socialdemócrata».

Pero personalizar el asunto es perder de vista la cuestión. El apoyo de Bismarck a los seguros sociales fue, después de todo, simplemente una articulación de una más amplia «coalición de discurso» con raíces culturales e históricas profundas. En esta situación ideológica apropiada, las disposiciones asequibles de acuerdo con las leyes estatales de seguros se expandieron con rapidez, hasta el punto de que comenzaron a tener un impacto notable en el

bienestar de los trabajadores y, quizá, incluso, como Bismarck había esperado, un efecto apaciguador sobre su política[133]. El impulso reformista continuó en los primeros años 1890, cuando la nueva administración con Guillermo II y el canciller Caprivi adoptó leyes laborales que representaron medidas progresistas en el campo de la seguridad industrial, condiciones de trabajo, protección de la juventud y arbitraje. El principio que incorporaron, especialmente el referido a que «las fuerzas empresariales han de respetar los intereses protegidos por el estado de todos los grupos», continuó siendo el tema dominante en la política imperial y prusiana a lo largo de los decenios siguientes[134].

En vísperas de la Primera Guerra Mundial el estado prusiano era grande. Entre los años 1880 y 1913 se expandió hasta abarcar a un millón de empleados. Según una valoración publicada en 1913, el ministerio prusiano de obras públicas era el «mayor empleador del mundo». Solo la administración de ferrocarriles prusiana empleaba a 310 000 trabajadores, y el sector minero de control estatal, a otros 180 000. En todos los sectores, el estado prusiano ofrecía servicios sociales decisivos, incluyendo seguros para desempleados y de accidentes y programas de protección médica. En un discurso de 1904, el ministro prusiano de obras públicas, Hermann Friedrich von Budde, excadete y oficial de Estado Mayor, declaraba ante la Cámara de Diputados prusiana que una gran parte de su trabajo se dedicaba al bienestar de sus trabajadores públicos. La finalidad última de los empleadores del sector público prusiano, añadió, era «resolver la cuestión social por medio de disposiciones sociales [*Fürsorge*[135]]». He aquí una Prusia que podía sobrevivir a la debacle de la monarquía de los Hohenzollern con su legitimidad intacta.

17
DESENLACES

Revolución en Prusia

A finales de octubre de 1918 se amotinaron los marineros en el puerto de Kiel (Schleswig-Holstein) cuando se les ordenó que saliesen al mar para lanzar un inútil ataque contra la Gran Flota británica. Cuando los marineros tomaron el control de la base naval, el comandante, príncipe Heinrich de Prusia, se vio obligado a huir disfrazado. Por todo el país hubo una oleada de huelgas y rebeliones militares, sumergiendo a todas las grandes ciudades. Rápidamente la revolución se dotó de sus nuevas organizaciones políticas propias —«consejos» elegidos localmente por los trabajadores y soldados en todo el país con el fin de articular las exigencias de esos amplios sectores de la población que habían retirado su lealtad al sistema monárquico y a su predestinado esfuerzo de guerra. No era, como advirtió un observador contemporáneo, una insurrección a la francesa, en la que la capital lleva la revolución a las provincias; era, más bien, como una invasión vikinga que se va extendiendo hacia el interior «como una mancha de aceite» desde la costa[1]. Una tras otra, las administraciones locales y provinciales prusianas capitularon sin queja ante los insurgentes.

Hacia las dos de la tarde del sábado 9 de noviembre, Philipp Scheidemann, hablando a los socialdemócratas que acababan de formar un gobierno nacional provisional, anunciaba a la multitud que vitoreaba, desde el balcón del edificio del Reichstag, en Berlín, que «el viejo y gastado orden, la monarquía, ha caído. ¡Viva lo nuevo! ¡Viva la República alemana!». Cuando el crítico de arte y escritor Harry Kessler entró en el edificio del Reichstag a

las diez en la noche del día 9 de noviembre, halló «un pintoresco alboroto»; marineros, civiles armados, mujeres, soldados atestaban las escaleras por arriba y por abajo. Grupos de soldados y marineros, algunos de pie, otros tumbados en la espesa alfombra roja, otros dormidos sobre los bancos a lo largo de las paredes, dispersos por el gran *hall*. Era, recordaba Kessler, como la escena de una película sobre la Revolución rusa[2]. Aquí, como en todas las revoluciones, la población movilizada demostraba sus proezas usurpando festivamente el espacio anteriormente privilegiado. El funcionario prusiano Herbert du Mesnil, descendiente de colonos hugonotes de Prusia, experimentaba el mismo sentimiento de desplazamiento la tarde del 8 de noviembre, cuando un grupo de insurgentes invadió su club en Coblenza; quien lo encabezaba, un soldado a caballo, se movía con gran estrépito de cascos por las elegantemente amuebladas habitaciones del piso bajo del club, mientras quienes cenaban, la mayoría de ellos oficiales de los regimientos de la reserva prusiana estacionados en la ciudad, miraban asombrados[3].

Parecía improbable que el estado de Prusia pudiese sobrevivir a la insurrección. La corona de los Hohenzollern ya no estaba allí para proporcionar a las diversas tierras del patrimonio prusiano un punto central unificador. En Renania, además, aparecían llamamientos en la prensa católica para una separación respecto a Berlín[4]. En diciembre de 1918, un manifiesto que pedía autonomía territorial hecho público por el partido germano-hanoveriano consiguió 600 000 firmas[5]. En las provincias orientales, las exigencias polacas para una restauración nacional acabaron en una insurrección, después de la Navidad de 1918, contra las autoridades alemanas en la provincia de Poznan, y se produjo rápidamente una escalada en la lucha, desembocando en una campaña guerrillera total[6]. Con todo, había buenas razones para suponer que la nueva Alemania podría estar mucho mejor sin Prusia. Incluso tras los recortes territoriales impuestos por el Tratado de Versalles[7], Prusia seguía siendo el estado alemán más extenso. La memoria del dominio prusiano en el antiguo imperio sugería que el tamaño desproporcionado del estado podía resultar un peso para la nueva República alemana. Un informe preparado por el Ministerio del Interior del Reich bajo la dirección del abogado constitucionalista liberal Hugo Preuss en diciembre de 1918 observaba que no tenía sentido conservar las fronteras estatales existentes en Alemania, pues estas no guardaban ninguna relación con la geografía o la conveniencia y que eran «meramente construcciones casuales debidas a una política puramente dinástica». El informe concluía diciendo que

el fin de la hegemonía prusiana sobre Alemania significaba el desmembramiento de Prusia[8].

Con todo, el estado prusiano sobrevivió. Los dirigentes socialdemócratas moderados tendieron hacia una política de continuidad y estabilidad. Lo que significó, entre otras cosas, dejar a un lado sus compromisos doctrinales respecto a un estado republicano unitario y conservar las todavía funcionales estructuras de la administración prusiana. El 12 de noviembre de 1918 el Consejo Ejecutivo Revolucionario de Trabajadores y el Consejo de Soldados del Gran Berlín dictaron una orden para que todas las oficinas a nivel comunal, provincial y estatal permaneciesen operativas. Al día siguiente el consejo publicó un manifiesto titulado «¡Al pueblo prusiano!» anunciando que las nuevas autoridades tenían intención de transformar la «totalmente reaccionaria Prusia del pasado» en una «república popular completamente democrática». Y el 14 de noviembre se formó una coalición de gobierno prusiana, que incluía a representantes del SPD y del partido socialista de izquierdas SPD Independiente (USPD). El personal de la administración facilitó la transición a nivel local dando garantías a los consejos de trabajadores y soldados de que su lealtad no iba a la difunta monarquía, sino al estado prusiano custodiado ahora por los revolucionarios[9].

Los dirigentes revolucionarios nacionales no tenían objeciones de principio a que continuase la existencia del estado prusiano[10]. Había escasos apoyos a la propuesta de Preuss de que Prusia fuese desmembrada para abrir el camino a una estructura nacional más estrictamente centralizada. Quizá no hay que asombrarse de que los ministros del SPD y del USPD, que ejercían ahora un control conjunto sobre Prusia, pronto adquirieron un sentimiento de propiedad sobre el estado y se convirtieron en fuertes opositores de la centralización. Incluso el Consejo de Representantes del Pueblo rechazó el punto de vista de Preuss (con la excepción del líder y futuro presidente Friedrich Ebert, nativo de Baden)[11]. Asimismo, los socialdemócratas consideraban la unidad de Prusia el mejor antídoto de los intentos separatistas de Renania. Temían que la separación respecto a Prusia pudiera acabar significando la secesión respecto a la propia Alemania. Ante los planes franceses en el oeste y los polacos en el este, afirmaban, los experimentos autonomistas solo serían una baza para los enemigos de Alemania. Por ello, la seguridad y cohesión de Alemania como estado federal dependía de la integridad de Prusia. La ruptura con la tradición unitarista de la izquierda alemana alejó una de las mayores amenazas a la existencia del estado.

Nada de esto significaba que Prusia hubiese de retomar la posición hegemónica que había ocupado en el seno del antiguo imperio. Estaba claro que la administración prusiana era todavía la más grande de Alemania; el sistema escolar prusiano siguió siendo el modelo para todos los estados alemanes, y que la fuerza de policía de Prusia era, después del Reichswehr, el más importante instrumento de poder de la República de Weimar. La legislación nacional no podría ser puesta en práctica sin la colaboración del estado prusiano, de las burocracias locales y provinciales[12]. Pero Prusia ya no poseía los medios para ejercer una influencia directa sobre los demás estados alemanes. Existía ahora un ejecutivo nacional alemán totalmente separado del gobierno de Prusia; la unión personal entre el canciller y el ministro presidente alemán, tan fundamental en el despliegue de la influencia prusiana en tiempos del imperio, acabó siendo cosa del pasado. Por primera vez, además, Alemania disponía de un ejército genuinamente nacional (sometido a las limitaciones impuestas por el Tratado de Versalles) con un ejecutivo ministerial independiente del control prusiano. El dualismo fiscal del antiguo imperio, según el cual los estados miembros ejercían un control exclusivo sobre los impuestos directos y que financiaba al Reich según un sistema de contribuciones, también fue suprimido. Lo que surgió en su lugar fue una administración centralizada en la que la autoridad fiscal quedaba concentrada en el gobierno del Reich y la recaudación se dirigía a los distintos estados según sus necesidades. Prusia, al igual que otros estados alemanes, perdió, así, su autonomía fiscal[13].

En el invierno de 1918, el movimiento revolucionario siguió inestable y dividido internamente. Básicamente, en la izquierda había tres campos políticos principales: el más grande era el SPD mayoritario, que comprendía al grueso del Partido Socialdemócrata del tiempo de guerra y la gran masa de sus miembros. A su izquierda inmediata estaba el SPD Independiente (USPD), el ala izquierdista radical del antiguo SPD, que se había separado del partido madre en 1917 como protesta contra el reformismo moderado de sus dirigentes. En la extrema izquierda estaban los Espartaquistas, que fundaron el Partido Comunista en diciembre de 1918. Su objetivo era la lucha de clases total y la creación de un sistema soviético en Alemania según el modelo bolchevique. En las primeras semanas de la revolución, el SPD y el USPD colaboraron estrechamente para estabilizar el nuevo orden. Tanto el gobierno nacional como el prusiano estaban encabezados por coaliciones SPD/USPD. Pero la cooperación no resultó fácil en la práctica, en parte porque el USPD era una formación altamente inestable cuya identidad política todavía estaba

cambiando. Tras varias semanas de revolución, la asociación SPD/USPD llegó a un punto de ruptura por las disputas sobre el futuro estatus del ejército prusiano-alemán.

Los términos de la relación entre los gobernantes socialistas provisionales y el mando militar habían quedado establecidos desde el primer día de la nueva república. En la tarde del 9 de noviembre, Friedrich Ebert, presidente del Consejo de Representantes del Pueblo llamó por teléfono al primer intendente general Wilhelm Groener (Ludendorff había sido destituido por el káiser el 26 de octubre), y ambos hombres acordaron cooperar para restaurar el orden en Alemania. Groener decidió llevar a cabo una suave y rápida desmovilización; a cambio, exigió la garantía de Ebert para que el gobierno asegurase fuentes de suministros, ayudase al ejército a mantener la disciplina, evitase la desorganización de la red ferroviaria y, en general, respetase la autonomía del mando militar. Groener dejó claro, asimismo, que el primer objetivo del ejército era evitar una revolución bolchevique en Alemania y esperaba que Ebert lo apoyara en esto.

El pacto Ebert-Groener era un logro ambivalente. Garantizaba a la autoridad republicana socialista los medios para establecer obligatoriamente el orden y protegerlo de futuras insurrecciones. Esto era un paso adelante de importancia para una estructura ejecutiva que carecía de una fuerza armada de alguna entidad y de ninguna base constitucional para su autoridad, salvo el derecho de usurpación concedido por la propia revolución. Visto así, el pacto Ebert-Groener era hábil, pragmático y, en todo caso, necesario, al no haber otra alternativa plausible. De todos modos, había algo inquietante en la serie de condiciones políticas del ejército, incluso para la realización de las tareas urgentes dentro de su propio ámbito, tales como la desmovilización. Lo que importaba aquí no era la sustancia de las exigencias de Groener, que eran bastante razonables, sino la arrogación formal por parte del ejército del derecho a tratar a la autoridad civil en un pie de igualdad[14].

Había profunda desconfianza entre el ejército y los elementos izquierdistas del movimiento revolucionario, pese a los bienintencionados esfuerzos de Ebert para tender puentes entre el mando militar y el consejo revolucionario de soldados. El 8 de diciembre, cuando el general Lequis llegaba a las afueras de Berlín con diez divisiones, el comité ejecutivo (el ejecutivo nacional de consejos de soldados y marineros) y los ministros socialistas independientes en el gobierno provisional se negaron a permitir que el general entrase en la capital. Ebert tuvo dificultades en tratar de convencerlos de que abriesen la ciudad a Lequis, pues la mayoría de estos

hombres eran berlineses desesperados que querían volver a sus casas[15]. Hubo ulteriores tensiones el 16 de diciembre, cuando el primer congreso nacional de los consejos de trabajadores y soldados aprobó una resolución que exigía la revolucionarización de los militares. Hindenburg debía ser destituido como jefe del Estado Mayor, el viejo sistema de la escuela de cadetes prusiana debía ser cerrado, y abolir los signos del rango. Así, los oficiales deberían ser elegidos por sus soldados, debía crearse una milicia popular (*Volkswehr*) junto al ejército regular. Hindenburg rechazó sin más las propuestas y ordenó a Groener que informase a Ebert de que el acuerdo entre ellos era nulo y sin valor si se producía el intento de llevarlos a la práctica. Cuando Ebert dijo en una reunión conjunta del consejo de ministros y del consejo ejecutivo[16] que las propuestas del 16 de diciembre no se realizarían, hubo consternación entre los independientes, que inmediatamente comenzaron a movilizar a sus radicales seguidores en todo Berlín.

Ahora el clima político era excepcionalmente volátil. Las relaciones entre el SPD y los independientes eran muy tensas. Berlín se estaba llenando de trabajadores armados y unidades de soldados radicalizados —los más levantiscos de estos era la División Naval del Pueblo, cuyo cuartel general estaba en los Establos Reales, imponente edificio neobarroco en la parte oriental de la plaza del palacio—. Se hablaba de una rebelión armada de la extrema izquierda. En un mitin general de los socialdemócratas independientes del Gran Berlín, la dirigente espartaquista e ideóloga Rosa Luxemburgo atacó la política de compromiso de los independientes y pidió que fuese retirada la lealtad hacia el gobierno de Ebert. No había razón ninguna, declaró, para debatir con los «junkers y los burgueses» sobre si había que adoptar o no el socialismo.

> Socialismo no significa ir juntos al parlamento y aprobar leyes, socialismo significa para nosotros derribar a las clases dominantes con toda la brutalidad [grandes risas] de que es capaz el proletariado al desplegar su lucha[17].

El punto decisivo para un conflicto llegó el 23 de diciembre: este día, tras varios informes sobre saqueos y vandalismo por parte de «marineros rojos», el gobierno provisional ordenó a la División Naval del Pueblo que abandonase los Establos y se fuese de la capital. En vez de cumplir la orden, los marineros capturaron y maltrataron al comandante de la ciudad de Berlín, Otto Wels, rodearon el edificio de la cancillería (sede del gobierno SPD/USPD), ocuparon la central telefónica y cortaron la línea que conectaba a la cancillería con el mundo exterior. Utilizando una línea directa secreta de

la cancillería que conectaba con el Mando Supremo Militar en Kassel, Ebert pidió ayuda militar. El general Lequis, que estaba en Potsdam, fue llamado para restaurar el orden. Su actuación no fue como para inspirar confianza en la mañana del día de Navidad de 1918: sus tropas sacaron a los «marineros rojos» de la cancillería y bombardearon los Establos Reales durante dos horas. Bastó esto para que rindiesen los marineros rebeldes, pero la cosa se supo por la ciudad y una multitud irritada (y en parte armada) de espartaquistas, independientes e izquierdistas compañeros de viaje se reunieron rápidamente rodeando a las tropas, que enseguida se retiraron de la escena.

La debacle del día de Navidad de 1918 tuvo un efecto polarizante en el clima político. Empujó a la extrema izquierda a pensar que una huelga más decidida sería suficiente para destruir la autoridad del régimen Ebert-Scheidemann. Pero también arruinó las perspectivas de una ulterior colaboración entre el SPD y los independientes, que abandonaron el gobierno nacional provisional el 29 de diciembre. Sus colegas prusianos se retiraron del gabinete de coalición prusiano el 3 de enero de 1919. Así, la mayoría SPD gobernó sola el estado[18]. A la creciente tensión, Groener respondía exigiendo que se formasen unidades de voluntarios, o *Freikorps*, término que recordaba los agitados mitos de 1813. Uno de estos ya se había formado en Westfalia bajo el mando del general Ludwig Maercker, y a este le siguieron enseguida otros: el Freikorps Reinhard, al mando del exoficial de la Guardia el coronel Wilhelm Reinhard, fue creado después de Navidad; otro Freikorps se formó en Potsdam a cuya cabeza se hallaba el comandante Stephani, compuesto por oficiales desmovilizados y por hombres del I Regimiento de Guardias a Pie y el Regimiento Imperial de Potsdam. Los reclutas de los Freikorps fueron atraídos por una inestable mezcla de ultranacionalismo, el deseo de conjurar la humillación de la derrota alemana en la guerra, el odio a la izquierda y el miedo visceral a una insurrección de los bolcheviques. Todas estas unidades fueron colocadas al mando general del oficial de carrera silesiano general Walter Freiherr von Lüttwitz.

Para garantizar relaciones armoniosas entre la autoridad civil y militar, Ebert nombró a un hombre del SPD, Gustav Noske, para encabezar el ministerio de asuntos militares. Noske, hijo de un tejedor y él mismo un trabajador industrial de la ciudad de Brandemburgo, había trabajado de aprendiz de un cestero antes de unirse al SPD y alcanzar una situación distinguida en el partido por sus servicios al periodismo socialista. En 1906 se había unido a la fracción parlamentaria del SPD en el Reichstag, donde se

asoció al grupo directivo del ala derecha del SPD, en torno a Ebert. Noske era conocido desde hacía mucho tiempo por su actitud amistosa hacia los militares; llegó al gobierno provisional el 29 de diciembre, tras la salida de los socios de coalición del USPD. Cuando se le pidió que supervisase la campaña del gobierno provisional contra los revolucionarios de izquierda de Berlín, Noske, se dice, replicó: «Muy bien. Alguien tiene que ser el sabueso, y no tengo miedo de tomar esta responsabilidad[19]».

La siguiente insurrección no tardó en llegar. El 4 de enero el gobierno provisional de Berlín ordenaba la destitución de Emil Eichhorn, el comisario jefe de la policía de Berlín, un independiente de izquierdas que se había negado a apoyar al gobierno durante las «batallas de Navidad». Eichhorn se negó a dimitir y prefirió, por el contrario, repartir armas del arsenal de la policía a las tropas de la izquierda radical y se parapetó en la presidencia de la policía. Sin autorización de la dirección del USPD, el jefe de policía ordenó la insurrección general, llamamiento que entusiasmó a la extrema izquierda. El 5 y 6 de enero los comunistas organizaron, de común acuerdo, su primer intento de tomar el poder en Berlín, saqueando los arsenales, armando a grupos de trabajadores radicales y ocupando edificios y posiciones clave en la ciudad. Una vez más, el gobierno provisional del SPD llamó a las tropas para que pusiese fin a los disturbios.

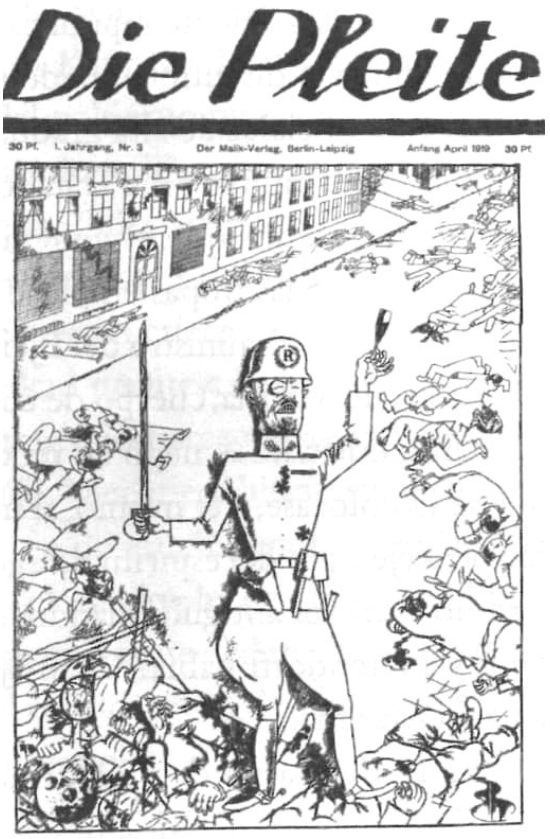
> Durante algunos días la ciudad quedó transformada en una espeluznante y peligrosa jungla, una pesadilla dadaísta. Había tiroteos en cada esquina y no siempre estaba claro quién disparaba a quién. Las calles vecinas estaban ocupadas por fuerzas opuestas, se daban combates desesperados en los tejados y en los sótanos, las ametralladoras posicionadas en todas partes comenzaban a disparar de improviso y luego callaban, plazas y calles que hasta ahora mismo habían permanecido tranquilas se veían de repente llenas de peatones que corrían, que huían, de lamentos de los heridos y de cuerpos de los muertos[20].

El 7 de enero, Harry Kessel fue testigo de una escena de combate en la Hafenplatz de Berlín: tropas del gobierno trataban de tomar el control de la sede de la administración de los ferrocarriles, que había sido ocupada por los izquierdistas. El estruendo a causa del fuego de las armas cortas y las ametralladoras era ensordecedor. En el calor de la batalla, un tren elevado lleno de viajeros urbanos rodaba por el viaducto que atravesaba la plaza, ignorando aparentemente los disparos que hacía estragos por debajo de él. «Los gritos eran continuos», observaba Kessel. «Todo Berlín no es más que una olla de brujas en ebullición en la que fuerzas e ideas se excitan juntas[21]». El 15 de enero, tras una caza humana general, los dirigentes comunistas Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht fueron encontrados,

detenidos y posteriormente golpeados hasta morir por miembros la división de guardias de caballería acantonada en el hotel Edén, en el centro de Berlín.

Los comunistas encolerizados mostrarán un odio implacable hacia los socialdemócratas. En marzo de 1919 convocaron una huelga general y volvió a estallar la lucha en Berlín. Unos 15 000 comunistas y compañeros de viaje armados se apoderaron de los puestos de policía y de las terminales ferroviarias. Decidido a acabar a toda costa con el poder de la extrema izquierda, Gustav Noske trajo a 40 000 soldados del gobierno y de los Freikorps que utilizaron ametralladoras, artillería de campaña, morteros, lanzallamas e incluso ataques y bombardeos aéreos para derrotar a la rebelión. Cuando la lucha en Berlín terminó, el 16 de marzo, habían muerto 1200 personas. La violenta supresión de los levantamientos de enero y marzo y el asesinato de sus dirigentes intelectuales fue un golpe para la extrema izquierda que nunca podrá perdonar. Para esta, los socialdemócratas habían traicionado a los trabajadores alemanes firmando un «pacto con el diablo» con el militarismo prusiano[22].

Nadie dio una expresión visual más clara de estos acontecimientos que el artista berlinés George Grosz. Grosz, que había participado primero en el movimiento dadaísta berlinés, había quedado dispensado del servicio militar por razones psicológicas y había transcurrido los últimos años de la guerra en Berlín. En diciembre de 1918 fue uno de los de la primera oleada de miembros del Partido Comunista que recibió el carnet del partido personalmente de las manos de Rosa Luxemburgo. Pasó los días de la insurrección de marzo escondido en el apartamento de su futura suegra. En un dibujo muy polémico publicado a comienzos de abril de 1919, Grosz pintó una calle repleta de cuerpos ensangrentados, uno de ellos destripado. Sobresaliendo diagonalmente por la parte derecha inferior del cuadro hay un cadáver hinchado, con los pantalones bajados para mostrar los genitales mutilados. De pie sobre el fondo, en el centro, pisando con el talón de su bota el vientre de uno de los muertos, hay una parodia de un oficial prusiano, con su monóculo apretado fuertemente contra su rostro, descubriendo sus dientes con una violenta mueca, con su postura recta como una baqueta. En su mano derecha porta una espada manchada de sangre, con la izquierda levanta una copa de champán. El texto dice: «¡Salud, Noske! ¡El proletariado ha sido desarmado!»[23].



54. ¡Salud, Noske! ¡El proletariado ha sido desarmado!, *dibujo para la publicación satírica izquierdista* Die Pleite, *por Georg Grosz, abril de 1919.*

Incluso para aquellos que no comparten el compromiso espartaquista de Grosz, el *Prost Noske!* captaba algo perturbador en los acontecimientos de principios de 1919. La extrema violencia de la represión era, en sí misma, inquietante. Las unidades de Freikorps trajeron una nueva marca de ultra-violencia política terrorista en sus operaciones de contrainsurgencia en la ciudad, cazando a los izquierdistas escondidos o que huían y sometiéndolos a un maltrato brutal y a ejecuciones sumarias. La prensa berlinesa informó de la ejecución de treinta prisioneros a la vez decretada por tribunales improvisados de los Freikorps, y Harry Kessler observaba pesaroso que un hasta ahora desconocido espíritu de «sangrienta venganza» había penetrado en la ciudad de Berlín. Aquí —aunque no solo aquí[24]— podían verse los efectos brutalizantes de la guerra y de la posterior derrota, la mentalidad anticivil de los militares y el impacto ideológico profundamente perturbador de la Revolución rusa de octubre de 1917.

Otra terrible característica del conflicto de 1919 fue la cada vez mayor dependencia del liderazgo político de la institución militar, cuyo entusiasmo por la naciente república alemana era discutible, como poco. En qué medida era discutible quedó claro en enero de 1920, cuando cierto número de oficiales de alta graduación se negaron sin más a cumplir las estipulaciones

militares del Tratado de Versalles. A la cabeza de la rebelión estaba nada menos que el general Walther Freiherr von Lüttwitz, que había mandado las tropas empleadas en la represión de enero y marzo en Berlín. Cuando el ministro del Ejército, Noske, ordenó que se dispersasen, la Brigada de Marina, cuerpo de élite bajo el mando del capitán Hermann Ehrhardt, Lüttwitz se negó en redondo, pidió nuevas elecciones y exigió que se lo colocase, a él mismo, al mando de todo el ejército alemán. Esto fue otro ejemplo del espíritu de egoísta insubordinación que iba ganando terreno entre los antiguos mandos militares prusianos desde que Hindenburg y Ludendorff habían chantajeado al gobierno durante la Primera Guerra Mundial.

El 10 de marzo de 1920, finalmente, Lüttwitz fue destituido del servicio activo dos días después de que llevase a cabo un golpe de estado en colaboración con el activista ultranacionalista Wolfgang Kapp, un político intrigante que se había visto involucrado en la caída del canciller Bethmann Hollweg en 1917. La finalidad era destituir al gobierno republicano e instaurar un régimen militar autocrático. El 13 de marzo Lüttwitz y la Brigada Ehrhard se hicieron con el control de la capital, obligando al gobierno a huir, primero a Dresde y luego a Stuttgart. Kapp se autonombró canciller del Reich y ministro-presidente de Prusia, y Lüttwitz, ministro del ejército y comandante supremo de las fuerzas armadas. Pareció, por un momento, que la historia de la joven república estaba a punto de terminarse. Sin embargo, el golpe de estado Kapp-Lüttwitz fracasó solo cuatro días después —había sido planeado pobremente y los sedicentes dictadores carecían de medios para tratar la huelga general patrocinada por el SPD que paralizó la industria alemana y parte del funcionariado—. Kapp anunciaba su dimisión el 17 de marzo y se marchaba rápidamente a Suecia; Lüttwitz dimitió esa misma tarde, y luego reaparecería en Austria.

El problema del ejército y su relación con la autoridad republicana no desapareció tras el fracaso del golpe de estado Kapp-Lüttwitz. El jefe del ejército de marzo desde 1920 será Hans von Seeckt, oficial de Estado Mayor prusiano, de carrera, originario del Schleswig-Holstein, que en un primer momento se negó a oponerse a Kapp y a Lüttwitz, pero acabó poniéndose ostentosamente del lado del gobierno una vez que hubieron fracasado. Bajo su astuta dirección el mando militar se centró en construir el poder militar alemán dentro de los estrechos parámetros impuestos por Versalles y se abstuvo de grandes intervenciones políticas. Con todo, el ejército siguió siendo, en muchos aspectos, un cuerpo extraño en el seno de la estructura de la república. Su lealtad no fue a la autoridad política existente, sino a «esa

entidad permanente e imperecedera», el Reich alemán[25]. En un ensayo publicado en 1928, Seeckt estableció sus puntos de vista sobre la situación de los militares en un estado republicano. Se daba cuenta de que «el liderazgo supremo del estado» ha de controlar al ejército, pero insistía también en que «el ejército tiene el derecho a exigir que su participación en la vida y el ser del estado gocen de plena consideración» —¡sea lo que sea lo que *esto* signifique!

El concepto expansivo de Seeckt sobre el estatus del ejército se fundamentaba en su exigencia de que «en la política interior y extranjera los intereses de los militares representados en el ejército han de gozar de plena consideración» y de que «el particular tipo de vida de los militares» debe ser respetado. Aún más significativa fue su observación de que el ejército estuviese subordinado solo «al estado en conjunto» y no «separar partes de la organización del estado». La cuestión de quién o qué exactamente debía personificar la totalidad del estado quedó sin resolver, aunque es tentador leer estas palabras como articulaciones codificadas de un criptomonarquismo en el que en última instancia se centraba no en el estado, sino en el trono del ya apartado emperador-rey. Era, con otras palabras, un ejército cuya legitimidad derivaba de algo que estaba fuera del orden político vigente y cuyo compromiso en la defensa de ese orden siguió siendo condicional[26]. Era, este, un legado potencialmente problemático de la tradición constitucional prusiana, en la que el ejército había jurado su lealtad al monarca y llevaba una existencia aparte respecto a la estructura de la autoridad civil.

La Prusia democrática

Era como si la realidad hubiese sido vuelta del revés. El estado prusiano había pasado a través del espejo de la derrota y de la revolución para resurgir con las polaridades de su sistema político al revés. Era un mundo reflejado en el que los ministros socialdemócratas enviaban tropas para acabar con las huelgas de los trabajadores izquierdistas. Surge una nueva élite política; los antiguos aprendices de cerrajero, empleados de oficinas y cesteros se sentaban detrás de las mesas de los despachos ministeriales. En la nueva Prusia, según la constitución prusiana del 30 de noviembre de 1920, la soberanía descansaba en «la totalidad del pueblo». El parlamento prusiano ya no fue convocado y fue disuelto por una autoridad superior, pero se convocó a sí mismo según las reglas establecidas en la constitución. Al contrario de la

constitución de Weimar (nacional), que concentraba poderes enormes en la persona del presidente del Reich, el sistema prusiano se las arregló sin presidente. Fue, en este sentido, un sistema más claramente democrático y menos autoritario que la propia República de Weimar. A lo largo de los años 1920-1932 (con una muy breve interrupción), una coalición republicana encabezada por el SPD, formada por los socialdemócratas, los diputados del Partido del Centro, liberales de izquierda (DDP) y —más tarde— liberales de derechas (DVP), gobernó mayoría en el Landtag prusiano. Prusia se convirtió en la «roca de la democracia» en Alemania y en el principal bastión de su estabilidad política en el seno de la República de Weimar. Mientras que la política de Weimar, a nivel nacional, estaba marcada por el extremismo, los conflictos y la rápida sucesión de gobiernos, la gran coalición prusiana se mantuvo firme y se dirigió hacia una serie de reformas moderadas y sostenidas. Mientras el parlamento nacional alemán de la época de Weimar se veía cortado en seco periódicamente por las crisis y las disoluciones, a cada uno de sus parlamentos prusianos (excepto al último) se le permitió concluir totalmente su período vital natural.

Presidiendo este sistema político sorprendentemente estable se hallaba el «zar rojo», el ministro presidente Otto Braun. Hijo de un empleado de ferrocarriles de Königsberg, Braun había aprendido en su juventud el oficio de litógrafo, se unió al SPD a los dieciséis años, en 1888, y pronto fue bien conocido en el movimiento socialista entre los trabajadores rurales de Prusia Oriental. Se convirtió en miembro del consejo ejecutivo del partido en 1911 y se unió al pequeño contingente de diputados del SPD en la cámara baja del viejo Landtag de Prusia dos años más tarde. Su sobriedad, pragmatismo y moderación contribuyeron a crear una estructura de gobierno armoniosa en el más extenso territorio federal de Alemania. Como otros muchos socialdemócratas de su generación, Braun se sentía muy apegado a Prusia y tenía gran respeto por las virtudes intrínsecas y la autoridad del estado prusiano —actitud compartida hasta cierto punto por todos los miembros de la coalición—. Incluso el Partido del Centro hizo la paz con el estado que tiempo atrás había perseguido a los católicos de manera tan enérgica; el momento culminante de su acercamiento fue el concordato acordado entre el estado prusiano y el Vaticano el 14 de junio de 1929[27]. En 1932, Braun pudo mirar atrás con cierta satisfacción por lo que se había conseguido desde el fin de la Primera Guerra Mundial. «En doce años», afirmó en un artículo para el periódico del SPD *Volksbanner* en 1932, «Prusia, un tiempo el estado del más obtuso dominio de clase y de la privación política de las clases trabajadoras,

el estado de la secular hegemonía de la casta feudal de los junkers, ha sido transformada en un estado republicano popular[28]».

Pero ¿qué profundidad tenía la transformación? ¿A qué profundidad había penetrado la nueva élite política en la estructura del viejo estado prusiano? La respuesta depende de hacia dónde miremos. Si nos centramos en lo judicial, lo alcanzado por el nuevo poder es poco impresionante. Había habido, ciertamente, mejoras aquí y allí en áreas concretas —reforma de las prisiones, arbitraje industrial y racionalización administrativa—, pero poco se había hecho para consolidar una mentalidad pro-republicana en los rangos superiores de la burocracia judicial y particularmente entre los jueces, que tendieron a seguir escépticos respecto a la legitimidad del nuevo orden. Muchos jueces lamentaban la pérdida del rey y de la corona. En un famoso arrebato, en 1919, el jefe de la Liga de Jueces alemana declaró que «toda majestad yace postrada, incluida la majestad de la ley». Era sabido comúnmente que muchos jueces mostraban parcialidad contra los detenidos de izquierdas y se inclinaban a una mayor clemencia por los delitos de los extremistas de derechas[29]. El principal impedimento para una acción radical en este campo por parte del estado fue un respeto profundamente incrustado —especialmente entre los socios de la coalición liberales y del Partido del Centro— por la independencia funcional y personal del juez. La autonomía del juez —su libertad respecto a las represalias y a la manipulación políticas — se consideraban cruciales para la integridad del proceso judicial. Una vez que este principio quedó incluido en la constitución prusiana de 1920, se hizo posible una minuciosa purga de elementos antirrepublicanos en el ámbito judicial. Los cambios en los procedimientos de nombramiento de los nuevos jueces prometían futuras mejoras, como sucedió con el establecimiento de una edad de jubilación obligatoria, pero este sistema, instaurado en 1920, no duró lo suficiente para permitir que tuviesen efecto tales ajustes. Un senador del Tribunal Supremo de Berlín estimaba, en 1932, que quizá un 5 por ciento de los jueces que se sentaban en el tribunal podían describirse como partidarios de la república.

El gobierno del SPD heredó asimismo un funcionariado civil que había sido socializado, instruido, reclutado y preparado en el período imperial y cuya lealtad a la república era lógicamente débil. En qué medida era débil quedó claro el marzo de 1920, cuando numerosos gobernadores provinciales y de distrito continuaron trabajando en sus oficinas durante el golpe de estado de Kapp-Lüttwitz y, así, aceptaban implícitamente la autoridad de los aspirantes a usurpadores. La situación era más aguda en la provincia de Prusia

Oriental, donde la totalidad de la alta burocracia apoyó al «gobierno» de Kapp-Lüttwitz[30].

El primer cargo que se enfrentó a este problema con la energía requerida fue el nuevo ministro del Interior, el socialdemócrata Carl Severing, excerrajero de Bielefeld, que había progresado en las filas del SPD como periodista y redactor y también fue diputado en el Reichstag. Según el «sistema Severing» individuos burdamente comprometidos fueron destituidos y los representantes de los partidos de gobierno vetaron todo nuevo nombramiento para los cargos en el servicio civil «político» (es decir, de alto nivel). Esta práctica no tardó mucho en surtir un gran efecto sobre la complexión política de los escalones más altos. En 1929, de los 540 funcionarios civiles de Prusia, 291 eran miembros de la sólida coalición de partidos, formada por el SPD, el Centro y el DDP. Nueve de los once gobernadores provinciales y 21 de los 32 gobernadores de distrito pertenecían a los partidos de la coalición. La composición social de la élite política se transformó a lo largo del proceso: mientras que once de doce gobernadores provinciales habían sido nobles en 1918, solo dos de los hombres que ocupaban estos puestos en los años 1920-32 fueron de familia noble. Que esta transición se hubiese llevado a cabo sin trastornar la actuación del estado era un logro notable.

La policía fue otra de las áreas de importancia crucial. Las fuerzas de policía prusianas eran, con mucho, la más numerosa del país. Aquí también había inquietantes dudas sobre su lealtad política, en especial después del golpe de estado de Kapp-Lüttwitz, cuando la administración de la policía prusiana no manifestó de manera inequívoca su lealtad al gobierno. El 30 de marzo de 1920 solo dos semanas después del fracaso del golpe, Otto Braun anunciaba que tenía intención de emprender una «transformación desde la raíz a las ramas» de los órganos de seguridad prusianos[31]. La reforma del personal en este campo no era particularmente problemática, ya que el control de los nombramientos residía enteramente en las manos del ministerio del Interior que, salvo por un breve espacio de tiempo, permaneció bajo control del SPD hasta 1932. La responsabilidad de supervisar al personal policial recayó sobre el decididamente republicano jefe del departamento de policía (desde 1923) Wilhelm Abegg, que consideró que los miembros de los partidos republicanos fuesen nombrados para los puestos clave. A fines de los años 1920, los escalones superiores de las fuerzas policiales habían sido completamente republicanizadas —de treinta directores de la policía prusiana el 1 de enero de 1928, quince fueron socialdemócratas, cinco pertenecieron al

Partido del Centro, cuatro fueron demócratas alemanes (DDP) y tres, miembros del Partido Popular Alemán, los tres restantes declararon no tener ninguna afiliación política. La política oficial del servicio de policía basaba el reclutamiento no solo en las aptitudes mentales y físicas, sino también en que los candidatos tuviesen un currículum de «comportamiento anterior que garantizase que trabajarían por el estado en un sentido positivo[32]».

Con todo, siguieron las dudas sobre la fiabilidad política de las fuerzas de policía. La gran mayoría de los oficiales y de los hombres eran exmilitares que llevaron con ellos al servicio policial maneras y actitudes militares. Entre los cuadros policiales superiores existía todavía un fuerte elemento de oficiales de la reserva viejos prusianos, con nexos informales con las distintas organizaciones de derechas. La mentalidad de la mayoría de las unidades de policía era anticomunista y conservadora, más que específicamente republicana. Veían a los enemigos del estado en la izquierda —incluyendo el ala izquierdista del SPD, ¡el partido del gobierno!— más que entre los extremistas de derechas, a los que trataban con indulgencia si no con simpatía. El oficial de policía que proclamase abiertamente su lealtad republicana era muy posible que fuese marginado. El funcionario del Partido del Centro Marcus Heimannsberg era un hombre de orígenes sociales modestos que ascendió con rapidez bajo la protección del ministro del Interior del SPD, Carl Severing. Pero sus colegas oficiales de alto rango lo aceptaron de mala manera al considerarlo un nombramiento político, y permaneció aislado socialmente. Otros que tuvieron menor protección sufrieron la discriminación de sus colegas y corrieron el riesgo de ser postergados en sus ascensos. En muchos lugares, policías conocidos por sus sentimientos republicanos padecieron ostracismo en las reuniones gregarias —profesionalmente importantes— tras las horas de trabajo, en las mesas de parroquianos del *pub* local[33].

Finalmente, la actuación del gobierno del estado prusiano debe ser juzgada bajo la luz de lo que era posible de manera realista en aquellas circunstancias. Una purga de la vieja judicatura habría ido a contrapelo de la ideología de los partidos del centro y liberal, y también del ala derecha del SPD, pues todos ellos preferían el principio del *Reichstaat* en el que el juez goza de inmunidad respecto a las interferencias políticas. Sin duda es cierto que algunos jueces prusianos de derechas pronunciaban veredictos amañados en casos políticos, pero la importancia de tales veredictos se veía disminuida por las frecuentes amnistías para los delincuentes políticos y puede que se haya exagerado en los escritos de la «justicia política en la República de

Weimar[34]». Está claro que, a largo plazo, la nueva edad de jubilación y las nuevas directrices estatales para los nombramientos judiciales facilitarían la formación de una justicia republicana de conjunto. En la medida que tiene que ver con el servicio civil, una purga total de personal gubernamental estaba fuera de cuestión, dada la escasez de sustitutos republicanos cualificados y de la visión moderada de la coalición prusiana. En el caso de la policía, colocar a una dirección prorrepublicana al tiempo que se conservaban los servicios del grueso de los oficiales y hombres del antiguo régimen parecía la mejor manera de garantizar la estabilidad y eficacia del servicio, en especial en los primeros e inestables años. Así, los gobiernos de coalición optaron por establecer una política de republicanización gradual. Lo que no podían saber ahora era que la República alemana se extinguiría antes de que hubiese tiempo para que el programa completase todo su potencial.

La verdadera amenaza a la existencia de Prusia no dependía, en todo caso, del servicio civil estatal, sino de los poderosos intereses externos respecto al estado que siguieron dedicados a hacer caer la república. La amenaza de una insurrección espartaquista fue neutralizada en 1919-1920, pero la extrema izquierda continuó atrayendo un apoyo electoral significativo. Realmente, los comunistas eran el único partido cuyo porcentaje de votos aumentaba en cada una de las elecciones de Prusia, del 7,4 por ciento en 1921 al 13,2 por ciento en 1933. Menos homogéneas ideológicamente pero igualmente radicales y decididas y mucho más numerosas eran las fuerzas existentes en la derecha. Esta es una de las características destacadas de la política de Weimar en Prusia (y en Alemania más en general): que los «intereses conservadores», a falta de un término más adecuado, nunca se acomodaron a la cultura política de la nueva república. Los años de posguerra presenciaron el surgimiento de una oposición de derechas extensa, fragmentada y radicalizada, que se negó a aceptar la legitimidad del nuevo orden.

El foco más importante desde el punto de vista organizativo de la política de derechas en la Prusia weimariana antes de 1930 fue el Partido Nacionalista Alemán, o DNVP. Fundado el 29 de noviembre de 1918. El DNVP era, en términos formales, una organización sucesora de los partidos conservadores prusianos de los años anteriores a la guerra; el primer programa del DNVP se publicó el 24 de noviembre de 1918 en el *Kreuzzeitung*, el órgano conservador fundado en Berlín durante las revoluciones de 1848. En su conjunto, de todos modos, el DNVP representó una nueva fuerza en la política prusiana. Los agrarios de Elbia Oriental ya no eran una fuerza tan dominante en la estructura social, ya que el partido incluía también un gran

contingente de oficinistas, que iban desde empleados, secretarios y ayudantes de oficina a gestores medios y superiores. De los 49 diputados del DNVP elegidos para la Asamblea Constituyente del 26 de enero de 1919, solo 14 habían estado en el Landtag de Prusia antes de 1918. El partido era una coalición de intereses multicolor, que iba de conservadores moderados y pragmáticos (una minoría), a entusiastas de la restauración monárquica, ultranacionalistas, «revolucionarios conservadores» y exponentes del radicalismo racista *völkisch*. En este sentido, el partido ocupaba una incómoda posición en algún lugar entre el conservadurismo prusiano «viejo» y las organizaciones extremistas de la «nueva derecha» alemana[35].

La matriz político-cultural del viejo conservadurismo provincial del este del Elba ya no existía. Había estado en una situación cambiante desde los años 1890; en 1918 se disolvió del todo. Primero existía el daño infligido a las redes conservadoras por la revolución de 1918-1919. Virtualmente, todo el aparato de privilegios que había sustentado al *lobby* político agrario había sido barrido. La abolición del sistema de votación de las tres clases destruyó de un solo golpe la base electoral de la hegemonía política conservadora, mientras que la abdicación del rey y la proclamación de la república había decapitado el viejo sistema de privilegios y patronazgo que había garantizado a la nobleza agraria una ventaja sin paralelo en los cargos públicos. Incluso a un nivel regional y local, la nueva política de reclutamiento del nuevo gobierno encabezado por el SPD comenzó a cambiar la escena, a medida que los gobernadores provinciales y los comisarios de distrito de la vieja escuela dejaron paso a sus sucesores republicanos.

Todo esto llegó en un momento de desorganización económica sin precedentes. La supresión de las restricciones sobre huelgas y negociaciones colectivas por parte de los trabajadores de las granjas y la anulación de la antigua Ley de Siervos aumentó la presión sobre los salarios en el sector agrícola. La reforma de los impuestos desmanteló las exenciones fiscales que siempre habían sido un elemento estructural de la agricultura prusiana. La nueva república era además mucho menos receptiva respecto a los argumentos proteccionistas que sus predecesores imperiales; se redujeron las tarifas del grano para facilitar las exportaciones industriales y se produjo un neto incremento en las importaciones de alimentos, incluso después de la reintroducción de una tarifa reducida en 1925. Bajo el impacto del aumento de los impuestos y de los tipos de interés, deuda galopante, presión salarial y asignaciones inapropiadas de capital durante la inflación, numerosos productores de alimentos —especialmente en las grandes haciendas—

acabaron en la bancarrota[36]. Tales presiones no se moderaron tras la estabilización de la moneda de 1924. Por el contrario, los últimos años de la República de Weimar fueron un período de fluctuaciones de precios impredecibles, de depresión y de crisis en el sector agrícola[37].

Había también una dimensión religiosa en la disolución de lo que quedaba del viejo medio conservador. Para los protestantes de la Iglesia de la Unión prusiana, que comprendía a la mayoría de la población de las provincias del este del Elba, la pérdida del rey fue un hecho más que meramente político. La iglesia unionista siempre había sido una institución específicamente monárquica: el rey de Prusia era *ex officio* obispo supremo de la Unión, con extensos poderes de patronazgo y un puesto relevante en la vida litúrgica de la congregación. Guillermo II, en particular, había tomado su papel ejecutivo eclesiástico muy en serio[38]. Así, el fin de la monarquía como institución creó cierta desorientación institucional en los protestantes de Prusia, incrementada por la pérdida (para Prusia y Alemania) de importantes zonas protestantes en Prusia Occidental y en la exprovincia de Poznan, y por la actitud claramente secular y anticristiana de algunas prominentes figuras políticas republicanas[39]. Un ulterior motivo de irritación era que el Partido de Centro, católico, se las había arreglado para asegurarse un puesto influyente en el seno del nuevo sistema.

Fueron numerosos los protestantes prusianos que respondieron a tales cambios volviendo la espalda a la república y votando en gran medida por el DNVP que, pese a su primera actitud abierta hacia el electorado católico, siguió siendo un partido predominantemente protestante. «Nuestra particular dificultad», observaba un alto clérigo en septiembre de 1930, «reside en que los más leales miembros de nuestra iglesia se oponen a la forma de gobierno existente[40]». Había señales de una fragmentación y radicalización acelerada de la retórica y de las creencias religiosas. Se puso de moda, a partir de 1918, racionalizar la legitimidad de la iglesia evangélica apelando a su vocación nacional y étnica alemana. La Unión por la Iglesia Alemana, fundada en 1922 por Joachim Kurd Niedlich, enseñante protestante en el liceo francés de Berlín, fue uno de los muchos grupos religiosos *völkisch* fundados en los primeros años de la República de Weimar. Niedlich llegó a ser muy conocido como exponente de un credo cristiano racista basado en la noción de que Jesús había sido un heroico guerrero y buscador de Dios de linaje nórdico. En 1925, la Unión se fusionó la recién creada Unión Cristiana Alemana. Su programa conjunto hacía un llamamiento para la formación de una iglesia

nacional alemana, una «Biblia alemana» que reflejase el carácter moral de los alemanes, y para la promoción de la higiene racial en Alemania[41].

La influencia del pensamiento ultranacionalista y etnocéntrico no se limitó a la periferia de la vida de la iglesia. Desde 1918, el cuidado de las comunidades protestantes alemanas aislado en territorios transferidos a la nueva República polaca adquirió una importancia simbólica. Los protestantes, en especial en el truncado estado de Prusia, equipararon los problemas de su iglesia a la situación del pueblo alemán en su conjunto.«*Volk* y Patria» fue el tema oficial del segundo Congreso de la iglesia protestante alemana celebrado en Königsberg en 1927.

Estrechamente ligado a este cambio de énfasis estaba la cada vez más estridente tendencia antisemita. Una publicación, en 1927, de la Unión por la Iglesia Alemana declara que Cristo, como divina transfiguración de Sigfrido, acabaría «rompiendo el cuello de la serpiente judío-satánica con su puño de hierro[42]». En los años 1920 hubo cierta agitación por determinados grupos cristianos para que se pusiese fin a la recaudación oficial para la misión entre los judíos, y en marzo de 1930 el Sínodo General de la antigua Unión prusiana votó para que se dejase de definir esta misión como una beneficiaria oficial de los fondos de la iglesia[43]. Desalentado por la decisión, el presidente de la misión de Berlín redactó una carta circular que envió a los consistorios y consejos provinciales de la iglesia estatal prusiana advirtiendo sobre la insidiosa influencia del antisemitismo y observando que el número de clérigos de la Unión prusiana que habían «sucumbido» al antisemitismo era «sorprendente y terriblemente alto[44]». Académicos de alto rango, en las facultades de teología prusianas, estaban entre aquellos que veían en la minoría judía una amenaza para el *Volkstum* alemán, y un vistazo a los periódicos dominicales protestantes de los años 1918-1933 revela la fuerza del sentimiento ultranacionalista y antijudío de los círculos protestantes[45]. En parte, esto era una consecuencia de estos procesos de reorientación y radicalización que hizo fácil a los nacionalsocialistas establecerse en los medios protestantes del este del Elba[46].

Y ¿qué sucedía con la élite de la antigua Prusia, los junkers, que un tiempo llevó la voz cantante en Elbia Oriental? Era el grupo social más expuesto a las transformaciones desencadenadas por la derrota y la revolución. Para la vieja generación de la nobleza militar prusiana, la derrota y la revolución trajeron consigo un traumático sentimiento de pérdida. El 21 de diciembre de 1918 el general Von Tschirschky, que mandaba el III Regimiento de Ulanos de la Guardia y era exayudante de ala del emperador,

ordenó a su regimiento formar para un desfile final en Potsdam. «Allí esta él, el viejo guerrero amante del vino, con sus elegantes mostachos tipo emperador Guillermo y su voz estentórea que atruena todo el Campo de Bornsted —y las lágrimas que corren por sus rudas mejillas—»[47]. Ceremonias de este tipo, y había muchas, eran claramente rituales históricos de renuncia y retirada, de conciencia de que el viejo mundo estaba pasando. Siegfried, conde de Eulenburg, último comandante del I de Guardias a Pie, dio expresión a este sentido de clausura en una «ceremonia de despedida» orquestada en el invierno de 1918 en la «quietud mortal» de la Iglesia de la Guarnición de Potsdam. Existía una conciencia compartida, recordaba un participante, de «que el viejo orden se había hundido y ya no tenía ningún futuro[48]».

Pero estas actuaciones tan elegantes no describían el humor general existente en las familias nobles prusianas. Aunque algunos de los nobles (especialmente de la generación más vieja) aceptaron el veredicto de los acontecimientos con un espíritu de fatalismo y retirada, otros (especialmente en la generación más joven) se mostraron decididos a permanecer dueños del momento y reconquistar sus ancestrales posiciones de dominio. En muchas zonas de Elbia Oriental, la nobleza, operando a través de la mediación de la Liga Agraria, tuvo un éxito sorprendente en infiltrarse en las organizaciones revolucionarias locales y orientando la política de las organizaciones rurales fuera de las metas redistributivas hacia la política del bloque agrario del Antiguo Régimen. Los nobles dominaban la Liga de la Tierra de Prusia Oriental, por ejemplo, un grupo agrario que exponía objetivos ultranacionalistas y antidemocráticos[49]. Muchos nobles jóvenes —en especial de las familias menores— jugaron un papel importante en la formación de los Freikorps que aplastaron a la extrema izquierda en los primeros meses de la República. Estos hombres experimentaron la ultraviolencia de los Freikorps como una liberación, un intoxicante alivio de su sentimiento de pérdida y de precipitado declinar que acompañó a los acontecimientos de 1918-1919. Las memorias de activistas nobles de los Freikorps, publicadas en los primeros años de la República, revelan el total abandono de los códigos de caballerosidad tradicionales y la adopción de características propias de un guerrero brutal, desinhibido, antirrepublicano, hipermasculino, dispuesto a ejercer una violencia asesina e indiscriminada contra los enemigos ideológicos[50].

La extinción de la monarquía prusiana representó un choque existencial para la nobleza elbiana oriental —más, quizá, que para cualquier otro grupo

social—. «Me siento como si ya no pudiese vivir sin nuestro káiser y rey», escribía el magnate Dietlof, conde Arnim-Boitzenburg, último presidente de la cámara alta prusiana, en enero de 1919[51]. Pero la actitud de la mayoría de los nobles hacia el rey exilado —y su familia— siguió siendo ambivalente. Para muchos representantes de la nobleza prusiana las circunstancias ignominiosas de la salida de la monarquía y, particularmente, su fracaso en preservar el prestigio de su corona sacrificándose en el campo de batalla impedían cualquier genuina identificación con el último personaje que ocupó el trono de Prusia. Así, el monarquismo no llegó nunca a desarrollarse como una formación ideológica capaz de proporcionar a la nobleza conservadora en conjunto un punto de vista coherente y estable. Los nobles, en especial los de la generación más joven, se separaron del monarquismo personal, de carne y hueso de sus padres y antepasados para acabar en la difusa idea de un «dirigente del pueblo», cuyo carisma y autoridad natural llenaría el vacío creado por la marcha del rey[52]. Hallamos una característica articulación de este anhelo en las notas del diario del conde Andreas von Bernstorff-Wedendorf, descendiente de un linaje de distinguidos servidores del trono prusiano: «Solo un dictador puede ayudarnos ahora, capaz de barrer con una escoba de hierro toda esta ralea parásita internacional. ¡Con que tuviésemos, como los italianos, un Mussolini!»[53]. Resumiendo, en el seno de la nobleza prusiana, como en los medios conservadores de la Elbia Oriental, los años de Weimar fueron testigos de una drástica radicalización de las expectativas políticas.

A finales del decenio de 1920, la experiencia de las crisis repetidas había fragmentado el paisaje político agrario, generando una profusión de grupos y movimientos con intereses especiales con protestas cada vez más radicales. Los principales beneficiarios de esta volatilidad fueron los nazis, cuyo partido presentaba un programa, en 1930, que prometía colocar a todo el sector agrario en una situación de privilegio por medio de un régimen de tarifas y control de precios. Los agricultores, que estaban desilusionados por el fracaso del DNVP en garantizar los beneficios del sector rural, abandonaban ahora el partido en busca de una alternativa más radical —en total, un tercio de los votantes que habían apoyado al DNVP en las elecciones generales de 1928 se pasaron a los nazis en las elecciones de 1930[54]—. Los intentos de los líderes nacionalistas para recuperar a los renegados, endureciendo la línea antirrepublicana del partido, fueron vanos. Entre aquellos que habían sido atraídos por el movimiento nacionalsocialista había numerosos miembros de la nobleza del Elba Oriental. Un caso especialmente llamativo es el de la

familia Wedel, un antiguo linaje militar pomeranio, cuyos antepasados habían combatido con distinción en todas las guerras de Prusia desde la fundación del reino. Nada menos que 77 Wedel se unieron al NSDAP —el contingente más numeroso que el de cualquier otra familia alemana[55].

En ningún otro lugar el apoyo electoral popular a los nazis fue mayor que en las zonas masurias de la Prusia Oriental meridional, donde la campaña electoral del verano de 1932 trajo el extraño espectáculo de unas concentraciones políticas nacionalsocialistas en polaco. En julio de 1932, el 70,6 por ciento de los votantes del distrito masuriano de Lyck apoyaba a los nazis, el porcentaje más alto que el de cualquier otro lugar en el Reich. Los porcentajes de los vecinos Neidenburg y Johannisburg eran inferiores solo fraccionalmente. En las elecciones de marzo de 1933 Masuria, de nuevo, fue la primera en el Reich en su apoyo a los nazis, con el 81 por ciento en Neidenburg, 80,38 por ciento en Lyck y 76,6 por ciento en Ortelsburg, donde en una ocasión Federico Guillermo III se había detenido con la reina Luise durante las luchas contra los franceses[56].

Disolución de Prusia

Las elecciones generales alemanas de septiembre de 1930 trajeron consigo la primera ruptura importante para los nacionalsocialistas. En las anteriores elecciones de mayo de 1928 los nazis habían sido un pequeño partido con apenas el 2,6 por ciento de los votos (según la constitución de la República Federal de Alemania no habían tenido los escaños suficientes para entrar en el parlamento) y si se hubiese permitido al Reichstag, en 1928, terminar su vida natural, esto habría quedado sin cambios hasta 1932. Pero en septiembre de 1930, debido a la disolución del Reichstag bajo la autoridad del presidente del Reich, Paul von Hindenburg, los nazis habían vuelto con el 18,3 por ciento. El número de votantes nazis pasó de 810 000 a 6,4 millones, y el número de sus diputados de 12 a 107. Era la mayor ganancia realizada nunca por un partido en la historia de Alemania entre una elección del Reichstag a la siguiente. Todo esto transformó completamente el panorama de la política alemana.

Pero la administración prusiana quedaba a cubierto de estos trastornos por el hecho de que no hubo elecciones en el estado ese año. El Landtag prusiano de 1928 continuó en sesión y se le permitió, como a todos sus predecesores, terminar su período de cuatro años. En la legislatura del estado los nazis siguieron siendo un pequeño partido marginal. Pero había muchos presagios

de peligro. El más importante es que se hizo imposible que la administración del estado y el gobierno nacional alemán colaborasen en hacer frente a la amenaza planteada por la extrema derecha. Bajo el gobierno nacional encabezado por el SPD de Hermann Müller (1928-1930), las administraciones alemana y prusiana se habían puesto de acuerdo en la necesidad de contrarrestar la amenaza proveniente del movimiento nacionalsocialista. Los medios fueron proporcionados por la constitución de Weimar, que prohibía expresamente a los funcionarios públicos que participasen en actividades políticas de cualquier tipo a favor de un grupo considerado anticonstitucional. El 25 de mayo de 1930 el gobierno prusiano emanó una orden haciendo ilegal para los funcionarios públicos prusianos ser miembros del NSDAP o del Partido Comunista (KPD). Braun urgió a sus colegas del gobierno nacional que siguiesen su ejemplo con una prohibición federal. El ministro del Interior del Reich, Carl Severing, se mostró de acuerdo, y comenzaron los preparativos para que los nazis fuesen ilegalizados por ser una organización anticonstitucional. Si esta medida hubiese tenido éxito habría permitido al consejo de ministros evitar la infiltración en los cuerpos del estado (incluido el ejército alemán) a los socialdemócratas con carnet. La medida podía ser tomada también contra el gobierno del estado de Turingia, donde el nombramiento del nacionalsocialista Heinrich Frick como ministro del interior había abierto la puerta a una rápida infiltración en la burocracia por parte de los nazis[57].

Las cosas cambiaron tras las elecciones de septiembre: Heinrich Brüning, sucesor de Müller en el puesto de canciller, abandonó la idea de una prohibición, declarando públicamente que habría sido fatal cometer el error de considerar al NSDAP una amenaza comparable al Partido Comunista. Continuó, así, minimizando la amenaza representada por los nazis, incluso tras el descubrimiento, en 1931, de una serie de documentos ocultos pertenecientes a un líder de las SA que contenían planes para derribar con violencia el régimen de Weimar y listas de personas condenadas a muerte, sentencias que sería llevadas a cabo inmediatamente después. La finalidad a largo plazo de Brüning era sustituir a la constitución de Weimar con algo más próximo a la imperial. Esta meta solo podía ser alcanzada si se desbarataba a la izquierda y se la expulsaba de la vida política. Brüning planeó desalojar al SPD de su bastión prusiano para fusionar el cargo de ministro presidente prusiano con el de canciller del Reich —una vuelta al modelo bismarckiano de 1871—. Al mismo tiempo, Brüning quería excluir completamente a los socialdemócratas del ejercicio del poder político por medio de la creación de

un bloque de poder de derechas integrado al que se incorporaría a los nazis con un papel subordinado.

En pos de este objetivo, la administración Brüning obstruyó directamente los intentos del gobierno de Prusia de neutralizar al movimiento nazi. En diciembre de 1931, Albert Grzesinski, presidente de la policía de Berlín, exministro del Interior de Prusia y uno de los más enérgicos defensores de la democracia contra los extremismos, convenció a Otto Braun para que detuviese a Adolf Hitler. Pero Brüning se negó a permitir que la detención siguiese su curso. A los prusianos se les informó que, si intentaban deportar a Hitler, el presidente del Reich, Hindenburg, daría la contraorden utilizando el decreto de emergencia que ya había sido redactado para la ocasión. En marzo de 1932, el ministro presidente prusiano Otto Braun envió a Heinrich Brüning un dosier de 200 páginas analizando en detalle las actividades del NSDAP y demostrando que el partido era una organización sediciosa dedicada a destruir la constitución y a derribar la república. Acompañando al dosier había una carta en la que se informaba al canciller que era inminente una prohibición en toda Prusia de las SA. Solo ahora, bajo presión, Brüning respondía urgiendo a Hindenburg a que apoyase una acción a nivel nacional contra los nazis. El resultado fue el decreto de emergencia del 13 de Abril de 1932 que ilegalizaba las organizaciones paramilitares de los nacionalsocialistas en todo el Reich.

Era una especie de victoria. De manera limitada, el estado prusiano cumplía su promesa de ser el bastión de la democracia de la República de Weimar. Pero la posición de la coalición republicana siguió siendo extremadamente frágil. Parecía razonable considerar que los millones de personas que habían votado a los nazis en las elecciones generales de septiembre de 1930 lo volverían a hacer en las siguientes elecciones prusianas de 1932. La magnitud del problema se vio claramente en febrero de 1931, cuando una laxa alianza de partidos de derechas —incluidos el DNVP y los nazis— consiguieron que se aprobase un plebiscito que proponía la disolución del Landtag de Prusia. Cuando se llegó a la votación del plebiscito en agosto de 1931, este recibió el apoyo de no menos de 9,8 millones de prusianos, con una marcada concentración en las provincias agrarias orientales —lo que no bastó para garantizar la disolución, pero, aun así, el resultado fue preocupante —[58]. En muchas zonas seguían llegando nuevos reclutas a las tropas de asalto nazis, pese a la prohibición por el gobierno de sus actividades —en la Alta y la Baja Silesia, el número de los miembros (ahora clandestinos) de las SA pasaron de 17 500 en diciembre de 1931 a 34 500 en julio de 1932[59]—.

La violencia callejera continuó siendo un problema, ya que los nazis, los comunistas, la policía y los hombres del Reichsbanner —una milicia republicana— se enfrentaban en las calles con porras, puños de acero y armas de fuego[60].

En la primavera de 1932, mientras se estaban preparando las nuevas elecciones del estado, estaba claro que su resultado dejaría al gobierno prusiano sin su mayoría democrática. Las elecciones prusianas del 24 de abril de 1932 confirmaron los peores temores de los acosados republicanos. En unas elecciones marcadas por una tasa de participación excepcionalmente alta (81 por ciento), los nazis se hicieron con el 36,3 por ciento del voto popular. La principal víctima de este éxito fue el DNVP (cuyo porcentaje se redujo a un 6,9 por ciento) y los liberales DDP y DVP, que se hundieron y quedaron convertidos en partidos que controlaban cada uno de ellos el 1,5 por ciento. Los comunistas obtuvieron su mejor resultado hasta la fecha, con un 12,8 por ciento. A esto siguió un curioso interregno: bajo las normas de procedimiento revisadas del Landtag prusiano, la oposición de derechas antirrepublicana no podía acceder al poder debido a que era incapaz de presentar una mayoría —y no era cuestión de una coalición con los comunistas—. Así, la coalición de gobierno del SPD bajo Otto Braun permaneció nominalmente en vigor, aun cuando fue incapaz de encabezar una mayoría, por lo que dependía de sus poderes de emergencia. El 14 de julio de 1932, el presupuesto anual del estado hubo de ser aprobado por un decreto de urgencia. La Prusia democrática había perdido su mandato.

Además, a nivel nacional, hubo acontecimientos políticos inquietantes con repercusiones de largo alcance para el estado de Prusia. En la primavera de 1932 los conservadores del entorno del presidente Hindemburg —y el propio presidente— habían perdido su fe en Brüning. Este no había hecho ningún progreso contra los socialdemócratas en Prusia, ni tampoco para integrar a la derecha en un bloque conservador capaz de sacar a la izquierda de la vida política. En las elecciones presidenciales del 10 de abril de 1932, para la profunda consternación de Hindenburg, los partidos de la derecha, todos ellos, presentaron sus propios candidatos, dejando al Partido del Centro y a los socialdemócratas que votasen al titular de ochenta y cuatro años para que volviese a su cargo: Hindenburg antaño un personaje celebrado de la derecha nacionalista, se había convertido en el candidato de los socialistas y de los católicos[61]. Nada podía demostrar mejor el fracaso de los planes de Brüning en preparar el camino a una restauración conservadora. Hindenburg estaba de muy mal humor cuando su atención fue atraída por la legislación en

preparación por el gobierno de Brüning referente a la partición de cierto número de haciendas del este del Elba financieramente inviables, que se querían parcelar en pequeñas propiedades para los desempleados. Para Hindenburg, que era él mismo un terrateniente con numerosas y estrechas conexiones con los medios junker, todo esto sonaba a bolchevismo agrario[62]. Brüning no tenía mayoría en el Reichstag y había perdido el apoyo del presidente. El 30 de mayo de 1932 extrajo las consecuencias y dimitió.

La salida de Brüning acabó con la última apariencia de una democracia de Weimar que funcionase. Lo sustituyó una junta de ultraconservadores decididos a desmantelar el sistema republicano sin perder más tiempo. Hindenburg nombró al nuevo canciller, Franz von Papen el 1 de junio de 1932. Papen era un noble y terrateniente westfaliano, viejo amigo del presidente, y hombre de un instinto realmente reaccionario. La personalidad más influyente del consejo de ministros era el ministro del Reichswehr, Kurt von Schleicher, un intrigante ya maduro que había convencido al presidente de que nombrase a Papen. Otro personaje clave fue el ministro del Interior del Reich Wilhelm von Gayl. Papen, Gayl y Schleicher no estaban de acuerdo en cierto número de medidas tácticas, pero todos ellos eran entusiastas exponentes de un «nuevo estado» conservador que habría acabado con los partidos políticos y habría reducido los poderes de las asambleas electas a todos los niveles. Estuvieron de acuerdo, además, en que había llegado el momento de hacer retroceder al sistema republicano.

El primer paso consistía en apaciguar a los nazis y hacer que colaborasen en términos aceptables para los conservadores. Hitler siempre había pedido una disolución del Reichstag, y el 4 de junio, solo tres días después de su nombramiento, el canciller Von Papen obtuvo del presidente un decreto de disolución. Diez días más tarde, suprimió la prohibición nacional sobre las SS y las SA a cambio de la promesa, por parte de Hitler, de que la fracción nazi en el Reichstag no se opondría a su continuidad en el cargo ni votaría en contra de los decretos de emergencia[63]. Había comenzado la «integración de las derechas».

Prusia era la siguiente en la lista. Kurt von Schleicher, el personaje más influyente de la camarilla en torno al presidente del Reich, Paul von Hindenburg, hacía mucho tiempo que era favorable a utilizar los poderes especiales presidenciales para acabar con el gobierno prusiano, transfiriendo sus responsabilidades al ejecutivo nacional[64]. En una reunión del gabinete del 11 de julio de 1932, el nuevo ministro del Interior, Wilhelm Freiherr von

Gayl, exigió lo que él describió como la «solución final» del problema prusiano:

> Los círculos jóvenes, incluso los más amplios y más incluyentes, del movimiento de Adolf Hitler, con el fin de hacer que las fuerzas de la nación fuesen útiles para la reconstrucción del pueblo, que se liberasen de las cadenas impuestas sobre él por Brüning y Severing, y pueda ser apoyado en la victoriosa lucha contra el comunismo internacional […]. Con el fin de abrir el camino a [esta] tarea y con el fin de asestar un golpe a la coalición socialista-católica de Prusia, el dualismo entre el Reich y Prusia debe ser eliminado de una vez por todas apartando al gobierno prusiano[65].

Ya que Gayl ya se había mostrado de acuerdo con estos puntos en reuniones separadas anteriores con Papen y Schleicher, sus propuestas no tuvieron oposición ninguna. Cinco días después, el 16 de julio, Papen informaba a sus colegas del gabinete de que tenía un «cheque en blanco» por parte del presidente del Reich para proceder contra Prusia[66]. Mientras maduraban los planes de la camarilla presidencial, los nazis hacían un uso total de las oportunidades creadas por Papen al suspender la prohibición contra las SS y las SA. Desde el 12 de junio las tropas de asalto nazis inundaron de nuevo las calles en busca de un ajuste de cuentas final con los comunistas. Se produjo una oleada de violencia callejera. El caos alcanzó un elevado nivel en Altona, activo puerto y ciudad manufacturera cercana a Hamburgo, pero situada en la provincia prusiana de Holstein. Aquí, en el «Domingo Sangriento» del 17 de julio de 1932, los nazis organizaron u procesión provocadora por el barrio obrero (y en gran medida comunista) de la ciudad. En la lucha que siguió murieron 18 personas —la mayoría por disparos de la policía— y hubo más de 100 heridos. Papen y sus colegas estimaron que había llegado su momento. Con el argumento de que el gobierno prusiano había sido incapaz de cumplir con su deber imponiendo la ley y el orden en el territorio —una acusación fantásticamente cínica, teniendo en cuenta que era el propio Papen quien había suspendido la prohibición de las organizaciones paramilitares—, el canciller se hizo conceder por Hindenburg un decreto de excepción el 20 de julio de 1932, por el que se deponía al gobierno del ministro-presidente Otto Braun, y los ministros prusianos eran sustituidos por agentes «comisarios» de la ejecutiva nacional[67]. Albert Grzesinski, su presidente delegado de la policía de Berlín, Bernhard Weiss, y Marcus Heimannsberg, hombre del Partido del Centro que había ascendido desde abajo a un alto puesto en el servicio, todos ellos fueron encarcelados y luego liberados cuando aceptaron retirarse pacíficamente de sus obligaciones oficiales. En Berlín fue declarado el estado de excepción.

Los dirigentes del SPD respondieron con profunda pasividad y resignación a esta maniobra absolutamente ilegal. Durante algunas semanas se había sabido que una acción de este tipo se estaba preparando, pero no se hizo ningún intento de planear u organizar la resistencia. En diciembre de 1931 los socialdemócratas habían formado una organización de defensa llamada el Frente de Hierro, que consistía en una milicia denominada la *Reichshammer*, varias organizaciones sindicales y una red de clubes deportivos obreros, pero nada de esto había sido movilizado ni puesto en estado de alerta. Incluso tras los hechos del 17 de julio en Altona, cuando el SPD de Berlín supo que era inminente un golpe de estado, nada se hizo. Por el contrario, en un mitin al día siguiente del «Domingo Sangriento», la dirección del partido acordó no hacer un llamamiento para una huelga general y no autorizar la resistencia armada. Esto dio ánimos, por no decir más, a Papen y a sus conspiradores, que se consideraban ahora muy seguros de que el golpe pasaría sin una oposición seria.

Las razones de este lamentable letargo son bastante fáciles de discernir. Los socialdemócratas de Prusia y sus aliados de coalición estaban desmoralizados por su fracaso en obtener la mayoría en el Landtag tras las elecciones generales de abril de 1932. Como demócratas por principio, se sintieron minados políticamente por el veredicto del electorado. Para un hombre de mentalidad legalista como Otto Braun, el paso de la oficialidad a la insurgencia no era algo natural. «He sido un demócrata durante cuarenta años», le dijo a su secretario, «y no puedo convertirme ahora en un jefe guerrillero[68]». Braun y muchos de sus compañeros pensaban que era inevitable a largo plazo la centralización del Reich y la partición de Prusia —¿esto quizá no los llevaba a tomar una decisión sobre el asunto de los derechos del estado, por muy horrorizados que pudiesen estar por las maquinaciones políticas que estuviesen detrás del golpe?—[69]. El equilibrio de fuerzas, en todo caso, se concentraba contra el gobierno prusiano. El llamamiento a una huelga general —el arma que había acabado con Kapp y Lüttwitz en 1920— habría resultado inútil, debido al alto nivel de desempleo en 1932.

Siempre había habido fricciones entre los ministerios prusianos y el ministro del Ejército en Berlín, y estaba claro que los mandos del Reichswehr no se oponían a la exclusión de Prusia. Así, resistirse al golpe habría significado una lucha entre la policía prusiana y el ejército alemán, y no estaba claro cuáles unidades de policía habrían reaccionado. Los nazis habían tenido éxito en ciertas áreas infiltrándose en las redes sociales de la policía.

Originalmente estaba prohibido para los policías, por el decreto de 25 de junio de 1930, ser nacionalsocialistas activos, pero los nazis salvaron este obstáculo colocando activistas en la Asociación de Exoficiales de Policía, un cuerpo de pensamiento conservador que era receptivo a la crítica nazi de la república y que mantenía diversos nexos con los hombres que estaban todavía en activo[70]. Si se hubiesen levantado, los 200 000 paramilitares de la Reichsbanner republicana se habrían enfrentado a las milicias nazis y conservadoras, que eran más de 700 000. Finalmente, se daba el hecho de que el ministro-presidente socialdemócrata Otto Braun estaba enfermo, por no mencionar que estaba exhausto física y emocionalmente.

Por el contrario, el líder de la coalición prusiana miraba hacia el Tribunal Constitucional alemán de Leipzig, al pensar que declararía ilegal el golpe, y a las próximas elecciones generales, que, creían, iban a castigar a los conservadores que rodeaban a Papen por su destrucción sin sentido de una institución republicana respetada. Pero ambas esperanzas se vieron frustradas. En las elecciones generales del 31 de julio de 1932 los nazis surgieron como el partido más fuerte de Alemania, con el 37,4 por ciento de los votos escrutados. Esta fue la hazaña más grande de este partido nunca alcanzada en unas elecciones libres. En un meloso veredicto, el Tribunal Constitucional rechazó la acusación de que las autoridades prusianas se habían mostrado negligentes a la hora de cumplir con su deber, pero no llegaron a condenar plenamente el golpe como los demócratas necesitaban tan desesperadamente. El momento para una última defensa de la república había pasado. «Basta enseñar los dientes a los rojos para que estos entren por el aro», decía satisfecho el jefe de la propaganda nazi Joseph Goebbels en su diario el 20 de julio. Y al día siguiente añadía: «Los rojos están acabados […]. Han perdido su gran oportunidad. Que no volverá nunca[71]».

El golpe contra Prusia anunció la fase terminal de la República de Weimar. Papen, Schleicher y el «gabinete de barones», un equipo de tecnócratas conservadores de linaje noble que eran prácticamente desconocidos para el público alemán en general, empezaron a apretar los tornillos. *Vorwärts!*, el moderado periódico del SPD, fue prohibido dos veces, y se advirtió oficialmente al periódico de los liberales de izquierda, el *Berliner Volkszeitung*[72]. Hubo también un pequeño pero significativo ajuste en la práctica judicial prusiana. En la provincia de Hanóver y en el distrito judiciario de Colonia, se usaba todavía la guillotina para las ejecuciones judiciales. De todos modos, el Comisionado del Reich para Prusia, Papen, ordenó el 5 de octubre de 1932 que la guillotina —un instrumento que llevaba

la huella de la Revolución francesa— fuese suprimida. En su lugar, los ejecutores del estado debía usar la antigua, germánica y «prusiana» hacha. Era una clara señal de que Papen tenía la intención de «hacer retroceder» a la Revolución francesa, de la que los socialdemócratas eran los herederos ideológicos, y anular sus consecuencias históricas[73]. No hay que asombrarse si algunos entre los dirigentes nazis temían que el gobierno de Papen «haría mucho y no sobraría nada para nosotros[74]».

Los días Papen en el gobierno estaban contados. Durante el cancillerato de Heinrich Brüning, el SPD había tolerado al canciller con el fin de consolidar el sistema contra el desafío nazi. Pero después del golpe contra Prusia, Papen perdió toda esperanza de un futuro apoyo de los socialdemócratas. Frustrados por las intrigas de Papen y sus colaboradores, también los nazis volvieron a una oposición abierta. Ahora ya no había perspectivas de que el canciller fuese capaz de disponer de una mayoría en el nuevo parlamento. El 12 de septiembre de 1932, el nuevo Reichstag aprobó una moción de censura; la moción tenía el apoyo de 512 diputados, y solo 42 diputados apoyaron a Papen; hubo cinco abstenciones. Era una base parlamentaria difícilmente viable.

Existían ahora dos posibilidades. El gobierno de Papen, una vez más, podía disolver el Reichstag y anunciar nuevas elecciones. En este caso, al menos, dispondría de tres meses —60 días hasta las elecciones y 30 más hasta que se reuniese el nuevo Reichstag—. 90 días de suspensión, antes de que el proceso se reiniciase. La democracia alemana había quedado reducida a esto, una repetición mecánica del reflejo electoral en el corazón de la república, un espasmo rítmico que acabaría desgarrando el sistema. Sin embargo, había una alternativa, es decir, la disolución del Reichstag *sin* elecciones. Y había incluso un precedente para una acción así en la historia de Prusia: la ruptura abierta de Bismarck con el parlamento prusiano durante la crisis constitucional de 1862. En aquella época Bismarck había podido superar un punto muerto entre el gobierno y el parlamento apartando la constitución y gobernando sin el legislativo. A Papen y a Hindenburg se les abría también esta alternativa. El presidente del Reich, Hindenburg, era lo suficientemente viejo —había nacido en 1847 (!)— como para haber vivido de adulto joven la crisis de los años 1860. Era además un hombre de la misma clase y origen social que Bismarck cuya familia pudo haber seguido estos acontecimientos con profundo interés.

Papen consideró la opción de un golpe de estado a lo Bismarck, pero acabó rechazando la idea. Estaba claro que un golpe traería consigo graves

riesgos; podría provocar incluso una guerra civil —esta posibilidad se discutió en el consejo de ministros nacional—. Existía también incertidumbre respecto a la actitud que tomaría la Reichswehr, cuyo portavoz político, Kurt von Schleicher, surgía rápidamente como rival del canciller. Así, Papen optó por convocar nuevas elecciones para el 6 de noviembre de 1932. Pero los resultados de esta liza, en la que los nazis perdieron un pequeño porcentaje pero siguieron siendo el partido más fuerte, dejaron claro que un nuevo Reichstag no tenía tampoco intención de tolerar que Papen fuese canciller, al igual que el antiguo parlamento. Era evidente que el nuevo Reichstag utilizaría su primera sesión para no aprobar un voto de confianza. Papen tenía que irse. Fue sustituido el 1 de diciembre de 1932 por su antiguo amigo Kurt von Schleicher. La primera medida de Schleicher como canciller fue hacer que el Reichstag aprobase reunirse después de Navidad. Tener elecciones durante la época navideña y por tercera vez en un año había sido demasiado para que lo soportase el *Volk* alemán. El Consejo de Ancianos del Reichstag aceptó que el parlamento no se reuniese de nuevo hasta el 31 de enero de 1933.

En la época en que hizo todo esto, Franz von Papen había conseguido convencer a su viejo amigo Hindenburg de que nombrase a Hitler canciller del Reich. Tras intensas negociaciones entre bastidores Papen pudo hacer un ofrecimiento a Hindenburg que no pudo rechazar. Hitler estaba de acuerdo con que si era nombrado canciller, situaría solo a dos nacionalsocialistas en el consejo de ministros. Los otros siete ministros serían conservadores, y el propio Papen sería vicecanciller. Encerrado en esto, Hitler sería forzado a tomar en consideración a la camarilla conservadora[75]. «En el plazo de dos meses», cacareaba Papen, «empujaremos a Hitler tan lejos, a un rincón, que acabará gritando[76]».

Y así fue como Hitler, como dijo hace muchos años Alan Bullock, fue «metido en el cargo por unas intrigas baratas[77]». La toma del poder por los nazis no había terminado. Por el contrario, acababa de empezar, Pero los nazis guardaban en la manga algunas importantes cartas. Gracias al golpe de Papen del 20 de julio de 1932, el gobierno electo del estado de Prusia había sido sustituido por un Comisariado del Reich para Prusia. Lo que significaba, entre otras cosas, que Hermann Goering ocuparía un cargo ministerial sin cartera en el Consejo de Ministros nacional y al mismo tiempo actuaría como ministro comisario del ministro del Interior prusiano, cargo que lo colocaba a la cabeza de la más numerosa fuerza de policía de Alemania. En la primavera de 1933 Goering utilizaría con rudeza y eficacia sus poderes policiales prusianos. De

este modo —y no solo de este modo— las extrañas maniobras de los conservadores alrededor del presidente antes de enero de 1933 sirvieron para allanar el camino hacia la toma del poder de los nacionalsocialistas.

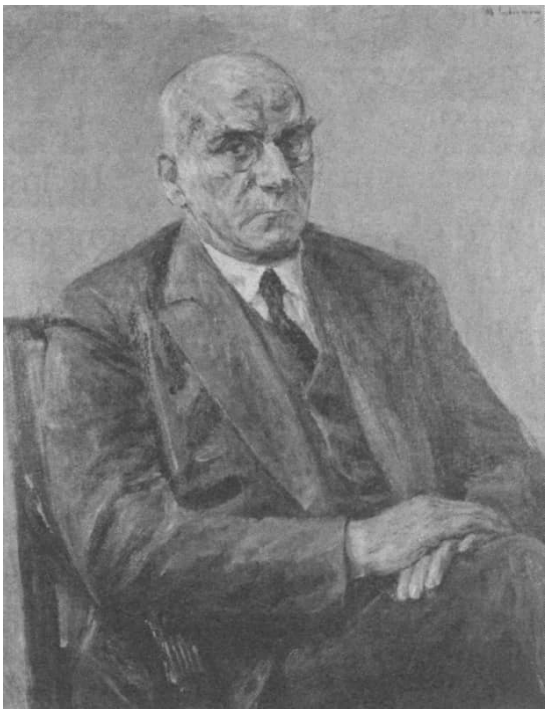
Los hilos del legado prusiano estaban tejidos muy apretados en la maraña de intrigas que llevaron al poder a los nazis. Los vemos en la actitud del ejército, que se mantuvo apartado de la república desde 1930, evaluando la situación a medida que se desarrollaba y jugando su propio juego. Los vemos en la susceptibilidad del presidente Hindenburg respecto a las discusiones sobre los intereses de los propietarios de la tierra de Elbia Oriental. Los cancilleres Brüning y Schleicher perdieron crédito con el presidente en el momento en que empezaron a apoyar las iniciativas de reforma agrarias que implicaban la partición de las haciendas de Elbia Oriental que estaban en bancarrota. La todavía viva memoria de la hegemonía conservadora en el antiguo estado de Prusia insufló vida a las fantasías políticas de los reaccionarios que contribuyeron a desarticular la república[78]. La arrogancia colectiva de la nobleza prusiana y su pretensión de tener derecho a mandar quedaba también en evidencia, y en el alardear de Franz von Papen respecto a que él y su gabinete de barones habían «reclutado» a Hitler, como si el líder nazi fuese un jardinero a tiempo parcial o un músico de paso. Para Hindenburg, además, su sentimiento de la enorme diferencia existente en su posición y dignidad entre él, mariscal de campo del ejército prusiano, y Hitler, el cabo austríaco, hacía difícil saber quién era de verdad Hitler, captar la amenaza que este representaba, y comprender lo fácilmente que acababa con los convencionalismos y con el orden en política.

Pero los demócratas y republicanos del gobierno del estado eran también prusianos, aunque provenientes de mundos sociales muy diferentes. El enérgico Albert Grzesinski venía de Tollense, cerca de Treptow, en Pomerania. Era hijo ilegítimo de una ama de casa berlinesa; completó su aprendizaje como carrocero en Berlín, antes de hacer carrera como funcionario de sindicatos y activista político. Después de la revolución, Grzesinski podía haber tenido un cargo en el gobierno nacional alemán —le fue ofrecido el ministerio del ejército en 1920 pero prefirió, en cambio, servir al estado prusiano, como presidente de la policía de Berlín (1925-1926 y 1930-1932) y como ministro del Interior (1926-1930). En ambos cargos persiguió una política de personal fuertemente republicana. En 1927 supervisó la redacción de leyes que eliminaban la jurisdicción policial especial de los distritos rurales de las haciendas. Al suprimir los últimos vestigios de los privilegios feudales de los junkers, Grzesinski cerró una

fisura en la estructura administrativa del estado, completó la labor de los reformadores prusianos de la época napoleónica y se ganó el odio duradero de la derecha. Al ser un robusto antinazi, Grzesinski se atrajo también la intensa aversión de la prensa de Goebbels, que repetida, y erróneamente, lo tachaba de «judío en una república judía[79]». En diciembre de 1931 elaboró una orden de deportación que expulsaba a Hitler de Prusia, pero fue bloqueada por el gobierno nacional de Brüning. En un muy conocido discurso en Leipzig a comienzos de 1932, Grzesinski declaró que era «lamentable» que al «extranjero Hitler» se le permitiese negociar con el gobierno del Reich, «en vez de ser expulsado con un látigo». Hitler no olvidó ni perdonó estas palabras y Grzesinski, sabiamente, dejó Alemania en 1933, primero dirigiéndose a Francia y más tarde a Nueva York, donde se ganó la vida de nuevo como carrocero[80]. Fue una carrera guiada por un profundo compromiso no solo con la democracia como tal, sino también con la vocación histórica específica del estado prusiano y de sus instituciones.

Lo mismo puede decirse del hombre que sirvió al timón del estado prusiano hasta 1932, el ministro presidente Otto Braun. Hijo de un pequeño empleado de ferrocarriles de Königsberg, Braun se unió al Partido Socialdemócrata en 1888, cuando todavía era ilegal en la Prusia de Bismarck. Consiguió notoriedad y respeto por su labor entre los trabajadores rurales sin tierra del este del Elba y por la agudeza de su pluma como redactor. Había ocupado un escaño en el viejo Landtag de Prusia, y pertenecía a un pequeño grupo de diputados socialdemócratas que trataron de pasar a través de las barreras del sistema de voto de las tres clases. Como campeón del proletariado rural, Braun fue la antítesis de la élite agraria de la vieja Prusia, contribuyendo en 1918-1919 a derribar su hegemonía política. Sin embargo, fue, como ellos, un prusiano inconfundible y de pleno derecho. Su infinito apetito de trabajo, su molesto cuidado de los detalles y su profundo sentido de la nobleza del servicio al estado eran todos ellos atributos del catálogo convencional de las virtudes prusianas. Incluido su estilo de gestión autoritario, que le valió el apodo de «zar rojo de Prusia», podía ser visto como un rasgo prusiano ancestral. «Un socialdemócrata como Otto Braun», observaba el periodista conservador Wilhelm Stapel en 1932, «es, con todo el antiprusianismo de su partido, más un prusiano que un alemán. Sus maneras en el cargo son de un junker que deja a un ingrato rey con sus asuntos y que "se las arregle solo[81]"». Braun también tenía pasión por la caza, pasatiempo que compartía con el presidente del Reich, Paul von Hindenburg. Ambos hombres cazaban en zonas adyacentes durante la temporada de caza y

llegaron a tener una agradable intimidad personal, lo que les permitió intercambiar puntos de vista sobre asuntos clave del momento[82]. Aquí, de nuevo, se evidenciaba una curiosa afinidad entre la élite del Partido Socialdemócrata y el estado prusiano que, antaño, había sido su némesis. Es sorprendente que los dirigentes del SPD de estos años hallaran mucho más fácil manejar las responsabilidades y riesgos del poder estatal en Prusia que en el Reich alemán.



55. Otto Braun, ministro-presidente prusiano, *retrato de Max Liebermann, 1932.*

Podemos decir que el 20 de julio de 1932, el día del golpe, la vieja Prusia destruyó la nueva. O, para decirlo con mayor exactitud, la Prusia particularista, agraria cercenaba a la Prusia universalista y centralizada de la coalición de Weimar. Puede decirse que la sociedad tradicional prevaleció al final sobre el estado modernizador; los descendientes de Von der Marwitz triunfaron sobre el espíritu de Hegel. Pero esta antinomia metafórica, aunque capta parte del significado de lo que sucedió en el verano de 1932, es, quizá, demasiado pulcra. Los hombres del golpe contra Prusia no eran exactamente junkers de tipo clásico. Papen era westfaliano y católico, Wilhelm von Gayl era renano —ambos eran, en este sentido, «prusianos marginales[83]»—. Incluso Kurt von Schleicher, aunque era hijo de un oficial silesiano, era un personaje atípico, un intrigante político de fuera de la élite de terratenientes provinciales; su política, una mezcolanza híbrida de corporativismo autoritario y constitucionalismo, es difícil de encasillar[84]. Estos tres hombres

perseguían una política de toda la nación, no del estado prusiano y ciertamente, tampoco de la provincia de Prusia.

Hindenburg, el hombre que estaba en el centro de los acontecimientos de 1932, es un caso complejo. Como terrateniente elbiano oriental y celebrado comandante militar, Hindenburg parece personificar la tradición prusiana. Pero su vida se formó con las fuerzas que unificaron el Reich alemán. Tenía dieciocho años cuando combatió en Königgrätz, durante la guerra contra Austria de 1866. Provenía de la provincia de Poznan, una zona de elevado antagonismo nacionalista entre alemanes y polacos. Había vuelto de la jubilación al comienzo de la Primera Guerra Mundial, utilizó su papel en la cúspide de las fuerzas alemanas en el frente del este para desafiar y vaciar la autoridad del ejecutivo civil prusiano-alemán. Chantajeó al káiser, al que profesaba la más profunda lealtad personal, para la realización de sus proyectos, que incluían la catastrófica política de la guerra submarina incondicional —una campaña de provocaciones inútil que llevó a los Estados Unidos a entrar en guerra y que condenó a Alemania a la derrota a manos de sus enemigos—. Uno por uno, apartó a los más estrechos aliados del káiser —incluyendo al canciller Theobald von Bethmann Hollweg— y los fue sacando de la política. Esto no fue la objeción concienzuda e irrepetible de un Seydlitz o de un Yorck sino que se trató de una sistemática insubordinación nacida de una vasta ambición y de un total desprecio de todo interés o autoridad ajena a la jerarquía militar, que él mismo dominaba. Al mismo tiempo, Hindenburg cultivaba deliberadamente la obsesión nacional respecto a su persona, proyectando la imagen de un indomable guerrero germánico que hacía sombra a la figura cada vez más del rey-emperador.

Aunque Hindenburg estaba entre aquellas personas que presionaron a Guillermo II para que abdicase y huyese a los Países Bajos en noviembre de 1918, posteriormente se envolvió en la capa de un monarquismo de principio. Más tarde, de nuevo (al ascender al cargo de presidente del Reich en 1925 y a su nombramiento en 1932), dejó a un lado sus convicciones monárquicas con un solemne juramento por la constitución republicana del imperio alemán. En los últimos días de septiembre de 1918 Hindenburg presionó con urgencia al gobierno civil alemán para que iniciara negociaciones para un alto el fuego, pero luego se desvinculó totalmente de la paz resultante, dejando que los civiles cargasen con la responsabilidad y el oprobio. El 17 de junio de 1919, mientras el gobierno de Friedrich Ebert estaba deliberando sobre si aceptar o no los términos del Tratado de Versalles, Hindenburg accedió a escribir que una ulterior resistencia armada sería sin esperanza. Aun así, solo una semana

mas tarde, cuando el presidente Ebert hizo un llamamiento al Mando Supremo para que tomase una decisión formal apoyando la aceptación, el mariscal de campo consiguió estar ausente de la sala de los teléfonos durante el llamamiento, dejando a su colega Wilhelm Groener hacer de «bestia negra» (como dijo el propio Hindenburg)[85]. Hindenburg fue incluso más lejos: quizá en el momento más mitopoyético de una carrera saturada de mitos, declaró en noviembre de 1919, ante la comisión que investigaba las causas de la derrota alemana, que los ejércitos alemanes no habían sido vencidos en el campo de batalla a manos de las potencias enemigas, sino por una «caterva de cobardes en la retaguardia» en el frente interno; esta presunción habría obsesionado a la república durante toda su corta vida, contaminando a la nueva élite política con acusaciones de engaño y traición a la nación.

Como presidente del Reich desde 1925, Hindenburg desarrolló una improbable amistad —pese a la distancia social entre ellos— con el concienzudo ministro-presidente prusiano socialdemócrata Otto Braun. En 1932, cuando Hindenburg se presentó para la reelección a presidente; Braun apoyó calurosamente al anciano personaje como «la personificación de la calma y de la consistencia, de la lealtad y devoción viriles al deber para con todo el pueblo[86]». Sin embargo, en 1932, presentado con el programa de la camarilla conservadora, Hindenburg abandonaba a su antiguo amigo sin, parece ser, la más mínima compunción, retirándose de sus solemnes pactos constitucionales de 1925 y 1932 para hacer causa común con los enemigos declarados de la república. Y luego, tras haber declarado públicamente que nunca habría consentido nombrar a Hitler para cualquier cargo más alto que el de ministro de correos, Hindenburg apalancó al dirigente nazi austríaco para ocupar la cancillería en enero de 1933. El mariscal de campo tenía una alta opinión de sí mismo y creía, sin duda sinceramente, que él personificaba una «tradición» prusiana de un servicio desinteresado. Pero, en realidad, no era un hombre de tradición. No fue, en ningún sentido determinista, un producto de la vieja Prusia, sino más bien lo fue de las flexibles políticas que caracterizaban a la nueva Alemania. Como comandante militar y luego como jefe de estado de Alemania, Hindenburg cortó virtualmente con todo nexo que hubiera llegado a establecer. No era un hombre de servicio, obstinado y fiel, sino un hombre de imagen, manipulación y traición.

Prusia y el Tercer Reich

El 21 de marzo de 1933 la Iglesia de la Guarnición de Potsdam proporcionó el escenario para una ceremonia que marcaba la inauguración de la «nueva Alemania» bajo Adolf Hitler. La ocasión era la apertura del nuevo Reichstag tras las elecciones generales del 5 de marzo de 1933. Fue una fiesta que debería haberse celebrado habitualmente en el propio edificio del Reichstag. Pero el 27 de febrero, el izquierdista holandés Marius van der Lubbe había incendiado el edificio, reduciendo la cámara principal a una negruzca ruina. Construida por Federico Guillermo I en 1735, la Iglesia de la Guarnición era un recuerdo elocuente de la historia militar prusiana. Sobre la torre de la iglesia había una veleta con las iniciales FWR y la silueta de hierro de un águila prusiana que tiende hacia un sol dorado. Trompetas, banderas y cañones, en vez de ángeles o figuras bíblicas, decoraban la piedra del presbiterio. Las tumbas del «rey soldado» Federico Guillermo I y de su ilustre hijo Federico el Grande descansaban la una al lado de la otra en la cripta[87]. Joseph Goebbels, jefe de la propaganda nazi, se dio cuenta inmediatamente del potencial simbólico de este escenario histórico y tomó personalmente el control de los preparativos, planificando el acontecimiento hasta el mínimo detalle, como espectáculo de propaganda. Después de todo, como señaló en su diario el 16 de marzo de 1933, este fue el momento en el que el «nuevo estado» inaugurado por el nombramiento de Hitler a la cancillería se «presentaba simbólicamente por primera vez[88]».

El «Día de Potsdam», como será conocido, fue un acto concentrado de comunicación política. Ofreció la imagen de una síntesis, incluso de una unión mística, entre la vieja Prusia y la nueva Alemania[89]. Veteranos de las Guerras de Unificación fueron transportados a la ciudad para tomar parte en los festejos. Las banderas de los más venerables regimientos prusianos —incluyendo el famoso IX de Infantería, cuyos reclutas prestaban juramento tradicionalmente bajo las bóvedas de la Iglesia de la Guarnición— fueron desplegadas y situadas de forma destacada. Las calles de la ciudad fueron engalanadas con banderas imperiales alemanas, prusianas y con la esvástica. El tricolor rojo, negro y oro de la República de Weimar podía verse en ningún sitio. Incluso la fecha fue significativa. Goebbels había elegido el 21 de marzo no solo debido a que era el primer día oficial de la primavera, sino también porque era el aniversario de la apertura del primer Reichstag alemán tras la proclamación del Reich en enero de 1871. En el centro de la reunión estaba el presidente del Reich, Hindenburg. Con su uniforme de gala, tintineante con sus medallas de todas las formas y tamaños, y empuñando su bastón de mariscal de campo con la mano derecha, Hindenburg avanzó con paso

majestuoso por las calles de la antigua ciudad a lo largo de las filas de los hombres del Reichswehr y de los paramilitares con camisa parda presentando sus armas como saludo. Cuando alcanzó su sitio, prominente, junto al altar, se volvió para saludar con solemne ostentación, con su bastón de mariscal, el trono vacío del exrey y emperador Guillermo II, ahora en su exilio holandés. Este ejercicio de farsa fue pensado en parte en beneficio de los dos príncipes Hohenzollern asistentes, uno en el uniforme tradicional de los Húsares de la Calavera, el otro con la ropa marrón de las SA.

56. El Día de Potsdam, 21 de marzo de 1933. Hitler y Hindenburg se estrechan la mano ante la Iglesia de la Guarnición de Potsdam.

En su discurso ante los asistentes invitados, Hindenburg expreso la esperanza de que «el antiguo espíritu de este lugar de renombre», pudiese entusiasmar a una nueva generación de alemanes. «Prusia había merecido la grandeza por su valentía sin fallo y su amor por la madre patria»; que esto

pueda aplicarse también a la nueva Alemania. En su réplica desde el atril de lector, Hitler —que llevaba un traje de calle oscuro en vez del uniforme de su partido— expresó su profunda veneración por Hindenburg y agradeció a la «Providencia» por haber colocado a este indomable señor de la guerra a la cabeza del movimiento para la renovación de Alemania. Terminó con palabras que resumían la función propagandística de la ceremonia: «Mientras nosotros estamos en este espacio que es sagrado para todo alemán, pueda la Providencia conferirnos ese valor y esa constancia que sentimos cuando luchamos por la libertad y grandeza de nuestro pueblo a los pies de las tumbas de nuestros más grandes reyes[90]». Tras darse la mano, ambos hombres depositaron coronas de flores sobre las tumbas de los reyes prusianos, mientras que, fuera de la iglesia, una batería de la Reichswehr disparaba salvas de salutación y el coro cantaba a voz en grito la «Leuten Chorale». A esto siguió una revista militar por las calles de la ciudad. Goebbels recordaba el momento en una efusiva entrada de su diario:

> El presidente del Reich está situado sobre una plataforma elevada, con su bastón de mariscal de campo en la mano, y saluda al ejército, a las SA, a las SS y a los Stahlhelm[*] mientras marchan delante de él. Él está de pie y saluda. Sobre toda la escena brilla el sol eterno, y la mano de Dios invisible da su bendición a la ciudad gris de la grandeza y del deber prusianos[91].

La celebración del «prusianismo» era un sólido componente de la ideología y de la propaganda nacionalsocialista. El ideólogo de derechas e inventor de la idea de «Tercer Reich», Arthur Moeller van der Bruck, había profetizado, en 1923, que la nueva Alemania sería una síntesis del «viril» espíritu de Prusia y del alma «femenina» de la nueva nación alemana[92]. En *Mein Kampf*, publicado dos años más tarde, Adolf Hitler encuentra cálidas palabras para el antiguo estado prusiano. Era la «célula germinal del imperio alemán», que debía su existencia al «resplandeciente heroísmo» y «al valor que desafía a la muerte de sus soldados»; su historia demostraba «con maravillosa agudeza que no son las cualidades materiales sino solo las virtudes ideales las que hacen posible la formación de un estado[93]». «En nuestros oídos todavía resuenan», escribía el ideólogo nazi báltico-alemán Alfred Rosenberg en 1930, «las trompetas de Fehrbellin y la voz del Gran Elector, cuyas hazañas explican los comienzos de la resurrección, salvación y renacimiento de Alemania». Sea lo que sea lo que podamos criticar en Prusia, añadía, «la salvación decisiva de la sustancia germánica quedará para siempre *su* hazaña más famosa; sin ella no habría cultura alemana, ni huella ninguna de un pueblo alemán[94]».

Nadie anunció el tema prusiano tan coherentemente como Joseph Goebbels, que fue el primero que se percató de su potencial propagandístico durante una visita a Sans Souci en septiembre de 1926. Desde ahora Prusia era uno de los temas almacenados en la máquina publicitaria de Goebbels. «El nacionalsocialismo», declaraba en un discurso electoral en abril de 1932, «puede reclamar con razón el prusianismo. En toda Alemania, allí donde estamos nosotros, los nacionalsocialistas, somos los prusianos. La idea que representamos como prusianos. Los símbolos por los que luchamos están henchidos por el espíritu de Prusia, y los objetivos que esperamos alcanzar son una forma renovada de los ideales por los que combatieron un día Federico Guillermo I, Federico el Grande, y Bismarck[95]».

La continuidad entre el pasado prusiano y el presente nacionalsocialista fue reafirmada a muchos niveles en la política cultural del régimen desde 1933. Un famoso cartel político representaba a Hitler como el último de una sucesión de estadistas alemanes que iba de Federico el Grande vía Bismarck hasta Hindenburg. Poco después del Día de Potsdam, Hitler y Goebbels reforzarán la conciencia pública respecto a estos temas con los «Días de Tannenberg», un espectáculo de propaganda centrado en la inauguración de un vasto monumento nacional el 27 de agosto de 1933: consistía en un círculo de enormes torres unidas por muros macizos; el monumento de Tannenberg recordaba a la vez la derrota de la Orden de los Caballeros Teutónicos a manos del ejército moscovita en 1410 y la victoria de 1914 gracias a la cual los alemanes se «vengaron» de sus antaño enemigos rusos. Y sirvió asimismo para proyectar la idea (completamente ahistórica) de que la Prusia Oriental había sido siempre el bastión de la «germanidad» contra el este eslavo. Como el «Vencedor de Tannenberg», una vez más Hindenburg, que tenía ya ochenta y siete años, fue conducido para celebrar los honores litúrgicos de una Alemania ahora irreversiblemente nazificada. Cuando muere, casi un año después, su cuerpo —junto al de su mujer— fue sepultado en una tumba en una de las torres del monumento. De acuerdo con la voluntad del fallecido de ser enterrado «bajo una única losa de piedra de Prusia Oriental», la entrada de la tumba estaba coronada por un enorme dintel de sólido granito, la «piedra de Hindemburg». Esta piedra había sido desenterrada cerca de Cojehnen, en los llanos del norte de Prusia Oriental, y era muy conocida por los geólogos alemanes por ser uno de los mayores monolitos de la región. Trabajando con escaso margen de tiempo, un equipo de canteros y especialistas en minas limpiaron la tierra alrededor de la masa de granito, la cortaron con cargas explosivas y potentes herramientas hasta convertirla en un gran rectángulo y

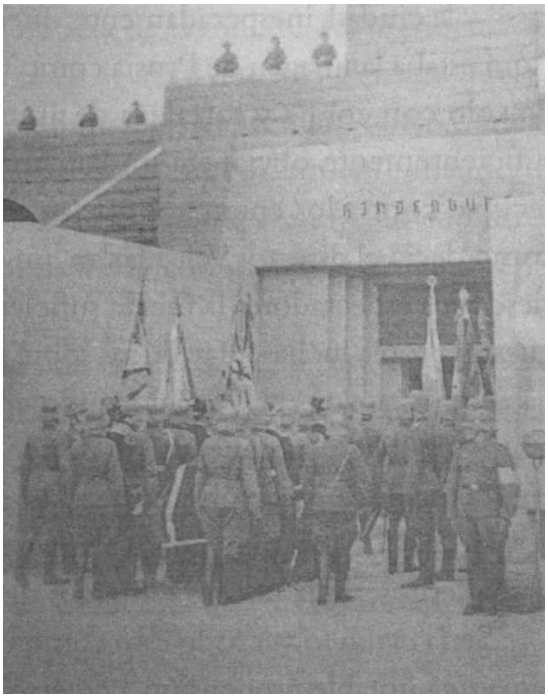
fue transportada hasta el monumento por una vía férrea construida expresamente[96].

57. La «Piedra de Hindenburg»: los trabajadores descansan después de cavarla tierra bajo el monolito, fotografía de los años 1930.

La arquitectura oficial del Tercer Reich evocaba una herencia cultural prusiana característica. Vemos esto en los tres «Ordensburgen» construidos durante el Tercer Reich en Crössinsee, Vogelsang y Sonthofen para las escuelas de élite de los futuros cuadros del partido. Con sus altas torres y severos aleros, estas monumentales estructuras recordaban a los castillos de la Orden Teutónica que antaño había conquistado el «este alemán» y se había establecido en los principados bálticos de Prusia. Otra muy diferente herencia arquitectónica prusiana residía en los edificios públicos neoclásicos encargados por el régimen como parte de la reforma nacionalsocialista del espacio urbano alemán. El arquitecto favorito de Hitler, Paul Ludwig Troost, era discípulo de Schinkel (1781-1841), el exponente canónico del «estilo arquitectónico prusiano». La Casa del Arte Alemán de Troost, construida en 1933-1937, en el borde sur del Jardín Inglés de Múnich, se consideraba en general una glosa del siglo XX del austero neoclasicismo del Museo Antiguo de Schinkel, en Berlín.

Albert Speer, miembro del partido desde 1931, que se convirtió en el arquitecto de corte de Hitler tras la temprana muerte de Troost en 1934, era asimismo un admirador de Schinkel. Speer provenía de una familia de larga tradición de arquitectos ya que su abuelo había sido alumno de Schinkel en la Academia de la Construcción de Berlín, y su profesor más importante en la Universidad Técnica de Berlín-Charlottenburg fue Heinrich Tessenow, muy conocido por haber convertido la Neue Wache de Schinkel, en la Unter den Linden, en un memorial para los caídos de la Primera Guerra Mundial. La fachada y patios de la Nueva Cancillería del Reich de Speer, encargada por Hitler a comienzos de 1938 y completada tras 12 meses de frenética construcción el 12 de enero de 1939, hacía numerosas referencias conscientes a los edificios más famosos de Schinkel. El mensaje de la continuidad quedó remachado en un suntuoso volumen oficial publicado en 1943, bajo los auspicios de la Cámara de Arquitectos del Reich. Se titulaba *Karl Friedrich Schinkel: el precursor de la nueva ideología arquitectónica alemana*, y situaba expresamente los logros de los edificios nazis en la tradición neoclásica prusiana[97].

Los súbditos prusianos, asimismo, eran protagonistas destacados de la producción cinematográfica ideológicamente armonizada de los estudios fílmicos alemanes tras la toma del poder por los nazis. Inducido por las tendencias establecidas durante la República de Weimar, Goebbels desarrolló temas prusianos como instrumento de la movilización ideológica[98]. El escapismo y la nostalgia de las primeras producciones dieron paso a dramas de resonancia contemporánea inconfundible. *El viejo y el joven rey*, por ejemplo, estrenada en 1935, ofrecía una narración grotescamente distorsionada sobre la ruptura de las relaciones entre el futuro Federico el Grande y su padre Federico Guillermo I. Se criticaban las intrigas de la diplomacia británica por los malentendidos entre padre e hijo, y hay una escena en la que los libros franceses del príncipe son amontonados y quemados por orden de su padre —referencia contemporánea que los espectadores no dejarían de reconocer—. La ejecución de Katte se presenta como la expresión legítima de la voluntad soberana. Los diálogos incluían algunas joyas del anacronismo, como la siguiente: «Quiero que Prusia sea rica. Y quienquiera que pretenda detenerme es un sinvergüenza» (Federico Guillermo); y «El rey no comete asesinato. Su voluntad es ley. Y cualquier cosa que no se le someta debe ser aniquilada» (un oficial que comenta la sentencia de Katte)[99].



58. El ataúd de Hindenburg es llenado a su mausoleo bajo las almenas del monumento a Tannenberg, fotografía de Matthias Bräunlich, 1935.

Otras producciones de importancia trataban de escenas anecdóticas de la vida de Federico el Grande, o de los dramáticos complots en el contexto de crisis históricas, como la Guerra de los Siete Años o después de la derrota a manos de Napoleón en 1806-1807. Un tema favorito —en especial durante los años de guerra— fue la dramática interacción entre la perfidia de la traición (de un país y de un dirigente) y la redención que llega a través del autosacrificio en el nombre de un bien mayor**[100]**. No hubo tema presentando más incisivamente que el del último film más importante del Tercer Reich, *Kolberg*. Era un drama sobre un período épico situado en la fortaleza del mismo nombre, en la que Gneisenau y Schill colaboraron con las autoridades civiles de la ciudad para mantener a raya a los numéricamente superiores franceses. Contra toda expectativa —y contra el registro histórico— los franceses se vieron forzados a retirarse y la ciudad, inesperadamente, quedaba a salvo por un tratado de paz. Aquí estaba la imagen de Prusia como reino de la pura voluntad resistiendo solo con coraje y fortaleza de ánimo. La finalidad de la película era suficientemente obvia; era un llamamiento a movilizar hasta el último recurso contra los enemigos que se estaban acercando a Alemania. Era, como decía el director Veit Harlan, un «símbolo del presente» que confiriese a los espectadores la fuerza suficiente «para hoy, para el momento de nuestra propia lucha». Hay dudas sobre si este objetivo fue alcanzado o no: había muy pocos cines funcionando en la época en que este film se presentó al público en general. Allí donde pudo encontrar audiencia, la respuesta fue de resignación y tristeza. Entre las ruinas y el caos de la primavera de 1945,

había muy pocos alemanes que todavía creían que Alemania podía ser rescatada por los esfuerzos de un grupo de patriotas.

Sería erróneo ver todo esto como una cínica manipulación. Goebbels tenía una notable propensión a creerse sus propias mentiras. Y la identificación subjetiva de Hitler con Federico el Grande era tan fuerte que el único adorno del búnker de la Cancillería del Reich, en el que Hitler residió los últimos días de su vida a 16 metros por debajo de las calles de Berlín, fue el retrato pintado por Graff de Federico el Grande, el hombre a cuyo «heroísmo» debía Prusia su ascendiente histórico[101]. «De esta pintura», le dijo al comandante de carros de combate Guderian a finales de febrero de 1945, «saco nuevas fuerzas cuando las malas noticias amenazan con aplastarme». En la irreal y aislada atmósfera del búnker era fácil imaginar que la historia de Prusia se representaba de nuevo en el drama épico del Tercer Reich. Goebbels reforzaba la moral de Hitler en los primeros meses de 1945 con lecturas de *Vida de Federico el Grande,* de Carlyle, en especial esos pasajes en los que se describía cómo en los momentos más tenebrosos de la Guerra de los Siete Años, cuando todo parecía perdido, Prusia se salvó de la destrucción por la muerte de la zarina Isabel en febrero de 1762[102]. Hitler recurrió a los mismos temas históricos cuando pasó cuatro días, a comienzos de abril de 1945, intentando reforzar la resolución de Mussolini. Los monólogos que le soltó a un Duce harto de la guerra incluían largas disquisiciones sobre la historia de Prusia[103]. Tan estrecho era el control ejercido por esta novela histórica sobre la mente de Goebbels que el ministro de Propaganda reaccionó con júbilo y con un sentimiento de triunfo ante la noticia de la muerte del presidente estadounidense Franklin Roosevelt el 12 de abril de 1945. Pensaba que ese año iba a ser el *annus mirabilis* [año admirable] del Tercer Reich. Ordenó que se sirviese champán en su despacho e inmediatamente mandó un mensaje al apartamento de Hitler: «Mi Führer, me congratulo con usted. Roosevelt ha muerto. El destino ha acabado con su mayor enemigo. Dios no nos ha abandonado[104]».

Nada de esto debe ser tomado como prueba de la continuada vitalidad de la «tradición prusiana». Aquellos que tratan de legitimar su derecho al poder en el presente suelen recurrir a la idea de la tradición. Se adornan ellos mismos con su autoridad cultural. Pero el encuentro entre los autoproclamados herederos de la tradición y el registro histórico no suele tener lugar en términos de igualdad. La lectura que los nacionalsocialistas hicieron del pasado prusiano fue oportunista, distorsionada y selectiva. Toda la carrera histórica del estado prusiano fue metida con calzador en el

paradigma de una historia nacional alemana concebida en términos racistas. Los nazis admiraban el edificio estatal militar del «rey soldado» pero tenían poca simpatía o comprensión por la espiritualidad pietista que proporcionaba un entramado ético para todos los intentos del rey y dejó una profunda huella en su reinado —de ahí, por ejemplo, la casi completa exclusión del cristianismo de las ceremonias en la Iglesia de la Guarnición en marzo de 1933—. El Federico el Grande de la propaganda nacionalsocialista era una versión muy truncada respecto a la original —la insistencia del monarca en usar el francés como medio para un discurso civilizado, su desdén por la cultura alemana y su ambigua sexualidad simplemente fueron borradas—. Y había escaso interés por los demás monarcas de los Hohenzollern, si exceptuamos a Guillermo I, fundador del imperio alemán en 1871. Federico Guillermo II y Federico Guillermo IV, el sensible y artísticamente dotado «romántico en el trono», desaparecieron de la vista casi del todo.

Dos períodos destacaron por su poder mitopoyético: la Guerra de los Siete Años y las guerras de liberación, pero no hubo interés por la Ilustración prusiana. Los nazis valoraron al reformador prusiano Stein por su compromiso nacionalista; Hardenberg, por el contrario, el *Realpolitiker* francófilo y emancipador de los judíos prusianos, languidecía en la oscuridad. Había cierto entusiasmo por Fichte y por Schleiermacher, pero escaso interés oficial por Hegel, cuyo énfasis en la dignidad transcendente del estado no podía congeniar con el racismo *völkisch* del nacionalsocialismo. Resumiendo, la Prusia nazi era un brillante fetiche formado por fragmentos de un pasado legendario. Era una memoria manufacturada, un adorno talismánico de las pretensiones del régimen.

Sea como sea, nada de este entusiasmo oficial por la «prusianidad» *(Preussentum)* podía hacer revivir la fortuna de la Prusia real. En 1933, el Landtag prusiano fue disuelto después de que las nuevas elecciones no habían permitido obtener una mayoría absoluta a los nazis. La Ley de Reorganización del Reich de enero de 1934 colocó a los gobiernos regionales y al nuevo comisario imperial bajo la autoridad directa del ministerio del Interior del Reich. Los ministerios prusianos fueron fusionados gradualmente por sus iguales del Reich (con las excepciones, por razones técnicas, del de finanzas) y se elaboraron planes para (aunque quedaron sin realizarse en 1945) para la partición del estado en sus provincias constitutivas. Prusia siguió siendo la denominación oficial y un nombre en el mapa, siendo el único estado alemán que no fue absorbido formalmente en el Reich. Pero, de hecho, dejó de existir como un estado de cualquier tipo. No hubo

contradicción en esto con las celebraciones oficiales del régimen del legado prusiano. La difusa abstracción «prusianidad» no denotaba una forma específica de estado, o una particular constelación social, sino un incorpóreo catalogo de virtudes, un «espíritu» que transcendía la historia y que podía desarrollarse igualmente bien en la «democracia de Führer» del Tercer Reich y bajo el gobierno absolutista de Federico el Grande. Hermann Goering, que sustituyó a Papen como ministro-presidente comisario de Prusia en abril de 1933 invocó esta distinción cuando se dirigió al Consejo de Estado prusiano en junio de 1934. «El concepto de estado prusiano», declaró, ha sido «subsumido en el Reich». «Lo que queda es el eterno espíritu de la prusianidad[105]». Para gran disgusto de algunas de las familias nobles tradicionalistas, el nuevo régimen no hizo ningún intento de restaurar la vieja monarquía desde 1933. En los años 1920 había habido frecuentes contactos entre el entorno exreal e imperial de Doorn y una laxa red de grupos conservadores y monárquicos (sobre todo prusianos) en la República alemana. Los últimos años 1920 trajeron nuevos nexos informales con el movimiento nazi. El hijo de Guillermo II, Augusto Guillermo, se unió a las SA en 1928, decisión para la que obtuvo el permiso del exemperador. La segunda mujer del exemperador, princesa Hermine von Schönaich-Carolath, tenía amigos entre miembros del partido de alto rango e incluso participó en el Mitin de Núremberg de 1929. El derrumbe del bloque conservador y el éxito de los nazis en las elecciones alemanas de 1930 dieron ánimos a los restauracionistas de Doorn a lanzar una sonda formal hacia el movimiento de Hitler. Fruto de esto fue una reunión en Doorn entre Guillermo y Hermann Goering en enero de 1931. No quedan actas de la reunión, pero parecería que Goering habló positivamente sobre la perspectiva de una vuelta a Alemania de Guillermo[106].

Pero, pese a estos signos amistosos —había rumores alentadores provenientes de Hitler y de una segunda reunión con Goering en el verano de 1932—, la idea fue descartada sin ceremonias tras la toma del poder. Hitler había alentado las esperanzas del kaiser únicamente porque quería reforzar sus credenciales como legítimo sucesor de la tradición monárquica prusiano-alemana. El momento de la verdad llegó el 27 de enero de 1934, cuando Hitler ordenó acabar con las celebraciones en honor del kaiser por su 75° cumpleaños. La suerte del movimiento de restauración fue sellada pocos días más tarde por nuevas leyes que ponían fuera de la ley a todas las organizaciones monárquicas. El hombre de la monarquía de las SA, el príncipe Augusto Guillermo, fue condenado a arresto domiciliario durante el

golpe de Rohm y se le ordenó que de ahora en adelante abandonase las declaraciones políticas de cualquier tipo. De forma gradual, el régimen fue borrando la memoria de la monarquía en Prusia y en Alemania, prohibiendo mostrar imágenes imperiales y recuerdos diversos, aunque pagando a la familia real una suma sustancial para garantizar que no causara ningún problema[107]. Entre aquellos que habían planteado fuertes objeciones estaba el conde Ewald von Kleist-Wendisch-Tychow, jefe regional de la Corporación de la Nobleza Alemana *(Deutsche Adekgenossenschaft)* en Pomerania Oriental. En enero de 1937 disolvía su sección en la corporación, declarando que la negativa del régimen a restaurar la corona prusiano-alemana «no era compatible con las tradiciones y el honor de la nobleza[108]».

No es fácil caracterizar las relaciones entre el régimen de Hitler y las élites prusianas tradicionales y funcionales. Hasta hoy no existen estudios sistemáticos sobre las actitudes y conducta de la nobleza regional alemana durante los años del Tercer Reich. Pero una cosa está clara: la pintura convencional de la nobleza terrateniente encerrada altaneramente en el espléndido aislamiento de sus haciendas y esperando que pasase la tormenta nazi es engañosa. Apenas había una sola familia noble del este del Elba que no tuviese al menos un miembro del partido. El antiguo linaje de los Schwerin proporcionó nada menos que 52 miembros, los Hardenberg, 27, los Tresckow, 30, los Schulenburg, 41, de los que 17 ya habían ingresado en el partido antes de 1933. Muchos nobles se sentían atraídos por el NSDAP porque veían en la alianza con el movimiento de Hitler la garantía de su papel de líderes sociales tradicionales sobre nuevas bases[109]. Pero otros se les unían porque la ideología y el ambiente del partido les resultaba aceptable —la brecha en las actitudes de los círculos nobiliarios y el movimiento nacionalsocialista era mucho más estrecha de lo que se ha supuesto con frecuencia.

Se daba también un amplio apoyo en la nobleza prusiana a los objetivos de la política exterior del nuevo régimen —especialmente la revisión del Tratado de Versalles y la restitución de las tierras transferidas a los polacos—. El escaso número de prusianos en los escalones de mando del NSDAP tuvo, al principio, poco efecto sobre algunas familias —según un cálculo había solo 17 prusianos entre los 500 cuadros nazis en 1933—[110]. Pero cuando el foco de las actividades del partido —y su base electoral— se trasladó hacia el norte, por lo general estos recelos desaparecieron. Fritz-Dietlof, conde von der Schulenburg, tenía sospechas, en un principio, sobre el NSDAP, pues lo veía como un movimiento esencialmente suralemán, pero, más tarde, se unió

a él, por ser «una nueva forma de prusianidad» —aquí, de nuevo, esta abstracción ofuscadora pero útil[111].

El cuerpo de oficiales de la Reichswehr, donde los hijos de las familias junkers formaban todavía un grupo consistente, se mostró inicialmente escéptico respecto al movimiento nazi, pero tras las elecciones de marzo de 1933 pasaron a una política de alianza con los nuevos dirigentes. Muchos altos oficiales se vieron seguros por las represalias de Hitler contra los camisas pardas tras el golpe de Rohm del 30 de junio de 1934. El inicio del programa de rearme y la remilitarización de Renania en marzo de 1935 ayudaron también a consolidar las relaciones. Un ejemplo característico de esta transición fue el inspector de adiestramiento con armas, en Berlín, teniente general Johannes Blaskowitz, originario de Peterswalde en Prusia Oriental, que había asistido a la escuela de cadetes de Köslin y de Berlín-Lichterfelde. En 1932 Blaskowitz había tenido sobre aviso a su regimiento durante una ejercitación, «en el caso de que los nazis hiciesen alguna falsa maniobra, [nosotros] procederemos contra ellos con la máxima fuerza, y no cederíamos ni siquiera ante el más sangriento conflicto[112]». En la primavera de 1935, sin embargo, hablará un lenguaje diferente en la inauguración de un monumento a los caídos de la Primera Guerra Mundial. Blaskowitz, hijo de un pastor pietista de Prusia Oriental, dio vivas a Adolf Hitler, por ser el hombre enviado por Dios en una hora de grandes necesidades en Alemania: «La ayuda de Dios nos ha dado a nuestro líder, que ha reunido a todas las fuerzas de la vida nacional en un poderoso movimiento […] y que ayer ha restaurado la soberanía militar del pueblo alemán y así cumpliendo el testamento de nuestros héroes muertos[113]».

Los prusianos, no hace falta decirlo, estuvieron implicados en muy gran medida en las atrocidades cometidas por las SS y la Policía de Seguridad, y por la Wehrmacht alemana, cuya pretensión de poseer un currículum bélico «limpio» ha sido ampliamente desmentida. Pero ser prusiano no era, en absoluto, una precondición para servir entusiásticamente a la causa del régimen. También bávaros, sajones y württembergueses sirvieron con celo y distinción en todas las ramas de actividad del régimen. Los integrantes del batallón de policía que perpetraron fusilamientos masivos de hombres, mujeres y niños judíos, tan angustiosamente documentados en *Hombres corrientes*, de Christopher Browning, no eran prusianos, sino nativos del tradicionalmente liberal, burgués y anglófilo Hamburgo[114]. Los austríacos, esos antípodas históricos y culturales de los prusianos, estaban sorprendentemente sobrerrepresentados en los más altos escalones de la

maquinaría de asesinatos masivos de los nazis; Odilo Globocnik, supervisor de campos de la muerte, Arthur Seyss-Inquart, Reichskommissar para los Países Bajos ocupados, Hans Rauter, de las SS y funcionario de la policía que deportó a 100 000 judíos holandeses al Este, Franz Stangl, comandante de Sobibor (luego trasladado a Treblinka), fueron unos pocos de los austríacos más prominentes implicados en el Holocausto[115]. Tales observaciones no disminuyen de ningún modo el papel desempeñado por los prusianos en las actividades criminales del Tercer Reich, pero destruyen la idea de que los valores o hábitos de pensamiento prusianos eran, en sí mismos, una cualificación especial para un servicio entusiasta.

Los prusianos —y en especial los representantes de las élites tradicionales prusianas— figuran también de manera prominente en las filas de la resistencia conservadora nacional alemana. Muchas de las viejas familias pietistas pomeranias —entre ellas los Thadden, Kleist y Bismarck— apoyaron a la Iglesia de la Confesión, que surgió para resistir al intento del régimen de recomponer a la cristiandad alemana[116]— La resistencia militar activa fue, sin duda, insuficiente para involucrar a muy pequeñas fracciones bajo las armas. De todos modos, es significativo que de los conspiradores del 20 de julio, dos tercios provenían del ambiente prusiano, y muchos de viejas y notables familias de militares. Entre los detenidos inmediatamente después del atentado fracasado contra la vida de Hitler estaba el expresidente delegado de la policía de Berlín, Fritz-Dietlof von der Schulenburg, descendiente de una familia cuyos hijos habían servido durante siglos como oficiales del ejército de Brandemburgo-Prusia. Otro fue el jurista y oficial, conde Yorck von Wartenburg, descendiente directo del Yorck que había marchado en dirección a los rusos en Tauroggen en diciembre de 1812. El mariscal de campo Erwin von Witzleben, otro prominente conspirador prusiano, era el retoño de una vieja familia de militares del este del Elba que había sido elegida por los conspiradores para que asumiese el mando supremo de la Wehrmacht tras el asesinato de Hitler. Fue detenido el 21 de julio y sometido a semanas de torturas y humillaciones a manos de la Gestapo. El 7 de agosto de 1944, mostrando todavía las marcas del maltrato, fue llevado ante el Tribunal del Pueblo, ante el cual estuvo de pie, sujetándose los pantalones sin cinturón y soportando los insultos de Roland Freisler, el patibulario juez de Hitler. Fue ahorcado en las instalaciones para ejecuciones de Plotzensee, al día siguiente[117].

59. La deportación de los judíos de Memel, en lo que había sido en otros tiempos la Lituania prusiana. En su campaña de asesinatos de los judíos alemanes y europeos, el régimen nazi destruyó un componente muy característico de la herencia prusiana.

Ninguna unidad de la Wehrmacht alemana estuvo implicada más profundamente en las actividades de resistencia que el Regimiento de Infantería IX de Potsdam, un regimiento prusiano tradicional (era el sucesor oficial del I Regimiento de Guardias a Pie) con fuertes nexos con la Iglesia de la Guarnición de Potsdam. Fue el regimiento del comandante general Henning von Tresckow el que, en marzo de 1943, escondió un paquete de explosivos en el avión en el que viajaba Hitler de vuelta a Berlín (el paquete no llegó a explotar y fue recuperado sin incidentes al final del viaje). Tras colaborar estrechamente con Stauffenberg y los otros conspiradores militares, Tresckow se mató haciendo estallar una bomba de mano el 21 de julio de 1944. El capitán Axel Freiherr von dem Bussche del IX Regimiento decidió atarse explosivos al cuerpo y acabar con Hitler en un atentado suicida durante una presentación de los nuevos uniformes, en 1943, pero su oficial superior en el Frente del Este no le dio permiso para asistir. El teniente Ewald von Kleist-Schmenzin aceptó ocupar el lugar de Von dem Bussche, pero la presentación planeada fue cancelada y nunca más hubo una oportunidad. Otros oficiales

del IX Regimiento se implicaron directamente en el complot de julio, incluido el hijo del exjefe de Estado Mayor Ludwig Freiherr von Hammerstein-Equord, el capitán Hans Fritzsche de la Reserva de Potsdam y el teniente Georg Sigismund von Oppen, cuya familia poseía una hacienda en Altfriedland, a 50 kilómetros al este de Berlín. Hammerstein-Equord, Oppen y Fritzsche volvieron al cuartel de su regimiento a tiempo para huir y sobrevivieron a las represalias que siguieron al intento de asesinato, en gran parte porque Fritz-Dietlof von der Schulenburg se negó, incluso bajo tortura, a revelar los nombres a la Gestapo. Varios otros miembros del regimiento fueron ejecutados o se suicidaron durante la oleada de represión que siguió al fracaso del complot de julio[118].

Los motivos para la resistencia fueron variados. Muchos de los personajes clave habían pasado por una fase de infatuación respecto al movimiento de Hitler e incluso se vieron implicados en sus crímenes. A muchos les repugnaban los asesinatos masivos de judíos, polacos y rusos, otros tenían reservas religiosas; algunos buscaban la restauración de la monarquía, aunque no necesariamente de Guillermo II, cuya huida a los Países Bajos no se había olvidado ni perdonado. Los asuntos prusianos se insinuaban en la resistencia en numerosos niveles. El Círculo Kreisau, por ejemplo, una red de resistentes civiles y militares en su mayoría conservadores que se centraban en la hacienda de Moltke en Kreisau, Silesia, eran escépticos respecto a las virtudes de la democracia (que, como ellos creían, había fracasado en proteger a Alemania contra la llegada de Hitler) y deseaban una cámara alta no electa con el viejo Landtag prusiano como modelo de una alternativa autoritaria a la política parlamentaria moderna[119]. Muchos de los resistentes se aferraban a la idea de Prusia como el mejor de los mundos perdidos, cuyas tradiciones estaban siendo pervertidas por los capataces del Tercer Reich. «La verdadera prusianidad no puede separarse nunca del concepto de libertad», decía Henning von Tresckow en una reunión familiar cuando sus dos hijos fueron confirmados en la Iglesia de la Guarnición en la primavera de 1943. Desconectados de los imperativos de «libertad», «comprensión» y «compasión», temía que los ideales de Prusia de autodisciplina y cumplimiento del deber pudieran degenerar y convertirse en «una soldadesca irresoluta y estrecha intolerancia[120]».

La imaginación histórica de la resistencia de la élite prusiana estaba anclada a la memoria mítica de las guerras de liberación. La figura de Yorck, que corrió el riesgo de ser acusado de engaño y traición por marchar por la nieve hacia las líneas rusas en Tauroggen, era un ejemplo recurrente[121]. Cari

Goerdeler, quizá el más importante asociado civil a la resistencia militar, redactó un memorando animando al ejército a levantarse contra Hitler en el verano de 1940, y terminaba el documento con una extensa cita de una carta del barón Stein del 12 de octubre de 1808 que urgía a Federico Guillermo III a descubrir su juego contra Napoleón: «Si nada salvo la desgracia y el sufrimiento pueden esperarse, entonces es mejor tomar una decisión que sea honorable y noble y que ofrezca alivio y consuelo, si las cosas han de acabar mal[122]». En años posteriores comparaba las derrotas en el Norte de África y de Stalingrado con los saludables desastres de Jena y Auerstadt[123]. Un ejemplo particularmente sorprendente nos viene del intercambio entre el resistente Rudolf von Gersdorff, autor de un intento abortado de lanzar una bomba contra Hitler en la primavera de 1943, y el mariscal de campo Erich von Manstein. Cuando Manstein reprochaba a Gersdorff sus puntos de vista sediciosos, recordándole que los mariscales de campo prusianos no se amotinaban, Hersdorff citó la deserción de Yorck en Tauroggen[124].

Para los resistentes Prusia se convirtió en una patria virtual, el punto focal del patriotismo que no hallaba referencia ninguna en el Tercer Reich. El carisma de esta Prusia mítica no se había perdido en cuanto a los no-prusianos que se movían en los círculos resistentes. El sodaldemócrata Julius Leber, un alsaciano que se había criado en Lübeck y que fue ejecutado el 5 de enero de 1945 por su participación en la conspiración contra Hitler, estaba entre aquellos que miraban atrás con admiración los años en que Stein, Gneisenau y Scharnhorst restablecieron el estado «en la conciencia de libertad del ciudadano[125]». Existió una poderosa polaridad entre la Prusia de la propaganda nazi y la de la resistencia civil y militar. Goebels utilizó temas prusianos para introducir la primacía de la lealtad, obediencia y voluntad como apoyos indispensables en la épica lucha de Alemania contra sus enemigos. Los resistentes, por el contrario, insistieron en que estas virtudes prusianas secundarias no merecían la pena en cuanto se las separaba de sus raíces éticas y religiosas. Para los nazis, Yorck era el símbolo de una Alemania oprimida que se levanta contra la «tiranía» extranjera —para los resistentes representaba un sentido del deber transcendental que incluso, en ciertas circunstancias, podía articularse como un acto de traición—. Nosotros, de forma natural, consideramos mejor uno de estos mitos prusianos que el otro. Con todo, ambos son selectivos, talismánicos e instrumentales. Precisamente porque se había convertido en algo tan abstracto, tan ajado, la «prusianidad» quedaba libre. No fue una identidad, ni siquiera una memoria. Se había convertido en un catálogo de atributos míticos separados del cuerpo,

cuyo significado histórico y ético estaba, y seguiría estando, sometido a discusión.

Los exorcistas

Al final, prevaleció la visión nazi de Prusia. Los aliados occidentales no necesitaron ser convencidos de que el nazismo era simplemente la última manifestación del prusianismo. Aquellos podían servirse de una tradición intelectualmente formidable de antiprusianismo que se remontaba a los años del comienzo de la Primera Guerra Mundial. En agosto de 1914, Ramsay Muir, conocido activista liberal y catedrático de historia moderna de la Universidad de Manchester, publicó un estudio, muy leído, en el que pedía examinar el «trasfondo histórico» del conflicto en curso. «Es el resultado», escribía Muir, «de un veneno que había estado actuando en el sistema europeo durante más de dos siglos, y la fuente de este veneno es Prusia[126]». En otro estudio publicado en los primeros tiempos de la guerra, William Harburt Sawson, un publicista socioliberal y uno de los comentaristas más influyentes de la historia y de la política alemana en la Gran Bretaña de los primeros años del siglo XX, indicó la influencia militarizante del «espíritu prusiano» en el seno de la por otra parte afable nación alemana: «este espíritu ha sido siempre un elemento duro y no maleable de la vida alemana; es todavía el nudo en el roble, el nódulo en la suave arcilla[127]».

Denominador común de muchos análisis era la noción de que, en realidad, había dos Alemanias, la Alemania liberal, amable y pacífica del sur y del oeste y la Alemania reaccionaria, militarista del noreste[128]. Las tensiones entre ambas, se decía, quedaron sin solución en el imperio fundado por Bismarck en 1871. Uno de los más elaborados e influyentes analistas iniciales de este problema fue el sociólogo estadounidense Thorstein Veblen. En un estudio sobre la sociedad industrial alemana publicado en 1915 y reimpreso en 1939 Veblen afirmaba que un proceso de modernización descompensado había distorsionado la cultura política alemana. El «modernismo» había transformado la esfera de la organización industrial, pero había fracasado en llevar a cabo «una acomodación igualmente segura y perturbadora en el tejido del cuerpo político». La razón de esto, diagnosticaba Veblen, residía en la supervivencia de un «estado territorial» prusiano esencialmente premoderno. La historia de este estado, sugería, representaba una carrera de un agresivo belicismo más o menos ininterrumpido. La consecuencia de esto fue una

cultura política de extremo servilismo, pues «la búsqueda de la guerra, al ser un ejercicio de seguimiento de un líder y de ejecución de órdenes arbitrarias, lleva a un ánimo de subordinación entusiasta y de incuestionable obediencia a la autoridad». En un sistema así, el apoyo de un sentimiento popular leal puede mantenerse solamente por medio de una «incesante habituación [y] disciplina sagaz e implacablemente dirigida a este fin», y «por un sistema de vigilancia burocrática e implacable interferencia en la vida privada de los súbditos[129]».

El trabajo de Veblen era ligero en cuanto a datos empíricos y en pruebas concluyentes, pero no carecía de elaboración teórica. Aspiraba no solo a describir, sino también a explicar la supuesta deformación de la cultura política prusiano-alemana. Se veía apoyado, además, por una concepción implícita de lo «moderno» a la luz de qué Prusia podía ser considerada arcaica, anacrónica, o parcialmente modernizada. Es sorprendente cómo gran parte de la substancia de la tesis del «camino especial» que llegó a predominar en los escritos históricos alemanes de finales de los años 1960 y 1970 ya había sido anticipada en el trabajo de Veblen. Y esto no es casualidad; Ralf Dahrendorf, cuyo estudio sinóptico *Sociedad y democracia en Alemania* (1968) fue uno de los textos fundamentales de la escuela crítica, se inspiró en gran medida en el trabajo del sociólogo americano[130].

Incluso los más bien poco refinados escritos que pasan por análisis históricos de la Alemania moderna durante la Primera Guerra Mundial con frecuencia conservaron un sentido de perspectiva histórica, en vez de establecer generalizaciones sobre el «carácter nacional» alemán. Desde el siglo XVII, observaba un escritor en 1941, el «antiguo espíritu de conquista alemán» había sido «desarrollado deliberadamente cada vez más y según unas líneas de conducta de esa mentalidad que se conoce por “prusianismo”». La historia de Prusia había sido «un período casi ininterrumpido de rotunda expansión, bajo el dominio de hierro del militarismo y del oficialismo absolutista». Bajo un duro régimen de educación obligatoria, en la que los enseñantes eran reclutados en las filas de los exsuboficiales, a los jóvenes se les instilaba «la típica obediencia prusiana». A los rigores de la vida escolar seguía un prolongado período en los barracones del servicio militar activo. Era aquí donde «la mente alemana recibía la última mano de barniz. Todo lo que no había sido hecho por la escuela se terminaba en el ejército[131]».

En la mente de muchos contemporáneos, el nexo entre el «prusianismo» y el nazismo era obvio. El emigrado alemán Edgar Stern-Rubarth describía a Hitler —dejando a un lado el origen austríaco del dictador— como «el

archiprusiano» y afirmaba que «toda la estructura de su Reich soñado» se basaba no solo en los logros materiales del estado prusiano, sino «incluso más en los fundamentos filosóficos del prusianismo[132]». En un estudio sobre la planificación industrial alemana publicado en 1943 Joseph Borkin, funcionario estadounidense que había colaborado en la preparación del caso contra el gigantesco *trust* químico LG. Farben, de Núremberg, observaba que la evolución política de los alemanes se había visto retardada desde hacía mucho tiempo por una clase dominante de junkers prusianos que «nunca habían sido desalojados por el cambio social» y concluía que la «Weltanschauung prusiana de la hegemonía mundial política y económica es la fuente de la que fluyen el imperialismo de los Hohenzollern y el nacionalsocialismo». Como muchos de estos textos, este libro recurre a la tradición de los comentarios críticos alemanes de la historia prusiana y de la cultura política alemana de manera más general[133].

Sería difícil exagerar la fuerza de este escenario de ansia de poder, servilismo y arcaísmo político sobre la imaginación de los políticos más involucrados en el destino de la Alemania posbélica. En un discurso de diciembre de 1939, el secretario de exteriores británico, Anthony Eden, observaba que «Hitler no es tan único como parece. Es simplemente la última expresión del espíritu prusiano de dominación militar». El *Daily Telegraph* publicaba un debate sobre el discurso bajo el título «El gobierno de Hitler está en la tradición de la tiranía prusiana» y hubo comentarios afirmativos en todos los tabloides[134]. El día de la invasión alemana de la Unión Soviética en 1941, Winston Churchill dijo unas memorables palabras sobre «el terrible ataque» de la «máquina de guerra» nazi «con sus oficiales prusianos, esos *dandies* con sus sonidos metálicos y sus taconeos» y «las masas obtusas, amaestradas y embrutecidas de esos soldados hunos que avanzan pesadamente como un enjambre de reptantes langostas[135]». En un artículo para el *Daily Herald* de noviembre de 1941, Ernest Bevin, ministro de Trabajo en el Gabinete de Guerra de Churchill, declaraba que la preparación de Alemania para la presente guerra había comenzado mucho tiempo antes de la llegada de Hitler. Incluso si «nos libramos de Hitler, Goering y otros», avisaba Bevin, el problema alemán quedaría sin resolverse. «Es del militarismo prusiano, con su terrible filosofía, del que hay que liberar a Europa para siempre[136]». A esto seguía que la derrota del régimen nazi como tal no bastaba para llevar la guerra a un final satisfactorio.

En un trabajo presentado al consejo de ministros en el verano de 1943, el líder laborista y primer ministro delegado, Clement Attlee, advertía

apasionadamente respecto a la noción de que sería posible, tras el colapso del régimen, tratar con alguna forma de gobierno sucesor en Alemania con las élites tradicionales de la sociedad alemana. El «verdadero elemento agresivo» de la sociedad alemana, afirmaba, era la clase de los junkers prusianos, y el principal peligro residía en la posibilidad de que esta clase, que se había aliado con los dueños de la industria pesada en Westfalia, pudiese deponer a los dirigentes nazis y presentarse ante los aliados como el gobierno sucesor dispuesto a establecer términos de paz. El error de 1918 había sido permitir que tales elementos permaneciesen como un bastión contra el bolchevismo. Esto no volvería a ocurrir. Solo la «liquidación de los junkers como clase», afirmaba Attlee, erradicaría «el virus prusiano[137]».

Para el presidente Roosevelt, asumir que Prusia era históricamente el origen del militarismo y de las agresiones alemanas jugó un papel central en su concepción de la política hacia Alemania. «Este es un asunto que quiero dejar perfectamente claro», dijo ante el Congreso el 17 de septiembre de 1943. «Cuando Hitler y los nazis se vayan, la camarilla militar prusiana deberá irse con ellos. Los grupos belicistas deben ser expulsados de Alemania […] si queremos tener alguna garantía segura sobre una futura paz[138]». La memoria de 1918, cuando Wooddrow Wilson se había negado a parlamentar con «los amos militares y los autócratas monárquicos de Alemania» seguía viva todavía[139]. Con todo, el sistema militar que había sustentado el esfuerzo de guerra alemán en 1914-1918 había sobrevivido a las privaciones infligidas por la Paz de Versalles, para lanzar una nueva campaña de conquistas solo dos decenios más tarde. Para Roosevelt (como para Attlee), se derivaba de todo esto que las autoridades militares prusianas tradicionales eran una amenaza no menor para la paz de lo que eran los nazis. Así, pues, no habría ningún armisticio negociado con el mando militar, incluso en la eventualidad de que el régimen nazi fuese depuesto desde dentro o se hundiese. En este sentido, la idea de «prusianismo» hizo una contribución importante a la política de rendición incondicional adoptada por los aliados en la Conferencia de Casablanca en enero de 1943[140].

Entre los aliados, solo los soviéticos siguieron siendo conscientes de la tensión entre la tradición prusiana y el régimen nacionalsocialista. Mientras que la conspiración de julio de 1944 provocó pocos comentarios positivos entre los políticos occidentales, los medios de comunicación oficiales soviéticos hallaron palabras de aprecio para los conspiradores[141]. La propaganda soviética, al contrario que la de las potencias occidentales, explotó sistemáticamente los temas prusianos. El Comité Nacional para una

Alemania Libre, creado como vehículo de propaganda en 1943 y formado por oficiales alemanes capturados, apelaba explícitamente a la memoria de los reformadores prusianos, sobre todo de Gneisenau, Stein y Clausewitz, todos los cuales habían dimitido de sus responsabilidades prusianas durante la ocupación francesa y se habían unido al ejército del zar. Yorck, el hombre que había ignorado la orden de su soberano para marchar a través del hielo hacia las líneas rusas en 1812, ocupaba, por supuesto, un lugar destacado[142].

Todo esto era música celestial, naturalmente, aunque también reflejaba una perspectiva específicamente rusa de la historia prusiana. La historia de las relaciones entre ambos estados no era una crónica de insalvable odio mutuo. El héroe de Stalin, Pedro el Grande, había sido un ferviente admirador de la Prusia del Gran Elector, cuyas innovaciones administrativas sirvieron de modelo para sus propias reformas. Rusia y Prusia habían cooperado estrechamente en la partición de Polonia y la alianza rusa fue crucial para la recuperación de Prusia contra Napoleón en 1812. Las relaciones habían seguido siendo cálidas tras las guerras napoleónicas, cuando la unión diplomática de la Santa Alianza se vio reforzada por el matrimonio de la hija de Federico Guillermo III, Charlotte, con el zar Nicolás I. Los rusos habían apoyado a Austria en la lucha dual de 1848-1850, pero habían favorecido a Prusia con una política de benévola neutralidad durante la guerra de 1866. La ayuda dada a los acosados bolcheviques en 1917-1918 y la estrecha colaboración militar entre la Reichwehr y el Ejército Rojo en los años de Weimar eran recuerdos mucho más recientes en su larga historia de interacción y cooperación.

Con todo, nada de esto evitó que Prusia fuese disuelta a manos de los aliados victoriosos. En el otoño de 1945 se dio un consenso entre los distintos órganos británicos implicados en la administración de la Alemania ocupada que (en una formulación eficazmente redundante) «el cuerpo moribundo de Prusia» debe ser «muerto finalmente[143]». La continuación de su existencia constituiría un «peligroso anacronismo[144]». En el verano de 1946 esto fue un asunto de política firme para la administración británica en Alemania. Un memorando del 8 de agosto de 1946 de un miembro de la Autoridad de Control Aliada en Berlín planteó el caso contra Prusia sucintamente:

> No es necesario indicar que Prusia ha sido una amenaza para la seguridad Europea en los últimos doscientos años. La supervivencia del estado de Prusia, aunque sea solo de nombre, proporcionaría una base para cualquier forma de reclamación irredentista que el pueblo alemán pudiera querer plantear más adelante, reforzaría las ambiciones militaristas alemanas e impulsaría el resurgir de una Alemania autoritaria, centralizada, que es vital prevenir en el interés de todos[145].

Las delegaciones estadounidense y francesa apoyaron ampliamente este punto de vista; solo los soviéticos se hicieron los remolones, sobre todo debido a que Stalin quería todavía utilizar a Prusia como centro de una Alemania unificada con cuyo control acabaría haciéndose la Unión Soviética. Pero para comienzos de febrero de 1947 había sido puesto al paso y quedaba abierta la puerta al fin legal del estado prusiano.

Entre tanto, la extirpación de Prusia en calidad de medio social ya estaba bastante avanzada. El Comité Central del Partido Comunista de Alemania, en la zona de ocupación soviética, anunciaba en agosto de 1945 que «los amos feudales del estado y la casta de los junkers siempre habían sido los portadores del militarismo y del chovinismo» (una fórmula que entraría a formar parte del texto de la Ley n.° 46 del Consejo de Control Aliado). La supresión del poder «socioeconómico» era así la primera y fundamental precondición para la «extirpación del militarismo prusiano». A esto siguió una oleada de expropiaciones. No se tomó nota de la orientación política de los propietarios, o de su papel en las actividades de resistencia. Entre aquellos cuyas haciendas fueron confiscadas estaba Ulrich-Wilhelm, conde Schwerin von Schwanenfeld, que había sido ejecutado el 21 de agosto de 1944 por su participación en la conspiración de julio[146].

Estas transformaciones se llevaron a cabo sobre un trasfondo de la mayor oleada migratoria de la historia de los asentamientos alemanes en Europa. En los últimos días de la guerra, millones de prusianos huyeron hacia el oeste desde las provincias orientales huyendo ante el avance del Ejército Rojo. Entre los que se quedaron, algunos se suicidaron, otros fueron muertos, o murieron por la escasez, el frío o por enfermedades. Los alemanes fueron expulsados de Prusia Oriental, Prusia Occidental, Pomerania oriental y Silesia, y cientos de miles murieron en el proceso. La emigración y el reasentamiento continuaron en los años 1950 y 1960. El saqueo o el incendio de las casas del este del Elba marcaron el fin no solo de la élite socioeconómica, sino también de una cultura característica y modo de vida. Finckenstein, con sus recuerdos napoleónicos, Beynuhnen con su colección de antigüedades, Waldburg con su biblioteca rococó, Blumberg y Gross Wohnsdorff con sus memorias de los ministros liberales Von Schön y Von Schroetter fueron algunos de los muchos lugares del país que fueron saqueados y vaciados por un enemigo decidido a borrar la última huella de la colonización alemana[147]. Así, los prusianos, o al menos sus descendientes de mediados del siglo XX, acabaron pagando un alto precio por la guerra de exterminio que la Alemania de Hitler desencadenó en la Europa oriental.

La purga de Prusia de la conciencia colectiva de la población alemana comenzó ante del fin de la guerra con un masivo ataque aéreo sobre la ciudad de Potsdam. Como lugar histórico con escaso interés estratégico o industrial, Potsdam estaba en puestos muy bajos de la lista de blancos aliados y no había sufrido grandes bombardeos durante la guerra. Sin embargo, al final de la tarde del sábado 14 de abril de 1945, 491 aviones del Mando de Bombardeo británico soltaron su carga explosiva sobre la ciudad, convirtiéndola en un mar de fuego. Al menos la mitad de los edificios históricos del centro antiguo fueron borrados con un bombardeo que duró solo media hora. Cuando se extinguió el fuego y el humo se disipó, la torre quemada de 57 metros de altura de la Iglesia de la Guarnición permaneció como punto dominante en un paisaje urbano de ruinas. Del afamado carillón, famoso por la interpretación de los autómatas de la «Leuthe Chorale», quedaba tan solo un trozo de metal. La destrucción continuó después de 1945, cuando distritos enteros de la ciudad antigua fueron despejados para dejar sitio a las reconstrucciones del régimen socialista. Los imperativos de la planificación urbana posbélica se vieron reforzados por la iconoclastia antiprusiana de las autoridades comunistas[148].

60. Berlín Este, 1950: cinco años después del final de la Segunda Guerra Mundial, la cabeza y el torso de la estatua caída del káiser Guillermo I descansa cerca de restos de su caballo.

En ningún lugar fue la ruptura con el pasado más generalizada que en Prusia Oriental. La porción nororiental de la provincia, incluida Königsberg, pasó a la Rusia soviética como botín de guerra. El 4 de julio de 1946 la ciudad fue rebautizada Kaliningrado por el apellido del más fiel hombre de confianza de Stalin, y el distrito sovietizado entorno a ella se denominó Kaliningrádskaya óblast. La ciudad había sufrido mucho los combates de los últimos meses de la guerra, y durante los primeros años de posguerra siguió siendo un paisaje lunar lleno de ruinas. «¡Qué ciudad!», declaraba en 1951 un visitante ruso. «El tranvía nos lleva por las desiguales y estrechas calles de la un tiempo Königsberg. "Un tiempo" porque Königsberg es realmente una ciudad de otro tiempo. Ya no existe. Durante kilómetros en todas direcciones, es un inolvidable paisaje de ruinas. La antigua Königsberg es una ciudad muerta[149]». En su mayoría los edificios históricos del centro antiguo están deshechos y derrumbados en un intento de borrar la memoria de su historia. En algunas calles solo las letras latinas grabadas en las tapas de los registros de acero del sistema de alcantarillado de finales del siglo XIX sobreviven para recordar a los transeúntes otra vieja historia. En torno a la devastación, va tomando forma una nueva ciudad soviética, monótona y provinciana, separada del mundo por una zona de exclusión militar.

61. Captura de Königsberg por las tropas soviéticas, 1945.

También en las zonas de ocupación occidentales la labor de borrado procedía rápidamente. Los políticos y comentaristas franceses hablaban en los primeros años de la posguerra de la necesidad de una *«déprussification»* total[150]. Los paneles del relieve de bronce de la base de la Columna de la Victoria, erigida en 1873 para celebrar el triunfo de las armas prusianas sobre

los daneses, los austríacos y los franceses en las guerras de la unificación alemana, fueron arrancados por las fuerzas de ocupación francesas y enviados a París. Se trasladaron de nuevo a Berlín solo con ocasión de las celebraciones por el 750 aniversario de la ciudad en 1986. Y una suerte aún más emblemática esperaba a las figuras colosales que representaban a dirigentes históricos de la Casa de los Hohenzollern que tiempo atrás estaban alineadas en la Siegesallee. Estos objetos —ampulosas masas de piedra blanca esculpida— fueron trasladados por las autoridades nazis a la Grosse Sternallee, uno de los ejes de la futura capital del Reich planeada por Albert Speer, el inspector jefe de Construcciones de Hitler. Aquí pasaron la guerra cubiertos por redes de camuflaje. En 1947 fueron demolidos por orden del Consejo de Control Aliado de Berlín. En 1954 fueron enterrados en secreto en el suelo arenoso de Brandemburgo, como si fuese necesario evitar que los alemanes se reagrupasen para la batalla alrededor de sus tótems prusianos ancestrales[151].

62. Unos trabajadores entierran la estatua de los antepasados de los Hohenzollern en los jardines del Palacio de Bellevue, 1954.

Tales impulsos se materializaron en la esfera de la política de reeducación de las zonas ocupadas. Aquí, el objetivo era eliminar a Prusia como

«construcción mental», «desprusianizar» la imaginación alemana. Los aliados nunca se pusieron de acuerdo sobre lo que esto quería decir en la práctica, y ninguna de las administraciones de zona lo definió nunca concretamente, pero la idea tuvo su influencia, pese a todo. A Prusia se le quitó importancia en la enseñanza de la historia alemana. En la zona francesa en particular, los libros de texto tradicionales que programaban una narrativa nacionalista teleológica que culminaba en la formación del Imperio de Bismarck de 1871, dio paso a narrativas centradas en la historia prenacional de Alemania y en sus múltiples nexos con el resto de Europa (especialmente con Francia). Las crónicas de las batallas y de la diplomacia que eran la materia de la antigua historia prusiocéntrica dieron lugar al estudio de las regiones y culturas. Donde no podían evitarse las referencias a Prusia, solía dárseles un marcado giro negativo. En los libros de texto de la zona francesa, Prusia figuraba como un poder voraz, reaccionario, que había aplastado los efectos beneficiosos de la Revolución francesa y destruido las raíces de la Ilustración y de la democracia en Alemania. Bismarck, en particular, emergía de este proceso de reorientación con su reputación en ruinas[152]. Federico el Grande, asimismo, fue retirado de su privilegiada posición en la memoria pública, pese a los grandes esfuerzos del historiador conservador Gerhard Ritter para rehabilitarlo como gobernante ilustrado[153]. La política aliada tuvo éxito precisamente porque coincidían con tradición alemana, de cosecha propia (en especial renana y suralemana católica), de antipatía hacia Prusia.

Además, tales intentos se vieron reforzados por los nuevos imperativos geopolíticos globales que gobernaban la política alemana tras el establecimiento de dos estados separados en 1949. La República Federal Alemana y la República Democrática Alemana estaban a un lado y a otro del Telón de Acero que dividía los mundos capitalista y comunista. Mientras que Konrad Adenauer, el primer canciller de la República Federal, siguió una política de compromiso sin condiciones con Occidente, el vecino oriental comunista se convirtió en una dependencia política de Moscú, un «homúnculo de la probeta soviética». Bajo la presión de la partición, que parecía ser una característica permanente del mundo de posguerra, el pasado prusiano se retiró del horizonte de la memoria pública. Mientras Berlín, convertida en una isla metida profundamente en la república oriental, adquirió una identidad nueva y carismática. En 1949, cuando los soviéticos bloquearon el envío de suministros a la zona de la ciudad ocupada por los occidentales, los aliados rompieron el asedio con un puente aéreo masivo. En todo el mundo occidental hubo una manifestación de solidaridad con el puesto avanzado acosado. Fue

un primer paso crucial hacia la rehabilitación de Alemania Occidental como miembro de la comunidad internacional. La importancia de la ciudad se vio ulteriormente incrementada por la construcción del Muro de Berlín en agosto de 1961, un monumento espectacular a la polaridad de la Guerra Fría. En los años 1960 y 1970, Berlín Occidental evolucionó hasta convertirse en el botón de muestra de la libertad y del consumismo occidental, un vibrante enclave amurallado con bares con neón y bailarinas, alta cultura y fermento político. Ya no pertenecía a Prusia, ni siquiera a Alemania, sino al mundo occidental —condición memorablemente sintetizada por la declaración del presidente John F. Kennedy durante una visita a la ciudad el 26 de junio de 1963, de que él, también, era «ein Berliner» [un berlinés].

De nuevo Brandemburgo

En un brillante ensayo de 1894, el celebrado novelista prusiano Theodor Fontane, entonces ya viejo, recordaba la ocasión de su primera composición literaria. La memoria lo condujo hacia atrás seis decenios, al año 1833, cuando era un escolar de catorce años, que vivía con un tío en Berlín. Era una cálida tarde de un domingo de agosto. Fontane decidió dejar para más tarde sus deberes, una composición de alemán «sobre un tema elegido por él», y visitar a amigos de la familia en el pueblo de Löwenbruch, a unos cinco kilómetros al sur de Berlín. Hacia las tres de la tarde había llegado a la Puerta de Halle, a los límites de la ciudad. De aquí la carretera iba hacia el sur por la amplia meseta de Teltow a través de Kreuzberg y Tempelhof, en dirección a Grossbeeren. Al llegar a las afueras de Grossbeeren, Fontane se sentó al pie de un chopo para descansar. Ya era casi al atardecer y se veían retazos de niebla por encima de los campos recién arados. Lejos, carretera abajo, podía ver el terreno elevado del cementerio de Grossbeeren y la torre de la iglesia de la localidad brillando por los rayos del sol que se ponía.

Mientras estaba sentado presenciando esta pacífica escena, Fontane se puso a pensar en los acontecimientos que se le revelaban precisamente en este lugar, casi exactamente el mismo en el que veinte años atrás, en el momento culminante de las guerras contra Napoleón, el general Bülow y sus prusianos, la mayoría hombres de la Landwehr, habían atacado a las fuerzas francesas y sajonas al mando del general Oudinot, impidiéndoles el acceso a Berlín y dando la vuelta a la campaña de verano de 1813. Fontane poseía solo un conocimiento esquemático escolar de la batalla, pero lo que él recordó fue

suficiente para embellecer el paisaje con vibrantes *tableaux vivants* [cuadros vivos] del pasado. Instado por su oficial al mando a retirarse detrás de la capital y esperar allí el avance francés, Bülow se negó, diciendo que «prefería ver cómo blanqueaban los huesos de sus milicianos delante de Berlín que detrás». A la derecha de donde estaba sentado Fontane había una colina baja donde había un molino cuyas aspas giraban; fue aquí donde el príncipe de Hessen-Homburg, «como su antepasado antes que él en Fehrbellin», había conducido unos pocos batallones de milicianos de Havelland contra las posiciones francesas. Aún más vivida que todo esto era una historia que su madre le repetía desde su primera infancia, un «hecho pequeño» que había pasado al acervo familiar. Emilie Labry (luego Fontane) provenía de la colonia hugonote francófona de Berlín. El 24 de agosto de 1813, a la edad de quince años, se encontraba entre las mujeres y muchachas que salieron de la ciudad a cuidar de los heridos que permanecían todavía en el campo al día siguiente de la batalla. El primer hombre con el que se topó fue un francés mortalmente herido al que le quedaba «apenas un hálito en su cuerpo». Al oír que se lo interpelaba en su propia lengua, se sentó «como si se hubiera transfigurado», agarrando la jarra de vino de ella con una mano y la muñeca de la mujer con la otra. Pero antes de poder llevarse el vino a los labios, había muerto. Mientras yacía esa noche bajo sus mantas en Löwenbruch, Fontane supo que había encontrado su argumento. El tema de la composición escolar sería la batalla de Grossbeeren**[154]**.

Este pasaje ¿era sobre Prusia, o era sobre Brandemburgo? Fontane recordaba una narrativa histórica prusiana reconocible (aunque soló por fragmentos), pero la inmediatez de la memoria deriva de lo íntimo del escenario local: campos roturados, el chopo, una pequeña colina, la torre de una iglesia que brilla a los rayos del sol de poniente. Era el paisaje de Brandemburgo el que abría las puertas de la memoria del pasado prusiano. Una intensa conciencia del lugar era una de las características de los trabajos de Fontane como escritor. El paseo a Grossbeeren de 1833 fue el prototipo —como afirmó luego— de la narrativa de las excursiones provinciales que luego se convertiría en un género literario. Fontane, hoy, es más conocido por sus novelas —dramas con agudas observaciones de la sociedad del siglo XIX—, pero su trabajo más famoso y alabado a lo largo de su vida fue el homenaje en cuatro volúmenes a su provincia natal conocido por *Paseos por la Marca de Brandemburgo*.

Los *Paseos* son un trabajo como ningún otro. Fontane tomó nota en una larga secuencia de significativas excursiones a través de la Marca y las

entretejió con material extraído de inscripciones y archivos locales. El vagabundeo comienza en el verano de 1859, con dos excursiones a los distritos de Ruppin y Spreewald, y siguió en los años 1860. Publicados inicialmente como artículos en distintos periódicos, los ensayos fueron revisados con posterioridad, organizados por distritos y publicados a partir de los años 1860 en volúmenes encuadernados. Los lectores encontraban una mezcla infrecuente de observaciones topográficas, inscripciones, inventarios y esquemas arquitectónicos, episodios románticos del pasado y trozos de memorias no oficiales espigadas de conversaciones con cocheros, mesoneros, terratenientes, criados, alcaldes de pueblo y trabajadores del campo. Pasajes de suelta prosa descriptiva e irónicas viñetas de la vida de las pequeñas ciudades se entremezclan con escenas de meditación; un cementerio, un apacible lago rodeado de severos árboles, un muro en ruinas cubierto de hierba, niños que corren en el frescor de un campo recién segado. Nostalgia y melancolía, ambas marcas de la sensibilidad literaria moderna, lo impregnan todo. El Brandemburgo de Fontane es un lugar de memoria que reluce entre el pasado y el presente.

Quizá, la cosa más notable de los *Paseos* es su enfoque marcadamente provinciano. A muchos contemporáneos les parecía absurdo, como Fontane bien sabía, dedicar cuatro volúmenes a un viaje documental histórico al Brandemburgo prosaico, monótono, rústico. Pero él sabía lo que estaba haciendo. «Incluso en la arena de la Marca», le dijo a un amigo en 1863, «las fuentes de la vida han fluido y siguen fluyendo por doquier y cada pie cuadrado de terreno posee su historia y la cuenta, también —pero tenemos que querer oír estas voces con frecuencia calladas[155]». Su meta no era abarcar *el grand récit* [gran narración] de la historia prusiana, sino «reanimar los lugares», como decía en una carta de octubre de 1861[156]. Con el fin de hacer esto, tuvo que trabajar a contrapelo, descubriendo las «bellezas ocultas» de su tierra natal suprimiendo los matices de su topografía sin importancia, llevando gradualmente a Brandemburgo de la identidad política de Prusia. La Marca hubo de ser separada de la historia de Prusia con el fin de tener una presencia individualizada[157]. La historia de Prusia aparece en los *Paseos*, pero parece remota, como el rumor de un distante campo de batalla. Son los brandemburgueses, con su mordaz agudeza y la libre cadencia de su habla, los que tienen la última palabra.

Los *Paseos* no pudieron zafarse de las críticas de los pedantes históricos, pero fueron enormemente populares para el público en general y desde entonces ampliamente imitados. Su éxito llama nuestra atención sobre la

duradera fuerza del apego provinciano en las tierras de Prusia. Prusia siguió siendo un conglomerado de provincias, al final de su vida como al principio, cuya identidad fue esencialmente independiente de su ubicación en el seno del conjunto estatal prusiano. Y esto fue más claramente el caso para las provincias de adquisición más reciente. La relación entre la provincia de Renania y Berlín fue un «matrimonio de conveniencia», pese al gobierno relativamente pragmático y flexible de las sucesivas administraciones prusianas[158]. En Westfalia, que no era, estrictamente hablando, una entidad histórica singular sino un rompecabezas de tierras culturalmente diferentes, los últimos años del siglo XIX fueron testigos de un sentimiento intensificado de pertenencia regional, incrementado por polaridades confesionales. En zonas católicas de Westfalia, tales como el obispado de Paderborn, había escaso entusiasmo por la guerra de Prusia contra Francia en 1870, y los voluntarios fueron pocos en el campo de batalla y muchos reclutas huyeron a Holanda para evitar el servicio militar[159]. Por ello, es engañoso hablar de «asimilación» en la provincia de Renania desde 1815; lo que ocurrió, más bien, fue que los territorios occidentales se unieron a la amalgama prusiana, forzando que el estado se constituyese de nuevo. Paradójicamente (y no solo en Renania) la introducción del sistema de gobierno prusiano, con su presidente provincial y sus dietas provinciales, reforzó en realidad el sentimiento de una identidad provincial diferenciada[160].

Tales efectos se vieron intensificados por la expansión territorial de Prusia después de la Guerra de Austria. En las provincias conquistadas muchos acusaron las arbitrarias anexiones de 1866. El problema era especialmente pronunciado en Hanóver, donde la antigua dinastía de los Welf fue depuesta y su riqueza en tierras confiscada por la administración de Bismarck, acto de pillaje y de lesa majestad que quedó atravesado en muchas gargantas conservadoras[161]. Tales preocupaciones hallaron expresión en el Partido Germano-Hanóveriano, que propugnaba la restauración de los Welf, pero que tenía también objetivos conservador-regionalistas más amplios. Los hanoverianos welfistas pudieron acabar convirtiéndose en alemanes entusiastas, pero nunca se convertirían en plenamente prusianos. Sin duda, a los regionalistas welf se les oponía en Hanóver el poderoso movimiento nacional liberal de la provincia, que apoyaba fuertemente al nuevo estado bismarckiano. Pero los nacional liberales, como sugiere su denominación, eran entusiastas de Alemania, más que de Prusia. Dieron la bienvenida a Bismarck como instrumento de una misión alemana, más que específicamente prusiana.

Resultó que la última gran fase de expansión de Prusia coincidió con una intensificación del sentimiento regionalista en toda Alemania. Asociaciones arqueológicas e históricas dirigidas por próceres locales se dedicaron a descubrir la historia lingüística, cultural y política de los numerosos «paisajes» alemanes. En el Schleswig-Holstein esta tendencia se intensificó por la anexión prusiana de 1866: hubo un brote de lealtades regionalistas, no solo entre los «prusianos» hablantes de danés del Schleswig del norte, que nunca se reconciliaron con el nuevo orden y llegaron a la secesión en cuanto se les presentó la ocasión en 1919, sino también entre alemanes étnicos que estaban ligados a la idea de un Schleswig-Holstein como estado autónomo. La mayoría de los diputados que representaban a los ducados en el Reichstag constituyente de la Confederación Alemana del Norte en 1867 eran partidarios de la autonomía regional. Tales aspiraciones adquirieron cierta credibilidad académica gracias a los esfuerzos de la Sociedad para la Historia Patriótica del Schleswig-Holstein-Lauenburg, cuyas clases y publicaciones ponían el acento en los temas regionalistas[162].

Este asunto no debería exagerarse. Los sentimientos regionalistas no significaron ninguna amenaza para la autoridad prusiana. Los habitantes del Schleswig-Holstein podían refunfuñar, pero seguían pagando sus impuestos y cumpliendo su servicio militar. Con todo, la fuerza de las identidades provinciales es significativa. Su importancia reside menos en su potencial político subversivo que en las sinergias que podía desarrollar entre las fidelidades regional y nacional. La moderna ideología popular de la *Heimat* (patria, morada) se mezcló sin costuras con los conceptos culturales y étnicos de una nacionalidad alemana compuesta, superando las supuestas estructuras inorgánicas impuestas del estado prusiano[163]. Prusia, como identidad, se veía erosionada simultáneamente desde arriba (por el nacionalismo) y desde abajo (por el resurgir regionalista). Solo en la Marca de Brandemburgo (y en menor medida en Pomerania) fue evolucionando una identidad regionalista que alimentó directamente una fidelidad hacia Prusia y su misión germánica (aunque no necesariamente hacia Berlín, que muchos veían como un crecimiento urbano extranjero en el paisaje agrario de la Marca).

Con todo, incluso aquí, como el ejemplo de Fontane sugiere, el redescubrimiento de la provincia y su apelación a los sentimientos de sus habitantes podía traer consigo un alejamiento respecto a Prusia. Fontane, considerado con frecuencia un justificador de la «prusianidad», fue, en realidad, profundamente ambivalente respecto al estado prusiano y, en ocasiones, podía ser duramente crítico[164]. «Prusia era una mentira»,

declaraba en la primera frase de un mordaz ensayo que publicó durante las revoluciones de 1848. «La Prusia de hoy no tiene historia[165]». Fontane se contaba entre aquellos que afirmaban —no solo en 1848, sino también después de la fundación del Segundo Imperio en 1871— que la unificación de Alemania debía traer consigo necesariamente el fallecimiento de Prusia[166]. No hacía falta decir que Brandemburgo, cuya particular historia y carácter había documentado tan dolorosamente, sobreviviría a la demolición del estado monárquico que había surgido en su suelo.

La fuerza del apego a las provincias y la correspondiente debilidad de Prusia como lugar de una identidad colectiva siguió siendo una de las más sorprendentes características del futuro del estado desde 1947. Es notable, por ejemplo, la escasa relevancia de Prusia en la retórica oficial de la organización formada en Alemania Occidental tras la Segunda Guerra Mundial para representar los intereses de los 10 millones de personas expulsadas que se vieron forzadas a abandonar las provincias al este del Elba a finales de la Segunda Guerra Mundial. Los refugiados se definían a sí mismos, en general, no como prusianos, sino como prusianos orientales, altos y bajos silesianos, pomeranios; había también organizaciones que representaban a los masurios del distrito meridional de Prusia Oriental, de habla polaca, los salzburgueses de la Lituania prusiana (descendientes de las comunidades protestantes de refugiados provenientes de Salzburgo, que habían sido reasentados en el este prusiano en los primeros años 1730) y varios otros grupos subregionales. Pero ha habido escasas pruebas de una identidad «prusiana» compartida y, sorprendentemente, escasa colaboración e intercambio entre los diferentes grupos. En este sentido el movimiento de los expulsados ha tendido a reflejar el carácter variado y muy regionalizado del antiguo estado prusiano.

Sin lugar a dudas, Prusia fue objeto de un gran interés público en ambas Alemanias de posguerra. Los historiadores oficiales de la República Democrática Alemana (RUDA) pronto abandonaron el antiprusianismo de izquierdas de los antiguos cuadros comunistas y adoptaron a los reformadores militares de la época napoleónica en cualidad de padres de la nueva Policía Popular paramilitar en 1952. En 1953 las autoridades aprovecharon la ocasión del 140 aniversario de la guerra contra Napoleón para lanzar una campaña de propaganda en la que los hechos de 1813 fueron remodelados para servir a los intereses del estado comunista. Naturalmente, el tema de la «amistad ruso-alemana» cobró mucha importancia y 1813 figuraba ahora como un levantamiento «popular» contra la tiranía y la monarquía[167]. La creación de

la prestigiosa Orden de Scharnhorst en 1966 para operaciones del Ejército Nacional Popular, las series de televisión sobre Scharnhorst y Clausewitz a fines de los años 1970, la aparición del innovador *bestseller Federico II de Prusia*, de Ingrid Mittenzwei, en 1979, y recolocación de la espléndida estatua ecuestre del rey, debida a Christian Daniel Rauch, en un lugar importante de la Unter den Linden fueron solo algunos de los jalones de la evolución de una aproximación comprensiva y diferenciada a la historia del estado prusiano. La finalidad —al menos de las autoridades estatales— era remachar la identidad pública de la RDA haciendo suya una versión de la historia y de las tradiciones de Prusia. Como respuesta a estos hechos las autoridades del Berlín Occidental y sus partidarios en la República Federal apoyaron la inmensa exposición sobre Prusia que se inauguró en el Berlín Occidental, en el Edificio Gropius, en 1981. Y, con todo, aun con la controversia y el genuino interés público de ambos lados de la frontera, estas siguieron siendo iniciativas de arriba abajo llevadas a cabo por imperativos de «educación política» y de «pedagogía social». Fueron más bien iniciativas de los estados más que de los pueblos que vivían en ellos.

Pero, mientras que la resonancia emocional de Prusia se desvanecía, los vínculos con Brandemburgo seguían siendo fuertes. Desde 1945 las autoridades de la RDA realizaron un esfuerzo conjunto para borrar las identidades regionales anteriores al estado socialista. Los cinco *Lander* de la zona oriental (que incluían a Brandemburgo) fueron abolidos en 1952 y sustituidos por 14 distritos totalmente nuevos (*Bezirke*). La finalidad no era solo acelerar la centralización de la administración de Alemania del Este, sino también «crear nuevas lealtades populares», para superar las identificaciones regionales tradicionales con «identidades nuevas, socialistas**[168]**». Sin embargo, la supresión de las identidades regionales resultó extraordinariamente difícil. Las ferias, la música, la cocina y las culturas literarias regionales florecieron, pese a la ambivalencia e intermitente hostilidad de la administración central. Los intentos oficiales para impulsar el apego emocional a la recién creada «patria socialista» de los distritos, en 1952, generaron solo un reconocimiento superficial por la mayoría de los alemanes del Este.

La solidez de las afiliaciones tradicionales se hizo evidente en 1990, cuando los distritos fueron abandonados y los antiguos *Lander* fueron restablecidos. El distrito de Perleberg, en el Prignitz, al noreste de Berlín, había formado parte de la Marca de Brandemburgo desde el siglo XIV. En 1952 fue ampliado para abarcar tres aldeas de Mecklenburg e incorporado al

distrito de Schwerin (nombre asociado tradicionalmente no con Brandemburgo sino con su vecino del norte, el ducado de Mecklenburg-Schwerin). En 1990, tras 40 años de exilio en Mecklenburg, la población del distrito de Perleberg tuvo la oportunidad de reafirmar su nexo con Brandemburgo. El 78,5 por ciento de los votantes de Perleberg optaron por volver y el distrito fue transferido sin más a la administración de Brandemburgo. Sin embargo, esto causó consternación a los habitantes de las aldeas de Mecklenburg que habían sido fusionadas con el distrito de Perleberg en 1952. Los hombres y mujeres de Dambeck y Brunow exigieron en voz alta ser retransferidos a su ancestral Mecklenburg. A finales de 1991, tras protestas y negociaciones, su deseo se vio satisfecho. Ahora todo el mundo estaba contento. Es decir, todo el mundo, excepto los habitantes de Klüss, población de unas 150 personas, cuya aldea fue unida oficialmente a Brunow, aunque estaba justo en la antigua frontera con Brandemburgo. Desde el siglo XVIII Klüss había dependido para su sustento de los intercambios a través de la frontera (incluido el lucrativo comercio de contrabando), y sus residentes se mostraban reticentes a romper sus lazos tradicionales con la Marca[169].

Al final, estaba solamente Brandemburgo.

CHRISTOPHER CLARK (Sidney, Australia, 1960). Es catedrático de Historia Moderna europea y Fellow del St. Catharines College de la Universidad de Cambridge. Es autor, entre otros libros, de *The Politics of Conversion. Missionary Protestantism and the Jews in Prussia, 1728-1941*, una biografía del Káiser Guillermo II, y la mundialmente aclamada obra sobre los inicios de la Primera Guerra Mundial, *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*.

Notas

[1] Control Council Law No. 46, 25 febrero y 1947, *Official Gazette of the Control Council for Germany*, No. 14, Berlín, 31 de marzo de 1947. <<

[2] Discurso ante el Parlamento, 21 de septiembre de 1943, Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. 5, *Closing the Ring* (6 vols., Londres, 1952), p. 491. <<

[3] Ludwig Dehio, *Gleichgewicht oder Hegemonie. Betrachtungen über ein Grundproblem der neueren Staatengeschichte* (Krefeld, 1948), p. 223; id., «Der Zusammenhang der preussisch-deutschen Geschichte, 1640-1945», en Karl Forster (coord.), *Gibt es ein deutsches Geschichtsbild?* (Wurzburg, 1961), pp. 65-90. Sobre Dehio y el debate sobre la continuidad prusiano-alemana, v. Thomas Beckers, *Abkehr von Preussen. Ludwig Dehio und die deutsche Geschichtswissenschaft nach* 1945 (Aichach, 2001), esp. pp. 51-59; Stefan Berger, *The Search for Normality. National Identity and Historical Consciousness in Germany since 1800* (Providence, RI, y Oxford, 1997), pp. 56-71; Jürgen Mirow, *Das alte Preussen im deutschen Geschichtsbild seit der Reichsgrundung* (Berlín, 1981), pp. 255-260. <<

[4] Sobre la escuela crítica en general, v. Berger, *Search for Normality*, pp. 65-71. Sobre el *German Sonderweg*: Jürgen Kocka, «German History before Hitler: The Debate about the German *Sonderweg*», *Journal of Contemporary History*, 23 (1988), pp. 3-16. Para una visión crítica: David Blackbourn y Geoff Eley, *The Peculiarities of German History. Bourgeois Society and Politics in Nineteenth-Century Germany* (Oxford, 1984). Para una discusión reciente del caso de una peculiaridad prusiana, v. Hartwin Spenkuch, «Vergleichsweise besonders? Politisches System und Strukturen Preussens als Kern des "deutschen Sonderwegs"» *Geschichte und Gesellschaft*, 29 (2003), pp. 262-293. <<

[5] Como ejemplos de esta literatura, v. Hans-Joachim Schoeps, *Preussen. Geschichte eines Staates* (Fráncfort/Berlín, 1966; reimpr. 1981); Sebastian Haffner, *Preussen ohne Legende* (Hamburgo, 1978); Gerd Heinrich, *Geschichte Preussens. Staat und Dynastie* (Fráncfort, 1981). Comentario sobre esta tendencia: Ingrid Mittenzwei, «Die zwei Gesichter Preussens» en *Forum 19* (1978); reimpr. en *Deutschland-Archiv*, 16 (1983), pp. 214-218; Hans-Ulrich Wehler, *Preussen ist wieder chic. Politik mid Polemik in zwanzig Essays* (Fráncfort del Meno, 1983), espec. cap. 1; Otto Busch (coord.), *Das Preussenbild in der Geschichte. Protokoll eines Symposions* (Berlín, 1981). <<

[6] 6. V. espec. (con literatura) Manfred Schlenke, «Von der Schwierigkeit, Preussen auszustellen. Rückschau auf die Preussen-Ausstellung, Berlin 1981», en id. (coord.), *Preussen. Politik, Kultur, Gesellschaft* (2 vols., Hamburgo, 1986), vol. I, pp. 12-34. Sobre el debate provocado por la exposición, v. Barbara Vogel, «Bemerkungen zur Aktualität der preussischen Geschichte», *Archiv für Sozialgeschichte*, 25 (1985), pp. 467-507; T. C. W. Blanning, «The Death and Transfiguration of Prussia», *Historical Journal*, 29 (1986), pp. 433-459. <<

[7] El centro organizativo de los actuales prusófilos conservadores es la Preussische Gesellschaft. La sociedad publica una revista (*Preussische Nachrichten von Staatsund Gelehrten-Sachen*), que pretende tener 10 000 lectores; su *website* puede consultarse en *http://www.preussen.org/page/frame.htm*. Los seguidores de la sociedad cubren un amplio espacio de posiciones de centro-derecha, desde liberales autoritarios a autonomistas federales prusianos, monárquicos ultraconservadores y extremistas de derechas. <<

[8] Los restos de Federico el Grande se trasladaron a Hohenzollern-Hechingen hacia finales de la Primera Guerra Mundial para impedir que fuese desenterrado por los soviéticos que se acercaban a Berlín. Fueron repatriados en 1991 de acuerdo con el testamento del rey, que había estipulado que debería ser enterrado con sus galgos en una de las terrazas de Sans Souci. La presencia del entonces primer ministro Helmut Kohl en la ceremonia de la nueva inhumación fue especialmente polémica. Sobre las iniciativas del palacio de la ciudad, v. «Wir brauchen zentrale Akteure», *Süddeutsche Zeitung*, 10 de enero de 2002, p. 17; Peter Conradi, «Das Neue darf nicht verboten werden», *Süddeutsche Zeitung*, 8 de marzo de 2002, p. 13; Joseph Paul Kleihues, «Respekt vor dem Kollegen Schlüter», *Die Welt*, 30 de enero de 2002, p. 20. Para detalles de la campaña para restaurar el palacio, v. *http://www.berliner-stadtschloss/de/index1.htm* y *http://www.stadtschloss-berlin.de*. <<

[9] Hans-Ulrich Wehler, «Preussen vergiftet uns. Ein Glück, dass es vorbei ist!», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 23 de febrero de 2002, p. 41; cf. Tilmnan Mayer, «Ja zur Renaissance. Was Preussen aus sich machen kann», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 21 de febrero de 2002, p. 49; v. tamb. Florian Giese, «Preussens Sendung und Gysis Mission» en *Die Zeit*, septiembre 2002, acceso *online* en *http://www.zeit.de/archiv/2002/09/200209preussen.xml* <<

[10] V., por ej., Linda Colley, *Britons. Forging the Nation* (New Haven, CT, 1992) y, más en general, James C. Scott, *Seeing Like a State. How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed* (New Haven, CT, 1998), espec. pp. 11, 76-83, 183. Respecto al debate sobre el carácter «artificial» del nacionalismo, v. Oliver Zimmer y Len Scales (coords.), *Power and the Nation in European History* (Cambridge, 2005). <<

[*] Los prusianos, que dieron nombre a la región, eran una etnia báltica (indoeuropea), como los lituanos y letones, entre otros, los pruteni de los romanos; se dividían en 10 tribus; en el siglo XII fueron sometidos sangrientamente por la Orden Teutónica alemana. Asimilados por alemanes y polacos, prácticamente desaparecieron entre los siglos XVII y XVIII, junto con su lengua. Quedan algunos restos en el norte de Polonia. *(N. del T).* <<

[11] Voltaire a Nicolas-Claude Thieriot, au Chêne, 26 de octubre [1757], en Theodor Hestermann (comp.), *Voltaire's Correspondence*, trad, de Julius R. Ruff (51 vols., Ginebra, 1958), vol. 32, p. 135. <<

[1] «Regio est plana, nemorosa tamen, & ut plurimus paludosa…», Nicolaus Leuthinger. *Topographia prior Marchiae regionumque vicinarum…* (Fráncfort del Óder, 1598), reimpr. en J. G. Kraus (coord.), *Scriptorum de rebus marchiae brandenburgensis maxime celebrium…* (Fráncfort, 1729), p. 117. Para otros ejemplos, v. Zacharias Garcaeus, *Successiones familiarum et Res gestae illustrissimum praesidium Marchiae Brandenburgensis ab anno DCCCCXXVII ad annum MDLXXXII*, reimpr. en *ibid*., pp. 6-7. <<

[2] William Howitt, *The Rural and Domestic Life of Germany* (Londres, 1842), p. 429. <<

[3] Tom Scott, *Society and Economy in Germany, 1300-1600* (Londres, 2002), pp. 24 y 119. <<

[4] Dirk Redies, «Zur Geschichte des Eisenhüttenwerkes Peitz», en Museumsverband des Landes Brandenburg (ed.), *Ortstermine. Stationen Brandenburg-Preussens auf dem Weg in die moderne Welt* (Berlín, 2001), Parte 2, pp. 4-16. <<

[5] F. W. A. Bratring, *Statistisch-Topographische Beschreibung der gesamtem Mark Brandenburg* (Berlín, 1804), reimpr. ed. por Otto Büsch y Gerd Heinrich (2 vols., Berlín, 1968), vol. 1, pp. 28,30, vol. 2, p. 1108. Bratring da cifras, pero estas derivan de un período posterior cuando se habían producido mejoras en muchas partes de la Marca y son, en todo caso, de fiabilidad dudosa. <<

[6] William W. Hagen, *Ordinary Prussians. Brandenburg Junkers and Villagers, 1500-1840* (Cambridge, 2002), p. 44. <<

[7] Sobre la «santidad» del «Reich», v. Hans Hallenhauer, «Über die Heiligkeit des Heiligen Römischen Reiches», en Wilhelm Brauneder (ed.), *Heiliges Römisches Reich und moderne Staatlichkeit* (Fráncfort del Meno, 1993), pp. 125-146. Sobre la plurivalencia del término, v. Georg Schmidt, *Geschichte des alten Reiches, Staat und Nation in der frühen Neuzeit 1495-1806* (Múnich, 1999), p. 10. <<

[8] Solo en los años 1742-1745, en circunstancias excepcionales, el título imperial pasó a miembro de la dinastía bávara de los Wittelsbach. <<

[9] Sobre las particiones dinásticas, v. Paula Suner Fichtner, *Protestantism and Primogeniture in Early Modern Germany* (New Haven, CT, 1989), espec. pp. 4-21; Geoffrey Parker, *The Thirty Years War* (Londres, 1984), p. 15. <<

[10] La abrupta partida de Isabel tiene que ver menos con el temor a la persecución religiosa que con sus relaciones extramatrimoniales, que Lutero había reprochado a Joaquín I en una serie de cartas abiertas. Manfred Rudersdorf y Anton Schindling, «Kurbrandenburg», en Anton Schindling y Walter Ziegler (eds.), *Die Territorien des Reiches im Zeitalter der Reformation und Konfessionalisierung. Land und Konfession 1500-1650* (6 vols., Münster, 1990), vol. 2, *Der Nordosten*, pp. 34-67. <<

[11] Axel Gotthard, «Zwischen Luthertum und Calvinismus (1598-1640)», en Frank-Lothar Kroll (ed.), *Preussens Herrscher. Von den ersten Hohenzollern bis Wilhelm II* (Múnich, 2000), pp. 74-94; Otto Hintze, *Die Hohenzollern und ihr Werk. Fünfhundert jahre Vaterländischer Geschichte* (7.ª ed., Berlín, 1916), p. 153. <<

[12] Walter Mehring, *Die Geschichte Preussens* (Berlín, 1981), p. 37. <<

[13] Para un debate sobre las leyes de herencia implicadas en esta reclamación, v. Heinz Ollmann-Kösling, *Der Erbfolgestreit um Jülich-Kleve (1609-1614). Ein Vorspiel zum Dreissigjährigen Krieg* (Regensburg, 1996), pp. 52-54. <<

[14] Para una panorámica con literatura, v. Rudolf Endres, *Adel in der frühen Neuzeit* (Múnich, 1993), espec. pp. 23-30, 83-92. <<

[15] Peter-Michael Hahn, «Landesstaat und Ständetum im Kurfürstentum Brandenburg während des 16. und 17. Jahrhunderts», en Peter Baumgart (ed.), *Ständetum und Staatsbildung in Brandenburg-Preussen. Ergebnisse einer international Fachtagung* (Berlín, 1983), pp. 41-79. <<

[16] Este informe se basa en el texto del Geheimratsordnung del 13 de diciembre de 1604, transcrito en Siegfried Isaacsohn, *Geschichte des preussischen Beamtenthums vom Anfang des 15, jahrhunderts bis auf die Gegenwart* (3 vols., Berlín, 1874-1884), vol. 2, pp. 24-28. <<

[17] *Ibid*., p. 28; Johannes Schultze, *Die Mark Brandenburg* (4 vols., Berlín, 1961-1969), vol. 4, p. 188; Hintze, *Die Hohenzollern*, pp. 154-155. <<

[18] Gotthard, «Zwischen Luthertum und Calvinismus», en Kroll (ed.), *Preussens Herrscher*, pp. 85-87; Schultze, *Die Mark Brandenburg*, vol. 4, pp. 176-179. <<

[19] Hintze, *Die Hohenzollern*, p. 162. Alison D. Anderson, *On the Verge of War. International Relations and the Jülich-Kleve Succession Crisis (1609-1614)* (Boston, 1999), pp. 18-40. <<

[20] Parker, *Thirty Years War*, pp. 28-37; Schultze, *Die Mark Brandenburg*, vol. 4, p. 185. <<

[21] Gotthard, «Zwischen Luthertum und Calvinismus», p. 84. <<

[22] Friedrich Schiller, *The History of the Thirty Years War in Germany*, trad. Capitán Blacquiere (2 vols., Londres, 1799), vol. I, p. 93. <<

[23] Citado en Gotthard, «Zwischen Luthertum und Calvinismus», p. 84. <<

[1] Existe una numerosa literatura en inglés sobre la génesis y desarrollo de la Guerra de los Treinta Años. Geoffrey Parker, *The Thirty Years' War* (Londres, 1988) sigue siendo el título general clásico; Ronald G. Asch, *The Thirty Years War' The Holy Roman Empire and Europe, 1618-1648* (Londres, 1997) proporciona una útil introducción reciente sobre el asunto; y existe una historia de Peter H. Wilson. Sigfrid Henry Steinberg, *The Thirty Years War'and the Conflict for European Hegemony, 1600-1660* (Londres, 1966) y Georges Pagès, *The Thirty Years War', 1618-1648*, trad. David Maland y John Hooper (Londres, 1970), son viejos libros que ponen el acento en el predominio de los europeos sobre los temas confesionales infraalemanes. [En españ. Georges Livet, *La Guerra de los Treinta Años*. Villalar, Madrid 1977]. <<

[2] Federico II, *Mémoires pour servir à l'Histoire de la Maison de Brandebourg* (2 vols., Londres, 1767), vol. I, p. 51. <<

[3] De las notas recopiladas por el conde Adam von Schwarzenberg y resumidas para el elector por el canciller Pruckmann, citado en J. W. C. Cosmar, *Beiträge zur Untersuchung der gegen den Kurbrandenburgischen Geheimen Rath Grafen Adam zu Schwarzenberg erhobenen Beschuldigungen. Zur Berichtigung der Geschichte unserer Kurfürsten Georg Wilhelm und Friedrich Wilhelm* (Berlín, 1828), p. 48. <<

[4] Conde Schwarzenberg al canciller Pruckmann, 22 de julio de 1626, que incluye anotaciones por el elector, citado en Johann Gustav Droysen, *Geschichte der preussischen Politik* (14 vols., Berlín, 1855-1856), vol. 3, parte I, *Der Staat des Grossen Kurfürsten*, p. 41; Cosmar, *Beiträge*, p. 50. <<

[5] Las posesiones católicas se calculaban de acuerdo con el *statu quo* en el tiempo de la Paz de Passau (1552). Para una trad. inglesa del Edicto de Restitución, v. E. Reich (ed.), *Select Documents* (Londres, 1905), pp. 234-235. <<

[6] Sobre los objetivos suecos y la implicación en la guerra v. Michael Roberts, *Gustavus Adolphus: A History of Sweden 1611-1632* (2 vols., Londres, 1953-1958), vol. I, pp. 220-228, vol. 2, pp. 619-673. <<

[7] Citado en L. Hüttl, *Friedrich Wilhelm von Brandenburg, der Grosse Kufürst* (Múnich, 1981), p. 39. <<

[8] Federico II, *Mémoires*, p. 73. <<

[9] W. Lahne, *Magdeburgs Zerstörung in der zeitgenössischen Publizistik* (Magdeburgo, 1931), espec. pp. 7-24; 110-47. <<

[10] Roberts, *Gustavus Adolphus*, vol. 2, pp. 508-513. <<

[11] Hintze, *Die Hohenzollern*, p. 176. <<

[12] Federico II, *Mémoires*, p. 51; J. A. R. Marrion y C. Grant Robertson, *The Evolution of Prussia. The Making of an Empire* (Oxford, 1917), p. 74; Cotthard, «Zwischen Luthertum und Calvinismus», pp. 87-94. <<

[13] Droysen, *Der Staat des Grossen Kurfürsten*, p. 38. <<

[14] Roberts, *Gustavus Adolphus*, vol. I, pp. 174-181. <<

[15] Droysen, *Der Staat des Grossen Kurfürsten*, p. 39. <<

[16] Christoph Fürbringer, *Necessitas und Libertas. Staatsbildung und Landstände im 17. Jahrhundert in Brandenburg* (Fráncfort del Meno, 1985), p. 34. <<

[17] Hahn, «Landesstaat und Ständetum», p. 59. <<

[18] Droysen, *Der Staat des Grossen Kurfürsten*, p. 118. <<

[19] Fürbringer, *Necessitas und Libertas*, p. 54. <<

[20] *Ibid*., pp. 54-57. <<

[21] Otto Meinardus (ed.), *Protokolle und Relationen des Brandenburgischen Geheimen Rates aus der Zeit des Kurfürsten Friedrich Wilhelm* (4 vols., Leipzig, 1889-1919), vol. I (= vol. 41 de la serie *Publicationen aus den K. Preussischen Staatsarchiven*), p. xxxiv. <<

[22] *Ibid*., p. xxxv; August von Haeften (ed.), *Ständische Verhandlungen*, vol. 1: Kleve-Mark (Berlín, 1869) (= vol. 5 de la serie *Urkunden und Acktenstücke zur Geschichte des Kurfürsten Friedrich Wilhelm von Brandenburg*; en adelante, *UuA*), pp. 58-82. <<

[23] Fritz Schröer, *Das Havelland im dreissigjährigen Krieg. Ein Beitrag zur Geschichte der Mark Brandenburg* (Colonia, 1966), p. 32. <<

[24] *Ibid*., p. 37. <<

[25] Geoff Mortimer, *Eyewitness Accounts of the Thirty Years' War 1618-1648* (Houndmills, 2002), p. 12. <<

[26] Sobre aportaciones, v. *ibid*., pp. 47-50, 89-92; Parker, *Thirty Years' War*, pp. 197, 204. <<

[27] Schröer, *Havelland*, p. 48. <<

[28] *Ibid*., p. 34. <<

[29] B. Seiffert (ed.), «Zum dreissigjährigen Krieg: Eigenhändige Aufzeichnungen von Stadtschreibern und Ratsherren der Stadt Strausberg», *Jahresbericht des Königlichen Wilhelm-Gymnasiums zu Krotoschin*, 48 (1902), Suplemento, pp. 1-47, citado en Mortimer, *Eyewitness Accounts*, p. 91. <<

[*] Medida de áridos anglosajona. En el Reino Unido equivale a 36,367 litros; en Estados Unidos, a 35,237 litros. (*N, del T*). <<

[30] Herman von Petersdorff, «Beiträge zur Wirtschafts— Steuer— und Heeresgeschichte der Mark im dreissigjährigen Kriege», *Forschungen zur Brandenburgischen und Preussischen Geschichte* (en adelante *FBPC*), 2 (1889), pp. 1-73. <<

[31] Robert Ergang, *The Myth of the All-Destructive Fury of the Thirty Years' War* (Pocono Pines, Pa, 1956); Steinberg, *The Thirty Years'War*, pp. 2-3, 91. Análisis revisionista: Ronald G. Asch, «"Wo der Soldat hinkömbt, da ist alles sein": Military Violence and Atrocities in the Thirty Years War Re-examined», *German History*, 18 (2000), pp. 291-309. <<

[32] Philip Vincent, *The Lamentations of Germany* (Londres, 1638). <<

[33] Sobre la relación entre narrativa y experiencia de traumas en la Guerra de los Treinta Años, v. Bernd Roeck; «Der dreissigjährige Krieg und die Menschen im Reich. Übelegungen zu den Formen psychischer Krisenbewältigung in der ersten Hälfte des siebzehnten Jahrhunderts», en Bernhard R. Kroener y Ralf Pröve (eds.), *Krieg und Frieden. Militär und Gesellschaft in der frühen Neuzeit* (Paderborn, 1996), pp. 265-279; Geoffrey Mortimer, «Individual Experience and Perception of the Thirty Years War in Eyewimess Personal Accounts», *German History*, 20 (2002), pp. 141-160. <<

[34] Informe de los moradores (*Kiezer*) de fuera de Plane, 12 de enero de 1639, citado en Schröer, *Havelland*, p. 94. <<

[35] B. Eisler (ed.), *Peter Thiele's Aufzeichnung von den Schicksalen der Stadt Beelitz im Dreissigjährigen Kriege* (Beelitz, 1931), p. 12. <<

[36] *Ibid*., p. 13. <<

[37] *Ibid*., pp. 12, 15. <<

[38] Georg Grüneberg, *Die Prignitz und Hire städtische Bevölkerung im 17. Jahrhundert* (Lenzen, 1999), pp. 75-76. <<

[39] Meinardus (ed.), *Protokolle und Relationen*, vol. I, p. 13. <<

[40] Alocución de Schwarzenberg a varios comandantes de los regimientos brandemburgueses, Colin, 22 de febrero/1 de marzo de 1639, citado en Otto Meinardus, «Schwarzenberg und die brandenburgische Kriegführung in den Jahren 1638-1640», *FBPC*, 12/2 (1899), pp. 87-139. <<

[41] Meinardus (ed.), *Protokolle und Relationen*, vol. I, p. 181, doc. n.° 203, 12 de marzo de 1641. <<

[42] Mortimer, *Eyewitness Accounts*, pp. 45-58, 174-178. <<

[43] M. S. Anderson, *War and Society in Europe of the Old Regime 1618-1789* (Phoenix Mill, 1998), pp. 64-66. <<

[44] Werner Vogel (ed.), *Prignitz-Kataster 1686-1687* (Colonia, Viena, 1985), p. 1. El trabajo de referencia sobre la mortalidad sigue siendo Günther Franz, *Der dreissigjährige Krieg und das deutsche Volk* (3.ª ed., Stuttgart, 1961), pp. 17-21. Franz ocupa una compleja posición en la historiografía, sobre todo por su adhesión proclamada al régimen nacionalsocialista. Todavía pueden observarse las huellas de su compromiso —pese a cuidadosas ediciones de los más notables pasajes— en las ediciones posbélicas de este trabajo. En los años 1960, los cálculos de Franz fueron rechazados con vehemencia por Saul Steinberg, que argumentó que estaban basados en informes que exageraban la mortalidad o ausencias con el fin de evadir impuestos. Steinberg llegó a la provocativa —y extraña— conclusión de que «en 1648, Alemania no estaba mejor ni peor que en 1609» (Steinberg, *The Thirty Years War*, p. 3); este punto de vista fue recogido por Hans-Ulrich Wehler en la p. 54 del primer vol. de su *Deutsche Gesellschaftsgeschichte* (5 vols., Múnich, 1987-2003). Aun así, estudios recientes han tendido a avalar las aportaciones de Franz. Las fuentes son especialmente abundantes y asequibles para Brandemburgo. V. J. C. Thiebault, «The Demography of the Thirty Years War Revisited: Günther Franz and His Critics», *German History*, 15 (1997), pp. 1-21. <<

[45] Lieselott Enders, *Die Uckermark. Geschichte einer kurmärkischen Landschaft von 12. bis zum 18.Jahrhundert* (Weimar, 1992), p. 527. <<

[46] V, p ej., A. Kuhn, «Ü̈ber das Verhältnis Märkischer Sagen und Gebräuche zur altdeutschen Mythologie», *Märkische Forschungen*, I (1841), pp. 115-146. <<

[47] Samuel Pufendorf, *Elements of Universal Jurisprudence in Two Books* (1660), libro 2, observación 5, en Craig L. Carr (ed.), *The Political Writings of Samuel Pufendorf*, trad. Michael J. Seidler (Nueva York, 1994), p. 87. <<

[48] Samuel Pufendorf, *On the Law of Nature and Nations in Eight Books* (1672), libro 7, cap. 4, en *ibid*., p. 220. <<

[49] *Ibid*, p. 221. <<

[50] Samuel Pufendorf, *De rebus gestis Friderici Wilhelmi Magni Electoris Brandenburgici commentatiorum*, libro XIX (Berlín, 1695). <<

[51] Johann Gustav Droysen, «Zur Kritik Pufendorf», en id., *Abhandlungen zur neueren Geschichte* (Leipzig, 1876), pp. 309-386. <<

[1] Ferdinand Hirsch, «Die Armee des Grossen Kurfürsten und ihre Unterhaltung während der Jahre 1660-1666», *Historische Zeitschrift*, 17 (1885), pp. 229-275. <<

[2] Helmut Börsch-Supan, «Zeitgenössische Bildnisse des Grossen Kurfürsten», en Gerd Heinrich *Ein Sonderbares Licht in Teutschland. Beiträge zur Geschichte des Grossen Kurfürsten von Brandenburg* (1640-1688) (Berlín, 1990), pp. 151-166. <<

[3] Otto Meinardus, «Beiträge zur Geschichte des Grossen Kurfürsten», *FBPG*, 16/2 (1903), pp. 173-199. <<

[4] Sobre la influencia del neoestoicismo sobre el pensamiento y la acción políticos del elector Federico Guillermo y de los soberanos de comienzos de la Edad Moderna más en general, v. espec. Gerhard Oestreich, *Neostoicism and the Early Modern State*, ed. B. Oestreich y H. G. Koenigsberger, trad. D. McLintock (Cambridge, 1982). <<

[5] Derek McKay, *The Great Elector, Frederick William of Brandenburg-Prussia* (Harlow, 2001), pp. 170-171. <<

[6] Cita de un edicto de 1686 en Martin Philippson, *Der Grosse Kurfürst Friedrich Wilhelm von Brandenburg* (3 vols., Berlín, 1897-1903), vol. 3, p. 91. <<

[7] Sobre los planes navales y coloniales del elector, v. Ernst Opgenoorth, *Friedrich Wilhelm der Grosse Kurfürst von Brandenburg* (2 vols., Gotinga, 1971-1978), vol. 2, pp. 305-311; E. Schmitt, «The Brandenburg Overseas Trading Companies in the 17th Century», en Leonard Blussé y Femme Gaastra (eds.), *Companies and Trade. Essays on European Trading Companies during the Ancien Regime* (Leiden, 1981), pp. 159-176; Hüttl, *Friedrich Wilhelm*, pp. 445-446; Heinz Duchhardt, «Afrika und die deutschen Kolonialprojekte der 2. Hälfte des 17. Jahrhunderts», *Archiv für Kulturgeschichte*, 68 (1986), pp. 119-133; una útil discusión historiográfica en Klaus-Jürgen Matz, «Das Kolonialexperiment des Grossen Kurfürsten in der Geschichtsschreibung des 19. und 20.Jahrhunderts», en Heinrich (ed.), *Ein sonderbares Licht*, pp. 191-202. <<

[8] Albert Waddington, *Le Grand Électeur Frédéric Guillaume de Brandenbourg: sa politique extérieure, 1640-1688* (2 vols., París, 1905-1908), vol. I, p. 43; comentarios de Gtze y Leuchtmar, Stettin, 23 de abril de 1643, en Bernhard Erdmannsdörffer (ed.), *Politische Verhand-lungen* (4 vols., Berlín, 1864-1884), vol. I (= *UuA*, vol. I), pp. 596-597. <<

[9] Lisola a Walderode, Berlín, 30 noviembre 1663, en Alfred Pribram (ed.), *Urkunden und Aktenstücke zur Geschichte des Kurfürsten Friedrich Wilhelm von Brandenburg*, vol. 14 (Berlín, 1890), pp. 171-172. <<

[10] Hermann von Petersdorff, *Der Grosse Kurfürst* (Gotha, 1926), p. 40. <<

[11] McKay, *Great Elector*, p. 21; Philippson, *Der Grosse Kurfürst*, vol. I, pp. 41-42. <<

[12] Margrave Ernesto a Federico Guillermo, Cölln, 18 de mayo de 1641, en Erdmannsdörffer (ed.), *Politische Verhandlungen*, vol. I, pp. 451-452. <<

[13] Consejeros privados a Federico Guillermo, 6 de septiembre de 1642 e informe sobre la muerte del margrave, por el Dr. Johannes Magirius, 26 de septiembre de 1642, en Erdmannsdörffer (ed.), *Politische Verhandlungen*, vol. I, pp. 499-502, 503-505. <<

[14] Alexandra Richie, *Faust's Metropolis. A History of Berlin* (Londres 1998), pp. 44-45. <<

[15] Philippson, *Der Grosse Kurfürst*, vol. I, pp. 56-58. <<

[16] Hirsch, «Die Armee des grossen Kurfürsten», pp. 229-75; Waddington, *Grand Électeur*. vol. I. p. 89; McKay, *Great Elector*, pp. 173-175. <<

[17] Curt Jany, «Lehndienst und Landfolge unter dem Grossen Kurfürsten», *FBPG*, 8 (1895), pp. 419-467. <<

[18] Para un análisis de la batalla (con diagramas), v. Robert I. Frost, *The Northern Wars* 1558-1721 (Harlow, 2000), pp. 173-176. <<

[19] Federico Guillermo a Otto vun Schwerin, Schweinfurt, 10 febrero de 1675, en Ferdinand Hirsch (ed.), *Politische Verhandlungen* (Berlín 1864-1930) vol. II (= *UuA*, vol. 18), pp. 824-825; Jany, «Lehndienst und Landfolge unter dem Grossen Kurfürsten» (Fortsetzung), en FBPG, 10 (1898), pp. 1-30. <<

[20] Droysen, *Der Staat des Grossen Kurfürsten*, p. 351. <<

[21] *Diarium Europaeum* XXXII, cita en Jany, «Lehndienst und Landfolge» (Fortsetzung), p. 7. <<

[22] Pufendorf, *Rebus gestis*, Libro VI, § 36-9; Leopold von Orlich, *Friedrich Wilhelm der Grosse Kurfürst. Nach bisher noch unbekannten Original-Handschriften* (Berlín, 1836), pp. 79-81; el informe del elector se reproduce en el *Apéndice*, pp. 139-142. <<

[23] Cita en Peter Burke, *The Fabrication of Louis XIV* (New Haven, CT, 1992), p. 152. <<

[24] Frederick William, Testamento Político de 1667 en Richard Dietrich (ed.), *Die politischen Testamente der Hohenzollern* (Colonia, 1986), pp. 179-204. <<

[25] Heinz Duchhardt y Bogdan Wachowiak, *Um die Soveranität des Herzogthums Preussen: Der Vertrag von Wehlau*, 1657 (Hanóver, 1998); para una perspectiva polaca contemporánea sobre el tratado, v. Barbara Szymczak, *Stosunki Rzeczpospolitej z Brandenburgia i Prusami Ksiazecymi w latach 1648-1658 w opinii i dzialaniach szlachty koronnej* (Varsovia, 2002), espec. pp. 229-258. <<

[26] Comentario a Luis XIV por el enviado austríaco en París, cita en Orlich, *Friedrich Wilhelm*, p. 158. <<

[27] Cita de *Tratado de la Guerra*, del conde Raimondo Montecuccoli (1680), en Johannes Kunisch, «Kurfürst Friedrich Wilhelm und die Grossen Mächte» en Heinrich (ed.), *Ein Sonderbares Licht*, pp. 9-32. <<

[28] Memoria del conde Waldeck en Bernhard Erdmannsdörffer, *Graf Georg Friedrich von Waldeck. Ein preussischer Staatsmann im siebzehnten Jahrhundert* (Berlín, 1869), pp. 361-362, también pp. 354-355. <<

[29] W. Troost, «William III, Brandenburg, and the construction of the anti-Flench coalition, 1672-88», en Jonathan I. Israel, *The Anglo-Dutch Moment: Essay on the Glorious Revolution and Its World Impact* (Cambridge, 1991); pp. 299-334. <<

[30] Philippson, *Der Grosse Kurfürst*, vol. 3, pp. 252-253. <<

[31] Peter Baumgart, «Der Grosse Kurfürst. Staatsdenken und Staatsarben eines europäischen Dynasten», en Heinrich (ed.), *Ein Sonderbares Licht* pp. 35-37. <<

[32] Dietrich (ed.), *Die politischen Testamente*, p. 191. <<

[33] Para una relación de la ceremonia de juramento en el que se basa la presente descripción, v. Bruno Gloger, *Friedrich Wilhelm, Kurfürst von Brandenburd. Biografie* (Berlín, 1985), pp. 152-154 <<

[34] André Holenstein, *Die Huldigung der Untertanen. Rechtskultur und Herrschaftsordnung (800-1800)*, Stuttgart y Nueva York, 1991, pp. 512-513. <<

[35] Esta interpretación de los dedos levantados está ampliamente documentada para los territorios alemanes desde comienzos del siglo XV; pero la práctica es mucho más antigua; v. *ibid*. pp. 57-58; una ilustración en Gloger, *Friedrich Wilhelm* (p. 153) muestra a los diputados con las manos alzadas en el saludo tradicional. La cita es del texto de un juramento efectuado por los súbditos de un señor rural en la provincia brandemburguesa de Prignitz, citado en Hagen, *Ordinary Prussians*, p. 79. <<

[36] F. L. Carsten, *The Origins of the Junkers* (Aidershot, 1989), p. 17. <<

[37] Sobre la crisis del siglo XVII de la gobernanza en general, v. Trevor Aston (ed.). *Crisis in Europe, 1560-1660* (Nueva York, 1966); Geoffrey Parker y Lesley M. Smith, *The General Crisis of the Seventeenth Century* (Londres, 1978); Theodor K. Rabb, *The Struggle for Stability in Early Modern Europe* (Nueva York, 1975). <<

[38] Federico Guillermo a los consejeros supremos de la Prusia Ducal, Cleves, 18 de septiembre de 1648, en Erdmannsdörffer (ed.), *Politische Verhandlungen*, vol. I, pp. 281-282. <<

[39] Forbringer, *Necessitas und Libertas*, p. 59; para ejemplos de este tipo de argumento, v. consejeros supremos de la Prusia Ducal a Federico Guillermo, Königsberg, 12 de septiembre de 1648, en *ibid*., pp. 292-293. <<

[40] Resolución de los estados del condado de Mark, Emmerich, 22 de marzo de 1641 en Haeften (ed.), *Ständische Verhandlungen*, vol. I; pp. 140-145. <<

[41] V. por ej., Federico Guillermo a las ciudades de Wesel, Calcar, Düsseldorf, Xanten y Rees, Küstrin, 15 de mayo de 1643, y estados de Cleves a los Estados Generales holandeses, Cleves, 2 de abril de 1647, en *ibid*., pp. 205, 331-334. <<

[42] Helmuth Croon, *Stände und Steuern in Jülich-Berg im 17. und vornehmlich im 18.Jahrhundert* (Bonn, 1929), p. 250; ejemplos: los estados de la Marca de Cleves a los estados que protestan, Cleves, Unna, 10 de agosto de 1641; Estados de la Marca de Cleves, Unna, 10 de diciembre de 1650, en Haeften (ed.), *Ständische Verhandlungen*, vol. I, pp. 182, 450. <<

[43] Comentario por el virrey de la Prusia Ducal, Príncipe Boguslav Radziwill, citado en McKay, *Great Elector*, p. 135. <<

[44] Comentarios por los estados, Königsberg, 24 de abril de 1655, en Kurt Breysig (ed.), *Ständische Verhandlungen* (Berlín, 1894-1899), vol. 3: *Preussen*, Part 1 (=*UuA*, vol. 15), p. 354. Sobre estas cuestiones, v. Stefan Hartmann, «Gefährdetes Erbe. Landesdefension und Landesverwaltung en Ostpreussen zur Zeit des Grossen Kurfürsten Friedrich Wilhelm von Brandenburg (1640-1688)», en Heinrich (ed.), *Ein Sonderbares Licht*, pp. 113-136; Hugo Rachel, *Der Grosse Kurfürst und die Ostpreussischen Stände* (1640-1688) (Leipzig, 1905), pp. 299-304. <<

[45] E. Arnold Miller, «Some Arguments Used by English Pamphleteers, 1697-1700, Concerning a Standing Army», *Journal of Modern History* (en adelante *JMH*) (1946), pp. 306-313; Lois G. Schwoerer, «The Role of King William III in the Standing Army Conrtoversy, 1697-1699», *Journal of British Studies* (1966), pp. 74-94. <<

[46] David Hayton, «Moral Reform and Country Politics in the Late Seventeenth-century House of Commons», *Past & Present*, 128 (1990), pp. 48-91. <<

[47] Panfleto anón, de 1675 titulado «Letter from a Person of Quality», citado en J. G. A. Pocock, «Machiavelli, Harrington and English Political Ideologies in the Eighteenth Century», *William and Mary Quarterly*, 22/4 (1965), pp. 549-584. <<

[48] Fürbringer, *Necessitas und Libertas*, p. 60. <<

[49] F. L. Carsten, *Die Entstehung Preussens* (Colonia, 1968), pp. 209-212; Kunisch, «Kurfürst Friedrieh Wilhelm», en Heinrich (ed.), *Ein Sonderbares Licht*, pp. 9-12. <<

[50] Respuesta de los consejeros del Consejo Privado en nombre del elector, Cöll [Berlín], 2 diciembre 1650, en Siegfried Isaacsohn (ed.), *Ständische Verhandlungen*, vol. 2 (= *UuA*, vol. 10) (Berlín, 1880), pp. 193-194. <<

[51] Patente de Contradicción por parte de los Estados de Cleves, Jülich, Berg y Mark, Wesel, 14 de julio de 1651; Unión de los Estados de Cleves y Mark. Wesel, 8 de agosto de 1651, en Haeften (ed.), *Ständische Verhandlungen*, vol. I, pp. 509, 525-526. F. L. Carsten, «The Resistance of Cleves and Mark to the Despotic Policy of the Great Elector», *English Historical Review*, 66 (1951), pp. 219-241; McKay, *Great Elector*, p. 34; Waddington, *Grand Électeur*, vol. 1, pp. 68-69. <<

[52] Karl Spannagel, *Konrad von Burgsdorff. Ein brandenburgischer Kriegs— und Staatsmann aus der Zeit der Kurfürsten Georg Wilhelm und Friedrich Wilhelm* (Berlín, 1903), pp. 265-267. <<

[53] Para las cifras de los impuestos de Cleves, v. Sidney B. Fay, «The Beginnings of the Standing Army in Prussia», *American Historical Review, 22* (1916/17), pp. 763-777; McKay, *Great Elector*, p. 132. Informe de Johann Moritz: Carsten, «Resistance of Cleves and Mark», p. 235. Sobre el impacto de las Guerras del Norte sobre la situación de Cleves, v. Haeften (ed.), *Ständische Verhandlungen*, vol. I, pp. 773-793. Sobre la detención de activistas, v. Federico Guillermo a Jacob von Spaen, «Cölln an der Spree», 3 de julio de 1654, en *ibid*., pp. 733-734; Carsten, «Resistance of Cleves and Mark», p. 231. <<

[54] McKay, *Great Elector*, p. 62; Volker Press, «Vom Ständestaat zum Absolutismus: 50 Thesen zur Entwicklung des Ständewesens in Deutschland», en Baumgart (ed.), *Ständetum, und Staatsbildung*, pp. 280-336. <<

[55] Fay, «Standing Army», p. 772. <<

[56] McKay, *Great Elector*, pp. 136-137; Philippson, *Der Grosse Kurfürst*, vol. 2, p. 165; Otto Nugel, «Der Schoppenmeister Hieronymus Roth», *FBPC*, 14/2 (1901), pp. 19-105. <<

[57] Roth y Schwerin elaboraron relaciones radicalmente divergentes sobre lo que declaró durante la reunión; v. Otto von Schwerin al virrey y consejero supremo Prusia, Bartenstein, 21 de octubre de 1661 y circular privada del *alderman* Roth [principios de noviembre de 1661], en Kurt Breysig (ed.), *Ständische Verhandlungen*, *Preussen*, pp. 595, 611, 614-619. Para una relación detallada, v. Nugefr «Hieronymus Roth», pp. 40-44; Andrzej Kamie'ski, *Polska a Brandenburgia-Prusy w drugiei poloine XVII wieku. Dzieje polityczne* (Poznan, 2002), espec. pp. 61-64. Para una relación mucho menos favorable para Roth, v. Droysen, *Der Staat des Grossen. Kurfürsten*, vol. 2, pp. 402-3. <<

[58] Citado en «Hieronymus Roth», p. 100. <<

[59] La ejecución fue de Christian Ludwig von Kalckstein, que había servido en el ejército polaco y había sido exilado a sus posesiones en 1668 por conspirar para asesinar al elector. En el asunto Kalckstein, v. Josef Paczkowski, «Der Grosse Kurfürst und Christian Ludwig von Kalckstein», *FRPC*, 2 (T889), pp. 407-513, y 3 (1890), pp. 419-463; Petersdorff, *Der Grosse Kurfürst* (Gotha, 1926), pp. 113-116; Droysen, *Der Staat des Grossen Kurfürsten*, vol. 3, pp. 191-212; Opgenoorth, *Friedrich Wilhelm*, vol. 2, pp. 115-118; Kamienski, *Polska a Brandenburgia-Prusy*, pp. 65-71, 177-179. <<

[60] Así es la queja del funcionario local citada en McKay, *Great Elector*, p. 144. <<

[61] Dietrich (ed.), *Die politischen Testamente*, p. 185; Erdmannsdörffer, *Waldeck*, p. 45; Rachel, *Der Grosse Kurfürst*, pp. 59-62; Peter Bahl, *Der Hof des Grossen Kurfürste… Studien zur höheren Amtsträgerschaft Brandenburg-Preussens* (Colonia, 2001), pp. 196-217. <<

[62] McKay, *Great Elector*, p. 114. Sobre el declive en el poder financiero de la nobleza v. Frank Gose, *Ritterschaft — Garnison — Residenz. Studien zur Sozialstruktur und politischen Wirksamkeit des brandenburgischen Adels 1648-1763* (Berlín, 2005), pp. 133, 414, 421, 424. <<

[63] Sobre esta distinción, aplicada a regiones alemanas muy diferentes, v. Michaela Hohkamp, *Herrschaft in Herrschaft. Die vorderösterreichische Obervogtei Triberg von 1737 bis 1780* (Gotinga, 1988), espec. p. 15. <<

[64] V., p ej., Konrad von Burgsdorff al consejero privado Erasmus Seidel, Düsseldorf, 20 de febrero de 1647, en Erdmannsdörffer (ed.), *Politische Verhandlungen*, vol. 1, p. 300; Gobierno de Cleves a Federico Guillermo, Cleves, 23 de noviembre de 1650, en Haeften (ed.), *Ständische Verhandlungen*, vol. I, pp. 440-41; Spannagel, *Burgsdorff*, pp. 257-60. <<

[65] V., p ej., Otto von Schwerin a Federico Guillermo, Bartenstein, 30 de noviembre de 1661, donde Schwerin apremia al elector para que abandone los gravámenes ante las protestas de los estados, en Breysig (ed.), *Ständische Verhandlungen*, *Preussen*, pp. 667-669. <<

[66] Protocolos del Consejo Privado, en Meinardus (ed.), *Protokolle und Relationen*. Sobre el movimiento de quejas de los estados, v. Hahn, «Landesstaat und Ständetum», p. 52. <<

[67] Peter-Michael Hahn, «Aristokratisierung und professionalisierung. Der Aufstieg der Obristen zu einer militärischen und höfischen Elite in Brandenburg-Preussen von 1650-1725», en *FBPC*, I (1991), pp. 161-208. <<

[68] Cita en Otto Hötzsch, *Stände und Verwaltung von Kleve und Mark in der Zeit von 1666 bis* 1697 (=*Urkunden und Aktenstücke zur inneren Politik des Kurfürsten Friedrich Wilhelm von Brandenburg*, Parte 2) (Leipzig, 1908), p. 740 <<

[69] V Peter Baumgart, «Wie absolut war der preussische Absolutismus?», en Manfred Schlenke (ed.), *Preussen. Beiträge zu einer politischen Kultur* (Reinbek, 1981) pp. 103-119 <<

[70] Otto Hötzsch, «Fürst Moritz von Nassau-Siegen als brandenburgischer Staatsmann (1647 bis 1679)», *FBPC*, 19 (1906), pp. 89-114; v. también Ernst Opgenoorth, «Johan Maurits as the Stadtholder of Cleves under the elector of Brandenburg» en E. van den Boogaart *(ed.), Johan Maurits van Nassau-Siegen, 1604-1679: A Humaist Prince in Europe and Brazil. Essays on the Tercentenary of his Death* (La Haya, 1979), pp. 39-53. Sobre Soest, v. Ralf Günther, «Städtische Autonomie und fürstliche Herrschaft. Politik und Verfassung im frühneuzeitlichen Soest», en Ellen Widder (ed.), *Soest. Geschichte der Stadt. Zwischen Bürgerstoiz und Fürstenstaat. Soest in der frühen Neuzeit* (Soest, 1995), pp. 17-123. <<

[71] El rey Federico Guillermo I intentó anular el acuerdo, pero la elección local de *Landräte* fue restablecida bajo Federico II; v. Baumgart, «Wie absolut war der preussische Absolutismos?», p. 112. <<

[72] McKay, *Great Elector*, p. 261. <<

[73] De esto informa el enviado británico Stepney al Secretario Vernon, Berlín, 19/29 de julio de 1698, PRO SP 90/1, fo. 32. <<

[74] Dietrich (ed.), *Die politischen Testamente*, p. 189. <<

[75] *Ibid*., p. 190. <<

[76] *Ibid*., pp. 190, 191. <<

[77] *Ibid*., p. 187. <<

[78] *Ibid*., p. 188. <<

[79] Citado en McKay, *The Great Elector*, p. 210. Sobre la «falta de poder», v. también Droysen, *Der Staat des grossen Kurfürsten*, vol. 2, p. 370, Philippson, *Der Grosse Kurfürst*, vol. 2, p. 238; Waddington, *Histoire de Prusse* (2 vols., París, 1922), vol. I, p. 484. <<

[1] Para descripciones y análisis de la coronación, v. Peter Baumgart, «Die preussische Königskronung von 1701, das Reich und die europäische Politik», en Oswald Hauser (ed.), *Preussen, Europa und das Reich* (Colonia y Viena, 1987), pp. 65-86; Heinz Duchhardt, «Das preussische Königtum von 1701 und der Kaiser», en Heinz Duchhardt y Manfred Schlenke (eds.), *Festschrift für Eberhard Kessel* (Múnich, 1982), pp. 89-101; Heinz Duchhardt, «Die preussische Königskronung von 1701. Ein europäisches Modell?» en id. (ed.), *Herrscherweihe und Königskronung im Frühneuzeitlichen Europa* (Wiesbaden, 1983), pp. 82-95; Iselin Gundermann, «Die Salbung König Friedrichs I, in Königsberg», *Jahrbuch für Berlin-Brandenburgische Kirchengeschichte 68* (2001), pp. 72-88. <<

[2] Johann Christian Lünig, *Theatrum cerentoniale historico-politicum oder historisch und politischer Schau-Platz alter Ceremonien* etc; (2 vols. Leizpig, 1719-20), vol. 2, p. 96 <<

[3] George Stepney a James Vernon, 19/29 de julio de 1698, PRO SP 90/1, fo. 32. <<

[4] Burke, *Fabrication of Louis XIV* pp. 23, 25, 29, 76, 153, 175, 181, 185, 189. <<

[5] Lord Raby a Charles Hedges, Berlín, 14 de julio de 1703, PRO SP 90/2, fo. 39. <<

[6] *Ibid*., 30 de junio de 1703, PRO SP 90/2, fo. 21. <<

[7] Lord Raby al secretario Harley, 10 de febrero de 1705, PRO SP 90/3, fo. 195. <<

[8] La última parte del siglo XVII presenció una proliferación de nuevas fundaciones de este tipo, siendo los modelos más importantes para Federico III/I la Académie des Sciences en París (1666), the Royal Society en Londres (1673) y la Academia de París (1700). Leibniz fue miembro de la Royal Society y de la Academia de París. V. R. J. W. Evans, «Learned Societies in Germany in the Seventeenth Century», *European Studies Review*, 7 (1977), pp. 129-151. <<

[9] El estudio clásico de la Academia y de su historia es la monumental obra de Adolf Harnack, *Geschichte der Koniglich Preussischen Akademie der Wissenschaften zu Berlin* (3 vols., Berlín, 1900). <<

[10] Frederick II, «Mémoires pour servir à l'histoire de la maison de Brandebourg», en J. D. E. Preuss (ed.), *Oeuvres de Frédéric II, Roi de Prusse* (33 vols., Berlín, 1846-1857), vol. I pp. 1-202. <<

[11] Christian Wolff, *Vernünfftige Gedancken vom dem Gesellschaftlichen Leben der Menschen und insonderheit dem gemeinen Wesen zur Beförderung der Glückseligkeit des menschlichen Geschlechts* (Fráncfort, 1721 reimpr. Fráncfort del Meno, 1971), p. 500. Sobre la importancia de la pompa y la «reputación» para la legitimación contemporánea de la monarquía, v. Jörg Jochen Berns, «Der nackte Monarch und die nackte Wahrheit», en A. Buck, G. Kauffmann, B. L. Spahr *et al*. (eds.), *Europäische Hofkultur im 16. und 17 Jahrhundert* (Hamburgo, 1981); Andreas Gestrich, «Höfisches Zeremoniell und sinnliches Volk: Die Rechtfertigung des Hofzeremoniells im 17. und frühen 18. Jahrhundert», en Jörg Jochen Berns y Thomas Rahn (eds.), *Zeremoniell als hófische Ästhetik in Spätmittelalter und früher Neuzeit* (Tubinga, 1995), pp. 57-73; Andreas Gestrich, *Absolutismus und Öffentlichkeit: Politische Kommunikation in Deutschland zu Beginn des 18.Jahrhunderts* (Gotinga, 1994). <<

[12] Linda y Marsha Frey, *Frederick I: The Man and His Times* (Boulder, CO, 1984), p. 225. Según el embajador británico, más de 20 000 visitantes extranjeros estuvieron presentes en el funeral de la reina en junio de 1705; lord Raby al Secretario Harley, PRO SP 90/3, fo. 333. <<

[13] V. A. Winterling, *Der Hof der Kurfürsten von Köln 1688-1794: Eine Fallstudie zur Bedeutumg «absolutistischer» Hofhaltung* (Bonn, 1986), pp. 153-155. <<

[14] David E. Barclay, *Frederick William IV and the Prussian Monarchy 1840-1861* (Oxford, 1995), pp. 73-74, 287-288. <<

[15] Schultze, *Die Mark Brandenburg*, vol. 4, *Von der Reformation bis zum Westfälischen Frieden* (1535-1648), pp. 206-207; Gotthard, «Zwischen Lutherturn und Calvinismus», p. 93. Sobre la posterior marginación de la consorte, v. Thomas Biskup, «The Hidden Queen: Elisabeth Christine of Prussia and Hohenzollern Queenship in the Eighteenth Century», en Clarissa Campbell-Orr (ed.), *Queenship in Europe 1660-1815. The Role of the Consort* (Cambridge, 2004), pp. 300-332. <<

[16] Frey y Frey, *Frederick I*, pp. 35-36. <<

[17] Carl Hinrichs, *Friedrich Wilhelm I. König in Preussen. Eine Biographie* (Hamburgo, 1941), pp. 146-147; Baumgart, «Die preussische Königskronung», en Hauser (ed.), *Preussen*, pp. 65-86. <<

[18] Wolfgang Neugebauer, «Friedrich III/I (1688-1713)», en Kroll, *Preussens Herrscher*, pp. 113-133. <<

[19] Citado en Frey y Frey, *Frederick I*, p. 247. <<

[20] Hans-Joachim Neumann, *Friedrich Wilhelm I. Leben und Leiden des Soldatenkönigs* (Berlín, 1993), pp. 51-55. <<

[21] Will Breton al conde de Strafford, Berlín, 28 de febrero de 1713, PRO SP 90/6; Carl Hinrichs, «Der Regierungsantritt Friedrich Wilhelms I», en id., *Preussen ais historisches Problem*, ed. Gerhard Oestreich (Berlín, 1964), pp. 91-137. <<

[22] Whitworth a lord Townshend, 15 de agosto de 1716, PRO SP 90/7, fo. 9. <<

[23] Informe fechado el 2 de octubre de 1728, en Richard Wolff, *Vom Berliner Hofe zur Zeit Friedrich Wilhelms I. Berichte des Braunschweiger Gesandten in Berlin, 1728-1733 (= Schriften des Vereins für die Geschichte Berlins)* (Berlín, 1914), pp. 20-21. <<

[24] Este verso (en mi traducción) y todos los detalles de la vida de Gundling están tomados de Martin Sabrow, *Herr und Hanswurst. Das tragische Schicksal des Hofgelehrten Jacob Paul von Gundling* (Múnich, 2001), espec. pp. 62-67, 80-81, 150-151. <<

[25] Gustav Schmoller, «Eine Schilderung Berlin aus dem Jahre 1723», *FBPG*, 4 (1891), pp. 213-216. El autor de esta relación es el mariscal de campo conde Von Flemming, que pasó los meses de mayo y junio de 1723 en Berlín. <<

[26] Debo esta tipología a Jonathan Steinberg, que la empleó en las lecturas de Part Two Cambridge Tripos Paper, «The Struggle for Mastery in Germany 1740-1914», que él y Tim Blanning dirigieron juntos en los años 1970 y 1980. Yo soy uno de los muchos historiadores sobre Alemania que ahora trabajan en el Reino Unido que se beneficiaron de este curso seminal. <<

[27] Wolfgang Neugebauer, «Zur neueren Deutung der preussischen Verwaltung im 17. und 18.Jahrhundert in vergleichender Sicht», en Otto Busch y Wolfgang Neugebauer (eds.), *Moderne preussische Geschichte 1648-1947, Eine Amhologie* (3 vols., Berlín, 1981), vol. 2, pp. 541-597. <<

[28] Reinhold Dorwart, *The Administrative Reforms of Frederick William I of Prussia* (Cambridge, Mass., 1953), p. 118. Para una panorámica de la «Knyphausen Reorganisation», v. Kurt Breysig (ed.), *Urkunden und Aktenstücke zur Geschichte der inneren Politik des Kufürsten Friedrich Wilhelm von Brandemburg*, Parte I, *Geschichte der brandemburgischen Finanzen in der Zeit von 1660-1697*, vol. I, *Die Centralstellender Kammerverwaltung* (Leipzig, 1895), pp. 106-150. <<

[29] Las posesiones reales habían sido administradas anteriormente por una serie de autoridades provinciales. El nuevo órgano central se llamó el *Hofrentei*, conocido más tarde por la *Generaldomänenkasse*. Richard Dietrich, «Die Anfänge des preussischen Staatsgedankens in politischen Testamenten der Hohenzollern», en Friedrich Benninghoven y Cécile Lowenthal-Hensel (eds.), *Neue Forschungen zur Brandenburg-Preussischen Geschichte (=Veröffentlichungen aus den Archiven Preussischen Kulturbesitz*, 14; Colonia, 1979), pp. 1-60. <<

[30] Citado en Andreas Kossert, *Masuren. Ostpreussens Vergessener Süden* (Berlín, 2001), p. 86. <<

[31] Hinrichs, *Friedrich Wilhelm I*, pp. 454-457, 464-468, 473-487; Frey y Frey, *Frederick I*, pp. 89-90; Rodney Gorthelf, «Frederick William I and Prussian Absolutism, 1713-1740», en Philip G. Dwyer (ed.), *The Rise of Prussia 1700-1830* (Harlow, 2000), pp. 47-67; Fritz Terveen, *Gesamtstaat und Retablissement. Der Wiederaufbau des nordlichen Ostpreussen unter Friedrich Wilhelm I (1714-1740)* (Gotinga, 1954), pp. 17-21. <<

[32] Hans Haussherr, *Verwaltungseinheit und Ressorttrennung. Vom Ende des 17. bis zum Beginn des 19.Jahrhunderts* (Berlín, 1953), espec. cap. I: «Friedrich Wilhelm I und die Begründung des Generaldirektoriums in Preussen», pp. 1-30. <<

[33] *Ibid*.; Hinrichs, «Die preussische Staatsverwaltung in den Anfüngen Friedrich Wilhelms I.», en id., *Preussen als historisches Problem*, pp. 138-160; Hinrichs, *Friedrich Wilhelm I*, pp. 609-621 (sobre la reestructuración colegial del Comisariado General de Guerra de Federico Guillermo; Dorwart, *Administrative Reforms*, pp. 138-144. <<

[34] Gotthelf, «Frederick William I», pp. 58-59. <<

[35] Reinhold August Dorwart, *The Prussian Welfare State before 1740* (Cambridge, Mass., 1971), p. 16; cf. Gerhard Oestreich, *Friedrich Wilhelm I. Preussischer Absolutismus, Merkantilismus, Militarismus* (Gotinga, 1977), pp. 65-70, que pone el acento en el carácter no sistemático de la política económica bajo Federico Guillermo I. <<

[36] Kossert, *Masuren*, pp. 88-91. <<

[37] Peter Baumgart, «Der Adel Brandenburg-Preussens im Urteil der Hohenzollern des 18.Jahrhunderts», en Rudolf Endres (ed.) *Adel in der Frühneuzeit. Ein regionaler Vergleich* (Colonia y Viena, 1991), pp. 141-161. <<

[38] Oestreich, *Friedrich Wilhelm I*, pp. 62, 65. <<

[39] Gustav Schmoller, «Das Brandenburg-preussische Innungswesen von 1604-1806, hauptsächlich die Reform unter Friedrich Wilhelm 1.», *FBPG*, 112 (1888), pp. 1-59. <<

[40] Sobre la prohibición del trigo polaco, emanada en 1722, v. Wilhelm Naudé y Gustav Schmoller (eds.) *Die Getreidehandelspolitik und Kriegsmazinwervaltung Brandenburg-Preussens* (Berlín, 1901), pp. 208-209 (introducción por Naudé), y doc. no. 27, p. 373; Lars Atorf, *Der König und das Korn. Die Getreidehandelspolitik als Fundament des Brandenburg-preussischen Aufstiegs zur europäischen Grossmacht* (Berlín, 1999), p. 106. <<

[41] Atorf, *Der König und das Korn*, pp. 113-114. <<

[42] Naudé y Schmoller (eds.), *Getreidehandelspolitik*, p. 292; Atorf, *Der König und das Korn*, pp. 120-133. <<

[43] Citado en F. Schevill, *The Great elector* (Chicago, 1947), p. 242. <<

[44] V. Hugo Rachel, «Der Merkantilismus in Brandenburg-Preussen», *FBPG*, 40 (1927), pp. 221-266; Otto Hintze, «Die Hohenzollern und die wirtschaftliche Entwicklung ihres Staates», *Hohenzollern-Jahrbuch*, 20 (1916), pp. 190-202; Oestreich, *Friedrich Wilhelm I*, p. 67. <<

[45] Citado en Baumgart, «Der Adel Brandenburg-Preussens», p. 147. <<

[46] Haussherr, *Verwaltungseinheit*, p. 11. <<

[47] Federico Guillermo I, Instrucción para su sucesor (1722), en Dietrich (ed.), *Die politischen Testamente*, pp. 221-243. <<

[48] William Breton al conde de Strafford, 28 de febrero de 1713, PRO, SP 90/6. <<

[49] Hinrichs, *Friedrich Wilhelm I*, p. 364. <<

[50] Oestreich, *Friedrich Wilhelm I*, p. 30. <<

[51] Otto Busch, *Militärsystem und Sozialleben im alten Preussen* (Berlín, 1962), p. 15. <<

[52] William Breton al conde de Strafford, 18 de mayo de 1713, PRO, SP 90/6, fo. 105. <<

[53] Hartmut Harnisch, «Preussisches Kantonsystem und ländliche Gesellschaft», en Kroener y Prove (eds.), *Krieg und Frieden*, pp. 137-165. <<

[54] Max Lehmann, «Werbung, Wehrpflicht und Beurlaubing im Heere Friedrich Wilhelms I.», *Historische Zeitschrift*, 67 (1891), pp. 254-289; *Büsch, Militärsystem*, p. 13. <<

[55] Carsten, *Origins of the Junkers*, p. 34. <<

[56] Gordon Craig, *The Politics of the Prussian Army, 1640-1945* (Londres y Nueva York, 1964), p. 11. <<

[57] Sobre los motivos de reclutamiento en la nobleza, v. Hahn, «Aristokratisierung und Professionalisierung»; sobre el servicio militar en cualidad de noble, v. Gose, *Ritterschaft*, p. 232; cita en Harnisch, «Preussisches Kantonsystem», p. 147. <<

[58] Büsch, *Militärsystem*, tiene esta pretensión general, pese a que la prueba presentada en su aceptado estudio sugiere una conclusión más matizada. <<

[59] Harnisch, «Preussisches Kantonsystem», p. 155. <<

[60] Hagen, *Ordinary Prussians*, pp. 468-469. <<

[61] Büsch, *Militärsystem*, pp. 33-34. <<

[62] Harnisch, «Preussisches Kantonsystem», pp. 157, 162; Büsch, *Militärsystem*, p. 55. <<

[63] Federico el Grande, *History of My Own Times* (extracto), en Jay Luvaas (ed. y trad.), *Frederick the Great on the Art of War* (Nueva York, 1966), p. 75. Los mismos argumentos se incluyen con más detalle en el Testamento Político de 1768, v. Dietrich, *Die politischen Testamente*, p. 517. <<

[64] Philippson, *Der Grosse Kurfürst*, vol. I, p. 20; Testamento político del Gran elector (1667), en Dietrich, *Die politischen Testamente*, pp. 179-204; McKay, *Great Elector*, pp. 14-15. <<

[65] La observación iba dirigida al enviado francés Rebenac; cita en McKay, *Great Elector*, p. 238. <<

[66] *Ibid*., pp. 239-240. <<

[67] Carl Hinrichs, «Der Konflikt zwischen Friedrich Wilhelm I und Kronprinz Friedrich», en id., *Preussen als historisches Problem*, pp. 185-202. <<

[68] Cita en Reinhold Koser, *Friedrich der Grosse als Kronprinz* (Stuttgart, 1886), p. 6. <<

[69] Hinrichs, «Der Konflikt», p. 191; Carl Hinrichs, *Preussentum und Pietismus. Der Pietismus in Brandenburg-Preussen als religiös-soziale Reformbewegung* (Gotinga, 1971), p. 60. <<

[70] Hinrichs, «Der Konflikt», p. 193. <<

[71] Sobre la creciente separación entre padre e hijo, v. Johannes Kunisch, *Friedrich der Grosse. Der König und seine Zeil* (Múnich, 2004), pp. 18-28. <<

[72] Karl Ludwig Pöllnitz, *Mémoires pour servir à l'histoire des quatre derniers souverains de la Maison de Brandebourg Royale de Prusse* (2 vols., Berlín, 1791, vol. 2, p. 209). Estas memorias no son fiables en muchos puntos, pero sus observaciones están corroboradas por otros relatos y acuerdos con lo que nosotros conocemos del príncipe en esta época. <<

[73] Kunisch, *Friedrich der Grosse*, pp. 34-35. <<

[74] Theodor Schieder, *Frederick the Great*, trad. Sabina Berkeley y H. M. Scort (Harlow, 2000), p. 25. <<

[75] *Ibid*., p. 25. <<

[76] Citado en Theodor Fontane, *Wanderungen durch die Mark Brandenburg*, ed. Edgar Gross (2.ª edic. 6 vols., Múnich, 1963), vol. 2, *Das Oderland*, p. 281; sobre la historia de Katte en general, v. pp. 267-305. <<

[77] Citado en *ibid*., pp. 286-287. <<

[78] Kunisch, *Friedrich der Grosse*, pp. 43-44. <<

[79] Schieder, *Frederick the Great*, p. 29; Kunisch, *Friedrich der Grosse*, p. 46. <<

[80] Peter Baumgart, «Friedrich Wilhelm I (1713-1740)», en Kroll (ed.), *Preussens Herrscher*, pp. 134-159. <<

[81] Hintze, *Die Hohenzollern*, p. 280. <<

[82] Edgar Melton, «The Prussian Junkers, 1600-1786», en H. M. Scort (ed.), *The European Nobilities in the Seventeenth and Eighteenth Centuries* (2 vols., Harlow, 1995), vol. 2, *Northern, Central and East Europe*, pp. 72-109. <<

[83] Rainer Prass, «Die Brieftasche des Pfarrers. Wege der Übermittlung von Informationen in liädliche Kirchengemeinden des Fürstentums Minden», en Ralf Pröve y Norbert Winnige (eds.), *Wissen ist Macht. Herrschaft und Kommunikation in Brandenburg-Preussen 1600-1850* (Berlín, 2001), pp. 69-82. <<

[84] Wolfgang Neugebauer, *Absolutistischer Staat und Schulwirklichkeit in Brandenburg-Preussen* (Berlín, 1985), pp. 172-173. <<

[85] Rodney Mische Gothelf, «Absolutism in Action. Frederick William I and the Government of East Prussia, 1709-1730», Ph. D. disertación, Universidad de St Andrews, St Andrews (1998), p. 180. <<

[86] *Ibid*., pp. 239-242. <<

[87] *Ibid*., pp. 234-235. <<

[88] Wolfgang Neugebauer, *Politischer Wandel im Osten. Ost— und Westpreussen von den alten Ständen zum Konstitutionalismus* (Stuttgart, 1992), pp. 65-86. <<

[89] Carsten, *Origins of the Junkers*, p. 41. <<

[90] Peter Baumgart, «Zur Geschichte der kurmarkischen Stände im 17. und 18. Jahrhundert», en Bilsch y Neugebauer (eds.), *Moderne Preussische Geschichte*, vol. 2, pp. 509-540; Melton, «The Prussian Junkers», pp. 100-101. <<

[91] Fritz Terveen, «Stellung und Bedeutung des preussischen Etatministeriums zur Zeit Friedrich Wilhelms 1.1713-1740», en *Jahrbuch der Albertus-Universität zu Königsberg/Preussen*, 6 (1955), pp. 159-179. <<

[1] Andreas Engel, *Anuales Marchiae Brandenburgicae, das ist Ordentliche Verzeichniss und beschreibung der fürnemsten… Märckischen… Historien… vom 416 Jahr vor Christi Geburt, bis… 1596*, etc. (Fráncfort, 1598). <<

[2] Bodo Nischan, *Prince, People and Confession. The Second Reformation in Brandenburg* (Filadelfia, 1994), pp. 111-143. Esta relación de la política confesional del elector debe mucho al estudio de Nischan. <<

[3] *Ibid*., pp. 186-188. Otros informes útiles sobre el «tumulto de Berlín» incluyen: Eberhard Faden, «Der Berliner Tumult von 1615», en Martin Henning y Heinz Gebhardt (eds.), *Jahrbuch für brandenburgische Landesgeschichte*, 5 (1954), pp. 27-45; Oskar Schwebel, *Geschichte der Stadt Berlin* (Berlín, 1888), pp. 500-513. <<

[4] Cita en Nischan, *Second Reformation*, p. 209. <<

[5] Sobre la importancia de las emociones como factor en sí mismo en los conflictos de poder de este tipo, v. Ulinka Rublack, «State-formation, gender and the experience of governance in early modern Württemberg», en id. (ed.), *Gender in Early Modern German History* (Oxford, 2003), pp. 200-217. <<

[6] Bodo Nischan, Reformation or Deformation? Lutheran and Reformed Views of Martin Luther in Brandenburg's «Second Reformation», en id., *Lutherans and Calvinists in the Age of Confessionalism* (Variorum reimpr., Aidershot, 1999), pp. 203-215. La cita de Pistoris de id., *Second Reformation*, p. 114. <<

[7] *Ibid*., p. 217. <<

[8] Droysen, *Geschichte der preussischen Politik*, vol. 3/1, *Der Staat des Grossen Kurfürsten*, p. 31. <<

[9] Schultze, *Die Mark Brandenburg*, vol. 4, p. 192. <<

[10] Federico Guillermo a los consejeros supremos de la Prusia Ducal (borrador en manos del canciller Von Götze), Königsberg, 26 de abril de 1642, en Erdmannsdörffer (ed.), *Politische Verhandlungen*, vol. 1, pp. 98-103. <<

[11] El clero de Königsberg a los consejeros supremos de la Prusia Ducal [sin fecha]; respuesta a la carta del elector del 26 de abril, en Erdmannsdörffer (ed.), *Politische Verhandlungen*, vol. I, pp. 98-103. La ley «invocada» aquí se refiere a los artículos del Testamento Político del duque Albrecht el Viejo, que estipulaba que la supremacía luterana en el ducado debía permanecer intacta. <<

[12] Klaus Deppermann, «Die Kirchenpolitik des Grossen Kurfürsten», *Pietismus und Neuzeit*, 6 (1980), pp. 99-114. <<

[13] Una útil relación de estos incidentes, basada en las observaciones de un diplomático de Hesse en la corte de Berlín, puede verse en Walther Ribbeck, «Aus Berichten des hessischen Sekretars Lincker vom Berliner Hofe während der Jahre 1666-1669», *FBPG*, 1212 (1899), pp. 141-158. <<

[14] Gerd Heinrich, «Religionstoleranz in Brandenburg-Preussen. Idee und Wirklichkeit», en Manfred Schlenke (ed.), *Preussen. Politik, Kultur, Gesellschaft* (Reinbek, 1986), pp. 83-102. <<

[15] McKay, *Great Elector*, p. 156, n. 40. <<

[16] V. margrave Ernesto a Federico Guillermo, Cölln, 1 de julio de 1641; Federico Guillermo, Resolución, Königsberg, 30 de julio de 1641, en Erdmannsdörffer (ed.), *Politische Verhandhmgen*, vol. I, p. 479. <<

[17] Citado en McKay, *Great Elector*, p. 186. <<

[18] V. documentos nos. 121-130 en Selma Stern, *Der preussische Staat und die Juden* (8 vols. en 4 partes, Tubinga, 1962-1975), parte I, *Die Zeit des Grossen Kurfürsten und Friedrichs I.*, vol. 2, pp. 108-116. <<

[19] Citado en Martin Lackner, *Die Kirchenpolitik des Grossen Kurfürsten* (Witten, 1973), p. 300. <<

[20] M. Brecht, «Philipp Jakob Spener, Sein Programm und dessen Auswirkungen», en id. (ed.), *Geschichte des Pietismus* (4 vols., Gotinga, 1993), vol. I, *Der Pietismus vom 17. bis zum frühen 18. Jahrhundert*, pp. 278-389; H. Leube, «Die Geschichte der pietistischen Bewegung in Leipzig», en id., *Orthodoxie und Pietismus. Gesammelte Studien* (Bielefeld, 1975), pp. 153-267. <<

[21] Sobre los conflictos pietista-luteranos en Hamburgo, Giessen, Darmstadt y otras ciudades, v. Klaus Deppermann, *Der Hallesche Pietismus und der preussische Staat unter Friedrich III (I)* (Gotinga, 1961), pp. 49-50; Brecht, «Philipp Jakob Spener», pp. 344-351. <<

[22] Johannes Wallmann, «Das Collegium Pietatis», en M. Greschat (ed.), *Zur neueren Pietismusforschung* (Darmstadt, 1977), pp. 167-223; Brecht, «Philipp Jakob Spener», pp. 316-319. <<

[23] Philipp Jakob Spener, *Theologische Bedencken* (4 partes en 2 vols., Halle, 1712-1715), parte 3, vol. 2, p. 293. <<

[24] Philipp Jakob Spener, *Letzte Theologische Bedencken* (Halle, 1711), parte 3, pp. 296-297, 428, 439-440, 678; citas de la reimpr. de Dietrich Blaufuss y P. Schicketanz, *Philipp Jakob Spener Letzte Theologische Bedencken und andere Briefffliche Antworten* (Hildesheim, 1987). <<

[25] Citado en T. Kervorkian, «Piety Confronts Politics: Philipp Jakob Spener in Dresden 1686-1691» *German History*, 16 (1998), pp. 145-164. <<

[26] Artículo sobre Philipp Jakob Spener, Klaus-Gumher Wesseling, *Biographisch-Bibliographisches Kirchenlexikon*, vol. 10 (1995), cols. 909-39, *http://www.bautz.de/bbk1/s/spener_p_j.shtml*; acceso 29 de octubre de 2003. Referencia actual en *https://www.bbkl.de/index.php/frontend/lexicon/S/Sp-Sq/spenerphilippjacobjakob-7018* [Nota del editor digital] <<

[27] R. L. Gawthrop, *Pietism and the Making of Eighteenth-centlury Prussia* (Cambridge, 1993), p. 122. <<

[28] Philipp Jakob Spener, *Pia Desideria: Oder hertzliches Vcrlangen nach gottgefäliger Besserung der wahren evangelischen Kirchen*, 2.ª ed. (Fráncfort del Meno, 1680). Las citas provienen de la reimpresión de E. Beyreuther (ed.), *Speners Schriften*, vol. I (Hildesheim, 1979), pp. 123-308. <<

[29] Spener, *Pia Desideria*, pp. 250-252. <<

[30] *Ibid*., p. 257. <<

[31] Brecht, «Philipp Jakob Spener», p. 352. <<

[32] Deppermann, *Der Hallesche Pietismus*, p. 172. <<

[33] *Ibid*., pp. 74, 172; Brecht, «Philipp Jakob Spener», p. 354. <<

[34] Kurt Aland, «Der Pietismus und die soziale Frage», en id. (ed.), *Pietismus und moderne Welt* (Witten, 1974), pp. 99-137. <<

[35] Brecht, «Philipp Jakob Spener», p. 290; Deppermann, *Der Hallesche Pietismus*, pp. 58-61. <<

[36] E. Beyreuther, *Geschichte des Pietismus* (Stuttgart, 1978), p. 155. <<

[37] W. Oschlies, *Die Arbeits-und Berufspädagogik August Hermann Franckes (1663-1727). Schule und Leben im Menschenbild des Hauptvertreters des halleschen Pietismus* (Witten, 1969), p. 20. <<

[38] Sobre el *Fussstapffen* y otros textos programáticos de Francke, v. M. Brecht, «August Hermann Francke und der Hallesche Pietismus», en id. (ed.), *Geschichte des Pietismus*, vol. 2, pp. 440-540. <<

[39] F. Ernest Stoeffler (ed.), *Continental Pietism and Early American Christianity* (Grand Rapids, 1976); Mark A. Noli, «Evangelikalismus und Fundamentalismus in Nordamerika», en Ulrich Gabler (ed.), *Der Pietismus im neunzehnten und zwanzigsten Jahrhundert* (Gotinga, 2000), pp. 465-531. Sobre redes epistolares y el resurgimiento religioso v. W. R. Ward, *The Protestant Evangelical Awakening* (Cambridge, 1992), espec, cap. 1. <<

[40] Carl Hinrichs, «Die universalen Zielsetzungen des Halleschen Pietismus», en id., *Preussentum und Pietismus*, pp. 1-125, espec. pp. 29-47. <<

[41] Martin Brecht, «August Hermann Francke und der Hallische Pietismus» en id. (ed.) *Der Pietismus vom siebzehnten bis zum frühen achtzehnten Jahrhundert (Geschichte des Pietismus*, vol. I) (Gotinga, 1993), pp. 440-539. <<

[42] Gawthrop, *Pietism*, pp. 137-149, 211, 213 y *passim*; por el contrario, Mary Fulbrook, *Piety and Politics: Religion and the Rise of Absolutism in England, Württemberg and Prussia* (Cambridge, 1983), pp. 164-7, pone de relieve la dimensión utilitaria de la relación, v. también, W. Stolze, «Friedrich Wilhelm I. und der Pietismus», *Jahrbuch für Brandenburgische Kirchengeschichte*, 5 (1908), pp. 172-205; K. Wolff, «Ist der Glaube Friedrich Wilhelms I von A. H. Francke beeinflusst?» *Jahrbuch für Brandenburgische Kirchengeschichte*, 33 (1938), pp. 70-102. <<

[43] Deppermann, *Der Hallesche Pietismus*, p. 168. <<

[44] Schoeps, *Preussen*, p. 47; Gawthrop, *Pietism*, p. 255. <<

[45] Fulbrook, *Piety and Politics*, p. 168. Esta exigencia se extendía hasta incluir la Universidad de Königsberg en 1736. <<

[46] Hartwig Notbohm, *Das evangelische Kirchen— mid Schulwesen in Ostpreussen während der Regierung Friedrichs des Grossen* (Heidelberg, 1959), p. 15. <<

[47] M. Schade, *Die Religion des Volkes. Kleine Kultur— und Sozialgeschichte des Pietismus* (Gütersloh, 1980), p. 103; Beyreuther, *Geschichte des Pietismus*, pp. 338-339; Gawthrop, *Pietism*, pp. 215-246. <<

[48] Carl Hinrichs, «Pietismus und Militarismus im alten Preussen» en id., *Preussentum und Pietismus*, pp. 126-173. <<

[49] Gawthrop, *Pietism*, p. 226; Hinrichs, «Pietismus und Militarismus», pp. 163-164. <<

[50] Benjamin Marschke, *Absolutely Pietist: Patronage, Factionalism, and State-building in the Early Eighteenth-century Prussian Army Chaplaincy* (Halle, 2005), p. 114. Estoy muy agradecido al Dr. Marschke por dejarme ver el manuscrito de este trabajo antes de su publicación. <<

[51] Para un argumento según esta línea, v. Gawthrop, *Pietism*, p. 228. <<

[52] *Ibid*., pp. 236-237. <<

[53] V. A. J. La Vopa, *Grace, Talent, and Merit. Poor Students, Clerical Careers and Professional Ideology in Eighteenth-century Germany* (Cambridge, 1988), pp. 137-164, 386-388. <<

[54] Para un esbozo del legado de las innovaciones de los pietistas en el ámbito de la escuela, en el que se basa este texto, v. J. Van Horn Melton, *Absolutism and the Eighteenth-century Origins of Compulsory Schooling in Prussia and Austria* (Cambridge, 1988), pp. 23-50. <<

[*] Los masurianos, cuyos antepasados eran los eslavos mazovios de Prusia Oriental, eran una población mezclada con bálticos, y, desde el siglo XII, con alemanes. La Orden Teutónica los sometió por las armas e introdujo en la región a colonos polacos y alemanes. La Reforma los hizo protestantes luteranos forzados (la mayoría de los polacos son católicos), y estuvieron incluidos parcialmente en Alemania, pasando a Polonia en 1945. (*N. del T*). <<

[55] Terveen, *Gesamtstaat und Retablissement*, pp. 86-92. Sobre el interés de Federico Guillermo I por la evangelización de los lituanos, v. Hinrichs, *Preussentum und Pietismus*, p. 174; Notbohm, *Das evangelische Schulwesen*, p. 16. <<

[56] Kurt Forstreuter, «Die Anfänge der Sprachstatistik in Preussen», en id., *Wirkungen des Preussenlandes* (Colonia, 1981), pp. 312-333. <<

[57] M. Brecht, «Der Hallische Pietismus in der Mitte des 18. Jahrhunderts-seine Ausstrahlung und sein Niedergang», en id. y Klaus Deppermann (eds.), *Der Pietismus im achtzehnten Jahrhundert* (Gotinga, 1995), pp. 319-357. <<

[58] Sobre la misión pietista a los judíos, v. Christopher Clark, *The Politics of Conversion. Missionary Protestantism and the Jews in Prussia 1728-1941* (Oxford, 1995), pp. 9-82. <<

[59] Scharfe, *Die Religion des Volkes*, p. 148. <<

[60] H. Obst, *Der Berliner Beichtstuhlstreit* (Witten, 1972); Gawthrop, *Pietism*, pp. 124-5; Fulbrook, *Piety and Politics*, pp. 160-162. <<

[61] Marschke, *Absolutely Pietist*. <<

[62] Gawthrop, *Pietism*, pp. 275-276. <<

[63] Sobre la asociación con la hipocresía, v. Johannes Wallmann, «Was ist der Pietismus?», *Pietismus und Neuzeit*, 20 (1994), pp. 11-27. <<

[64] Brecht, «Der Hallesche Pietismus», p. 342. <<

[65] Justus Israel Beyer, *Auszuge aus den Berichten des reisenden Mitarbeiters beym judischen Institut* (15 vols., Halle, 1777-91), vol. 14, p. 2. <<

[66] V., p ej., W. Bienert, *Der Anbruch der christlichen deutschen Neuzeit dargestelt an Wissenschaft und Glauben des Christian Thomasius* (Halle, 1934), p. 151. <<

[67] Martin Schmidt, «Der Pietismus und das moderne Denken», en Aland (ed.), *Pietismus und Moderne Welt*, pp. 9-74. <<

[68] V. p. ej., J. Geyer-Kordesch, «Die Medizin im Spannungsfeld zwischen Aufklärung und Pietismus: Das unbequerne Werk Georg Erost Stahls und dessen kulturelle Bedeutung», en N. Hinske (ed.), *Halle, Aufklärung und Pietismus* (Heidelberg, 1989). <<

[69] Sobre la actitud ambivalente de Kant hacia la tradición pietista, v. la excelente introducción a Immanuel Kant, *Religion and Rational Theology*, ed. y trad. Alien W. Wood y George di Giovanni (Cambridge, 1996). <<

[70] Richard van Dülmen, *Kultur und Alltag in der frühen Neuzeit* (3 vols., Munich, 1994), vol. 3, *Religion, Magie, Aufklärung 16.-18.Jahrhundert*, pp. 132-134. <<

[71] W. M. Alexander, *Johann Georg Hamann. Philosophy and Faith* (La Haya, 1966), espec. pp. 2-3; I. Berlin, *The Magus of the North. Johann Georg Hamann and the Origins of Modern Irrationalism*, ed. H. Hardy (Londres, 1993), pp. 5-6, 13-14, 91. <<

[72] L. Dickey, *Hegel. Religion, Economics and the Politics of Spirit* (Cambridge, 1987), espec. pp. 149, 161. <<

[73] Esta comparación está en Fulbrook, *Piety and Politics*. <<

[74] Testamento Político de 1667, en Dietrich (ed.), *Die Politischen Testamente*, p. 188. <<

[75] Memorándum de Sebastian Striepe a Frederick William [mediados de enero de 1648], en Erdmannsdörffer (ed.), *Politische Verhandlungen*, vol. 1, pp. 667-673. <<

[76] V. p. ej., Federico Guillermo a Luis, Cleves, 13 de agosto de 1666, en B. Eduard Simson, *Auswärtige Acten. Erster Band (Frankreich)* (Berlín, 1865), pp. 416-417. <<

[77] McKay, *Great Elector*, p. 154. <<

[78] En una furiosa nota a su embajador en Berlín, el rey francés acusaba a Federico Guillermo de impedir por la fuerza a sus súbditos «de la supuesta religión reformada» volver a Francia como reconocimiento de su «culpabilidad» y avisaba de que, a menos que desistiese en su ultraje «Yo [Luis XIV] me vería forzado a tomar decisiones que no le gustarían» (Waddington, *Prusse*, vol. I, p. 561). <<

[79] El Principado de Orange había pertenecido a Guillermo III de Orange, *stadtholder* holandés desde 1672 y rey de Gran Bretaña desde 1689. El propio Guillermo III, que era solo un niño, murió sin hijos en 1702. Así, la más fuerte reclamación al título fue la de Federico, cuya madre, Louise Henrietta de Orange, era la hija mayor del abuelo de Guillermo, Federico Enrique, *stadtholder* holandés desde 1625 a 1647, aunque aquí, como en otros muchos casos semejantes, se produjeron disputas en torno al estatus de la línea femenina de sucesión. Luis XIV se había anexionado el territorio en 1682, pero la lucha por la herencia no se resolverá hasta la Paz de Utrecht de 1713. <<

[80] Texto de la proclamación en Raby a Hedges, Berlín, 19 de enero de 1704, PRO SP 90/2. <<

[81] *Ibid*. <<

[1] Andreas Nachama, *Ersatzbürger und Staatsbildung. Zur Zerstörung des Bürgertums in Brandenburg-Preussen* (Fráncfort del Meno, 1984). Para otra muy negativa evaluación de la vida urbana de Silesia en particular, v. Johannes Ziekursch, *Das Ergebnis der friderizianischen Städteverwaltung und die Städteordnung Steins. Am Beispiel der schlesischen Städte dargestellt* (Jena, 1908), pp. 80, 133, 135 y *passim*; sobre la urbanización v. Jörn Sieglerschmidt, «Social and Economic Landscapes», en Sheilagh Ogilvie (ed.), *Germany. A New Social and Economic History* (3 vols., Londres 1995-2003), pp. 1-38. <<

[2] Nachama, *Ersatzbürger und Staatsbildung*, pp. 66-7; McKay, *Great Elector*, pp. 162-164. <<

[3] Karin Friedrich, «The Development of the Prussian Town, 1720-1815», en Dwyer (ed.), *Rise of Prussia*, pp. 129-150. <<

[4] Horst Carl, *Okkupation und Regionalismus. Die preussischen Westprovinzen im Siebenjährigen Krieg* (Maguncia, 1993), p. 41; Dieter Stievermann, «Preussen und die Städte der westfälischen Grafschaft Mark», *Westfälische Forschungen*, 31 (1981), pp. 5-31. <<

[5] Carl, *Okkupation und Regionalismus*, pp. 42-44. <<

[6] Martin Winter, «Preussisches Kantonsystem und städtische Gesellschaft», en Ralf Pröve y Bernd Kölling (eds.), *Leben und Arbeiten auf märckischem Sand. Wege in die Gesellschaftsgeschichte Brandenburgs 1700-1914* (Bielefeld, 1999), p. 243-265. <<

[7] Olaf Gründel, «Burgerrock und Uniform. Die Garnisonstadt Prenzlau 1685-1806», en Museumsverband des Landes Brandenburg (ed.), *Ortstermine. Stationen Brandenburg-Preussens auf den Weg in die moderne Welt* (Berlín, 2001), pp. 6-23. <<

[8] Para un estudio de una ciudad pomerania sueca que aclara este problema, v. Stefan Kroll, *Stadtgesellschaft und Krieg. Sozialstruktur, Bevölkerung und Wirtschaft in Stralsund und Städe 1700 bis 1715* (Gotinga, 1997). <<

[9] Ralf Pröve, «Der Soldat in der “guten Bürgerstube”. Das frühneuzeitliche Einquartierungssystem und die sozioökonomischen Folgen», en Kroener y Pröve (eds.), *Krieg und Frieden*, pp. 191-217. <<

[10] Friedrich, «Prussian Town», p. 139. <<

[11] Martin Winter, «Preussisches Kantonsystem», p. 249. <<

[12] Para una discusión sobre esta práctica, v. «Ausführlicher Auszug und Bemerkungen über den militärischen Theil des Werks De la monarchie prussienne sous Frédéric le Grand, p. M. le Comte de Mirabeau 1788», *Neues Militarisches journal*, I (1788), pp. 31-94. <<

[13] Para una excelente discusión sobre la «sociedad guarnición» que surgió en torno a esta simbiosis, v. Beate Engelen, «Warum heiratet man einen Soldalen? Soldatenfrauen in der ländlichen Gesellschaft Brandenburg-Preussens im 18.Jahrhundert», en Stefan Kroll y Kristiane Krüger (eds.), *Militär und ländliche Gesellschaft in der frühen Neuzeit* (Münster, 2000), pp. 251-274; Beate Engelen, «Fremde in der Stadt. Die Garnisonsgesellschaft Prenzlaus im 13.Jahrhundert», en Klaus Neitmann, Jürgen Theil y Olaf Gründel (eds.), *Die Herkunft der Brandenburger. Sozial— und Mentalitätrischcgeschichtliche Beiträge zur Bevölkerung Brandenburgs von hohe Mittelalter bis zum 20. Jahrhundert* (Potsdam, 2001); Ralf Pröve, «Vom Schmuddelkind zur anerkannten Sübdisziplin? Die “neue Militärgeschichte” in der frühen Neuzeit. Entwicklungen, Perspektiven, Probleme», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 51 (2000), pp. 597-613. <<

[14] V. Brigitte Meier, «Städtische Verwaltungsorgane in den brandenburgischen Klein— und Mittelstädten des 18.Jahrhunderts», en Wilfried Ehbrecht (ed.), *Vewaltung und Politik in den Städten Mitteleuropas. Beiträge zu Verfassungsnorm und Verfassungswirklichkeit in altsländischer Zeit* (Colonia, 1994), pp. 177-181; Gerd Heinrich, «Staatsaufsicht und Stadtfreiheil in Brandenburg-Preussen unter dem Absolutismus (1660-1806)», en Wilhelm Rausch (ed.), *Die Städte Mitteleuropas im 17. und 18.Jahrhundert* (Linz, 1981), pp. 155-172. <<

[15] Sobre esta nueva élite económica, v. Kurt Schwieger, Das *Bürgertum in Preussen vor der Französischen Revolution* (Kiel, 1971), pp. 67-69, 173, 181. <<

[16] Todos estos ejemplos se han tomado de Rolf Straubel, *Kaufleute und Manufakturuntemehmer. Eine Empirische Untersuchung über die sozialen Träger von Handel und Grossgewerbe in den mittleren preussischen Provinzen (1763 bis 1815)* (Stutgart, 1995), pp. 10, 431-433. <<

[17] Rolf Straubel, *Frankfurt (Oder) und Potsdam am Ende des Alten Reiches. Studien zur städtischen Wirtschafts-und Sozialstruktur* (Potsdam, 1995), p. 137; Günther, «Städtische Autonomie», p. 108. <<

[18] Monika Wienfort, «Preussiscbes Bildungsbürgertum auf dem Lande 1820-1850», FBPG, 5 (1995), pp. 75-98. <<

[19] Neugebauer, *Absolutistischer Staat*, pp. 545-52. Neugebauer observa que muchas de estas iniciativas dependían del activismo del círculo fundador de burgueses y tendió a declinar o a hundirse una vez que estos murieran o se trasladasen a otro lugar. <<

[20] Brigilte Meier, «Die “Sieben Schonheiten” der brandenburgischen Städte», en Pröve y Kölling (eds.), *Leben und Arbeiten*, pp. 220-242. <<

[21] Philip Julius Lieberkühn, *Kleine Schriften nebst dessen Lebensbeschreibung (Züllichau y Freystadt, 1791)*, p. 9. Sobre el trabajo de Lieberkühn in Neuruppin, v. también Brigitte Meier, *Neuruppin 1700 bis 1830. Sozialgeschichte einer kurmärkischen Handwerker— und Garnisonstadt* (Berlín, 1993). <<

[22] Hanna Schissler, «The junkers: Notes on the Social and Historical Significance of the Agrarian Elite in Prussia», en Robert G. Moeller (ed.). *Peasants and Lords in Modern Germany. Recent Studies in Agricultural History* (Boston, 1986), pp. 24-51. <<

[23] Carsten, *Origins of the junkers*, pp. 1-3. <<

[24] Dietrich, *Die politischen Testamente*, pp. 229-231. <<

[25] Edgar Melton, «The Prussian junkers, 1600-1786», en Scott (coord.), *The European Nobilities*, vol. 2, *Northern, Central and Eastern Europe*, pp. 71-109. <<

[26] Sobre todos estos puntos, v. la excelente discusión de Edgar Melton en «The Prussian Junkers», espec. pp. 95-99. <<

[27] C. F. R. von Barsewisch, *Meine Kriegserlebnisse während des Siebenjährigen Krieges 1757-1763, Wortgetreuer Abdruck aus dem Tagebuche des Kgl. Preuss. General-Quartiermeister-Lieutenants* (2.ª ed., Berlín, 1863). <<

[28] Craig, *Politics of the Prussian Army*, p. 17. <<

[29] Hanna Schissler, *Preussische Agrargesellschaft im Wandel, Wirtschaftliche, gesellschaftliche und politische Transformationsprozesse von 1763 bis 1847* (Gotinga, 1978), p. 217; Johannes Ziekursch, *Hundert fahre Schlesischer Agrargeschichte* (Breslau, 1915), pp. 23-26; Robert Berdahl, *The Politics of the Prussian Nobility. The Development of a conservative Ideology 1770-1848* (Princeton, 1988), pp. 80-85. Sobre la presencia de terratenientes no nobles en las asambleas de distrito (*Kreistage*) de la Marca de Brandemburgo, v. Klaus Vetter, «Zusammensetzung, Funktion und politische Bedeutung der kurmärkischen Kreistage im 18. Jh» *Jahrbuch für die Geschichte des Feudalismus*, 3 (1979), pp. 393-416; Peter Baumgart, «Zur Geschichte der Stände im 17. und 18. Jh», en Dieter Gerhard, *Ständische Vertretungen in Europe im 17. und 18. Jahrhundert* (Gotinga, 1969), pp. 131-161. <<

[30] Gustavo Corni, *Stato assoluto e società agraria in Prussia nell'età di Federico II (=Annali dell'Istituto storico italo-germanico*, 4; Bolonia, 1982), pp. 283-284, 288, 292, 299-300. <<

[31] Melton, «Prussian junkers», pp. 102-103; Schissler, «Junkeis», pp. 24-51; Berdahl, *Politics*, p. 79. <<

[32] Hans-Ulrich Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte* (4 vols., Múnich, 1987-2003), vol. 1, *Vom Feudalismus des alten Reiches bis zur defensiven Modernisierung der Reformära 1700-1815*, pp. 74, 82. <<

[33] Hans Rosenberg, *Bureaucracy, Aristocracy and Autocracy. The Prussian Experience, 1660-1815* (Cambridge, 1966), pp. 30, 60. <<

[34] *Ibid*., p. 49; Hans Rosenberg, «Die Ausprägung der Jünkerherrschaft in Brandenburg-Preussen 1410-1648», en id., *Machteliten und Wirtschaftskonjunkturen* (Gotinga, 1978), pp. 1978), pp. 24-82; Francis I. Carsten, *The Origins of Prussia* (Oxford, 1954), p. 277. <<

[35] Una de las más agudas e influyentes exposiciones del argumento del *Sonderweg* está en Hans-Ulrich Wehler, *Das deutsche Kaiserreich 1871-1918* (Gotinga, 1973). Para las dimensiones agrarias del argumento, v. espec. pp. 15, 238. El más importante inspirador de Wehler fue el sociólogo Max Weber, cuya poderosa crítica liberal nacional de la clase de los Junkers resuena en la síntesis de Wehler: «Max Weber, Capitalism and Rural Society in Germany» (1906), y «National Character and the junkers» (1917), en H. H. Gerth y C. Wright Mills (eds.), *From Max Weber: Essays in Sociology* (Oxford, 1946), pp. 363-95. Sobre la tradición antijunker más en general, v. Heinz Reif, «Die Junker», en Étienne François y Hagen Schulze (eds.), *Deutsche Erinnerungsorte* (3 vols., Múnich, 2001), vol. I, pp. 520-36, espec. pp. 526-528. <<

[36] V. Jan Peters, Hartmut Harnisch y Lieselott Enders, *Märkische Bauerntagebücher des 18. und 19. Jahrhunderts. Selbstzeugnisse von Milchviehbauern aus Neuholland* (Weimar, 1989), p. 54. <<

[37] Carsten, *Origins of the junkers*, pp. 12, 54, 56. <<

[38] Hagen, *Ordinary Prussians*, pp. 47, 56. <<

[39] *Ibid*., pp. 65, 78. Para una discusión más centrada sobre los mismos asuntos, v. el clásico artículo de William Hagen, «Seventeenth-century Crisis in Brandenburg: The Thirty Years' War, the Destabilization of Serfdom, and the Rise of Absolutism», *American Historical Review*, 94 (1989), pp. 302-335; asimismo William W. Hagen, «Die brandenburgischen und grosspolnischen Bauern im Zeitalter der Gutsherrschaft 1400-1800», en Jan Peters (ed.), *Gutsherrschaftsgesellsehaften im europäischen Vergleich* (Berlín, 1997), pp. 17-28. <<

[40] Enders, *Die Uckermark*, p. 462. <<

[41] Hagen, *Ordinary Prussians*, p. 72. <<

[42] «Bauernunruhen in der Priegnitz», Geheimes Staatsarchiv (en adelante GStA) Berlín-Dahlem, HA 1, Rep. 22, N.º 72a, Fasc. 11. <<

[43] Tales acontecimientos se reconstruyen en detalle en la panorámica histórica de Lieselott Enders *Die Uckermark* N. Enders, *Die Uckermark*, pp. 394-396. <<

[44] *Ibid*., p. 396. <<

[45] «Klagen der Ritterschaft in Priegnitz gegen aufgewiegelte Unterthanen, 1701-1703», en GStA Berlín-Dahlem, HA 1, Rep. 22, N°. 72a, Fasc. 15; «Beschwerde von Dörfern über die Note und Abgaben, 1700-1701». Estos documentos se tratan en Hagen, *Ordinary Prussians*, p. 85. <<

[46] Enders, *Die Uckermark*, p. 446. <<

[47] Hagen, *Ordinary Prussians*, pp. 89-93. <<

[48] Friedrich Otto von der Gröben a Federico Guillermo, Amt Zechlin, 20 de enero de 1670, en Breysig (ed.), *Die Centralstellen*, pp. 813-816. <<

[49] Hagen, *Ordinary Prussians*, p. 120. <<

[50] Es uno de los temas centrales de la obra de Hagen, *Ordinary Prussians*. Para una discusión más concisa, v. William Hagen, «The Junkers' Faithless Servants», en Richard J. Evans y W. Robert Lee (eds.), *The German Peasantry* (Londres, 1986), pp. 71-101; Robert Berdahl, «Christian Garve on the German Peasantry», *Peasant Studies*, 8 (1979), pp. 86-102; id., *The Politics of the Prussian Nobility*, pp. 47-54. <<

[51] Enders, *Die Uckermark*, p. 467. <<

[52] Sobre estos títulos, v. Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte,* vol. I, *Vom Feudalismus des Alten Reiches*, p. 82; Berdahl, *Politics of the Prussian Nobility*, pp. 45-46. <<

[53] Veit Valentin, *Geschichte der deutschen Revolution von 1848-49* (2 vols., Berlín, 1931), vol. 2, pp. 234-235. <<

[54] Sobre la evolución de la imagen de los junker como «lugar de la memoria», v., el brillante ensayo de Heinz Reif, «Die Junker», espec. pp. 521-523. <<

[55] Hagen, *Ordinary Prussians*, pp. 292-297. <<

[56] Este caso está documentado y analizado en Heinrich Kaak, «Untertanen und Herrschaft gemeinschäftlich im Konflikt. Der Streit um die Nutzung des Kietzer Sees in der östlichen Kurmark 1792-1797», en Peters, *Gutsherrschaftsgesellsehaften*, pp. 323-342. <<

[57] V, p. ej., el caso de *Frau* Von Dossow, que compró partes del estado de Zieten en Wustrau en el condado de Ruppin en 1756, consiguió, a través de la introducción de técnicas de administración estatal modernas, obtener un rápido crecimiento de la producción. Carl Brinkmann, *Wustrau. Wirtschafts—und Verfassfigsgeschichte cines brandenburgischen Rittergutes* (Leipzig, 1911), pp. 82-83. <<

[*] *Junkerin* es el femenino de *junker*. (*N. del T*) <<

[58] Así, Veit Ludwig von Seckendorff's *Teutscher Fürstenstaat*, citado en Johannes Rogalla von Bieberstein, *Adelherrschaft und Adelskultur in Deutschland* (Limburgo, 1998), p. 356. <<

[59] Ute Frevert, *Women in German History. From Bourgeois Emancipation to Sexual Liberation* (Oxford, 1989), pp. 64-5; Heide Wunder, *He is the Sun, She is the Moon: Women in Early Modern Germany*, trad, de Thomas Dunlap (Cambridge, 1998), pp. 202-208. <<

[60] Sobre este fenómeno, más en general, v. Sheilagh Ogilvie, A *Bitter Living. Women, Markets and Social Capital in Early Modern Germany* (Oxford, 2003), pp. 321-322. <<

[61] Hagen, *Ordinary Prussians*, pp. 167, 368. <<

[62] *Ibid*., p. 256. <<

[63] Ulrike Gleixner, *Das Mensch— und «Der Kerl». Die Konstruktion von Geschlecht in Unzuchtsverfahren der Frühen Neuzeit (1700-1760)* (Fráncfort, 1994), p. 15. <<

[64] Hagen, *Ordinary Prussians*, p. 499. <<

[65] Gleixner, *Unzuchtsverfahren*, pp. 116, 174. <<

[66] *Ibid*., p. l72. <<

[67] Hagen, *Ordinary Prussians*, pp. 177, 257, 258. <<

[68] Gleixner, *Unzuchtsverfahren*, pp. 176-210. <<

[69] Federico II, Testamento Político de 1752, en Dietrich, *Die politischen Testamente*, p. 261. <<

[70] Sobre la idea de que «*industrie*» era un índice de los avances en la civilización de un estado, v. Florian Schui, «Early debates about *industrie*: Voltaire and his Contemporaries (c. 1750-78)», tesis de Ph. O., Cambridge (2005); Hugo Rachel, *Wirtschaftsleben im Zeitalter des Frühkapitalismus* (Berlín, 1931), pp. 130-131; Rolf Straubel, «Bemerkungen zum Verhaltnis von Lokalbehörde und Wirtschaftsentwicklung. Das Berliner Seiden— und Baumwollgewerbe in der 2. Hälfte des 18. jahrhunderrs», *Jahrbuch für Geschichte*, 35 (1987), pp. 119-149. <<

[71] William O. Henderson, *Studies in the Economic Policy of Frederick the Great* (Londres, 1963), pp. 36, 159-160; Ingrid Mittenzwei, *Preussen nach dem Siebenjährigen Krieg. Auseinandersetzungen zwischen Bürgertum und Staat um die Wirtschaftsgeschichte* (Berlín, 1979), pp. 71-100. <<

[72] Clive Trebilcock, *The Industrialisation of the Continental Powers 1780-1914* (Harlow, 1981), p. 27. <<

[73] Citado en August Schwemann, «Freiherr von Heinitz als Chef des Salzdepartements (1786-96)», *FBPG*, 8 (1894), pp. 111-159. <<

[74] *Ibid*., pp. 112-113. <<

[75] Schieder, *Frederick the Great*, p. 209. <<

[76] Honoré-Gabriel Riquetti, Conde de Mirabeau, *De la monarchie prussienne sous Frédéric le Grand*, 18 vols., París, 1788), vol. 3, pp. 2, 7-8, 9-15, 17, 18. <<

[77] *Ibid*., vol. 3, p. 191. <<

[78] *Ibid*., vol. 3, pp. 175-176, vol. 5, pp. 334-335, 339. <<

[79] Trebilcock, *Industrialisation*, p. 28; Walther Hubatsch, *Friedrich der Grosse und die preussische Verwaltung* (Colonia, 1973), pp. 81-82. <<

[80] Johannes Feig, «Die Begründung der Luckenwalder Wollenindustrie durch Preussens Könige im achtzehnten Jahrhundert», *FBPG*, 10 (1898), pp. 79-103; la cita es de Schmoller, p. 103. <<

[81] Para una discusión sobre este problema v. Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. I, p. 109. <<

[82] Ingrid Mittenzwei, *Preussen nach dem Siebenjährigen Krieg*, pp. 71-100; Max Barkhausen, «Government Control and Free Enterprise in Western Germany and the Low Countries in the Eighteenth Century», en Peter Earle (ed.), *Essays in European Economic History* (Oxford, 1974), pp. 241-57; Stefan Gorissen, «Gewerbe, Staat und Unternehmer auf dem rechten Rheinufer», en Dietrich Ebeling (ed.), *Aufbruch in eine neue Zeit. Gewerbe, Staat und Unternehmer in den Rheinlanden des 18 Jahrhunderts* (Colonia, 2000), pp. 59-85, espec. pp. 74-76; cita de Wilfried Reininghaus, *Die Stadt Iserlohn und Hire Kaufleute (1700-1815)* (Dortmund, 1995), p. 19. <<

[83] Rolf Straubel, *Kaufleute und Manufakturuntemehmer*, pp. 11, 24, 26, 29-30, 32, 95, 97. Mi discusión resumida sobre el crecimiento de las manufacturas prusianas en este período debe mucho al notable y pionero estudio de Straubel. Un estudio más antiguo pero útil es el de la transición a la forma capitalista de producción en el sector manufacturero, con estadísticas de todas las provincias prusianas (Straubel se atiene solo a las provincias centrales), Karl Heinrich Kaufhold, *Das Gewerbe in Preussen um 1800* (Gotinga, 1978). <<

[84] Straubel, *Kaufleute und Manufakturuntemehmer*, pp. 399-400; id., «Berliner Seiden— und Baumwollgewerbe», pp. 134-5; Mittenzwei, *Preussen nach dem Siebenjährigen Krieg*, pp. 39-50. <<

[85] Straubel, *Kaufleute und Manufakturuntemehmer*, pp. 397-8, 408-9; para una visión positiva del impacto de los comisarios de impuestos en el ámbito local, desarrollos, v. Heinrich, «Staatsaufsicht und Stadtfreiheit», en Rausch (ed.), *Städte Mitteleuropas*, pp. 155-172, espec. p. 165. <<

[1] H. M. Scott, «Prussia's Emergence as a European Great Power, 1740-1763», en Dwyer (ed.), *Rise of Prussia*, pp. 153-176. <<

[2] Federico II, *De la Littérature Allemande; des défauts qu'on peut lui reprocher; quelles en sont les causes; et par quels moyens on peut les corriger* (Berlín, 1780; reimpr. Heilbronn, 1883), pp. 4-5, 10. ⁝ <<

[3] T. C. W. Blanning, *The Culture of Power and the Power of Culture. Old Regime Europe 1660-1789* (Oxford, 2002), p. 84. <<

[4] Federico II, *The Refutation of Machiavelli's Prince, or Anti-Machiavel*, introd, y trad. Paul Sonnino (Athens, 1981), pp. 157-162. <<

[5] Dietrich, *Die politischen Testamente*, pp. 657-659. <<

[6] Wolfgang Pyta, «Von der Entente Cordiale zur Aufkündigung der Bündnispartnerschaft. Die preussisch-britischen Beziehungen im Siebenjährigen Krieg 1758-1762», *FBPG*, Nuevas Series, 10 (2000), pp. 1-48. <<

[7] Para una discusión sobre las obras históricas, v. Kunisch, *Friedrich der Grosse*, pp. 102-3, 119, 218-23. <<

[8] Federico Guillermo I, *Instruction for his Successor* (1722); Federico II, *Political Testament of 1752*, ambos en Dietrich, *Die politischen Testamente*, pp. 243, 255. <<

[9] *Ibid*., p. 601. <<

[10] Jacques Brenner (ed.), *Mémoires pour servir à la vie de M. de Voltaire, écrits par lui-même* (París, 1965), p. 45. <<

[11] *Ibid*., p. 43. <<

[12] Kunisch, *Friedrich der Grosse*, p. 60. <<

[13] David Wootton, «Unhappy Voltaire, or ‘I shall Never Get Over it as Long as I Live’», *History Workshop Journal*, n.° 50 (2000), pp. 137-155. <<

[14] Giles MacDonogh, *Frederick the Great. A Life in Deed and Letters* (Londres, 1999), pp. 201-204. <<

[15] Paul Noack, *Elisabeth Christine und Friedrich der Grosse. Ein Frauenleben in Preussen* (Stuttgart, 2001), p. 107. <<

[16] *Ibid*., p. 142; Biskup, «Hidden Queen», *passim*. <<

[17] Noack, *Elisabeth Christine*, pp. 185-186. <<

[18] Federico a Duhan de Jandun, 19 March 1734, en Preuss (ed.), *Oeuvres de Frédéric II* (31 vols., Berlín, 1851), vol. 17, p. 271. <<

[19] PRO SP 90/2, 90/3, 90/4, 90/5, 90/6, 90/7. <<

[20] Charles Ingrao, *The Habsburg Monarchy 1618-1815* (Cambridge, 1994), p. 152. <<

[21] Federico Guillermo I, «Ultimo discurso» (28 de mayo de 1740), en Dietrich (ed.), *Die politischen Testamente*, p. 246. El discurso fue anotado por el ministro de Estado y del Gabinete Heinrich, conde Von Podewils. <<

[22] Walter Hubatsch, *Friedrich der Grosse und die preussische Verwaltung* (Colonia, 1973), p. 70. <<

[23] H. M. Scott, «Prussia's Emergence», en Dwyer (ed.), *Rise of Prussia*, pp. 153-176. <<

[24] Schieder, *Frederick the Great*, p. 95; Hubatsch, *Friedrich der Grosse*, p. 70; Kunisch, *Friedrich der Grosse*, p. 167. <<

[25] Schieder, *Frederick the Great*, p. 235. <<

[26] Para análisis de las batallas de las dos primeras guerras de Silesia, v. David Fraser, *Frederick the Great. King of Prussia* (Londres, 2000), pp. 91-95, 116-119, 178-184; Christopher Duffy, *Frederick the Great. A Military Life* (Londres, 1985), pp. 21-75; Dennis Showalter, *The Wars of Frederick the Great* (Harlow, 1996), pp. 38-89. <<

[27] Johannes Kunisch, «Friedrich II, der Grosse (1740-1786)», en Kroll (ed.), *Preussens Herrscher*, pp. 160-178. <<

[28] T. C. W. Blanning, «Frederick the Great and Enlightened Absolutism», en H. M. Scott (ed.), *Enlightened Absolutism. Reform and Reformers in Later Eighteenth-century Europe* (Londres, 1990), pp. 265-188. <<

[29] Kunisch, *Friedrich der Grosse*, p. 332. <<

[30] William J. McGill, «The Roots of Policy: Kaunitz in Vienna and Versailles 1749-1753» *Journal of Modern History*, 43 (1975), pp. 228-244. <<

[31] Federico II, *Anti-Machiavel*, pp. 160-162. Sobre las ambigüedades del *Anti-Machiavel*, v. Schieder, *Frederick the Great*, pp. 75-89; Kunisch, *Friedrich der Grosse*, pp. 126-128. <<

[32] Texto de situación de Kaunitz, 7 de septiembre de 1778 en Karl Otmar von Aretin, *Heiliges Römisches Reich 1776-1806. Reichsverfassung und Staatssouveränität* (2 vols., Wiesbaden, 1967), vol. 2, p. 2. <<

[33] Sobre las razones de esta derrota y el papel de Federico en ella, v. Reinhold Koser, «Bemerkung zur Schlacht von Kolin», en *FBPG*, I (1898), pp. 175-200. <<

[34] Scott, «Prussia’s Emergence», p. 175. <<

[35] Durante los últimos años de la guerra la calidad de los soldados rasos prusianos comenzó a deteriorarse por la presión de la elevada mortalidad en las filas de la infantería. Federico compensó esto hasta cierto punto improvisando el adiestramiento y el despliegue de la artillería prusiana. <<

[36] C. F. R. von Barsewisch, *Meine Kriegserlebnisse während des Siebenjährigen Krieges 1757-1763, Wortgetreuer Abdruck aus dem Tagebuche des Kgl. Preuss. General-Quartiermeister-Lieutenants C. F. R. von Barsewisch* (2.ª edic., Berlín, 1863), pp. 75, 77. <<

[37] Helmut Bleckwenn (ed.), *Preussische Soldatenbriefe* (Osnabrück, 1982), p. 18. <<

[38] Franz Reiss a su esposa, Lobositz, 6 de octubre de 1756, en Bleckwenn (ed.), *Preussische Soldatenbriefe*, p. 30. <<

[39] Barsewisch, *Meine Kriegserlebnisse*, pp. 46-51. <<

[40] [Johann] Wilhelm von Archenholtz, *The history of the Seven Years War in Germany*, trad. F. A. Catty (Fráncfort del Meno, 1843), p. 102. <<

[41] Horst Carl, «Unter fremder Hellschaft. Invasion und Okkupation im Siebenjährigen Krieg», en Kroener y Pröve (eds.), *Krieg und Frieden*, pp, 331-348. <<

[42] Conde de Saint-Germain a M. Paris Du Verney, Mühlhausen, 19 de noviembre de 1757, citado en Carl, «Invasion und Okkupation», pp. 331-332. <<

[*] Tropas irregulares croatas del imperio austríaco. (*N. del T*). <<

[43] Von Archenholtz, *Seven Years War*, p. 92. <<

[44] Horst Carl, «Invasion und Okkupation», p. 341. <<

[45] El texto de referencia clave sobre la base austro-francesa de la revolución diplomática sigue siendo Max Braubach, *Versailles und Wien von Ludwig XIV bis Kaunitz. Die Vorstadien der diplomatischen Revolution im 18 Jahrhundert* (Bonn, 1952). <<

[46] Michel Antoine, *Louis XV* (París, 1989), p. 743. <<

[47] Las citas son de Jean-Louis Soulavie, Charles de Peyssonnel y Louis Philippe Comte de Ségur respectivamente y se hallan en T. C. W. Blanning, *The French Revolutionary Wars, 1787-1802* (Londres, 1996), p. 23. <<

[48] Sobre la demonización de María Antonieta, v. los ensayos en Dena Goodman (ed.), *Marie Antoinette: Writings on the Body of a Queen* (Londres, 2003). <<

[49] Manfred Hellmann, «Die Friedenschlüsse von Nystad (1721) und Teschen (1779) ais Etappen des Vordringens Russlands nach Europa», *Historisches Jahrbuch*, 97/8 (1978), pp. 270-288. Más en general: Walther Mediger, *Moskaus Weg nach Europe. Der Aufstieg Russland zum europäischen Machtstaat im Zeitalter Friedrichs des Grossen* (Brunswick, 1952); para un análisis de más amplias consecuenias de la Guerra de los Siete Años para el sistema de estados europeos, v. H. M. Scott, *The Emergence of the Eastern Powers, 1756-1775* (Cambridge, 2001), espec. pp. 32-67. <<

[50] Cita en Christopher Duffy, *Russia's Military Way to the West: Origins and Nature of Russian Military Power 1700-1800* (Londres, 1981), p. 124. <<

[51] T. C. W. Blanning, *Joseph II* (Londres, 1994), *passim*; Ingrao, *Habsburg Monarchy*, p. 182; Werner Bein, *Schlesien in der habsburgischen Politik. Ein Beitrag zur Entstehung des Dualismus im Alien Reich* (Sigmaringen, 1994), pp. 295-322. <<

[52] Kossert, *Masuren*, p. 93. <<

[53] Federico II, Testamento Político de 1768, en Dietrich, *Die politischen Testamente*, p. 554. <<

[54] Atorf, *Der König und das Korn*, pp. 208-222. <<

[55] Gustav Schmoller y Otto Hinrze (eds.), *Die Behördenorganisation und die allgemeine Staatsverwaltung Preussens im 18. Jahrhundert* (15 vols., Berlín, 1894-1936), vol. 7 (1894), n.° 9, pp. 21-23 y n.° 69, pp. 107-108. <<

[56] Atorf, *Der König und das Korn*, pp. 202-203. <<

[57] Carl, *Okkupation und Regionalismos*, p. 415. <<

[58] Federico II, Testamento Político de 1768, en Dietrich, *Die politischen Testamente*, p. 647. <<

[59] Kunisch, *Friedrich der Grosse*, pp. 244-245. <<

[60] Federico II, «Reflections on the Financial Administration of the Prussian Government», en Dietrich, *Die politischen Testamente*, p. 723. <<

[61] H. M. Scott, «1763-1786: The Second Reign of Frederick the Great», en Dwyer (ed.), *Rise of Prussia*, pp. 177-200. <<

[62] Citado en Blanning, *French Revolutionary Wars*, p. 8. Sobre la atribución a Berenhorst, v. *ibid*., p. 32, n. 18. <<

[63] Kunisch, «Friedrich II.», p. 171. <<

[64] Federico II, Testamento Político de 1752, en Dietrich, *Die politischen Testamente*, pp. 254-461. <<

[65] Sobre las políticas de la Liga de las Princesas, que comenzó como una alianza de pequeños estados contra Prusia y los Habsburgo, v. Maiken Umbach, «The Politics of Sentimentality and the German Fürstenbund, 1779-1785», *Historical Journal*, 41, 3 (1998), pp. 679-704. <<

[66] Karl Otmar von Aretin, *Heiliges Römisches Reich: 1776-1806: Reichsverfassung und Staatssouveränität* (2 vols., Wiesbaden, 1967), vol. I, pp. 19-23; Gabriele Haug-Moritz, *Württembergischer Ständekonflikt und deutscher Dualismus: ein Beitrag zur Geschichte des Reichsverbands in der Mitte des 18.Jahrhunderts (Stuttgart*, 1992), pp. 163-199, 344-345; ead., «Friedrich der Grosse als "Gegenkaisen": Überlegungen zur preussischen Reichspolitik, 1740-1786», en Haus der Geschichte Baden-Württemberg (ed.), *Vom Feis zum Meer. Preussen und Südwestdeutschland* (Tubinga, 2002), pp. 25-44; Volker Press, «Friedrich der Grosse als Reichspolitiker», en Heinz Duchhardt (ed.), *Friedrich der Grosse, Franken und das Reich* (Colonia, 1986), pp. 25-56, espec. pp. 42-44. <<

[67] Hans-Martin Blitz, *Aus Liebe zum Vaterland. Die deutsche Nation im 18.Jahrhundert* (Hamburgo, 2000), pp. 160-163. <<

[68] Haug-Moritz, *Württembergischer Ständekonjlikt*, p. 165. <<

[69] Ramler a Gleim, 11 diciembre de 1757, en Carl Schüddekopf (ed.), *Briefwechsel zwischen Gleim und Ramler* (2 vols., Tubinga, 1907), vol. 2, pp. 306-307. <<

[70] Johann Wilhelm Archenholtz, *Geschichte des Siebenjährigen Krieges in Deutschland* (5.ª edic.; 1 vol. en 2 partes, Berlín, 1840), parte 2, pp. 165-166. <<

[71] August Friedrich Wilhelm Sack, «Danck-Predigt über 1. Buch Mose 50 v. 20 wegen des den 6ten May 1757 bey Prag von dem Allmächtigen unsern Könige verliehenen herrlichen Sieges», en id., *Drei Danck-Predigten über die von dem grossen Könige Friedrich II im Jahre 1757 erfochtenen Siege bei Prag, bei Rossbach und bei Leuthen, in demselben Jahre im Dorn zu Berlin gehalten. Zum hundertjährigen Gedächtniss der genannten Schlachten wider herausgegeben* (Berlín, 1857), p. 14. <<

[72] Cita en Blitz, *Aus Liebe zum Vaterland*, p. 179. <<

[73] Schüddekopf (ed.), *Briefwechsel*, pp. 306-7; Blitz, *Aus Liebe zum Vateriand*, pp. 171-186. <<

[74] Thomas Biskup, «The Politics of Monarchism. Royalty, Loyalty and Patriotism in Later 18th-century Prussia», Tesis de Ph. D., Cambridge (2001), p. 55. <<

[75] Thomas Abbt, «Vom Tode für das Vaterland (1761)» en Franz Brüggemann (ed.), *Der Siebenjährigen Krieg im Spiegel der zeitgenössischen Literatur* (Leipzig, 1935), pp. 47-94. <<

[76] Christian Ewald von Kleist, «Grabschrift auf den Major von Blumenthal, der den lsten Jan. 1757 bey Ostritz in der Oberlausitz in einem Scharmützel erschossen ward», en id., *Des Herm Christian Ewald von Kleist sämtliche Werke* (2 partes, Berlín, 1760), parte 2, p. 123. Este verso se cita asimismo en Abbt: «Vom Tode». <<

[77] Johannes Kunisch (ed.), *Aufklärung und Kriegserfahrung. Klassische zum Siebenjährigen Krieg* (Fráncfort del Meno, 1996), comentario sobre Abbt, p. 98. <<

[78] Friedrich Nicolai, *Das Leben und die Meinungen des Herm Magister Sebaldus Nothanker* (Leipzig, 1938), p. 34. <<

[79] Helga Schulrz (ed.), *Der Roggenpreis und die Kriege des grossen Königs. Xhronik und Rezeptsammlung des Beliner Bäckermeisters Johann Friedrish Heyde 1740 bis 1786*. (Berlín, 1988). <<

[80] Carl, *Okkupation und Regionalismus*, pp. 366-367. <<

[81] Abbt, «Vom Tode», p. 53. <<

[82] Nicolai, *Sebaldus Nothanker*, p. 34. <<

[83] Johann Wilhelm Ludwig Gleim. «Siegeslied nach der Schlacht bei Rossbach», en Brüggemann (ed.), *Der Siebenjährige Krieg*, pp. 109-117. <<

[84] Abbt, «Vom Tode», p. 66. <<

[85] Johann Wilhelm Ludwig Gleim, «An die Kriegsmuse nach der Niederlage der Russen bei Zorndorf», en Brüggemann (ed.), *Der Siebenjährige Krieg*, pp. 129-136. <<

[86] Anna Louise Karsch, «Dem Vater des Vaterlandes Friedrich dem Grossen, bei triumphierender Zurückkunft gesungen im Namen Seiner Bürger. Den 30. marzo 1763», en C. L. von Klenke (ed.), *Anna Louisa Karschin 1722-1791. Nach der Dichterin Tode nebst ihrem lebenslauff Herausgegeben von Ihrer Tochter* (Berlín, 1792); texto descargado de «Bibliotheca Augustana» *http://www.h-augsburg.de/~harsch/germanica/Chronologie/I8jh/Karsch/karintr.html*; último acceso 26 de noviembre de 2003. <<

[87] Schultz, *Der Roggenpreis*, p. 98; Kunisch, *Friedrich der Grosse*, p. 443. <<

[88] Biskup, *Politics of Monarchism*, p. 42; Kunisch, *Friedrich der Grosse*, p. 446. <<

[89] Biskup, *Politics of Monarchism*, p. 43. <<

[90] Bruno Preisendorfer, *Staatsbildung als Königskunst. Ästhetik und Herrschaft im preussischen Absolutismus* (Berlín, 2000), pp. 83-110, espec. pp. 107-109. <<

[91] Helmut Börsch-Supan, «Friedrieh der Grosse im zeitgenössisehen Bildnis», en Oswald Hauser (ed.), *Friedrich der Grosse in seiner Zeit* (Colonia, 1987), pp. 255-270. <<

[92] Eckhart Hellmuth, «Die “Wiedergebur” Friedrichs des Grossen und der “Tod fürs Vaterland”. Zum patriotischen Selbstverständnis in Preussen in der zweiten hälfte des 18.Jahrhunderts», *Aufklärung*, 1012 (1998), pp. 22-54. <<

[93] Friedrich Nicolai, *Anekdoten von König Friedrich dem Zweiten von Preussen* (Berlín y Stettin, 1788-1792; reimpr. Hildesheim, 1985), pp. I-XVII. <<

[94] Sobre los aspectos anecdóticos, más en general, v. Volker Weber, *Anekdote. Die andere Geschichte. Erscheinungsformen der Anekdote in der deutschen Literatur, Geschichtsschreibung und Philosophie* (Tubinga, 1993), pp. 25, 48, 59, 60, 62-65, 66. <<

[95] Carl, «Invasion und Okkupation», p. 347. <<

[96] Colley, *Britons*, espec. pp. 11-54. <<

[97] Hellmuth, «Die “Wiedergeburt”» p. 26. <<

[98] Esto fue una consecuencia de la anexión de la «Prusia Polaca» (anteriormente «Prusia Real»), que dejó a Federico con la sola posesión del antiguo principado de Prusia y así suprimió la necesidad del incómodo título concedido a su antepasado Federico I. <<

[99] Norman Davies, *God's Playground. A History of Poland* (2 vols., Oxford, 1981), vol. I, pp. 339-340, 511. <<

[100] Dietrich, *Die politischen Testamente*, pp. 369-375, 654-655. Sobre la controversia histórica sobre si tales reacciones constituyeron «planes» o meditaciones no planeadas, v. la introducción de Dietrich en pp. 128-147. <<

[101] La ciudad de Elbing había estado bajo administración prusiana desde 1660; las tierras del distrito de Elbing había sido adquiridas en régimen de arrendamiento por Federico I en 1698-1703. Jerzy Lukowski, *The Partitions of Poland 1772-1793, 1795* (Harlow, 1999), pp. 16-17. La metáfora de la alcachofa, como Federico supo, era una cita de Victor Amadeo de Cerdeña, que la empleó en Milán. <<

[102] Cf. Ingrid Mittenzwei, *Friedrich II von Preussen: eine Biographie* (Colonia, 1980), p. 172; Wolfgang Plat, *Deutsche und Polen. Geschichte der deutsch-polnischen Beziehungen* (Colonia, 1980), pp. 85-87; Davies, *Cod's Playground*, p. 523. <<

[103] Ernst Opgenoorth (ed.), *Handbuch der Geschichte Ost— und Westpreussens. Von der Tellung bis zum Schwedisch-Polnischen Krieg, 1466-1655* (Lüneburg, 1994), p. 22. <<

[104] Davies, *Cod's Playground*, p. 521. <<

[105] Willi Wojahn, *Der Netzedistrikt und die sozialökonomischen Verhaltnisse seiner Bevölkerung um* 1773 (Münster, 1996), pp. 16-17. <<

[106] V. p. ej., Heinz Neumeyer, *Westpreussen. Geschichte und Schicksal* (Múnich, 1993). <<

[107] William W. Hagen, *Germans, Poles and Jews. The Nationality Conflict in the Prussian East, 1772-1914* (Chicago, 1980), pp. 39-41, 43. Sobre el consenso alemán contemporáneo sobre la inferioridad polaca, v. Jörg Hackmann, *Ostpreussen und Westpreussen in deutscher und polnischer Sicht. Landeshistorie als beziehungsgeschichtliches Problem* (Wiesbaden, 1996), p. 66. <<

[108] Peter Baumgart, «The Annexation and Integration of Silesia into the Prussian State of Frederick the Great», en Mark Greengrass (ed.), *Conquest and Coalescence. The Shaping of the State in Early Modern Europe* (Londres, 1991), pp. 155-181; Hubatsch, *Friedrich der Grosse*, p. 77. <<

[109] Hans-Jürgen Bömelburg, *Zwischen polnischer Standegesellschaft und preussischem Obrigkeitsstaat. Vom Königlichen Preussen zu Westpreussen (1756-1806)* (Múnich, 1995), pp. 254-245. <<

[110] Brigitte Poschmann, «Verfassung, Verwaltung, Recht, Militar im Ermland», en Opgenoorth (ed.), *Geschichte Ost— und Westpreussens*, pp. 39-43. <<

[111] Wojahn, *Netzedistrikt*, p. 25. <<

[112] Sobre índices impositivos, v. Max Bar, *Westpreussen unter Friedrich dem Grossen* (2 vols., Leipzig, 1909), vol. 2, p. 422, espec. n. 1; Hagen, *Germans, Poles and Jews*, p. 40. <<

[113] Corni, *Stato assoluto*, pp. 304-305. <<

[114] Bar, *Westpreussen*, vol. 2, pp. 465-466; Corni, *Stato assoluto*, p. 305. <<

[115] Bar, *Westpreussen*, vol. 1, pp. 574-581. <<

[116] Bömelburg, *Zwischen polnischer Ständegesellschaft*, pp. 411, 413. <<

[117] Augusr Carl Holsche, *Der Netzedistrikt. Ein Beitrag zur Länder— und Völkerkunde mit statistischen Nachrichten* (Königsberg, 1793), citado en Wojahn, *Netzedistrikt*, p. 29. <<

[118] Neumeyer, *Westpreussen*, pp. 313-14; Bömelburg, *Zwischen polnischer Ständegesellschaft*, p. 367. <<

[119] V. Bär, *Westpreussen*, vol. 2, *passim*. <<

[120] Federico II, Testamento Político de 1752, en Dietrich, *Die politischen Testamente*, p. 283. <<

[121] Cita en Kunisch, *Friedrich der Grosse*, p. 245. <<

[122] Federico II, Testamento Político de 1752, en Dietrich, *Die politischen Testamente*, p. 329. <<

[123] Kunisch, *Friedrich der Grosse*, p. 128. <<

[124] Sobre el lugar de Wolff en el surgimiento de un concepto de estado desconocido, v. Blanning, *The Culture of Power*, p. 200. Wolff había sido expulsado de Prusia tras su conflicto con los pietistas en la Universidad de Halle en 1721. Una de las primeras cosas que emprendió Federico II tras su acceso al trono fue hacer que volviera. V. también Christian Freiherr von Wolff, *Vernimfftige Gedanken von den Gesellschaftlichen Leben der Menschen und insonderheit dem gemeinen Wesen* (Halle, 1756), pp. 212-214, 216-217, 238, 257, 345, 353, 357. <<

[125] Cita de Hubatsch, *Friedrich der Grosse*, p. 75. <<

[126] *Ibid*., p. 85. <<

[127] Blanning, *The Culture of Power*, p. 92; Hans-Joachim Giersberg, «Friedrich II und die Architektur», en Hans-Joachim Giersberg y Claudia Meckel (eds.), *Friedrich II und die Kunst* (2 vols., Potsdam 1986), vol. 2, p. 54; Hans-Joachim Giersberg, *Friedrich II als Bauherr. Studien zur Architektur des 18.Jahrhunderts in Berlin und Potsdam* (Berlín, 1986), p. 23. <<

[128] La ópera era, en teoría, solo para huéspedes invitados; pero, en realidad, era ampliamente frecuentada por los berlineses y los visitantes de la ciudad, a quienes bastaba con dar una propina al portero para poder entrar. La biblioteca real estaba abierta, igualmente, a ciertas horas del día, al público en general. <<

[129] V. Martin Engel, *Das Forum Fridericianum und die monumentalen Residenzplätze des 18.jahrhunderts*, Tesis de Ph. D. en historia del arte, Freie Universitat Berlín (2001), pp. 302-303. Esta tesis puede leerse *online* a través de las disertaciones digitales de la website Darwin en *http://www.diss.fu-berlin.de/2004/161/indexe.htm/#information*; último acceso el 24 de febrero de 2005. Sobre el Forum, v. también Kunisch, *Friedrich der Grosse*, pp. 258-259, 282. <<

[130] Hubatsch, *Friedrich der Grosse*, p. 233; Reinhart Koselleck, *Preussen zwischen Reform und Revolution. Allgemeines Landrecht, Verwaltung und soziale Bewegung von 1791 bis 1848* (Stuttgart, 1967), pp. 23-149; Hans Hattenhauer, «Preussen auf dem Weg zum Rechtsstaat», en Jörg Wolff (ed.), *Das Preussische Allgemeine Landrecht: politische, rechtliche und soziale Wechsel— und Fortivirkungen* (Heidelberg, 1995), pp. 49-67. <<

[131] ALR Einleitung §75, Hans Hattenhauer (ed.), *Allgemeines Landrecht für die preussischen Staaten von 1794* (Fráncfort del Meno, 1970). <<

[132] Federico II, Testamento Político de 1752, en Dietrich, *Die politischen Testamente*, p. 381. <<

[133] Kunisch, *Friedrich der Grosse*, pp. 293-299. <<

[134] Federico II, Testamento Político de 1768, en Dietrich, *Die politischen Testamente*, p. 519. <<

[135] Neuchâtel siguió siendo una posesión de los Hohenzollern hasta 1857, cuando fue cedida al estado suizo. Wolfgang Stribrny, *Die Könige von Preussen als Fürsten von Neuenburg-Neuchâtel (1707-1848)* (Berlín, 1998), p. 296. <<

[136] Federico II, Testamento Político de 1768, en Dietrich, *Die politischen Testamente*, p. 619. <<

[137] *Ibid*., pp. 510-511. El «Rétablissement» de Prusia Oriental fue suspendido en 1743; v. Notbohm, *Das evangelische Schulwesen*, p. 186. <<

[138] Walter Mertineit, *Die friderizianische Verwaltung in Ostpreussen. Ein Beitrag zur Geschichte derpreussischen Staatsbildung* (Heidelberg, 1958), p. 179. <<

[139] *Ibid*., pp. 183-5. <<

[140] Federico II, Testamento Político de 1752, en Dietrich, *Die politischen Testamente*, pp. 325-327. <<

[1] Immanuel Kant, «Beantwortung der Frage: Was ist Aufklärung?», en *Berlinische Monatsschrift* (de fecha 30 de septiembre de 1784, publicado en diciembre de 1784), reimpr. en *Berlinische Monatsschrift* (1783-1796) (Leipzig, 1986), pp. 89-96. <<

[2] *Ibid*., p. 90. <<

[3] Richard van Dülmen, *The Society of the Enlightenment. The Rise of the Middle Class and Enlightenment Culture in Germany*, trad. Anthony Williams (Oxford, 1992), pp. 47-8. Sobre Kant y el «lenguaje de la razón», v. Hans Saner, *Kant's Political Thought. Its Origins and Development*, trad, de E. B. Ashton (Chicago, 1973), p. 76. <<

[4] Ferdinand Runkel, *Geschichte der Freimaurerei in Deutschland* (3 vols., Berlín, 1931-2), vol. I, pp. 154-158. Sobre los masones, más en general, v. Ulrich Im Hof, *The Enlightenment*, trad. William E. Yuill (Oxford, 1994), pp. 139-145. <<

[5] Norbert Schindler, «Freimaurerkultur im 18. Jahrhundert. Zur sozialen Funktion des Geheimwissens in der entstehenden bürgerlichen Gesellschaft», en Robert Berdahl *et al*. (coords.), *Klassen und Kultur* (Fráncfort del Meno, 1982), pp. 205-262. <<

[6] *Berlinische Monatsschrift*, 2 (1783), p. 516. <<

[7] Friedrich Gedike y J. E. Biester, «Vorrede», *Berlinische Monatsschrift*, (1783), p. 1. <<

[8] Im Hof, *Enlightenment*, pp. 118-122. <<

[9] Joseph Kohnen, «Druckerei—,Verlags— und Zeitungswesen in Königsberg zur Zeit Kants und Hamanns. Das Unternehmen Johann Jakob Kanters», en id. (ed.), *Königsberg. Beiträge zu einem besonderen Kapitel der deutschen Geistesgeschichte des 18. Jahrhunderts* (Fráncfort del Meno, 1994), pp. 1-30, espec. pp. 9-10, 12-13, 15. <<

[10] Obituario por Leopold Friedrich Günther von Goeckingh (1748-1828), cita en Eberhard Fromm, «Der poetische Exerziermeister», en *Deutsche Denker*, pp. 58-63, *http://www.luise-berlin.de/bms/bmstext/9804deua.htm*; último acceso 18 de diciembre de 2003. <<

[11] Sobre «médicos de la sociedad civil», v. Isobel V. Hull, *Sexuality, State and Civil Society in Germany, 1700-1815* (Ithaca, 1996), espec. cap. 5. <<

[12] Horst Möller, *Vernunft und Kritik. Deutsche Aufklärung im 17. und 18.Jahrhundert* (Fráncfort del Meno, 1986), pp. 295-296. <<

[13] Kant, «Was ist Aufklärung?», p. 95. <<

[14] Otto Bardong (ed.), *Friedrich der Grosse* (Darmstadt, 1982), p. 542. Este paso se discute en Blanning, «Frederick the Great», en Scott (ed.), *Enlightened Absolutism*, pp. 265-288. <<

[15] Mittenzwei, *Friedrich II.*, pp. 44-5. <<

[16] Richard J. Evans, *Rituals of Retribution. Capital Punishment in Germany, 1600-1987* (Londres, 1997), p. 113. <<

[17] Matthias Schmoeckel, *Humanität und Staatsraison. Die Abschaffung der Folter in Europa und die Entwickhmg des gememen Strafprozess— und Beweisrechts seit dem hohen Mittelalter* (Colonia, 2000), pp. 19-33. <<

[18] Evans, *Rituals*, p. 122. <<

[19] Blanning, «Frederick the Great», p. 282. <<

[20] Jonathan I. Israel, *Radical Enlightenment. Philosophy and the Making of Modernity* 1650-1750 (Oxford, 2001), pp. 659-663. <<

[21] Kant, «Was ist Aufklärung?», p. 96. Un argumento semejante propone el ensayo de Kant «On the Common Saying: “This May Be True in Theory but Does Not Apply in Practice”», (publicado por primera vez en el *Berlinische Monatsschrift*, 1793); v. Immanuel Kant, *Political Writings*, ed. Hans Reiss, trad. H. B. Nisbet (2.ª ed., Cambridge, 1991), pp. 61-92. <<

[22] Blanning, *The Culture of Power*, pp. 103-182. <<

[23] Möller, *Vernunft und Kritik*, p. 303. <<

[24] La cita es del alto funcionario judicial prusiano Leopold von Kircheisen y es de 1792, seis años después de la muerte de Federico II. Citado de Hull, *Sexuality, State and Civil Society*, p. 215. <<

[25] John Moore, *A View of Society and Manners in France, Switzerland and Germany* (2 vols., 4.ª ed., Dublin, 1789; primera edic. anón. 1779), vol. 2, p. 130, cita en Blanning, «Frederick the Great», p. 287. <<

[26] Friedrich Nicolai, *Beschreibung der Koniglichen Residenzstadte Berlin und Potsdam, aller daselbst befindlicher Markwürdigkeiten und der um liegenden Gegend* (2 vols., Berlín, 1786), vol. 2, pp. 839-840. <<

[27] Hilde Spiel, *Fanny von Arnstein. Daughter of the Enlightenment 1758-1818*, trad, de Christine Shuttleworth (Oxford, 1991) pp. 15-16. <<

[28] Stern, *Der preussische Staat*, parte 3, vol. 2, *Die Zeit Friedrichs* II. (Tubinga, 1971), *passim*. <<

[29] Federico Guillermo I, Testamento Político de 1722, en Dietrich (ed.), *Die politischen Testamente*, pp. 221-243. <<

[30] Federico II, Testamento Político de 1768, en Dietrich (ed.), *Die politischen Testamente*, pp. 462-697. <<

[31] Mordechai Breuer, «The Early Modern Period», en Michael A. Meyer y Michael Brenner (eds.), *German-Jewish History in Modern Times* (4 vols., Nueva York, 1996), vol. I, *Tradition and Enlightenment* 1600-1780, pp. 79-260. <<

[32] Stefi Jersch-Wenzel, «Minderheiten in der preussischen Gesellschaft», en Büsch y Neugebauer (eds.), *Modernepreussische Geschichte*, vol. I, parte 2, pp. 486-506. <<

[33] Dorwart, *Prussian Welfare State*, p. 129; Stern, *Der preussische Staat*, parte 2, *Die Zeit Friedrich Wilhelms* L, Parte 2, Akten, doc. n.$^{o\$}$ 7, 8, 211 (y *passim*). <<

[34] J. H. Callenberg, *Siebente Fortsetzung seines Berichts von einem Versuch, das arme jüdische Volck zur Annehmung der christlichen Wahrheit anzuteiten* (Halle, 1734), pp. 92-93, 126, 142. V. también id., *Relation von einer weiteren Bemühung, Jesum Christum als den Heyland des menschlichen Gcschlcchts dem jüdischen Volcke bekannt zu machen* (Halle, 1738), pp. 134, 149. <<

[35] Michael Graetz, «The jewish Enlightenment», en Meyer y Brenner (eds.), *German-Jewish History*, vol. I, pp. 261-380. <<

[36] Charlene A. Lea, «Tolerance Unlimited: The “Noble Jew” on the German and Austrian Stage (1750-1805)», *The German Quarterly*, 64/2 (1991), pp. 167-177. <<

[37] Spiel, *Fanny von Arnstein*, p. 19; David Sorkin, *The Transformation of German Jewry, 1780-1840* (New York, 1987), p. 8 y *passim*. <<

[38] Cita en Michael Graetz, «The jewish Enlightenment», en Meyer y Brenner (eds.), *German-Jewish History*, vol. I, p. 274. <<

[39] Deborah Hertz, *Jewish High Society in Old-regime Berlin* (New Haven y Londres, 1988), pp. 95-118; Steven M. Lowenstein, *The Berlin Jewish Community. Enlightenment, Family and Crisis, 1770-1830* (Nueva York, 1994), pp. 104-110. <<

[40] Christian Wilhelm Dohm, *Über die bürgerliche Verbesserung der Juden* (2 vols., Berlín y Stettin, 1781-1783), vol. I, p. 130. <<

[41] Dohm, *Über die bürgerliche Verbesserung*, vol. 1, p. 28. Para comentarios sobre el libro y su contexto, v. R. Liberles, «The Historical Context of Dohm's Treatise on the Jews», en Friedrich-Naumann-Stiftung (ed.) *Das deutsche Judentum und der Liberalismus - German Jewry and Liberalism* (Königswinter, 1986), pp. 44-69; Horst Möller, «Aufklärung, Judenemanzipation und Staat. Ursprung und Wirkung von Dohms Schrift über die bürgerliche Verbesserung der Juden», en W. Grab (ed.), *Deutsche Aufklärung und Judenemanzipation. Internationales Symposium anlasslich der* 250. *Geburtstage Lessings und Mendelssohns (Jahrbuch des Instituts für deutsche Geschichte*, Supl. 3; Tel Aviv, 1980), pp. 119-149. <<

[42] Spiel, *Fanny von Arnstein*, p. 183. <<

[43] *Ibid*., p. 184. <<

[*] *Shtetl*: pueblo, poblado; en plural, *shtetlekh* o, también, *shtetlej*. Asentamientos judíos en Europa central y oriental (Polonia, Rusia, Rumanía, Alemania, etc.) hasta la Segunda Guerra Mundial, que solían formar barrios o sectores en localidades habitadas por no judíos. El asentamiento de mayor tamaño era el *shtot*, el de menor tamaño, *dorf*. En ellos se hablaba, además de las lenguas locales, el yiddish, con léxico en gran medida alemán. (*N. del T*). <<

[44] La obra se discute en «Becoming German, Remaining Jewish», de Michael Meyer, en Meyer y Brenner (eds.), *German-Jewish History*, vol. 2, pp. 199-250. Sobre las sátiras antijudías más en general, v. Charlene A. Lea, *Emancipation, Assimilation and Stereotype. The Image of the Jew in German and Austrian Drama (1800-1850)* (Bonn, 1978); Mark H. Gelber, «Wandlungen im Bild des "gebildeten juden" in der deutschen Literatur», *Jahrbuch des Instituts für deutsche Geschichte*, 13 (1984), pp. 165-178. <<

[45] El problema de la conversión se discute en Hertz, *Jewish High Society*; v. asimismo «Seductive Conversion in Berlin, 1770-1809», en Todd Endelman (ed.), *Jewish Apostasy in the Modern World* (Nueva York y Londres, 1990), pp. 48-82; Lowenstein, *The Berlin Jewish Community*, pp. 120-133. <<

[46] Cita en James Sheehan, *German History 1770-1866* (Oxford, 1993), p. 293. <<

[47] Ya que Federico no tuvo hijos, el derecho sucesorio pasó a su hermano menor Augusto Guillermo, que murió en 1758, dejando a su hijo como heredero del trono. <<

[48] Kunisch, *Friedrich der Grosse*, p. 285. <<

[49] David E. Barclay, «Friedrich Wilhelm II (1786-1797)», en Kroll (ed.), *Preussens Herrscher*, pp. 179-196. <<

[50] Thomas P. Saine, *The Problem of Being Modern. Or, the German Pursuit of Enlightenment from Leibniz to the French Revolution* (Detroit, 1997), p. 300. <<

[51] Dirk Kemper (ed.), *Missbrauchte Aufklärung? Schriften zum preussischen Religionsedikt vom 9.Juli 1788* (Hildesheim, 1996); Ian Hunter, «Kant and the Prussian Religious Edict. Metaphysics within the Bounds of Political Reason Alone» (informe) Centre of the History of European Discourses, Universidad de Queensland, acceso *online* en *http://eprint.uq.edu.au/archive/00000396/01/hunterkant.pdf*; último acceso 30 de diciembre de 2003. <<

[52] V. los comentarios del redactor y traductor en A. W. Wood y G. Di Giovanni (eds.), *Immanuel Kant: Religion and Rational Theology* (Cambridge, 1996); Saine, *The Problem of Being Modern*, pp. 289-309; Paul Schwartz, *Der erste Kulturkampf in Preussen um Kirche und Schule (1788-1798)* (Berlín 1925), pp. 93-107; Klaus Epstein, *The Genesis of German Conservatism* (Princeton, 1966), pp. 360-368. <<

[53] Esta visión de Wöllner se expone de forma persuasiva en Michael J. Sauter, «Visions of the Enlightenment: The Edict on Religion of 1788 and Political Reaction in Eighteenth-Century Prussia», Tesis de Ph. D., Departamento de Historia, Universidad de California, Los Angeles (2002). <<

[54] Kemper, *Missbrauchte Aufklärung?*, p. 227. <<

[55] Para una interesante discusión sobre el edicto, que presenta útiles comparaciones con el lenguaje del Código Legal prusiano, v. Nicholas Hope, *German and Scandinavian Protestantism, 1700 to 1918* (Oxford, 1995), pp. 312-313. Sobre las huellas del Iluminismo en el edicto, v. espec. Pritz Valjavec, «Das Woellnersche Religionsedikt und seine geschichtliche Bedeutung», *Historisches Jahrbuch*, 72 (1952), pp. 386-400. Sobre las opiniones instrumentales de la religión, v. Epstein, *Genesis*, p. 150. <<

[56] Kurt Nowak, *Geschichte des Christenthums in Deutschland. Religion, Politik und Gesellschaft vom Ende der Aufklärung bis zur Mitte des 20. Jahrhunderts* (Múnich, 1995), pp. 15-36. <<

[57] Hunter, «Kant and the Prussian Religious Edict», p, 7. <<

[58] *Ibid*. pp. 11-12. <<

[59] Federico Guillermo II, orden del gabinete, 10 de septiembre de 1788, citado en Klaus Berndl, «Neues zur Biographie von Ernst Ferdinand Klein», en Eckhart Hellmuth, Immo Meenken y Michael Trauth (eds.), *Zeitenwende? Preussen um 1800* (Stuttgart, 1999), pp. 139-182. <<

[60] Sainé, *The Problem of Being Modern*, pp. 294-308. <<

[61] Berndl, «Ernst Ferdinand Klein», pp. 162-164. <<

[62] Wilhelm Schrader, *Geschichte der Friedrichs-Universitat zu Halle* (2 vols., Berlín, 1894), vol. I, p. 521; Epstein, *Genesis*, pp. 364-7; Berndl, «Ernst Ferdinand Klein», pp. 167-170. <<

[63] Horst Möller, *Aufklärzmg in Preussen. Der Verleger, Publizist und Geschichtsschreiber Friedrich Nicolai* (Berlín, 1974), p. 213. <<

[64] Axel Schumann, «Berliner Presse und Französische Revolution: Das Spektrum der Meinungen unter preussischer Zensur 1789-1806», Tesis de Ph. D., Technische Universitat, Berlín (2001), acceso *online* en *http://webdoc.gwdg.de/ebook/p/2003/tuberlin/Schumann axel.pdf*; ultimo acceso 31 diciembre de 2003, espec, pp. 227-241. <<

[65] *Journal des Luxus*, 11 (1796), p. 428, Cita en Hellmuth, «Die “Wiedergeburt”», pp. 21-52. <<

[66] Para una excelente panorámica de la vida social en Berlín en esta época, sobre la que se basan los dos párrafos siguientes, v. Florian Maurice, *Freimaurerei um 1800. Ignaz Aurelius Fessler und die Reform der Grossloge Royal York in Berlin* (Tubinga, 1997), pp. 129-166. <<

[67] Gerhard Ritter, *Stein. Eine politische Biographie* (Stuttgart, 1958), pp. 29, 31, 34, 37, 39, 40; Guy Stanton Ford, *Stein and the Era of Reform in Prussia, 1807-1815* (2.ª ed. Gloucester, MA, 1965), pp. 4-26, 31-32. <<

[68] Ford, *Stein*, pp. 33-34. <<

[69] Rutter, *Stein*, p. 71. <<

[70] Silke Lesemann, «Prägende Jahre. Hardenbergs Herkunft und Amtstatigkeit in Hannover und Braunschweig (1771-1790)», en Thomas Stamm-Kuhlmann (ed.), *«Freier Gebrauch der Kräfte». Eine Bestandaufnahme der Hardenberg-Forschung* (Múnich, 2001), pp. 11-30. <<

[71] Lesemann, «Prägende Jahre», pp. 18-25. <<

[72] Durante mucho tiempo se ha estado de acuerdo sobre el hecho de que Ansbach y Bayreuth caerían bajo Prusia a la muerte del margrave Hohenzollern reinante. En 1792, sin embargo, por la presión de los acontecimientos en Francia y de sus propias e inmensas deudas, permitió que Berlín «comprase su parte» prematuramente. <<

[73] Andrea Hofrneister-Hunger, *Pressepolitik und Staatsreform. Die Institutionalisierung staatlicher Öfentlichkeitsarbeit bei Karl August von Hardenberg* (1792-1822) (Gotinga, 1994), pp. 32-47; Rudolf Endres, «Hardenbergs frankisches Reformmodell», en Stamm-Kuhlmann (ed.), *Hardenberg-Forschung*, pp. 31-49. <<

[74] Rudolf Endres, «Hardenbergs frankisches Reformmodell», pp. 45-46. <<

[75] Rolf Straubel, *Carl August von Struensee. Preussische Wirtschafts— und Finanzpolitik im ministeriellen Kräftespiel (1786-1804/06)* (Potsdam, 1999), pp. 112-117. <<

[76] Manfred Gailus, «Moralische Ökonomie» und Rebellion in Preussen vor 1806: Havelberg, Halle und Umgebung, *FBPG* (Nueva Serie), 11 (2001), pp. 77-100, espec. pp. 95-97. <<

[77] Sobre el uso de las nuevas provincias periféricas del Sur y de la Nueva Prusia Oriental como «laboratorios» de reforma administrativa, v. Ingeborg Charlotte Bussenius, *Die Preussische Verwaltung in Süd— und Neuostpreussen* 1793-1806 (Heidelberg, 1960), pp. 314-315. <<

[78] Hans Hattenhauer, «Das ALR im Widerstreit der Politik», en Jörg Wolff (ed.), *Das Preussische Allgemeine Landrecht. Politische, rechtliche und soziale Wechsel— und Fortwirkungen* (Heidelberg, 1995), pp. 31-48. <<

[79] ALR § 1 Einleitung. Para una discusión de este paso, v. Hattenhauer, «Preussen auf dem Weg» en Wolff (ed.), *Das Preussische Allgemeine Landrecht*, pp. 49-67. <<

[80] ALR §22 Einleitung. <<

[81] Thilo Ramm, «Die friderizianische Rechtskodifikation und der historische Rechtsvergleich», en Wolff (ed.), *Das Preussische Allgemeine Landrecht*, pp. 1-30. <<

[82] Sobre esto, v. Günther Birtsch, «Die preussische Sozialverfassung im Spiegel des Allgemeinen Landrechts für die preussischen Staaten von 1794», en Wolff (ed.), *Das Preussische Allgemeine Landrecht*, pp. 133-147. Para una discusión sobre temas corporativistas más en general en el código, v. Andreas Schwennicke, *Die Entstehung der Einleitung des Preussischen Allgemeinen Landrechts von 1794* (Fráncfort del Meno, 1993), pp. 34-43, 70-105. <<

[83] ALR §§ 147, 161-72, 185-87, 227-30, 308, 309. Birtsch, «Die preussische Sozialverfassung», p. 143. Sobre el ALR como intento de unir los principios absolutistas con los corporatistas, v. Günther Birtsch, «Gesetzgebung und Representatin im spaten Absolutismus. Die Mirwirkung der preussischen Provinzialstände bei der Entstehung des Algemeinen Landrechts», *Historische Zeitschrift*, 202 (1969), pp. 265-294; Koselleck, *Preussen zwischen Reform und Revolution*, pp. 23-149. <<

[84] ALR Einleitung, «Quelle des Rechts». Sobre esto, v. asimismo Monika Wienfort, «Zwischen Freiheit und Fürsorge. Das Allgemeine Landrecht im 19.Jahrhundert», in Parrick Bahners y Gerd Roellecke (eds.), *Preussische Stile. Ein Staat ais Kunstück* (Stuttgart, 2001), pp. 294-309. <<

[85] Para un argumento en este sentido, v. Detlef Merten, «Die Rechtsstaatlichkeit im Allgemeinen Landrecht», en Friedrich Ebel (ed.), *Gemeinwohl - Freiheit —Vemunft —Rechtsstaat. 200 Jahre Allgemeines Landrecht für die preussischen Staaten* (Berlín, 1995/ pp. 109-138. <<

[86] Heinrich Treitschke, *Deutsche Geschichte im neunzehnten Jahrhundert* (5 vols., Leipzig, 1927), vol. I, p. 77. <<

[87] *Madame* de Staël, *De l'Allemagne* (2.ª edic, París, 1814), pp. 141-142. <<

[1] Ernst Wangermann, «Preussen und die revolucionären Bewegungen in Ungarn und den österreichischen Niederlanden zur Zeit der französischen Revolution», in Otto Büsch y Monika Neugebauer-Wölk (eds.), *Preussen. und die revolutionäre Herausforderung seit 1789* (Berlín, 1991), pp. 22-85. <<

[2] Monika Neugebauer-Wölk, «Preussen und die Revolution in Lüttich. Zur Politik des Christian Wilhem von Dohm, 1789/90», en Büsch y Neugebauer-Wölk (eds.), *Preussen und die revolutionäre Herausforderung*, pp. 59-76. <<

[3] Wangermann, «Preussen und die revolucionären Bewegungen», p. 82. <<

[4] Paul W. Schroeder, *The Transformation of European Politics 1763-1848* (Oxford, 1994), pp. 66, 76; Brendan Simms, *The Struggle for Mastery in Germany, 1779-1850* (Londres, 1998), pp. 56-57. <<

[5] El texto de la Declaración puede verse *online* en *NapoleonSeries.org*, Reference Library of Diplomatic Documents, Declaración de Pillnitz, ed. Alex Stavropoulos, *http://www.napoleonseries.org/reference/diplomatic/pillnitz.cfm*; último acceso 13 de enero de 2004. <<

[6] *Ibid*. <<

[7] Sobre el impacto de Pillnitz, v. Gary Savage, «Favier's Heirs. The French Revolution and the Secret du Roi», *Historical Journal*, 41/1 (1998), pp. 225-258; Gunther E. Rothenberg, «The Origins, Causes and Extension of the Wars of the French Revolution and Napoleon», *Journal of Interdisciplinary History*, 18/4 (1988), pp. 771-793, espec. pp. 780-781; T. C. W. Blanning, *Origins of the French Revolutionary Wars* (Londres, 1986), pp. 100-101; Patricia Chastain Howe, «Charles-François Dumouriez and the Revolutionizing of French Foreign Affairs in 1792», *French Historical Studies*, 14/3 (1986), pp. 367-390. <<

[8] «The Proclamation of the Duke of Brunswick», en J. H. Robinson (ed.), *Readings in European History* (2 vols., Boston, 1906), vol. 2, pp. 443-445. Este texto puede consultarse también *online* en Hanóver Historical Texts Project, *http://history.hanover.edu/texts/bruns.htm*; último acceso 13 de enero de 2004. Sobre el origen del Manifiesto, v. Hildor Arnold Barron, «The Origins of the Brunswick Manifesto», *French Historical Studies*, 5 (1967), pp. 146-169. <<

[9] Cita en Lukowski, *Partitions*, p. 140. <<

[10] Hertzberg a Lucchesini, cita en *ibid*., p. 143. <<

[11] Para relatos generales de la segunda partición, v. Michael G. Müller, *Die Teilungen Polens: 1772, 1793, 1795* (Múnich, 1984), espec. pp. 43-50; Lukowski, *Partitions*, pp. 128-158. <<

[12] Esta mezcla de citas está tomada de Heinrich von Sybel, *Geschichte der Revolutionszeit von 1789 bis 1800* (5 vols., Stuttgart, 1898), vol. 3, p. 276; Heinrich von Treitschke, *Deutsche Geschichte im neunzehnten Jahrhundert* (5 vols., Leipzig, 1894), vol. 1, p. 207; Rudolf Ibbeken, *Preussen, Geschichte eines Staates* (Stuttgart, 1970), pp. 106-107; Golo Mann, *Deutsche Geschichte des 19. und 20. Jahrhunderts* (Fráncfort del Meno 1992). Estos puntos de vista se discuten y analizan en Philip G. Dwyer, «The Politics of Prussian Neutrality 1795-1805», *German History*, 12 (1994), pp. 351-373. <<

[13] Sobre la crisis financiera, v. Aretin, *Reich*, vol. 1, p. 318. Sobre los nexos con el «partido de la paz», v. Willy Real, «Die preussischen Staatsfinanzen und die Anbahnung des Sonderfriedens von Basel 1795», *FBPG*, I (1991), pp. 53-1 <<

[14] Dwyer, «Politics», p. 357. <<

[15] Schroeder, *Transformation*, espec. pp. 144-150. <<

[16] V. Brendan Simms, *The Impact of Napoleon. Prussian High Polities, Foreign Policy and Executive Reform, 1797-1806* (Cambridge, 1997), pp. 101-105. <<

[17] Aretin, *Reich*, vol. I, p. 277; Sheehan, *German History*, p. 278; Simms, Struggle for Mastery, p. 62. <<

[18] Citado en *ibid*., pp. 60-61. <<

[19] [S.?] Leszczinski (ed.), *Kriegerleben des Johann von Borcke, weiland Kgl:Preuss Oberstlieutenants. 1806-1815* (Berlín, 1888), pp. 46-48. <<

[20] Hermann von Boyen, *Denkwürdigkeitmund Erinnerungen* (2 vols.; edic. revis. Leipzig, 1899), vol. I, pp. 171-172, citado en Sheehan, *German history*, p. 234 <<

[21] Citado en Dwyer, «Politics», p. 361. Sobre la transición de una neutralidad como expediente a una de principio, v. pp. 358-367. <<

[22] Simms, *Impact of Napoleon*, pp. 148-156; Dwyer, «Politics» p. 365. <<

[23] Gregor Schollgen, «Sicherheit durch Expansion? Die aussenpolitischen Lageanalysen der Hohenzollern im 17. und 18. Jahrhundert im Lichte des Kontinuitätsproblems in der preussischen und deutschen Geschichte», *Historisches Jahrbuch*, 104 (1984), pp. 22-45. <<

[24] Klaus Zernack, «Polen in der Geschichte Preussens», en Otto Büsch *et al*. (eds.), *Handbuch der preussischen Geschichte*, vol. 2, *Das Neunzehnte Jahrhundert und grosse Themen der Geschichte Preussens* (Berlín, 1992), pp. 377-448; id., «Preussen-Frankreich-Polen. Revolution und Teilung», en Büsch y Neugebauer-Wölk (eds.), *Preussen*, pp. 22-40; William W. Hagen, «The Partitions of Poland and the Crisis of the Old Regime in Prussia, 1772-1806», *Central European History*, 9 (1976), pp. 115-128. <<

[25] Estos temas se discuten en Torsten Riotte, «Hanóver in British Policy 1792-1815», Tesis de Ph. D., Universidad de Cambridge (2003). <<

[26] Este punto lo proporciona Reinhold Koser en «Die preussische Politik, 1786-1806» en id., *Zur preussischen und deutschen Geschichte* (Stuttgart, 1921), pp. 202-268. <<

[27] Sobre la crisis de Rumbold, v. Simms, *The Impact of Napoleon*, pp. 159-167, 277, 285. <<

[28] Cita en McKay, *Great Elector*, p. 105. <<

[29] Brendan Simms, «The Road to Jena: Prussian High Politics, 1804-1806», *German History*, 12 (1994), pp. 374-394. Para un análisis más completo del papel entre los adversarios, v. id., *Impact of Napoleon*, espec. pp. 285-291. <<

[30] Haugwitz a Lucchesini, 15 de junio de 1806, citado en Simms, «The Road to Jena», p. 386. <<

[31] Estas rivalidades se analizan en Simms, *ibid*. <<

[32] Este resumen se ha tomado de Ford, *Stein*, pp. 105-106. <<

[33] Citado en *ibid*., p. 106. <<

[34] Hardenberg, memorando del 18 de junio de 1806, citado en Simms, «The Road to Jena», pp. 388-389. <<

[35] Thomas Stamm-Kuhlmann, *König in Preussensgrosser Zeit. Friedrich Wilhelm III, der Melancholiker auf dem Thron* (Berlín, 1992), pp. 229-231. <<

[36] Federico Guillermo III a Napoleón, Naumburg, 26 septiembre de 1806, en Leopold von Ranke (ed.), *Denkwürdigkeiten des Staatskanzlers Fürsten von Hardenberg* (5 vols., Leipzig, 1877), vol. 3, pp. 179-187. <<

[37] Napoleón a Federico Guillermo III, 12 de octubre de 1806, en Eckart Klessmann (ed.), *Deutschland unter Napoleon in Augenzeugenberichten* (Múnich, 1976), pp. 123-126. <<

[38] Para una lúcida discusión de las mejoras militares y de una comparación con la capacidad francesa, v. Dennis Showalter, «Hubertusberg to Auerstadt: The Prussian Army in Decline?», *German History*, 12 (1994), pp. 308-333. <<

[39] Michel Kérautret, «Frédéric II et l'opinion française (1800-1870). La compétition posthurne avec Napoléon», *Francia*, 28/2 (2001), pp. 65-84. <<

[40] Memorias del oficial sajón Karl Heinrich von Einsiedel, cita en Klessmann (ed.), *Deutschland unter Napoleon*, pp. 147-8; Karl-Heinz Blaschke, «Von Jena 1806 nach Wien 1815, Sachsen zwischen Preussen und Napoleon», en Gerd Fesser y Reinhard Jonscher (eds.), *Umbruch im Schatten Napoleons. Die Schlachten von Jena und Auerstedt und ihre Folgen* (Jena, 1998), pp. 143-156. <<

[1] *Lady* Jackson, *The Diaries and Letters of Sir George Jackson from the Peace of Amiens to the Battle of Talavera* (2 vols., Londres, 1872), vol. 2, p. 53. <<

[2] Federico Guillemro III, «Eigenhändiges Konzept des Königs zu dem Publicandum betr. Abstellung verschiedener Missbräuche bei der Armee, Ortelsburg», 1 de diciembre de 1806, GStA Berlín-Dahlem, HA VI, NL Friedrich Wilhelm III, Nr. 45/r, ff. 13-17. <<

[3] *Ibid*., f. 17; este aspecto del documento se discute en Stamm-Kuhlmann, *König in Preussens grosser Zeit*, pp. 245-6. Sobre los castigos impuestos posteriormente a oficiales considerados culpables de abandono del deber, v. Craig, *Politics of the Prussian Army*, p. 42. Sobre la implicación del rey más generalmente en la reforma militar, v. Alfred Herrmann, «Friedrich Wilhelm III und sein Anteil an der Heeresreformbis 1813», *Historische Vierteljahrsschrift*, 11 (1908), pp. 484-516. <<

[4] Berdahl, *Politics of the Prussian Nobility*, pp. 107-8; Bernd Münchow-Pohl, *Zwischen Reform und Krieg. Untersuchungen zur Bewusstseinslage in Preussen* 1809-1812 (Gotinga, 1987), pp. 94-131, espec. pp. 108-109. <<

[5] Sobre la cuestión de si la reforma se vio forzada en el estado prusiano por el trauma exterior de la derrota o tenía arraigo en una tradición reformista propia ha sido un tema controvertido: para resúmenes del debate v. T. C. W. Blanning, «The French Revolution and the Modernisation of Germany», *Central European History*, 22 (1989), pp. 109-29; Paul Nolte, «Preussische Reformen und preussiscbe Geschichte: Kritik und Perspektiven der Forscbung», *FBPG*, 6 (1996), pp. 83-95. Sobre la derrota como experiencia traumática, v. Ludger Herrmann, «Die Schlachten von Jena und Auerstedt und die Genese der politischen Öfentlichkeit in Preussen», en Fesser y Jonscher (eds.), *Umbruch im Schatten Napoleons*, pp. 39-52. <<

[6] J. R. Seeley, *Life and Times of Stein, or Germany and Prussia in the Napoleonic Age* (3 vols., Cambridge, 1878), vol. 1, p. 32. <<

[7] Citado en Stamm-Kuhlmann, *König in Preussensgrosser Zett*, p. 255. <<

[8] «Nicht dem Purpur, nicht der Krone/ räumt er eitlen Vorzug ein! Er ist Bürger auf dem Throne,/ und sein Stolz ist’s Mensch zu sein» (trad, del autor). Sobre este poema v. Thomas Stamm-Kuhlmann, «War Friedrich Wilhelm III von Preussen ein Bürgerkönig?», *Zeitschrift für Historische Forschung*, 16 (1989), pp. 441-460. <<

[9] Citado en *ibid*. <<

[10] Cita en Joachim Bennewitz, «Königin Luise in Berlin», *Berlinische Monatsschrift*, 71, 2000,pp. 86-92, acceso *online* en *http://www.berlinischemonatsschrift.de/bms/bmstxt00/0007gesa.htm; último acceso* 21 de marzo de 2004. <<

[11] V. Rudolf Speth, «Königin Luise von Preussen —deutscher Nationalmythos im 19. Jahrhundert», en Sabine Berghahn y Sigrid Koch (eds.), *Mythos Diana —non der Princess of Wales zur Queen of Hearts* (Giessen, 1999), pp. 265-285. <<

[12] Cita en Thomas Stamm-Kulilmann, «War Friedrich Wilhelm III von Preussen ein Bürgerkönig?», p. 453. <<

[13] V. Philipp Demandt, *Luisenkult. Die Unsterblichkeit der Königin von Preussen* (Colonia, 2003), p. 8. <<

[14] Cita en Paul Bailleu, *Königin Luise. Ein Lebensbild* (Berlín, 1908), p. 258. <<

[15] Stamm-Kuhlmann, *König in Preussens grosser Zeit*, p. 318. <<

[16] Richard J. Evans, *Tales from the German Underworld* (New Haven, 1998), pp. 31-35, 46. Sobre las reformas penales de estos años, v. Jürgen Regge, Das Reformprojekt eines «Allgemeinen Criminalrechts für die preussischen Staaten (1799-1806)», en Hans Hattenhauer y Götz Landwehr (eds.), *Das nachfriderizianische Preussen 1786-1806* (Heidelberg, 1988;, pp. 189-233. <<

[17] Cita de Federico Guillermo de Rudolf Stadelmann, *Preussens Könige in ihrer Tätigkeit für die Landescultur* (4 vols., Leipzig, 1878-1887, reimpr. Osnabrück, 1965), vol. 4, pp. 209-210, 213-214; Informe del Directorio General, 15 de marzo de 1800, citado en Stamm-Kuhlmann, *König in Preussens grosser Zeit*, p. 156. <<

[18] Otto Hintze, «Preussische Reformbestrebungen vor 1806», *Historische Zeitschrift, 76* (1896), pp. 413-443; Hartmut Harnisch, «Die agrarpolitischen Reformmassnahmen der preussischen Staatsführung in dem Jahrzehnt vor 1806-1807» *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, 1977/3, pp. 129-154. <<

[19] Thomas Welskopp, «Sattelzeitgenossen. Freiherr Karl vom Stein zwischen Bergbauverwaltung und gesellschaftlicher Reform in Preussen», *Historische Zeitschrift*, 271/2 (2000), pp. 347-372. <<

[20] Sobre la «poco entusiasta y vacilante» calidad de la política exterior de Hardenberg antes de 1806, v. Reinhold Koser, «Umschau auf dem Gebiete der brandenburg-preussischen Geschichtsforschung», *FBPG*, I (1888), pp. 1-56. <<

[21] Hans Schneider, *Der preussische Staatsrat, 1817-1914. Ein Beitrag zur Verfassungs und Rechtsgeschichte Preussens* (Múnich, 1952), pp. 21-22. <<

[22] El argumento de que las reformas aceleraron la burocratización de la monarquía prusiana proviene de Rosenberg, *Bureaucracy*, *passim*. La rotunda afirmación de Rosenberg sobre que esa reforma burocrática representó una *puja corporativa* por parte de la burocracia que actuaba como un «Cuarto Estado» para usurpar la autoridad del monarca ha sido muy criticada por Simms en *Impact of Napoleon*, pp. 25, 306-312. <<

[23] Ritter, *Stein*, pp. 145-155. <<

[24] Ernst Rudolf Huber, *Heer und Staat in der deutschen Geschichte* (Heidelberg, 1938), p. 115-123, 312-320. <<

[25] Craig, *Politics of the Prussian Army*, p. 31; Simms, *Impact of Napoleon*, pp. 132, 323. <<

[26] William O. Shanahan, *Prussian Military Reforms (1786-1813)* (Nueva York, 1945), pp. 75-82; Craig, *Politics of the Prussian Army*, pp. 24, 28. <<

[27] Craig, *Politics of the Prussian Army*, pp. 29-32. La conversación de Federico Guillermo con el tutor de su hijo, el general Johann Heinrich von Minutoli, se cita en Stamm-Kuhlmann, *König in Preussens grosser Zeit*, pp. 340-41. Sobre el apoyo del rey a la reforma militar, v. Seeley, *Stein*, vol. 2, p. 118. <<

[28] Emil Karl Georg von Conrady, *Leben und Wirken des Generals Carl von Grolman* (3 vols., Berlín, 1894-6), vol. 1, pp. 159-162. <<

[29] Cita en Huber, *Heer und Staat*, p. 128. <<

[30] Showalter, «Hubertusberg to Auerstadt», p. 315; Manfred Messerschmidt, «Menschenführung im preussischen Heer von der Reformzeit bis 1914», en Militärgescbichtliches Forschungsamt (ed.), *Menschenführung im Heer* (Herford, 1982), pp. 81-112, espec. 84-85. <<

[31] Peter Paret, «The Genesis of “On War”», y Michael Howard, «The influence of Clausewitz», en Carl von Clausewitz, *On War*, ed. y trad. Michael Howard y Peter Paret (Londres, 1993), pp. 3-28, 29-49. <<

[32] Cita en Stadelmann, *Preussens Könige*, vol. 4, p. 327. <<

[33] Hagen, *Ordinary Prussians*, p. 598. <<

[34] Doy las gracias a Sean Eddie, que está preparando su Tesis de Ph. D. sobre la historia fiscal de Prusia c. 1750-1850, por aclarar este aspecto del sistema agrario. <<

[35] Karl Heinrich Kaufhold, «Die preussische Gewerbepolitik im 19.Jahrhundert (bis zum Erlass der Gewerbeordnung für den norddeutsehen Bund 1869) und ihre Spiegelung in der Geschichtsschreibung der bundesrepublik Deutschland», en Bernd Sösemann (ed.), *Gemeingeist und Bürgersinn. Die preussischen Reformen* (Berlín, 1993/ pp. 137-160. <<

[36] Hagen, *Ordinary Prussians*, pp. 612, 614;Berdahl, *Politics of the Prussian Nobility*, p. 118. <<

[37] Hartmut Harnisch, «Vom Oktoberedikt des Jahres 1807 zur Deklaration von 1816. Problematik und Charakter der preussischen Agrarreformgesetzgebung zwischen 1807 und 1816», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte* (Sonderband, 1978), pp. 231-293. <<

[38] Argumentos contemporáneos sobre este efecto se comentan en Georg Friedrich Knapp, *Die Bauernbefreiung und der Ursprung der Landarbeiter in den äteren Theilen Preussens* (2 vols., Leipzig, 1887), vol. 1, p. 113. Sobre el liberalismo económico de Schön, v. Berdahl, *Politics of the Prussian Nobility*, pp. 116-117. <<

[39] Diario de Leopold von Gerlach, 1 de mayo 1816, BA Potsdam, NL von Gerlach, 90 Ge 2, BL 9. <<

[40] Ewald Frie, *Friedrich August Ludwig von der Marwitz*, 1777-1837. *Biographien eines Preussen* (Paderborn, 2001), espec. pp. 333-341. <<

[41] Altenstein, memorando para Hardenberg, Riga, 11 de septiembre de 1807, cita en Clemens Menze, *Die Bildungsreform Wilhelm von Humboldts* (Hanóver, 1975), p. 72. <<

[42] Martina Bretz, «Blick in Preussens Blüte: Wilhelm von Humboldt und die "Bildung der Nation"», en Bahners y Roellecke (eds.), *Preussische Stile*, pp. 235-248; Tilman Borsche, *Wilhelm von Humboldt* (Múnich, 1990), p. 26. <<

[43] Borsche, *Humboldt*, p. 60. <<

[44] Wilhelm von Humboldt, «Der Königsberger und der litauische Schulplan», en Albert Leitzmann (ed.), *Gesammelte Schrifien* (17 vols., Berlín, 1903-1936), vol. 13, pp. 259-283. <<

[45] Menze, *Bildungsreform*, pp. 320-21; Borsche, *Humboldt*, pp. 62-65. <<

[46] Koselleck, *Preussen*, p. 194. <<

[47] Hardenberg, memorando del 5 de marzo de 1809, citado en Ernst Klein, *Von der Reform zur Restauration. Finanzpolitik und Reformgesetzgebung des preussischen Staatskanzlers Karl August von Hardenberg* (Berlín, 1965), p. 23. <<

[48] Ilja Mieck, «Die verschlungenen Wege der Städtereform in Preussen (1806-1856)», en Bernd Sösemann (ed.), *Gemeingeist und Bürgersinn*, pp. 53-83, espec. pp. 82-83. <<

[49] Stefi Jersch-Wenzel, «Legal Status and Emancipation», en Michael A. Meyer y Michael Brenner (eds.), *German-Jewish History in Modern Times*, vol. 2, *Emancipation and Acculturation: 1780-1871* (Nueva York, 1997), pp. 5-49. <<

[50] Humboldt, Informe del 17 de julio de 1809, en Ismar Freund (ed.), *Die Emanzipation der juden in Preussen unter besonderer Berücksichtigung des Gesetzes vom 11. März* 1812. *Ein Beitrag zur Rechtsgeschichte der juden in Preussen* (2 vols., Berlín, 1912), vol. 2, pp. 269-282. <<

[51] Cita de *Sulamith* in Bildarchiv preussischer Kulturbesitz (ed.), *Juden in Preussen. Ein Kapitel deutscher Geschichte* (Dortmund, 1981), p. 159. <<

[52] Horsr Fischer, *Judentum, Staat und Heer in Preussen im frühen 19.Jahrhundert. Zur Geschichte der staatlichen Judenpolitik* (Tubinga, 1968), pp. 28-29. <<

[53] El texto del edicto puede verse en Anton Doll, Hans-Josef Schmidt, Manfred Wilmanns, *Der Weg zur Gleichberechtigung der Juden* (=Veröffentlichungen der Landesarchiwerwaltung Rheinland-Pfalz, 13, Coblenz, 1979), pp. 45-48. <<

[54] Memorando del 13 de mayo de 1809, por el consejero de estado Köhler, en Freund, *Emanzipation der Juden in Preussen*, vol. 2, pp. 251-252. <<

[55] Por un informe que pone de relieve el carácter a largo plazo del cambio societal y administrativo durante el período comprendido entre los decenios *c*. 1780 y *c*. 1847, v. Koselleck, *Preussen*. Para una visión a largo plazo semejante de la reforma en Baviera, Walter Demel, *Der bayerische Staatsabsolutismus* 1806/08-1817. *Staats— und Gesellschaftspolitische Motivationen und Hintergründe der Reforäara in der ersten Phase des Königreichs Bayern* (Múnich, 1983) menciona este largo período de ajustes y acomodamiento bajo la rúbrica «absolutismo reformador». Para una discusión sobre el debate historiográfico sobre estas cuestiones, v. Paul Nolte, «Vom Paradigma zur Peripherie der hisrorischen Forschung? Geschichten der Verfassungspolirik in der Reformzeit», en Stamm-Kuhlmann, «*Freier Gebrauch der Kräfte*», pp. 197-216. <<

[56] Las fricciones y el malestar burocrático son un tema central en Barbara Vogel, *Allgemeine Gewerbefteiheit. Die Reformpolitik des preussischen Staatskanzlers Hardenberg (1810-1820)* (Gotinga, 1983), pp. 224-225 y *passim*. <<

[57] Comentario de Theodor von Schön, citado en Monika Wienfort, *Patrimonialgerichte in Preussen. Ländliche Gesellschaft und bürgerliches Recht 1770-1848/49* (Gotinga, 2001), p. 86. <<

[58] Sobre las protestas campesinas como factor retardador, v. Clemens Zimmermann, «Preussische Agrarreformen in neuer Sicht», en Sösemann (ed.), *Gemeingeist und Bürgersinn*, pp. 128-136. <<

[59] Wienforr, *Patrimonialgerichte*, p. 92. <<

[60] Manfred Botzenhart, «Landgemeinde und staatsbürgerliehe Gleichheit. Die auseinanderserzungen um eine allgemeine Kreis— und Gemeindeordnung während der preussischen Reformzeit», en Sösemann (ed.), *Gemeingeist und Bürgersinn*, pp. 85-105. <<

[61] Wienforr, *Patrimonialgerichte*, p. 94. <<

[62] Botzenhart, «Landgemeinde und staatsbürgerliehe Gleichheit», pp. 104-105. <<

[63] Cita en Klein, *Von der Reform zur Restauraron*, pp. 34-52. <<

[64] Edicto referente a las finanzas del estado y las nuevas medidas sobre los impuestos del 27 de octubre de 1810, *Preussische Gesetzsammlung* 1810, p. 25. <<

[65] Para un análisis de estos desacuerdos, v. Paul Nolte, *Staatsbildung ais Gesellschaftsreform. Politische Reform in Preussen und den süddeutschen Staaten 1800 bis 1820* (Fráncfort del Meno), 1990, p. 124; Horst Moeller, *Fürstenstaat oder Bürgernation. Deutschland 1763-1815* (Berlín, 1998), pp. 620-621. <<

[66] Hagen, *Ordinary Prussians*, pp. 595-6, 632; Helmut Bleiber, «Die preussischen Agrarreformen in der Geschichtsschreibung der DDR», en Sösemann (ed.), *Gemeingeist und Bürgersinn*, pp. 109-125. Para una evaluación también positiva de la condición de los campesinos tras la emancipación en el distrito de Marienwerder, v. Horst Mies, *Die preussische Verwaltung des Regierungsbezirks Marienwerder (1830-1870)* (Colonia, 1972), p. 109;Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. l, pp. 409-428. <<

[67] Sobre los límites de lo conseguido, v. Menze, *Bildungsreform*, pp. 337-468. Sobre las instituciones prusianas como modelo, v. Hermann Lübbe, «Wilhelm von Humboldts Bildungsziele im Wandel der Zeit», en Bernfried Schlerath (ed.), *Wilhelm von Humboldt. Vortragszyklus zum 150. Todestag* (Berlín, 1986), pp. 241-258. <<

[68] V. Stefan Hartmann, «Die Bedeutung des Hardenbergschen Edikts von 1812 für den Emanzipationsprozess der preussischen Juden im 19. Jahrhundert», en Sösemann, *Gemeingeist und Bürgersinn*, pp. 247-260. <<

[69] V. el análisis de Wienfort sobre la cambiante función de las instancias patrimoniales en *Patrimonialgerichte*, *passim*. <<

[70] Schneider, *Staatsrat*, pp. 47, 50; Paul Haake, «König Friedrich Wilhelm III, Hardenberg und die preussische Verfassungsfrage», *FBPG*, 26 (1913), pp. 523-73, 28 (1915), pp. 175-220, 29 (1916), pp. 305-369, 30 (1917), pp. 317-365, pp. 109-180; id., «Die Errichtung des preussischen Staatsrats im März 1817» *FBPG*, 27 (1914), pp. 247-265. <<

[71] Andrea Hofmeister-Hunger, *Pressepolitik*, pp. 195-209. <<

[72] Hermann Granier, «Ein Reformversuch des preussischen Kanzleistils im Jahre 1800», *FBPG* 15 (1902), pp. 168-80, espec. pp. 169-170, 179-180. <<

[73] Sobre Stein en particular, v. Andrea Hofmeister, «Presse und Staatsform in der Reformzeit», en Heinz Duchhardt y Karl Teppe (eds.), *Karl vom und zum Stein: Der Akteur, der Autor, seine Wirkimgs— und Rezeptionsgeschichte* (Maguncia, 2003), pp. 29-48. <<

[74] Matthew Levinger, «Hardenberg, Wittgenstein and the Constitutional Question in Prussia, 1815-1822», *German History*, 8 (1990), pp. 257-277. <<

[1] Sack al ministro del Interior Dohna, Berlín, 15 de abril de 1809, citado en Hermann Granier, *Berichte aus der Berliner Französenzeit 1807-1809* (Leipzig, 1913), p. 401. <<

[2] Stamm-Kuhlmann, *König in Preussens grosser Zeit*, p. 299. <<

[3] Münchow-Pohl, *Zwischen Reform und Krieg*, pp. 133-134. <<

[4] Federico Guillermo III, nota manuscrita del 24 de junio de 1809, citada en Stamm-Kuhlmann, *König in Preussens grosser Zeit*, p. 302. <<

[5] Sobre estos incidentes, v. Münchow-Pohl, *Zwischen Reform und Krieg*, p. 139; Heinz Heitzer, *Insurrectionen zwischen Weser und Elbe. Volksbewegungen gegen die französische Fremdherrschaft im Königreich Westfalen (1806-1813)* (Berlín, 1959), p. 58-60. <<

[6] Citado en Münchow-Pohl, *Zwischen Reform und Krieg*, p. 140. <<

[7] El siguiente texto se ha tomado en gran medida de Georg Barsch, *Ferdinand von Schill's Zug und Tod im fahre 1809. Zur Erinnerung an den Heiden und die Kampfgenossen* (Berlín, 1860). <<

[8] *Ibid*., p. 25. <<

[9] Klessmann (ed.), *Deutschland unter Napoleon*, p. 358. <<

[10] El jefe de Policía Gruner al ministro del Interior Dohna, informe del 2 de mayo de 1809, citado en Stamm-Kuhlmann, *König in Preussensgrosser Zeit*, p. 308. <<

[11] Barsch, *Schill*, pp. 55, 72, 74, 100-112. Sobre la disposición de la cabeza de Schill, v. Wolfgang Menzel, *Germany from the Earliest Period with a Supplementary Chapter of Recent Events by Edgar Saltus*, trad. Mrs. George Horrocks (4.ª edic. 3 vols., Londres, 1848-1849; Alem. orig., Zúrich, 1824-1825), vol. 3, p. 273. <<

[12] Orden ministerial a Von der Goltz, 9 de mayo de 1809, citada en Stamm-Kuhlmann, *König in Preussens grosser Zeit*, p. 309. <<

[13] Citado en *ibid*., p. 306. <<

[14] Blücher a Federico Guillermo, Stargard, 9 de octubre de 1809, en Wilhelm Capelie, *Blüchers Briefe* (Leipzig, 1915) pp. 32-33. <<

[15] El texto completo del memorando del 8 de agosto de 1811 se halla en Georg Heinrich Pertz, *Das D'ben des Generalfeldmarschalls General Grafen Neidhardt von Gneisenau* (5 vols., Berlín, 1864-1869), vol. 2, pp. 108-142. <<

[16] Heinrich von Kleist, «Germanien an ihre Kinder» (1809-1814; trad, del autor), reimpr. con comentario en Helmut Sembdner, «Kleists Kriegslyrik in unbekannten Fassungen», en id., *In Sachen Kleist. Beiträge zur Forschung* (3.ª ed., Múnich, 1994), pp. 88-98, acceso *online* en *http://www.textkritik.de/bka/dokumente/materialien/sembdnerkk.htm*; último acceso 21 de abril de 2004. <<

[17] Friedrich Ludwig Jahn, *Die deutsche Turnkunst* (2.ª ed., Berlín, 1847), pp. VII, 97. <<

[18] *Ibid*., p. 97. <<

[19] Sobre el carácter igualitario del uniforme de *Turner*, v. George L. Mosse, *The Nationalization of the Masses. Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich* (Ithaca, 1975), p. 28. <<

[20] Citado en Simms, *Struggle for Mastery*, p. 95. <<

[21] Pertz, *Gneisenau*, vol. 2, pp. 121, 137. <<

[*] El término ruso *ukáz*, o ucase, se puede traducir por «decreto» o «edicto». (*N. del T*). <<

[22] Brillante síntesis sobre el origen del conflicto franco-ruso, con literatura, puede verse en Schroeder, *Transformation*, pp. 416-426. <<

[23] Todas estas citas provienen de Münchow-Pohl, *Zivischen Reform und Krieg*, pp. 352-356. <<

[24] Ompreda a Münster, Berlín, 26 de junio de 1812, en Friedrich von Ompreda, *Politischer Nachlass des hannoverschen Staats— und Cabinetts-Ministers Ludwig v. Ompreda aus den Jahre 1804 bis 1813* (5 vols. Jena, 1862-1829), vol. 2, p. 281. <<

[25] Informe borrador del 12 de noviembre de 1812, citado en Münchow-Pohl, *Zwischen Reform und Krieg*, pp. 373-374. <<

[26] Cita de una memoria publicada en 1825 por Johann Theodor Schmidt, en Münchow-Pohl, *Zwischen Reform und Krieg*, p. 377. <<

[27] Informe de Schön, 21 de diciembre de 1812, citado en *ibid*., p. 378. <<

[28] Stamm-Kuhlmann, *König in Preussens grosser Zeit*, p. 362. <<

[29] Federico Guillermo, notas del 28 de diciembre de 1812, citado y comentado en *ibid*., pp. 362-364. <<

[30] Wilhelm von Schramm, *Clausewitz. Leben und Werk* (Esslingen, 1977), pp. 401, 406-408. <<

[31] Sobre el debate respecto a si existía alguna forma de autorización para la acción de Yorck, v. Theodor Schiemann, «Zur Würdigung der Konvention von Tauroggen», *Historische Zeitschrift*, 84 (1900), p. 231. Para detalles de las motivaciones y planes de Yorck, v. Peter Paret, *Yorck and the Era of Prussian Reform 1807-1815* (Princeton, 1966), espec. pp. 192-194. <<

[32] Yorck a Frederick William, 3 de enero de 1813. El texto completo se encuentra en Schiemann, «Würdigung», pp. 229-232. <<

[33] Johann Gustav Droysen, *Das Leben des Feldmarschalls Grafen Yorck von Wartenburg* 13 vols., 7.ª edic. Berlín, 1875), vol. I, pp. 209, 215, 226; Paret, *Yorck*, pp. 155-157. <<

[34] Yorck a Bülow, 13 de enero de 1813, citado en Droysen, *Yorck von Wartenburg*, vol. I, p. 426. <<

[35] *Ibid*., pp. 426, 428-429, 434, 439-443. <<

[36] Citado en Stamm-Kuhlmann, *König in Preussens grosser Zeit*, p. 369. <<

[37] Citado en *ibid*., p. 371. <<

[38] El texto completo de «*An Mein Volk*» puede verse *online* en Martin Hentrich, *http://www.davier.de/anmeinvolk.htm*; último acceso 5 de abril de 2004. <<

[39] Stamm-Kuhlmann, *König in Preussensgrosser Zeit*, p. 373. <<

[40] Carl Euler, *Friedrich Ludwig Jahn. Sein Leben und Wirken* (Stuttgart, 1881), pp. 225, 262-280; Thomas Nipperdey, *Deutsche Geschichte, 1800-1860. Bürgerwelt und starker Staat* (Múnich, 1983), pp. 83-85; Eckart Klessmann (ed.), *Die Befreiungskriege in Augenzeugenberichten* (Düsseldorf, 1966), p. 41. <<

[41] Leopold von Gerlach, Diario de febrero/marzo de 1813, Bundesarchiv Potsdam, 90 Ge 6 Tagebuch Leopold von Gerlach, I, fo. 42. <<

[42] Schroeder, *Transformation*, p. 457. <<

[43] Para un análisis de esta fase de la campaña, con la que este esbozo está en deuda, v. Michael V. Leggiere, *Napoleon and Berlin. The Franco-Prussian War in North Germany, 1813* (Norman, 2002), espec. pp. 256-277. <<

[44] Citado in Klessmann, *Befreiungskriege*, p. 168. <<

[45] Etienne-Jacques-Joseph-Alexandre Macdonald, *Souvenirs du maréchal Macdonald, due de Tarente* (París, 1892), citado en *ibid*., p. 173. <<

[46] Leggiere, *Napoleon and Berlin*, p. 293. <<

[47] Craig, *Politics of the Prussian Army*, pp. 64-65. <<

[48] Para un análisis detallado de la batalla, sobre el que se basa lo que decimos, v. Peter Hofschroer, *1815. The Waterloo Campaign. Wellington, His German Allies and the Battles of Ligny and Quatre Bras* (Londres, 1999); id., *1815. The Waterloo Campaign. The German Victory: From Waterloo to the Fall of Napoleon* (Londres, 1999), espec, pp. 116-129; David Hamilton-William, *Waterloo. New Perspectives. The Great Battle Reappraised* (Londres, 1993), pp. 332-353. <<

[49] Hans-Wilhelm Möser, «Commandement et problèmes de commandement dans l'armee prussienne de Basse-Rhénanie», en Marcel Watelet y Pierre Courreur (eds.), *Waterloo. Lieu de Mémoire européenne: histoires et controverses (1815-2000)* (Louvain-La-Neuve, 2000), pp. 51-57. <<

[50] Citado en Craig, *Politics of the Prussian Army*, p. 62. <<

[51] Dennis Showalter, «Prussia's Army: Continuity and Change, 1713-1830», en Dwyer (ed.), *Rise of Prussia*, pp. 234-5. <<

[52] Hofschroer, *Waterloo Campaign. The German Victory*, pp. 59-60. <<

[53] Leggiere, *Napoleon and Berlin*, p. 290. <<

[54] Hagen Schulze, *Der Weg zum Nationalstaat. Die deutsche Nationalbewegung vom IS. Jahrhundertbis zur Reichsgründung* (Múnich, 1985), pp. 67-68; Ute Frevert, *Die kasernierte Nation. Militärdienst und Zivilgesellschaft in Deutschland* (Múnich, 2001). <<

[55] Eugen Wolbe, *Geschichte der Juden in Berlin und in der Mark Brandenburg* (Berlín, 1937), p. 238. <<

[56] Citado en Spiel, *Fanny von Arnstein*, p. 276. <<

[57] Sobre la Cruz de Hierro, v. Stamm-Kuhlmann, *König in Preussensgrosser Zeit*, pp. 389-93. <<

[58] Jean Quataert, *Staging Philanthropy. Patriotic Women and the National Imagination in Dynastic Germany* (Ann Arbor, 2001), p. 30. <<

[59] El texto del documento que inaugura la orden puede consultarse en «Preussische Order», *http://www.preussenweb.de/prorden.htm;* último acceso del 10 de enero de 2006. <<

[60] Sobre los gimnastas y la masculinidad, v. David A. McMillan, «"… die höchste und heiligste Pflicht…" Das Männlichkeitsideal der deutschen Turnbewegung, 1811-1871», in Thomas Kühne (ed.), *Männergeschichte, Geschlechtergeschichte* (Fráncfort del Meno, 1996), pp. 88-100. Sobre Arndt, v. Karen Hagemann, «Der "Bürger" ais Nationalkrieger. Entwürfe von Militär, Nation und Männlichkeit in der Zeit der Freiheitskriege», en Karen Hagemann y Ralf Pröve (coords.), *Landsknechte, Soldaten frauen und Nationalkrieger* (Fráncfort del Meno, 1998), pp. 78-89. <<

[61] Esta es una de las principales controversias de Karen Hagemann, *«Männliche Muth und Deutsche Ehre»: Nation, Militär und Geschlecht zur Zeit der Antinapoleonischen Kriege Preussens* (Paderborn, 2002). Sobre el servicio militar y la masculinidad, v. Frevert, *Die kasernierte Nation*, pp. 43-9; sobre la partición femenina, pp. 50-62. <<

[62] T. A. H. Schmalz, *Berichtigung einer Stelle in der Bredow-Venturinischen Chronik vom Jahre 1808* (Berlín, 1815), p. 14. El panfleto se publicó pretextando la corrección de una referencia biográfica errónea en el almanaque Bredow-Venturini. <<

[63] V. el artículo sobre Schmalz en *Allgemeine Deutsche Biographie*, vol 31 (Leipzig, 1890), pp. 624-627. <<

[64] «Es ist kein Krieg, von dem die Kronen wissen;/ Es ist ein Kreuzzug, s'ist ein heil'ger Krieg!», del poema «Autruf» (1813), en T. Korner, *Sämmtliche Werke*, ed. K. Streckfuss (3.ª edic., Berlín, 1838), p. 21. <<

[65] George Mosse, *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars* (Nueva York, Oxford, 1990), pp. 19-20. <<

[66] Friedrich von Gentz, *Schriften von Friedrich von Gente. Ein Denkmal*, ed. G. Schlesier (5 vols., Mannheim, 1838-40), vol. 3, pp. 39-40, ; <<

[67] Nipperdey, *Deutsche Geschichte*, pp. 83-85. <<

[68] George Henry Rose a Castlereagh, Berlín, 6 de enero de 1816, PRO FO 64 101, fo. 8. Sobre la «fermentación en todos los órdenes del estado» y la insubordinación en el ejército regular tras el fin de las hostilidades en 1815, v. asimismo Castlereagh a C. H. Rose, Blickling, 28 de diciembre de 1815, PRO FO 64 100, fo. 241. <<

[69] V. Leopold von Gerlach, «Familiengeschichte» (escrita por Leopold von Gerlach en los años 1850 y continuada por su hermano Ludwig tras su muerte en 1859), en Hans-Joachim Schopes (ed.) *Aus den Jahren preussicher Not und Erneuerung. Tagebücher und Briefe der Gebrüder Gerlach und ihres Kreises 1805-1820* (Berlín, 1963), p. 95. <<

[70] V., p ej., Friedrich Keinemann, *Westfalen im Zeitalter der Restauration und der Juli-Revolution 1815-1833. Quellen zur Entwicklung der Wirtschaft, zur materiellen Lage der Bevölkerung und zum Erscheinungsbild der Volksstimmung* (Münster, 1987), espec. pp. 22-23, 31, 94, 95, 100, 273. También el relato contemporáneo de las celebraciones de la memoria, compilado a iniciativa de Ernst Moritz Arndt por el patriota Karl Heinrich Wilhelm Hoffmann, *Des Teutschen Volkes Feuriger Dank und Ehrentempel* (Offenbach, 1815). <<

[71] Sobre el papel de estos grupos en la memorialización de la «experiencia general» de 1813-1815, v. Eckhard Trox, *Militärischer Konservatismus. Kriegervereine und «Militärpartei» in Preussen zwischen 1815 und 1848/49* (Stuttgart, 1990), espec. pp. 56-57. <<

[72] Vössische Zeitung, n.º 132 (5 de junio de 1845), n°. 147 (27 de junio de 1847). <<

[73] Theodor Fontane, *Meine Kinderjahre. Autobiographischer Roman* (Fráncfort del Meno, 1983), pp. 126-130. <<

[74] Schiemann, «Würdigung…», p. 217. <<

[75] Sobre el papel de la localidad en la formación de la memoria de la guerra y de la interacción entre las formas de memorialización «nacional» y «local» tras la Primera Guerra Mundial, v. A. Prost, «Mémoires locales et mémoires nationales. Les monuments de 1914-18 en France», *Guerres Mondiales et Conflits Contemporains*, 42 (julio de 1992), pp. 42-50. <<

[76] Fischer, *Judentum, Staat und Heer*, pp. 33, 38. <<

[77] Moshe Zimmermann, *Hamburgischer Patriotismus und deutscher Nationalismus. Die Emanzipatiun der Juden in Hamburg. 1830-1865* (Hamburgo, 1979), p. 27; Frevert, *Die kasernierte Nation*, pp. 95-103. <<

[78] V., p.ej., *Der Orient*, 4 (1843), n.° 47, 21 de noviembre de 1843, pp. 379-382; *ibid*., n.° 48, 28 de noviembre de 1843, pp. 379, 387; *ibid*., n.° 51, 19 de diciembre de 1843, p. 403. Sobre las respuestas del *Allgemeine Zeitung des Judentums* y otxos periódicos liberales como el *Aachener Zeitung* and *Vössische Zeitung*, v. Fischer, *Judentum, Staat und Heer*, pp. 47-53. <<

[79] V. Ziva Amishai-Maisels, «Innenseiter, Aussenseiter: Moderne jüdische Künstler im Portrait», en Andreas Nachama, Julius Schoeps, Edward von Voolen *(eds.), Jüdische Lebenswelten. Essays* (Fráncfort del Meno, 1991), pp. 165-184. <<

[80] Sobre la obra de Oppenheimer, v. I. Schorsch, «Art as Social History: Moritz Oppenheimer and the German Jewish Vision of Emancipation», en id., *From Text to Context. The Turn to History in Modern Judaism* (Hanover, 1994), pp. 93-117. <<

[81] Helmut Börsch-Supan y Lucius Griesebach (eds.), *Karl Friedrich Schinkel. Architektur, Malerei, Kunstgewerbe* (Berlín, 1981), p. 143. <<

[82] Mosse, *Fallen Soldiers*, p. 20. <<

[83] Börsch-Supan y Griesebach, *Schinkel*, p. 143. <<

[84] Citado en Jost Hermand, «Dashed Hopes: On the Painting of the Wars of liberation», trad. J. D. Steakley, en S. Drescher, D. Sabean y A. Sharlin (eds.), *Political Symbolism in Modern Europe. Essays in Honor of George L. Mosse* (New Brunswick, Londres, 1982), pp. 216-238. El pasaje en la correspondencia de Friedrich con Arndt se tomó por los investigadores de la Comisión Real Prusiana de Investigación de Maguncia como prueba potencialmente incriminatoria durante los interrogatorios de Arndt de 1821. C. Sommerhage, *Caspar David Friedrich. Zum Portrait des Malers ais Romantiker* (Paderborn, Múnich, Viena, Zurich, 1993), p. 127. <<

[85] Citado en Reinhart Koselleck, «Kriegerdenkmale ais Identitätsstiftungen der Überiebenden», en Odo Marquard y Karlheinz Stierle (eds.) *Identität* (Múnich, 1979), pp. 255-276. La observación se cita en una carta a Stägemann del 30 de agosto de 1822, en la que Schön sigue preguntando: «Si todos los amigos del rey tienen que tener una estatua, ¿dónde está el límite?». <<

[86] V., p ej., Otto Dann, *Nation und Nationalistnus in Deutschland 1770-1990* (Múnich, 1993), pp. 86-87; Schulze, *Der Weg zum Nationalstaat*, pp. 63-65; Dieter Langewiesche, «Fur Volk und Vaterland krüftig zu wirken: Zur politischen und gesellschaftlichen Rolle der Turner zwischen 1811 und 1871», en Omino Grupe (ed.), *Kulturgut oder Körperkult? Sport und Sportwissenschaft im Wandel* (Tubinga, 1990), pp. 22-61; Dieter Düding, *Organisierter gesellschaftlicher Nationalismus in Deutschland (1808-1847). Bedeutung und Funktion der Turner— und Sangervereine für die deutsche Nationalbewegung* (Múnich, 1984), pp. 85-86. Mi texto sobre el movimiento de Turner debe mucho al excelente análisis de Düding de los primeros pasos del movimiento nacionalista. <<

[87] «Grundsätze und Beschlüsse der Wartburgfeier, den studierenden Brüdern auf anderen Hochschulen zur Annahme, dem gesamten Vaterlande zur Würdigung vorgelegt von den Studierenden in Jena», Principios §3. Este documento, escrito por sugerencia del historiador de Jena Heinrich Luden en diciembre de 1817, se transcribe en H. Ehrentreich, «Heinrich Luden und sein Einfluss auf die Burschenschaft», en Herman Haupt (ed.), *Quellen und Darstellungen*, (17 vols., Heidelberg, 1910-1940), vol. 4 (1913), pp. 48-129 (texto en pp. 113-129, cita de pp. 114, 117). <<

[88] Sobre el romanticismo y el surgimiento de un «arte de la experiencia» (*Erlebniskunst*), v. Joseph Leo Koerner, *Caspar David Friedrich and the Subject of Landscape* (Londres, 1990), pp. 13, 109. <<

[89] Nipperdey, *Deutsche Geschichte*, p. 280. <<

[90] Dietmar Klenke, «Nationalkriegerisches Gemeinschaftsideal als politische Religion. Zum Vereinsnationalismus der Sänger, Schützen und Turner am Vorabend der Einigungskriege», *Historische Zeitschrift*, 260 (1995), pp. 395-448. <<

[91] Leopold von Gerlach, Diario, Breslau, febrero 1813, Bundesarchiv Potsdam, 90 Ge 6 Tagebuch Leopold von Gerlach, I, fo. 60. <<

[92] Stein al Conde Münster (ministro hanoveriano en Londres), l de diciembre de 1812, citado en John R. Seeley, *The Life and Times of Stein, or: Germany and Prussia in the Napoleonic Age* (3 vols., Cambridge, 1878), vol. 3, p; 17. <<

[93] Como ejemplos, v. Johann Gustav Droysess, Vorlesungen über die Freiheitsriege (Kiel, 1846); Heinrich Sybel, Die Erhebung Europas gegen Napoleon I (Múnich, 1860). V. también Joachim Streisand, «Wirkungen und Beurteilungen der Befreiungskriege», en Fritz Straube (ed.), *Das Jahr 1813. Studien zur Geschichte und Wirkung der Befreiungskriege* (Berlín [Este], 1963), pp. 235-251. Sobre la nacionalización de los símbolos prusianos a fines del siglo XIX y comienzos del XX, v. Demandt, *Luisenkult*, pp. 379-430; Svenja Goltermann, *Körper der Nation: Habitusformierung und die Politik des Turnens*, 1860-1890 (Gotinga, 1998) y Rainer Lübbren, *Swinegel Uhland. Persönlichkeiten im Spiegel von Strassennamen* (Heiloo, 2001), pp. 32-41. Como apunta Lübbren, muchas calles alemanas se denominan hoy día con el nombre de Friedrich Ludwig Jahn más que cualquier otra figura histórica alemana exceptuado Schiller. Sobre Jena 1806 como símbolo nacional, v. Jürgen John, «Jena 1806: Symboldatum der Geschichte des 19. und 20. Jahrhunderts», en Fesser y Jonscher (eds.), *Umbruch im Schatten Napoleons*, pp. 177-195. <<

[1] Sobre la crisis polaco-sajona, v. Schroeder, *Transformation*, pp. 523-538; Stamm-Kuhlmann, *König in Preussens grosser Zeit*, pp. 399-401. <<

[2] Michael Rowe, *From Reich to State. The Rhineland in the Revolutionary Age, 1780-1830* (Cambridge, 2003), p. 2.14. <<

[3] Schroeder, *Transformation*, p. 544. <<

[4] Metternich a Trauttmannsdorff, 18 de marzo de 1828, citado en Lawrence J. Baack, *Christian Bernstorff and Prussia. Diplomacy and Reform Conservatism* 1818-1832 (New Brunswick, 1980), p. 126. <<

[5] Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 2., pp. 125-139. <<

[6] Rolf Dumke, «Tariffs and Market Structure: the German Zollverein as a Model for Economic Integration», en W. Robert Lee (ed.), *German Industry and Industrialisation* (Londres, 1991), pp. 77-115. <<

[7] Wolfram Fischer, «The German Zollverein. A Study in Customs Union», *Kyklos*, 13 (1960), pp. 65-89; William O. Henderson, *The Zollverein* (Londres, 1968); W. Robert Lee, «"Relative Backwardness" and Long-run Developmem. Economic, Demographic and Social Changes», en Philip G. Dwyer (ed.), *Modern Prussian History 1830-1947* (Harlow, 2001), pp. 61-87. <<

[8] El estudio clásico de esta tradición es el de Helmut Böhme, *Deutschlands Wegzur Grossmacht* (Colonia, 1966), v. espec. pp. 211-215; id., *Introduction to the Social and Economic History of Germany: Politics and Economic Change in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, trad, y ed. W. Robert Lee (Oxford, 1978). Para una argumentación más reciente sobre el efecto de que la *Zollverein* estableció las bases de la superioridad industrial de Prussia y por tanto del dominio prusiano sobre el estado-nación alemán, v. Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 2., pp. 134-135, vol. 3, pp. 288-289, 556. <<

[9] Para un análisis revisionista del impacto económico de la *Zollverein*, con una panorámica de la literatura reciente, v. Hans-Joachim Voth, «The Prussian Zollverein and the Bid for Economic Superiority», en Dwyer (ed.), *Modern Prussian History*. <<

[10] Baack, *Christian Bernstorff* p. 337. <<

[11] Sobre la crisis de 1830, v. Robert D. Billinger Jr, *Metternich and the Germans. States, Rights and Federal Duties, 1820-1834* (Newark, 1991), pp. 50-109; Jörgen Angelow, *Von Wien nach Königgrätz. Die Sicherheitspolitik des deutschen Bundes im europäischen Gleichgewicht (1815-1866)* (Múnich, 1996), pp. 97-106. <<

[12] Citado en Johann Gustav Droysen, «Zur Geschichte der preussischen Politik in den jahren 1830-1832», en id., *Abhandlungen zur neueren Geschichte*, pp. 3-131 <<

[13] Luis I a Federico Guillermo III, 17 de marzo de 1831, en Anton Chroust (ed.), *Gesandt-schaftsberichte aus München 1814-1848*, *Abteijung III.*, *Die Berichte der preussischen Gesandten* (5 vols., Múnich, 1950) (= *Schrifienreihe zur bayerischen Landesgeschichte*, vol. 40), vol. 2., pp. 196-197, n. 1. <<

[14] Rühle von Lilienstern a Federico Guillermo III, 27 marzo 1831, citado en Baack, *Christian Bernstorff*, pp. 271-272. <<

[15] *Ibid*., pp. 284-294. <<

[16] Robert D. Billinger, «They Sing the Best Songs Badly: Metternich, Frederick William IV and the German Confederation during the War Scare of 1840-1841», en Heinrich Rumpier (ed.), *Deutscher Bund und Deutsche Frage 1815-1866* (Viena, Múnich, 1990), pp. 94-113; Angelow, *Von Wien nach Königgrätz*, pp. 114-125. <<

[17] Hess a Metternich, Berlín, 5 de febrero de 1841, citado en Billinger, «They Sing the Best Songs», p. 103. <<

[18] *Ibid*., 4 de marzo de 1841, citado en *ibid*., pp. 109-110. <<

[19] William Russell al vizconde Palmerston, Berlín, 18 de septiembre de 1839, en Markus Mösslang, Sabine Freitag y Peter Wende (eds.), *British Envoys to Germany, 1816-1866* (3 vols., Cambridge, 2002—), vol. 2., 1830-1847, p. 180. <<

[20] William Russell al vizconde Palmerston, Berlín, 3 de mayo de 1837, en *ibid*., P-160. <<

[21] Sobre la implicación del zar en los intentos de obligar permanentemente a la monarquía prusiana a ser un sistema absolutista, v. Stamm-Kuhlmann, *König in Preussens grosser Zeit*, p. 557. <<

[22] Winfried Baumgart, *Europäisches Konzert und nationale Bewegumg 1830-1878 (= Handbuch der Geschichte der Intemationalen Beziehungen*, vol. 6, Paderborn, 1999), p. 243. <<

[23] Mi texto sobre estos acontecimientos es deudor del análisis de George S. Williamson, «What killed August von Kotzebue?», *Journal of Modern History*, 72 (2000) pp. 890-943. V también Nipperdey, *Deutsche Geschichte*, pp. 281-282. <<

[24] De Wette a la madre de Sand, 31 de marzo de 1819, citado en Matthew Levinger, *Enlightened Nationalism. The Tranformation of Prussian Political Culture 1808-1848* (Oxford, 2000), p. 142. <<

[25] V Edith Ennen, *Ernst Moritz Arndt 1769-1860* (Bonn, 1968), pp. 22-28; Karl Heinz Schäfer, *Ernst Moritz Arndt als politischer Publizist. Sudien zur Publizistik, Pressepolitik und kollektivem Bewusstsein im frühen 19. Jahrhundert* (Bonn, 1974), pp. 143, 212-216. <<

[26] Schoeps, *Not und Erneuerung*, pp. 35, 210-211. <<

[27] Thomas Stamm-Kuhlmann, «Restoration Prussia, 1786-1848», en Dwyer (ed.). *Modern Prussian History*, pp. 43-65; Levinger, *Enlightened Nationalism*, pp. 135-136; Eric Dorn Brose, *The Politics of Technological Change in Prussia. Out of the Shadow of Antiquity* (Princeton, 1993), pp. 53-56. <<

[28] V., p. ej., Hardenberg a Wittgenstein, Berlín, 4 de abril de 1819, en Hans Branig (ed.), *Briefwechsel des Fürsten Karl August* u *Hardenberg mit dem Fürsten Wilhelm Ludwig von Sayn-Wittgenstein, 1806-1822 (= Verqffentlichungen aus den Archiven Preussischer Kulturbesitz*, vol. 9) (Colonia, 1972.), p. 248; Levinger, «Hardenberg, Wittgenstein and the Constitutional Question». <<

[29] Citado en Levinger, *Enlightened Nationalism*, p. 151. <<

[30] Jonathan Sperber, *Rhineland Radicals. The Democratic Movement and the Revolution of 1848-1849* (Princeton, 1991), pp. 39-40. <<

[31] Gustav Croon, *Der Rheinische Provinzialandtag bis zum Jahre* 1874. *Im Auftrage des Rheinischen Provinzialauschusses* (Düsseldorf, 1918, reimpr. Bonn, 1974), pp. 30-41. <<

[32] Neugebauer, *Politischer Wandel*, p. 118. <<

[33] Koselleck, *Preussen zwischen Reform und Revolution*; cf. para Baviera, Demel, *Der bayerisehe Staatsabsolutismus 1806/08-1817*. Sobre la historiografía de la reforma, v. Paul Nolte, «Vom Paradigma zur Peripherie der hislorischen Forschung? Geschichten der Verfassungspolitik in der Reforrnzeit», en Stamm-Kuhlmann, «*Freier Gebrauch der Kräfte*», pp. 197-216. <<

[34] Jörg van Norden, *Kirche und Staat im preussischen Rheinland 1815-1838. Die Genese der Rheinisch-Westfälischen Kirchenordnung vom 5.3.1835* (Colonia, 1991). <<

[35] Dirk Blasius, «Der Kampf um die Geschworenengerichte im Vormärz», en Hans-Ulrich Wehler (ed.), *Sozialgeschichte heute. Festschrift für Hans Rosenberg zum 70. Geburtstag* (Gotinga, 1974); Christina von Hodenberg, *Die Partei der Unparteiischen. Der Liberalismus derpreussischen Richterschaft 1815-1848/49* (Gotinga, 1996), p. 80. <<

[36] Kenneth Barkin, «Social Control and Volksschule in Vormärz Prussia», *Central European History*, XVI (1983), pp. 31-52. <<

[37] Horace Mann, *Report on an Educational Tour in Germany and Parts of Great Britain and Ireland* (Londres, 1846), p. 163. <<

[38] Karl-Ernst Jeismann, *Das preussische Gymnasium in Staat und Gesellschaft* (2 vols., Stuttgart, 1996), vol. 2, pp. 114-115. <<

[39] Este es uno de los temas centrales de Levinger, *Enlightened Nationalism*. <<

[40] El trabajo estándar sobre la política parlamentaria prusiana antes de 1848 sigue siendo el exhaustivo estudio de Herbert Obenaus, *Anfänge des Parlamentarismus in Preussen bis* 1848 (Düsseldorf, 1984), pp. 202-209. V. asimismo Neugebauer, *Politischer Wandel*, pp. 312-17. <<

[41] Neugebauer, *Politischer Wandel*, pp. 174, 179. <<

[42] *Ibid*., pp. 390, 396-7, 399, 401, 404. V. también Obenaus, *Anfänge*, pp. 407-410, 583-594. <<

[43] Neugebauer, *Politischer Wandel*, pp. 430-431. <<

[44] Hagen, *Germans, Poles and Jews*, p. 79. <<

[45] Thomas Sorrier, *Entre Allemagne et Pologne. Nations et Identités Frontalières. 1848-1914* (París, 2002), espec. pp. 37-51. <<

[46] Georg W. Strobel, «Die libérale deutsche Polenfreundschaft und die Erneuerungsbewegung Deutschlands», en Peter Ehlen (ed.), *Der polnische Freiheitskampf 1830/311* (Múnich, 1982), pp. 31-47. <<

[47] Todo el material citado de Hagen, *Germans, Poles and Jews*, pp. 87-91; Irene Berger, *Die preussische Verwaltung des Regierungsbezirks Bromberg (1815-1847)* (Colonia, 1966), p. 71. <<

[48] Alfred Hartlieb von Wallthor, «Die Eingliederung Westfalens in den preussischen Staat», en Peter Baumgart (ed.), *Expansion und Integration. Zur Eingliederung neugewonnener Gebiete in den preussischen Staat* (Colonia, 1984), pp. 227-254. <<

[49] Croon, *Der Rheinische Provinziallandtag*, p. 116. <<

[50] James M. Brophy, *Joining the Political Nation. Popular Culture and the Public Sphere in the Rhineland, 1800-1850* (entonces en preparación: Cambridge, 2006). Agradezco al profesor Brophy su permiso para citar en este libro su manuscrito aún no publicado. <<

[51] Treitschke, *Deutsche Geschichte*, vol. 5, p. 141. <<

[52] Carta de R. Smith al Comité de la Londres Society for Promoting Christianity among the Jews, 17 de diciembre de 1827, en *The Jewish Expositor and Friend of Israel*, 13 (1828), p. 266. <<

[53] Citado en F. Fischer, *Moritz August von Bethmann Hollweg und der Protestantismus* (Berlín, 1937), p. 70. <<

[54] Adalbert von der Recke, *Tagebuch für die Rettlungsanstalt zu Düsselthal 1822-1823*, Archiv der Graf-Recke-Stiftung Düsselthal 1822-3, fo. 8 (19 de enero de 1822). <<

[55] *Ibid*., fo. 29 (3 de febrero de 1822). <<

[56] Gerlach, «Das Königreich Gottes», *Evangelische Kirchenzeitung*, 68 (1861), cols. 438-454. <<

[57] J. von Gerlach (ed.), *Ernst Ludwig von Gerlach. Aufzeichnungen aus seinem Leben und Wirken* 1795-1877 (Schwerin, 1903), pp. 132, 149-150. <<

[58] Friedrich Wiegand, «Eine Schwärmerbewegung in Hinterpommern vor hundert Jahren», *Deutsche Rundschau*, 189 (1921), pp. 323-336. <<

[59] Christopher Clark, «The Napoleonic Moment in Prussian Church Policy», en David Laven y Lucy Riall (eds.), *Napoleon's Legacy. Problems of Government in Restoration Europe* (Oxford, 2000), pp. 217-235; Christopher Clark, «Confessional Policy and the Limits of State Action: Frederick William III and the Prussian Church Union 1817-1840», *Historical Journal*, 39 (1996), pp. 985-1004. <<

[60] V. p. ej., GStA Berlín-Dahlem, HA I Rep. 76 III, Sekt. 1, Abt. XHIa, Nr. 5, vol. I. <<

[61] Para una discusión comparativa de la Unión Prusiana y el Concordato, v. Clark, «The Napoleonic Moment», en Laven y Riall (eds.), *Napoleon s Legacy*, PP-217-235. <<

[62] Helga Franz-Duhme y Ursula Roper-Vogt (eds.), *Schinkels Vorstadtkirchen. Kirchenbau mid Gemeindegründung miter Friedrich Wilhelm III. In Berlin* (Berlín, 1991), pp. 30-60. <<

[63] Rulemann Friedrich Eylert, *Charakter-Züge und historische Fragmente aus dem Leben des Königs von Preussen Friedrich Wilhelm III* (3 vols., Magdeburgo, 1844-6), vol. 3, p. 304. <<

[64] Gobierno de Fráncfort del Oder a Rochow, Fráncfort del Oder, 9 de junio de 1836, GStA Berlín-Dahlem, HA 1, Rep. 76 III, Sekt. I, Abt. XHIa, Nr. 5, vol. 2, BI. 207-208. <<

[65] Huschke, Steffens, Gempier, von Haugwitz, Willisch, Helling, Schleicher, Mühsam, Kaestner, Mage y Borne a Federico Guillermo III, Breslau, 23 de junio de 1830, GStA Berlín-Dahlem, HA I, Rep. 76 III, Sekt. 15, Abt. XVII, Nr. 44, val. 1. Referencias a generaciones anteriores de «padres» son corrientes en la literatura luterana de peticiones. <<

[66] *Neue Würzburger Zeitung*, 22 junio 1838, transcrito en GStA Berlín-Dahlem, HA I, Rep. 76 III, Sekt. 1, Abt. XIHa, Nr. 5, vol. 2, BI. 135. <<

[67] Citado en Stamm-Kuhlmann, *König in Preussensgrosser Zeit*, p. 544. <<

[68] Nils Frey tag, *Aberglauben im 19.jahrhundert. Preussen und die Rheinprovinz zwischen Tradition und Moderne (1815-1918)* (Berlín, 2003), pp. 117-118. <<

[69] Christoph Weber, *Aufklärung und Orthodoxie am Mittelrhein 1820-1850* (Múnich, 1973), pp. 46-47. <<

[70] Freytag, *Aberglauben*, pp. 322-333. <<

[71] *Ibid*., pp. 333-344. <<

[72] Sobre Schoenherr, v. H. Olshausen, *Leben und Lehre des Konigsberger Theosophen Johann Heinrich Schoenherr* (Königsberg, 1834). <<

[73] Pastor Diestel al Consistorio de Königsberg, 15 de octubre de 1835, GStA Berlín-Dahlem, HA I, Rep. 76 111, Sekt. 2, Abt. XVI, Nr. 4, vol. I. <<

[74] Relación basada en informes de prensa contemporánea, en Samuel Laing, *Notes of a Traveller on the Social and Political State of France, Prussia, Switzerland, Italy and Other Parts of Europe during the Present Century* (Londres, 1854), pp. 109-110. <<

[75] Para detalles sobre la controversia Schoenherr-Ebel, v. los trabajos reunidos en GStA Berlín-Dahlem, HA I, Rep. 76 III, Sekt. 2, Abt. XVI, Nr. 4, vols. 1 y 2. V. también P. Konschel, *Der Königsberger Religionsprozess gegen Ebel und Diestel* (Königsberg, 1909) y Ernst Wilhelm Graf von Kanitz, *Aufklärung nach Actenquellen. Über den 1835 bis 1842* zu *Königsberg in Preussen geführten Religionsprozess für Welt— und Kirchen-Geschichte* (Basilea, 1862). <<

[76] Recomendación del Ministerio de Finanzas, 28 de noviembre de 1816, en Freund, *Die Emanzipation der Juden*, vol. I, pp. 475-496. <<

[77] Fischer *Judentum, Staat und Heer*, p. 95. <<

[78] Federico Guillermo III, orden ministerial del 14 junio de 1824, reproducido en *Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Juden in Preussen: Ein Kapitel deutscher Geschichte* (Dortmund, 1981), p. 195; Nathan Samten *Judentaufen im 19. Jahrhundert* (Berlín, 1906), p. 37. Sobre Burg en general, v. la edición de sus memorias: Meno Burg, *Geschichte nieines Dienstlebens. Erinnerungen eines jüdischen Majors der preussischen Armee* (Berlín, 1998). <<

[79] Sobre esta política, v. Christopher Clark, «The Limits of the Confessional State: Conversions to Judaism in Prussia 1814-1843», *Past & Present*, 147 (1995), pp. 159-179. <<

[80] Clark, *Politics of Conversion*. <<

[81] Orden ministerial de Federico Guillermo III, enviada en circular a todos los superintendentes de las iglesias, 18 de octubre de 1821, Evangelisches Zentralarchiv, Berlín, 9/37. <<

[82] Friedrich Julius Stahl, *Der christliche Staat und sein Verhältniss zum Deismus und Judenthum. Eine durch die Verhandlungen des vereinigten landtages hervorgenfene Abhandlung* (Berlín, 1847), pp. 7, 27, 31-33. Sobre el debate en la Dieta Unida, v. Wanda Kampmann, *Deutsche und Juden. Studien zur Geschichte des deutschen Judentums* (Heidelberg, 1963), pp. 189-205. Sobre la teoría política de Stahl más en general, v. Willi Füssl, *Professor in der Politik. Friedrich Julius Stahl* (1802-1861) (Gotinga, 1988). <<

[83] «Ulm, 12 September», *Der Orient*, 3 (1842), pp. 342-343; «Vorwärts in der Judenemanzipation: Ein ofrenes Sendschreiben», *Der Orient*, 4 (1843), p. 106; «Tübingen, im Februar», *Der Orient*, 5 (1844), p. 68. <<

[84] Heinrich, *Staat und Dynastie*, p. 316. <<

[85] Thomas Stamm-Kuhlmann, «Pommern 1815 bis 1875», en Werner Buchholz (ed.), *Deutsche Geschichte im Osten Europas: Pommmern* (Berlín, 1999), pp. 366-422; Ilja Mieck, «Preussen von 1807 bis 1850. Reformen, Restauration und Revolution», en Büsch *et al*. (eds.), *Handbuch derpreussischen Geschichte*, vol. 2, pp. 3-292. <<

[86] Karl Georg Faber, «Die kommunale Selbstverwaltung in der Rheinprovinz im neunzehnten Jahrhundert», *Rheinische Vierteljahrsblätter*, 30/1 (1965), pp. 132-151. <<

[87] Manfred Jehle (ed.), *Die Juden und die jüdischen Gemeinden Preussens in amtlichen Enquêten des Vormärz* (4 vols., Múnich, 1998), vol. I, pp. 140-141. <<

[88] Sobre la reforma de Westfalia, v. NorbertWex, *Staatliche Bürokratie und städtische Autonomie. Entstehung, Einführung und Rezeption des Revidierten Städteordnung von 1831 in Westfalen* (Paderborn, 1997). <<

[89] Citado por Theodor Schieder, «Partikularismus und nationales Bewusstsein im Denken des Vormärz», en Werner Conze (ed.), *Staat und Gesellschaft im deutschen Vormärz 1815-1848* (Stuttgart, 1962), pp. 9-38. Sobre el carácter «federal» del estado prusiano, v. Abigail Green, «The Federal Alternative: A New View of Modern German History?» en *Historical Journal* (entonces en preparación); agradezco al Dr. Green por dejarme ver una versión de su artículo antes de su publicación. <<

[90] Klaus Pabst, «Die preussischen Wallonen —eine staatstreue Minderheit im Westen», en Hans Henning Hahn y Peter Kunze (eds.), *Nationale Minderheiten und staatliche Minderheitenpolitik in Deutschland im 19. Jahrhundert* (Berlín, 1999), pp. 71-79. <<

[91] Otto Friedrichs, *Das niedere Schulwesen im linksrheinischen Herzogtum Kleve 1614-1816. Ein Beitrag zur Regionalgeschichte der Elementarschulen in Brandenburg-Preussen* (Bielefeld, 2000). Sobre los Kuren, v. Andreas Kossert, *Ostpreussen. Geschichte und Mythos* (Berlín, 2005), pp. 190-195. <<

[92] Forstreuter, «Die Anfänge der Sprachstatistik» en id., *Wirkungen*, pp. 113, 315, 316. <<

[93] Kurt Forstreuter, *Die Deutsche Kidturpolitik im sogenannten Preussisch-Litauen* (Berlín, 1933), p. 341. <<

[94] Samuel Laing, *Notes of a Traveller*, p. 67. <<

[95] Para ejemplos de peticiones separatistas que citan el código, v. las transcripciones en Johann Gottfried Scheibel, *Actenmässige Geschichte der acuesten Unternehmungen einer Guion zwischen der reformirtes und der lutherischen Kirche vorzüglich durch gemeinschaftliche Agende in Deutschland und besonders in dem preussischen Staate* (2 vols., Leipzig, 1834), vol. 2, pp. 95-104, 106-107, 197-208, 211-212. Sobre el código como núcleo de una identidad unitaria, v. Koselleck, *Preussen Zwischen Reform und Revolution*, pp. 23-51. <<

[96] «Hier bei uns im Preussenlande / Ist der König Herr; / Durch Gesetz und Ordnungsbande / Stänkert man nicht kreuz und quer». Citado en Brophy, *Joining the Political Nation*, cap. 2. <<

[97] Rudolf Lange, *Der deutsche Schulgesang seit fünfzig jahren. Ein Beitrag zur Schulbuchliteratur* (Berlín, 1867), pp. 50-51. Después de 1945, el «*Preussenlied*» se hizo popular en los círculos de expulsados del este de Prusia en Alemania occidental, aunque la Prusia que ellos cantaban no era el Reino de Prusia, sino las tierra prusianas del Báltico al este. <<

[98] Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Elements of the Philosophy of Right*, trad. H. B. Nisbet, ed. Allen W. Wood, §258, p. 279 [trad, españ. *Elementos de Filosofía del Derecho*. Editorial Claridad, Buenos Aires, 1968]. Mi comprensión de la teoría del estado de Hegel se debe al manuscrito no publicado de Gareth Stedman Jones «Civilising the People: Hegel»; agradezco al prof. Stedman Jones por permitirme ver este trabajo antes de que apareciese impreso. <<

[99] *Ibid*., §273, p. 312. <<

[100] Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Die Philosophie des Rechts. Die Mitschriften Wannenmann (Heidelberg, 1817-1818) und Homeyer (Berlin 1818-1819)*, ed. K.-H. Ilting (Stuttgart, 1983), §70, p. 132. <<

[101] Cita en Horst Althaus, *Hegel. An Intellectual Biography*, trad. Michael Tarsh (Oxford, 2000), p. 186. <<

[102] V. la Introducción de Garetb Stedman Jones a Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifest* (Londres, 2002), pp. 74-82. <<

[103] Citado en Althaus, *Hegel*, p. 159. <<

[104] Sobre la escisión del hegelianismo en tradiciones separadas de derecha e izquierda, v. John Edward Toews, *Hegelianism. The Path Toward Dialectical Humanism, 1805-1841* (Cambridge, 1985), pp. 71-140. <<

[105] Cita en Althaus, *Hegel*, p. 161. <<

[106] George G. Iggers, *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present* (Middletown, 1968), pp. 82, 88-89. <<

[107] Cita en Sheehan, *German History*, p. 568. <<

[1] Christopher Bayly, *The Birth of the Modern World, 1780-1914* (Oxford, 2004), p. 147. <<

[2] William Russell al Vizconde Palmersron, Berlín, 18 de junio de 1840, en Mösslang, Freitag y Wende (eds.), *British Envoys*, vol. 2, 1830-1847, p. 184. <<

[3] Walter Bussmann, *Zwischen Preussen und Deutschland. Friedrich Wilhelm IV. Eine Biographie* (Berlín, 1990), pp. 50-51, 94-6; Dirk Blasius, *Friedrich Wilhelm IV, 1795-1861. Psychopathologie und Geschichte* (Gotinga, 1992), pp, 14-17, 55; David E. Barclay, *Friedrich Wilhelm IV and the Prussian Monarchy, 1840-1861* (Oxford, 1995), pp. 29-30, 32-35. <<

[4] Bussmann, *Zwischen Preussen und Deutschland*, pp. 130-52. <<

[5] Bärbel Holtz *et al*. (eds.), *Die Protokolle des preussischen Staatsministeriums, 1817-1934/38* (12 vols., Hildesheim, 1999-2004), vol. 3, 9. *Juni 1840 bis 14. März 1848*, p. 15 (introducción de Holtz). <<

[6] Robert Blake, «The Origins of the Jerusalem Bishopric», en Adolf M. Birke y Kurt Kluxen (eds.), *Kirche, Staat und Gesellschaft. Ein deutsch-englischer Vergleich* (Múnich, 1984), pp. 87-97; Bussmann, *Friedrich Wilhelm*, pp. 153-173; Barclay, *Frederick William IV*, pp. 84-92. <<

[7] Frank-Lothar Kroll, «Monarchie und Gottesgnadentum in Preussen 1840-1861», en id. *Das geistige Preussen. Zur Ideengeschichte eines Staadtes* (Paderborn, 2001), pp. 55-74. V. asimismo «Politische Romantik und Romantische Politik bei Friedrich Wilhelm IV» en el mismo volumen, pp. 75-86. <<

[8] Leopold von Gerlach, Diario, Fráncfort, 3 de junio de 1842, Bundesarchiv Potsdam, 90 Ge 6 Tagebuch Leopold von Gerlach, Bd 1842-1846, fo. 21. <<

[9] Treitschke, *Deutsche Geschichte*, vol. 5, p. 138. <<

[10] Neugebauer, *Politischer Wandel*, pp. 446-449. <<

[11] Hagen, *Germans, Poles and Jews*, pp. 91-92. <<

[12] Holtz *et al*. (eds.), *Protokolle*, vol. 3 (introducción), p. 17. <<

[13] Treitschke, *Deutsche Geschichte*, vol. 5, pp. 154-156. <<

[14] Barclay, *Friedrich Wilhelm IV*. 54-55. <<

[15] Obenaus, *Anfänge*, pp. 532-3; Neugebauer, *Politischer Wandel*, p. 450. <<

[16] El texto completo del Testamento Político de 1808 se halla en Heinrich Scheel y Doris Schmidt (coords.), *Das Reformministerium Stein. Akten zur Verfassungs-und Verwaltungsgcschichte aus den Jahren 1807/08* (3 vols., Berlín, 1966-1968), vol. 3, pp. 1136-1138. <<

[17] Neugebauer, *Politischer Wandel*, pp. 257-258, 329, 372. <<

[18] Theodor von Schön, *Woher und Wohin? oder der preussische Landtag im Jahre 1840. Ausschliesslich für den Verfasser, in wenigen Exemplaren abgedruckt* (Königsberg, 1840), reimpr. en Hans Fenske (ed.), *Vormärz und Revolution 1840-1848* (Darmstadt, 1976), pp. 34-40. Para el texto de la carta del rey a Schön del 26 de diciembre de 1840, v. Hans Rothfels, *Theodor von Schön, Friedrich Wilhelm IV und die Revolution von 1848* (Halle, 1937), pp. 213-218; comentario pp. 111-113. <<

[19] El siguiente relato de la controversia sobre Schön se basa sobre todo en Treitschke, *Deutsche Geschichte*, vol. 5, pp. 158-167. V. también Hans Rothfels, *ibid*, pp. 107-123. <<

[20] Sheehan, *German History*, p. 625. <<

[21] Karl Obermann, «Die Volksbewegung in Deutschland von 1844 bis 1846», *Zeitschrift für Geschichte*, 5/3 (1957), pp. 503-525; James Sheehan, *German Liberalism in the Nineteenth Century* (Chicago, 1978), pp. 12-14. <<

[22] Nipperdey, *Deutsche Geschichte*, p. 398; Dirk Blasius, «Der Kampf um das Geschworenengericht in Vormärz», en Hans-Ulrich Wehler (ed.), *Sozialgeschichte heute. Festschrift für Hans Rosenberg* (Gotinga, 1974), pp. 148-161. <<

[23] Sperber, *Rhineland Radicals*, p. 104. <<

[24] Hagen, *Germans, Poles and Jews*, p. 93. <<

[25] R. Arnold, «Aufzeichnungen des Grafen Carl v. Voss-Buch über das Berliner Politische Wochenblatt», *Historische Zeitschrift*, 106 (1911), pp. 325-340, espec, pp. 334-339; Berdahl, *Politics of the Prussian Nobility*, pp. 158-181, 246-263; Epstein, *German Conservatism*, p. 66; Fritz Valjavec, *Die Entstehung der politischen Strömungen in Deutschland, 1770-1815* (Múnich, 1951), pp. 310, 322, 414. <<

[26] Bärbel Holtz, «Wider Osrrakismos und moderne Konstitutionstheorien. Die preussische Regierung im Vormärz zur Verfassungsfrage», en Hartin Spenkuch (eds.), *Preussens Weg in die politische Moderne. Verfassung— Verwaltung— politische Kultur zwischen Reform und Reformblockade* (Berlín, 2001), pp. 101-139; ead., «Der vormärzliche Regierungsstil von Friedrich Wilhelm IV.», *FBPG*, (12, 2002), pp. 75-113. <<

[27] Leopold von Gerlach, Diario, Sans Souci, 28, 29 de octubre de 1843, Bundesarchiv Potsdam, 90 Ge 6 Tagebuch Leopold von Gerlach, Bd 1842-1846, fos. 98-101. <<

[28] V. los informes reproducidos en Jehle (ed.), *Die Juden und die jüdischen Gemeinden Preussens*, espec. vol. l, pp. 81 (Königsberg), 84-5 (Danzig), 97 (Gumbinnen), 118 (Marienwerder), 139 (Stettin), 147 (Köslin), 174 (Stralsund), 260 (Bromberg), 271 (Provincia de Silesia), 275 (Breslau), 283 (Liegnitz), 441 (Minden), 457 (Colonia), 477 (Düsseldorf), 497 (Coblenz). El llamamiento del gobierno de Colonia para una plena emancipación se halla en p. 446. Sobre el papel de la administración local como codeterminantes de la política en general, v. Berger, *Die preussische Verwaltung*, p. 260. <<

[29] «… Das von den Extremen unserer Zeit / Ein närrisches Gemisch ist…» cita del poema satírico de Heinrich Heine «Der neue Alexander», en Heinrich Heine, *Sämtliche Schriften*, ed. Klaus Briegleb (6 vols., Múnich, 1968-76), vol. 4, p. 458. <<

[30] David Friedrich Strauss, *Der Romantiker auf dem Thron der Cäsaren, oder Julian der Abtrünnige. Ein Vortrag* (Mannheim, 1847), espec. p. 52. <<

[31] Sobre el carácter y la reacción a estos calendarios, v. Brophy, *Joining the Political Nation*, cap. I… <<

[32] Freytag, Aberglauben, pp. 179-182. <<

[33] Brophy, Joining the Political Nation; Ann Mary Townsend, Forbidden Laughter. Popular Humour and the Limits of Repression in Nineteenth-century Prussia (Ann Arbor, MI, 1992), pp. 24-25, 27, 48-49, 93, 137. <<

[34] James M. Brophy, «Carnival and Citizenship: the Politics of Carnival Culture in the Prussian Rhineland, 1823-1848», *Journal of Social History*, 30 (1997), pp. 873-904; id., «The Politicization of Traditional Festivals in Germany, 1815-1848», en Karin Friedrich (ed.), *Festival Culture in Germany and Europe from the Sixteenth to the Twentieth Century* (Lamperer, 2000), pp. 73-106. <<

[35] Sperber, *Rhineland Radicals*, pp. 98-100. <<

[36] Estos ejemplos provienen de Barclay, *Friedrich Wilhelm IV* p. 113. <<

[37] *Ibid*., p. 118;Townsend, *Forbidden Laughter*, pp. 162-170. <<

[38] Treitschke, *Deutsche Geschichte*, vol. 5, pp. 267-270. <<

[39] «Hat» wohl je ein Mensch so'n Pech / Wie der Burgermeister Tschech, / Dass er diesen dicken Mann/ Auf zwei Schritt nicht treffen kann!, citado en Brophy: *Joining the Political Nation*, cap. I. Sobre el significado político de los *Tschechlieder*, v. también Treitschke, *Deutsche Geschichte*, vol. 5, pp. 268-270. <<

[40] Anón., «Das Blutgericht (1844)», canción de los tejedores en Peterswaldau y Langenbielau, reproducida en Lutz Kroneberg y Rolf Schloesser (eds.), *Weber-Revolte 1844. Der schlesische Weberaufstand im Spiegel der zeitgenössischen Publizistik und Literatur* (Colonia, 1979), pp. 469-472. <<

[41] Mi escrito sobre los acontecimientos se basa en gran medida en el informe contemporáneo de Wilhelm Wolff, «Das Elend und der Aufruhr in Schlesien 1844», escrito en junio de 1844 y publicado en diciembre del mismo año en el *Deutsches Bürgerbuch für 1845*. El ensayo ha sido reimpreso en Kroneberg y Schloesser (eds.), *Weber-Revolte*, pp. 241-264. <<

[42] Citado en Sheehan, *German History*, p. 646. <<

[43] Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 2, p. 288; Sperber, *Rhineland Radicals*, p. 35. <<

[44] «Erfahrungen eines jungen Schweizers im Vogdande», en Bettina von Arnim, *Politische Schrifien*, ed. Wolfgang Bunzel (Fráncfort del Meno, 1995), pp. 329-368, v. también pp. 1039-1040. <<

[45] Heinrich Grunholzer, Apéndice a Bettina von Arnim, *Dies Buch gehort dem König* (1843), citado en Kroneberg y Schloesser (eds.), *Weber-Revolte*, pp. 40-53. El texto de Grunholzer fue encargado por Arnim, que lo utilizó para reducir las exigencias hechas en su ensayo introductorio, una petición al rey para aumentar las prestaciones sociales en el Reino de Prusia. <<

[46] Friedrich Wilhelm Wolff, «Die Kasematten von Breslau», en Franz Meliring (ed.), *Gesammelte Schrifien von Wilhelm* Wolff (Berlín, 1909), pp. 49-56. <<

[47] Citado en Sheehan, *German History*, p. 645. <<

[48] Alexander Schneer, *Über die Not der Leinen-Arbeiter in Schlesien und die Mittel ihr abzuhelfen* (Berlín, 1844). <<

[49] Para un argumento que apoya la tesis malthusiana sobre Baviera, v. William Robert Lee, *Population Growth, Economic Development and Social Change in Bavaria 1750-1850* (Nueva York, 1977), p. 376. <<

[50] Manfred Gailus, «Food Riots in Germany in the Late 1840s», Past and Present, 145 (1994), pp. 157-193. <<

[51] E. P. Thompson, «The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century», *Past & Present*, 5 (1971), pp. 76-136; Hans-Gerhard Husung, *Protest und Repression im Vormärz* (Gotinga, 1983), pp. 244-7; Gailus, «Food Riots», pp. 159-160. <<

[52] Hermann Beck, «Conservatives and the Social Question in Nineteenth-century Prussia», en Larry Eugene Jones y James Retallack (eds.), *Between Reform, Reaction and Resistance: Studies in the History of German Conservatism from 1789 to 1945* (Providence, 1993), pp. 61-94; id., «State and Society in pre-March Prussia: the Weavers' Uprising, the Bureaucracy and the Association for the Welfare of Workers», *Central European History*, 25 (1992), pp. 303-331; id., *The Origins of the Authoritarian Welfare State in Prussia. Conservatives, Bureaucracy and the Social Question, 1815-1870* (Ann Arbor, 1995); Wolfgang Schwentker, «Victor Aimé Huber and the Emergence of Social Conservatism», en Jones y Retallack (eds.), *Between Reform, Reaction and Resistance*, pp. 95-121. <<

[53] Kroneberg y Schloesser (eds.), *Weber-Revolte*, pp. 24-25. <<

[54] Karl Marx, «Kritische Randglossen zu dem Artikel “Der König von Preussen und die Sozialreform”», *Vorwärts!*, 19 de agosto de 1844, extractado de Kroneberg y Schloesser (eds.), *Weber-Revolte*, pp. 227-228. <<

[55] Sobre el nexo entre la Ley de la Deuda del Estado, las necesidades financieras de Prusia y la reforma constitucional, v. Niall Ferguson, *The World's Banker*. *The History of the House of Rothschild* (Londres, 1998), p. 133. <<

[56] Brose, *Technological Change in Prussia*, pp. 223-224, 235-239; Barday, *Friedrich Wilhelm IV*, p. 120. <<

[57] Geoffrey Wawro, *The Austro-Prussian War. Austria's War with Prussia and Italy in 1866* (Cambridge, 1996), p. 31. <<

[58] [Agnes von Gerlach] (ed.), *Denkwürdigkeiten aus dem Leben Leopokd von Gerlachs, nach seinen Aufzeichnungen* (2 vols., Berlín, 1891-1892), vol. I, p. 99. V. asimismo Berdahl, *Politics of the Prussian Nobility*, pp. 324-325. <<

[59] Obenaus, *Anfänge* pp. 556-63; Friedrich Keinemann, *Preussen auf dem Wege zur Revolution: Die Provinziallandtags— und Verfassungspolitik Friedrich Wilhelms IV. Von der Thronbesteigung bis zum Erlass des Patents vom 3. Februar 1847. Ein Beitrag zur Vorgeschichte der Revolution von 1848* (Hamm, 1975), pp. 45-51; Barday, *Friedrich Wilhelm IV*. 121; Berdahl, *Politics of the Prussian Nobility*, pp. 325-326. <<

[60] Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 2, p. 615. Sobre las políticas de construcciones ferroviarias, v. Brose, *Technological Change in Prussia*, cap. 7. <<

[61] Simms, *Struggle for Mastery*, pp. 169-170. <<

[62] Eduard Bleich (ed.), *Der erste vereinigte Landtag in Berlin 1847* (4 vols., Berlín, 1847, reimpr. Vaduz-Liechtenstein, 1977), vol. I, pp. 3-10. <<

[63] Berdahl, *Politics of the Prussian Nobility*, p. 336. <<

[64] Para el texto del discurso, v. Bleich (ed.), *Der erste vereinigte Landtag*, vol. I, pp. 22, 25-6. <<

[65] Obenaus, *Anfänge*, pp. 704-5; Ernst Rudolf Huber, *Deutsche Vefassungsgeschichte seif 1789* (7 vols., Stuttgart, 1957-82), vol. 2, *Der Kampf und Einheit und Freiheit. 1830 his 1850*, p. 494. <<

[66] Sobre el uso del término «conservador» en los años 1840, v. Rudolf Vierhaus, «Konservatismus», en Otto Brunner, Werner Conze, Reinhard Koselleck (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zu politisch-sozialer Sprache in Deutschland* (Stuttgart, 1972), pp. 531-65, espec. pp. 540-51. Alfred von Martin, «Weltanschauliche Motive im altkonservativen Denken», en Gerd-Klaus Kaltenbrunner, *Rekonstruktion des Konservatismus* (Freiburg, 1972), pp. 139-80. <<

[67] Gerlach, *Denkwürdigkeiten*, vol. 1, p. 118. <<

[68] Entradas del diario del 22 de junio de 1836, 21 de enero de 1836, 17 de junio de 1837, 14 de noviembre de 1839, 26 de diciembre de 1841, Karl Varnhagen von Ense, *Aus dem Nachlass Varnhagen's von Ense. Tagebücher von K. A. Varnhagen von Ense* (14 vols., Leipzig, 1861-1870), vol. I (1861), pp. 5, 34-35, 151-153, 384-385. <<

[69] Entrada del Diario, 27 de agosto de 1837, en *ibid*., pp. 58-9. <<

[70] Freytag, *Aberglauben*, pp. 151-152. <<

[71] Friedrich Engels a Wilhelm Graeber, 13 de noviembre de 1839, en *Marx and Engels Collected Works* (50 vols., Londres, 1975-2004), vol. 2, pp. 476-481. <<

[72] Engels discute esta práctica en Engels a Graeber, 29 de octubre de 1839, en *ibid*., p. 476. <<

[73] Brophy, *Joining the Political Nation*; id., «Violence between Civilians and State Authorities in the Prussian Rhineland, 1830-1848», *German History*, 22 (2004), pp. 1-35. <<

[74] Alf Lüdtke, *Police and State in Prussia 1815-1850*, trad. Pete Burgess (Cambridge, 1989), pp. 72, 73. <<

[75] Evans, *Rituals of Retribution*, pp. 228-229. <<

[76] Cita en Simms, *Struggle for Mastery*, p. 199. <<

[1] *Vössische Zeitung (Extrablatt)*, 28 de febrero de 1848, acceso *online* en *http://www.zlb.de/projekte/1848/vorgeschichte_image.htm*; último acceso 11 de junio de 2004. <<

[2] Karl August Varnhagen von Ense, «Darstellung des Jahres 1848» (escrito en el otoño de 1848), en Konrad Feilchenfeld (ed.), *Karl August Varnhagen von Ense. Tageblätter* (5 vols., Fráncfort del Meno, 1994), vol. 4, *Biographien, Aufsätze, Skizzen, Fragmente*, pp. 685-734. <<

[3] Wolfram Siemann, «Public Meeting Democracy in 1848», en Dieter Dowe, Heinz-Gerhard Haupt, Dieter Langewiesche y Jonathan Sperber (eds.), *Europe in 1848. Revolution and Reform* (Nueva York, 2001), pp. 767-776; Schulze, *Der Weg zum Nationalstaat*, pp. 3-48; mi texto de los días de marzo en Berlín es deudor de la evocadora crónica de Schulze de los primeros tiempos de la revolución. <<

[4] Alessandro Manzoni, *The Betrothed*, trad. Archibald Colquhoun (orig. 1827, Londres, 1956), pp. 188-189. <<

[5] V. la descripción de los acontecimientos en la plaza del palacio del 15 de marzo en Karl Ludwig von Prittwitz, Berlín 1848. *Das Erinnerungswerk des Generalleutnants Karl Ludwig von Prittwitz und andere Quellen zur Berliner Märzrevolution und zur Geschichte Preussens um die Mitte des 19. Jahrhunderts*, ed. Gerd Heinrich (Berlín, 1985), pp. 71-73. <<

[6] Karl August Varnhagen von Ense, entrada del Diario, 15 de marzo de 1848, en Feilchenfeld (ed.), *Varnhagen von Ense*, vol. 5, *Tageblätter*, pp. 429-430. <<

[7] Prittwitz, *Berlin 1848*, p. 116. <<

[8] Citado en *ibid*., p. 120 <<

[9] *Ibid*., pp. 129-130. <<

[10] Varnhagen, *Tageblätter*, 18 de marzo de 1848, p. 433. <<

[11] Citado en Prinwitz, *Berlin* 1848, p. 174. <<

[12] *Ibid*., p. 232. <<

[13] Texto del mensaje dado en *ibid*., p. 259. <<

[14] Para diversas relaciones sobre el papel de los militares y de Federico Guillermo IV en la retirada de Berlín, v. Felix Rachfahl, *Deutschland, König Friedrich Wilhelm IV und die Berliner Märzrevolution von 1848* (Halle, 1901); Friedrich Thimme, «König Friedrich Wilhelm IV., General von Prittwitz und die Berliner Märzrevolution», *FBPG*, 16 (1903), pp. 201-238; Friedrich Meinecke, «Friedrich Wilhelm IV und Deutschland», *Historische Zeitschrift*, 89 (1902), pp. 17-53. <<

[*] Texto del mensaje dado en *ibid*., p. 259. <<

[15] Heinrich, *Geschichte Preussens*, p. 364. <<

[16] David Blackbourn, *History of Germany* 780-1918. *The Long Nineteenth Century* (2.ª ed., Oxford, 2003), p. 107. <<

[17] Ralf Rogge, «Umriss des Revolutionsgeschehens 1848/49 in Solingen», en Wilfried Reininghaus (ed.), *Die Revolution 1848/49 in Westfalen und Lippe* (Munster, 1999), pp. 119-144. <<

[18] Manfred Beine, «Sozialer protest und kurzzeitige Politisierung», en Reininghaus (ed.), *Die Revolution*, pp. 171-215. <<

[19] Theodore S. Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction. Economics and Politics in Germany 1815-1871* (Princeton, 1958), pp. 103-106. <<

[20] Christof Dipper, «Rural Revolutionary Movements. Germany, France, Italy», en Dowe *et al*., (eds.), *Europe in 1848*, pp. 416-442. <<

[21] Manfred Gailus, «The Revolution of 1848 as Politics of the Streets», en Dowe *et al*., (eds.), *Europe in 1848*, pp. 778-796. <<

[22] Informe de un testigo, por el alcalde de Berlín Krausnick, citado en Prittwitz, *Berlin 1848*, pp. 229-30; Barclay, *Friedrich Wilhelm IV*, p. 145. <<

[23] La cabalgada del rey por Berlín se describe en Karl Haenchen (ed.), *Revolutionsbriefe 1848: Ungedrucktes aus dem Nachlass König Friedrich Wilhelms IV von Preussen* (Leipzig, 1930), pp. 53-54 (relación de August von Scholer); Adolf Wolff, *Revolutions-Chronik. Darstellung der Berliner Bewegungen im Jahre 1848 nach politischen, socialen und literarischen Beziehungen* (3 vols., Berlín, 1851, 1852, 1854), vol. I, pp. 294-299. <<

[24] Citado en Prittwitz, *Berlin 1848*, pp. 440-441. <<

[25] Otto von Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen* (Stuttgart y Berlín, 1928), p. 58. <<

[26] Sobre las conspiraciones militares de la época, v. Manfred Kliem, *Genesis der Führungskräjte der feudal-militaristischen Konterrevolution 1848 in Preussen* (Berlín, 1966). <<

[27] Sobre la Asamblea nacional, v. Hans Mahl, *Die Überleitung Preussens in das konstitutionelle System durch den zweiten Vereinigten Landtag* (Múnich, 1909), pp. 123-227; Wolfram Siemann, *Die deutsche Revolution von 1848/49* (Fráncfort del Meno, 1985), p. 87; Manfred Botzenhart, *Deutscher Parlamentarismus in der Revolutionszeit 1848-1850* (Düsseldorf, 1977), pp. 132-141, 441-453. <<

[28] Federico Guillermo IV al ministro de Estado, Berlín, 4 junio 1848, en Erich Brandenburg (ed.), *König Friedrich Wilhelms IV. Briefwechsel mit Ludolf Camphausen* (Berlín, 1906), pp. 144-147. <<

[29] Barclay, *Friedrich Wilhelm IV*, p. 164. <<

[30] Rüdiger Hachtmann, *Berlin 1848. Eine Politik— und Gesellschaftsgeschichte der Revolution* (Bonn, 1997), pp. 561-566, cita, p. 562. <<

[31] Botzenhart, *Parlamentarismus*, pp. 538-41; Huber, *Verfassungsgeschichte* (8 vols., Stuttgart, 1957-90), vol. 2, pp. 730-732. <<

[32] Gerlach a Brandemburgo, 2 noviembre 1848, cita en Barclay, *Friedrich Wilhelm IV*, p. 179. <<

[33] Hachtmann, *Berlin 1848*, pp. 749-752; Botzenhart, *Parlamentarismus*, pp. 545-50; Barclay, *Friedrich Wilhelm IV*, pp. 179-81; Sabrina Müller, *Soldaten in den deutschen Revolutionen von 1848/49* (Paderborn, 1999), p. 299. <<

[34] Sperber, *Rhineland Radicals*, pp. 314-336. <<

[35] Reinhard Vogelsang, «Minden-Ravensberg im Vormärz und in der Revolution von 1848/49»; en Reininghaus (ed.), *Die Revolution*, pp. 141-169. <<

[36] Sperber, *Rhineland Radicals*, pp. 360-386. <<

[37] Barclay, *Friedrich Wilhelm IV*, espec. 138-184. El mismo caso general en Bussmann, *Friedrich Wilhelm IV*, *passim*; c. f. Blasius, *Friedrich Wilhelm IV*
<<

[38] Wolfgang Schwentker, *Konservative Vereine und Revolution in Preussen, 1848/49. Die Konstituierung des Konservativismus als Partei* (Düsseldorf, 1988), pp. 142, 156-174, 176, 336-338. <<

[39] Trox, *Militärischer Konservativismus*, pp. 207-209. <<

[40] Müller, *Soldaten in der deutschen Revolution*, pp. 124 y *passim*. <<

[41] Trox, *Militärischer Konservativismus*, pp. 162-164 y *passim*. <<

[42] Müller, *Soldaten in der deutschen Revolution*, pp. 81, 83, 85, 299, 300. <<

[43] Albert Förderer, *Erinnerungen aus Rastatt* 1849 (Lahr, 1899), p. 104, citado en Müller, *Soldaten in der deutschen Revolution*, p. 310. <<

[44] Sobre el epicentro prusiano de la «geopolítica liberal» v. Simms *Struggle for Mastery*, pp. 168-194; Harald Müller, «Zu den aussenpolistichen Zielvorstellungen der gemassigten Liberalen am Vorabend und bürgerlich-demokratischen Revolution von 1848/49 am Beispiel der "Deustche Zeitung"», en Helmut Bleiber (ed.), *Bourgeoisie und bürgerliche Umwälzung in Deutschland. 1789-1871* (Berlín, 1977), pp. 229-266, cita p. 233, n. 25; id., «Der Blick über die deutschen Grenzen. Zu den Förderungen der bürgerlichen Opposition in Preussen nach aussenpolitischer Einflussnahme am Vorabend und während des ersten preussischen vereinigten Landtags von 1847», *Jahrbuch für Geschichte*, 32 (1985), pp. 203-238. <<

[45] Texto en Wilhelm Angerstein, *Die Berliner Märzercignisse im Jahre 1848* (Leipzig, 1865), p. 65. <<

[46] Federico Guillermo, Orden Ministerial, 21 de marzo de 1848, transcrita en Prittwitz, *Berlin 1848*, p. 392. Para una descripción detallada de la cabalgada a través de Berlín, v. Schulze, *Der Weg zum Nationalstaat*, p. 47. <<

[47] Federico Guillermo IV, «An Mein Volk und an die deutsche Nation», transcrito en Prittwitz, *Berlin 1848*, p. 392. <<

[48] Para un relato completo del festival de la catedral, v. Thomas Parent, *Die Hohenzollern in Köln* (Colonia, 1981), pp. 50-61. <<

[49] Federico Guillermo IV a Metternich, 7 de marzo de 1842, citado en Barclay, *Friedrich Wilhelm IV*, p. 188. <<

[50] Federico Guillermo IV a Friedrich Christoph Dahlmann, 24 de abril de 1848, en Anton Springer, *Friedrich Christoph Dahlmann* (2 vols., Leipzig, 1870, 1872), vol. 2, pp. 226-8. <<

[51] Federico Guillermo IV a Stolberg, 3 de mayo de 1848, en Otto Graf zu Stolberg-Wernigerode, *Anton Graf zu Stolberg— Wernigerode: Ein Freund und Ratgeber König Friedrich Wilhelms IV* (Múnich, 1926), p. 117. <<

[52] Federico Guillermo IV a Federico Augusto II de Sajonia, 5 de mayo de 1848, en Hellmut Kretzschmar, «König Friedrich Wilhelms IV. Briefe an König Friedrich Augusr II. von Sachsen», *Preussische Jahrbücher*, 227 (1932), pp. 28-50, 142-153, 245-263; Barclay, *Friedrich Wilhelm IV*, p. 190. <<

[53] Baumgart, *Europäisches Konzert*, pp. 324-5; Werner Mosse, *The European Powers and the German Question. 1848-1871: with special Reference to England and Russia* (Cambridge, 1958), pp. 18-19. <<

[54] Citado en Bussmann, *Friedrich Wilhelm IV* 289. <<

[55] Roy A. Austensen, «The Making of Austria's Prussian Policy, 1848-1851», *Historical Journal*, 27 (1984), pp. 861-876. <<

[56] Karl Marx y Friedrich Engels, «Review: May-October 1850», *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue* (Londres, 1 de noviembre de 1850), acceso *online* en *http://www.marxists.org/archive/marx/works/1850/11/0I.htm*; último acceso 23 de junio de 2004. <<

[57] *Ibid*. <<

[58] Heinrich von Sybel, *Die Begründing des Deutschen Reiches durch Wilhelm I* (6 vols., 3.ª ed., Múnich y Berlín, 1913), vol. 2, pp. 48-49. <<

[59] Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, p. 95. <<

[60] Citado en Felix Gilbert, Johann Gustav Droysen und die preussisch-deutsche Frage (Múnich y Berlín, 1931), p. 122. <<

[61] Johann Gustav Droysen, «Zur Charakteristik der europäischen Krisis», Minerva (1854), reimpr. en id., *Politische Schriften*, ed. Felix Gilbert (Múnich y Berlín, 1933), pp. 302-342. La palabra «Adelante» es una referencia a Blücher, al que se llamaba afectuosamente «Mariscal Adelante». <<

[62] Sobre las operaciones del sistema de tres clases en Prusia, con un análisis completo de los mecanismos de votación a lo largo de su vida, v. Thomas Kühne, *Handbuch der Wahlen zum preussischen Abgeordnetenhaus 1867-1918. Wahlergebnisse, Wahlbündnisse und Wahlkandidaten* (Düsseldorf, 1994). <<

[63] Eberhard Naujoks, *Die parlamentarische Entstehung des Reichspressegesetzes in der Bismarckzeit (1848/74)* (Düsseldorf, 1975); Wolfram Siemann, *Gesellschaft im Aufbruch 1849-1871* (Fráncfort del Meno, 1990), pp. 42, 65-67. <<

[64] Cf. G. R. Elton, *The Tudor Revolution in Government. Administrative Changes in the Reign of Henry VIII* (Cambridge, 1969), que trata, obviamente, de otra cosa muy diferente, pero habla de un período «cuando las necesidades de buen gobierno prevalecían sobre las exigencias de un "gobierno libre" y el orden y la paz parecían más importantes que los principios y los derechos» (p. l), y percibe en la innovación administrativa un proceso de «perturbación controlada» (p. 427). <<

[65] Una útil panorámica comparativa de las innovaciones constitucionales a lo largo de Europa es Martin Kisch y Pierangelo Schiera (eds.): *Verfassungswandel um 1848 im europäischen Vergleich* (Berlín, 2001); v. espec. el ensayo introductorio de Kisch, «Verfassungswandel um 1848 Aspekte der Rezeption und des Vergleichs zwischen den europäischen Staaten», pp. 31-62. <<

[66] Barclay, *Friedrich Wilhelm IV*, p. 183. <<

[67] H. Wegge, *Die Stellung der Öffentlichkeit zur oktroyierten Verfassung und die preussische Parteibildung 1848/49* (Berlín, 1932), pp. 45-8; cita p. 48. <<

[68] Barclay, *Friedrich Wilhem IV*, p. 221. <<

[69] Günther Grünthal, *Parlanientarismus in Preussen 1848/49-1857/58: Preussischer Konstitutionalismus - Parlament und Regierung in der Reaktionsära* (Düsseldorf, 1982), p. 185. <<

[70] *Ibid*., p. 392. <<

[71] William J. Orr, «The Prussian Ultra Right and the Advent of Constitutionalism in Prussia», *Canadian Journal of History*, 11 (1976), pp. 295-310; Heinrich Heffter, «Der Nachmärzliberalismus: Die Reaktion der fünfziger Jahre», en Hans-Ulrich Wehler (ed.), *Moderne deutsche Sozialgeschichte* (Colonia, 1966), pp. 177-196; Hans Rosenberg, «Die Pseudodemokratisierung der Rittergutsbesitzerklasse»., en id., *Machteliten und Wirtschaftskonjunkturen. Studien zur neueren deutschen Sozial* und Wirtschaftsgeschichte (Gotinga, 1978), p. 94. <<

[72] Para una excelente discusión comparativa de la modernización liberal-conservadora en Prusia y Austria, v. Arthur Schlegelmilch, «Das Projekt der konservativ-liberalen Modernisierung und die Einführung konstitutioneller Systeme in Preussen und Österreich, 1848/49», en Kisch y Schiera (eds.), *Verfassungswandel*, pp. 155-177. <<

[73] James Brophy, *Capitalism, Politics and Railroads in Prussia, 1830-1870* (Columbus, 1998), pp. 165-175. <<

[74] Grünthal, *Parlamentarismus*, pp. 281-286. <<

[75] El príncipe Guillermo a Otto von Manteuffel, director del ministerio del Interior bajo Camphausen, 7 de abril de 1848, citado in Karl-Heinz Börner, *Wilhelm I Deutscher Kaiser und König von Preussen. Eine Biographie* (Berlín, 1984), p. 81. <<

[76] Grünthal, *Parlanientarismus*, p. 476. <<

[77] Charles Tilly, «The Political Economy of Public Finance and the Industrialisation of Prussia 1815-1866», *Journal of Economic History*, 26 (1966), pp. 484-497. <<

[78] *Ibid*., p. 494. <<

[79] *Ibid*., p. 492. <<

[80] Brophy, *Capitalism, Politics and Railroads*, p. 58. <<

[81] Grünthal, *Parlanientarismus*, p. 476. <<

[82] H. Winkel, *Die deutsche Nationalökonomie im 19.Jahrhundert* (Darmstadt, 1977), pp. 86-87, 95. Sobre este punto de vista como ejemplo del compromiso alemán con el «Smithianismo», v. E. Rothschild, «“Smithianismus” and Enlightenment in Nineteenth-century Europe», Kings College Cambridge: Centre for History and Economics, octubre de 1998. <<

[83] David Hansemann, citado en Brophy, *Capitalism, Politics and Railroads*, p. 50. <<

[84] Brophy, *Capitalism, Politics and Railroads*, pp. 50, 56, 58. A la política de Von der Heydt de nacionalización se le dio marcha atrás en los años 1860. <<

[85] James Brophy, «The Political Calculus of Capital: Banking and the Business Class in Prussia, 1848-1856», *Central European History*, 25 (1992), pp. 149-176; id., «The Juste Milieu: Businessmen and the Prussian State during the New Era and the Constitutional Conflict», en Holtz y Spenkuch (eds.), *Preussens Weg*, pp. 193-224. <<

[86] Sobre el escándalo de Techen, v. Barclay, *Friedrich Wilhelm IV*, pp. 252-255. <<

[87] D. Fischer, *Handbuch der politischen Presse in Deutschland, 1480-1980. Synopse rechtlicher, struktureller und wirtschaftlicher Grundlagen der Tendenzpublizistik im Kommunikationsfeld* (Düsseldorf, 1981), pp. 60-61, 65; Kurt Koszyk, *Deutsche Presse im 19. Jahrhundert* (Berlín, 1966), p. 123; F. Schneider, *Pressefreiheit und politische Öffentlichkeit* (Neuwied, 1966), p. 310. <<

[88] Kurt Wappler, *Regierung und Presse in Preussen. Geschichte der amtlichen Pressestellen, 1848-1862*. (Leipzig, 1935), p. 94. <<

[89] R. Kohnen, *Pressepolitik des deutschen Bundes. Methoden staatlicher Pressepolitik nach der Revolution von 1848* (Tubinga, 1995), p. 174. <<

[90] Wappler, *Regierung und Presse*, pp. 3-4. <<

[91] *Ibid*., pp. 16-17. <<

[92] Barclay, *Friedrich Wilhelm IV*, p. 262. <<

[93] Wappler, *Regierung und Presse*, p. 5. <<

[94] Manteuffel a Rochow, 3 de julio de 1851, citado in Wappler, *Regierung und Presse*, p. 91. Sobre la transición desde la censura a la administración de las noticias en los estados alemanes menores, v. Abigail Green, *Fatherlands. Statebuilding and Nationhood in Nineteenth-century Germany* (Cambridge, 2001), pp. 148-188. <<

[1] *The Times*, 23 de octubre de 1860, citado en Raymond James Sontag, *Germany and England. Background of Conflict 1848-1898* (Nueva York, 1938, reimpr. 1969), p. 33. <<

[2] Ernst Portner, *Die Einigung Italiens im Urteil liberaler deutscher Zeitgenossen* (Bonn, 1959), pp. 65, 119-122, 172-178; Angelow, *Von Wien nach Königgrätz*, pp. 190-200. <<

[3] Mosse, *The European Great Powers*, pp. 49-77. <<

[4] V., con bibliografía, Dierk Walter, *Preussische Heeresreformen 1807-1870. Militärische Innovation und der Mythos der «Roonschen Reform»* (Paderborn, 2003). <<

[5] Reimpresión inglesa en Helmut Bohme (ed.), *The Foundation of the German Empire. Select Documents*, trad. Agatha Ramm (Oxford, 1971), pp. 93-95. <<

[6] Börner, *Wilhelm I*, pp. 17, 21. <<

[7] Príncipe heredero Guillermo al general O. von Natzmer, Berlín, 20 de mayo de 1849, en Ernst Berner (ed.), *Kaiser Wilhelm des Grossen Briefe, Reden und Schriften* (2 vols., Berlín, 1906), vol. I, pp. 202-203. Cita de Mayo de 1850 en Börner, *Wilhelm I*, p. 115. Sobre el nacionalismo de Guillermo en general, v. pp. 96-101. <<

[8] Craig, *Politics of the Prussian Army*, pp. 136-79. Para una importante revisión de las reformas militares, que destruye varios mitos duraderos (entre otros, la opinión de que la movilización de 1859 fue un gran fracaso), v. Walter, *Heeresreformen*. <<

[9] Sobre Manteuffel, v. Otto Pflanze, *Bismarck and the Development of Germany* (2.ª ed., 3 vols., Princeton, 1990), vol. I, *The Period of Unification, 1815-1871*, *pp*. 171-173, 182-183, 208; Ritter, *Staatskunst*, vol. I, pp. 174-176, 231-234; Craig, *Politics of the Prussian Army*, pp. 149-150, 232-235. <<

[10] Craig, *Politics of the Prussian Army*, pp. 151-157. <<

[11] Sheehan, *German History*, p. 879. <<

[12] Para una discusión de esta carta, v. Lothar Gall, *The White Revolutionary*, trad. J. A. Underwood (2 vols., Londres, 1986), vol. 1, p. 16. <<

[13] *Ibid*., vol. I, pp. 3-34; cf. Ernst Engelberg, *Bismarck. Urpreusse und Reichsgründer* (2 vols., Berlín, 1998), vol. I, pp. 39-40, que puntualiza que la conexión de Mencken no minó en absoluto las pretensiones de estatus de los Bismarck y no halla muchas huellas de la mentalidad de «burgués concienciado» en los antepasados de los Bismarck. <<

[14] Cita en Gall, *White Revolutionary*, vol. I, p. 57. <<

[15] Carta a su primo, 13 de febrero de 1847, citada en *ibid*., pp. 18-19. <<

[16] Cita en Pflanze, *The Period of Unification*, p. 81. <<

[17] Allen Mitchell, «Bonapartism as a Model for Bismarckian Politics», *Journal of Modern History*, 49 (1977), pp. 181-199. <<

[18] Bismarck al heredero del trono Federico, 13 de octubre de 1862, en Kaiser Friedrich III, *Tagebücher von 1848-1866*, ed. H. O. Meisner (Leipzig, 1929), p. 505. <<

[19] Craig, *Politics of the Prussian Army*, p. 167. <<

[20] Tras la guerra germano-danesa de 1848, que terminó en el punto muerto de Malmö, se llegó a un acuerdo sobre el asunto (o al menos todos lo creyeron) por una serie de tratados internacionales en 1851 y 1852. Estos reconocían el derecho del futuro sucesor de Federico VII, príncipe heredero Cristiano de Glücksburg, a reinar soberanamente sobre el Reino de Dinamarca y los ducados; a cambio, los daneses debían prometer que no anexionarían el Schleswig o amañar el estatus constitucional de los ducados sin consultar primero a los estados (en gran medida alemanes) de los dos principados en disputa. <<

[21] Para un análisis completo del razonamiento de Bismarck, v. Pflanze, *Bismarck*, vol. I, pp. 237-267. Para una útil panorámica de la marcha hacia la guerra, v. Dennis Showalter, *The Wars of German Unification* (Londres, 2004), pp. 117-122; Craig, *Politics of the Prussian Army*, pp. 180-184. <<

[22] Showalter, *Wars of German Unification*, p. 126. <<

[23] Wolfgang Forster (ed.), *Prinz Friedrich Karl von Preussen, Denkwürdigkeiten aus seinem Leben* (2 vols., Stuttgart, 1910), vol. I, pp. 307-309. <<

[24] Albrecht von Roon, *Denkwürdigkeiten*, (5.ª ed., 3 vols., Berlín, 1905), vol. 1., pp. 244-246. <<

[25] Pflanze, *Bismarck*, vol. I, pp. 271-279. <<

[26] Siemann, *Gesellschaft im Aufbruch*, pp. 99-123;Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 3, *Von der «Deutschen Doppelrevolution» bis zum Beginn des Ersten Weltkrieges 1849-1914*, pp. 66-97. <<

[27] Pflanze, *Bismarck*, vol. I, p. 290. <<

[28] Bismarck al Barón Karl von Werther, Berlín, 6 de agosto de 1864, en Böhme (ed.), *Foundation of the German Empire*, pp. 128-129. <<

[29] Citado en Mosse, *European Powers*, p. 133. <<

[30] Sobre esta reunión, v. Pflanze, *Bismarck*, vol. 1, p. 292.; Ernst Engelberg, *Bismarck*, p. 570. Bismarck, como se ha dicho con frecuencia, no adujo la necesidad de derrotar a los liberales como una razón para ir a la guerra. El argumento fue propuesto por otro participante en la conferencia y rechazado explícitamente por Bismarck. <<

[31] Heinrich von Srbik, «Der Geheimvertrag Österreichs und Frankreichs vom 12.Juni *1866», Historisches Jahrbuch*, 57 (1937), pp. 454-507; Gerhard Patter, «Bismarck und die Rheinpolitik Napoleons III.», *Rheinische Vierteljahrsblätter*, 15-16 (1950-51), pp. 339-370; E. Ann Pottinger, *Napoleon III and the German Crisis. 1856-1866* (Cambridge, 1966), pp. 24-150; Pflanze, *Bismarck*, vol. I, pp. 302-303. <<

[32] Sobre la perspectiva rusa, v. Dietrich Beyrau, *Russische Orientpolitik und die Entstehung des deutschen Kaiserreichs 1866-1870/71* (Wiesbaden, 1974); id., «Russische Interessenzonen und europäisches Gleichgewicht 1860-1870», en Eberhard Kolb (ed.), *Europa vor dem Krieg von 1870* (Múnich, 1987), pp. 67-76; id., «Der deutsche Komplex. Russland zur Zeit der Reichsgründung», en Eberhard Kolb (ed.), *Europa und die Reichsgründung. Preussen-Deutschland in der Sicht der grossen europäischen Machte 1860-1880* (= Historische Zeitschrift, Beiheft, nuevas series, vol. 6; Munich, 1980), pp. 63-108. <<

[33] Sobre la marcha hacia la guerra de 1866, v. Showalter, *Wars of German Unification*, pp. 132-159; Sheehan, *German History*, pp. 899-908; Pflanze, *Bismarck*, vol. I, pp. 292-315. <<

[34] Frank J. Coppa, *The Origins of the Italian Wars of Independence* (Londres, 1992), pp. 122, 125. <<

[35] Walter, *Heeresreformen*. <<

[36] Sobre este punto, v. Voth, «The Prussian Zollverein», pp. 122-124. <<

[37] Showalter, *Wars of German unification*, p. 168. <<

[38] Wawro, *Austro-Prussian War*, pp. 130-135, 145-147. <<

[39] *Ibid*., p. 134. <<

[*] Sadowa es hoy Sadová; Königgrätz es Hradec Králové; ambas están en la República Checa *(N. del T)*. <<

[40] Comunicado a Von der Goltz, Berlín, 30 de marzo de 1866, en Herman von Petersdorff et al. (eds.), *Bismarck: Diegesammelten Werke* (15 vols., Berlín 1923-1933), vol. 5, p. 429. <<

[41] Citado en Koppel S. Pinson, *Modern Germany* (Nueva York, 1955), pp. 139-140. Sobre Siemens, v. Jürgen Kocka, *Unternehmerverwaltung und Angestelltenschaft am Beispiel Siemens, 1847-1914. Zum Verhaltnis von Kapitalismus und Burokratie in der deutschen industrialisierung* (Stuttgart, 1969), pp. 52-53. <<

[42] Rudolf Stadelmann, *Moltke und der Staat* (Krefeld, 1950), p. 73; Sheehan, *German Liberalism*, pp. 109-118. <<

[43] Para una traducción inglesa del texto del discurso en el Landtag de Guillermo I del 5 agosto de 1866 que propone la ley de indemnidad, v. Theodor Hamerow, *The Age of Bismarck. Documents and Interpretations* (Nueva York, 1973), pp. 80-82. <<

[44] Pflanze, *Bismarck*, vol. I, p. 335. <<

[45] Hagen Schulze, «Preussen von 1850 bis 1871. Verfassungsstaat und Reichsgründung», en Büsch *et al*. (eds.), *Handbuch derpreussischen Geschichte*, vol. 2, pp. 293-374. <<

[46] Conversación incluida por Gelzer, del gran duque Federico, Berlín, 20 de agosto de 1866, en Hermann Oncken (ed.), *Grossherzog Friedrich I von Baden und die deutsche Politik von 1854 bis 1871: Briefwechsel, Denkschriften, Tagebücher* (2 vols., Stuttgart, 1927), vol. 2, pp. 23-25. <<

[47] *Ibid*., p. 25. <<

[48] Katherine Lerman, *Bismarck* (Harlow, 2004), p. 145. <<

[49] David Wetzel, A *Duel of Giants. Bismarck, Napoleon III and the Origins of the Franco-Prussian War* (Madison, Wl, 2001), p. 93. <<

[50] Sobre el plan de Bismarck, v. Jochen Dittrich, *Bismarck, Frankreich und die spanische Thronkandidatur der Hohenzollern* (Múnich. 1962); Eberhard Kolb, *Der Kriegsausbruch 1870* (Gotinga, 1970); Josef Becker, «Zum Problem der Bismarckscheh Politik in der spanischen Thronfrage», *Historische Zeitschrifi*, 212(1971), pp. 529-605 e id., «Von Bismarcks "spanischer Diversion" zur "Emser Legende" des Reichsgründers», en Johannes Burkhardt *et al*. (eds.), *Lange und Kurze in den Ersten Weltkrieg Vier Augsburger Beitrage zur Kriegsursachenforschung* (Múnich, 1996), pp. 87-113: Becker presenta el caso de una guerra preventiva planeada; la postura contraria se halla en Eberhard Kolb, «Machtepolitik und Kriegsrisiko am Vorabend des Krieges von 1870: Anstelle eines Nachwortes», en id. (ed.), *Europa vor dem Krieg von 1870. Machtekonstellation, Konfliktfelder, Kriegsausbruch* (Múnich, 1987), pp. 203-209. <<

[51] Martin Schuze Wessel, *Russlands Blick nach Preussen, Die polnische Frage in der Diplomatie und der politischen Öffentlichkeit des Zarenreiches und des Sowietstaates 1697-1947* (Stuttgart, 1995), pp. 131-132; Barbara Jelavich, «Russland und die Einigungn-Deutschlands unter preussiseher Führung», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 19 (1968), pp. 52.1-38; Klaus Meyel, «Russland und die Gründing des deutschen Reiches», *Jahrbuch für die Geschichte Mittel— und Ostdeutschlands, 22*. (1973), pp. 176-195. <<

[52] Citado en William Flardle Moneypenn y George Earl Buckle, *The Life of Benjamin Disraeli, Earl of Beaconsfield* (nueva edic. revisada, 2. vols. Nueva York, 1920), vol. 2., pp. 473-474. <<

[53] Citado en J.-P. Bled, *Franz Joseph* (Oxford, 1994), p. 178. V. asimismo Steven Beller, *Francis Joseph* (Harlow, 1996), pp. 107-110. <<

[54] Claude Digeon, *La Crise allemande dans la pensée française 1870-1914* (París, 1959), pp. 535-542. <<

[55] Volker Ullrich, *Otto von Bismarck* (Hamburgo, 1998), p. 93. <<

[56] Citado en Eckhard Buddruss, «Die Deutschlandpolitik der Französischen Revolution zwischen Tradition und revolutionarem Bruch», en Karl Otmar von Aretin y Karl Harter (eds.), *Revolution und Konservatives Beharren. Das Alte Reich und die Französische Revolution* (Maguncia, 1990), pp. 145-152.; Simms, *Struggle far Mastery*, pp. 44-45. <<

[57] Martin Schulze Wessel, «Die Epochen der russisch-preussischen Beziehungen», en Neugebauer (ed.), *Handbuch der preussischen Geschichte*, vol. 3, p. 713. <<

[58] Paul W. Schroeder, «Lost intermediaries»; Rainer Lahme, *Deutsche Aussenpolitik 1890-1894: von der Gleichgewichtspolitik Bismarcks zur Allianzstrategie Caprivis* (Gotinga, 1990), pp. 488-490 y *passim*; Wolfgang Canis, *Von Bismarck zur Weltpolitik. Deutsche Aussenpolitik 1890-1902* (Berlín, 1997), pp. 400-401 y *passim*. <<

[1] Texto de la constitución del Reich de 1871 y útil comentario, v. E. M. Hucko (ed.), *The Democratic Tradition. Four German Constitutions* (Leamington Spa, Hamburgo, Nueva York, 1987), p. 121. Todas las citas provienen de esta traducción. El texto alemán completo puede encontrarse en *http://www.deutscheschutzgebiete.de/verfassung_deutsches_reich.htm*; último acceso 1 de septiembre de 2004. <<

[2] Bajo el artículo 3. Sobre las definiciones de ciudadanía más en general, y. Andreas Fahrmeir, *Citizens and Aliens. Foreigners and the Law in Britain and the German States, 1/789-1870* (Nueva York, 2000), espec. pp. 39-43, 232-236. <<

[3] Constitución del Reich de 1871, art. 6, en Hucko (ed), *Democratic Tradition*, p. 123 <<

[4] Michael Stürmer, «Eine politische Kultur —oder zwei? Betrachtungen zur Regierungsweise des Kaiserreichs», en Oswald Hauser (ed.), *Zur Problematik Preussen und das Reich* (Colonia, 1984), pp. 35-48. <<

[5] Friedrich-Christian Stahl, «Preussische Armee und Reichsheer 1871-1914», en Hauser (ed.), *Preussen und das Reich*, pp. 181-246. <<

[6] Thomas Kühne, *Dreiklassenwahlrecht und Wahlkultur in Preussen 1867-1914. Landtagwahlen zwischen korporativer Tradition und politischem Massenmarkt* (Düsseldorf, 1994), pp. 57-58. <<

[7] Sobre la *Herrenhaus* y su papel en el sistema social y político prusiano, el trabajo estándar es ahora Hartwin Spenkuch, *Das Preussische Herrenhaus. Adel und Bürgertum in der Ersten Kammer des Landtags 1854-1918* (Düsseldorf, 1998). Sobre la función de «lastre» de la casa, v. p. 552. <<

[8] Kühne, *Dreiklassenwahlrecht*, pp. 59, 62, 71-73, 79-80. <<

[9] Bernhard von Bülow, *Memoirs*, trad. F. A. Voigt (4 vols., Londres y Nueva York, 1931-1932), vol. I, pp. 233-4, 291; H. Hom, *Der Kampf um den Bau des Mittellandkanals. Eine politologische Untersuchung über die Rolle eines wirtschaftlichen Interessenverbandes im Preussen Wilhelms II* (Colonia y Opladen, 1964), pp. 40-43. <<

[10] Lothar Gall, «Zwischen Preussen und dem Reich: Bismarck als Reichskanzler und Preussischer Minister-Präsident», en Hauser (ed.), *Preussen und das Reich*, pp. 155-164. Sobre el «papel de freno» de Prusia más en general, v. Hagen Schulze, «Preussen von 1850 bis 1871», en Büsch *et al*. (eds.), *Handbuch der preussischen Geschichte*, vol. 2, pp. 293-373; Spenkuch, «Vergleichsweise besonders?», *passim*. <<

[11] Simone Lässig, «Wahlrechtsreform in den deutschen Einzelstaaten. Indikatoren für Modernisierungstendenzen und Reformfähigkeit im Kaiserreich», en id. *et al*. (eds.) Modernisierung und Region im wilhelminischen Deutschland (Bielefeld, 1995), pp. 127-169. <<

[12] Helmut Croon, «Die Anfänge der Parlamentarisierung im Reich und die Auswirkungen auf Preussen», en Hauser (ed.), *Preussen und das Reich*, pp. 105-154. <<

[13] Sobre la división este-oeste de la culture política prusiana, v. Heinz Reif, «Der katholische Adel Westfalens und die Spaltung des Adelskonservatismus in Preussen während des 19.Jahrhunderts», en Karl Teppe (ed.), *Westfalen und Preussen* (Paderborn, 1991), pp. 107-124. <<

[14] Shelley Baranowski, «East Elbian Landed Elites and Germanys Turn to Fascism: The Sonderweg revisited», en *European History Quarterly* (1996), pp. 209-240; Ilona Buchsteiner, «Pommerscher Adel im Wandel des 19.Jahrhunderts», *Geschichte und Gesellschaft*, 25 (1999), pp. 343-374. <<

[15] James Sheehan, «Liberalism and the City hi Nineteenth-century Germany», Past & Present, 51 (1971), pp. 116-137; Dieter Langewiesche «German Liberalism in the Second Empire» en Konrad Jarausch y Larty Eugene Jones (eds.), *In Search of Liberal Germany. Studies in the History of German Liberalism from 1789 to the Present*, Nueva York (1990), pp. 217-235, espec. pp. 230-233. <<

[16] Bernhard von Bülow a Philipp zu Eulenburg, Bucharest, 9 de enero de 1893, en John Röhl (ed.), *Philipp Eulenburgs Politische Korrespondent* (3 vols., Boppard am Rhein, 1976-83), vol. 2, pp. 1000-1001. <<

[17] Wolfgang Mommsen, «Culture and Politics in the German Empire», en id., *Imperial Germany 1867-1918. Politics, Culture and Society in an Authoritarian State*, trad. Richard Deveson (Londres, 1995), pp. 119-140. <<

[18] Citado en Rudolf Braun y David Guggerli, *Macht des Tanzes - Tanz der Mächtigen. Hoffeste und Herrschaftszeremoniell 1550-1914* (Múnich, 1993), p. 318. <<

[19] Bernd Nicolai, «Architecture and Urban Development», en Gert Streidt y Peter Feierabend (eds.), *Prussia. Art and Architecture* (Colonia, 1999), pp. 416-455. <<

[20] Margrit Brohan, *Walter Leistikow, Maier der Berliner Landschaft* (Berlín, 1988). <<

[21] Ejemplos de edificios del «estilo prusiano» son el edificio del gran almacén de Wertheim, de Messel (1896-1898) y la Oficina de Seguros Estatales (1903-1904), y la fábrica de pequeños aparatos AEG de Behrens (1910-1913) y la planta de turbinas AEG (1909), todos en Berlín. <<

[22] Margaret Lavinia Anderson, *Windthorst. A Political Biography* (Oxford, 1981), espec. pp. 130-200; David Blackbourn, *Marpingen: Apparitions of the Virgin Mary in Bismarckian Germany, 1871-1887* (Oxford, 1993), pp. 106-120; Ronald J. Ross, *The Failure of Bismarck's Kulturkampf. Catholicism and State Power in Imperial Germany, 1871-1887* (Washington, 1998), pp. 49, 95-157. <<

[23] Citado y discutido en Pflanze, *Bismarck*, vol. I, p. 368, y vol. 2, p. 188. <<

[24] Christa Stache, *Bürgerlicher Liberalismus und katholischer Konservatismus in Bayern 1867-1871: kulturkämpferische Auseinandersetzungen vor dem Hintergrund von nationaler Einigung und wirtschaftlich-sozialem Wandel* (Fráncfort, 1981), pp. 66-108. <<

[25] Lerman, *Bismarck*, p. 176. <<

[26] Michael Gross, *The War Against Catholicism. Liberalism and the Anti-Catholic Imagination in Nineteenth-century Germany* (Ann Arbor, 2004); Roisin Healy, *The Jesuit Spectre in Imperial Germany* (Leiden, 2003). <<

[27] Pflanze, *Bismarck*, vol. 2, p. 205. <<

[28] Gordon Craig, *Germany* 1866-1945 (Oxford, 1981), p. 71. <<

[29] Los ejemplos que siguen se han tomado de Ross, *Failure*, pp. 53-74, 95-101. <<

[30] Günther Dettmer, *Die Ost— und Westpreussischen Venvaltungsbehörden im Kulturkampf* (Heidelberg, 1958), p. 117. <<

[31] Jonathan Sperber, *The Kaisei's Voters. Electors and Elections in Imperial Germany* (Cambridge, 1997); Margaret Lavinia Anderson, *Practicing Democracy. Elections and Political Culture in Imperial Germany* (Princeton, 2000), pp. 69-151. <<

[32] Discurso ante el Reichstag del 24 de febrero de 1881, en H. von Petersdorff (ed.), *Bismarck. Die gesammelten Werke* (15 vols., Berlín, 1924-35), vol. 12, *Reden*, 1878-1885, ed. Wilhelm Schüssler, pp. 188-195. <<

[33] Discurso del 24 de febrero de 1870 del diputado Kantak de Inowraclaw-Mogilno (Provincia de Poznan), *Stenographische Berichtce über die Verhandlungen des Reichstages des Norddeutschen Bundes*, vol. I (1870), p. 74. <<

[34] Hagen, *Germans, Poles and Jews*, p. 106. <<

[35] Klaus Helmut Rehfeld, *Die preussische Verwaltung des Regierungsbezirks Bromberg (1848-1871)* (Heidelberg, 1968), p. 25. Sobre las tensiones interétnicas, v. Kasimierz Wajda, «The Poles and the Germans in West Prussia province in the 19th and the beginning of the 20th century», in Jan Sziling y Mieczyshw Wojciechowski (eds.), *Neighbourhood Dilemmas. The Poles, the Germans and the Jews in Pomerania along the Vistula River in the 19th and the 20th century* (Toru, 2002), pp. 9-19. <<

[36] Siegfried Baske, *Praxis und Prinzipien der preussischen Polenpolitik vom Beginn der Reaktionszeit bis zur Gründung des deutschen Reiches* (Berlín, 1963), p. 209. <<

[37] Hagen, *Germans, Poles and Jews*, p. 121; Baske, *Praxis*, p. 78. <<

[38] Baske, *Praxis*, pp. 186-188. <<

[39] *Ibid*., pp. 123, 224; Manfred Laubert, *Die preussische Polenpolitik von 1772-1914* (3.ª ed., Cracovia, 1944), pp. 131-132. <<

[40] Informe del 16 de agosto de 1870, citado in Pflanze, *Bismarck*, vol. 2, p. 108. <<

[41] Bismarck a la reunión del gabinete del 1 de noviembre de 1871 en Adelheid Constabel (ed.), *Die Vorgeschichte des Kulturkampfs* (Berlín, 1956), pp. 136-141. <<

[42] Lech Trzeciakowski, *The Kulturkampf in Prussian Poland*, trad. Katarzyna Kretkowska (Boulder, 1990), pp. 88-95. <<

[43] Kossert, *Masaren*, pp. 196-205. Sobre los lituanos, v. Forstreuter, «Die Anfänge der Sprachstatistik» y id., «Deutsche Kulturpolitik im sogenannten Preussisch-Litauen», en id., *Wirkungen*, pp. 312-333 y 334-344. <<

[44] Pflanze, *Bismarck*, vol. 2, p. III; Hagen, *Germans, Poles and Jews*, pp. 128-30, 145. <<

[45] Serrier, *Entre Allemagne et Pologne*, p. 286. <<

[46] Hagen, *Germans, Poles and Jews*, pp. 180-207. <<

[47] Sobre los historiadores, v. Michael Burleigh, *Germany Turns Eastwards. A Study of Osjorschung in the Third Reich* (Cambridge, 1988), pp. 4-7; Wolfgang Wippermarm, *Der deutsche «Drang nach Osten». Ideologic und Wirklichkeit eines politischen Schlagwortes* (Darmstadt, 1981). <<

[48] WernerT. Angress, «Prussia's Army and the Jewish Reserve Officer Controversy before World War I», *Leo Baeck Institute Yearbook*, 17 (1972), pp. 19-42; Norbert Kampe, «Jüdische Professoren im deutschen Kaiserreich», en Rainer Erb y Michael Schmidt (eds.), *Antisemitismus und jüdische Geschichte. Studien zu Ehren von Herbert A. Strauss* (Berlín, 1987), pp. 185-211. <<

[49] Till van Rahden, «Mingling, Marrying and Distancing. Jewish Integration in Wilhelmine Breslau and its Erosion in Early Weimar Germany», en Wolfgang Benz, Arnold Paucker y Peter Pulzer (eds.), *Jüdisches Leben in der Weimarer Republik - Jews in the Weimar Republic* (Tubinga, 1988), pp. 193-216; id., *Juden und andere Breslauer. Die Beziehungen zwischen Juden, Protestanten und Katholiken in einer deutschen Grossstadt, 1860-1925* (Gotinga, 2000). <<

[50] Stephanie Schueler-Springorum, *Die jüdische Minderheit in Königsberg/Pr. 1871-1945* (Gotinga, 1996), p. 192. V. también los ensayos de Andreas Cotzmann, Rainer Liedtke y Till van Rahden (eds.), *Juden, Bürger, Deutsche: Zur Geschichte von Vielfalt und Differenz 1800-1933* (Tubinga, 2001). <<

[51] Moritz Lazarus, «Wie wir Staatsbürger wurden», *Im Deutschen Reich*, 3 (1897), pp. 239-247; Reinhard Rürup, «The Tortuous and Thorny Path to Legal Equality. "Jew Laws" and Emancipatory Legislation in Germany from the Late Eighteenth Century», *Leo Baeck Institute Yearbook*, 31 (1986), pp. 3-33. Sobre «la ciudadanía estatal», v. espec. anón., «Der Centralverein deutscher Staatsbürger Jüdischen Glaubens am Schlusse seines ersten Lustrums», *Im Deutschen Reich*, 4 (1898), pp. 1-6; anón., «Die Bestrebungen und Ziele des Centralvereins», *Im Deutschen Reich*, I (1895), pp. 142-158; anón., «Unsere Stellung», *Im Deutschen Reich*, (1895), pp. 5-6. <<

[52] Christopher Clark, «The Jews and the German State in the Wilhelmine Era», en Michael Brenner, Rainer Liedtke y David Rechter (eds.), *Two Nations. British and German jews in Comparative Perspective* (Tubinga, 1999), pp. 163-184. <<

[53] Ernst Hamburger, *Juden im öffentlichen Leben Deutschlands* (Tubinga, 1968), p. 47; anón., «Justizminister a. D. Schönstedt», *Im Deutschen Reich*, II (1905), pp. 623-626. <<

[54] Heeringen, discurso en el Reichstag del 10 de febrero de 1910, citado en Angress, «Prussia’s Army», p. 35. <<

[55] Norbert Kampe, *Studenten und «judenfrage» im deutschen Kaiserreich. Die Entstehung einer akademischen Trägerschicht des Antisemitismus* (Gotinga, 1988), pp. 34-37. <<

[56] Dietz Bering, *The Stigma of Names. Anti-Semitism in German Daily Life, 1812-1933* (Oxford, 1992), espec. pp. 87-118. <<

[57] Werner T. Angress, «The German Army's Judenzählung of 1916. Genesis —Consequences - Significance», *Leo Baeck Institute Yearbook*, 23 (1978), pp. 117-137. <<

[58] Werner Jochmann, «Die Ausbreitung des Antisemitismus», en Werner E. Mosse y Arnold Paucker (eds.), *Deutsches judentum in Krieg und Revolution, 1916-1923* (Tubinga, 1971), pp. 409-510. El texto del decreto de la Judenzählung está en Werner T. Angress, «Das deutsche Militär und die Juden im Ersten Weltkrieg», *Miliärtdigeschichtliche Mitteilungen*, 19 (1976), pp. 77-146; Helmut Berding, *Moderner Antisemitismus in Deutschland* (Fráncfort del Meno, 1988), p. 169. El comentario es de R. Lewin, «Der Krieg als jüdisches Erlebnis», en *Monatsschrift für Geschichte und Wissenschaft des judentums*, 63 (1919), pp. 1-14. <<

[59] Helmut Walser Smith, *The Butcher's Tale. Murder and Antisemitism in a German Town* (Nueva York, 2002), espec. pp. 180-84; Christoph Nonn, *Eine Stadt sucht einen Mörder: Geracht, Gewalt und Antisemitismus im Kaiserreich* (Gotinga, 2002), pp. 169-187. <<

[60] Christoph Cobet, *Der Wortschatz des Antisemitismus in der Bismarckzeit* (Múnich, 1973), p. 49. <<

[61] Citas de Michael Stürmer, *Das Ruhelose Reich* (Berlín, 1983), p. 238. Sobre el dominio de Bismarck sobre Guillermo I v. Börner, *Wilhelm I*, pp. 182-185, 218-220. <<

[62] Börner, *Wilhelm I*, pp. 239, 265; Franz Herre, *Kaiser Wilhelm I. Der letzte Preusse* (Colonia, 1980), pp. 439-440, 487. <<

[63] Christopher Clark, *Kaiser Wilhelm II* (Harlow, 2000), p. 161. <<

[64] Thomas Kohut, *Wilhelm II and the Germans. A Study in Leadership* (Nueva York y Oxford, 1991), pp. 235-238. Sobre la gestión de los discursos por el gabinete civil, v. Eisenhardt a Valentini, 11 agosto 1910, comentarios a lápiz, GScA Berlín-Dahlem, HA 1, Reimp. 89, Nr. 678. Sobre los discursos de Federico como heredero de la corona, emperatriz Federica a la reina Victoria, septiembre de 1891, en Federico E. G. Ponsonby (ed.), *Letters of the Empress Frederick* (Londres, 1928), pp. 427-429. <<

[65] Thomas Kohut, *Wilhelm II and the Germans: A Study in Leadership* (Nueva York, 1991), p. 138. Sobre la «carismatización», v. Isobel V. Hull, «Der kaiserliche Hof als Herrschaftsinstrument», en Hans Wilderotter y Klaus D. Pohl (eds.), *Der Letzte Kaiser. Wilhelm II im Exil* (Berlín, 1991), pp. 26-27. <<

[66] V. p. ej., el discurso en la recepción de gala en Münster, 31 de agosto de 1907, basado en las notas escritas por el propio Guillermo, GScA Berlín-Dahlem, HA 1, Reimp. 89, Nr. 673, carpeta 28. <<

[67] Texto taquigrafiado de un discurso pronunciado en Memel, 23 de septiembre de 1907, GStA Berlín-Dahlem, HA I, Rep. 89, Nr. 673, carpeta 30. <<

[68] Pflanze, *Bismarck*, vol. 3, *The Period of Fortification, 1880-1898* (Princeton, 1990), p. 394; Conde Waldersee, Diario, entrada 21 de abril de 1891, en Meisner (ed.), *Denkwürdigkeiten des General-Feldmarschalb Alfred Grafen von Waldersee* (3 vols., Stuttgart y Berlín, 1923-5), vol. 2, p. 206. Sobre las respuestas particularistas, v. Röhl (ed.), *Politische Korrespondenz*:, vol. I, p. 679, n. 2. <<

[69] V. p. ej., discursos de Guillermo ante la dieta del 24 de febrero de 1892 y 24 de febrero de 1894, en Louis Elkind (ed.), *The German Emperor's Speeches. Being a Selection from the Speeches, Edicts, Letters and Telegrams of the Emperor William II* (Londres, 1904), pp. 292, 295. <<

[70] Eulenburg a Guillermo II, Múnich, 10 de marzo de 1892, en Röhl (ed.), *Politische Korrespondenz*, vol. 2, p. 798, énfasis en el propio original. <<

[71] Eulenburg a Guillermo II, Berlín, 28 de noviembre de 1891, en Röhl (ed.) *Politische Korrespondenz*, vol. I, p. 730. <<

[72] Olaf Gulbransson, «Kaisermanover», *Simplicissimus*, 20 de septiembre de 1909. Esta imagen se discute en Jost Rebentisch, *Die hielen Gesichter des Kaisers. Wilhelm II. in der deutschen und britischen Karikatur (1888-1918)* (Berlín, 2000), pp. 86, 299. <<

[73] Holstein a Eulenburg, 27 de febrero de 1892, en Röhl (ed.), *Politische Korrespondenz*, vol. 2, p. 780. <<

[74] Helga Abret y Aldo Keel, *Die Majestätsbeleidigungsaffäre des «Simplicissimus»— Verlegers Albert Langen. Briefe und Dokumente zu Exil und Begnadigung, 1898-1903* (Fráncfort del Meno, 1985), espec. pp. 40-41. <<

[75] Consejero consistorial Blau a Lucanus (jefe del gabinete civil), Wernigerode; 4 abril 1906, GStA Berlín-Dahlem, HA 1, Rep. 89, Nr. 672, carpeta 17; Cari von Wedel, Diario, entradas del 20, 22 de abril de 1891, en id. (ed.), *Zwischen Kaiserund Kanzler. Aufzeichnungen des Generaladjutanten Grafen Carl von Wedel aus den Jahren 1890-1894* (Leipzig, [1943]), pp. 176-177. <<

[76] Bernd Sösemann, «Die sogenannte Hunnenrede Wilhems II. Textkritische und interpretatorische Bemerkungen zur Ansprache des Kaisers vom 27 Juli 1900 in Bremerhaven», *Historische Zeitschrift*, 222 (1976), pp. 342-58. Clark, *Kaiser Wilhelm II*, pp. 169-71. <<

[77] Bernd Sösemann, «“Pardon wird nicht gegeben; Gefangene nicht gemacht”. Zeugnisse und Wirkungen einer rhetorischen Mobilmachung», en John Röhl (ed.), *Der art Kaiser Wilhelms II. in der deutschen Geschichte* (Múnich, 1991), pp. 79-94. <<

[78] Walther Rathenau, *Der Kaiser. Eine Betrachtung* (Berlín, 1919), pp. 28-29. <<

[79] Isobel Hull, «Persönliches Regiment», en Röhl (ed.), *Der art*, pp. 3-24. <<

[80] V. p.ej., *Norddeutsche Allgemeine Zeitung*, 30 de agosto de 1910 (reducido en GStA Berlín-Dahlem HA I, Rep. 89, Nr. 678, carpeta 43). <<

[81] «Der schweigende Kaiser», *Frankfurter Zeitung*, 14 de septiembre de 1910. <<

[82] Gevers al ministro de Asuntos Exteriores holandés, Berlín, 12 de noviembre de 1908, *Algemeen Rijksarchief Den Haag*, 2.05.19, Bestanddeel 20. <<

[83] Willibald Guttsmann, *Art for the Workers. Ideology and the Visual Arts in Weimar Germany* (Manchester, 1997). <<

[84] Werner K. Blessing, «The Cult of Monarchy, Political Loyalty and the Workers'Movement in Imperial Germany» *Journal of Contemporary History*, 13 (1978), pp. 357-373. <<

[85] V. M. Cattaruzza, «Das Kaiserbild in der Arbeiterschaft am Beispiel der Werftarbeiter in Hamburg und Stettin», en Röhl (ed.), *Der Ort*, pp. 131-144. <<

[86] Richard J. Evans (ed.), *Kneipengespräche im Kaiserreich. Stimmungsberichte der Hamburger Politischen Polizei 1892-1914* (Reinbek, 1989), pp. 328, 329, 330. <<

[87] E Wilhelm Voigt, *Wie ich Hauptmann von Köpenick wurde: Mein Lebensbild* (Leipzig y Berlín, 1909). Sobre los detalles de este caso. v. espec. pp. 107-27; Wolfgang Heidelmeyer, *Der Fall Köpenick. Akten und zeitgenössische Dokumente zur Historie einer preussischen Moritat* (Fráncfort del Meno, 1967);Winfried Löschburg, *Ohne Glanz und Gloria. Die Geschichte des Hauptmanns von Köpenick* (Berlín, 1998). Material mucho más útil está compilado en *http://www.koepenickia.delindex.htm*; último acceso, 16 de septiembre de 2004. <<

[88] *Vorwärts!*, 18, 19, 20, 21, 23, 28 de octubre de 1906. <<

[89] Nicholas Stargardt, *The German Idea of Militarism. Radical and Socialist Critics, 1866-1914* (Cambridge, 1994), p. 3. <<

[90] *Vorwärts!* 19 de octubre de 1906. <<

[91] Philipp Müller, «“Ganz Berlin ist Hintertreppe”. Sensazionen des Verbreehens und die Umwälzung der Presselandschaft im wilhelminischen Berlin (1890-1914)», disertación de Ph. D., European University Institute, Florencia (2004), pp. 341-353. <<

[92] Franz Mehring, «Das Zweite Jena», *Neue Zeit* (Berlín), 25 de enero de 1906, pp. 81-84. <<

[93] Stache, *Bürgerlicher Liberalismus*, pp. 91-92. <<

[94] Werner Conze, Michael Geyer y Reinhard Stumpf, «Militarismus», en Otto Brunner et al. (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland* (8 vols., Stuttgart, 1972-97), vol. 4, pp. 1-47; Bernd Ulrich, Jakob Vogel y Benjamin Ziemann (eds.), *Untertan in Uniform. Military und Militarismus im Kaiserreiche 1871-1914* (Fráncfort del Meno, 2001), p. 12; Stargardt, *German Idea*, pp. 24-25. <<

[95] Para un ejemplo de cómo las tradiciones y rituales militares se infiltraron en el ceremonial público, v. Klaus Tenfelde, *Ein Jahrhundertfest. Das Krupp-jubiläum in Essen 1922* (Essen, 2004). <<

[96] Dieter Düding, «Die Kriegervereine im wilhelminischen Reich und ihr Beitrag zur Militarisierung der deutschen Gesellschaft», en Jost Dulffer y Karl Holl (eds.), *Bereit zum Krieg. Kriegsmentalitat im wilhelminischen Deutschland 1890-1914* (Gotinga, 1986), pp. 99-212; Thomas Rohkrämer, *Der Gesinnungsmilitarismus der «kleinen Lente». Die Kriegervereine im deutschen Kaiserreich 1871-1914* (Múnich, 1990); id., «Der Gesinnungsmilitarismus der "kleinen Leute" im deutschen Kaiserreich», en Wolfram Wette (ed.), *Der Krieg des kleinen Mannes* (Múnich, 1992), pp. 95-109. <<

[97] Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 3, pp. 880-885. <<

[98] Jakob Vogel, *Nationen im Gleichschritt. Der Kult der «Nation in Waffen» in Deutschland und Frankreich, 1871-1914* (Gotinga, 1997). <<

[99] Anne Summers, «Militarism in Britain before the Great War», *History Workshop journal*, 2 (1976), pp. 104-123; John M. Mackenzie (ed.), *Papular Imperialism and the Military, 1850-1950* (Manchester, 1992). <<

[100] Ulrich, Vogel y Ziemann, *Untertan in Uniform*, p. 21. <<

[101] Stargardt, *German Idea*, pp. 132-3, 142; Jeffrey Verhey, *The Spirit of 1914. Militarism, Myth and Mobilisation in Germany* (Nueva York, 2000). <<

[102] Robert von Friedeburg, «Klassen—, Geschlechter— oder Nationalidentität? Handwerker und Tagelöhner in den Kriegervereinen der neupreussischen Provinz Hessen-Nassau 1890-1914» en Ute Frevert (ed.), *Militar und Gesellschaft im 19. und 20.Jahrhundert* (Stuttgart, 1997), pp. 229-244. <<

[103] Roger Chickering, «Der “Deutsche Wehrverein” und die Reform der deutschen Armee 1912-1914», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 25 (1979), pp. 7-33; Stig Forster, *Der doppelte Militarisms. Die deutsche Heeresrustungspolitik zwischen Status-quo-Sicherung und Aggression 1890-1913* (Stuttgart, 1985), pp. 208-96;Volker Berghahn, *Germany and the Approach of War in 1914* (Londres, 1973), espec. pp. 5-24. <<

[104] Hucko (ed.), *Democratic Tradition*, pp. 139, 141. <<

[105] Sobre los gastos militares como «debilidad estructural» en el sistema constitucional del Imperio, v. Huber, *Verfassungsgeschichte*, vol. 4, *Struktur und Krisen des Kaiserreichs*, pp. 545-9; Dieter C. Umbach, *Parlamentsauflösung in Deutschland. Verjassungsgeschichte und Verfassungsprozess* (Berlín, 1989), pp. 221, 1227-9;John Biffe, *Tanganyika under German Rule, 1905-1912* (Cambridge, 1969), p. 42. <<

[106] Stahl, «Preussische Armee», en Hauser (ed.), *Preussen und das Reich*, pp. 181-246. <<

[107] Wilhelm Deist, «Kaiser Wilhelm II in the context of his military and naval entourage», en John C. G. Röhl y Nicholas Sombart (eds.), *Kaiser Wilhelm II. New Interpretations* (Cambridge, 1982), pp. 169-192. <<

[108] Wilhelm Deist, «Kaiser Wilhelm II als Oberster Kriegsherr», in Röhl (ed.), *Der Ort*, p. 30; id., «Entourage» en Röhl and Sombart (eds.), *Wilhelm II*, pp. 176-178. <<

[109] Huber, *Heer und Staat* (2.ª ed., Hamburgo, 1938), p. 358. <<

[110] Deist, «Oberster Kriegsherr», en Röhl (ed.), *Der Ort*, pp. 25-42. Sobre la dimensión militar de la soberanía de Guillermo más en general, v. Elisabeth Fehrenbach, *Wandlungen des Kaisergedankens 1871-1918* (Múnich, 1969), pp. 122-124, 170-172. <<

[111] Leutwein al Estado Mayor General, Okahandja, 25 de abril de 1904, Reichskolonialamt: «Akten betreffend den Aufstand der Hereros im Jahre 1904, Bd. 4, 16 April 1904-4. Juni 1904», Bundesarchiv Berlín, R1001/2114, BL 52. Agradezco mucho a Marcus Clausius por permitirme utilizar sus transcripciones de correspondencia referentes al SWA del Bundesarchiv de Berlín. <<

[112] Proclamación, Mando de Tropas Coloniales, Osombo-Windhoek, 2 de octubre de 1904, copia conservada en la Reichskanzlei, «Differenzen zwischen Generalleutnant v. Trotha und Gouverneur Leutwein bezügl. der Aufstande in Dtsch. Sudwestafrika im Jahre 1904», Bundesarchiv de Berlín, R1001/2089, Bl. 7. <<

[113] Trotha al jefe del Estado Mayor General, Okatarobaka, 4 octubre 1904 en *ibid*., B1. 5-6. Para una formulación aún más extrema de sus objetivos, v. Trotha a Leutwein, Windhoek, 5 de noviembre de 1904 (copia), en *ibid*., Bl. 100-102: «Conozco bastantes tribus en África. Todas ellas son iguales, en lo que respecta a que solo se inclinan ante la violencia. Aplicar esta violencia con patente terrorismo e incluso con crueldad ha sido y es mi política. Yo aniquilo a las tribus insurgentes con ríos de sangre y ríos de dinero. Solo sobre estas bases puede algo duradero echar raíces» (!). <<

[114] Leutwein al Departamento colonial de Política Exterior, Windhoek, 28 de octubre de 1904 en *ibid*., Bl. 21-2. <<

[115] Leutwein al ministro de Exteriores, Windhoek, 23 de octubre de 1904, resumido de *ibid*. <<

[116] Telegrama (cifrado) a Trotha, Berlín, 8 de diciembre de 1904, en M., B1.48. Las disputas sobre el contenido del telegrama están documentadas en Bl. 14-20. El número exacto de muertos es difícil de establecer, ya que las estimaciones sobre la población herero antes del conflicto varían entre los 35 000 y los 80 000 individuos. Un recuento realizado en la colonia en 1905 dio un total de 24 000 habitantes herero. Se supone que varios miles pudieron huir a través de las fronteras y no volvieron. El resto, quizá solo unos 6000, quizá 45 000 o 50 000, fueron muertos. Algunos murieron en combate cuando se acercaban a los campamentos alemanes para rendirse, o fueron capturados y ejecutados tras juicios sumarios por los tribunales militares de campaña; otros miles más —hombres, mujeres y niños— murieron de sed, hambre o enfermedades cuando buscaban agua en el desierto donde había sido desplazados. Del lado alemán las bajas fueron 1282 —la mayoría por enfermedades contraídas durante las campañas—. Sobre la guerra herero, v. espec. Jan Bart Gewald, *Towards Redemption. A Socio-political History of the Herero of Namibia between 1890 and 1923* (Leiden, 1996); Horst Drechsler, *Südwestafrika unter deutscher Kolonialherrschaft: Der Kampf der Herero und Namagegen dendeutschen Imperialismus* (Berlín [RDA], 1966);Helmut Bley, *South West África under German Rule 1894-1914*, trad. Hugh Ridley (Londres, 1971); Jürgen Zimmerer y Joachim Zeller (eds.), *Völkermord in Deutsch-Südwestafrika. Der Kolonialkrieg (1904-1908) in Namibia und seine Folgen* (Berlín, 2003), espec, los ensayos de Zimmerer, Zeller y Caspar W. Erichsen. <<

[117] Hans-Günter Zmarzlik, *Bethmann Hollweg als Reichskanzler, 1908-1914. Studien zu Möglichkeiten und Grenzen seiner innerpolitischen Machtstellung* (Düsseldorf, 1957), pp. 103-129; David Schoenbaum, *Zabern 1913. Consensus Politics in Imperial Germany* (Londres, 1982), pp. 87-105, 118-119, 148-149; Konrad *Janvach, Enigmatic Chancellor. Bethmann Hollweg and the Hubris of Imperial Germany* (Madison, WI, 1966), p. 101; Lamar Cecil, *Wilhelm II* (2 vols., Chapell Hill, NC, 1989 y 1996), vol. 2, *Emperor and Exile: 1900-1941*, pp. 189-192. <<

[118] Johannes Burkhardt, «Kriegsgrund Geschichte? 1870, 1813, 1756 — historische Argumente und Orientierungen bei Ausbruch des Ersten Weltkrieges», en id. *et al*. (eds.), *Lange und Kurze Wege*, pp. 9-86. <<

[119] Kossert, *Masuren*, p. 241. <<

[120] Benjamin Ziemann, *Front und Heimat. Ländliche Kriegserfahrungen im südlichen Bayern 1914-1923* (Essen, 1997), pp. 265-274. <<

[121] Gerald D. Feldman, *Army, Industry and Labor in Germany, 1914-1918* (Princeton, 1966), pp. 31-3; la referencia a los «gobiernos en la sombra» es del príncipe heredero Rupprecht von Bayern, *In Treue fest. Mein Kriegstagebuch* (3 vols., Múnich, 1929), vol. I, p. 457, citado en *ibid*., p. 32. <<

[122] Para una panorámica narrativa de la sociedad, v. John Lee, *The Warlords. Hindenburg and Ludendorff* (Londres 2005). <<

[123] Cita de un discurso del industrial Duisberg en Treuder a Bethmann Hollweg, 6 de febrero de 1916, GStA Berlín-Dahlem, HA I, Rep. 92, Valentini, NO. 2. Sobre Hindenburg cult, v. Roger Chickering, *Imperial Germany and the Great War 1914-1918* (Cambridge, 1988), p. 74; Matthew Stibbe, «Vampire of the Continent. German Anglophobia during the First World War, 1914-1918», tesis de Ph. D., Universidad de Sussex (1997), p. 100. <<

[124] Lansing a Oederlin, Washington, 14 de octubre de 1918, en US Department of State (ed.), Papers Relating to the Foreign Relations of the United States (suppl. I, vol. 1, 1918), p. 359 <<

[125] Cecil, *Wilhelm II*, vol. 2, p. 286. <<

[126] Ernst von Heydebrand und der Lasa, discurso en el Landtag del 5 de diciembre de 1917, citado en Croon, «Die Anfänge des Parlamentarisierung», p, 124. <<

[127] Toews, *Hegelianism*, p. 62. <<

[128] Hermann Beck, *The Origins of the Authoritarian Welfare State in Prussia. Conservatives, Bureaucracy and the Social Question, 1815-1870* (Providence, 1993), pp. 93-100. <<

[129] Sobre Wagener y Gerlach, v. Hans-Julius Schoeps, *Das andere Preussen. Konservative Gestalten und Probleme im Zeitalter Friedrich Wilhelms IV*. (3.ª ed. Berlín, 1966), pp. 203-228. <<

[130] Sobre los nexos entre Stein y Schmoller, v. Giles Popé; «The Pollitical Ideas of Lorenz Stein and their Influence on Rudolf Gneist and Güstav Schmoller» tesis de D. Phil., Universidad de Oxford (1985); Karl Heinz Metz, «Preussen als Modelleiner Idee der Sozialpolitik. Das soziale Königtum» en Balmers y Roellecke (eds.) *Preussische Stile*, pp. 355-363. <<

[131] James J. Sheehan, *The Career of Lujo Brentano: A Study of Liberalism and Social Reform in Imperial Germany* (Chicago, 1966), pp. 48-52, 80-84. <<

[132] Erik Grimmer-Solem, *The Rise of Historical Economics and Social Reform in Germany 1864-1894* (Oxford, 2003), espec. pp. 108-118. <<

[133] Hans-Peter Ullmann, «Industrielle Interessen und die Entstehung der deutschen Sozialversicherung», *Historische Zeitschrift*, 229 (1979), pp. 574-610; Gerhard Ritter, «Die Sozialdemokratie im Deutschen Kaiserreich in sozialgeschichtlicher Perspektive», *Historische Zeitschrift*, 249 (1989), pp. 295-362; Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 3, pp. 907-915. <<

[134] Gerhard Ritter, *Arbeiter im Deutschen Kaiserreich, 1871 bis 1914* (Bonn, 1992), espec. p. 383; J. Frerich y M. Frey, *Handbuch der Geschichte der Sozialpolitik in Deutschland*, vol. I, *Von der vorindustriellen Zeit bis zum Ende des Dritten Reiches* (3 vols., Múnich, 1993), pp. 130-32, 141-142. <<

[135] Andreas Kunz, «The State as Employer in Germany, 1880-1918: From Paternalism to Public Policy», en W. Robert Lee y Eve Rosenhaft (eds.), *State, Society and Social Change in Germany, 1880-1914* (Oxford, 1990), pp. 37-63. <<

[1] Conde Harry Kessler, entrada del Diario, Magdeburgo, 7 de noviembre de 1918, en id., *Tagebücher 1918-1937*, compil. Wolfgang Pfeiffer-Belli (Fráncfort del Meno, 1961), p. 18. <<

[2] *Ibid*., p. 24. <<

[3] Jürgen Kloosterhuis (ed.), *Preussisch Dienen und Geniessen. Die Lebenszeiterzählung des Ministerialrats Dr Herbert du Mesnil (1857-1947)* (Colonia, 1998), p. 350. <<

[4] *Bocholter Volksblatt*, 14 de noviembre de 1918, citado en Hugo Stehkamper, «Westfalen und die Rheinisch-Westfälische Republik 1918/19. Zenturmsdiskussionen über einen bundesstaatlichen Zusammenschluss der beiden preussischen Westprovinzen», en Karl Dietrich Bracher, Paul Mikat, Konrad Repgen, Martin Schumacher y Hans-Peter Schwarz (eds.), *Staat und Parteien. Festschrift für Rudolf Morsey* (Berlín, 1992), pp. 579-634. <<

[5] Edgar Hartwig, «Welfen, 1866-1933», en Dieter Fricke (ed.), *Lexikon zur Parteiengeschichte* (4 vols., Leipzig, Colonia, 1983-1986), vol. 4, pp. 487-489. <<

[6] Peter Lesiewski, «Three Insurrections: Upper Silesia 1919-1921», en Peter Stachura (ed.), *Poland between the Wars, 1918-1939* (Houndsmills, 1998), pp. 13-42. <<

[7] Prusia perdió alrededor del 16 por ciento de su superficie territorial como consecuencia de los ajustes territoriales que siguieron a la derrota de 1918. Estos incluían la zona de Memel (Lituania), el territorio de la Prusia Occidental para crear la Ciudad Libre de Danzig, el grueso de las antiguas provincias de Prusia Occidental y Poznan, y pequeños sectores de Pomerania y Prusia Oriental (a Polonia), el Schleswig del Norte con las islas de Alsen y Rom (a Dinamarca), Eupen y Malmédy (a Bélgica), una parte de la región del Sarre (bajo administración internacional, con las minas de carbón bajo control francés), el distrito de Hultschin en la Alta Silesia (a Checoslovaquia) y partes de la Alta Silesia (a Polonia, tras plebiscitos locales). En conjunto, las pérdidas territoriales de Prusia sumaron 56 058 km^2; el total, para el 1 de noviembre de 1918, era de 348 780 km^2. <<

[8] Cita en Horst Möller, «Preussen von 1918 bis 1947: Weimarer Republik, Preussen und der Nationalsozialismus», en Wolfgang Neugebauer (ed.), *Handbuch der preussischen Geschichte*, vol. 3, *Vom Kaiserreich zum 20. Jahrhundert und Grosse Themen der Geschichte Preussens* (Berlín, 2001), pp. 149-301. <<

[9] Gisbert Knopp, *Die preussische Venwaltung des Regierungsbezirks Düsseldorf in den Jahren 1899-1919* (Colonia, 1974), p. 344. <<

[10] Möller, «Preussen», pp. 177-9; Henry Friedlander, *The German Revolution of 1918* (Nueva York, 1992), pp. 242, 244. <<

[11] Heinrich August Winkler, *Weimar 1918-1933. Die Geschichte der ersten deutschen Demokratie* (Múnich, 1993), p. 66. <<

[12] Hagen Schulze, «Democratic Prussia in Weimar Germany, 1919-33», en Dwyer (ed.), *Modern Prussian History*, pp. 211-229. <<

[13] Gerald D. Feldman, *The Great Disorder. Politics, Economics and Society in the German Inflation 1914-1924* (Oxford, 1997), pp. 134, 161. <<

[14] En un estudio clásico sobre las relaciones civil-militares alemanas después de la Primera Guerra Mundial, John Wheeler Bennett argumentaba que el pacto Ebert-Groener sellaba el destino de la República de Weimar; la mayoría de los demás historiadores han asumido una posición más moderada. V. John Wheeler Bennett, *The Nemesis of Power. The German Army and Politics 1918-1945* (Londres, 1953), p. 21; cf. Craig, *Prussian Army*, p. 348; Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 4, *Vom Beginn des Ersten Weltkriegs bis zur Gründung der beiden deutschen Staaten* (Múnich, 2003), pp. 69-72. <<

[15] Craig, *Politics ofthe Prussian Army*, p. 351. <<

[16] El Gabinete, o Consejo de los Representantes del Pueblo, se refiere al nuevo gobierno del SPD/USPD que sucedió al viejo ejecutivo prusiano-alemán. El Consejo ejecutivo, elegido el 10 de noviembre, representaba los difusos intereses reunidos en el movimiento de los Consejos de Soldados y Obreros de Berlín. La relación entre ambos cuerpos fue un caso de contención durante los primeros meses de la república. <<

[17] Este discurso se imprimió de nuevo en *Die Freiheit* (Berlín), 16 y 17 de diciembre de 1918. El texto puede consultarse asimismo en *http://www.marxists.org/deutsch/harchiv/luxemburg/1918/12/uspdgb.htm*; último acceso 26 de octubre de 2004. <<

[18] Möller, «Preussen», pp. 188-189. <<

[19] Susanne Miller, *Die Burde der Macht. Die deutsche Sozialdemokratie 1918-1920* (Düsseldorf, 1979), p. 226. <<

[20] Hagen Schulze, *Weimar. Deutschland 1917-1933* (Berlín, 1982), p. 180. <<

[21] Entradas de Diario del 7 de enero y 6 de enero en Kessler, *Tagebücher*, pp. 97, 95. <<

[22] Annemarie Lange, *Berlin in der Weimarer Republik* (Berlín, RDA, 1987), pp. 47, 198-199. <<

[23] La imagen se publicó en la tercera edición de *Die Pleite* (La Bancarrota), periódico editado por la izquierdista Malik Verlag, luego una de las principales casas editoriales de los intelectuales comunistas de la República de Weimar. <<

[24] Hubo ulteriores casos de represión en Halle, Magdeburgo, Mühlheim, Düsseldorf, Dresde, Leipzig y Múnich. La represión en Múnich, donde los comunistas consiguieron realmente ocupar el poder por breve tiempo y proclamar una «República Soviética de Baviera», fue excepcionalmente brutal. <<

[25] Craig, *Prussian Army*, p. 388. <<

[26] Hans von Seeckt, «Heer im Staat» en id., *Gedanken eines Soldaten* (Berlín, 1929), pp. 101-116. <<

[27] Sobre el *étatisme* prusiano de los partidos de la coalición, v. Dietrich Orlow, *Weimar Prussia, 1918-1925. The Unlikely Rock of Democracy* (Pittsburgh, 1986), pp. 247, 249; Hagen Schulze, *Otto Braun oder Preussens demokratische Sendung* (Fráncfort del Meno, 1977), pp. 316-23 y *passim*; Winkler, *Weimar*, pp. 66-7. Sobre los católicos, v. Müller, «Preussen», p. 237. <<

[28] Cita en Schulze, «Democratic Prussia» en Dwyer (ed), *Modern Prussian History*, pp. 211-229. <<

[29] Heinrich Hannover y Christine Hannover-Druck, *Politische Justiz 1918-1933* (Bornheim-Merten, 1987), pp. 25-27 y *passim*. <<

[30] Peter Lessmann, *Die preussische Schutzpolizei in der Weimarer Republik. Streifendienst und Strassenkampf* (Düsseldorf, 1989), p. 82. <<

[31] *Ibid*., p. 88. <<

[32] Hsi-Huey Liang, *The Berlin Police Force in the Weimar Republic* (Berkeley, 1970), pp. 73-81; Schulze, «Democratic Prussia», p. 215. <<

[33] Lessmann, *Schutzpolizei*, pp. 211-14; Christoph Graf, *Politische Polizei zwischen Demokratie und Diktatur* (Berlín, 1983), pp. 43-8; Eric D. Kohler, «The Crisis in the Prussian Schutzpolizei 1930-1932», en George Mosse (ed.), *Police Forces in History* (Londres, 1975), pp. 131-150. <<

[34] Henning Grunwald, «Political Trial Lawyers in the Weimar Republic», Tesis de Ph. D., Universidad de Cambridge (2002). <<

[35] Oriow, *Weimar Prussia*, pp. 16-7. Sobre la «vieja» y la «nueva» derecha, v. Hans Christof Kraus, «Altkonservativismus und moderne politische Rechte. Zum Problem der Kontinuität rechter politischer Strömungen in Deutschland», en Thomas Nipperdey *et al*. (eds.), *Weltbürgerkrieg der Ideologien. Antworten an Ernst Nolte* (Berlín, 1993), pp. 99-121. Sobre el entusiasmo derechista por la idea de una «revolución conservadora» radical que habría roto las fronteras del conservadurismo prusiano tradicional, v. Jeffrey Herf, *Reactionary Modernism. Technology, Culture and Politics in Weimar and the Third Reich* (Cambridge, 1984), esp. pp. 18-48; Armin Mohler, *Die konservative Revolution in Deutschland*, 1918-1932 (Darmstadt, 1972); George Mosse, «The Corporate State and the Conservative Revolution» en id., *Germans and Jews: the Right, the Left and the Search for a «Third Force» in Pre-Nazi Germany* (Nueva York, 1970), pp. 116-143. <<

[36] Sobre el sector agrario después de 1918, v. Shelley Baranowski, «Agrarian transformation and right radicalism: economics and politics in rural Prussia», en Dwyer (ed.), *Modern Prussian History*, pp. 146-65; id., *The Sanctity of Rural Life. Nobility, Protestantism and Nazism in Weimar Prussia* (Nueva York, 1995), pp. 128-144. <<

[37] Sobre la agricultura de Weimar y la política, v. Wolfram Pyta, *Dorfeemeinschaft und Parteipolitik 1918-1933: Die Verschränkung von Milieu und Parteien in den protestantischen Landgebieten Deutschlands in der Weimarer Republik* (Düsseldorf, 1996); Dieter Gessner, *Agrarverbände in der Weimarer Republik. Wirtschaftliche und soziale Voraussetzungen agrarkonservativer Politik von 1933* (Düsseldorf, 1976); id., «The Dilemma of German Agriculture during the Weimar Republic», en Richard Bessel y Edward J. Feuchtwanger (eds.), *Social Change and Political Development in Weimar Germany* (Londres, 1981), pp. 134-154; John E. Farquharson, *The Plough and the Swastika. The NSDAP and Agriculture in Germany* 1918-1945 (Londres, 1976), pp. 25-42; Robert G. Moeller, «Economic Dimensions of Peasant Protest in the Transition from the Kaiserreich to Weimar», en id. (ed.), *Peasants and Lords*, pp. 140-167. <<

[38] V. Klaus Erich Pollmann, «Wilhelm II und der Protestantismus», en Stefan Samerski (ed.), *Wilhelm II. und die Religion. Facetten einer Persönlichkeit und ihres Umfelds* (Berlín, 2001), pp. 91-104. <<

[39] Nicholas Hope, «Prussian Protestantism», en Dwyer, *Modern Prussian History*, pp. 188-208. Los trabajos estándar sobre la Unión en este período son los de Daniel R. Borg, *The Old Prussian Church and the Weimar Republic*. A *Study in Political Adjustment 1917-1927* (Hanóver y Londres, 1984) y Kurt Nowak, *Evangelische Kirche und Weimarer Republik: Zum politischen Weg des deutschen Protestantismus zwischen 1918 und 1932* (Gotinga, 1981). <<

[40] Comentario del superintendente General Walter Kähler, citado en Baranowski, *Sanctity of Rural Life*, p. 96. <<

[41] Para una panorámica de estos grupos, v. Friedrich Wilhelm Kantzenbach, *Der Weg der evangelischen Kirche vom 19. bis zum 20. Jahrhundert* (Gütersloh, 1968), espec. pp. 176-8. <<

[42] Cita en Doris L. Bergen, *Twisted Cross. The German Christian Movement in the Third Reich* (Chapel Hill. WI, 1996), p. 28. <<

[43] Clark, *Politics of Conversion*, pp. 286-7. <<

[44] Comité de la Sociedad Berlinesa para la Promoción del Cristianismo entre los Judíos a todos los Consistorios y Consejos Provinciales de la Iglesia, 5 de diciembre de 1930, Evangelisches Zentralarchiv Berlin, 7/3648. <<

[45] Richard Gutteridge, *Open Thy Mouth for the Dumb! The German Evangelical Church and the Jews* (Oxford, 1976), p. 42. Sobre la conferencia de 1927 y el desarrollo de la religión *völkisch*, v. Kurt Scholder, *The Churches and the Third Reich, I. Preliminry History and the Time of Illusions 1918-1934*, trad, de J. Bowden (Londres, 1987), pp. 99-119. El mejor estudio sobre la «Cristiandad Alemana» es el de Beigen, *Twisted Cross*. Sobre los académicos protestantes, v. Marijke Smid, «Protestantismus und Antisemitismus 1930-1933», en Jochen-Christoph Kaiser y Martin Greschat (eds.) *Der Holocaust und die Protestanten* (Fráncfort dél Meno, 1988), pp. 38-72, espec. pp. 50-55; Hans-Ulrich Thamer, «Protestantismus und "Judenfrage" in der Geschichte des Dritten Reiches», en *ibid*., pp. 216-40. Sobre la prensa protestante. v. Ino Arndt, «Die Judenfrage im Lichte der evangelischen Sonntagsblätter 1918-1933», tesis de Ph. D., Universidad de Tubinga (1960). <<

[46] V. Manfred Gailus, *Protestantismus mid Nationalsozialismus. Studien zur Durchdringung des protcstantischen Sazialmilieus in Berlin* (Colonia, 2001); id., «Deutsche, Christen, Olias, Olias! Wie Nationalsozialisten die Kirchengemeinde Alt-Schöneberg eroberten», en id. (ed.), *Kirchgemeinden im Nationalsozialismus: sieben Beispiele aus Berlin* (Berlín, 1990), pp. 211-246. <<

[47] Stephan Malinowski, *Vom König zum Führer: Sozialer Niedergang und politische Radikalisienung im deutschen Adel zwischen Kaiserreich und NS-Staat* (Berlín, 2003), p. 208. <<

[48] Citado en *ibid*., p. 221. <<

[49] Kossert, *Ostpreussen*, p. 267. <<

[50] Malinowski, *Vom König zum Führer*, pp. 212-228; v. también Klaus Theweleit, *Männerphantasien* (Hamburgo, 1980). Un sorprendente número de ego-narraciones analizadas por Theweleit comienzan con los nobles. Sobre la penetración del medio agrario, v. Baranowski, *Sanctity of Rural Life*, pp. 145-176. <<

[51] Malinowski, *Vom König zum Führer*, p. 239. <<

[52] Sobre la fuerza de la idea de «Führer» entre los nobles prusianos, v. *ibid*., pp. 246, 247, 251, 253, 257-259. <<

[53] Entradas de Diario de junio de 1926 y marzo de 1928, citadas en Eckart Conze, *Von deutschem Adel. Die Grafen von Bernstoff im zwanzigsten Jahrhundert* (Múnich, 2000), pp. 164, 166. <<

[54] Jürgen W. Falter, *Hitlers Wähler* (Múnich, 1991), pp. 110-23. <<

[55] Marcus Funk, «The Meaning of Dying: East-Elbian Noble Families as "Warrior-Tribes" in the Nineteenth and Twentieth Centuries», trad. Gary Shockey, en Greg Eghigian y Matthew Paul Berg, *Sacrifice and National Belonging in Twentieth-century Germany* (Arlington, 2002), pp. 26-63. Sobre los votos nazis en Elbia Oriental en conjunto, v. Falter, *Hitlers Wähler*, pp. 154-163. <<

[56] Kossert, *Ostpreussen*, p. 266. <<

[57] Gotthard Jasper, *Die gescheiterte Zähmung. Wege zur Machtergreifung Hitlers 1930-1934* (Fráncfort del Meno, 1986), pp. 55-87; Schulze, «Democratic Prussia», pp. 224-225. <<

[58] Lessmann, *Schutzpolizei*, p. 285. <<

[59] Richard Bessel, *Political Violence and the Rise of Nazism. The Storm Troopers in Eastern Germany (1925-1934)* (Londres, 1984), pp. 29-31; Ulrich Herbert, *Best: Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft 1903-1989* (Bonn, 1996), pp. 249-251. <<

[60] Sobre la escala de la violencia en este período y sus efectos en el clima político; v. Richard J. Evans, *The Coming of the Third Reich* (Londres, 2003), pp. 269-275. <<

[61] Heinrich August Winkler, *Der Weg in die Katastrophe. Arbeiter und Arbeiterbewegungen in der Weimarer Republik 1930 bis* 1933 (Bonn, 1987), p. 514. <<

[62] Karl Dietrich Bracher, *Die Auflösung der Weimarer Republik: Eine Studie zum Problem des Machtverfalls in der Demokratie* (Villingen, 1960), pp. 511-517. <<

[63] Según los términos de la constitución de Weimar, el Reichstag no estaba obligado a aceptar indefinidamente un decreto de emergencia impopular. Tras cierto período, el decreto podía ser anulado por un voto mayoritario en contra. <<

[64] Hagen Schulze, *Otto Braun oder Preussens demokratische Sendung. Eine Biographie* (Fráncfort del Meno, 1981), pp. 623, 627. <<

[65] Cita de Schulze, «Democratic Prussia». Sobre el papel de Gayl, v. asimismo Horst Möller, *Weimar. Die unvollendete Demokratie* (Múnich, 1997), p. 304; Martin Broszat, *Die Machtergreifung. Der Aufstieg der NSDAP und die Zerstörung der Weimarer Republik* (Múnich, 1984), pp. 145-156; Schulze, *Otto Braun*, pp. 735-744. <<

[66] Möller, «Weimar», p. 304. <<

[67] Sobre la disolución, v. Möller, *Weimar*, pp. 57-78; Bracher, *Die Auflösung der Weimarer Republik*, pp. 491-526; Rudolf Morsey, «Zur Geschichte des "Preussenschlags"», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte, 9* (1961), pp. 430-439; Andreas Dorpalen, *Hindenburg and the Weimar Republic* (Princeton, 1964), pp. 341-347. <<

[68] Citado en Heinrich, *Geschichte Preussens*, p. 496; cf. Otto Braun, *Von Weimar zu Hitler* (2.ª ed., Nueva York, 1940), pp. 409-411. <<

[69] Kloosterhuis (ed.), *Preussisch Dienen und Geniessen*, p. 433; Schulze, *Otto Braun*, pp. 584-660, 689-671. <<

[70] Lessmann, *Schutzpolizei*, pp. 302-318. <<

[71] Josef Goebbels, *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei. Eine historische Darstellung in Tagebuchblättern (Vom 1.Januar 1932 bis zum 1. Mai* 1933), pp. 131, 132-133. <<

[72] Evans, *Coming of the Third Reich*, p. 284. <<

[73] Evans, *Rituals of Retribution*, pp. 613-614. <<

[74] Goebbels, entrada de Diario del 22 July 1932, en id., *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei*, p. 133. <<

[75] El plan de Papen no era tan estúpido como nos parece ahora. Había planeado que inmediatamente después de su formación, el nuevo gabinete aprobaría una ley de inhabilitación (*Ermächtigungsgesetz*) ante el Reichstag. Esta ley daba al gobierno el poder de iniciar una legislación durante un determinado período de tiempo. Con el apoyo de Hitler, Papen creía que no habría ningún problema en obtener una mayoría de dos tercios necesaria para que se aceptara la ley por medio del Reichstag. Y el punto muerto entre el gabinete y el Reichstag se rompería. Y ya que las leyes se aprobaban por el voto *en el seno* del gabinete, la mayoría conservadora proporcionaría una garantía de que los nazis serían vigilados por sus colegas conservadores. Papen no previó la radicalización que siguió al incendio del Reichstag y el papel de la máquina política nazi al intimidar y marginar a los líderes políticos conservadores y nacionalistas. <<

[76] Ewald von Kleist-Schmenzin, «Die letzte Möglichkeit», *Politische Studien*, 10 (1959), pp. 89-92. <<

[77] Allan Bullock, *A Study in Tyranny* (ed. revisada, Londres, 1964), p. 253. <<

[78] Spenkuch, *Herrenhaus*, pp. 561-562. <<

[79] Dietz Bering, «“Geboren im Hause Cohn”. Namenpolemik gegen den preussischen Innenrminister Albert Grzesinski», en Dietz Bering y Friedhelm Debus (eds.), *Fremdes und Fremdheit in Eigennamen* (Heidelberg, 1990), pp. 16-52. <<

[80] Para el relato del propio Grzesinski sobre su vida, v. Eberhard Kolb (ed.), *Albert Grzesinski. Im Kampf um die deutsche Republik. Erinnerungen eines Sozialdemokraten* (Múnich, 2001). La más reciente biografía es la de Thomas Albrecht, *Für eine Wehrhafte Demokratie. Albert Grzesinski und die preussische Politik in der Weimarer Republik* (Bonn, 1999). <<

[81] Cita en Heinrich, *Geschichte Preussens*, p. 497. <<

[82] Schulze, *Otto Braun*, pp. 488-498. <<

[83] «Prusianos marginales» (*Randpreussen*) es el término acuñado por Gerd Heinrich para describir a los conspiradores de 1932; v. *Geschichte Preussens*, p. 495. <<

[84] Sobre Schleicher y sus motivaciones, v. Henry Ashby Turner, Jr, *Hitler's Thirty Days to Power. January* 1933 (Londres, 1996), pp. 19-21; Theodor Eschenburg, «Die Rolle der Persönlichkeit in der Krise der Weimarer Republik: Hindenburg, Brüning, Groener, Schleicher», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 9 (1961), pp. 1-29. Para una visión contraria que resalta el compromiso democrático y constitucional de Schleicher, v. Wolfram Pyta, «Konstitutionelle Demokratie statt monarchischer Restauration: Die verfassungspolitische Konzeption Schleichers in der Weimarer Staatskrise», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 47 (1999), pp. 417-441. <<

[85] Sobre este episodio, v. Craig, *Politics of the Prussian Army*, p. 372; cf. John Wheeler-Bennett, *Hindenburg: the Wooden Titan* (Londres, 1967), pp. 220-221. <<

[86] *Vorwdäts!*, 10 de marzo de 1932, citado en Winkler, *Der Weg*, p. 514; Evans, *Coming of the Third Reich*, p. 279. <<

[87] Federico Guillermo I había planeado en un primer momento que él y su mujer serían enterrados juntos en la cripta de la Iglesia de la Guarnición. Pero a su muerte en 1757, la reina Sofía Dorotea fue de hecho enterrada en la catedral de Berlín. Así, el espacio junto al rey quedó vacío hasta que fue ocupado por los restos de su hijo el 18 de agosto de 1786. <<

[88] Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Samtliche Fragmente*, Parte 1, *Aufzeichnungen*, 1924-1941, vol. 2 (4 vols., Múnich, 1987), pp. 393-394. <<

[89] Brendan Simms, «Prussia, Prussianism and National Socialism», en Dwyer (ed.), *Modern Prussian History*, pp. 253-273. <<

[90] Werner Freitag, «Nationale Mythen und kirchliches Heil: Der “Tag von Potsdam”», in *Westfliische Forschungen*, 41 (1991), pp. 379-430. <<

[*] Organización ultranacionalista y racista de excombatientes de la Primera Guerra Mundial fundada en 1918 por Franz Seldte para combatir violentamente a la izquierda. Más tarde se integraron en el régimen nazi (*N. del T*). <<

[91] Goebbels, entrada del Diario del 21 de marzo de 1933, en *Vom Kaiserhof*: pp. 285-286. <<

[92] Fritz Stern, *The Politics of Cultural Despair: a Study in the Rise of the Germanic Ideology* (Berkeley, 1974), pp. 211-213. <<

[93] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, trad. Ralph Manheim (Londres, 1992; reimpr de la ed. original de 1943) pp. 139, 141. [trad, españ. *Mi lucha*, Luz, Ediciones Modernas, Buenos Aires, sin fecha]. El tema prusiano es recurrente en el «Segundo Libro?» de Hitler, texto elaborado en 1928 como apéndice a la sección de política exterior de *Mein Kampf* pero nunca se publicó; v. Manfred Schlenke, «Das "preussische Beispiel" in Propaganda und Politik des Nationalsozialismus», *Aus Politik und Zeitgeschichte. Beilage zur Wochenzeitung Das Parlament*, 27 (1968), pp. 15-27. <<

[94] Alfred Rosenberg, *Der Mythus des 20. Jahrhunderts* (Múnich, 1930), p. 198. <<

[95] Citado en Schlenke, «Das preussische Beispiel», p. 17. <<

[96] Para un texto detallado contemporáneo de la excavación de la «Piedra de Hindenburg» con numerosas fotografías, v. Alfred Postelmann, «Der Hindeuburgstein für das Reichsehrenmal Tannenberg», *Zeitschrift für Geschiebeforschung und Flachlandsgeologie*, 12 (1936), pp. 1-32, cita p. 1. Este artículo puede verse *online* en *http://www.rapakivi.de/posthilanfang.htm*. <<

[97] Josef Schmid, *Karl Friedrich Schinkel. Der Vorläufer neuer deutscher Baugesinnung* (Leipzig, 1943). <<

[98] Sobre temas nacionalistas en las representaciones cinemáticas de Prusia durante la República de Weimar, v. Helmut Regel, «Die Fridericus-Filme der Weimarer Republik», en Axel Marquardt y Hans Rathsack (eds.), *Preussen im Film. Eine Retrospective der Stiftung Deutsche Kinemathek* (Hamburgo, 1981), pp. 124-134. <<

[99] Friedrieh P. Kahlenberg, «Preussen ais Filmsujet in der Propagandasprache der NS-Zeit», en Marquardt y Rathsack (eds.), *Preussen im Film*, pp. 135-177, 256-257. <<

[100] Los ejemplos son: *Der hohere Befehl* (1935), *Kadetten* (1941), *Kameraden* (1941), *Der grosse König* (1942), *Affäre Roedern* (1944) y *Kolberg* (1945). <<

[101] Ian Kershaw, *Hitler. Nemesis 1936-1945* (Londres, 2000), p. 277. <<

[102] Citado en Schlenke, «Das “preussische Beispiel”», p. 23. <<

[103] Kershaw, *Hitler. Nemesis*, p. 581. <<

[104] Citado en Schlenke, «Das “preussisehe Beispiel”», p. 23. <<

[105] «Aus der Rede des Ministerpräsidenten Göring vor dem preussischen Staatsrat vom 18. Juni 1934 über Preussen und die Reichseinheit», en Herbert Michaelis y Ernst Schraepler (eds.), *Ursachen und Folgen. Vom deutschen Zusammenbruch 1918 und 1945 bis zur staatlichen Neuordnung Deutschlands in der Gegenwart*, vol. 9, *Das Dritte Reich. Die Zertrümmerung des Parteienstaats und die Grundlegung der Diktatur* (29 vols., Berlín, 1958), pp. 122-124. <<

[106] Sigurd von Ilsemann, *Der Kaiser in Holland. Aufzeichnungm des letzten Flügeladjutanten Kaiser Wilhelm II.*, ed. por Harald von Königswald (2 vols., Múnich, 1968), vol. 2, p. 154. <<

[107] Clark, *Kaiser Wilhelm II*, p. 251. <<

[108] Georg H. Kleine, «Adelsgenossensehaft und Nationalsozialismus», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 26 (197S), pp. 100-143; Stephan Malinowski, «"Führertum" und "neuer Adel". Die Deutsche Adelsgenossensehaft und der Deutsche Herrenklub in der Weimarer Republik», en Heinz Reif (ed.), *Adel und Bürgertum in Deutschland. Entwicklungslinien und Wendepunkte im 20. Jahrhundert* (2 vols., Berlín, 2001), vol. 2, pp. 173-211. <<

[109] Malinowski, *Vom König zum Führer*, pp. 476-500; Heinz Reif. *Adel im 19. und 20. Jahrhundert* (Múnich, 1999), pp. 54-55, 115-118. <<

[110] Conde Christian Krockow, *Warnung vor Preussen* (Berlín, 1981), p. 8. <<

[111] Ulrich Heinemann, *Ein konservativer Rebell. Fritz-Dietlof Graf von der Schulenburg und der 20. Juli* (Berlín, 1990/ pp. 25, 27-34. <<

[112] Carta del capitán Stieff (oficial que servía con Blaskowitz) a su mujer, Truppenübungsplatz Ohrdruf, 21 de agosto de 1932, en Horst Mühleisen (ed.), *Hellmuth Stieff, Briefe* (Berlín, 1991), carta n.° 36, p. 71. <<

[113] Discurso de Johannes Blaskowitz para la inauguración del Memorial de los Caídos en la Guerra Mundial en Bommelsen, domingo 17 de marzo de 1935 (copia), BA-MA Freiburg, MSg 1/1814. Blaskowitz se refiere a remilitarización de la Renania en marzo de 1935. <<

[114] Christopher Browning, *Ordinary Men. Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution* (Nueva York, 1992). <<

[115] Simon Wiesenthal ha estimado que los austríacos fueron responsables de la muerte de unos 3 millones de los 6 millones de judíos asesinados por los nazis y sus auxiliares. V. s. Andreas Maislinger, «"Vergangenheitsbewältigung" in der Bundesrepublik Deutschland, der DDR und Osterreieh. Psychologisch-Padagogische Massnahmen im Vergleieh», en Uwe Backes, Eckhard Jesse y Rainer Zitelmann (eds.), *Die Schatten der Vergangenheit. Impulse zur Historisierung des Nationalsozialismus* (Berlín, 1990), pp. 479-496. <<

[116] Eckart Conze, «Adel und Adeligkeit im Widerstand des 20. Juli 1944», en Reif (ed.), *Adel und Bürgertum*, vol. 2, pp. 269-295; Baranowski, *Sanctity of Rural Life*, p. 183. <<

[117] Hitler reintrodujo la guillotina en 1936 con el fin de acelerar el proceso de la ejecución. <<

[118] Miembros del IX Regimiento de infantería de Potsdam ejecutados por su papel en actividades de resistencia tras el 20 de julio de 1944, entre los que se incluía al coronel Hans-Ottfried von Linstow, coronel Alexis Freiherr von Roenne, teniente coronel Hasso von Boehmer. El teniente coronel Alexander von Voss se suicidó el 8 de noviembre. El teniente general Hans, conde Von Sponeck, sospechoso respecto a su comportamiento insubordinado durante la campaña de la península de Kerch en 1941-1942, también fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento el 23 de julio de 1944, aunque no se lo involucró en el complot de julio. Sobre el papel del IX Regimiento de Infantería de Potsdam en la Resistencia alemana, v. Ekkehard Klausa, «Preussische Soldatentradition und Widerstand», en Jürgen Schmädeke y Peter Steinbach (eds.), *Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus. Die deutsche Gesellschaft und der Widerstand gegen Hitler* (Múnich, 1985), pp. 533-545. <<

[119] Spenkuch, *Herrenhaus*, p. 562. <<

[120] Citado en Bodo Scheurig, *Henning von Tresckow. Ein Preusse gegen Hitler. Biographie* (Fráncfort, 1990), p. 167. V. también Ger van Roon, *Neuordnung im Widerstand. Der Kreisauer Kreis innerhalb der deutschen Widerstandsbewegung* (Múnich, 1967); Wolfgang Wippermann, «Nationalsozialismus und Preussentum», en *Aus Politik und Zeitgeschichte. Beilage zur Wochenzeitung das Parlament*, 52-53 (1981), pp. 13-22. <<

[121] Annedore Leber, *Conscience in Revolt. Sixty-four Stories of Resistance in Germany 1933-45*, trad. Rosemary O'Neill (Boulder, 1994), p. 161. <<

[122] Gerhard Ritter, *Carl Goerdeler und die deutsche Widerstandsbewegung* (3.ª ed., Stuttgart, 1956), p. 274; Eberhard Zeller, *The Flame of Freedom. The German Struggle against Hitler*, trad. R. P. Heller y D. R. Masters (Boulder, CO, 1994), pp. 50-51, 127. <<

[123] Ritter, *Carl Goerdeler*, p. 352. <<

[124] Christian Schneider, «Denkmal Manstein. Psychogramm eines Befehlshabers», en Hannes Heer y Klaus Neumann (eds.), *Vemichtungskrieg. Verbrechen der Wehrmacht 1941-1944* (Hamburgo, 1995), pp. 402-417. <<

[125] Julius Leber, *Ein Manngeht seinen Weg* (Berlín, 1952), p. 173. <<

[126] Ramsay Muir, *Britain's Case Against Germany. An Examination of the Historical Background of the German Action in 1914* (Manchester, 1914), p. 3. <<

[127] V. la matizada discusión en Stefan Berger, «William Harburt Dawsom The Career and Politics of an Historian of Germany», *English Historical Review, 116* (2001), pp. 76-113. <<

[128] S. D. Stirk, *The Prussian Spirit. A Survey of German Literature and Politics 1914-1940* (Port Washington, 1941), p. 16. <<

[129] Thorstein Veblen, *Imperial Germany and the Industrial Revolution* (2.ª ed., Londres, 1939), pp. 66, 70, 78, 80. <<

[130] Ralf Dahrendorf, *Society and Democracy in Germany* (Londres, 1968), espec. pp. 55-56. <<

[131] Verrina (pseud.), *The German Mentality* (2.ª ed. Londres, 1946), pp. 10, 14. <<

[132] Edgar Stern-Rubarth, *Exit Prussia. A Plan for Europe* (Londres, 1940), p. 47. <<

[133] Joseph Borkin y Charles Welsh, *Germany's Master Plan. The Story of Industrial Offensive* (Londres, Nueva York, 1943), p. 31. <<

[134] Citado en Stirk, *Prussian Spirit*, p. 18. <<

[135] Citado en Lothar Kettenacker, «Preussen in der alliierten Kriegszielplanung, 1939-1947», en L. Kettenacker, M. Schlenke and H. Seier (eds.), *Studien zur Geschichte Englands und der deutschbritischen Beziehungen. Festschrift für Paul Kluke* (Múnich, 1981), pp. 312-340. <<

[136] Citado en T. D. Burridge, *British Labour and Hitler's War* (Londres, 1976), p. 60. <<

[137] Burridge, *British Labour*, p. 94; v. asimismo el informe de Attlee como presidente de APW el 11 de julio 1944, PRO CAB 86/67, fo. 256. <<

[138] Anne Armstrong, *Unconditional Surrender. The Impact of the Casablanca Policy upon World War II* (Westport, CT, 1961), pp. 20-21. <<

[139] Citado en J. A. Thompson, *Woodrow Wilson* (Harlow, 2002), pp. 176-177. <<

[140] Kettenacker, «Preussen in der alliierten Kriegszielplanung». <<

[141] Martin Schulze-Wessel, *Russlands Blick auf Preussen. Die polnische Frage in der Diplomatie und der politischen Öffentlichkeit des Zahrenreiches und des Sowjetstaates, 1697-1947* (Stuttgart, 1995), p. 345. <<

[142] Gerd R. Ueberschär (ed.), *Das Nationalkommittee Freies Deutschland und der Bund deutscher Offiziere* (Fráncfort, 1995), pp. 268, 272; Schulze-Wessel, *Russlands Blick auf Preussen*, pp. 334, 373. <<

[143] Memorando por C. E. Steel, Political Division, Control Commission for Germany (British Element) Advance HQ BAOR, 11 de octubre de 1945, PRO FO 1049/226. <<

[144] Memorando del 27 de septiembre de 1945, HQ IA&C Division C. C. for Germany, BAOR, PRO 1049/595. <<

[145] Allied Control Council Coordinating Committee, Abolition of the State of Prussia, memorando por parte del miembro británico, 8 de agosto de 1946, PRO FO 631/2454, p. l. <<

[146] Arnd Bauerkämper, «Der verlorene Antifaschismus. Die Enteignung der Gutsbesitzer und der Umgang mit dem 20. Juli 1944 bei der Bodenreform in der sowjetischen Besatzungszone», *Zeitschift für Geschichtswissenschaft*, 42 (1994), pp. 623-634; id., «Die Bodenreform in der Provinz Mark Brandenburg», en Werner Stang (ed.), *Brandenburg im Jahr 1945* (Potsdam, 1995), pp. 265-296. <<

[147] Para una visión panorámica de la suerte de las familias nobles del este del Elba y sus posesiones, v. Waiter Görlitz, *Die junker. Adel und Bauer im deutschen Osten. Geschichtliche Bilanz von Jahrhunderten* (Glücksburg, 1957), pp. 410-24. <<

[148] Heiger Ostertag, «Vom strategischen Bombenkrieg zum sozialistischen Bildersturm. Die Zerstörung Potsdams 1945 und das Schicksal seiner historischen Gebäude nach dem Kriege», en Bernhard R. Kroener (ed.), *Potsdam: Staat, Armee, Residenz in der preussischdeutschen Militärgeschichte* (Berlín, 1993), pp. 487-99; Andreas Kitschke, *Die Potsdamer Garnisonkirche* (Potsdam, 1991), p. 98; Olaf Groehler, «Der Luftkrieg gegen Brandenburg in den letzten Kriegsmonaten», en Stang (ed.), *Brandenburg*, pp. 9-37. <<

[149] Cita en Kossert, *Ostpreussen*, p. 341. <<

[150] Henning Köhler, *Das Ende Preussens in französischer Sicht* (Berlín, 1982), pp. 13, 18, 20, 23, 25, 29, 40, 43, 47, 75, 96. <<

[151] Uta Lehnert, *Der Kaiser und die Siegesallee: rédame Royale* (Berlín, 1998), pp. 337-340. <<

[152] Sobre estas tendencias en la política educativa aliada, v. Riccarda Torriani, «Nazis into Germans: Re-education and Democratisation in the British and French Occupation Zones, 1945-1949», tesis de Ph. D. Cambridge (2005). Agradezco a la doctora Torriani el haberme permitido ver una copia de su manuscrito antes de su terminación. Sobre Bismarck, v. espec. Lothar Machtan, «Bismarck», en François y Schulze (eds.), *Deutsche Erinnerungsorte*, vol. 2, pp. 620-635. <<

[153] Franz-Lothar Kroll, «Friedrich der Grosse», en François y Schulze (eds.), *Deutsche Erinnerungsorte*, vol. 2, pp. 86-104. <<

[154] Theodor Fontane, «Mein Erstling: Das Schlachtfeld von Gross-Beeren», en Kurt Schreinert y Jutta Neuendorf-Fürstenau (eds.), *Meine Kinderjahre (= Sämtliche Werke*, vol. XIV) (Múnich, 1961), pp. 189-191. <<

[155] Theodor Fontane a Heinrich von Mühler, Berlín, 2 de diciembre de 1863, in Otto Drude et al. (eds.), *Theodor Fontane. Briefe* (5 vols., Múnich, 1976-1994), vol. 2, pp. 110-11. <<

[156] Citado en Kenneth Attwood, *Fontane und das Preussentum* (Berlín, 1970), p. 146. <<

[157] Gordon A. Craig, *Theodor Fontane. Literature and History in the Bismarck Reich* (Nueva York, 1999), p. 50. <<

[158] Rüdiger Schütz, «Zur Eingliederung der Rheinlande», en Peter Baumgart (ed.), *Expansion und Integration. Zur Eingliederung neugewonnener Gebiete in den preussischen Staat* (Colonia, 1984), pp. 195-226. <<

[159] Kurt Jurgensen, «Die Eingliederung Westfalens in den preussischen Staat», en Baumgart (ed.), *Expansion*, pp. 227-254. <<

[160] Walter Geschler, *Das Preussische Oberpräsidium der Provinz Jülich-Kleve-Berg in Köln 1816-1822* (Colonia, 1967), pp. 200-201; Oswald Hauser, *Preussische Staatsräson und nationaler Gedanke. Auf Grund unveröffentlichter Akten aus dem Schleswig Holsteinischen Landesarchiv* (Neumünster, 1960); Arnold Brecht, *Federalism and Regionalism in Germany. The Division of Prussia* (Nueva York, 1945). <<

[161] V. Hans-Georg Aschoff, «Die welfische Bewegung und die Deutsch-Hannoversche Partei zwischen 1866 und 1914», *Niedersächsisches Jahrbuch für Landesgeschichte, 53* (1981), pp. 41-64. <<

[162] Kurt Jürgensen, «Die Eingliederung der Herzogtümer Schleswig, Holstein und Lauenburg in das preussische Königreich», en Baumgart (ed.), *Expansion*, pp. 327-356. <<

[163] Georg Kunz, *Verortete Geschichte. Regionales Geschichtsbewusstsein in den deutschen Historischen Vereinen des 19.Jahrhunderts* (Gotinga, 2000), pp. 312-322. Sobre la intercambiabilidad entre los conceptos local, regional y nacional de *Heimat*, v. Alon Confino, «Federalism and the Heimat Idea in Nineteenth-century Germany», en Maiken Umbach (ed.), *German Federalism* (Londres, 2002), pp. 70-90. <<

[164] Attwood, *Fontane und das Preussentum*, pp. 15-30. Una matizada monografía es Gerhard Friedrich, *Fontanes preussische Welt. Armee - Dynastie - Staat* (Herford, 1988). <<

[165] Este ensayo (y otros dos más sobre el mismo tema publicado en 1848) puede hallarse en Albrecht Gaertner (ed.), *Theodor Fontane. Aus meiner Werkstatt. Unbekanntes und Unveröffentlichtes* (Berlín, 1950), pp. 8-15. <<

[166] Attwood, *Fontane und das Preussentum*, pp. 166-167. <<

[167] Andreas Dorpalen, «The German Struggle against Napoleon: The East German View» *Journal of Modern History*, 41 (1969), pp. 485-516. <<

[168] V. Jan Palmowski, «Regional Identities and the Limits of Democratic Centralism in the GDR», en *Journal of Contemporary History* (en preparación). Doy las gracias a Jan Palmowski por permitirme ver este pieza fascinante antes de su aparición impresa. <<

[169] *Ibid*. Sobre Klüss, v. también las notas informativas en Karl-Heinz Steinbruch, «Gemeinde Brunow. Historia de las aldeas de Gemeinde Brunow», en *http://www.thies-site.com/loc/brunow/steinbruch_history_kluess-en.htm*; último acceso 23 de diciembre de 2004. <<

EL REINO DE HIERRO

Auge y caída de Prusia. 1600-1947

CHRISTOPHER CLARK

Autor de *Sonámbulos*

Lectulandia